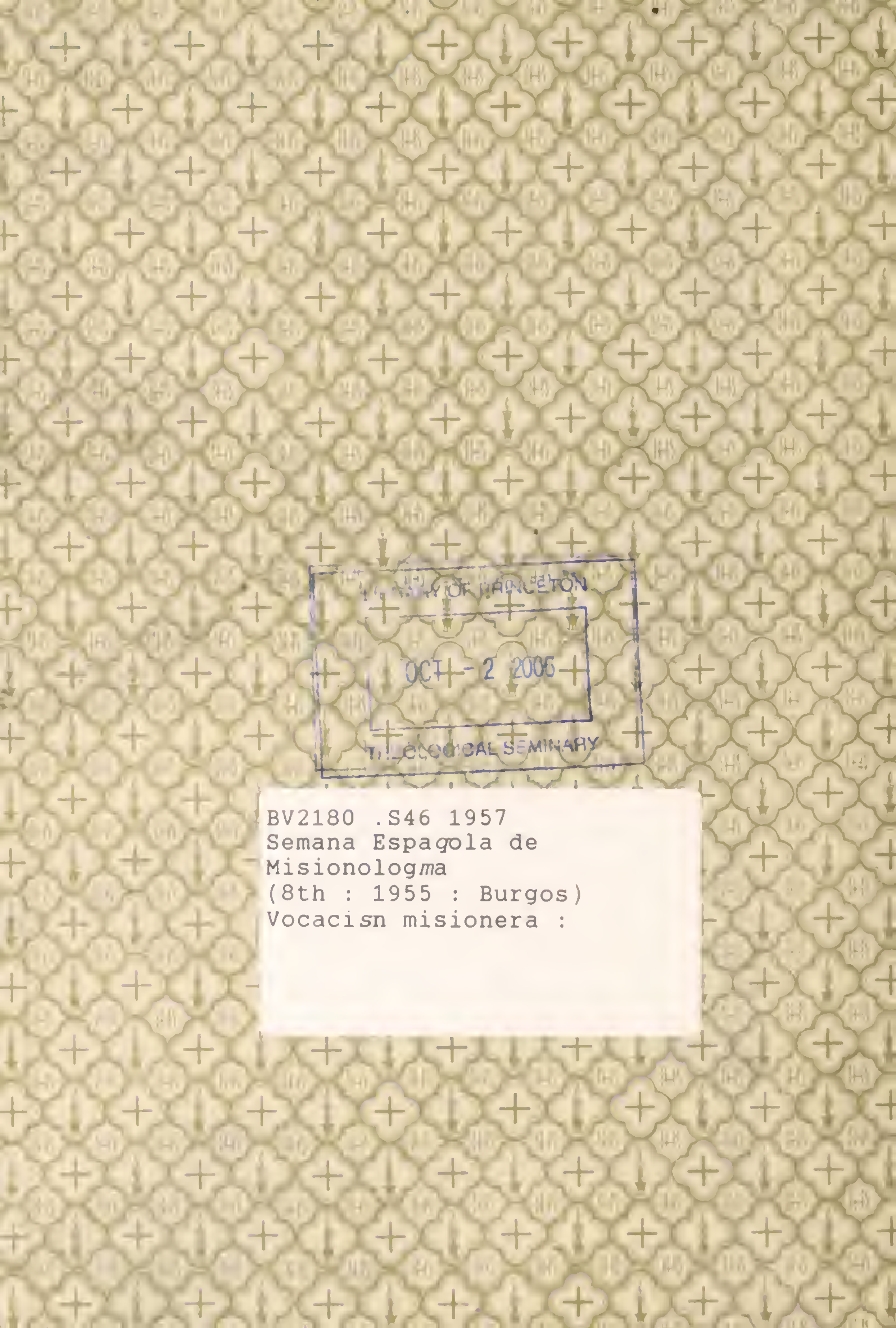
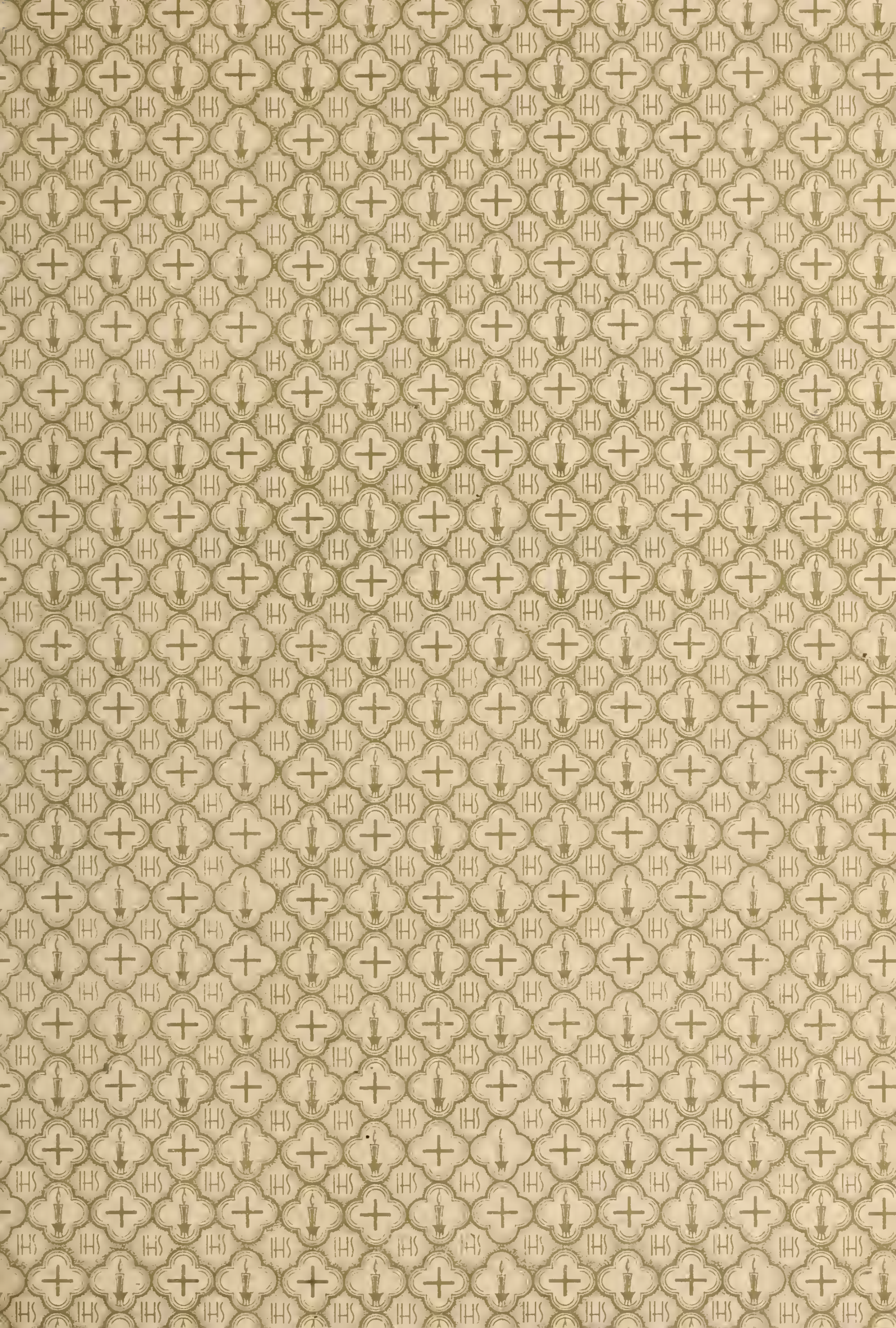
La Vocación Misionera


LIBRARY OF PRINCETON
OCT - 2 2006
THEOLOGICAL SEMINARY
BV2180 .S46 1957
Semana Espaqola de
Misionologma
(8th : 1955 : Burgos)
Vocacisn misionera :



Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lavocacionmision00sema

La Vocación Misionera

La Vocación Misionera

Encuestas y respuestas de Excmos. Prelados de Misión, Superiores Generales de Institutos Misioneros, Superiores Regulares de Misión, Superiores y Superioras de Casas de Formación, de Misioneros, Misioneras y Aspirantes, Directores Nacional y Diocesanos de la Organización Misional Pontificia, Consiliarios de Juventudes, Párrocos y Directores Espirituales, Rectores de Seminarios y Colegios, y Trabajos presentados a las Semanas Misionales de Agosto de 1955 y 1956.

SECRETARIADO DE SEMANAS MISIONOLOGICAS

BIBLIOTECA "ID..."

INSTITUTO ESPAÑOL DE SAN FRANCISCO JAVIER PARA MISIONES EXTRANJERAS

Nihil obstat:
Lic. Jose Manuel Román Mayoz
Censor

Burgos, 25 de abril de 1957
Imprimase:
† Luciano, Arzobispo de Burgos

Por mandado de Su Excia. Revdma.
el Arzobispo, mi Señor,
Dr. Mariano Barriocanal Rueda
Canciller-Secretario



LIBRARY OF PRINCETON
OCT - 2 2006
THEOLOGICAL SEMINARY

«Cum Ecclesia in Africae regionibus, sicut aliis in plagis missionali opere excolendis, Evangelii egeat praeconibus, iterum vos, Venerabiles Fratres, appellamus, rogantes ut omni, qua possitis, ope studiosi sitis adiutores eorum, qui divino vocati instinctu, sive sacerdotes sunt, sive religiosi sive religiosae, ad missionalia capessenda munia asciscantur».

(Litt. Enc. «Fidei donum», 27. April, 1957).

A S. S. Pío XII
gran Pontífice Misionero

CON todo el rendimiento y amor filial Os dedicamos, Santísimo Padre, la ofrenda desmedrada y pobre del presente volumen sobre LA VOCACION MISIONERA.

Bien quisiéramos que alcanzase su valoración el nivel de nuestros deseos y se pusiese su mérito a la iguala con el amoroso encendimiento de nuestro corazón y con el oro puro de nuestros más afervorados sentimientos. Entonces, a buen seguro que nada le faltaría para emparejar sin menoscabo con la excelsitud de Vuestra Grandeza y satisfacer plenariamente las exigencias de nuestra devoción y los más perentorios postulados de nuestra oferta.

A pesar de lo cual, abrigamos la esperanza que se dignará V. S. recibirlo bondadosamente, como quiera que la estima y relativo aprecio de una obsequiosidad o de un presente no se mide por el primor y valía intrínseca de la cosa misma, sino por la sinceridad afectuosa y por el metal del espíritu que lo inspiran y lo realzan, y porque quien da con deleitoso agrado cuanto sus arcas atesoran, queda quito de toda ulterior probanza y dadivosa demostración.

Dos partes, aunque no encontradas y contrapuestas, se distinguen en sus páginas marcadamente, y, por su fondo y por su forma, con caracteres y lineamentos propios se clasifican y diferencian, si bien ambas recíprocamente se complementan y cualquiera de ellas quedaría flotante y manca sin la otra.

La primera recoge los preciosos y valiosísimos resultados de ciento veintiséis encuestas contestadas por celosos y expertos Prelados de Misiones de todos los Continentes, por superiores y superioras de Casas de Formación, por misioneros y misioneras, por directivos de las Obras Misionales Pontificias, consiliarios de juventudes, superiores de colegios, confesores, párrocos y rectores de seminarios.

En la segunda se publican los meritísimos trabajos, calcados en las anteriores encuestas, y presentados a la VIII y IX Semana Misional de Burgos (1955-1956), celebrada en Vuestro año jubilar y cuyas jornadas se adhirieron al clamoroso y universal homenaje que Os rindió, admirada y agradecida, toda la Cristiandad.

Egregios Prelados de España y de remotos países de Misión, insignes misionólogos y misioneros nacionales y extranjeros, sacerdotes y seminaristas de la casi totalidad de las diócesis de España y religiosos de las Ordenes y Congregaciones Misioneras de más brillante historia misional y delegaciones de ambos cleros de diversas naciones extranjeras, se han congregado en ambiente de fraterna caridad con la noble ambición de estudiar en común las más sublimes y variadas facetas de la vocación misionera como instrumento de apostolado en la Iglesia.

Nuestras deliberaciones han sido iluminadas con los espléndidos resplandores que proyectan los documentos misionales de la Iglesia y particularmente los emanados de los últimos soberanos Pontífices Benedicto XV y Pío XI, cuya luminosa trayectoria habéis querido continuar en Vuestros más importantes documentos, desde la «Summi Pontificatus» y «Saeculo exeunte» a la «Evangelii praecones» y recientes orientadoras alocuciones a los representantes de diversos congresos y asambleas.

Sincronizar las directrices de nuestros trabajos y conclusiones con las certeras consignas misioneras que ya directamente en Encíclicas y Alocuciones pontificias, ya a través de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, ha querido Vuestra Santidad dar a la Iglesia en nuestros mismos días, ved ahí, Santísimo Padre, nuestro empeño y el fin que nos hemos propuesto en la celebración y desarrollo de estas y de todas las otras Semanas Misionológicas y propagandísticamente misioneras.

Y con qué fruición y gozo de afervorados hijos hemos estudiado el consolador resurgir misionero de la Iglesia durante Vuestro glorioso pontificado en el que brillan como estrellas de refulgente luz las consignas del sabio criterio de adaptación misionera, la transformación en gran escala de las misiones extranjeras en iglesias locales mediante el establecimiento de la Jerarquía eclesiástica en grandes países de Asia, Africa y Europa Septentrional (1), *el hecho en extremo esperanzador de que a esta transformación progresiva de circunscripciones eclesiásticas en tierras de misión ha correspondido en ritmo creciente una incorporación, cada vez más numerosa, del clero local a los puestos más elevados de la Jerarquía, pasando de 25 Obispos nativos en 1939 a 121 en 1956, entre los que se destacan tres ilustres príncipes de la Iglesia honrados con la púrpura cardenalicia.*

Con particular interés hemos seguido Vuestras sabias consignas al mundo misionero en las que con clarividencia de Vicario de Cristo habéis querido liberar a las Misiones y alejarlas totalmente de toda interferencia política, haciendo resaltar el carácter supranacional y sobrenatural de la Iglesia, cuyo objetivo es y ha sido siempre «la uni-

---

(1) Desde 1939 a 1956, 48 Vicariatos Apostólicos y una Prefectura Apostólica han sido elevados a sedes arzobispales, 155 Vicariatos, 26 Prefecturas Apostólicas y una Misión «sui juris» han sido transformadas canónicamente en sedes episcopales.

dad sobrenatural en la caridad universal sentida y practicada, no la uniformidad exclusivamente externa y debilitante».

Y si en nuestras comunes deliberaciones han destacado los misioneros y misionólogos estas conclusiones que constituyen como el paradigma del apostolado misionero de todos los tiempos, los directores de la Organización Misional Pontificia en nuestra Patria, han puesto de relieve a su vez en estas Semanas la imperiosa consigna dada por Vuestra Santidad de estimular y fomentar por todos los medios la ayuda de «todos los cristianos en favor de la conversión de todos los paganos», advirtiendo expresamente la grave responsabilidad que en esta universal empresa corresponde particularmente a los obispos, sacerdotes, seminaristas y religiosos.

Ni es de pasar por alto, sino de mencionar siquiera de pasada, lo mucho que en estos dos últimos lustros han contribuído nuestras Semanas a estrechar los lazos de hermandad entre los sacerdotes de ambos cleros que han venido como a su propia casa a este Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, promotor de las mismas en unión de la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias.

Pobre, ciertamente, resulta este obsequio filial que ofrendamos a Vuestra Santidad: pero va perfumado con el aroma del más fino amor de hijos y enriquecido con el más noble anhelo de querer gastar nuestras energías y denodados esfuerzos en la Obra misionera de la Iglesia, cuya realización acelerará el advenimiento del «Mundo Mejor», meta y objetivo de Vuestros paternales desvelos para el bien de la atribulada humanidad en los momentos presentes de angustia dolorida y temerosos agüeros de tempestad.

Sea él también de nuestra parte, y de parte del Instituto de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, la prueba más fehaciente y el testimonio más veraz de absoluta e inquebrantable adhesión al Vicario de Cristo, nuestro Santísimo Padre Pío XII cuya vida guarde Dios muchos años para su mayor gloria y salvífica evangelización del mundo infiel

Burgos, 12 de Marzo de 1957.

† Luciano, Arzobispo de Burgos
Sup. Gral del Instituto Español
de S. Franc.º Javier para
Misiones Extranjeras

Al lector

BUENA suerte la mía; me han invitado a prologar este libro. Si mi vida no careciera de sosiego, hubiera yo solicitado para mí esta satisfacción. Me lo encargan; yo, encantado. Pero con un triple temor: la mucha materia, el poco espacio y la falta de tranquilidad. Dispénsame, lector, que te pida tu cooperación. Yo me encargo del guión del prólogo. Tú, de rellenarlo. La lectura y ¡el estudio! del libro hará lo demás. Como en el cine que exige colaboración del público.

* * *

El libro viene a ser el fruto, en resumen y en parte, de los esfuerzos en las dos Semanas últimas de Orientación Misionera de Burgos. Esfuerzos de preparación, de encuentros y de recopilación. Digo que «en parte» es el fruto de esas Semanas. Porque aquí falta mucho. Nada menos que la impresión que ellas causaron en los profesores y en los discípulos y la que éstos y sus revistas produjeron en los demás. El I. E. M. E., fundador, director y protector de estos esfuerzos y coordinador de tantas voluntades para celebrarlos, fué el primero que captó el interés y la eficacia de la primera de estas Semanas. Por eso quiso volver al estudio del mismo tema y... volvió; a pesar de las circunstancias.

* * *

Este libro une a su actualísima importancia y a su subido interés, el ser profundamente práctico. No es sólo expresión lógica del estudio de los especialistas teóricos en la materia. A lo misionológico se ha unido lo misionero. El libro, pues, ha brotado del abrazo que en las dos Semanas (abrazo prolongado) se dieron la práctica y la teoría, la verdad y la vida, el pensamiento y la acción. La cual, en este caso, no es tanto consecuencia cuanto principio vital animador impelente de aquél, del pensamiento. Es decir, que se ha realizado sobre unas encuestas. La colaboración de los Misioneros es fundamental, primaria y principal en este libro.

* * *

Otro punto que se ha de destacar en la presentación de este libro, es el del tema que él aborda: «la vocación misionera».

Permítame el lector que me detenga algo más en este punto. Nos lo exige el ambiente que aún nos invade a pesar de toda la propaganda y toda la cooperación tan espléndida y tan universal. Ambiente que a veces inexplicablemente se densifica hasta en las regiones de nuestro sacerdocio. Me refiero al ambiente de «egoísmo apostólico» ¿Que se repelen esos dos conceptos en su esencia? Es verdad; pero nuestro egoísmo suele unirlos muchas veces, como si estuviera dotado de una fuerza sobrehumana, milagrosa, incomprensible, en un cristiano. Empeñarnos en ganar almas para Cristo esgrimiendo la única y exclusiva arma de que se sirve Satanás para quitárselas, es verdaderamente inconcebible, pero real.

La esencia del apostolado cristiano nos exige que trabajemos: a) unidos; b) todos; y c) en una unión determinada por Cristo, es decir, en la Iglesia. Ni tú, ni yo, ni millones como tú y como yo podremos realizar el apostolado de Cristo; como no sea en la Iglesia y a su modo. Pues bien; a) la Iglesia es total y esencialmente universalista, en todo y en cada parte o actividad de ella. Su catolicidad es indivisible e inalterable. No es sólo suma de individuos o de actividades. Es unión de vida. Es vivir de la misma vida; siempre, incesantemente, en toda actuación interior o exterior. Es tener el mismo pensamiento, los mismos motivos, la misma finalidad, la misma postura, el mismo espíritu que ella.

b) La Iglesia tiene un único programa de Cristo, el único eficaz: «id por todo el mundo...» No sólo lo ha de cumplir por medio de los Misioneros, sino también por medio de todos y de cada uno de los cristianos. La vida del cristiano consiste sólo en eso, en ir por todo el mundo real y eficazmente. Su perfección, su santificación, ha de ser para ir y ha de consistir en ir. Unica preocupación cristiana. Todas las demás han de estar subordinadas a ésta, so pena de que no sean cristianas, no tengan la fuerza, la vitalidad de Jesucristo Cabeza y el Espíritu Santo, Alma de la Iglesia.

c) La Iglesia es «única» y «únicamente» heredera de Jesucristo; continuadora «necesaria» (así lo ha querido Dios y no nos conviene enmendarle la plana) de su obra, de su única tarea «unir» a «todos»; con la necesidad de pensar, enseñar y vivir sus dogmas a lo Cristo que «totalmente» es universalista, unificador de todos, tarea única y única preocupación del Hombre Dios, Cabeza de la Iglesia.

d) La Iglesia no es una entelequia. La formamos nosotros, vive en nuestra vida, quiere ser llevada a las almas por nosotros. Luego somos nosotros los que en toda nuestra actuación hemos de vivir ese universalismo que se llama Catolicidad.

e) La Iglesia tiene un solo conducto para aplicar su vitalidad sobrehumana a las almas, a nosotros. Nos importa, por lo tanto, y muy mucho, todo lo que tiende a conseguir que ese conducto sea amplio, flexible, fuerte y lleno de vitalidad. No olvidemos que ese conducto está en nosotros, en nuestras manos y de nuestra vida vive.

f) La Iglesia es un Cuerpo real y verdadero, aunque místico. La vida que nosotros sus miembros, recibimos de su cabeza, de nuestra Cabeza,

no es sólo para nosotros. No termina en mí. Y esa vida, so pena de abandonarnos, nos exige comunicación a los demás, a todos los demás. Y en tanto nos aprovechará en cuanto que la comuniquemos con esta proyección universalista.

g) A mayor abundamiento, ese cuerpo, la Iglesia, está en época de crecer. No admite, por lo tanto, actividad ni cooperación que no ayude a su crecimiento. El mejor modo, y necesario por cierto, de conseguir la plenitud de los miembros, es la cooperación a la plenitud de todo el cuerpo. Mirándome en mí mismo, en el espejo de mi egoísmo, no encontraré mi perfección. En función de Madre de todos, es María Santísima mi Madre; así es Hermano mío Jesús y Dios Padre mío.

* * *

Estas verdades, mejor dicho, estos aspectos diversos de la misma verdad, nos dicen que el desarrollo de las vocaciones misioneras interesan muchísimo y fundamentalmente a todas y a cada una de las facetas del apostolado cristiano. En el crecer de la Iglesia las vocaciones misioneras son algo absolutamente necesario según el plan divino de aplicación de los méritos de la Redención a los hombres. Creo que nadie ayuda al crecimiento de la Iglesia tan eficazmente, como el que la ayuda en el desarrollo de las vocaciones misioneras. Esta tarea lleva en su propio ser, una eficacia sorprendente para el apostolado cristiano.

La conversión del mundo infiel, a la que está esencialmente unida la eficacia del apostolado en el pueblo cristiano, nos exige algo más que una cooperación económica y una colecta de rezos y oraciones. Se ventila la realización de la vocación primordial de la Iglesia, se ventila su vocación misionera. La Iglesia no podrá satisfacer estos anhelos, como no sea por medio de las vocaciones misioneras de sus hijos. Vocaciones que no sólo conseguirán bendiciones de Dios para nuestros afanes apostólicos, sino que en su propia vida interna llevarán al pueblo cristiano gérmenes de generosidad, de cooperación cordial y sincera, de entrega total.

* * *

Por último, el ambiente y la realización de la vocación misionera, única vocación de la Iglesia, son necesarios para la Organización Misional Pontificia y para la vida y pujanza de las asociaciones misionales de carácter particular. De no tener un aumento considerable de vocaciones misioneras, ¿para qué las recaudaciones misionales? ¿Qué necesidad hay de entusiasmo misional en la retaguardia cristiana? ¿Podremos esperar fundadamente bendiciones de Dios en nuestra tarea de propagandistas y organizadores misionales?

* * *

Todos debemos presentar al I. E. M. E. el homenaje de nuestra gratitud y de nuestra felicitación por la oportunidad, constancia y entusiasmo con que va celebrando estas Semanas de Orientación Misionera.

A todos nos ayuda con ellas. Nos mantiene en tensión universalista misionera, necesaria en todo apostolado cristiano.

Pero la felicitación y gratitud nuestras han de ir especialmente emocionadas al recibir este libro. Leerlo, estudiarlo, propagarlo, ¡cuánta eficacia cristiana llevará a nuestros trabajos apostólicos! ¡Qué ayuda y consuelo a los directores espirituales que se encuentran en soledad fría y sin ánimos para la decisión! ¡Qué vibración de «Iglesia» para los dedicados al apostolado general! ¡Qué abundancia de frutos (limosnas, oraciones, sacrificios y propaganda) para la Organización Misional Pontificia, para la retaguardia misional!

Por las impresiones que durante las dos Semanas últimas recibí en Burgos, creo que puedo en nombre de todos estrechar la mano del Instituto Español de San Francisco Javier para las Misiones Extranjeras y decirle emocionado: ¡Gracias; enhorabuena!

Angel Sagarmínaga
Director Nacional
de la Organización Misional Pontificia

La Santa Sede y las Semanas Misionales

I

CARTA DE LA SECRETARIA DE ESTADO DEL VATICANO:

«Secretaria de Estado de Su Santidad núm. 379577. — Ciudad del Vaticano, 28 de Julio de 1956.

Excelentisimo y Reverendisimo Señor: Próximo a celebrarse en la Ciudad de Burgos la IX Semana de Orientación Misionera, promovida por ese Instituto Español de San Franciseco Javier, en colaboración con las Obras Misionales Pontificias en España, vuestra Excelencia y demás organizadores han querido presentar al Santo Padre, junto con la manifestación de sus anhelos e ideales, la filial devoción con que, por medio de estos actos, se proponen participar del homenaje del mundo católico al Vicario de Cristo con motivo de Sus recientes aniversarios.

He tenido el honor de referir a Su Santidad sobre tan nobles sentimientos y me ha dado el encargo de testimoniarles la viva complacencia con que El acoge esta ofrenda y el agradecimiento con que desea corresponderles. Particular consuelo para El es, en efecto, el celo con que en esas provechosas reuniones se dedican al estudio de algunos de los problemas misionales de la hora actual, estimulando asi la cooperación de muchos y sobre todo de las personas consagradas a Dios, en la obra de la expansión de la Iglesia, empresa que aun los simples católicos han de mirar como cosa propia.

Desciendan, pues, en abundancia las gracias del Cielo sobre las labores de la semana de Orientación Misionera de Burgos para que nuevos y abundantes frutos se añadan a los que ya lleva cosechados. Asi lo pide el Augusto Pontifice, que, en prenda de los dones divinos y en testimonio de paterno afecto imparte de corazón a Vuestra Excelencia, a los Profesores y Semanistas una especial Bendición Apostólica.

Al reiterarle las seguridades de mi más distinguida consideración, quedo

---

de Vuestra Excelencia Reverendisima
seguro servidor
A. DELL'ACQUA
Sustituto

EXCMO. Y REVDMO.
MONS. LUCIANO PEREZ PLATERO
Arzobispo de Bugos

II

DEL EMMO. CARDENAL PREFECTO DE «PROPAGANDA FIDE».

SACRA CONGREGATIO DE
PROPAGANDA FIDE
Prot. N.° 2264/56

Roma, 9 de Julio de 1956.

Excelencia Reverendísima:

También este año ha querido V. E. Rvdma. dar a conocer a este S. Dicasterio el programa de la IX Semana Intensiva de Orientación Misionera. Ha sido objeto de la más atenta consideración, dada la importancia de los temas escogidos. De ellos, unos versan sobre la vocación misionera, completando los estudios hechos en la Semana del año pasado. Otros, con muy buen acuerdo, se refieren a la celebración del IV Centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola, expresión la más genuina del espíritu misionero de esa noble Nación. La coincidencia del cincuentenario de la muerte del Can. Villota, fundador de ese Instituto, encuentra en la citada Semana, debida y oportuna conmemoración. Estas dos figuras luminosas, puestas dignamente de relieve por doctos conferenciantes, no podrán menos de ejercer poderoso atractivo e inflamar cada día más la mente y el corazón de la juventud española, que crece y es educada en los santos ideales de la causa misionera.

El Instituto de San Francisco Javier de Burgos, que, desde hace varios años es el centro propulsor del espíritu misionero entre los seminaristas y el clero español, merece con razón, por tan elevada labor formativa, el apoyo decidido de todo el Episcopado español.

Formulando los mejores votos por el más codiciado éxito de la próxima Semana Misional, envío a cuantos en ella participan mi particular Bendición y me profeso devmo. en el Señor.»

P. CARD. P. FUMASONI BIONDI
Prefecto

SU EXCIA. MONS.
LUCIANO PEREZ PLATERO
Arzobispo de Burgos y Superior General del Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras

Primera Parte

Encuestas y respuestas sobre
«La Vocación Misionera»

I

A los Superiores eclesiásticos de las Misiones sobre "el Misionero"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Monseñor José Arango, OFM, Prefecto Apostólico de Guapi, Colombia; Excmo. y Revdmo. Mons. Francisco Santos Santiago, IEME., Vicario Ap. del San Jorge, Colombia; Excmo. y Revdmo. Mons. Pablo Tobar, C. M., Obispo de Cuttack, India; Revdmo. Mons. Gaspar de Orihuela, OFMC., Prefecto Ap. de San Andrés y Providencia, Colombia; Excmo y Rvdmo. Mons. Leoncio Fernández, CMF., Vic. Ap. de Fernando Poo, Guinea Española; Revmo. Mons. Hipólito Martínez, OESA., Prefecto Ap. de Lichow; Excmo. y Revdmo. Mons. Gerardo Herrero, OESA., Obispo de Changteh, China, Excmo. y Revdmo. Mons. Federico Melendro, S. J., Arzobispo de Anking, China; Excmo. y Revdmo. Mons. Teodoro Labrador, O. P., Arzobispo de Foochow, China; Excmo. y Reverendísimo Monseñor Zenón Arámburu. S. J., Obispo de Wuhu, China; Excmo. y Rvdmo. Monseñor Angel Muzzolon, S. S., Vic. Ap del Chaco Paraguayo; Revdmo. P. Abad de Nueva Nursia, O. S. B., Australia; Revdmo. Monseñor Fr. Sebastián Acosta, O. P., Prefecto Ap. de Canelos, Ecuador; Excmo. y Reverendísimo Mons. Pedro Grau, CMF., Vic. Ap. de Quibdó, Colombia; Revdmo. Monseñor José Emilio Malenfant, OFMC., Prefecto Apostólico de Gorakphur, India; Secretario del Excmo. Mons. Agustín Wildermuth, S. J., Obispo de Patna, India; Excmo. y Revdmo. Mons. Buenaventura León de Uriarte, OFM., Vic. Ap. de Ucayali, Perú; Revdmo. Mons. Salvador Martínez Aguirre, S. J., Prefecto Ap. de Tarahumara, México; Excmo. y Revdmo. Mons. León Taylor, S. M. A., Arzobispo de Lagos, Africa Occidental, Nigeria; Revdmo. P. Fr. Saturnino de Villaverde, OFMC., Administrador Ap. de Machiques, Venezuela; Excmo. y Revdmo. Mons. Domingo Comín, S. S., Vicario Ap. de Méndez, Ecuador; Excmo. y Revdmo. Mons. A. M. Patroni, S. J., Obispo de Calicut, India; Excmo. y Revdmo. Mons. Pedro Rogan, S. M. S. J. M., Obispo de Buea, Africa Occidental; Revdmo. Mons. Francisco Font, IEME., Prefecto Ap. de Wankie, Rhodesia del Sur; Excmo. y Revdmo. Mons. Plácido Crous, OFMC., Vicario Ap. de Sibundoy, Colombia; N. N. Prelado portugués; Revdmo. Mons. Joseph Houlihan, Pre-

fecto Ap. del Eldoret, Africa Or. Brit.: Excmo. Mons. Joseph Fady, Vic. Ap. de Likuni, Nyasaland, Africa Cent. Brit: Revdmo. Mons. Enrique De Jordy, Administrador Ap. de Mbarara, Africa Orient. Brit. Excmo. Mons. J. Moynagh, Obispo de Calabar, Africa Occid. Brit.: Ilmo. Mons. Augusto Saint Pierre, Vic. Gen. del Arzobispado de Rubaga, Africa Oriental Brit: Excmo. Mons. J. Greif, Obispo de Tororo, Africa Orient.: Excmo. Mons. Hermann J. van Elswijk, Obispo de Morogoro, Africa Oriental Brit.: Revdmo. P. Director de misiones de los Carmelitas Calzados de Dublin, Irlanda: Excmo. Mons. Edgaro Aristides Maranta, Arzobispo de Dar-es-Salaam, Africa Orient. Brit.: Excmo. Mons. Francisco Constantino Mazzieri, Vicario Ap. de Ndola, Rhodesia del Norte, Africa Cent. Brit.: Excmo. Mons. Joseph Gotthardt, Vic. Ap. de Windhoek, Sudáfrica: Excmo. Mons. Carlos Heerey, Arzobispo de Onitsha, Africa Occid. Brit.: Revdmo. Secretario del Excmo. Mons. Laureano Rugambwa, Obispo de Rutabo, Africa Oriental Británica: Excmo. Mons. Joseph Van den Biesen, Vicario Apostólico de Abercorn, Rhodesia del Norte, Africa Centr. Brit.: Revdmo. Monseñor Patricio Joseph Dalton, Prefecto Apostólico de Yola, Africa Occid. Brit.: Excelentísimo Mons. José Kiwanuka, Obispo de Masaka, Africa Oriental: Excelentísimo Mons. Joseph Byrne, Obispo de Moshi, Africa Inglesa: Excmo. Mons. Juan Lesourd, Vicario Apostólico de Nouna, Africa Occid. Francesa: Excmo. Mons. Antonio Grauls, Vicario Apostólico de Kitega, Africa Central: Excmo. Ordinario de Libreville: N. N. Excmo. Ordinario de Leopoldville, Congo Belga: Revdmo. P. Tomás Comerford por encargo de Mons T. Quinlan, Prefecto Ap. de Chunchón y Regente de la Delegación Ap. de Corea: Excmo. Mons. Yves Plumey, OMI, Obispo de Garoua, Cameroun.

A

—QUE CUALIDADES FAVORECEN MAS EL APOSTOLADO DEL MISIONERO, Y CUALES LE RESTAN EFICACIA?

1. El don de gentes, la simpatía, el trato sencillo y alegre con todo el mundo atrae enormemente a los negros de esta Prefectura y la amabilidad (1).

2. Preámbulo: Siendo la vida misionera la continuación de la misión de los apóstoles en el mundo, siguiendo la orden de Jesucristo «id y enseñad a todas las gentes...» el Misionero debe ser «otro Cristo» y cuanto más se aproxima en su vida interior cede o disminuye los lazos de la gracia... disminuye la gracia de sus labores.

Después de la santidad de vida, las cualidades, que más favorecen al apostolado misionero son:

La mansedumbre de Cristo en su vida; pues se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre.

La afabilidad en el trato con ellas atrae a los fieles que poco a poco se aficionan a la persona del Misionero y la gracia les aproxima al Dios del misionero.

La generosidad, hija de la bondad del corazón que excita en los fieles la admiración hacia el hombre bondadoso y los predispone a aceptar la doctrina del Crucificado, que es la suma bondad (2).

3. Favorecen al apostolado del misionero: *a*) Una vida interior sólida, basada en el espíritu de oración, sacrificio y perfecta obediencia; *b*) Cierta facilidad intelectual y natural para el aprendizaje de las lenguas; don de gentes, para saber conquistarse los ánimos y las almas, con una alegría santa y trato paternal en sus relaciones con los paganos y los cristianos; *c*) Inclinación y gusto al trabajo manual para dirigir la obra de construcción de capillas, escuelas, salones, dispensarios, etc., etc.

Restan eficacia: *a*) El espíritu individualista e independiente a la realización del apostolado *católico de la Iglesia; b*) La falta de sumisión de juicio y voluntad a las decisiones de la Autoridad creyendo que los planes de uno a la obra de evangelización son los mejores y que los demás misioneros van errados en la misma materia; *c*) La discrepancia que se va notando entre los misioneros extranjeros y los nativos por querer vivir cada uno aferrado a su campo, exigiendo del otro que

acepte su manera de ver las cosas, tan imposible a naturalezas y caracteres tan distintos. Yo creo que el extranjero tiene que vivir más la realidad del pais en que se encuentra (3).

4. Supuesta, ante todo, una caridad no fingida dispuesta a cualquier sacrificio podemos agregar algunas cualidades muy favorables al apostolado misional, a saber: OPTIMISMO, ORDEN, CONSTANCIA, SINCERIDAD, RESPETO Y AFABILIDAD.

Restan eficacia todas aquellas cualidades, o mejor dicho, defectos opuestos a las anteriores cualidades, y en primer término el egoismo (4).

5. Para el infrascrito, la primera y más necesaria cualidad de que debe estar revestido el misionero para que sea hábil instrumento en manos de Aquel que le ha de manejar en el campo del apostolado, es, el que se halle posesionado *de lo alto y elevado que es su ministerio.*

Ir a las misiones entre infieles, solamente porque así se lo manda la obediencia y trabajar en las mismas como se trabajaría en cualquier otro empleo, sin ningún ideal, sin otras aspiraciones que salir del paso y orillar la obediencia que así se lo ha impuesto, es desvirtuar totalmente el ministerio tan sublime como es el que tienen o entrañan las misiones y dejarlo medio infructífero.

Para que este ministerio rinda cuanto del mismo espera y quiere la Iglesia y las almas, hay que sentir sublimemente la idea apostólica y ministerial que entrañan las misiones.

Así es como trabaja el divino misionero, y así es como cooperaron y desarrollaron su ministerio los apóstoles enviados por Dios al mundo infiel, para ganarlo y convertirlo para Jesucristo y su Iglesia.

Otra de las cualidades o virtudes que ha de tener el misionero para desarrollar su trabajo y ser útil a Dios y a la Iglesia, con la cual hará maravillas en provecho de las almas, es *la confianza en Dios y en su divina providencia.* Si la primera cualidad de la cual ya hemos dicho alguna cosa, es indispensable y necesaria al misionero para cooperar a la obra del Evangelio en beneficio de las almas, esta de la *CONFIANZA* en Dios y en su *DIVINA PROVIDENCIA* no lo es menos. Sin ella el misionero será instrumento inútil en la vida del apostolado. Sembrar el Evangelio en el campo infiel sin mirar al cielo y esperar del mismo la ayuda para esta siembra es ir al fracaso más seguro. Si el misionero quiere conseguir hacer algo de provecho en las almas, lo ha de esperar todo de las manos de Dios y de su Divina Providencia. Es tan divina esta obra, que nada pueden hacer en ella los trabajos y esfuerzos humanos. No en vano decia el Divino Salvador a sus apóstoles, que los enviaba como el Padre le envió a El mismo y que estaría con ellos hasta la consumación de los siglos para que no desfallecieran cuando se viesen perseguidos y arrojados de una parte a otra.

Quería infiltrarles el espíritu de confianza en su providencia para que no desfallecieran un punto en obra tan costosa cual era la de la salvación de las almas...

Con esta virtud el misionero desafía a todas las potestades del averno, seguro de que no le faltará la ayuda de Aquel que les dijo que estaría con ellos en todas sus empresas y trabajos.

Que el misionero tenga necesidad de recurrir incontables veces a esta Providencia en ejercicio de su ministerio... nos lo enseña la experiencia, y los relatos, que nos legaron nuestros antepasados, se encargan de confirmarlo. ¿Por qué no desfallece el misionero cuando no logra salir a flote en sus empresas después de haber puesto en las mismas toda su alma y el esfuerzo de su mente y corazón? Porque Dios está en él y sabe que no le abandona en lo mínimo.

Cuántas veces hay que echarlo, como vulgarmente se dice, todo a rodar. Y si no se hace es por la confianza que tiene en Dios el misionero.

La tercera cualidad que hará fructificar el trabajo del misionero en un cien por cien, es la oración y comunicación con Dios mediante la oración y el espíritu de piedad.

Con razón se puede decir que la oración es el alma de todo apostolado: Misionero sin oración ni espiritu de piedad, no será nunca de provecho en la viña del Señor.

Será si queremos campana que retiñe pero nada más; trompeta que pregonará la gloria del Señor, pero sin llevar las almas a la conversión.

Si en alguna parte debe reinar el espíritu de oración y piedad es en el campo del apostolado.

Qué bien lo retrató el Divino Misionero cuando, después de volver sus apóstoles de las primeras campañas misioneras, les dijo: «Todo esto me decís acerca de vuestras actuaciones misioneras en esta gira que acabáis de realizar; está muy bien, hay que alabar por ello al Padre celestial. Pero venid y retiraos al desierto, al retiro y trato con Dios, a la oración, y conseguiréis todo esto y mucho más.»

Sublime oración que no debemos nunca olvidar los misioneros si queremos que nuestro trabajo sea fructífero en la viña de la Iglesia.

Las opuestas a las tres virtudes o cualidades que acabamos de mencionar son las que más eficacia restan al apostolado: *Primera*, no aspirar a nada sublime y elevado en el apostolado; trabajar en el mismo porque sí, por habernos señalado la obediencia ese destino como nos podía haber mandado desarrollar una cátedra de Filosofía o Teología. *Segunda*, hallar y andar en pos de la veleidad; trabajar hoy mucho y mañana abandonar el ministerio. Trabajar y ser solícito operario cuando nos aplauden los superiores o nos alaban los compañeros de oficio para echarse al surco del abandono y desesperación a la menor adversidad que se atraviesa en el campo del apostolado, respirar fuego en determinadas ocasiones y acontecimientos para permanecer helados y fríos cuando nos suceda alguna adversidad. Estos temperamentos son verdaderamente desastrosos para las misiones, y quien así trabaja en ellas está expuesto al fracaso más seguro y ruidoso que cabe imaginar.

Tercera, la disipación y exterioridad, la falta de piedad y comunicación con Dios nuestro Señor. Lo ven los misionados así sean negros y de bajo nivel en la escala de la civilización; que basta abrir los ojos para saber distinguir al misionero piadoso y celoso y aquel que no tiene ninguna de estas cualidades. Entre nosotros más de una vez hemos oído «el Padre tal o cual casi nunca reza, va muy poco a la Iglesia y sale de ella apenas de decir la santa Misa. En cambio el Padre fulano casi siempre se le ve en la Iglesia rezando el oficio con verdadera devoción y piedad», etc., etc., (5).

6. Le favorecen: el carácter abierto, sin chabacanerías; ser sincero y afable con todos y comunicativo sin descender a degenerar en frívolas vulgaridades. Tomarse interés en el estudio del carácter psicológico de los naturales del país y de sus costumbres, encomiando lo bueno que en unos y otros encuentre, y razonando cortésmente lo que le parezca digno de reprobación, cuidando de no manifestar desprecio ni herir sentimientos patrióticos. Cuanto mayor sea su ilustración, tanto mayor será el respeto y admiración que se capte y la predisposición a escucharle que consiga.

Le restarán eficacia y simpatía, el alarde de superioridad, manifestado en hechos y dichos; el trato a los nativos como de raza inferior, y hacer odiosas comparaciones de las cosas de la propia patria con las del país que misiona, exaltando las ventajas de las primeras (6).

7. Entre las cualidades, (conforme yo defendí el año pasado al tratar de la historia misionera agustina), yo señalé tres: *a*) Poseer el idioma a la perfección. *b*) Asimilarse las costumbres del país. *c*) Amor al indígena como se ama a los compatriotas (7).

8. Favorecen al apostolado: el amor a nuestro Señor Jesucristo y por El al trabajo y al sacrificio; la confianza en el Amo de la mies; el celo de las almas; una buena formación espiritual, teológica, literaria, misional; el dominio de la lengua del país; un optimismo sano.

Le restan eficacia la carencia o falta en mayor o menor grado de las virtudes supradichas: el amor propio, confianza en sí y en sus medios, falta de formación, pesimismo (8).

9. El misionero es conceptuado por un personaje extraordinario, y debe, por lo tanto aparecer como superior para que su palabra pueda ser escuchada con atención, respeto e interés.

El misionero debe ir bien provisto de un bagaje espiritual, intelectual y moral superior al común de las gentes que va a evangelizar, a fin de que el Evangelio, que es el fin último de todo misionero, sea recibido, con agrado primero, con interés luego y con adhesión al fin.

El misionero, ignorante en la mayor parte de los casos, de la lengua, usos, costumbres y cultura de los pueblos a donde es enviado a evangelizar, si por otra parte no se presenta con el prestigio necesario para imponerse por su superioridad espiritual, intelectual y moral, su trabajo se haría estéril, ya que, por la ignorancia de la lengua, tendría que presentarse como un niño que iba primero a aprender antes de poder enseñar.

Pero si desde el primer momento logra aparecer rodeado de un halo de virtud y de santidad, se captará desde el primer momento el respeto de las gentes. Demostrando luego una superioridad intelectual en el conocimiento de toda clase de ciencias humanas y divinas y diversas artes, conseguirá avasallar desde el primer momento también a las clases superiores y más pagadas de su cultura propia.

Haciéndose luz y ejemplo de los demás por sus buenas costumbres, modales finos y respeto a los usos y costumbres de los demás, en cuanto no se opongan a la ley divina, conquistará simpatías y hará acercársele a todos con interés y ansias de saber.

RESTAN EFICACIA: Cuando se encuentran con un misionero que carece de todas o muchas de las cualidades antes dichas:

Si le falta espíritu de sacrificio para hacerse todo a todos sacrificando sus propios gustos y deseos, para amoldarse a los de los pueblos entre los cuales se halla:

Si notan en el misionero una sombra de avaricia y un deseo de acumular riquezas para sí. Aunque ven con agrado que el misionero viva en estrechez y pobreza, también saben apreciar la necesidad que tiene de un plan superior a las clases inferiores, para poder vivir con un confort que sin ser lujoso le es necesario. Antes al contrario, ven con muy buenos ojos que el misionero pueda ofrecer una casa limpia y suficientemente bien amueblada, con un servicio para los huéspedes visitantes de ocasión. Todo esto les atrae, y les impresiona agradablemente.

Pero lo que les repele y juzgan mal es notar que el misionero es tacaño para los demás y para sí mismo, buscando acumular riquezas y esconderlas. Juzgan que el misionero, que ha debido hacer tantos gastos en un viaje tan largo debe ser suficientemente rico y que viene para hacer participantes a los demás de su abundancia; no a negociar para enriquecerse aún más y amontonar riquezas para irse luego con ellas a su patria.

El misionero o no debe ir en plan de conquistador, ni en plan de superioridad para amoldar a los demás a nuestras propias costumbres, a nuestro modo de vivir. En ese plan se enajenaría las voluntades.

Si por el contrario se presenta en un plan de estudiar la lengua, aprender la cultura, comprender las costumbres para adaptarse a ellas, encontrará todos los caminos anchos y llanos y todas las puertas abiertas, con una sonrisa franca y acogedora (9).

10. Después de la vida interior y del celo de las almas, el trato de gentes, que entraña consigo otras muchas cualidades; adaptación al medio ambiente; conocimiento de los usos y costumbres de la sociedad en que vive; interés por la vida espiritual y temporal de paganos y cristianos; paciencia suma, amabilidad. Con esto, dicho se está que un carácter adusto, iracundo, despreocupado por amoldarse al ritual de ceremonias de las personas con quienes alterna en las visitas, en las reuniones, en las ocasiones de duelo o de alegría, alejará más bien a la gente que quiere evangelizar, en vez de atraerla (10).

11. Las cualidades que dan mayor eficacia son: vida interior y espíritu de sacrificio. Las que restan eficacia, el egoísmo (11).

12. Abnegación de sí mismo. Celo por las almas. Flexibilidad de carácter. Si es religioso, docilidad y obediencia.

Restan eficacia: Falta de celo, celo extremado y falta de adaptación a las circunstancias de lugar y tiempo (12).

13. Favorecen al apostolado la observancia de los tres votos religiosos. Res-

tan eficacia, el espíritu moderno de disipación y falta de obediencia y disciplina entorpecida muchas veces por los mismos superiores regulares (13).

14. Juzgamos que las cualidades que mayormente favorecen al misionero en su apostolado son el celo activo junto con la humildad y paciencia y el recogimiento interior y exterior. Mientras que los defectos que le restan eficacia son: la ira e impaciencia y el ostentarse y familiarizarse fuera del púlpito con las gentes (14).

15. Sobre todo, un gran espíritu sobrenatural, una piedad sólida y un celo fundado sobre una firme determinación de cumplir fielmente las normas directrices de la Iglesia sobre el apostolado misionero, y el conocimiento de dichas normas; éste exige un profundo desprendimiento de sí mismo, de sus opiniones personales, de su orgullo nacional, una gran amplitud de miras para ver lo bueno que hay en los demás, una gran humildad para renunciar a aquellas opiniones y maneras de obrar que no son conformes a la mentalidad del lugar; todo eso es muy necesario cuando se comienza a contar con sacerdotes indígenas en la misión. Siempre es extraordinariamente difícil para un extranjero ver las cosas en todos los países como las ven los indígenas, y para éstos muy difícil verlas como las vemos los extranjeros. Con la mayor humildad y con las mejores intenciones, uno no puede evitar el desagradar a ellos en muchas cosas y por esto mismo sentir disgusto por muchas cosas de ellos. Sin embargo ellos están en su propio país, nosotros estamos de paso y ellos tienen la última palabra sobre el modo más conveniente en que han de hacerse las cosas. Se requiere una dosis sobrehumana de humildad, de desprendimiento, de abnegación que muy pocos misioneros, aun de los más destacados logran adquirir (15).

16. Buena voluntad para trabajar mucho, buena voluntad para seguir las directrices de los superiores; benevolencia y simpatía hacia todos sin distinción de clases, ni grados de educación; paciencia y dominio de sí mismo, buena disposición para colaborar con otros y ver lo bueno en otros.

Impiden la eficacia del apostolado: la excesiva actividad sin el debido plan y sin la conveniente reflexión; espíritu de independencia e insubordinación; la intolerancia con los defectos ajenos, especialmente cuando se trata de debilidades del prójimo; demasiada confianza en sí mismo y una seguridad no razonable en las propias fuerzas y cualidades (16).

17. Vida interior y optimismo. Le restan eficacia la falta de espíritu y el pesimismo (17).

18. Le favorecen cuantas más contribuyan a unir con Dios al misionero haciéndole vivir una vida sobrenatural y le restan eficacia cuantas cosas le hagan vivir una vida natural y humana (18).

19. Fidelidad a la regla. Amor espiritual hacia el africano, espíritu alegre, buena voluntad para todo (paratus ad omnia) y sentido de buen humor.

La falta de cualquiera de estas cualidades inutiliza el apostolado (19).

20. Entre civilizados: Bondad de carácter; desprendimiento del dinero; vida apolítica.

Entre no civilizados: Bondad paternal, paciencia a toda prueba; adaptación universal en lo posible a su modo de ser y de vivir; espíritu jovial y equilibrado (20).

21. Las cualidades que favorecen más el apostolado misionero son: a más de la robustez física, la abnegación, el espíritu de sacrificio, una moralidad a toda prueba, espíritu de unión con Dios y una intensa vida interior (21).

22. Cualidades que favorecen: juicio claro y equilibrado; buena salud y entusiasmo intenso e interior sin ruido.

Cualidades que impiden: Amor de comodidades, ira y soberbia; exagerado nacionalismo (22).

23. Las condiciones, el clima y la gente, sus costumbres, etc., son diferentes en las diferentes comarcas misioneras.

Los misioneros deben tener sincera y genuina vocación para el trabajo apostólico, con preferencia a todo otro trabajo pastoral.

Deben tener un amor que les consuma y una simpatía por sus «hermanos me-

nores» para que puedan enfrentarse con las condiciones más adversas que se presenten a su trabajo apostólico. Deben estar preparados a aceptar las condiciones y costumbres de la vida primitiva.

Los misioneros deben ser hombres prácticos en todo. (Antiguamente el misionero tenía que ser carpintero, albañil y arquitecto. Pero ahora en la mayor parte de las comarcas africanas hay miles de obreros especializados.)

Es esencial que el misionero sea paciente, amable, educado y fino, pero no ingenuo ni propenso a caer en el engaño. El misionero, al llegar de los países modernos de Europa en esta edad atómica y de aviones a reacción, a aquellos países atrasados, sumidos todavía en la edad de piedra, necesita muchísima paciencia con los indígenas que son muy indolentes y nunca tienen prisa.

Mens sana in corpore sano. En nuestro Intituto de MILL-HILL cada alumno debe sufrir un severo reconocimiento médico; es esencial salud fuerte y robusta (23).

24. La amabilidad atrae a todos y el carácter avinagrado los rechaza (24).

25. Favorecen más las de orden sobrenatural (25).

26. La fe iluminada y operante, la alegría y el convencimiento del valor universal del sacrificio del Calvario y de la Misa (26).

27. Caridad, obediencia, sentido común y capacidad de auténtico compañerismo (27).

28. Primera y más esencial: la santidad personal. Esto juntamente con un entusiasmo ilimitado por el trabajo entre paganos y con las realmente necesarias cualidades de bondad, paciencia y amor sobrenatural del africano (28).

29. Debe ser una *personalidad*, enérgico, celoso y al mismo tiempo lleno de paciencia, dulzura y simpatía (29).

30. Ante todo, diría yo, el espíritu de Fe, que facilita al misionero afrontar las más grandes dificultades y desilusiones sin pérdida de coraje. Juntamente con ésta, las más necesarias cualidades son caridad, simpatía y bondadoso acercamiento: gozo y gran paciencia (30) .

31: Vida espiritual intensa y abnegación:

Obediencia, toneladas de paciencia, verdadera humildad, caridad fraterna, coraje.

Disposición para aceptar cualquier tipo de trabajo en su campo de misión. «Sanctus ut oret pro ovibus —Doctus ut doceat— Prudens ut regat» (31).

32. Sentido común; piedad sólida; voluntad decidida para trabajar duramente y contentarse con poco (32).

33. Celo apostólico; un espíritu de fe ilimitado; convicción religiosa; sentido común y sentido del humor (33).

34. Su benevolencia (34).

35. Vocación auténtica, ver las cosas sobrenaturalmente, buena salud y preparación integral (35).

36. Celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; caridad, humildad, paciencia; resistencia en el trabajo (36).

37. Energía; sentimiento de responsabilidad (37).

38. El misionero debe ser muy espiritual y con el sentido del humor (38).

39. Que sea hombre: personalidad, personalidad sacerdotal y personalidad social (39).

40. *a*) Cualidades interiores: unión con Dios y obediencia.

b) Cualidades exteriores: Inteligencia práctica y espíritu emprendedor (40).

41. Verdadera vida santa; espíritu de abnegación; coraje; amabilidad, afabilidad; generosidad; obediencia y perseverancia aun en las pruebas mayores (41).

42. Sobrenaturalidad profunda, social, celoso, amor del prójimo (42).

43. Las cualidades necesarias para todo misionero son: Santidad y unión con Dios y con todos los cristianos; segundo: abnegación; tercero: coraje para afrontar las inevitables luchas y dificultades de la vida misionera (43).

44. A esta pregunta que en sí es doble: cualidades que favorecen al apostolado, y cualidades prácticas para el apostolado, contesto:

a) Un misionero humilde y paciente, de trato afable y dispuesto a ser inco-

modado en cualquier momento, es el que se gana las simpatías de todos. En estas misiones sin esta bondad y esta paciencia inalterable el contacto es imposible.

b) Cualidades eficaces: espíritu práctico-práctico. Poco teorizante aun en materia de enseñanza religiosa. El mismo método de Jesús en el Evangelio: enseñanza concreta y adaptada a la vida del indígena.

Hablar correctamente la lengua de las tribus. Esta es una de las principales cualidades eficaces.

Adaptarse a los usos y costumbres: comidas, etc..., difícil, pero necesario para ganar la confianza de la gente (44).

45. Para entregarse sin flaquear y con fruto a la obra de la conversión de los africanos, los misioneros tienen necesidad físicamente de una buena salud; moral y sobrenaturalmente deben estar metidos en la vida de fe y el espíritu de oración, sin el cual no se puede hacer nada ni por sí ni por los demás.

Deben tener un amor grande a Nuestro Señor y una confianza filial en María, Reina de los apóstoles.

Los misioneros deben cultivar también las virtudes de humildad y mortificación, y la pobreza, lo mismo que las virtudes que son como el fundamento del celo apostólico.

La virtud particular del misionero es el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; pero este celo, en una compañía de apóstoles, no puede existir sin el espíritu práctico de obediencia absoluta a los superiores.

Para los misioneros que practican la vida común, se impone también la caridad fraterna.

Para que todas estas virtudes y cualidades sean eficaces, el misionero ha de conservar el recurso de la vida interior en medio de los trabajos del apostolado. Si no, será « Aes sonans et cymbalum tiniens» (45).

46. Caridad y paciencia, piedad y celo (46).

47. Piedad, bondad y paciencia (47).

48. Como fundamento de todo, el misionero debe tener en alto grado las virtudes de Fe, Esperanza y Caridad, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Cualidades particulares que ayudan al misionero en su tarea:

Gran espíritu de oración. Gran devoción a la Misa y al Santísimo Sacramento: gran amor a la Liturgia y a todas las ceremonias de la Iglesia; más, hambre y habilidad en traer las gentes a una apreciación de la Liturgia y Ritual de la Iglesia. Determinarse a erigir templos recios y duraderos, con la habilidad para recoger los fondos necesarios y dirigir la erección de los susodichos templos. Un buen conocimiento de la lengua del país en que reside el misionero en orden a hacer asequibles las verdades de la religión y a tener la habilidad para comprender el sentido de las tales palabras. Simpatía para con los enfermos, pobres y pecadores y para todos los que sufren, con un fuerte deseo y determinación de ayudar a tales gentes de todos los modos posibles. Habilidad en tomar el pulso en la vida social del pueblo y dirigir las actividades culturales. Habilidad en dirigir a los jóvenes en sus actividades sociales y culturales. Pedagogía en la enseñanza de la doctrina cristiana y en la formación de catequistas. Una constitución física fuerte y espíritu de iniciativa y perseverancia (48).

49. Bajo el plano *intelectual* el estudio de la lengua, *el conocimiento de la lengua* es el elemento primordial que tiene el misionero para influir profundamente.

A este estudio se debe unir también el conocimiento de la mentalidad de los pueblos que se quiere atraer, sus costumbres, sus tradiciones.

Bajo el plano moral, la tenacidad, la voluntad, la *perseverancia*, son la condición sine qua non del éxito o al menos de una acción apostólica auténtica.

La bondad tiene una fuerza de atracción sobre todos los pueblos. Algunos misioneros que no tenían cualidades excepcionales pero en quienes la bondad inspiraba su conducta han conseguido fundar sólidas cristiandades en terrenos donde reinaba un profundo paganismo (49).

B

—QUE TEMPERAMENTO JUZGA VD. MAS A PROPOSITO PARA LA VIDA MISIONERA?

1. Para esta costa del Pacífico, el temperamento alegre y activo y fervoroso (1).

2. Con santidad todos los temperamentos son buenos en la vida misionera. En la práctica, aquellos en que predomina el temperamento iinfático, unido armónicamente con el nervioso, suelen tener más y mejores resultados, por ser prácticos en elaborar sus planes y constantes en ejecutarlos.

El sanguíneo, aficionado demasiado a las personas; el nervioso, inconstante e impulsivo; el bilioso, terco, dominante y ambicioso; el linfático, dormilón, lento y temeroso, dificultan más bien que ayudan a la gracia en la conversión de las almas (2).

3. Caracteres suaves, tolerantes, comprensivos, de mucha paciencia y caridad, a la vez activos y dinámicos, son los más a propósito para la vida misionera. Temperamentos fuertes que estallan en enfados desentonados a cualquier contrariedad que tengan, u oposición que se les haga, dejan malísima impresión, y desdoran la labor del verdadero apóstol (3).

4. Esta pregunta préstase a ser respondida bajo el influjo del propio temperamento. Paréceme, sin embargo, que supuesta la VIRTUD, cualquier temperamento es bueno para ser misionero, o sea que un temperamento lo juzgo tan bueno como el otro, cuando los vacíos que en todo temperamento existen, los llena la virtud, manteniendo así la balanza en equilibrio. Sin embargo, quien de natural es ecuánime tendrá mucho terreno andado (4).

5. El sanguíneo con tal que no sea excesivo y sobrado impetuoso. En la viña del Señor hay que desarrollar mucha energía si se quiere sacar algo en la misma. De ahí la necesidad de trabajar con empeño y decisión yendo cuando sea preciso a marchas forzadas y a cien por hora, cuando se atraviesa de por medio el interés de la gloria de Dios y salvación de las almas. Y esto sólo se consigue con un temperamento sanguíneo y muy nervioso. Los apocados se ahogan en un dedal de agua. También es muy buen temperamento para la viña del Señor el alegre y templado, el que todo lo ve bien y con buenos ojos, el que se apura y todo lo ve nublado que deje de trabajar entre infieles y que se vuelva o no salga de Europa.

Rostro alegre es el que mejor cuadra para esta serie de trabajos. Ir siempre llorando hace que los demás se amedrenten y acobarden y no quieran completar su conversión entregándose al Señor. Los llorones y tristones que no vengan a las misiones.

De ordinario no hay que flechar endechas, sino tocar el arpa, cantando con una jaculatoria de amor de Dios una jota, cantar de la tierra en que uno nació; y esto en salud o enfermedad, en la humillación o exaltación, siempre y sin variar jamás. Esos misioneros son siempre bien recibidos tanto por sus compañeros como por aquellos a quienes va a predicar y convertir.

Para esto *oración* y confianza ilimitada en Dios nuestro Señor y en el auxilio de la Virgen.

Ahí está el secreto que hace tranquila y alegre la vida del misionero entre infieles (5).

6. Temperamentos alegres, aliados con profunda religiosidad, juiciosos y ponderados, sin nerviosidades en el estudio de las cuestiones que haya de tratar y determinaciones a tomar. En pleitos en que haya otras partes contrincantes, no ilusionarse con las espléndidas razones que desgranarán cada uno de los contrincantes por separado, ni precipitarse a dar un fallo sin oír el parecer de personas sensatas neutrales y escuchar, sin darlo a entender, lo que sobre el asunto hablen personas ajenas al pleito; sean afables en escuchar impertinencias, sin mostrar disgusto. La intemperancia enajena las voluntades y ahuyenta las perso-

nas. Sensibles a cualquier contratiempo de orden material o moral que ocurra entre sus ovejas apropiándose aquello de San Pablo: «Quis infirmatur et ego non infirmor, quis scandalizatur et ego non uror» (6).

7. Temperamento «labiis lenem insidentem risum» que decía un filósofo agustino, del que nace la afabilidad, alegría, humildemente comunicativo y observador. Junto con el de la ciencia que pedía Santa Teresa para el Confesor (7).

8. Son en general más a propósito para la vida misionera, los temperamentos equilibrados, serenos, animosos, comprensivos, que procuran adaptarse a las costumbres y modos de ser de las gentes que evangelizan.

Los nerviosos, irascibles, impresionables, tímidos, suelen ser menos aptos (8).

9. No ciertamente los tristones, taciturnos y hoscos; ni los tardos en obrar y sacrificarse, sino aquéllos alegres, abiertos, comprensivos y prontos a la acción y al sacrificio. Para los pueblos orientales que se pagan tanto de su cultura, que dan tanta importancia a las maneras exteriores, finas y corteses y a un protocolo complicado de formas sociales, un temperamento impetuoso, desaprensivo, rudo y descortés, no dejaría de molestarles y causarles muy mala impresión. Un renunciamiento, en cambio, de nuestras costumbres y maneras de ser y vivir, para acomodarse cuanto sea posible a los indígenas, ganaría voluntades y allanaría caminos (9).

10. Un temperamento alegre, magnánimo, esforzado, que no se asuste ni por los peligros ni por las ingratitudes, ni por la diversidad de la vida en las costumbres, en la comida, en el vestido, en las diversiones (10).

11. Calmo, reflexivo y humilde (11).

12. Entusiasta, jovial y considerado para los demás (12).

13. Cualquier temperamento, con tal que sea el individuo bien formado, esmeradamente educado (13).

14. Si la pregunta se refiere al temperamento fisiológico, pensamos que el sanguíneo nervioso es el que mejor se acomoda por regla general a la vida misionera activa de predicación, colegios e internados. Ese temperamento, bien regulado, servicial y comunicativo, hace muy atractiva la vida misionera (14).

15. Predisposición para estar alegre habitualmente e irradiar este gozo a los demás de amplias miras, paciencia angélica, los meticulosos, excesivamente delicados de salud, los fácilmente excitables ante cualquier pequeña contrariedad, los que sufren de nervios, etc., no sólo fracasan en la misión, sino que sirven de lastre y son dañosos al apostolado misional (15).

16. El temperamento sanguíneo y flemático (16).

17. Cualquiera con la gracia de Dios; pero humanamente sencillo, entusiasta, optimista, piadoso y sufrido (17).

18. Los conciliadores con Dios y con los hombres (18).

19. Como en el número anterior, el temperamento que es optimista, fundada e inteligentemente optimista, presto siempre, inmune al desaliento, y mira a los obstáculos y fracasos en las obras, como estímulo para continuar la empresa, más que como desgracia e incitación al desánimo (19).

20. Bilioso-sanguíneo (20).

21. Los temperamentos más a propósito para la vida misionera son los de gran acción y actividad, siempre que éstos se basen en equilibrio y recta intención, y vayan acompañados de intensa vida espiritual y de constancia en el esfuerzo (21).

22. Temperamento más apto: espíritu alegre (22).

23. Un carácter ordinario, normal, equilibrado, sensato, asegura el éxito al misionero, como he dicho antes. Ha de tener un deseo sincero y preferente de consagrarse a la vida misional y debe estar preparado y determinado a aceptar y sufrir toda la falta de confort que consigo lleva la vida tropical. Por supuesto se encontrará el desánimo, la depresión, etc., pero él ha venido a Africa para superar todas estas pruebas (23).

24. El sanguíneo, el bilioso, ambos perfeccionados por la gracia santificante (24).

25. Cualquier temperamento debidamente controlado e informado del espíritu sobrenatural (25).

26. El temperamento alegre, dinámico y prudente (26).

27. Un temperamento pacífico y sufrido parece ser el más deseable en la vida misionera (27).

28. Todos los temperamentos encuentran su sitio y trabajo apropiado aquí; el único temperamento, que jamás triunfará aquí es el irascible, temperamento que ningún africano comprenderá jamás (28).

29. Debe ser alegre (sanguíneo) (29).

30. Toda persona alegre y feliz con simpatía contagiosa (30).

31. Abierto y de inteligencia comprensiva, ni demasiado flemático ni demasiado nervioso, sino un poco de lo uno y de lo otro, teniendo y conservando un mínimo de entusiasmo y optimismo (31).

32. Constante, perseverante y desinteresado (32).

33. Alegre, constante, ecuánime y pacífico (33).

34. El sanguíneo (34).

35. Los caracteres irascibles y perezosos están mejor en casa (35).

36. La combinación de «fuego y agua (fire and cold water)» con rapidez en el trabajo y espera calmosa para el resultado; genialidad en la inventiva (36).

37. El sanguíneo mezclado con colérico (37).

38. Paciente, perseverante y animoso sobremanera (38).

39. El temperamento que revela un hombre de pensamiento y de acción (39).

40. Sanguíneo temperado (40).

41. El flemático. Sin embargo la contestación apropiada a esta pregunta es: los hombres sinceros de los más variados temperamentos tienen todos su lugar, a pesar de su natural y temperamento difícil. Normalmente, siendo todo igual, el hombre reposado, afable, humorista, sano es el más indicado para la vida misionera. El muy fuerte, nervioso y exaltado, el que fácilmente se deprime, el molesto no son aptos. Hay que decir también que los hombres de origen rural están mejor adaptados a la vida misionera (41).

42. Sanguíneo nervioso (42).

43. Las misiones necesitan hombres de fuerte carácter, que conozcan lo que Dios les exige y que tengan el coraje y la energía para hacer el trabajo y la voluntad de Dios, a despecho de todas las dificultades (43).

44. A esta pregunta bastante fácil: temperamento abierto, de conversación fácil. Virtud de «contacto». Un misionero que no sabe perder el tiempo con la gente no logra nada. Un temperamento casero es inútil por aquí. Hay que saber luchar contra la tentación de facilidad y de comodidad. La renuncia y el espíritu de sacrificio son las virtudes del misionero por excelencia. Y que conste que cada día es más difícil, dado que el que busca comodidades puede fácilmente procurárselas (44).

45. ¿Temperamento apático?: 1.° No se necesitan apáticos indolentes, no tienen gusto suficiente para el trabajo. — 2.° Pero los apáticos enérgicos pueden ser buenos misioneros. Aunque lentos y pesados, son aplicados al trabajo, constantes, metódicos en sus esfuerzos y a fuerza de labor paciente llegan a obtener grandes éxitos.

¿Temperamento afectivo? 1.° Los tipos emotivos o sanguíneos, si llegan a dominarse y se entregan a Dios, o se unen a Nuestro Señor con un amor fuerte, se sacrificarán gustosos y estarán consagrados a las almas. — 2.° Tipo apasionado: melancólico, no es indicado para la misión. Es demasiado inclinado a la tristeza, la melancolía, etc. — 3.° Tipo emotivo irritable o impulsivo: cambia demasiado, pierde con frecuencia el dominio de sí y maltrata a los que le rodean: no conviene para la misión, sobre todo en estos tiempos de evolución. — 4.° Los muy apasionados pueden hacer mucho mal o mucho bien, según que pongan su pasión al servicio de su ambición personal o al servicio de Dios y de las almas. El medio de utilizar estas naturalezas ricas es orientarlas vigorosamente hacia la gloria de Dios, y la conquista de las almas, como San Ignacio lo hizo con San Francisco Javier.

¿Temperamento voluntario? Estas personas que tienen una voluntad firme, te-

naz, indomable, y subordinan a ello todo lo demás; si se dominan por esfuerzos constantes, poseen una maravillosa igualdad de ánimo y saben unir la fuerza a la dulzura. Hay ahí madera de un buen misionero.

¿Temperamento tímido? Los tímidos desconfían de ellos mismos, pero adquieren firmeza cuando son encuadrados o sostenidos por los superiores o los amigos y sobre todo, cuando desde el punto de vista sobrenatural se apoyan en Cristo Jesús: «Omnia possum in eo qui me confortat.»

N. B. Los temperamentos, rara vez se encuentran tan delimitados. El buen carácter que hace al buen misionero, es mezcla de dulzura y de fuerza, de bondad y de firmeza, de franqueza y de tacto, que hace sea estimado y amado de aquellos con los que tiene relaciones.

El mal carácter, el que no se querría encontrar jamás en el misionero, es el que carece de franqueza y de bondad, de tacto o de firmeza o que, dejando predominar el egoismo, es rudo en sus maneras y se hace desagradable y a veces odioso aì prójimo (45).

46. Paciencia y perseverancia (46).

47. Generosidad y tenacidad (47).

48. El temperamento más conveniente para la vida misionera es el del hombre de acción; algo colérico, enérgico, ambicioso, muy sufrido y tenaz (48).

49. Los mejores temperamentos misioneros: Se necesita gente asentada, dueños de sí mismos, equilibrados, pacientes. Hacen falta temperamentos generosos, que no saben calcular; porque es necesario frecuentemente reemprender obras que se han venido abajo, volver a comenzar (49).

C

—QUE PUNTOS FLACOS SE ACUSAN MAS EN EL MISIONERO: SALUD, CARACTER, VIDA ESPIRITUAL?

1. El clima de la misiòn es muy malsano, supremamente húmedo y ardiente, todos los días llueve, las distancias perjudican la vida espiritual del misionero, pues se dificulta la confesión (1).

2. El punto flaco que más se acentúa en la vida del misionero es «la debilidad en la vida espiritual». La falta de salud y los inconvenientes del carácter se suplen con facilidad, y la gracia hace fecunda la enfermedad y diviniza el temple de la persona. Pero la DEBILIDAD O LA CARENCIA DE LA VIDA ESPIRITUAL, no se supera con «NADA».

Al llegar a la misión bien fogueados por la vida del Seminario y por el supremo ideal de la vida misionera... todo es fácil y todo nos hace valientes... pero al duro contacto con la realidad... con los obstáculos imprevistos e impedimentos inesperados se reforma el concepto imaginario y novelesco del apostolado y si no se tiene sólida formación moral, flaquea, cede, y hasta retrocede creyéndose engañado por los libros y conferencistas de retaguardia. Si tiene formación sólida reacciona con facilidad y vuelve a la carga con las mismas energías que le sacaron de su Seminario o de su diócesis y lo llevaron a las misiones (2).

3. El punto más flaco que se nota en el misionero a mi juicio, es el de falta de piedad y de sacrificio, o sea mortificación. Por ocuparse demasiado en la vida de acción, se descuida la vida interior, base fundamental de las bendiciones del Cielo sobre sus trabajos. ¿Será debido a esto el número tan insignificante de conversiones? (3).

4. El que más resalta y perjudica al misionero en su obra es la languidez en la vida espiritual. «Si la sal perdiendo su virtud se vuelve insípida, con qué se salará» (4).

5. *Salud.* Cuando ésta es muy quebradiza y enclenque, ya se ve que es un inconveniente muy grande para trabajar con provecho en la viña del Señor. El

misionero debe tener buen estómago, capaz de vivir, por alguna temporada al menos, la vida indígena, cuando así lo requiera el ministerio.

No que recurra a la misma de ordinario, ya que eso sería una temeridad que Dios no podría en manera alguna bendecir; pero cuando las circunstancias lo requieren, o por efecto de cualquier contingencia escaseen los alimentos fuertes del europeo, no por eso se ha de abandonar el campo que uno evangeliza, muy al contrario, para estos casos es cuando precisa disponer de arresto y energía y tener buen estómago, como decía arriba. Misioneros que hoy tienen buena salud y mañana caen afectados de una enfermedad..., cuando esto es frecuente, ese tal habrá de abandonar el campo de evangelización o quedarse en retaguardia, en las casas, en las escuelas, administraciones.

Recorrer los pueblos y rancherías indígenas con esta salud, es contraproducente por precisar en estos casos que otro le supla o haga sus veces en esta viña, y naturalmente esto es en quiebra de los que se hallan en la misma. Una de las cosas que más contribuyen a la conversión y evangelización de un país es el que haya continuidad por parte del que corre con esta encomienda.

Ir hoy uno y mañana otro, que a lo mejor es de criterio contrario, es ir a no hacer ni conseguir nada de provecho.

CARACTER. Un carácter impetuoso y violento que todo lo quiere llevar a rajatabla, como se dice vulgarmente, es un inconveniente muy grande que desvirtúa sobremanera los trabajos en la conversión de las almas. Este carácter aleja al indígena del misionero, siendo causa de que no visite la misión y que se retraiga completamente de la conversión. Esto no quiere decir que el misionero se ha de haber pasivamente y sin energía en todas las cosas, muy al contrario, precisa proceda con firmeza y resolución, sin estar a las veleidades de aquellos que tanto se amoldan a lo que quieren los demás, que no tienen la menor iniciativa en los trabajos que precisa desarrollar o hacer para ganar a los infieles y hacer que se conviertan al Cristianismo.

El negro, del cual escribo, por hallarme en terrenos donde viven tan sólo esta clase de individuos, quiere ante todo que se le trate con justicia y seriedad o formalidad, simpatiza con aquél que una vez formulada una sentencia no vuelve atrás de la misma ni la cambia por otra, por habérselo así sugerido algunos con quienes alterna. Ama a quien corrige, cuando en la corrección ve justicia y verdad, sin que le odie ni mantenga rencor en su corazón, así le haya castigado. Estos caracteres consiguen mucho en su labor.

Aquellos, empero, que todos son mieles, que no se calientan por nada, que todo lo ven parejo o igual, que son zanganotes o abandonados, veleidosos o inconstantes, etc., ésos son objeto de desprecio teniéndolos en lo que merecen y son, en tan poca cosa que no valen para nada absolutamente.

VIDA ESPIRITUAL. Lo dije arriba al hablar de la piedad y la oración y trato y comunicación con Dios nuestro Señor; por eso no me alargo más en este punto (5).

6. La falta de salud, de por sí, sólo afecta a la actividad misional que, naturalmente, no puede ser tan intensa, sin que a nadie extrañe ni ello reste simpatía al misionero, si, por otra parte, le encuentran bondadoso y bien dispuesto.

El carácter ya es otra cosa. Si el carácter es fuerte, autoritario y poco sufrido, la gente no se le aproxima, y su trabajo no será fructífero, se verá aislado y su vida será un sufrimiento.

En cuanto a la vida espiritual, cuanto más intensa mejor, es lo que más debe caracterizar al misionero, si desea que su ministerio sea fructífero en el supuesto de que no se contente sólo con darse a la vida contemplativa, sino que paralelamente desarrolle una vida apostólica conveniente. De esta manera se atraerá la admiración y el respeto de cristianos y paganos; y si a su actividad y vida recogida une el ser afable y comunicativo, nunca le faltará un auditorio que le escuche atento y bien dispuesto (6).

7. El carácter nacionalista —es decir, del país a que pertenece— es el peor consejero, por no adaptarse al del país donde predica. Por eso las dotes señaladas en el primer número suponen el sacrificio del propio carácter nativo.

Y basados en la espiritualidad que describe el libro «El alma de todo apostolado», las enfermedades crónicas, no graves, no impiden el apostolado, en muchos casos lo dignifican y han hecho prodigios en el campo evangélico (7).

8. Se necesita buena salud; mucha paciencia, carácter amable, observador, constante, formal; vida espiritual interior intensa, con grande fe y mucho amor a Jesucristo y por El a las almas y al sacrificio (8).

9. La salud no es esencial ciertamente al misionero. El carecer de ella puede ser aún útil en el orden sobrenatural, ya que el misionero no es más que un instrumento en la mano operadora de Dios. El mismo ejemplo del misionero enfermo, que aun sin salir sufre con paciencia y trabaja sin desalentarse, es un motivo de admiración para los incrédulos y de acicate para los flacos.

El carácter sí que puede tener mucha influencia benéfica o perjudicial en la obra del misionero, según éste sea rudo, áspero, dominador, egoísta, impaciente, incomprensivo, en vez de manso, sacrificado, hecho todo para todos, con un amor sobrenatural a todos en su nueva patria de adopción.

Siendo la obra del misionero esencialmente sobrenatural es fácil comprender que sin una vida sobrenatural y ésta muy intensa, la obra del misionero se vería abocada a una esterilidad casi segura. Además que aún se hallan vidas escogidas muchas veces entre los nuevos convertidos, y un ciego en espiritualidad mal podría conducir a esas almas escogidas por un camino más alto y perfecto (9).

10. La salud es necesaria; pero hay puestos en las misiones, en los que sin una salud robusta, el misionero puede cosechar copiosos frutos y brillantes triunfos. El carácter, un buen carácter, es esencial. Su falta suele ser con frecuencia el punto flaco del misionero dotado, por otra parte, de excelentes cualidades. La vida espiritual la pongo como base de todas las demás por relevantes que sean. Aun cuando falten muchas de éstas, un misionero de intensa vida interior atraerá pronto las miradas de todos, cristianos y paganos, se le tendrá por santo y su sola presencia será una predicación constante y eficaz para la conversión de los infieles y enfervorizamiento de los cristianos (10).

11. Desequilibrio nervioso con las consecuencias en el carácter y en la vida espiritual (11).

12. Carácter (12).

13. Falta de vida espiritual, disciplina y abnegación (13).

14. La enfermedad, si llega a incapacitar aun para los oficios de casa (vigilancia, sacristía, coro, atenciones necesarias, etc.), es una calamidad mirándola de tejas abajo porque ocupa o casi inutiliza a dos personas, al enfermo y al enfermero. El carácter que llamamos *mal carácter*, airado, poco complaciente... aleja a los fieles de la misión y hace infecundo el apostolado; y finalmente la falta de piedad o de vida interior que se traduce en fe y convicción de la misión o llamada de Dios, retira la asistencia divina (14).

15. La salud no importa tanto en la generalidad de los territorios misionales; me refiero a la salud física, sin embargo, conviene que uno sea fuerte, pero es la salud mental lo más necesario. Con buenas disposiciones de carácter alegre algunos misioneros de salud endeble hacen maravillas; mientras que otros con salud excelente pero con escasas disposiciones (sin carácter alegre) no tienen éxito en sus trabajos. En resumen, es el carácter y el espíritu sobrenatural los que faltan cuando sobrevienen fracasos en el trabajo misional (15).

16. La salud y debilidad de carácter (16).

17. Salud ordinaria es suficiente; el carácter debe ser amable, comunicativo y prudente, vida espiritual intensa (17).

18. La falta de espíritu sobrenatural es la que puede hacer flaquear la eficacia misionera (18).

19. La pregunta es muy general y muy difícil de responder. Quizá el misionero esté expuesto a flaquear más en la vida espiritual (19).

20. Carácter y vida espiritual (20).

21. Los puntos flacos que más se acusan en el misionero son: debilidad que impide resistir el clima tropical, los caracteres impresionables y los que se desalientan fácilmente; la falta de asistencia personal como ayuda a la vida sacerdotal

y religiosa (debido a la frecuente soledad), especialmente en lo que se refiere a la confesión semanal y a la dirección espiritual. Esta dificultad procede del necesario aislamiento y consecuente soledad que en casos determinados viene a encontrarse el misionero (21).

22. Los puntos flacos vienen del carácter y de la vida espiritual (22).

23. Todos gradualmente (24).

24. La vida espiritual (25).

25. Por regla general, la salud no es el punto más flaco. El dolor puede ser una fuerza misionera. Los puntos débiles peores son el carácter, la falta de vida espiritual y la infidelidad a la vocación sacerdotal y misionera (25-b).

26. Doquiera sucedan deficiencias suelen hallarse los tres elementos combinados: salud, carácter y vida espiritual (26).

27. Nos estamos contento porque la salud del misionero es aquí buena generalmente y tampoco se aprecian fracasos en el carácter o la vida espiritual gracias a la sólida formación en el escolasticado. El único peligro que puede presentarse es la tentación de descuidar el lado espiritual, si las reglas no son observadas y degeneran en mero activismo. G. a. D. no es así (27).

28. Esto depende de los individuos (28).

29. La vida espiritual debe ser siempre la primera. La salud conviene que sea buena y el carácter apto: pero el hombre de espiritualidad profunda puede vencer todas las deficiencias (29).

30. La mayor deficiencia: la salud (30).

31. Cada uno de estos puntos tiene sus víctimas. Los hombres que padecen desórdenes nerviosos están predispuestos a fracasar uno tras otro (31).

32. Me complace constatar que los más de mis misioneros tienen una vida espiritual buena y que sólo aparecen algunas deficiencias en punto al carácter; respecto a la salud: es frecuente el sufrimiento pequeño; algunos misioneros han tenido que ser repatriados a causa de enfermedades más serias (32).

33. El carácter y de vez en cuando la vida espiritual (33).

34. La mayor parte de las veces es la salud, debido al clima adverso; rara vez también es el carácter (34).

35. Todos son necesarios: 1.º la vida espiritual, 2.º el carácter, 3.º la salud (35).

36. Una salud débil pone trabas a la estabilidad del trabajo. Un carácter destemplado aleja a la gente. Falta de vida espiritual = ministerio sin fruto (36).

37. Sobre todo la salud (37).

38. La mayor parte de las veces es cuestión de vida espiritual personal; pero a veces, en general, el misionero debe estar bien lejos de aquella clase de carácter, que le impulsa al trabajo fácil, o a encontrar inconvenientes en las cosas ímprobas o difíciles, o a quitarle entusiasmo o coraje perseverante (38).

39. El misionero es más deficiente si abandona la vida espiritual (39).

40. La salud. Demasiados sacerdotes modernos (jóvenes) se hallan afligidos por desarreglos nerviosos de una clase u otra. La monotonía y soledad de la vida misionera agrava muchas veces este defecto y se pierde muchísimo de la labor realizada (40).

41. Vida espiritual para ver a Dios en nuestro prójimo (41).

42. Tentación de la comodidad. Otro: la salud, desde luego. Hay que contar con la dificultad del clima que por estas regiones es muy duro. En general los misioneros por aquí son jóvenes y ésta es una ventaja inapreciable (43).

43. ¿Salud? Aquí en el vicariato de Kitega el clima es bueno y los misioneros en general van bien; algunos enfermos de corazón soportan mal la altura que va de los 1.500 a los 2.000 metros y más.

¿Carácter? La fatiga, la temperatura, el clima, el contacto con los hombres que no tienen la misma educación terminan por enervarnos y agriar ciertos temperamentos. Pero no se debe generalizar, esto son excepciones.

¿Vida espiritual? Dado el ministerio oprimente impuesto a los misioneros por la multitud de cristianos y catecúmenos y el pequeño número de sacerdotes, algunos, llevados por su actividad, llegan a dejar la vida espiritual y se materializan de alguna manera, pero se trata aún de unidades... (44).

44. Impaciencia —carácter autoritario— falta de vida interior (45).

45. El carácter (46).
46. Imposible dar información definitiva sobre esto (47).
47. Frecuentemente los misioneros hacen caso omiso de su salud por falta de método en su alimentación y en su modo de vida. Algunas veces, por desgracia, por faltarles los recursos suficientes. Con demasiada frecuencia, por lo que respecta al carácter, el misionero se enfada y la cólera salta. La paciencia es la gran virtud del misionero en Africa:

Se dan muchos imprevistos y viajes que entorpecen la regularidad de la vida espiritual. Es importante que el misionero tenga sólidas amistades espirituales para progresar en la perfección; que pueda confesarse regularmente. Muy frecuentemente se omite la lectura de libros de espiritualidad y el estudio de la teología y de la sagrada escritura. Se vive de ideas adquiridas durante los años de formación que poco a poco se van olvidando (48).

D

—QUE RELACIONES DEBE MANTENER EL MISIONERO CON LA RETAGUARDIA?

1. Escribir con mucha frecuencia y contar sus viajes. Hasta fracasos (1).
2. El misionero debe tener íntimo contacto con la retaguardia. La conversión de las almas no la hace el que planta ni el que riega, sino el que da el incremento.

El misionero planta y riega con sus trabajos y sudores la semilla del Evangelio, pero ni su talento, ni sus habilidades, ni su experiencia lograrán convertir a un infiel, ni arrepentir a un pecador... Esto es propio del que da el incremento que es DIOS, y la gracia de Dios nos viene en más abundancia de las almas buenas de la retaguardia que de nuestras propias oraciones disminuídas por las muchas ocupaciones o por nuestra debilidad y nuestro propio desaliento.

Mucho mueve a Dios la oración y el sacrificio de recién convertidos, pero eso se completa con las oraciones y sacrificios que ofrecen por nosotros las almas buenas en retaguardia (2).

3. El misionero debe mantener con la retaguardia íntimas relaciones atendiendo a los dos valores importantísimos para la extensión de la Iglesia, espiritual y económico, correspondencia, artículos, objetos de propaganda, etc. (3).
4. Conviene que el misionero mantenga relaciones con la retaguardia. Sean éstas siempre cordiales y de orientación. Nunca ofensivas a la caridad, ni discordes con la verdad (4).
5. Con sus *compañeros de trabajo que* «sea por lo que sea» no salen al campo sino que permanecen en los cuarteles realizando otros trabajos.

Con éstos las relaciones que se imponen son y han de ser de comunicaciones frecuentes, dándoles cuenta de cuanto hagan los que se hallen en las avanzadas luchando con el enemigo. Estas relaciones han de ser como cartas de familia en las que se haga mención de todo cuanto pueda sobrevenir al misionero. Asl lo quieren y practican los Padres Blancos, siendo admirables las Ordenaciones que acerca de esto les daba su Santo Fundador Monseñor Lavigerie. San Francisco Javier también lo practicaba sobre todo con San Ignacio, como es de ver en su vida y en las cartas que acerca de éstos nos han comunicado sus biógrafos.

Comunicaciones con la retaguardia: Si esta retaguardia la componen los colegios donde se hallan estudiando y preparándose para el día de mañana los estudiantes... una de las cosas que más contribuyen a desarrollar la vocación misionera entre infieles y a trabajar en las mismas con denuedo es ésta de las cartas que envían los misioneros.

Entre nosotros, los Misioneros del Corazón de María, el fuego que hace muchos lustros teníamos los estudiantes de España por nuestras misiones de Fernando

Poo, primero, y luego por la del Chocó *los únicos que* lo encendieron fueron los relatos que traían «El Iris de Paz» y algunas cartas de los que se hallaban trabajando en la Prefectura y Vicariato... en algunos éstas relaciones fueron *la única causa* de su vocación misionera.

Retaguardia compuesta por los Superiores: Con éstos las comunicaciones han de ser frecuentes y filiales, como de hijos a padres y de hermanos entre hermanos, detallando en estas cartas y comunicaciones todo cuanto de bueno y sorprendente pueda suceder al misionero en el campo de batalla. Esto alienta mucho y contribuye sobremanera a mantener las relaciones que prescriben todos los Institutos (5).

6. Distingamos. Si las relaciones han de ser con los Centros nacionales o diocesanos de las Obras Pontificias Misionales, con la Unión Misional del Clero, etc., las relaciones deben ser asiduas. Esos Centros son los llamados a hacer en el pueblo católico la propaganda en favor de las misiones, y es natural que esa propaganda ha de nutrirse principalmente de las noticias que tales Centros reciban de misiones. Por otra parte el pueblo católico, a quien se acude solicitando su ayuda espiritual y económica, tiene perfecto derecho a saber lo que hacen los misioneros y a que éstos justifiquen sus necesidades. Es inexcusable, pues, que los misioneros estén en esta forma en continua comunicación con la retaguardia.

También aconsejaría que aquellos misioneros que tengan algún bienhechor personal en la retaguardia mantengan con él una corriente correspondencia epistolar, por gratitud y por el provecho que de ella puede derivarse en favor de las misiones.

Hay, sin embargo, una modalidad en esto de relacionarse con la retaguardia de la que no sé qué decir, quizá por el fracaso que a mí me ocurrió. Años atrás, la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias con el celo y entusiasmo que pone en todas sus iniciativas, trabajó para poner en relaciones epistolares a los misioneros con personas de retaguardia, al parecer amigas de las misiones. En efecto yo recibí dos cartas de distintas personas de diversas provincias, cartas muy afectuosas y entusiastas a las que correspondí de muy buen grado, pero en cuanto acogidos sus ofrecimientos, hice alguna alusión a ciertas necesidades, a mi juicio muy fáciles de satisfacer, se acabó la correspondencia de mis comunicantes. De modo que si tales relaciones no han de servir más que para expresar sentimentalismos vacuos me parece que es perder el tiempo. Puede sin embargo acontecer que a otros les haya sido esa correspondencia más útil de lo que me salió la mía. En tal caso, adelante con ella (6).

7. Frecuente comunicación no ocultando los triunfos que consigue y los escollos que encuentra: Que sirvan de directivo a las vocaciones misioneras para que no vayan a ciegas, los que se sientan llamados a aquel sector.

No exagerar lo bueno ni lo adverso (7).

8. Las que sean provechosas para la Misión. Para él y para aquellos con quienes se comunica. Procurar dar a conocer su Misión con optimismo verdadero (8).

9. La que tiene todo General en campaña con la suya: que es una base de aprovisionamiento y de reservas. El misionero también la necesita para aprovisionarse material y espiritualmente; para animarse con la correspondencia mutua que debe conservar, benéfica siempre para entrambos; para ir formando nuevas reservas de futuros misioneros activos o. por lo menos, cooperadores espirituales en su obra evangelizadora, como lo fueron, entre otros muchos, ambas Santas Teresas, la mayor y la pequeñita (9).

10. Constantes, íntimas, desinteresadas. Escriba cuanto pueda. No sea exigente en que se le conteste y se atienda pronto a todas sus peticiones. Comunique los azares e incidencias de su vida misionera, a familiares, amigos y bienhechores; pero no lo haga aferrándose a un «do ut des» que quiera como poner precio a su correspondencia. De los misioneros comunicativos se guarda en todas partes el mejor recuerdo, y ellos son a fin de cuentas, los que mantienen el fervor misional en el ejército de retaguardia (10).

11. Relaciones cordiales con sus superiores dándoles cuenta de sus cuitas espirituales y haciéndoles partícipes de sus alegrías en su apostolado (12).

12. Propiamente no sé qué se entienda por «retaguardia»; pero me imagino que se deben guardar buenas relaciones con todos (13).

13. El misionero debe mantener *una prudente* y muy mesurada comunicación con las personas sólidamente virtuosas y procurarse una casa de oración o de religiosos que rueguen por la eficacia de su sagrado ministerio. Debe alejar todo gusto sensual de sus relaciones que conviene conozcan sus superiores (14).

14. Naturalmente son necesarias, pero la mayor parte de los misioneros hondamente metidos en sus trabajos carecen de tiempo y facilidad para cultivarlas. Una cosa hay que notar, y es que los misioneros que se han dedicado a escribir grandes artículos nunca se han destacado como los misioneros de mayores frutos en sus trabajos. Una solución puede ser que cada misión destine a algunos misioneros especialmente a este trabajo de propaganda escribiendo a casa y dejando en paz a los demás dedicados a sus tareas. Los misioneros nuevos que todavía desconocen el país son los que escriben con más facilidad. Después de unos pocos años desaparecen las ganas de escribir porque las cosas que más gustan a la retaguardia no pueden ser comentadas ni escritas porque se lo prohibe la conciencia y lo que el misionero podría escribir tal vez ni gustaría ni llamaría la atención de la retaguardia. El caso es algo así como el de los soldados que han contemplado las miserias de la guerra; los que han sufrido más no quieren ni hablar ni escribir de ello. Los misioneros con más experiencia no quieren regresar muchas veces a su patria para evitar preguntas inútiles y frívolas que las gentes pueden hacerles sobre las cosas del país evangelizado que no tienen importancia. Se verá precisado a «echar cuentos» para obtener la ayuda de bienhechores, etc. Pero en la mayor parte de los casos, sería preferible silenciar muchas de las cosas que se cuentan, pues son más bien para omitirlas que para comentarlas (15).

15. El misionero debe mantener tan estrechas relaciones con la retaguardia que ésta sienta un vehemente deseo de participar personalmente en los trabajos de la misión, considerándole como a su «misionero», instrumento para la siembra de la fe (16).

16. Relaciones espirituales con la oración mutua, materiales de aprovisionamiento de lo que necesita; de simple amistad, no le interesa (17).

17. Las mejores relaciones, sobre todo fomentando la gratitud para con ese elemento indispensable (18).

18. El misionero debe olvidar su madre patria para identificarse con las gentes que pueblan su nueva patria de adopción. (Quizá es un ideal imposible) (19).

19. Más cordiales que las que de ordinario existen (20).

20. El misionero debe tener con la retaguardia, en lo material y en lo espiritual, las siguientes relaciones: la dependencia práctica de los superiores eclesiásticos y religiosos. En lo económico buscar el apoyo y los medios suplementarios por medio de la propaganda para sostener e incrementar sus obras de apostolado y de caridad (21).

21. Relaciones con la retaguardia: Dependen de las circunstancias; en general ayudan eficazmente el suministro de recursos y el envio periódico de noticias del Instituto respectivo (22).

22. Lo más frecuentes posible si quiere obtener ayuda (24).

23. Confiar en ella y ser ayudado (25).

24. Debe mantener contacto permanente con su prelado, con sus superiores; contacto de orientación, de consejo, de obediencia y de preservación (25-a).

25. Tanto si se entiende el país de adopción como si se entiende la patria, yo diría: «Primero busca la gloria de Dios y la salvación de las almas, y el resto: Dar al César...» Un misionero es un delegado de Cristo y debería siempre darse a conocer como tal de una manera más perfecta que si se tratara de una delegación política. Los sentimientos políticos de uno no deberían de ningún modo ni siquiera remotamente interferirse con su trabajo de misionero (25-b).

26. El padre blanco de tal manera ha roto todos los lazos con su país (aunque esto no le impide de seguir amándole como el que más y rogar por él) que no hace nada en favor de su país entre la gente que él evangeliza (26).

27. Lealtad y simpatía (27).

28. No se debe pedir al misionero que niegue su origen nacional, pero cuanto más se identifique con el pueblo en el que trabaja (y olvide su nacionalidad) más éxito obtendrá en su labor probablemente. Particularmente en estos días en que el sentimiento racial tiende a ser mayor en las tierras de misión (28).

29. Las relaciones con la madre patria (29).

30. Judío con los judíos y griego con los griegos (30).

31. Creo que la pregunta se refiere a las relaciones de los misioneros con su propio país:

El misionero debería tener tantos amigos y bienhechores como sean posibles para adquirir ayuda y fondos para sus misiones. Debería escribir en periódicos y revistas para dar a conocer a sus compatriotas el estado de su misión, para incrementar vocaciones y esparcir o fomentar el amor a las misiones. Este es uno de los propósitos de su partida de la patria (31).

32. Desapego espiritual (32).

33. El misionero no debería jamás olvidar que es emisario de la Iglesia, no de su nación (33).

34. Como amigo: Su verdadera patria es *su campo de misión* (34).

35. Debería amar a su país, estar interesado por lo que ocurre en su patria (35).

36. El misionero, mientras vive en la patria, como clérigo, probará a su país que es un católico bienhechor (buen ciudadano) tanto más cuanto que se le tiene por un «leader». En cuanto le sea posible, creará o tenderá a promover, mediante una asociación católica, un ambiente del modo de vivir, catolicismo social, que será una parte integrante en la marcha progresiva de su país. El puede hacer con la ayuda de una «élite» que la cultura de su país sea sana (37).

37. El misionero debe sentirse en su territorio totalmente como en su casa (38).

38. Supongo que la pregunta se refiere a la patria del misionero. Mi opinión personal: olvidarla y convertirse en uno más del pueblo con el que se trabaja. La conciencia racial es muy profunda, e incluso las razas primitivas se darán rápidamente cuenta de vuestra postura en este punto (39).

39. Convertir su país de misión en su país (40).

40. Sencillamente debe interesarse por la actividad misionera de las diferentes organizaciones misioneras y solicitar constantemente la ayuda tanto material como espiritual. Contacto espiritual por correspondencia con seminarios y Academias misionales, con vistas a suscitar vocaciones misioneras (42).

41. Como en el ejército, es la retaguardia la que alimenta a las tropas de primera línea, con sus recursos, y la que asegura el relevo. Los misioneros deben, pues, tenerlos al corriente de sus trabajos, de sus dificultades, de sus resultados y de sus éxitos; esto es lo que hacen por medio de las relaciones anuales y los artículos enviados a distintos boletines y revistas y hasta periódicos (43).

42. Oración y estudios (44).

43. Las más posibles (45).

44. Relaciones del misionero hacia el país en que trabaja. Respeto a todas sus leyes justas y costumbres razonables. Tener interés en todos los negocios del país en cuanto le sea posible. Razonablemente es de esperar que tampoco pierda de vista su país de origen (46).

45. Sería deseable que el misionero conservara relaciones con sus antiguos profesores y su director espiritual. Igualmente le es necesario el apoyo de bienhechores para que no decaigan sus ánimos al realizar obras que absorben todos sus pobres recursos (47).

E

—EN DONDE ESTA EL SECRETO DEL COMPAÑERISMO, OBEDIENCIA Y CELO APOSTOLICO DEL MISIONERO?

1. En escribirse con frecuencia, manifestarse sus labores, visitarse las más veces que sea posible y comunicarse íntimamente como verdaderos hermanos todas sus empresas (1).

2. El secreto de la obediencia, del compañerismo y del celo, está en la formación más o menos sólida que traiga el misionero de su centro de formación. El desaliento nos acompaña a todos, pero los mejor formados reaccionan más pronto y mejor, y se incorporan a la realidad con todo el entusiasmo, ofreciéndose generosos «POR DIOS Y POR LAS ALMAS» (2).

3. El secreto del compañerismo, obediencia y celo apostólico del misionero está en la noción clara de la vocación misionera, sobrenatural y espiritual, no impetuosa, natural y soñadora y menos individualista. Esa noción clara de la verdadera vocación misionera se alimenta y fortalece en la Eucaristía, en la vida eucarística (3).

4. El secreto está en las palabras del Divino Maestro: «Niéguese a sí mismo y tome su Cruz.» Si a esto añade el misionero el deseo EFICAZ Y SINCERO de ser CIRINEO DE LA CRUZ ajena portándose así en primer término con sus más allegados, o sea, los demás misioneros, entonces el COMPAÑERISMO, OBEDIENCIA Y CELO no tendrán ningún SECRETO (4).

5. Para el infrascrito el secreto de todas estas cosas está en la *buena y recta* formación que en la carrera se da a los estudiantes o futuros misioneros y en el concepto que éstos se hayan formado, efecto de las instrucciones que les dieron. Muchachos o estudiantes caprichosos y veleidosos, los levantiscos y de un carácter agrio y mal encarado, ésos serán siempre el tormento *de los* SUPERIORES, bajo cuya obediencia habrán de vivir durante el tiempo que permanezcan en las misiones y de sus compañeros de apostolado. No puede haber verdadero compañerismo ni compenetración con estos tales, ya que la intimidad se ve atormentada y como acribillada por las punzadas y aguijonazos que éstos lanzan contra sus compañeros. En misiones hay que saber llevarse bien, como hermanos, disimulando muchos defectos y contratiempos a trueque de que reine la paz y concordia entre los que trabajan en un mismo campo. Como por otra parte, salvo alguna que otra Residencia Misionera, el personal es tan escaso, tres de ordinario, alguna vez 4 ó 5 nominalmente, si bien en realidad casi siempre serán dos o tres los que se hallan juntos en una misma Residencia, por estar los tres recorriendo los pueblos o ejerciendo los otros ministerios, se impone este llevarse bien pues de lo contrario la comunidad y convivencia sería un tormento y un martirio... En las misiones lo que precisa para trabajar y fecundar el campo que a uno le haya encomendado la obediencia, es un compañerismo franco y leal, sin fingimiento y recovecos, ya que éstos tarde o temprano se manifiestan y salen a la luz pública y entonces viene la escisión y la ruptura de relaciones con el apartamiento y rencor en el corazón. Para todo esto también precisa aparte la formación seria y formal de la carrera, la unión y compenetración con Dios, mediante la oración y espíritu de piedad, y con los superiores mediante una recta y sumisa obediencia (5).

6. Este secreto no puede ser otro que la conciencia que todos llevamos en la misión divina en que nos vemos empeñados, inspirada sin duda por el mismo Espíritu Santo, misión que borra toda diferencia de nación y de Instituto misionero, para considerarse todos obreros en la viña del mismo Señor, hermanos e hijos de la misma Iglesia, por cuya dilatación trabajan todos con igual tesón y espíritu apostólico. Ante este ideal desaparece toda otra mira, y esta hermandad de todos los misioneros, sean de la nación que sean, es absoluta y sin posible rivalidad. La obediencia es una secuela lógica de ese mismo espíritu, así como su celo apostólico (6).

7. El secreto del compañerismo hay que colocarlo en el amor fraternal, humilde y desinteresado que suele reinar en las misiones. Precisamente por ser los «únicos» confidenciales, espiritual, social y económicamente, esos lazos de amor fraternal entre los colaterales o superiores más próximos, como Arcipreste foráneo, excitan el celo y mantienen la obediencia.

Por eso los caracteres «raros» por instinto o por naturaleza, son los más perjudiciales, porque no se consigue convencerlos de sus rarezas, que nacen de su amor propio o «tenacidad», y éstos son los que... (7).

8. En la fe de las verdades reveladas; en el amor a Jesucristo y su Iglesia;

en obedecer a Jesucristo, en aquellos que El ha puesto en su lugar para gobernar; en la alta estima del valor de las almas (8).

9. No sabré responder bien. A mi modo de ver, en penetrarse bien de que el misionero, como todo sacerdote, es otro Cristo a quien representa ante todos los demás cuyas funciones ejerce sobre las almas; fuera pues todo egoísmo personal o de cuerpo, para no ver en los demás: superiores, compañeros y pueblos, sino a través de Cristo, cuya vida en los Evangelios nos debe ser siempre estudiada y meditada (9).

10. No puede darse caridad, obediencia y celo sin una intensa vida interior y amor ardiente a Jesucristo, a su Sagrado Corazón. Un Misionero fervoroso amante de Jesucristo, será el mejor compañero para sus colegas, el más obediente para sus superiores y el más celoso de la salvación de las almas. Aparte de esto, un temperamento como el descrito en el número 2, será aptísimo para fomentar el compañerismo entre los misioneros (10).

11. Solidaridad (11).

12. En el espíritu de abnegación (12).

13. En la buena formación del noviciado y primeros años de sacerdocio o vida de profeso; que haya ese espíritu de caridad para que no sea una triste realidad aquel aforismo «se reúnen sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse» (13).

14. El secreto del compañerismo se cifra en la caridad, espiritu de fe, voluntad de servicio y en dar participación al compañero en todo, sin aislarlo en las conversaciones, consultas, actos públicos, oficios, sermones, etc., en buscarlo y estar con él en cuanto se pueda (14).

15. En el verdadero espíritu sobrenatural y en el carácter jovial ya natural, ya adquirido (15).

16. El secreto del compañerismo es la realización de la unidad que todos tenemos en Cristo. Cada misionero tiene sus períodos de desánimo, algunos más tiempo y en mayor grado que otros. Como remedio nosotros sugerimos que el misionero considere siempre que la cosecha futura será el fruto de sus esfuerzos presentes, considerando que se ha hecho mucho bien aunque ahora no se percibe (16).

17. En la vida de unión con Dios y de amor al prójimo a base de humildad y de espíritu de sacrificio (17).

18. El secreto está en la solidaridad de una obra que no es personal, sino de los intereses más sagrados de Cristo (18).

19. El secreto se halla en la vida espiritual, en la oración y en la fidelidad a la regla (19).

20. No se dan casos de desaliento, sino muy raras veces (20).

21. El secreto del compañerismo, obediencia y celo apostólico del misionero está en la identidad de ideales religiosos y misioneros, mediante la práctica de la caridad, humildad y abnegación dentro de la vida de comunidad (donde ésta es posible) y del espíritu de fraternidad (21).

22. Secreto del compañerismo: se halla en una vida verdaderamente sobrenatural (22).

23. La oración diaria (23).

24. En la vida sobrenatural (24).

25. Está en la vida de unión con Cristo cada día más pujante por los actos de piedad regulares y constantes (25).

26. En su amor de Dios y su conformidad con Cristo (26).

27. El secreto del compañerismo, obediencia y celo apostólico del misionero se encuentra en la regla de los Padres Blancos y en su educación y muy especialmente en la fuerte unión personal con Cristo, el cual es el lazo de unión entre todos ellos (27).

28. Abnegación (28).

29. Todas estas cualidades deberían haber sido adquiridas en el seminario. Si los seminaristas hubieran sido educados en el verdadero celo de las almas, tendrían lealtad con sus compañeros y obediencia a aquellos que están por encima

de él. Si no tuviesen estas cualidades en el seminario no deberían ser mandados a la misión (29).

30. El secreto de la amistad: Ver las respuestas que hemos dado a 1 y 2 (30).

31. Sentido común, sólida pero sana piedad. La normal es dañina (31).

32. La santidad sacerdotal y una buena vida religiosa (32).

33. En su confianza en el Sagrado Corazón (33).

34. La caridad sobrenatural (34).

35. En hacerse uno mismo hermano y sirviente de todos, especialmente de los más desamparados (35).

36. En su vida espiritual y sobrenatural (36).

37. El amor de la vocación (37).

38. Siempre ha sido el conocimiento y amor personal de Jesús: El secreto está en la devoción eucarística (38).

39. El secreto se encuentra en la unión personal con Dios (39).

40. La vida religiosa, y en particular la aplicación razonable y práctica de las constituciones y reglas a las condiciones del país y al trabajo que se debe hacer. A mi modo de ver la interpretación servil y rígida, las reglas religiosas sin tomar conocimiento del país, las necesidades del trabajo, las dificultades del clima y pueblo, etc., gradualmente secarán el celo religioso del misionero cuanto más aumente éste (rigidez). Cuando el Instituto religioso o superiores muestran sus órdenes con esta apreciación, el hombre normal se echa con todo el corazón al trabajo, y yo me inclino a pensar, que el misionero normal es superior en sólida virtud a su hermano en el monasterio o casa religiosa de las demás partes civilizadas del mundo. Pocos misioneros ignoran el poder del diablo o su ineficacia contra esto, y consecuentemente la asombrosa y tangible intervención de Dios en su trabajo. En la estación solitaria de la misión con nada, sino pueblo ignorante y huidizo, la presencia de Dios es muy real y muy consoladora. Las oraciones de uno pierden su formalidad y se convierten en la conversación íntima con un Amigo. Quizá éste es el secreto de la fuerza del misionero (40).

41. Obediencia (41).

42. La vida de comunidad y el trabajo organizado en común es el secreto de toda actividad apostólica. Nada de trabajo individual y sin control. Un consejo semanal, donde iniciativas y obediencia van de par, es el instrumento necesario para lograr rendimiento efectivo y durable. «El espíritu de continuidad» en el apostolado no se improvisa. Supone de parte del superior abnegación para no destruir lo edificado, y obediencia ciega a las directivas dadas por el jefe de misión (43).

43. En el amor que el misionero manifiesta a N. Señor, que le ha dado ejemplo de estas virtudes y el precepto de practicarlas. «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado... En esto conocerán que sois mis discípulos.» El estaba sometido; durante toda su vida, N. Señor no hizo otra cosa que obedecer y sus apóstoles nos han expuesto su mandamiento de una manera precisa. «Yo os he hecho pescadores de hombres. Yo os he puesto para que vayáis y llevéis fruto.» El mismo se entrega por instruir y salvar las almas.

Y la armonía de todas las sociedades misioneras, viene de que todas trabajan en realidad por el mismo Maestro Jesucristo (44).

44. Caridad y espíritu de fe (45).

45. Franqueza. Humildad. Amor de Dios (46).

46. El secreto está en la ferviente vida espiritual. Fidelidad a todas las prácticas de la vida espiritual (47).

47. El secreto de la obediencia, del celo apostólico del misionero se encuentra en su fe y en su fervor sobrenatural, en su vida interior profunda, alimentada con regularidad; en la alegría sobrenatural con que se entrega a su obra. Necesita el misionero amor a su tarea, a su misión de *plantar la Iglesia* (48).

F

—ES MUY FRECUENTE EL DESALIENTO ENTRE LOS MISIONEROS? Y QUE REMEDIO TIENE?

1. Se desalientan por la incomprensión de la gente tan ignorante, de un nivel de vida tan bajo y el remedio: la oración y la constancia en el campo misional que tiene que ser muy inferior a los demás campos de apostolado (1).

2. Es muy frecuente y podríamos decir universal el desaliento de los misioneros al contacto de la vida real.

Aquello de las conversiones en masa o el ver a un pecador que se convierte por cada «ave María» que se reza, y otras lindezas por el estilo de que gozaron algunos afortunados, nos hace lamentar al ver que nosotros no conseguimos los mismos efectos poniendo las mismas causas, y el desaliento se apodera de nuestro corazón.

El remedio está en el buen uso de las reservas espirituales que traen de su centro de formación y reaccionar a tiempo para no perecer en las misiones, donde pensaba salvar a tantas almas.

Treinta años llevo en las misiones: he vivido con cerca de un centenar de compañeros y en casi todos he observado el mismo proceso.

Uno regresó al estado de sacerdote secular de donde había venido. Cinco o seis intentaron meterse en la Cartuja, si bien sus intentos no pasaron de meros proyectos.

Ninguno, gracias a Dios, se perdió abandonando su estado sacerdotal. En cambio he presenciado muchos y edificantes casos de renunciamientos generosos, abnegaciones heroicas, hermosos sacrificios del amor propio, renunciaciones maravillosas de la propia personalidad ante la voluntad del superior o ante la manifestación inequívoca de la voluntad de Dios... El misionero clavado voluntariamente a una Cruz parecida a la de Cristo... redimiendo a sus fieles en un procedimiento semejante a la Redención de Cristo (2).

3. En esta misión no es frecuente el desaliento, y si alguna vez aparece, nos echamos en manos de la Divina Providencia que es la única que con la gracia hace germinar el granito de nuestro trabajo echado en el campo (3).

4. No es muy frecuente y mucho menos si por desaliento se entiende total abandono de la EMPRESA MISIONERA. Si, por cierto, menudean los casos de desaliento que pudiéramos llamar fugaces, cuando a los esfuerzos o más bien a las ilusiones preconcebidas, sobre todo en *principiantes* no corresponden los EXITOS SOÑADOS.

El remedio está en obrar con ESPIRITU DE FE. Esta fe enseña que el misionero es un operario enviado a la HEREDAD. En esta heredad muchas veces, por no decir casi siempre, uno es el que siembra y otro es el que siega y el denario prometido al fin de la jornada es para recompensar NO EL EXITO, SINO EL TRABAJO.

El misionero, si no le es dado más, ha de sentirse satisfecho con sembrar la semilla, regarla y cultivarla; el incremento y el fruto depende más bien de otros agentes, como son, LA GRACIA DE DIOS y las disposiciones del SUELO que recibe la semilla evangélica esparcida por el misionero (4).

5. En aquellos que van o están en misiones bien compenetrados con su ministerio no es frecuente, gracias a Dios. En general todo misionero se halla compenetrado con su trabajo y con un cariño extraordinario para las almas.

El que ha gozado de las delicias que lleva consigo ganar almas para Jesucristo, no dejará ni trocará sus misiones por ningún otro campo; prueba de ello el que todos desean volver a sus misiones una vez han gustado de las mismas.

Nos lo enseñan cuantos misioneros se hallan de licencia en la madre patria, a todos se les hacen largos los meses de descanso que les concede la obediencia. Todo es contar los días en que habrá de reintegrarse otra vez al campo de aposto-

lado: esto se entiende entre aquellos que van o vienen a las misiones buscando otras cosas, estudios, etc., esos se desalientan a la menor contrariedad. ¿Remedio? Ya está indicado en lo que he manifestado en las preguntas anteriores (5).

6. El desaliento entre los misioneros sin asegurar que sea frecuente, si podemos decir que no es raro. Puede obedecer a distintas causas, entre ellas, por ejemplo, las dificultades del idioma para algunos insuperables.

Otra, llegar a la misión con demasiadas ilusiones creyendo en fáciles y numerosas conquistas, para encontrarse luego con una realidad aplastante, ya que cada conquista por mínima que sea, supone angustias y desengaños sin cuento. Llega, por ejemplo uno a la misión imaginándose que todos los neófitos son modelo de fidelidad y de fervor. Luego se encuentra el lastre pagano que llevan de muchas generaciones y que respiran en el ambiente en que viven. Tardan muchos años en sacudirlo, y mientras tanto la vida religiosa se desenvuelve lánguidamente, hasta que la doctrina vaya echando más profundas raíces y la fe, aún reciente, se vaya consolidando.

Remedio. Lo que dice San Pablo «neque qui plantat est aliquid neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus». Y atenerse a la consigna tan sabida pero que quizá falla algo en su aplicación «ora et labora», teniendo en cuenta que quien trabaja con celo, perseverancia y entusiasmo, tarde o temprano recogerá su fruto y si no llega a recogerlo él personalmente habrá dejado en el surco la semilla que recogerá otro. Esto se ha visto con frecuencia en las misiones; y no será el que recoja el fruto de lo que otro ha sembrado quien lleve el mayor mérito, sino el que luchando y sudando hizo la siembra. Tenga también presente que el galardón que espera, más que al fruto recogido, responderá al esfuerzo puesto en el trabajo. Y, finalmente, miren en torno suyo y vean otros compañeros de faena que, «in spe contra spem» siguen intrépidos en su empeño sin que los fracasos logren achicar su fervor (6).

7. Crean el desaliento porque fracasan por sus rarezas ante los fieles y ante los compañeros. Y son el tormento ante los superiores por falta de humildad y aislamiento que ellos mismos se crean.

Yo no he conocido ese aislamiento, digo ese desaliento, aunque podrá darse cuando «neque qui plantat neque qui rigat» y no logra ver el incrementum que depende de Dios; que podremos calificar «falta de humildad y confianza misionera» (7).

8. Creo que es frecuente que el misionero novel, al ponerse en contacto con la realidad de la vida misionera, al ver que las almas no vienen a él como se había imaginado, etc..., sufra tentaciones de desaliento.

Por lo común, si tiene una regular formación y espíritu apostólico el misionero reacciona, se aficiona a su misión, se siente feliz en su campo de trabajo, aunque a veces sea la cosecha escasa, lenta, futura.

El remedio será una buena formación misionera. No llevar a la misión prejuicios falsos sino verdaderos sobre el apostolado de infieles (8).

9. No es frecuente y muchas veces es debido a que el misionero ha venido imbuído del misionero que no es la realidad del misionero. Venía en plan de un empleado cualquiera con funciones que había que llenar materialmente y sin ir infundidas por el espíritu de sacrificio propio y por el ideal del misionero que es representación y reflejo del mismo Cristo. Y cuando falta este espíritu cualquiera contradicción hace bambolearse la vocación del misionero.

A mi modo de ver, lo primero es la fe en nuestra vocación de enviados y representantes de Cristo y reflejo suyo, no caricatura solamente exterior sino verdadera expresión de las obras de Cristo vividas en nosotros mismos (9).

10. Sí es frecuente. Proviene unas veces de cierta desilusión nacida del contraste entre la falsa idea poética, irreal de la vida misionera y la prosa de la realidad. Otras, quizá las más, de la esterilidad aparente de sus afanes; del escaso fruto cosechado que no corresponde a sus deseos, a sus oraciones y a sus esfuerzos. Su remedio está en la vida de unión con Jesucristo, en la vida de fe, de esperanza y de caridad. Aparte de esto en la lectura de la vida de tantos

misioneros ocultos que han sembrado entre lágrimas sin fruto, al parecer, como un San Natalio Chabanel (10).

11. Hay quienes se desalientan porque la *realidad* es muy diversa de lo que se imaginaron sus fantasías de poetas o de cazadores de fieras o de conquistadores de junglas. Mucha culpa la tienen las revistas misioneras, pues según ellas, el misionero es un aventurero y un cazador de tigres (11).

12. No es muy frecuente PERO OCURRE A ALGUNOS. Aconsejarse o pedir el traslado (12).

13. Sí; remedio: mejorarles en el vestido, alimentación, vías de comunicación y buenas relaciones entre autoridades eclesiásticas sin preponderancia de dominio, encaminar todo para hacer el bien y buscar la paz (13).

14. El desaliento puede y suele venir cuando no salta el fruto al ojo, cuando se ve aislado y, estando solo, si no le anima el pensamiento de su sagrado deber: de ahí que conviene llevarlo a lugares donde haya entusiasmo, y, al principio, designarle un buen compañero. Las visitas al Sagrario y al Corazón Inmaculado de María, dan consolación y aliento (14).

15. No, el desaliento no es común, pero hay casos explicables en circunstancias determinadas, por ejemplo cuando llegó a la misión mal dispuesto o con ideas equivocadas, o con espíritu de aventura y otras finalidades encubiertas de buscarse uno a sí mismo. El remedio: corregir estos defectos. Si es consecuencia de un defecto mental o desequilibrio nervioso, tal vez no tenga otro remedio que el regreso a su país natal (15).

16. El mayor enemigo del misionero es el desaliento. El remedio sólo DIOS. Con espíritu de fe, de esperanza y de amor, por medio de MARIA la Intercesora de todas las gracias, Reina y Madre de todos los Misioneros (17).

17. No hay desaliento para los que buscan sólo la gloria de Dios, y el bien de las almas que se les ha encomendado y que se sienten con la responsabilidad de las mismas. Si acaso hubiera dicho desaliento se remediaría con la renovación de la vida espiritual y la dilatación de los criterios sobrenaturales en una obra esencialmente divina que no depende de las fuerzas y cualidades humanas sino de la acción de la gracia (18).

18. El desaliento no es muy común, pero es frecuente la tentación al desaliento. El remedio está en la oración y fidelidad a la regla. Y la regla ya se cuida de que atienda como debe a la salud (19).

19. El desaliento entre los misioneros es bastante frecuente debido al desamparo, a la distancia, a la falta de comunicaciones, a los escasos medios económicos, al aislamiento y a la soledad, a la escasa correspondencia a sus labores. Los remedios principales para este desaliento son la visita alentadora de los superiores eclesiásticos y religiosos, el recurso a los superiores, el avivar los ideales que le llevaron a la vida misionera, la vuelta cuando sea posible y necesaria, a la vida regular y de comunidad, sobre todo con ocasión de EJERCICIOS ESPIRITUALES y para periodos de descanso (21).

20. Aquí no es corriente el desaliento (22).

21. Sí, es frecuente y sólo la oración (23).

22. El desaliento parcial es frecuente: el total no lo es. El remedio está en la revivencia cada día más profunda de la fe (23-b).

23. El desaliento, g. a. D., no es frecuente, pero donde éste ocurre, puede ser remediado generalmente por un retiro o un cambio de trabajo más congeniado con el carácter de la persona de que se trata (23-c).

24. Gracias a Dios, no hay desalientos serios entre los sacerdotes que trabajan en estas misiones. Si hay algún descorazonamiento pasajero, se debe principalmente a la enfermedad o a causa del excesivo trabajo; también el clima y es siempre sólo pasajero (24).

25. No. El único inconveniente es el demasiado trabajo para tan pocos misioneros (25).

26. No he encontrado el desaliento como cosa frecuente. Donde éste ocurre, puede ser debido al carácter muy excitable del individuo. Tengo comprobado que la alegría, placidez y paciencia son cualidades muy necesarias (26).

27. La desilusión no es frecuente entre los misioneros; sin embargo más de una vez, en tiempos de gran tensión, el misionero tiende a buscar refugio al pie del altar para sobreponerse al sentimiento de impotencia: entonces mucha humildad y confianza en Dios vienen como remedio apropiado (27).

28. No es mi experiencia. Hay excepciones, naturalmente. Interésate en el trabajo duro. Sigue estudiando. Ama los buenos libros. Los muchachos que muestran falta de espíritu de mortificación son peligrosos. En el trópico el peligro del sexo y la bebida son mayores que en Europa. También la soledad en las estaciones solitarias (28).

29. El desaliento no sucede frecuentemente, pero ocurre de vez en cuando. La razón principal de esto está en la imposibilidad de realizar los planes misioneros por falta de recursos económicos. No he hallado remedio alguno para este mal, pues los fondos en mi obispado son en extremo parcos (29).

30. Sólo se da, si hay falta de vida espiritual. El remedio está en la caridad mutua y en mucha oración (30).

31. El desaliento temporal es natural bajo condiciones adversas, pero hasta hoy hemos tenido muy pocos casos de fallo total (31).

32. Este es para aquellos que vienen a la misión en plan turista y soñando en un éxito inmediato. El único remedio es la convicción absoluta de que nada se pierde en el campo de Dios y una recompensa eterna está aguardando a ambos, al que siembra y al que recoge (32).

33. Algunas veces. Remedio: Confianza en Dios (33).

34. No (34).

35. Probablemente el remedio se hallará en la diagnosis propuesta: Ver la vida espiritual, la salud o el carácter del misionero en cuestión (35).

36. El desaliento no es cosa frecuente entre nuestros misioneros. Los hombres de carácter melancólico y los que no son suficientemente sobrenaturales son inclinados al desaliento (36).

37. El desaliento en mayor o menor grado afecta a todo misionero. Pero existe un remedio. El recurso a Dios por un aumento de Fe. Los remedios humanos: Ser estimulado por un superior simpático; alabanza por los esfuerzos realizados ya; cotejo con otros misioneros; unas breves vacaciones; una inspección estricta de la alimentación, de las condiciones de vida, de las relaciones con el compañero de misión; sugerir cambios en el método de trabajo; facilitar las cargas innecesarias; o cambiarlo a otro lugar y compañero. Con mucha fecuencia la palabra oportuna del superior o del hermano disipa en un momento la más negra de las depresiones. Los misioneros no deberían ser dejados solos demasiado tiempo; debería también darse un período de reposo simultáneo a todos, por lo menos anualmente, e. gr.: antes o después de los Ejercicios Espirituales. Mucho depende del superior, según sean sus relaciones personales (privadas) y oficiales con sus súbditos. Sin ningún compromiso, él puede hacer mucho con su actitud para hacer agradable lo que de otra manera podría ser pardusco y descorazonador (37).

38. No mucho (38).

39. El desaliento no es común entre los misioneros (39).

40. Aun en misiones difíciles como ésta, no es frecuente el caso de misioneros que se desanimen por las dificultades del trabajo apostólico. En el caso de trabajo individual, misionero aislado por ejemplo, puede darse el caso. Pero aquí, en las misiones de los Padres Blancos la vida de comunidad y el trabajo común es un remedio infalible contra la desgana (40).

41. Que haya misioneros que se desalienten: es verdad, porque el hombre es débil, pero hay más que en las diócesis de los viejos países cristianos. Puede haber falta de comprensión por parte de los superiores o de los indígenas; a pesar de su celo, el misionero no registra ningún resultado... Otras veces se ve reducido a la incapacidad por una enfermedad larga. Para algunos, basta cambiar de medio y de obediencia para recobrar de nuevo el ánimo y entregarse de nuevo al trabajo con celo. Para otros, se impone el regreso a la patria, y después de un buen retiro, el misionero ocupa otra vez su puesto en el campo de batalla y de apostolado, a veces es suficiente una buena palabra de algún compañero en que se tenga confianza. Alguno pide entrar de nuevo en su diócesis de origen. ¿Es esto un remedio? Algu-

na vez, porque se siente despatriado. Sucede también que alguno regresa al mundo; es cosa triste y será cosa muy difícil hacer volver al redil a este pobre desdichado (41).

42. Sí. 1) poco resultado palpable, profundo.
2) aislamiento.
Remedio: 1) vida interior, espíritu de fe.
2) vida de comunidad (mayor número de compañeros) (42).

43. Espíritu de fe (43).

44. Creo que no hay desaliento en gran escala (44).

45. Los remedios al desánimo del misionero: Es necesario organizar reuniones, visitas de unos misioneros a otros, con más razón si están muy distantes y el camino es costoso. En nuestra diócesis tenemos además de los ejercicios anuales (absolutamente indispensables) de seis días completos y en común, reuniones por sectores. Cada año los padres pueden tomarse quince días para ir a visitar las misiones de otro sector: este es un excelente medio que les permite constatar las obras buenas realizadas por los otros para que ellos se estimulen a realizar otro tanto (45).

II

A los Superiores Regulares de Misión

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Superior Regular de los Capuchinos la Prefectura Ap. de Gorakphur, India; Superior Regular de los Jesuítas de la diócesis de Patna, India; Superior Regular de los Jesuítas de la Diócesis de Calicut, India; Rvdo. P. Florentino Valdavida, IEME, Superior Regional del Petén, Guatemala; Reverendo P. Matías Garrido, IEME, Superior Regional de la Prefectura Ap. de Wankie, Rhodesia del Sur; Rvdo. P. Juan Pich, IEME, Superior de la Misión de Tete, Beira, Mozambique, Africa Portuguesa.

A

—QUE PORCENTAJE DE MISIONEROS QUEDA VOLUNTARIAMENTE HASTA EL FIN DE SU VIDA EN LA MISION Y QUE VENTAJAS TIENE ESTO?

1. La regla común es que la mayor parte de los misioneros permanecen en la misión hasta la muerte. Cuando un misionero ha pasado la mayor parte de su vida en la misión, en especial si ha logrado adaptarse al país, le será sumamente difícil si no imposible, el acomodarse nuevamente a vivir en su país natal. Si el

misionero no sufre de una enfermedad grave, dificilísima de cuidar en la misión, generalmente la presencia de los misioneros ancianos es una bendición para el territorio misional con tal de que no sean aficionados a criticar toda la labor de los misioneros jóvenes y los métodos de apostolado que pueden cambiar con los tiempos. Todo esto depende también de las facilidades que tiene la misión para cuidar de los ancianos y enfermos (1).

2. Los Jesuítas se quedan en las misiones voluntariamente hasta la muerte. Sin embargo se dan casos, de cuando en cuando, de algunos que han de volver a sus casas, por varias razones. La ventaja de permanecer en las misiones hasta la muerte son las siguientes: encuentran mayor facilidad para identificarse con las gentes entre las que están trabajando y no tienen el grave impedimento de la tentación de abandonar el trabajo misional para luego emprender otros trabajos en su país. Todo eso hace más llevadero el desprendimiento y separación del país natal y la adopción del territorio misional como su segunda patria, le resulta mucho más fácil y natural (2).

3. Esta misión fué erigida en Vice-Provincia independiente y no tiene conexión ninguna con la madre patria. Durante los últimos 70 años aproximadamente el 70 u 80 % de los misioneros han permanecido hasta la muerte en las misiones. Casi todos han demostrado un gran amor a la misión (3).

4. De aquí no se puede hablar aún de porcentaje. Del San Jorge, creo que el 95 %. Ventajas: Muchísimas: La entrega total y de por vida a la Misión creo que es condición esencial de la vocación misionera. Sin esta entrega efectiva y hasta donde la fragilidad y el hombre viejo permitan «afectiva» será poco eficaz el apostolado; no hay verdadera adaptación; no se aprovechan muchas gracias; se dejan indecisas muchas iniciativas o totalmente se apagan; se malogran muchas colaboraciones que con ella se tendrían; y se buscan y agrandan fácilmente las dificultades. Una entrega total atrae mayores bendiciones del Señor, pone en juego muchos resortes aun psicológicamente pensando, gana una mayor entrega de los misionados y corta muchas reacciones del amor propio o decaimiento (4).

5. Nuestra Misión no tiene la edad suficiente para poder contestar a esa pregunta (5).

6. No puedo responder a la primera parte con números concretos, pues la misión de Tete es de reciente creación. Ventajas: a) Lección viva de experiencia que los misioneros viejos dan a los jóvenes. b) Lección de amor y de sacrificio que dan a los misionandos. Los indígenas justiprecian y estiman en grado máximo el sacrificio y la ancianidad. Inconvenientes: La necesaria y difícil sustitución de las misioneros ancianos por los jóvenes en cargos de responsabilidad de la misión (6).

B

—CUALES SON LOS MAYORES PELIGROS PARA LA VIRTUD DEL MISIONERO?

1. Como al hablar de otras cualidades, el misionero necesita una virtud sólida y hábitos bien arraigados en grado mayor que la media general (en los demás sacerdotes). Es un hecho que en muchos países misioneros debido al clima y costumbres de las gentes, la virtud de la castidad tiene mayores peligros que en el propio país de origen, pero este hecho no debe causarnos un miedo exagerado (indebido) cuando las disposiciones generales del misionero, su piedad y otras cualidades, son sólidas, como deben ser. Dios también da mayores gracias donde son más necesarias a aquellos que hacen lo que se necesita para obtenerlas (1).

2. Los peligros con que se enfrenta la virtud del misionero son más o menos los del sacerdote en cualquier otro lugar; pero si queremos destacar algunos más propios de las misiones me atrevería a señalar la soledad y el desaliento que son los mayores (2).

3. Graves peligros; espíritu de independencia y consiguiente desunión con los demás y descuidos en la vida espiritual (3).

4. Peligros: Una actividad excesiva o poco ordenada; falta de vida interior, amor propio poco mortificado y sus secuelas; ambición aun apostólica y espiritual, decaimiento ante el poco éxito o destino de poco halago humano, falta de salud, falta de dirección espiritual sobre todo al principio, demasiada confianza consigo mismo en el trato con el otro sexo aun en los ministerios necesarios (4).

5. Naturalismo, soledad, excesivo trabajo y afanarse demasiado (5).

6. a) Soledad. b) Desánimo en el apostolado. c) Ambiente pagano de los indígenas y de los europeos que viven en el territorio (6).

C

—COMO LOGRA EL MISIONERO MANTENERSE EN EL FERVOR PRIMITIVO Y PROGRESAR EN EL?

1. Por el recuerdo constante de su sublime ideal, tomando mayores precauciones y llevando una vida de piedad «más personal» en la proporción en que las defensas de la vida religiosa y sacerdotal se van haciendo menos sensibles. (*Nota del traductor:* El autor parece dar a entender que el misionero debe intensificar la vida de piedad en sentido personal, protegiéndose contra posibles peligros que le amenazan, en las misiones, en la medida y proporción en que ya no influyen en él las salvaguardas de la piedad sacerdotal en el propio Instituto, al lado de los compañeros, bajo la mirada paternal del superior, defendido con la muralla de las cuatro paredes que le separaban antes del mundo, etc. Al carecer de todo esto, debe intensificar la piedad personal y tomar cautelas especiales.)

En la mayor parte de los casos, la vida misional le dará oportunidad de practicar algunas virtudes en grado heroico que no le hubiera sido posible practicar en su patria, si uno está bien dispuesto, pero nadie se hace Santo sin hacer gran esfuerzo (1).

2. El medio más eficaz para mantenerse en su celo primitivo y aun hacer progresos en este celo es ser fiel al espíritu de su Instituto. Item, se requiere la identificación total de mente y corazón con las gentes del país que evangeliza (2).

3. El misionero puede conservar el celo y progresar espiritualmente con una vida muy sobrenatural (3).

4. Compenetrándose íntimamente desde el Seminario de que su primer deber es su propia santificación; un amor ardiente de la más completa imitación del Divino Misionero; filial devoción a la Santísima Virgen; espíritu de oración que trascienda de los actos de piedad acostumbrados a las demás ocupaciones; amor y compenetración con el Instituto; sentirse siervo de la Iglesia. Hay que distinguir bien el fervor sensible del espiritual (4).

5. Con fidelidad al Reglamento de la Misión y en particular a los ejercicios de piedad y con obediencia (5).

6. a) Con la vida de piedad. No es suficiente en Misiones la piedad procurada por iniciativa propia. La piedad para los misioneros en los territorios de misión, debe ser reglamentada en los actos principales como una obligación grave a cumplir. b) Purificando y sobrenaturalizando con frecuencia los motivos e intenciones de nuestro apostolado (6).

D

—QUE EFICACIA SANTIFICADORA Y APOSTOLICA ATRIBUYE VD. A LA COMPENETRACION DE LOS MISIONEROS ENTRE SI?

1. La mutua compenetración y compañerismo es desde luego esencial. Es esencial para el éxito del apostolado que en las misiones, mucho más que en los países católicos, depende en gran parte del pleno entendimiento y mutua colaboración de todos los operarios evangélicos de la respectiva misión. Las parroquias y otras instituciones no pueden ser tan independientes ni tener tanta separación territorial como en los países católicos. Es esencial igualmente para el bienestar del misionero porque le faltan otras muchas ayudas que podría tener viviendo en comunidad. El no estar en armónicas relaciones con los compañeros podría ser catastrófico para él mismo en primer lugar (1).

2. El mutuo trato fraternal entre los misioneros contribuye poderosamente para contrarrestar los dos principales peligros que anotamos arriba, por la mutua comprensión desaparecen los incentivos de la soledad y del desaliento (2).

3. La caridad y unión ayudan mucho al misionero a mantener su celo, trae a sus trabajos la bendición de Dios, edifica mucho a los nuevos y viejos cristianos (3).

4. Como santificadora, además de la mutua ayuda de la oración, corrección, ejemplo y paz de espíritu, libra de muchos escándalos, faltas de caridad o de justicia, de colaboración, facilita la dirección mutua, atrae las bendiciones del Señor y las luces del Espíritu Santo, facilita la frecuente confesión que puede dilatarse sin tal compenetración. Como apostólica, además de la gran repercusión de lo dicho, da uniformidad al apostolado, suma energías, en vez de contrarrestarse se multiplican las iniciativas y energías, se contagia a los fieles el ejemplo de caridad, etc. (4).

5. Grande, ayuda en las dificultades, se solucionan mejor las dudas y perplejidades en casos de dudas, es un gran apoyo moral. «Ubi charitas et amor...» (5).

6. Necesaria desde todos los puntos de vista como conditio sine qua non. Es imposible conservar el genuino espíritu sin que reine la caridad y paz entre los misioneros. Nuestra santificación, además de la gracia de Dios, presupone un ambiente y circunstancias propias para lograrla, y conservarla. Que la falta de compenetración, mucho dificulta. Por otra parte sin compenetración, la eficacia apostólica es completamente nula. La verdadera santidad debe ser encauzada al mayor bien espiritual de la misión en conjunto, y cuando la Iglesia no avanza en todos los órdenes en países de misión es que falta ésta (6).

E

—CUALES SON LAS DIFICULTADES MAS SERIAS QUE EXPERIMENTA EL MISIONERO EN EL APOSTOLADO, POR PARTE SUYA, DE LOS MISIONANDOS Y DE SUS ENEMIGOS?

1. Esta pregunta necesitaría una respuesta demasiado larga. Mencionaré una cosa: la dificultad más grave en cualquier caso, es el defecto de espíritu sobrenatural; secundariamente un defecto de capacidad de adaptación a la mentalidad de la gente y del país (1).

2. Las dificultades más serias que encuentra el misionero (su rebaño y sus enemigos serán diversos en los diversos lugares) en general suelen ser las siguientes: *a)* El Misionero: carencia de buenos maestros y catequistas; carencia de me-

dios materiales. *b)* El rebaño: preocupación con asuntos materiales cuando en lugar de formar un núcleo de población, consta de casas bastante separadas unas de otras; y cuando vive en un ambiente no muy favorable. *c)* Sus enemigos: De his taceamus (2).

3. Dificultades más serias. Aprender bien la lengua indígena; entender su mentalidad; sentir que uno no está bien aceptado, no por la gente, sino por los que sienten un falso celo de patriotismo (que le echan en cara siempre su extranjerismo) (3).

4. Dificultades: Por parte suya: falta de preparación espiritual, solidez de virtudes, previsión de dificultades; falta de preparación profesional, de especialización, de métodos de apostolado, de previo conocimiento del ambiente; falta de salud, etc. como en B. Por parte de los misionados: incomprensión, prejuicios de raza, cultura, política; por la lengua y mentalidad distintas, sus vicios, la soberbia y ambición sobre todo, falta de carácter, de interés religioso. De los enemigos, ante todo del diablo en decaimientos, tentaciones, sugestión de malas interpretaciones por parte de otros; de las sectas, por difamación, confusión, atractivos y ofrecimientos, etc.; de intereses creados lesionados; educación oficial, laicismo, intervencionismo estatal exagerado, profesionales superados, comerciantes perjudicados en sus ventas (4).

5. La variedad de lenguas, clima, inconstancia de los misionados. Por parte de los enemigos, aquí no hay más enemigos que en teoría. Así pasa aquí al menos con las sectas protestantes (5).

6. Por parte del misionero: a) Ideas preconcebidas y faltas de realidad. b) Negar el valor justo a la experiencia ajena. c) Adaptación al medio sin dejarse dominar por él. d) Egoísmos y particularismos. Son el cáncer de las misiones. e) Lenguas y costumbres. Por parte de los misionando: ven siempreal misionero como extranjero y difícilmente le concederán la necesaria confianza para encauzar su apostolado (6).

F

—CUALES SON LAS NORMAS MAS EFICACES DE GOBIERNO PARA DIRIGIR A LOS MISIONEROS?

1. Esta pregunta es algo oscura y exige una respuesta excesivamente larga. El gobierno de la misión debe basarse en todo momento en las normas de la *Sagrada Congregación de Propaganda* dadas el 8 de diciembre de 1929. Algunos de los Institutos tienen normas directrices especiales, algunas excelentes. El punto clave del gobierno es la armonía entre los superiores —eclesiásticos y religiosos— conociendo cada uno sus derechos y deberes y las normas directrices de la Iglesia (1).

2. Las normas más eficaces de gobierno también varían de lugar en lugar; pero en general cada sacerdote debe seguir muy de cerca las reglas de su Instituto para su propio bienestar espiritual y las normas dadas de cuando en cuando con respecto a su trabajo, p. ej. período de instrucción, métodos para tratar con los neófitos, educación, etc. (2).

3. Los superiores modelos: aquellos que sobresalen por su caridad y firmeza y que mantienen frecuente contacto con sus misioneros, celebrando frecuentes reuniones, etc. (3).

4. Gran caridad: reconocer imparcialmente las cualidades naturales o adquiridas de los subalternos; comprensión con las iniciativas, tener y demostrar confianza, interpretar bien sus actuaciones, aun los errores mientras no se vea claramente la contumacia o malicia; procurar complacerlos en sus tendencias, nunca humillarlos de intento; la humillación ha de buscarla el interesado; no pretender entrometerse en su vida interior, etc. Gran justicia: evitar parcialidades, preferencias sin sólido fundamento, reconocimiento pleno de los derechos

canónicos, de Constituciones y costumbres o de simple razón. Si hay que reprender o castigar, lo más suavemente posible. Mucha oración para que en las decisiones, juicios personales, sobre todo destinos y normas de actuación, sea guiado el Superior por el Epíritu Santo por encima de sus cualidades naturales, ciencia, experiencia, etc. (4).

5. Fraternidad y firmeza (5).

6. a) Sacrificar todo lo necesario para el bien espiritual de los misioneros. b) Tratar con interés del bienestar material y de ciertas comodidades posibles en la residencia. c) Hacer ver la acción de conjunto de todos los misioneros en el territorio de misión, para comprender mejor el trabajo que cada uno lleva a cabo. Evita egoísmos. d) Espíritu de comprensión para todo y para todos. e) Frecuentes reuniones de ejercicios espirituales apostolado y confraternización. f) Visitas detenidas del superior a cada una de las residencias para mejor comprender los problemas sobre el terreno. g) Imparcialidad subjetiva y objetiva en todo. Difícilmente se puede lograr objetivamente la imparcialidad necesaria, mientras el superior tenga acción directa misionera en alguna misión o parroquia. Hasta los mejores pensarán siempre que lleva las aguas para su molino. Es necesaria cierta independencia del superior de las obras particulares para mayor provecho del conjunto de la misión (6).

III

A los Misioneros

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Revdmo. P. Figueras, S. J., Barcelona; R. P. Eliseo Quintana, del IEME; un misionero de Cuttack, India; R. P. Manuel García, llamada Shi, Japón; R. P. Taboada, C. M., Secretariado de Cuttack, Habana; R. P. Anastasio Bedate, CMF., Banapá, Fernando Poo; Fr. Faustino Gregorio, misionero de Kattinga, India: R. P. Nicolás Preboste, CMF., Bata, Guinea; R. P. Epifanio Doce, CMF., Fernando Poo; R. P. José Villaverde, O. P., Formosa; R. P. Eustaquio Larrañaga, San Jorge, Colombia; Seminario de Québec, Canadá; PP. Jesuítas, Toledo; R. P. José Lecuona, Rector del Seminario de Misiones; R. P. Raymond Lane, Maryknoll; Reverendos PP. Carmelitas de la Bética; Misioneros de Mill-Hill, Londres; The Scarboro Foreign Missions Society, Nazareth House, St. Mary's, Ontario, Canadá; Reverendísimo Director de los Carmelitas Calzados de Dublín, Irlanda. Misioneros de Scheut, Bélgica; Revdmo. P. Edmundo Deage, Superior General de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy.

A

—SI AHORA LE FUESE DADO COMENZAR SU FORMACION, COMO LA LLEVARIA A CABO?

1. Insistiendo más en la vida interior y en la austeridad de vida por una parte, y por otra en una mejor preparación cultural y lingüística (1).
2. Cultivaría desde mis primeros años con esmero exquisito todas las virtudes

sociales; especialisimamente la caridad. Desde el principio de la carrera me fijaría únicamente en lo práctico (prescindiendo de la ciencia por la ciencia o el arte por el arte). Lo que sirviera más directamente para mi fortaleza espiritual, para enseñar y hacer vivir a los demás la vida divina, para glorificar en todas partes a Dios. Procuraría el mayor contacto posible con el Evangelio, con Jesucristo y con los hombres que son las fuentes vivas de la formación. Durante el curso procuraría ajustarme lo más perfectamente posible al plan de estudios y durante las vacaciones enterarme lo mejor que pudiera de lo que pasa en el ancho mundo (2).

3. *Salvedad.* ¿Es necesario presuponer tanta diferencia entre formación misionera y sacerdotal; y hacer entre ellas tanto hincapié...?

Hoy día, todo país cristiano y cristianísimo tiene paganos y paganismo; y todo país pagano está invadido de cristianismo y cristianos. Y hay más diferencia entre una parroquia de las Hurdes y una de Madrid, que entre ésta última y muchísimas de las ciudades de misiones, v. gr. Kurda, luego si un Cura en general debe valer para aquellas dos, también para éstas a fortiori.

En las misiones, más o menos que por ahí, hay puestos para toda clase y variedad de carácter y formación de sacerdotes. Y es, allí como aquí, el ministerio sobre el terreno el que adaptándolos les da la formación diferencial que él demande.

Estas razones toleran pacífica convivencia con sus opuestas.

Admitido el postulado de tal previa formación diferencial, ¿es allí o aquí donde ella se ha de dar?...

La mayoría de las Congregaciones mandan sus teólogos y filósofos y hasta a veces sus novicios, a formarse, aquí, sacando de ello grandes ventajas, pero tampoco carece de ellas la opinión y práctica de mandar a misiones sacerdotes que, con un lustro y decenio de santo ministerio ahí han probado su santidad y eficiencia asentadas.

Como la llevé, pero con más cuidado y no interrumpiéndola hasta morir... con más cuidados v. gr. más santidad práctica y virtudes sólidas; mejor informado, y más impuesto y más capaz en ciencia y cosas prácticas ya religiosas, ya civiles, ya mecánicas. Nuestro nivel educativo creo es pobre en varios sacerdotes y más hoy dia que antes. Menos bombo y orgullo y aptitudes generales y más *data* y Detalle con más eficiencia concreta; más unidad.

Claro que, aunque se nos diese comenzar la más ideal formación, al concluirla habría la misma razón que ahora para poner esta primera encuesta (3).

4. Procuraría en lo espiritual un fundamento mayor en la virtud de la piedad apostólica (id est, en el convencimiento de la propia incapacidad para toda obra de apostolado); y de la confianza sin límites en la bondad de Dios, principalmente en orden al apostolado. En lo intelectual, enfocaría los grandes problemas teológicos y filosóficos a las misiones. Intensificaría el estudio de los autores filosóficos modernos, principalmente los heterodoxos (sus sistemas y refutación). Hubiera puesto mucho más interés desde joven en el estudio de las lenguas (4).

5. Si ahora me fuese dado comenzar mi formación, no cambiaría fundamentalmente el Syllabus de las materias que nos hacen estudiar. Pero haría un buen acopio de metáforas y comparaciones y estudiaría todos los métodos de Pedagogía catequística. Si tuviera que empezar mi formación, sabiendo de antemano que iba a trabajar en la India, tomaría un curso completo del arte de cocinar, un curso completo para ser buen mecánico y saber arreglar mi bicicleta y mi automóvil (también llega esa hora) sin necesidad de aprenderlo ahora cuando tan precioso es el tiempo. Estudiaría medicina y sobre todo psiquiatría, pues es tan importante en la vida de misiones como la Teología. Aprendería carpintería y horticultura estudiando sobre todo los métodos de arreglar las tierras con medios sencillos y el cultivo del arroz.

Estudiaría los problemas sociales y la manera como los resuelven en otros países de misión. Pero, sobre todo me tomaría por virtud de práctica la amabilidad, mi consigna la sonrisa y siempre por encima, sobre todo, la paciencia de Job, para poder hacer frente sin tragar bilis a tantas cosas como se presentan que amargan el carácter o infructifican la labor misionera.

Estudiaría el tratado de Misionología y Teórico-Práctica, meditaría la Teología de las misiones, ascética misional, y entraría a trabajar sin creer que ser misionero consiste en convertir, ni mucho menos en bautizar a muchos, sino en «implantar la Iglesia» labor que hacemos a veces «sin haber hecho nada aparente» (5).

6. Dada la perfecta formación que se da en nuestro Instituto, la llevaría a cabo del mismo modo. Sólo me hubiera dado a aprender más el inglés y el francés ya por el trato ministerial que tenemos que tener con los misioneros de indígenas de estas misiones vecinas, ingleses y franceses, ya por las obras que hay escritas sobre asuntos coloniales y misiones en estos países, ya finalmente por el prestigio que da al misionero ante los otros coloniales (6).

7. De la misma manera que la llevé cuando me preparaba para ser sacerdote (7).

8. Fundamentalmente la orientación es casi igual que en la que fuí educado, por pertenecer a un Instituto misionero de larga experiencia misional (8).

9. Poniéndome bajo la dirección de un misionero que por largos años haya estado en territorio de misiones (9).

10. Empezaría por poner más esfuerzo en todo lo relativo a dicha formación. Estudiaría a fondo, además de todo lo que me enseñaron, apologética, historia de la Iglesia y de los dogmas. Trataría de responder con amplitud a esta pregunta: ¿Por qué somos católicos y no protestantes? Y aprovecharía algunas horas de recreo para aprender a tocar decorosamente el armónium (10).

11. A base de una formación auténticamente sacerdotal, con todo lo que contiene de vitalidad, de grandeza, de sublimidad la palabra «sacerdotal». Luego, a completarla con entrenamiento serio en los ministerios pastorales (11).

12. Según el programa de la encuesta dirigida a los directores de casas de formación que viene después. Excepto que yo estudiaría dos horas de inglés por semana en lugar de una, en los tres primeros años, y nada de español; y al llegar al cuarto año, los destinados a la América latina, estudiar dos horas de español en vez de una (nada de inglés) (12).

13. Si se pusieran a mi disposición los mismos medios que antes, la llevaría a cabo de la misma manera poco más o menos. Pero —a posteriori— pediría al Señor con intensidad que esos medios se hiciesen más aptos (13).

14. Aprovechando desde el primer año de Filosofía el ambiente y los medios de formación de que dispone el Seminario del Clero secular español para Misiones extranjeras (14).

15. Empecé mi formación para el sacerdocio en el Seminario con los estudios de Filosofía, después de haber terminado los cursos de bachillerato en un colegio católico y de haber hecho dos años en una Universidad católica. Si tuviera que empezar ahora de nuevo, repetiría lo mismo. Por lo que se refiere a la formación recibida en el Seminario, creo que no habrá sacerdote que no desee haberla aprovechado mejor durante los años transcurridos en el Seminario (15).

16. Lo mismo, como antes (17).

17. Aprender mucho de la misión y sus dificultades de boca de los misioneros veteranos (18).

18. Esperaría que se encargaran de mi formación sacerdotes bien curtidos en el trabajo misionero y de probado celo apostólico. Por mi parte, personalmente, yo necesitaría mucha humildad para esta dirección y obediencia para formarse y actuar según las directrices dadas. Por descontado que necesitaría ir a una casa de formación misionera (en terreno misional) (19).

19. En estos últimos tiempos, la concepción misionera y el estilo apostólico han cambiado mucho. Los métodos empleados en las casas de formación, han sufrido igualmente una evolución. Yo me aprovecharía por tanto de esta evolución que prepara mejor para la vida misionera moderna. A pesar de que la formación «in globo» (noviciado, estudios, en una congregación religiosa, exclusivamente misionera), queda igual que Roma lo prescribe (Derecho canónico, y las directrices de la Santa Sede, S. C. D. P. F., y otras Congregaciones: «Exhortación Menti Nostrae» (1951) — Constitutio de formatione cleri (1956).

Para esta cuestión es necesario distinguir entre la formación *sacerdotal* y la formación *misionera*.

—Para la primera, Cfr. la resp. a la pregunta F.

—Para la segunda, procuraría documentarme aún más acerca de la misión a la que soy destinado, desde el fin del noviciado; teniendo cuidado de no presumir jamás de fuerzas intelectuales y morales, sin experiencia de las misiones, y en posesión solamente de teorías..., que exigen ser proyectadas en el campo de la práctica para que se tenga la prueba de su eficacia, en tal circunstancia de tal misión determinada.

La pregunta como tal es puramente teórica, porque está situada en la serie de cosas imposibles. La respuesta (?) pueden ser útil para los que deben dirigir a los jóvenes aspirantes que acaban de comenzar (20).

20. Además de una formación general (humana, sacerdotal, religiosa, misionera) verdaderamente seria, sería necesaria una formación indianizante progresiva: estudio profundo y asimilación del país, de su historia, de su cultura, de sus costumbres, de sus lenguas, de su situación económica, política y social, de sus religiones y de su sentido religioso, etc.; en una palabra conocer el pueblo a evangelizar tal como es él en su propio medio a fin de poder anunciar el evangelio no en un lenguaje extraño (aunque éste tome palabras y giros de las lenguas nativas), sino en un lenguaje que permita al indio coger el sentido y el contenido del mensaje evangélico. Este mensaje en efecto, por muy extraño y extraordinario que sea (éste es el misterio de la palabra de Dios) va dirigido a todos los pueblos y debe *encarnarse* en todas las civilizaciones, en todas las clases (o castas) sociales. En Cristo no hay extranjeros. Por consiguiente el cristianismo no debe tener nada de extranjero en las misiones *extranjeras*. Porque si en Europa el cristianismo respeta y tiene en cuenta el carácter y la cultura europea, es claro que el cristianismo debe respetar de la misma manera a los indios, y tener en cuenta el carácter y la cultura India: esto es hacerse «todo para todos, para ganarlos a todos a Cristo». El futuro misionero destinado a los indios debe comprender la mentalidad india y aquello que la constituye antes de intentar hacerse entender por los indios (21).

B

—QUE CONSEJOS DARIA VD. A LOS QUE SE DEDICAN A RECLUTAR VOCACIONES MISIONERAS?

1. Que no se apelara tanto a la parte poética, dramática y aventurera, del ideal misional, sino al fondo de completa renuncia que este ideal exige. Un misionero francés al dar una conferencia en un Seminario de Francia, pondera lo que podíamos llamar *parte atractiva, aventurera* de su misión de Africa. Terminada la conferencia hace un llamamiento a voluntarios. Ninguno se le ofrece. Otro misionero de Alaska pondera en este mismo Seminario, años después, los sacrificios de aquellas misiones, cincuenta seminaristas se ofrecen a volar allá. ¡Qué buen espíritu el de este Seminario! (1).

2. Si se trata de niños, que se fijen mucho en la familia, si es sólidamente cristiana; y en el equilibrio de su temperamento. Si se trata de chicas, para ser misioneras, lo primero que sean completamente normales, lo segundo que no hayan tenido conflictos psíquicos fuertes, y lo tercero que sean trabajadoras y caritativas. Si se trata de chicos para hermanos coadjutores o catequistas, que tengan muy desarrollado el espíritu de iniciativa y el sentido de responsabilidad en la actividad a que se dedican; y que quieran verdaderamente servir a la Iglesia. Si se trata de seminaristas, que ahonden bien en motivos sobrenaturales y que den el paso completamente libres. Y para todos, que jamás miren la vida misionera como una colocación, y; lo que Dios no permita, como un último refugio (2).

3. Pues que, como despabilados elijan a los más santos, instruidos y capaces;

pero humildes; no a quijotes ni soñadores abstraídos ni fáciles candidatos al martirio y menos a Emperadores, autoritarios, visionarios y aspirantes a reformar y enseñar a la santa Jerarquía, aquí ya existente como en Europa. Decirles que su valor estará *sólo* en añadir a lo bueno que traigan lo mucho que aquí siempre hubo.

Jesucristo no nos redimió con lo que trajo, sino con lo que cogió, fulcrum et vis (3).

4. Que trabajen sin descanso, porque si eso hicieran (fundados en la ayuda del Señor) brotarían muchas más vocaciones misioneras. Aconsejaría mucha selección y exigiría a los elegidos tres cosas sobre todo: entrega total al Señor; buen juicio y sistema nervioso robusto (4).

5. Que sólo escogieran a los más preparados entre un impulsivo y un ecuánime. Que no escogieran a los idealistas, a los que sufren de nervios y a los que no poseen una profunda piedad. Ni genios, ni tontos, medianías es lo mejor (5).

6. Que lo encomendasen primero a Dios y al Corazón Inmaculado de María para que les inspirase los medios mejores para escoger lo más selecto. Después había que hacer la distinción entre los que se dedican a reclutar personas mayores y entre niños. En éstos se habría de fijar en si son piadosos, alegres y listos, así como también en el modo de ser de su familia, pues no cabe duda que esto influye mucho en las cualidades del aspirante. Pero no se ha de dar excesiva preponderancia al aspecto familiar, sobre todo al paterno, por lo que mira al aspecto espiritual. Puede darse a veces y se ha dado, que niños, hijos de padres arreligiosos y descreídos, por la influencia materna o por otros elementos extraños son profundamente piadosos y que deploran la impiedad paterna y ya tiernos niños, piden su conversión, siendo ya desde entonces verdaderos apóstoles y después lo han continuado siendo con el tiempo, logrando primero la conversión de sus padres.

Respecto a los mayores, hay que ser ya más exigentes, pues ya tienen hábitos adquiridos que muchas veces es costosísimo desarraigar. Lo primero ha de ser siempre el que sean *piadosos y espirituales* y que deseen ser misioneros, no por motivos noveleseos, ésto es, en plan de aventuras, sino con verdadero espíritu sobrenatural y de salvar las almas. Después han de ser *alegres*. La alegría puédese casi decir que es una cosa consubstancial al misionero de infieles. Si es misántropo y melancólico, además de ser un continuo martirio para él, que al fin abandonaría la vida misionera, lo sería sobre todo para sus compañeros de misiones y encomendados, que no podrían aguantarle y entorpecería e inutilizaría gran parte de su obra misionera. Se ha de fijar que *sea realmente*, no sólo de palabra, mortificado y abnegado, que viva el «abneget semetipsum», y «tollat crucem suam et sequatur me» de Nuestro Señor. La vida misionera es un continuo sacrificio intelectual, física y moralmente. El que no esté hecho a sufrir moralmente y a abnegarse en todos los órdenes, no podrá ser un buen misionero (6).

7. Que los elijan fuertes, sanos, listos, muy humildes y habilidosos para casi todo (7).

8. Que acojan niños sanos física y moralmente, sin ninguna tara hereditaria, que tarde o temprano se manifiestan con evidente perjuicio de su ministerio. Yo no escogería a niños que viven en la miseria (8).

9. Pregunte a un misionero experimentado (9).

10. Sí, generalmente, la vocación sacerdotal es fruto que nace y se desarrolla en el ambiente de una familia cristiana. La vocación misionera, vocación de sacrificio, necesita desde las primeras horas ver y vivir ese ambiente familiar de cristianismo hondo y sincero. He visto en mis correrías que es muchas veces la madre la que desea un hijo misionero, y en lejanas tierras. Y eran madres llenas de ternura para sus hijos (10).

11. Que se fijen mucho más en los caracteres que en la inteligencia. Un buen carácter es un verdadero poder que atrae, que se impone y que triunfa de todas las dificultades; mientras que, aun los mejor dotados de otras cualidades fracasan con un carácter malo. Por consiguiente deben eliminar sin contemplaciones a los

egoístas, peseteros, vanidosos, marrulleros, insinceros, criticones, trapisondistas y presuntuosos (11).

12. Exponer el trabajo de adaptación de los misioneros (lengua, mentalidad, etc.). Describir el desarrollo gradual de un puesto de misión. Insistir en las necesidades de la Iglesia y en el fin de las misiones, es decir, implantar la Iglesia (12).

13. Prudencia, claridad y sinceridad ante la problemática misionera. Sólo los corazones —según Dios— arrastran (13).

14. Que describan más la vida ordinaria del misionero que antepongan los intereses de la Iglesia a los de la Congregación e Instituto; que distingan bien el ideal de servir a la Iglesia (14).

15. Charlas vocacionales en escuelas. Formación de grupos de acólitos, clubs. Propaganda vocacional sirviéndome de la literatura, cine, folletos, libros, etc., en que se describa la vida del sacerdote misionero.

Aprovechar todo contacto posible con los posibles aspirantes invitándoles a mantener frecuente correspondencia, visitar las familias de los mismos, a sus párrocos y maestros. Preparar frecuentes reuniones de los aspirantes, darles la oportunidad de conocer mejor al misionero y conocer a otros compañeros que sienten los mismos ideales. Interesar a Maestros, sacerdotes y padres de los aspirantes en la tarea de fomentar y conservar las vocaciones (15).

16. Que insistieran en el carácter abierto y en las aspiraciones de universalidad de los aspirantes (16).

17. Leer cuidadosamente las encíclicas de los Papas sobre las misiones y sobre el sacerdocio; estudiar detenidamente las Constituciones del propio Instituto; aprovecharse de la experiencia de hombres prudentes, Misioneros, etc. (17).

18. Enseñarles el espíritu de sacrificio (18).

19. Hacer una llamada al noble deseo de los muchachos y muchachas para que se ofrezcan a Cristo en este trabajo el más bello de todos.

Mostrar algo de la dureza que envuelve; algo del aspecto romántico; algo de los resultados e. gr.: el crecimiento de la comunidad católica; algo de la recompensa en el Cielo.

Llamada a las chicas en punto a la misión médica; visitas a domicilio; escuelas; actividades sociales.

Llamada a los chicos en lo tocante al misionero como «constructor» en todos los aspectos; el uso de la iniciativa en las misiones; caballos, jeeps, aeroplanos, canoas, utensilios, etc... ¡Darle un desafío! (Animarle militarmente) (19).

20. Obrar con prudencia y una gran discreción.

—No abandonar el medio familiar y los antecedentes de los padres.

—Escuchar a los instructores de la escuela, del colegio y los avisos del clero local.

—Leer los tratados acerca de la vocación y especialmente acerca de la vocación misionera (Cfr. los arts. del P. Destombes en los núms. del Bulletin de la Soc. M. E. P. (1956) etc.

No forzar jamás las vocaciones sacerdotales y misioneras y sería mejor, no se deberían *buscar* las vocaciones. Cuando uno ha estado en misión, no se atreve y no quiere atraer a los jóvenes; es uno más reservado porque se conoce la realidad.

Guardarse de querer tener muchos reclutas; la *cualidad* debe mirarse antes que la cantidad.

Desconfianza por lo que se refiere al reclutamiento de los que son muy jóvenes.

Gran reserva a la vista de la formación en las escuelas apostólicas, en las que los alumnos entran con temprana edad, no pagan casi nada y se les considera como que deben seguir automáticamente la vida de sus maestros... Atención, sobre todo en estos tiempos a la formación en invernadero, formación cerrada en que la libertad de los candidatos o aspirantes puede estar limitada, en que el respeto humano de los postulantes (y de los padres) puede desempeñar su papel.

Respecto a la libertad de los jóvenes: evitar que germine la idea de rivalidad entre diferentes órdenes o Congregaciones, etc...

En nuestro instituto nos felicitamos de no tener hasta ahora escuelas o cole-

gios en que se reúnan los niños desde los diez u once años, en vista de la formación humanística y la vocación sacerdotal o misionera (20).

21. Un reclutador de vocaciones misioneras debe saber qué es un misionero, no un misionero en general, sino un misionero destinado a tal o cuál país (21).

C

—VE LA VIDA MISIONERA AHORA LO MISMO QUE CUANDO LLEGO A LA MISION, QUE CUANDO ESTABA EN LA CASA DE FORMACION, QUE CUANDO SE SINTIO LLAMADO A LAS MISIONES?

1. No, sino de muy distinta manera; y esto a pesar de que me la había imaginado ya menos poética de lo que me la habían pintado (1).

2. Las misiones desde dentro se ven completamente distintas que desde fuera. El cambio comienza a notarse desde el mismo momento en que se decide uno a ser misionero y llega a madurar con la experiencia de los años en el campo del apostolado. Creo que el fenómeno es debido al falso concepto que se forma uno de las misiones a través de la prensa misionera. Un misionero experimentado se ríe de la mitad de las cosas que se escriben y se publican sobre misiones. Unas por demasiado especulativas, abstractas y poéticas; otras por demasiado pueriles y trasnochadas, y otras por demasiado interesadas y humanas. El problema misionero es más vivo y sangrante, más humano y más divino (2).

3. No, gracias a Dios. Tengo ya más seso que entonces y con todo, al fin de la jornada, añora uno reencarnarse aquellos tan pios, tan santos, tan fervorosos sentimientos de cuando se sintió llamado. Entonces con y por inocencia, y ahora por ciencia arrepentida (3).

4. He de confesar que padecí un error no pequeño. Creía al venir que con sólo llegar y comenzar a predicar a los gentiles, éstos se convencerían, se bautizarían muchos y de éstos casi todos serían buenos cristianos. Ahora veo que la labor es lenta y abnegada y se necesita una entrega total al Señor para llevarla a cabo (4).

5. Yo veo ahora la vida misionera como el torero ve su arte desde la enfermería. He pasado por ella durante 12 años. Para mí la vida misionera ha ganado en sublimidad. Es como el destierro... Monótona, solitaria, arisca unas veces, y dulce otras pero arrebatadora. La vida misionera bien llevada sigue teniendo para mi, categoría de martirio. Cuando llegué a la misión me parecía un mundo de cuento de hadas. Después de pasar por ella he cambiado de parecer. La vida misionera era considerada por mí en mi casa de Formación como el culmen de la formación y perfección. Ahora no aseguraría eso, y hasta diría, si no fuera muy fuerte, que es más peligrosa y resbaladiza que otras vidas sacerdotales más normales y resguardadas. El mayor peligro que tiene la vida misionera es el exceso de actividad, y de ahí la disminución de actividad, digo de piedad. Antes consideraba santos totalmente a los misioneros. Ahora, después, de haber visto aquello y esto no afirmo nada, hay santos en todas partes (5).

6. Esta pregunta es muy amplia y mira diversos aspectos. Supone que el que está en misiones soñó en ser misionero de infieles a las que se creía llamado, o bien estuvo en un colegio o centro de formación de misioneros de infieles, y a veces, muchas veces, se da el caso en ciertos Institutos religiosos, que no son exclusivamente de misiones de infieles que han sido destinados a misiones de infieles individuos que jamás soñaron en ellas, y más aún a las que tenían repugnancia, pero que por ser hijos de obediencia han ido a las misiones y han sido unos grandes misioneros.

Ya se puede suponer que, cuando se estaba en la Casa de Formación, lo mismo que cuando se sintió llamado a misiones, la vida misionera se ve de modo muy distinto de cual ella es. En esa época, fuera de casos rarísimos, por haber convivido con misioneros que la han vivido, por ser de un sentido práctico excepcional, lo ordinario es ser un idealista y ver la vida misionera de un modo muy distinto de

lo que es en la realidad. Verlo todo desde un punto de vista poético y soñador, aun en su aspecto apostólico; y como se fantasea y no se vive, se reacciona entonces de manera muy distinta de cuando son esos contratiempos en realidad, desilusiones, etc.

Ahora al responder, si veo la vida misionera lo mismo que cuando llegué a la misión no sé si captaré bien su pensamiento, pero responderé tal cual yo lo he entendido.

Efectivamente. Que no la vemos lo mismo que cuando vinimos, pues no en vano han pasado 25 años. Entonces, en 1930, era la vida misionera de más sacrificio material y en el aspecto espiritual por no haber apenas medios de comunicación y tener que ir casi siempre andando y vivir poco menos que solo en medio de los indígenas. Estos eran entonces más sencillos, más dóciles y menos contaminados con los vicios de la civilización en todos los órdenes, y por lo tanto más aptos y más dispuestos para recibir las enseñanzas de la Religión y vivirla y practicarla, gozando el misionero ante ellos de un gran prestigio e influencia ya que sólo él era quien con ellos trataba.

Hoy las vías de comunicación han hecho accesibles lugares que antes no lo eran y a los que se puede decir que sólo iba el abnegado misionero, y los indígenas apenas salían de allí. Hoy van otros muchos elementos extraños y ellos, los indígenas, se comunican con los de otros sitios recibiendo influencias malsanas y a veces contra las enseñanzas del misionero teórica y prácticamente, con lo que nuestra labor se hace más difícil. Muchos han adquirido más cultura dada generalmente por la misión, pero llegan a sus manos revistas y libros de todo tipo y matiz, que hacen una labor desastrosa. Añádase el cine, la radio y otros lugares de diversión moderna como el baile, bares, que han aumentado la población blanca en un cien o mil por uno, la libertad de la venta del vino, teniendo por otra parte dinero en abundancia para comprarlo. Con sólo este enumerado que se podría aumentar, se verá que se tiene que ver la vida misionera de modo muy distinto a como cuando se vino a la misión (6).

7. No. Ahora después de 18 años de trabajo en ella, veo todos sus enormes problemas, dificultades, aciertos y desaciertos. El panorama que contemplo ahora es muy distinto de aquel otro que gocé cuando era recién llegado.

Mi visión presente del campo misionero es enteramente distinta de la que tenía en la Casa de Formación. De estudiante no se comprenderá jamás lo que es la vida misionera. Aquellas ansias misioneras, aquellos ideales, aquellos conocimientos eran idílicos y bastante románticos, a pesar de que ya barruntaba y preveía lo que iba a sufrir en la misión (7).

8. La veo más normal, natural y humana; antes, debido a una propaganda misionera algo ficticia, la suponía más heroica y fantástica, con mayores peligros y sacrificios; aunque éstos son continuos y de peso que hacen de la vida del misionero un mártir en muchos sentidos, no revisten el carácter heroico que muchas revistas y relatos misionales revelan. Los casos extraordinarios que pasan y que son los únicos que se cuentan, no forman la trama ordinaria del vivir siendo la vida misionera más vulgar y casera (8).

9. No lo veo lo mismo, porque la psicología del negro no es lo que se cree en Europa (9).

10. La vida de una misión en 1930, era generalmente, más patriarcal. Se corría menos pero calaba más. Se tenía más prestigio. Simplemente por ser europeo se le respetaba. Se le admiraba también por el celibato y por su vida de sacrificio y soledad. Hoy la vida misionera marcha a ritmo acelerado porque se tienen más medios y se vive más de prisa en todos los órdenes. Pero la propaganda de los japoneses —guerra a los blancos en todos los órdenes, especialmente en el moral— y las derrotas sufridas por América e Inglaterra en las primeras etapas de la última contienda mundial, el papel poco airoso y las tremendas equivocaciones de Francia en Indochina, han creado una opinión desfavorable al misionero blanco. Por otra parte la cultura de los orientales ha subido de un modo insospechado. Japón, el país menos analfabeto en el mundo. Las Universidades abren sus puertas no sólo a los potentados, como antes, sino a la clase media. Por eso el

misionero de hoy necesita una cultura general enorme y sobre todo una formación en materias religiosas sin baches. También se lee mucho en oriente, que ha despertado con la inquietud del saber, con la ambición de mejorar su vida (10).

11. Si, si; aunque con menos romanticismo (11).

12. Muchos puntos han sido precisados al hablar del método de apostolado, pero acerca del fin de las misiones, pienso lo mismo que al principio (12).

13. No, para vivir una realidad hay que encarnarse en ella. Los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo después de la Ascensión. Habian precedido tres años de contacto con Jesús, la Pasión, etc. (13).

14. Entiendo y aprecio más la vida ordinaria del misionero que cuando llegué a la misión. Entonces presentia las dificultades y apenas muy débilmente las satisfacciones de la vida misionera; la experiencia da una idea precisa de aquellas y una vivencia insustituible de la segunda (14).

15. Creo que no he cambiado notablemente en el juicio que antes me había formado (15).

16. Si, pero mis ideas han llegado a ser más determinadas, claras, y según creo más perfeccionadas por el estudio, la oración, la reflexión y la experiencia (17).

17. No. Se deberian indicar más las dificultades (18).

18. *a*) En sus aspectos esenciales si. De todas maneras a medida que el tiempo pasaba en la misión la vida caia en sus aspectos incidentales volviéndose más rutinaria con el consiguiente peligro de perder el entusiasmo inicial. Yo siento que teniendo en cuenta los viajes aéreos, los misioneros deberian dejar su misión a intervalos «¿3 años?» para tomar unas vacaciones en la patria o por los estudios —pocos meses.

b) Si. Durante aquel tiempo sólo existía una idea gloriosa y un deseo — los aspectos terrenos no eran vistos.

c) Si. Entonces había un deseo de hacer algo por Cristo en las difíciles misiones de China (19).

19. *a*) La vida misionera ha dado (o debe haber dado), una experiencia: capacidades personales para tal o cual rama de actividad. Después de algunos años de vida misionera, se reconocerán mejor las dificultades inherentes a la vida misionera, se hará uno más reservado y vendrá con frecuencia a la conclusión de que la vida en las misiones no es una cosa fácil; sobre todo, que la conversión de los no-cristianos y los esfuerzos para la plantación de la Iglesia, son obras de la gracia ante todo.

b) Estaba, por asi decir, ignorando todo lo que mira a la vida *real* misionera. Son pocos los que se acuerdan del estado de ánimo que tenian durante los años de formación, con relación a la vida misionera. Los jóvenes, sobre todo, tienen ilusiones. Felices aquellos que tienen algunas (buenas) durante toda la vida.

c) Es casi siempre, en un entusiasmo juvenil, cuando se hace el sacrificio. Los superiores, durante los años de formación, proveen a la destilación de las intenciones, y supervigilan los planes de una juventud turbulenta y entusiasta. Ordinariamente los jóvenes no conocen el alcance de su sacrificio. Las Misiones... El reino de Cristo entre los millones de no-cristianos... la implantación de la Iglesia de Cristo entre las masas, a veces de preferencia en tal país determinado... Es esto, éste entusiasmo *sobrenaturalizado* lo que la formación debe hacer crecer siempre hacia adelante (20).

20. Después de veinte años pasados entre los indios se comienza a comprender que no se ha entendido gran cosa de la vida y del papel del misionero en este país a la vez antiguo y nuevo (21).

D

—CONCIBE LAS MISIONES AHORA LO MISMO QUE LOS PROPAGANDISTAS Y BIENHECHORES?

1. Ellos ven la poesía y, a lo sumo, algo de la prosa de la vida misional. El misionero siente sólo la prosa de esta vida, hecha todavía más dura por el complejo de impotencia y frustración en que se ve cada día sepultado más hondamente (1).

2. Cada uno tiene su mentalidad. El propagandista es un gran bienhechor de las misiones: el primero de los bienhechores, pero vive de prestado, de los libros, de las estadísticas, de la anécdota, de la carta, de la visita del misionero y va aumentando su caudal superficialmente. No se enriquece al vivo con experiencias personales. El bienhechor se pone en contacto con las misiones esporádicamente, siente una sacudida en un momento determinado y responde generosamente y con sinceridad; quizá se pegue demasiado a lo concreto, a una determinada ilusión, aunque en el fondo los motivos suelen ser muy cristianos y muy humanos. El misionero siente las Misiones al vivo, con toda su realidad y fuerza, pero en área muy restringida y limitada, que es su campo de operaciones (2).

3. ¿Pero cómo las conciben ellos? Como son legión, tendrán legión de concepciones. Si nos dan el parto de la ayuda, benditas e inmaculadas. Si no, las que las circunden.

Que ellos apunten a lo universal; al Universal esfuerzo de la Iglesia. Y a veces que también tañan recio y lloroso en las cuerdas gordas de nuestra miseria, pobreza y sufrimientos sentimentales.

Pero que se sospechen —aunque no lo sepan ni lo digan— por Dios, que no somos Santos ni a millas; hecho que debíamos de lamentar con mucha alegría, pues el todo de un apóstol es la santidad. Pero ella es heroísmo que se da en pocos y los apóstoles somos hoy día legión de miles. Dios vence nuestro barro. Y la Iglesia de hecho es así, tanto allí como aquí, luego reconocer el hecho sin avenirse a dormirse con él (3).

4. No sé qué responder, porque debido a circunstancias locales estoy prácticamente desconectado de los propagandistas misioneros de Europa (4).

5. Figúrese, señor... esta respuesta huelga después de lo dicho anteriormente (5).

6. No sé cómo concebirán los propagandistas y bienhechores las misiones, pero creo que será un poco ideal. Me parece que éstos miran a veces más al misionado que al misionero y éste también sabe de desfallecimientos, angustias y sinsabores, precisamente por esos mismos misionados. Por eso precisa a veces que se mire personalmente a él, para alentarle y hacer que pueda realizar su abnegada y apostólica misión.

No veo por qué se ponen reparos, en que los misioneros particulares puedan recibir directa y personalmente donativos y limosnas, cuando es un aliento y un estímulo para trabajar con más celo y entusiasmo. Las realidades misioneras enseñan tantas cosas que sólo se saben viviéndolas (6).

7. De ninguna manera. Los propagandistas que no han estado en el verdadero campo de la realidad misionera, en misiones, no llegarán jamás a enmarcar su propaganda en dicho campo. Los bienhechores en general, son generosos por sentimientos y por el amor que profesan, como católicos, a las almas redimidas por Jesucristo (7).

8. Creo que con la respuesta anterior queda aclarado este punto (8).

9. No lo concibo, porque hay que vivir entre estas gentes para ver lo que piensan y lo que sienten y lo que con tal leche no se mama difícil es que arraigue, pues en la vida de civilización hay muchas cosas que en la práctica se contradicen, o las contradice quien debía apoyarlas (9).

10. Los propagandistas son hombres enterados. Más en la teoría que en la

práctica. Sin embargo, puedo asegurar que los mismos misioneros podemos aprender mucho de ellos. Son, al fin y al cabo, técnicos. En cuanto a los bienhechores, no creo que ellos en general puedan darnos ideas directivas ni reflejos exactos de las misiones. Saben, por supuesto, mucho de misiones, sobre todo en su parte anecdótica (10).

11. Según qué propagandistas y qué bienhechores (11).

12. Distingo: como ciertos propagandistas y bienhechores que conocen bien las misiones, sí; como las dos terceras partes de bienhechores y como algunos propagandistas, no (12).

13. No. Media un abismo entre la mente misionera de un propagandista o bienhechor y la de un misionero. Sin embargo a pesar de estas imperfecciones el Espíritu Santo actúa y nosotros los misioneros recogemos los frutos (13).

14. Sustancialmente, sí, pero despojada de muchas fantasías (14).

15. Hay que distinguir. Yo creo que la propaganda misional tiende excesivamente a exagerar las dificultades extraordinarias de la vida misionera. Como quiera que nos son dadas gracias especiales para afrontar las grandes dificultades, yo creo que la mayoría de los misioneros estarán preparados para superar con éxito estas grandes dificultades, si día tras día, han sido amaestrados en afrontar los trabajos y cruces de la vida misionera en la vida ordinaria. Se debe poner más empeño en destacar la vida ordinaria del misionero y las dificultades comunes al apostolado ordinario en las misiones (15).

16. Sí, con tal que sean personas sensatas y experimentadas, bien informadas y amantes siempre de decir la verdad (17).

17. No. No damos bastantes hechos (18).

18. La respuesta a esta pregunta es doble. La propaganda de los que son auténticos misioneros es buena. Los que escriben acerca de las misiones o las patrocinan y no son auténticos misioneros, pierden de vista un punto esencial, esto es, el valor de un alma; la formación del Cuerpo Místico. Ellos glorifican las incidentales historias de interés humano (19).

19. Afortunadamente, las Misiones gozan de simpatía entre nuestros cristianos, los padres están orgullosos de tener un hijo misionero. Los propagandistas son activos. Debemos tenerlos al tanto de nuestras obras, mostrar lo que se hace de sus limosnas. Ellos quieren ser instruídos, ahora más que otras veces, acerca de la realidad de la vida misionera, de los problemas de las misiones lejanas.

Nuestras publicaciones, nuestras cartas a los bienhechores, deben ayudar a mantener el contacto con la retaguardia. Esto es necesario, no solamente por la ayuda financiera (de la que se benefician también las Obras Misionales Pontificias), sino además para suscitar el interés por las misiones y hacer germinar vocaciones.

Entre la retaguardia se deben contar también a los misionólogos... que elaboran teorías acerca de las misiones. Estarán muy sumidos en el error si los misioneros de vanguardia no les proporcionan hechos, las realidades misioneras.

Los propagandistas (misioneros del Instituto) deben haber estado en misión.. amar sinceramente su misión y tener un conocimiento más o menos amplio del estado de la Iglesia en el mundo y sobre todo en los países de los que ellos hablan al público.

Las exposiciones misioneras ambulantes son excelentes a este respecto. Se les *muestra* la vida misionera y los misioneros *explican* los detalles. Todos marchan de allí con un amor más grande hacia las misiones y hacia la vida misionera (20).

20. A los indios se les ha acostumbrado a mirar al misionero como un agente antinacional. De aquí resulta que de hecho el hindú identifica la nacionalidad y la religión. Se le considera como propagandista de una cultura y de una religión extranjera que intentan suplantar la cultura y la religión del país, el hinduismo bajo todas sus formas. Por el contrario los hindús reconocen de buen grado los beneficios reportados a sus país por los misioneros: escuelas, colegios, hospitales, dispensarios, leproserías, etc., etc. He aquí por qué el indio acepta profesores, doctores, enfermeras, asistentes sociales venidos del extranjero pero no misioneros en cuanto misioneros (21).

E

—EN QUE SE HA SENTIDO DEFRAUDADO O SORPRENDIDO AL LLEGAR A LA MISION?

1. En la ineficacia de los medios humanos en los que uno había puesto desmedida confianza (1).

2. Sorprendido: de la vida del sacrificio que llevan los misioneros y misioneras; de la lentitud en el proceso de evangelización; de encontrar en el fondo de todas las gentes los mismos resortes humanos. Defraudado: por no poder realizar mis sueños, que después he visto claramente que eran eso, sueños, por haber tenido que regresar a los tres años a la patria (2).

3. Al llegar, defraudado en nada; sorprendido y agradablemente en la bastante fe y piedad de los cristianos; actividad de los misioneros, etc., etc.

Más tarde (hacia el medio) defraudado bastante de las poquísimas conversiones y menos esperanza. De cosas en sí propio y en el prójimo. No menos en el europeo que en el no tal. *De ver que Dios no obra milagros* ni para los cuerpos, ni provocativos para las almas, etc. Pero claro, según va avanzando uno va aviniéndose a que así sea la Naturaleza humana y no como yo en mi ignorancia lo concebía. Además uno siempre respeta la política divina y a ella se ajusta. El primer milagro, padre de mil más, está en mi mano: sería mi santidad. Dios lo está aguardando para entrar El en compás. Yo le defraudo (3).

4. Lo he indicado ya. En lo lento del avance en las conversiones (4).

5. Lo que más me chocó a mi llegada a la misión fué la aparente rutina y apatía de métodos que veía practicar. La simplicidad de métodos. La ausencia de medios que facilitaran el apostolado y multiplicaran las energías. Me sentí sorprendido de ver el aislamiento entre la vanguardia y la retaguardia de la Iglesia. No había apenas comunicación. Me sentí aplanado al ver los millones y millones de mi misión que nos miraban como seres extraños cuando en realidad eran feligreses nuestros en potencia. Me extrañó el desconocimiento de la doctrina y de la técnica misionera de «ocupar y establecerse» lo primero y ante todo. Después rectifiqué ideas y comprendí que no siempre lo mejor es lo más práctico (5).

6. En dos cosas. En que, aunque encontré entonces materialmente mal la misión, pero aún mejor de lo que pensaba y creía, pues me imaginaba que serían chozas o poco menos. Y en que creía que los indígenas estarían poco menos que ambiciosos de las cosas de Dios y de la Religión y que serían fáciles de atraer, y no era así. Estaban muy aferrados a sus creencias, y muchas veces, tal vez la mayoría de ellas, venían y vienen a la misión por ventajas materiales (6).

7. En casi todo: que la prudencia más elemental dicta callar (7).

8. En no poder llegar directamente al alma de los indígenas por desconocer su idioma e idiosincrasia, durante meses o años quizá, hasta que por un aprendizaje duro y monótono se impone en su idioma y carácter. Sólo entonces se llega a hacer algo efectivo en ellos (8).

9. Defraudado, en nada. Nuestros mentores y maestros nos pintaron siempre el panorama misional como lugar de necesarios sacrificios. Y, en tiempo de paz y de calma, cuando parecía totalmente anacrónico tocar el tema de próximos martirios, recuerdo que nuestros padres nos inculcaban la idea de prepararnos a dar la vida por Dios.

Sorprendido, sí. Porque llevaban la sinceridad de su fe a la sinceridad de la vida. Cristianos, siempre, en sus relaciones sociales, en su trabajo, en su casa. Ejemplares y meticulosos en la observancia del domingo, de ayunos y abstinencias, en los sacramentos que recibían casi todos con frecuencia y con manifiesto fervor (10).

10. *a*) El encontrar tan excelentes colaboradores para la acción católica y social. *b*) El constatar que a menudo los paganos (o los cristianos apartados) se

ganan más que por el razonamiento, por la simpatía y el corazón, y una vez ganados aceptan el razonamiento y la enseñanza (12).

11. Me defraudó la vulgaridad de muchos de los misioneros. Me sorprendió la proximidad de Dios en el cieno del paganismo (13).

12. Sorprendido por la enorme dificultad de conocer la psicología del indígena (14).

13. Me sentí algo desilusionado al constatar la grandeza del trabajo apostólico que había de realizar y la escasez de los operarios evangélicos. Deseaba haberme preparado mejor para tan sublime empresa. Me abismó el ver con mis ojos cómo Dios se sirve del débil para confundir al fuerte y cómo la gracia de Dios afluye abundante en el momento crítico en que se necesita (15).

14. Después de la perplejidad inicial causada por el ambiente totalmente diferente de lo que antes estaba acostumbrado no recuerdo haberme sentido defraudado o sorprendido en nada, a lo menos en tal grado que merezca la pena de mencionarlo aquí (17).

15. Lo más importante es la lengua de los países misionales (18).

16. Personalmente quedé sorprendido ante la ciudad moderna, donde aterrizó el avión. Yo estaba preparado para el atraso primitivo y pagano. Esto lo hallé posteriormente (19).

17. ¡En todo sentido!

Porque uno ignora por completo la vida real de la misión.

La mejor preparación, la mayor especialización (y esta más aún quizás que la formación ordinaria), os enseñan muy poco acerca de la vida *real* de la misión.

Al comienzo no se debe juzgar con mucha rapidez. Se debe ver, escuchar, pedir consejo. Entonces se pasa tranquilamente a través de las crisis ordinarias: ver todo de color de rosa — ver todo negro: el pueblo y las obras de la misión — para llegar de ahí a la tercera etapa: «la vía media» que no es necesariamente una eliminación de iniciativa. Este espíritu de iniciativa debe conservarse siempre; pero con el tiempo se irá viendo el «por qué» de las tradiciones de la misión, el «por qué» y la prudencia de tal o cual mandato del superior; después de algún tiempo, ayudando el conocimiento de la lengua indígena, se pondrá al tanto de muchas cosas y situaciones que a primera vista parecen ridículas y anticuadas, admirando, sorprendiendo y aun chocando.

Más tarde sobre todo, se admirará, se sorprenderá y... se avergonzará de lo que ha escrito durante este primer período... y estos escritos no serán nunca materia para una biografía del misionero en cuestión, o para formarse un juicio acerca de tal o cual misión, o un aspecto de la vida de misión. El período de iniciación en un puesto central, o bien en una casa apropiada (cfr. Pekín para el estudio de la lengua), para estudiar allí la lengua, usos y costumbres, historia profana y religiosa, podrán eliminar muchas admiraciones y sorpresas en los comienzos (20).

18. Las respuestas a estas dos preguntas están implícitamente contestadas en las anteriores (21).

F

—QUE CONSEJOS DARIA A UN SEMINARISTA QUE SE ESTA FORMANDO PARA IR A LAS MISIONES?

1. Que atendiera lo más posible al ejemplo y amonestación de Jesucristo, el misionero por antonomasia; «nisi granum frumenti cadens in terra...» esto por lo que toca a su formación interior; respecto a los prójimos tradúzcase ésta en aquella disposición en que se hallaba San Pablo: «Por lo que a mí toca con gusto lo entregaré todo y sobre ello me sacrificaré a mí mismo por amor a vuestras almas» (1).

2. Que se empapen bien del espíritu del Evangelio, y que se esfuercen cuanto puedan por llegar a ser muy humanos (2).

3. *a*) Querido sucesor mío, lee todo lo mío que antecede. Y lee luego cuanto sigue.

b) Querido hermano mío: Aunque vengas sacerdote, ven como si fueras novicio. Ven a formarte. Ven a valer. Sales ganando con salir de ahí y entrar aquí.

c) Es cierto que, trayendo contigo la humana naturaleza, y aun quizá no ensalzada con santidad adquirida, puedes traer vicios o enfermedades. Como genio soberbio de que «a mí nadie me la da, nadie me la pega, le haré morder el suelo», etcétera. *O pureza decayente.* En tales casos, o enmiéndate de veras a fondo o no vengas.

d) Con todo es aquí donde las enfermedades se te pegarán más o menos. Que sea el menos posible y que las cures veloz y por completo. Para ello ya te acordarás al venir de lo que sigue: Por ignorancia o inocencia te semi-escandalizarás de *lo mal* que tratamos a los indios. Pero a la vuelta de un poco tiempo un cambio ridículo (sólo tú verás el ridículo). Empezarás a decir que aquí no te la cuelan los cristianos, (y te la colarán y tú te colarás mucho en ello); y que ya sabrán quién eres. Y te lanzarás a castigar más de lo que puedes y muy mal. A caer víctima de no sé qué *papaísmo:* Excomulgando, prohibiendo entrar en la Iglesia, cerrándola a todos. Y eso en la ausencia de tu superior. Y el Superior con miedo de decirte la cosa clara, llamando al pan y a tu petulancia eso y a tu orgullo y falta de sentido humano lo que es.

Librado más o menos de eso; estarás ya cayendo en otra enfermedad más oculta; pero peor para ti, y a consecuencia, para tu obra; la actividad excesiva de cuerpo y alma y ansia y ambición; con descuido permanente de los diarios esfuerzos para aumentar tu piedad y tu pureza; id est, de los ejercicios de piedad que aumentan tu intimidad diaria con Dios y tu alejamiento del pecado. Y ya más tarde, con crítica despectiva de superiores y compañeros; no descansando porque no se siguen tus planes; y atribuyendo todo el fracaso a eso, y toda sonada victoria a que ellos te siguieran. Si vales, y sigues valiendo, sabrás tener tus grandes planes en el marco que te dejen (3).

4. Que se entregue sin reservas al Señor. Que trabaje con empeño en una sólida formación sacerdotal. Y que venga a misiones con deseo de sacrificar su vida por amor a Cristo; y dispuesto a que el Señor permita que el número de almas que salve sea en apariencia escaso (4).

5. Repetiría algunas cosas ya dichas antes. Mucho espíritu de oración, piedad y vida sobrenatural. Estar siempre alegre. Abrazarse a la Cruz sin repugnancia y guiarse siempre, al principio sobre todo, de los más antiguos y experimentados de la misión. Cuando se llega de los colegios y centros de formación misionera se llega con muchas ideas teóricas en todos los órdenes. Son los últimos progresos de la ciencia, aun de la Misionológica, y a veces se creen que pueden dar lecciones a los veteranos, pero la realidad práctica es muy otra y de no seguir esos consejos de experiencia, después, a fuerza de fracasos, no sólo personales, sino que trascienden a la misión, aprenden, pero ya tarde.

Nunca me olvidaré de este mismo consejo que nos dió Monseñor Muñagorri O. P., Vicario Apostólico de Buichu, en una visita que hizo a nuestro colegio de Santo Domingo de la Calzada cuando éramos estudiantes: que hiciésemos caso a los misioneros antiguos *en todo:* en orden a la salud, higiene, modo de ejercer el ministerio: y lo corroboró con casos prácticos de su misión.

La docilidad y caridad han de ser otras de las notas distintivas del misionero. Muchas veces se ha de renunciar a sus gustos y aficiones para complacer al otro compañero de misiones, sobre todo cuando son dos o tres.

Nada he dicho del orden científico y material porque supongo que se tienen ya Reglamentos apropiados en los Centros misioneros, pero en las ciencias eclesiásticas, al menos en estas tierras africanas, se ha de estar muy bien impuesto en el Sacramento del Matrimonio, matrimonio natural, entre infieles con todas sus derivaciones, etc.; y en las lenguas, las más usadas en esas regiones, así como estar impuesto en algo de arquitectura, y si tiene habilidad para trabajos manuales y artísticos, ejercerlos.

Esto es referente a Africa, y en particular a estas misiones. Nada digo si tu-

viera notables conocimientos médicos, ésto sería una gran ayuda en el apostolado (6).

6. Infinitos. Pero si llegara a intimar con alguno le diría que se haga un santo de cuerpo entero. Resistencia física y moral para llevar cuanto le ocurra en la misión. Muchas toneladas de paciencia y más toneladas de buen humor, es todo lo que debe acaparar. Sin estas reservas perecería miserablemente bajo el peso cotidiano de la vida misionera (7).

7. Les aconsejaría: *a*) Que den importancia a su educación física de manera que su desarrollo sea armónico y completo ya que al cambiar de clima, y los trabajos y modos de vida de las misiones exige una gran robustez física. *b*) Que se imponga en toda clase de conocimientos eclesiásticos y *humanos*, en todas las asignaturas primarias y secundarias de carrera, en todos los ramos del saber, pues todo hace falta en cualquier sociedad y máxime en las sociedades en formación en que el misionero debe ser el mentor del indígena en casi todos los aspectos de la vida. *c*) Que adquiera el hábito de la oración y de la piedad de tal manera que sienta necesidad continua, y así cumpla con esas prácticas con la misma avidez, por lo menos, con que se satisfacen las necesidades físicas, de comer, beber, descansar, etc...

d) Que en la carrera den preferencia a las lenguas. ¿Cuáles? Todas: Inglés, francés, alemán, etc..., porque además de ser muy útiles, forman el hábito y afición a este ramo del saber, le superdotan, para el día de mañana aprender con facilidad y gusto las lenguas que exigen sus ministerios. Faltando una gran afición a los idiomas, difícilmente se pondrá un misionero a la altura que exigen sus ministerios.

e) Les inculcaría que den de mano a los regionalismos necios y aun a patriotismo demasiado cerril e intransigente, pues el misionero debe, como nadie, ser ciudadano de todo mundo (8).

8. Aconséjese de un experimentado misionero que haya vivido entre infieles (9).

9. Uno sólo. Que el fruto de su trabajo depende de su fidelidad y constancia en la meditación diaria. No omitirla nunca por ningún motivo. Que he visto misioneros de cualidades excepcionales, trabajadores incansables, que no lograban nada. Y he visto misioneros sin esa fortuna de condiciones favorables que lograron cambiar el rostro de la misma cristiandad que no caminaba con los otros. La diferencia era ésta: éstos eran hombres de oración. Los otros se afanaban y se creían dispensados de la oración de la mañana. Tal vez tomen esto como una solución fácil. Lo repito: sólo la meditación, que en ella encontrará el misionero la gracia de la conversión para los paganos que viven en torno suyo (10).

10. Que esté enamorado muy de veras de Cristo. Que se abrace con un espíritu de obediencia y sacrificio sin límites; que procure amar a los habitantes y a la región donde lo destinen como un padre a sus hijos y un buen ciudadano a su patria. Porque la vida misionera, a mi modo de ver, se funda en el sacrificio de sí mismo llevado a un grado sublime o sobrenatural por virtud de la caridad (11).

11. Cultivar la entrega del YO a Cristo y a la vida sobrenatural. Prepararse a la *segunda* vocación, es decir, a la nueva llamada de Jesús para una vida apostólica más perfecta, (más que buscar el vivir de reservas espirituales). Desarrollar el espíritu de cooperación y trabajo en equipo. Prepararse, al llegar a las misiones, no como un sabio, sino como un niño que tiene mucho que aprender. Esconder su bandera nacional y ver qué hacen los misioneros de otros países (12).

12. Déjese de sueños. Viva una realidad —la misionera— con todas sus exigencias. Aprenda a ser sincero con Jesús y sus superiores. En los hombres vea la huella de Dios aunque cueste descubrirla entre tanta inmundicia. Sea paciente y no deje de sonreír porque Dios es bueno aunque los hombres seamos malos en nuestra limitación (13).

13. Encendido amor a Dios y a las almas: obediencia ciega y gran optimismo por la fructificación no siempre inmediata pero segurísima de sus esfuerzos (14).

14. Cada misionero está elegido por Dios de entre los hombres y ordenado para servicio de los hombres en las cosas que tocan al servicio de Dios. El ideal

seria ir dispuesto a darlo todo a Dios y dejar en sus manos todos los resultados de nuestra acción (15).

15. Que abran su espíritu a la apostolicidad y centren sus ideales al grupo de almas indeterminado que vendrá a ser objeto de sus anhelos (16).

16. Adquirir con la gracia de Dios una vida de fe y amor a Nuestro Señor Jesucristo y a las almas. Devoción a los santos Patronos y guardar lealtad al Instituto; ejercitarse mucho en la oración, en la obediencia y la pobreza apostólica (17).

17. Enseñarles la plegaria y el sacrificio y compasión por los nativos y respeto de todas sus buenas costumbres (18).

18. *a*) Enseñarle bien los estudios fundamentales del seminario; iniciativa, humildad y obediencia (sobre todo la obeciencia interior) vida espiritual.

b) Aprender algo de música de órgano; construcción; albañilería; electricidad; especialmente los movimientos del «Credit Union of Antigonish» (universidad de S. Francisco Xavier) Nova Scotia; algo de medicina y visitar toda clase de instituciones católicas para tener ideas para el futuro; aprender métodos catequísticos.

c) Aprender a ser buen compañero con sus hermanos sacerdotes (19).

19. Ver primeramente qué candidato tengo yo delante de mí... Ver después a qué misión se le destina y si conoce alguna cosa de esta misión. Ver en qué estado se encuentra esta misión y escuchar también las ideas y el estado de ánimo de este candidato... lo que piensa acerca de la vida de misión.

Pero en general se dará como consejo el que se ocupe activamente en su formación, conforme a las indicaciones de sus superiores.

No ponerse entre él y sus superiores inmediatos si se conoce a sus superiores y el valor de ellos. Si no se les conoce, no será tampoco prudente.

Exhortarle a que abra su conciencia y decirle que para formarse en la vida sacerdotal, la Iglesia prescribe al menos 6 ó 7 años, y que para la vida misionera aprenderá la mayor parte sobre el terreno.

Que procure conservar o adquirir una gran *flexibilidad* de alma o de carácter, cultivar bien su espíritu y adornar su alma con las más sólidas virtudes apostólicas.

Si insiste en un estudio apropiado para su futura misión, sugerirle algún que otro estudio útil y al mismo tiempo enviarlo a su superior, que conocerá mejor a su subordinado. Sobre todo si se habla (conferencia, etc.) delante de un grupo de jóvenes aspirantes, quedarse en lo verdadero y estar convencidos de que los detalles muy concretos serán quizás mal interpretados: «Non possunt portare modo»...

Las notas suscritas, tienen siempre presentes a aspirantes de una congregación exclusivamente misionera (20).

IV

A los Superiores Generales. Sobre "el Misionero"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Revdmo. P. Francisco Javier Gil Yepes, Vicario General del Seminario de Misiones Extranjeras de Yarumal, Colombia; R. P. Gerard Campagna, Asistente y Secretario General del Seminario de Misiones Extranjeras de Québec, Canadá; Rvdmo. P. Thomas Mac Laughlin, Superior General de la Sociedad de Misiones Extranjeras de Mill-Hill, Londres; Excmo. y Revdmo. Mons. Raymond Lane, Obispo Tit. de Ipepa, Superior General de Maryknoll; Misioneros de Scheut, Bélgica; Rvdmo. P. A. Welters, de la Curia Generalicia de la Compañía de María, Roma; Revdmo. P. Edmundo Deage, Superior General de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy; Excmo. Mons. Luciano Pérez Platero, A. de Burgos, Superior General del IEME.

A

—QUE TEMPERAMENTOS SUELEN SER LOS MEJORES PARA LAS MISIONES?

1. Resulta el tipo ideal para las Misiones aquel que teniendo una vida interior intensa, aprenda a vivirla sin detrimento de la actividad de las Misiones. Y da mejor resultado aquel que siendo de inferiores capacidades y pocas iniciativas, tiene sin embargo mucha vida interior (1).

2. Nervioso-sanguíneo..., pasional... y «coléricos» (2).

3. Los más flexibles: «El hombre obediente cantará victoria.» Con tal que un hombre sea manejable con verdadera humildad, importa poco en nuestra ex-

periencia, qué emociones o reacciones predominen en él. Las misiones estarán mejor servidas por sujetos con mezcla de temperamentos, como se encuentran en un grupo de misioneros que trabajan juntos por la causa común en una diócesis, Vicariato o Prefectura (3).

4. Los temperamentos se describen ahora de diversa manera, tomando las cuatro clases de temperamentos siguiendo la división de Galeno, el temperamento mixto, es decir, colérico (bilioso) y el melancólico (cerebral o nervioso) creo sería el más adecuado para las misiones. En una palabra, inteligencia, buena salud, juicio equilibrado (éste último incluye el espíritu religioso) (4).

5. Se trata aquí del temperamento y del carácter de los aspirantes.

Lo mismo que las personas con carácter bien definido, según las categorías clásicas, son más bien raras, de la misma manera es imposible, por así decirlo, el señalar para ésta o la otra misión temperamentos sanguíneos, melancólicos, flemáticos...

Es necesario en efecto, tener en consideración muchos factores:

—clima,

—medios de comunicación que tal o cual misión presenta,

—el desarrollo de la misión.

—el estadio de evolución, lenta o rápida de la misión.

Sin atreverme a decir cuáles son los temperamentos mejores para las misiones, se debe al menos concluir, fundándose en los datos de la experiencia, que los flemáticos son más bien raros en las misiones.

La formación del carácter es necesaria durante el período de formación: ayudarles a conocerse, a equilibrar el temperamento y el carácter, (dirección, examen de conciencia particular).

Los corazones ardientes que saben dominarse y que conocen el valor de la prudencia, serán casi siempre los mejores. Pero como advierte nuestro Fundador (M. R. P. Verbist): «Las virtudes más necesarias aquí, son la *dulzura* y la *paciencia.* No aceptéis candidatos con el carácter violento. Son desdichados y hacen a los demás desdichados... Yo deseo ardientemente que nos lleguen (los nuevos misioneros), llenos de paciencia y de resignación, prontos a sufrir, valientes como leones, pero como leones *racionales*, cuya prudencia sabe moderar los ímpetus de un corazón demasiado ardiente» (5).

6. En general, es necesario preferir para las misiones a los temperamentos serviciales, no débiles. Es siempre de temer que los temperamentos fuertes, demasiado pronunciados se adapten mal a la población indígena, lo mismo que a los métodos de trabajo de los compañeros (6).

7. Una gran flexibilidad de carácter es necesaria a nuestros misioneros de la Unión India: *a*) flexibilidad física para adaptarse al clima geográfico; *b*) flexibilidad intelectual para asimilar la cultura indígena; *c*) flexibilidad moral para adaptarse el clima humano del indio, una gran perseverancia en el esfuerzo para hacer cara a la resistencia pasiva y a la fuerza de la inercia que caracteriza la masa y la mentalidad india; *d*) flexibilidad espiritual para que el misionero no pierda de vista su propia santificación en medio de un medio pagano y de la actividad desbordante del apostolado (7).

8. Los de mucho sentido común, bondadosos y comprensivos por naturaleza, optimistas y animosos, sin pegarse a nada ni a nadie. Los emprendedores y tenaces, amantes del trabajo oscuro y diario. Los muy sufridos. Los observadores (8).

B

—A QUIENES HAY QUE DISUADIR PARA IR A LAS MISIONES?

1. Al que es difícil para la obediencia y de temperamento personalista; se convierte en un aventurero. Al que no es bien seguro en la castidad, aunque sea muy generoso en las luchas y no haya tenido caídas; la vida de misiones le abre

abismos inesperados. Al que se le advierte de ambición alguna de puestos o de honores; se desilusiona en pocos meses y echa a perder la obra (1).

2. Los espíritus falsos... a los que les falta juicio... los hipersentimentales o hiperemotivos... los inconstantes (2).

3. Los que carecen de buena salud, de suficiente capacidad intelectual, de juicio recto, de voluntad firme y constante, de carácter tenaz y no variable, los que son difíciles de congeniar con otros, los que carecen de sólida piedad, probada castidad y amor al estudio, al trabajo y a los sacrificios anejos a la vocación misionera, los que son incapaces de tomar una resolución firme y una determinación de consagrar toda la vida al servicio del Instituto, ya sea en las misiones, ya sea en cualquiera de las casas según la voluntad de los superiores (3).

4. Los que carecen de buena salud; los que carecen de estabilidad emocional; los que tienen dificultad para convivir con otros (insociables); demasiado retraídos, reservados y taciturnos: los que no pueden adaptarse a los diversos cambios de ambiente climatológico, físico y social (4).

5. Los *aventureros*. Nuestro Fundador nota: «No aceptéis a los aventureros, ni a los que para salir de una posición en la que ellos no están bien, quisieran venir a misiones» (17-8-1866).

—Aquellos que *no tienen intención sobrenatural:* «Sólo el amor de Dios y la voluntad de sufrir mucho para ganarle almas, deben ser el móvil de su resolución.» «Un sacerdote con principios demasiado anchos, sobre todo para sí mismo, puede hacer mucho mal... por favor, no nos enviéis más que hombres de una virtud probada» (1866).

—La *ligereza de espíritu... pesimismo* continuo, o que le invade con frecuencia, son motivos para un examen más a fondo del sujeto en cuestión.

Las prescripciones descritas por los moralistas y los autores ascéticos, para conocer la aptitud física o moral de los candidatos, para la vida sacerdotal o religiosa, vienen también aquí en consideración.

Los médicos y los psiquiatras, son en último término dignos consejeros de los formadores y de todos aquellos que han de tomar decisiones en esta grave materia

—Es necesario alejar de las misiones a los individuos que carecen de salud y a los que muestran en su carácter alguna anormalidad, aunque sea pequeña (5).

6. Deben ser disuadidos de ir a la misión aquellos que están dispuestos a revolucionar todo, que son incapaces de adaptarse a las condiciones del apostolado y también aquellos que cuentan demasiado con resultados inmediatos (6).

7. A los que no estén muy firmes en la vida espiritual, flaqueen en alguna virtud, o no tengan un ideal vivo y operante. A los que presenten alguna anormalidad, desde que sea algo notable, o no tengan una salud ordinaria buena. A los egoístas, interesados, pagados de sí mismos, independientes, desobedientes, aislados y solitarios. A los que no tengan personalidad (8).

C

—CUALES SON LOS TROPIEZOS MAS FRECUENTES QUE DIFICULTAN LA SANTIFICACION DEL MISIONERO Y SU OBRA APOSTOLICA?

1. La soledad en que a veces se ve obligado a trabajar o el pequeño círculo de compañeros con que siempre tiene que tratarse. Esto crea casi una imposibilidad de dirección espiritual para los jóvenes. Las dificultades para la obra apostólica son muchas y muy variadas: Algunos con escasez de recursos, la falta de medios de comunicación, la posición o al menos prevención de algunas autoridades (1).

2. La soledad «piscológica y apostólica», respecto a sus compañeros, falta de oración misionera. Falta de orden... falta de jerarquía de valores (2).

3. El orgullo, la obstinación, el espíritu de insubordinación, el desaliento y el

contemporizar con las tentaciones de la carne, intemperancia y afición a las bebidas alcohólicas; el deseo y preocupación por las riquezas; el mal humor y falta de puntualidad, dejarse llevar de los intereses temporales e inquietud por los negocios terrenos, cansancio corporal (3).

4. Clima. La falta de constancia en la oración mental y en la mortificación y la consiguiente pérdida del espíritu apostólico.

Conocimiento inadecuado de la lengua y costumbres del pais que evangelizan y falta de simpatía en el trato «yo debo enpequeñecerme para que EL crezca» (4).

5. *Obstáculos:* impedimentos, trabas, lo que daña, pone obstáculos a la santificación... *los más frecuentes:*

—*formación abandonada:* la vida de piedad dejada, los ejercicios espirituales diarios omitidos durante un periodo, o sin motivo suficiente, la rutina en las funciones sacerdotales; estos deben ser reanimados regularmente por la meditación, examen, etc.

—trabajo sacerdotal absorbente, *afección morbosa, producida por la intensa fatiga que se experimente en el trabajo apostólico,* como sucede en los trópicos, donde al mismo tiempo, *el clima* y la *falta de personal* suficiente, oprime al misionero. Por ejemplo, las horas y las jornadas de confesiones de muchedumbres, los viajes, prolongados durante semanas, a través de la maleza, de uno a otro pueblo. Efecto: cansancio y rutina... El hombre sufre y no da abasto en el desempeño de su tarea. El sacerdote se desalienta, sobre todo si otras desdichas vienen a turbar su actividad apostólica.

—*Trabajo material absorbente* que le hace abandonar su actividad sacerdotal.

—*Espíritu singular* que da «magni passus extra viam» y termina por perder el buen camino.

—Falta de ideas exactas acerca de la santidad del misionero y de la santificación de su trabajo apostólico.

Cfr. «Description of a missionary by one» (en Worldmission (U. S. A.) winter 1955, por Mons. Walhs, M. M.) (5).

6. La falta de vida común, ya sea porque las comunidades son muy pequeñas, ya por las inquietudes materiales (6).

7. Los obstáculos más comunes parecen ser: la falta de vida interior y de espíritu sobrenatural, falta de perseverancia, demasiada confianza en sí mismo o por el contrario demasiada desconfianza, falta de método y de espíritu de continuidad (7).

8 El dejarse absorber por las cosas materiales, descuidando la oración y la dirección espiritual. Las enfermedades, los muchos trabajos y sufrimientos, el desaliento. El trabajar a la buena de Dios, querer probarlo todo y experimentarlo todo. El personalismo en la actuación, y espíritu de independencia. La soledad (8).

D

—QUE CUALIDADES CREE VD. MAS NECESARIAS PARA UN SUPERIOR MODELO?

1. *La comprensión* de sus súbditos que le haga apreciar sus más pequeños sacrificios y adivinar la rectitud de sus intenciones, y que le permita aprobar con entusiasmo sus iniciativas. *La seguridad* en vivir y hacer vivir el espíritu de la comunidad con un criterio tal que haga producir los más elevados frutos de vida sobrenatural. La suave *firmeza* para corregir, reprender y aun castigar sin aniquilar. El completo *desprendimiento* de sí mismo para no obrar nunca con criterio egoísta; para consultar con sus colaboradores sin perder la autoridad; para no intranquilizarse por las malas interpretaciones de sus actos; para corregir las críticas sin que sea ello una auto-defensa. *La vida interior,* mientras más mucho mejor (1).

2. La prudencia (y el hábito de previsión)... comprensión del conjunto de hombres y obras apostólicas... La entrega a sus subordinados (2).

3. La prudencia, la firmeza, comprensión y amplitud de miras, empeño de servir de buen ejemplo y la humildad (3).

4. Con relación a los miembros: 1.° Constante interés y desvelo personal por fomentar el bienestar de sus súbditos y el cumplimiento de sus deberes como miembros de la sociedad misionera a que pertenecen. Debe conocer a fondo las constituciones. 2.° Afable en tratar con los miembros. 3.° Suave pero firme en la corrección de los súbditos. 4.° Hombre de oración. Nuestro Señor Jesucristo oraba antes de tomar importantes decisiones referentes a los que le seguían.

Con relación al trabajo: 1.° Un despacho bien organizado para el archivo y la correspondencia bien ordenada. 2.° Continuar los trabajos emprendidos con entusiasmo y renovado estímulo. 3.° Hacer planes para el conveniente desarrollo de la misión con vista a los diez años próximos por lo menos. 4.° Espíritu de colaboración con otros Institutos en la realización de los trabajos señalados por la Iglesia (4).

5. ¡Paciencia, paciencia y más paciencia!

—Emprendedor, por tanto dotado de espíritu de iniciativa.

—Perseverante, de suerte que haya continuidad en las obras de la misión, de la Congregación misionera.

—Conocedor de las personas (que les están subordinadas) y de los lugares, (en los que sus subordinados trabajan), que estén en contacto con ellos y tenga el tiempo requerido para escuchar a sus subordinados.

—Sobrenatural — prudente — inteligente.

—Sit judex, — pater — et medicus.

«Vir sit cum Deo oratione et omnibus actionibus conjunctus... qui subditos non solum gubernatione, sed suavius etiam suo virtutum exemplo juvare possit. Sit per mortificationem liber ab affectionibus inordinatis quae judicium rationis perturbant, a negotiis et curis saecularibus omnino expeditus et alienus, charitate et zelo erga proximos, sed in primis amore et studio erga Congregationem conspicuus, necessariam severitatem cum benignitate et mansuetudine temperet ut et vitae religiosae disciplinam inter sodales semper illaesam servet et tamen humanae fragilitati compati noverit. Recti judicii dono in rebus deliberandis polleat et in agendis animi fortitudine. Doctrina, quamvis sit necessaria, magis tamen necessaria est prudentia, haec ergo virtus et eximiae vitae probitas omnino non desit; in ceteris, enim, si quid minus sit, suppleri aliquatenus poterit, ab iis qui ad eum in regimine juvandum destinantur» (5).

6. La clarividencia y la caridad (6).

7. El buen superior debe conocer y comprender a sus misioneros tal como son, con sus cualidades y sus defectos, saber *explotarlos* en el buen sentido de la palabra en lugar de pasar su tiempo deplorando sus yerros; saber confiar a sus misioneros la clase de trabajo que conviene a su temperamento y a sus aptitudes; le es necesaria la firmeza y sobre todo mucha bondad a fin de ganar y de guardar la confianza de sus subordinados; mucha tolerancia; más vigilancia que intervencionismo (7).

8. Que sea un hombre de vida espiritual avanzada, experimentado y de toda confianza, fogueado y sufrido, que vaya el primero y arrastre con su ejemplo. Que sea un verdadero padre, que se haga querer, que sepa ganarse las voluntades y corazones. Que tenga celo inteligente, una buena preparación intelectual, y esté al tanto de la vida moderna. Que tenga paciencia y miras largas a toda prueba. Que sepa buscar colaboradores y hacerse obedecer. Don de gentes, y un mínimo de presencia y cualidades humanas (8).

E

FIJANDOSE EN COSAS CONCRETAS, —CUALES SON LOS MISIONEROS QUE MAS RINDEN Y POR QUE?

1. El misionero de vida interior y de espíritu práctico es un ideal, porque la vida de misiones lleva consigo mucha abnegación, y al mismo tiempo está ceñida de muchos peligros morales. Solamente la vida interior muy sincera salva al misionero y le da la razón constante de sus sacrificios. El espíritu práctico unido a una buena dosis de inteligencia es el ambiente para la realización del apostolado (1).

2. Los misioneros sobrenaturalmente apostólicos («sine me»)... los misioneros buenos cooperadores (el trabajo por equipo es muy importante). Los misioneros metódicos; el buen orden y el método trae el éxito sobre todo cuando se estudian los medios empleados por los misioneros de la propia Congregación y los medios empleados por los de las otras Congregaciones (2).

3. Los que traen a sus trabajos un cuerpo sano, una mente sana, una preparación intelectual sólida, una exquisita preparación espiritual, humildad y obediencia y un amor sólido de Dios y de los hombres. La explicación se entenderá mejor por aquellas palabras de Jesucristo «por sus frutos los conoceréis» (3).

4. Los que audazmente emprendedores salen a buscar oportunidades de trabajar por la Iglesia. Los que tienen buen método en su trabajo apostólico y ponen en él su confianza. (Thouse Who have a method in treir apostolic work and have confidence in it.)

Los que son amables con la gente y son amados por el pueblo. ¿Por qué? Porque son enérgicos por naturaleza; porque tienen amor hacia sus semejantes y quieren ayudarles; porque aman mucho a Dios y son hombres verdaderamente espirituales (4).

5. Es necesario distinguir:

Rendir a los ojos de los *hombres* y a los ojos de *Dios*. El punto de vista es muy distinto.

Cuando se habla de rendir, hasta en materia de misiones, se piensa en seguida en las obras creadas, en estadísticas con cifras que aumentan siempre, en el éxito *visible.*

¿Es exacto este punto de vista?

Toda la misión es como una gran máquina en la que hay ruedas grandes y pequeñas.

Toda una congregación misionera es como una gran firma, con múltiples secciones.

Hay en esta máquina ruedas grandes a las que se les ve en seguida y que todo el mundo ve, pero no andarian sin algunas pequeñas ruedecitas que a veces ejercen una función esencial; pero que están ocultas a los ojos del visitador o del espectador.

Por lo demás, no debemos jamás olvidar que la obra misionera es obra de la gracia, obra de Dios... el hombre es su instrumento.

Los que procuran ser buenos instrumentos en las manos de Dios, son de *hecho* los que rinden más, porque ellos se ponen en el lado de la voluntad divina, soberana.

Poniéndose en el plan humano y viendo las cosas concretas, aquellos que, con la aprobación de su superior se meten en una empresa y la conducen con inteligencia y perseverancia, son los que más rinden en misiones; y como ellos obran en conformidad con los superiores, hacen que se aproveche *toda* la misión de su iniciativa.

Son muchos los factores que juegan alrededor del éxito o del fracaso de una obra en las misiones: paz, finanzas, ayuda de los laicos... y con frecuencia las verdaderas causas del éxito o del fracaso quedan misteriosas.

«Opera eorum sequuntur illos...» (5).

6. Los misioneros llenos de caridad, que hace que se adapten a la población indígena, lo mismo que aquellos que muestran iniciativa, quedando siempre sometidos al superior de la misión, obtienen por lo general los mejores resultados. Nunca un misionero debe temer su fracaso (6).

7. Los misioneros que más fruto dan son aquellos que saben adaptarse y adaptar sus recursos naturales y sobrenaturales al medio concreto en el cual trabajan: el misionero debe ser por una parte gran idealista, tener fe en el ideal maravilloso de su misión, y por otra un gran realista, es decir, plantarse y enraizar en el medio donde él ha sido colocado (7).

8. Los que llevan una vida espiritual más intensa; son el descanso y el gozo de sus superiores, las almas se les entregan incondicionalmente a la larga. 2) Los que se entregan a trabajos de fundamentación sólida que exigen una labor diaria y continuada; al fin siempre triunfan. 3) Los que reunen estas tres cualidades: bondad, humildad, competencia; porque saben orientar y hacerse obedecer. 4) Los que practican la obediencia ciega; porque se multiplican con los demás; se ve muy claro a la larga, habiendo superiores competentes (8).

F

¿CUALES SERIAN LAS RELACIONES IDEALES DE UNOS MISIONEROS CON OTROS Y CON LA RETAGUARDIA?

1. El compañerismo religioso es donde crece naturalmente el estimulo, la colaboración, el consejo, la orientación, la dirección espiritual, el estudio. Los jóvenes en formación no alcanzan sino a admirar a los hermanos misioneros. Para éstos lo ideal sería que esa admiración los lleve a la generosidad en la entrega de su vocación. Los demás misioneros comprenden con dificultad a los de vanguardia, si no han vivido ellos mismos la vida de misiones. Lo ideal es que los misioneros de retaguardia aprecien mucho el trabajo de los que están al frente del apostolado. Esto sólo llena el abismo que se percibe entre unos y otros, formando los unos en un grupo de privilegiados y los otros en un grupo de proletarios (1).

2. *a*) Entre sí: teóricamente, cooperación leal y metódica con el fin de implantar la Iglesia en toda la región; concretamente. A) Reunión semanal fraterna. B) Reuniones mensuales, en primer lugar de orden espiritual; en segundo lugar de orden apostólico (discusiones, examen de la situación, cambio de impresiones, coordinación de trabajo). *b*) Con la retaguardia: relaciones cordiales llenas de gratitud: relaciones «instructivas» a fin de que los bienhechores entren en cuerpo y alma en la gran cruzada misionera (2).

3. Esas relaciones se describen admirablemente en las importantes encíclicas «Maximum illud» y «Rerum Ecclesiae» (3).

4. Dia de retiro cada mes cuando es posible, influye en fomentar buenas relaciones, dando tiempo y oportunidad para discusión de problemas misionales. obsequiándoles con una buena comida y poner un horario conveniente para los tiempos del retiro.

Alguna hoja mensual comunicando los hechos salientes de la misión contribuirá eficazmente también a éstas armónicas relaciones.

Son muy convenientes también las visitas amistosas del superior a los misioneros, quienes se sienten así más vinculados a la misión.

Contribuyen también eficazmente a estrechar estas relaciones entre superiores y súbditos, algún regalo de los primeros a los segundos, como de libros, etc., con ocasión de Navidades, fomentar la asistencia en determinadas circunstancias a otros centros de la misión.

Entre el Misionero y la retaguardia: carta semanal a sus padres y de vez en cuando una crónica al periódico o publicación diocesana. Una hoja mensual o bimestral con noticias a los bienhechores del misionero. Envío periódico y noticias para las revistas del propio Instituto y para otras revistas misionales. Espíritu

amistoso con las autoridades consulares; tomar parte en las fiestas nacionales patrias como todo buen ciudadano (4).

5. *Las relaciones ideales entre ellos:*

—Cada misionero, al llegar a la misión, es enmarcado en el cuadro de las tradiciones que se han formado en el correr de los años. Hay que advertir, que este cuadro de tradiciones que no es una rutina, es una cosa muy necesaria, para la *iniciación* de los jóvenes y para la *continuidad* de las obras.

—Que los misioneros entre ellos, mantengan ante todo estas tradiciones, porque todo progreso es el fruto de un proceso de madurez, no de una ruptura. Ciertas obras, por ejemplo, la formación del clero autóctono, exige mucho tiempo, vidas enteras.

—Que cultiven con cuidado la caridad fraterna entre ellos, entre los sacerdotes nacionales y extranjeros, iguales en el sacerdocio de Cristo.

—Que se mantengan a la altura de las directrices de los superiores, mayores y locales que sometan sus iniciativas y obedezcan a los consejos recibidos, con posibilidad de recurso —tan necesario y útil— a los superiores mayores.

—Que estén todos convencidos de que en el puesto en el que se encuentran, tienen su papel que desempeñar, para el avance de toda la misión: que busquen las ayudas que necesiten sobre el terreno, que creen movimientos para su misión, que procuren aprender de sus vecinos, compañeros, etc., y lo mismo «fas est ab hoste doceri». Que los viejos sean buenos guías de los jóvenes y que no pongan trabas sin razón a las iniciativas jóvenes.

¿Las relaciones con la retaguardia?

Los misioneros deben documentar a los de retaguardia, instruir a los teóricos, describir la vida real de su campo de apostolado, mostrando siempre un gran respeto al país de adopción y no sólo respeto sino también amor. Las cartas, las publicaciones, las conferencias, después de un regreso al país natal, ayudarán mucho a ello (5).

6. Es muy recomendable que los misioneros se vean con frecuencia entre ellos y que las relaciones con la retaguardia sean lo suficientemente asiduas (6).

7. Los misioneros deben estar ante todo íntimamente unidos entre ellos, conocerse bien y amarse como hermanos y enviados de Cristo y de la Iglesia, compartir mutuamente sus gozos y sus penas, tolerarse los unos a los otros, tener una gran confianza mutua, colaborar eficazmente y sostenerse los unos a los otros. Los misioneros deben mantener una unión constante con la retaguardia. Interesarla en su apostolado y pedirle que participe en el mismo por la oración, el sacrificio y los medios materiales que le pueda suministrar. Es preciso que el misionero no se sienta solo. Porque el («vae soli»...) se aplica al misionero con más razón que a ningún otro (7).

8 Relaciones de los misioneros entre sí: Las primeras y más seguras, las que tengan a través de sus superiores; pero no son suficientes. Necesitan verse con alguna frecuencia; gozar y sufrir juntos. Ojalá cada uno tuviera un confidente íntimo con quien desahogarse siempre, lo mismo en las tristezas que en las alegrías. Las reuniones generales también hacen mucho bien. El concretar más es cuestión de circunstancias.

Relaciones con la retaguardia: Que jamás escriban ni traten cosas que no sean edificantes (8).

V

A los Directores de Casas de Formación. Sobre "el Misionero"

SE PUBLICAN RESPUESTAS: Rector del Colegio Máximo de Padres Jesuitas de San Cugat, Barcelona; Fr. Vidal Fueyo, del colegio de los PP. Dominicos de Valladolid; R. P. Gerard Campagna, Asistente y Secretario General del Seminario de Misiones de Québec; Superior General del Seminario de Misiones de Mill-Hill, Londres; R. P. Rector del Seminario del IEME; Excmo. y Revdmo. Mons. Raymond Lane, Superior General de Maryknoll; PP. Carmelitas de la Bética, España; Misioneros de Scheut, Bélgica. Curia Generalicia de la Compañía de María, Roma; N. N. por encargo del Revdmo. Padre Edmundo Deage, Superior General de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy.

A

—A QUE EDAD Y EN QUE GRADO DE FORMACION SE RECIBEN LAS VOCACIONES EN ESA CASA?

1. Más durante los estudios de Letras que durante los de Filosofía (1).
2. Cumplidos los once y hecho ya el ingreso (2).
3. A los veinte años... después del Bachillerato de Ciencias o Letras (3).
4. A los doce o trece años, cuando el muchacho está para empezar su enseñanza secundaria (4).

5. De los diecisiete a los veintiún años, ordinariamente, y con formación espiritual buena, pero la específicamente misionera incipiente, con grandes anhelos de recibirla completa (5).

6. Los Seminarios menores de Maryknoll en Clarks Summit (Pensilvania), y Mountain View (California) admiten aspirantes que han terminado los cursos de la Escuela primaria, o también un año más de Escuela secundaria. Tiene también clases especiales de Latín para los que han terminado la educación secundaria y no tienen los diplomas de los cursos de Latín. A la edad de catorce años.

El Seminario Menor de Maryknoll, de S. Luis (Missouri), admite estudiantes que han terminado los cursos elementales o uno o más años de enseñanza secundaria. La admisión es desde los 14 años (6).

7. De 10 a 12 años y a ser posible con la preparación necesaria para comenzar el Bachillerato religioso (7).

8. Hay que notar, que no tenemos escuelas o colegios para nosotros. Todos nuestros postulantes proceden de institutos de enseñanza libre, de colegios episcopales y de institutos de religiosos.

La edad de los candidatos oscila ordinariamente entre los 17 y los 19-20 años.

Comienza en seguida el noviciado (un año en una casa de formación separada por completo).

Grado de formación: Hacen su aplicación en el transcurso o en el fin del último año de humanidades clásicas, que corresponde al último año del ciclo de escuela media superior. Después de los estudios de las humanidades clásicas (ordinariamente), se hacen postulantes... y vienen a presentarse a los superiores. Ante ellos sufren un pequeño examen, tienen una conversación con el maestro de novicios y se les hace un examen médico. Después de otros requisitos, más tarde, los Superiores pedirán informes bien a los superiores de colegios, bien al clero parroquial, etc. La admisión se hace en definitiva por el consejo central de la congregación, que comunica su decisión al interesado y le invita a prepararse para la entrada en el noviciado, la cual se efectúa anualmente, para los novicios-clérigos el 7 de septiembre, para los hermanos coadjutores, el 31 de abril y el 31 de octubre.

Para los hermanos el grado de formación difiere, según cada miembro. La formación ulterior, se prosigue ordinariamente, después del período de formación (8).

9. En la Congregación se recibe ordinariamente a los candidatos hacia la edad de 12 años, después que han cursado con éxito los estudios elementales (9).

10. Los niños son generalmente recibidos en nuestros juniorados o escuelas apostólicas entre los diez y doce años; terminan a los diecisiete o dieciocho años. Hacen a continuación un año de noviciado y pasan seis años en el escolasticado realizando sus estudios filosóficos y teológicos (10).

B

—CUANDO ES PREFERIBLE HACER LA ELIMINACION DE LOS INEPTOS?

1. Al terminar la Filosofía (1).

2. Durante el curso de Navidades y el Noviciado (2).

3. A) Lo más pronto posible si son notoriamente ineptos. B) Tras dos advertencias, si el aspirante duda de entregarse o no da prueba de muy buena voluntad (3).

4. Tan pronto como su incapacidad se muestre evidente y fuera de toda duda razonable (4).

5. Cuanto antes. En caso de aptitud dudosa debe eliminarse porque es mucho lo que se arriesga (5).

6. Tan pronto como sea posible, a no ser que haya certeza moral de que el

estudiante puede hacer progresos notables en los estudios. Nunca prolongar más de un año en esta prueba (6).

7. En cuanto se confirme su ineptitud (7).

8. Tan pronto como sea posible, para no desorientarlos en el mundo si no continúan la carrera sacerdotal. Según la respuesta (v. resp. A), se ve que la eliminación se puede hacer y se hace de hecho, desde el momento en que se presentan los postulantes... y antes de la entrada en el noviciado.

El año de noviciado en sí mismo, es un año de prueba. El aspirante aprende a conocer el instituto y los superiores ven el comportamiento del sujeto en cuestión.

La eliminación en el noviciado se hace regularmente después que avisa el Maestro de novicios al Superior General.

Después del noviciado, por tanto después de los votos temporales, el Derecho canónico y las constituciones de la Congregación, determinan el modus agendi.

Durante los años de estudios sacerdotales, las relaciones de los superiores respectivos, tienen a los Superiores Mayores al tanto de la conducta y de los estudios de los escolásticos... La eliminación se continúa, pero solamente después de un maduro examen: al acabar los votos temporales, según la voluntad a veces de los individuos; durante el periodo de votos temporales, con la aprobación de la Santa Sede.

Que se obre con prudencia y severidad en la admisión de los individuos rehusados o eliminados por otros institutos. El Derecho canónico tiene sus prescripciones con relación a esta materia; que las relaciones, en caso de que se pidan, se hagan confidencialmente y con toda franqueza, pues se ventila la vida entera de un joven, el sacerdocio católico y la obra misionera (8).

9. Lo más pronto posible (9).

10. Los ineptos son eliminados lo antes posible, es decir, desde el momento en que indicios de ineptitud a la vida religiosa sacerdotal y misionera son claramente revelados (10).

C

—QUE GRADO DE FORMACION ESPIRITUAL Y HUMANA NECESITAN CON RELACION A LOS OTROS SACERDOTES Y RELIGIOSOS?

1. Extraordinaria en el amor práctico a la pobreza, en la humildad y en el amor a Jesucristo que se traduzca en un amor universal a todos los hombres. Que sean hombres de oración y de mucho trato humano —don de gentes— (1).

2. Bastante más, sin poder precisar con exactitud (2).

3. En general el mismo grado, sin embargo...

Formación espiritual: desarrollar en primer lugar las virtudes de renuncia, entrega y fortaleza; formación humana: la lingüística, la Sociologia positiva, la Etnología, la Psicología social y la Misionología deben ser estudiadas por los futuros misioneros de una manera especial (3).

4. El mismo grado que es necesario en los Seminarios y otros Institutos (4).

5. La espiritualidad en grado más firme y segura que en ellos, por las especiales dificultades que le opondrá el ambiente social y mayor soledad; y la humana cuanto más amplia, vigorosa y comprensiva, mejor (5).

6. Necesitan formación igual o superior que la de los sacerdotes diocesanos. Porque un misionero habrá de afrontar situaciones difíciles que no ocurren en los países ya cristianos. Tiene además que ejercitarse en el aprendizaje de lenguas extranjeras y muy frecuentemente en las lenguas orientales. En muchos casos dos o tres dialectos además (6).

7. En el orden espiritual acentuar la virtud de la abnegación; y en el orden humano, salud fuerte y carácter asequible a todas las eventualidades (7).

8. Somos una congregación exclusivamente misionera y no tenemos, en los

países de origen, ninguna obra, fuera de las casas de formación. Esta cuestión parece que no nos atañe.

Todos, al menos si no se oponen graves inconvenientes o ineptitud física pronunciada, marchan a misiones.

Todos, exceptuando a los estudiantes que cursan sus estudios sacerdotales en las universidades, hacen sus estudios filosóficos y teológicos en los escolasticados de la Congregación.

Se tiene presente otra manera de obrar, para la formación humana y espiritual de los Hermanos Coadjutores.

Ver aún V, pregunta y respuesta D (8).

9. La formación de base, viene a ser la misma (9).

10. El ideal sería, sin duda, poder dar al futuro misionero una formación humana que le permita equipararse y adaptarse intelectual, social y moralmente a su futuro campo de apostolado. Una formación espiritual honda le es necesaria al futuro misionero a fin de que él pueda sostenerse a pesar del ambiente del cual no recibirá ninguna aportación ni soporte espiritual (10).

D

—ES PREFERIBLE LA FORMACION POR ESPECIALIDADES? O MEJOR QUE TODOS SEPAN DE TODO?

1. Es preferible la formación por especialidades en los que sean capaces de ella (1).

2. Como en este colegio apostólico todos son para las misiones confiadas a la provincia del santísimo Rosario de Filipinas la formación es uniforme para todos (2).

3. Durante el estudio de la Teología, enseñar lo mismo a todos permitiendo y animando ciertas encuestas o trabajos más personales.

Después de la Teología o, mejor aún, después de dos o tres años de misioneros, un tercio de éstos deberían hacer estudios especiales universitarios para especializarse en Teología, Derecho Canónico, Ciencias Sociales, Pedagogía y Agricultura, etcétera (3).

4. Eso depende mucho de la naturaleza de los campos misioneros confiados a una Orden (4).

5. Según el estado del Instituto o Congregación y de las misiones a él confiadas; en los primeros estudios, que todos valgan para todo; cuando la cristiandad está organizada en la misión y el Instituto cuenta con personal suficiente deberá especializar a los mejor dotados y a cuantos más mejor (5).

6. La formación del Seminario no debe estar sujeta a considerables cambios, ya que está determinada en el Derecho Canónico. Enseñanzas de especialización, labor de Seminarios, lectura, cursos de verano, etc., pueden emplearse con eficacia para completar el programa de materias que se relacionan directamente con el apostolado de las misiones extranjeras, pero no obstante ser muy laudable esta amplitud de conocimientos, nunca deben obtenerse con perjuicio de la formación a fondo y sólida (6).

7. Preferible la especialidad contando con una formación general que le sirva de base (7).

8. La formación sacerdotal (v. la resp. C), se tiene igual para todos; hay algunas excepciones con relación a aquellos que marchan a Roma durante los años de filosofía o los cursos de Teología.

La formación es, por tanto, uniforme.

Solamente entre los que cursan estudios sacerdotales, *sobre todo* desde hace algunos años (15 años), y en relación con la evolución que se manifiesta en las misiones, contamos cada año con 40 ó 45 universitarios. Sucede también que algunos misioneros del Congo Belga (en Lovanium-Leopoldville), Filipinas (en Ma-

rila), Japón y Estados Unidos (en Estados Unidos), hacen estudios especializados antes de su llegada a la misión.

Los universitarios en Lovaina, viven en el mismo edificio que los teólogos, pero siguiendo un horario y un reglamento apropiado. De suerte que en el año 1956 tenemos para las misiones del Congo Belga, entre los miembros C. I. C. M.: 10 licenciados en ciencias pedagógicas, 2 en ciencias naturales, 5 en filología, 7 graduados de enseñanza técnica, 10 hermanos-coadjutores instructores, 3 ingenieros agrónomos y 41 sacerdotes que han recibido en una escuela normal un año de formación técnica. En el mismo año se preparan en Bélgica: 7 sacerdotes en el ramo de ciencias pedagógicas, 8 en ciencias naturales, 2 en filología y 3 cursan estudios de agrónomos, etc.

La formación por especialidades no debe ser generalizada; en primer lugar, esto no es necesario y además apenas es posible para todo el curso de estudiantes. Se le dedica un cuidado particular a la formación de los profesores de los seminarios centrales de misión (8).

9. Todos siguen el curso ordinario de las ciencias eclesiásticas. Después de los estudios del seminario mayor es muy útil formar especializados, tanto en cualquier rama de la ciencia eclesiástica como en las profanas (9).

10. Una formación general básica es necesaria a todos: la especialización debe venir a continuación según que el misionero deba entregarse de una manera particular a obras sociales o a la educación, o a la predicación de gente culta o de gente poco desarrollada, etc. (10).

E

QUE VIRTUDES, CONOCIMIENTOS Y CUALIDADES JUZGA MAS NECESARIAS PARA EL MISIONERO?

1. Caridad, caridad, caridad.

Conocimientos: Teología, Geografía, Historia de la nación que desee evangelizar.

Cualidades: humanismo y dominio de sí mismo, de la lengua del país, amor a su arte, cultura (1).

2. Amor encendido a Jesucristo y a las almas, conocimiento de Jesucristo y de su obra redentora, saber adaptarse a todo y hacerse todo para todos para salvarlos a todos (2).

3. Virtudes: La caridad y la prudencia.

Conocimientos: Ciencia teológica, filosófica y social.

Cualidades: Espíritu de cooperación para el trabajo en equipo, entrega, iniciativa, renuncia, optimismo, sentido del humor... «caer bien» (3).

4. Las virtudes descritas en «Les dossiers de la action misionaire» P. Charles (Dossier 48).

Para la ciencia y cualidades, etc., véase encuesta 4 al 1-2-5 (4).

5. Virtudes: Caridad, obediencia y optimismo. Conocimientos: Los estudios de la carrera sacerdotal bien madurados, Derecho misional, Historia y Etnografía del país que evangeliza. Cualidades: Mucho sentido común y espíritu comprensivo (5).

6. Abnegación y espíritu de sacrificio —además de las propias del sacerdote y las locales y raciales del campo de su trabajo— asequibilidad y adaptación a todas las circunstancias (7).

7. Se requeriría todo un tratado para responder a esto, porque la pregunta está cargada de sentidos.

Virtudes: virtudes sacerdotales y apostólicas sólidas. Como lo exige nuestro fundador: «Haced buen acopio (antes de venir a misiones) de virtudes, sobre todo de abnegación, de paciencia y de resignación. Suceda lo que suceda, con esta armadura está uno al abrigo de los golpes del enemigo y puede sacer partido, al menos para sí mismo de sus esfuerzos y de su buena voluntad» (24-1-1868).

Conocimientos: Estudios sacerdotales cuidados, primeramente...

Después, sobre todo ahora, *todo* puede ser útil: aptitudes para los trabajos manuales, conocimientos técnicos (electricidad, mecánica, etc.), saber desenvolverse en otros aspectos que puede presentar la situación en la cual los misioneros se han de encontrar, con frecuencia solos, estando ya en las misiones.

Cualidades: flexibilidad de carácter; — optimismo a toda prueba; — emprendedor; — celo de las almas y espíritu de fe; — caridad fraternal, real y universal... La caridad, según la descripción que hace de ella San Pablo en su carta; — mens sana in corpore sano.

No atendemos a este conjunto para todos los misioneros, porque el hombre ideal no existe entre el común de los hombres. El ideal que tiene que calcar cualquier misionero es nuestro Salvador Jesucristo.

Cfr. «Worldmission», winter 1955, el artículo ya mencionado de Mons. Walsh M. M., «Description of a missionary by one» (8).

8. Espíritu sobrenatural y caridad. Es evidente que el misionero no profundizará jamás lo suficiente en los conocimientos que todo sacerdote debe tener consigo. Como con frecuencia le han de faltar hermanos en las misiones, una preparación técnica, sea en materia de construcción, sea en materia de mecánica, le será muy útil. La generosidad, que haga que el misionero sea todo para todos sin ser exigente para consigo mismo le es indispensable (9).

9. El misionero debe ante todo tener una fe inquebrantable puesto que su gran tarea ha de ser el propagar la Fe; ésta es una obra sobrenatural que sólo la gracia puede llevar a cabo: el gran soporte del misionero es la esperanza cristiana. Siendo el espíritu misionero la expresión de amor a Dios y a todos los hombres le es preciso al misionero una gran caridad. Esta será la fuente del celo apostólico, del espíritu de iniciativa y de sacrificio, de humildad y de coraje frente a los choques y a las grandes dificultades y en último lugar la razón de su perseverancia: el misionero debe estar presto cada día a volver a comenzar y a dar una nueva lección a sus misionados (10).

F

—CUALES SON LOS PUNTOS CLAVES EN LOS QUE SE MANIFIESTA CON TODA CERTEZA UNA VOCACION MISIONERA?

1. Querer salvar almas y sufrir por ellas por amor a Jesucristo (1).
2. Deseo de llevar almas a Dios, particular gusto por todo cuanto a misiones se refiere, ansias de realizar a la perfección el sublime ideal misionero (2).
3. El «don de entrega» leal de sí mismo sin reserva alguna.

Acompañado: de un buen juicio; de constancia y de espíritu de adaptación (3).

4. Véase el P. Charles, Dossiers, 47 (4).
5. Fuerte y duradera impresión del estado lastimoso del paganismo; desprendimiento de los bienes, de la familia y amor de la patria. Gran deseo de servir a la Iglesia donde ella más lo necesite (5).
6. ¿Se piden los puntos-clave para reconocer con toda certeza una vocación misionera?

Pues aún otro tratado entero, que se debería resumir como respuesta a esta pregunta cargada de sentido.

Hay libros enteros que tratan de esta materia, pero con dificultad podréis concluir que el autor os ha confiado el secreto y que tenéis los puntos clave para juzgar con toda certeza.

Notemos lo que sigue:

—Aptitud física intelectual y moral.

—Buen juicio.

—Intención recta.

La persona del candidato, la recomendación del clero local (parroquial), y de

los sacerdotes que le han conocido y le han seguido durante sus humanidades, el médico... todo esto ayudará a juzgar.

El conocimiento del medio familiar del que él procede, podrá daros algunos indicios.

¿Hay algún medio de conseguir plena certeza en esta materia?

Antes de la admisión en el noviciado, debe llegarse a la conclusión de que según las tradiciones del Instituto y sus obras, lo mismo que según los informes procedentes de fuentes distintas, el joven, tal como se le conoce actualmente, es apto para comenzar el año de prueba, y que hay una gran probabilidad, una certeza moral, de que perseverará en la congregación y llegará a ser un buen misionero.

Con los mismos criterios hay que proceder al reclutar, dentro de la misión, seminaristas para el clero autóctono, y pensar en la responsabilidad que los superiores asumen en esta materia (6).

7. Es necesario exigir al candidato el verdadero espíritu apostólico, que comprende el espíritu de conquista de las almas para Cristo y su Iglesia; espíritu alimentado por una verdadera piedad en el sentido más amplio (7).

8. Entre los signos de una vocación misionera podemos mencionar: Un gran interés y atractivo por el apostolado misionero, las aptitudes necesarias, deseo y esfuerzo de prepararse a este género de vida, un buen equilibrio, facilidad de adaptación y el don de saber encontrarse dispuesto a todo y disponible (8).

VI

A los aspirantes alumnos misioneros

RESPUESTAS PUBLICADAS DE: Estudiantes del Verbo Divino, Estella, Navarra; Estudiantes Agustinos de Valladolid; Aspirantes Misioneros Jesuítas, Oña; Aspirantes Misioneros Jesuítas de Barcelona; Aspirantes Misioneros del IEME, Burgos; Alumnos del Colegio Apostólico de PP. Dominicos, Valladolid; Aspirantes Misioneros Jesuitas de Toledo; Aspirantes Carmelitas de la Bética.

A

—COMO SE DESPERTO SU VOCACION?

1. Despertó mi vocación desde niño durante la visita de un misionero a mi pueblo.

2. Mi vocación se despertó con unas pláticas que echó el Sr. Cura acerca del sacerdocio (2).

3. Muchas veces siendo pequeño había tenido oportunidad de oir hablar de las misiones; a veces soñaba en un Africa negra, o en una India llena de fieras donde viven tantos hermanos nuestros que no conocen a Jesús. Ya desde entonces empecé a sentir un gran atractivo hacia los pobres paganos, y esperaba el dia en que al igual que San Francisco Javier, pudiese acercarme a tierras paganas, pero sin embargo no estaba del todo decidido, pues me atraian las diversiones de la ciudad, pero llegó el dia del DOMUND y al oir hablar de la gran cantidad de paganos y la escasez de operarios, me decidi definitivamente a consagrarme a Dios (3).

4. Tenía once años cuando fué a mi pueblo un sacerdote joven. Como no había ningún monaguillo me escogió para eso y fui muy contento. Ya llevaba dos años

cuando una mañana me llamaron a casa del sacristán, y allí me encontré con un Padre; después de saludarle me dijo si quería ir de fraile y le dije que sí. Me examinó y así quedamos (4).

5. Mi vocación despertó por el gran atractivo que tengo hacia los chinos y hacia los negros (5).

6. Mi santa vocación se despertó viendo a mis primos cantar Misa en el pueblo. Al ver a todas las gentes ir tras ellos me entró el pensamiento: «Si yo pudiera ser como ellos» (6).

7. A mí me despertó mi vocación porque en mi pueblo me animaban a ello y me decían que era la mejor carrera que podía tomar; y todavía se me despertó más la vocación cuando se murió mi padre (7).

8. Oyendo narrar y exponer a un misionero agustino el número insignificante de misioneros y el inconsiderable de almas que se pierden entre los paganos. Esto y la simpática historia de aquel ilustre mártir de Toungting P. Abilio Gallego, agustino, despertó y afianzó en mi un anhelo de apostolado (8).

9. Mi vocación misionera fué una gracia concedida en una novena hecha por el P. Abilio, agustino martirizado en China. Antes sentía algo esa vocación pero con las dificultades que a continuación enumero (9).

10. Pertenezco a una orden religiosa (la agustiniana) que tiene como distintivo el amor a la Iglesia y el servicio incondicional a ella según el espíritu de su fundador. Mi provincia tiene el privilegio de emitir un cuarto *voto misionero*... Esto bastaría, sin embargo he de confesar que el amor a las misiones se despertó en mí por la lectura del mártir de Toungting P. Abilio Gallego. Esa fué la chispita que me hizo descubrir un nuevo mundo en mi alma de niño, hace doce años (10).

11. La vocación misionera nació en mí a los 9 años con la lectura de la revista misionera «La Reina de las Misiones» y las charlas con una hermana que era aspirante a Hija de la Caridad y misionera. Al llegar a la apostólica encontré muy buen ambiente que con la lectura de «Historia de un alma» bastó para consolidar un ideal (11).

12. Por la «Cruzada misionera» y por las clases espirituales que desde mis primeros días de convento me hablaron de las misiones (12).

13. Hasta entrar en el colegio nunca o casi nunca había oído hablar de las misiones. En el Colegio con las pláticas espirituales casi cotidianas, dadas por un Padre, antiguo misionero en China, despertaron en mí esas ansias misioneras. Este sería el elemento afectivo. Sin embargo, esta idea hubiera vuelto a dormir el sueño eterno de la inconsciencia si no hubiera sido cultivada. Lo que más influyó en mi vocación incipiente fué la lectura de las obras de San Agustín, en las que se respiran esas auras tan saludables. He aquí el elemento intelectual, llamémoslo así (13).

14. Por ambiente cristiano de mi hogar y el conocimiento de religiosos (14).

15. No sé concretar el tiempo preciso. Pero desde que entré en el colegio apostólico de Valencia de D. Juan, me están diciendo que pertenezco a una provincia misionera y al hacerme conciencia de ello surgió en mí ese ideal que ha ido creciendo al ser fomentado por cuantos medios he tenido a mi alcance (15).

16. Dios me concedió la gracia de nacer en el seno de una familia profundamente cristiana de Navarra. Mi vocación nació desde muy pequeño, aunque no concretamente para las misiones. Cuando tenía ya unos 14 años, en unos ejercicios espirituales, Dios me clavó la idea de que tenía que ser misionero. Por fin llegó la hora definitiva. Fueron unos ejercicios en 7.º curso. Entonces me decidí a entrar en la compañía donde probaría si tenía vocación misionera. Me puse totalmente en manos del P. Maestro de Novicios quien al final del noviciado me aseguró que tenía vocación. Al año siguiente aprovechando la visita del P. Provincial, le expuse mi plan y el consejo del P. Maestro y me destinó a Ahmedabad (India) (16).

17. En el mes de ejercicios que hice en el noviciado caí un poco en la cuenta de la importancia de las misiones. Poco a poco con interferencias y altibajos, se fué despertando más en mí esta vocación (17).

18. No puedo señalar, o al menos no recuerdo, un hecho especial o una fecha. Más bien un despertar gradual al contacto de realidades misioneras y que hablaban a mi edad: principalmente charlas de misioneros y películas misioneras (18).

19. Buscando la perfección en el sacerdocio llegué a la Compañía de Jesús y de aquí a la vocación misionera (19).

20. No es fácil decirlo. Recuerdo que la primera vez que me planteé el problema «tú cuando seas mayor, ¿qué vas a ser?» La respuesta fué inmediata, seré misionero como el beato Berriochoa. Nacido en una familia cristiana me familiaricé con las misiones por medio de la Santa Infancia y de las oraciones por las misiones. Otro de los estímulos, la lectura de «El Siglo de las Misiones». Pero lo que no me dejaba en paz era el llamamiento del Señor en la Comunión. Comulgaba dos veces por semana y al llegar la acción de gracias me detenía ante la petición por las misiones. Si pedía por los misioneros sucedía que el Señor parecía decirme que yo fuera uno de ellos. Era una indecisión momentánea, pues no me gustaba eso de que yo fuese misionero. El Señor me dió Gracia para que nunca soslayase la petición por las misiones que siempre terminaba en un ofrecimiento dolorido para ser misionero y una súplica medrosa para que él me escogiese por tal (20).

21. En la Comunión diaria (21).

22. Mi vocación despertó ya desde muy niño, al abrigo de un hogar profundamente cristiano y piadoso. La ocasión de que Dios se sirvió fué la lectura de novelas misionales. De ahí de que al principio mis deseos de misiones fueran naturalmente envueltos en un romanticismo infantil. Esos sueños me impulsaron a pedir a Dios todos los días la vocación misionera. Así El se encargó de ir transformando mis ansias misioneras poco a poco, de románticas en reales y hondamente sentidas (22).

23. Gracias a mi buena madre (23).

24. El Sr. Cura del pueblo vendía varias revistas misionales que a nosotros nos gustaba hojear. Había un grupo de compañeros a quienes nos gustaba mucho jugar al juego misional «Imperio». Me gustó mucho el libro «En el país de los eternos hielos» del P. Llorente que me dejó el Sr. Cura. Un día estábamos con el Sr. Cura en su despacho tres mozalbetes. Sobre la mesa tenía un Crucifijo con un cordón. Me lo puse al cuello y de pronto entre sollozos dije: «Yo tengo que ser misionero» (24).

25. No podré negar que siendo niño al leer y oír relatos misionales me sentí movido a imitar aquella vida entregada y difícil. En particular mucho me impresionó un folleto del P. Van Trich sobre el P. Lievens. Deseé entonces poder dejar a mi familia, amigos, etc., e irme solo a un país extraño para así estar más unido con Dios y demostrarle más mi amor. Sin embargo por varias dificultades que me sobrevinieron estos principios no influyeron en mi determinación misionera posterior (25).

26. Siendo latino oí hablar a unos PP. misioneros del IEME. y comenzó a despertarse en mí el deseo de ser yo lo mismo que ellos (26).

27. El deseo y mandato de Jesucristo de la incorporación de todos los hombres a la Iglesia y la ignorancia en las almas del camino de salvación (27).

28. Un deseo vago a los 11 y 12 años. Claro y resuelto viendo manifiestamente la voluntad de Dios en el 6.º año de mi carrera (28).

29. Mi vocación se despertó al darme cuenta de lo solo que está Jesús y las muchas almas aún por convertir (29).

30. Ha sido cosa de toda la vida. Se despertó eficazmente en unos Ejercicios (30).

31. Al contacto con condiscípulos y hablando con ellos sobre temas y problemas misionales. Mucho influyeron en mí las charlas que se nos dieron (31).

32. Al principio me parecía un ideal irrealizable. Consulté a mi Director sobre mi vocación y me dijo que no hiciera caso por entonces. Continuó la inquietud misionera en la Filosofía. No veía camino de salir. Se nos hablaba de las misiones como un problema ajeno a nosotros. No había ningún cauce para orientar las vocaciones. No conocía aún el IEME. Mi decisión se debió a unos Ejercicios (32).

33. De la manera más tonta. En primero de Filosofía en unas clases de Misionología que algunos llamaban tostones y en mí despertaron la vocación misionera. Me impresionó el estado del mundo conocido en la práctica del octavario por la unión de las Iglesias (33).

34. Lo que más me hizo pensar y decidirme fueron unas palabras del primer

seminarista misionero del IEME, procedente de mi Seminario. Hablando de los misioneros dijo «y nosotros por qué no» (34).

35. En una conversación misional con un superior de mi Seminario (35).

36. Al leer en «ID...» la noticia impresionante de la muerte de un misionero joven. El Señor suscitó en mí el deseo de ofrecerme como sustituto (36).

37. Los primeros brotes de mi vocación se deben a la película «La mies es mucha» (37).

38. Desde muy pequeño siempre sentí en mi interior un algo que me movía a ser misionero. No me decidí hasta celebrarse en mi pueblo una misión a la que asistí (38).

39. Leyendo las novelas misionales del P. Testore, S. J. (39).

40. Por el conocimiento de las misiones en charlas, lecturas y conversaciones con sacerdotes (40).

41. Creo se derivó de mi amor a María (41).

B

—QUE DIFICULTADES HA TENIDO QUE VENCER PARA REALIZARLA?

1. Las dificultades que he tenido que vencer han sido el amor a los padres y hermanos y el gusto a las fiestas del pueblo (1).

2. Las dificultades vinieron muchas: «Mira, hijo, me decía mi madre, no vayas para los frailes, mira que hay tantos empleos. Mira que yo te aconsejo que no vayas» (2).

3. Las principales dificultades que yo sentí en mi vocación fueron las siguientes: la negativa de mis padres al hablarles de ello, pero que después accedieron. La de la separación de mis seres queridos. La dolorosa y nostálgica despedida de ellos y demás allegados, como también de todos los atractivos que me ofrecía el mundo (3).

4. Ese mismo día estaba mi padre enfermo y era tiempo de escardar y pensé que no me dejaría ir, pues tenía que alimentar a 6 personas y el único varón, además de mí, era muy pequeño, pero vi que mi padre se puso muy contento al enterarse de esto (4).

5. La dificultad más seria fué la económica (5).

6. Yo no he tenido ninguna dificultad. Mis padres siempre desearon que fuese al Seminario (6).

7. No he tenido ninguna dificultad, sino que la tomé resueltamente (7).

8. De niño las menores. Algunas burlas de mis compañeros de escuela cuando les decía que iba a ir a China. Joven ya, durante mi carrera las dificultades han sido mayores: superiores que no comprenden el ideal misionero, que ven en él un «refugium ignorantium»; compañeros que llamados por Dios al sacerdocio no conocen la amplitud de aquel «docete omnes gentes» y se contentan con decir: ¿Qué China, ni Japón, ni la India? ¿No tenéis bastante campo de acción en España? Así me hablaba a mí un seminarista hoy sacerdote (8).

9. Para ser misionero necesitaba una mayor renuncia, padres, amigos, patria, etcétera, y mayor sacrificio y heroísmo; dificultades que no podía vencer con mis propias fuerzas humanas (9).

10. Gracias a Dios, ninguna, fuera de las que la práctica de la vida religiosa impone (10).

11. El ambiente frío durante los estudios filosóficos, el ignorar si al fin seré misionero y el temor de disgustar a mi madre, marchándome al extranjero. El día que me decidí a hacerlo antes de cantar Misa, me sentí feliz y el ideal se hizo cada vez más claro (11).

12. Aparte de las inherentes a la vocación religioso-sacerdotal, el problema de la salud y un cierto complejo de inferioridad en punto a espiritualidad y valer personal (12).

13. Las dificultades que hay que vencer en la vida de colegio se presentan bajo

diversos aspectos. En primer término, uno muy difícil de vencer es el tener que ir en la mayoría de los casos contra la corriente, como suele decirse. Los compañeros no siempre sienten esas ansias misioneras de que deben estar animados, máxime si se trata de un colegio o provincia esencialmente misionera. A ésta va adherida esta otra que a muchos se presenta también, a mí entre ellos, y es que porque a uno le guste el estudio, sus compañeros le dicen que ya no sirve para las misiones «como si, se les contesta, en las misiones no se necesitaría ciencia». Otra no menos costosa es el dejar y contemplar las cosas con miras humanas, porque ¿quién lo duda? mirada humanamente la vocación misionera implica sacrificio, privaciones de todo género, y a esto sólo puede resignarse el que tenga fija su mirada en Dios (13).

14. El amor natural a la familia y las que lleva consigo la vida religiosa (14).

15. No he tenido dificultades sino la de decidirme a llevarlo adelante con todas las consecuencias que pueda suponer (15).

16. Las de todo religioso. Dejar la familia, hacer los tres votos. Las demás me parecen accidentales, aun las específicamente misioneras (16).

17. Como me nació dentro de la vida religiosa, no tuve dificultades externas que vencer (17).

18. De orden familiar: dejar la familia en una posición precaria cuando sabía que les podía ayudar positivamente: a pesar de todo no me pusieron dificultades. De orden personal: como reacción ante la negación de la voluntad propia y de la vida muelle y una vida en perspectiva dura en su pleno sentido. De orden ambiental: entre compañeros que no comprendían e interpretaban como cobardía mi entrada en religión para ser misionero (18).

19. La renuncia a un apostolado de mayores recursos en la propia lengua o en la propia mentalidad (19).

20. En primer lugar esa general de la atracción del mundo y de mi vida. Las mayores dificultades, mi entrada en religión más bien que el destino en las misiones. La familia me costó bastante con su postura negativa. No querían oponerse y no se opusieron, pero tomaron una postura de dolor callado que me dolía más que una abierta resistencia (20).

21. Los normales, el mundo, la carne, el demonio (21).

22. Todavía no he logrado ver realizados mis anhelos de volar a tierras de misión, aunque estuve a punto de hacerlo hace 3 años. Una de las dificultades que vislumbro ha de costar más, aparte de romper lazos de familia, amigos, patria, lengua, etc., es el sumergirse en un ambiente de mentalidad, cultura, totalmente extrañas, ése como volver a nacer de nuevo a los veintitantos años. Como consecuencia de ello, un resignarse a perder, por así decir un 50 % de la propia personalidad, un rendir humanamente mucho menos de lo que se podría en la propia patria. Esto es en mi opinión el verdadero enterramiento del grano de trigo, el más meritorio ante Dios y de mayor fecundidad apostólica (22).

23. Dejar a mis antiguos amigos. Renunciar a la ilusión de fundar un nuevo hogar (23).

24. El Sr. Cura me envió a una Apostólica de la Compañía de Jesús. Las dificultades para una y otra vocación fueron comunes: desalientos, etc. Más tarde se juntaron otras que eran específicas de la de misionero. Al ver más facilidades y más posibilidades de esto en América del Sur, se inclinaba hacia allí mi ánimo, por otra parte me hacía este raciocinio: ¿No conviene más no soltar naciones que son católicas y que tienen una gran fe pero poco cultivadas por falta de operarios, que ganar otras naciones paganas? (24).

25. Defectos de carácter. Tuve que vencerme mucho, durante varios años para conseguir las virtudes y cualidades de un joven normal y equilibrado. Con tesón y confianza ciega en la gracia, día a día, fuí mejorando hasta lograr un vencimiento pleno (25).

26. En cuanto externas las peores han sido por parte de la familia, pero mi misma madre oyendo un sermón del DOMUND pidió al Señor la gracia de tener un hijo misionero. La oposición estaba por parte de otros familiares. ¿Internas? El decidirme a la separación de mi familia (26).

27. Absoluta incomprensión de mis deseos vocacionales y oposición resuelta en mis superiores jerárquicos (27).

28. Ninguna dificultad en mis superiores, aunque probaron mi vocación durante dos años. Mi madre me ayudó siempre. Oposición acentuada en mi padre (28).

29. Ambiente nada propicio por parte de los de fuera, no de la familia. Después dificultades de tipo económico (29).

30. Incomprensión en un principio por parte del Director Espiritual y oposición de mi familia (30).

31. La frialdad que encontré en algunos sacerdotes. Ninguna oposición en la familia. Un gran temor a comunicarles mi decisión, especialmente por dejar a mi madre sola (31).

32. Dos años tardó aún mi Director espiritual en darme permiso. No me dejó escribirme con seminaristas misioneros. Eran pruebas. No me inquietaba, pues buscaba únicamente la voluntad de Dios. Quien me clavó una espina muy fuerte en mi corazón fué un Director de Ejercicios. Me dijo que me esperara a que la diócesis tuviera una misión. (Aún estaría esperando y cuántas vocaciones se habrán perdido con esta espera). Pero pronto me tranquilizó mi Director Espiritual (32).

33. Principalmente el espíritu y ambiente de mi Seminario; no precisamente con relación a mi vocación misionera, sino más bien referente al Instituto adonde habia de orientarme, pues habia muchos falsos prejuicios.

Las comunes en toda vocación misionera, la casa, dejar a mi madre sola y las cosas que me decía (33).

34. Gran oposición de mi familia (34).

35. Tan sólo la oposición resuelta de mi Prelado (35).

36. La familia y la incomprensión de mi párroco (36).

37. La incomprensión de mi Director espiritual para orientar hacia el IEME (37).

38. Principalmente la oposición de mis padres (38).

39. Creo que ninguna, a no ser paciencia y constancia para no volver atrás. A los 12 años empecé a soñar en las misiones y ahora a los 29 veo realizados esos sueños (39).

40. Ninguna especial fuera de la inherente a las pasiones o inclinaciones comunes (40).

41. La principal, económica (41).

C

—QUE AYUDA DESEARIA HABER RECIBIDO CUANDO COMENZO A SENTIR SU VOCACION?

1. Desearía haber recibido una buena plática sobre la vocación religiosa y misionera y una buena confesión (1).

2. La de los niños del pueblo que ya estaban estudiando en el Seminario o en otros colegios misioneros (2).

3. La única ayuda que deseaba era la de la Virgen a quien encomendé mi vocación con plena confianza de ayudarme (3).

4. Como ya dije era monaguillo, pero no le quise decir nada ni al párroco, ni al coadjutor. Sin embargo, ambos se enteraron muy pronto, pero no me dijeron nada acerca de la vocación, y ahora me doy cuenta lo mal que hice en no preguntarles nada, porque es mejor tener conceptos claros desde el principio (4).

5. Lo que yo hubiera deseado es saber más de la vocación (5).

6. Yo mismo me animé y fui a decirle al párroco que quería ser monaguillo y él me tentó diciéndome para qué quería serlo. La respuesta la di con los hombros. Lo mismo mi madre al poco tiempo de desayunarme me dijo que ya no iba a ir al colegio porque daban muy mal de comer y yo no sé por qué comencé a llorar y ella me dijo entonces que aquello era mentira y pude ingresar en donde estoy (6).

7. Yo hubiera querido que me explicasen lo que es la vocación (7).

8. Considero aquí dos etapas o mejor dos campos: el pueblo y el Seminario; el pueblo antes de ingresar en el Seminario y durante las vacaciones cuando la vocación está ya clara.

Aquí, en primer lugar, contesto como realización, una madre que sepa comprender el ideal de la vocación y el sacrificio que para ella supone; en segundo lugar un párroco enamorado de las almas que oriente y mantenga el ideal del joven.

En el Seminario durante la carrera la mano experta de un sacerdote que haya vivido con calor el ideal misionero a poder ser en tierras de misiones vivas. Opino que no debía faltar esto ni aun después del sacerdocio en los primeros años de ministerio, mucho menos durante los 12 ó 13 años de la carrera sacerdotal misionera (8).

9. La ayuda que deseé la tuve a mano y de ella me aproveché (9).

10. Me hubiera ayudado mucho a formar desde el principio una idea clara de lo que significa ser misionero, el que me hubieran hablado de las misiones con frecuencia y me hubieran indicado las virtudes que más necesita un misionero. Creo que a pesar de mi edad, lo hubiera comprendido muy bien (10).

11. La orientación clara de todos mis esfuerzos para adquirir la preparación —virtudes, estudios, habilidades— más aptas para la vida del misionero. Confieso que esto me parece del todo necesario; sin embargo, en mis circunstancias, desgraciadamente o felizmente no era posible por no ser exclusivo el fin de mi Provincia religiosa (11).

12. La misma que ahora: una orientación fija, concreta de mis estudios, aficiones, formación, etc., en vistas a una misión determinada (12).

13. Conocer lo que hoy se ha llamado «Misionología», eso a conciencia. Conocer los países de misión, las llamadas del Papa, y sobre todo, el tratar con antiguos y viejos atletas de las misiones que cansados de sus tareas apostólicas viniesen a esparcir entre nosotros el perfume de su virtud heroica y relatarnos sus peripecias misioneras, como un entreno y un estar alerta contra todas las dificultades que puedan en la misión salir al paso y que a uno desde el colegio no se le ocurren (13).

14. Era demasiado pequeño para sentir necesidades de orientación (14).

15. Hubiera deseado, cuando nació en mí este ideal, saber que mi vida se iba a desarrollar en una misión, con el fin de orientar todas mis fuerzas en este sentido. Por lo demás me encontré desde un principio en mi ambiente, entre un grupo de compañeros que mantienen las mismas aspiraciones. Hoy desearía que mis superiores me orientaran en este sentido, pero somos hijos de obediencia y hay que desempeñar el cargo que se nos encomiende (15).

16. La ayuda de un buen Director Espiritual que me hubiese animado y se hubiese entregado con sencillez, franqueza y amor a dirigirme (16).

17. Como en los principios, mis motivos eran más bien de tipo afectivo, ante realidades fuertes, hubiese deseado una fundamentación de la doctrina misionológica y del puesto que señala la vocación misionera y por tanto el problema misional en Jesucristo y en la Iglesia actual (18).

18. El trato frecuente con el Director Espiritual animándome al ideal misionero (19).

19. Un Director Espiritual a quien haber podido hablar de mis ideales y de mis dificultades (20).

20. No me faltaron buenas ayudas. Bien hubiera estado un amigo íntimo verdadero (21).

21. Una sólida dirección espiritual, que hubiera hecho centrar mi vida y explotar toda la generosidad infantil en un amor práctico hacia las misiones (22).

22. Un Director Espiritual más comprensivo (23).

23. Yo creo que recibí la orientación que merecía un muchacho como era yo entonces, ir a la apostólica (24).

24. Antes de contestar a la pregunta, que antes de mi vocación me encontré en un ambiente misionero y me hubiese gustado entonces una mayor comprensión

para los que no nos sentíamos llamados. Ya con principios de vocación me hubiera ayudado saber que no se necesitan únicamente hombres extraordinarios. Mucha virtud, sí; pero también pueden ser excelentes misioneros los que no son superdotados en otras cualidades humanas (25).

25. Encontré ayuda en mi párroco y en el Rector del Seminario (26).

26. No encontré ayuda alguna. Me sirviò de mucho estimulo el espíritu de generosa entrega de varios seminaristas misioneros procedentes de mi Seminario (27).

27. De parte de los hombres no recuerdo haber recibido ayuda ninguna, a no ser la de un Director que me hubiera indicado claramente en qué consistía lo específico de la vocación misionera en cuanto tal (28).

28. La ayuda de un buen Director (29).

29. Comprensión y aclaración de algunos puntos. Encontrar mejor ambiente (30).

30. Hubiera deseado encontrar una persona que me orientase sobre lo que era la auténtica vida misionera (31).

31. ¡Cuánto me habrían ayudado el ambiente y espíritu misionero si hubiera encontrado éstos en mi Seminario! (32).

32. Gracias a Dios los superiores me ayudaron mucho, eché en falta un buen condiscípulo que pensase como yo (33).

33. Me animaban mucho las cartas y noticias de misiones y misioneros (34).

34. Un amigo que pensara como yo pensaba (35).

35. La comprensión por parte de algunos de mis condiscípulos (36).

36. Más información y conocimiento de los Institutos misioneros en mi Director Espiritual para haber recibido una orientación segura desde un principio (37).

37. En mi adolescencia la aprobación de mis padres. La Virgen ya me había llamado (38).

38. No he echado de menos ninguna ayuda, sin embargo sería tal vez útil poner las señas de algún dato personal de los misioneros en las revistas misionales, acompañado de frases como ésta, el Padre... misionero... os agradecería que le escribierais. La frase se podría escoger según las circunstancias (39).

39. Ninguna eché ni echo de menos. Creo que lo más propicio es un ambiente de superación, perfección y generosidad junto con una dirección espiritual prudente. Creo mejor no abusar de los resortes naturales, ni fomentar directamente en un individuo y ab extrínseco la explicitación y decisión de su vocación demasiado pronto (40).

40. Un Director Espiritual (41).

D

—LA PROPAGANDA QUE HA LEIDO EN QUE SENTIDO LE HA AYUDADO, EN QUE SENTIDO LE HA ESTIMULADO O TAMBIEN ESTORBADO PARA SU VOCACION?

1. Pues la propaganda fué, leyendo vidas de Santos misioneros, y con estos bonitos ejemplos se arraigó más fuerte mi vocación (2).

2. Mi decisión vocacional la debo a la lectura de diversas revistas, como son: «Mi parroquia», en las cuales leí artículos sobre las misiones, los que despertaban cada vez mi vocación sacerdotal y misionera. En las distintas revistas misionales siempre había algún suceso trágico, p. ej., las cárceles y persecuciones de China, expulsiones, muertes bajo las garras de feroces fieras. Esto me hacía pensar si yo tenía el valor suficiente para ello (3).

3. Lo único que tengo que decir es lo que me ha estimulado. Eso es el número de estudiantes que había en mi pueblo y también porque me decían que me iría fraile para no trabajar (4).

4. No tuve influjo alguno de lectura (5).

5. Los padres agustinos nos mandaron una revista en las cuales leía detalles

de sus alumnos: que iban de paseo y lo pasaban muy bien. Además el párroco todos los domingos me daba una hojita en que me enteré de las ordenaciones de sacerdotes y les tomé mucho cariño a esas hojas. Eso parece que me ha ayudado mucho. Estorbarme, no; me parece que si llego, saldré triunfante en todo (6).

6. Ninguna clase (7).

7. Cuando la propaganda pinta al misionero como verdadero hombre que con la ayuda de Dios vence las dificultades y peligros, expone con claridad, sencillez y veracidad la vida arriesgada, si se quiere, del heraldo del Evangelio. Esta santa propaganda hace ver la realidad de la misión. Pulsa las cuerdas del aspirante y confiando en Dios que nunca está más cerca que en las soledades del misionero, le anima y decide a poner en práctica aquello que ve en él. Pero hay otra propaganda empeñada en pintar de color carmín la vida del apóstol. No dudo que hay sus días de satisfacción: una conversión, bautismos numerosos, y otra peor que retrata al misionero como un héroe de leyenda, o nos lo pinta casi divino. La primera de éstas, animan y estimulan pero con gran facilidad lleva al fracaso cuando el novel misionero se ponga en contacto con la realidad. La segunda, desanima y perjudica desde el primer momento, no se siente el joven a pesar de su juventud con fuerzas para realizar esas intrépidas aventuras.

¿Y qué decir de esa propaganda que con aire de universalidad en la intención, se reduce en la práctica a las misiones de una orden o congregación religiosa o una región misional? Es enormemente perjudicial, cierra los horizontes y conduce al joven a un exclusivismo rancio y peligroso para su vida misionera. La vocación se achica, se encierra, vuela a ras de tierra, quizás fracasa (8).

8. Lo que más me ha estimulado es saber que el misionero en medio de su aislamiento y trabajo apostólico tiene muchas satisfacciones por la correspondencia de muchos de sus catequizados (9).

9. Me ha ayudado, en el sentido de que he comprendido siempre y cada vez más la necesidad de ser un buen misionero y por lo tanto un santo sacerdote. Me ha estimulado, al ver cuántas almas hay que aún no conocen la verdad; y a Dios gracias no me ha estorbado; pues las dificultades que ordinariamente se procura ocultar por miedo a quitar ilusiones, me han enardecido más en el amor a las misiones que proporcionan la gran ventaja del sacrificio (10).

10. Me ha hecho ver los sacrificios enormes que exigen las misiones, me ha dado entusiasmo y me ha impulsado a muchos pequeños sacrificios por los misioneros y las almas (11).

11. Ayudado, en cuanto me ha planteado claramente los problemas misionales, estimulado al hacerme ver las necesidades perentorias de las misiones y la sublime grandeza del misionero en su obra evangelizadora (12).

12. La propaganda fiel es un medio muy útil para un conocimiento detallado del campo misional. Pero la letra es muerta; mejor es la palabra. Cuando el espíritu anima siempre es un estímulo y una ayuda el ejemplo de aquel misionero sacrificado que se hiela en Alaska o se derrite en Iquitos, ejemplo que puede leerse en cualquier revista. Sin embargo hay veces que los relatos estorban la vocación porque o exageran o inventan o parecen pintar un misionero no humano, demasiado divino. Y esto decimos, no es para todos. Y retrocedemos (13).

13. *a*) Me ha ayudado *unilateralmente* en parte. *b*) Me ha estimulado al presentarme el campo misional. *c*) Me ha estorbado la *unilateralidad* de la propaganda misional que desfigura en realidad a un pueblo. Podía hablar sobre el caso de China de la que tenemos una idea demasiado pobre, gracias «a los pies pequeños de sus mujeres, del descuido de las niñas». Los sacerdotes chinos que viven entre nosotros han tenido que advertirlo y les duele mucho; de ordinario ven en ello un resorte más para sacar dinero (14).

14. La propaganda que he leído me ha estimulado mucho. Claro, que la propaganda es propaganda y por eso a veces calla las dificultades. Pero yo he prescindido de lo que pueda ser propaganda y he visto en el fondo siempre un heroísmo en el misionero y esto me ha cautivado. Aquí en nuestro colegio de Valladolid tenemos una *salita misional* cuyas paredes están cubiertas de mapas referentes a nuestra historia misional y a cuyos estantes vienen a parar más de 30 revistas mi-

sionales. La preside el Santo Niño de Cebú que desde el nacimiento de nuestra Provincia ha alentado nuestros trabajos. Santa Teresita y el P. Abilio mártir del Tungting. A esta salita misional han subido todos nuestros misioneros y algunos extraños sobre todo ahora, al ser expulsados de China, y nos han hablado de sus tristezas y alegrías, de sus conquistas y de sus derrotas... También celebramos todos los años el DOMUND con una hermosa velada en la que ponemos todo el calor y el esfuerzo de nuestros corazones (15).

15. Me ayudaron extraordinariamente la lectura de la vida de San Francisco Javier, las charlas de misioneros y lecturas misionales que retrataban la vida del misionero como heroica y dura (16).

16. La propaganda que he leído ha sido muy poca por no decir nula (18).

17. Me ayudó mucho la visita del P. Irala hablando sobre China, y la lectura del libro «Voluntarios» (19).

18. Creo que en general me ha ayudado. Creo que en un sentido idealista demasiado idealista, sobre todo de antes de mi ingreso en la Compañía, sin embargo después se siente uno más estimulado cuanto más se trasparenta la realidad con sus dificultades y sus cruces, sus desalientos y sus pequeñas conquistas. Antes de la entrada, en un sentido de conversiones y de triunfos cristianos, luego en sentido de vivir y participar algo de la vida de Jesús Redentor (20).

19. En general me ayudó siempre (21).

20. Contestado en parte en el primer punto. En general, diría yo, la propaganda más eficaz es la que realce más el sacrificio y el heroismo real del misionero, sin olvidar el poner muy de relieve sus relaciones de amistad personal con Cristo, como motor de su vida y premio de sus sacrificios. Esto, sobre todo para niños y jóvenes de doce años en adelante (22).

21. Más que las revistas misioneras las charlas de misioneros me estimularon a dedicarme enteramente a la salvación de las almas (23).

22. Yo creo que siempre que he visto algo referente a misiones he recibido un aldabonazo a la generosidad que cuando más joven iba mezclada con el deseo de aventura (24).

23. Mucho me ha estimulado conocer la vida dura y abnegada de su vida cotidiana. Con todo creo hace falta se escriba más, sobre todo al público joven, no niño, sobre el apostolado actual misionero, universidades, colegios, obras sociales, investigación. Aquellas llamadas de San Francisco Javier a los univesitarios europeos son de mucha actualidad (25).

24. Me ayudó a fomentar la vocación la lectura de «Voluntarios» del P. José Julio Martínez. «Los obreros son pocos» del P. Manna, «Ite» y «Temple de Apóstol» (26).

25. He leído poca propaganda, pero ha hecho mucha mella en mí la lectura del folleto «El porqué de las Misiones» y el conocimiento de los graves problemas misioneros de la Iglesia (27).

26. Leí muy poca propaganda. Su influjo en mí, insignificante. Lo más eficaz el saber que había tantas almas alejadas de Dios y la necesidad de hacer efectiva la Redención de Cristo; me seducía el deseo de imitar a los misioneros (28).

27. En la lectura de «Catolicismo» conocí el heroísmo de los misioneros y se encendió en mí el deseo de imitarlos (29).

28. Gran influencia ha tenido en mí la propaganda y libros misionales. Creo haber visto en ellos el retrato de mi vocación (30).

29. La propaganda despertó en mí simpatía hacia las misiones. Sólo algunos artículos me convencieron. Se fantasea demasiado (31).

30. En el Seminario muy poca propaganda y en ella aparecía la vocación misionera como algo ideal y poco objetiva. Las cifras del mundo misionero me impresionaban extraordinariamente (32).

31. Han ejercido gran influjo en mi vocación los libros y novelas misionales y lo que más me ha impresionado la lectura de cartas de misioneros (33).

32. Apenas si ha ejercido en mí influjo alguno (34).

33. Una de las obras que más han influído en mi vocación misionera han sido

los libros de aventuras misionales; pero me perjudicaban también por el miedo que cogía a los animales que hay por tierras de misiones (35).

34. Las lecturas misionales poniéndome a la vista los ejemplos de los misioneros han despertado en mí la generosidad, pero su heroísmo extraordinario me hizo vacilar al principio si yo podría imitarles (36).

35. He leído poca propaganda misional. El «ID...» y «El Siglo de las Misiones» (37).

36. La propaganda que a mí llegó, fué oral. Me ayudó por el hecho de estar de acuerdo con aquello a que yo aspiraba. Me estimuló por proponérseme una Orden esencialmente misionera. El tener que formarme con chicos de 1.º y 2.º curso me obstaculizaba en cierto sentido, pues yo era ya mayor (38).

37. Siempre me han entusiasmado los ejemplos de abnegación del misionero (39).

38. Me ayudó en el conocimiento y ambientación general. Me estimuló con las anécdotas y ejemplos y podría decir que no me estorbó (40).

39. Haciéndome ver más el valor de las almas e infundiéndome más amor a ellas (41).

E

—CUAL ES LA VIRTUD QUE EL SEÑOR LE PIDE QUE CULTIVE MAS Y CUAL SU DEVOCION FAVORITA?

1. La virtud que me pide Dios que cultive es la obediencia y devoción a la Virgen (1).

2. La pureza y su devoción a la madre del Sacerdote Eterno, María Santísima y al Sagrado Corazón de Jesús (2).

3. La principal virtud es la caridad, ya que después, cuando me encuentre en tierras misioneras tendré que ponerla en práctica con los paganos. Mi principal devoción, el santo Rosario y la de las ánimas del Purgatorio (3).

4. A este punto se me hace difícil contestar; porque Dios me pide que cultive todas las virtudes; pero creo que la que más me pide es la humildad. Para mí no hay mejor devoción, después de la de Dios, que la de la Santísima Virgen, pues es tan linda la de María (4).

5. Mi virtud preferida es la caridad; y entre las devociones la de la Virgen (5)

6. El Señor me pide que tenga mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús y yo le tengo a lo que más, porque me parece que me ayuda en todas las cosas (6).

7. La caridad para con los pobres (7).

8. Una hermosa faceta de la caridad: la dulzura con el prójimo; la Eucaristía y el santo Rosario según el método de Monseñor Fulton Sheen (8).

9. La virtud que el Señor me pide es el sacrificio y la caridad con todos. La devoción favorita la esclavitud mariana (9).

10. La generosidad y entrega ocultas. Mi devoción favorita, a la par que la Eucaristía, el santo Rosario que aprendí a rezar ya desde muy niño (10).

11. La unión con Jesús mediante el ejercicio continuo de su divina Presencia, para poder obrar siempre sobrenaturalmente. Con las sacerdotales, una grande a Santa Teresita (11).

12. Creo que la castidad: Eucaristía, Santísima Virgen, Vía Crucis (12).

13. Como verdadero hijo de San Agustín siempre he puesto el máximo empeño en la caridad. Mi devoción la Eucaristía y luego San Agustín, San José y Santa Teresita del Niño Jesús (13).

14. La virtud que juzgo más necesaria es el espíritu de oración: presencia de Dios, oración, etc., etc. Mi devoción preferida es la santa Misa (14).

15. La virtud que es más necesaria para un misionero es la abnegación. Esta es la que creo que Dios me pide, y la que pretendo ejercitar. Mis devociones favoritas, además de aquellas que debe tener todo sacerdote o aspirante a ello, la Eucaristía, la Virgen, mis devociones son los santos *misioneros*, sobre todo; San

Agustín —se comprenderá por qué— y Santa Teresita. Admiro a San Francisco Javier, pero no tengo una devoción especial hacia él (15).

16. La virtud de la confianza. La devoción a la Sagrada Eucaristía, y a la Virgen (16).

17. Seguramente la obediencia es la virtud que tengo que cultivar más. La devoción a la Virgen según la doctrina de San Luis de Monfort (17).

18. Por ahora siento especial atracción por una vida interior profunda: Contacto, intimidad con Jesús (18).

19. La austeridad externa e interna; la Eucaristía en las misiones (19).

20. La oración continua. Una oración que sea celo y que sea humildad y obediencia. Que sea celo porque siempre trabaja en El, haciendo lo que El hace, y es humildad porque deja que El haga y es obediencia porque deja que El mande. Una oración de siempre que coge totalmente al hombre y lo ponga en manos de Jesús (20).

21. La caridad. La devoción al Corazón de Jesús (21).

22. Creo que la vida interior honda centrada en la Persona de Jesucristo, sentido como alguien muy querido y muy cerca de uno. Mi devoción favorita, la total entrega al corazón del amigo, en frase pontificia, norma de vida más perfecta (22).

23. La caridad... Ut omnes unum sint. El Rosario (23).

24. La virtud que el Señor me pide más creo es la confianza —optimismo— en El y con El (24).

25. Ser muy de veras evangélico, vivir una vida sacrificada al mundo por así imitar y seguir al Señor Jesús, siendo su fiel testigo en tierras de infieles, con un corazón muy grande, dispuesto a todo, confiado únicamente en el Señor Omnipotente. La devoción al Sagrado Corazón como fuente y vida del sacerdote misionero (25).

26. La humildad y la caridad, la Eucaristía, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen (26).

27. Especial influencia, la virtud de la generosidad. Mi devoción casi única a la Santísima Virgen (27).

28. El trabajo reflexivo. Una confianza filial en Dios (28).

29. La caridad. La devoción al Corazón de Jesús (29).

30. La caridad. La infancia espiritual; Jesús, la Virgen y Santa Teresita (30).

31. La caridad. Mi devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen (31).

32. La Cruz. Mi mayor alegría es sufrir. Sufro al no poder sufrir. Mis virtudes favoritas, la humildad y el amor (32).

33. Vivir la vida de oración que me ayude a confiar plenamente en la Providencia. La devoción a la Santísima Virgen (33).

34. La humildad. La devoción a la Virgen Inmaculada (34).

35. El dominio del corazón y la voluntad. La devoción a María (35).

36. La caridad (36).

37. La caridad hacia las almas más abandonadas que viven lejos de Dios (37).

38. La oración. La Santísima Virgen a quien debo mi vocación y por eso me llamó a su Orden predilecta (38).

39. La caridad y comprensión con los demás. La devoción a la Virgen (39).

40. La fidelidad generosa y voluntaria unida a la paciencia. El Corazón de Jesús y la Virgen María (40)

41. La abnegación y el sacrificio. El estar junto al Sagrario y llamar a María mi Madre (41).

F

POR QUE SE HA DECIDIDO A DAR EL PASO DEFINITIVO DE SU VOCACION MISIONERA?

1. Porque quiero ser sacerdote y salvar las almas para Cristo (1).
2. He venido para ser sacerdote misionero e ir adonde mis superiores me man-

den y allí será mi lema: «quisiera salvar a todas las almas de los paganos para que un día nos juntemos todos en el cielo» (2).

3. Mi principal resolución ha sido tomada a la vista de tantos millones de almas que gimen en las tinieblas del paganismo, a las cuales tal vez pudiera salvar. Recordando las palabras que el Señor dice: «Quien salvare el alma del prójimo salva la suya» (3).

4. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma? He aquí por que me he decidido a dar el paso de mi vocación misionera, para salvar mi alma y la de otros (4).

5. Me decidí para poder estar con los de color y ser sacerdote (5).

6. La razón concreta no la alcanzo claramente; siento que ésa es mi vocación (6).

7. Yo he querido ser misionero para salvar almas para el cielo (7).

8. Por colaborar más de cerca a la petición de la oración dominical «adveniat regnum tuum» (8).

9. Porque así me lo imponía el imperativo de mi conciencia (9).

10. Aquí en mi caso puedo sólo hablar de manifestar a mis superiores mi vocación y amor a las misiones. Lo he hecho. Y me ha movido a ello la consideración de tantas almas que no conocen a Dios y no le pueden amar (10).

11. El creer que es la voluntad del Señor que yo le sirva en ese ministerio y atraerme lo arduo de ese sacrificio (11).

12. Por un sentimiento de gratitud: Quiero corresponder a los infinitos beneficios del Buen Jesús para conmigo ganándole muchas almas. Pero almas nuevas (12).

13. Porque creo que es hacia lo que Dios me llama al colocarme, y ante el haberme llamado a una provincia esencialmente misionera, como es la provincia del Santísimo nombre de Jesús de Filipinas. No obstante la decisión definitiva la darán mis superiores (13).

14. La espiritualidad agustiniana que vivo; el juramento especial que se hace en mi provincia; mi espíritu sacerdotal; el ejemplo estupendo de los misioneros que vuelven; la vida del P. Abilio Gallego, O. S. A... (14).

15. Me he decidido a dar el paso definitivo —en mi caso no se podría hablar así porque no es definitivo dado que mi provincia tiene otras muchas ocupaciones— porque creo que agradaré más a Dios. Creo que es una labor eminentemente sacerdotal la del misionero. Además el ser misionero es algo heroico y aventurero que arrastra a la juventud. Por otra parte, aunque no sintiera en mí estos deseos, tendría que estar decidido a ello por profesión religiosa en la provincia misionera del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, pues en ella todos los que profesan hacen el siguiente juramento: «...y porque en el Breve del Papa Clemente XII "Justis et honestis petentium votis», se ordena que todos los religiosos de dicha provincia al hacer su profesión presten juramento de ir a las referidas misiones, cuando el superior legítimo lo mandase. Esto así mismo prometo con juramento. Sic spondeo...» (15).

16. Para dar el paso definitivo dos cosas son las que me han ayudado extraordinariamente: *a*) La vida de San Francisco Javier y la continua meditación de sus virtudes. *b*) Mi padre y Maestro de novicios; si no hubiera entrado en la Compañía, y topado con él no me habría abierto a nadie y mi vocación hubiera sido una quimera (16).

17. Con arreglo a lo dicho en el número 5 sobre la virtud, una de las cosas que más influyeron para dar el paso definitivo a la vida misionera fué el que quería que me cogiera la muerte allí donde fuera la voluntad de Dios, manifestada a través de los superiores. Por eso me ofrecí para que dispusieran de mí (17).

18. Por dos motivos que se juntan. Darme cuenta que la vida misionera por su dureza y su vida más abnegada me llevaría a la unión con Cristo y por tanto a cumplir en la Iglesia el puesto de más rendimiento. Y, segundo, el sentimiento como católico con un vínculo especial con los que están fuera del rebaño (18).

19. Porque es el modo de llegar a mi perfección en Cristo (19).

20. Sencillamente porque ellas no pueden salvarse sino con grandes dificultades porque no está junto a ellas toda la sangre de Jesús con esa facilidad que está junto a nosotros. Aquí también hay pecadores y hay que sufrir por Jesús, pero aquí el que no se salva es porque no quiere, allí también, pero... (20).

21. Porque, si Jesucristo por mi, YO por EL (21).

22. Me han impulsado motivos de mayor entrega a Cristo y sacrificio por EL, cooperar a la grandiosa obra de evangelización de la Iglesia. El anhelo del martirio (22).

23. Porque quiero que los no católicos tengan la paz y la alegría del Evangelio (23).

24. Siempre me ayuda mucho pensar en Cristo, como mi Jefe de las dos banderas de San Ignacio. No un Jefe que vive en un sitio inaccesible para mi, sino un jefe amigo que me anima a ir adelante en la empresa hasta el fin (24).

25. Me decidí a los 22 años y medio. Unicamente por servir más de corazón al Señor en respuesta de aquel «¿qué he de hacer por Cristo?» Jesús dejó todo lo que tenia por venir al mundo y salvarme; yo también deseo dejarlo todo por EL (25).

26. El ver la triste situación de los paganos. Seguir a Cristo lo más semejante a EL. Borrar mis pecados con amor de sacrificio. El deseo de ser mártir (26).

27. Me he decidido por este camino por creerlo el más seguro para agradar y servir a Dios (27).

28. Porque vi que ésta era la Voluntad de Dios (28).

29. Porque creo que sólo allí seré feliz (29).

30. Porque he creído que ésta era la Voluntad de Dios (30).

31. Porque quería entregarme totalmente a Jesucristo y mediante EL a los demás y vi el prototipo de ésta entrega en la vida misionera (31).

32. Por hacer la Voluntad de Dios, ya que sólo en Ella está mi felicidad. De lo contrario muy gustoso me quedaría en mi diócesis (32).

33. Sencillamente, por motivos de religión y agradecimiento a Dios (33).

34. Porque me sentía con ansias de entregarme por entero a las almas, viviendo desprendido de lo material, peligro frecuente entre los sacerdotes (34).

35. He visto que Dios me llamaba y con esto está dicho todo (35).

36. Por ver en ello manifiestamente la Voluntad de Dios (36).

37. Por creer que así cumplo la Voluntad de Dios (37).

38. Desde muy pequeño fui llamado, pero de haber diferido más, tal vez hubiese perdido la vocación. Se me acercaban las quintas (38).

39. Porque creo que en España sobran muchos sacerdotes relativamente a otros paises, y por generosidad con el Señor; una mayor renuncia a los lazos de este mundo y entrega al Señor (39).

40. Porque creo es la Voluntad de Dios sobre mi (40).

41. Porque me ha parecido el camino mejor para santificarme y santificar (41).

VII

Al Superior Eclesiástico sobre "la Misionera"

RESPUESTAS ENVIADAS POR: Excmo. Mons. J. Arango, OFM., Prefecto Apostólico de Guapi, Colombia; Excmo. Mons. Angel Muzzolón, SS. Vicario Apostólico del Chaco, Paraguay; Revdmo. P. Sebastián Acosta Hurtado, O. P., Prefecto Apostólico de Canelos, Ecuador; Excmo. y Revdmo. Pedro Grau, CMF., Vicario Ap. de Quibdó, Colombia; Excmo. y Rvedmo. Mons. José Emilio Malenfant, Prefecto Apostólico de Gorakphur, India; Secretario del Excmo. Mons. Agustín Wildermuth, India; Excmo. y Reverendísimo Mons. Buenaventura León Uriarte, OFM., Vicario Ap. de Ucayali, Perú; Mons. Salvador Martínez, S. J., Prefecto Ap. de Tarahumara, México; Excmo. y Reverendísimo Leo Hale Taylor, Arzobispo de Lagos, Nigeria; Revdmo. P. Fr. Saturnino de Villaverde, OFMC., Administrador Ap. de Machiques, Venezuela; Excmo. Monseñor Juan Pablo Odendahl, CM., Vicario Apostólico de Limón, Costa Rica; Excelentísimo Mons. Domingo Comin, Vicario Apostólico de Méndez, Cuenca, Ecuador; Excelentísimo Mons. A. M. Patroni, S. J., Obispo de Calicut, India; Revdmo. Mons. Francisco Font, IEME., Prefecto Apostólico de Wankie, Rhodesia; Excmo. y Revdmo. Monseñor Plácido Crous, OFMC., Vicario Apostólico de Sibundoy, Colombia: N. N. Prelado portugués. Revdmo. Mons. Joseph Houlihan, Pref. Ap. del Eldoret, Africa Oriental Brit.: Excmo. Mons. Joseph Fady, Vic. Ap. de Likuni, Nyasaland, Africa Cent. Brit.: Revdmo. Mons. Enrique De Jordy, Administ. Ap. de Mbarara, Africa Oriental Brit.: Excmo. Mons. J. Moynagh, Obispo de Calabar, Africa Occid. Brit.: Ilmo. Monseñor Augusto Saint Pierre, Vic. Gen. del Arzobispado de Rubaga, Africa Oriental Brit.: Excmo. Mons. J. Greif, Obispo de Tororo, Africa Orient.: Excmo. Monseñor Hermann J. van Elswijk, Obispo de Morogoro, Africa Orient. Brit.: Excmo. Monseñor Edgaro Arístides Maranta, Arzobispo de Dar-es-Salaam, Africa Orient. Brit.: Excmo. Mons. Francisco Constantino Mazzieri, Vicario Ap. de Ndola, Rhodesia del Norte, Africa Cen. Brit.; Excmo. Mons. Joseph Gotthardt, Vic. Ap. de Windhoek, Sudáfrica: Excmo. Mons. Carlos Heerey, Arzobispo de Onitsha, Africa Occid. Brit.: Revdmo. Secretario del Excmo. Mons. Laureano Rugambwa, Obispo de Rutabo, Africa Orient. Brit.: Ercmo. Mons. Joseph Van den Biesen, Vicario Apostólico de

Abercorn, Rhodesia del Norte. Africa Centr. Brit.: Revdmo. Mons. Patricio Joseph Dalton, Prefecto Apostólico de Yola, Africa Occid. Brit.: Excmo. Mons. José Kiwanuka, Obispo de Masaka, Africa Oriental: Excmo. Mons. Joseph Byrne, Obispo de Mosbi, Africa Inglesa; Excmo. Mons. Juan Lesourd, Vicario Apostólico de Nouna, Africa Occid. Francesa: Excmo. Mons. Antonio Grauls, Vicario Apostólico de Kitega, Africa Central: Excmo. Ordinario de Libreville: N. N. Excmo. Ordinario de Leopoldville, Congo Belga: Revdmo. Mons. José María Arregui, OP., Prefecto Apostólico de Kaoshung, Formosa: Excmo. Mons. Yves Plumey, OMI, Obispo de Garoua, Cameroun.

A

—EN QUE SE OCUPAN PREFERENTEMENTE LAS MISIONERAS DE ESE TERRITORIO MISIONAL?

1. Se ocupan las misioneras de mi territorio en la enseñanza y nada más (1).

2. Catecismos. Costuras. Agricultura. Letras. Números (2).

3. Las misioneras se ocupan en la enseñanza primaria de las niñas y en la cristianización de los indígenas (3).

4. En la enseñanza, obras de apostolado y asistencia social, civilización de indígenas (4).

5. Algunas Congregaciones se dedican exclusivamente a las escuelas. Esto es necesario, pero ordinariamente no es el trabajo más importante. Tenemos una Congregación «Hermanas de la Reina de los Apóstoles» de Austria, realizando una labor misional utilísima y verdadera en nuestras misiones de aldeas, enseñando a las muchachas pobres, atendiendo los dispensarios, visitando enfermos a domicilio, enseñando el catecismo a mujeres y jóvenes, en una palabra, haciendo para las mujeres lo que el sacerdote hace para los hombres. Esta clase de misioneras es la más necesaria, y la más difícil de encontrar. Demasiadas religiosas vienen aquí para vivir solamente en las ciudades grandes, en los grandes conventos con todo el confort que tienen en Europa, enseñando sólo a la clase alta y a la clase rica. Si, las monjas —verdaderas misioneras mencionadas arriba— son muy difíciles de encontrar (5).

6. Tarea educacional a católicos y no católicos. Escuela primaria, secundaria, colegios, normales y escuelas de enfermeras.

Asistencia sanitaria: en hospitales (hay 3 católicos y dos del Gobierno); dispensarios, 12.

Asistencia social, orfanatrofíos 8, o jardines de infancia 3.

Labor catequística: trabajo de instrucción en las aldeas con mujeres y muchachas (6).

7. En la enseñanza de las escuelas publicas; talleres escolares, labor sanitaria; enseñanza catequística; cuidado del culto, acción católica y asociaciones piadosas (7).

8. En la enseñanza de los niños de ambos sexos, en los catecismos y dispensarios, y en un hospital (8).

9. La enseñanza en las escuelas infantiles primarias y secundarias y en colegios para la formación de maestras, trabajos de medicina, como enfermeras, comadronas, dirigiendo un hospital, una casa de maternidad, un dispensario, una pequeña leprosería y un asilo para niños. Dos hermanas están encargadas de la formación de una congregación diocesana de misioneras africanas. En cada convento una o dos hermanas están encargadas de la obra del catecismo visitando las casas de los pobres, etc. Están igualmente encargadas las Hermanas de la sacristía. No hay otro trabajo (9).

10. Parte civilizada: sostenimiento de colegios y escuelas; parte no civilizada: ocupaciones domésticas en los internados indígenas; escuelas entre los indígenas y párvulos; apostolado por las rancherías indígenas; atender a los dispensarios gratuitos de la misión (10).

11. Desde hace unos cinco años hay dos comunidades religiosas que cada una

dirige una escuela parroquial y ayuda en la enseñanza del catecismo especialmente en los oratorios festivos (11).

12. Las misioneras de este territorio se ocupan preferentemente en la enseñanza de las escuelas, en la atención de hospitales y dispensarios, en atender a los servicios de cocina para los religiosos y alumnos de los internados gíbaros; en obras asistenciales y sociales entre el elemento femenino externo (12).

13. Las misioneras de este territorio se dedican a la enseñanza, orfanatrofios, hospitales y dispensarios, jardines de infancia, y la frecuente visita a las casas particulares cuidando especialmente de las mujeres (13).

14. En la enseñanza y en los hospitales (14).

15. En la enseñanza (15).

16. Se ocupan en la formación intelectual y moral de la muchacha y de la mujer; de los lugares de salud, maternidades y hospitales; de escuelas y catequesis; de guarderías de infantes y colegios, etc., etc. (16).

17. La salvación de las almas, mediante los catecumenados, las escuelas, los hospitales y los dispensarios (17).

18. Nuestras hermanas misioneras están consagradas a las actividades y trabajos propios de tales hermanas en todas partes, esto es, escuelas, educación, hospitales, instrucción de paganos y catecúmenos y la elevación espiritual y moral de las mujeres del país, mientras sean ocupaciones esencialmente misioneras ordenadas a la conversión del africano (18).

19. Enseñanza en las escuelas y catecumenado; cuidado del enfermo; formación de las hermanas africanas (19).

20. Ante todo el trabajo de educación y médico (20).

21. Escuelas y cursos de catecismo. — Hospitales, maternidades, Dispensarios. Labor de ama de casa en el seminario (21).

22. **Congregación africana**

a) Instrucción religiosa.
b) Competencia como enfermeras (general y de maternidad).
c) Competencia como profesoras-Primaria, Secundaria.
Especialistas en las ciencias domésticas.
d) Educación de los catecúmenos.
e) Cuidado de iglesias y sacristías.
f) Preparación de la materia del Santo Sacrificio.

Enseñanza en todas sus ramas

Escuelas:

a) Primarias.
b) Centros de arte casero.
c) Secundarias — Junior y Senior.
d) Ciencias domésticas, Educación de las profesoras.
e) Escuela para ciegos. Comenzada en 1956. Una religiosa europea y dos africanas han sido reconocidas en Inglaterra para esta especialidad.

Trabajo médico

a) Colegio de enseñanza para parteras.
b) Colegio de enseñanza para enfermeras generales.
c) Colegio de enseñanza para enfermeras asistentes.
d) Colegio de enseñanza para asistentes.

Otros trabajos

a) Sodalicios y clubs sociales para mujeres.
b) Legión de María — Junior y Senior praesidia.
c) Muchachas guías (escultismo femenino).
d) Cruz Roja.
e) Cuidado de las personas ancianas y visita de las mismas a domicilio (22).

23. Trabajo médico en los dispensarios. — Educación en escuelas. En muchas misiones las misioneras cuidan de la cocina, granja, lavadero y sacristía (23).

24. Escuelas, trabajo médico, trabajo general en iglesia, casa, jardín, etc. (24).

25. Escuelas, casa de resposo, ciencias domésticas, dispensario, orfanatrofios, establecimientos de leprosos (25).

26. Enseñanza — Enfermería — Ama de casa (26).

27. Enseñanza, hospital y trabajo casero (27).

28. Durante bastantes años no hemos tenido misioneras, excepción hecha de nuestras propias misioneras africanas; un puñado de 23. Las «canossian» hermanas han deseado ahora trabajar en esta diócesis. Ellas podrán realizar trabajos de educación y médicos; las nuestras nos ayudan en tareas de menor importancia con el mantenimiento del mobiliario de la Iglesia, las intrucciones catequísticas (28).

29. Escuelas y trabajo de dispensario y hospitales (29).

30. Médico y escolar (30).

31. Enseñanza y Hospitales (31).

32. Las religiosas están consagradas al hospital y a los trabajos de escuela y a la educación de las muchachas en la ciencia doméstica (32).

33. La misionera como el misionero prefiere la vida de contacto con la población. El trabajo (giras, visitas a domicilio, etc.) consiste en penetrar constantemente en el medio femenino.

La obra de los «SIXA» está encomendada particularmente a las misioneras. Se trata de una obra dedicada a la formación espiritual y de hogar de las novias. Algo así como una Escuela del Hogar. La mayoría de las mujeres que pretenden casarse con cristianos pasan por esta organización (33).

34. La instrucción de los niños cristianos y las escuelas primarias para niñas. Los dispensarios para las que son enfermeras (34).

35. Dispensarios (35).

36. El trabajo en que debemos ocuparnos en nuestro territorio misional es la instrucción y educación de la juventud; el cuidado de los enfermos tanto en el hospital como a domicilio; el cuidado de las casas de retiro para mujeres y el cuidado de los pobres (36).

37. Nuestras religiosas se entregan principalmente a la educación de los niños en las escuelas. Ellas gustan de organizar los orfelinatos y de ocuparse de todos los pequeños. Las hermanas enfermeras gustan igualmente del trabajo con los enfermos. Una comunidad entrega todos sus esfuerzos a los leprosos (37).

B

—QUE OBRA LAS ENCOMENDARIA EN SU MISION DE TENER MAYOR NUMERO DISPONIBLE Y FONDOS ABUNDANTES?

1. Las ocuparía en hospitales y en correrías misioneras de enseñanza del catecismo y en más escuelas (1).

2. Orfanatos. Hospitales. Internados (2).

3. Al tener mayor número de misioneras y fondos abundantes, les encomendaría el curso de corte y bordado para las jóvenes de la misión (3).

4. Extendería e intensificaría los existentes, y crearía más internados para indígenas y para rehabilitación de la niñez (4).

5. Como he dicho anteriormente las misioneras más necesarias son aquellas religiosas que vienen dispuestas a vivir en pequeñas casas o conventos, en misiones de aldeas, dispuestas a hacer todo el trabajo de instrucción, catecismo y formación cristiana para mujeres y muchachas. Al mismo tiempo deben atender al dispensario y los hospitales si es posible, y cuidar de la Iglesia. En otras palabras, las verdaderas Misioneras deben estar dispuestas a hacer todas las cosas que los sacerdotes y hermanos hacen respectivamente. La mayor parte de las misiones no disponen de medios económicos para tener una docena de Congregaciones distin-

tas, unas con especialidad en la enseñanza, otras en el cuidado de los enfermos, otras atendiendo a las casas de maternidad; debemos tener hermanas preparadas para hacer todas estas cosas en cada misión. Yo bien creo que nadie podrá cambiar las cosas. Sin embargo he oído reiteradas veces entre los Obispos misioneros que uno de los mayores obstáculos en las misiones es la dificultad de conseguir hermanas preparadas para hacer todas estas cosas. Si vienen aquí para vivir de la misma manera que viven en Europa y hacen solamente lo que hacen en Europa, ¿por qué se les va a llamar misioneras? (5).

6. Desearíamos un aumento de los trabajos arriba mencionados, casas-asilos para ancianos, refugios para mujeres, residencias estudiantiles para muchachas que siguen cursos en colegios y Universidades; casas de Ejercicios espirituales para mujeres; visitas a las parroquias, labor dedicada a formentar el bienestar social (6).

7. Giras misioneras ambulantes; unidades de enseñanza ambulantes, evangelización catequística de las escuelas y anuncios parroquiales (7).

8. En la enseñanza superior con deseos de poder abarcar la Normal (8).

9. Como se puede ver ellas trabajan a lo largo y ancho de todo el territorio, pero hay trabajo para otras muchas Congregaciones (9).

10. Las mismas obras multiplicando las casas (10).

11. Desearía principiar con Hermanas cuanto antes, un asilo para pobres, que ya está en preparación. Además unas tres escuelas más con anejo social (11).

12. De tener mayor número disponible y fondos abundantes, encomendaría a las misioneras las obras indicadas en el número anterior, sobre todo incrementando el número de residencias de las mismas, y aumentando el número de los internados y de las escuelas para niñas que son de gran importancia y eficacia en la conversión y civilización de los gíbaros (12).

13. Por ahora tenemos bastantes hermanas misioneras. Podrían extender su actividad en algunos lugares (13).

14. La Acción Católica entre la mujer y abrir otras nuevas misiones (14).

15. Nuevas escuelas, colegios y hospitales (15).

16. Obras de educación de chicas indígenas y mixtas en gran escala; obras de reeducación de la muchacha y mujer caídas (16).

17. Si hubiera más religiosas y recursos económicos. Nos gustaría extender la educación de las numerosas chicas abandonadas y organizar el trabajo de la maternidad para contrarrestar la extendida extensión del «birth control», que promulgan los no católicos y los agentes estatales. También nos gustaría establecer orfanatrofios, centros de enseñanza de la economía doméstica, centros cómodos de educación infantil y un sistema de organización mediante el cual podríamos alcanzar a los 100.000 nómadas (17).

18. El número de los trabajos que podríamos encomendar a las religiosas, si fueran más y nuestros recursos mayores, es ilimitado: Visitas a domicilio, enseñanza doméstica, dispensarios, etc. (18).

19. Más extenso trabajo médico (19).

20. Cuidado del pobre. Mayor cuidado de las madres cristianas y hogares de maternidad; trabajos de prensa (20).

21. Labor social y apostolado seglar entre grupos femeninos. Trabajos de secretaría: Taquigrafía, tipistas. — Tarea de ama de casa en los puestos de misión (21).

22. Extender los indicados trabajos (22).

23. Trabajo médico en hospitales católicos propios. Organizaciones juveniles femeninas (23).

24. Trabajo social moral (24).

25. Extender e intensificar lo indicado (25).

26. Erigir algunas misiones más (26).

27. Más de lo dicho, muchos de los cuales trabajos bien lo necesitan (27).

28. Labor educacional, médica y hacernos cargo de cursos para parteras y asociaciones de ciencias domésticas (28).

29. Trabajo social, más hospitales, leproserías, asilos, orfelinatos, escuelas para muchachos europeos... (29).

30. Visita a domicilio de toda la población, tal como lo hacen los misioneros

en toda la misión; trabajo de maternidad; cuidados ante y postnatales; casa para los muchachos y sobre todo instrucción de mujeres y chicas en las verdades de nuestra Santa Fe (30).

31. Trabajos sociales (31).

32. La campaña emprendida en vistas a elevar el nivel espiritual y cultural de la mujer, exige obras catequísticas, obras sociales, obradores, etc... Algo de ello se ha conseguido. Queda aún muchísimo que hacer... Y dicho sea de paso, las congregaciones misioneras femeninas no pueden dar abasto a esta labor. Es preciso solicitar la ayuda de asociaciones seglares, de asistencia social... La contribución de las misioneras al trabajo escolar pierde de su importancia, dado el número de maestras diplomadas de la enseñanza tanto pública como privada (33).

33. Escuelas de niñas, primarias y medias; instrucción de hijos de cristianos, catecumenado de mujeres, obras sociales para jóvenes solteras y casadas. Dispensarios para las que tuviesen su diploma de enfermera (34).

34. El catecismo, los retiros y Acción Católica (35).

35. Escuelas (36).

36. Esperamos tener escuelas como preparación para el colegio (37)

37. En el Africa negra, en nuestra misión (país de misión cien por cien) yo recomendaría preferencia por las obras que tienden a preparar auténticas familias cristianas. Las Hermanas están llamadas a jugar un papel esencial en la formación de las jóvenes, de las futuras esposas y madres. La situación de la mujer es muy baja en muchas regiones. Por esto las escuelas económicas dirigidas por hermanas competentes, están llamadas a rendir inmensos servicios a la sociedad africana. La educación social y familiar debe tener un primer puesto en las actividades de las religiosas (38).

C

—QUE NUMERO TIENE Y CUAL DESEARIA TENER?

1. Tengo diez religiosas y desearía siquiera 30 más (1).

2. Tengo ocho: desearía tener 50 (2).

3. Actualmente en la misión hay diez misioneras y desearía tener el doble (3).

4. Actualmente hay en el vicariato 37. Desearía por lo menos 25 más (4).

5. Tenemos alrededor de 60 hermanas pertenecientes a tres Congregaciones. Podríamos emplear muchas más si estuvieran preparadas para hacer lo que hay que hacer (5).

6. 192 hermanas en la misión; necesitaríamos 100 más. Las necesidades del futuro no podemos enumerarlas (6).

7. Tengo un centenar de 7 Institutos y quisiera tener siquiera el doble, y con sus títulos respectivos para todas (7).

8. En toda la misión parece completo el personal, pero como continuamente se van abarcando más trabajos o tomando otros nuevos, cada día se necesita mayor personal y más escogido. Hay ahora setenta religiosas (8).

9. Hay actualmente 30 misioneras en la Archidiócesis, pero yo desearía el doble (9).

10. Hay 34, y necesitaríamos por lo menos 50 por ahora (10).

11. Hay 8 Terciarias de la sagrada Familia, y 11 religiosas de Nuestra Señora de Sión (11).

12. Actualmente trabajan en la misión unas 50 misioneras, dadas las obras que me propongo necesitaría duplicar este número, pero por lo menos es urgente e indispensable obtener las religiosas necesarias (de unas 12 a 15) para poder abrir los nuevos templos con internado en Chiguaza y Yaupi (12).

13. Tengo 302 hermanas, de las cuales 282 son indígenas y 20 italianas (13).

14. Siete y debieran ser 27 (14).

15. Hay 55 y pudiéramos tener algunas más (15).

16. En esta diócesis 115 hermanas, pero precisaría de muchas más tanto para las misiones propiamente dichas como para obras sociales (16).

17. Hay 19 hermanas en nuestros conventos. Es difícil calcular cuántas más necesitaríamos. En el momento presente nosotros necesitaríamos 15 más, pero dentro de pocos años, desenvuelta más la misión, necesitaríamos 40 más. Pero mucho depende de nuestros recursos económicos, pues aun en el progreso presente es aminorado éste por la falta de fondos económicos para adquirir propiedades, construir conventos, dispensarios y escuelas (17).

18. En este vicariato hay 34 religiosas africanas o indígenas y 52 europeas. Aquí serán bienvenidas cuantas vengan, pues aquí hay trabajo ilimitado para ellas (18).

19. 30. Si tuviéramos un centenar cada parroquia tendría alguna (19).

20. Europeas 40, africanas 81 (20).

21. Nosotros tenemos 245 africanas y 72 europeas. Nosotros desearíamos más (21).

22. Europeas 25, africanas 42. Nosotros nos haríamos con un número ilimitado (22).

23. 44 hermanas europeas y su número es suficiente por el momento, pues tenemos 34 hermanas africanas más (23).

24. Europeas 55, africanas 24, emplearíamos de 20 a 30 más si las tuviéramos (24).

25. 9 comunidades, 53 hermanas europeas, 3 comunidades en misiones rurales. 5 en las ciudades y 1 para niños de color (25).

26. 20 hermanas nativas y 179 europeas. Necesitaríamos 10 más para reemplazar las viejas (26).

27. 35 no africanas y 7 africanas (27).

28. Actualmente 23 africanas y pronto llegará la primera caravana de 4 conosas. La anterior tiene relación con la cuestión tercera (28).

29. Nosotros tenemos solamente 13 hermanas. Necesitaríamos varias veces este número (29).

30. 6 hermanas y dos conventos. Al menos 2 para cada estación central de la misión (30).

31. 140 hermanas africanas, 20 europeas. Tantas cuantas la diócesis nos pueda proveer (31).

32. Hermanas africanas 109, extranjeras 21 (32).

33. El obispado de Nouna cuenta con 12 hermanas blancas. Si cada puesto de misión tuviera un puesto de hermanas, harían falta por lo menos unas 30. Sólo 3 puestos tienen la suerte de poseer una comunidad de misioneras. Y los puestos del obispado son 10 y otro que se va a fundar en fecha próxima (33).

34. Tenemos 85 religiosas europeas y 95 religiosas africanas. Hay 12 puestos que no tienen misioneras y un mínimum de 8 hermanas por puesto. Necesitaríamos 100 más de las que tenemos (34).

35. Sacerdotes, 72; Hermanos, 27; Hermanas, 90. Se necesitaría la mitad más (35).

36. Tenemos 170. Necesitaríamos 250 (36).

37. Casi hay más de 600 hermanas que trabajan en América, Alemania, China-Formosa y Brasil (37).

38. Nuestra diócesis cuenta actualmente con cincuenta hermanas que pertenecen a seis congregaciones religiosas. Sería necesario un centenar para atender a las necesidades de nuestras obras. La cuestión de su subsistencia es grave y este país es muy pobre (38).

D

—CUAL ES LA FORMACION IDEAL PARA UNA MISIONERA Y CUALIDADES MAS NECESARIAS QUE EXIGE LA VIDA PRACTICA?

1. El ver en cada alma un ser redimido por la sangre de Cristo y que domine el espíritu sobrenatural; ser comprensiva del medio en que se vive y que tiene ante Dios, la comunidad y la patria una gran misión que cumplir (1).

2. Piedad arraigada y espíritu de sacrificio y de renuncia (2).

3. La formación ideal para una misionera es la abnegación en el mayor grado posible. Las cualidades más necesarias que exige la vida práctica son: la suavidad, la tolerancia y el amor al trabajo (3).

4. Debe ser piadosa, optimista, abnegada, sana, prudente y activa (4).

5. La respuesta sería demasiada larga... En la mayor parte de los casos las cualidades deben ser las mismas que necesitan los otros misioneros. Especialmente un espíritu extraordinario de adaptabilidad a las condiciones de las misiones (5).

6. La formación ideal de las Hermanas misioneras nos atreveríamos a decir que debiera ser un buen entrenamiento mixto en la vida activa y contemplativa, dedicándose por una parte a fomentar el bienestar social y una formación sólida en la práctica de la catequesis. Cualidades más necesarias: paciencia, humildad, afabilidad, juicio equilibrado, obediencia y espíritu de iniciativa (6).

7. Vida religiosa, intelectual, moral y litúrgica bien formada. Obediencia a la Superiora y al Prelado. Les faltan títulos, que para todo se exigen. Música y Organista para el servicio parroquial. Versada en la vida parroquial (7).

8. En lo espiritual son necesarias virtudes sólidas, y para la vida práctica se requiere adaptabilidad, comprensión y paciencia (8).

9. Yo no conozco ciertamente cuál es el ideal. Nuestras Hermanas tienen generalmente una buena formación y buenas cualidades de celo y consagración a su trabajo, fidelidad a su Regla y según creo las principales cualidades exigidas por su ministerio (9).

10. Además de la formación espiritual, que estén capacitadas para desempeñar a satisfacción las ocupaciones indicadas en el número uno (10).

11. Siendo la vida de nuestras obras poco distinta de la de otros lugares, su formación ha de ser, junto con la ascética religiosa, también científica de Maestras, que unan a la ciencia el espíritu de sacrificio y comprensión de niños en un ambiente heterogéneo (11).

12. La formación ideal y las cualidades más necesarias para una misionera son las de una buena religiosa, a saber: humildad, obediencia, abnegación, constancia, espíritu de sacrificio y unión con Dios (12).

13. Las Hermanas misioneras necesitan sobre todo ser buenas religiosas y tener una sólida formación según las normas de su Instituto (13).

14. El Magisterio y la enfermería (14).

15. Una buena formación espiritual y para su misión específica (15).

16. Fe esclarecida, largueza de miras, visión del mundo a través de la Iglesia y no a través de su congregación u orden, preparación técnica de enfermera, de maestra y también acerca de los problemas familiares íntimos (16).

17. Sus constituciones fielmente observadas deberían ser la formación ideal para las hermanas misioneras (17).

18. Las cualidades más necesarias para las hermanas misioneras son sobre todo santidad personal robusta, piedad y paciencia fuera de común. Toda formación que cultive estas cualidades es la ideal (18).

19. La de las hermanas blancas: Un año de fusión con otras nacionalidades. Especialización; magisterio, formación de misionera, etc. (19).

20. La hermana misionera debe ser, naturalmente, bien formada en la vida espiritual, y su maestra de novicias debería tener conocimientos de la vida de misión. ¿Cualidades? De nuevo, espíritu de fe robusta, caridad y amabilidad para todos, alegría y gran paciencia. El espíritu de sacrificio, por descontado (20).

21. Formación ideal:

Formación de una buena hermana religiosa: humildad con espíritu de iniciativa personal; celo bien dirigido basado sobre un buen fundamento espiritual; contacto con el futuro campo de apostolado para un mejor conocimiento y adaptación; un buen director (o directora) elegido para esta formación (21).

22. Inculcar el espíritu del instituto de acuerdo con los ideales del fundador. Devoción a los Ejercicios espirituales. Sentido común. Paciencia. Fuerte sentido del humor (22).

23. La formación ideal para las misioneras: apropiada enseñanza profesional

con calificaciones y diplomas reconocidos en medicina, enseñanza, educación del carácter (23).

24. Buena salud, abundancia de sentido común y puntos de mira sobrenaturales (24).

25. Las mismas cualidades que para los sacerdotes y hermanos (25).

26. Educadas para su trabajo y buen carácter (26).

27. Buena religiosa. Entrega al deber y perseverancia (27).

28. En cualquier caso la formación de la misionera se fundará en la vida espiritual y religiosa; y teniendo en cuenta la vida comunitaria y las condiciones particulares de apostolado a que se la dedicará. Cuando sea posible una educación académica buena con calificaciones relevantes será un precioso caudal para la congregación y para las actividades que tenga que desempeñar. La devoción es piedra angular; además coraje moral, que es muy precioso cuando el trabajo es ingrato (28).

29. Deberían ser convenientemente educadas y cualificadas para los trabajos anteriormente mencionados (núms. 1 y 2) (29).

30. Temo no ser yo una autoridad y cualquier comentario que haga sea incorrecto. Me imagino que esto difiere según los territorios de misión y según el desarrollo que haya alcanzado. En los territorios más adelantados nos encontramos ante un pueblo enterrado a través de las edades en la ignorancia y esclavitud con un potente despertar a una intensidad violenta, locamente deseosos de progreso en todas sus formas; las hermanas bien dotadas en todas las ramas del saber son de un valor inestimable para la misión. Esta gente despertando del sueño en que estaban sumidos, tendrán una educación quieras no quieras sin preocuparse mucho de la naturaleza de la educación que recibe. La misión católica debe abastecer ésta (sed de saber...) o si no sufrirá la pérdida de la gente educada y líderes del futuro. La buena calidad de esta educación sola asegurará una fuerte educación católica. Esto es cuestión de vida o muerte en nuestros días cuando una educación libre es ofrecida y dada por países comunistas y no católicos.

En las áreas primitivas como la mía, siendo verdad que en general es mejor la educación superior, no es así, a mi entender, no es lo esencial para el mejor trabajo misionero. El pueblo primitivo tiene poco interés o ninguno para la educación, y actualmente, tiene que ser educado, por así decirlo, a que se interese. Tomar contacto con ellos; mitigar su conservadurismo suspicaz; evocar amistad y confianza; sobrepasar la natural hostilidad y suspicacia del extraño, esta es la verdadera tarea del misionero, ya sea sacerdote ya hermana. Si el misionero quiere tener éxito debe ser como dice San Pablo: Todo para todos. Hacer esto algunas veces es muy difícil y realmente requiere una fe muy honda, sana preparación práctica y teórica, tener experiencia y aprecio de las verdades y consolaciones divinas. Amor, simpatía, tacto, compasión, que son el fruto de la virtud cristiana fielmente cumplida, llevan a ganar los corazones más duros; una llamada al corazón más que a la inteligencia, al menos al principio, es lo mejor. Así, como arriba he indicado, la visita a casa por casa de las hermanas es una condición sine qua non. Experiencia médica y técnica harán el tal apostolado más fructífero, pero aun sin esto, la amabilidad cristiana, simpatía, y mostrando interés en todos sus problemas, pequeños y grandes, atrae más a la gente que toda la maña del mundo. En mi región tenemos una gran población musulmana que practica una estricta purdah; una población pagana polígama influenciada en muchas cosas por los musulmanes, pues acontece que aquí toda la Administración está prácticamente en sus manos. Así la conversión de las mujeres, es como un libro cerrado para el misionero. El único camino por el que pueden ser objeto de contacto es mediante la visita a domicilio, y naturalmente sólo una mujer puede hacer esto. Hay varias teorías acerca de la posibilidad de convertir a los musulmanes; permítasenos ignorarlas ahora y aquí. Es más importante ser simpático y amigo del musulmán, pues así al menos a las misioneras católicas se les permitirá trabajar en la población pagana sin daño alguno, que en esta provincia se va acercando al millón. La visita de la hermana es la solución. El musulmán normal aquí tiene una grave objección en enviar sus mujeres a los hospitales y clínicas públicas para dar a luz o para otros tratamientos, pero cosa extraña, no ve nada malo en enviarlas a un

hospital o clínica donde trabaja una religiosa católica. Asimismo ellos dan la bienvenida a las hermanas en sus hogares. Un viejo emir estableció en una reunión de consejo que él no permitiría a las muchachas Fulani educar para la labor de enfermera y de parlera en el único establecimiento de educación de la provincia (centro protestante); ni permitiría a las muchachas salir de la provincia para la tal educación, sino que esperaría que las religiosas abrieran un establecimiento de tal género. Este hombre no era muy amigo de la misión católica. Esto es una opinión mía, si los musulmanes rurales se han de convertir, las hermanas serán las únicas que lo lograrán, y esto a mi entender, sólo es cuestión de tiempo. ¿Cuál es la formación ideal? Yo diría que ha de ser algo similar a la formación de las que en Irlanda son conocidas con el nombre de Hermanitas de los Pobres. De nuevo, las sociedades religiosas existentes, deberían estar dispuestas a quererse adaptar a las condiciones de las misiones, y en particular en lo tocante a los ejercicios religiosos. Lo que puede ser factible y agradable en la patria se convertirá en una carga intolerable en el gran calor y en los minúsculos y desgarbados oratorios que tendrán en tierras de misión. Las largas e interminables oraciones y letanías deberían ser acortadas, las facilidades para la recreación aumentadas, y, hablando en términos generales se requiere un modo de ver las cosas más práctico de acuerdo con las exigencia técnicas y mentales del trabajo de misión.

Así las enfermedades tropicales, soledad, monotonía, malestar, temor y disgusto debido a enfermedades tan terribles y en especial desórdenes venéreos; depresión debida a la actitud cínica de los paganos y musulmanes hacia la mujer, la misma dureza de la vida, apatía, ignorancia y suciedad de la misma mujer indígena; la aparente falta de apreciación por el trabajo hecho y la ayuda prestada aun a costa de los más grandes sacrificios; la falta de ricas ceremonias; la dificultad en adquirir o encontrar abundancia de confesores, la falta de experimentados directores espirituales y quizás, como ya he dicho, un régimen de prácticas piadosas mal adaptado a las peculiares dificultades del clima tropical y pueblos atrasados (30).

31. La espiritual y sobrenatural (31).

32. Las misioneras en nuestros días deben tener una sana formación espiritual y también formación en el campo de la enseñanza y medicina (32).

33. La formación ideal supone tantas cualidades... De todas formas se exige una salud robusta, espíritu de iniciativa combinado con la obediencia, y sobre todo saber hacer de todo. En la misión todo saber práctico es de una utilidad muy grande. La mayoría poseen título de enfermeras, etc. (33).

34. Primeramente una buena formación religiosa para que viva y razone su fe. Mucho espíritu de fe. Que tenga en su ayuda una buena formación técnica médica para las enfermeras. Pedagogía para las instructoras y catequistas. Para todas una gran dosis de optimismo y de buen humor. Debe tener siempre la sonrisa perpetua (34).

35. Caridad y paciencia (35).

36. La paciencia (36).

37. Los elementos de la formación en orden a obtener una religiosa de grandes cualidades son una fuerte fe, querer y esforzarse en realizar los grandes preceptos de Amor de Dios y Amor del hombre. Y la fidelidad en la observancia de sus votos y reglas, para perfeccionar el privilegio de su vocación. Además, la especialización en determinado trabajo es también necesaria para una misionera (37).

38. Una hermana misionera debe poder llevar obras de enseñanza, debe poseer una preparación pedagógica que la capacite para la enseñanza viva. Del mismo modo, para las hermanas enfermeras los años de formación sanitaria les son necesarios; es preciso intervenir en circunstancias graves. La vida práctica exige sentido de adaptación, de decisión, de energía. Es necesario entusiasmo verdadero, bien entendido, fundado sobre la convicción de que nuestra obra es obra de Dios (38).

E

—CUALES SON LOS MAYORES PELIGROS PARA UNA MISIONERA EN ESE TERRITORIO?

1. Los mayores peligros: la pérdida de la salud si se descuida y el verse entre gentes de un nivel tan bajo de vida y con tanta ignorancia (1).
2. Para la salud, el clima tropical, para el espíritu, la disipación (2).
3. Los mayores peligros para la misionera en este territorio son: la hipocresía de los habitantes y la falta de respeto a lo religioso (3).
4. La falta de salud. El desaliento ante la infructuosidad de los trabajos y las dificultades físicas y sociales de la región (4).
5. Podríamos decir que las misioneras están expuestas a los mismos peligros que tienen que afrontar los misioneros como dijimos arriba (5).
6. Físicos: calor, enfermedades como tuberculosis y anemia.

Espirituales: Desánimo y aparente fracaso, ingratitud de la gente, un complejo de superioridad con relación a las gentes evangelizadas, carencia de armonía en las pequeñas comunidades (6).

7. El mayor peligro aquí, como en cualquier parte, la falta de la vida interior y el trato con los seglares (7).
8. Como vive siempre en comunidad no parece tenga peligros especiales (8).
9. Probablemente el peligro de darse excesivamente a los trabajos exteriores de obras de celo y caridad puede distraerlas y apartarlas de la vida interior (9).
10. No podemos señalar ninguna típica de esta región (10).
11. Como las religiosas llevan una vida no muy diferente de la de su origen, valen las mismas cosas que en éste (11).
12. Casi nulos los peligros de orden moral y espiritual, debido a la vida de comunidad y a la asistencia de los religiosos misioneros; los mayores para la misionera en este territorio son los de orden físico: dificultad de comunicaciones, inclemencias tropicales, falta de recursos y buena alimentación, lo cual debilita el organismo y expone a enfermedades (12).
13. Yo no he encontrado ningún peligro especial para las Hermanas misioneras (13).
14. Perder el espíritu de su Congregación (14).
15. Más o menos las mismas que en cualquiera otra región (15).
16. Pérdida de la fe por falta de vida de piedad, pérdida de celo por desánimo en las dificultades o por comodismo de la vida (16).
17. Exceso de trabajo con la consecuente pérdida de salud y así la depresión con sus repersuciones en la vida espiritual. Escasez de conventos y hermanas y problemas de transporte que hace poco menos que imposible los cambios reemplazamientos, etc., etc, y posibilidad de lesión o daño en la vida comunitaria (17).
18. No hay ningún específico peligro inherente a la vida de las hermanas aquí, que el que existe en Europa o cualquier otra parte. Ellas pueden si su fe no es bastante fuerte, ser arrastrada al desaliento a causa de la apatía de los paganos en determinadas regiones (18).
19. El clima en el Norte (Bunyoro) (19).
20. Ella se puede perder a causa del excesivo trabajo externo, si no se acuerda del origen o manantial del verdadero trabajo misionero. Es naturalmente importante que a las hermanas les sea permitido (lo mismo que a los padres) retornar a la patria para rejuvenecimiento físico (y lo que es más importante) espiritual a intervalos regulares (20).
21. Todo se conjuga: dificultades, peligros y desaliento...

Sentimiento de frustración ante las dificultades: el ideal concebido demasiado alto a causa de las revistas o artículos sobre las misiones, que nos presentan fotografías hermoseadas e ideas no reales.

La herejía de la acción: demasiado trabajo exterior con detrimento de la vida espiritual.

Sobreestimación de las ideas propias. Incapacidad para considerar los puntos de vista de los demás, inaptitud para encontrar algo bueno en las experiencias pasadas, sentimiento de humillación si uno tiene que poner en práctica las ideas de otro, aunque sean las de un superior. Entonces la comprensión mutua se rompe, y la vida de comunidad resulta insoportable. La tentación de desertar del deber, cuando se choca con el fracaso, v. gr.: si los resultados no son patentes frecuentemente. Esto es más común entre las hermanas profesoras que entre las enfermeras (en general).

Duda en lanzarse a la gente ya que la gente viene a nosotros cada vez menos. V. g.: falta de adaptación y comprensión de la mentalidad del pueblo. Negligencia en el estudio de la lengua indígena, que rompe el lazo de unión con el pueblo y mata el interés por ellos en el misionero (21).

22. Los trabajos activos pueden absorber todos ellos la vida espiritual. Las órdenes misioneras que tienen más contacto con los forasteros (22).

23. Hoy día no existe peligro especial para nuestras religiosas en nuestra diócesis. Los peligros pueden ser provocados por la enfermedad o el contagio y para algunas hermanas puede serlo también el contacto excesivo con los europeos, que pueden constituir dificultad para un espíritu apocado (23).

24. Las condiciones climatológicas (24).

25. Una vez aclimatadas, ningún peligro debe ser temido, con tal que hayan ido a la misión con verdadero espíritu misionero (25).

26. Difícil de decir (26).

27. Desaliento (27).

28. Si hay algunos fallos, frecuentemente se debe a las reglas religiosas referentes a la vida comunitaria; el desaliento (28).

29. La monotonía del trabajo y la falta de vida social puede ocasionar peligros para las misioneras (29).

30. El mero hecho de salir ya lo es. La dificultad de las comunidades pequeñas, donde difícilmente se puede evitar las rarezas de cada uno (30).

31. La Oesternización (31).

32. No que la misionera no tenga peligros, pero la pregunta interesa quizá más al misionero, desde el punto de vista de la virtud y de la regularidad de la vida espiritual. Desde luego la mujer es más débil y soporta menos el clima (33).

33. No veo peligros particulares. Si son fieles a sus reglas, no están aquí más expuestas que en los viejos países cristianos (34).

34. El aislamiento, las preocupaciones materiales (35).

35. La monotonía (36).

36. La experiencia me ha enseñado que el mayor peligro para una religiosa es el descuido en los ejercicios espirituales, oraciones y poca fidelidad en la observancia de las reglas y los votos (37).

37. Bastantes puestos de misión se encuentran aislados unos de otros. Los largos meses de la estación de las lluvias que impiden las visitas, pueden hacer la vida monótona. El desánimo frente a los choques o a la incomprensión de los paganos mina las naturalezas más generosas. Es preciso renovar sin cesar su ardor por un trabajo bien organizado, variado y atrayente y además posible. El aislamiento moral y el desánimo parecen ser los grandes peligros de la religiosa (38).

F

—POR QUE PUEDE PERDER LA MISIONERA EL PRIMITIVO FERVOR CON QUE LLEGO A LA MISION?

1. Por considerarse a veces como castigada al estar en la misión y no en un centro, en un gran colegio con gentes de alguna cultura y descuidarse en la oración (1).

2. Por falta de vida en común y por descuido en las prácticas de piedad (2).

3. La misionera puede perder el primitivo fervor con que llegó a la misión por la escasez de medios espirituales y el exceso de trabajo material (3).

4. Además de los dichos en el número anterior, por abandono de la piedad y por apegos a la familia o a otros ambientes más cómodos (4).

5. Se pierde el fervor y viene el desaliento cuando no se ve el progreso del trabajo, cuando se esperan resultados inmediatos, las dificultades lingüísticas, una aparente carencia del aprecio de sus esfuerzos, el excesivo trabajo y el no aprovecharse debidamente de los recursos espirituales y la formación de grupitos en las pequeñas comunidades ponen en peligro la práctica de la comunidad (6).

6. Por excesivo trabajo, la falta del éxito aparente y el desaliento consiguiente. El descuido de las cosas del servicio de Dios, cuya consecuencia es la falta de vida interior y la disipación.

Nota. — Las religiosas misioneras suelen ser fervorosas y buenas; lástima que no siempre acompañe una conveniente formación intelectual a tanta buena voluntad (7).

7. En algunos casos quizá por el exceso de trabajo que impide o estorba la fidelidad a los ejercicios de piedad y ahoga la vida espiritual (8).

8. Mírese el número 5 arriba. Por un abandono gradual de la oración y de los ejercicios de piedad de su regla. Además de las Hermanas misioneras estrictamente tales hay 4 Hermanas de la Congregación del santo Niño Jesús encargadas de la enseñanza en una escuela secundaria. Hay además 6 profesas hermanas africanas que están encargadas de la enseñanza del catecismo y de atender a la Iglesia y sacristía. Son excelentes religiosas (9).

9. Por los mismos motivos generales que en todas partes (10).

10. Hasta el momento todas conservan el espíritu de sacrificio generoso a pesar del calor de esta zona (11).

11. La misionera podía perder el primitivo fervor si le llegara a faltar la debida asistencia religiosa, lo cual causaría desaliento y ansiedad (12).

12. El fervor primitivo de una hermana misionera puede perderse atendiendo demasiado a las cosas exteriores (effussio ad exteriora) (13).

13. Porque los blancos las llevan a todas partes (14).

14. Principalmente por no fomentar debidamente el espíritu sobrenatural (15).

15. Por falta de fe viva y por la no observancia del reglamento (15-b).

16. Las religiosas generalmente no pierden el primitivo fervor. De todos modos puede contarse la excesiva carga con el consiguiente efecto en la vida espiritual (16).

17. Cf. 5. El fervor se puede perder también por abandono del aspecto espiritual de su vocación (17).

18. Fatiga; quizás exhaustiva; están sobrecargadas (18).

19. Puede ser debido al excesivo trabajo externo, si ella olvida el manantial del verdadero trabajo misionero (19).

20. Cf. 5 (20).

21. La religiosa puede perder el primitivo fervor por infidelidades a la regla y vida comunitaria (21).

22. Por la pérdida de fuerzas, dadas las condiciones climatológicas. Sobretrabajo. Malas inteligencias con los Padres o Hermanas. Abandono en la vida espiritual (22).

23. Si no tiene verdadera vocación, pronto perderá interés y deseará volver a la patria. Hasta hoy hemos tenido pocos casos de estos, gracias a que vienen voluntariamente y bien elegidas (23).

24. Porque vino con una idea equivocada de las dificultades inherentes al trabajo de esparcir el Reino de Dios. A veces se pide a la religiosa demasiado trabajo con detrimento de su vida interior; esto debería evitarse a toda costa (24).

25. Difícil de responder (25).

26. Salud insuficiente (26).

27. Probablemente malas inteligencias en la comunidad, falta de cooperación y consideración de parte del superior local o del Ordinario, generosidad insuficiente en tiempo de salud débil o actitud ingrata (27).

28. Por los fracasos, falta de interés y gratitud de parte de los indígenas (28).

29. Tomar las cosas como dignas de precio (apreciación) y falta de oración (30).

30. El caso puede darse. No digo que no. Y la razón, lo mismo que para los misioneros, suele ser: encontrarse en un puesto donde el superior o la superiora no da ejemplo de regularidad y de celo apostólico (32).

31. Si la superiora no sabe hacer respetar la clausura, que haya muchas relaciones inútiles con las personas de fuera; y también si la misionera abandona el cuidado de su alma y no cumple fielmente con los ejercicios de piedad (33).

32. Desaliento ante el poco éxito (34).

33. Trabajo absorbente (35).

34. Se puede llegar a la vida de comunidad falta de aliento, de vida. Las superioras demasiado rigidas corren el peligro de fijar a sus religiosas en la mediocridad y dejar ir así las cosas. Un trabajo material excesivo, unas cargas demasiado absorbentes harian perder el equilibrio moral a la religiosa, del que tiene siempre necesidad. La regularidad de una ferviente vida de comunidad son la mejor garantía para mantener a las religiosas en el ideal apostólico que emprendieron (36).

VIII

A la Superiora local en Misiones sobre "la Misionera"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Hermanas de la Providencia y de la Inmaculada Concepción, misioneras de la Prefectura Apostólica de Guapi, Colombia; Compañía Misionera del Sagrado Corazón de Jesús, Lagunas, Perú; Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, Ibambi, Congo Belga; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Japón; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Saipán; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Ponapé y Truk, Islas Carolinas; Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, Pawa, Congo Belga; Misioneras Dominicas, Macao; Misioneras de Santa Teresa, Kaoshung, Formosa; Misioneras Dominicas, Tainan, Formosa; Hermanas Blancas, Sahara, Africa; Misioneras del Chaco Paraguayo; Misioneras de la Madre Laura, Medellín, Colombia; Misioneras de Nueva Nursia, Australia; Dominicas Terciarias de Canelos, Ecuador; SOR MARÍA DEL SOCORRO LARRAURI, Misionera de Ucayali, Perú; Superiora del Asilo de Sisoguichi, Tarahumara, México; Superiora Local de la Misión de Lagos, Nigeria; Misioneras del Vicariato Apostólico de Méndez, Ecuador; Misioneras del Vicariato de Sibundoy, Colombia; Hermanas Blancas de Costa de Marfil; Hermanas Blancas del Congo Belga; Hermanas Blancas del Norte de Africa; Misioneras del Vicariato Apostólico de Quibdó, Chocó, Colombia; Por conducto del Revdmo. Administrador Ap. de Guajira, Venezuela; Por conducto del REVDMO. MONS. JOSÉ MARÍA ARREGUI, OP., Prefecto Apostólico de Kaoshung, Formosa.

A

—QUE CUALIDADES JUZGA MAS IMPORTANTES EN UNA MISIONERA?

1. La vida interior, el celo y la abnegación (1).

2. En el orden espiritual: posesión de sólidas virtudes, en especial, unión estrecha con Dios Nuestro Señor, caridad y celo ardiente por la salvación de las almas, junto con una paciencia y abnegación sin límites. En el intelectual: amplia

formación intelectual en especial en el campo de la enseñanza en todas sus ramas (Medicina, catequesis, y estudio de otras religiones en especial el Protestantismo). En el campo material: conocimiento de toda clase de oficios manuales (2).

3. Una gran amabilidad y cortesía (3).

4. Adaptabilidad y abnegación alegre pero reduciéndolo a una idea: que la auténtica caridad es comprensiva, olvidada de sí misma; y paciencia, muchísima paciencia y bondad. Cualidades físicas: salud, nervios bien equilibrados; cualidades morales: criterio amplio y recto, corazón grande.

Cualidades espirituales: mucha paciencia, espiritualmente se requiere mucha vida interior, y ejercicio continuo de mansedumbre y paciencia.

Que sea de buen carácter, en el tipo que ofrece nuestra misión, los temperamentos dominados, suaves y delicados en formas y maneras son más aceptables y convenientes.

En cuanto a cultura: una buena base y facilidad en el aprendizaje del idioma (4).

5. La abnegación, la paciencia, el espíritu de sacrificio y la mortificación; el celo, para hacerse a los nativos en cuanto sea posible sin cansarse por sus incomprensiones, etc., el valer para todo (5).

6. Saber adaptarse. Espíritu alegre y optimista. Aptitud para la enseñanza y otras habilidades prácticas necesarias en misiones. Prudencia para saber callar hasta que vea por propia experiencia lo que es educar en países paganos (6).

7. Un buen carácter y anchura de corazón (7).

8. Refiriéndonos a cualidades naturales son: muy importantes la salud, una buena preparación para el trabajo que la destine la obediencia, a ser posible con títulos oficiales, y que la misionera sea joven; aunque al principio deberá iniciarse en su apostolado al lado de misioneras experimentadas que la enseñen a obrar con prudencia. La experiencia me ha enseñado que las misioneras jóvenes aprenden con más facilidad los idiomas, se adaptan mejor al clima y costumbres, comprenden mejor la psicología de sus misionados, por lo que les resulta más fácil y es más fecundo su apostolado. Hablando sobrenaturalmente lo más importante en una misionera es que tenga mucho amor de Dios para soportar y llevar con alegría tanta privación, incomodidades, soledad, etc., de la vida misionera en misiones vivas (8).

9. La de adaptarse a las personas con quienes tiene que convivir para ganarlas mediante la caridad y todo lo que ella comprende (9).

10. Las cualidades más importantes de una misionera a mi entender deben ser la ecuanimidad y afabilidad para atraer las almas y llevarlas a Dios (10).

11. Además de las virtudes religiosas comunes a todas las que se entregan al Señor, me parece que ciertas cualidades humanas son más indispensables para una misionera: un gran desinterés basado en la entrega de sí, que la vuelva acogedora con el prójimo, flexible ante las exigencias de las circunstancias, abierta a todo progreso y dispuesta a todo sacrificio.

Un juicio recto, una cierta madurez personal que la ayude a sobrellevar las responsabilidades apostólicas y a tomar sus iniciativas con sumisión inteligente a las órdenes generales de los superiores.

Un buen equilibrio nervioso y afectivo.

Un espíritu católico, así nos lo pide el Fundador, que la permita colaborar fraternalmente con Hermanas de todas las nacionalidades, elevarse por encima de los intereses de una patria y por encima de los trastornos políticos y sociales que agitan la mayor parte de los territorios de misión.

Una voluntad tenaz, anclada a la Voluntad de Dios que la ayude a vencer las dificultades, las fatigas, las decepciones del apostolado; que la sostenga en particular en la labor fastidiosa del estudio de los idiomas indígenas.

Un carácter alegre y social que estimule la vida de comunidad.

Ciertas aptitudes o posibilidades de formación profesional, y un minimum de salud (11).

12. Piedad, obediencia, preparación técnica (12).

13. Ecuanimidad, alegría, habilidad para el desempeño de las múltiples acti-

vidades apostólicas y energía de voluntad para no arredrarse ante ningún obstáculo (13).

14. Amor maternal para los indígenas (14).

15. Juzgo que las cualidades más importantes de una misionera son: el amor a la vida interior, el verdadero celo por la salvación de las almas, y el olvido de sí misma (15).

16. Mucho amor a Dios y amor a las almas comenzando por la propia (16).

17. La unión con Dios, la abnegación y humildad, la identificación de sus criterios con los de sus superiores, y con los de los que dirigen la misión en general (17).

18. La práctica de la caridad cristiana, celo apostólico, un gran espíritu de fe y oración. Juicio equilibrado, tolerancia con las opiniones ajenas no aferrándose al propio juicio. Sinceridad y sentido de buen humor; y buena salud (18).

19. Las cualidades más importantes para una misionera son: las cualidades indispensables a una buena religiosa, y además: robustez física, abnegación, espíritu de sacrificio, espíritu de unión con Dios, intensa vida interior, humildad, obediencia, constancia (19).

20. Espíritu sobrenatural, mucha vida interior, abnegación, imparcialidad y humildad (20).

21. Gran caridad, una bondad incansable, paciencia y prudencia, discreción, obediencia, celo, gran abnegación y profunda humildad no atribuyéndose los éxitos y aceptando el no tener ninguno (21).

22. Celo por las almas, obediencia, espíritu de oración, juicio recto, bondad, optimismo (22).

23. Una vida interior profunda que alimente un celo prudente, o sea, facultades bien equilibradas (23).

24. La prudencia, por el celo de las almas, la amabilidad, la abnegación, buen espíritu de caridad (24).

25. Un buen carácter asequible a la vida de comunidad y al apostolado y una virtud más que ordinaria (25).

26. Educación sana. Sentido común. Rectitud de juicio. Alegría (26).

27. Carácter cosmospolítico y el pensamiento de que uno no es más que un servidor de Dios y del hombre; y el ejercitar estas ideas en palabras, maneras y obras son las más importantes cualidades de una misionera (27).

B

—QUE COSAS NO QUIERE VER EN SUS MISIONERAS?

1. El espíritu del mundo (1).

2. La falta de más sólidas y necesarias virtudes y del celo misional, esto en el campo espiritual. En el intelectual y material: falta de ambas formaciones completas (2).

3. Un excesivo mirar por su bien (3).

4. No quisiera ver en mis misioneras el egoísmo, la falta de mortificación, el sentimentalismo y la independencia. No quisiera ver susceptibilidades, prejuicios y falta de caridad por las diferencias de raza; entre algunas japonesas, vergüenza o como inferioridad de verse religiosa ante los paganos. No quisiera ver en las misioneras las manifestaciones del amor propio y la falta de suavidad y condescendencia en el trato (4).

5. El egoísmo; falta de cooperación, no dar de sí lo que se pueda; echar la carga a los demás alegando que no se es capaz de más. La falta de espíritu religioso (5).

6. Falta de adaptabilidad, flexibilidad y sentido práctico (6).

7. Su bien personal o propio por oponerse diariamente al de los demás (7).

8. El pesimismo en una misionera es pésimo, sólo ve dificultades insuperables; por muy buena preparación que tenga dará poco rendimiento en sus trabajos

apostólicos, les faltará la alegría, bondad, sus labios no tienen esa sonrisa misionera que tanto atrae a los paganos (8).

9. No está bien visto en una misionera que haga chacota de las costumbres que con frecuencia chocan con nuestro natural (9).

10. La falta de celo, y que haga distinciones en el campo donde trabaja (10).

11. Cierto infantilismo espiritual o humano. Una tendencia egocéntrica con todas sus consecuencias. Una mentalidad «prefabriquée» sobre los indígenas, los medios de apostolado; en particular una concepción demasiado romántica o paternalista de la misión. Un carácter triste, con facilidad para desanimarse física o moralmente (11).

12. Irreflexión, altanería (12).

13. La excesiva actividad con detrimento de la vida interior. El extremado pesimismo. La falta de ideales elevados, la ignorancia (13).

14. Falta de celo y poco amor al trabajo (14).

15. Ni el egoísmo ni el espíritu mundano (15).

16. El amor propio, la propia voluntad, la falta de espíritu y de abnegación (16).

17. La falta de espíritu sobrenatural en una vida de suyo tan santa y tan propia para hacer el bien y santificarse (17).

18. Descontento general (que se queja de todo), excentricidades, intolerancia, obstinación en el propio criterio, susceptibilidad, espíritu de crítica y egoísmo (18).

19. En las misioneras no quiero ver el desaliento, la melancolía, el interés por las cosas mundanas (19).

20. Falta de espíritu sobrenatural, superficialidad en el cumplimiento del deber, exigencias que revelan poco espíritu de penitencia (20).

21. La negligencia en los ejercicios de piedad, la tendencia al egoísmo (21).

22. Espíritu altanero, materialismo, inadaptación, pesimismo, negativa de control (22).

23. El egoísmo considerado en todos sus aspectos (23).

24. El deseo de brillo o llamar la atención, el interés personal, el alejamiento o el egoísmo, rehuir el trabajo, la indiferencia, la disipación (24).

25. La ausencia de las cualidades indicadas (25).

26. Carácter violento y la falta de espíritu de laboriosidad (26).

27. La mala costumbre del orgullo, de los prejuicios y de la descortesía está llena de inconvenientes para la gran labor misionera (27).

C

—CUALES SON LAS ENFERMEDADES MAS CORRIENTES EN LAS MISIONERAS?

1. El paludismo y la anemia (1).

2. En esta misión es el agotamiento y la anemia por los malos alimentos. Las enfermedades endémicas del país no se contraen fácilmente, sobre todo usando preservativos adecuados (2).

3. La anemia, agotamiento físico y paludismo (3).

4. Que puedan llamarse corrientes, ninguna. Más o menos se padecen las que suelen pasar en nuestro país. No hay, gracias a Dios, enfermedades que pueda decirse son corrientes. Quizá el desequilibrio nervioso sea uno de los peligros en la salud. Japón no es clima malo para los extranjeros. Así lo reconocen todos y lo publican las revistas, pero poco a poco parece que se debilita la naturaleza, ya que es clima extremoso y los alimentos tienen menos fuerza. En Japón el gran peligro es la T. B., por lo que no son convenientes los candidatos con historia de T. B. Puede haber peligro —favorecido por la debilidad— tratándose de personas sentimentales, de desequilibrios nerviosos (4).

5. Las enfermedades de la piel, los fungos (hongos) que salen en los pies

debido a la humedad producida por el sudor. Esto, no sólo lo padecen las misioneras, sino también las nativas. Una irritación de la piel, que comenzando por una especie de granito se va extendiendo por gran parte del cuerpo. Las dos producen picazón y malestar; pueden aliviar y curar, pero vuelven a reproducirse (5).

6. Llagas en los pies y erupciones en la piel (6).

7. Las más corrientes, debido al clima cálido, húmedo, en el Congo belga, son: anemia, agotamiento físico, reumatismo, paludismo y malarias (7).

8. La que más conozco es la malaria, hace verdaderos estragos en los organismos, de ella se originan o derivan infinidad de enfermedades del hígado, bazo, anemias, etc. Muchas religiosas misioneras somos víctimas de esta enfermedad, que gota a gota nos roba la sangre, que un día soñamos derramar toda al golpe del verdugo por la salvación del mundo infiel (8).

9. En algunos lugares al principio la malaria y a consecuencia de ella la debilidad y anemia, aparte de otras enfermedades de que puede ser contagiada en el cuidado de los enfermos (9).

10. Llevo 21 años en las misiones, 18 en la misión de Foochow y 3 en la de Formosa. Gracias a Dios no he conocido que hayan pasado ninguna enfermedad las religiosas con quienes he convivido, aunque en esta misión eran endémicas la bubónica, la fiebre recurrente, las tifoideas y el cólera. En cambio he notado en la mayor parte de las misioneras una debilidad general en su organismo debido a la falta de vitaminas en los alimentos y al clima (10).

11. En la misión del Sahara: el paludismo, las disenterias bacilares o amibales, ciertas enfermedades endémicas, como el tifus exantemático. Las misioneras son víctimas de la anemia después de varios años de permanencia en este clima demasiado duro (durante el verano la temperatura alcanza 40 grados, aun en el interior de la casa; durante el invierno baja terriblemente la temperatura, de 25 grados al mediodía a cero grados en la tarde) (11).

12. Inapetencia, insomnio, jaquecas, anemia (12).

13. Afecciones del hígado, paludismo, anemia (13).

14. Depende de la región en que habito (14).

15. El paludismo y la anemia (15).

16. Paludismo, anemia tropical intestinal y algunos casos de lepra (16).

17. La tuberculosis y todas las enfermedades nerviosas (17).

18. Malaria, disentería, desórdenes del aparato digestivo, fatiga y cansancio, ya físico, ya mental (18).

19. Las enfermedades más corrientes en las misioneras debido al clima agotador del trópico y a la escasez de adecuada alimentación son: debilidad general del organismo, parásitos, enfermedades infecciosas y en general las enfermedades propias de los climas tropicales (19).

20. El paludismo, la anemia tropical, el agotamiento cerebral (20).

21. Paludismo, enfermedades del hígado, disenterías amibales (21).

22. La malaria (22).

23. El paludismo y la anemia tropical por lo malsano del clima (24).

24. Paludismo, enfermedades del higado (25).

25. Anemia. Malaria propia del Subterciario. Disentería (26).

26. Según nuestra experiencia, son la debilidad debida al clima y al excesivo trabajo (27).

D

—QUE ACTIVIDADES APOSTOLICAS DESPLIEGAN?

1. Por el momento nos dedicamos aquí a la enseñanza primaria y normalista, y a la enseñanza del catecismo; y a ayudar a los sacerdotes de la misión en todo lo que nos es posible. La Congregación puede encargarse de la atención de orfana-

tos, hogares para jóvenes, asilos de ancianos, cárceles de mujeres para volverlas a la vida cristiana y la asistencia y cuidado de los Seminarios (1).

2. La enseñanza; la medicina en dispensarios y visitas domiciliarias, catequesis; congregaciones marianas (2).

3. Nuestro apostolado principal en esta fundación de tres meses de existencia es la educación y formación de las niñas y las jóvenes. Unas ciento veinte niñas han empezado a asistir a clase, donde reciben la enseñanza primaria y se preparan para recibir el bautismo las paganas, y la primera comunión otras ya cristianas. Tenemos también a nuestro cuidado un grupo de jóvenes paganas de quince a veinte años que vienen a buscar un refugio en la misión. Algunas vienen huyendo de sus maridos; otras son llevadas por sus mismos maridos que son cristianos, para que aprendan el catecismo, reciban el bautismo y puedan contraer matrimonio lo antes posible; y otras por fin porque quieren vivir cerca de las religiosas para prepararse a recibir el bautismo. El porvenir de esta misión es consolador. Ya no serán los padres solos para trabajar y formar cristianamente a los niños, que en número de 700 asisten a la clase; sino que la misión tendrá su complemento con la labor de las religiosas en favor de las niñas para tener el día de mañana mujeres cristianas que formen hogares cristianos.

Una religiosa está encargada de un pequeño dispensario para atender a los enfermos de la misión (3).

4. Tratándose de casa-noviciado, el mayor apostolado consiste en la formación de novicias indígenas. En segundo lugar las escuelas de párvulos, por cuyo medio inflúyese mucho en las familias. Un buen número de las madres de nuestros niños vienen a instruirse en nuestra religión. Aparte de esto, la catequesis de los niños pobres del barrio; las clases particulares de catecismo a Señoritas y Señoras.

Colegio de primera y segunda enseñanza, de catecismo a las familias de las alumnas, conferencias mensuales a los padres de familia sobre puntos de educación de sus hijos, con el fin de irlos atrayendo indirectamente a la Iglesia. Internado de niñas. Colaboración parroquial, arreglo de ornamentos, cantos, etc., etc., catequesis para los niños de las escuelas públicas.

Principalmente la enseñanza, con todos los grados: párvulos, enseñanza primaria, media y superior. Clases de catecismo para adultos. Tandas de Ejercicios espirituales, retiros mensuales, contacto y ayuda a los pobres, a los leprosos de Kirse, a ciegos y enfermos (4).

5. La enseñanza: en el Kinder, en la escuela parroquial, en las escuelas del hogar. La catequesis. La Asociación de Tarsicios y la Niña María, hasta que entran en la Congregación de los Estanislaos y de Hijas de María. Las visitas al hospital (5).

6. La enseñanza en la escuela. Formación de niñas en el internado. Ejercicios espirituales para adultos. Formación de jóvenes en el noviciado y en el aspirantado indígena. Excursiones apostólicas a otras islas, ayudando al padre misionero en las tandas de Ejercicios a niños y adultos anualmente por espacio de quince días en cada isla (6).

7. Nuestro apostolado principal consiste en el ejercicio de la caridad corporal, atendiendo a una leprosería con más de 1.600 enfermos, hospitalizados los más graves. De un hospital, para toda clase de enfermos, con unos 250 hospitalizados, en donde se hacen unas 1.880 intervenciones quirúrgicas anuales. Se atiende a preparar los enfermos graves, si son cristianos a recibir los últimos Sacramentos, y si son paganos a recibir el bautismo «in articulo mortis». Atendemos también tres Maternidades en Pawa, Baabonde y Meoge, donde se registran más de 1.700 nacimientos por año. De varios dispensarios en la selva, adonde acuden semanalmente cerca del millar de enfermos; además de los dispensarios de Pawa, donde son atendidos varios centenares al día, aumentando el número los días destinados a la lepra y sífilis. Tenemos a nuestro cuidado un internado para niños hijos de leprosos, separados de sus padres en el momento de nacer en número de 90; y otro con 52 niños hijos de leprosos que han convivido con sus padres durante algún tiempo, y por fin, la escuela con 130 niñas, venidas de la selva, donde además de darles la

enseñanza primaria se preparan para recibir el bautismo unas y otras la comunión. Tienen organizado el Rosario viviente, la cruzada eucarística, y celebran muy bien el DOMUND recaudando en él unos 800 francos. De estas niñas unas sesenta son internas a las que tiene que sostener la misión; si bien hasta ahora el Estado ayuda al sostenimiento de los internados sufragando los gastos en un 50 %. Actualmente con este Gobierno tienden a desaparecer los subsidios creando con ello un grave problema (7).

8. Noviciado para religiosas indígenas, Seminario del Padroado portugués, en el que también se forman muchos seminaristas chinos y catequesis (8).

9. Son atendidos dos dispensarios, un Kinder, una biblioteca y un catecumenado (9).

10. Catecumenado de adultos y niños, dispensario, jardín de infancia para los niños formosanos y otro, para los hijos de los americanos que prestan su servicio en esta Capital, catequesis en chino para los del país y en inglés para los americanos. Cuidado de la ropa de la parroquia y algunas otras iglesias de los pueblos vecinos (10).

11. Obras de educación para niñas y jóvenes musulmanas en escuelas primarias y de hogar; movimientos de juventud (guidismo); obras de asistencia médica y social en los dispensarios, hospitales, protección de bebés, ayuda en el taller de artesanía local... al mismo tiempo contacto lo más amistoso y frecuente posible con la gente valiéndose de visitas a las familias, reuniones de antiguas alumnas, y citas de los padres (11).

12. Catequísticas, taller de costura, clases, asistencia (12).

13. La catequización entre infieles, por medio de excursiones, ambulancias, visitas domiciliarias, catecismo, etc.

La cristianización en tierras sometidas a la propagación de la fe, mediante escuelas, catecismo, internados, visitas domiciliarias y demás obras de apostolado en colaboración con los misioneros y párrocos (13).

14. En nuestro caso se reducen a la enseñanza cristiana y social de los indígenas australianos, cuidado de los enfermos, trabajos de cocina y lavado (14).

15. La enseñanza del catecismo y el apostolado en los hogares (15).

16. Enseñanza en las escuelas del Estado: catecismo, religión y piedad. Talleres y labor sanitaria (16).

17. La formación completa de niños y niñas en escuelas y talleres; el catecismo en los poblados próximos; la ayuda general a los misioneros en sus misiones populares; el cuidado de los enfermos en el hospital y dispensarios (17).

18. Enseñanza de niños en escuelas primarias y secundarias, escuelas de formación profesional. Escuelas para Maestras, catecumenado, instrucción de mujeres paganas especialmente en las misiones, internadas en el bosque y lejanas. Leproserías, dispensarios, clínicas, casas de maternidad, casas de lactancia y hospicios. Visitas a enfermos en su domicilio, pensionados para muchachas de trabajo, y actividad social entre las mujeres. Residencia de estudiantes y orfanatrofios, etc. (18).

19. Enseñanza en las escuelas y talleres de corte y confección; atención en hospitales, dispensarios y botiquines en calidad de enfermeras; atención a los internados de gíbaros, escuelas de catecismos para niñas; obras de caridad asistenciales y sociales entre el elemento femenino externo (19).

20. Enseñanza primaria y superior, preparación a la primera comunión, asistencia a los enfermos en hospitales, y servicio social de boticas (20).

21. Catecismo, escuelas, dispensarios, visitas a los indígenas, movimientos juveniles (21).

22. Catecismo, excursiones apostólicas, cuidado de los enfermos, maternidad, leproserías, educación y enseñanza graduada, asistencia social (22).

23. Las actividades misioneras se desarrollan en las escuelas, escuelas del hogar, cuidado de enfermos, los obradores, contactos con las familias ya visitándoles ya invitándoles. Son regidas por las Hermanas que trabajan con la ayuda de seglares de capacidad necesaria para desempeñar su tarea, que por consecuencia ejercen gran influencia en el ambiente (23).

24. Atención a los hospitales y colegios de primera y segunda enseñanza, ca-

tecismo y propaganda misional; dirección y organización de asociaciones de carácter apostólico, piadoso, social, etc. (24).

25. Enseñanza de la religión en los colegios y escuelas, catecismo, en las parroquias y caseríos y visitas a domicilio con fines de apostolado (25).

26. Educación de las chicas. Enfermeras en el hospital. Cuidado de los huérfanos. Trabajo de la Iglesia y de la Sacristía. Catequesis (26).

27. Enseñanza privada de las lenguas, piano y bibliotecarias, y enseñanza del catecismo (27).

E

¿LAS CUESTA MUCHO ADAPTARSE AL CLIMA, ALIMENTOS, GENTES, COSTUMBRES, ETC.?

1. Sí, cuesta algo al principio adaptarse al clima y alimentación, gentes y costumbres, pero pronto se acostumbran, pues las religiosas que vienen están informadas de estas cosas y se ofrecen con gusto a venir (1).

2. El soportar el calor, los alimentos, mosquitos y costumbres de estos nativos, nos cuesta a todas bastante. El trato con las gentes nos cuesta menos (2).

3. No es costoso acostumbrarse al clima y a ciertos gustos de los indígenas. A lo que no se habitúa es a sus costumbres selváticas, que las arrastran instintivamente, aun a los cristianos, que llegan a abandonar a su propia mujer como bestia de carga (3).

4. Clima, alimentos, costumbres. No cuesta mucho en general adaptarse a esto porque actualmente se lleva mucha vida a estilo occidental. A lo que no se acostumbra nadie fácilmente, ni tampoco en muchos años, es a su mentalidad, que es diametralmente opuesta a la nuestra; y después de mucho tiempo se encuentra uno con que aún no los conoce y tampoco a la calma con que toman las cosas. Todo lo que se diga de la necesidad de paciencia es poco.

La adaptación depende de las personas. En general no cuestan los alimentos. A los cambios bruscos de tiempo es lo más difícil de hacerse, pero esto también lo notan los naturales y les influye en el organismo.

En general el clima afecta a todas, pero se lleva bien con la gracia de Dios. Algo cuestan los alimentos al modo del país, pero se encuentra el modo de adaptarlos a nuestra condición. En cuanto al trato con las gentes se salvan muchas dificultades si la misionera posee suavidad, delicadeza en forma y maneras, buen carácter (4).

5. No cuesta mucho, en general adaptarse a los alimentos. Al clima algo más. A las gentes y costumbres, hay que ir haciéndose poco a poco (5).

6. En general cuesta adaptarse al clima. A los alimentos no tanto. Sí, y mucho, al choque o contraste de nuestro mundo, con este paganismo lleno de miseria (6).

7. No nos ha costado adaptarnos al clima ni a los gustos indígenas. A lo que no se acostumbra es a oír que un padre venda a sus hijas de pocos años a quien más francos dé por ella; o que una niña de la misión se escape con el primero que encuentre, o que un cristiano abandone su mujer; o cosas semejantes, que apenan grandemente el corazón del misionero (7).

8. Al clima y alimentos al principio cuesta un poco, pero también al principio se tienen frescos los ánimos y entusiasmos del noviciado y generalmente venimos fuertes a las misiones. Todo se lleva bien y no cuesta. A las gentes cuesta adaptarse un poco más, las quisiéramos ver más sencillas y comprensivas a nuestros grandes ideales de su bien espiritual y material, más fáciles de convertir... (8).

9. La adaptación al clima, costumbres y demás. Todo cuesta en principio, pero con el tiempo se superan todas las dificultades (9).

10. Lo que más cuesta al principio es no poder entenderse en idioma tan distinto del nuestro, motivo por el cual resulta más difícil el conocimiento del carácter, costumbres, etc. (10).

11. La aclimatación física a veces es penosa. Ciertos temperamentos no soportan el clima sahariano o el agua salobre. En cuanto a la adaptación a los indígenas, sus costumbres...

Ha sido preparada en toda la formación anterior, ya que la Congregación es exclusivamente misionera. Además de la espiritualidad apostólica proporcionada durante el Noviciado, las Hermanas permanecen un año en la Casa Madre (Argel), que les permita tomar contacto con el ambiente africano, hacer estancia en puestos de misión, recibiendo además una iniciación lingüística, sociológica, misional, adaptada. El mayor número posible van a casas de estudio establecidas en misión donde estudian más a fondo la lengua, costumbres, islamología, etc., lo que favorece la adaptación definitiva (11).

12. Generalmente, no (12).

13. Ante los cambios bruscos y frecuentes a que está sometida la vida misionera, la naturaleza se resiente, pero todo lo supera la gracia de la vocación (13).

14. No mucho si hay buena voluntad de parte del individuo (14).

15. Se adaptan fácilmente al clima, a los alimentos y a las costumbres de la región (15).

16. No, aunque pueden darse casos particulares (16).

17. Absolutamente nada nos cuesta el adaptarnos a cuanto se presente, dada la formación especial misionera que recibimos desde el noviciado, estimando nosotras una gracia especial el que se nos destine a esta misión (17).

18. En general, no (18).

19. Les cuesta bastante a las misioneras sobre todo a las que vienen del extranjero. Pero una vez adaptadas a todo esto, no se resignan fácilmente a dejar las misiones a pesar de sus trabajos y sacrificios (19).

20. Adaptarse a la gente por diversidad de carácter, incomprensión, espíritu de hipocresía e ingratitud (20).

21. La adaptación al clima depende del temperamento de cada una, adaptación a los indígenas, a la alimentación, a las costumbres, todo se hace sin dificultad cuando las misioneras son jóvenes (21).

22. Me parece que no (22).

23. Es raro oír entre las hermanas discusiones sobre lo que les cuesta. Sin embargo la adaptación que impone la vida misionera cuesta de diferente modo a unas que a otras según su educación, su temperamento, su salud, etc. Mas, puesto que la adaptación no va contra la moral, la cuestión de si cuesta no se plantea, entra en la respuesta a la vocación. Son el camino por el cual ha de pasar la misionera que debe hacerse toda a todos para ir en busca de las almas (23).

24. En general no les cuesta la adaptación al nuevo ambiente físico, alguna mayor dificultad al clima social, a los alimentos y a las costumbres (24).

25. Cuando vienen directamente de España, lo que más les llama la atención desfavorablemente es ver las costumbres morales y sociales de acá (25).

26. No hay regla (26).

27. Son pocas las religiosas nuestras que sufren por el clima. Por demás, todos nosotros nos acostumbramos a vivir aquí (27).

F

—CUALES SON LOS MAYORES PELIGROS QUE SUELE TENER UNA MISIONERA?

1. Encuentro que los mayores peligros que suele tener una misionera es la pérdida del espíritu religioso por entregarse a veces a una actividad exagerada descuidando la vida espiritual (1).

2. El mucho desgaste espiritual con el consiguiente peligro de que la vida de la misionera sea fecunda en obras y escasa en méritos ante Dios, y el agotamiento intelectual y físico por el excesivo trabajo (2).

3. El enfriarse en la vida de regularidad y el crearse un espíritu independiente (3).

4. Nuestra vida religiosa puede llevarse perfectamente en Japón, por lo que grandes peligros no los hay especiales. Quizá alguna vez puede ocurrir por el mismo deseo de adaptación transigir con algunos criterios no tan cristianos, o ir haciéndose a ellos, pero no es corriente.

El mayor peligro que veo es el de perder el espíritu religioso y paganizarse en los criterios. Al tener que convivir con los paganos y tener que hacerse en algún modo a ellos es fácil olvidarse del espíritu de Cristo y aflojar en lo que no se debe.

Tratándose del tipo que ofrecen nuestros colegios, y siguiéndose la vida regular ordenada, no existen mayores peligros para las misioneras.

Por lo que respecta a la salud, puede haber algún peligro, en ciertos temperamentos de desequilibrio nervioso, por cuanto que el clima enerva y por efecto del casi continuo vencimiento propio (4).

5. El mayor peligro: el decaer del espíritu religioso, debido: *a*) Al clima que deprime, hace buscar comodidades en posturas, descanso, alimentos, etc. *b*) El exceso de trabajo. *c*) La influencia del medio ambiente (5).

6. Si no tiene la misionera bien arraigada la vida sobrenatural y sólidas virtudes tiene peligro de decaer en su vocación religiosa (6).

7. El crearse un espíritu independiente, es uno de ellos, por razón de vivir aislada de la comunidad la mayor parte del dia (7).

8. Aquí en Macao, no existen esos peligros de orden natural que hay en las misiones vivas. Para mí el peor de todos los peligros es el perder el ideal misionero, porque los chinos ya no llevan coleta ni vestidos de colores, sino que van vestidos a la europea, y nos acostumbramos a vivir indiferentes ante el mundo pagano que cada vez es más difícil de convertir porque adelanta en las ciencias humanas y continúa ciego en la fe, este tesoro que nosotros poseemos por la gracia espiritual de Dios, y el cual deberíamos querer comunicar a todos los hombres, con nuestra palabra, con nuestro ejemplo y con nuestras oraciones especialmente: no digo con nuestras limosnas, porque ya dimos todo lo que poseíamos para este fin (8).

9. Dado el medio tan pagano en que se vive, si la misionera no tiene intensa vida interior, los peligros los tiene en todas las partes, pero sobre todo a mi manera de ver es con los enfermos, pues como he dicho antes, la mayoría con quienes se trata son paganos y no comprenden lo que es una religiosa y la miran como una cosa extraña (9).

10. Darse demasiado a sus actividades misioneras con peligro de perder su espíritu religioso debido al trato continuo que se ve obligada a tener con las personas de fuera (10).

11. Mayormente los peligros exteriores no acechan a las hermanas con frecuencia. Se sienten queridas y respetadas por los indígenas, cuidadas y sostenidas por su comunidad. Sin embargo no se puede presumir ahora de las disposiciones de estas poblaciones africanas y puede ser que en caso de crisis aguda, los mejores sentimientos sean arrebatados por una ola de hiel y quizá tengamos que dar el testimonio de la sangre.

Bajo otro punto de vista hipotético, las misioneras corren el riesgo del desánimo ante la aridez aparente de su misión (trabajo duro de las fundaciones) o bien al llegar a un extremo de rigidez en sus obras debido a las exigencias administrativas que impiden el paso al mensaje de amor que han de llevar, o bien de ser extremadas por una actividad humana que no tiene nada que ver con su vocación religiosa y misionera (11).

12. Vida sensual de los paganos y de los no paganos. Alimentación deficiente por lo rutinaria (12).

13. En el orden espiritual, la rutina que conduce con facilidad a la tibieza. En el orden moral, los peligros dependen del medio ambiente y demás circunstancias que le rodean. En el orden material son múltiples dado el extenso radio de acción de la vida misionera (13).

14. El que se enfríe en su primer fervor y contraiga tepidez espiritual (14).

15. El atrevimiento de los hombres y las innovaciones del siglo en que vivimos (15).

16. La pérdida del espíritu religioso, el trato excesivo con los seglares y la falta del espíritu de sumisión y obediencia (16).

17. Parece que aquí no se ven peligros especiales para nuestras misioneras. Nunca hemos tenido que lamentar cosa alguna (17).

18. Cansancio espiritual, desaliento, naturalismo inconsciente, mal clima, nutrición insuficiente, depresión y enfermedades de nervios y espíritu mundano (18).

19. Los mayores peligros que suele tener una misionera son de orden físico, debido a las dificultades de comunicación, a la inclemencia tropical, a la falta de recursos y buena alimentación, lo cual debilita al organismo y predispone a las enfermedades. Debido a la vida de comunidad y a la asistencia de los sacerdotes religiosos son prácticamente nulos los peligros de orden moral o espiritual (19).

20. Se introduce el espíritu de crítica por diversidad de opinión, de adaptación al espíritu regional, el desaliento al verse correspondido tan mal a tantos sacrificios (20).

21. El desánimo causado por la fatiga, la rutina o la enfermedad (21).

22. Actividad natural, rutina y desánimo (22).

23. Que obre en un plan natural —en países del Islam— carecer de fe, desanimarse, contener su celo ante el fracaso aparente. En las obras prósperas atribuirse el éxito (23).

24. Las Hermanas, por lo general, se hallan al margen de los peligros morales que les ofrecen los malos ejemplos y costumbres de los mundanos, principalmente debido a la buena organización de los respectivos Institutos (24).

25. Los generales provenientes de incumplimiento de sus deberes de religiosas (25).

26. Son individuales (26).

27. El mayor peligro que puede encontrar o tener una religiosa misionera es perder su primitiva piedad y vocación, descuidando la observancia de sus reglas y votos; por decaimientos en la oración. Por apegarse a las cosas y personas (27).

IX

A la Misionera

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Misioneras Hijas del Calvario, Prefectura de Wankie, Rhodesia del Sur; Misioneras Dominicas, Ayacucho, Perú; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Ponapé, Carolinas; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Wola, Carolinas; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Saipán, Islas Marianas; Misioneras Mercedarias de Bérriz, Tokyo, Japón; Una misionera, Zamboanga; Misioneras Dominicas, Marañón; Dominicas del Santo Rosario, Pawa, Congo Belga; Misioneras Dominicas, Macao; Misioneras Dominicas, Maldonado, Perú; Misioneras Dominicas, Tainan, Formosa; Misioneras de Santa Teresa, Kahosiung, Formosa; Hermanas Blancas, Africa del Norte; Hermanas Blancas, Sudán Francés; Hermanas Blancas, Sahara, Africa; Hermanas Blancas, Congo Belga; Compañía Misionera del Sagrado Corazón, Lagunas, Perú; Misioneras Dominicas, San Ignacio, Perú; Misioneras Dominicas, Ibambi, Congo Belga; Misioneras de la Madre Laura, Medellín, Colombia; Maryknoll Sisters, New York, USA; Corpus Christi Carmel, Newport, Rhode Island, Trinidad; Medical Missionaries Sisters, USA.

A

—COMO Y CON QUE MEDIOS DESPERTO SU VOCACION MISIONERA?

1. Decididamente despertóse mi vocación misionera en el ambiente piadoso de un colegio a la edad de 14 años; determinando principalmente mi vocación unas conferencias misionales, escuchadas con el máximo interés, que en el citado colegio pronunció un Padre Jesuita (1).

2. Mi vocación misionera, lo que está en mi alcance explicar, es como sigue: siempre sentí deseos de ir lejos de mi patria, a las misiones, pero carecía de orientación. Dios quiso depararme un santo religioso benedictino, quien me habló del Instituto de Misioneras Hijas del Calvario y vine a conocerle de una manera providencial. Pasando nuestra Madre Fundadora por Madrid con intención de fundar un Noviciado en España, mi Padre Espiritual me presentó a ella quien

me habló del Instituto, de sus obras y deseos de que a su debido tiempo saldrían en ayuda del Instituto de Misiones de Burgos. El Emmo. Cardenal Benlloch nos acogió con anhelos paternales. Siempre nos decía: «Mis queridas hijas, vosotras sois las auxiliares de los misioneros del clero secular» y vi al fin cumplidos mis deseos, llegando a mi soñada misión de Rhodesia el año 1950 (2).

3. Atribuyo el que la vocación misionera despertara en mí casi en la infancia, al ambiente de piedad intensa que se respiraba en mi familia. Los medios que me ayudaron a avivar ese llamamiento fueron: la recepción diaria de los Sacramentos, la lectura de revistas y libros que trataban de misiones, el anhelo de aumentar las suscripciones a las OO. Pontificias, y últimamente influyó mucho en mi vocación decidida por la vida misionera la magnífica exposición de Pamplona (3).

4. Con la lectura de revistas y libros misioneros, el trato con Padres misioneros y entusiastas de misiones y con religiosas misioneras. Trabajando en propaganda misional hasta conocer a Bérriz cuando su transformación en Instituto misionero al que me sentí decididamente llamada. Poco a poco en el ambiente de familia y de colegio, especialmente en el trato íntimo con las madres del Colegio al sentir el espíritu intensamente misionero que las animaba.

Mi vocación misionera despertó con las interesantes charlas de nuestra venerada madre Margarita cuando yo era aún juniora. Al oír hablar con aquel entusiasmo del Cuerpo Místico y de la incorporación a él de nuevos miembros, me determiné a vivir como ella sólo para los intereses de la Iglesia.

Creo que con la lectura de vidas de santos y revistas misioneras.

Nunca pensé antes de entrar en el convento de ser misionera. Mi único móvil al pensar ser religiosa fué el vivir sólo para DIOS. Mi vocación misionera la debo, pues, a mi propio Instituto que me ha formado en ella.

Despertó mi vocación misionera al contacto en el noviciado con el entusiasmo que reinaba en toda la comunidad al transformarse en Instituto misionero (4).

5. Con una conferencia de un insigne misionólogo y después con las que en comunidad daba nuestra Rvdma. M. Margarita cuando la transformación de la casa en Instituto misionero.

Tendría unos 16 años cuando leí en una revista misionera: «El mejor modo de agradecer el don de la fe es dar a conocer a Dios Nuestro Señor, a los que aún no le conocen, para que le amen.» Esto fué para mí un orientar lo que adentro me bullía.

Ni conferencias, ni revistas, ni trato con misioneros, ni ningún elemento humano influyó en mi vocación misionera. Fué sencillamente un llamamiento interno de Dios, claro, concreto, firme.

El contacto con Bérriz en unos cursillos a los que me llevó Dios en contra de mi voluntad despertó mi vocación misionera, influyendo notablemente una conferencia de dichos cursillos dada por Monseñor Sagarminaga sobre la fecundidad de la maternidad espiritual (5).

6. Con el fervor y entusiasmo que se despertó en la comunidad toda, por medio de las conferencias dadas por nuestra Rvdma. M. Margarita en los años de transformación del Monasterio en Instituto misionero. Se despertó mi vocación misionera en unos ejercicios espirituales por medio de la meditación de las dos banderas, con los comienzos de juventud mercedaria misionera, siendo colegiala. Por medio de cartas de misioneras. Por medio de relaciones, lectura de cartas misioneras en mis años de colegiala (6).

7. Despertó mi vocación misionera siendo colegiala, con las charlas y conferencias de la Rvdma. M. Margarita y por la lectura de libros y revistas sobre asuntos de misiones, y con todo el ambiente del colegio donde no se vivía otra cosa.

Despertó mi vocación misionera con la visita que el Rvdo. P. Elizondo nos hizo siendo yo colegiala.

Por medio de la lectura de la vida del beato Teófano Venard, mártir de Tonkin.

Con el movimiento misionero iniciado en nuestro convento por la madre Margarita.

La vista de una estampa de San Francisco Javier bautizando a los infieles.

Dándome el Señor vocación primero para la enseñanza; después con la orien-

tación de un prudente Director hacia un Instituto misionero donde podría ejercitar mi natural inclinación, con mucho mayor fruto. Y por fin con el fervor del Noviciado donde bullía desbordante el espíritu de misiones.

Mi vocación misionera se ha despertado plenamente al ponerme en contacto con las almas de mis misionados y ver el bien inmenso que les puedo hacer.

Con la predicación de un domingo de misiones, al oír decir que la mejor manera de ayudarlas, era la cooperación personal.

Por medio de sermones oídos en el DOMUND.

Por el contacto de las religiosas donde me educaba.

Leyendo las revistas «The Field Afar», pareciéndome que el dejar la propia patria y comodidades por ir a enseñar a los infieles la verdadera religión era lo más grande que se podía hacer por Dios.

Con el deseo de amar, buscar sólo a Dios: por los escritos, vida y espíritu de la Rvdma. M. Margarita (7).

8. Yo creo que mi vocación misionera despertó, primero, por el ambiente tan propio que había en mi parroquia o pueblo, donde teníamos organizada la santa Infancia y la Obra de la Propagación de la fe. Celebrábamos con gran entusiasmo los días de la santa Infancia y el DOMUND y en mi familia había varias revistas misionales que yo siempre leía con interés. Y segundo a las palabras que nos dice Jesús en el Evangelio de San Mateo «muchos son los llamados y pocos los escogidos» (8).

9. El cómo despertó mi vocación hasta la fecha es para mí un misterio. Los medios que la despertaron fueron: ambiente familiar y escolar netamente cristiano, contacto con Padres y misioneros dominicos, lectura sobre asuntos misionales (9).

10. Uno de los medios que influyeron en mi vocación misionera fué aquella procesión misional tenida en Pamplona el 12 de junio de 1927, después las lecturas y cantos misionales (10).

11. Yo tenía una hermana en el convento de misioneras dominicas de Pamplona y por designio de la divina Providencia no pudo ver realizado su ideal de ir a trabajar en misiones vivas, por haber caído enferma durante el noviciado. No dejó de trabajar y ayudar a las misiones desde su celda, ofreciendo al Señor todos sus sufrimientos físicos y el gran sacrificio que suponía para ella verse excluída de la comunidad a causa de la enfermedad. Una tuberculosis que fué minando poco a poco su vida por espacio de 8 años, al cabo de los cuales entregaba su alma al Señor el día que cumplía sus 28 años de edad. Veía a mi madre a lo largo de la enfermedad de mi hermana muy apenada. Un buen día me dijo en la intimidad: «Mira hija mía, tu hermana está enferma y no puede ir a Misiones. ¿No quisieras ir tú en su lugar? Allí será donde mejor estarás. Recuerda el ejemplo de tus siete hermanos religiosos que dicen no cambiarían su hábito por todos los millones de este mundo.» Tenía entonces doce años. La invitación de mi madre me agradaba y me quedó grabada en mi memoria. Pasando el tiempo llegó a ser realidad en mí por la gracia de Dios (11).

12. Mi vocación se despertó con ocasión de ir un primo mío del Corazón de María a despedirse de la familia antes de partir para las misiones de Fernando Poo. Nunca había oído hablar de las misiones. Tenía entonces 8 ó 10 años, y vi claramente que yo también sería misionera. Desde entonces éste fué el gran ideal de mi vida. Otras religiosas misioneras de esta comunidad dicen fué la lectura de «Javier infantil», predicaciones del día misional, etc. (12).

13. A la edad de 18 años, cuando el mundo me brindaba atrayente porvenir, el cielo se entreabrió por medio de María que señaló lo eterno: y aquí estoy con Ella y para Ella. Los medios fueron *serias reflexiones*, pues estaba plenamente convencida de que mi corazón sediento de amor se daría sin medida y llegaría en sus desvaríos hasta ofender a Dios por agradar a las criaturas. Otro medio primordial fué la lectura a la que fuí siempre aficionada en extremo. En esta época las novelas de Palacio Valdés, Pereda y Rosa, se trocaron por una hermosa colección de obras piadosas que en la biblioteca de casa dormían tiempo atrás sin llamarme la atención: La vida de Jesús por Miguel Mir y los Ejercicios de San Ignacio abrieron horizontes desconocidos a mi alma pecadora. Jamás olvidaré las luchas sostenidas,

mirando a mi madre, la del cielo, y besando como verdadera arrepentida el Crucifijo de marfil que hablaba a mi alma en el silencio de la amada habitación solariega (13).

14. Mi deseo de ser misionera despertó en la catequesis diaria y en las proyecciones del cine misional dominical, en las que siempre nos representaban escenas misioneras (14).

15. Por medio de las lecturas referentes a misiones, proyecciones, comunicación con otras misioneras, y sobre todo por el Director Espiritual (15).

16. El deseo de entregarme a Dios ha sido simultáneo con la iluminación de la fe después de haber seguido una larga y dolorosa búsqueda de la verdad. Me ha parecido normal el dejar todo, mi país particular, para llevar el reino de Dios a los más alejados y desheredados de la humanidad. Ciertas lecturas y ciertas circunstancias me han orientado hacia la conversión del Islam. Esto es lo que me ha hecho llegar hasta las hermanas misioneras de Africa (16).

17. Una hermana blanca vino para darnos conferencias en el colegio, yo no tenía sino 12 años... Cerca del colegio los Padres Blancos tenían un escolasticado, y en las grandes fiestas litúrgicas íbamos a su capilla... Más tarde fui maestra de este mismo colegio, y un Padre Blanco venía de vez en cuando para dar una conferencia a las Madres y preparaba una especial para las jóvenes maestras. Allí empecé a sentir el llamamiento de Dios hacia las misiones de Africa e ingresé en las Hermanas de Africa, aunque sólo conocía a los Padres Blancos (17).

18. Al cabo de 20 años de vida enteramente dichosa, en el seno de una familia profundamente unida y cristiana, después de una comunión fervorosa, un llamamiento íntimo... ¿qué debo hacer para ser enteramente de Dios? — Hacerte religiosa. — Eso jamás en la vida. Todo menos eso. No. — Los días pasan, el llamamiento se hace más abrumador, veamos, ya que no puede ser otra cosa, pero, ¿a dónde? En todo caso no iré a un convento de clausura... Visita a la calle Dubac (París)... ningún atractivo especial... cierto día un libro (Charles de Foucauld de René Bazin)... atrás la tentación. ¿Y los comentarios de los que me rodean? En el libro «Un pasaje sobre las Hermanas Blancas. Ellas no se vuelven atrás después de haber entrado.» Tempestad interior. Explosión de lágrimas, capitulación. Seré Hermana Blanca (18).

19. La Providencia se ha valido de una Hermana propagandista para despertar en mí la vocación religiosa y misionera (19).

20. Por la formación cristiana recibida en casa, por los padres y sus ejemplos, por la educación materna en particular, despertando en mí el amor a Dios, el espíritu de sacrificio y el celo por las almas (20).

21. Unas vistas pasadas por un Padre misionero de Africa. Luego una visita de dos misioneros de Nuestra Señora de Africa al colegio donde estudiaba. Tiempo más tarde entraba al colegio (21).

22. Con la lectura de folletos de Congregaciones misioneras, lectura de revistas misionales y películas misionales; por medio de los ejercicios espirituales de los que salí con deseos de entregarme al Señor en una Congregación religiosa (22).

23. Por medio de las conferencias misionales del párroco, que era muy entusiasta, por la lectura de las revistas misionales, de un modo especial por los escritos del P. Llorente (23).

24. Con la cruzada misional de estudiantes, con las conferencias y revistas misionales (24).

25. Lectura de la vida del Cardenal Lavigerie y un amor innato por Africa han sido los medios por los cuales Dios despertó mi vocación. El deseo de una Congregación únicamente misionera y que cuente sólo una clase de miembros, guía mi elección (25).

26. Por medio de conferencias con proyecciones luminosas y lecturas de vidas de misioneros (26).

27. Una plática de los ejercicios sobre «María eligió la mejor parte», decidió mi vocación (27).

28. Quería hacer a Dios el don completo de mí misma, por eso necesitaba escoger entre una Orden de clausura y una Orden misionera. Mas las oraciones muy

largas me espantaban. He conocido a las Hermanas Blancas y me han conquistado por su largueza de espíritu (28).

29. Por una gracia especial de Dios, con una marcada inclinación hacia la vida misionera que ha ido fomentándose mediante la lectura, sermones, conversaciones y diversas propagandas misionales (29).

30. Las Hermanas del Santo Nombre con quienes me eduqué durante 13 años, tienen misiones en Africa, y poseen un espíritu misionero muy arraigado. Creo que sentí por primera vez mi vocación misionera cuando estudiaba el «second grade» (alrededor de los 8 años). Cuando una de mis profesoras marchó para las misiones de Africa durante el curso escolar (30).

31. Sentí mi vocación religiosa cuando era niña, y mi vocación misionera desde que vi una película de las misiones de Maryknoll presentando nuestro trabajo misional entre los indios del occidente, seguramente que eran diapositivas. El trabajo que estaba haciendo no me impresionó mucho, pero seguramente me vino entonces la gracia (31).

32. Sentí la vocación misionera en los primeros años de la escuela por un vehemente deseo de hacer algo grande con la ofrenda de mi vida; y un amor profundo con María y Javier; y la lectura de revistas misionales me dirigió certeramente a hacer mi elección (32).

33. Por el contacto con otros misioneros y leyendo cosas sobre las necesidades de las misiones (33).

34. Un sentimiento de la futilidad e inutilidad de las vanidades mundanas, el deseo de poseer lo único necesario (34).

B

—VE AHORA LA VIDA MISIONERA LO MISMO QUE AL LLEGAR A LA MISION, QUE CUANDO ESTABA EN EL NOVICIADO O COMENZO A SENTIR LA VOCACION?

1. En los comienzos de la vocación, incluso en el noviciado se fantasea demasiado al respecto. Este mal es imputable a diversidad de revistas misionales que describen en sus páginas una vida en las misiones de acusados matices románticos, y como sentimental aventura religiosa. Con esto la imaginación se aviva en demasía. Por ello nada extraño el manifiesto desencanto sentido en los primeros momentos de contacto con la cruda realidad. Sólo el recuerdo de que la labor es sobrenatural aquieta el ánimo y presta fuerza para adaptarse y luchar (1).

2. En los hospitales, colegios y orfanatos. Aquí se puede hacer mucho bien, también en los casos de nacimientos dobles, pues, por creencias supersticiosas el alumbramiento de gemelos es causa de desgracia, y así las madres abandonan a sus hijos y la religiosa acoge como madre a estos pobres abandonados (2).

3. Siempre difiere más o menos la realidad de las cosas de lo que nos imaginamos. En el fondo siempre la he visto la misma, aunque es verdad que lo que se piensa en los albores de la vocación, y aun en el mismo noviciado, son a veces sueños hermoseados por la imaginación fervorosa y los ideales de un corazón joven abierto a la generosidad. Sin embargo esperaba encontrar sufrimientos en el alma y en el cuerpo, y los años que he vivido en pleno campo de apostolado han confirmado mis pensamientos (3).

4. No. Hoy la veo con mayor realidad. Se van recibiendo choques a medida que se va viviendo el ambiente pagano. Esto es una cruzada que no se supone al llegar a las misiones. Su atavismo de costumbres, mentalidad y moral, no se vislumbran desde lejos. No, muy distinta. Es tan difícil formarse idea de lo que es el paganismo, que es preciso que pasen años de experiencia para lograrla. Todas las ilusiones pasadas desaparecen excepto la de sacrificarse por Jesucristo.

No, tan distintamente se ve que hay que venir para comprobarlo.

La veo muy distinta, porque al principio y aun en el tiempo de formación la

veía como algo ideal. Es necesario pasar aquí tiempo, años, para darse cuenta de lo que esto es.

Al llegar a la misión tuve una impresión distinta de la que ordinariamente oigo a otras que han tenido. A mí me pareció todo demasiado bien, aun en medio de la pobreza. La vida de comunidad, aunque reducida, era vida de comunidad. En cuanto a la parte espiritual, muy abundante, ya que tuvimos la suerte de tener misioneros espirituales y de talento no común. En cuanto a las almas que venía a misionar, me costó años el ver toda la negrura de su paganismo. De momento no pensé sino en emplear mis procedimientos, de los que tenía alguna experiencia en el trato con las niñas. La experiencia me ha ido enseñando que nuestros métodos y resortes se estrellan contra la mentalidad enrevesada del paganismo y de que era cuestión de un estudio especial y un tacto especial, que se adquiere sólo con la experiencia en el trato con ellos (4).

5. No, porque es difícil ver las taras que tiene el paganismo hasta que no se pone en contacto con él, durante tiempo.

Pensaba encontrar aún más privaciones materiales que las que hay; en cambio no se vislumbra desde lejos lo que es el paganismo.

Lo veo casi lo mismo, pero con horizontes más amplios a medida que voy internándome más en la vida de los misionados. Cuanto más se trate con ellos, mejor. Se palpa que lo mismo la instrucción catequística que la simple conversación, el más insignificante favor o la más sencilla broma, dada por la misionera tiene para ellos mucha influencia.

En lo esencial, es decir, en el ejercicio de las virtudes fundamentales de la fe, la confianza en Dios, la caridad, el olvido de sí, el recurso a la oración, que exige todo apostolado para que sea eficaz, sí; en lo accidental, es decir en el modo de vivir, en los medios humanos, en las privaciones que hay que pasar y peligros, no; aunque debo confesar que no me he llevado muchas sorpresas, pues nunca discurrí mucho sobre estas circunstancias.

Lo veo igual, puesto que concebí siempre la vida misionera, como vida de estrecha unión con Dios, que sólo de ese modo se logra la salvación de las almas. La forma de apostolado no es lo que veía en mis sueños apostólicos: se ciñe en ocasiones, o mejor dicho la mayor parte del tiempo, a enseñar inglés, geografía, aritmética, ciencias. Pero no es la obra en sí lo que glorifica a Dios y salva a las almas. Amo mi vocación, amo la vida misionera cada vez más, soy tan feliz como lo soñé, no me cambiaría por nadie de este mundo, en cuanto a la suerte que me ha tocado (5).

6. Para mí, misionera y santa, tenían la misma equivalencia. Por lo que quería ser misionera, creyendo que así sería más fácilmente santa. La experiencia me va enseñando que en misiones se necesita un espíritu mucho más robusto para hacerse santa que en la retaguardia. Que sin una vida muy sobrenatural es fácil buscarse a una misma en el apostolado.

Respecto a obtener conversiones, atraer gentes a Dios fácilmente, etc., la veía con más poesía antes de ir a la misión. La realidad de los años es más dura, si se exceptúan los años de las terribles privaciones de la guerra, los sacrificios de pobreza, clima, etc. Me parecían más duros desde ahí: Dios Nuestro Señor ayuda mucho con su gracia.

Veo la vida de misiones mucho más hermosa que en mi noviciado y que al llegar. Ahora tengo un aprecio hondo, serio y más real (6).

7. Sí, la veo igual que la veía en mi noviciado y al llegar; cuando sentí la vocación siendo niña, no veía la parte dura que supone.

En lo substancial, sí; aunque ahora palpo la realidad del paganismo y de la vida de renuncia continua.

No la veo igual, puesto que entonces veía como muy importante, la parte activa, *nuestra obra.* Por todas las circunstancias que me han rodeado en mi vida misionera he sacado la consecuencia de que sólo la observancia perfecta del deber y la unión íntima con Cristo es lo que me ha de hacer verdadera misionera.

La veo igual.

La veo tan hermosa y la aprecio tanto o más que en los primeros años de mi vida misionera, después de 30 años.

Exactamente igual, pero cada día me parece más hermosa y más digna de ser vivida.

Después de 24 años, la veo exactamente, avalorada ahora con miras muy superiores y con visión más certera en lo que a la vida misionera se refiere.

Después de 16 años tengo verdaderamente un concepto y un conocimiento mucho más profundo y real de lo que es el campo de misiones en el que encuentro mucho menos de malicia que de ignorancia.

La veo más suave de lo que me imaginaba cuando empecé a tener vocación y durante mi noviciado.

Cuando empecé a sentir la vocación, confieso que me la imaginé algo más poética que lo que es en realidad, pero en el noviciado se nos señaló lo esencial de la vida misionera. En estos 22 años he ido comprendiendo más y más que la conversión de las almas es obra de Dios, y los misioneros y misioneras no son más que meros instrumentos.

La veo y he visto siempre sin ninguna decepción, amando y agradeciéndola con toda el alma (7).

8. En cuanto a la esencia sí, pero la vida misionera siempre tiene los mismos encantos y nunca pierde la sublimidad propia. En cuanto a las dificultades o contratiempos de las obras, ahora se ven diferentes, pues siempre la realidad de la vida es más dura que la poesía, pero también se ve palpablemente la ayuda de Dios (8).

9. Esta pregunta se puede enfocar en dos aspectos: bajo el punto de vista *apostólico*, es el mismo que me acompaña (concepto) de la vida misionera, desde que inicié mi vocación en el noviciado y actualmente, que es el de trabajar sin escatimar ningún sacrificio por extender el reino de Cristo, conseguir mi salvación y la de muchas almas. Bajo el punto de vista *material*, mi concepto era trabajar en un medio en el que reinaba la incomodidad, miseria, poca higiene, carencia de alimentos, clima intolerable, presencia de fieras y población salvaje, todo lo cual no es la realidad presente, hoy se ve en la misión un gran avance hacia el progreso, merced a la labor tesonera de los misioneros y misioneras católicos que no sólo se preocupan de la formación moral de la población, sino también de rodearlos de todos los medios de vida decente, al punto que en la actualidad ya se les puede quitar el nombre de misión porque de ella sólo el clima le queda (9).

10. Siempre consideré la vida misionera, como una vida de continua abnegación, y así es en realidad. Sin embargo, no puede formarse idea exacta de lo que es, mientras no se vea lejos de su patria, en medio de tantos infieles con tanta diversidad de tribus e idiomas (10).

11. Sí, lo mismo; siempre pensé que la vida misionera sería dura, y así es ciertamente, por un lado el temperamento de los negros tan diferente del nuestro y por otro el mucho trabajo, y esto día tras día, y año tras año; hace falta mirar mucho a lo alto para no desfallecer, pero con la gracia de Dios y un gran amor a El, por quien nos hemos abrazado al sacrificio, la vida misionera es la antesala del Cielo (11).

12. Todas las religiosas de esta Comunidad vemos igual la vida misionera ahora que cuando estábamos en el noviciado; esto se debe sin duda a la buena formación que recibimos en él, enseñándonos que las almas se salvan con abnegación y el espíritu de sacrificio, que es la esencia de la poesía de la vida misionera (12).

13. Siete años de experiencia en la misión, me obligan a responder que la vida misionera no es cual soñé en mis principios vocacionales, ni siquiera cual me la hacían comprender en el noviciado o la gusté en las primicias de mi apostolado, aunque esto último se acerca más al presente. La vida misionera es una entrega mucho más íntima y real de lo que una se forja: en ella no hay donaciones imaginativas, ni ficciones, sino una entrega totalitaria al Señor con las desgarraduras y despojos de lo propio que lleva consigo desde la lejanía de la patria, familia y ambiente para terminar en lo más íntimo que se pudiera imaginar. Así se llega a comprender algo de lo que es la fe, luz y tinieblas, vida y alimento, heredad sembrada amorosamente por el misionero que unas veces cosecha frutos y otras uvas silvestres y amargas (13).

14. Viniendo a la Misión en disposición de abrazarse con todo lo que se presente y sin ilusiones un tanto pueriles, nada se encuentra contrario a este ideal (14).

15. No, es muy diferente de lo que entonces sentía o imaginaba, porque en realidad hay que hacer cosas muy distintas de lo que una piensa cuando está en el noviciado (15).

16. En el fondo no existe corte alguno entre mi primera concepción de la misión y la experiencia que acabo de hacer en mis 30 años de vida apostólica. Primeramente porque mi vocación no provenía de una idea a priori sobre las características de la vida misionera desconocida absolutamente para mí. Esto ha evitado las sorpresas y —¿por qué no?— las desilusiones. Esta vida hallada corresponde con plenitud al llamamiento profundo de alcanzar la gloria de Dios. Llamamiento cada vez más exigente a medida que se profundiza el conocimiento de la intimidad con el Señor, y al mismo tiempo el conocimiento más realista y concreto de las necesidades de la misión. La respuesta de este llamamiento se encuentra en el Instituto, en su espíritu. He podido constatar continuamente con alegría con qué espíritu profético nuestro fundador el Cardenal Lavigerie ha trazado firmemente las estructuras del compromiso misionero tal como nos ha sido presentado en la Iglesia por medio de los grandes Papas misioneros contemporáneos: intensidad de vida interior que anime la vida apostólica y encuentre en la misma acción su estimulante y su expresión, sumisión amorosa a Cristo y su Vicario, el soberano Pontífice, y prácticamente realizada en una obediencia Ignaciana, especialización misionera en los años de preparación, adaptación lo más perfecta posible para cristianizar el medio ambiente valiéndose de la lengua, los vestidos, las costumbres... todo esto proporciona a nuestra vida una unidad de orientación sin el menor desgarre (16).

17. Después de cierto tiempo pasado en la misión, la Hermana misionera comprende mejor la advertencia de Nuestro Señor «cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido mandado, decid: somos siervos inútiles», porque frente a las dificultades entre las cuales ejercita su celo en la labor a veces oculta y monótona de las humildes tareas cotidianas, sobre todo ante la acción misteriosa, a veces incomprensible, de la gracia en las almas, ella comprueba que la obra misionera es obra de Dios. Sólo EL puede dar *el crecimiento.* No ve la vida misionera como la veía al salir del noviciado, cuando en el ardor generoso de la juventud se sentía capaz de convertir al mundo. Su ideal no ha perdido en hermosura, pero se ha concentrado, ha tomado conciencia de nuevos elementos con los cuales debe contar. Conoce mejor la flaqueza humana, pero también conoce mejor el valor de la oración, del sacrificio, de la unión con Dios. Y entonces la misionera ve que allí están los medios de acción más eficaces (17).

18. Esperábamos encontrar en los pueblos a los cuales somos enviadas una real avidez por entender la palabra de Dios. Pensando en la superioridad del Cristianismo tan evidente, me parece imposible que exista otra religión capaz de creer tan íntimamente como nosotros en su superioridad (18).

19. No veo ahora la vida misionera como la veía al llegar aquí hace 22 años. La evolución rapidísima del centro africano ha desarrollado una tendencia nacionalista. Debemos pues adaptar los métodos de educación y de apostolado a las exigencias actuales. En el noviciado hemos sido formadas justamente para esta vida misional. Vencidas las dificultades del principio, la vida apostólica es, a mi parecer, más atractiva que como nos la describen en el noviciado y seguramente menos dura bajo el punto de vista material de lo que yo había pensado (19).

20. En otro tiempo: hacer mucho por los indígenas: ahora hacer todo lo que se puede por la vida interior y la abnegación, para que Dios reine verdaderamente en ellos (20).

21. No. Porque no tenía una idea clara. Tampoco cuando estaba en el noviciado; menos en el mundo. En el noviciado todo era: oír, admirar. Ahora es vivir, vivir la vida misionera que es no como se pinta, sino vida de lucha, es darse (21).

22. No, ni cuando comenzé la vocación, ni cuando estaba en el noviciado. Antes tenía un mucho de ilusión y ahora se ve más real; y por lo tanto más dura y difícil, pero sin gana de cambiar por otra (22).

23. La realidad es muy distinta del ideal que una siente al despertar la vocación misionera y durante el tiempo del noviciado. Puedo decir, por lo que yo sentí, que la salvación de las almas la veía más fácil, más copiosa y portadora de alguna satisfacción espiritual. La realidad me muestra esta tarea difícil, por el medio que la he encontrado (que no es de los peores) de resultado a larga fecha. Quizá tengan que pasar generaciones y de tan pocas satisfacciones, aun legítimas, que a veces una cree que no está haciendo nada (23).

24. Siempre consideré la vida misionera como vida de continua abnegación, y ta realidad ha confirmado esta idea (24).

25. La veo ahora mucho más bella que al principio. La realidad ha sobrepasado el sueño, a pesar de que después de 25 años de apostolado, cierto entusiasmo juvenil hubiera desaparecido (25).

26. No (26).

27. Cuando empecé a sentir la vocación no tenía idea alguna de la vida misionera, pues no la veía. Sólo poco a poco la descubrí sin ideas preconcebidas (27).

28. No. Porque antes de vivir la vida de misión no puede darse una cuenta de los dificultades que en ella se encuentran, ni de la manera de remediarlas; como tampoco de las profundas alegrías que nos proporciona la vida apostólica (28).

29. En sentido estricto el concepto de la vida misionera no ha variado desde la decisión definitiva de la vocación, teniendo en cuenta que la experiencia basada en la realidad va ampliando cada día más el concepto primero (29).

30. Comprendo ahora mucho mejor la vida misionera. Yo tengo ahora un conocimiento mucho más claro y la claridad va aumentando de grado en grado de todo aquello que es esencial y de lo que es menos importante en la vida misionera (30).

31. Mi punto de vista de ahora sobre las misiones ha cambiado respecto a las tres etapas anteriores de mi vida. Ahora veo la vida misionera de una manera más madura, más espiritual desde el punto de mira del cuerpo místico en el marco de una estrecha cooperación con Dios (31).

32. Sí. Encontré la vida misionera más fácil físicamente de lo que esperaba; y más difícil donde no lo esperaba —mi propia carencia de fortaleza espiritual— cuando era jovencita deseaba ser médica misionera, pero ahora estoy enseñando y me siento satisfecha (32).

33. No. Es muy distinto; mucha más regularidad y orden (33).

34. No. No. No. Es totalmente distinto (34).

C

SI AHORA TUVIERA QUE COMENZAR SU FORMACION MISIONERA, QUE HARIA?

1. Supuesto que hubiese de comenzar de nuevo, estudiaría, ante todo, con el mayor ahinco, la lengua del país al cual hubiese de ser enviada. Ampliaría al máximo mis conocimientos en materia de religión, sin descuidar una formación cultural amplia y variada. De extraordinario interés me parece añadir a esto unos cursos de psicología y pedagogía, indispensables para nuestra misión de educadoras en general (1).

2. Obediencia al Director espiritual, según el criterio de nuestra Madre fundadora (2).

3. La cimentaría sobre una intensa vida interior y una esmerada formación teológica (3).

4. Trabajar intensamente en adquirir las virtudes sólidas. Formación cultural extensiva a todas las ramas, y aprendizaje de oficios domésticos, que aquí se siente la necesidad de saber de todo.

Me daría de lleno a buscar las ocasiones de practicar las virtudes que fueran sólidas, y hacerme lo más capaz posible, tanto en ciencias como en artes o trabajos manuales, ya que se necesita saber de todo y no un poco.

Me aprovecharía mucho más de la formación que en todos los órdenes nos da el Instituto.

Sería avara en aprender todo lo que pudiera, pues me veo incapaz para muchos trabajos manuales, pero sobre todo me daría a la práctica de una fe muy profunda.

Me parece que lo mismo que hice. Pero si dependiese de mí, procuraría aprender de todo un poco, aun de lo que parece que nunca hará falta, pues en misiones cuantas más habilidades se tienen mejor.

Fundar bien mi vida espiritual en una fe intensamente práctica (4).

5. Adquirir el dominio perfecto del inglés.

Darme de veras a la abnegación interior.

Procuraría adquirir mucha pureza de intención y mucha paciencia. Aprendería en lo posible toda clase de labores, artes, etc., pues es grande el prestigio que con ciertos cantos, veladas, etc., se procura para la misión entre estos paganos.

Adquiriría la mayor formación intelectual posible puesto que está unida al ejercicio de las virtudes fundamentales, capacita a la misionera para un mayor conocimiento del pueblo misionado, para una más completa adaptación y para saber utilizar mejor los medios humanos en el apostolado.

Darme con toda mi alma al ejercicio de las virtudes negativas: humildad, renunciación, propio vencimiento, aniquilamiento del yo junto con un hábito bien arraigado del fiel cumplimiento de las reglas. Procuraría, además, aprovechar todas las ocasiones que se me han presentado en la vida para aprender toda clase de ciencias y de artes; una misionera tiene que desempeñar muchas veces varios oficios, que en casa de mucho personal están repartidos y encomendados a personas especializadas en cada materia (5).

6. Trataría de alcanzar mucha unión con Dios y olvido de mí misma.

Procuraría alcanzar mucho espíritu de oración.

Daría mucha importancia a las virtudes sociales (los paganos nos miran mucho en esto). Trataría de capacitarme lo más posible en toda clase de trabajos.

Llenarme de fidelidad, pues creo que los medios de formación que nuestro Instituto nos da son aptísimos (6).

7. Estudiaría medicina y alguna otra especialidad, además de la lengua del país al que fuera destinada: preparan mucho los círculos de estudios de problemas misioneros y sociales.

Procuraría una intensa vida de oración.

Si ahora tuviera que comenzar mi formación misionera, querría hacerme sobre todo alma de oración. El estudio profundo de la religión es necesario. Y me especializaría en alguna materia para adquirir prestigio como profesora, que es un medio eficaz de apostolado en este país.

Lo mismo que hice, en el tiempo que lo hice y con las personas que lo hice. Provechosísimo el estudio de la historia de la Iglesia y los puntos de apologética que tienen relación con las ciencias naturales. Y el estudio del inglés.

No haría más que lo que hice ya que entonces hice cuanto pude por corresponder a las gracias del Señor.

Me ejercitaría mucho en el vencimiento propio y dominio de mí misma. También procuraría aprovecharme bien del estudio de religión y cuanto con esto se relaciona.

Aprendería los más oficios posibles para ser más útil a la misión.

Estudiaría más a fondo la moral cristiana; alguna lengua también, principalmente el inglés.

Hacerme familiar con la humillación, la pobreza y el sufrimiento.

Estudiar muy a fondo la misión a que me destinen y sus dificultades (7).

8. Después de haber vivido varios años en las misiones, al preguntarme qué medio escogería para mi formación, digo que el estudio de idiomas y el estudio de medicina, enfermera u otra carrera superior si fuera posible, y sobre todo adquirir el estudio y espíritu de conformidad con la voluntad de Dios (8).

9. Haría exactamente igual que cuando comencé mi formación misionera (9).

10. Insistiría en un gran espíritu de fe, en el olvido de mí misma y fomentaría el entusiasmo por el reinado de Cristo en el mundo infiel (10).

11. Pondría sumo cuidado en adquirir el espíritu de fe, para no decaer de ánimo en las dificultades. Un espíritu de mucho sacrificio y abnegación para darme de lleno al cumplimiento de mis obligaciones sin descuidar mi propia santificación. Y sobre todo, una paciencia a toda prueba, para mantener el equilibrio en medio de las dificultades.

En cuanto de mi dependiera, pondría interés en adquirir conocimientos para desempeñar bien el oficio que la obediencia me designara (11).

12. Si de nosotras dependiera vendríamos jóvenes a las misiones para aprender bien el idioma del país y completar allí nuestra formación, y convalidar los estudios (12).

13. Pues me dejaría formar espiritual e intelectualmente sin darme prisa a salir del blanco nido dominicano, ya que a mayores reservas e integridad de formación misionera, el alma se encontrará después más capacitada para la lucha. Lo que sí me agradaría sobremanera, es un conocimiento real y profundo del futuro campo de apostolado (13).

14. Procuraría cuanto me fuera posible, aprender con preferencia las artes, pues se presentan muchas ocasiones en que es necesario tocar el armonium, dirigir las obras de una casa, arreglar una plancha eléctrica, un reloj, etc. (14).

15. Comenzar de nuevo con más energía que entonces (15).

16. Creo que no podré hacer nada fuera de lo que me han dicho que haga, pero con una voluntad estimulada por una conciencia más clara de la urgencia de una verdadera santidad apostólica, y un deseo mayor de llegar a ser un instrumento menos imperfecto, me alegraré de completar la formación introducida en mi Congregación (años complementarios después de la profesión, cuatro meses de probación al cabo de diez años de misión); y del movimiento de renovación teológica bíblica para alimentar mi espiritualidad y hacer aprovechar directa o indirectamente las almas a las cuales llevaré la luz (16).

17. La joven que piensa hacerse religiosa no sabe exactamente qué virtudes o aptitudes le son necesarias para practicar bien su apostolado. Pero se va, confiando en sí misma y en las gracias que recibirá, que lo suplirán todo. Ve muy pronto que en su preparación existen lagunas, vacíos. La experiencia de la vida misionera se encarga rápidamente de enseñarle todo lo que le falta y ve claramente entonces lo que habría podido adquirir si hubiera sabido... en el plan sobrenatural un profundizar más seriamente en la doctrina religiosa, valiéndose de lecturas, reflexiones personales, etc. En el plan social un enterarse mejor de las necesidades de los demás, participar en las obras sociales, ejercitar mejor la caridad. Y en el plan material un complemento de estudio (títulos necesarios, enseñanza, cuidados de los enfermos) (17).

18. *a*) Gran espacio de tiempo dedicado a la formación cristiana. *b*) Trabajar algún tiempo en la misión con una misionera experimentada. *c*) Ir a una casa de estudios especializados donde le fuera posible seguir cursillos sobre la lengua, estudio del ambiente y sobre todo, pastoral misionera. *d*) Dar una rápida ojeada al conjunto de la misión para evitar el limitarse a los problemas de su puesto propio (18).

19. Si ahora tuviera que comenzar mi formación misionera, consagraría unos años para estudios especializados: música, arte, costura, ciencias del hogar; y para obtener títulos de enseñanza de medicina, ahora requeridos por las diferentes autoridades en países de misión, con miras a un apostolado más fecundo (19).

20. Empezar por estudiar el país, la gente, sus costumbres, su filosofía, desprenderse de su manera occidental de ver y juzgar, captar todo lo que pueda favorecer la implantación del cristianismo y el desarrollo de la vida intelectual y moral. Iniciación en la pastoral misionera (20).

21. Terminaría de estudiar la carrera y trataría de adquirir más conocimientos prácticos (21).

22. En el aspecto espiritual: aprovechar intensamente el tiempo de mi formación con el fin de adquirir las más sólidas virtudes. En el campo intelectual, extensa formación intelectual, especialmente el estudio de la medicina, enseñanza en escuelas y colegios, catequesis y estudio de algunas religiones, especialmente el Protes-

tantismo, en cuanto al campo material aprendizaje de oficios manuales, aun los de los hombres (22).

23. Si la pregunta se refiere a la parte material me afirmaría en la idea en que me iba a tocar hacer los más diversos trabajos, desde la enseñanza y enfermería hasta toda clase de trabajos domésticos; y me perfeccionaría en todo lo que viera en mí más deficiente. Y si se refiere a la formación espiritual, procuraría adquirir mucho espíritu de sacrificio que es lo que verdaderamente se necesita (23).

24. Me ejercitaría en la virtud de la paciencia, en el espíritu de fe y de sacrificio (24).

25. Lo mismo, pero mejor (25).

26. Esmerarme en un verdadero espíritu de oración; profundizar la religión, ponerme al corriente de los problemas de raza, lengua, para una mejor adaptación (26).

27. Esmerarme por aprovechar al máximum la formación dada en el noviciado. Esta es la que me parece la mejor (27).

28. Profundizaría lo más posible mi vida espiritual, haciendo cada acto con una intención misional (28).

29. Poner el máximo interés en aprovechar las enseñanzas prácticas recibidas desde los comienzos en la casa de formación (29).

30. Durante los años de mi preparación pondría mayor empeño en el fomento de la vida interior, que tiene la máxima importancia porque «nadie da lo que no tiene» y porque el trabajo de las misiones es trabajo de Dios y debemos ser instrumentos muy hábiles en las manos de Dios (30).

31. Después de mi sólida instrucción religiosa, desearía una formación completa en cuanto a la doctrina, (un poco de teología, psicología, sociología); y alguna experiencia práctica en trabajo social, entre masas de gentes, etc., es decir más contacto con la gente (31).

32. De propia iniciativa creo no habría cambiado el curso de mi vida. Quizá podría haber hablado más francamente con mis superiores manifestándoles mis deseos de ser médica misionera. Me hubiera ayudado mucho una preparación más intensa en los estudios del magisterio que ahora me toca enseñar; también el haber terminado en la Universidad antes de entrar religiosa, posiblemente me hubiera ayudado; pero confío que he ganado más en estos años de vida religiosa que hubiera podido ganar en los estudios seculares... Pero estoy muy contenta con mi trabajo, pues creo que es uno de los medios más eficaces para formar un pueblo verdaderamente católico (32).

33. Probaría de insistir más y más en el lado espiritual, desarrollando la vida interior como preparación de las pruebas que vendrán (33).

34. Mejorar mi conocimiento de la caridad fraterna (34).

D

—CUAL VIRTUD JUZGA SER LA MAS NECESARIA PARA LA MISIONERA?

1. Esencialmente la caridad es a mi juicio la virtud más necesaria y ésta en todas sus manifestaciones, principalmente se requiere un vigoroso espíritu de fe.

Muchos más de los de consolación son los momentos aciagos y de tinieblas en la misión. Se prodigan los fracasos, y los esfuerzos resultan baldíos; suelen abundar las deserciones e ingratitudes por parte de nuestros favorecidos y en nuestro ánimo nace un violento deseo de abandonarlo todo, de no continuar, que sólo podemos disipar y transformar por la caridad en Cristo, y por una acendrada fe, plena y absoluta en Aquel que todo lo hace (1).

2. Sacrificio constante con todos para ganarlos a todos para Cristo (2).

3. La caridad, porque ella nos conduce al sacrificio y a la abnegación indispensables para acercarse a las almas con fruto (3).

4. Abnegación total con gran paciencia consigo misma y con las almas que trata, dando por base una vida de entrega a la perfecta obediencia.

Juzgo que no basta una, se necesitan muchas y bien sólidas. Creo que lo principal, mucha mortificación, mucha paciencia y disimulo.

La caridad

La humildad y paciencia.

La paciencia es indispensable de todo punto, ya que estas gentes son como nadie puede pensar, y hace falta con ellas paciencia y paciencia. La alegría santa, para hacer felices a los demás, cualidad muy necesaria también, y la flexibilidad porque en misiones hay que servir para todo, y estar siempre dispuesta a renunciar a todo.

Humildad y paciencia (4).

5. La mansedumbre y la paciencia.

La paciencia.

La paciencia.

Una gran adaptabilidad para hacerse a los misionados.

La fe. Ver a Dios en todo, ver a Dios en todos (5).

6. Juzgo que lo que más necesita una misionera es un trato muy íntimo con nuestro Señor. También me parece ser muy necesaria la unión de corazones con las que convive, para que el apostolado resulte más eficaz, reforzado con los entusiasmos y sacrificios de todas.

La paciencia.

Mucha unión con Dios, de la que brote una caridad sin límites para ser amplia y comprensiva con los que misionamos.

La paciencia (6).

7. La paciencia y la abnegación.

Mucha vida de fe. Bondad y paciencia.

La confianza en Dios.

La paciencia. Y una vida espiritual intensa.

La unión con Dios y oración continua. La paciencia.

La paciencia.

La caridad. La vida de una misionera que tiene mucho amor a Dios y al prójimo será fecunda y feliz.

La caridad, tratando al prójimo con gran dulzura y bondad.

Vida interior.

La mansedumbre y paciencia.

Sobre el fundamento de una vida sobrenatural y de mucha unión con Dios, añadiría adaptabilidad y paciencia. Mucha paciencia.

La abnegación incluyendo en ella la paciencia.

Humildad y fortaleza (7).

8. Sin duda la vida sobrenatural o unión con Dios, pues de aquí sacaremos las demás virtudes necesarias en la vida de misiones, como paciencia, humildad, caridad, etc. (8).

9. La caridad en todos sus aspectos (9).

10. Indiscutiblemente la caridad, de la que dice San Pablo que todo lo disimula, que todo lo perdona, que no se impacienta... (10).

11. La virtud más necesaria en una misionera, es la paciencia, porque la ha de practicar a todas las horas y en todo momento, con los grandes y pequeños (11).

12. Necesita todas, pero especialmente la fe, la esperanza y sobre todo en los comienzos la prudencia. Nuestro Señor la recomendó a sus apóstoles cuando les mandó a predicar diciéndoles «sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (12).

13. Una intensa vida interior que la empuje al *sacrificio* por las almas, a darse sin rectricciones ni medida, a ser toda para todos y ella siempre la esclava del Señor (13).

14. La virtud más necesaria para una misionera, a mi juicio, es la fe (14).

15. La paciencia, la caridad, el celo (15).

16. El desprendimiento profundo de sí mismo en la humildad. No se puede en-

tregar plenamente a Dios, ni a los hombres cuando se está llena de sí. Es imposible tener el desinterés y el respeto de los otros que es la base de toda acción apostólica. No hablo del celo «perfección del amor», dice nuestro Fundador, pues supongo con evidencia que lo posee todo corazón de misionera (16).

17. La fe: una fe iluminada, fuerte, firme, sostenida por un gran amor; pues a pesar de los disgustos y obstáculos por el establecimiento de la Iglesia en Africa, tenemos la certeza de que, aun en medio de las tempestades más terribles, tarde o temprano la Iglesia será edificada con solidez resplandeciendo por el Africa entera. Virtud secundaria, pero indispensable, es la paciencia (17).

18. Suponiendo la caridad en cuanto amor de Dios y de las almas tan sólo por Dios, que es el fundamento de todo, la cualidad más útil, a mi parecer, es la obediencia. La misión es un conjunto y el apostolado no se puede hacer en «franc tireur» sin el peligro de ocasionar catástrofes. La marcha adelante no se podrá realizar sino en común (18).

19. Me parece que el amor a las almas debe ser la virtud característica de una misionera, pues esta caridad la hará capaz de aceptar y vencer las pruebas de la vida apostólica: laxitud, decepción, falta de comprensión, ingratitud (19).

20. La virtud más necesaria, la disponibilidad (20).

21. La alegría (21).

22. Unión con Dios, caridad y paciencia, junto con celo ardiente por la salvación de las almas, y una abnegación sin límites (22).

23. La abnegación y renunciación de sí misma (23).

24. La caridad, que la lleva a soportar, disimular y perdonar (24).

25. La verdadera caridad a base de espíritu de fe y desprendimiento de sí (25).

26. Celo por convertir las almas. Obediencia y fidelidad a todos sus deberes (26).

27. Sin ninguna duda es la obediencia, pero no una obediencia pasiva. Es menester que haya celo desbordado (27).

28. Un amor inagotable a Dios y a todas las almas (28).

29. El celo (29).

30. Un amor muy grande para con Dios suscita en mí el deseo más vehemente de la vida, el de hacer participar de los tesoros de la fe a todo el mundo (30).

31. Sinceridad con todo el mundo y en todas las cosas —aun por encima de su caridad— especialmente con Dios y consigo misma (Honesty with everybody and everything over and above her charity, specially with God and herself) (31).

32. Una fe arraigada en el amor y providencia de Dios (32).

33. Caridad: amor de Dios y del prójimo (33).

34. Fortaleza (34).

E

—QUE ES LO QUE MAS LE GUSTA Y QUE ES LO QUE MAS LE CUESTA EN LA VIDA MISIONERA?

1. En el hacer el bien en general a esta pobre y primitiva gente, está mi mayor gusto, acercarme a ellos con tal fin, ganar su confianza y amistad, frecuentar sus chozas visitándoles en ambiente familiar y ver cómo ellos poco a poco buscan la compañía de la Religiosa, me produce viva satisfacción.

Lo que más me cuesta es sobrellevar la angustiosa sensación de soledad interior, falta de consuelo sensible y carecer de un corazón comprensible a quien confiar penas y sinsabores. No obstante, mayor que ese soportar sin consuelo, es la honda pena que se siente cuando uno de nuestros cristianos abandona la misión (1).

2. Lo que más me gusta es bautizar a los niños en casos de urgencia y lo que más me cuesta es estar enferma y no poder ayudar a nuestros Padres y enfermos, que hay muchos (2).

3. Casi no acierto a expresarlo, pues he vivido compenetrada con las alegrías,

renuncias y penas de la vida misionera, sin embargo creo que la mayor alegría misionera que he experimentado es palpar cómo derrama Dios su gracia en las almas por medio del misionero, y ver que es el único instrumento de que se sirve en estas regiones apartadas, incultas, paganas o salvajes. La mayor pena sería verme alejada de trabajar directamente en la misión, aunque convencida de que perteneciendo a un Instituto misionero en cualquier sitio u ocupación soy misionera (3).

4. Trabajar más y más por las almas, cuyo interés crece a medida que se palpa la pobreza moral de ellas. La mayor dificultad, no dominar los dos idiomas que exige el apostolado de aquí. Poseyéndolos se puede trabajar mucho y con fruto.

La formación de las jóvenes y el trabajo directo con las almas de quienes se espera algún influjo en el ambiente pagano. Lo que más me cuesta es el sostenerme, contra viento y marea en el nivel de perfección a que estamos obligadas. Es tal la influencia del ambiente, la pobreza y dureza con todas sus consecuencias; el clima, que a la larga deja como sin fuerzas para el menor vencimiento espiritual.

Lo que más me cuesta es el desagradecimiento e ingratitud y mentira de estos pobres nativos.

Todo me gusta mucho, y como con todo esto estoy muy contenta no siento especial predilección por una cosa o por otra. Lo que más me cuesta es el no saber hablar el ponapé. No sabiendo el idioma se reduce mucho el campo del apostolado.

Lo que más me gusta es esa libertad que tenemos para corregir y decir sin empacho lo que está bien y lo que está mal, dada la simpleza de su vida. Es una satisfacción para el misionero saber que no ha dejado por miras políticas o consideraciones humanas de decir lo que debía. Lo que más me cuesta es la doblez, reserva, falta de sinceridad e impenetrabilidad de los nativos (4).

5. Lo que más me gusta es la educación de los niños. Lo que más me cuesta es la barrera que pone al apostolado la dificultad del idioma.

Aparte de las vocaciones indígenas, el espíritu proselitista cuando se consigue en los cristianos; nuestras niñas lo tienen marcadísimo. Lo que más me cuesta es cuando algún católico se abandona o se pasa al campo protestante. No hay dolor como éste para mí.

Me gusta en primer lugar la sencillez de los misionados y su avidez por escuchar sobre materias de religión, cualidades que nos permiten hablarles de Dios y de sus almas en cualquier tiempo y lugar, sin perder tiempo en preámbulos y cumplidos. Y también me consuela el considerar que a pesar de las tradiciones y costumbres paganas, los pecados de nuestros misionados son inmensamente menores en número y malicia a los pecados de nuestro mundo civilizado. Recuerdo a este respecto el dicho de un antiguo misionero que nos decía: «En todas las islas Carolinas no se cometen en un año tantos y tan graves pecados como los que se cometen en una sola noche en una de nuestras grandes ciudades.»

Me gusta todo. La predilección de Dios, la soledad, la lejanía de todo aquello que uno ama, la renuncia a todas aquellas satisfacciones más legítimas y santas, la ausencia de todo contacto con el mundo civilizado, el trato sencillo de los nativos, y sobre todo, la cercanía de Jesús sacramentado que en estas lejanías parece todavía que desciende más a nosotros por la proximidad íntima en que vive con sus misioneras. Cuesta a veces la indolencia, volubilidad y ligereza de estos nativos (5).

6. Lo que más consuela es que se ve se hace algo, aunque a veces lento...

Lo que más me cuesta: la pobreza de medios espirituales, el tratar con gente de mentalidad distinta.

Me gusta en general la obra de evangelización, la vida misionera que es trasplantar la religión, la Iglesia y salvar las almas. Me cuesta la dificultad del idioma, y la renuncia a muchos medios espirituales (6).

7. Lo que más me gusta es la obra de los dispensarios y el acercamiento a los paganos por este medio. Lo que más me ha costado es el dominar la lengua, si se excluye el dolor que causa ver que los católicos abandonan la fe, que tanto costó infundir en sus almas.

Me gusta la educación de las jóvenes. No veo que me cueste especialmente cosa alguna.

El apostolado de la enseñanza y la ayuda a los misioneros, en cuanto a limpieza

de ornamentos, ropa, etc., se refiere. Lo que más me cuesta es no dominar el idioma.

El tener ocasión de estar desprendida de todo lo de este mundo.

Me gusta todo. No me cuesta cosa particular.

Lo que más me gusta es el desprendimiento y sacrificio que exige por lo que eleva y une a DIOS; y como trabajo el que tengo: la enseñanza del catecismo. Lo que más cuesta es la falta del idioma japonés, pues no se puede dar cuanto se puede o lleva en el alma.

No he hallado mayores repulsiones. Me cuesta materialmente soportar, sin quejarme, la ardiente temperatura de los meses de verano. Me gusta la vida misionera en general, en cualquier ministerio que me confien.

Lo que más me gusta es el enseñar el catecismo. Lo que más cuesta es ver cómo muchas almas resisten a la gracia de la conversión; y otras una vez convertidas se vuelven atrás y abandonan su religión.

La enseñanza del catecismo. Lo que más cuesta es lo contrario, no dedicarme a ello.

Los trabajos de la vida oculta por la salvación de las almas. Lo que más cuesta es ver que se convierten relativamente pocos; y pensar si habrá sido por mi negligencia o poca correspondencia.

Lo que más cuesta es entender la mentalidad de los que misionamos.

Lo que más me gusta es el apostolado con los enfermos, leprosos, desgraciados. Lo que más me cuesta es no poder llegarme a sus almas por la dificultad del idioma (7).

8. Hablando sobrenaturalmente, el mayor gusto es ver que los paganos, herejes o pecadores se convierten a Dios Nuestro Señor; y hablando humanamente el mayor gusto después de las tareas del día es encontrarnos en vida de comunidad, teniendo en nuestro rededor a nuestras Hermanas con quien comunicar nuestras penas y alegrías y a quienes amamos tiernamente y por quienes nos sentimos a la vez amadas. Lo que más me cuesta es generalmente la incomprensión y el clima agotador de los países tropicales (8).

9. El cooperar a la dificil tarea de la moralización del medio, que realizan los Padres Jesuítas, es lo que más me gusta. Lo que más me cuesta es ver la poca moralidad de los hogares, lo cual repercute enormemente en nuestras alumnas que si bien no neutralizan nuestra labor apostólica les sirve de gran obstáculo (9).

10. Lo que más me gusta son los niños, y lo que más me cuesta es no poder entender esta Babel de lenguas indigenas (10).

11. Lo que más me gusta es ejercer la obra corporal de misericordia de «vestir al desnudo»; y lo que más me cuesta es no tener medios para cubrir tanta desnudez (11).

12. Lo que más nos gusta es extender el reino de Cristo sobre todo en países donde no han oído jamás la Buena Nueva del Evangelio; lo que más cuesta no tener personal ni dinero para atender a tantas necesidades como se presentan a cada paso. También cuesta mucho no enterarnos de las noticias del Vaticano, encíclicas del santo Padre, decretos de las sagradas Congregaciones, informaciones de las canonizaciones, etc. (12).

13. Los momentos más dichosos para mi alma, son aquellos en que me encuentro como prisionera por las niñitas salvajes que con nosotras viven. Entonces mi sueño ideal de misionera cuaja en plena realidad. Internarme en la selva y ser madre de los que no la conocieron o las abandonaron. Eso es lo que más me gusta, «llegar a los corazoncitos y que éstos encuentren el mío». Lo que más me cuesta ésta es la pregunta que más difícil hallo en la encuesta para satisfacer a Vd. Aquí cuesta todo un poquito y no cuesta nada, porque si la obediencia me asigna otro puesto no misionero, eso es lo único que costaria, abandonar el rincón forestal donde, a pesar de los muchos factores negativos, el alma se afinca en su ideal y canta las predilecciones divinas (13).

14. Lo que más me gusta es instruir y enseñar a los niños pequeñitos, y lo que más me cuesta es la dificultad de expresarme, de hacerme entender en esta variedad de idiomas tan distintos del nuestro (14).

15. Los enfermos, los pobres y los niños. El no poder hacer todo el bien posible por falta de medios (15).

16. No sé lo que me atrae con más fuerza. Por doquier reina la alegría aun cuando se siembran con lágrimas las cosechas todavía lejanas. Lo más sensible para mí, y en particular en la misión del Islam, que es la mía, es en primer lugar el constatar mi impotencia ante las dificultades de la tarea, ante las aspiraciones que debo comprender y guiar, la dureza de las gentes que hay que tratar caritativamente, respetando la persona humana. También el constatar qué mal comprendida es esta misión, y el experimentar con cuánta frecuencia es desacreditada por los mismos católicos que viven en desacuerdo con la ley del amor en estas tierras. Es esto mucho más duro que la dureza del clima, el agua de magnesia, la fiebre, y que todas las incomodidades aliadas de la vida misionera (16).

17. Lo que más me gusta: el estudio de la lengua por medio del contacto y de una mejor comprensión del ambiente; y la posibilidad de introducir la enseñanza del catecismo. Lo que más me cuesta: constatar la falta de misioneros y la defección de los cristianos (17).

18. Lo que nos hace sufrir: impotencia para aliviar la miseria física y moral; sentirse fuera del nivel bajo el punto de vista espiritual misionero. Lo que más nos atrae es el contacto con las almas, estableciendo con ellas una corriente de simpatía que nos permite el cederlas lo mejor que poseemos (18).

19. Mis preferencias: educación de las jóvenes africanas y la formación de las religiosas indígenas. Lo que más me cuesta: es el no poder hacer frente a las tareas múltiples de nuestra vida misionera y el estar siempre desbordada «no pudiendo hacer todo el bien que quisiera y que urge» (19).

20. Lo que más me gusta, los indígenas, tales como son. Lo que más me cuesta estar considerada como colonial. Ver que el demasiado cuidado administrativo toma el puesto al apostolado. Estar considerada por los indígenas como una extranjera incapaz de comprenderlos (20).

21. Lo que más me gusta, practicar la obediencia. Lo que más cuesta, la misma (21).

22. Las respuestas fueron muy diversas: Dependen de la misionera y de la misión. Lo que más les gusta: el apostolado entre las jóvenes, el ejercicio de la medicina, la catequesis, la enseñanza en colegios y escuelas. Lo que más les molesta: el trato con la gente indiferente, el calor, los alimentos, los insectos y la enseñanza (22).

23. Lo que más me gusta es la visita a los enfermos, curándolos y proporcionándoles las medicinas gratis. Lo que más me cuesta es la ingratitud e incomprensión (23).

24. Lo que más me gusta es el apostolado entre los niños y las madres de familia. Y lo que más me cuesta de ordinario, la cruz mayor para el misionero, es el aprendizaje de tantos idiomas tan distintos (24).

25. Lo que más me gusta: hablar de Dios a los enfermos y prepararlos a bien morir. Lo que más me cuesta: sentir la impotencia frente al inmenso trabajo y ver los límites que pone a la propagación de la fe la falta de misioneros (25).

26. Lo que más me gusta: el contacto directo (cara a cara) con las mujeres indígenas, con el deseo de hacerles bien. Lo que más me cuesta: ver que el demasiado control administrativo toma el puesto de la obra apostólica (26).

27. Lo que más me gusta: es la vida interior y la actividad equilibradas; y que todas las Hermanas sean iguales. Lo que más me cuesta: los cambios de puesto (27).

28. Lo que más me gusta: el cuidado de los enfermos; el contacto de las almas. Lo que más me cuesta: las relaciones con los europeos (28).

29. El sacrificio, bajo todos sus aspectos que impone la vida misionera, con la sola mira de la gloria de Dios y la salvación de las almas; es lo que más gusta. Lo que más me cuesta es lo limitado que resulta siempre el campo de acción, ante los anhelos vehementes del alma misionera (29).

30. Es verdaderamente gustoso comprobar que cada acto ya humilde y oculto,

ya directamente relacionado con la obra de la evangelización, ayuda a extender el reino de Dios en la tierra, por el hecho sencillo de ser miembro de una Con gregación misionera (30).

31. A mí me gusta la vida misionera, pero resulta muy difícil el contacto constante con la gente. Creo que me gustan más los sucesos inesperados (de sorpresa), especialmente las gracias inesperadas que la misionera y todas las personas igualmente reciben. Esto le hace sentir a uno la realidad de la unión con el Cuerpo Místico. La comunión de los Santos, el hecho de que hay otras muchas personas mereciendo gracias para nosotros todos (31).

32. Mi mayor satisfacción es ver de cerca a las gentes que encuentran a Dios y se ven inundadas de felicidad, y entonces se convierten en guías para enseñar la doctrina de Cristo a todos los demás. El punto más difícil, la obediencia (32).

33. El contacto directo con la gente y sus almas. Lo menos: irregularidad de vida (33).

34. Su contacto con la gente. Lo más difícil es la obediencia combinada con la iniciativa (34).

F

—CUAL LE PARECE LA OBRA PRINCIPAL DE UNA MISIONERA EN LAS MISIONES?

1. Indudablemente la obra principal de una misionera es la educación de los niños, y la formación y captación de las jóvenes constituyéndolas en futuras buenas madres de familia. Entre los niños que frecuentan la misión destacan por sus cualidades excelentes los de padres católicos. La diferencia, así mismo, entre jóvenes con principios adquiridos cuando niños en nuestra misión, y los que vienen a nosotras por primera vez, es de: constancia y facilidad de aprender para los primeros, y de inconstancia para los segundos (1).

2. Formar misioneras indígenas y ayudar a la formación del clero indígena (2).

3. Por los magníficos resultados que se obtienen de inmediato, me parece que la medicina es una de las principales. Por la transformación espiritual que opera y porque forma la conciencia de las almas, estimo muy preciosa el magisterio, además ésta exige mucho espíritu de sacrificio y a veces deja saborear el manjar amargo y fuerte de la ingratitud lo que ayuda mucho a espiritualizarlo y a hacerlo con gran pureza de intención (3).

4. La enseñanza: las escuelas. Con esto el alma del niño está en nuestras manos y las familias tienen contacto mayor con las misioneras. Los niños al ser mayores continúan siendo adictos a la misión generalmente y el Cristianismo va tomando fuerza. El Internado digo que es indispensable para formar a las niñas, mujeres del hogar.

La educación de la juventud para ir formando el hogar cristiano, catequistas y sobre todo misioneras nativas. La enseñanza del catecismo.

El ayudar a formar hogares cristianos; mientras no haya familias verdaderamente cristianas no habrá vocaciones ni avanzará la religión.

Pienso que la formación cristiana de la juventud, con el fin de levantar su nivel moral de vida, y poco a poco ir haciendo hogares cristianos.

La formación de la familia cristiana, educando para ello a los jóvenes de ambos sexos y los Ejercicios espirituales para adultos (4).

5. La educación de las jóvenes.

La de fomentar, cultivar y formar las vocaciones indígenas. También el fomentar el espíritu proselitista; cuando se consigue esto, se consigue hacer cristianos de vida más ejemplar y más amantes de la Iglesia.

La educación cristiana de la niñez y de la juventud. Hay también otra muy importante: el apostolado con los enfermos; en el hospital o en el dispensario, la misionera se pone en contacto con muchas almas que de otro modo jamás se hubie-

ran acercado a ella, y con frecuencia es el medio de que se vale el Señor para darles la fe o volverles al buen camino. La obra principal de una misionera me parece la de su propia santificación, pues solamente con una unión estrecha con Dios, será fecunda su acción. En cuanto a las obras de apostolado conceptúo como la más importante el fomento de vocaciones sacerdotales, y la formación de religiosas indígenas. En segundo lugar la formación moral de las jóvenes y su instrucción religiosa para formar hogares cristianos. Importantísima también la obra de la prensa, con la que en algunas misiones, sobre todo, se puede hacer mucho bien, contrarrestando la propaganda misionera protestante.

La educación de la juventud.

Atraer con oraciones, sacrificios y trabajos directos las gracias sobre las almas, y formar cristianos perfectos en lo posible.

La obra de escuelas y catequesis.

La enseñanza en general, para formar generaciones valientes y conscientes de lo que practican (5).

6. Junto con el trabajo de su propia santificación, la obra principal de una misionera me parece que es orar sin cesar para que el Señor derrame sus gracias a las almas.

Su propia santificación: el apostolado del ejemplo y de la palabra.

En el Japón la obra principal me parece que es la de los colegios católicos, porque el trabajo educativo es el que va formando la familia y la sociedad. Y por el prestigio que dan a la Iglesia cuando están a buena altura.

Pienso que la obra de la educación de la juventud puede ir a la cabeza en el plan de la evangelización. Hay familias enteras que son católicas en su sentir aunque todavía no estén bautizadas, por la doctrina que los hijos aportan al hogar. La estadística de alumnas católicas de nuestro colegio atestigua la eficacia de los centros de educación del Japón.

Santificarse así, entregarse de lleno a la salvación de las almas y extensión de la Iglesia, por todos los medios que los superiores pongan a su alcance.

La obra principal de una misionera me parece ser la del cumplimiento de la santa Voluntad de Dios por la perfecta obediencia.

Mi propia santificación.

Crear ambiente de catolicismo por medio de la educación y obras de caridad, para poder tener contacto con la gente, y esto servirá de medio para enseñarles la verdadera religión.

La santificación propia (7).

7. Yo creo que la obra principal de una misionera es atender a los enfermos en dispensarios y hospitales y la catequesis con los niños (8).

8. La enseñanza porque en ella se gana el futuro de la misión (9).

9. Edificar a los demás con su habitual bondad, condescendencia, desinterés (10).

10. Mantenerse en un perfecto equilibrio de espíritu, de paz y de mansedumbre, para ganar a los corazones de todos y llevarlos a Dios (11).

11. La formación de religiosas indígenas, nos parece la principal de todas. Muy importantes son también los catecumenados, bibliotecas, escuelas, dispensarios, etcétera (12).

12. Si esa pregunta se toma directamente dirigida a la religiosa, la principal obra es la *santificación propia.* Si es respecto a su ministerio, una enfermera difiere de aquella que se consagra a la educación del salvaje. Para quien a Vd. se dirige y se consagra a la educación, hoy la obra principal consiste en formar a la mujer aborigen tomándola en su menor edad y convirtiéndola al estado del matrimonio, si para él es llamada. Si logramos una formación íntegra en la mujer, tendremos hogares que jamás pierden lo que con amor y sacrificio materno se deposita en las almas a las veces, casi siempre, vírgenes, cual la selva donde vieron la primera luz (13).

13. La principal obra de las misioneras, a mi parecer, es la formación de religiosas indígenas (14).

14. El catecumenado, los enfermos y el dedicarse desde un principio al estu-

dio de la lengua, para poder compenetrarse con las ideas, usos y costumbres de lugar de la misión donde se trabaja (15).

15. Creo que debemos estar en conformidad con el fin trazado por nuestro Fundador «mujeres apóstoles entre las mujeres»: guías y sostenes de la mujer musulmana que se esfuerza por encontrar su dignidad y su verdadero puesto en la familia. Todas nuestras actividades deben converger a este punto. No seremos verdaderas educadoras comprensivas y con deseos de amistad si no nos colocamos bajo la estela de María colaboradora de la Redención del mundo por la irradiación intensa y secreta de su intimidad con su divino Hijo (16).

16. La obra principal de una misionera: cooperar al establecimiento de la Iglesia con la educación de la mujer, bajo todos los aspectos; formación de la religiosa y de la madre de familia (17).

17. Acción sobre la mujer que nos permite el desarrollo de su personalidad humana, personalidad sobre la que podrá injertar un desarrollo cristiano (18).

18. Creo que la obra principal de una misionera en las misiones es la educación cristiana de la mujer y la formación cultural de una élite femenina (19).

19. Obra principal: en general, dar a Cristo a las almas; en particular, concurrir al establecimiento de una Iglesia indígena (20).

20. Todo; pero con Cristo (21).

21. La enseñanza de las niñas y jóvenes en las escuelas y colegios, la catequesis, el apostolado a domicilio, por ejemplo la medicina (22).

22. La obra principal de una misionera me parece la educación y la formación de las niñas (23).

23. Servir de edificación a los demás, con su constante laboriosidad, abnegación y bondad (24).

24. En país del Islam: ser testigo de la caridad de Cristo por toda la vida (25).

25. La educación sobrenatural y humana de la mujer (26).

26. En primer lugar la escuela *con las visitas* a los pobres, y después el dispensario *con las visitas* a domicilio (27).

27. El apostolado con la mujer indígena, porque la mujer es el principio de todo. Mas su meta es la gloria de Dios y la salvación de las almas (28).

28. Llevar la luz de la fe a las almas que yacen en la oscuridad (29).

29. Cualquier trabajo que ha de llevar a cabo la religiosa misionera, ya sea atendiendo a los enfermos, a la enseñanza o al trabajo de la catequesis, etc. Creo que su primer deber es perfeccionar su vida espiritual, de modo que cuando emprende sus trabajos es Cristo mismo el que lleva a cabo la obra (30).

30. Un trabajo netamente femenino, que tienda a estrechar las relaciones entre hermanas y superiores, hermanas y pueblo, sacerdotes y gentes evangelizadas. Sin buenas relaciones es imposible hacer algún bien duradero (31).

31. Su renovado esfuerzo por crecer constantemente en el amor de Dios (32).

32. Preparar el camino del misionero mediante el trabajo para los cuerpos, y así alcanzar las almas (33).

33. Portarse como una mujer madura, preparada a arrostrar los problemas de las regiones misioneras a gran escala (34).

X

A la Superiora del Noviciado sobre "la aspirante a Misionera"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Misioneras Hijas del Calvario, Burgos; Misioneras Mercedarias de Bérriz; Misioneras de Cristo Jesús, Javier, Navarra; Compañía del S. Corazón, Tarancón, Cuenca; Misioneras de la Madre Laura, Medellín, Colombia; Corpus Christi, Carmel, Newport,Rhode Island, Trinidad: Medical Missionaries Sisters, USA.

A

—QUE FORMACION ESPIRITUAL DESEA USTED PARA SUS NOVICIAS?

1. Una formación sólida, fundada en la pasión de Cristo Redentor, tomándolo por modelo en su vida misionera, en su obra cumbre de apostolado, su sacrificio en la Cruz, pues este apostolado del sacrificio es el que rinde al infiel y no le hace dudar en las verdades que se le transmiten (1).

2. La propia de nuestro Instituto (2).

3. Un profesor de religión y ascética. Un buen confesor (3).

4. Una formación sólida basada en el Dogma (4).

5. Una intensa vida sobrenatural unida a un ardiente celo y total abnegación (5).

6. Un conocimiento completo de la doctrina católica. Familiarizarse en la doctrina del Evangelio: sinceridad, control habitual de sí mismo; ver cómo crecen

cada vez más el espíritu de oración, el intenso amor a la Congregación y realización de sus ideales (6).

7. Una formación que realice la Persona de Cristo viviente, que debe ser amado sobre todas las cosas. El amor es el gozne (la Clave) (7).

8. Una educación total en la práctica de los votos, virtudes y reglamento con una buena base de la Doctrina Cristiana (8).

B

—QUE FORMACION TECNICA Y EXPERIMENTAL RECIBEN ANTES DE IR A MISIONES?

1. La instrucción elemental, clases especiales de religión, liturgia, música, costura, punto y confección, labores de adorno, medicina; práctica en clínicas y sanatorios (1).

2. El noviciado se dedica exclusivamente a su formación religiosa basada en los votos y reglas. Si no son buenas religiosas, nunca serán buenas misioneras. La religión (dogma, moral, apologética) es lo único que estudian a fondo en el noviciado (2).

3. Prácticas de medicina, enfermeras, enseñanza en todas sus ramas, artes domésticas (3).

4. En el noviciado se atiende más a la formación espiritual, aunque no se olvida la técnica y experimental, con clases de idioma, música, labores, y algunos oficios, como carpintería y encuadernación. En las clases de formación espiritual se tocan temas de moral, dogma, vida sobrenatural, reglas, ascética. La clase de Misionología, por supuesto. También dan clase de cultura general (4).

5. Proyectos prácticos, ensayos en las labores propias de la Congregación (5).

6. Durante el noviciado, las novicias aprenden las artes prácticas por ejemplo de jardineras, cocineras, costureras, oficios domésticos. Su instrucción técnica y profesional se lleva a cabo después de la primera profesión. Las misioneras reciben instrucción adecuada para el campo del apostolado, para el cual están destinadas, sean catequistas, enfermeras, médicas, maestras, etc., etc. Tienen los mismos certificados académicos de los seglares trabajando en profesiones parecidas (6).

7. Normalmente ellas son educadas como R. N's., o en la economía del Hogar. Algunas son doctoradas en Medicina (7).

8. Nuestras novicias reciben educación para tomar parte en todos los deberes domésticos: cocina, limpieza, costura, etc. Su educación se prolonga lo conveniente de acuerdo a la habilidad de cada una (8).

C

—QUE PROMEDIO DE LAS ADMITIDAS EN EL NOVICIADO FALLA Y CUAL ES LA MEDIA DE SU EDAD?

1. El promedio de las admitidas que falla es el 4 % y la media de su edad es la de 19 años (1).

2. Un 10 %. Edad media de 25 años (2).

3. Fallan el 21 %, de los 22 a los 27 años (3).

4. Si se refiere la presente clase a las que por voluntad abandonan el Instituto, son muy pocas; tal vez no lleguen al 2 %. Si es a las que tienen que dejarlo, porque así lo ven los superiores tal vez lleguen al 40 %. El dato de la edad es muy variable y no he visto que se distinga por fallar una edad especial. Tal vez

esto se deba a que nuestra experiencia es escasa todavía, por ser un Instituto muy joven (4).

5. Aproximadamente el 15 %. La media de su edad oscila entre 16 y 20 años (5).

6. Aproximadamente 3 % durante el noviciado. La edad media de las novicias es de 19 a 20 años (6).

7. Como un 40 % abandona o son despedidas. La media de su edad es de 20 a 25 años (7).

8. Como un tercio de las postulantes y un quinto de las novicias abandonan. La media de edad es de 21 años (8).

D

—QUE MEDIO FAMILIAR ES EL MAS RECOMENDABLE Y QUE EDAD MAS CONVENIENTE PARA LAS VOCACIONES?

1. El medio familiar más recomendable creo es aquel en que se practica bien la vida cristiana. O también, salvo muchas excepciones, la acción católica. La edad conveniente, a mi juicio, es de 18 a 22 años (1).

2. No entiendo la pregunta. De los 18 a los 25 años (2).

3. Clase media; aunque aquí dan muy buen resultado las vocaciones de clase elevada, tienen gran espíritu de sacrificio. De 20 a 25 años (3).

4. La mayor parte de nuestras vocaciones proceden de familias numerosas y se da el dato curioso de que no son las más generosas las que proceden del ambiente más humilde, sino al contrario. En cuanto a la edad más conveniente me parece que lo que necesita un Instituto es variedad, pues si las más jóvenes traen más docilidad y son más maleables y más entusiastas, las maduras traen un conocimiento y experiencia de muchas cosas sumamente provechosas (4).

5. Un ambiente moralmente sano y acendradamente cristiano. La edad más conveniente sería a los 18 años (5).

6. De la clase media; alrededor de los 19 años (6).

7. La clase media. — La mejor edad es quizá la de los últimos años de la decena 2.º (de 17 a 20), excepto en los lugares donde la madurez viene más tarde (7).

8. Normalmente una muchacha de clase obrera resulta tan bien como cualquier otra. Si ha tenido que ganarse el sustento resultará probablemente mejor que la chica que viene directamente de la escuela. Pero esto no es siempre así. La mejor edad es de 20 a 25 años (8).

E

—QUE DESEARIA DE LOS PARROCOS, CONFESORES Y PROPAGANDISTAS EN ORDEN A LA ORIENTACION Y CULTIVO DE LAS VOCACIONES?

1. En cuanto a la orientación y cultivo de las vocaciones, yo desearía de los párrocos y confesores más generosidad y desprendimiento, que no alejarán tanto a la juventud de las religiosas y que éstas mismas religiosas entraran más en el servicio de las parroquias y tuvieran más roce con las jóvenes, porque como los santos hacen otros santos, las religiosas hacen otras religiosas. Hay párrocos que sienten mucho desprenderse de los buenos elementos para el servicio de la parroquia con detrimento de las vocaciones, pues si las encuentran dudosas o perplejas o poco valerosas para superar los obstáculos que se les presenten, en vez de animarlas, ayudarlas e instruirlas a que comprendan cuál es la llamada de Dios y cómo hay que corresponderla, las desaniman y orientan hacia otros estados (1).

2. Que les infundiera más estima de la vida religiosa en general; que les diera una formación más basada en su propio conocimiento y en la necesidad de negarse con la alegría de la victoria sobre sí misma, que cultivasen menos el sentimentalismo (2).

3. Vienen por lo general muy bien orientadas. Quizá se les note como un demasiado temor a perder su personalidad mal entendida (3).

4. Desearíamos más comprensión y más generosidad hacia nuestro ideal misionero (4).

5. Encauzamiento de los ideales que surgen en las almas de acuerdo con el llamamiento a la vocación religiosa sobre un plano real (5).

6. Una formación sólida espiritual para la juventud de la parroquia, oportunidades para ejercitar su espíritu de sacrificio y celo en los proyectos de A. C. Animo y dirección en ayudar a la juventud para llegar a una decisión respecto a su vocación (6).

7. Creo que los pastores y demás sacerdotes deberían tener constante interés en las vocaciones y sostener «días de la vocación» con colectas, retiros, etc. También deberían predicar en sus sermones ordinarios lo clásico acerca de la parte de los padres en la vocación. (El hogar es el plantel de las vocaciones) (7).

8. La mejor ayuda de los pastores y confesores sería hablar con más frecuencia acerca de las vocaciones religiosas y sometiendo a las muchachas a algunas pruebas antes de recomendarlas. No toda chica piadosa es deseable para la comunidad y la vida religiosa. Creo que el sacerdote debería también conocer algo del espíritu de la comunidad a la cual ofrece la candidata. A algunas convienen ciertos caracteres mejor que otros (8).

F

—EFECTO DE LA PROPAGANDA EN LA ORIENTACION O DESVIO DE LAS VOCACIONES?

1. La propaganda bien hecha será siempre eficaz; si Dios nuestro Señor se valió de medios humanos para la fundación y propagación de su Iglesia, EL nos dió ejemplo para que nosotros trabajemos dando facilidades a las almas de buena voluntad, que ansían ser orientadas en negocio de tanta trascendencia, antes de dar el paso definitivo. Sin propaganda la mayoría de las almas quedarían en tinieblas, y esto causaría el desvío de las mismas (1).

2. Una propaganda bien hecha ayuda al fomento de vocaciones (2).

3. Para muchas de las de aquí ha sido la propaganda el medio de conocer su vocación.

En particular: DOMUND, películas misionales, estadísticas llamativas, y en general lo que entra por los ojos y sin gran esfuerzo (3).

4. Efecto definitivo (4).

5. Una propaganda prudente sería un medio esencialmente eficaz para la orientación de las vocaciones (5).

6. Ha sido nuestra experiencia que el trabajo misional de propaganda ha estimulado el interés en el trabajo misional y por medio de esta propaganda se estimulan muchas vocaciones; de cuando en cuando el elemento sentimentalista es el resultado de tal interés; pero el aspirante que perseverare pronto se quita de si mismo estas ideas equivocadas (6).

7. La propaganda misionera debe darse ya que con frecuencia este es el único modo de ponerse en contacto los misioneros con los jóvenes, pero no debe ser excesiva (7).

8. Es una equivocación pintar la vida misionera con colores atractivos. Las muchachas deberían ser preparadas para las dificultades y la vida dura (8).

XI

A las Superioras Generales sobre "la Misionera"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: R. M. Concepción de Y., Misionera de Cristo Jesús; R. M. Superiora General de las Hermanas Blancas; R. M. Superiora María Pilar Navarro, de la Compañía del Sagrado Corazón, Madrid; R. M. Josefina Serrasín, Misioneras Dominicas, Pamplona; R. M. María del Perpetuo Socorro, Superiora General de las Misioneras de la Madre Laura, Medellín, Colombia; Maryknoll Sisters, Revda. M. Mary Columba, New York. Corpus Christi Carmel. Newport, Rhode Island, Trinidad: Medical Missionaries Sisters, USA

A

—QUE RELIGIOSAS JUZGA VD. MAS APTAS PARA IR A MISIONES?

1. Las que con gran espíritu sobrenatural, cuentan también con buena formación o talento práctico (1).

2. Tengamos en cuenta el texto de las reglas que nos recuerdan que las cualidades necesarias para la admisión de un sujeto son: un deseo sincero de darse al apostolado, una piedad clara, un buen equilibrio físico y moral, (carácter social, inteligencia despierta, juicio recto, salud resistente), un exterior sin defecto visible, un pasado de familia sin mancha. Sobre estos elementos de base podrá edificarse la formación de la misionera que exige síntesis equilibrada de su vida in terior y de su actividad apostólica, una madurez que le permita tomar sus respon-

sabilidades en la línea de la obediencia, una actitud que le permita adaptarse a las circunstancias y a las personas, y una sociabilidad indispensable en la vida común y para mantener el contacto exterior, una voluntad suficientemente fuerte para dominar las laxitudes y las dificultades misioneras (2).

3. Las que tengan un *carácter muy equilibrado*, caridad, humildad y abnegación (3).

4. Las que tienen verdadero celo por las almas; celo inspirado en un gran amor a Dios y espíritu de sacrificio; y quieren realizar su ideal de salvar las almas en países de Misión (4).

5. Las que amen sinceramente su vocación, tengan un concepto muy claro del valor de las almas, unido a un gran espíritu (5).

6. Aquellas Hermanas que estén preparadas en alguna especialización, sean desinteresadas y espirituales (6).

7. Las hermanas deberían ser maduras de ánimo, celosas y abnegadas, preparadas a tomar cualquier clase de trabajo que haga falta. Deben saber adaptarse a las nuevas condiciones y estar exentas de prejuicios (7).

8. Hermanas instruídas que han alcanzado la madurez en el ser mujeres (8).

B

—QUE PROBLEMAS NUEVOS LES PRESENTAN LAS MISIONERAS QUE NO LES PLANTEAN LAS DEMAS RELIGIOSAS?

1. Como el Instituto es exclusivamente misionero no podemos hacer o establecer comparaciones de unas con otras, pero encuentro que uno de los principales problemas es el adquirir algo de dominio en las lenguas que se hablan en el país donde han de trabajar antes de ir a él (1).

2. Aún no tenemos mucha experiencia. Problemas de carácter general, el principal el de las lenguas, el dialecto del país no es posible aprenderlo en Europa antes de ir. Una vez en las misiones, no habiendo personal suficiente para poder destinar a las religiosas varios años al estudio de la lengua, el trabajo les impide estudiar todo lo que fuera necesario. No veo fácil solución a este problema (3).

3. Como nuestra Congregación es esencialmente misionera, la formación es la misma, aun para las que tengan que trabajar en retaguardia (4).

4. El celo imprudente que las hace desobedientes, y se exponen por su audacia a caer en peligros morales (5).

5. Dificultad en obtener provisiones alimenticias; carencia de condiciones higiénicas; carencia de moralidad entre los nativos (6).

6. Una hermana misionera debe arrostrar circunstancias y condiciones fuera de lo ordinario. Probablemente hallará un mínimum de conveniencias y una alimentación muy distinta de la que está acostumbrada. El clima puede también presentarle problemas, como la lengua de la gente que le rodea (7).

7. Los problemas sociales y económicos de las regiones a que es enviada (8).

C

—SE PUEDE MANDAR A CUALQUIER MISIONERA A CUALQUIER MISION?

1. Creo que no. Conviene tener muy en cuenta las características de cada misión y así con el común denominador de «el espíritu sobrenatural» convendrá enviar Hermanas más instruídas a misiones más adelantadas, y Hermanas sin tantos estudios a misiones más primitivas; pero siempre tendiendo a que el nivel sea

superior a una cultura justa. Pues el cambio de clima, lengua, temperamento hace perder más de un 50 % de sus cualidades que si se quedase en su propia patria (1).

2. Nuestra Congregación no es tan sólo exclusivamente apostólica, sino que es también exclusivamente africana. Sin embargo no basta esta especificación general, se requiere una adaptación de los miembros para que puedan aplicar sus posiciones naturales, y aun su misma vocación personal a ciertos campos de apostolado especial. Por ejemplo, la misión en el Islam pide ciertas afinidades, una especie de llamamiento particular en el cual debemos pensar. Estas orientaciones se hacen especialmente durante el año de probación efectuado al terminar el noviciado —en la Casa Madre de Argel— que tiene por fin la preparación directa para la misión; es decir: estudio de la espiritualidad misionera bajo unos aspectos diferentes, estancia en puestos de misión que permita hacer la experiencia de esta vida, etc., la salud (y clima), la preparación humana personal, etc., influyen en los destinos de las Hermanas (2).

3. No todas las misioneras necesitan las mismas cualidades por el carácter de la misión. En unas misiones hace falta que la salud sea más fuerte que en otras, o que la cultura sea más elevada que en otras (3).

4. No (4).

5. Imposible. Hay que estudiarle su espíritu, la adaptación al medio ambiente y la clase de trabajo (5).

6. No deben ser enviadas las Hermanas sin distinción a cualquier misión. Hay que considerar muchos factores: por ejemplo la constitución física, clase de especialización que poseen, aptitudes, etc (6).

7. No. No se puede mandar cualquier hermana a las misiones. Una pobre religiosa puede fácilmente dar escándalo y producir daños. También una hermana muy delicada puede fracasar al no hallar todas las comodidades a que está acostumbrada, aunque esto depende probablemente de su concepción del sacrificio. De todas maneras debería tener buena salud (7).

8. No. Una falta de tolerancia para con las necesidades de los demás y sus puntos de vista pueden ser causa de un gran fallo (8).

D

—LA VIDA MISIONERA ESTORBA EN OCASIONES LA VIDA RELIGIOSA?

1. Creo que no. Lo interesante es no olvidarse de que en la unión con Dios vendrá toda la eficacia de nuestro trabajo. *Viviendo* esta idea no hay peligro (1).

2. Cierto es que, a veces, la actividad intensa exigida por la misión puede producir una tensión penosa en lo tocante a la vida interior y a la vida activa. Esto influye extraordinariamente debido a circunstancias excesivamente desdichadas o por mala asimilación de la preparación misional recibida durante el año de probación, o en las casas destinadas a esta clase de estudios especiales (2).

3. No debe estorbar si se tiene cuidado de que la misionera tenga un horario adecuado para poder cumplir fielmente sus deberes religiosos. Le estorbaría, si por atender a los trabajos de la misión, abandonase la religiosa sus deberes de piedad. Pero eso lo mismo sería aquí en España (3).

4. Nunca, si la misionera es alma de vida interior (4).

5. No se nos ha presentado el caso, por lo tanto para ser perfecta misionera tiene que llenar lo que la perfecta religiosa, principalmente en el exacto cumplimiento de sus votos (5).

6. Nuestra experiencia nos ha demostrado que la vida de oración verdadera salvaguarda el espíritu de las Hermanas; la vida misionera arraiga mucho más el

espíritu religioso en lugar de arruinarle y ponerle en peligro. Hay que hacer mucho hincapié en la vida de oración (6).

7. La vida misionera estorba a veces la vida religiosa. Es muy difícil guardar la regla, cuando no hay más que un pequeño grupo, 4 hermanas por ejemplo. Un carácter fuerte no suele afectarse mucho, pero las almas débiles se desmoronan, cuando pierden los soportes normales de la vida comunitaria. Evidentemente depende mucho de la religiosa encargada. La falta de moralidad en algunos países misioneros pueden también ser perjudiciales a la religiosa (7).

8. Sí (8).

E

—DONDE CREE VD. QUE ESTA EL SECRETO DE LA SANTIFICACION Y DE UN APOSTOLADO EFICAZ PARA UNA MISIONERA?

1. En la unión con Dios. Virtudes muy necesarias: la humildad, la vida de oración, la fortaleza de ánimo, prudencia de adaptación, amor a la propia misión y comprensión (1).

2. Me parece que se encuentra: *a*) En la unidad de la vida interior totalmente orientada hacia el apostolado y que conduce a la santificación espiritual de los que viven como hijos de San Ignacio «contemplativos en la acción» encontrando a Dios en todo, en la oración y en el trabajo por su gloria y amor. Así se expresan nuestras Reglas: «santidad que brota de una vida interior cuidadosamente guardada, profundizada, fortalecida, a fin de que no se debilite en la actividad apostólica sino que por el contrario se procura un estímulo y un alimento, que penetrará a su paso en su actividad de fecundidad sobrenatural».

b) En la verdad del don de sí realizado por los votos, en particular por el voto de obediencia que nos orienta hacia el aposotolado: «tanto más una hermana será obediente cuanto más unida esté con Cristo por medio de sus superiores y más íntimamente se hallará unida como miembro del Cuerpo Místico a su Jefe, Cristo, acercándose a la plenitud de la vida divina que le ha sido otorgada; su labor servirá realmente a la extensión del reino de Dios: el que mora en mí produce mucho fruto (Juan XV)». *Reglas*.

El voto de castidad nos preparará para nuestro papel particular que debemos desempeñar con la mujer, y nos permitirá comunicarles la vida divina que poseemos. «La virgen cristiana renuncia a los placeres de la carne para asegurarse una libertad espiritual, renuncia al amor conyugal para alcanzar una vida de amor más elevado en Cristo, renuncia a la maternidad carnal para producir fruto espiritual.» *Reglas*. Esta sublimación de todas las riquezas femeninas, ¿no es un factor de santificación al mismo tiempo que un completo desarrollo de eficiencia? *c*) En un ambiente de comunidad de fervor, de celo, de caridad, que sostenga, estimule y proteja la llama apostólica de cada una. *d*) En la preparación necesaria de los sujetos para los distintos cargos o empleos. Intentamos dar una preparación, no sólo formando enfermeras o maestras, sino también proporcionando a las Hermanas la instrucción en clases de estudio especializadas, que les den la primera base de los idiomas, costumbres, religión... de los países que debemos evangelizar. Esta síntesis de elementos interiores y exteriores debe establecer en las misioneras una armonía de tendencias y de medios, capaces de hacerlas testigos y apóstoles de la verdad (2).

3. En la unión con Dios y el olvido total de sí misma (3).

4. En esta misma vida interior: en la unión con Dios que lleva a cumplir con perfección con EL y por EL, las obligaciones de la vida religiosa y las particulares del oficio o cargo, aunque no se tenga contacto directo con las almas (4).

5. Para nuestras misioneras está el secreto de su santificación —para obtener

un apostolado eficaz— en el convencimiento humilde de su puesto de nada delante de Dios, que la mueva a sacrificarse por la gloria de EL en beneficio de la porción más abandonada de las almas. Esto unido a su amor a la pobreza (5).

6. Una formación sólida y bien fundada sobre los principios de la vida religiosa durante el noviciado, un conocimiento suficiente de la sagrada Escritura y de la Teología, etc., como también una comprensión ajustada a los objetivos que persigue el apostolado misionero, cuales son servir de eficaz ayuda a los sacerdotes para establecer y fundar la Iglesia indígena, y la absoluta necesidad de encauzar y dirigir todos los esfuerzos a la consecución de esta meta (6).

7. El secreto de la santificación de la misionera es el grado de su amor de Dios y de las almas. Si ella tiene este en abundancia y quiere realmente vivir su vida religiosa tan perfectamente como le sea posible, las condiciones externas no se lo estorbarán (7).

8. Ante todo debe ser santa ella misma e interesarse por los demás (8).

F

—A QUE RELIGIOSAS SE DEBE DISUADIR DE IR A MISIONES?

1. Tengo muy poca experiencia, pero creo que la que no sabe olvidarse de sí misma y *darse* sin escatimar nada por la salvación de las almas, es mejor que no vaya (1).

2. Serían ineptas para la vida apostólica: las incapaces de alcanzar esta madurez espiritual y humana, incapaces del desprendimiento de sí pedido por los votos y necesario para la comprensión del ambiente (condición de acción eficaz en sociedades tan diferentes de la nuestra), incapaces de renunciar a ciertos lazos nacionales opuestos a la amplia «catolicidad» requerida por el Fundador que concibió «la Congregación» como llamada a recibir en su seno a novicias pertenecientes a todas las naciones católicas que se pudiera decir de ella lo que el apóstol San Pablo de la Iglesia primitiva: «que no haya entre vosotros, ni griegos, ni latinos, ni hebreos, todos sois una misma cosa en Jesucristo» (2).

2 b. A las de carácter nervioso, o que no sean bien equilibradas. A las que no tengan suficiente virtud, sobre todo humildad, obediencia y abnegación (3).

3. A las que tienen demasiada imaginación y poco espíritu de sacrificio (4).

4. A las religiosas sensuales, noveleras y aseglaradas les es imposible la vida de sacrificio que se requiere en las misiones (5).

5. Aquellas Hermanas que tienen dificultades físicas y cuyo carácter y temperamento carecen del conveniente equilibrio y estabilidad, y la conveniente fortaleza para la vida misionera (6).

6. La religiosa gruñona y que se queja de los pequeños contratiempos, o la que confía demasiado en sí misma, o la propensa a críticas no deberían ir a misiones (7).

7. A las que no tienen suficiente madurez espiritual y emocional (8).

XII

A las mismas novicias sobre "la vocación Misionera"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Misioneras Mercedarias de Bérriz; Franciscanas Misioneras de María, Pamplona; Misioneras Hijas del Calvario, Burgos (diez respuestas). Misioneras de Cristo Jesús (5 respuestas); Compañía del S. Corazón (12 respuestas); Auxiliadoras del Purgatorio (6 respuestas); Misioneras de la Madre Laura (5 respuestas).

A

—COMO SE INICIO SU VOCACION. (LECTURAS, SERMONES, CONVERSACIONES, ETC.)?

1. En unas misiones: conocí mejor a Cristo, sentí que hubiese tantas almas que no le conocen, que se pierden; y desde entonces mi ideal fué ser misionera.

En el colegio. La idea misional tan vivida fué creciendo conmigo.

En unos círculos misionales que nos dió el Director de las Obras Misionales Pontificias.

En unos cursillos de la C. M. D. E.

El primer contacto que tuve con las Mercedarias Misioneras de Bérriz.

En unos Ejercicios meditando la Pasión.

En el ambiente misional vivido de colegiala.

En una conferencia que oí sobre misiones.

En el Colegio al calor de las reuniones, conferencias misionales, que me hacían entusiasmarme a la vez que deseaba hacer cualquier cosa por las almas.

En la felicidad reflejada en el rostro de una misionera al hacer sus votos perpetuos, comprendí la alegría de una vida entregada a Dios y quise ser misionera para realizar mi entrega total.

Cuando conocí el problema misional trabajando en Juventud Mercedaria misionera.

Al leer un artículo sobre la Madre Margarita y las primeras misiones de su Instituto.

Leyendo la historia de un misionero.

En unos Ejercicios se inició mi vocación. La idea misionera la llevaba siempre dentro por haberme educado con Madres Mercedarias misioneras y por esto no concebí otra vocación que no fuera ésta, no se me ocurrió dudar.

Cuando en el Colegio supe que más de 1.200 millones de almas no conocen a Dios.

Al oír en una conferencia: «Cristo murió por todos».

Al oír exponer a un Padre encargado del Seminario de Misiones Extranjeras la idea de la catolicidad.

Colaborando en Juventud Mercedaria Misionera.

En el colegio, una Profesora despertó en mí el celo por las almas.

En el ambiente misionero del colegio todo contribuyó a mi vocación, cartas de misioneras, conferencias, ferias, etc.

Al ver una película de Santa Teresita.

En el colegio, pero sobre todo en un Congreso misional.

Leyendo libros misionales y en conferencias de misioneros en el colegio.

Al leer «Angeles de las misiones».

En el colegio con Juventud Mercedaria Misionera.

En unos cursillos de antiguas alumnas de Bérriz.

Unida a mi vocación religiosa; siempre pensé que únicamente en un Instituto misionero podría realizar plenamente mi vocación.

Al encauzar mi Director mi vocación hacia las misiones.

En unos Ejercicios al ver lo que Cristo había hecho por mí.

En el colegio, a medida que iba entendiendo y conociendo lo que eran las misiones.

Al inculcarme en el Colegio y en casa que hay tantos que no conocen a Dios.

No lo sé; desde que tuve uso de razón tenía tales convencimientos de mi vocación misionera que me parecía lo más natural pasar del colegio al convento.

En el colegio, y las vocaciones misioneras de mi familia.

No sé en concreto; tal vez por el ambiente misional del colegio. Cuando marchó una profesora a misiones sentí un deseo muy grande de hacer yo lo mismo.

Creo que fué con la lectura de los libros de la colección «Desde lejanas tierras» (1).

2. El modo más general de iniciarse una vocación al conocimiento del Instituto es: Por las lecturas, revistas, etc. La vocación nace en cada alma de muy diversas maneras; pero siempre, si ha de ser verdadera, basta con el deseo de darse a Cristo en sus miembros pacientes, por lo general: enfermos, leprosos. También la enseñanza tiene su puesto especial en las almas (2).

3. Mi vocación se inició cuando era pequeña, oyendo hablar que había tantas almas sin conocer a Dios y de la heroica generosidad de los misioneros que dejan todo, padres, hermanos, patria y se exponen a los más grandes sacrificios por llevar a los infieles la luz del Evangelio, y salvar aquellas pobres almas que aún viven envueltas en las tinieblas del error y del paganismo. Pensé en la Pasión del Señor, en lo mucho que a EL le habían costado todas esas almas, y me creí con una grande obligación de poner una gotita de agua en los labios del Divino Misionero en aquella frase «sed tengo» (3).

4. Mi vocación se inició en una Hora santa al escuchar las palabras «La mies es mucha y los obreros pocos». Entonces sentí una llamada del Señor que me invi-

taba a trabajar en su viña; y pensando en tantas almas que se pierden por no tener misioneros, me sentí como obligada a seguir la voz del Señor (4).

5. Mi vocación se inició viendo, en la representación de un drama, una muerte santa. Me impresionó mucho la alegría con que moría y deseando para mí la misma suerte, decidí consagrar mi vida al Señor con el fin de llegar a conseguir un grado de perfección más alto que el que pudiera conseguir en el mundo, donde abundan los peligros (5).

6. Mi vocación se inició en una lectura espiritual. En ella empecé a sentir un vacío, un algo... era la vanidad del mundo. Así prendieron los primeros gérmenes que rápidamente fueron desarrollándose al calor del pensamiento «el ideal vale más que la vida» y se completaron con revistas y cartas misioneras, con lo cual quedó fijada y resuelta mi vocación viendo como ideal la Cruz y las almas (6).

7. Mi vocación se inició, impresionada por la muerte de una joven en sus 21 años. Pensando que hace unos días sonreía a la vida y en unos momentos todo había terminado. El Señor me hizo comprender la brevedad de la vida, y viendo las miserias humanas, sentí deseos de abandonar el mundo, envidiando a las almas consagradas, queriendo sólo servir al que no engaña nunca. A esto me ayudó muchísimo la «Historia de un alma», comprendiendo más el valor del sufrimiento y de las almas y que la única felicidad es servir por el camino más seguro al que dió la vida por salvarlas (7).

8. Sentí vocación desde muy joven pero sin hacer caso de ella, hasta que ya, siendo militante en las filas de A. C. y por medio de los retiros y lecturas, la fuí viendo cada vez más clara, y se realizó por fin, gracias a Dios, meditando sobre este pensamiento «¿a quién has de dar tu corazón sino a quien dió la vida por ti?» (8).

9. Se inició mi vocación practicando una continua vida de piedad, buscando cada día más la dulzura, paz y satisfacción que sólo en la oración cerquita del Sagrario se encuentra. Allí es donde mi alma se hartaba de esa felicidad que el mundo, como no la posee, no la puede dar (9).

10. Mi vocación se inició cuando era jovencita, lo cual debo mucho a las buenas lecturas, sobre todo las referentes a jóvenes que deseaban consagrarse al Señor. Así brotó en mi alma el deseo de ofrecer al Señor mi juventud con todas las ilusiones que ella me ofrecía. Sí que era verdad que el mundo me sonreía y pasé algún tiempo de preocuparme de tales ideas; pero nunca encontraba en él lo que mi alma tanto anhelaba. Entonces pensaba: ¿qué saco yo de divertirme si todo lo de este mundo es vanidad? Algún día tendré que dejarlo todo y mi alma se encontrará con un gran vacío. Y me dije entonces: el Señor me llama y no tengo que hacerme sorda ni contentarme con ser una de tantas. Quiero llenar mi vida con algo grande (10).

11. Mi vocación se inició en la ceremonia de una profesión religiosa, considerando la felicidad de aquella alma al tomar por esposo al Rey de Reyes y viendo que podía santificarme con mucha más facilidad que en el mundo. Entonces el Señor me inspiró consagrarme a El. A estos primeros impulsos de la gracia ayudó la reflexión sobre las vanidades del mundo en unos Ejercicios espirituales; y también oyendo hablar de las necesidades de los infieles. Decidí abandonarlo todo y lanzarme a cooperar con la gracia del Señor en la salvación de las almas (11).

12. Se inició mi vocación conviviendo con las religiosas, que despertaron en mí las ansias de servir al Señor en la vida más perfecta y llevar más fácilmente almas a Jesús.

Siendo jovencita sentí esta llamada, pero después, a través de unos años, me atraía el mundo con sus vanidades y diversiones; pero con el buen ejemplo de mis padres, sermones, pláticas, ejercicios, etc., la llamada fué más fuerte y con inclinación hacia los infieles (12).

13. Mi vocación se inició considerando las muchas almas que por no conocer la verdad se exponen a condenarse, no teniendo quien les hable de ella; y también escuchando las palabras del Señor que me decía: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio», y estas otras: «La mies es mucha y los obreros pocos»; pensando estas frases me consideré llamada por el Señor y embargada de una alegría

inmensa, pura y angelical que me sedujo a seguirle ciegamente sin titubear (13)

14. Mi vocación se inició en mi primera comunión, acentuándose en mis primeros ejercicios espirituales hechos a la edad de 10 años; madurando en la Acción Católica y en la «Alianza» (14).

15. Por unas proyecciones misionales en el colegio (15).

16. En la lectura del Evangelio de San Mateo (16).

17. Se inició en el ambiente de mi familia ya desde pequeñita (17).

18. Mi vocación se inició de una manera un poco rara. Desde pequeña era un sentimiento de independencia hacia el hombre el que me decidió a que en mí no mandara ninguno, y aún ahora en el fondo queda mucho de aquello. Aparte de estar el papel de la mujer en el matrimonio, nunca me ha gustado ni me creo capaz de entusiasmarme tanto por una persona que, al fin y al cabo no dejará de ser barro, como para no cansarme de ella y arrepentirme luego mil veces de ella. Pensé que la vida es muy breve y que por las criaturas no merece la pena de desvivirse, a no ser para llevarlas a Cristo a quien tan caro costamos. Luego me hizo mucha impresión y cambiar mucho mi vida el leer «Historia de un alma»; y desde entonces la idea de aprovechar el tiempo ha sido algo así como una obsesión (18).

19. Me inicié mi vocación por las conversaciones con el Padre Domenzain, S. J. (19).

20. La vocación en sí empezó en el colegio (20).

21. Por lecturas misionales (21).

22. Por lecturas (22).

23. Al contacto con las monjas en el colegio (23).

24. Por la alegría que irradian los misioneros en su despedida al dejar su patria (24).

25. Por lecturas (25).

26. Principalmente por conferencias y lecturas religiosas (26).

27. Las lecturas misionales y la formación recibida en la A. C. en este sentido (27).

28. Lecturas, sermones, conversaciones (28).

29. A través de una propaganda misional (29).

30. Desde pequeña, antes de comprender la realidad de lo que significaba la palabra misionera. Después, en el ansia de hacer algo más de lo que hacía, vi la continuación de aquellas primeras ilusiones (30).

31. Mi vocación se inició en unos ejercicios espirituales; naciendo en mí la ilusión de hacer llegar a los demás la dicha de conocer a Dios (31).

32. La meditación del Reino de Cristo (S. Ignacio). Al oír el llamamiento del Jefe, y descubrir la obra redentora, a la cual puedo colaborar en la vida misionera (32).

33. Por la santa infancia, y sobre todo al ver la necesidad que hay de misioneras. Las lecturas y sermones misionales completaron mi vocación (33).

34. Por la lectura de revistas misionales, donde se ve el abandono de las almas (34).

35. Por conversaciones, por sentimiento de compasión de que no conozcan a Dios, y por inspiración, sacrificándome y trabajando por ellos (35).

36. En conferencias misionales (36).

37. Ha sido una atracción interior que siempre me perseguía, a pesar de todo y por todo, sintiendo al mismo tiempo una necesidad de rezar por las misiones (37).

38. Al oír un sermón de un misionero (38).

39. En la lectura del pasaje evangélico que dice: «si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme» (39).

40 Convencimiento de lo caduco y perecedero del mundo (40).

41. La lectura de una revista misionera (41).

42. Por una propaganda cinematográfica (42).

B

—DIFICULTADES MAYORES QUE TUVO QUE VENCER PARA REALIZARLA?

1. Falta de medios económicos. La distancia.
Mi propia voluntad que se resistía. La parte económica.
El ser hija única.
La separación de mi familia.
Ninguna, debido a la generosidad de mis padres que han entregado todos sus hijos al servicio de Dios.
La separación de mi madre y el atractivo del mundo.
Algunas familiares y muchas profesionales.
Dejar la familia.
Económicas.
La familia y la distancia.
El dejar a mi padre solo y la distancia.
La familia.
El dejar la familia.
La edad, pues tenía tan sólo 16 años.
Tener que esperar un año por ser muy joven.
La economía.
El permiso de mi madre, y al negármelo, la parte económica.
El renunciar a mi libertad.
La separación de mi familia.
Económicas y oposición de mi familia.
Mi familia.
La oposición de mi familia.
El problema económico.
La oposición de mis padres.
Catorce no han tenido ninguna dificultad (1).

2. Son muy variadas en cada alma; tratándose de la vocación misionera, la casa paterna es uno de los mayores obstáculos en la realización. Los padres pocas veces se resignan a la idea de que se vayan lejos sus hijos, a penar en el apostolado de infieles. Una vez dentro, si las jóvenes no tienen mucha formación espiritual, digo principio firme, ese anonimato, ese vivir oculto, para adquirir las virtudes interiores, tiene sus decepciones (2).

3. El temor de declararme a mi padre, pues veía casi imposible que accediese a mi intento por ser la única mujer que había en casa. Por fin me decidí, pero todo inútil, intentaba entretenerme dejando pasar los años con intención de perder mi vocación, y me apartaba de todo lo que pudiera favorecerla. Entonces yo viendo el peligro que corría mi vocación me decidí, aun siendo menor de edad, a marcharme de casa sin permiso de mi padre.
Y así lo hice (3).

4. Las mayores dificultades que tuve que vencer para realizar mi vocación fueron: saltar por encima de la autoridad de mi padre, que se oponía tenazmente; y aunque era menor de edad, huí de casa ocultamente, aprovechando la oscuridad de la noche (4).

5. ¿Dificultades? Ninguna. Gracias a Dios; porque mis buenos padres y familiares fueron muy gustosos (5).

6. Las dificultades que me salieron al paso fué la obstinada oposición de mis padres, que iba en aumento *hasta* proponerme varias colocaciones halagüeñas en la ciudad; con este objeto estuve fuera de casa unos tres meses, esperando confiadamente que el Señor lo solucionara; al fin ingresé en la Comunidad aun siguiendo la oposición de mi padre (6).

7. La mayor dificultad que encontré fué la oposición acérrima de mi familia, que no cedieron hasta ver lo imposible de su pretensión (7).

8. ¿Dificultades? Ninguna. Gracias a Dios (8).

9. Mis dificultades no fueron grandes, aunque se opusieron mis familiares, como suele pasar a muchas jóvenes. En seguida de recurrir a la Santísima Virgen se arregló todo muy bien (9).

10. Las mayores dificultades que encontraba al querer realizar mi vocación era el vencimiento del mundo, por mostrárseme lleno de atractivos, pues siempre me había gustado; pero con un gran esfuerzo de voluntad me decidí a corresponder con generosidad al llamamiento del Señor (10).

11. La mayor dificultad que tuve fué la lucha contra las opiniones del mundo, que contínuamente metían cizaña a mi familia y a mi misma, diciéndome que estaba engañada o que era una ilusión momentánea propia de la juventud; lo que me hacía sufrir horriblemente (11).

12. ¿Dificultades? En realidad no he tenido ninguna, gracias a Dios, todo lo contrario; pues mis padres y hermanos que siempre fueron buenos cristianos, no podían ponérmelas (12).

13. La lucha contra la obstinada oposición de mis padres, creyendo, tal vez por ser yo muy joven, que sería falsa mi vocación (13).

14. No tuve ninguna en absoluto, gracias a Dios, por haberme dado unos padres verdadero modelo de cristianos (14).

15. La oposición de mi padre (15).

16. La dificultad de despegarme de mis antiguas profesoras (16).

17. No tuve dificultades exteriores, la mayor, si es que puede llamarse así, fuí yo misma, por mi temperamento un tanto apático (17).

18. Tener que esperar a acabar el Bachillerato, la reválida y la carrera, porque así lo consideraron conveniente. La actitud de mi madre que es el ser más pasional y vehemente que existe y no se consolará mientras viva. No tener ni idea de lo que sería la vida religiosa, y de cómo eran estas monjas. Por último y sobre todo una operación sin la cual no me admitían y me daba un miedo cerval, porque los médicos y yo somos incompatibles; nadie sabrá bien lo que supuso esto ya para mí (18).

19. Una de mis mayores dificultades fué convencer de mi vocación a los padres (19).

20. Dificultades familiares (20).

21. La familia (21).

22. Dificultades económicas (22).

23. Personales e interiores (23.)

24. La mayor tener valentía para romper y dedicirse ante todo lo opuesto (24).

25. Personales (25).

26. La principal, mi mismo yo (26).

27. Dificultades familiares y económicas; pero más aún otras dificultades personales (dudas, etc.) (27).

28. Convencer al Consiliario de que el apostolado en misiones es más necesario que en la parroquia (28).

29. La oposición de mi familia (29).

30. Falta de decisión en exponer mi vocación al Director, y dificultades materiales en la familia (30).

31. Miedo de no servir para una empresa tan grande y dificultades familiares (31).

32. El Señor las allanó todas (32).

33. La oposición de mis padres; algunos asuntos que tenía que arreglar antes de dejarlo todo; y también un poco de temor pensando en que quizá no fuera capaz de llenar dicha misión (33).

34. Ninguna (34).

35. Ninguna (35).

36. La oposición de las religiosas donde me eduqué, que intentaron disuadirme de mi vocación apostólica por la de la enseñanza (36).

37. Me abandoné a nuestro Señor y El abrió el camino (37).
38. La oposición de la familia (38).
39. La falta de salud (39).
40. La falta de edad (40).
41. La distancia por falta de recursos económicos (41).
42. La falta de autorización de los padres (42).

C

—EN QUE COSAS LE PARECE QUE SE VA A OCUPAR EN MISIONES?

1. Confiando en Dios, en lo que mi Superiora quiera.

Por ahora estando en el noviciado, no me veo en ningún oficio, pero me gustaría verme en una leprosería.

En los Colegios o catequesis.

En el jardín de la infancia.

No lo había pensado, pero me parece que en la enseñanza.

No he pensado en ello por no tener ninguna habilidad especial, pero me gustaría en un dispensario.

No tengo ni idea, pero me gustaría tener mucho trabajo.

Uno la idea de un destino a misiones con la de trabajar en las cosas más diversas: dar clases, cocinar, etc.

Me parece que con las aspirantes de Ponapé.

En escuelas o colegios.

En un orfanato.

En dar clases.

Con los niños y enseñando música.

Con los niños y dando clases de inglés.

Tengo la esperanza de que pueda ser destinada a un dispensario o a una leprosería.

Casi siempre que sueño en las islas me veo rodeada de niñas.

A mí me parece que me pondrían con los niños.

En la enseñanza, y en todo lo que se necesite.

En dar clases, catequesis, y ocupaciones de casa.

En hacer de todo un poco.

En aquello que me destine la obediencia. Siento especial atracción por la formación de la infancia.

Creo que me ocuparía de las labores de casa.

En la formación de las jóvenes.

Con los niños o en una clase de labor.

En los quehaceres de casa, en una clase de labor, o con los niños pequeños.

Enfermera, clases de hogar.

En una leprosería.

En la educación de las niñas.

Todos los trabajos que exige el apostolado.

No lo sé; pero estará el superior, y con hacer lo que me señale...

Yo creo que con niños.

No lo sé; pero me gustaría tratar directamente con las almas.

Diez contestan que no tienen idea (1).

2. En las misiones creo que me ocuparé en consolar a los enfermos más oprimidos por el dolor, en las chozas más apartadas y en los hospitales, en formar hogares cristianos; y en prestar al misionero toda la ayuda que necesite (3).

3. A mí me parece que me ocuparé en las misiones en correrías apostólicas para atender a las necesidades de los Padres; pues supongo serán muchas y a veces muy duras; y porque tal vez se requiera la intervención femenina, si no para todas, para ciertas almas, especialmente femeninas (4).

4. En formar a las jóvenes para que sean buenas madres de familia, a fin de que ellas después eduquen y orienten a sus hijos hacia el sacerdocio, tan importante para hacer eficaz el apostolado entre los suyos (5).

5. Me parece que en las misiones me ocuparé en acompañar a los padres en sus correrías, aliviándoles en su ministerio apostólico; en asistir a enfermos y ancianos; en cuidar a los niños. En fin, en todo lo que me manden (6).

6. Me parece que en las misiones me ocuparé en ayudar al misionero (preparando las cosas para él); en curar a los enfermos; en preparar a todos para recibir los Sacramentos; con el fin de formar hogares cristianos (7).

7. Me parece que en las misiones me ocuparé de los niñitos que son los ángeles de la tierra, encauzándoles bien; y de una manera especial en lo que me manden mis superiores porque sé que es la voluntad de Dios y así estaré segura de agradarles (8).

8. En enseñar las labores a las paganitas, y muy especialmente en asistir a los enfermos, teniendo presentes siempre las palabras de Jesús «lo que hagáis con uno de mis pequeños, conmigo lo hacéis» (9).

9. En ser una verdadera madre con los niños y desamparados y de los que no encuentran el cariño de sus padres en sus mismas casas, siendo para ellos, como puede ser la mejor de las madres, dispuesta siempre a hacer cualquier sacrificio por ellos. Amándolos como a mis hermanos; pensando que nadie ama más que el que da la vida por su prójimo (10).

10. En correrías apostólicas yendo a casa de familias humildes y desgraciadas a llevarles una palabra de aliento y curar sus miserias, tanto del alma como del cuerpo. Aunque estuviera muy contenta en estos trabajos no por eso dejaría de cumplir gustosa otras cosas que la santa obediencia me mandara (11).

11. En el cuidado de los enfermos; enseñar a los niños las verdades de la religión; visitar las casas llevando alguna palabra de consuelo; y formar familias cristianas (12).

12. En llevar a los hogares paganos el calor del amor divino, pues creo ser el mejor móvil para formar familias santas; valiéndome para ello de la asistencia en sus enfermedades y necesidades, e instruyéndolas en la costura y labores propias de las madres cristianas, ejercitar así el apostolado femenino (13).

13. Enseñar la costura a las paganas, aprovechándome de este medio para ejercer el apostolado; pues como ellas se ven beneficiadas con el aprendizaje de cosas tan propias, agradables y útiles para la mujer, se sienten más fácilmente atraídas a creer en las verdades de nuestra Religión y en las máximas de su moral (14).

14. Presiento que de acompañante de la Madre General, así que en viajar (15).

15. Maestra de adolescentes, pero no sé de qué (16).

16. En algún apostolado popular, catequesis por ejemplo, o algo de enseñanza (17).

17. En enseñar el Evangelio a todo el que se me ponga a tiro y de cualquier manera que sea, seguramente cuidaré enfermos o daré clase (18).

18. Quiero ayudar a los Padres por los carteles de propaganda y el catecismo (19).

19. Me es indiferente; enseñanza (20).

20. De las varias que caracteriza a la Compañía no tengo ni idea las que me tocarán. Quizá hospitales (21).

21. Hospitales o quehaceres domésticos (22).

22. A hospitales o enseñanza (23).

23. En medicina (24).

24. Enseñanza (25).

25. En atender a las necesidades tanto intelectuales como físicas, y a través del cuerpo llegar a las almas (26).

26. Tal vez a la enseñanza, hospitales, etc. (27).

27. En dispensarios u hospitales (28).

28. Quehaceres domésticos (29).

29. Por falta de estudios he de ser destinada a trabajos manuales (30).

30. Trabajos manuales, y, si Dios quiere, me encanta la enseñanza de párvulos (31).

31. Entregada toda a la obediencia, y queriendo sólo la voluntad de Dios, hacerme toda a todos para ganarlos a todos a Jesucristo (32).

32. Después de hacer siempre lo que la obediencia me ordene, pienso que habrá que empezar por aprender el idioma y las costumbres del país para adaptarse y ganar su confianza. Una vez conseguido esto, instruir primero a los niños, y después entregarme a toda obra social y todo esto hecho con verdadera alegría y verdadera abnegación, que es el medio mejor para atraer a las almas (33).

33. Sé muy bien que en misiones me ocuparé en toda clase de trabajos, teniendo presente que no sólo bautizando por mis propias manos se salvarán las almas (34).

34. Trabajo del hogar y catecismo a los niños (35).

35. En la instrucción catequística de los niños y adultos, y en toda obra social y parroquial (36).

36. En las cosas ordinarias hechas con miras apostólicas, sin esas imaginaciones irreales (37).

37. En excursiones (38).

38. En la enseñanza (39).

39. En la catequización de los indios (40).

40. En prodigar cuidados a los moribundos (41).

41. En la ambulancia (42).

D

—POR QUE OTRAS MUCHACHAS CON IDENTICOS MOTIVOS VOCACIONALES, NO HAN PODIDO REALIZARLOS?

1. Por falta de generosidad. (Han contestado 16.)

Unas por motivos de salud, impedimentos familiares, o falta de generosidad. (Han contestado 8.)

Por oposición de los padres.

Por falta de decisión, miedo y cobardía.

Por impedimentos materiales o por haber hecho ineficaz la gracia de la vocación, unas por oposición familiar, otras por salud, algunas que trabajan en A. C. por creer que fuera van a hacer más, otras por falta de generosidad.

Porque exponen mucho su vocación y la pierden. Por oposición de sus padres, y porque son cobardes y no se deciden. (Han contestado tres.)

Por estar persuadidas de que son necesarias a sus familias, no tanto económica como moralmente, y por no dar un disgusto a sus padres.

Por ser necesarias en su casa.

Por falta de confianza en Dios y por salud (1).

2. Por no disgustar a sus familiares, porque no son decididas ni generosas con el Señor, porque les cuesta el sacrificio que supone la vida religiosa, y en una palabra porque su vocación no es verdadera (3).

3. Yo sé que otras muchachas con idénticos motivos vocacionales que los míos no han podido realizarlos por falta de decisión, otras por falta de salud; y otras por oposición de sus padres, y ellas por no disgustarlos no trabajan con el debido entusiasmo e insistencia que se requiere en estos casos hasta llegar a convencerlos y en caso contrario imponerse a su voluntad ya que en la elección del estado religioso tienen perfectísimo derecho sin faltar nada al cuarto mandamiento (4).

4. Otras muchachas no han podido realizar su vocación por no trabajar con la suficiente entereza ni poner todos los medios necesarios para conseguirlo, pues siendo inconstantes en el esfuerzo se llega a perder la vocación. El Señor pasa una vez, y si no le somos fieles, a la segunda pasa de largo. Que se fijen en el

Divino Modelo, cuánto sufrió por nuestro amor y que donde hay amor no hay dificultades (5).

5. Las muchachas que no han realizado su vocación creo que sea por falta de firmeza de voluntad; porque el Señor que da a todos sus hijos la gracia y fortaleza necesarias, cuando él ve la buena voluntad de unirse con EL les da con sobreabundancia. Así que sin miramientos de ninguna clases, les diría; romped con todas las ligaduras que os atan, y nunca digáis «no podremos con la Cruz», pues os vais a unir con Aquel que todo lo puede y sólo desea vuestra felicidad temporal y eterna (6).

6. Sé que otras con los mismos motivos que yo, no han realizado su vocación por falta de decisión, aun después de tenerlo consultado; por hacer caso a los criterios del mundo que, envuelto en las tinieblas y en el vicio, le parece la vocación religiosa una locura; y dejándose engañar pierden la vocación (7).

7. Porque no tienen suficientes fuerzas para dejar las comodidades y vanidades del mundo que las engaña miserablemente; y con esta ceguera desconfían de la llamada del Señor, y no reflexionan la gravedad que este desprecio supone; y porque no se lo pedirán con constancia a la Santísima Virgen y al Señor (8).

8. Puede ser por varios motivos: Uno de ellos la falta de decisión, viendo obstáculos en todas partes; pensando en los padres, hermanos, y así se pierden muchas vocaciones (9).

9. Otras muchachas no han podido realizar su vocación, unas porque les faltaba fuerza de voluntad para desprenderse de los placeres que el mundo les ofrece, o para comunicárselo a su familia; otras porque sus padres se oponen a ello. A éstas yo me atrevería a decirles: que muchas veces son ellas las que dan ocasión a que no las dejen, porque no insisten con constancia y firmeza, temiendo darles un disgusto debiendo hacerles comprender la gran obligación que tienen de no oponerse nunca a los designios que Dios tiene sobre sus hijos (10).

10. Por falta de ánimo para vencer todos los obstáculos que ofrece el mundo en estas ocasiones: También por falta de orientación, o por no exponerles bien las grandezas que encierra. Los Sacerdotes y Directores de almas, en sus sermones y conferencias, deberían explicar claramente la importancia del estado religioso (11).

11. Como no he conocido ningún caso, supongo será por falta de decisión, o por medios económicos o bien por no tener quien las dirija o instruya o por excesivo temor de disgustar a los padres si éstos son reacios a la religión (12).

12. Por no saber mantenerse firmes ante la dura oposición de la familia. Estos casos a mi juicio son los que más abundan. Y me parece que al decidirse a expresar a sus padres la llamada del Señor deben ir alentadas por la grandeza de su vocación, firmes, seguras y con gran resolución de no dejarse vencer por nada ni por nadie; y al verlas con esta constancia y firmeza en sus ideas, sin duda alguna cederán aun los más obstinados en contradecirlas (13).

13. Unas por temor de disgustar a sus padres, no se atreven a decírselo; otras que se atreven no tienen carácter suficiente para imponerse, y otras tal vez porque necesitan la intervención de una tercera persona para convencerles o para ayudarles económicamente, si lo necesitan y no lo encuentran (14).

14. Por entrar en Institutos que no son exclusivamente misioneros (15).

15. Por falta de magnanimidad (16).

16. Me parece que se pierden muchas vocaciones por cobardía. Fuera de eso a veces no se pueden realizar por falta de salud. Pero en chicas influye mucho la oposición familiar (17).

17. Yo no sé más que estoy aquí por una misericordia y amor especialísimos pues nada hice para evitar peligros ni merecer esta gracia. De las demás no puedo hablar (18).

18. *a*) Me parece que falta la fe firme o la fortaleza. *b*) Me parece que falta la oración para saber bien de su vocación. *c*) Por la circunstancia de la familia (19).

19. Falta de cooperación a la Gracia (20).

20. Quizás cobardía, falta de generosidad, falta de carácter para superar la oposición de la familia (21).
21 Por cuestiones familiares (22).
22. Por falta de decisión, de generosidad, o por dificultades insuperables (23).
23 Por dificultades familiares (24).
24. Por falta de generosidad (25).
25. A no ser que sean motivos invencibles, creo que la mayoría por cobardía, por no decidirse (26).
26. Algunos casos, creo que los menos, por dificultades insuperables; pero la mayoría por falta de generosidad en el primer momento y dejarlo todo para después (27).
27. Por falta de decisión (28).
28. Por falta de decisión (29).
29. La causa principal puede que sea la falta de generosidad para cumplir todo lo que pide la vocación (30).
30. Sin duda no fueron fieles a la llamada del Señor y Dios les retiró sus gracias (31).
31. Una de dos, o no han tenido la gracia eficaz o no han correspondido (32).
32. Muchas por no tener el valor para dejar a los suyos y por falta de sacrificios; la mayoría por falta de reflexión, y miras totalmente humanas; en una palabra por falta de voluntad para decir «quiero» (33).
33. Por falta de voluntad para desprenderse del mundo; y porque verdaderamente no se dan cuenta de la voluntad y bondad de Dios al escogerlas (34).
34. Por no haber tenido suficiente luz o por dificultades de familia, o por falta de valor, y por las inseguridades de su vocación (35).
35. Porque les asusta el sacrificio y no tienen valor de dejar a sus padres (36).
36. Nuestro Señor llama a un alma, es libre... puede ser fiel o no a la Gracia y como Dios no está obligado a hacer milagros, el alma no realiza su vocación (37).
37. Por falta de propaganda de los Institutos netamente misioneros (38).
38. Por falta de dirección apropiada (39).
39. Por ser hijas únicas (40).
40. Por falta de legitimidad (41).
41. Por enfermedad (42).

E

—QUE ES LO QUE MAS ALIENTO Y ANIMO LE DA PARA SER MISIONERA?

1. Ser corredentora con Cristo.

Hacer que los hombres sientan la felicidad inmensa de llamar a Dios Padre.

El ser mi vocación la misma que trajo a Cristo al mundo.

El poder cooperar a la Redención de Cristo.

El pensar que puedo cooperar con Cristo en la obra redentora, y el ser útil a la Iglesia.

El amor a las almas.

El saber que trabajo por y con Cristo.

Pensar que puedo hacer algo para Cristo y que EL me ayudará.

Que he sido elegida por Dios para una misión muy alta.

El saber que es la voluntad de Dios.

El pensar que voy a llevar las almas a Dios, y que por lo tanto se va a hacer para ellas eficaz la Redención.

El amor a Cristo, y el pensar que hay todavía tantas almas que no le conocen y que sienten que su Religión y sus dioses no les bastan.

Que hay tantas almas que no conocen a Dios, y que EL me eligió a mí para dárselo a conocer.

El poder salvar a las almas trabajando por la Iglesia.

Pagar algo de lo que el Señor ha hecho por mi salvando almas.

Que estoy cumpliendo la Voluntad de Dios y poder presentarme algún dia con las manos llenas.

Poder hacer algo por Cristo.

El ver la gloria que van a dar a Dios las almas que yo pueda salvar.

Demostrarle mi amor a Cristo salvando a las almas.

Pensar que soy apóstol de Cristo.

Que Cristo sea conocido y amado en el mundo entero.

El poder acercar almas a Dios.

Mi ánimo y mi aliento es Cristo.

La extensión del reino de Cristo.

Cooperar directamente a la obra de Cristo Redentor.

El poder trabajar a la vez con Jesucristo en la obra redentora y vivir el mismo ideal que El trajo a la tierra.

El ver la obra de Dios en mi alma.

Saber que estoy llenando el ideal más grande que puede haber en mi vida; cooperar a la Redención.

Trabajar por la extensión del reino de Cristo por toda la tierra.

El poder llevar las almas a Cristo para que le conozcan y amen.

El deseo de seguir a Cristo lo más cerca posible.

Cooperar con Jesucristo a la Redención.

Mi perfección, ya que siendo misionera podré imitar más a Jesucristo, sufriendo pobrezas, humillación y desprecio.

Corresponder al amor de Cristo con el celo por las almas

Saber que nunca estaré sola, que Dios lo hará todo.

Que Cristo sea conocido, y la Redención aprovechada por muchas almas.

Por la especial imitación de Jesucristo que en el campo de misiones se da a manos llenas.

Jesucristo (1).

2. Al entrar las jóvenes en el Instituto, la vocación de adoratriz, en la que tal vez no habían pensado antes, se presenta a ellas como el apoyo y el mayor ideal (2).

3. El que las almas conozcan y amen al verdadero Dios que llegó hasta dar la vida por salvarnos; el glorificarle en la salvación de los infieles, atrayendo asi más almas a la misión (3).

4. Lo que más me alienta y anima para ser misionera es dejar todo lo que más se ama en este mundo por seguir al que tanto me amó y dió la vida por mí, y complacerle ganándole muchas almas, principalmente en la formación de hogares cristianos (4).

5. Lo que más me alienta y anima para ser misionera es ver que Jesús derramó hasta la última gota de sangre por todos; y el que se condenen aquellas almas por no haber quien les lleve la luz del Evangelio y lo que sufrió Jesús al ver que todos sus sufrimientos serian inútiles para muchas almas (5).

6. Lo que me alienta y anima a ser misionera es la gloria de Dios; que su nombre sea conocido por todo el mundo; lo que EL ha sufrido por todos los pecadores; el amor infinito que nos tiene a todos; el estado miserable en que están los infieles; y saciar la sed de Jesús dándole almas (6).

7. Lo que más me alienta para ser misionera es pensar cuánto ha sufrido el Señor por las almas y, viendo el valor del sufrimiento, salvar yo muchas, unida a EL por este medio. Además, al ver cómo usa de misericordia con los pecadores especialmente y con los que no le conocen, deseo que todos se aprovechen de su amor misericordioso (7).

8. El deseo de que la voz de Cristo llegue hasta los confines del mundo, y aquellas palabras tan hermosas que dijo Jesucristo en el Evangelio «aquel que

por mi amor dejare casa, padres, hermanos, fincas le daré aquí el ciento por uno y después la vida eterna» (8).

9. Hacer más gloriosa la Pasión de nuestro amabilísimo Redentor, salvando muchas almas; hacerles ver la amorosa paternidad de Dios nuestro Señor, llegando al extremo de sacrificar a su único Hijo por salvarnos (9).

10. Ver que Jesús ha dado su sangre y su vida por la salvación de todas las almas, y cuántas son las que aún quedan sin aprovecharse de esa Redención por falta de almas generosas que se lancen a esos sacrificios, y yo con mi cooperación puedo ayudar al misionero a conseguir la salvación de esas infelices almas, haciendo de esta manera más efectiva la Redención de Cristo en todo el mundo (10).

11. La principal es la gloria de Dios, que toda alma consagrada a EL debe procurar para ser una perfecta misionera. Ver lo que nuestro Señor hizo para sacarnos del pecado sin tener ninguna necesidad de nosotros para nada. En vista de esto no dudé en lanzarme a tan ardua tarea, como es la salvación de las almas entre los paganos (11).

12. La consideración de las palabras de Jesús a San Pedro «deja las redes y yo te haré pescador de hombres». Con esa ilusión dejé muy gustosa el mundo y la familia, para así volar libre y gozosa a pescar muy lejos para Dios las almas de los infieles (12).

13. Aportar un obrero más a la Iglesia en la obra de la propagación de la fe, y libertar aquellas almas del cautiverio del demonio. Responder al llamamiento de Jesús: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (13).

14. En primer lugar que sea inútil la sangre del Redentor; y en segundo la pena eterna a que se exponen los infieles por el abandono en que se hallan (14).

15. La vida de San Pablo, la de Javier, y sobre todo la unión en Cristo a los planes de Dios (15).

16. Id pues y enseñad a todas las gentes santificándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y la promesa del que está con nosotros hasta el fin de los siglos (16).

17. Me llena completamente el ideal. Creo que *encuentro a Dios* (17).

18. Lo corto del destierro y el «amiga mía, ¿qué más he podido hacer por ti que ya no haya hecho?» No hay palabras para expresar el abismo incomprensible de amor de un Dios en cuya grandeza me pierdo y no se acierta ni a vislumbrar (18).

19. El amor del Corazón de Jesucristo. Es ver que puedo salvar a las almas de infieles que están sin conocer al verdadero Dios, fin último, verdadera paz y verdadera felicidad se condenarían para siempre. Es ver que puedo agradarle a Dios (19).

20. La mayor gloria de Dios y la salvación de las almas (20).

21. Mi vocación (21).

22. Ver que tantas muchachas de excelentes cualidades no se deciden (22).

23. Pensar en los millones de almas que no conocen a Dios (23).

24. Lo primero y principal para dar gloria a Dios salvando almas, venciendo las muchas dificultades (24).

25. La gloria de Dios y saber que estoy cumpliendo su voluntad (25).

26. Los grandes deseos de Cristo. Ser extendida su Iglesia por todo el mundo (26).

27. El deseo de colaborar en la expansión de la Iglesia, y ayudar a aquellas almas cuya salvación Dios ha vinculado a mi correspondencia. El pensar que la vocación misionera supone mayor entrega. Sobre todo que Dios lo quiere así para mí (27).

28. Pensar en las muchas almas que no conocen a Jesucristo y a la Santísima Virgen (28).

29. El pensar que hay tantísimas almas que no conocen a Dios (29).

30. La seguridad de que cumplo con ella la voluntad de Dios (30).

31. Devolver al Señor, mediante mi entrega a las almas, la confianza que El puso en mí al elegirme para ser misionera (31).

32. Cooperar a la Redención, cumpliendo en mí lo que falta a la Pasión de Cristo (32).

33. La salvación de las almas para la mayor gloria de Dios; que su reino se extienda; y su voluntad se cumpla en mí (33).

34. El pensar que para hacer su obra nunca estaré sola, sino con nuestro Señor, y teniéndole a El nada temeré (34).

35. El que todas las almas conozcan a Dios y le amen, por el reino de Cristo en el mundo (35).

36. Ser colaboradora en la extensión de la santa Iglesia, y poder llevar la luz del Evangelio a las almas (36).

37. Nuestro Señor dijo: «Id a predicar por todo el mundo...» por la obediencia estoy segura de hacer su voluntad, esto me basta (37).

38. La semejanza de vida entre la misionera y la que llevó nuestro Señor Jesucristo (38).

39. El anhelo de saciar la sed de Cristo en la Cruz (39).

40. La vida del apostolado (40).

41. La vida de abnegación y sacrificio (41).

42. El ejemplo de almas heroicas que han realizado idénticos ideales (42).

F

—QUE QUISIERA DECIR A LAS MUCHACHAS QUE ANDAN DUDANDO DE SI TENDRAN O NO VOCACION?

1. Que son poco generosas con Dios y por eso dudan.

Que lo piensen delante de Dios y que no dejen pasar el tiempo.

Que el hecho de tener vocación no significa no tener dificultades.

Que no hay tiempo para dudar cuando cada día muere tanta gente y se condenan por falta de que alguna persona les lleve la luz del Evangelio. Y les diría también que Jesucristo no dudó en hacerse hombre y morir en una Cruz por salvarlas a ellas y que no tienen derecho a dudar de entregarse toda su vida por la salvación de las almas.

Que el ser misionera es la vocación más grande y sublime que existe, porque cumplimos el mandato de Cristo.

Que es necesaria mucha oración para pedir luz y conocer la voluntad de Dios, y junto con ésa, fortaleza y generosidad para cumplirla.

Que Dios no se deja vencer en generosidad, y que la vida religiosa tiene más alegrías que sacrificio (esto lo contestan 31).

Que piensen bien los pros y contras de su vocación, pidiendo luz a la Virgen y que no dejen pasar el tiempo que después se arrepentirán. (Esta contestación la dicen 6.)

Que hagan unos Ejercicios bien hechos pidiendo al Señor ver claro. (Esta contestación la dan 3.)

Que sin duda, tienen vocación; y que quizá acabarían sus dudas si pusiesen un poco más de amor al tratar de resolverlas. (Esta contestación la dieron 6.)

Lo primero, que tuviesen un Director Espiritual y que hagan con decisión lo que él las diga (esta contestación la dieron 5).

Que piensen en Cristo Crucificado que llama a las almas generosas para hacer eficaces todas las gracias que con su Pasión nos ganó.

Que hay muchas almas que están esperando nuestros sacrificios para salvarse y un alma vale demasiado para dejarla perder por falta de nuestra generosidad; que si se dieran cuenta del verdadero fin del hombre y para qué hemos sido creados, no dudarían (1).

2. Que Jesús nos dió ejemplo de obedecer a Dios antes que a los hombres; a seguir nuestra vocación y sus divinos llamamientos en todos los momentos y en todas las circunstancias, aunque tenga que sangrar el corazón; que hay que oir la llamada de Dios donde El quiere, cuando El quiera y en la forma que El mismo elija. Además hemos de obedecerle como se merece, con prontitud, exactitud y

energía, venciendo las dificultades que se presenten. Mirad el modelo en Jesús y en El encontraréis las fuerzas y el valor necesario. Otro medio muy bueno es la oración asidua y constante (3).

3. A las muchachas que dudan de si tendrán o no vocación yo les diré que en el mundo no se puede apreciar el verdadero mérito de la vocación religiosa, para dar gloria a Dios y conseguir la perfección; y que tienen obligación de resolver la duda acudiendo a la oración y a la mediación de la santísima Virgen sin perder el tiempo (4).

4. A las que dudan de su vocación les diría que están abusando de la paciencia del Señor, al que podían darle mucha gloria con sus trabajos y ejemplos; y de su infinita misericordia. Que piensen que la amorosa providencia divina busca almas para la propagación de su Iglesia, y para tantas otras cosas que El tiene que hacer con sus religiosas (5).

5. A las que dudan si tienen o no vocación les diría: Fuera pesimismo y adelante. ¿Qué hacéis así indecisas? O es que estáis esperando que baje un Angel del cielo y os lo diga? Eso no. Pues entonces mirad a Jesús bajo el peso de la Cruz que va delante diciéndoos sígueme..., seguidle y no volváis la vista atrás, pues no vaya a suceder que cuando más tarde queráis invocarle en vuestro favor os diga: No os conozco, pues no me escuchasteis, ya fijé los ojos en otra alma. Y también les diría con Jesús «el que ama a su padre y a su madre más que a mí...» ¿y además no tenemos en el cielo como madre la Omnipotencia suplicante que es, la tesorera y Medianera de todas las Gracias? (6).

6. Yo diría a las almas que andan dudando, que si se creen un poco generosas con el Señor, elijan sin vacilar el camino más recto, considerando lo que el Señor dijo al joven «si has guardado siempre los mandamientos, ahora vende cuanto tienes y sígueme». Que piensen que, aunque se crean muy pobres e incapaces de seguir al Señor El las llama y necesita, y una vez se pongan en sus manos no las dejará, dándoles las fuerzas necesarias y haciéndolas felices aun aquí en la tierra, cumpliendo su promesa «quien dejare padres, casa, tierra por seguirme, recibirá el ciento por uno en esta vida y después la vida eterna» (7).

7. Que sean muy sinceras con su Director Espiritual, y que no hagan caso de los criterios del mundo; que se decidan a entrar en religión y confíen en la Santísima Virgen, que como Madre la más amante y poderosa, no las abandonará (8).

8. A las que dudan de su vocación, en lugar de pensar si la tienen o no, que piensen en las hermosísimas palabras de Jesús, cuando dice en el Evangelio «quien deje padres, hermanos y todo por seguirme, le daré aquí el ciento por uno y después la vida eterna». Creo vale la pena de dejar todo lo que no vale nada, por el verdadero y eterno tesoro (9).

9. Que son muy poco generosas con el Señor; pues sólo el estar preocupadas sobre el estado en que más le agradarán es ya una prueba muy clara de que la tienen; y que no seguir el llamamiento del Señor es exponerse a perder muchas gracias, que El se dignaría concederles siendo fieles a su invitación (10).

10. Que mediten detenidamente a los pies del Crucifijo todo lo que ha sufrido nuestro Señor por nuestro amor; esto, estoy segura, les dará mucha fuerza para renunciar a todas las cosas mundanas; y que si entran en la vida religiosa, irán con paso firme por el camino de la perfección, y en poco tiempo tendrán grandes méritos para la vida eterna (11).

11. Les diría: Parece mentira que la llamada de un padre tan bueno y amoroso pueda ofrecer dudas a las almas de buenas cristianas, y en cambio den oídos al mundo y al demonio que con sus ardides tratan de halagarlas para apartarlas de Dios. Que no se dejen engañar y sean más generosas con El, que saben no desea otra cosa que su felicidad eterna; y que no se hagan ilusiones de otra nueva llamada, que tal vez se la niegue el Señor y después sean unas desgraciadas y se arrepientan cuando no tengan remedio (12).

12. Que están despreciando la amorosa llamada del Señor y exponiéndose a que no la repita. Que no va a venir El a decírselo de palabra, que estamos obligadas a responder a sus inspiraciones por ser el medio general que tiene para llamar a sus almas predilectas. Que por ser el más amante de los Padres, el más rico y generoso, se sentirá despreciado al considerarse desatendido (13).

13. Esa misma duda es ya una señal de que la tiene, y que no se exponga a que el bullicio del mundo les arrebate hasta la duda y den lugar a que el Señor las abandone. ¿Pensaríais tanto si se tratara de contraer matrimonio? ¿O es que esperáis que el mismo Señor baje en persona a decíroslo? No abuséis de la misericordiosa bondad del Señor (14).

14. Que a más alto gozo no puede Dios llamar a una mujer (15).

15. Que «coraggio» (en italiano por darle toda fuerza) y más confianza (16).

16. Que, «si quisieran la tienen, mientras no se demuestre lo contrario» y que quieran... Que después verán lo que es bueno (17).

17. Que están tocando el violón (18).

18. Digo a las muchachas «adelante sin dudar y confía en nuestro Señor» (19).

19. Que no pierdan tanto el tiempo, y que se den de una vez con generosidad (20).

20. Si las mismas interesadas dudan... les diría que Dios no niega la luz al que se la pide y que se recibe más de lo que se da (21).

21. Que consulten con alguna persona prudente (22).

22. Que sólo por el hecho de dudar es ya seguro que la tienen (23).

23. Si se quedan tranquilas al pensar que si tienen vocación y son infieles las almas que les están encomendadas se pierden y no dan gloria a Dios. Si no les mueve esto es difícil que la tengan (24).

24. Que dudan porque tienen miedo a ser generosas (25).

25. Que mientras dudan, están perdiendo el tiempo, que dejen de pensar en ella y tomen otro rumbo... Si en realidad ven claramente que la tienen las invitaría a pensar seriamente sobre la responsabilidad que recae sobre ellas al no hacerla fructificar (26).

26. Que una vez convencidas que es así realmente no desperdicien el favor tan grande del Señor, ni se expongan a perder la vocación por no decidirse. Y que si conocieran realmente todo lo que pierden, no dudarían tanto (27).

27. Que si sienten la necesidad de la Iglesia, y de verdad quieren hacer algo por ella, lo conseguirán trabajando en las misiones (28).

28. Que expongan su situación a personas experimentadas, para que las orienten (29).

29. Que hagan lo posible por cerciorarse si tienen vocación; si la tienen, que se echen de cabeza, si no que se dejen llevar solamente por la ilusión que encierra la palabra «misiones» (30).

30. Les diría que no duden ni vacilen, que Dios también se cansa de llamar cuando no quieren oírle (31).

31. Oración, dirección y confianza (32).

32. Que reflexionen delante de Dios, que consulten, y después que no confíen en sus propias fuerzas sino en la gracia de Dios, y que sepan decir «quiero» con generosidad y a pesar de todo (33).

33 Si conocieras el don de Dios... que pidan consejo, y entrando en la vida religiosa comprenderán mejor el *don de Dios* (34).

34. Que pidan la luz al Espíritu Santo, invoquen a la Santísima Virgen, Reina de los apóstoles para ver claramente su vocación (35).

35. Primero que estudien bien los «*pros y los contras*», segundo que recen intensamente, tercero —si la luz se ha hecho— que den el paso mirando a Cristo y su empresa y no duden más (36).

36. Orar y pedir a nuestro Señor con humildad, y ejercitarse en la vida de sacrificio, pensando más en nuestro Señor y en las almas que dar vueltas sobre sí (37).

37. Intensificar la vida de piedad, para decidirse con el auxilio divino (38).

38. Reflexionar seriamente sobre la responsabilidad que implica la falta de correspondencia a la gracia del llamamiento divino (39).

39. Dejarse guiar por el Director Espiritual (40).

40. Cerciorarse si llenan los requisitos exigidos por el Instituto en que anhelan ingresar (41).

41. Consultar y decidirse. Teniendo presente la felicidad que experimenta el que es fiel al llamamiento (42).

XIII

Para la retaguardia. A los párrocos: "Fomento de Vocaciones Misioneras"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Párrocos de Valencia; FRANCISCO CAMPO, San Jorge de Cuadramón, Lugo; D. TEODORO CASTELLANOS, Villasarracinos, Palencia; D. JESÚS ESPINOSA, Santiago, Tuy; D. VÍCTOR SALLENT, Figols, Solsona; FR. MANUEL DE HONTORIA, Manzanares, Ciudad Real; Párroco de San Rosendo, Coruña; D. ESTEBAN MANTEROLA, Dima, Bilbao; Párroco de la S. Familia, Bilbao; D. ORENCIO PÉREZ, Olmillos de Sasamón, Burgos; Párroco de Quintanar de la Sierra, Burgos.

A

—QUE NECESITA VD. PARA DESPERTAR Y CULTIVAR EN SU PARROQUIA VOCACIONES MISIONERAS?

1. Sacerdotes santos.
Inculcarles la fe para que conozcan la obra misional de la Iglesia.
Cambiar el medio ambiente de refinada comodidad (1).

2. En primer lugar hablarles, hacerles ver la sublimidad de la vocación misionera, y en segundo lugar repartirles algún libro, revista o folleto que les haga encariñarse con la vocación y les anime a abrazarse con ella (2).

3. Para que conozcan la vida del misionero en la misión, unas proyecciones misionales, revistas, etc. (3).

4. Para despertar y cultivar en la parroquia vocaciones misioneras, es conveniente que en la rama de juventudes de A. C. se hable más de las misiones. En general se ha de hacer esto entre los jóvenes, fundamentando la idea misional en la necesidad del crecimiento de la Iglesia, cuyo conocimiento y amor se debe estimular en la juventud con auténtica sinceridad. Que vean los hombres que lo que se busca es este crecimiento de la Iglesia al empuje del amor que se le tiene (4).

5. Vivir primeramente yo y demás sacerdotes de la parroquia, el verdadero espíritu misional. Que la parroquia viva a través de todas sus manifestaciones esa inquietud de Cristo «ID...». Para ello la organización misional de la parroquia es totalmente necesaria, ya que de lo contrario serían fogatas esporádicas (5).

6. Buen número de fieles enamorados del reino de Cristo (6).

7. Que la Dirección nacional, diocesana y local de las Obras Misionales Pontificias, y los demás organismos de misiones, orienten un poco su propaganda en este sentido, ya que casi toda la propaganda que se recibe va siempre dirigida a la limosna; y cuando se habla de misiones tampoco se da a conocer entre la juventud como problema capital el de la necesidad de vocaciones misioneras (7).

8. Cursar becas, propaganda, radio, cine, revistas, actos misionales... (8).

9. Literatura apropiada para niños y jóvenes. Comunicación directa y personal de la retaguardia con la vanguardia por medio de la correspondencia epistolar de escuelas, colegios, centros de A. C., parroquias con algún misionero conocido. Visita personal de los misioneros cuando llegan a España, a escuelas, colegios, etc., no sólo en conferencias públicas sino en un tono más familiar. En fin hacer lo posible para que la vanguardia y la retaguardia no estén tan alejadas (9).

10. Dado que en las zonas rurales las vocaciones se despiertan casi exclusivamente en la niñez, y que en esta edad la vocación no se concreta hacia ninguna especialidad (educación, misiones...), para despertar vocaciones misioneras en las juventud creo necesario que haya una espiritualidad más fuerte y consciente y más ambiente misional (10).

11. Para despertar, necesito más propaganda, meter en el corazón y en la mente de mis fieles todo el problema misionero según la capacidad de ellos, sostener constantemente el fuego sagrado de lo misionero y con alguna frecuencia un aldabonazo más incisivo, que venga de fuera un misionero aun sin equipo de cine... para cultivar lo sembrado, confesonario y vida de alta piedad, o legítima piedad cristiana (11).

B

—CUENTA CON MUCHOS JOVENES DE AMBOS SEXOS QUE HARIAN UN BUEN PAPEL EN LAS MISIONES?

1. No.

Algunos.

Los jóvenes que harían buen papel en las misiones suelen irse a los conventos de Jesuitas, Escolapios, Carmelitas, Esclavas, etc., cuyas comunidades radican en esta cuidad (1).

2. En la actualidad con ninguno, debido a la poca formación religiosa y a que toda la ilusión es ir a trabajar a repoblación forestal, ya que ganan un buen jornal; desconocen por qué deben de pedir por la salvación de nuestros hermanos. De 8 años para arriba, no hay ni niño ni joven puro ni casto. (No exagero.) (2).

3. Hoy día no cuento con ninguno (3).

4. En las organizaciones parroquiales hay muy pocos jóvenes. Algunos harían sin duda buen papel en las misiones. En estas parroquias de ciudad se acusa el eterno problema de la ausencia práctica de la verdadera unión con los colegios en donde se forman la casi totalidad de la juventud de su sexo (4).

5. Por desgracia pocos, ya que mi parroquia es totalmente minera. Ellos, con muy pocas cualidades humanas. Por ejemplo oficio, etc. Ellas, igual con el peyorativo de vagamundear demasiado. A pesar de que el tanto por ciento de aparta-

dos (por desgracia) será bastante crecido, hay buena proporción de jóvenes de ambos sexos que sienten la preocupación del Cristianismo auténtico, y que encuentran natural la preocupación misional que les inculcamos (5).

6. Muchos no; con algunos sí; son excelentes colaboradores en la parroquia (6).

7. En la parroquia donde ahora estoy de nueva creación no; en la de San Bartolomé de Pontevedra y la de Estrada donde antes estuve, sí (7).

8. Hay algunas jóvenes. Entre ellos son raros los casos (8).

9. Ya se cuenta con algunos misioneros en algunos Institutos misioneros y seglares; pero se vive aquí un tanto de las rentas. Sin duda los hay dispuestos, se prepara un ambiente propicio. No se trabaja en este sentido mucho en forma organizada y parroquial. También sería necesario encaminar a algunos, sobre todo técnicos y especialistas, para trabajar en tierras de misión, aunque no como misioneros, en sus oficios respectivos; ¿por qué en combinación con los misioneros no se estudia este punto de colaboración de chicos y chicas excelentes en países de misión? (9).

10. Supuesto el principio arriba sentado, de que las vocaciones se despiertan casi exclusivamente en la niñez, en la juventud son muy raras las vocaciones (10).

11. Con muchos jóvenes de ambos sexos: bastantes y buenos. En estos tres últimos años salieron de esta parroquia seis vocaciones misioneras, y hay otra en formación (11).

C

—POR QUE NO SE ENTREGAN MAS JOVENES AL SERVICIO DE LA IGLESIA EN LAS MISIONES?

1. Falta de piedad y celo. Falta de padres cristianos. Falta de ideal y de entrega total. Tiene una vida fácil, cómoda y divertida. Por falta de vida interior y de espíritu de sacrificio (1).

2. Por interés familiar, dejan ir al hijo para Cura porque puede ganar pesetas, pero de fraile no, porque no manda nada para casa. (Contestación dada por muchos padres a mis preguntas de si dejaban ir a los hijos para religiosos y misioneros) (2).

3. Por prejuicios e ignorancia sobre la vida del misionero, y de los paises de misiones (3).

4. ¿No será precisamente porque a los jóvenes no se les presenta *con la auténtica sinceridad* a que antes me refería lo que es la Iglesia? (4).

5. Referente a mi parroquia, porque aún no han llegado a la disposición de «entregarlo todo», que es la propia persona. El materialismo que todo nos lo invade es el peor enemigo que encuentro para que la juventud cristiana y en pie de lucha se entregue al servicio de la Iglesia, en las misiones (5).

6. Porque no se les cultiva para eso; se les aprovecha para el servicio de la parroquia, (muchas, «tierras de misión») (6).

7. Unos, porque de ingresar en un Instituto religioso, pudieran ver truncados sus anhelos de servir en las misiones, al tener que seguir no ya su vocación sino la voluntad de sus superiores; y otros porque no se les orienta en este sentido (7).

8. Porque no se les ha planteado el problema de vocaciones misioneras, de forma que se les haga ver la realidad desde el púlpito, confesonario, reuniones, revistas, etc. (8).

9. En la actualidad los jóvenes no están todavia muy familiarizados con las misiones; las consideran *psicológicamente* como tierras ajenas e inaccesibles para la mayoría, aunque lean revistas misionales. Claro está, las causas pueden ser múltiples; la preferencia que los sacerdotes dan a las vocaciones para el Seminario sin matiz misionero efectivo y específico; la convicción de que el misionero de vanguardia tiene que ser un superdotado o poco menos; la insistencia excesiva en las dificultades que rodean la vida del misionero, para de este modo lograr despertar en los fieles una mayor compasión y generosidad para «con los pobres misio-

neros»; el no presentar el campo como apropiado para el ejercicio de ciertas cualidades que presentan los jóvenes generosos, etc., etc. (9).

10. Está respondido en el número 1: por falta de espiritualidad fuerte y consciente y por no ser aún suficiente el ambiente misional (10).

11. Creo que es sumamente deficiente la propaganda que en nuestra patria se hace (al menos en los pueblos) en el reclutamiento de vocaciones misioneras que creo serian muy numerosas con una propaganda inteligente, constante y dando facilidades (11).

D

—POR QUE MUCHOS NO CORRESPONDEN A LA VOCACION?

1. Poca piedad. Nada de ambiciones familiares, digo de ambiente.

Porque falta mucho amor a Cristo y a las almas hasta la Cruz.

La mayor parte de las vocaciones de todas las clases fracasan por la corrupción terrible de costumbres de esta Babilonia (1).

2. Porque *nadie* las ha descubierto (2).

3. Respondo lo mismo, y por egoismo e intereses materiales y económicos (3).

4. Si no se conoce bien la Iglesia y no se la ama, no se despertarán vocaciones misioneras. Hay que presentar en toda su grandeza el ideal altisimo de la obra misional, destacando la labor eficaz del misionero (4).

5. Por creer quizá que deben reunirse unas cualidades especialisimas. Creo que influye también mucho la débil formación cristiana de los padres de nuestros jóvenes que creen que sus hijos se pierden para ellos si se marchan a las misiones (5).

6. Parte por falta de cultivo; parte por falta de resolución para romper los lazos familiares (6).

7. Por las dificultades que muchas veces se encuentran para el ingreso unas veces; y otras, por falta de ambiente por no hallar quienes les encaucen la vocación, ya que si hay quien se dedica a buscar y orientar vocaciones hacia su Instituto o Seminario, no lo hay asi para las misiones en concreto (7).

8. ¿Pero son muchos los que se creen llamados? Una vez que se sienten con vocación misionera y son conscientes, corresponden en la mayoria de los casos. Algunas veces se pierden debido a las diversiones malas y malas compañias; otras veces por falta de medios económicos (8).

9. Por falta de un *clima favorable* en la parroquia, en las familias, en la Acción Católica (9).

10. Si en algún caso se da en zona rural alguna vocación misional no correspondida, se debe a falta de generosidad, y a creer que no es para ellos una vocación tan alta (10).

11. Es muy complejo. Por lo mismo que no responden a la vida de perfección y muchas veces porque «hominem non habeo» (11).

E

—CREE QUE LA PROPAGANDA MISIONAL ESTA BIEN ORIENTADA PARA SUSCITAR VOCACIONES MISIONERAS?

1. Sí.

Aquí no llega esa propaganda.

Opino que sí; pero tal vez convendria proponer procedimientos más adecuados al *siglo XX*... (1).

2. Creo que sí, aunque me parece indispensable que el sacerdote viva el problema misionero, ya que «nemo dat quod...» y que si muchas veces el pueblo no

siente más el ideal misionero es porque no se le exponen las cosas, pues es muy fácil tirar con el paquete de propaganda a un lado y mandar al secretariado x pesetas del cepillo de las ánimas... (sic), la experiencia me lo demostró porque lo he visto con mis propios ojos (2).

3. Creo que sí; o no pintar triste la vida de las misiones y de los misioneros (3).

4. La propaganda misional no dice todo lo que debiera decir en orden a las vocaciones misioneras (4).

5. Creo que sí. De exigir algo, diría que no se cansen los dirigentes nacionales de las Obras Misionales Pontificias; y que no dejen en paz a ninguno de los sectores de la vida del Cristianismo español (5).

6. No, lo que hace en las parroquias, al menos; busca principalmente el éxito de la colecta (6).

7. En los Seminarios estará, en las ciudades o pueblos no; ya que lo que en éstos se sabe sobre la vocación misionera es a través tan sólo de algunas revistas y éstas no llegan a manos de muchos. Debiera por lo menos, en las Delegaciones diocesanas y locales de misiones, haber una escuela o sección que informase en este sentido, y que se hiciera conocer a través de la prensa y también de la radio (7).

8. Para los pueblos no parece que está bien orientada (8).

9. En general creo que no. Ultimamente se ha hecho algo más alrededor de los misioneros seglares. Pero antes las únicas que hacían algo eran las Instituciones, los Institutos misioneros, y claro está, barriendo para casa, pero, unos y otros, han dirigido su propaganda a asegurar recursos espirituales y sobre todo económicos, sin tratar de comprometer «a las personas» con las que no se contaba como tales. Se explota quizá demasiado el sentimiento de «compasión» hacia el misionero con el mismo fin. Y hacia lo pagano. Cuando en realidad el sentimiento que debe de animar a todos es el de la «hermandad». No como quien mira de arriba abajo, sino en un plan vertical; de hermanos necesitados a los cuales deben ayudar todos los cristianos por el hecho de serlo (9).

10. Está bien orientada; pero hace falta más tiempo para que cale más en la conciencia cristiana (10).

11. Creo que no. En mi parroquia no se reciben más que la que hago yo y la del Domund, y dos hojas misionales; todo ello muy lejos de bastar para empresa tan grande y ardua (11).

F

—QUE QUISIERA VD. RECIBIR DE LOS INSTITUTOS MISIONEROS CUANDO TRATE DE ORIENTAR HACIA ELLOS ALGUNA VOCACION?

1. Opúsculos con historia, estadística e información bien detalladas, artísticas y atrayentes. Cartas particulares de algún misionero o misionera.

Folletos, revistas, narraciones misionales donde brille el heroísmo misionero para que vean el inmenso bien que hacen a la humanidad.

Más propaganda y escritos que enardecieran vivamente sus débiles voluntades (1).

2. Además de la propaganda, todas aquellas directrices para que no vaya encaminada por espejismos sino por la realidad y heroísmo (2).

3. Revistas, propaganda, proyecciones (3).

4. Es evidente que, ante una vocación que se presenta, lo que hay que esperar de los Institutos misioneros, es toda suerte de facilidades, quizá menos una: la de presentar fácil la obra misional. Creo que debe presentarse ardua para hacer comprender su grandeza (4).

5. Que no apareciera por parte alguna el espíritu de capillita (Instituto, etcétera), ya que a veces parece que solamente existen sus misiones. Y otra cosa

muy pequeña pero de mucha eficacia es la penetración del espíritu misional en nuestras parroquias: la de mantener a las parroquias en contacto con su hijo, ahora misionero de tal o cual Instituto. El ejemplo del cofeligrés, ¿no aumentaría la entrega de los que nos hemos quedado aquí? (5).

6. Revistas interesantes de sus trabajos misionales, de la vida de los misioneros, de sus correrías, de sus éxitos, etc. (6).

7. Primero facilidades de admisión. Después mayor conocimiento del mismo Instituto y que no se conformen con enviar una relación de todo lo que tiene que llevar consigo el candidato (7).

8. Becas, propaganda... (8).

9. Contacto frecuente del Instituto con el vocacionado, de persona a persona por medio de correspondencia epistolar. Amplitud de miras sin «capillismos», horizontes católicos propios de quienes tratan de hacer Iglesia más que «puchero aparte». Al perderse en la Iglesia ganará el Instituto. No ser demasiado exigente en la capacidad intelectual. Insistir más en las virtudes humanas y espíritu católico. En la casa de Dios hay muchos puestos. Que los Institutos misioneros no hagan acto de presencia solamente en el momento de echar la red para su casa, sino que participen en la propaganda desinteresada en actos no precisamente encaminados a «sacar tajada». De lo contrario se les vería fácilmente «el plumero» y dada la delicadeza de nuestras gentes, el efecto sería contraproducente. Claro está, en gran parte depende de la calidad de los propagandistas (9).

10. Lo que haga conocer el Instituto y sus glorias en el campo misional (10).

11. Pues quisiera recibir propaganda para todos los fieles; pues cuando se trata de orientar una vocación religiosa y misionera esto es fácil. Siempre folletos, hojas, libros, novelas... con la Teología y la vida misionera; sobre todo diapositivas y cine misionero (11).

XIV

A los Directores y Directoras de Colegios Religiosos de Enseñanza Media sobre "el Fomento de las Vocaciones Misioneras"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: María Asunción Vallejo, Teresiana, Teruel; H. Justo, Colegio de las EE. CC. Teruel; M. V. Zamora, directora del colegio del Sagrado Corazón, Neguri-Algorta, Vizcaya; P. Antonio Fernández, director del colegio calasancio, Hermanos Miralles 50, Madrid; P. Ramiro, director del Colegio de AlfonsoXII de El Escorial, Madrid; director del colegio de segunda enseñanza de X; Institución Teresiana, Burgos; Sor María de la Cruz, colegio de las Ursulinas de Jesús, Oviedo Colegio de la Inmaculada, PP. Jesuitas, Simancas, Gijón; Colegio de San Luis, HH. Maristas, Pamplona; Colegio de San Ignacio, Barcelona-Sarriá; Colegio del Sagrado Corazón, HH. Maristas, Valencia; Colegio del Consejo Nacional de las Juventudes de la Milagrosa, Madrid; Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, Las Arenas, Bilbao; Colegio del Sagrado Corazón, Barcelona-Sarriá: Mercedarias misioneras de Bérriz, Vizcaya; Ursulinas de Jesús, Pamplona.

A

—CUANTAS VOCACIONES MISIONERAS HAN SALIDO EN LOS 10 ULTIMOS AÑOS DE SU COLEGIO?

1. Dos (1).
2. Nuestro Instituto es misionero, pero no exclusivamente misionero. Las vocaciones han sido 12 (2).
3. De veintisiete vocaciones que en los últimos años han salido de este centro, siete han sido para sacerdotes seculares, tres cooperadores parroquiales, dos jerónimos, un jesuita y los restantes para escolapios (3).
4. Cinco, en cambio en cinco años anteriores hubo otras seis más (4).
5. Unas catorce (5).
6. Unas diez (6).
7. Ninguna. (Esta no es tierra de vocaciones) (7).
8. Si por vocación misional se entienden las religiosas y sacerdotes, son unas veinticinco: sería discriminarlas y decir si el ideal es netamente misionero o en general salvar almas (8).
9. Cuatro (9).
10. Cincuenta y cinco (10).
11. En el citado período de tiempo han salido de este colegio: cuatro vocaciones jesuitas, seis para el seminario diocesano, nueve para el seminario de los hermanos maristas, dos padres capuchinos, un cartujo (11).
12. De esta Juventud de la Medalla Milagrosa, han salido dos vocaciones misioneras; una para la congregación misionera de los padres paúles y otra para los jesuitas (12).
13. Ninguna. Han ingresado dos en nuestro instituto, pero aún están en el noviciado (13).
14. Es difícil la contestación a esta pregunta; en los colegios femeninos las alumnas suelen tardar más que los chicos en realizar su vocación; además. esta raras veces es específicamente misionera. Suele ser vocación religiosa con deseos de misiones (14).
15. Han salido diecinueve vocaciones misioneras. Téngase en cuenta que el número total de las alumnas es de ciento cinco a ciento diez y que cada año salen unas veinticinco (15).
16. Dos para institutos netamente misioneros (16).
17. Ocho, para el nuestro, pero pidiendo ser enviadas a Misiones en su día, lo cual se va haciendo (17).

B

—CUAL CREE VD. EL MEDIO MAS EFICAZ DE DESPERTAR VOCACIONES MISIONERAS?

1. Creo que presupuesta la oración y el sacrificio para que el Dueño de la mies suscite vocaciones, los medios más eficaces que podemos poner para esta empresa son: 1) *Formación sólida de la conciencia misionera:* Círculos, correspondencia con misioneros, etc. 2) *Apostolado activo:* colaboración *en todas* las campañas misioneras, Domund, Santa Infancia, día del Clero indígena, etc. 3) *Selección:* haciendo varias encuestas a las alumnas de tipo que revelen aptitudes misioneras y entre ellas escoger a las que destaquen y cultivarlas *en particular* poniéndolas en comunicación con alguna persona que pueda llevar a cabo tan delicada labor (1).

2. Además de la oración y el sacrificio, que oigan y vean (2).

3. El conocimiento íntimo de Nuestro Señor, con un gran amor a su Corazón y a la Eucaristía que despierte en las almas el amor a la cruz y a los altos ideales (3).

4. Si a los hechos nos atenemos, la mayor parte se han formado, atendiendo a las necesidades de suburbios; personalmente creo que otro medio eficaz es: excitar en ellos la preocupación de vivir en gracia y que los demás vivan también, metiéndoles la idea de sacrificio para conseguir estos fines; espíritu de oración y devoción a Jesús Sacramentado (4).

5. El amor al prójimo, el amor a la Iglesia y a la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo (5).

6. La intensa vida de piedad encauzando sus sacrificios al problema misional. Para ello ayudan las charlas misionales, películas y libros de interés (6).

7. Conocimiento de la alteza de la misión que se ha de desempeñar y de la necesidad de operarios (7).

8. La catequesis y la visita a los suburbios (8).

9. Naturalmente el estudio de las misiones y sus problemas. La Teología de la I. E. M.: estudio, oración, propaganda es lo más natural para despertarlas y sostenerlas (9).

10. Considero uno de los más eficaces el contacto directo entre los jóvenes y los misioneros. Esa relación produce impulsos, que bien dirigidos, y con la gracia de Dios, darán frutos óptimos y abundantes (10).

11. Intensa vida espiritual.

Apostolado, catequesis.

Ejercicios espirituales de San Ignacio.

Congregaciones Marianas (11).

12. Mucho ayuda a ello la lectura de revitas misioneras. Ciertos relatos de catequesis, bautizos, comuniones y otros acontecimientos de los neo-cristianos, el conocimiento de la ignorancia religiosa en que viven los pueblos infieles, la vida heroica relatada sin reparos de ninguna clase y hasta su aspecto aventurero —aventuras de Dios— impresiona a los jóvenes. Hay temperamentos que se sienten fuertemente impulsados por dichos relatos (12).

13. Veladas misioneras, círculos misioneros, conferencias de misioneros (13).

14. Acostumbrarles a la vida de austeridad y fomentarla por medio de conferencias, sermones misionales, proyecciones, visitas de misioneros, etc., etc. (14).

15. La intensa vida espiritual; la propaganda bien dirigida; las lecturas, la correspondencia con los misioneros, la formación misionológica de la CMDE (15).

16. El ver lo que son las misiones. Esto no sólo por un estudio teológico, sino poniéndoles delante la vida misionera. Su unión con la vida de Cristo Redentor, sus frutos para la Iglesia, acercarles la Misión con visitas de misioneras (son eficacisimas) cartas, con fotografías, proyecciones, conferencias, sin que falten en èstas los conceptos teológicos claros que el formador debe tener bien lúcidos, el porqué... el para qué... conviene hablar del premio, del apóstol. El mismo Señor nos dió ejemplo de esto (16).

17. Crear entre las colegiales un gran ambiente, de misioneras de retaguardia, despertar inquietudes e interés por los problemas de misiones, hacerles participar en actos misionales: oración, sacrificios, propaganda... Ambiente, ambiente... somos hijas del Ambiente (17).

C

—EN QUE CURSO ESTAN LAS ALMAS MAS DISPUESTAS PARA DESPERTAR Y SECUNDAR SU VOCACION?

1. Sin duda en los cursos cuarto y quinto de Bachillerato (13, 14 y 15 años) (1).
2. En todos si hay quien se preocupe (2).
3. Hacia el quinto curso o antes; en el sexto se debe afianzar (3).
4. En los primeros años desde tercero de bachillerato; pero muchas vocaciones de esas se esfuman, bien por las ambiciones e ideas materiales de sus familiares, que piensan que es mejor que su hijo sea ingeniero, diplomático, etc., bien por el despertar de las pasiones. Renacen algunas en ejercicios cerrados y éstas perseveran (4).
5. En segundo y tercero (5).
6. Depende de muchas circunstancias, en general de cuarto en adelante (6).
7. Para despertar, de doce a quince años; para secundar, de quince a diecisiete (7).
8. En los cursos segundo, tercero y cuarto (8).
9. Primero, segundo y tercero (9).
10. En los cursos cuarto y quinto, cuando ya no son sólo infantiles sino jóvenes despiertos al mundo (10).
11. En sexto curso y preuniversitario, si bien ya en cuarto y a veces antes, puede y debe el Padre Espiritual descubrir la aptitud para la vida misionera entre sus dirigidos (11).
12. Los muchachos de doce, trece y catorce años; cuando ya son mayores es mucho más difícil, porque ya se han decidido por determinada carrera y hasta se muestran menos generosos (12).
13. Creo que los cuatro primeros cursos del bachillerato. Están menos picardeados y como más inocentes, captan mejor el ideal misionero y el llamamiento de Dios (13).
14. Para despertar, en ingreso y primer año. Para secundar, más tarde (14).
15. Con más facilidad y entusiasmo en los tres primeros cursos del bachillerato, con más dificultad pero con mayor eficacia en los últimos (15).
16. Hay mucha variedad, pues podrían señalarse más concretamente los doce o trece años para el despertar; para secundar, los dieciséis y diecisiete años. Es de notar que buen número de vocaciones se malogran. Pero con estas muchachas se da el caso de que una vez casadas, desean tener hijos misioneros y lo procuran con sus oraciones y con la educación que les dan. Favorecen a las misiones con limosnas más que otras (16).
17. Se despiertan pronto (primero y segundo curso). Se deciden, en general, en el sexto curso, después de un compás de olvido, por regla general, en los cursos intermedios. Muchas no perseveran, si los padres se oponen a que entren jóvenes a los noviciados (17).

D

—QUE AYUDA DESEARIA VD. RECIBIR PARA EL FOMENTO Y ORIENTACION DE ESTAS VOCACIONES, YA DE LOS INSTITUTOS MISIONEROS, YA DE LOS PROPAGANDISTAS DE MISIONES?

1. La visita y charla oportuna de algún misionero, una proyección interesante, una carta que narre algún episodio, etc., los mil medios que suelen enviar, no con tanta frecuencia como quisiéramos, sobre todo en ciudades pequeñas; pero todo con tacto, oportunidad, amenidad (1).

2. Revistas y cartas relativas a la vida misionera (2).

3. Un mayor conocimiento de lo que es la vida misionera en su realidad, por medios atrayentes, cine, revistas ilustradas, etc. (3).

4. La de saber convencer a las familias del bien de que se privan al impedir que su hijo sea sacerdote, porque la resistencia está en ellas, pocas veces en los niños, que de suyo son dóciles y bien dispuestos a la generosidad (4).

5. Propaganda centrada en los temas de la Letra B (5).

6. Creo harían una gran labor, si con frecuencia se recibiesen, cuartillas u octavillas, con tema de vocaciones misioneras, bien anécdotas o historias, bien incitándolas al sacrificio, etc. (6).

7. Conferencias, proyecciones, todo lo que despierte el interés (7).

8. Toda la que quieran dar (8).

9. Todo lo que ayude al estudio, pero hecho para chicos, no para antes que no existen. Los problemas misionales, pero que ellos lo entiendan y les interese. Narraciones al estilo de «Voluntarios» del P. José Julio, S. J. «Heroísmos misionales» de las OO. MM. PP. Pero al alcance del bolsillo de los niños (9).

10. De los institutos misioneros, conferencias misionales, y de los propagandistas, películas y noticiarios que den una idea, la más exacta posible de la vida del misionero y de los países en que se desvela (10).

11. Conferencias misionales bien preparadas, correspondencia epistolar con misioneros, revistas (11).

12. Propaganda oral hecha por misioneros con el material adecuado (12).

13. Tenemos bastante organizado en nuestro instituto este fomento de vocaciones, por medio de Días Misionales, Bautizos, conferencias, etc., etc. (14).

14. La principal ayuda para el aumento y aprecio de las vocaciones femeninas habría de ser el crear un ambiente favorable, desterrando los prejuicios sobre el «meterse monja»; las presuntas equivalencias entre misionera seglar y «solterona», o las frases hechas de tan mal gusto como «echar el gancho», etc. Difundir lo más posible las enseñanzas de S. S. el Papa en «Sacra Virginitas», y en el discurso «a las superioras de órdenes y congregaciones religiosas del 13 de octubre de 1952» (15).

15. Por lo que toca a este colegio no necesitamos ayuda especial por la gran comunicación que tenemos con las misiones (16).

E

—QUE EFECTOS CAUSA UNA VOCACION MISIONERA ANTE LOS DEMAS ALUMNOS DEL COLEGIO?

1. Mejor que toda otra propaganda. Suscita admiración, despierta anhelos, sacude las apatías, y si el que se marcha sigue la vida del colegio enviando noticias, animando, mucho, muchísimo bien en el sentido de arrastre (1).

2. Lo ven con admiración y simpatía (2).

3. Causa admiración, simpatía y muchas veces arrastra con el ejemplo (3).

4. En general, la admiración cuando lo manifiestan (4).

5. De santa envidia (5).

6. En algunas de envidia santa, en otras de indiferencia, y en todas de algo sublime y de heroísmo (6).

7. Admiración y envidia por ser capaces de llegar a tanto (7).

8. Lo ignoro (8).

9. Muy buenos y de santa envidia (9).

10. En esto, como en todas las cosas, hay sus más y sus menos. La crítica acerba de los desapercibidos y cierta envidia entre los más piadosos. Pero aun en aquellos está disimulada cierta admiración (10).

11. Siempre muy buen efecto. Si no se le sigue, por lo menos se le admira (11).

12. Depende del ambiente que reine en el mismo. Es este, excelente. Los admiran y respetan. Interesa mucho que algunos misioneros o que lo hayan sido, pasen

alguna vez por los colegios y que hablen a los alumnos sobre este tema. Creo que es uno de los medios más eficaces para despertar vocaciones (12).

13. Magníficos. Es lo que más les arrastra para ofrecerse a cualquier sacrificio (14).

14. Buena. Pero existe lo que se apunta en el apartado D (15).

15. Gran entusiasmo y emulación (16).

16. Quedan bien impresionadas (17).

F

—JUZGA VD. QUE PUEDE SER MUY UTIL LA LABOR DEL CONFESOR Y CAPELLAN EN ESTE ASPECTO?

1. La considero como eficaz, ya que el sacerdote es el llamado por Dios para descubrir las almas, y creo, que en este sentido de vocaciones tiene la primacia y puede hacer más que nadie (1).

2. Utilísima, siempre que vayan de acuerdo con la inclinación del niño y no traten de torcer la vocación religiosa o sacerdotal, por falso celo, egoísmo profesional e incomprensión (2).

3. La juzgo utilísima si es en colaboración con el colegio. Esta unión de todos da eficacia. Que el Señor bendiga nuestra obra concediéndonos almas generosas que le consagren su vida (3).

4. No sólo útil, sino necesario. Nadie mejor que él conoce las interioridades de las almas. Según las vea dispuestas, puede infiltrar en ellas el espíritu de sacrificio gradualmente el amor al prójimo, el ansia por la salvación de las almas, los deseos de atraer a otros, en primer lugar a sus compañeros, hacia Jesucristo, cuando los vea descarriados. En una palabra, renunciar al egoísmo y darse a los demás y en ellos a Dios. No debe limitarse a absolver, debe formar. Al menos esa es mi opinión (4).

5. La utilidad será proporcional, no al cargo, sino a las facultades de la persona que lo ostenta (5).

6. Utilísima, y en muchos casos se pierden vocaciones por falta de orientación, aconsejándoles quizás que pueden hacer mejor y mayor labor quedándose en el mundo (6).

7. Sí, es muy útil y necesaria (7).

8. Sumamente útil (8).

9. Después de la gracia de Dios, la principal (9).

10. Está fuera de duda que un confesor sabio y celoso y un capellán piadoso y ejemplar que tengan ascendiente y buena dosis de confianza repartida entre los muchachos, produce efectos admirables que se traduce en sacrificios y privaciones por las almas de los de enfrente (10).

11. Desde luego, el confesor y el capellán deben tener alma misionera, llenos de entusiasmo por su santa vocación (11).

12. Desde luego, el celo apostólico de los profesores que explican el catecismo a los alumnos es medio fundamental y la actuación del Señor Capellán como director espiritual tiene suma importancia (12).

13. Desde luego, pero opino que casi hacen o pueden hacer más los profesores (13).

14. Utilísima. Uno de los mejores medios (14).

15. Sí, puede ser útil, si el capellán o confesor siente el ideal mismo del misionero y sabe comunicarlo, y, sobre todo, si logra la superación de lo señalado en el apartado D, para lo cual sus palabras pueden tener más autoridad que las de las propias educadoras, a quienes juzga tal vez como parciales e interesadas en el asunto (15).

16. Siempre una buena dirección espiritual es necesaria para quien tiende a la perfección en la vida espiritual, para elegir un camino y para seguir estos de absoluto desprendimiento y entrega a Dios (16).

17. De suma importancia (17).

XV

A los Consiliarios de Juventudes sobre "el Fomento de Vocaciones Misioneras"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Consiliario de los Jóvenes de A. C., de Osma, Soria; Consiliario de los Jóvenes de A. C. de Tortosa; íd. de las Jóvenes de Zaragoza; íd. de Tarazona; íd. de los Jóvenes de Toledo; íd. de Valencia; íd. de Mondoñedo.

A

—SALEN MUCHAS VOCACIONES MISIONERAS DE ESE CENTRO?

1. No (1).

2. En general, al menos en estas tierras, no hay entre los fieles inquietud misionera porque no se les *predica* nuestra *religión católica.* Tienen de ella un concepto mutilado e imperfecto. La consideran como religión suya en concepto individualista. Creo que ni los mismos sacerdotes «de hecho», hemos penetrado la realidad de la esencia universalista de nuestra fe. Al menos poco oigo predicar sobre ello. Creo de una eficacia grande la dirección espiritual en el fomento de vocaciones misioneras. Allí es donde hay que descubrirlas o bien encauzarlas (2).

3. Algunas (3).

4. De los centros de la capital de la diócesis han salido bastantes vocaciones estos últimos años, habiendo ingresado en las franciscanas misioneras, misioneras de la Inmaculada de Arenys de Mar, y en las Agustinas de Monteagudo (Navarra) (4).

5. No; que yo sepa, un sacerdote que está en el Perú (5).
6. En los últimos cinco años han salido seis vocaciones (6).
7. No (7).
8. No conozco vocaciones misioneras salidas de nuestros centros. Si las hubo y hay para la vida sacerdotal y religiosa; y la razón principal de esta deficiencia en el campo misional, está en la ignorancia en que viven los jóvenes de los problemas que tiene planteados la santa Iglesia respecto al mundo infiel. Se les habló poco de ello. No se les dió ni se da a lo misional la importancia que tiene. Tal vez se anda por las ramas y no nos preocupamos de nuestras raíces (8).
9. Casi ninguna (9).

B

—CUAL ES EL MEDIO MAS FRECUENTE DE SUSCITAR VOCACIONES?

1. Cuando se despierta alguna vocación entre los fieles casi siempre se debe a la lectura de alguna revista o libro que habla de las misiones (2).
2. Formación (3).
3. Al cabo del año se celebran algunos círculos misionales y otras reuniones misionales, hay varias revistas misionales en el centro, recogida de sellos, etcétera (4).
4. Apenas las de actos más extraordinarios (5).
5. El medio más frecuente de suscitar vocaciones es la lectura de libros misioneros, el Domund, las reuniones de estudio o sobre la catolicidad de la Iglesia y algunas conferencias extraordinarias sobre misiones (6).
6. Dirección espiritual (7).
7. Dar a conocer la importancia que tiene para Dios y para las almas una vida enteramente consagrada al servicio de los santos ideales que animan a un San Pablo y a un San Francisco Javier, y siguen animando a sus seguidores, los pregoneros del Santo Evangelio. Hacer ver a las juventudes la necesidad espiritual en que viven tantos millones de infieles y la obligación en que estamos de ayudarles tendría una eficacia definitiva en el fomento de las vocaciones misioneras. Los hechos heroicos que se advierten en la vida de los misioneros, y su extraordinario espíritu de sacrificio, mueven y arrastran (8).
8. Lectura de libros y revistas de misiones (9).

C

—RECIBEN ACTUALMENTE PROPAGANDA MISIONAL?

1. Sí; de las Obras Misionales Pontificias de Madrid (1).
2. Sí (3).
3. El centro y Consejo están suscritos a «Catolicismo», «Siglo de las Misiones», y «Anales de las Franciscanas Misioneras» (4).
4. Apenas la de actos más extraordinarios (5).
5. No. Sería muy interesante que se enviara a todos los Consejos diocesanos propaganda misional abundante. Que el Secretariado de misiones pusiera a disposición de los mismos proyecciones, diapositivas, reportajes, etc., para preparar con mucha antelación el Domund, e ilustrar a la vez a determinados ambientes, apartados de la Iglesia, sobre la catolicidad de la Religión... (6).
6. Poquísima (7).
7. Actualmente reciben la propaganda misional que se hace a través de la prensa y revista de cada rama. En todas se tocan temas misionales. Pero es poco. Hacía falta multiplicar tal propaganda, utilizar además filminas, charlas especiales dadas por los mismos misioneros, etc (8).
8. Sí (9).

D

—QUE DESEARIA VD. ENCONTRAR EN LAS PUBLICACIONES MISIONALES PARA MEJOR FOMENTAR Y DESPERTAR LAS VOCACIONES?

1. Subrayar la necesidad con casos y estadísticas. Doctrína misional (1).
2. Creo que la primera penetración debe ser entre los mismos sacerdotes. Parece que en los Seminarios se estudia la Teología para su propia diócesis y no para la Iglesia universal. Con este criterio mutilado y falso salen después los sacerdotes que tienen que predicar el Evangelio al pueblo, la cosa de misiones no debe de reducirse al tercer domingo de octubre, sino que debe de estar palpitante en cada acto de nuestro ministerio (2).
3. Artículos que reflejen más vivamente el problema misional (3).
4. Creo que tal como se publican son aptas para despertar vocaciones (4).
5. No se reciben en este Consejo revistas misionales, que no se pueden pagar (5).
6. Si no es posible la edición de una revista misional, hacer separatas y remitirlas a todas las organizaciones religiosas para que éstas a su vez lo hicieran directamente a los jóvenes más destacados de la obra (6).
7. Ambiente misional juvenil (7).
8. Para que las publicaciones despertaran con más eficacia las vocaciones misioneras, sería de desear nos hablaran más del misionerismo seglar. Esto les entusiasma. Les parece que se mueven en su propio ambiente. Lo miran como algo muy propio y personal. Todo esto les interesa y preocupa (8).
9. Una sección orientada ad hoc: «¿Maestro dónde moras?» «Ven y sígueme» (9).

E

—CUALES SON LAS DIFICULTADES MAS FRECUENTES CON QUE TROPIEZAN LOS JOVENES PARA REALIZAR SU VOCACION MISIONERA?

1. La dificultad mayor para que siga adelante una vocación es la oposición de los familiares en los que predomina por aquí el espíritu egoísta-materialista. A esto siguen las dificultades consecuentes de dotar debidamente a sus hijos e hijas, cuando se han decidido a consagrarse a Dios en la vida religiosa (2).
2. La frivolidad del ambiente (3).
3. Las generales para entrar religiosas: oposición al principio sobre todo en la propia familia, máxime tratándose de tener que marchar lejos de la patria. Algunas tienen la dificultad económica para prepararse lo necesario para su admisión en el Instituto, etc. (4).
4. El ambiente fácil y cómodo de la vida moderna. El cine, novelas, y el afán de lujo y riquezas. La falta de ambientación vocacional en las familias (6).
7. Su desconocimiento (7).
8. Las dificultades principales con que se tropieza son: falta de generosidad, egoísmo, y amor al regalo, es decir a la vida muelle y la falta de ambiente profundamente cristiano en las familias, las diversiones y en todas las manifestaciones de la vida pública. Todos esos detalles son otros tantos enemigos de la vocación (8).
9. Criterios materialistas de los suyos o de los medios ambientes. Creencía de que si no son sacerdotes o religiosos ordenados de sacerdotes no pueden ir a misiones. Se conoce poco la cooperación misionera (9).

F

—CUALES SON LAS DIFICULTADES CON QUE SUELEN TROPEZAR LOS CONSILIARIOS PARA FOMENTAR Y ORIENTAR LAS VOCACIONES MISIONERAS DE LOS JOVENES?

1. La falta de tiempo (1).

2. Por razón de su cargo el Consiliario no tiene ocasión de orientar esas vocaciones misionales (3).

3. No creo que haya dificultades en ello para los Consiliarios, los temas misionales son siempre del agrado de las jóvenes (4).

4. Aquí acaso la falta de conocimiento de las necesidades de los países de misiones y la sentida necesidad de sacerdotes consiliarios (5).

5. Además de las anteriores, la falta de continuidad en la rama. Creo que se predica poco y se orienta menos las conciencias individuales hacia el ideal misionero (6).

6. De orden material y propaganda (7).

7. Hay falta de preparación misional; no se sienten los problemas misioneros; son demasiadas las cosas a que tiene que dedicarse y todas se hacen mal, y el ambiente de neopaganismo en que se vive es, sin duda, enemigo terrible y muy poderoso (8).

8. La ignorancia del problema misionero en los mismos consiliarios. Falta de vibración misionera en la vida sacerdotal, por lo que preocupa poco este problema en la dirección espiritual del joven. El Catolicismo que vivimos, no lo vivimos en católico (9).

XVI

A los Directores Espirituales y Confesores sobre "el Fomento de Vocaciones Misioneras"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: P. Taboada, C. M., Secretariado Misionero de Cuttak, India, en la Habana; P. Olegario Domínguez, OMI, Pozuelo de Alarcón; Director Espiritual del Seminario Menor, Granada; de un Director Espiritual y Confesor; íd de un Director Espiritual de Cuenca; P. Veremundo Pardo; Director Espiritual del Aspirantado Maestro Juan de Avila; PP. Jesuítas de Gijón; Director Espiritual de los Luises, Madrid; Director Espiritual del Seminario Misionero de Dominicos, Villaba, Pamplona; de un Director Espiritual de Madrid; íd. del Director Espiritual de los PP. Carmelitas Descalzos; PP. Jesuítas, Barcelona; PP. Dominicos de Ocaña; Cura Párroco de Olmillos de Sasamón, Burgos; Párroco de Quintanar de la Sierra; PP. Jesuítas de Toledo; P. Provincial de los Carmelitas de la Bética.

A

—CREE VD. QUE DESDE EL CONFESIONARIO SE PUEDEN ORIENTAR BIEN LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. Creo firmemente que en el confesonario se pueden orientar bien las vocaciones misioneras (1).

2. Sí, desde el confesonario se pueden orientar las vocaciones misioneras (y en ocasiones despertarlas). Es lo natural (2).

3. Sin duda alguna (4).

4. Si y mejor que desde ningún sitio (5).

5. Creo que, después de la labor formativa de las catequesis y colegios el confesonario es el centro mejor de orientación particular e irradiación hacia la vocación misionera. La experiencia dice que, muchas almas después de una continuada dirección espiritual se orientan hacia la vocación misionera (6).

6. Fundamentalmente si; pero completando en la dirección espiritual (7).

7. Creo y veo por experiencia que desde el confesonario es desde donde mejor y casi únicamente se pueden orientar las vocaciones de cualquier clase (8).

8. Muy bien (9).

9. El confesonario es un lugar ideal y el más adecuado de todos los medios para despertar y orientar las vocaciones por ser el lugar donde las almas jóvenes sienten más fuerte el ideal divino, se abren totalmente y se entregan con generosidad al fallo del director-confesor en quien ven al representante de Dios (10).

10. Creo que en el confesonario se pueden orientar las vocaciones misioneras, sea porque se puede suscitar el interés por la vocación, cuando descubre uno a persona apta, sea porque al ritmo de la confesión es donde se pueden formar las almas en la fidelidad a Dios que exige una vocación misionera (11).

11. Estoy seguro que desde los confesonarios se pueden orientar bien las vocaciones misioneras. Claro que haciendo que los posibles candidatos lean estudios misionales, se compenetren mejor de los ideales de la Iglesia en la intimidad con Jesús, vean en unos ejercicios la grandeza de Dios y de las almas, etcétera (12).

12. Si, pero mejor en el despacho, tratando de las necesidades misionales y prestando libros y revistas misionales (13).

13. Precisamente el confesonario, que es el centro de orientación de las almas con toda suerte de vocaciones, lo es principalmente con relación a las vocaciones misioneras. 1.° Considerando a todos los cristianos llamados al apostolado por vocación general, y orientándolos al amor hacia los otros miembros de un mismo cuerpo misional, hacia todos sus hermanos, hijos de un mismo padre, al amor de caridad de todos los hombres, y 2.° específicamente el confesonario es centro de orientación de las vocaciones misioneras, considerando al sacerdote como director de almas especiales que buscan su salvación en la salvación del prójimo; y esto, por los medios doctrinales propios del apostolado, por la doctrina universalista de San Pablo, por el ejemplo de los misioneros, por las revistas y libros misionales que pueden aconsejar e inculcar... y sobre todo, haciéndolas intervenir a estas almas directamente y por grados en las obras de caridad de su barrio, de su parroquia, de su oficina, de su Instituto...

De este modo considerada la acción del sacerdote en el confesonario ciertamente es el mejor medio de orientar bien las vocaciones misioneras (13 B.).

14. Se pueden orientar desde el confesonario si el acto no se reduce a lo extrictamente sacramental, sino que tiene algo a menos de dirección espiritual (14).

15. Desde luego, creo que es el lugar ideal como todo cuanto respecta a la gracia y vida interior (15).

16. Si, pero aconsejándoles alguna obra misional, libros, asistencia a conferencias (16).

17. Si, contando con la asiduidad del penitente (17).

B

—CON QUE DIFICULTADES SUELE TROPEZAR PARA ORIENTAR ADECUADAMENTE LAS VOCACIONES?

1. Yo he tropezado con la dificultad para mí insoluble de no poder hacer que se realicen los deseos de los candidatos. He encontrado tres tipos de vocaciones misioneras. a) *Los seglares que quieren trabajar por las misiones y ser misioneros sin ir a misiones.* (Esta clase es la más fácil de encontrar y con la que

mas éxito he tenido.) b) *Seglares que quieren ir a misiones vivas para trabajar.* (He tenido que defraudar muchas proposiciones por falta de campo adecuado. Sólo he visto ganar una vocación y es el Dr. Miquel que trabaja en Cuttak). c) *Seglares que entran en Institutos religiosos en la creencia de que les enviarán a misiones.* (En esta clase de vocaciones he tenido grandes sorpresas y he visto muchos desencantos, por no comprender que ser misionero no consiste precisamente en ir a tierras de misión.) d) *Religiosas que se ofrecen a misiones y cultivan el anhelo de ir un día.* (Sostener estas vocaciones me ha sido sumamente difícil. A la larga porque esa ilusión de su vida no pudo ser realizada por los designios de Dios, que eran otros, y estas personas consideran como si su vida hubiera sido un fracaso; muy pocas han sabido reaccionar y saber entender la médula de la vida misionera) (1).

2. Las dificultades para orientar las vocaciones son distintas en cada caso; unas veces es el no poder poner en contacto al que se siente llamado con un Instituto que responda a sus aspiraciones. Otras, el no encontrar libros orientadores que canalicen unas aspiraciones demasiado vagas e impetuosas (2).

3. Las dificultades más frecuentes vienen de las familias y, en algunos, el conocimiento de los peligros de orden espiritual que puedan correr en los territorios de misiones (3).

4. De tipo técnico, como en general en todo lo relacionado con la dirección espiritual, que es una cosa muy seria en la que no es fácil la competencia (5).

5. Las dificultades en que tropiezan las jóvenes en el mismo confesonario es muchas veces la falta de formación sólida en el aspecto misional de los confesores, directores y particularismos de algunos que orientan hasta vocaciones misioneras a comunidades que no tienen misión alguna, con las lógicas y fatales consecuencias (6).

6. Con el temor de herir susceptibilidades dada la urgencia del apostolado local, diocesano o nacional; con la falta de generosidad total que requiere el apostolado misionero (7).

7. El confesonario no creo que tropiece con ninguna seria (8).

8. Desconocimiento por parte de los Directores espirituales de los distintos Institutos religiosos y otras formas de vida apostólica con actividad misional. Frecuentemente no se aconseja lo más adaptado por este desconocimiento (9).

9. *a*) Con la dificultad de la pureza. Son los años de las tremendas luchas de la carne con la virtud. *b*) Con la dificultad de aislarlos del qué dirán. Sienten rubor en declarar y sostener su vocación y son fáciles e influenciables a la burla o desprecio de los valores espirituales. *c*) Con la dificultad de libertarlos de la seducción del medio ambiente: amistades, espectáculos, etc., etc. (10).

10. La inconstancia de la juventud (11).

11. Todo depende de la fuerza con que el candidato responde a la gracia del Señor, porque las dificultades de separación, lenguas, clima, etc., poco valen cuando la vocación es resuelta. A veces hay en el posible misionero unas ideas preconcebidas, unos prejuicios lamentables, pero basta muy poco cuando hay verdadera decisión, para que la mente se ilumine con la verdad. Y si la vocación no tenía más base que el prejuicio se evapora (12).

12. Las familias son la dificultad máxima. Ven con malos ojos el fomento de las vocaciones, pero sobre todo de las misionales. Y me refiero a las familias católicas en el pleno sentido en que hoy se llaman católicas. Son excepción en Barcelona las madres que siendo católicas acepten con conformidad la vocación misionera de sus hijos. Falta formar la conciencia de los católicos en esto y en general en el espíritu de amor universal y sacrificio por el prójimo. El egoísmo ha penetrado también en los hogares católicos (13-A).

13. La principal dificultad, a mi modo de entender, estriba en la ignorancia o concepto que se tiene del confesonario, considerándolo exclusivamente como piscina o tribunal que perdona los pecados, no como cátedra o consultorio de casos de conciencia, entre los cuales ocupa el primer lugar, la orientación de la vida, y esto, no sólo entre los simples cristianos sino entre las almas devotas y escogidas, que no

descubren más (aun a su mismo Director Espiritual si lo tienen), que las faltas o el exterior de la obra imperfecta o pecaminosa; y es necesario hacerlas comprender la necesidad de descubrir, no sólo sus faltas y pecados, sino también sobre todo el porqué de sus acciones buenas o no tan buenas, para orientarles en el sentido de su vocación misionera (13-B).

14. Con las de que en los niños, en cuya edad se manifiesta casi exclusivamente la vocación religiosa, no se concreta hacia ningún fin determinado (simplemente quieren ser religiosos) y en la juventud raramente aparecen vocaciones (14).

15. La mayor es el que no suelen conocer bien las almas toda la Teologia y Pastoral misionera necesaria para amar las misiones. Cuando la conocen adecuadamente surgen muchas vocaciones y es fácil orientarlas (15).

16. Con la falta de organización de estas asociaciones y falta de medios adecuados de propaganda (16).

17. El ambiente familiar, muchas veces; la mayoria, el ambiente actual de la sociedad (17).

C

—QUE DIFICULTADES ENCUENTRAN LOS JOVENES DE AMBOS SEXOS PARA REALIZAR SUS VOCACIONES, ESPECIALMENTE EN CASO DE SER TARDIAS?

1. La dificultad mayor de los candidatos especialmente tardios, es la de la adaptación al género de vida que se le hace llevar en las Casas de formación: vida regular, estudios, vida común... a veces también surge cierta desilusión del contacto con compañeros que tienen menos espíritu. Para hacer frente a esas dificultades hay que fomentar sobre todo la constancia y el aprecio de los valores sobrenaturales que hay en la obediencia sumisa y en la mutua cooperación. (Saber desarrollar la personalidad renunciándose a si mismo.) (2).

2. Las revistas misioneras y conferencias oídas acerca de este asunto (3).

3. Falta de formación, elegir el Instituto (4).

4. La familia, sobre todo las jóvenes. De ordinario «no ven otras» (5).

5. Los obstáculos procedentes de las mismas jóvenes o de los muchachos son comunes a todo el problema de vocaciones en nuestros dias; atractivo del mundo, falta de ambiente misional en la familia. Antes bien es la vocación misionera, (por ser específica) donde las dificultades se vencen con más facilidad (6).

6. Dificultad de desprenderse de la familia; falta de verdadero sentimiento de la catolicidad; sentido individual y materialista de la vida (7).

7. Los jóvenes hallan el atractivo del mundo moderno que tan fácilmente les brinda su vida muelle y cómoda y el apego a la familia (8).

8. Creo que las mayores dificultades son de naturaleza económica, tratándose de vocaciones tardías, la dificultad de acoplarse a los sistemas eclesiásticos de estudio que para ellos resultan excesivamente lentos. Tratándose de mujeres que desean pasar muy pronto a la acción misionera les resulta a veces dificil la preparación larga del tiempo de formación. Se echan de menos las facilidades para que puedan desempeñar el apostolado misionero personas técnicas y espiritualmente preparadas como Médicos y enfermeras, sin tener que ajustarse exactamente a la vida religiosa con votos de cualquier Instituto ya existente (9).

9. *a*) Las mismas condiciones en la pregunta anterior. *b*) La oposición con frecuencia, de los padres, particularmente de la madre, menos comprensiva que el padre. Son tremendas las luchas que la mayoría ha de sostener en este orden (10).

10. De chicas no tengo ninguna experiencia. De chicos, he tropezado con algunos casos de magnifica voluntad, pero de escasa preparación para los estudios. Un buen Seminario de vocaciones tardias de clase trabajadora seria espléndido (11).

11. Si por fieles entendemos los fieles en general, magnificamente. La gente sencilla tiene un concepto muy alto de la vida misionera. Entre los que tienen que sentir la vocación para las misiones, son muchos los que se asustan y aunque no lo

digan les retrae. Hay que presentarles al mismo tiempo la gloria divina en toda su belleza, la salvación de las almas en toda su grandeza y no olvidar las satisfacciones inmensas de la vida del misionero cuando tan cerquita siente la caricia del Señor (12).

12. Es muy frecuente por parte de la familia el querer retardar aun a los 16 ó 17 años so pretexto de las dificultades económicas en que tropiezan los que abandonan luego la vocación y se creen los papás en el sagrado deber «de prevenir esta probabilidad», pues, dicen son muchos los que no perseveran (13-A).

13. En la realización de la vocación misionera, hay dificultades de orden interno o externo, que sólo con la gracia de Dios y la ayuda del Director pueden superarse. Las externas proceden de la oposición de los padres, parientes o amigos que todos conocemos y que gracias a Dios en España son excepción. Las internas, más bien proceden de apocamiento y miedo al fracaso, aun en los jóvenes más animosos, sobre todo si tienen algún defecto más o menos connatural que han de vencer a fuerza de energía y renunciamiento. De ahí la necesidad de un guía o Director firme y sin titubeos que inyecta optimismo y resolución en sus dirigidos. Esto, también se da en las vocaciones tardías, pero la mayor dificultad para estas vocaciones de última hora suele ser el encuentro o trato con sus compañeros de noviciado y estudiantado, por la diferencia de educación, por las maneras más o menos aniñadas de las vocaciones formadas en las Escuelas apostólicas y por su espíritu menos reflexivo y más pronto que en las vocaciones tardías. Estos también tienen gran necesidad de guía espiritual que los aleccione y oriente en medio de sus desilusiones y desalientos (13-B).

14. En algún caso, que se me ha dado, la grandeza de la misión les acobardó. Esto ocurre más en las tardías porque se dan más cuenta de lo que es ser misionero (14).

15. En caso de tenerla y que haya quien se la fomente, por lo demás suelen tener alguna mayor dificultad que para cualquiera otra vocación por razón del miedo a la dureza y a la lejanía, pero tiene la compensación de que estas razones son las que más arrastran a las almas generosas (15).

16. Si no están decididos: la vida actual mundana, la multiplicidad de diversiones, estudios, la opinión de la familia. Si están decididos y son mayores de edad, de suyo no hay dificultad (16).

17. La incomprensión por parte de los suyos y a veces cobardía propia (17).

D

—COMO REACCIONAN LOS FIELES CUANDO SE LES HABLA DE LA VIDA DURA Y DIFICIL QUE LLEVA CONSIGO EL APOSTOLADO MISIONERO?

1. Maravillosamente. En todos los casos con generosidad. Les ayuda a ser mejores y a salvar escollos grandes y tentaciones. Es el mejor estimulante para salir del pecado y progresar en la virtud (1).

2. Los fieles de pueblo donde florece la vida cristiana reaccionan con sincera admiración y hasta envidia de los misioneros. Los fieles de ambiente más frívolo y materialista (en general, en las ciudades) reaccionan con cierta admiración mezclada de escepticismo: Para alguno de ellos los misioneros son tipos aventureros sencillamente: Para otros son hombres sacrificados e idealistas, a los que se admira pero no se comprende (2).

3. El celo por la salvación de las almas y el amor a Jesucristo (3).

4. Una vez que sienten la vocación no les asusta la vida dura, la buscan (4).

5. Con admiración y santa envidia en general (5).

6. Los fieles bien formados, cuando oyen hablar de las penalidades de los misioneros, si son jóvenes reaccionan en favor de la misión y de su vocación. Solamente personas deformadas en Religión se encogen ante la perspectiva de los sufrimientos inherentes a la vocación misionera (6).

7. Con admiración, simpatía, deseo de colaboración, la idea misionera es la que más hondamente cala en el pueblo cristiano, más aún que la meramente sacerdotal como puede verse (también se debe a otras causas en las mismas colectas) (7).
8. Reaccionan con generosidad (8).
9. Bien, pero no excesivamente impresionados, ya que la vida hoy es muy dura en la casa propia para muchos y no les atrae, les admira o les asusta ese concepto de dureza misional (9).
10. Con singular simpatía y generosidad el corazón de la juventud ama lo más difícil y le seduce la vida heroica. Cuanto más difícil se la presenta más le encanta y le atrae (10).
11. Lo duro de las misiones, es precisamente lo que gusta (11).
12. Para los jóvenes la Cruz más bien enardece que espanta. Misiones sin dificultades no estimularían tanto la vocación (13-A).
13. La reacción de los fieles, pasado el primer momento de miedo a las dificultades y sufrimientos es de admiración hacia los héroes que les parecen de leyenda, y de enfervorizamiento en su vida de piedad, con sus rasgos de generosidad material y moral a favor de los misioneros y sus obras, de sacrificios personales y sociales llegando a veces a hacerse verdaderos apóstoles no pensando ni hablando a cuantos les rodean sino de las misiones; y su mayor dicha será el poder entregar alguno de sus hijos o familiares al apostolado misionero (13-B).
14. Lo admiran, pero se creen incapaces de imitarlo (14).
15. Unos como ante una novela del oeste; otros con cierta nostalgia sentimental; los menos reflexionando mucho y en serio, soltándose las limosnas misioneras y algunos de entre ellos entregándose a la vocación misionera (15).
16. Si tienen vocación no les arredran las dificultades (16).
17. Los admiran y alaban. No falta quien los compadece sin comprenderlos (17).

E

—QUIENES SIENTEN LA VOCACION MISIONERA, SE CREEN OBLIGADOS A VIVIR MAS INTEGRAMENTE LA PIEDAD Y A SER MAS APOSTOLES EN SU AMBIENTE?

1. Sí, señor. Y así lo podría probar con cientos de casos, comprobados por mí en mi vida de constante trabajo y recorrido de países distintos. Todo aquel que entra en el cauce de la vida y piedad misionera adquiere un aumento de vida interior y encuentra más fácil la vida de virtud (1).
2. Los que sienten la vocación misionera auténtica se creen obligados a vivir mejor su cristianismo (por lo menos, es fácil suscitar en ellos tal convicción). En cuanto al apostolado del ambiente (aunque también se puede suscitar a veces fácilmente) no se ve correlación tan general. Muchos, obsesionados con su misión futura, no se percatan de la que tienen al alcance de la mano o no la dan importancia (2).
3. Marcadísimamente (4).
4. Lo primero, sí, lo segundo acaso no tanto. Hay que unificar los dos campos en la exposición (5).
5. Indudablemente, las experiencias de la vocación misionera decidida es el pulso más fuerte para intensificar la vida de piedad y el apostolado entre las amistades; si bien es frecuente que al guardar el secreto de su vocación no se atrevan a lo segundo (6).
6. Evidentemente que sí. La vocación misionera convierte al que la tiene en misionero de sí mismo y de su ambiente (7).
7. La idea misional es la más fecunda en generosidad y sacrificio. Es indudable que la idea misional y más la vocación a los que la tienen les hace que se crean obligados a vivir más íntegramente y a ser más apóstoles en su ambiente.

Gran porcentaje de las vocaciones modernas no sólo en chicas sino también en chicos arranca del entusiasmo por las misiones (8).

8. Sí (9).

9. Por supuesto y se creen no ser fieles a la vocación que sienten si no son consecuentes con la pureza divina que ella exige. Más aún, se sienten ya impulsados y viven la ilusión de ser incipientes apóstoles (10).

10. Si no se sintieran más apóstoles de su ambiente, habría que dudar de su auténtica vocación misionera (11).

11. No siempre; en general, sí. Si penetran, bien dirigidos en la esencia de la vida misionera y en la indisolubilidad del ideal misionero y de la santidad, en seguida (12).

12. Evidentemente sí (13-A).

13. Esos mismos efectos saludables de que acabamos de hablar, causa en quienes sienten de verdad la vocación misionera: oración más intensa, más vida interior, de sacrificio y de entrega a los demás, fomentando la caridad en todos y haciendo prosélitos en su derredor con espíritu apostólico (13-B).

14. No se me han dado casos de vocación misionera bien definida y decidida (14).

15. En esto no encuentro diferencia entre las almas de esta vocación y las de los que la tienen religiosa y de perfección en cuanto a la vida de piedad. Respecto a ser más apóstoles, mientras viven aún en el mundo, depende del temperamento y de otras circunstancias; pero sí, todas son apóstoles, muy apóstoles (15).

16. Sí (16).

17. Deben ensayar en los suyos lo que después realizarán en las misiones (17).

F

—DENTRO DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y RELIGIOSAS SIENTEN ATRACCION ESPECIAL HACIA EL APOSTOLADO MISIONERO?

1. Por lo que llevo de experiencia en vida tan múltiple de viajes y encuentros puedo decir que las religiosas todas sienten atracción especial por el apostolado misionero y desean vivir esa vida. Los seminaristas en general también. Pero los sacerdotes me han defraudado muchísimo. Sacerdotes del clero secular y regular miran este problema con ojos muy distintos. Asienten en teoría a la doctrina pero no toleran ingerencia en sus parroquias y colegios, y actividades especiales fuera del Domund. Creen que se les perjudica. No fomentan vocaciones misioneras como tales. He notado esto especialmente en países americanos (1).

2. Es muy corriente en las vocaciones de religiosos y religiosas que haya atractivo especial (en él claro está, muchos grados) hacia el apostolado misionero. Sobre todo cuando la Religión a que pertenece tiene misiones o tradición misional. Por ejemplo los Carmelitas. Entre los sacerdotes ese atractivo, queda generalmente, arrinconado ante las mil preocupaciones del apostolado parroquial que es lo que más inmediato aparece en los años del Seminario (2).

3. La vocación comienza en muchos con ideas misionales o de la idea misional (4).

4. Dentro de las primeras, sí, dentro de las segundas, lo ignoro pero creo que el ambiente femenino religioso está más saturado «de su propio espíritu» para sentirlo y si alguna atracción hubiera, no sería fácil dada su mentalidad el manifestarlo (5).

5. Por una acción especialísima del Espíritu Santo en las almas que sientan la vocación sacerdotal y sobre todo la religiosa se nota palpablemente un atractivo especialísimo hacia el apostolado misionero, de tal modo que podemos afirmar que la mayoría de las vocaciones actuales tienen ese marcado matiz misional (6).

6. Es tónica general de las más fervorosas. En ellas prende con más rapidez si se las plantea debidamente el problema (7).

7. De una manera muy marcada (8).

8. Generalmente creo que no (9).

9. Generalmente sí, por la misma razón expuesta en la pregunta IV (10).

10. La misionera estimula especialmente a la juventud. Por lo que tiene de generosidad. Aunque en chicos pequeños se mezcla también la fantasía (11).

11. En este punto está el horizonte mucho más cerrado de lo que debía. No debía ser pero es. Lo mismo en el sacerdocio que en la vida religiosa —en esta menos por la vida de obediencia a que se obliga el misionero— se sigue considerando el apostolado en tierras de misión como algo particular y no como algo que sale de la vida cristiana misma y mucho más de la vida sacerdotal. Claro que se trabaja en hacer ver que ni el sacerdocio es de suyo para encerrarse en un pueblo, ni la vocación religiosa para dejarse dominar de las preocupaciones de un convento. Y va calando en las almas esta realidad, de la obligación de ser todos misioneros en espíritu, y también en presencia corporal mientras la santísima voluntad de Dios no se manifieste en sentido contrario, pero falta muchísimo todavía, y es que falta formación auténticamente *cristiana* aun en sacerdotes y religiosos. También es verdad que no siempre falta la *debida información*. Pero flaquea la voluntad. Un sacerdocio no vivido con plenitud, una vocación religiosa a medias, aunque se desenvuelvan físicamente en los campos de misiones, tampoco serán totalmente misioneros. Cierto que aun así, tienen que ir. Pero está visto que aquí y allí los únicos que llenan completamente las exigencias del corazón de Dios son los santos, y los santos, desgraciadamente, no abundan. Por eso las almas sacerdotales que sientan *de veras* el problema misionero y la necesidad de marchar son una minoría. Quiera el Señor que todos nos quememos en el celo de su gloria (12).

12. Sí; si se fomenta sobre todo en los que, como religiosos, tienen la disposición de dejar el padre y la madre, hermano y hermana, y cuanto poseen en el mundo (13-A).

13. Es recíproco el atractivo, si de veras es sacerdote, religioso o misionero. Y así cuanto mayor atracción siente el sacerdote secular o religioso de cualquier orden hacia las misiones, trabajará más y mejor en su parroquia o confesonario y hará mayor fruto en las almas. Del mismo modo que el misionero ganará tantas más almas a Dios cuanto mayor sea su espíritu sacerdotal y religioso, uniendo a la acción del primero la oración del segundo que es el más perfecto de todos los estados de vida espiritual o religiosa (13-B).

14. Las vocaciones de la niñez no se determinan por nada en concreto, y esas son las que hasta ahora se me han dado (14).

15. ¿Dentro de las vocaciones sacerdotales y religiosas, sienten atracción? No sé contestar. Yo creo, si lo entienden bien, que mucha atracción y admiración (15).

16. Sí (16).

17. Actualmente sí (17).

XVII

A los Rectores de los Seminarios sobre "el Fomento de las Vocaciones Misioneras"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Rector del Seminario Conciliar de Lérida; Rector del Seminario de San Gaudioso de Tarazona; Rector del Seminario de San Pedro, Palma de Mallorca; Rector del Seminario de Zamora; Rector del Seminario Metropolitano de Zaragoza; Vicerrector del Seminario Diocesano de San Antón, Badajoz; Rector del Seminario Diocesano de Albacete; Rector del Seminario de Barcelona; Rector del Seminario menor de Zamora; Contestación de la Academia misional por encargo del Sr. Rector, Tuy; D. Guillermo Valle, Rector de Astorga; Vicerrector del Seminario de Granada; Rector del Seminario de Ciudad Real.

A

—QUE PROMEDIO DE SEMINARISTAS HA MANIFESTADO LA VOCACION MISIONERA Y CUANTOS LA HAN REALIZADO?

1. Nadie la ha realizado hasta ahora por la escasez alarmante de sacerdotes en esta diócesis, que tuvo el año 1936 la cifra de 270 mártires. Se está esperando que el Señor nos manifieste el modo de compaginar el apostolado en la diócesis y dar cauce a los anhelos misioneros de los seminaristas (1).

2. La han manifestado como un 2 % y la han realizado: Uno, hace unos años y dos el presente (2).

4. Un 8 % y un 3 %, respectivamente (4).

5. Desde hace cinco años, tres se han ido al Seminario de Burgos y hoy son misioneros. Dos por enfermedad no han podido irse como pensaban y cuatro hay en la actualidad con estos sueños misioneros (5).

6. Como no ha habido facilidad para que la pudiesen realizar, muchos no lo han dicho. Todos los años ha habido dos o tres que apuntaron el deseo, claro que coincidiendo los mismos en diversos años (6).

7. A la primera debo responder que, en los 10 años que llevo de Superior me han manifestado vocación misionera cinco seminaristas. Hay que tener en cuenta que el número de alumnos en este Seminario es por término medio de 300 (7).

8. Este Seminario es muy joven. Este curso recién terminado ha sido el segundo de su funcionamiento. Por eso las contestaciones de por fuerza, han de ser más teóricas que prácticas. Yo creo que el seminarista que manifiesta su vocación misionera auténtica la realiza a no ser que surjan inconvenientes ajenos a su voluntad, v. gr. la voluntad contraria de sus superiores. En estos dos años un seminarista de Albacete ha manifestado su vocación misionera y en este año marchará al Instituto de Burgos (9).

9. Desde 1948 igual a doce. 10 I. E. M. E., un Paúl, París y un Russicum (10).

10. 11 seminaristas; tres han correspondido (11).

11. El promedio de seminaristas que han manifestado la vocación misionera han sido un 4 % y los que la han realizado un 1 % (12).

12. No me consta de ninguno (13).

13. El promedio relativamente pequeño, en años pasados marcharon varios (8 ó 10) a los Padres Blancos, Misioneros de Africa, de los que un 40 % han perseverado (14).

14. El promedio de un 10 %. La han realizado un 2 % (15).

B

—QUE MEDIOS HAN CONTRIBUIDO MAS EFICAZMENTE PARA SUSCITAR VOCACIONES MISIONERAS?

1. Una intensa y auténtica formación ascética sacerdotal y la academia misional del Seminario (1).

2. El gran ambiente que hay con academias, meditaciones, lecturas, cursillos celebrados, días de misiones, etc., etc. (2).

4. Conferencias de misioneros y libros y revistas de temas misionales (4).

5. Aparte de la gracia de Dios, las charlas misioneras y el escribirse con centros misioneros (5).

6. El conocimiento de la realidad de la Iglesia; mies abundante y pocos obreros, la naturaleza intrínseca de la misma Iglesia, esencialmente misionera, es una idea eficaz que produce impresión (6).

7. Creo que las academias misionales. Nunca se han dejado la lectura de las principales revistas, como el Siglo de las Misiones y Catolicismo. Las fiestas principales (San Francisco Javier y el Domund) se solemnizan bastante (7).

8. La misma vocación sacerdotal es el mejor cauce para desembocar en vocación misionera. Por eso el mejor medio a mi parecer, es hacer que el seminarista se dé cuenta en qué consiste la vocación sacerdotal, sus exigencias y las disposiciones subjetivas del seminarista en orden a esa misma vocación. En una palabra, convencer de que el sacerdote es para la Iglesia. En esta labor supone indudablemente una ayuda eficaz las reuniones misionales periódicas, las encuestas, la vida espiritual enfocada universalmente (9).

9. Espíritu universalista. Conocimiento de la Iglesia (10).

10. Con la tenaz oposición familiar; causa única del fracaso (11).

11. Los medios que han contribuido más eficazmente para suscitar vocaciones misioneras han sido: 1.°, el trato con personas dedicadas de una u otra forma a las misiones; y después el conocimiento racional de las necesidades por las que atraviesa la Iglesia en el campo misional (12).

12. La presencia de los misioneros en el Seminario para conversar con los seminaristas, la lectura de revistas misionales, el ejemplo de otros compañeros (14).

13. El ambiente misional del Seminario, sin poder precisar qué detalles influyen con mayor eficacia (15).

C

—LA VOCACION MISIONERA ESTIMULA A LOS SEMINARISTAS A TENER MEJOR ESPIRITU Y SER EJEMPLARES DURANTE SU PERMANENCIA EN EL SEMINARIO?

1. Indiscutiblemente (1).
2. No cabe duda (2).
4. En general, sí (4).
5. Sí (5).
6. Es una fuerza admirable para elevar el nivel espiritual y el espíritu de sacrificio (6).
7. Sin duda alguna que los que han manifestado su espíritu misional han sido siempre los más observantes y los que mejor cumplen sus obligaciones (7).
8. Si ya la inquietud misionera hace mejor al seminarista, más generoso, más trabajador, más entusiasta, más piadoso, con mayor razón la vocación misionera es un aguijón constante que impulsa al seminarista a ser el ejemplar en todos los motivos y sentidos (9).
9. Lo mismo que toda vocación auténtica (10).
10. Las revistas que llegan al Seminario, procedentes del Instituto de Burgos (11).
11. La vocación misionera estimula eficazmente a los seminaristas a cumplir su deber porque les hace comprender lo que Dios y su Iglesia piden de él. Desterrado el egoísmo que pudiera haber mezclado en su ideal sacerdotal (12).
12. Creo que la vocación bien sentida estimulará a los seminaristas a vivir plenamente su vocación sacerdotal (13).
13. Sí, la vocación misionera estimula a los seminaristas en su espíritu y comportamiento (14).
14. La vivencia de la vocación misionera que llegará o no a realizarse, es un medio providencial para responder a la vocación sacerdotal, preservarla y desarrollarla con gran intensidad. Es un medio eficacísimo y extraordinario y un resorte muy saludable (15).

D

—QUE MEDIOS JUZGA VD. MAS APTOS PARA PROMOVER EN EL SEMINARIO LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. Explotar la idea (sacerdocio igual a misionero) academia misional, con su superior de consiliario. Veladas misionales, varias durante el curso, conferencias de misioneros. Equipos de Seminaristas con ideal misionero (1).

2. Véase número dos (2).
4. Charlas y diálogos con misioneros (4).
5. Que haya misioneros que les hablen de vez en cuando y caldeen el ambiente y que haya revistas (5).
6. La elevación del nivel espiritual y el mostrar en su genuina pureza lo que es el sacerdocio, estar en función pura y exclusivamente de las almas y por lo tanto hay que acudir adonde más lo reclamen las almas (6).
7. Las academias. También he notado que les impresionan mucho las conferencias y charlas dadas por misioneros. A raíz de ellas casi siempre tenemos el caso de algunos, que vienen a consultar el caso de su vocación (7).
8. Esta pregunta la creo contestada en el apartado segundo (9).
9. Confróntese 2.ª Contacto con misioneros (10).
10. La grandeza misma de la obra (11).
11. Los medios más aptos para promover en el Seminario las vocaciones misioneras son las actividades de misioneros y otros sacerdotes dedicados a las misiones, propagandistas, misionólogos, etc. (12).
12. El funcionamiento entusiasta de la academia misional con todas sus actividades (13).
13. El contacto personal con misioneros de modo que el seminarista toque lo más cerca posible el problema de la Iglesia en las misiones.

Además y sobre todo, orar por el fomento de las vocaciones misioneras. Podría hacerse todos los meses una hora santa ante el Santísimo pidiendo por esa intención (14).

14. La preocupación y atención del secretariado diocesano de misiones al Seminario es de beneficios incalculables a las vocaciones misioneras y el ambiente misional de la diócesis. Sería de desear una mayor vinculación y atención de los secretariados al problema misional del Seminario (15).

E

—EN QUE CURSO Y EDAD ACONSEJARIA VD. A UN SEMINARISTA TRASLADARSE A UN INSTITUTO MISIONERO?

1. En primero de sagrada Teología, a los 21 años cumplidos (1).
2. Más bien en Teología (2).
3. Parece, el primero de Teología, por tener más madura la vocación que podríamos llamar más firme. Entrando en Filosofía recogería mejor los hábitos misioneros (3).
4. 1.º y 2.º de Teología (4).
5. Siendo teólogo (5).
6. No tengo experiencia. En los años de Filosofía tiene la ventaja de que el doble idealismo en que viven normalmente adquiere una sublimación mayor por la consecución de la vocación que han sentido. Por esta parte la Teología tiene la ventaja de ir con más frialdad, si cabe, pero con mayor convicción. Quizá sea lo mejor tan pronto como la vocación se haya consolidado y dé señales de madurez bien sea en Teología o en Filosofía (6).
7. Al terminar la Filosofía. A esta edad están mejor formados. (Ya tienen estudiado al menos así debe ser) el problema de su vocación. Otros opinan que en el 1.º de Filosofía, pero me parece muy prematuro, ya que aún son niños y pudieran dejarse llevar por lo que la empresa tiene de aventurera (7).
8. No conviene que el seminarista se traslade a un Instituto misionero cuando sea demasiado joven y aún no está por tanto constatada su vocación.

Ni tampoco convendrá esperar demasiado a que por ser casi sacerdote le queden pocos años para su formación misionera a no ser que se retrase lo necesario de comenzar a ejercer sus ministerios. Pienso que terminado el primer curso de Filo-

sofía y hasta el tercero, es una época buena. Habrá quien se decida más tarde y será muy buen misionero. Indudablemente el estudio de la sagrada Teología y su vivencia tienen fuerza capaz de suscitar muchas vocaciones misioneras (9).

9. Al terminar Filosofía (10).

10. El 1.º de sagrada Teología (11).

11. El curso que parece más aconsejable para que un seminarista se traslade a un Instituto misionero es el 1.º de sagrada Teología (12).

12. En Teología; alrededor de los 21 años (13).

13. A la edad en que esa vocación pueda considerarse consciente, no un mero sentimentalismo. Los fracasos son bien tristes, tanto en el interesado como en el efecto producido entre sus antiguos compañeros de Seminario. Un curso y edad buena, ordinariamente hablando, seria la entrada en Teología (14).

14. Al terminar la Filosofía. Este es a mi juicio, el mejor momento (15).

F

—QUE DESEARIA VD. DE LOS INSTITUTOS MISIONEROS Y REVISTAS PARA MEJOR ORIENTAR MISIONALMENTE A LOS SEMINARISTAS EN PUNTO A LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. Más y mejor propaganda. Dar cuenta de sus misiones y necesidades, en forma sugestiva y atrayente, sin halagar la fantasía y sin disimular el heroísmo de los misioneros. Dar ideas muy claras de la espiritualidad misionera sacerdotal (1).

2. Para algunos, becas (3).

4. Que expongan el plan misional trazado por Jesucristo y hoy llevado a cabo por los misioneros de vanguardia, sus fines, sus trabajos y sus consuelos y el gran premio que les espera «qui reliquerunt patrem et matrem» (5).

5. Objetividad absoluta, sin partidismo. Apoyo en la catolicidad de la Iglesia de la que el Instituto forma parte, sin que tenga la exclusiva de las vocaciones y de los poderes de la Iglesia. Lo contrario va contra una de las fuentes más fecundas del ideal misionero. Que no aparezca rivalidad más o menos disimulada con otras formas misioneras (6).

6. Sería cosa muy conveniente (y veo que ya se va haciendo) que estrechasen más y más los vínculos de unión con los Seminarios. Hay que tener en cuenta que a los seminaristas todo aquello que viene a romper la monotonía de la vida ordinaria del Seminario les interesa mucho. Una visita de los superiores o de algún alumno del Instituto misional les llenaría de fuego y entusiasmo. También la correspondencia habitual con las academias. Las Semanas que se vienen celebrando contribuyen mucho a conservar el celo misional entre los seminaristas (7).

7. Creo que hacen lo que pueden, lo que se necesitaría es que los superiores *todos* viviesen estas ideas evidentemente sacerdotales de la catolicidad, etc., porque se suele dar en los Seminarios la paradoja de que los seminaristas pueden decir con razón: «D. Fulano tiene mucho espíritu misional» y esto hace daño. No debe ser D. Fulano ni D. Zutano, sino todos. Entonces la orientación de los seminaristas sería mucho más clara y más eficaz (9).

8. Las vocaciones no se orientan por las revistas. En cuanto a los Institutos que dieran sensación de seguridad, empuje y sana modernidad (10).

9. Cartas de recomendación escritas por sus antiguos compañeros del Seminario y alguna garantía económica para sus padres, tal vez faltos de medios en su ancianidad (11).

10. Lo que sería muy de desear en los Institutos misioneros y revistas para orientar misionalmente a los seminaristas de un modo exacto en punto a las vocaciones misioneras, es el que tuviesen espíritu católico, moderando ese afán de hacer proselitismo para una obra determinada (12).

11. Intensificar la propaganda de actividades misionales y de biografías de misioneros distinguidos y de monografías de algunas misiones más difíciles orientando todo esto a formar en los seminaristas ambiente misional sobrenatural (13).

12. Establecer más contacto personal con el Seminario. Con el permiso del Prelado sería muy bueno la presencia de un experimentado Misionero entre los Seminaristas en plan de conversación y charla familiar. Esto, dos o tres veces en el curso (14).

13. Sinceridad y claridad. Ningún recelo. Si las puertas del Seminario están abiertas para las vocaciones misioneras y es un honor para el Seminario contar con estas vocaciones, ¿por qué esas reticencias y sugerencias a espaldas de los superiores como si fueran a echar por tierra el don de Dios? Además, universalismo y catolicidad, la santa Madre Iglesia y «no nuestras misiones, nuestros...»

Sería de desear en las revistas un poco más de Teología misional y un poco menos de impresionismo. No alejar la Iglesia con distancias y lejanías, sino más bien acercarla para que impresione menos y convenza más (15).

XVIII

A los Directores Espirituales de Seminarios sobre "el Fomento de Vocaciones Misioneras"

RESPUESTAS ENVIADAS POR: Director Espiritual del Seminario de Zaragoza; Director Espiritual del Seminario de San Antón, Badajoz; Director Espiritual del Seminario de Vich; Director Espiritual del Seminario Mayor de Burgos; Director Espiritual de Sevilla; Director espiritual del Seminario de Gerona; Director espiritual del Seminario Diocesano de Astorga; Director espiritual del Seminario de Valencia; Director espiritual del Seminario de Tarazona; Director espiritual del Seminario de Pamplona; Director espiritual del Seminario de Solsona.

A

—QUE PROMEDIO DE SUS SEMINARISTAS DURANTE LOS 10 ULTIMOS AÑOS SE HAN PLANTEADO EL PROBLEMA DE LA VOCACION MISIONERA? Y CUANTOS LA HAN CORRESPONDIDO?

1. En el Seminario de Zaragoza han surgido un promedio del 5 % en el decenio 1945-55. Dos han correspondido y fueron al Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos. Los demás no pudieron (1).
2. Proporción media, dos cada curso, efectivos, ninguno (2).
3. *a*) 20 %. *b*) 8 % (3).

4. En el curso pasado se han planteado la vocación misionera 5, su resultado está en prueba (4).

5. Me refiero no a los 10 años, sino sólo a los 3 que llevo aqui. Son 220 seminaristas. Han ido a Misiones a Burgos 3 y otros 4 ó 5 que pronto si Dios quiere irán (5).

5-b. No pasará del uno y medio por ciento. Han correspondido cuatro.

6. Como sólo hace dos años escasos que estoy ocupando mi cargo entre estos seminaristas pequeños, no puedo responder concretamente a la 1.ª pregunta, pero, según mis informes, en este último decenio no ha salido de aqui, ni entre mayores tampoco, ningún seminarista con esta vocación aunque hay algunos que se han ofrecido para ir a trabajar a América. Actualmente hay uno que aspira a ser misionero, pero como religioso, aunque no la pudo realizar aún por tropezar con las dificultades familiares ordinarias.

Entre el clero joven se dan en esta diócesis no pocos casos de los que van a América; actualmente tengo entendido que está en Madrid un equipo preparándose para ir a Centro América en plan apostólico con votos privados de obediencia y pobreza (7).

7. Durante los 10 últimos años, de mis seminaristas, se han planteado el problema de la vocación misionera un 20 % y lo han realizado un 2 % (8).

8. En los seis años que llevo en este Seminario con un promedio anual de 180 seminaristas han salido 7 misioneros. 3 al Seminario de Burgos, 2 a la diócesis de Barquisimeto, uno a la India en la Compañía de Jesús, y uno a las misiones de los Padres Dominicos. Además de estos se han planteado el problema de la vocación misionera sin corresponder a ella unos doce (9).

9. Sólo llevo cuatro años en este Seminario. Han planteado seriamente este problema 20 seminaristas (filósofos y teólogos) además de 11 que miran a América.

Los primeros 4 ya están en el Instituto y otros 7 van este verano (de ellos 3 sacerdotes ya).

De los 11 que resolvieron la vocación misionera mirando a América 6 están ya allí y 3 en el Seminario que tiene la obra en Madrid (10).

10. Durante mis ocho años de estancia en este Seminario son siete las vocaciones planteadas. En la actualidad tengo confianza en cuatro (11).

B

—CON QUE DIFICULTADES SUELE TROPEZAR EL SEMINARISTA PARA REALIZAR SU VOCACION MISIONERA?

1. Las mayores dificultades que encuentran aquí para llevarla a cabo son la escasez de sacerdotes en la diócesis que hace que el Prelado les aconsejara la espera.

La parte económica y económico-familiar (1).

2. El ambiente de nuestro Seminario no encuentra dificultad. Creo que toda la dificultad está por parte de sus familiares (2).

3. Familia, aprecio de su tierra. Contacto con su vocación de sacerdote diocesano (3).

4. Dificultades de índole familiar (4).

5. Las dificultades ordinarias de la familia. No ha sido dificultad el contemplar la gran necesidad del clero en la diócesis (5).

6. Sobre todo la oposición de sus padres(6).

7. Las dificultades con que tropiezan los seminaristas que desean ser misioneros:

a) La oposición familiar y su minoría de edad.

b) Las necesidades domésticas, a veces muy justas.

c) El ambiente del Seminario orientado naturalmente hacia la parroquia.

d) A veces, la falta de ideales apostólicos entre sus compañeros (7).

8. Tres han sido las dificultades con que han tropezado: Primero la falta de salud que les obligó a desistir. Segundo, circunstancias familiares, cuya solución no estaba en su mano. Tercero, el criterio superior de que no se fueran al Seminario de Misiones antes de estudiar Teología u ordenarse de presbítero según los casos (8).

9. El seminarista para realizar su vocación misionera, encuentra frecuentes dificultades, en la propia familia que piensa y sueña con tener un hijo sacerdote que sea su apoyo y sostén y también encuentra dificultades en algunos Rectores de Seminarios a quienes molestan que vengan misioneros a plantear este problema a los seminaristas (9).

10. La familia a veces (10).

11. A más de las crisis generales, propias de la juventud: *a)* La falta quizá de un esmerado cultivo de la vocación por parte del mismo director espiritual. *b)* El no trasplantar dichas vocaciones al tiempo debido. a mejores climas. *c)* Algunas, despertadas al finalizar la carrera, están en plan de prueba, durante unos años de práctica parroquial (11).

C

—QUE MEDIOS HAN INFLUIDO CON MAS FRECUENCIA EN EL FOMENTO DE LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. Los cursillos de Burgos, continuados aquí en los círculos de estudio o academia misional, que hacía meditar los deseos de Cristo y del Papa (1).

2. Las lecturas, conferencias y charlas misionales (2).

3. Pláticas, charlas, revistas, meditaciones, urgencia del momento presente, afán de servir en el ejército de Cristo (3).

4. Las Semanas Misionales (4).

5. Las revistas, el trato con misioneros... influyó también bastante una especie de cursillos que tuvimos en la sección de humanistas, siguiendo precisamente el hermoso libro de Vd. «El problema misionero» (5).

6. Algunos, conferencias de misioneros; otros, conferencias, lecturas de revistas misionales (6).

7. Pueden influir en que surjan vocaciones misionales en los Seminarios: *a)* Los ejercicios espirituales del curso, si el Director toca este tema. *b)* La lectura de obras misionales —no novelescas— y de las revistas.

c) Las conferencias dadas por misioneros auténticos y *católicos.*

d) Las exposiciones y veladas misionales organizadas por los seminaristas.

e) Las academias de esta índole, si tocan en serio y no son mera fórmula para hacer que hacemos y... perder tiempo.

f) Las semanas o cursillos interdiocesanos; pero cuando no sean meros desfiles de oradores grandilocuentes, ni un bello pretexto para organizar excursiones de diversión veraniega (7).

8. Dos medios han influído en el fomento de las vocaciones misioneras: Uno, el intenso espíritu misional en la formación general de los seminaristas.

Otro las reuniones semanales que celebra la academia misional del Seminario en las que se comentan las epístolas de San Pablo y la correspondencia mantenida con algunos misioneros (8).

9. Los medios que con más frecuencia han influído en el fomento de las vocaciones misioneras son: Las academias misionales, las lecturas de revistas misionales y las conferencias sobre estos asuntos (9).

10. Academias, revistas, paso del misionero por el Seminario y... ante todo, el ambiente magnífico misional que se masca (10).

11. *a)* La academia misional con vida. *b)* La celebración entusiasta de las fiestas misionales. *c)* La visita al Seminario de algún misionero durante el curso. *d)* La lectura de revistas misionales (11).

D

—QUE MOTIVOS ESPIRITUALES ESTIMULAN MAS AL SEMINARISTA A SEGUIR LA VOCACION MISIONERA?

1. El sentirse miembro del Cuerpo Místico de Cristo para ayudar ahora desde aquí y después donde sea a las almas todas (1).

2. La catolicidad, el amor a Cristo y a las almas (3).

3. La gloria de Dios y la salvación de los infieles (4).

4. El salvar las almas (5).

4-b. Convertirse en apóstoles de los paganos (6).

5. Los motivos espirituales que hagan surgir auténticas vocaciones de misioneros entre los seminaristas no pueden ser otros que: *a*) Un ardiente celo por la mayor gloria de Dios.

b) El vehemente anhelo de salvar muchas almas de infieles.

c) Un vivo y sólido deseo de vida de sacrificios ocultos (7).

6. Dos motivos principalmente estimulan más al seminarista a seguir la vocación misionera. Uno, el valor de las almas redimidas y el gran número de los que no conocen a Jesucristo.

Otro, la entrega incondicional en manos de la Iglesia para trabajar donde más apremia la evangelización (8).

7. Motivos espirituales que más estimulan al seminarista a seguir la vocación misionera son: la penuria de misioneros y la necesidad grande en que se encuentran los infieles de que se les predique el Evangelio (9).

8. Aquí «tira» Javier... con sus japoneses. Darse a lo Javier (10).

9. *a*) El «Sitio» de Cristo llevado hasta sus últimas consecuencias. *b*) La consideración de un Dios hecho Hombre, tan desconocido y ofendido. *c*) El crecimiento del Cuerpo Místico (11).

E

—QUE DESEARIA ENCONTRAR EL SEMINARISTA EN LOS INSTITUTOS MISIONEROS Y EN LAS REVISTAS MISIONALES PARA ORIENTAR MEJOR SU VOCACION?

1. El seminarista desea encontrar en los Institutos misioneros más vinculación a la diócesis de origen como cantera para nutrir las misiones. Eso es lo que siente, no acabar de comprender el sentido católico-universalista (1).

2. *a*) No tener que separarse de la diócesis.

b) Hablar más concretamente del problema (3).

3. Una sesión especial dedicada a ella (4).

4. En las revistas quisieran ellos que se hablase más del problema misionero. En cuanto a los Institutos, creen que se encuentran los que desean (5).

5. Para algunos, becas (6).

6. Los seminaristas, que sienten bullir la llama del celo apostólico, desearían ver en los Institutos misioneros y en sus centros de formación: *a*) Mucha vida interior para sus almas.

b) Espíritu de penitencia y pobreza para sus cuerpos.

c) Menos patriotismo y exclusivismo, o sea, más catolicismo.

d) Nada de deportismo y mundanización en su ambiente formativo.

En las revistas misionales:

a) Más espíritu y criterio sobrenatural en los artículos.

b) Menos desnudismo en los grabados.

c) Más verdadera sinceridad en las informaciones.

d) Menos mercantilismo en propagandas y anuncios (7).

7. Entre los seminaristas de aquí que se han planteado el problema de la vocación misionera ninguno ha insinuado ni la menor deficiencia en los Institutos misioneros, ni en las revistas misionales; pues en los primeros han encontrado orientación y ayuda para resolver sus dificultades y realizar su ideal de la vocación misionera; y en las revistas misionales hallan información muy completa y estimulante. Nada les queda por desear (8).

8. No sé responder (9).

9. *a*) Ambiente de muy crecida espiritualidad. *b*) Y de inquietudes apostólicas. *c*) Conocimiento de probables problemas que podrá encontrarse en tierras de misión (de propia santificación, de peligros, de conquista). *d*) Historias vividas y reales. *e*) Artículos para la formación de una conciencia altamente misionera (11).

F

—QUE CURSO ES EL IDEAL PARA PLANTEARSE EL PROBLEMA DE LA VOCACION Y CUAL PARA TRASLADARSE A UN INSTITUTO?

1. El curso ideal para plantearse aquí el problema de la vocación misionera el tercero de Filosofía.

El ideal para trasladarse a un Instituto, el tercero de Teología, cuando empiece a ordenarse (1).

2. El curso filosófico, para el estudio de la vocación y una vez comprobada deberían marchar a un Instituto misionero al comenzar la Teología (2).

3. A fines de la filosofía (3).

4. El primer curso de Teología (4).

5 Sin perder las ocasiones que se pueden presentar mil veces parece más eficaz el tratar el tema con un poco más de amplitud en un cursillo o serie de charlas (5).

6. Parece el primero de teología por tener más madurez la vocación; con todo aquellas vocaciones que podríamos llamar más firmes, entrando en Filosofía, recogerían mejor los hábitos de misioneros (6).

7. En cuanto al momento propicio para plantear el problema vocacional, no creo que puedan darse normas fijas, puesto que todo depende de la hora en que se escuche el llamamiento divino. Parece lo más natural que sea en los cursos de Filosofía, época la más propicia para las grandes aspiraciones juveniles.

El momento del traslado al Centro formativo misional, yo creo que habrá de ser en cuanto se puedan salvar todas las dificultades y se logren los debidos permisos para salir de la diócesis e ingresar en el Instituto apetecido, la dilación, en estos casos suele acarrear la pérdida de la vocación (7).

8. La experiencia ha demostrado que el mejor tiempo para plantearse el problema de la vocación misionera es el de los últimos cursos de Filosofía y para trasladarse al Instituto misionero, el de los primeros cursos de Teología, pues entonces saben ya muy bien lo que hacen, y juntamente con los estudios teológicos reciben la formación peculiar misionera.

No sé si estas sencillas indicaciones tendrán algún interés para la gran experiencia de Vd.; pero yo subrayaría la importancia de ayudar a Vds. a resolver las dificultades que no son de salud ni de parte de la familia (8).

9. El curso ideal de la vocación parece ser el 2.º ó 3.º de Filosofía y para trasladarse a un Instituto el 1.º de Teología (9).

10. Los años de Filosofía, cuando ya maduran un tanto los criterios y los chicos aprenden a pensar.

Para ir a un Instituto, casi, me atrevería a afirmar que, fuera de casos más especiales, convendría completar en el Seminario los estudios filosóficos, pero esto no es tampoco necesario (10).

11. A primero de filosofía y trasladarse antes de empezar la teología (11).

XIX

A los Propagandistas y Directores de Secretariados Diocesanos de Misiones, sobre "el Fomento de la Vocación Misionera"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Director del Secretariado Diocesano de Valencia; íd. de Palencia; íd. de Mondoñedo; Id. del Secretariado Diocesano de Misiones de Bilbao; íd. del Director Diocesano de la UMC de Teruel; Secretariado Diocesano de Misiones de Orense; Director diocesano de las OO. PP. Misionales de Mallorca; Director de la U. M. de la Diócesis de Tuy.

A

—QUE AYUDA DESEARIA VD. RECIBIR YA DE LOS MISIONEROS, YA DE LAS PROCURAS DE LOS INSTITUTOS PARA ORIENTAR SUS PROPAGANDAS?

1. Una mayor colaboración misional, bien epistolar, bien moral y objetos exóticos para una exposición permanente, que también es propaganda. Los misioneros, generalmente, cuando vienen, no suelen presentarse siquiera (1).

2. En los jóvenes lo que ayude a mover los ánimos, a interesarse por el problema de las misiones y en las mujeres las noticias y datos del número y labor en las misiones de la misionera (2).

3. La ayuda que sería de desear de los misioneros, es la de ponerse a disposición de los Secretariados diocesanos de misiones, siempre que les sea posible ya para sostener un intercambio de impresiones, siempre útiles e interesantes con los seminaristas durante el curso académico, ya para organizar alguna propaganda (campaña) por la diócesis, a fin de ofrecer a los fieles impresiones de la vida misionera, y estimular su labor a la cooperación salvadora de la Iglesia. Para ello el Secretariado les abonaría viajes y estancia, a condición de orientarlo todo hacia las *obras misionales pontificias.*

De las Procuras sólo desearía tuvieran un sentido auténtico de la catolicidad de la Iglesia sin egoísmo ni particularismo (3).

4. De los misioneros y de la Procura, mayor contacto con el Secretariado. De las últimas también prospectos bien presentados (4).

5. Propaganda indirecta: sus revistas, etc.

Propaganda directa: mucho mejor: visitas de misioneros. Aquí tenemos la experiencia de la visita realizada por los Padres Blancos (5).

6. Por parte de los misioneros, un contacto más inmediato, sobre todo, epistolar con los Secretariados, y por ellos con los centros de enseñanza y organizaciones juveniles de tipo religioso.

Por parte de los Institutos misioneros mayor información de sus misiones y de la marcha de las mismas (6).

7. Correspondencia espiritual de los misioneros (7).

8. Considero de gran beneficio a la empresa misionera de la Iglesia, la *comunicación estrecha y frecuente,* entre los Institutos misioneros y las obras oficiales de cooperación misionera.

Esta *comunicación* nos proporcionaría, en primer lugar, el conocimiento de lo que son, lo que hacen, de dónde están, de cuáles son las obras y cuáles los trabajos, y las dificultades y necesidades de estos Institutos, y, en segundo lugar, con el *conocimiento vendría el mayor aprecio* de las obras y de las personas. «Más conocerse para más amarse.»

De este modo nuestras propagandas estarían mejor orientadas y serían más auténticamente vividas (8).

B

—JUZGA VD. CONVENIENTE LA PROPAGANDA DIRECTAMENTE VOCACIONISTA, HABLADA O ESCRITA O SOLAMENTE INDIRECTA?

1. Entiendo que en alguna ocasión, sobre todo si el ambiente es favorable, es conveniente la propaganda directa, especialmente la hablada. La indirecta, cuando se habla o escribe al público en general haciendo destacar el heroísmo del misionero (1).

2. No veo inconveniente en hacer la propaganda directa de las vocaciones, y ello puede ir alrededor del estado de la cosa misional (2).

3. A mi humilde juicio interesa más bien la propaganda indirecta, ya sea hablada, ya escrita, y es la que ofrece mejores resultados. Muchos Sacerdotes y misioneros confiesan que así se inició su vocación (3).

4. Ambas son convenientes, aunque la indirecta más de ordinario (4).

5. La directa también. Hacen falta «testigos» (5).

6. Juzgo conveniente la propaganda directamente vocacionista. No hemos de tener miedo de proponer a nuestra juventud los grandes ideales (6).

7. Directamente vocacional (7).

8. La propaganda es hoy no sólo conveniente sino necesaria. Las misiones porque están lejos y las vocaciones de sus apóstoles porque no aparecen más que entre pocos y pequeños sectores, necesitan la propaganda. La propaganda directa parece más apropiada para grupos de selectos. Y se deja sentir la necesidad de una sencilla modalidad de apostolado directo para el aumento y debida atención de tales grupos. Más que una obra debería ser un movimiento que agrupase a

tantos cooperadores de las misiones y formase con ellos una especie de pequeños «cenáculos», de donde los apóstoles llamados por vocación al apostolado de la vanguardia o de la retaguardia, formados y enardecidos, se desplazaran después por los caminos del llamamiento divino (8).

9. Poco he podido interesar en las almas para la dirección de vocaciones misioneras. Algo en ejercicios. Uno remite a los que consultan a Padres dedicados con tiempo al confesonario. Con todo creo que puedo afirmar que la propaganda *directa* de vocaciones en nuestras conferencias surten efecto. Hay varias vocaciones en la Compañía iniciadas por esta propaganda; varias en diversas congregaciones femeninas, como Franciscanas Misioneras, Misioneras de Javier, Dominicas, etcétera. Exposición de la vida misionera, como el ideal de más valor en la vida. Sobre todo en ejercicios este ideal se llega a sentir mucho, aunque iniciado previamente en las conferencias (9).

C

QUE DIFICULTADES HA TENIDO VD. PARA ORIENTAR PERSONALMENTE O POR CARTA LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. Generalmente no ha habido dificultades, pues siempre se les orienta hacia algún Instituto para que se pongan en contacto con el mismo, aunque tal vez no responda a esta pregunta, la dificultad mayor es la económica (1).

2. No he tratado esta cuestión de plano nunca (2).

3. La dificultad mayor con que he tropezado y sigo tropezando en orden a orientar personalmente o por carta, las vocaciones misioneras, ha sido y es la falta de tiempo libre. No puedo dedicarles la atención que precisan y que vivamente desearía. No veo solución para esta dificultad ya porque son siempre en todas partes *unos pocos* los que han de servir *para todo* (3).

4. Ninguna de importancia, en mi muy corta experiencia (4).

5. La oposición de los padres, falta de medios económicos para ayudar a las vocaciones surgidas de ambientes pobres (5).

6. La dificultad única es la falta de vocaciones misioneras en esta diócesis, debida sin duda a la falta de ambiente misional (6).

7. Oposiciones familiares (7).

8. Con la dirección espiritual hay otros medios, si no tan certeros y eficaces, no menos orientadores y beneficiosos al fomento de las vocaciones misioneras: el estudio (la propaganda, la labor de captación, círculos, cursillos) y la práctica frecuente del apostolado.

Una de las dificultades frecuentes con que solemos tropezar es la *actitud* reservada en que la vocación se inicia y se desenvuelve, al margen muchas veces del adecuado ambiente que proporcionan las actividades del apostolado. Las obras de cooperación que, de ordinario, forman y templan los espíritus y los disponen para las grandes empresas.

¡Cuánto consuela al misionero la seguridad de no verse solo sabiendo que otros allá en su patria oran y trabajan por él como él rezó y trabajó antes de marcharse a tan lejanas tierras! (8).

9. Respecto a su pregunta a las dificultades del fomento de las vocaciones misioneras, me voy a permitir que confidencialmente le muestre el desagrado de directores espirituales que teniendo a punto de lograr vocaciones misioneras en Ordenes o Congregaciones Religiosas, luego las han visto desorientarse hacia la AMS, para terminar en el mundo, ni en la Congregación ni en la AMS. Pienso que la Acción Misionera Seglar, con ser de perfección, en sí es de menor perfección que la vocación religiosa y misionera. La consagración a Dios por los votos de una Orden sin duda es consagración mayor a Dios. Personalmente he tenido un caso

de estos. Una joven ya en tratos con la Superiora de un Instituto Misionero, rompe de pronto las relaciones, atraídas por una conferencia de un director de la AMS y tratos con él mismo, para al final de unos meses, decidir casarse. Me consta de otros casos similares, por otros Padres confesores. Acaso se trataba de vocaciones en prueba todavía, que tampoco hubieran resultado en los Institutos Religiosos a donde previamente se dirigían. Pero quiero, ya que su carta lo solicita, indicar el consejo menos acertado de los que, entusiasmados por las AMS que dirigen, acaso muestren menos aprecio de las vocaciones misioneras en una Orden o Congregación de Votos Religiosos (9).

D

—EN SUS CAMPAÑAS PROPAGANDISTICAS QUE OBSTACULOS HA ENCONTRADO PARA EL FOMENTO DE LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. El principal obstáculo lo veo yo en el miedo que hay generalmente a tener vocación cuando aún no se ha sentido el llamamiento (1).
2. Creo que en la cuestión vocacional se encuentran los mismos obstáculos que para el simple problema de solucionar y afrontar de lleno la solución de las dificultades que pueda encontrar el que trata en este asunto, pues las vocaciones, creo que hoy dia en la mayor parte de los que están llamados a la Religión se orientan hacia las misiones (2).
3. La dificultad principal con la que tropieza el fomento de vocaciones es la ignorancia del deber misionero de los fieles, de la misión que Cristo confió a su Iglesia y de la necesidad apremiante en que viven tantos millones de infieles. Falla además el auténtico espíritu cristiano en muchos pueblos (3).
4. La falta de comprensión del problema misionero y del puesto céntrico que ocupa actualmente en la Iglesia de Cristo, por parte de religiosos, religiosas y sacerdotes (4)
5. Caben muchos más. Y sobre todo, si los sacerdotes vibran por el interés misionero, la propaganda (5).
6. Ninguno (7).
7. En las campañas de propaganda siempre es bien acogida cualquier alusión bien ponderada, sobre la necesidad de las vocaciones misioneras.

Los obstáculos surgen después que la propaganda cesa y cuando se hace necesario incrementar «el fuego sagrado» que prendió en algunas de aquellas almas influídas. Y es que (a mi pobre entender) antes es necesario centrar, como conviene, las vocaciones en un sentido de pleno y universal servicio a la Iglesia, precisamente en los momentos primeros de tales tendencias, momentos desdibujados y poco firmes, pero generosos y flexibles.

Las corrientes de esos fervores y entusiasmos se derivan casi inmediatamente hacia lo particular y limitado. Y es ahi en donde los llamados y quienes los dirigen hallan el cúmulo de dificultades que sólo el buen tacto y sobre todo la gracia pueden vencer (8).

E

—ADEMAS DE LA JORNADA DEL 3 DE DICIEMBRE, HAY ALGUNA OTRA CAMPAÑA EN SU PROGRMA PROPAGANDISTICO PARA EL FOMENTO DE VOCACIONES?

1. Programa determinado no, pero se aprovecha la ocasión que presta la radio con las emisiones misionales, círculos de estudio, etc., etc. (1).
2. No (2).

3. En esta diócesis no hay más jornada misional de carácter propagandístico que el 3 de diciembre. Pero en todas las campañas misionales (Santa Infancia, Clero indígena y Propagación de la Fe) se habla de la vocación misionera, de su necesidad y se fomenta en la forma arriba indicada (3).

4. Las festividades de los santos misioneros, canonización y beatificación más los cursillos y asambleas, etc. (4).

5. El medio ideal, en muchos sitios, al menos, será el Seminario, si en esto realiza el ideal misionero. Los mejores niños al Seminario. De aquí surgirán, vocaciones misioneras. Esto no sé si será aprobado por todos los Rectores. Pero ¿es que la Iglesia se concreta a la propia diócesis? (5).

6. Ninguna (6).

7. La del Domund (7).

8. No hay en esta dirección, *programa con fecha fija*, para determinar la campaña en pro del fomento de vocaciones misioneras, como no sea la del día 3 de diciembre.

Incidentalmente consideramos jornadas de propaganda para el fomento de estas formaciones la imposición de Crucifijos y las despedidas de misioneros y misioneras que marchan a los territorios de las misiones; cualquier fiesta de homenaje y beneficio de ellos, y también, aunque indirectamente los días dedicados a misiones (8).

F

—QUE MEDIOS JUZGA MAS EFICACES Y AMBIENTES MAS PROPICIOS PARA EL FOMENTO DE LAS VOCACIONES MISIONERAS?

1. El destacar el trabajo del misionero, poniendo de relieve el escaso número de misioneros sin olvidar la oración y el sacrificio (1).

2. La frecuente propaganda de las conversaciones sobre los misioneros, pues de lo que se oye y habla de las misiones nacen los estímulos y hasta las vocaciones, algunas veces para ayudarlas y darse a ellas (2).

3. De los medios más eficaces ya se habló. Los ambientes más propicios estimo que son los Seminarios, colegios católicos, academias y escuelas. Un sacerdote lleno de celo misional, que utilizando tantas facilidades como le ofrece el Estado actual visite esos Centros y cumpla en tales visitas los deseos del Corazón de Cristo, Eterno Sacerdote y Misionero, no tardará en recoger copiosos frutos de selectas y abundantes vocaciones. Para esta labor el libro «Parroquia y misiones» le servirá de magnífico colaborador (3).

4. ¿Medios? Lecturas y Ejercicios espirituales. Ambientes: Centros de enseñanza y juveniles de A. C. (4).

5. Entre los jóvenes fomento de la vida de piedad y de la dirección espiritual y en los colegios la vida religiosa.

Los ambientes más propicios, clase media y centros estudiantiles o apostólicos (5).

6. El medio más eficaz de momento creo ser el crear un ambiente altamente misional en la diócesis del que necesariamente saldrán vocaciones misioneras.

Los ambientes más propicios creo son los Seminarios y los colegios, sobre todo los religiosos, sin olvidar las organizaciones de A. C. (6).

7. Hablar mucho de la Redención y Reino de Cristo (7).

8. Para el fomento de las vocaciones misioneras considero medios eficaces la dirección espiritual, la formación de las conciencias por el estudio y las lecturas adecuadas; la práctica del apostolado por una ordenada y constante actividad.

Y ambientes más propicios las asociaciones de apostolado de los jóvenes de

ambos sexos (A. C., Congregaciones Marianas, Juventudes Franciscanas, etc.). También los Centros de enseñanza, en particular, los regidos por religiosos y religiosas.

Más en concreto, las vocaciones misioneras —las más definidas y más seguras— surgen de los ambientes de hondo espíritu misional, como la Cruzada misional de estudiantes, las juventudes Misioneras, los grupos de apostolado de cooperación a la empresa de las misiones, sin olvidar el importante núcleo del hogar cristiano de fervoroso espíritu misionero.

Importa, pues, formar misionalmente la familia y multiplicar los grupos de apóstoles propagandistas que ayudan la urgente labor de la conciencia de los fieles en todas y cada una de las parroquias de nuestra diócesis. Ganadas las familias hallaremos en ellas multiplicados los mejores semilleros de vocaciones misioneras (8).

XX

A los Superiores y Superioras de Casas de Formación. Sobre "la Vocación Misionera y la Virtud de la Caridad"

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, San Juan, Pamplona; Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, Chamartín de la Rosa, Madrid; Misioneras de Cristo Jesús, Javier, Navarra; Casa de Formación del Colegio de la Medalla Milagrosa, Zamora; Casa de Formación de las Mercedarias Misioneras de Bérriz, Vizcaya; Hermanas Misioneras de Nuestra Señora de Africa (Hermanas Blancas, Madrid); Religiosas Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio, San Sebastián.

A

— QUE IMPORTANCIA SE SUELE DAR A LA VIRTUD DE LA CARIDAD EN LOS CANDIDATOS A LA VOCACION MISIONERA?

1. La máxima, porque el que no tiene caridad, no tiene celo (1).

2. Nos parece que a la virtud de la caridad en la vocación religiosa en general y en la vocación misionera en particular ha de dársele una importancia ca-

pital. El Misionero es un apóstol, un enviado de Jesucristo para cooperar con El en su Obra Redentora. Esto supone identificación con Cristo y total entrega a sus intereses. Es decir, *caridad* en su doble aspecto: amor de Dios y amor de las almas, por Dios y para Dios. Si los discípulos de Jesucristo se han de reconocer por ese sello suyo de caridad, cuánto más sus predilectos, sus enviados. «En esto conocerán...» (2).

3. Capital. No se concibe vocación misionera sin un grande amor de caridad al prójimo (3).

4. Creo que el anteponer en los candidatos a la vocación misionera las aptitudes naturales y otras virtudes de índole contemplativa, a la caridad práctica es el mayor error que se puede cometer en las Casas de Formación (4).

5. Se la considera esencialmente necesaria, no sólo por ser la base de la vida común sino por ser la caridad la esencia de nuestro espíritu redentor. La caridad no sólo para con Cristo Cabeza sino para todos los miembros de su Cuerpo Místico (5).

6. La caridad considerada como «amor de Dios y de las almas» tiene con certeza grandísima importancia para los candidatos a la vocación misionera. Lo que Nuestro Señor Jesucristo pide sobre todo a sus Apóstoles, es que le amen y que no amen nada que no sea en El y por El, y en particular que amen a las almas a las cuales El les envía; esta es la única condición que impone a San Pedro en el momento de escogerle: «¿Pedro, me amas?» San Juan 21, 16. Nada puede sustituir a la caridad, pero con ella se consigue todo. «La caridad es el arma maestra, la que penetra en los corazones y hace en ellos heridas de la vida eterna.» (Cardenal Lavigerie) (6).

7. Siendo como es nuestra vocación, una vocación apostólica, la caridad es indispensable tanto a las que parten para las Misiones como a las que se quedan en Europa (7).

B

—ES POSIBLE ALIMENTAR LA VOCACION MISIONERA SIN EL EJERCICIO HABITUAL DE LA CARIDAD?

1. De ninguna manera; es la base (1).

2. Juzgamos que es imposible. La caridad heroica de una constante donación, cual ha de ser la del Misionero, no se improvisa. Desde los primeros años de su vida religiosa ha de *nutrirse* con el contacto directo y diario de Cristo (oración, Sagrario, y Evangelio), que llene e ilumine su vida; y ha de ejercitarse en abnegación, sacrificio, disciplina, servicio, que vayan dando flexibilidad y temple a su carácter (2).

3. Temporalmente sí. Permanentemente no, si es verdadera vocación misionera. Podría darse una vida aparentemente apostólica por espíritu de filantropía o de aventura (3).

4. Sin el ejercicio habitual de la caridad es imposible fomentar el espíritu de apostolado cristiano y mucho menos el de apostolado misionero que exige una total y sacrificada entrega en favor de los demás (4).

5. No, pues no se establece el vínculo íntimo y estrecho que nos comunica la vida sobrenatural que es Cristo y se va apagando en nosotros el sentimiento de hermandad, dejando de brotar el anhelo de ver crecer y perfeccionarse el Cuerpo Místico (5).

6. No, el Cardenal Lavigerie afirmaba: «Quien no ama, no tiene celo, el celo es la perfección del amor y un Misionero sin celo es un monstruo» (6).

7. Respondemos NO. En nuestros noviciados todas hacen un voto heroico a favor de las almas del purgatorio, este acto orienta la espiritualidad de las novicias hacia la caridad espiritual que deben vivir. Al mismo tiempo que se unen por la oración y el sacrificio a los trabajos de nuestras misioneras y de los misioneros del mundo entero. Como además deben trabajar y prepararse con vistas a las

actividades del mañana, se les acostumbra a que en todos sus trabajos tengan una intención apostólica y misionera (7).

C

COMO ES INTERPRETADA POR LOS DEMAS COMPAÑEROS LA AUSENCIA DE ESTA VIRTUD EN UN CANDIDATO A LA VOCACION MISIONERA?

1. Como falta de espíritu misionero (1).
2. Como incomprensión de la misma e ineptitud para ella. Su carencia, en efecto, indicaría que esa vocación era espejismo, espíritu de aventura, deseo de cambio, ilusión que descuidaría el ejercicio inmediato y positivo de la caridad en el contacto actual y diario para soñar con ocasiones remotas y problemáticas (2).
3. Como sintomática de falsa vocación (3).
4. Como signo infalible de falsa vocación (4).
5. Animadas del espíritu de nuestro Instituto interpretan esta ausencia como un obstáculo digno de tenerse en cuenta para su admisión (5).
6. Siendo la Congregación exclusivamente misionera, exige que las aspirantes presenten al menos un minimum de deseo sincero de entregarse al apostolado para ser admitidas (6).
7. No creo que sea éste el caso de nuestro noviciado. Gracias a Dios la caridad reina entre las novicias. Las postulantes a su llegada entran fácilmente en esta corriente de caridad y de ayuda mutua. Los pequeños roces de la vida común, como más que del corazón provienen de un movimiento de la naturaleza, pronto son separados; luego la caridad en lugar de sufrir detrimento, se fortifica más y más (7).

D

QUE DIRIAMOS DE UNA VOCACION MISIONERA QUE NO SIENTE YA DESDE LA CASA DE FORMACION EL ESTIMULO DE LA CARIDAD ESPIRITUAL EN FAVOR DE LOS PAGANOS?

1. Que su vocación no es verdadera, o que tiene necesidad de más tiempo de formación (1).
2. Que hay un verdadero déficit en su mentalidad de cristiano y de religioso: Como *cristiano* no puede desentenderse del crecimiento del Cuerpo Místico total; como *religioso,* identificado con los intereses de Cristo, no puede hacerse indiferente a la salvación de las almas, precio de su sangre, ni a la extensión del Reino de Dios, la Iglesia (2).
3. Que no es vocación misionera (3).
4. Dudo de que pueda existir una vocación misionera que no tenga como germen de acicate una caridad ardiente hacia las almas infieles (4).
5. Si está en formación, diríamos que hay que fomentar y hacer crecer ese estímulo necesario en su vocación misionera, dándoselo a conocer, amar en la práctica (5).
6. Una vocación misionera que ya en los años de formación no siente el estímulo de la caridad espiritual en favor de los paganos, es una vocación falsa. Podría ocurrir que este amor hacia las almas fuera orientado más tarde a una vocación de redención o por la contemplación o por la penitencia, más que hacia un apostolado activo; mas un alma que no sintiera cierta caridad por las almas estaría en el error al pretender una formación exclusivamente dedicada al apostolado.

El Cardenal Lavigerie escribía: «este amor (por Dios y por las almas), siempre

me ha sostenido en todas las dificultades y en todas las labores que han consumido mi vida prematuramente; él os dará también la fuerza, la abnegación heroica, la perseverancia necesaria para arrancar poco a poco de la muerte a los pueblos a los cuales habéis sido enviados» (6).

7. No se puede concebir una vocación misionera sin caridad y sin espíritu de sacrificio (7).

E

—CUALES SON LOS MAYORES OBSTACULOS QUE SE OPONEN DURANTE EL PERIODO DE FORMACION A LA CARIDAD Y QUE PUEDEN HACER PERDER LA VOCACION?

1. La falta de caridad del ambiente en que vive y el poco espíritu misionero (1).

2. Obstáculos a la caridad nos parecen:

El egoísmo en todas sus modalidades: individualismo personal y comunitario, estrechez de miras, ambiciones humanas, espíritu de comodidad.

El espíritu de crítica, la tendencia a juzgar peyorativamente los actos de los demás.

La inclinación a la tristeza y a concentrarse en sí mismo.

Las rivalidades, suspicacias, recelos.

La sobreestimación de cualidades y medios de orden puramente humano. La falta de espíritu interior y sobrenatural, pues las almas no se rinden sino al amor y no las toca sino la gracia.

En cambio, todo lo que sea magnanimidad, alegría sana, cordialidad y sencillez en el trato, espíritu abierto a los intereses de Dios, acogedor y comprensivo de las aspiraciones e iniciativas apostólicas de los otros, son cualidades que denotan especial aptitud para la vocación misionera (2).

3. El egoísmo espiritual, que le lleve a buscar desordenadamente su propia santificación prescindiendo de la de los demás.

La dureza de juicio.

Falta de adaptación (3).

4. Creo que el mayor obstáculo es el egoísmo (4).

5. El no tener miras sobrenaturales. Diferencia de educación (5).

6. Entre los obstáculos a la caridad se pueden citar: a) La pobreza de espíritu y el exclusivismo nacionalista que nos harían ineptos para comprender a los otros, ya pueden ser los miembros de la comunidad, como los infieles. b) Una tendencia al romanticismo, deseo de una vida de aventuras... sin sentir el anhelo sobrenatural de procurar la gloria de Dios. «Que los misioneros tengan siempre presente que no son exploradores, viajeros, turistas, eruditos, ni cosa alguna, tan sólo son buscadores de almas» (Cardenal Lavigerie) (6).

7. El obstáculo detestable en el Noviciado, sería el egoísmo espiritual, que persigue exclusivamente su propia perfección y que no tiene en cuenta los intereses ajenos. Defecto que se corrige con la formación que tiende a forjar almas misioneras; poco a poco nuevos horizontes de apostolado se abren ante su vista y el alma se entrega a la extensión del Reino de Cristo (7).

F

—SE PUEDE CONSIDERAR LA CARIDAD HACIA LAS ALMAS COMO EL DISTINTIVO DE LA VOCACION MISIONERA AL APOSTOLADO?

1. Siempre que a ella vaya unido el espíritu de sacrificio (1).

2. Como distintivo y como su esencia misma. La caridad es la razón de ser de todo apostolado legítimo (2).

3. Al apostolado en general, sí. Al apostolado de acción directa, no (3).

4. Sí, el verdadero distintivo de la vocación misionera es la caridad.

«La caridad de Cristo nos apremia», fué el lema de San Pablo, y nadie mejor que él comprendió que las almas infieles están destinadas a ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo (4).

5. Sí, puesto que la caridad de las misioneras debe ser por esencia asimiladora de nuevos miembros que vayan transformando el paganismo en Iglesia. Por amor a Cristo, hacer conocer el Cristo total (5).

6. Sí. Con tal que sea real, es decir, alimentada por el espíritu de la fe, basada en la renuncia y el don de sí, y acompañada por la convicción de la necesidad de la santificación personal del apóstol para alcanzar un apostolado fructífero.

«No convertiréis, ni santificaréis a nadie, sin trabajar en primer lugar, con valor, en vuestra propia santificación» (Cardenal Lavigerie) (6).

7. Respondo afirmativamente a su pregunta. La caridad es el único móvil que impulsa una verdadera acción apostólica. Entre nosotras la partida a las Misiones es considerada por todas como una gracia insigne. A conseguirla se disponen con el ejercicio y aumento de la caridad y amor a Dios que cristalizan en una total abnegación (7).

XXI

A los Excmos. Ordinarios y Dirigentes de las Instituciones de Caridad en las Misiones. El Misionero y el Apostolado de la Caridad

SE PUBLICAN RESPUESTAS DE: Mons. John J. Reddington, Obispo de Jos, Nigeria; Mons. Pedro Rogan, Obispo de Buea, Camerún Británico; Mons. A. M. Patroni, S. J., Obispo de Calicut, India; Mons. León Taylor, Arzobispo de Lagos, Nigeria; Mons. Juan Pablo Odendahl, Vicario Apostólico de Limón, Costa Rica; Administrador apostólico de la Goajira, Venezuela; Mons. Pedro Grau, Vicario Apostólico de Quibdó, Colombia; Mons. Francisco Font, IEME, Prefecto Ap. de Wankie, Rhodesia del Sur; Mons. Camilo Plácido Crous, OFMC., Vicario Apostólico de Sibundoy, Colombia; Mons. Salvador Martínez Aguirre, Prefecto Ap. de Tarahumara, México; Mons. José Arango, Prefecto Apostólico de Guapi, Colombia; Mons. Gerardo Herrero, OESA., Obispo de Changteh, China; Mons. Agustín Wildermuth, S. J., Obispo de Patna, India; Mons. J Malenfant, OFMC., Prefecto Apostólico de Gorakphur, India; Mons. León Buenaventura Uriarte, OFM., Vicario Apostólico de Ucayalí, Perú; Mons. Domingo Comin, S. S., Vicario Apostólico de Méndez, Ecuador; Mons. Teodoro Labrador, O. P., Arzobispo de Foochow; Mons. Federico Melendro, S. J., Arzobispo de Anking; Mons Zenón Arámburu S. J.,Obispo de Wuhu, China; Monseñor Hipólito Martínez, OESA, Prefecto Ap. de Lichow, China; Mons. Juan Bautista Velasco, Obispo de Amoy; Fr. Gaspar de Orihuela, OFMC., Prefecto Apostólico de S. Andrés y Providencia, Colombia; Mons. Pablo Tobar, Obispo de Cuttack, India; Fr. Daniel Gorostizaga, Secretario del Excmo. P. Carlos Anasagasti, Vic. Apost.

del Beni, Bolivia; Vic. Ap. de Fernando Poo, Guinea Española; Revdmo. P. Tomás Comerford por encargo del Ilmo. Mons. Tomás Quinlan, Prefecto Apostólico de Chunchón, y Regente de la Delegación Apostólica de Corea; N. N. Prelado portugues; Revdmo. Mons. Joseph Houlihan, Pref. Ap. del Eldoret, Africa Or. Brit.; Excmo. Mons Joseph Fady, Vic Ap. de Likuni, Nyasaland, Africa Cent. Brit.; Revmo. Mons. Henrique de Jordy, Administ. Ap. de Mbarara, Africa Or. Brit.; Excmo. Mons. J. Moynagh, Obispo de Calabar, Africa Occd. Brit; Ilmo. Mons. Augusto Saint Pierre, Vic. Gen. del Arzobispado de Rubaga, Africa Or. Brit.; Excmo. Mons. J. Greif, Obispo de Tororo, Africa Or.; Excmo. Mons. Hermann J. van Elswijk, Obispo de Morogoro, Africa Or. Brit.; Revmo. P. Director de las misiones de los Carmelitas Calzados de Dublín, Irlanda; Excmo. Mons. Edgardo Arístides Maranta, Arzobispo de Dar-es-Salaam, Africa Or. Brit.; Excmo. Mons. Francisco Constantino Mazzieri, Vic. Apost. de Ndola, Rhodesia del Norte, Africa Cent. Brit.; Excmo. Mons. Joseph Gotthardt, Vic. Apost. de Windhoek, Sudáfrica; Excmo. Mons. Carlos Heerey, Arzobispo de Onitsha, Africa Occid. Brit.; Revdmo. Secretario del Excmo. Mons. Laureano Rugambwa, Obispo de Rutabo; Africa Oriental Brit.; Excmo. Mons. Joseph Van den Biesen, Vicario Apostólico de Abercorn, Rhodesia del Norte, Africa Centr. Brit.; Revdmo. Mons. Patricio Joseph Dalton, Prefecto Apostólico de Yola, Africa Occid. Brit.; Excmo. Mons. José Kiwanuka, Obispo de Masaka, Africa Oriental; Excmo. Mons. Joseph Byrne, Obispo de Moshi, Africa Inglesa; Excmo. Mons. Juan Lesourd, Vicario Apostólico de Nouna, Africa Occidental Francesa; Excmo. Mons. Antonio Grauls, Vicario Apostólico de Kitega, Africa Central; Excmo. Ordinario de Libreville; N. N. Excmo. Ordinario de Leopoldville, Congo Belga.

A

—QUE IMPORTANCIA SE DA EN LAS MISIONES A LAS INSTITUCIONES Y OBRAS DE CARIDAD?

1. NOTA. — Y en primer lugar debo explicar que los Institutos de caridad, tal como existen en Europa en favor de los pobres, de los que carecen de hogar, de los huérfanos y de las viudas, de los ancianos y de los enfermos, no existen en la diócesis ni en toda Nigeria. Pues la mayoria de la población está integrada generalmente por campesinos y viven en medio de un clima templado, tierras fértiles y la mayoria de la gente vive relativamente bien, bien alimentados y bien albergados. De vez en cuando se encuentra uno con algún que otro mendigo, mutilado o deformado vagabundo, pero constituyen una pequeña minoria y aun estos mismos atienden a sus perentorias necesidades a costa de la generosidad del pueblo. La familia forma aquí generalmente una célula más numerosa que en Europa y cuida de todas las necesidades de sus miembros desde la cuna hasta el sepulcro. Con todo existen Institutos de caridad de otra clase: escuelas, colegios, hospitales, dispensarios y leproserias. Y a estas Instituciones me he de referir en las respuestas que consigno a continuación.

Las obras e Instituciones de caridad juegan un papel importantisimo para ganar las almas para Dios, porque el pueblo pagano es todo él analfabeto y los razonamientos de orden teórico en favor del Cristianismo tienen escasa importancia en el orden proselitista entre los paganos. El camino para ganarle los corazones y las almas es el de las obras buenas de caridad y misericordia hechas por amor de Dios y por el bien de los demás (1).

2. Estas obras tienen gran importancia en las misiones (3).

3. Hay pocas instituciones de caridad en esta pequeña diócesis fuera de los Institutos ya descritos anteriormente. Estas obras son muy importantes y están desarrollándose activamente al presente, pero la necesidad no se hace sentir tan urgentemente como en diócesis y vicariatos más pobres. Una minoria de pobres son atendidos por el Gobierno en cuanto se refiere a sus necesidades materiales y los Misioneros gozan de perfecta libertad para atenderles en sus necesidades espirituales. Los donativos tan generosos de la obra de la Santa Infancia son dedicados a los niños huérfanos asilados y muchos reciben ayuda en nuestras escuelas para pagar los gastos de su educación infantil y primaria y también se les ayuda costeándoles los estudios superiores profesionales. En estas obras nos ayu-

da mucho también el Sodalicio de San Pedro Claver que manda donativos para la administración de bautismos con nombre determinado por sus bienhechores y contribuye en gran parte a los gastos de los Seminarios Mayor y Menor. Las obras de caridad más principales: un hospital, cuatro dispensarios, un orfanatrofio, una casa para niños abandonados, una casa de maternidad, una pequeña leprosería capaz para treinta; se bautizan muchos niños moribundos abandonados por la superstición de creer que ellos matan a las madres que mueren al dar a luz. Muchos de éstos sobreviven y son atendidos en orfanatrofios, escuelas primarias (4).

4. Por las circunstancias no nos ha sido posible fundar una Institución de caridad principalmente por falta de personal. En cambio hay en las parroquias florecientes sociedades de Damas de Caridad de San Vicente (5).

5. Toda la que se puede dar de acuerdo con los medios de que se dispone pues entre los indios no civilizados es el principal medio de atracción (6).

6. Las Misiones dan a las Instituciones de caridad la importancia que se merecen; y de no existir deben crearse en la primera oportunidad colegios gratuitos, internados, orfanatrofios, casas de protección, hospitales, etc. (7).

7. La importancia que se da en las misiones a las Instituciones y obras de caridad es grandísima: siempre se ha considerado la necesidad y la conveniencia de que estas obras estén a cargo de los Misioneros (Religiosos o Religiosas) antes de que caigan en otras manos (especialmente de los Protestantes que hacen grandes esfuerzos para arrebatarnos almas).

Las principales obras son: Las escuelas (72), los hospitales (2), los dispensarios y botiquines (12), los internados (13), en los que se imparte gratuitamente a jibaritos y jibaritas instrucción, comida y vestido, etc. (16).

8. La mayor posible (8).

9. Mucha (9).

10. Se les da la mayor importancia en cuanto son medios eficacísimos para llevar a Dios las almas (10).

11. Mucha importancia porque sin la caridad en las Instituciones y la caridad organizada nada se haría en este territorio donde las gentes todo lo esperan del Misionero (11).

12. Es tal la importancia en las Misiones, que puede afirmarse que son tales Instituciones benéficas la corroboración práctica de la evangelización misional: las obras de misericordia son la «segunda palanca» para testificar que no sólo se predica hacer el bien sino que se hace (12).

13. Las obras en Instituciones de caridad ofrecen al mundo no cristiano la prueba más espléndida de la caridad de la Iglesia de Cristo de una manera concreta y ostensible. Constituyen la base sólida de nuestro trabajo apostólico. Nuestra obra de evangelización directa suele ser recibida entremezclada con sentimientos de molestia y gratitud al mismo tiempo, mientras que las obras de caridad excitan el agradecimiento y son recibidas como las mejores pruebas del espíritu cristiano. Cada una de las Estaciones Misionales cuenta con un dispensario y escuela gratuita para los pobres; por su medio la caridad de Cristo llega hasta los no católicos (13).

14. Es extraordinaria la importancia que en las misiones tienen las obras e Instituciones de caridad, especialmente la que tiene por objeto la educación y los cuidados en los dispensarios. Son muy necesarias y fructíferas más en unos países que en otros. En la India han resultado más difíciles porque el Gobierno está resuelto a tomarlo todo bajo su control (14).

15. ¿Quién? A los Misioneros lo que les falta de ordinario son los medios, y los interesados agradecen, no corresponden, ni menos colaboran (15).

16. Es cierto que las obras de caridad no tuvieron al principio en las Misiones católicas el desarrollo que en los últimos años habían adquirido. Era natural que al principio todos los esfuerzos se dirigieran hacia la propaganda de la fe y del Evangelio y sus enseñanzas teóricas.

Sin embargo queremos hacer notar que en nuestras Misiones Dominicanas en China, que comenzaron el año 1632 ya desde sus comienzos se intentó establecer

una obra parecida a la que en el último siglo tuvo su nacimiento, conocida por las «conferencias de San Vicente de Paul».

Se lee en las historias de nuestras Misiones que ya en sus comienzos trataron nuestros Misioneros de enderezar su acción hacia las Obras de Caridad. Al efecto establecieron en la Iglesia de Ting-tao una de las primeras que se fundaron en la Sub-prefectura de Fogan, lo que en los tiempos modernos se llaman cepillos para recogér las limosnas de los cristianos y que se dedicaban a dos fines: el primero a gastos de culto y fábrica de la Iglesia, el segundo socorrer a los pobres y necesitados.

La vida cuasi nómada que tenían que llevar nuestros primeros Misioneros, recorriendo muchos de ellos extensísimas regiones que abarcaban varias provincias, desde Fukien a Shantung, no les permitía establecer Centros de Caridad. Sin embargo leemos en sus cartas que iban provistos de medicinas, que ellos distribuían gratuitamente entre infieles y cristianos sin distinción. De aquí hemos de hacer observar un hecho que los Misioneros quisieron dejar consignado: esto es, que llegaron a observar el poco fruto espiritual que obtenían con estas obras de caridad entre los gentiles. Estos acudían a que les curaran las dolencias del cuerpo, pero luego se iban sin cuidarse la cura de sus almas, que era adonde iban enderezados los cuidados de los Misioneros sobre todo.

Pero la Obra de Caridad por excelencia de la Iglesia de China fué la obra de la Santa Infancia. Esta Obra, es cierto, ha consumido muchas limosnas, muchos ahorros y muchos sacrificios; pero el fruto sacado por ella es sin duda el más sazonado, seguro y abundante, ya que han sido millones de almas las que por ella han ido a llenar los tronos del cielo por esas almas inocentes con sus coronas ante el Altar del Cordero.

Muy posteriormente, cuando las circunstancias lo permitieron y quizá también acuciados por el ejemplo de los protestantes, quienes desde sus comienzos dirigieron sus esfuerzos con mucha clarividencia ciertamente hacia las Obras de Caridad y Enseñanza emplearon nuestras Misiones la misma ruta. Los hijos del siglo han sido siempre más «listos» que los hijos de la luz. Aquéllos venían, además, mejor provistos de medios materiales y económicos.

Sobre todo en los últimos años al finalizar la guerra, con la ayuda muy substancial de las sociedades internacionales Unrra, Cnrra, Iro, etc., las Misiones Católicas de China se dieron prisa a ganar el tiempo y el terreno perdido en que tantas ventajas les llevaban las misiones protestantes y así se vió brotar por todas partes nuevos dispensarios, hospitales, laboratorios, mejorando, racionalizando y modernizando nuetras Santas Infancias y Asilos, nuestros dispensarios y hospitales, nuestros talleres y escuelas... pero cuando mejor perspectiva se ofrecía y un horizonte más lleno de esperanzas se abría para la Iglesia de China, vino la ola roja del comunismo a segar en flor nuestras esperanzas y porvenir (17).

17. Grande (17-b).

17-b. La importancia que se da en las misiones a las Instituciones y obras de caridad, se puede apreciar por el hecho, general creo yo, en todas las misiones apenas se abren, de que en el plan de actividades que se piensan desarrollar, nunca falta el capítulo del hospital o dispensario que se ha de establecer y de las monjitas que lo han de regir (17-c).

18. Las Instituciones y Obras de Caridad son de una necesidad básica e ineludible. Téngase en cuenta que los países de misión son, por regla general, de una civilización sumamente rudimentaria, o nula, o primitiva en los que la miseria en todas sus posibles manifestaciones pulula por doquier, a la que ni la sociedad ni la entidad ha intentado nunca buscar el remedio... En cambio el Cristianismo, por imperativo de su misma doctrina, es un árbol de cuya raíz brota espontánea la misericordia y el afán de buscar remedio al menesteroso. Esto se comprueba por la historia desde los primeros tiempos de su existencia. Recordemos la palabra del Evangelio: «Misereor super turbas...» Concretándonos particularmente a China, por sernos más conocida, nadie ignora el enorme crimen del infanticidio, hoy afortunadamente desaparecido o próximo a desaparecer. Este infanticidio cébase principalmente en las niñas recién nacidas, consideradas como un infortunio en las familias, sobre todo si pasaban de dos. Los orfelinatos nacieron espontánea-

mente por imperio de la caridad cristiana. Con frecuencia los misioneros veíanse constreñidos por imperio de esa misma caridad a recoger niñas recién nacidas, algunas envueltas aún en las secundinas maternas que los desnaturalizados padres abandonaban a las puertas mismas de las Misiones, en la obscuridad de la noche. Y lo hacían por un medio sencillo e ingenioso. Depositaban a la criatura a la misma puerta de la Misión, hacían explotar unos petardos para llamar la atención, y huían como alma que el diablo llevaba. — ¿Qué hacer? Naturalmente, recogerlas, bautizarlas y buscar una nodriza que se comprometiese a alimentarlas por un módico salario mensual. Como los casos se repetían con harta frecuencia, los superiores de las Misiones se vieron en la necesidad de concentrar en un lugar (generalmente en el de su residencia) a todas las criaturas recogidas en las distintas Misiones, para metodizar la asistencia y educación de las mismas. De aquí nacieron los orfelinatos, de los que creo no carezca ninguna Misión.

Otras instituciones, como leproserías, escuelas, dispensarios, etc., todas han tenido parecido origen: la miseria de la humanidad y la misericordia divina que empuja al Misionero a procurar el socorro a esa miseria en cualquiera de sus múltiples manifestaciones (18).

19. En las misiones vivas se da siempre importancia capital a todas las obras de caridad y a sus Instituciones. Son ellas el medio más eficaz y excelente de penetración en la masa infiel que no puede menos de quedar profundamente impresionada por ellas ya que entre ellos la caridad cristiana, sacrificada y desinteresada, no existe ni puede existir (19).

20. En esta Misión de la Prefectura de San Andrés y Providencia (Islas Colombianas) se da a las Instituciones y Obras de Caridad toda la importancia que ellas en sí merecen (20).

21. Siempre se han considerado las Instituciones de Caridad como de gran importancia en el apostolado misionero: hospitales, orfanatrofios, dispensarios, casas cunas, leproserías, asilos de ancianos, etc., etc., por ser la caridad la que más entra en el alma, por muy ignorantes que sean. Y en mi pobre opinión deben preferirse a las obras de educación, si se exceptúan las escuelas primarias, como base y fundamento de conversiones (21).

22. Las Instituciones y Obras de Caridad son un medio de apostolado, porque por medio de ellas se hace más atractiva nuestra Religión y se concibe más afecto hacia sus Ministros; se atrae hacia nuestra Religión a los que no pertenecen a ella y se hacen más dóciles los cristianos (22).

23. La que arrojan las páginas del Evangelio al relatar la actuación del Divino Redentor en este punto.

El camino que abrió el Evangelio en su difusión por la Judea y Palestina, está esmaltado con una multitud incalificable de actos de caridad y beneficencia a favor de los desvalidos, enfermos y moribundos o muertos verificados todos por nuestro Salvador.

De no jugar un papel muy importante en la conversión de los infieles y de los pueblos esta caridad y beneficencia, no la hubiera practicado con tanto empeño nuestro Divino Redentor cual es de ver por los relatos que se nos cuentan en el Evangelio.

En las Misiones se dà y hay que dar a este factor una importancia decisiva si no se quiere ir al fracaso.

Los Padres Blancos que Monseñor Lavigerie mandó a las tribus mauritanas para que las convirtieran al Señor, habían recibido de aquel gran Apóstol esta consigna «en cien años no prediquéis el Evangelio, contentaos con ejercer la caridad allá adonde vayáis»

Y aquellos discípulos esto fué lo que practicaron, ateniéndose a lo que les dijera tan calificado Maestro (23).

24. La importancia que en las misiones se da a las obras de caridad es esencial. La regla general es ésta: por el cuerpo al alma y por el alma a Dios (24).

25. Toda la importancia que exige la principal intención, que es la conversión del pagano y se extiende hasta donde permiten los fondos (26).

26. Por desgracia no se encuentran en esta diócesis. Todo el tiempo y fuerzas se emplean en el ministerio y las escuelas (27).

27. Las tareas de caridad son la única puerta de contacto o con el mundo pagano. Sin ellas este contacto es prácticamente imposible (28).

28. La primera después de los desvelos pastorales (directos) (29).

29. La labor de educación es de la mayor importancia. La cantidad mayor posible de escuelas, las mejores, con centros de Enseñanza. Son un apoyo destacado. Las hermanas realizan una gran labor en las escuelas. Después el trabajo de hospital. Maternidades, hospitales, leproserías (30).

30. Los trabajos de caridad y las instituciones son muy importantes ya que manifiestan en la práctica lo que predicamos sobre el primer mandato del Señor: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Se entiende que estas tareas son importantes para ponerse en contacto con mucha gente: mahometanos y paganos. Hoy en día son de capital importancia las tareas de enseñanza, que son también una clase de obra de caridad (31).

31. La primera (32).

32. Importancia absoluta. Es el medio ordinario para llevar las almas a Dios: el alma a través del cuerpo (33).

33. Grande (34).

34. La mayor (35).

35. La importancia social y religiosa. Religiosa: una oportunidad para crear una disposición religiosa en la actitud de las gentes, al ser testigos de la caridad y generosidad del pueblo cristiano (36).

36. Se les da la mayor importancia posible, y se siente mucho esta falta de recursos que nos impide hacer más (37).

37. En la prefectura apostólica de Yola los trabajos e instituciones de caridad revisten una importancia secundaria por las razones siguientes:

1.° La misión se inauguró en 1940, y se halla entre las tribus más primitivas de Nigeria; los primeros años fueron empleados en trabar relaciones con el pueblo y la organización era de las más lentas.

2.° Los sacerdotes eran los únicos elementos en activo de la misión hasta 1950 y no tenían ni la formación ni los títulos para ejercer la caridad institucional.

3.° Había misiones protestantes durante muchos años antes que se fundara la católica y habían organizado ya un servicio médico muy eficiente en todas las áreas de su trabajo. Estaban bajo su control cuatro hospitales grandes y un puñado de dispensarios rurales. La misión católica no podría competir con ellos en medicina, que en un territorio como el nuestro debería ser la primera caridad.

4.° Por todo ello la misión se vió obligada a concentrarse en la educación y en este terreno se intentó mucho organizar la caridad. Para vencer la oposición de los padres paganos, los niños debían ser alimentados y guardados como pupilos, dado que la actitud de los paganos era: no trabajar —no alimentarles— los chicos son una buena inversión en el mercado del trabajo. El actual sistema de escuela, que va prosperando diariamente, tuvo este principio, pero nuevamente hay dificultades, el equipo debe ser instruído en el país por la dificultad de las lenguas, hay más de cien lenguas en el territorio. La falta de personal es el mayor factor del retraso del desarrollo de la misión (38).

38. El trabajo principal del misionero es el educacional y el médico. El Gobierno cuida de la vida económica del país (40).

39. Las Obras de Caridad, dispensarios, hospitales han sido de gran importancia. En muchos puestos estas instituciones han pasado a la administración pública, salvo en los puestos de la selva donde todavía la administración no se ha ganado la confianza de los nativos, la mayoría de estas instituciones están en las manos de la A. M. I. o de la *Trypano*, que circulan constantemente para prospección de epidemias, etc., enfermedad del sueño, sífilis, tracom, paludismo, etcétera, etc. Y en los dispensarios dirigidos por los padres o hermanas, los remedios y el sueldo de enfermeros y enfermeras es subvención estatal (41).

40. La caridad impone a los misioneros como a todos los cristianos las obras de misericordia corporal, y en la misión, sobre todo a los comienzos, es el mejor medio de entrar en relaciones con los indígenas y de ganar su confianza (42).

41. No hay todavía, desgraciadamente (43).

42. Extraordinaria (44).

43. Dado que la misión es nueva y que todos los edificios quedaron destruídos por la guerra, casi todos los esfuerzos van ahora dirigidos a la construcción y a abrir nuevas parroquias, y por esta razón los trabajos e instituciones de caridad no se han desarrollado mucho todavía; hay un orfelinato y un dispensario en construcción y las parroquias distribuyen algunos bienes (45).

44. En el territorio de Camerún Norte y en *Mayo-Kebbi (Tchad)* las misiones son de reciente fundación. Hace solamente diez años que los misioneros oblatos de María Inmaculada trabajan allí. Desde los comienzos nos hemos dado cuenta de la importancia de socorrer a un gran número de gentes enfermas. Esta necesidad aparecía sobre todo en la selva porque es ante todo en la selva donde la población es más densa. Nuestros padres estuvieron obligados a pasar mañanas enteras al cuidado de los enfermos en dispensarios improvisados. La mayor parte de los misioneros habían seguido los cursos de medicina misionera en Lille o en Lyon. En estos países donde todo está por hacer en el plan social, nos parece indispensable entregar un tiempo considerable a esta actividad (46).

B

—HACIA QUIENES ESTAN ORIENTADAS EN ESA MISION LAS INSTITUCIONES DE CARIDAD?

1. Las obras de caridad en nuestras Misiones están dirigidas a toda la población sin distinción de clases ni creencias y éstas se reducen a la labor educacional y de asistencia médica. Nuestro fin es favorecer a tantos como sea posible. Hasta ahora el Gobierno no ha podido suministrar estos servicios sociales al pueblo y llenando esta laguna del Cobierno y satisfaciendo estas necesidades del pueblo, los Misioneros atraen a los paganos a la Iglesia (1).

2. Los Orfanatrofios, Jardines de la Infancia, Casas de Socorro están dedicadas directamente a los católicos; los Hospitales, Dispensarios, etc., son para todos; principalmente para la mayoría de la población que consta de hindúes y de mahometanos (3).

3. No entiendo la pregunta (3-b).

4. Hacen la caridad a todos aunque no sean católicos (4).

5. Principalmente hacia los indios no civilizados o semi-civilizados (5).

6. En la Misión del Vicariato de Quibdó esas obras de caridad se orientan a las escuelas, (enseñanza gratuita, restaurantes o sopa escolar) a los indios chocoes singularmente mediante colegios internados, hospitales, etc. (6).

7. Hacia los negros (7).

8. Hacia los niños, los pobres y los enfermos (8).

8-b. Hacia todos y cada uno de los habitantes de la misión sin excluir personas algunas, haciéndose cuanto se pueda por remediar los males materiales o morales de los misionados (9).

9. Hacia los ignorantes enseñándoles a leer y escribir y el catecismo; hacia los enfermos organizando un hospital y hacia la niñez enseñándoles otro nivel superior de vida (10).

10. Hacia el mundo pagano para que palpe la realidad de la Religión católica: hacia los infieles según el dicho «exempla trahunt». Hacia los cristianos o catecúmenos para afianzarlos en la creencia: de ahí la eficacia de las obras de caridad (11).

11. Nuestras Instituciones de caridad son para todos, pero principalmente para los católicos (12).

12. Las Instituciones de caridad atienden por igual a paganos y cristianos y de hecho la gran mayoría de los beneficiados por ellas son paganos (13).

13. Hacia los salvajes especialmente niños y niñas con internados-refectorios escolares y hacia los pobres con dispensarios, puestos sanitarios, hospitales (14).

14. Las Instituciones de caridad están orientadas hacia todos: colonos, blancos, indígenas; pero especialmente hacia los jibaritos, preferentemente los niños (15).

15. Las Santas Infancias, de acuerdo con las bases de la obra, estaban abiertas solamente a las niñas, hijas de paganos. En otras partes, sin embargo, creo que las limosnas enviadas por las obras de la Santa Infancia se dedicaban también a niños y niñas, hijos de cristianos.

Los dispensarios y hospitales estaban abiertos tanto a cristianos como a gentiles; si bien se procuraba favorecer más a los cristianos.

Esto mismo sucedía en la escuela, los talleres y los asilos (16).

16. A cristianos, catecúmenos y paganos (17).

17. Están orientadas hacia todos, sin distinción de clases, ni de personas; pero de un modo especial a los pobres y a los paganos. Los cristianos forman todavía una mínima parte de la población que se quiere evangelizar (18).

18. Hacia todos en general, sin distinción de cristianos y paganos. Una excepción: la Santa Infancia. Esta como hemos visto en el número anterior, tuvo su origen y fué su objetivo salvar al infinito número de niñas de familias paganas abandonadas por sus progenitores. Y así, bien puede decirse que la casi totalidad de las niñas acogidas en los orfelinatos son de procedencia de familias paganas. Ahora bien; entre los cristianos, que por serlo, saben que el abandono de los hijos constituye un horrendo crimen, no se dá este caso; pero si se da el hecho de la pobreza y miseria, y no es dado al Misionero desentenderse de ella y negarse a tenderles la mano y atender y acoger también a sus hijas, cuando la necesidad era verdaderamente apremiante, en la Institución, siquiera por evitarse la molesta muletilla pronunciada más de una vez, de que la Iglesia de Dios hace misericordia con los paganos y se la niega a los cristianos (19).

19. Nuestras Instituciones de Caridad están siempre orientadas hacia el elemento pagano, en general. Las Santas Infancias, por ejemplo, son *exclusivamente*, para niñas de padres paganos. No quedan excluídos los católicos de los beneficios de algunas de nuestras Instituciones de Caridad: Asilos para ancianos, hospitales de Caridad, etc., pero siempre preferimos atender a los paganos por las razones expresadas en el número anterior (20).

20. Las obras de caridad que se realizan en esta Misión se orientan hacia todos los Isleños pobres, con el fin de atraerlos a todos al conocimiento y amor de Jesucristo (20-b).

21. Las obras de caridad en nuestra misión, están orientadas hacia los pobres parias y aborígenes principalmente, cristianos o paganos, también los de casta reciben atención caritativa, sobre todo médica, pero el sistema de castas dificulta ser beneficiados por las mismas. Lo más práctico es tener diferentes y separadas Instituciones de caridad para distintas clases de orden social, pero tropieza uno con la dificultad económica (21).

22. Las Instituciones de caridad están dirigidas en esta Misión hacia los pobres y enfermos, sin distinción de credos. Y de un modo especial hacia las clases indígenas, por hallarse en unos momentos en que se va despertando en ellos la conciencia de sí mismos y se van incorporando a grandes pasos a la civilización. Y consideramos de mucha importancia que en estos momentos cruciales, de comienzo de una nueva vida, se hallen fuertemente ligados a nuestra Religión (22).

23. Ellas en su plan evangelizador difunden el bien por todas partes y en provecho de todos los auditorios y elementos pero preferentemente se ejercen, al menos por lo que atañe a las misiones, en provecho de los *huérfanos* o *semi-huérfanos* como son los niños que no tienen madre aunque tengan padre y otra familia.

Son también objeto de esta caridad los ancianos singularmente mujeres por la miseria en que se hallan en los últimos años de su vida, cuando no tienen hombre que las cuide o algún hijo que quiera alojarlas en sus casas.

Estas pobres mujeres son, al menos entre los bantús, las más desgraciadas por no contar a las veces ni lo más necesario para su vida y sustento llegándoles en ocasiones a faltarles todo.

Por eso es éste el elemento escogido para esta caridad. Sin que haya Misión que no cuente con algunas habitaciones destinadas para este elemento. Nosotros en el Vicariato, tenemos tres casas en las que existe esta Institución: Nkuefulan, Evinayong y Ebebiyin.

Entre las tres habrá unas cincuenta y tantas asiladas, recibiendo de la Misión cuanto les precisa para su vida y sustento (23).

24. Se empieza por las obras de caridad corporal, porque son las que el pagano comprende mejor. Puestos de salud, maternidades, hospitales, etc., son poderosos instrumentos del misionero (24).

25. Consideramos las obras de caridad como medios para acabar con la desconfianza de los africanos hacia el misionero europeo y así nos fijamos más en la calidad que en la cantidad. Intentar asistir a todos los africanos en sus necesidades materiales es intentar socorrer al 90 % de la población (25).

26. Todas las instituciones de caridad intentan lo mismo: la salvación de las almas, y así la labor de hospitales y todas las demás, como cuidado de las leproserías, etc., tienen esta única finalidad, la obtención del cielo para la mayor parte posible (26).

27. Nada (27).

28. Hacia todos: cristianos, paganos y protestantes (28).

29. Orientación:

Infancia: maternidades, educación hacia la maternidad en clubs.

Juventud: escuelas: primaria, secundaria, técnica, seminario, catecismo.

Enfermedades: hospitales, dispensarios, visitas al enfermo v. gr.: por los miembros del apostolado seglar.

Ancianidad: Visitas especiales a los lugares distantes para llevarles el consuelo de la comunión por pascua y otras solemnidades.

Pobre: Distribución de ropa usada y alimentos hecha ocasionalmente por los individuos u organizaciones como Accionistas católicos (así en Entebbe) (29).

30. Sobre todo hacia los africanos. Los indios buscan y hallan tratamiento en nuestros hospitales (30).

31. Huérfanos, niños necesitados, ancianos, leprosos, enfermos (31).

32. A todas las clases y razas sin distinción (32).

33. A todos sin distinción de credos. Una misión real debe ocuparse sobre todo de los paganos (33).

34. Niños y enfermos (34).

35. Leprosos, enfermos, pobres (35).

36. Van dirigidas a la población en general; en provecho de todos aquellos que necesitan caridad, justicia y seguridad (36).

37. A todos los nativos, paganos y cristianos (37).

38. Generalmente a los paganos y cristianos, pero en ayuda médica y las primeras ayudas a todos sin distinción de credos (38).

39. Chicos y enfermos (39).

40. Todas las instituciones de caridad están consagradas especialmente al pueblo africano, a paganos y cristianos (40).

41. Como digo, aparte las enfermeras diplomadas, la mayoría del personal sanitario se recluta en las escuelas oficiales y especializadas del territorio. La misión contribuye enviando a estas instituciones elementos que han acabado los estudios en la enseñanza privada. Y no cabe duda, hasta ahora, más chicos que chicas (41).

42. Hasta ahora, religiosas sobre todo. Al comienzo a falta de religiosas algún que otro sacerdote (42).

43. Los candidatos posibles (43).

44. Toda obra de caridad se dirige indistintamente a católicos y paganos (44).

45. Actualmente disponemos de hermanas misioneras que se han preparado en Francia en hospitales de formación sanitaria y que han sufrido exámenes que les han valido el diploma de enfermeras de Estado (45).

C

—COMO JUZGAN E INTERPRETAN LOS PAGANOS LAS OBRAS E INSTITUCIONES CATOLICAS DE CARIDAD?

1. Los paganos se sienten atraídos a nuestra santa fe, cuando ellos ven que los Misioneros están sinceramente interesados en fomentar el bien de sus cuerpos y la salvación de sus almas. Con frecuencia son atraídos al principio por el egoismo: v. gr. los habitantes de un pueblo quieren una escuela para sus niños y solamente después de algún tiempo llegan a comprender los deberes que implica el pertenecer a nuestra fe y las ventajas espirituales que se derivan de la Iglesia católica (1).

2. Los paganos quedan bien impresionados de nuestras obras de caridad y se sienten atraídos a la Religión que enseña a mirarnos todos como hermanos; y ellos reciben bien los servicios prestados (3).

3. El trabajo de los padres y hermanas es muy apreciado por los paganos, musulmanes y cristianos no católicos; indirectamente atraen muchos a la fe (4).

4. Los protestantes negros aprecian estas obras y las aprovechan y pudiendo las apoyan (5).

5. En cuanto son capaces aprecian y agradecen en extremo sus beneficios (6).

6. En este Vicariato, puede decirse que no hay paganos, pues todos los indios se bautizan, confirman y casan espontáneamente, y ya van entrando en la civilización y vida de piedad, si bien la tienen todavia muy rudimentaria (7).

7. Como del Gobierno (8).

8. En esta Misión ya no hay paganos (9).

9. Del modo más favorable y como las únicas que sinceramente procuran el bien a cuantas personas se acercan a ellas; allí se les solucionan todos sus problemas y allí encuentran la ayuda necesaria en cualquier circunstancia de la vida. Tienen la larga experiencia de que en Instituciones laicas que se dicen buscar el bien de las gentes sólo se busca el bien de los que en ellas viven, traficando con el disfrute de presupuetsos oficiales y sólo bienes muy exiguos se derivan en favor de los habitantes de esas regiones (10).

10. Aqui todos son bautizados y las obras de caridad las interpretan como una prueba de amor y de interés por ellos, ya que tienen cierto complejo de inferioridad (11).

11. En un principio dudan de los fines que pretenden tales Instituciones y hasta las otras Religiones lo critican poniendo, digo suponiendo, «que se hace con fines ocultos para engañar». Pero cuando tratan de cerca con los promotores o cooperadores ya se cumple el dicho evangélico «por sus obras los conoceréis». La Santa Infancia pasó por el cedazo de la crítica e incertidumbre de lo más terrible que se pueda imaginar (12).

12. En general, los no católicos miran a nuestras Instituciones de caridad como obras desinteresadas por nuestra parte y en general muestran agradecimiento a nuestra ayuda. Algunos no católicos miran con cierta sospecha nuestras obras y las interpretan como métodos encubiertos de proselitismo (13).

13. El efecto producido en los paganos no es siempre el que esperamos. Muchas veces en la India ven en ellas un medio injusto de conseguir conversiones por medios materiales. Algunos jefes alaban las Instituciones caritativas de los Misioneros, pero a la vez ponen obstáculos en su camino (14).

14. Aquí no hay más paganos que los salvajes y éstos lo único que quieren es que se les siga dando siempre sea quien sea (15).

15. Los paganos interpretan las obras e Instituciones católicas de caridad muy buenas y útiles, dado el concepto material que ellos tienen de la vida. Pero estas obras sirven para fomentar la simpatía y acercar a los paganos a la Misión, lo cual trae consigo muchas conversiones sobre todo entre los niños (16).

16. Así como las obras de propaganda religiosa fueron muy mal recibidas desde el principio, las obras de caridad abiertas a todos fueron, como es muy natural, bien recibidas por la uilidad material que les aportaron.

Cuando los primeros misioneros que lograron introducirse en China fueron presentados ante los Tribunales para dar cuenta de su venida, respondieron que venían a predicar y enseñar la Religión de Dios y el Evangelio de Jesucristo. Esta respuesta fué una piedra de escándalo para aquellos literatos chinos que se creían ellos en posesión de todo el saber humano y que las demás naciones eran más o menos salvajes en cuanto participaban en menor o mayor grado de su cultura y de su civilización. Pero cuando yo hice público mi propósito de construir un hospital en mi Misión primera de Funing, hasta los mismos gentiles acogieron la idea con agrado y hasta con entusiasmo y luego vinieron a ofrecerme terrenos y toda clase de facilidades para la obra. Inmediatamente formaron un comité para que, de acuerdo con los cristianos, se llevase el plan a la más pronta realidad.

Lo mismo me sucedió siempre que emprendí la tarea de abrir nuevas escuelas y colegios.

Sin embargo, respecto de la Santa Infancia, no siempre se halla unidad de pareceres. Unos admiran la obra y la apoyan y la enaltecen. Otros en cambio la miran «torvis oculis» y no todas las niñas que eran destinadas a una prematura muerte eran entregadas a la obra de la Santa Infancia, aun cuando tuvieran medios fáciles de hacerlo y conocieran la obra. Se puede buscar la razón. Para muchos chinos, esta obra es una condenación paladina y ruidosa de su cultura intelectual y de su estado social. Que vengan «extranjeros» a recoger lo que ellos tiran, a estimar lo que ellos desestiman es un bofetón público a su modo de apreciar las cosas y a su estado social, establecido y sancionado por todos sus sabios y todos sus antecesores. No quieren recibir lecciones de extranjeros: esto es algo humillante para ellos.

Y lo más admirable es que este mismo modo de pensar y de juzgar se halla también aun entre algunos cristianos y aún sacerdotes chinos. Cuando empezaron los comunistas su campaña bien planeada contra la Santa Infancia, algunos sacerdotes chinos quisieron desde el primer ataque capitular y entregarse con todas sus armas. Pero qué ejemplo de heroicidad dieron entonces «todas» las niñas de la Santa Infancia, saliendo al encuentro de todos los ataques y exponiéndose a todos los peligros, aun morales y materiales en medio del abandono general en que se las dejaba.

Aún recuerdo el día en que un sacerdote joven chino, dejó caer como al desgaire esta frase: «En China las Santas Infancias ya no tienen razón de existir.» A la que al punto replicó otro sacerdote anciano chino también él: «Mientras China sea China habrá siempre Santas Infancias en China.» Aquí, además de las razones psicológicas arriba apuntadas, existe otra razón, a mi modo de ver y pensar, después de palabras oídas allá en China de vez en vez, más o menos veladamente. Algunas veces oí a algunos sacerdotes decir qué lástima de arroz que comían las niñas de la Santa Infancia y dinero que se gasta con ellas. Cuanto mejor sería dárselo a obras de mayor lustre exterior para la Iglesia, v. gr. para Universidades y Colegios (17).

17. Con benevolencia, admiración y gratitud (18).

18. Como obras de desinterés y de filantropía. La caridad cristiana es *verbum absconditum* para los paganos (19).

19. Los paganos, como materialistas y egoístas que son, no tienen en todas sus acciones otra mirada que el interés material; miden a todos los demás por el mismo rasero, y creen que todos los móviles de sus acciones, son de la misma índole que la suya: egoísmo, lucro. Cúmplese con ellos perfectamente la sentencia paulina: «animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei: stultitia enim est illis». Y lss calumnias, las malas sospechas, el espionaje abundaron sobremanera al principio. Pero la verdad se impuso al fin y la simpatía por esta obra de la Santa Infancia se difundió por doquier; y se ha visto palpablemente en estos últimos años, que cuando los comunistas trabajaron con empeño diabólico por desacreditar esta obra cumbre de la caridad cristiana, la gente hacía cumplidos elogios

cuantas veces eran preguntados en busca de datos para proceder contra los Misioneros y Religiosas que regentaban los orfelinatos (20).

20. Salvas maliciosas posturas influenciadas por la propaganda protestante la mayoria de los paganos se hacen lenguas de nuestras Instituciones de caridad. El «*omnes mirabantur et omnes convertebantur*» de San Agustín interpretando el Evangelio de San Juan (Trac. 29 in Joan.). También hay lugar aqui, como es claro, pero es evidente y probado que por medio de la caridad y sus obras han sido y siguen siendo innumerables los paganos que se sienten atraídos hacia nuestra Religión (21).

21. Los paganos de esta Prefectura aceptan y admiran las Instituciones de caridad y agradecen los beneficios que ellas reportan (22).

22. Los paganos miran con admiración y aplauden dichas Instituciones de la Iglesia misionera, como obra de inmenso bien social y ayudan al sostenimiento y mantenimiento de las mismas, siempre que se les permita una especie de inspección general a la marcha de las mismas (23).

23. En nuestro Vicariato de Beni son muy pocos lo paganos; unos 500 para una población de 62.000 habitantes. Apenas tenemos relaciones con los paganos. Según vamos teniendo relación con ellos, los vamos convirtiendo al catolicismo sin dificultad mayor. No se puede, pues, hablar de un juicio o una interpretación de nuestras Instituciones de caridad por parte de los paganos (24).

24. Los de nuestro territorio con una indiferencia glacial, hasta el extremo de que no paran mientes ni se fijan en semejantes Instituciones las cuales pasan por regla general inadvertidas para la mayor parte de nuestros habitantes incluso para los católicos, cuánto más para los paganos.

El negro no siente la delicadeza de afectos y sentimientos como el europeo. Estas cosas les hacen muy poca mella: las admiran, pero no se entusiasman por las mismas, ni se mueven a socorrer y ayudar al desvalido que en las mismas se halla acogido.

A lo más si son ellos de su misma tribu y familia, tal vez les socorran con sus limosnas y beneficencia, pero a los extraños, lo de los que bajaron y subieron de Jerusalén y Jericó, pasan por el camino, sin fijar ni siquiera los ojos en el desvalido que se halla a la vera del camino.

Es así el negro al menos el de nuestra Guinea.

Me atrevería a decir que casi las exigen y reclaman de los Misioneros, viendo mal que no se ejercite de esta suerte la caridad con sus hermanos o semejantes. De esto, empero, a admirar el heroísmo que en algunas de las mismas se halla, como por ejemplo en las leproserias, etc., hay tanta distancia, que no han llegado todavia nuestros indígenas a estas delicadezas propias de un elemento exótico, extranjero, en una palabra, pero no de ellos (25).

26. Las interpretan como beneficios de Dios, que les son prestados por los hombres de Dios (26).

27. No es sin cierta suspicacia que los paganos aceptan las obras de caridad católicas, pero hay que confesar que son más abiertos con los católicos que con las de otras denominaciones (27).

28. Los paganos aprecian las obras caritativas e instituciones a condición de que les sean ofrecidas para la salvación de sus almas sin otros motivos y prefieren un hospital de la misión, etc., que uno del Gobierno o de cualquier otra institución filantrópica pueril (28).

29. Las recibirian con gozo (29).

30. Debo empezar diciendo que en este departamento las obras católicas son de dos clases principales: *a*) Trabajo para los niños en las escuelas y colegios. *b*) Trabajo para los enfermos en hospitales y dispensarios.

a) Los paganos no relacionados con la misión, esto es, es las partes donde la labor es reciente, tienden a considerarla como parte integrante del Gobierno tanto en escuelas como en hospitales y las misiones las suelen considerar como departamentos del Gobierno europeo.

b) En las misiones más antiguas los paganos suelen reconocer ambos trabajos como «trabajo de Dios» o como dado para ayudar a los niños o pacientes (30).

31. Creo que el promedio de la gente sencilla acepta (sólo tolera), aunque un

buen número aprecia el hecho que detrás de estas obras se halla genuino amor y no cuestiones financieras o políticas (31).

32. Lo aprecian, aunque no se puede decir que muchos se van a convertir por el trabajo este. El africano está siempre dispuesto a recibir cosas por nada, pero no lo valora porque le ha sido dado de balde. No puede comprender que alguien pueda dar nada sino por motivos egoístas. Además son propensos a creer que el misionero da dádivas materiales porque se les cree trabajar y dar la vida por otros motivos además de la caridad (32).

33. Muchos paganos consideran este trabajo como «cosa natural» que los «europeos» les ayuden en sus necesidades y apuros. Como ellos son todavía muy egoístas sólo entienden muy deficientemente que el misionero haya venido a ayudarles por puro amor de Dios. Pero todavía aprecian nuestras obras de caridad especialmente las que se tienen con sus enfermos (33).

34. Se hallan muy gozosos en ser ayudados, pero frecuentemente lo presuponen (34).

35. Con desconfianza al principio; con aprecio luego; con amor al fin (35).

36. Dicen: La misión católica hace algo por nosotros (36).

37. Los paganos se impresionan por la caridad y la misericordia humana, que demuestra así un modo de hacer bien. Esto se convierte en un signo y testimonio de la verdad y en inspiración interior del mensaje religioso, que va más allá que la manifestación exterior de la caridad (38).

38. Los paganos las aprecian muchísimo y muchos de ellos hallan a través de estas instituciones su camino hacia la Iglesia (39).

39. Esto es difícil de contestar. En mi opinión, el pueblo primitivo está inclinado a mirar esto como un hecho pero sin ninguna conexión o preocupación por los motivos por los que se hace. Así el impacto del trabajo caritativo es más un trabajo de fruto retardado que inmediato (40).

40. Dios lo envía (Dios enviado) (41).

41. Lo aprecia, en general, todo, a lo largo de la actuación católica (42).

42. La gente de la selva aprecia las obras de caridad organizada o dirigida por los padres o hermanas mucho más que las oficiales. Como es natural tienen más confianza en ellos que en los enfermeros oficiales que muchas veces ignoran la lengua de la región (43).

43. Aprecian mucho los cuidados que se toman por su salud, y manifiestan su confianza y agradecimiento a aquellos o aquellas que les cuidan (44).

44. Como una cosa buena de la cual se aprovechan lo más posible (45).

45. Los paganos agradecen mucho todo esfuerzo caritativo en su ayuda. Probablemente es muy difícil de comprender para ellos los motivos que nos mueven a emprender esta clase de obras (46).

46. Los paganos han adquirido la costumbre de venir a nuestros dispensarios. Son muchos los que vienen: en ciertos dispensarios las hermanas curan a doscientos y trescientos enfermos por día. Tenemos un millón de paganos sobre una población de millón y medio de habitantes. Muchos ven ciertamente en el dispensario una obra de los blancos capaces de curar, y que tienen medicamentos preciosos. Ellos no pueden comprender la entrega incansable de las hermanas que se entregan día y noche a su servicio (47).

D

—FAVORECEN POR IGUAL A CATOLICOS Y PAGANOS DICHAS INSTITUCIONES DE CARIDAD EN LA MISION?

1. Todo nuestro trabajo está dirigido por igual a todas las secciones de la comunidad: paganos, musulmanes y cristianos. Nuestro ideal es ser todo para todos. Con la ayuda de Dios (números 5 y 6) debemos todas las conversiones —unas 3.000 cada año— a las obras sociales y de caridad que nuestros Misioneros realizan; ellas son el mejor atractivo para los paganos para venir a la Iglesia, asistir

al catecumenado y aun después para perseverar en la fe. Sin duda cuando la economía agrícola es sustituida por la vida industrial de una región, cuando la unidad de la familia y cada individuo se gobierna por sí mismo, entonces se harán necesarias las Instituciones de caridad de Europa (1).

2. Los Hospitales, Dispensarios y Centros de distribución de leche favorecen a todos (3).

3. Se atiende sin distinción alguna a católicos y no católicos en las Instituciones de Caridad de la Archidiócesis. Muchos paganos y musulmanes reciben su educación en estas escuelas y son atendidos gratuitamente en nuestros hospitales y dispensarios (3-b).

4. Igual a católicos y acatólicos (4).

5. Sí, sin distinción, pero si la hay en algún caso, es en favor de los paganos (5).

6. Vide supra. Aquí, como en muchos lugares hay que convertir a los malos cristianos (6).

7. Sí (7).

8. En la intención a todos favorecen igualmente, aunque de hecho no llegue a muchos la acción benéfica por eximirse ellos voluntariamente de dicha acción. Esta generosa e incondicional atención acerca a muchos paganos al corazón de la Iglesia y los lleva a Dios (10).

9. Los favorecen a todos y con más cariño al que está alejado de la Religión y prácticas religiosas (10-b).

10. La Institución pro Famine o famélicos o fugitivos en el tiempo de guerra no distinguía «credos» en su ejercicio: pero favorecía muy mucho a los católicos, respecto a darles facilidades de cumplir sus deberes religiosos cuando viajan. La Santa Infancia por su Institución y Reglamentos, favorecía al elemento pagano. Favorecen por igual...

Tercera Institución. Los dispensarios y visitas de enfermos.

Esta, de suyo lleva el carácter de «benéfica» para los pobres, y así se ejerce, hasta el punto que pueblo y soldados de todas las clases sociales acuden con preferencia a los establecimientos católicos antes que a los paganos: tres notas (llegó a decir al Obispo nuestro, un Secretario del Gobierno de Changteh) distinguían al Dispensario católico de los restantes: hasta de los protestantes: *a*) Atenciones caritativas y *b*) más económico por lo módico de los precios y medicinas más auténticas (10-c).

11. Algunas Instituciones como por ejemplo los orfanatrofios y escuelas de la Misión son de ordinario para los católicos exclusivamente; los hospitales y dispensarios atienden a todo el mundo (11).

12. La caridad es para todos sin distinción y sin excepción (13).

13. Dichas Instituciones de caridad favorecen por igual a católicos y paganos (14).

14. Como dijimos en la respuesta del número 2, las Santas Infancias eran exclusivamente para las niñas (alguna vez también algún niño, pues rara vez los chinos se desprenden de sus hijos) de gentiles. En los talleres eran admitidas en general las hijas de los cristianos; en los asilos se dirigía la caridad de preferencia a católicos o catecúmenos, y en los dispensarios y hospitales indiferentemente (15).

15. Algo más a cristianos y catecúmenos (16).

16. Por igual a católicos y paganos, y como antes he insinuado, más a paganos que a cristianos por la sencilla razón de ser aquéllos más en número que éstos (17).

17. Desde luego, con la excepción apuntada en el número segundo; en lo relativo a la Santa Infancia que principalmente fué instituída en favor de las niñas paganas abandonadas por sus padres (18).

18. Sí, como queda dicho, y más a los paganos como dejamos indicado también (19).

19. En nuestras obras de caridad, favorecen sin distinción a católicos y paganos (20).

20. En nuestra Misión se favorece por igual a católicos que a paganos en las

mencionadas Instituciones de caridad, si se exceptúan casos en que por especiales circunstancias, damos la preferencia a los cristianos (21).

21. Nuestras Instituciones de caridad apenas favorecen a los paganos por la razón anteriormente dicha (22).

22. Por lo que afecta a las obras e Instituciones propias y exclusivas de la Misión, como son los orfanatos, asilos para ancianos y el dispensario no se hace en las mismas la menor distinción, participando todos por igual de idénticos beneficios y favores; sólo se mira la caridad en sí y tal cual la exige la Iglesia; de ahí el que ninguna Misión pare mientes en la calidad de las personas que reciben esta caridad.

Y lo mismo se puede decir de las Instituciones que se hallan total y exclusivamente bajo la dependencia del Gobierno de la colonia como son las leproserías, asilos para niños lactantes. asilo para las mujeres cuando se hallan próximas a dar a luz, etc...

En la colonia funciona desde hace muchos años una obra altamente colonial y caritativa y beneficiosa para la misma: el *patronato de indígenas.*

Como se desprende del nombre de esta Institución, el bien se hace mirando tan sólo al indígena, sea éste cual sea y de la condición que quiera: a todos por igual se extienden sus beneficios y caridades y obras de beneficencia y caridad (23).

23. Favorecen a cristianos y paganos indistintamente, a fin de conservar a aquellos y de atraer a estos (24).

24. Considerando el propósito de romper cualquier clase de antagonismo que pudiera existir y para poner en contacto a la gente con la misión, tales instituciones (tal como son) aceptan a los paganos con la intención especial de permitirles apreciar la caridad de Cristo. Al mismo tiempo los católicos notan que ellos tienen un especial derecho a causa de su privilegio de serlo (25).

25. Las instituciones nuestras todas favorecen al pagano lo mismo que al católico; nunca se ha rechazado a nadie (26).

26. Nosotros desearíamos favorecer a todos (27).

27. En la enseñanza, donde las facilidades son limitadas la prioridad se da a los niños cristianos, pero nos esforzamos siempre en proporcionar facilidad de educación a todos; paganos, católicos y aun protestantes. En la asistencia sanitaria, no existen distinciones (28).

28. Excepto los sacramentos, todos son igualmente favorecidos sin distinción (29).

29. Si (30).

30. Esas instituciones favorecen a los paganos, musulmanes y católicos por igual (31).

31. Católicos y paganos indistintamente (32).

32. Naturalmente. Por esto los paganos se acercan a la Iglesia (33).

33. Sí (34).

34. Sí (35).

35. Sí (36).

36. Sí. Cf. núm. 2 (37).

37. Lo mismo que se dijo en el núm. 2 (38).

38. Sí (39).

39. Igual. No se hace distinción alguna entre paganos, musulmanes y cristianos (41).

40. No se hace distinción. Se atiende a todos los que se presentan (42).

41. Si (43).

42. A todos por igual (44).

43. Como he dicho antes sólo existe un orfelinato en la misión. — Por lo que yo se, admite católicos y paganos (45).

44. Nosotros recibimos en nuestros dispensarios indistintamente a paganos, católicos, musulmanes y protestantes (46).

E

—SE REGISTRAN MUCHAS CONVERSIONES AL CATOLICISMO EN ESAS INSTITUCIONES DE CARIDAD?

1. Los hospitales registran muchas conversiones en tiempos de epidemias. En otros tiempos pocos. Todos los niños moribundos se bautizan (3).

2. No hay conversiones directas en dichos establecimientos (3-b).

3. Hay conversiones pero siempre pocas, unas cinco al año (3-c).

4. El primitivismo en que viven no permite hablar de conversiones en el sentido corriente, sino que es obra de formación lenta en los internados indígenas, desde niños hasta que llegan a mayores y se casan cristianamente entre sí en la misma misión que los formó. Con estos matrimonios se van formando lentamente pueblos de indios civilizados (4).

5. No existen acatólicos (5).

6. Muy pocas (6).

7. Más bien se forman en el catolicismo (7).

8. Casi se puede decir que cuantos paganos se acercan a ellas se convierten. En esta Misión ya son pequeños los restos de paganismo que se espera desaparecerán pronto si se cuenta con más numeroso personal (8).

9. De fríos e indiferentes se vuelven piadosos y casi todos los que vienen se confiesan y se ponen en gracia de Dios (9).

10. Cuando la época de fugitivos de guerra, se daban más conversiones, porque se les proporcionaba domicilio con el fin de que pudieran oír la prédica o folletos de propaganda. Las sociedades benéficas del mismo Gobierno de Kiang-kai-shi y extranjeras nos proporcionaban subsidios para atender a los fugitivos y medicinas (10).

11. En las clases bajas las obras caritativas pueden ejercer alguna influencia en la conversión; por el contrario en los colegios dedicados a la educación de los hijos de las clases altas apenas si algunas o ninguna conversión. Sin embargo son muy necesarias y útiles y ganan simpatía y buena voluntad. Si nuestras escuelas estuvieran dirigidas solamente para los católicos, no tendrían seguramente la aprobación y reconocimiento del Estado; más aún, no podrían existir sin la ayuda financiera que les llega a través de los paganos de las clases altas (12).

12. Los que se convierten se convierten por las obras de caridad sea por la caridad, por interés propio o por ambas cosas a la vez (13).

13. En estas Instituciones se registran conversiones siendo medio eficaz para influir y atraer a los paganos, sobre todo los enfermos y los que están para morir, fácilmente se convierten, bautizan y confiesan (14).

14. Las niñas que se recibían en las Santas Infancias, según la línea seguida hasta los últimos años, todas las niñas eran bautizadas al ingresar y en general en ellas se criaban hasta llegar a la edad núbil. Entonces eran casadas con muchachos cristianos.

En los asilos y hospitales se cosechaba buen fruto de conversiones. En Saituao, donde tenía mi residencia cuando era Vicario Apostólico de Funing, se iban convirtiendo casi todos los barqueros, últimamente hubo un cambio de marcha en la línea seguida por las Santas Infancias. En el Congreso de educación y de beneficencia celebrado en Shangai el año 1946 se nos propuso a los Superiores de Misión una nueva línea y un método reciente con respecto a la Santa Infancia. Cierto Señor Vicario Apostólico tomó otros rumbos que el anteriormente seguido. Recibía y recogía las niñas expósitas y no las bautizaba sino en caso extremo. Luego las recibidas que podían ser entregadas a familias paganas, sin ser antes bautizadas, eran entregadas en propiedad a las familias paganas que deseaban tomarlas. De esta manera se establecía un intercambio amistoso con nuevas familias y se abría la puerta a un intercambio amistoso y a un acercamiento más íntimo

y un conocimiento más claro de lo que es en realidad la Iglesia, a la que muchos paganos desconocen.

El nuevo sistema propuesto era en realidad impracticable en la inmensa mayoría de los lugares, ya que los gentiles no suelen andar en busca de niñas, antes al contrario. Era muy afortunada esa Misión de hallarse en un ambiente favorable para poder aplicar esos nuevos métodos que en las otras Misiones eran impracticables.

También se tocó entonces otro punto de vista. Llegó a decirse en pública sesión que las Religiosas que dirigían las Santas Infancias obraban de una manera reprochable al seleccionar (se decía), las niñas condenadas a morir en breve plazo de las otras a quienes se iban a prodigar cuidados esmerados para salvarles la vida, y esto, afirmaban, por un motivo de simpatía natural, al verlas más hermosas o mejor dotadas. No dejó de causar esta afirmación una impresión muy dolorosa en la generalidad de los oyentes, pues así se desprestigiaba a dichas Religiosas, asegurando que se dejaban guiar por motivos naturales, más bien que por fines sobrenaturales. ¿No era natural que las Religiosas trataran de salvar las niñas que mayor probabilidad de vida tenían al ingresar en el establecimiento, confiando en que era más fácil salvar una niña en buenas condiciones de salud que no otras que llegaban ya casi en el último extremo o en condiciones más precarias? (15).

15. Algunas, no muchas (16).

16. Sí; pero hay que distinguir entre Instituciones e Instituciones. Si se trata de hospitales o de simples dispensarios, las conversiones se dan, pero no son muchas. Tratándose de orfanatrofios no se dan conversiones, claro está; pero todas las criaturas se bautizan y la máxima parte de ellas mueren a poco de bautizarse. Tratándose de asilos de ancianos o ancianas, casi todos acaban por bautizarse, y se puede suprimir ese casi en la hora de la muerte (17).

17. Por lo pronto, las niñas paganas recogidas en la Santa Infancia se bautizan y educan en los orfanatrofios desde su primera edad, aprenden un oficio en consonancia con su sexo, hasta que cumplidos los veinte años se desposan con un cristiano y pasan a formar una familia cristiana; las escuelas de hospitales generalmente están muy bien acreditadas y privan mucho en el parecer del pueblo. En ellas o con ocasión de ellas, se dan más o menos conversiones, pero no creo que sea en grandes contingentes. Creo sean más abundantes y efectivas en los Centros de estudios superiores (18).

18. Las conversiones que se registran en las Instituciones de caridad son muchas, pero es mi opinión que dichas conversiones no deben de ser muy sólidas y es preciso someterlas a pruebas más patentes de sinceridad y perseverancia. Donde cobramos mejores y mayores dividendos en este sentido —Instituciones de caridad— es tal vez en la masa pagana directamente no favorecida por dichas obras. Es decir, que nuestras obras de caridad vienen a formar para nuestro apostolado un muy favorable ambiente que poco a poco va produciendo excelentes resultados de conversiones (19).

19. Debido a las obras de caridad practicadas con los isleños, registramos con frecuencia muchos casos de conversión al catolicismo (20).

20. En los hospitales, donde hay Hermanas para la administración y disciplina, aun siendo obra del Gobierno, son muchos los que son bautizados en la hora de la muerte por las Hermanas, no pudiéndolo hacer antes porque son vigiladas sobre este particular, aunque la Constitución favorezca incluso al apostolado y predicación. En nuestros orfanatrofios, casi todos los niños paganos que entran terminan por hacerse cristianos aun antes que sus padres, y son muchas veces la semilla que ha germinado en sus pueblos en una pequeña cristiandad. En las casas cunas, todos los pequeños se bautizan inmediatamente, hijos de padres paganos, etc., etc. (21).

21. Hasta hace unos meses ha estado a nuestro cargo una leprosería del Estado. En ella han habido unas 20 conversiones de protestantes al catolicismo. Actualmente no tenemos ninguna Institución organizada para ejercer la caridad con los paganos. Cuando nos encontramos con ellos en el campo, ejercitamos la caridad con ellos de muy diversas formas, porque se hallan muy necesitados, y de esta ma-

nera nos captamos su confianza y se convierten sin dificultad mayor. Con la caridad hemos atraído también hacia nosotros varios protestantes o simpatizantes del Protestantismo (22).

22. Iba a decir que ninguna o alguna que otra nada más.

La causa, lo que le digo arriba en el epígrafe correspondiente.

Durante los 38 años que llevo en esta colonia no me consta de ninguno que se haya convertido al catolicismo por haber visto y admirado la caridad en las Instituciones de que hablé arriba.

El negro es más que indiferente para aquilatar estos favores; precisa mucha delicadeza de sentimientos y esta cualidad brilla en el negro por su ausencia, siendo lo malo que han de pasar todavía muchos años en nuestra Colonia para que copien estas virtudes.

Triste es confesarlo, pero ésta es la pura realidad (23).

23. En cierto modo es por estas obras de caridad que se preparan las conversiones: escuelas, catequesis (misiones populares), que en cierto modo se deben entender también como obras de caridad (24).

24. Las conversiones no han sido calculadas en proporción al número de contactos con las instituciones. Pero el bien alcanzado es aquilatado en razón de la confianza que puede tomar un número de años para llegar a aquel estado de ánimo, en que pedirá ser bautizado y no es raro el caso en que la familia entera se acerca a la Iglesia gracias a una obra de caridad (25).

25. Sí. Muchas conversaciones son el resultado directo de las instituciones de caridad y muchos de los bautizos in articulo mortis ocurren en estas condiciones y la mayoría de los niños (26).

26. Serían una propaganda estupenda para nosotros (27).

27. La mayoría de las conversiones a la Iglesia vienen a través de las escuelas. Nuestros profesores africanos son también catequistas y aun conversiones de adultos se logran a través de su trabajo. En las instituciones médicas, aparte los bautizos in periculo mortis y de los niños, las conversiones no son numerosas. El efecto de los trabajos médicos caritativos es de efecto retardado; principalmente en deshacer los prejuicios, ganar prestigio para la misión, y naturalmente cuidar de las madres cristianas y de los niños en un ambiente cristiano (28).

28. Ocasionalmente, sí, pero no en gran número; lo dicho son medios de aproximación y ayuda (29).

29. La mayoría de nuestros convertidos actuales nos vienen a través de las escuelas (30).

30. Registran pocas conversiones al catolicismo. Los huérfanos y niños abandonados son casi siempre bautizados, porque la familia de ellos los entrega a la misión y no tiene ningún derecho sobre ellos. Los ancianos cuidados en la misión son frecuentemente bautizados en peligro de muerte. También en los dispensarios hay muchos casos de niños bautizados en peligro de muerte, los cuales de otra manera no habrían tenido ocasión de ser bautizados (31).

31. Menos entre los musulmanes que entre los paganos (32).

32. Sin ningún género de duda. Bautizamos el último año 1367 adultos y 3727 niños (33).

33. La mayoría de las conversiones se deben a estas instituciones (34).

34. Muchas (35).

35. En donde los paganos son mayoría, antes de que la población haya adquirido conocimiento de la fe, las instituciones de caridad son de gran valor para aproximar a la fe. Los paganos primeramente no preguntan sobre la veracidad de los evangelios ellos quieren ver su camino de vida práctica: las principales virtudes practicadas (36).

36. No tenemos registro especial para saber el número de conversiones, pero aparece claro que las instituciones de caridad son para la mayor parte de los paganos lo que les aproxima a la Iglesia (37).

37. In periculo mortis bautizos en las instituciones de caridad. En las demás instituciones sin positiva instrucción muy pocos (38).

38. Sí (39).

39. Por medio de las escuelas conseguimos muchas conversiones todos los años (40).

40. Influyen en la preparación del ambiente, y no cabe duda que muchas conversiones obedecen al motivo de la caridad y sacrificio de los misioneros (41).

41. Es el que el pagano tome contacto con la misión. De ahí le viene la idea de hacerse instruir; por lo demás el enfermero o la enfermera, mientras le atiende le puede decir algunas palabras edificantes. Estas instituciones de caridad, son, igualmente, una ocasión de instruir y de bautizar a los moribundos, niños o adultos (42).

42. No (43).

43. Los numerosos contactos en el dispensario dan a conocer la obra de la misión. Las hermanas que visitan a continuación los pueblos encuentran allí enfermos. Hay casos visibles en los que el dispensario habia atraído a la misión y provocado el deseo de hacerse instruir en la religión católica. Se puede decir que el dispensario o la leprosería o el hospital constituyen un elemento de una serie de cosas que crean la atmósfera favorable (44).

F

—CUANTAS SON LAS INSTITUCIONES DE CARIDAD QUE FUNCIONAN EN ESA MISION Y CUAL LA MEDIA ANUAL DE FAVORECIDOS, YA CATOLICOS, YA PAGANOS?

1. Como ya he dicho Camerún británico es prácticamente una nueva Misión en un país primitivo e incivilizado, de montañas y bosques sin fín. Tiene 6 conventos, 17 religiosas europeas, 20 africanas entre Hermanas novicias y postulantes. Cinco Hermanos africanos, un sacerdote africano. Tres hospitales y tres Casas de Maternidad. Por supuesto, si tuviésemos cientos de sacerdotes y de hermanas y más dinero, podríamos establecer más Misiones, con escuelas, hospitales, etcétera. Pero Mill-Hill es una institución inglesa. Inglaterra país protestante. Y hay muy pocas vocaciones en Inglaterra. No alcanzan ni para las propias diócesis inglesas (2).

2. Este. 1954. Hosp. 2, con 62 camas. Disp. 3, con 61.300 consultas anuales. Orfan. 14 (3).

3. Es imposible dar estadísticas aproximadas, pues no suelen conservarse estadísticas excepto en los hospitales en que anualmente son atendidos varios centenares y en los Centros de maternidad donde suelen registrarse más de un centener de nacimientos, aumentando rápidamente el número a medida que las gentes comprenden los beneficios de los cuidados prodigados a las madres antes y después del nacimiento de sus hijos y comprenden el tratamiento científico que se les proporciona durante el nacimiento del niño. Más de 20.000 son atendidos, especialmente los que tienen retraso mental, rescatándose más de una docena anualmente. Se desarrolla una gran labor de caridad en favor de pobres y enfermos en cada estación y Residencia misionera (3-b).

4. Las Asociaciones atienden un promedio de ciento cincuenta pobres enfermos (3-c).

5. Son 4 dispensarios, sostenidos totalmente por la Misión, con un promedio diario de 50 a 70 asistencias (4).

6. En esta Misión tenemos establecidas 7 casas de religiosas que se dedican 6 de ellas a la enseñanza primaria y de los indios y la séptima al cuidado de los enfermos. Varias de estas casas cuentan con sus talleres, dispensarios, boticas, etc. y otras obras benéficas. Anualmente se benefician unas 6.000 personas (5).

7. Hasta ahora una clínica del Gobierno y el hospital de la Mina. No puedo dar el dato de los enfermos atendidos (6).

8. Ocho Internados con 310 internos de ambos sexos y cuatro dispensarios para atender a los pobres (7).

9. En todos los centros de la Misión existen escuelas parroquiales gratuitas y dispensarios para toda clase de personas; se sostienen 6 internados para niños indígenas en donde se reciben a los niños más desamparados para educarlos integralmente en lo espiritual, social, moral y material hasta colocarlos en frente de la vida bien pertrechados con cuanto necesitan para vivir cristiana y honradamente. La media anual no sería posible puntualizarla. Es muy digno de mencionarse el gran hospital de Sisoguichi que tiene siempre abiertas sus puertas a toda clase de personas, y que está equipado con buen médico religioso, enfermeras religiosas, instrumental completo para cualquier clase de emergencias. Ni se han de olvidar las cooperativas establecidas en Sisoguichi y Guadalupe con las que se ayudan y moralizan buenos grupos de personas educadas en los centros de la Misión (8).

10. Hay tres puestos de salud y un hospitalito y se favorecen unas 12.000 personas al año.

Tiene esta Prefectura unas 45.000 almas negros y unos 800 indios cholos casi todos bautizados. El 90 % no sabe leer ni escribir. Tienen mucho espíritu religioso y son muy respetuosos del Misionero y acatan todas sus iniciativas. Mucha, mucha pobreza. Estamos seis sacerdotes y cuatro Hermanos legos, todos colombianos franciscanos. Hace un año llegamos a la Misión (9).

11. Desde que se implantó el comunismo desaparecieron las Instituciones de caridad, y de toda obra benéfica. Nuestras escuelas legalizadas y reconocidas como oficiales, eran si se quiere en parte instituciones benéficas en el sentido de condonar los derechos y tasas reglamentarias a alumnos pobres, fueran cristianos o paganos (10).

12. Instituciones: Hospitales 3, Dispensarios 43. Casos atendidos en ambas Instituciones, 159, 870.

Escuelas, 30, orfanatrofios, 10; favorecidos en dichas Instituciones 772 personas.

Jardines de la Infancia, 3; 60 niños acogidos. — Asilos 3, personas acogidas 148 (11).

13 Tenemos dos colegios para muchachos (con 600 alumnos), de ellos 100 católicos. Una escuela de enseñanza secundaria para muchachas (400 alumnas), de ellas 20 católicas; 15 Escuelas primarias con 800 alumnos, de ellos 600 católicos; 10 dispensarios que atienden a unos 60.000 enfermos cada uno.

Además de las Instituciones regulares de caridad, una gran ayuda se nos da bajo diversas maneras: por ejemplo durante los últimos dos años, los regalos en alimentos, de leche, etc., recibidos de América, nos permiten distribuir varias toneladas de comestibles cada mes a 10.000 personas (12).

14 Los dispensarios, los puestos sanitarios y ambulantes por pagos y caseríos atienden a millares; el año pasado pasaron de 18.000 y en asistencia domiciliaria oscila de 3 a 5.000 (13).

15. En estas Instituciones se registran conversiones, siendo medio eficaz para influir y atraer a los paganos, sobre todo los enfermos y los que están para morir, fácilmente se convierten, bautizan y confiesan (14).

16. En la archidiócesis de Foochow existían cinco establecimientos de la Santa Infancia: dos dirigidos por Dominicas españolas, uno por religiosas francesas de San Paul de Chartres, y dos por «beatas» chinas, o sea vírgenes sin voto consagradas al servicio de la Iglesia. En mi anterior diócesis de Funing existían tres Santas Infancias: una dirigida por religiosas francesas de San Paul de Chartres, otra por religiosas italianas, Menine di sacro Cuore, y la tercera por Dominicas chinas.

El total de las niñas recibidas anualmente en estos establecimientos, oscila según los años, entre 4.000 y 6.000 niñas. Este número disminuyó grandemente durante la última guerra, debido a que durante aquel tiempo no se pudieron recibir los subsidios de la Obra de París. El último año no llegaría a 2.000 el total de las niñas recibidas. Actualmente toda esta Obra se halla paralizada.

La misma suerte ha cabido a los hospitales, dispensarios, asilos, talleres y escuelas. En las escuelas y colegios el fruto cosechado en conversiones era casi nulo. Sólo se esperaba de ello una comprensión mayor y un acercamiento de las clases superiores de la sociedad china. Generalmente los estudiantes educados en

estos colegios conservaban un buen recuerdo y una amistad sincera hacia la Iglesia aunque no llegaran a hacerse católicos.

Gracias a estas obras de educación y de caridad la Iglesia era mas apreciada en las altas esferas sociales y gubernamentales y hay que notar conversiones muy notables: tal como la de un primer Ministro, luego benedictino, el famoso Lu Tsenhsiang, Mr. convertido del protestantismo, que fué Embajador ante la Santa Sede y una joven literata de mucho ambiente en el campo de las letras chinas; una estrella del cine, etc. (15).

17. Dispensarios, orfanatrofios, limosnas particulares.

Curso 1948-49. Dispensarios. Consultas 133.000. Huérfanos 50 (16).

18. En nuestra Misión de Wuhu, los planes de un hospital con una serie de edificios y un gran solar ya adquiridos, con las monjitas ya comprometidas, un oculista de fama especializado durante 40 años, vinieron a tierra con la venida de los comunistas. Los dispensarios, el de Wuhu sobre todo, eran conocidisimos en toda la provincia. La media anual de favorecidos la puede dar la cifra de *un millón* de curas hechas en 25 años en el dispensario de Wuhu. El total de las asistencias en los demás dispensarios de la Misión todavía rebasa esa cifra (17).

19. En mi Misión casi desde sus principios hubo de establecerse la Santa Infancia en la que hubo años en los que sosteníamos más de 300 niñas de toda edad, hasta los 20 ó 22 años en cuya edad, como queda dicho arriba, se las desposaba. Y será bueno advertir que muchos paganos jóvenes se convertían con esa mira de tomar por esposa a una chica de la Santa Infancia, prefiriéndolas a las paganas por su educación y buena conducta, por su espíritu de obediencia, por su limpieza en el lavado de la ropa y su habilidad en la costura. Durante la guerra chino-japonesa nos fué forzoso suspender la recogida de niñas a causa de la escasez de recursos para su sostenimiento, recogida que luego no se reanudó porque los tiempos fueron poniéndose cada día peor.

Por esta razón, por las defunciones y por los matrimonios, al abandonar nosotros el campo de las misiones, quedaban en el orfelinato cerca de 30 muchachas que luego los comunistas se llevaron para darles una educación más *patriótica*.

Teniendo algunas escuelas de primaria y un dispensario en el que se recibían por término medio unas diez consultas diarias, sin distinción de cristianos y paganos (18).

20. A esta última pregunta no podemos contestar por falta de datos concretos. Además en el sentido en que hablo en la pregunta anterior (es más sólido y eficaz a mi modo de ver) se hace imposible catalogar los *favorecidos espiritualmente* por nuestras Instituciones de caridad. En mi diócesis (Amoy) teníamos dos Santas Infancias y un hospital solamente (19).

21. En el centro principal de la isla, en San Andrés funciona un hospital de caridad a cargo de las religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia y además los Padres Misioneros y las Hermanas Misioneras socorren de continuo las miserias y las necesidades de los pobres.

Cada año repartimos ropa a unos 400 niños pobres, proveemos de víveres a varias familias pobres y prestamos gratuitamente todo servicio del ministerio (20).

22. En nuestra Misión tenemos 6 orfanatrofios, un hospital donde las Hermanas de San José ejercen su apostolado, el hospital del Gobierno; 6 dispensarios donde son atendidos cientos de enfermos todos los meses; una casa-cuna con 40 niños de todas clases sociales. En los orfanatrofios se forman y educan unos mil niños y niñas anuales (21).

22-b. La principal institución de caridad establecida en este Vicariato es la congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Ejerce la caridad visitando a las familias, asistiendo a los enfermos, especialmente en la leprosería, atendiendo un colegio de primaria para niñas y un kindergarten, repartiendo limosnas a los pobres, etc. Serán unas 10.000 las personas favorecidas durante el año.

Hay también la obra del Buen Samaritano, establecida en la Parroquia de Trinidad para asistencia de enfermos pobres, siendo durante el año unos 100 los favorecidos.

En Bilbao (España) está fundado un ropero, cuyos vestidos son repartidos entre los pobres de este Vicariato, siendo unos 200 los pobres favorecidos en lo que llevamos de año. Es un instituto digno de todo encomio que presta una utilidad muy grande para los efectos de nuestro apostolado.

Funcionan en el Vicariato varias instituciones sociales que ejercen también la caridad, como las cooperativas de consumo de Puerto Almadén y San Lorenzo y la Mutualidad Obrera en Trinidad, que favorecen a unas 1.000 personas.

Las asociaciones religiosas como la Tercera Orden Franciscana, la asociación de los Sagrados Corazones y de las Hijas de María y las varias ramas de Acción Católica ejercitan también la caridad con los pobres y necesitados, como uno de sus fines secundarios.

Aunque de una manera no tan bien organizada, los misioneros del Beni ejercitan la caridad, con los pobres y necesitados que acuden a ellos. Les ayudan a este fin algunos obsequios que reciben de los bienhechores de España (22).

23. Más o menos ya lo dije arriba, pero volviendo sobre esta pregunta digo: las obras de caridad que por sí practican y tienen las Misiones en nuestra Guinea son: el orfanato de Nkuefullan, el asilo para los ancianos y desvalidos en la misma Misión, el dispensario con una Doctora hasta hace pocos meses y una plantilla de Oblatas menores exclusivamente consagradas a esta obra de caridad. El hospital para asistencia y cuidado de los atacados de tuberculosis y otras afecciones similares. Este ya no funciona como hasta el año pasado por no hallarse de momento Doctora en la Misión y no poder atenderles directamente cual requiere la gravedad de la dolencia por no estar capacitadas las Oblatas Morenas para este trabajo de tanto compromiso y responsabilidad.

Efectó de esta ausencia ha disminuído mucho la escala de los medicinados, tanto en este hospital como en el dispensario.

Años atrás subió la escala a unas 50.000 y pico de intervenciones sólo en esta misión; hoy, por lo arriba apuntado, apenas si llegan a unos 18.000.

Lo más principal son los Lactantes y Huerfanitos. Es la obra más meritoria de nuestras misiones y a la que dedicamos cuantos cariños y solicitudes se almacenan en nuestro corazón, sin parar mientes en gastos. Todo lo soporta el Vicariato a trueque de salvar a tantos como morirían si no se asilaran y recogieran en la Misión, por la desidia del negro en cuidar a los niños y por la ninguna higiene que tiene para los mismos.

Al niño que le falte su madre, ya se le puede contar entre los condenados a una muerte pronta y segura. Así nos lo ha enseñado la experiencia de los muchos años que venimos trabajando en este sentido.

Los niños que de ordinario se acogen y cuidan en la Misión, son por término medio unos *cincuenta y tantos* en cada ejercicio anual.

Aparte estas obras que radican en la misión de Nkuefulan, tenemos otras que radican en nuestra misión de Evinayong.

Antes había allá un orfanatrofio pero debido a que no teníamos más que una Doctora y que ésta no podía trasladarse tan fácilmente como quisiera y fuera de desear para atender a estos niños, los bajamos todos a Nkue, refundiendo ambos orfanatos en uno solo, con lo que hemos conseguido muchos más beneficios que con los dos, salvando muchas vidas. Esto en cuanto al orfanato.

El dispensario sin embargo se mantiene todavía en esta misión desarrollando una obra altamente caritativa y beneficiosa para el indígena de aquellas aldeas.

Las curas son, naturalmente, mucho menos que las registradas en Nkuefulan.

Apenas llegan a unas 5.000 al año en estos tiempos.

Leproserías en la colonia. — Dos son las que ha habido en nuestra colonia; en la actualidad sólo queda una, la de Ngumgum o Mikomeseng.

La otra de Kieosu hace años ha desaparecido por haber sido trasladados todos los que en ella moraban a esta de Mikomeseng, en donde se les atiende con verdadero cariño y solicitud.

La institución en cuanto a la sanidad, cuidados, etc., se halla bajo la tutela del Gobierno o sanidad de la colonia.

La parte espiritual se halla puesta bajo la solicitud de la misión, la cual

tiene allá destacado un misionero que atiende a los varios miles que en la misma se hallan, sin descuidar la asistencia a la población civil y militar del puerto militar de Mikomeseng. Lo que se invierte en la misma, suma varios millones, ya que el Gobierno no para mientes en gasto alguno con tal de que se consiga el bienestar y alivio de los varios miles de atacados de esta enfermedad que allí se hallan recogidos.

Hoy en virtud de los procedimientos modernos que se siguen en la misma, se dan de alta muchos leprosos cada año, saliendo, si no del todo curados, sí muy aliviados en sus dolencias y manifestaciones exteriores o faciales de la epidemia.

Afecto a esta leprosería hay un orfanato puesto en cuanto a lo material bajo la custodia del Gobierno, pero a las órdenes directas de las Madres Concepcionistas que cuidan de los muchos niños recogidos en el mismo. Con estas Madres comparten sus trabajos unas seis oblatas de María Inmaculada, todas morenas y con carácter religioso (23).

24. Tenemos 11 ambulancias, 7 maternidades, 9 internados masculinos, 8 femeninos, 336 escuelas, 350 catequesis. En el último año sólo hemos tenido 4.842 bautizos porque somos muy rigurosos en el catecumenado. No interesa más el número que la calidad. El Catolicismo ha de ser una escuela (24).

25. Hoy en dia hay 5 dispensarios y 1 hospital funcionando en esta prefectura (25).

26. En la misión funcionan 11 instituciones de caridad. No hay distinción entre católicos y paganos, pero naturalmente el mayor número de beneficiados son los paganos, ya que sólo el 10 % de la población son católicos. Media anual de servicios prestados: maternidades 4.600 y 16.602 consultas; asilo de leprosos 400; hospitales 5.038 pacientes; dienpensarios 164.691 consultas (26).

27. Ninguna. En cada estación de la misión hay un refugio para viudas, muchachas caidas, etc. Ellas se proporcionan su alimentación y reciben ropa de la misión. Las hermanas tienen unos cuantos huérfanos. En nuestros escasos hospitales y dispensarios pedimos algo de dinero para medicinas (27).

28. Tenemos alrededor de 50.000 niños en las escuelas católicas de las que tenemos 473; tenemos dos hospitales generales con un total de 265 camas; 2 orfelinatos que cuidan de 72 niños y 15 clínicas que en 1955 tuvieron 26.047 consultas (28).

29. Datos de 1955:

	Totales	
Juventud: 238 escuelas; 24.486 alumnos	238	24.486
Enfermos: 2 hospitales (219 camas), 2 dispensarios y 4 maternidades	8	
Pacientes internos 3.761; ext. 116.255		120.016
Niños: 4 maternidades (citado) 1.759 entregas (incluidos arriba) 14.574 atendidos		14.574
Ancianos y pobres socorridos aproximadamente		2.000
Total de instituciones	246	
Total de asistidos (29)		161.076

30. Si las escuelas tienen que ser incluidas tenemos alrededor de 300 con 30.000 niños. En la diócesis las hermanas franciscanas y ursulinas se dedican a la enseñanza y a los hospitales. Están establecidas en 15 parroquias. No hay ninguna discriminación entre paganos y católicos (30).

31. Tenemos 2 orfelinatos que cuidan de unos 50 niños abandonados. Tenemos 1 hogar para ancianos en el que viven 10 de ellos. Tenemos 36 dispensarios y durante 1955 tratamos a 111.631 casos. Un dispensario trató alrededor de 150 leprosos (31).

32. 10 orfanatos con 334 asilados; 5 leproserías con 211 pacientes; 14 dispensarios y 3 hospitales con 405.267 consultas (32).

33. En nuestros hospitales rurales y dispensarios 66.729 tratamientos se reali-

zaron durante un año; unos 3.850 niños (africanos, europeos y mulatos) reciben cristiana educación en nuestras escuelas dirigidas por las hermanas o controladas por la misión (33).

34. Hospitales 7; dispensarios 20; casa de huéspedes 16; atendidos de 70 a 80.000 (34).

35. 8 leproserías. Más de mil entre católicos y paganos.

4 hospitales y 12 maternidades. Cerca de los 40.000 (35).

36. Instituciones educacionales: elemental, primaria, media y profesional.

Intituciones médicas: clínica, dispensario, maternidad.

Número anual de todas las personas en las educacionales: 7.000.

Id. en las médicas: 6.000 (36).

37. Once. El número aproximado de auxiliados anualmente es 85.000 (37).

38. 7 escuelas de internado proveyendo para 200 chicos.

1 centro de enseñanza técnica que cuida de 16 aprendices.

1 centro de educación para mujeres adultas con 22 inscritas católicas y paganas.

1 establecimiento de muchachas, que cuida 14 niñas de escuela primaria.

30 escuelas primarias «junior» y 3 escuelas primarias «senior», libres de cargas que cuidan de unos 2.000 muchachos (38).

39. Carecemos de estadísticas buenas. Carecemos de instituciones propiamente dichas, excepto el hospital (39).

40. Hospitales 5; camas 218; dispensarios 14; total de enfermos cuidados 130.183.

Orfelinatos 5; huérfanos 92.

Escuelas primarias 72; alumnos 17.975.

Escuelas medias 10; alumnos 1.124.

Escuelas secundarias 1; alumnos 131.

Centros de educación 2; alumnos varones 108, alumnas 35.

Centros catequísticos 185; alumnos 11.575 (40).

41. Dispensarios: 6. Servicio de oftalmología: 1. Media anual: 30.000 (41).

42. Tenemos un hospital de la misión en el que está al frente un médico civil asistido por religiosas: Enfermos hospitalizados: 6.000 por año. Este hospital tiene también una maternidad: nacimientos 1.890 y consultas 2.064.

Tenemos siete dispensarios al frente de los cuales se encuentran religiosas: Consultas: 280.000. Uno de los dispensarios tiene una maternidad: nacimientos: 1.371 y consultas, 1.753.

Por otra parte tenemos religiosas que están empleadas en los Hospitales del Estado en Usumbura y Kitega (42).

43. No hay instituciones de caridad. Las misiones se ocupan de las obras de caridad al lado de sus obras de enseñanza y apostolado (43).

44. Treinta y tres. — La media anual de favorecidos pasa de 785.000 (44).

45. Hoy por hoy la única institución es el orfelinato, que tiene más de 50 niños (45).

46. En la diócesis de Garoua tenemos actualmente nueve dispensarios principales. En dos hospitales del gobierno, hermanas enfermeras. Una leprosería con doscientos leprosos. Alrededor de 150.000 a 180.000 enfermos reciben cuidados. Estos son en su mayor parte paganos porque nuestra diócesis cuenta tan sólo con 7.000 católicos (46).

Segunda Parte

Trabajos presentados a la VIII y IX Semana Misional, Agosto 1955-1956, sobre «La Vocación Misionera»

I

Razón de ser de nuestra Vocación Misionera

Excmo Mons. Luciano Perez Platero
Arzobispo de Burgos, Superior General del IEME

HAY desde antiguo en el campo de la Ascética cristiana un problema complejo y siempre actual que, transcendiendo lo puramente religioso y moral, ha invadido los dominios acotados por las ciencias psicológicas y pedagógicas, ha conquistado un puesto en los regios estrados de la Teología, y se plantea a diario en los acaeceres y postulados insoslayables de la vida práctica: el problema angustioso de la vocación individual.

Restringido en su ámbito y encuadrado exclusivamente, para más al justo despejarlo, en el marco, por otra parte anchísimo, de las Misiones, ése es el problema que se trató de dilucidar en la octava Semana Misional celebrada en Burgos del 7 al 13 de agosto de 1955, y para cuyo estudio y aparente solución aportaron haces de luz cencida eminentes profesores que han navegado con buen aire por todos los mares de la Teología Misionera y de la espiritual dirección de las almas.

La vocación misionera a la luz de la legislación de la Iglesia y de los documentos misionales de la Santa Sede; la vocación misionera al viso del Nuevo Testamento y de la Teología; la vocación misionera bosquejada en la vida y escritos de San Francisco Javier; estudio psicológico de la vocación misionera; cultivo espiritual de la vocación misionera; perfiles de la vocación misionera en la mentalidad y en los textos del Beato Ramón Lull, fueron otros tantos temas desarrollados con amplitud de criterio y con serena y profunda objetividad y pericia por excelentes maestros, cuyos nombres suenan con aplauso más allá de las fronteras patrias, y que a las claras se parecen, por la solidez de su doctrina y por lo robusto y bien trabado de su raciocinio, educados en la más severa disciplina intelectual, en el taller de la lógica, en el gimnasio de la sagrada Teología, y aun a veces en la arena y en el polvo de la controversia dogmática.

Fecundo y deleitable simposio ascético-literario el que nos brindaron, explicando sus lecciones con amenidad y competencia envidiables, presentando en feliz y primorosa alianza la erudición y el ingenio, que tan discordes y desavenidos suelen caminar por el mundo, y esclareciendo y valorizando en sentido filosófico-cristiano, con palabra dúctil, ceñida, elegante, tersa, cuestiones delicadas y complejas atañentes a la vocación misionera.

* * *

*LLAMADO por disciplina honorífica, a la vez que onerosa y no recusable, a redactar contadas líneas que sirvan de presentación a este volumen sobre «*LA VOCACION MISIONERA*», no he de detenerme en comentarios hebenes sobre la economía y providencia general de Dios en orden al camino por donde desea que oriente cada uno su vida, y sobre el trabajo personal de labra para hacerla cada uno digna del alto fin que tiene señalado, ni menos aún, por más que algo se nos alcanza en la materia y tal vez pudiéramos terciar sin desdoro en el temario programático de la Semana, hemos de adentrarnos a placer por las regiones intrincadas y pedregosas de la psicología y de la psicotecnia con miras a discernir criterios y sopesar vivencias y pronósticos vocacionales.*

Aparte de que no es ese nuestro cometido, ni cabe tal propósito en el molde angosto de este trabajo, eso sería percudir con pinceladas al vuelo los temas que luego, en este mismo volumen han de sucederse desencogidos y explanados por maestros ilustres con hondura de pensamiento y de doctrina y con deleitoso colorismo de alabeos y faralaes literarios. Otro sesgo menos pretencioso y más expedito nos parece más propio dar a este preludio.

* * *

Y primero que todo, empecemos acatando los altos juicios de Dios y adorando sus inescrutables designios. El quiere salvar a todos los hombres y conducirlos al conocimiento de la verdad, *como nos enseña el Apóstol San Pablo. Jesucristo ofreció su vida por todo el linaje humano. por los justos y por los pecadores, y convirtió su Corazón sacratísimo en manantial de sangre y agua que, impulsada por su amor infinito, llevase la redención, la gracia y el perdón, la verdad y la vida, hasta los últimos rincones del universo. ¿Por qué la sangre preciosísima del Corazón de Jesús no corre ya por los corazones de todos los hombres? ¿Por qué su nombre dulcísimo,* que está sobre todo nombre, *no lo pronuncian todos los labios?*

De su divino Fundador recogió la Iglesia católica el mandato misionero, y lo ha desarrollado siglo tras siglo con indomable constancia. El primer Papa evangelizó personalmente a los gentiles de Roma. Los que le siguieron continuaron sin tregua su ministerio evangelizador a lo largo de la época sangrienta de las persecuciones. Y según los tiempos avanzaban, ensancharon también ellos el radio de su acción, y rescataron de las tinieblas del paganismo y cobijaron en el redil del buen Pastor naciones enteras y pueblos sin cuento por medio de los grandes Santos que enviaron a todos los países del mundo entonces conocido: por medio de un San Panteno, apóstol del Asia, de un San Patricio, apóstol de los incomparables apóstoles de Irlanda, de un San Gregorio Magno y de un San Agustín, apóstoles de Inglaterra, de un San Bonifacio, apóstol de las tribus alemanas, de un San Cirilo y San Metodio, apóstoles de la Moravia y de Bohemia..., y tantos otros, cuya lista en dilatada serie abrillanta la Historia de la Iglesia en las Misiones. De los recientes Papas que nosotros hemos conocido, es por demás hacer ahora mención, comoquiera que nadie ignora cuán dentro de su corazón han palpitado y siguen palpitando las ansias misioneras, y cuán apremiantes y múltiples documentos han dirigido al universo fiel pidiendo vocaciones, pidiendo evangelizadores y pregoneros de la fe para el universo infiel. "Hasta que la Cruz cubra con su sombra las regiones más apartadas del mundo no rehusaremos fatiga ni sacrificio al-

guno" es la palabra que todos repiten invariablemente con ardoroso acuciamiento y anhelos de esperanza.

* * *

ESTO supuesto, yo no dudo sentar por adelantado que vocación apostólica o misionera la tenemos y la tienen todos, para en vanguardia en los frentes de exploración y de combate, o para en retaguardia en servicios de avituallamiento y propaganda.

Somos cristianos, somos católicos, somos españoles: tres fuentes auténticas y perentorias de ideales evangelizadores y de misionerismo. No nos presentamos a las aguas bautismales para resolver meramente un problema individual, el que a nosotros mismos nos atañe, por grande y transcendente que se parezca. Nos hemos incorporado al Cuerpo vivo de Cristo para ayudar a su crecimiento normal en todos los órdenes y en todas sus líneas. Porque es ley consustancial y primigenia de los miembros, no ya solamente en este divinísimo y señero Cuerpo, sino en toda natural asociación y organismo viviente, la comunicación recíproca de la vida y la solidaridad íntima de mejoramiento y de intereses. Huelga más amplio razonamiento.

Todos misioneros, a fuer de cristianos, bien sea militantes en las avanzadas, o bien auxiliares en zonas de reclutamiento y de asistencia.

* * *

SEGUNDO título, que corrobora y refrenda el anterior: Nuestro nombre y profesión de católicos. La Iglesia, por voluntad expresa y mandato imperioso de Jesucristo, es eminentemente proselitista y misionera, o lo que vale tanto, esencialmente católica. Siéndolo de derecho nació, hace veinte siglos, en el Cenáculo; y hoy, al cabo de veinte siglos, no lo es de hecho en la medida colma que anhela y se le debe. ¿No nos alcanzará en ello algún resabio de responsabilidad y de inacción? Porque el mandamiento de Jesucristo y la intimación solemnísima de dilatar su reino y expansionar su Evangelio, sin más límites que las afueras de la tierra, no es tan sólo la Iglesia a quien obliga con perentoriedad inacabable, sino que nos afecta, si bien en grado diverso, a todos, y a todos nos urge generalmente, a cada uno según su participación y alineamiento en el ministerio apostólico. Sino que muchos se hacen sordos al llamamiento y se desentienden y se desinteresan del compromiso.

Vivimos habituados a reputar como un fenómeno totalmente normal el hecho de que el catolicismo es la religión particular de Italia, de Sudamérica, de Francia, de España, y no nos espantamos de que no lo sea de la India, del Africa, de China. Nos avezamos a la idea de que nuestro catolicismo es la religión propia de ciertos países y no de otros. Y la realidad es cabalmente lo contrario. El catolicismo es universal, y a nadie se exime de profesarlo y de contribuir a su dilatación hasta lograr del todo la cristianización del gentilismo.

Todos misioneros, a fuer de católicos, para alistar a todos en los reales de Jesucristo y hacer verdaderamente ecuménica la Redención divina.

* * *

PERO además de cristianos y católicos somos españoles. Y España tiene una tradición misionera no superada, ni aun igualada, por otra nación alguna, como no sea nuestra preclara hermana y compañera de fatigas y hazañas, Portugal.

¡Granado campo, y tentador, de dorada mies y de proezas hispánicas, el que se abre con esto a nuestras miradas! Pero campo sin vallas ni contornos, al que no he de asomarme si no es a vista y vuelo de pájaro.

Baste decir que no hay rincón del mundo que no haya pisado el pie y en que no descansen los huesos de un misionero español, y no aparezcan impresos, más o menos borrosos, pero legibles y en resalto, los timbres o la marca y la rúbrica españolas; que nuestros monarcas, haciendo honor a su nombre de Católicos, sentían reverberar en su alma el ideal magnífico, pero también gravitar sobre ella la responsabilidad tremenda que la Sede Apostólica y el favor de Dios les impusieran al otorgarles la posesión, y por ende la conversión, de las nuevas tierras descubiertas, y para descargar de su conciencia tan agobiante y sagrado encargo no cesaban de remitir a aquellas partes levas continuas de fuerzas vivas y cuantiosos cargamentos de pertrechos materiales, sin descaecer ni reparar en gastos, porque su lema era: "Que falte para todo, y no falte para la causa del Evangelio y de la salvación de las almas."

Y así un siglo y otro siglo, desde el último de los Austrias, remontando los tiempos hacia atrás, hasta la primera Isabel de Castilla, la Católica por antonomasia, mujer de las más grandes que han pasado por la Historia y han ceñido corona, la misionera por excelencia, que al despedirse de su pueblo, porque ya el cetro se le escurría de las manos, trae maternalmente a recordación sus vasallos, los pobrecitos indios que de la barbarie más que de los misterios del mar habían rescatado sus carabelas, y tiende sobre su indefensión y debilidad el amparo de sus últimos cariños; la Soberana excelsa, modelo de reinas, de esposas y de madres; la compasiva y tierna, la magnánima y varonil, la cariciosa y jovial hasta que las desgracias familiares entenebrecieron sus días y sus noches; la buena, la piadosísima, la santa, cuyo nombre deberíamos los españoles pronunciar cabeza descubierta, porque ante su trono se fundió la unidad de la patria y la unidad de la religión y alboreó el imperio más extendido y más glorioso de que hay memoria..., y sobre la cual tengo para mí que Dios ha de pedirnos cuenta, como ya nos la pide la Historia, de nuestra desidia y dejadez en procurar no ya que sea santa —santa lo es por sí misma, de talla ingente y de cuerpo entero—, sino Santa oficial de la Iglesia, Santa canonizada, Santa de altar.

Incumplido dejaremos este destino inigualable y providencial de España, si no bulle en nuestros pechos el celo evangelizador y misionero que tan hervorosamente bullía en el pecho de nuestros Católicos Monarcas.

Todos misioneros, a fuer de españoles, para extender el reino de Dios y de Jesucristo y retrasar las fronteras de la incredulidad y del paganismo.

II

La Vocación Misionera a la luz del Nuevo Testamento y de la teología católica

M. I. Sr. Dr. D. Mariano Laguardia
Can. Lectoral y Rector del Seminario de Pamplona

No sin cierto rubor me presento hoy como ponente en esta tribuna, por la que todos los años desfilan figuras insignes de la Misionologia, hacia las cuales siento admiración y respeto, y de las que me considero discípulo y no de los más aprovechados.

Mi presencia se debe primeramente a la amable invitación del Excmo. Señor Arzobispo de Burgos, que quiso, sin duda, en mi pobre persona honrar al Seminario de Pamplona, cantera de vocaciones misioneras (y espero que lo sea cada día más); en segundo lugar, a la simpatía personal hacia este Instituto Español de Misiones Extranjeras, que con tanto acierto organiza estas Semanas; y finalmente, al deseo sincero de aportar mi granito de arena a la causa de las Misiones, que debe calar muy dentro de todo corazón sacerdotal. Y sin más, entramos en materia.

Tres casos. — *Para ambientarnos, por así decirlo, veamos estos tres casos de vocación misionera, que nos demuestran que en la práctica la vocación es cosa sencilla, sin complicaciones, las cuales se presentan en abundancia, cuando pasamos al terreno de la teoría. Nos encontramos, al tratar de explicar la vocación misionera, en una situación casi tan embarazosa como San Agustín ante el problema del tiempo. "¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo al que me lo pregunta, lo ignoro" (M. L. 32, 816).* Primer caso. *Un niño ve sobre la mesa un libro de tapas azules. — Mamá, ¿hay cuentos en este libro? — Sí, hijo mio. Es un libro que cuenta historias de las misiones — ¿Y qué son las misiones, mamá? — Son unos sacerdotes, que van lejos, muy lejos, a los pueblos donde viven los salvajes, que no conocen a Dios, para enseñarles a salvar el alma e ir al cielo. — Mamá, yo también quiero ir allá para enseñarles a Dios, y se vengan al cielo con nosotros... Aquel niño es Mons. Ridel, que murió de Vicario Apostólico en Corea (Ite. Silvestri, pág. 36, Pamplona, 1929).* Caso segundo. *San Francisco Javier está en Roma, ocupado en ministerios al lado del P. Ignacio, y no parece que le preocupa la idea misional. Al quedarse enfermo su compañero, es escogido él para las Indias. Ante los deseos que manifestaba el rey, de retenerle en la corte de Lisboa, cree que puede elegir entre ir y quedarse, con tal que esto fuere de mayor gloria de Dios. Así fué su vocación misionera; y ¡vaya si la tuvo!* Caso tercero. *"En lo que menos pensaba yo, escribe el jesuita P. Gonnet, era en ir a las misiones de China. Hasta me atrevo a decir que sentía una repulsión instintiva hacia semejante idea. Nuestros tres primeros misioneros, que habían partido para Schanghai hacía dos años, pedían más personal y los Superiores se ocupaban activamente en preparar una segunda expedición. Sonriéndome interiormente me repetía con frecuencia: "Con tal que no se acuerden de mí." El 21 de junio, fiesta de San Luis, ayudé la Misa al Rvdo. P. Rector, el cual una vez que volvimos a la sacristía, me dijo: "Hermano Gonnet, después del desayuno véngase a mi cuarto." Al oír estas palabras exclamé para mis*

adentros: "Ay, Hermano Gonnet, ya has caído. Eso es para decirte que te vas a China, que eres tú el elegido." Mi acción de gracias después de la Comunión fue una lucha interior continua. No hacía otra cosa mi naturaleza, sino repetir aquel. "Transeat a me calix iste." Sin embargo no cesaba de rogar al Señor y a mi Santísima Madre, a fin de que, llegada la ocasión, pudiera exclamar: "Oh, Dios mío, haced de mí lo que os plazca. Lo acepto y cuento con tu gracia."

Temblando, pero dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, me dirigí al cuarto del Rvdo. P. Rector, quien, apenas me vió, dijo sonriendo: "¡Gran noticia, Hermano Gonnet! Va a tener muchos envidiosos: es Vd. uno de los cinco misioneros destinados a la China. — ¡Gracias, Padre, así sea! Recibo sus palabras como palabras de Dios; bendígame y ruegue por mí, a fin de no hacerme indigno de tan hermosa vocación" (citado en Ite. pág. 48-49).

Dificultad del tema. — *Toda vocación es una realidad compleja, por el doble aspecto divino-humano que presenta. Dios la comienza, Dios tiene la última palabra y en medio está el hombre con su libertad. Por eso no es extraño que en tiempos anteriores haya habido tan diferentes y encontradas opiniones acerca de la vocación sacerdotal, y aun en nuestros días haya todavía muchos puntos controvertibles y dudosos. El P. Capello en su tratado sobre el Sacramento del Orden nos dice que son muchas las sentencias de los doctores sobre el genuino concepto de la vocación sacerdotal, y a continuación presenta siete definiciones diversas. Podemos y debemos suponer que no hizo mención de todas las que existen.*

Otro motivo de esta dificultad de que hablamos, está en el hecho de que hasta el presente es muy poco lo que se ha escrito sobre la vocación misionera en concreto, reduciéndose todo, en cuanto he podido ver, a algún breve folleto, algún capítulo en los manuales de misionología y a algunos pocos artículos en las revistas de esta especialidad.

No estará fuera de este lugar hacer mención especial del V. P. Luis de la Puente, quien en su tratado de la Perfección del Cristiano en el Estado Eclesiástico fué quizás el primero que habló de la vocación para misionar "aunque sin especificar si trata de las actividades apostólicas en tierras de misión o en Europa". (Cfr. Larráyoz "La vocación misionera según las cartas de San Francisco Javier". Pamplona, 1949, pág. 13). He aquí a título de curiosidad el enunciado de algunos capítulos: Cap. 4: "Cómo es necesaria la vocación de Dios para ejercer el ministerio de ayudar a las almas." Cap. 5: "Cómo Nuestro Señor no llama a este ministerio a los idiotas y viciosos, ni a los principiantes en la virtud, sino a los aprovechados y perfectos." Cap. 6: "De la vocación espiritual, con que algunos ya perfectos son llamados a ayudar a las almas; de sus vanos temores y excusas y castigos de ellas, y de la obediencia que han de tener a dicha vocación."

No ocurre lo mismo respecto de la vocación sacerdotal y religiosa. De la primera se ha hablado en todo tiempo, pero sobre todo a partir del Concilio de Trento. La doctrina sobre la vocación divina, tanto sacerdotal como religiosa, se erige en teoría propiamente dicha en el siglo XVII. Desde entonces la bibliografía sobre la vocación y señales de la misma aumenta considerablemente, y en lo que llevamos de siglo han visto la luz pública un crecidísimo número de obras, debiéndose su aparición principalmente a dos causas: 1.°) a la actualidad que supo dar a este problema de la vocación la célebre obra del canónigo francés José Lahitton "La vocation sacerdotale", publicada en 1909, que provocó reacciones muy diversas en los sectores católicos y motivó la respuesta de la Comisión Cardenalicia en 1912; y 2.°) a la publicación de diversos documentos pontificios, como la Instrucción de la Sda. Congregación de Sacramentos sobre el escrutinio de los que van a ser ordenados, la Encíclica de Pío XI "Ad catholici sacerdotii", la exhortación "Menti nostrae" del actual Pontífice, etc.

A esta teología vocacional tan abundante se habrá de acudir por fuerza para dilucidar las cuestiones referentes a la vocación misionera. De la mano de ella y del Nuevo Testamento, que le presta su fundamento y base, vamos a intentar decir algo siquiera.

Vocación misionera general. — *En la Iglesia de Cristo existe un doble sacerdocio: aquel, del que participan los sacerdotes propiamente dichos por una especial*

consagración, que los distingue de los simples fieles, y les da el poder de ofrecer el sacrificio de la Nueva Ley; y aquel otro, tomado en su sentido amplio, del cual participan todos los cristianos, que, al ser incorporados por el bautismo a Cristo, Pontífice de la nueva Alianza, de alguna manera participan también de su sacerdocio. Lo dice claramente San Pedro en su 1.ª Carta: "Vosotros, como piedras vivas sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer a Dios sacrificios espirituales, aceptos por Jesucristo" (1 Pet. 2, 5). Y poco después: "Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a la luz admirable" (1 Pet. 2, 9).

De una manera semejante debemos distinguir una doble vocación misionera; la estrictamente tal, que se encuentra en el misionero auténtico, "llamado por voluntad divina a la alta función de propagar en el mundo la Buena Nueva" (Pío XII, Evangelii praecones); y otra, tomada en un sentido más genérico y lato, que afecta a todos los cristianos y se confunde con el deber misionero de todos los hijos de la Iglesia. Porque quien tiene un deber que cumplir, está llamado imperiosamente por quien se lo ha impuesto, a hacer aquello, que es el objeto de tal deber, y en este sentido la obligación impuesta por Nuestro Señor de hacer algo por la causa misional, puede considerarse como una llamada de Dios, o vocación divina misionera. Nuestro Señor dejó en testamento a su Iglesia un mandato categórico: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura; el que creyere y fuere bautizado será salvo, mas el que no creyere, será condenado." (Mc. 16, 15). Con estas palabras y las que leemos en el lugar paralelo de San Mateo, quiso nuestro Señor dejar a la Iglesia un testimonio inequívoco de que en ese lanzarse por el mundo entero, predicando el Evangelio y ofreciendo a todas las gentes los medios de santificación, estaba la esencia y fundamento del nuevo reino por El fundado. Es la idea que expresa Pío XI en la "Rerum Ecclesiae", cuando escribe: "La Iglesia misma no tiene otra razón de existir, sino la de hacer partícipes a todos los hombres de la Redención salvadora por medio de la dilatación por todo el mundo del Reino de Cristo."

Ese concepto universalista y obligatorio de la doctrina de Cristo y de su obra se encuentra en todas las páginas del Nuevo Testamento. Nada más fácil que constatar ese universalismo del mensaje de Cristo, "Mensaje de amor y de misericordia para con todos, universal geográfica y etnológicamente" (P. Mondreganes), a través de la persona, vida y doctrina de nuestro Señor, consignadas en el Evangelio. Citemos tan sólo algún texto: "De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito, para que todo el que crea en El no perezca, sino que obtenga la vida eterna. No le mandó para juzgarle, sino para que se salve por El" (Jo. 3, 16 y s.) "Yo he venido como luz del mundo, para que todo el que crea en Mi no permanezca en tinieblas" (Jo. 12, 46). El Mesías es la salud, que Dios ha preparado ante la faz de todos los pueblos, "luz para la iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo Israel" (Luc. 2, 32). "El reino de Dios, expuesto en las parábolas, no es patrimonio del pueblo judío, sino que abarca el mundo: ager est mundus" (Mat. 13, 38); más aún, se les quitará a los judíos y se dará al pueblo gentil, que reportará su fruto" (Mat. 21, 43). "Y muchos vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mat. 8, 11), y por eso, "se predicará este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio de todas las gentes" (Mat. 24, 14).

Dedúcese de estos y otros muchos textos, que, aun prescindiendo del mandato de Cristo, la doctrina evangélica se había de predicar en todas partes, porque es una exigencia de su misma naturaleza. La Iglesia es, por consiguiente, esencialmente misionera, por ser heredera y depositaria de esta doctrina y de todos los otros bienes de la redención universal de Cristo.

"La función primaria y fundamental de la Iglesia, dice el P. Manna, es la evangelización de todo el mundo. Conservar, afianzar, defender, fomentar la fe en las almas, ya conquistadas para Cristo, es función importante de la Iglesia, pero lógicamente ha de venir después, y jamás deberá relegar al olvido ni desdeñar lo que es función primaria." (El Sacerdote y las Misiones, pág. 11.)

Esta obligación misionera pesa sobre la Iglesia toda. Maravillosamente ex-

presó esta idea San Agustín, cuando hablando de la Iglesia "total" (Obispos y pueblo) dice que por ella Cristo llega a los gentiles. "Tota Ecclesia praedicat Christum" y "Cristo viene y predica a los gentiles por su Iglesia" (M. L. 37, 1243-1244). Así, pues, no sólo la Jerarquía, sino todo el pueblo cristiano tiene el deber de colaborar de alguna manera a la difusión del Evangelio por el mundo. Primaria y principalmente esta gravísima obligación recae sobre el Romano Pontífice. Con frecuencia las palabras de los Papas son un eco de aquel "vae mihi, si non evengelizavero" de San Pablo "Ay de mí si no evangelizara" (I Cor. 9, 16). "Cualquiera que en la tierra hiciese las veces del divino Jesús... faltará a su principal deber, si con todo empeño no se esfuerza por ganar y unir a Cristo a los extraviados, que están fuera de su redil." Así se expresaba Pío XI en la "Rerum Ecclesiae", en la que recordaba este mismo deber a los Obispos. "Leemos, dice el Papa, que Cristo mandó no sólo a Pedro, en cuya cátedra somos sucesor suyo, sino a todos los apóstoles, a quienes vosotros sucedéis: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura"; de donde resulta que de tal modo pertenece a Nos el cuidado de propagar la fe, que vosotros, sin duda alguna, cuanto lo consiente la función singular y propia de vuestro ministerio, debéis compartir con Nos los trabajos, y cooperar lo que sea posible en esta empresa" (Rerum Ecclesiae). Y en cuanto a los sacerdotes añadía: "¿Cómo puede el clero que participa en modo admirable del sacerdocio y del apostolado de Cristo, excusarse de contribuir a la evangelización de todas las gentes?"

Del actual Pontífice Pío XII son las siguientes frases: "La Iglesia les exhorta a ser todos misioneros, si no de hecho, al menos espiritualmente." "Insistimos que la Unión Misional del Clero se difunda cada vez más, y propague el sentido y el deber misional entre los sacerdotes y entre los fieles confiados a sus cuidados." "Nada más apto que el dogma de la comunión de los santos para inculcar convenientemente al pueblo cristiano la utilidad y la importancia del deber misionero" (Ev. praecones).

Antes de terminar este punto de la vocación misionera en sentido amplio, quiero llamar la atención sobre esta insistencia del Papa en hacer conocer al pueblo cristiano su deber misionero. No hemos de presentar ante los fieles la Obra de las Misiones como una obra de supererogación, como actividad pasajera, algo así como una devoción moderna, fomentada por el celo proselitista de los últimos Papas. Ni hemos de contentarnos con presentarla tan sólo como una obra de caridad, de compasión o de misericordia, que solicita nuestra ayuda. La consideración de que la incorporación de todos los pueblos a la Iglesia por la fe en Cristo es una obligación gravísima y la razón misma de la existencia de la Iglesia, creará a la Obra de las Misiones una base más sólida que cualquiera otra consideración, y los fieles cooperarán con tanto más entusiasmo y ardor al apostolado misionero, cuanto más haya penetrado en su conciencia la convicción de que Dios nos llama a todos a esta grandiosa empresa, que es la conversión del mundo infiel, y que su llamada constituye para todos un ineludible deber. Termino con estas palabras del P. Pío M.ª de Mondreganes en su reciente "Manual de Misiones", pág. 35: "La obligación de cooperar, en general y per se, es grave ex genere suo. Determinar en concreto cuándo se falta gravemente a este deber es muy difícil; porque depende de las personas, de las circunstancias, del conocimiento, etc. Los moralistas han tratado todavía poco esta cuestión."

Vocación misionera en sentido estricto. — *Vocación o acción de llamar —vocis actio— en el orden natural y en el modo corriente de hablar es lo mismo que inclinación por un oficio, una carrera o un estado determinado.*

En el orden sobrenatural la vocación realiza la significación plena de llamamiento de Dios al hombre: así hablamos de la vocación de Abrahán, de la vocación de los gentiles al Evangelio, de la vocación a la fe, a la gracia y a la gloria. "Así, pues, os exhorto yo, preso en el Señor, a andar de una manera digna de la vocación, con que fuisteis llamados." (Ef. 4, 1) y poco después: "Sólo hay un cuerpo y un Espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación." (Ef. 4, 4).

Dentro de este orden sobrenatural hay que colocar la vocación sacerdotal, el acto por el cual Dios llama a algunos hombres a la dignidad y a las funciones

del sacerdocio; la vocación religiosa, el acto por el cual Dios llama a ciertas almas a la práctica de los consejos evangélicos; y por lo tanto, la vocación misionera, o el acto por el cual llama Dios a determinadas personas al apostolado entre infieles. El primer problema a resolver es: ¿Existe desde un punto de vista teológico especial vocación misionera independiente de la sacerdotal o religiosa? No es extraño que hagamos esta pregunta, cuando algunos autores dudaron de la vocación religiosa, porque en el canon 538 no se hace mención de ella al hablar de los requisitos para entrar en religión. Parece cierto que debemos admitir una vocación misionera de orden sobrenatural: Dios llama a determinadas personas a propagar la fe entre los infieles. Pensemos en la voluntad salvífica universal de Dios: "Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2, 4). Ahora bien, quien quiere el fin, quiere los medios, que aquí son las misiones y los misioneros. Sin misioneros la Iglesia no puede cumplir la finalidad principal para la que fué fundada. Y como Dios no falta en las cosas necesarias, síguese que en su providencia no dejará de suscitar vocaciones misioneras. Recordemos también las palabras de Jesús: "Rogad al señor de la mies que envíe operarios a su mies." Es El quien ha de enviar los misioneros. "¿Cómo predicarán si no son enviados?" El sentido parece exigir como sujeto paciente a Dios: los predicadores deben ser enviados por Dios inmediata o mediatamente.

La doctrina de la Iglesia parece clara sobre este punto. Me limito a la encíclica "Evangelii praecones", como exponente de la misma. "Con profundo consuelo, escribe el Papa, sabemos que al momento presente ha crecido felizmente, con gran consuelo de la Iglesia, el número de aquellos que por voluntad divina *están llamados a la alta función de propagar en el mundo la Buena Nueva." "Aquel que por una* inspiración celeste *siente ser llamado a enseñar la verdad, etc." Arroja mucha luz sobre este punto un texto de Santo Tomás, en que nos dice el Santo que Dios quiere que haya variedad de estados (religioso, matrimonial) y de operaciones o apostolados en su Iglesia. Esto contribuye a la perfección de la Iglesia, responde a una necesidad de acciones, que son imprescindibles en ella, y da a la Iglesia dignidad y belleza. (Th. 2-2, q. 183, a. 2.) Y luego llama Dios con su gracia a estos diversos estados o apostolados. Según esto, la vocación divina invita al hombre unas veces a constituirse en un estado determinado y otras a entregarse a un apostolado concreto. "Oportet enim ad diversos actiones diversos homines deputari ad hoc, quod expedicitius et sine confusione omnia peragantur."*

Esta vocación misionera puede coincidir en un mismo sujeto con la vocación sacerdotal y la religiosa. Puede uno tener vocación de misionero y no de sacerdote, y al revés. La vocación misionera nos la imaginamos más plena en aquellos que han recibido las Ordenes Sagradas; pero no por eso deja de ser auténtica la vocación misionera del Hermano o Religiosa y aun del seglar aunque carezca de la dignidad sacerdotal.

Tenemos siempre presente la vocación misionera tal y como se realiza en nuestros días dentro de la actual organización y legislación de la Iglesia. En los primeros tiempos del Cristianismo todo sacerdote era por fuerza misionero. La vocación religiosa de suyo se ordena a la propia perfección del individuo, mientras que la sacerdotal mira principalmente a la santificación de los demás. Nadie es sacerdote para sí mismo. Y como la vocación misionera mira también al bien de los demás, de ahí que tenga más puntos de contacto y parecido con la sacerdotal que con la religiosa. Se distingue, sin embargo, de ella en que el proceso de la vocación misionera no termina de suyo en un rito sacramental.

Como toda vocación, la misionera es un acto sobrenatural de la providencia, por el que Dios llama a algunas personas a este apostolado "de enseñar la verdad del Evangelio y de las virtudes cristianas en las lejanas tierras de misiones" y los dispone con dones de gracia y de naturaleza, y así los prepara a este "oficio absolutamente grande y sublime" (Pío XII).

Esta voluntad divina antecedentemente a su realización en el tiempo sólo la podemos conocer por revelación divina. Pero esto no es lo ordinario. Y sin embargo nadie debe ser misionero, si no está llamado por Dios, como nadie debe

ser sacerdote, si no le ha dado Dios esa vocación. Tenemos, por consiguiente, necesidad de atenernos a manifestaciones indirectas y mediatas de la voluntad de Dios, cuyo estudio, elaborado lentamente en la tradición cristiana sobre los datos revelados, nos ofrece los elementos diversos que deben constituir una vocación. Esto nos proponemos realizar en la medida de nuestras fuerzas, sometiendo a análisis el triple elemento que integra la vocación misionera, siguiendo un método paralelo al de la vocación sacerdotal, con la que aquélla guarda tanta analogía.

PRIMER ELEMENTO DE LA VOCACION: VOCACION CANONICA

Se define al misionero, diciendo que es "un enviado oficial de la Iglesia al mundo infiel para propagar la fe". La Iglesia ha seguido desde el principio la línea de conducta marcada por nuestro Señor. Jesucristo llamó y escogió a los apóstoles y luego los envió. "Y aconteció en aquellos días que salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios; y cuando llegó el día, llamó a Sí a los discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes dió el nombre de apóstoles". (Luc. 6, 12-13). En otra ocasión, aludiendo a este momento histórico, les dice: "No me escogisteis vosotros, sino que yo os escogí" (Jo. 15, 16). Pero los llama no para retenerlos, sino con intención de enviarlos. "Como mi Padre me envió, así yo os envío" (Jo. 20, 21), y en el texto antes indicado. "No me elegisteis vosotros, sino que yo os elegí a vosotros" se lee: "para que vayáis y deis fruto". Este doble concepto de llamada y envío, de vocación y misión, aparece con toda claridad en San Marcos en la elección de los Apóstoles: "Subió a un monte, y llamando *a los que quiso, vinieron a El. Y* designó *a doce, para que le acompañaran y para* enviarlos *a predicar." (Mc. 3, 13-15). Los apóstoles obran de la misma manera: llaman a otros para enviarlos, lo cual realizan mediante el rito de la imposición de manos. Esta misma trayectoria se sigue y se seguirá en la Iglesia. Todo aquel, pues, que en nombre de la Iglesia, con carácter oficial, ha de ejercer un ministerio cualquiera, tiene que ser enviado, ha de recibir mandato de la Jerarquía, y antes de ser enviado ha de ser llamado y aceptado por ella.*

Estas ideas se han puesto de manifiesto en estos últimos tiempos, al estudiar los fundamentos teológicos de la Acción Católica. "El llamamiento de los seglares a la participación del apostolado jerárquico, ha dicho Pío XI, constituye una verdadera y propia vocación" (Discurso a los dirigentes de A. C. de Roma: 19 de abril de 1931). Estos seglares, llamados por la Jerarquía, reciben de ella el mandato para ejercer el apostolado. Por esta misma razón, porque hay llamamiento y hay mandato de la Jerarquía, que obra por sí o por sus delegados, todo misionero, aun el seglar, goza de una verdadera y propia vocación. Este llamamiento jerárquico del misionero nos autoriza a dar el título de divina a la vocación misionera, porque la llamada de la Iglesia es la expresión de la llamada de Dios. No es sólo divina por este título, como más tarde veremos, pero también lo es por ese título. En el Nuevo Testamento aparece con toda claridad el carácter divino de la vocación sacerdotal o episcopal. Citemos los dos lugares ya clásicos: "Ninguno toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios, como Aarón" (He. 5, 4). Y en el patético discurso de despedida a los presbíteros de Efeso, convocados por San Pablo en Mileto y probablemente ordenados por él, dice el Apóstol: "Mirad por vosotros y por todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituído Obispos, para apacentar la Iglesia de Dios, que El adquirió con su sangre" (Act. 20, 28).

Ahora bien, si nos fijamos en el modo de proceder de San Pablo, constituyendo presbíteros en las comunidades cristianas recién fundadas, a aquellos que más garantías le ofrecían, (Act. 14,23) y las normas, que para este mismo objeto daba a sus discípulos Tito y Timoteo, donde expresamente no se habla de otra llamada o vocación que la de la Jerarquía, tenemos que decir que son llamados por Dios, porque han sido objeto de un llamamiento por parte de la Jerarquía. Y en este sentido no podemos menos de admitir la tesis tan magníficamente defendida por el canónigo Lahitton, de que Dios llama por el Obispo; idea anteriormen-

te expresada en el Catecismo Romano del Concilio de Trento al decir: "Vocari autem a Deo dicuntur qui a legitimis Ecclesiae ministris vocantur" (Cat. Rom. Parte II, C. 7: De Ordinis Sacramento).

Este llamamiento por la Jerarquia o sus delegados no es un acto del poder de orden, sino del poder de jurisdicción, y bien puede llamarse divino porque se realiza, haciendo uso de ese poder conferido por institución divina y actuando "in persona Christi", al elegir colaboradores para la difusión del Evangelio por el mundo. Este llamamiento de la Jerarquia no crea la vocación misionera, como tampoco crea la vocación sacerdotal (al afirmar esto, no estuvo tan acertado el canónigo Lahitton), pero le da el complemento definitivo y perfecto, de manera que no podemos hablar de auténtica vocación misionera, si no está refrendada por el llamamiento jerárquico. Toda actividad oficial de apostolado que se ejercita en nombre de la Iglesia, no puede realizarse al margen de la Jerarquía, sino que debe estar siempre bajo su perfecto control. Dios Nuestro Señor entregó a los Apóstoles y a sus sucesores el Papa y los Obispos la plenitud de sus poderes, y según este plan, que El mismo se ha trazado, a través de la Jerarquia va consumando sus obras en la Iglesia. Son elocuentes a este respecto los datos que nos ofrece el Nuevo Testamento. El primer caso tiene lugar inmediatamente después de la Ascensión de Nuestro Señor, antes de Pentecostés: la elección del Apóstol que había de sustituir a Judas. La iniciativa parte de San Pedro, cabeza del Colegio Apostólico, quien propone las condiciones que deben reunirse en el candidato. "Conviene que de todos los varones que nos han acompañado todo el tiempo, en que vivió entre nosotros el Señor Jesús a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fué tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros de la resurrección" (Act. 1, 21-22). En esas condiciones fueron presentados dos (algún indice habla en singular que presentó San Pedro los dos) y después de hacer oración echaron suertes sobre ellos. En los Proverbios se lee: "En el seno se echan las suertes, pero es Javé quien da la decisión" (Prov. 16, 33). De esa manera aparecía más clara a los ojos de los Apóstoles la elección por parte de Dios del nuevo compañero. Pero no era necesario este recurso. En fin de cuentas Dios tuvo que atenerse a los dos que le presentaron. Y en definitiva, si en las condiciones propuestas por Pedro no se hubiese hallado más que un discípulo, éste hubiera quedado automáticamente elegido Apóstol, y su elección hubiera sido igualmente divina. Observemos además, de paso, que las condiciones puestas por el Príncipe de los Apóstoles, si bien eran convenientes, no eran absolutamente necesarias y tenían algo de convencionales. Porque, para que fuese testigo de la resurrección, bastara que hubiera sido discípulo de Jesús en los últimos tiempos de su vida, no precisamente desde el bautismo de Juan en el Jordán.

La segunda intervención de la Jerarquía tiene lugar en la elección de los diáconos. "Elegid, hermanos, dicen los Apóstoles a la comunidad cristiana, de entre vosotros a siete varones, estimados de todos, llenos de espíritu de sabiduría, a los que constituyamos sobre este ministerio." Eligieron a los siete, los cuales fueron presentados a los Apóstoles, quienes orando, les impusieron las manos" (Act. 6, 1-6). Los presbíteros son constituídos por la Jerarquia. Cuando Pablo y Bernabé visitaban de vuelta las ciudades evangelizadas en su primer viaje apostólico, iban constituyendo "Presbíteros en cada Iglesia por la imposición de las manos, orando y ayunando" (Act. 14, 23). A su discípulo Tito escribe San Pablo: "Te dejé en Creta para que acabes de ordenar lo que faltaba y constituyeses por las ciudades presbiteros" (Tit. 1, 5). Y tanto a Tito como a Timoteo da normas a las que deben someterse, para la elección de Obispos, sacerdotes, diáconos y viudas, que a modo de diaconisas ejercían en la Iglesia algún ministerio de caridad o de catequesis.

Esta intervención de la Jerarquía merece ser destacada también en el llamamiento del gran Apóstol de las gentes al ministerio apostólico. De algunas expresiones de San Pablo parece deducirse que no hay intermediarios entre Cristo y el Apóstol en su vocación al apostolado. Defendiéndose ante el rey Agripa, pone en boca de Jesús estas palabras: "Levántate y ponte en pie, pues para esto me he dejado ver de ti, para hacerle ministro y testigo de lo que has visto y de lo que te mostraré aún" (Act. 26, 16). En el prólogo a la Epístola a los Romanos escribe: "De Jesucristo nuestro Señor hemos recibido la gracia y el apostolado, para promover la obediencia a la fe para gloria de su nombre en todas las naciones" (Rom. 1, 5). Todavía es más explícito en la Epístola a los Gálatas: "Pablo, Apóstol no de parte de los hombres ni por los hombres, sino por Jesucristo" (Gal. 1, 1). "Que no me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar", dice a los Corintios (1 Cor. 1, 17). Estas expresiones se explican perfectamente, si tenemos en cuenta 1.º, que Pablo pudo oír la llamada al apostolado en el momento de su conversión, 2.º, que fué designado expresamente por revelación profética, para que juntamente con San Bernabé diera comienzo a sus expediciones misioneras, 3.º, que su instrucción en la fe cristiana se debió en gran parte a continuas revelaciones del Señor. Pero nada más lejos de la verdad, que suponer al Apóstol de las gentes desligado de toda Jerarquía. Es

Ananías, quien lo introduce en la Iglesia y le comunica los designios de Dios. En su primer viaje a Jerusalén después de su conversión, introducido por Bernabé, hace a Pedro una visita de inferior a Superior, como parece indicar el texto. Fué el propio Bernabé, delegado de los Apóstoles en Antioquía quien saca a Pablo de su retiro de Tarso y le hace su coadjutor, para atender aquella primera cristiandad: Conocido por revelación el momento de dar comienzo a sus correrías, los jerarcas de Antioquía, poniendo sus manos sobre él, después de haber orado y ayunado, lo envían oficialmente (Hech. 13, 3).

Por último nos referiremos a los dones carismáticos tan abundantes en la Iglesia primitiva a juzgar por los datos del Nuevo Testamento, pero al mismo tiempo tan enigmáticos para nosotros. "Y El constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a aquellos pastores y doctores" (Ef. 4, 11) y en la Epístola a los Romanos dice el Apóstol que todas estas cosas obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere (Rom. 12, 11). La distribución de estos dones no depende de los hombres, pero su ejercicio caía bajo el control de la Jerarquía, como lo prueba el hecho de que San Pablo diera normas muy concretas a los fieles de Corinto, donde esta exuberancia de dones no contribuía precisamente a la paz y a la edificación. No deben tener demasiada estima de tales dones y deben usarlos con prudencia y moderación, sirvan a la edificación de los demás, se evite la confusión y el alboroto y "todo se haga con decoro y orden" (1 Cor. 14, 40). Más aún, prohibe terminantemente hablar a las mujeres, aunque estén en posesión de alguno de estos dones: "Callen en las asambleas, porque no les toca a ellas hablar... Si quieren saber algo, que en casa pregunten a sus maridos, porque no es decoroso para la mujer hablar en la Iglesia" (1 Cor. 14, 34-35).

Conclusión de cuanto venimos diciendo es que el misionero necesita del llamamiento de la Iglesia o vocación externa, o canónica como suele llamarse, para tener derecho a la misión oficial que la Iglesia le otorga en tierra de infieles. Y la Iglesia para llamar puede exigir determinadas condiciones en el sujeto, de cuya existencia en cada caso es ella la que tiene que dar su juicio en última instancia.

SEGUNDO ELEMENTO: IDONEIDAD Y RECTA INTENCION

Al llamamiento debe preceder la elección y a la elección un juicio sobre las cualidades del candidato, que nos manifestará si en el sujeto existe una vocación anterior. El conjunto de cualidades sobre las que ha de versar este juicio es lo que suele llamarse recta intención e idoneidad. Esto no admite duda cuando se trata del candidato a las Ordenes Sagradas. La vocación exterior o llamamiento de la Jerarquía es válida, pero no lícita, sin esta vocación precedente. Mucha luz arrojó, sin duda, la obra del canónigo Lahitton sobre la vocación y puso de manifiesto la falsedad de muchas concepciones que estaban en boga. Sin embargo hay que achacarle un gran defecto, y es que nos dió de la vocación sacerdotal un concepto, si no exclusivamente, sí preferentemente jurídico; y lo que tuvo quizás más importancia, la respuesta de la Comisión Cardenalicia de 20 de junio de 1912, para acallar las controversias suscitadas por la obra del canónigo francés, se interpretó generalmente como una aprobación oficial de este concepto jurídico de la vocación. En este supuesto no habría por qué hablar de vocación anterior. No se negaba la necesidad de una idoneidad en el candidato, pero ésta pasaba a un plano secundario. Lo que interesaba era el llamamiento del Obispo.

La necesidad de la idoneidad aparece con luz meridiana en el Nuevo Testamento. San Pablo en sus cartas pastorales 1.ª a Timoteo y a Tito nos proporciona una interesante lista de las cualidades, de que debe estar adornado el que aspira al sacerdocio en general, sin precisar si se trata del simple sacerdocio o del episcopado, ya que la terminología no era todavía precisa en la época apostólica. A estas normas deben atenerse sus discípulos, antes de proceder a imponer las manos sobre los futuros ministros sagrados. "Esto te escribo, leemos en la 1.ª a Timoteo, con la esperanza de ir a verte pronto, para que, si tardo, veas por aquí cómo conducirte en la casa de Dios" (1 Tim. 3, 14-15). Que San Pablo daba mucha importancia a la idoneidad de los ministros sagrados se deduce del encabezamiento: palabra digna de fe = Πιστὸς ὁ λόγος, *expresión que se lee cinco veces en las cartas pastorales (1 Tim. 1, 15; 4, 9; 2 Tim. 2, 11; Tit. 3, 8), para afirmar una verdad de trascendencia. A nadie le está prohibido, enseña San Pablo, desear el sacerdocio con recta intención, pues es una obra buena, un oficio noble y excelente. Pero no basta esto: es conveniente tener muchas otras cualidades. Recordemos el texto de la 1.ª a Timoteo 3, 1-7. "Palabra de verdad: Si alguno desea el episcopado (sacerdocio) buena obra de-*

sea; pero es preciso qae el Obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, morigerado, hospitalario, capaz de enseñar; no dado al vino, ni pendenciero, sino ecuánime, pacífico, no codicioso; qae sepa gobernar bien su propia casa; que tenga los hijos en sujeción, con toda honestidad; pues quien no sabe gobernar su casa ¿cómo gobernará la Iglesia de Dios? No neófito, no sea que venga a incurrir en el juicio del diablo. Conviene asimismo que tenga buena fama ante los de fuera, porque no caiga en infamia y en las redes del enemigo." Son en total 17 las cualidades qae aquí exige el Apóstol al futuro Obispo, y exactamente el mismo número de cualidades son las exigidas al futuro sacerdote en el texto paralelo de la Epístola a Tito. Doce de ellas son idénticas en ambas listas, aunque no aparezcan en el mismo orden; y cada lista contiene cinco cualidades propias: "morigerado, capaz de enseñar, ecuánime, no neófito, bien afamado", en la carta a Timoteo; y "no soberbio, amador de los buenos, justo, santo, guardador de la palabra fiel" en la carta a Tito. Estas diferencias de una y otra relación indican que no tenemos aquí un estudio detenido exhaustivo de la idoneidad requerida, sino elencos incompletos de cualidades, que brotan espontáneamente de la pluma, o mejor, de los labios de San Pablo, dictando a su amanuense. También han observado los escrituristas que la mayor parte de las virtudes exigidas por el Apóstol, son virtudes naturales, que se refieren al trato con el prójimo y que insiste mucho en las cualidades negativas. Pero como también se hace mención de virtudes sobrenaturales "justo, santo", que suponen otras muchas virtudes, tenemos que concluir que San Pablo nos ofrece en estos dos lugares un verdadero programa de santidad sacerdotal. Antes de imponer las manos, deben comprobar la existencia de esas cualidades en los candidatos, lo que supone implícitamente que debe preceder un escrutinio o examen sobre los mismos, y sólo entonces deben proceder a la ordenación. De ahí el consejo que daba el Apóstol: "No seas precipitado en imponer las manos a nadie, no vayas a participar de los pecados ajenos" (1 Tim. 5, 22). Más explícitamente se habla de este examen cuando el Apóstol en esta misma epístola da normas sobre elección de diáconos: "Sean probados primero y luego ejerzan su ministerio, si fueren irreprensibles" (1 Tim. 3, 10).

Explícitamente en estos textos paulinos no se alude a la recta intención, que ocupa un lugar de primer orden en la doctrina teológica de la vocación y en los documentos pontificios. Pero indudablemente esta recta intención está incluída implícitamente en la idoneidad presentada por San Pablo. "Decir que el Obispo no debe ser ni soberbio ni codicioso ni amigo de placer, es decir suficientemente que es necesario desear o aceptar el sacerdocio no por los honores, ni por las riquezas, ni por el bienestar. Declarar que el Obispo debe ser, como representante que es de Dios, hospitalario, vigilante, sobrio, justo y santo, que debe enseñar con fidelidad la verdadera doctrina, exhortar a las almas al bien y gobernar con solicitud la Iglesia de Dios, es declarar que no debe desearse el sacerdocio sino para aliviar a los miembros de Cristo, predicar según el Evangelio, consolar a los fieles y edificar a la Iglesia" (Sempe, D. T. C. art. "Vocation" C. 3150).

Hé aquí, pues, otro elemento de la vocación misionera: la recta intención y la idoneidad: deseo sincero de dedicarse al apostolado misionero, considerándolo no en lo que es accesorio o secundario, sino en sí mismo y su finalidad, que es llevar la fe de Cristo a los que todavía no le conocen e implantar la Iglesia de Cristo donde impera el paganismo, y todo ello bien fundado en motivos sobrenaturales de gloria de Dios y de salvación de las almas. Idoneidad, es decir, conjunto de cualidades y dotes del orden natural y de la gracia, físicas, intelectuales y morales, que dan fundada esperanza de que ha de desempeñar rectamente sus deberes de misionero. La idoneidad siempre será un criterio positivo de vocación, por la razón que apunta Santo Tomás: "Aquellos a los que Dios elige para algo, los prepara y dispone de tal manera, que sean verdaderamente idóneos para aquello para lo que son elegidos" (S. Th. p. III, q. 27, a. 4). Más aún en los documentos eclesiásticos se le llama vocación cuando va unida con la recta intención, porque cuantas veces es cierta la existenia de tales disposiciones es siempre igualmente cierta la vocación, y por lo tanto no debemos indagar directamente acerca de la realidad del llamamiento divino interno.

TERCER ELEMENTO: VOCACION INTERNA

¿Existe esta vocación interna, personal, inmediata, que es una invitación de Dios al alma, para que se haga misionera? ¿Qué decir de esa afición por los relatos misionales, de ese afán por imitar los heroísmos de nuestros misioneros,

de ese deseo de ser misionero que muchos manifiestan desde niños? ¿Cuál es su valor? Hagamos un poco de historia.

En el siglo 18 en un ambiente de ideas iluministas bajo el influjo del Predestinacionismo y del Quietismo casi se olvidó el aspecto externo y jurídico de la vocación, para fijarse en su lado intimo, individual y místico. Se presentó la vocación como una llamada insistente del Espíritu Santo al alma. Esta concepción perduró durante todo el siglo 19. Intimamente relacionada con este concepto místico de la vocación está la teoria del llamado "atractivo". Fué en el seno de la Congregación de San Sulpicio, donde particularmente se puso de relieve en la vocación sacerdotal el valor del atractivo "attrait". Se entendió por tal, una inclinación sobrenatural, espontánea y constante por las funciones litúrgicas, las ceremonias del culto, el cuidado de las almas. Consideraban esto como una de las mejores señales de la vocación y sólida garantia de perseverancia. No lo tenian, sin embargo, como indispensable. Podia faltar y de hecho muchas veces faltaba, y entonces era suplido por los recursos de la gracia, una fe viva y una voluntad generosa. Se admitian vocaciones verdaderas en la escuela sulpiciana, aunque no figurase este elemento del atractivo, al que se le daba tanta importancia.

Pero poco a poco el atractivo es considerado como el signo principal, decisivo y necesario de la vocación: era la voz de Dios que manifestaba cuál era la voluntad divina respecto del individuo. Quien lo experimentaba podía estar seguro de que Dios le llamaba; si faltaba, era señal evidente que no habla vocación. De aqul era fácil llegar a la conclusión de que el asl llamado por Dios tenla una especie de derecho a la ordenación, quedando por esta causa restringido en gran parte el derecho del Obispo a elegir a los ministros sagrados, porque ¿cómo había de oponerse a una voluntad absoluta *de Dios tan claramente manifestada? Sólo la buena fe o una ignorancia inculpable le excusarlan de cometer injusticia en caso de negarse a la ordenación. Y otra consecuencia funesta era la obligación gravísima de no faltar a la vocación que pesaba sobre el llamado. Faltar a la vocación era oponerse abiertamente a los designios de Dios, frustrar un decreto eterno, romper la armonía del universo, dislocarse para siempre, colocándose fuera del lugar que Dios le habla asignado en el engranaje universal de la predestinación, ponerse en peligro cierto de no salvarse, condenarse fatalmente. Estas exageraciones rigoristas crearon en el siglo pasado una lamentabilísima confusión en el estudio y juicio acerca de la vocación; confusión que perduró hasta los comienzos del presente siglo. Branchereau reproducía con fidelidad las opiniones corrientes, cuando en su obra sobre la vocación sacerdotal, publicada a fines del pasado siglo, sin excitar la admiración de nadie ni dar lugar a discusión alguna, nos habla del atractivo, definiéndolo "como una inclinación suave y dulce, fuerte y permanente, que nos lleva hacia un objeto, haciéndonos desear su posesión". Y distingue estos atractivos afectivos que llevan al sacerdocio como objeto deleitable, e imperativos que se imponen al alma como una especie de dictamen interior, en el cual creemos reconocer la expresión de la voluntad de Dios acerca de nosotros". Este atractivo, dice el venerable autor, "es un germen depositado en el alma desde un principio y que permanece en ella; es un hecho de conciencia, que cada uno debe estudiar en sl mismo; es también un instinto secreto, que nos dice que Dios nos llama". Y en conformidad con las ideas tan generalizadas en aquel entonces, definía la vocación como la manifestación de nuestra predestinación eterna. He aqul su definición de la vocación. "La vocación es la manifestación y la intimación en el tiempo de un decreto dado desde toda la eternidad, por el cual Dios, por una parte asigna a una criatura el lugar que debe ocupar en el mundo, el papel que debe desempeñar y el fin a que debe tender para concurrir al orden universal; por otra parte le asegura las aptitudes y los socorros de que ella ha de necesitar para conseguir este fin" (Citado por Lahitton, pág. 10). En este ambiente de ideas rigoristas y místicas apareció la obra de Lahitton, descargando un certero golpe e hiriendo de muerte al concepto de vocación atractivo "con gran ventaja, escribe un autor, (García,* El Aspirante al Sacerdocio, *I pág. 14) para el fomento de las vocaciones, la paz de los seminaristas y la de los directores de conciencia de los mismos". La respuesta de la Comisión Cardenalicia aprobó este punto de vista en su segundo apartado, cuando dice "que la vocación sacerdotal no consiste, a lo menos necesariamente y de ley ordinaria, en cierta aspiración interna o invitaciones del Esplritu Santo al sacerdocio".*

Pero hé aquí que, a partir de entonces se cae en otro extremo, evitando hablar de la vocación interna, como si toda ella fuese sólo externa y jurídica, y ésta fuese la mente de la Santa Sede. Por fortuna los teólogos han caído en la cuenta sobre el modo de hablar de los últimos tres Papas. Por ellos de nuevo se resalta

el aspecto interior de la vocación. Nos hablan de una llamada interior, de una voz de Dios, que habla en el fondo del alma, de un soplo divino, de un sentirse llamado por Dios, etc., de fomentar el germen de vocación divina depositado en el alma, etc. ¡Cuántas vocaciones no han tenido ese origen! Sin embargo hay una diferencia esencial entre estas expresiones y las empleadas por los partidarios del atractivo en el siglo pasado: hoy se admite que ese sentimiento del corazón o atractivo puede faltar y no obstante haber verdadera vocación; que es algo secundario y accidental de vocación, no necesario, al cual hay que dar una importancia relativa, nada más; más aún, que hay que despreciarlo si no va unido a la idoneidad y recta intención, que siempre será la señal más clara de haber sido llamado por Dios. Por eso modernamente en la definición de la vocación se pone muy de manifiesto este aspecto interior de la misma. Sirva de ejemplo la que nos da el P. Filograni: "Diremos en términos técnicos que la vocación es una gracia actual, mejor aún, una serie de gracias actuales que iluminan la mente y mueven la voluntad, para que el llamado se dé cuenta que el Señor lo quiere sacerdote (misionero), y, vencidos los obstáculos, ponga con valentía manos a la obra y obedezca a la llamada divina." Un deseo sobrenatural del apostolado misionero no puede darse sin una gracia de Dios, que mueva la voluntad hacia ese objeto, y ¿qué mejor invitación o llamamiento que mover la voluntad, hacer que desee el apostolado misionero? Los textos escriturísticos no hablan de la vocación interior; pero la teología la ha deducido lógicamente de la recta intención, que allí se supone.

Concretando, diremos que la vocación misionera integral supone 1.°, una vocación canónica y oficial externa, que es el llamamiento de la Jerarquía por sí o por sus delegados; 2.°, rectitud de intención e idoneidad, como señal necesaria y segura de la vocación de Dios, que debe preceder a la oficial de la Jerarquía; 3.°, una vocación interna o llamamiento íntimo de Dios al apostolado misionero. 4.° No requiere en el individuo llamamientos, solicitaciones o inspiraciones del Espíritu Santo hacia el apostolado misionero, por no constituir esto necesariamente la vocación misionera, ni ser condición indispensable para la misma. 5.° Puede ir acompañada y frecuentemente es así, de esas mociones e impulsos del Espíritu y de voces secretas divinas, que producen en el alma la convicción de que es Dios, quien le llama al apostolado misionero, y así le invita a seguir esa vocación.

III

La Vocación Misionera a la luz de la Legislación de la Iglesia

MONS. JAVIER PAVENTI
Consejero de Estudio de Propaganda Fide. Roma

Concepto de Misión y de Misionero. — *El concepto de Misión nos lleva al de Misionero. Recordemos aquí brevemente el concepto de Misión.*

Jesucristo mereció para el género humano una abundante gracia redentora y salvadora, y al mismo tiempo, que ésta se comunicase a los hombres por medio de su Iglesia. Dió a los Apóstoles su misma misión, es decir, comunicar su Gracia redentora y salvadora a través de la Iglesia que ellos deberían fundar hasta lo último de la Tierra.

Pero la misión confiada a sus Apóstoles, no debía acabarse con su obra individual: estaba destinada a perseverar siendo como era una misión universal que afectaba a todos los tiempos y lugares. Por esto los Apóstoles comunicaron su mismo poder a sus sucesores los Obispos, quienes con el Jefe Supremo, sucesor de San Pedro, forman la Jerarquía de la Iglesia.

Si pues la misión de Jesucristo y la misión confiada por El a los Apóstoles fué fundar la Iglesia como medio de salvación para la Humanidad, se sigue que los discípulos de Jesús deben dedicarse a través de los siglos a fundar y establecer la Iglesia en medio de todos los pueblos, a fin de que la Gracia de la Redención se comunique a todas las gentes.

En efecto, fuera de la Iglesia no hay salvación, en el sentido de que la Iglesia es el medio ordinario y oficial para la salvación eterna. Cuantos se hallan fuera de ella, deben buscar entrar en ella y por tanto es necesario darla a conocer a todos los pueblos que la desconocen.

Jesús fué el primer enviado de su Padre Celestial para realizar la obra redentora del género humano, fué el primer Misionero de su Iglesia; y sus discípulos, tanto los apóstoles como los demás misioneros que les han sucedido y les sucederán en adelante, han realizado y realizan la misma misión, es decir: fundar y establecer la Iglesia o corroborarla y afianzarla a fin de que su obra santificadora sea siempre eficaz.

Toda la actividad de la Iglesia es Misionera y desde un punto de vista teológico permanece siempre la misma, aunque a través de los tiempos y del espacio revista formas y características diversas. Especialmente desde el siglo XII en adelante la actividad misionera de la Iglesia se ha orientado en algunas regiones principalmente a conservar y perfeccionar la vida de fe y caridad entre los cristianos; en otros territorios, sin embargo, a difundirla y propagarla entre los que la desconocen. En el primer caso tenemos un perfeccionamiento de los miembros de la Iglesia o sea un desarrollo in-

terno de la misma; en el segundo, en cambio, la Iglesia se desarrolla hacia el exterior con la conquista de nuevos miembros y nuevos pueblos.

En ambos casos la Iglesia cumple siempre la misión reveladora y transformadora de su Fundador y Arquetipo. En el primero se trata de hacer más clara la revelación y más honda la transformación de los pueblos cristianos; en el segundo en cambio debe comenzarse y llevar a término la misma obra reveladora y transformadora. Tenemos así una misma actividad que se diferencia en que la primera, representa la actividad apostólica entre los cristianos encaminada a afianzar y enriquecer la vida de amor y de fe; y la segunda tiende a la conversión de los infieles para implantar la Iglesia en los nuevos territorios conquistados.

Se puede por tanto concluir que la actividad apostólica de la Iglesia, en cuanto prolongación de la obra reveladora del Verbo Encarnado, es, teológicamente considerada, siempre la misma, aunque en la realización práctica puede diferenciarse por razón del objeto formal o del fin específico inmediato.

Esta diferencia ha sido anotada también por el Código de Derecho Canónico, que distingue las misiones populares o sagradas misiones (can. 1349, § 1) y las misiones extranjeras (can. 252, can. 1350, § 2.°). Las primeras se ordenan a promover la vida religiosa y a convertir las almas extraviadas entre el pueblo cristiano; las segundas en cambio se dirigen esencialmente a la dilatación del reino de Jesucristo entre los acatólicos.

Jesucristo para continuar su misión instituyó un solo sacerdocio del que invistió a sus apóstoles y sus sucesores, los cuales son sus ministros en la Iglesia, por la Iglesia y con la Iglesia. En la religión cristiana no se concibe un sacerdocio independiente de la Iglesia ni la Iglesia sin sacerdocio.

El sacerdote debe fundar la Iglesia y tratar de perfeccionar la vida de los fieles cada vez más. Esta obra de arquitecto que pone los fundamentos del edificio de la Iglesia entre los pueblos que ha de conquistar o que restaura los muros para asegurar la continuidad en lo sucesivo, representa el ministerio sacerdotal o eclesiástico. El sacerdote es el ministro de Cristo Misionero y por tanto también él es misionero en cualquier puesto del ministerio eclesiástico en que se halle.

Estas ideas fueron magníficamente expuestas por Pío XI en el discurso dirigido a los sacerdotes en el segundo Congreso internacional de la Unión Misional del Clero, durante la audiencia concedida el 13 de noviembre de 1936: "Nuestro sacerdocio es nuestra mayor gloria, porque es la continuación, la prolongación, idéntica en la substancia, en la actividad, en la eficacia, del mismo sacerdocio de Cristo Nuestro Señor. nuestro Rey y Sacerdote Supremo. Así lo invocamos nosotros: Supremo Sacerdote: Sacerdote y Víctima a un tiempo. Solamente El podía ser el Sacerdote de aquella Víctima, la única que podía dar infinita y perfecta reparación a la justicia divina. Y he aquí que nosotros, continuadores de la obra de Jesús con nuestro sacerdocio, no estamos al margen de El sino que somos precisamente continuadores de su Iglesia. Estas cosas, como exactamente se ha dicho, no las decimos nosotros. Es El mismo quien las dice y las hace. Basta recordar aquellas palabras sacrificales en virtud de las cuales la persona de Cristo renueva en nuestra persona el mismo sacrificio redentor del MUNDO.

"Pero el sacerdocio de Cristo es un sacerdocio esencialmente misionero, como lo indica su calificativo 'missus a patre' y como El mismo lo dijo siempre que habló de su misión 'misit me Pater'. Ahora bien, la misión de los apóstoles está unida con la misma misión divina que Jesús había recibido del Padre: 'sicut misit me Pater et ego mitto vos'. He aquí a Jesús el primer misionero; he aquí al sacerdocio de Cristo que es un sacerdocio apostólico; he aquí al apostolado episcopal en su vitalidad perenne; he aquí un único sacerdocio en la Iglesia, esencialmente misionero. Es una idea que por su misma simplicidad prueba toda su grandeza.

"Nuestro Señor no ha venido a hacer otra cosa diversa de la que hacen los Misioneros en las misiones: llevar a todas las partes los tesoros de la Redención, el calor de la caridad, las riquezas de la vida sacerdotal. Si pues el celo misionero o la actividad apos-

tólica se echan de menos en nuestro sacerdocio, a éste le falta algo esencial. He aquí la necesidad absoluta de una práctica convicción en toda conciencia sacerdotal; y vosotros queridísimos sacerdotes aquí presentes no tenéis necesidad de otros argumentos para sacar las consecuencias prácticas de esta verdad, como vuestra piedad sacerdotal os aconseje."

(Cfr., Sacerdozio missionario, Roma 1937, pp. 196-197.)

Por tanto la vocación al sacerdocio misionero no puede ser otra cosa que vocación misionera porque existe un solo sacerdote ordenado a establecer la Iglesia y perfeccionarla.

Vocación al sacerdocio. — *Hay una diferencia radical entre la vocación religiosa y vocación al sacerdocio. La vocación religiosa es una disposición interna y una llamada a un estado, reconocido por la Iglesia y abierto a todos los fieles en general, con tal que tengan las aptitudes necesarias para la práctica de los consejos evangélicos y gocen de la libertad necesaria. No es por tanto exclusiva ya que tiene por objeto la perfección a la que todos hemos sido llamados (Mat., 19, 20).*

La vocación al sacerdocio en cambio tiene un carácter particular y completamente distinto, siendo totalmente diverso el estado religioso y la dignidad sacerdotal.

He aquí lo que nos dice Bogliolo en su estudio sobre la vocación religiosa y sacerdotal según el pensamiento de Santo Tomás: "El estado religioso no presupone una particular perfección, sino solamente el deseo de alcanzarla con la observancia de los consejos evangélicos. El religioso no se coloca en un puesto especial jerárquico del cuerpo místico, sino solamente en un camino diverso de los del siglo. El sacerdote en cambio ocupa un puesto jerárquico realmente superior al de los simples fieles; es una dignidad, un poder que hace del que lo tiene un ministro y un maestro de vida cristiana. El sacerdote, empleando las mismas palabras del angélico, 'se habet ad caeteros fideles sicut agens ad patiens, sicut perfector ad perfectum, sicut magister ad discipulum'. La analogía que establece Santo Tomás entre el estado episcopal y el estado religioso podría venir bien para precisar la diferencia que hay entre el estado laico y el sacerdotal. Si por otra parte el sacerdote tiene cura de almas, la analogía es todavía más estricta. El sacerdocio no es, pues, un estado, sino un grado, un poder; no un ejercicio de perfección, sino la facultad de cumplir otro oficio que supone una perfección superior a la de los simples fieles tanto religiosos como laicos. Solamente en la iglesia occidental, el voto solemne de castidad pone al sacerdote en un estado parcial de perfección, porque se trata de un vínculo solemne y perpetuo del que solamente puede ser dispensado por el Sumo Pontífice. En cambio, el estado religioso en su sentido propio, comprende necesariamente el triple vínculo de los votos de pobreza, castidad y obediencia, cosa que en el simple sacerdocio no se verifica. En el Obispo el vínculo perpetuo con las almas a él confiadas implica eminentemente, como hemos visto ya los votos de pobreza y de obediencia. No así en el simple sacerdote diocesano. Esta es la clara doctrina de Santo Tomás.

"La perfección exigida al sacerdote no es una perfección substancialmente diversa de la que se exige a los simples fieles y a los religiosos, sino un grado superior de la misma. No aparece que sean necesarias cualidades extraordinarias. En cuanto a su vida espiritual se exige que el candidato tenga, en un grado superior, las cualidades espirituales que debe tener todo buen cristiano. La vocación sacerdotal, a diferencia de la vocación religiosa, no está al alcance de todos los fieles, sino sólo de algunos, gratuitamente escogidos por Dios por medio del Superior eclesiástico. Aquí es siempre necesaria, además de la vocación interna, la explícita llamada externa. Santo Tomás da de ello una profunda razón filosófica: El que entra en el sacerdocio sube en los grados de la escala jerárquica. La vocación al sacerdocio lleva consigo una elevación, un ascenso a un nivel que supera la simple vida cristiana. Pero sería en contra de la naturaleza el que un ser pudiera elevarse por sí mismo sobre su propio nivel natural. No puede subir si no es con la ayuda del Superior. De donde concluye el Angélico la necesidad de una llamada formal de parte del Obispo. No basta la llamada interna; es necesaria la llamada exterior de quien hace las veces de Dios."

(Cfr. Luis Bogliolo, "La vocazione religiosa e sacerdotale nel pensiero di San Tomasso; in Studi sulla vocazione", Torino 1953, pp. 45-46.)

La vocación por tanto al sacerdocio tiene por objeto una potestad, una dignidad, un carisma, un oficio; es una misión, o sea la investidura de parte de Jesús y de sus representantes en la tierra, ordenada a cumplir y prolongar su mismo ministerio.

Ahora bien, el ministerio, la obligación y cargo en que nos coloca la vocación sacerdotal, tiene siempre el mismo objeto final, o sea la fundación y desarrollo de la Iglesia, que se alcanza con la cooperación de todos los sacerdotes desde sus diversos puestos apostólicos, y que supone y exige una complicada organización de la Iglesia misma, requerida además por los mismos fieles, conforme a las necesidades de los tiempos, del lugar y del ambiente social y político... Dados los puestos que ha de ocupar, se requieren en el sacerdote dotes especiales, las cuales sin embargo no diversifican la vocación, sino solamente hacen al ministro de Dios, capaz de cubrir perfectamente los diversos puestos del ministerio apostólico, como si fuesen diversas especializaciones dentro de una misma ciencia.

Estas aptitudes y dotes están directamente enlazadas con aquel impulso divino que hace determinar el campo propio de apostolado y que ha llevado, aun a los mismos santos, a escoger un determinado ministerio con preferencia a otro, a preferir la patria a las tierras lejanas.

Vocación religiosa misionera. — *La vocación religiosa no es una llamada a un oficio o potestad, sino a un estado en el que la práctica de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, hacen más rápido y seguro el camino de la perfección. Según Santo Tomás, todos los cristianos son llamados a la perfección, consistente en la práctica del amor a Dios y al prójimo. La meta es más ardua y difícil para aquellos que viven en el mundo, pues fácilmente pueden embrollarse con las cosas o criaturas de la tierra. De ahí la necesidad de los consejos evangélicos.*

Dos son los caminos para alcanzar la misma meta de la perfección: vivir en el mundo sin pegarse a las cosas del mundo, sirviéndose de ellas simplemente como de medios para servir a Dios; o salir del mundo cortando de raíz los impedimentos que estorban el camino hacia la cima del amor de Dios. La práctica de los consejos evangélicos facilita esta posibilidad en el estado religioso. Los consejos por tanto, son instrumentos que facilitan el camino de la perfección. Los votos religiosos afianzan la voluntad en el bien, elevan las diversas virtudes a la dignidad de la virtud de religión y tienen el poder de ofrecer a Dios en holocausto la propia persona.

La vocación religiosa es distinta de la sacerdotal, pero puede estar unida a ella, y entonces la vocación sacerdotal de un religioso es de suyo misionera: esto no es sino la consecuencia de cuanto llevo dicho. ¿Qué decir en cambio, de las relaciones entre el ministerio misionero y la vocación religiosa de los Hermanos y Religiosas? Como hemos dicho que la vocación sacerdotal es esencialmente misionera, ¿podríamos igualmente afirmar que la vocación religiosa es misionera? Creo que debe darse una respuesta afirmativa.

El estado religioso está ordenado a conseguir la perfección, es decir, el ejercicio cada vez más perfecto de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Además, como estado público de la Iglesia y en la Iglesia, participa de una manera especial del fin mismo de la Iglesia que es hacer de la humanidad entera una comunidad de amor y de caridad. De ahí se sigue el que los religiosos ayuden en el apostolado de la Iglesia, ya sea por medio de las obras que emprenden, ya especialmente por su mismo estado, ordenado oficialmente a manifestar en la Iglesia de Cristo el ideal de la comunidad evangélica.

Las Ordenes y Congregaciones Religiosas, no obstante las imperfecciones de sus miembros, han sido instituídas por la Iglesia, como su obra más delicada. Por otra parte, su fin, tanto general como especial, es universal y se extiende a toda la Iglesia sin restricción alguna de lugar. Todos los continentes están abiertos a los Institutos Religiosos y pueden ser enviados cualquier parte con tal que tengan las cualidades necesarias para desempeñar el cargo que se les encomiende.

Si en bastantes casos, los Superiores no pueden obrar libremente en la designación de los diversos campos de apostolado, hay que buscar la razón de ello en la libertad que las Constituciones conceden a los religiosos en esta materia.

Una ulterior observación. Los sacerdotes indígenas de los territorios de misión en Africa, Asia y Oceania, ¿no tienen tal vez la misma vocación sacerdotal que nuestros ministros? Todos tenemos la misma vocación sacerdotal y misionera, desarrollada en lugares diversos, en ambientes distintos con características especiales de metodología pastoral y de aptitudes personales. ¿Los sacerdotes de la Iglesia primitiva no tenían una misma vocación sacerdotal misionera?

¿Los sacerdotes, Hermanos y Religiosas de Asia, Africa y Oceania, que entran en el estado religioso, no tienen tal vez la misma vocación de sus correligionarios de Europa y de América?

Escuchemos sobre este punto al P. Monna: "Creo que toda la cuestión está en esto: en haber allí una verdadera vocación sacerdotal; cuando se da tal vocación, ser misionero, ir a propagar la fe a los paises de infieles en vez de trabajar por conservarla en los nuestros, es un hecho accidental; y si todavía se quiere insistir en que para ser misionero se requiere una vocación especial, podría admitirlo, pero sólo en el caso de entender por vocación, la manifestación de la divina voluntad que destina y orienta a sus escogidos al único sacerdocio, en un lugar o en otro, según las necesidades de las almas esparcidas por toda la redondez de la tierra, de la misma forma que un rey manda aquí o allí a sus soldados, conforme lo exigen los intereses del reino."

(Cfr. La vocazione missionaria, Roma, 1940, p. 48.)

Como ya hemos indicado, esta asignación de campo de apostolado la hace Dios mismo de diversas maneras, pero especialmente de dos: por la voluntad de los Superiores y por la inspiración divina, que Dios hace brotar en el corazón de su escogido de diversas formas, según los puestos del ministerio a que le llama.

No puede negarse sin embargo, que cuanto más siente un sacerdote en su corazón el fuego del apostolado, tanto más despegado se siente de los vínculos que lo podrían atar a su propia casa, parroquia o diócesis... Los que en cambio, siendo religiosos, han realizado ya un tal desprendimiento, se sienten más prontos a seguir el impulso divino hacia las misiones. La vida religiosa, no sólo facilita el camino de la perfección, sino que abre también el camino hacia el apostolado entre infieles, y tanto más cuanto que la organización del estado religioso asegura por una parte una mejor formación de los misioneros futuros y por otra la continuidad de personal.

Estas y otras razones dependientes de varios factores históricos y de exigencias de organización han hecho que el personal extranjero de las misiones pertenezca casi todo a Institutos religiosos o a Sociedades de vida común con reglamentos propios. Hoy prefiere Propaganda misioneros extranjeros religiosos a seculares o diocesanos.

Este estado de cosas ha hecho creer que la vocación religiosa sea un requisito para la labor misionera. Por reacción en contra, otros han sostenido que los sacerdotes seculares o diocesanos son los más indicados para la

obra de la propagación de la fe. La cuestión se reduce a la actual discusión sobre las llamadas diócesis misioneras, de las que tanto se ha hablado y se habla todavía.

Veamos ahora qué opiniones hubo en el pasado sobre las relaciones entre la vida religiosa y el apostolado.

Vida religiosa y apostolado.—*Debemos referirnos al siglo XIII, en el cual nacieron las dos Ordenes mendicantes de Dominicos y Franciscanos. Su influjo, siempre en auge, en el campo doctrinal y en el ámbito de las Universidades, especialmente en la de París, suscitó una reacción que encontró en Guillermo de Santo Amor, Rector de la susodicha Universidad, su más destacado exponente. En 1256 escribió el opúsculo "Tractatus de periculis novissimorum temporum" el cual, de marzo a septiembre del mismo año, fué retocado cinco veces. El autor denuncia a los religiosos mendicantes como a seductores, anunciados por San Pablo para aquellos tiempos, y fundamenta toda su argumentación en el siguiente silogismo: Los que predican sin misión son falsos predicadores; ahora bien, solamente los Obispos diocesanos y los Párrocos tienen la misión de predicar; luego todos los demás son falsos predicadores y deben ser retirados. Explica su pensamiento diciendo que solamente los Obispos, como sucesores de los apóstoles, y los párrocos, que ocupan el puesto de los 72 discípulos del Señor, tienen el derecho de predicar en sus diócesis y parroquias respectivas. El Papa no puede dar a quien él quiera el derecho de predicar por todas las partes, pues en tal caso se crearía una infinidad de Obispos y de párrocos universales, con perjuicio de los derechos de los verdaderos Obispos y verdaderos párrocos. Estos predicadores universales no podrían tener una misión universal.*

San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás y otros reaccionaron contra la falsedad y las exageraciones de Guillermo de Santo Amor. El Doctor Angélico en el 1256 escribió el opúsculo: "Contra impugnantes Dei cultum et religionem", dedicado a los miembros de la comisión cardenalicia de Anagni, encargada de estudiar y dirimir la lucha entre seculares y mendicantes. El Papa Alejandro IV, el 5 de octubre de 1256, condenó el libro de Guillermo de Santo Amor y le prohibió enseñar y predicar.

La discordia tuvo otras consecuencias que no nos interesan ahora. Los adversarios de las nuevas Ordenes mendicantes negaban a sus miembros el poder dedicarse al apostolado, como si fuesen incompatibles el apostolado y la profesión de una vida más perfecta.

A finales del siglo XVI la discusión se suscitó de nuevo bajo otro punto de vista pero no con la tirantez de antes. En ese mismo tiempo dentro de la orden Carmelitana, surgió una controversia entre la corriente contemplativa y la llamada apostólica. La primera se mostraba opuesta a las misiones por varios motivos; la segunda en cambio, trataba de conciliar la vida contemplativa con la vida apostólica. Entre los defensores de la corriente apostólica debemos contar al P. Tomás de Jesús, quien en 1613 imprimió en Amberes su principal obra misionera: "De procuranda salute omnium gentium", en doce libros, de los cuales los cuatro primeros fueron de nuevo publicados en 1940. Todo el inmenso material recogido lo expuso en forma escolástica y sistemática; pero a veces con falta de claridad. En el primer libro habla de la obligación que tienen todos los fieles de interesarse por la salvación de los acatólicos, y en el segundo demuestra que esta obligación incumbe de un modo especial al Papa, al clero regular y especialmente a las Ordenes mendicantes por razón de su vocación. Después de haber recordado la dis-

puta suscitada con ocasión del opúsculo de Guillermo de Santo Amor, expone las varias razones por las que los religiosos son tanto más a propósito para el apostolado entre los infieles. Son poco más o menos las que se aducen para demostrar las ventajas que ofrece el estado religioso en cuanto a la formación y reclutamiento de Misioneros.

En contra de las ideas de Tomás de Jesús escribió Felipe Rovenio, quien en 1624 publicó el "Tractatus de missionibus ad propagandam fidem et conversionem infidelium et haereticorum instituendis".

Su autor es el conocido Vicario Apostólico de Holanda, que sostuvo largas controversias con los religiosos, y por tanto, se explica cómo en su libro trata de demostrar que no los monjes o religiosos, sino los sacerdotes del clero secular son los mejores misioneros por razón de su estado y aptitudes. Quiso refutar a Tomás de Jesús, quien, como se ha dicho, afirma que los religiosos deben ponerse a disposición del Papa para la obra de las misiones. Pero Rovenio no se dió cuenta que las palabras del Padre Tomás de Jesus eran una consecuencia de la controversia suscitada dentro de la orden Carmelitana, y por eso no excluían en modo alguno al clero secular, al cual nunca hace referencia. A pesar de esto, la obra de Rovenio tuvo una gran utilidad ya que en ella se habla abiertamente de la cooperación misionera del clero secular. A causa de las expresiones demasiado duras contra las Ordenes mendicantes, Propaganda suprimió la edición de 1624 y 1625 con la clásula: "donec corrigatur ad mentem sacrae Congregationis de Propaganda Fide", es decir hasta tanto que la obra no fuese enmendada según la mente de la sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Hoy podríamos pensar que estas discusiones son anticuadas y de ninguna utilidad. No es cierto, y la cuestión no interesa solamente a los religiosos sino también a las religiosas, aunque algunos aspectos del problema hayan cambiado. En efecto, en nuestros días no se presenta más la cuestión teórica sobre las relaciones que hay entre la vida religiosa y el apostolado, como en los tiempos pasados; pero el mismo problema se estudia también hoy desde un punto de vista práctico. Antes se trataba de establecer si para el apostolado serían más adecuados los religiosos que los sacerdotes seculares; hoy, en cambio, la cuestión debe abarcar también a los laicos, quienes a través de diversos movimientos desean colaborar en las misiones.

Teóricamente hablando todos aquellos que se sienten llamados al apostolado y están dotados de las cualidades necesarias pueden ser enviados a trabajar por la conversión de los infieles. Se advierte sin embargo que el apostolado, y hoy de un modo especial, se desarrolla bajo la dirección de la jerarquía, y por medio de la sagrada Congregación de Propaganda Fide se rige y regula según una táctica ya más que trisecular. El Dicasterio misionero sabe muy bien que, para el desarrollo del apostolado, es necesario asegurar los medios indispensables y personal escogido para un trabajo que requiere tiempo y sacrificio, y por tanto debe apoyarse en organizaciones sólidas, al estilo de los Institutos religiosos, tanto de varones como de mujeres. Esta necesidad práctica ha inducido a Propaganda a confiar las misiones exclusivamente a los Institutos religiosos, cuando no ha sido posible confiarlas al clero indígena. El clero secular extranjero es admitido también a participar en el apostolado, con la condición de que se organicen en sociedades de vida común al estilo de los Institutos de misiones extranjeras de París, Milán, Burgos y otros países.

Por lo que afecta a las religiosas, además de los motivos ya indicados es necesario tener presentes otras circunstancias nacidas precisamente de la necesidad de salvaguardar a la religiosa de los peligros a que fácilmente estaría expuesta una mujer, sola y sin defensa ni protección adecuada. Por este motivo los nuevos movimientos laicos de mujeres han sentido la nece-

sidad de enviar a misiones a sus reclutas siempre en grupo, bien sea por exigencia de la obra que han de realizar, bien por motivos de prudencia.

Todas estas premisas ponen a las claras la íntima relación entre la vocación religiosa y el apostolado, de la cual hemos hablado anteriormente, e indican que es más fácil conseguir en un Instituto religioso o misionero una preparación más adecuada a la obra de la difusión de la fe. Ciertamente la práctica de los consejos evangélicos y especialmente el voto de pobreza hace a los religiosos más idóneos para la obra misionera, la cual exige una profunda santidad de vida y completa libertad de acción sin preocupación alguna individual. Después, el voto de obediencia hace más fácil el reclutamiento y más seguro el envío de misioneros a los diversos territorios. Estas ventajas pueden encontrarse también en los Institutos de sacerdotes seculares, que, aun permaneciendo tales, viven en comunidad bajo la dirección de un Superior, ya que la vocación sacerdotal es eminentemente misionera.

En este sentido deben entenderse las razones aducidas por Tomás de Jesús para probar que los religiosos son los más indicados para la obra misionera.

El recuerda el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, según el cual es más apto para la predicación evangélica el que practica no solamente los preceptos sino también los consejos evangélicos, el que conoce las cosas divinas por medio de la contemplación y sobre todo el que lleva una vida santa. Añade después, que los religiosos son tanto más indicados para el apostolado porque:

a) Dios escoge siempre para sus grandes obras, instrumentos pobres, débiles y despreciables como los apóstoles y los religiosos que renuncian a todo.

b) Porque el ejemplo es más eficaz que la palabra y la vida del religioso da ejemplo de desapego y renuncia de las cosas del mundo.

c) Porque los religiosos están más libres de toda preocupación.

El autor lamentaba que no hubiera nacido hasta entonces en la Iglesia ninguna Congregación religiosa exclusivamente misionera. Esta observación nos lleva a considerar las relaciones que puede haber entre el apostolado misionero y las Constituciones religiosas, completando así cuanto hemos expuesto anteriormente.

Apostolado misionero y constituciones. — *Antes de determinar las relaciones que puede haber entre las misiones y las Constituciones de los Institutos religiosos, masculinos o femeninos, recordemos que las Religiones reconocidas por el Derecho Canónico son las siguientes: Ordenes; Congregaciones religiosas de clérigos o laicos, de derecho diocesano o pontificio; sociedades de vida común sin votos; Institutos seculares.*

Las relaciones entre las misiones y las Constituciones clasifican a los Institutos en tres categorías:

1. La primera es la de aquellos Institutos en cuyas Instituciones no se habla de hecho de las misiones extranjeras, y por tanto los profesos no pueden ser obligados a ir allí. Solamente los voluntarios pueden ser enviados a las misiones que la Santa Sede ha confiado a dichos Institutos. Fué San Francisco el que introdujo en las Reglas de sus Hermanos una mención explícita de las misiones.

2. En la segunda categoría pueden enumerarse los otros Institutos cuyas Constituciones enumeran, entre otras obras de apostolado, también la propagación de la fe entre acatólicos, como empresa asumida por el Instituto, pero sin que la obligación afecte a cada uno de los miembros. En tal

caso los Superiores deben suscitar en el ánimo de sus súbditos con medios adecuados, el amor por las misiones con objeto de tener un número suficiente de nuevos misioneros, y enviarlos a los campos de apostolado.

3. La tercera categoría comprende a los Institutos, cuyas Constituciones los ponen en íntima conexión con la obra de la evangelización, para los cuales el apostolado misionero, o es la única obra del Instituto a la que todos y cada uno de los miembros deben entregarse, o es una de las muchas obras que ha de realizar sin que a ningún profeso le sea lícito excusarse del campo de las misiones, si los superiores lo destinasen allí. Entre estos Institutos están la Compañía de Jesús, la Congregación del Santísimo Salvador, la Sociedad del Apostolado Católico (Pallotini) la Sociedad del Verbo Divino, la Congregación de las Misioneras Mercedarias de Bérriz y muchos otros, así como los Institutos dependientes de Propaganda.

Obligaciones derivadas del fin del Instituto. — *Expongamos ahora las obligaciones que se derivan del fin misionero de algunos Institutos religiosos o cuasi religiosos.*

Todo sacerdote y también todo religioso es misionero. Pero no todos los sacerdotes son aptos y destinados a las misiones, y otro tanto puede decirse de los religiosos.

Aquellos que están bajo las autoridades militares son todos soldados y en caso de guerra ninguno puede dispensarse de defender la Patria. Pero todavía para las operaciones más arriesgadas se apela a los voluntarios. Los misioneros, que deben marcharse al extranjero, son siempre esos voluntarios o porque han pedido ir al Africa, al Asia o a Oceanía, o porque han aceptado con adhesión plena la llamada del Superior.

Esta libertad en escoger el campo del apostolado, explica cómo no todos nuestros sacerdotes escogen los territorios de misión, ni todos los Institutos religiosos tengan como único fin las misiones. Por tanto los miembros de los Institutos religiosos tienen diversas obligaciones respecto a las misiones.

Es necesario en primer lugar establecer una distinción. La obligación de servir a las misiones puede referirse:

a) Al Instituto en cuanto tal pero no a cada uno de sus miembros;

b) A cada uno de los miembros del Instituto, y al Instituto bien sea en una forma genérica, bien específica. Los miembros y el Instituto están obligados a la obra de las misiones en una forma genérica, si uno de los fines especiales del Instituto lo constituye el apostolado misionero, a veces limitado a determinados Continentes o Pueblos. Están obligados en forma específica si hacen un voto particular de servir a las misiones, como sucede en los Jesuítas, o bien una promesa o juramento, como en los Institutos exclusivamente misioneros.

Veamos las consecuencias en cada uno de los casos.

Para los Institutos, cuyas Constituciones no hablan en efecto de las misiones extranjeras, no hay obligaciones especiales. A estos Institutos sin embargo no les está prohibido el camino del apostolado y pueden participar en él por medio de los miembros que espontáneamente se ofrezcan para tal trabajo. Después que el Instituto ha aceptado una misión o una obra de apostolado, asume también la obligación de proveer el personal necesario, y para ese fin es oportuno, si no indispensable, que mantenga vivo entre sus miembros el espíritu misionero, para poder disponer siempre de voluntarios para las misiones, ya confiadas al mismo Instituto.

Consideremos ahora a los Institutos, cuyas Constituciones enumeran las misiones entre las obras que componen el cuadro de actividades de sus propios miembros. En este caso no puede hablarse de una obligación emanada en cada uno de los miembros en virtud de un voto o juramento. La obligación va dirigida al Instituto en cuanto tal y por tanto implícitamente se deja un amplio margen a los Superiores para juzgar cuándo el Instituto está en ocasión de abrazar el apostolado misionero. Esta libertad de juicio no es absoluta, y los Superiores deben por tanto, dedicarse seriamente a que el Instituto pueda cumplir esta obligación colectiva suscitando entre sus miembros el entusiasmo por las misiones, y las vocaciones entre los más generosos.

Resulta claro que solamente del examen del texto de las Constituciones se puede deducir a cuál de las tres categorías establecidas pertenezca un Instituto, masculino o femenino.

Hablemos ahora de los Institutos de la tercera categoría, y antes, de aquéllos en los que cada uno de los miembros están obligados a las misiones en una forma genérica.

El caso propuesto se verifica en todos aquellos Institutos, masculinos o femeninos, en cuyas Constituciones, las misiones son uno de los fines especiales. La mayor parte de las Congregaciones religiosas femeninas tienen como fin especial la asistencia a los enfermos y la educación de la juventud femenina. Muchos añaden también la obra de las misiones. Ahora bien, el fin especial constituye la razón misma de su existencia y por eso ha sido aprobado por la Santa Sede. Los miembros, por medio de la profesión religiosa, se consagran sin distinción alguna al cumplimiento del fin especial según sus propias capacidades y según las órdenes de sus respectivos Superiores. Por tanto es obligación de los Superiores mayores cultivar la capacidad de los miembros del Instituto para cumplir las obligaciones que se derivan de las diversas categorías del fin especial. Tratarán de enviar a cada miembro a los puestos necesarios para cumplir sus fines.

Absolutamente hablando. los votos emitidos por los miembros dan a los Superiores plena libertad para disponer de ellos según los fines del Instituto. Esta libertad sin embargo debe estar regulada por aquella norma fundamental de gobierno, que impone la elección de tos sujetos según las capacidades individuales, de modo que uno, destinado para ta enseñanza y los estudios no se dedique a la administración de los bienes. Esta norma es tanto más importante cuando se trata de escoger a los futuros misioneros. No se pueden enviar a las misiones los sujetos sin distinción alguna. El mandato del Superior será tal vez más que suficiente para enviar a tal religioso o a tal religiosa a la misión; pero si el religioso o la religiosa jamás han pensado en semejante apostolado y tal vez sienten repugnancia hacia él, no sacarían nada, sino que serían un peso para la misión y pronto tendrían que volver a ta Patria. Es pues prudente enviar sólo a los voluntarios que se ofrezcan espontáneamente, o también a los que invitados a ir a las misiones, aceptan con generosidad la súplica recibida y tienen por otra parte las cualidades necesarias.

Consideremos ahora a los Institutos exclusivamente misioneros. En ellos el apostolado entre los acatólicos es el único fin especial que intentan sus miembros. Por tanto las cualidades de los aspirantes deben ser examinadas con relación al apostolado misionero. Los aspirantes, si no tuviesen las cualidades requeridas, serán despedidos, y cuando hayan alcanzado la debida preparación según las Constituciones, todos podrán ser enviados a las misiones y ninguno podrá excusarse, porque la obligación de ir a las misiones atañe a cada uno de los miembros en forma específica.

Quedan por fin, por estudiar, las consecuencias del así llamado voto de misión, que emiten algunas Congregaciones de hombres o mujeres. En vir-

tud de tal voto todos y cada uno de los miembros se obligan a ir a misiones pero los Superiores pueden o no enviarlos; sin embargo, también en este caso la experiencia y la prudencia aconsejan escoger a los sujetos voluntarios y capacitados para un apostolado tan difícil.

Prescripciones jurídicas particulares. — *San Pablo, mientras estaba prisionero en Roma, trata de enviar a un representante suyo a sus queridos filipenses, y les envió a Timoteo, porque lo consideraba verdaderamente celoso del honor de Cristo y de la salvación de las almas. De muy buen gusto hubiera emprendido él aquel largo viaje y se hubiera preocupado de los intereses de aquella Iglesia, pero las circunstancias se lo impedían. Dice el Apóstol "confío en el Señor Jesús en enviaros dentro de poco a Timoteo, pues no encuentro a ningún otro que comparta como él mis sentimientos y que se preocupe de vosotros con más sincero afecto" (Filip. II, 19-20). El Apóstol hubiera podido enviar otro con aquella misión; pero no encontró ninguno que estuviese dispuesto; y él nos dice claramente la razón con estas palabras: "Todos en efecto piensan en sus cosas y no en las de Jesucristo" (Filip. II, 21).*

Aquellos sacerdotes que pensaban en sus cosas, se habían convertido en simples empleados, como tantos otros que han sucedido en la historia hasta nosotros. Los voluntarios, que están prontos a seguir la voz de Jesucristo y de sus legítimos Superiores, saben superar todas las dificultades y se ponen en camino ante el lejano campo de apostolado.

Las prescripciones del Derecho Canónico sirven para salvaguardar este deseo, para impedir toda desviación y también, para dar a los misioneros las facultades y privilegios necesarios para hacer menos complicado su ministerio.

Es inútil recordar aquí el canon 1353 y el 305, en los que se recomienda el cultivo de las vocaciones eclesiásticas tanto de nuestros territorios como de los de las misiones. Para nuestro intento, solamente interesan las prescripciones que se refieren a la vocación misionera de un modo directo o indirecto y pueden reducirse a los misioneros apostólicos y al juramento o título de misión.

I. LOS MISIONEROS APOSTOLICOS

Hablando en propiedad, todos los misioneros pueden llamarse apostólicos, porque los que trabajan en misiones siempre son enviados de la Santa Sede, directa o indirectamente. En la práctica este título está reservado a los misioneros que lo hayan obtenido o por un rescripto particular o por una facultad general dada a determinadas Ordenes.

Los orígenes de los misioneros apostólicos tuvieron lugar en los primeros años de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, la cual hallaba muchas dificultades tanto para tener misioneros, como para enviarlos a sus campos de apostolado. Por otra parte, dada la amplitud de las diócesis, muchos misioneros por ella escogidos, no llegaban a obtener de los Ordinarios las facultades necesarias para ejercer el sagrado ministerio.

Para evitar todos estos inconvenientes, el Dicasterio de la plaza de España en Roma, trató de enviar directamente algunos misioneros, debidamente seleccionados y dotados de facultades especiales. A estos misioneros, que en la historia de las misiones tuvieron una extraordinaria importancia, se les llamó apostólicos.

El título de misionero apostólico se concedía a todos los alumnos de los Colegios Pontificios, instituídos en Roma y fuera de Roma, para educar a jóvenes de diversos territorios de misión, y por medio de un decreto especial se les concedía también a otros misioneros tanto religiosos como del clero secular. En alguna Orden religiosa el Superior General tenía la facultad de conceder el susodicho título a todos los misioneros de su Instituto.

Todos sin embargo, debían sufrir un examen de teología y Derecho Canónico, sobre un cuestionario presentado por Propaganda. El feliz éxito en los exámenes era condición requerida para obtener el título de misionero apostólico mediante un decreto. A este decreto se refieren las palabras del canon 295, párrafo 1.º, sin que hoy tenga un valor práctico.

El misionero apostólico no podía abandonar definitivamente la misión sin el permiso de Propaganda, y tenía la precedencia sobre los demás. Este privilegio ha sido revocado en 1924. Vuelto a la Religión, gozaba todavía de algún privilegio, como el de escoger la residencia.

Antes de la Constitución "Sapienti consilio" del año 1908, Propaganda solía conceder el título de misionero apostólico a sus súbditos, y "honoris causa", también a los no súbditos. Dicha Constitución limitó la facultad de Propaganda, pudiéndolo conceder en adelante, aunque fuese "honoris causa", solamente a los propios súbditos. Para los otros podía concederlo la S. C. Consistorial, y desde el 21 de abril de 1909, la sagrada Congregación del Santo Oficio. En virtud del canon 258, párrafo 2.º, esta facultad pasó a la sagrada Penitenciaría.

Desde hace varios años, Propaganda no concede ya el título de misionero apostólico, pero al que lo solicita concede las facultades sin el título. De estas facultades hay dos formularios, de los que uno es para los misioneros de religión de estricta observancia. Se refieren a facultades para bendecir objetos sagrados, conmutar el oficio divino, para la celebración de la Misa en determinadas condiciones y para el altar privilegiado.

II. EL JURAMENTO Y EL TITULO DE MISION

Hablemos ahora del juramento y del título de Misión. Apenas fundada, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide dirigió bien pronto sus cuidados a la reorganización de los Colegios en los que se educaban los jóvenes que habían de ser enviados después a los territorios de Misión. De estos no había muchos ni en Roma ni en Italia ni el extranjero. Algunos fueron erigidos bajo el pontificado de Gregorio XIII (1572-1585) y otros en los años sucesivos. Sus alumnos gozaban de muchos privilegios y favores y al mismo tiempo pesaban sobre ellos ciertas obligaciones bien determinadas ya en los documentos de erección, ya en las mismas reglas. Casi siempre los jóvenes estaban obligados a regresar a la Patria inmediatamente después de la ordenación sacerdotal, a dedicarse por completo a la obra de la evangelización y observar las reglas del Instituto. El ejemplo que nos presenta el Colegio Germánico de Roma fundado en 1552, es bastante elocuente al respecto. Los alumnos estaban obligados a emitir el siguiente juramento:

"Ego, N. N. Dioecesis N. intellecto huius Collegii instituto, eius me legibus et constitutionibus submitto, ac Summi Pontificis intentionem, in Litteris Apostolicis expressam, secuturum coram Deo et vobis, promitto ac iuro me velle statum ecclesiasticum amplecti et ad omnes etiam Presbyteratus Ordines cum Superioribus visum fuerit, promoveri cumque iidem mandaverint in Patriam me statim reversurum, iuris civilis aut medicinae studio non professurum, aliam vitae rationem, aulicam praesertim, non secuturum, sed continuo ubi e Collegio dimissus fuero in Germaniam, Ungariam ad iuvandas animas

me remigraturum, etiam ante constitutum studiis ordinarium tempus, si ita animarum saluti conducere, aut pro Collegii commodo Superioribus videbitur expedire. Collegii vero instituta, secundum Superiorum interpretationem me observaturum, nec a communi alumnorum vivendi ratione discessurum" (1).

También los alumnos del Colegio Griego en Roma debían emitir un juramento después de cumplir los 16 años de edad. La fórmula de este juramento era doble: una para los orientales y otra para los occidentales. Fórmulas parecidas habían sido impuestas repetidas veces por los mismos Superiores a los alumnos de otros Colegios (2). Pero la variedad e incertidumbre de las fórmulas de juramento podía dar lugar a dudas y ansiedades. Además, la necesidad de reorganizar los Colegios según un plano común a todos movió a Propaganda a ordenar una visita general a aquellos que habían sido puestos bajo su jurisdicción. Para este fin fué constituida una Comisión especial de Cardenales encargados de examinar las relaciones de la visita y el buen funcionamiento de los mismos Colegios. La cuestión del Juramento fué discutida ampliamente.

En la Congregación General del 12 de Marzo de 1624, habida en presencia del Papa, fuè examinada la duda siguiente: An prohiberi possit alumnis Collegiorum Pontificiorum ingressus et professio in Religione approbata." Se discutió primero acerca de la licitud de la prohibición que iba a imponerse, y la respuesta fué afirmativa por los siguientes motivos: "Quia finis horum Collegiorum est propagatio fidei et conversio animarum; hic autem est praestantior fine Religionis, nam inter divina opera divinissimum est cooperari ad salutem animarum. Deinde quia Collegia huiusmodi facta sunt ad Cleri secularis conservationem quod patet ex Sacro Concilio Tridentino. Clerus autem secularis est magis in Ecclesia necessarius quam regularis, quia ille tenetur ex officio subire curam animarum, hic vero in adiutorium tantum vocatus, potest se ab ea subducere, prout se subducit frequenter suorum superiorum mandato."

De aquí la discusión fué restringida al Colegio Inglés de Roma y a sus alumnos se les prohibió entrar en cualquier Orden religiosa sin el permiso de la Santa Sede bajo pena de nulidad de la profesión (3).

Estas mismas prescripciones fueron extendidas en la C. G. del 31 de mayo de 1624 a los alumnos del Colegio Maronita, los cuales emitían ya un juramento según una vieja fórmula. Mientras tanto se diò orden a los Visitadores de los Colegios de ver si los alumnos estaban obligados por juramento a volver a la Patria "fidei catholicae propagandae causa" y de dar cuenta de ello. Terminada la visita, Propaganda estableció que todos los alumnos de los Colegios Pontificios Nacionales hiciesen el juramento de observar las reglas del Instituto, de no entrar, sin un permiso especial de la Santa Sede, en una sociedad o en una Congregación Regular, de acercarse a las sagradas órdenes y de volver inmediatamente a la Patria, una vez recibida la ordenación sacerdotal. En efecto en la C. G. del 9 de agosto de 1624 los Cardenales dijeron que todos los alumnos de los dichos Colegios debían emitir el siguiente juramento: "Ego M. N., filius N. Diocesis N. plenam habens Instituti huius collegii notitiam, legibus et constitutionibus ipsius, quas juxta superiorum explicationem amplector, me sponte subiicio easque pro posse observare promitto.

Insuper spondeo et iuro sine speciali Sedis Apostolicae licentia, nullam Religionem, societatem aut Congregationem Regularem nunquam ingrediar, neque in earum aliqua profesionem emitam.

Item spondeo et iuro quod volente Ilmo Protectore aut Sacra Congregatione de Propaganda Fide, statum ecclesiasticum amplectar, et omnes sacros etiam Presbyteratus ordines cum Superioribus visum fuerit, promovebor.

Denique spondeo et iuro quod jussu eiusdem Ilmi. Cardinalis Protectoris vel praedictae

---

(1) A. P., *Scritture riferite nei Congressi*, Colegio Germanico, vol. 1, f. 86. En 1580 el Colegio Húngaro fué unido al Germánico.

(2) PAVENTI, *De iuramento ac de titulo missionis*, Romae, 1946. En esta obra, el autor trata la materia de un modo exhaustivo y trae todos los documentos al caso.

(3) A. P., *Acta S. Cong. de P. F.*, an. 1622-1625 vol. 3, ff. 126-127; 195 r-196; 260r-261.

Sac. Congregationis de Propaganda Fide statim in Patriam meam revertar, ut ibi vero clero seculari divinis administrandis opem feram laboremque meum ac operam pro salute animarum impedam: quod etiam praestabo si cum praedictae Sedis licentia Religionem, Societatem aut Congregationem Regularem ingressus fuero et in earum aliqua professionem emisero. Sic me Deus adiuvet et haec santa Dei Evangelia" (4).

La prohibición de no entrar en ninguna congregación religiosa fué bien pronto mitigada para los Colegios Nacionales Orientales y a los alumnos griegos se permitió entrar en la Congregación de San Basilio y a los maronitas en la de San Antonio. Esto se explica por el carácter especial que las Congregaciones religiosas tienen en el Derecho oriental. El juramento debía prestarse después de cumplidos catorce años (5).

El 24 de noviembre de 1625 tiene lugar una congregación plenaria que dió dos Decretos de los cuales el primero se refería a todos los Colegios en general y el otro sólo al Colegio griego de Roma (6).

Ambos Decretos no contenían prescripciones nuevas; solamente confirmaban o aclaraban las disposiciones dadas anteriormente. En ellos se inculca que la profesión hecha por los alumnos, obligados todavía por el vínculo del juramento, sin el permiso de la S. Sede es inválida y además que los Superiores de cualquier Religión, que les hubieren admitido abusivamente, son privados de voz activa y pasiva.

Propaganda defendió siempre la necesidad de mantener el juramento prescrito. En la C. G. del 28 de julio de 1626 fueron examinadas las relaciones de los Colegios Fuldense, Olomucense y Brusbergense. Los Rectores se lamentaban de que los alumnos no alcanzasen el número deseado porque tos herejes no querían mandar los propios hijos al Colegio por causa del juramento. La respuesta fué muy precisa: "S. Congregatio censuit melius esse, ut alumni ex collegiis praedictis sacerdotes prodeant, quia plurimos haereticos convertere poterunt, quam pauci filii haereticorum fiant catholici, qui in patrias revertentes, ut parentum suasu aut uxorum ducendarum causa, facile in haeresim labuntur, et quoad numerum alumnorum integrandum dixit posse scribi Nuntiis Ap. quibus Collegia illa subdita sunt ut diligentiam adhibeant, cum Episcopis provinciarum haeresis infectarum, vel cum episcopis illis vicinarum, quia facile Alumni plures, mediantibus ipsis, haberi, poterunt" (7).

En el 1627 Urbano VIII fundó el colegio Urbano de Propaganda e impuso a los alumnos el juramento de 24 de noviembre de 1600, es decir, el juramento del 9 de agosto de 1624 con alguna pequeña modificación debida al carácter totalmente especial del mismo Colegio. Esta fórmula es conocida en la tradición del Colegio con el nombre de "vetus iuramentum".

En estos primeros años hemos visto que Propaganda era muy cauta al conceder dispensa de las obligaciones derivadas de la emisión del juramento y aun cuando permitía el ingreso en Religión ponía en el rescripto la cláusula siguiente: "Firmo manente iuramento." Esto es que no obstante la dispensa concedida el joven permanecía siempre obligado a ir a las Misiones. Esta obligación, en efecto, era perpetua y ligaba por siempre también a los alumnos que hubieran sido expulsados por culpa propia y no hubieran terminado los estudios. Propaganda había notado que algunos Nuncios y Cardenales protectores concedían fácilmente dispensas de este género y en el 1633 estableció que en el futuro estas dispensas se podían conceder solamente después de haber consultado a la misma Sagrada Congregación. En el 1645 para eliminar todo abuso fué ligeramente cambiada la fórmula del

---

(4) A. P., *Acta S. Cong. de P. F.*, an. 1622-1625, vol. 3, ff. 93 v-94v y ff. 104-104r.

(5) A. P., *Acta S. Cong. de P. F.*, an. 1622-1625, vol. 3, ff. 276r-277.

(6) *S. C. de P. F.*, 24 Nov. 1625, *Collectanea P. F.*, n. 19; A. P., *Acta S. Cong. de P. F.*, an. 1622-1625, vol. 3, ff. 288-289; 290-290r.

(7) A. P. *Acta S. Cong. de P. F.*, an. 1626-1627, vol. 4, ff. 101v-102.

juramento y no se hizo en adelante mención de los Cardenales protectores, ni de los Nuncios: las dispensas podían ser concedidas sólo por Roma.

Estas prescripciones eran casi totalmente nuevas en el Derecho Canónico. Por esto eran interpretadas frecuentemente con criterio ajeno a la mente de la Santa Sede. Muchos impugnaban la misma licitud y la validez del juramento. Para quitar toda duda sobre este último punto tan delicado, el 24 de noviembre de 1649 se celebró una Congregación particular con cuatro Cardenales, el Asesor del Santo Oficio y otros tres teólogos (8).

Los votos presentados establecieron en primer lugar la naturaleza del juramento. Las palabras de la fórmula: "spondeo et iuro" indican que este es un juramento y un voto, o mejor un voto jurado. En cuanto es voto satisface completamente a las condiciones requeridas por el canon 1307, párrafo 1.°, y a los Doctores que definen el voto: "promissio deliberata et libera Deo facta de bono possibili et meliore". Este juramento es al mismo tiempo una promesa de un bien mejor y no impide la consecución de cualquier otro bien mejor. En efecto todos deben mantener que el bien que mira directamente a la Comunidad y en modo particular a la Iglesia es un bien mayor y mejor que otro cualquiera dirigido en favor de una persona privada. Santo Tomás dice justamente: "bonum gentis perfectius est et divinius quam bonum unius" (9).

Ahora bien, este voto jurado mira a toda la comunidad de la Iglesia porque está ordenado a la conversión de los infieles por medio de la predicación del Evangelio. El estado religioso, por el contrario, está ordenado directamente a la santificación espiritual del individuo. En algún caso particular podrá ser más conveniente, sea por utilidad de una misión dada, sea por el bien de un misionero, que se conceda el permiso de entrar en estado religioso. Por tal motivo en la fórmula se hace mención de la Santa Sede, la cual examinará el caso particular y dará la respuesta que crea más oportuna.

El parecer de la Congregación particular fué en favor de la licitud y de la validez del juramento. Con todo esto la lucha contra el juramento se hacía cada vez más fuerte y, a pesar de la vigilancia de Propaganda, muchos Colegios quedaban reducidos a Noviciados religiosos. Se exigían resoluciones aún más explícitas y Alejandro VII, después de un estudio detallado de todas las reclamaciones llegadas a Roma y de las informaciones tomadas por medio de los Visitadores de Colegios, publicó la constitución "Cum circa iuramenti" el 20 de julio de 1660 (10). Esta confirmó todas las disposiciones dadas en el pasado y añadió alguna otra. Damos un breve resumen:

1. El juramento no obliga "ad triennium" sino por siempre.

2. Se cumple el juramento solamente poniéndose al servicio de la Santa Sede.

3. Los alumnos que por cualquier causa dejen el Colegio o son despedidos no son absueltos de la obligación del juramento.

4. Transcurrido el trienio, permanece siempre la prohibición de entrar en Religión sin el permiso de la Santa Sede.

5. Aquellos que entraren en Religión no son jamás librados del juramento, aunque la Sagrada Congregación no haga uso de su trabajo.

6. Se rechaza el pretexto de querer asegurarse el propio sustentamiento.

7. Se condena el error de aquellos que dicen que el juramento impide un bien mayor porque contiene la prohibición de entrar en Religión.

8. Todos los alumnos deben enviar carta anual sobre su vida sacerdotal. Aquellos que trabajan en Europa la deben enviar todos los años. Todos los demás deben enviarla cada dos años.

---

(8) A. P., *Scritture riferite, Collegia, III*, vol. 365, ff. 21-42v; *Acta S. Cong. de P. F.*, a. 1649-1650, vol. 19, f. 317-317v.

(9) S. Thomas, *Opusc.* 18, c. 14.

(10) Alejandro VII, Const. *"Cum circa iuramenti"*, 20 de julio de 1660, *Collectanea P. F.*, n. 142. A esta constitución se había añadido una nueva fórmula de juramento, según los cambios introducidos en la misma. Cfr. *Collectanea P. F.*, n. 143.

9. Por este motivo en la fórmula se añade lo siguiente: "item voveo et iuro quod sive Religionem ingressus fuero, sive in statu saeculari permansero, si intra fines Europae fuero quolibet anno; si vero extra, quolibet biennio, me ipsius meique status, exercitii et loci, ubi moram traxero Sacran Congregationem de Propaganda Fide certiorabo".

10. Se obliga a los Superiores regulares a informar a Propaganda del estado y del oficio de los alumnos que han llegado a ser religiosos.

11. A lo mismo se obliga a los Prefectos de las Misiones de sacerdotes seculares.

12. La constitución dicha debe ser transmitida a todos los colegios.

13. Sea expuesta en público de modo que todos la puedan ver y sea leída en común dos veces al año e inmediatamente antes de hacer el juramento.

14. Se añade el párrafo siguiente: "denique voveo et iuro, me praedictum iuramentum, eiusque obligationem intelligere, et observaturum iuxta declarationes factas a Sacra Congregatione de Propaganda Fide et Breve Apostolico roboratas sub die 20 julii 1660".

15. Los Superiores de los Colegios deben bajo pena de suspensión transmitir a Propaganda los nombres y las notas características de los alumnos admitidos o dimitidos.

16. El juramento no debe diferirse más allá de los límites establecidos por Urbano VIII.

17. A ninguno es lícito interpretar el juramento o las declaraciones dichas; en caso de duda recúrrase a la Santa Sede. La misma Propaganda el 28 de abril de 1661 hizo que siguieran a la constitución alejandrina algunas declaraciones para mejor disipar toda duda sobre las prescripciones en torno al juramento y a sus obligaciones (11).

Estas declaraciones son muy importantes y por lo tanto damos un breve resumen.

1. La declaración según la cual se cumple el juramento solamente poniéndose al servicio de la Santa Sede no exime a los alumnos de la observancia de las prescripciones de las Bulas de erección de los propios Colegios.

2. La prohibición de no entrar en religión deroga las Bulas de fundación siempre que estas lo permitan. Se exceptúa la Orden de San Basilio para el colegio griego y la Orden de San Antonio para el colegio maronita.

3. La entrada en religión no está prohibida de una manera absoluta sino que en casos particulares depende del juicio y del permiso de la Santa Sede.

4. Se explica de un modo más claro et vínculo de servir a las misiones para los jóvenes que se han hecho religiosos.

5. Los alumnos que han llegado a ser religiosos y que trabajan en las misiones satisfacen a la obligación del juramento de servir a las misiones.

6. El juramento no prohibe el episcopado u otras dignidades eclesiásticas.

7. Los alumnos obispos no están obligados a enviar la relación anual de sus actividades apostólicas. Es suficiente el envío de la relación de su propia Diócesis.

8. Los alumnos religiosos deben enviar personalmente la relación de su vida y apostolado.

9. Durante las persecuciones cada alumno según la propia conciencia puede creerse dispensado del envío de dicha relación.

10. En el envío de dicha relación se debe usar de toda diligencia posible para que dicha relación llegue a su destino.

11. Cada alumno debe escribir personalmente la relación y solamente en tiempos de persecución o bajo graves peligros puede suplirse por medio de la relación de sus propios Superiores.

12. El Breve alejandrino no tiene valor retroactivo. Los futuros alumnos deben jurar o emitir juramento según la nueva fórmula.

13. Así como los alumnos se han entregado a la obra de la evangelización de las naciones no por salario sino en fuerza de un juramento, durante toda la vida no pueden tomar otro estado ajeno a este compromiso. Está siempre excluído el estado religioso y sólo transitoriamente pueden asumir una profesión diversa para subvenir a las necesidades de la vida bien con permiso o bien sin permiso de la Santa Sede.

14. Los alumnos dimitidos no quedan libres del juramento. En lo futuro ningún alumno puede ser dimitido sin la licencia escrita del Cardenal protector en Italia o del Nuncio Apostólico fuera de Italia.

15. La perpetuidad del juramento, según ya se ha dicho, se refiere a todos los alumnos pasados o futuros.

16. Los alumnos que resultan incapaces para el trabajo de las misiones deben recurrir a la Sagrada Congregación, la cual juzgará sobre las obligaciones contraídas.

17. Los Prefectos de las Misiones deben enviar a Propaganda relación de todos los alumnos presentes, pasados y futuros.

18. A esto no están obligados los Procuradores de las Misiones.

---

(11) *Collectanea P. F.*, n. **144**.

19. Los Rectores deben hacer llegar la relación de los alumnos que terminan antes de abandonar el colegio y de los nuevos apenas lleguen.

20. El juramento debe ser emitido a la edad establecida por Urbano VIII.

21. Está prohibida cualquier interpretación, aunque sea privada, del Breve y en los casos dudosos se debe recurrir a la Santa Sede. En casos de necesidad en los que no se puede esperar la respuesta de Roma, el Superior procurará no poner un acto irrescindible y expondrá lo antes posible el caso a la Santa Sede.

El pensamiento de Propaganda en torno a la naturaleza y las obligaciones del juramento era por demás claro y preciso y parecía que ninguna objeción pudiera surgir en adelante contra las órdenes dadas. Por el contrario no faltaron nuevas dificultades y dudas. Muchos colegios, entre los cuales estaba el Colegio Germánico, pidieron se les dispensara de la obligación de enviar la relación y que pudieran hacer la profesión religiosa. Propaganda se ocupó de estas peticiones en varias Congregaciones particulares y se las expuso al Papa en distintas audiencias hasta que finalmente en 1668 estableció: "que se dispensase a los alumnos (del Colegio Germánico, Inglés, Griego, Maronita e Ilírico) de la obligación de escribir cada año a esta S. C., y que se diese facultad a los Señores Cardenales Protectores de cada uno de los Colegios para que pudieran conceder a los alumnos de aquellos colegios que están bajo su protección (siempre que hubieran salido y hubieran vivido fuera de dichos colegios por el espacio de tres años completos la facultad de hacer la profesión religiosa en la Compañía de Jesús o en otra Religión. En todo lo demás permanecían en vigor las prescripciones precedentes.

Como ya hemos visto los alumnos del Colegio Griego de Roma hacían doble juramento, el alejandrino y el de no cambiar nunca de rito griego. Lentamente se abrió camino la idea de que el permiso de cambiar de rito llevaba consigo la dispensa de poder entrar en religión y así no pocos alumnos entraron en la Compañía de Jesús. En la audiencia del 2 de mayo de 1671 esta interpretación fué declarada falsa (13).

Algunas otras dudas fueron presentadas por el Colegio de Vilna, pero se referían a cuestiones de orden local.

La prohibición de entrar en religión fué impuesta también a los alumnos del Seminario del Siam fundado por los Misioneros de las Misiones Extranjeras de París, y al Colegio de la Sagrada Familia erigido en Nápoles por el abate Mateo Ripa en 1728. Con respecto a la edad en la que se debía emitir el juramento tenemos un rescripto especial para el colegio Urbano emanado de la C. G. del 4 de mayo de 1705: "Emi PP. censuerunt expedire ut alumni (del colegio Urbano) qui admittuntur completo aetatis anno decimo quarto, ante quam juramentum praestent, expectent sex menses a die admisionis; qui vero admittuntur ante completum annum decimun quartum, expecten tadhuc sex menses postquam compleverint eumdem annum decimum quartum. Pariter expedire ut Sanctitas Sua dignetur remittere arbitrio S. Congregationis prorogationem termini ad iuramentum praestandum in casibus particularibus, ubi fuerit necessarium" (14).

En el 1668 Propaganda había absuelto a los alumnos de algunos colegios de la obligación de enviar la relación mencionada, pero bien pronto la debió revocar por decreto del 30 de agosto del 1697, aprobado por Inocencio XII. Los alumnos, por el contrario, no obedecieron y la cuestión fué exa-

---

(12) *Collectanea P. F.*, n. 173. El texto del presente documento es interpolado, porque la fecha del 20 de diciembre de 1688, debe referirse a la audiencia y no a la congregación particular.

(13) A. P., *Udienze di N. S.*, a. 1666-1679, vol. 1, ff. 100-101v; 113v-114; *Acta S. C. de P. F.*, a. 1671, vol. 41, f 43v.

(14) A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1705, vol. 75, ff. 167r-170; *Collectanea P. F.*, n. 268.

minada nuevamente en una Congregación del 1712, la cual dejó el asunto para otra sesión. Por tal motivo algún Colegio suprimió en la fórmula el párrafo referente a la relación anual.

El Colegio de Vilna en 1755 por medio del Nuncio Apostólico de Polonia propuso las dudas siguientes: "Duda primera: ¿Si los nuevos alumnos rutenos están obligados a prestar el Juramento según la fórmula del Sumario N. 1? (15).

"Duda segunda: ¿Si en consecuencia de tal juramento están obligados los alumnos a observar el celibato?

"Duda tercera: ¿Si bajo el nombre de Provincia a la cual deben regresar terminados los estudios, se debe entender la Diócesis de donde partieron al venir al Colegio?"

Estas dudas fueron presentadas a la C. G. del 20 de enero de 1755, pero examinadas sólo en la C. G. del 1 de septiembre del mismo año, que dió la siguiente respuesta:

"Ad primum: Negative: sed iuramentum esse praestandum iuxta formulam praescriptam a s. m. Alexandro PP. VII, in calce novarum constitutionum apponendam.

"Ad secundum: negative: sed permittendum esse alumnis ut Sacros Ordines vel in Collegio vel in propia dioecesi suscipiant in statu coniugali iuxta ritum ecclesiae graecae, prout declaratur in novis constitutionibus.

"Ad tertium. Nomine Provinciae in hoc casu intelligendas esse quoad Monachos S. Basilii Congregationis ruthenorum, Provinciam, in qua monasticam professionem emiserunt; quo vero ad clericos saeculares dioeceses, ex quibus missi sunt ad Collegium iuxta id quod praescribitur in praefatis constitutionibus" (16).

Además, a los alumnos monjes de dicho Colegio, novicios y profesos de la orden de San Basilio, les fué prescrita la fórmula usada en el Colegio Griego y en el de Propaganda Fide.

La fórmula alejandrina había sido impuesta también al Colegio del Siam. En el año 1767 se cambió un poco porque los alumnos juraban servir solamente a las Misiones que tenían los misioneros franceses. A algunos otros colegios les fué impuesto el juramento en el correr de los años.

Dicha fórmula sufrió un pequeño cambio para los alumnos del colegio Urbano. En la C. G. del 12 de mayo de 1834 fueron examinadas estas tres dudas:

1. "Qué extensión tenga el sentido de las palabras 'in Provinciam meam revertar' contenidas en la fórmula del juramento que se presta por los alumnos del Colegio Urbano.

2. "Si al enviar de nuevo a los alumnos a sus Provincias se debe observar o por justicia o por equidad alguna regla de preferencia para los distintos lugares de la Provincia misma y cuál.

3. "Si pueden, a pesar de la promesa indicada, mandarse por la Sagrada Congregación alumnos a otros países fuera de la propia Provincia."

Las soluciones dadas fueron las siguientes:

"Ad 1. Provinciae nomine in casu intelligenda est tota Provincia Ecclesiastica, cui alumnus pertinet.

"Ad 2. Alumni mittantur sive ad Provinciam sive ad dioecesim, ubi maior erit penuria sacerdotum, habita ratione et utilitate animarum.

"Ad 3. Affirmative iuxta modum, nempe praevio eorum libero consensu et expetita dispensatione a vinculo iuramenti, quoties alibi mitti velint alumni, qui iam iussu S. Congregationis in suam provinciam reversi fuerint" (17).

En la audiencia del 23 de mayo del mismo año el Santo Padre confirmó las decisiones de la plenaria y a continuación de esto fueron añadidas las siguientes palabras a la fórmula del juramento: "itemque iuxta novissimam declarationem eiusdem Sacrae Congregationis die 12 maii anno 1834, editam".

Este inciso tuvo un significado aún más amplio en la C. G. del 22 de junio de 1835 en la que se trató de la dificultad de enviar misioneros a algunas regiones: "Ad secundum: ad Emum. Praefectum, ad mentem. Mens est, ut formula iurisiurandi, quae alumnis Colegii Urbani proponitur, extendatur ad quamvis regionem vel Missionem, prout Sacrae Congregationi

---

(15) En esta fórmula se hallan prescripciones que no están contenidas en el juramento alejandrino, pero no traen consigo nuevas obligaciones.

(16) A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1757, vol. 127, ff. 369v-377. — A los mismos alumnos rutenos, en el año 1753, se les prescribió que jurasen volver a la diócesis y no cambiar de rito. Cfr. A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1753, vol. 123, ff. 191v-192.

(17) A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1834, vol. 197, ff. 140-148; *Collectanea P. F.*, n. 835.

destinare alumnum iurantem placuerit: eaque formula proponatur alumnis praesertim noviter supervenientibus aut admitti petentibus, eo maiori numero, quo fieri poterit" (18).

Según Zitelli esta extensión no tuvo lugar de hecho. Más tarde se pidió que el Cardenal Prefecto pudiese "pro tempore" interpretar el decreto antes citado restringiendo más o menos el sentido de la palabra "provincia" según los lugares y las personas. Además León XIII en la audiencia del 31 de enero de 1886, dejando en vigor los decretos de Urbano VIII y de Alejandro VII, permitió al mismo Cardenal Prefecto la facultad de diferir el juramento por cualquier grave causa.

En 1775 Pio VI concedió indulgencia plenaria a todos los alumnos que emitían el juramento por primera vez o lo renovaban en el día del aniversario por devoción (19).

Pasemos ahora a considerar las prescripciones dadas al efecto en los tiempos más cercanos a nosotros.

Hacia finales del siglo pasado fué erigido en la ciudad de Columbus de Estados Unidos de América el Colegio Josefino de Propaganda Fide. A este Colegio se le dió una organización calcada en la del Colegio Urbano y a sus alumnos se les impuso el juramento alejandrino con alguna que otra pequeña modificación.

En una Congregación plenaria del año 1894 se discutieron algunas dudas acerca de dos incisos de la fórmula alejandrina que parecían contrarios entre sí. En la susodicha fórmula se dice que los alumnos deben regresar sin demora a la provincia propia para trabajar allí en la obra de evangelización y además se leen estas palabras: "quod etiam praestabo si cum praedictae Sedis licentia religionem, societatem aut congregationem regularem ingressus fuero et in earum aliqua profesionem emisero". Estas dos prescripciones parecían contrarias y se pedía la abolición de la segunda porque el alumno que había entrado en una religión no podía seguir teniendo la obligación de ir a misiones y de trabajar allí: debía obedecer a sus superiores, que podían enviarlo donde creían oportuno. Esta dificultad no era nueva y ya Alejandro en sus declaraciones del año 1661, en los nn. 4 y 5 la había resuelto al menos indirectamente. Por eso Propaganda rechazó la demanda y no quiso introducir ningún cambio en la fórmula (20).

El año 1908 fué promulgada la constitución "Sapienti consilio" (21), que quitó a Propaganda muchas regiones tanto de Europa como de América y las sometió al régimen común. En consecuencia de lo cual, muchos colegios pasaron a estar bajo la jurisdicción de la Sagrada Congregación Consistorial, la que el 12 de noviembre del mismo año decretó: "Collegia Americae Septentrionalis, Hyberniae et Scotiae in urbe posthac erunt sub iurisdictione S. C. Consistorialis, eorumque alumni iuramentum praestabunt secundum formulam novam statuendam, litteras dimissorias recipient ab eadem S. C. et ad ordines ascendent titulo servitii Ecclesiae. Iuvenes, vero, qui aluntur in Collegio Urbano sed pertinent ad dioeceses iuris communis, et ipsi ordinabuntur titulo servitii Ecclesiae et iurabunt secundum novam formulam Emo. Card. Praefecto S. C. D. P. F. reformandam" (22).

La misma S. C. consistorial el 29 de julio de 1909 extendió el "titulus servitii Ecclesiae" no sólo a los colegios de los Estados Unidos de América, de Irlanda y de Escocia,

(18) A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1835, vol. 198, f. 211.
(19) *S. C. de P. F.*, mayo, 1775, *Collectanea P. F.*, n. 508.
(20) A. P., *Acta S. C. de P. F.*, a. 1894, vol. 264, ff. 191-197.
(21) Pius X, Const. *"Sapienti Consilio"*, 29 de junio de 1908, *Sylloge P. F.*, n. 9.
(22) *S. C. Consist.*, 12 de Nov. 1908, *Sylloge P. F.*, n. 13.

sino también al colegio Inglés, Beda, Canadiense, también en Roma, y al colegio Josefino de Columbus, Americano, de Lovaina, Inglés de Valladolid, Inglés de Lisboa, de todos los Santos de Dublin, Irlandés en París. Y con respecto a la concesión de las letras dimisorias estableció que éstas: "concedendas esse a Cardinali Protectore ubi adest; ubi deest ab iis qui hoc privilegium legitime obtinuerint; ea tamen lege, ut, si non agatur de privilegio perpetuo, indulti prorogatio Sacrae Congr. Consistoriali reservata maneat. Rectores autem collegiorum (quisquis sit qui dimissorias litteras concedat) teneri in antecessum in singulis casibus Ordinarium proprium candidati interpellare semel pro Ordinibus minoribus et denuo semel pro Ordinibus maioribus, nempe pro sacro subdiaconatus Ordine, an aliquid alumni ordinationi obstet" (23).

Además, la fórmula se cambió en los siguientes términos:

Ego N. N. e dioecesi N. plenam habens instituti hujus collegii notitiam, ipsius leges et consuetudines, prout a moderatoribus explicatae sunt, libenter amplector, iisdem me sponte subiicio, easque pro viribus me observaturum polliceor.

"Praeterea spondeo et iuro, me, quamdiu hoc in Collegio commorabor, et postquam, sive studiis expletis, sive secus, quavis de causa, inde discessero, nulli religiosae familiae aut societati vel congregationi regulari nomen daturum, nec in earum ulla professionem emissurum sine speciali Apostolicae Sedis licentia.

"Item spondeo et iuro, me, superioribus adprobantibus, statum ecclesiasticum amplexurum ad omnesque sacros Ordines etiam presbiteratus, quum Praepositis meis visum fuerit, adscensurum.

"Voveo denique ac iuro, me, nulla interiecta mora, in meam dioecesim reversurum, ut ibi perpetuo divinis ministeriis vocem operamque meam omnem pro christiani populi salute impendam.

"Sic me Deus adiuvet et haec sancta Dei Evangelia" (24).

Esta fórmula difiere de la fórmula alejandrina en dos puntos: a) No contiene en adelante la obligación de enviar la relación anual de actividades sacertales: b) Con relación a trabajar en las misiones, aunque haya sido emitida la profesión religiosa con el permiso de la Santa Sede. Las demás variantes se refieren al estilo. Propaganda la impuso a los alumnos del Colegio Urbano que pertenecían a los territorios que no dependerían en adelante de ella.

También Propaganda cambió la fórmula para los alumnos del Colegio Urbano, dependientes aún de su jurisdicción. Después de la Congregación General del 19 de febrero de 1910 (25) que introducía distintas modificaciones en la misma fórmula que hoy es la siguiente: "Ego... filius... dioecesis, plenam habens instituti huius collegii notitiam, legibus et constitutionibus ipsius, quas iuxta superiorum explicationem amplector, me sponte subiicio easque pro posse observare promitto.

"Insuper spondeo et iuro quod, dum in hoc collegio permanebo et postquam ab eo quocumque modo sive completis, sive non completis studiis exiero, nullam religionem Societatem aut Congregationem regularem, sine speciali Sanctae Sedis Apostolicae licentia vel Sacrae Congregationis de Propaganda Fide ingrediar, neque in earum aliqua professionem emittam.

"Spondeo pariter et iuro, quod, volente Sacra Congregatione de Propaganda Fide. statum ecclesiasticum amplectar, et ad omnes, etiam presbyteratus Ordines, cum Superioribus visum fuerit, promovebor.

"Item promitto quod sive Religionem ingressus fuero, sive in statu saeculari permansero, si intra fines Europae quolibet biennio, si vero extra quolibet triennio, mei ipsius meique status, exercitii et loci ubi moram traxero Sacram Congregationem de Propaganda Fide certiorabo.

"Voveo praeterea et iuro quod iussu praedictae Congregationis de Propaganda Fide sine mora in provinciam meam reverlar ut ibi perpetuo in divinis administrandis laborem meum operamque pro salute animarum impendam.

"Denique voveo ac iuro, me praedictum iuramentum eiusque obligationem intelligere et observaturum, iuxta declarationes factas a Sacra Congregatione de Propaganda Fide et Brevi Apostolico roboratas sub die 20 iulii anno 1660. Itemque iuxta novissimam declarationem eiusdem Sacrae Congregationis die 12 maii anno 1834 editam.

---

(23) *S. C. Consist.*, 29 de julio de 1909, *A. A. S.*, 1909, pp. 678-687.

(24) En el Colegio Inglés de Lisboa se conservó la fórmula antigua y en el Americano de Lovaina, en el que no se emitía el juramento, los alumnos no dependientes de Propaganda, debían prometer en el escrito que se entregarían fielmente al servicio de la diócesis propia.

(25) *Sylloge P. F.*, n. 28.

"Sic me Deus adiuvet et haec sancta Dei Evangelia" (26).

En el Colegio Urbano, por lo tanto, el juramento es emitido con dos fórmulas diferentes que tienen consecuencias aun para el título de ordenación. Los alumnos dependientes de Propaganda son ordenados "titulo missionis", los otros son promovidos a las sagradas órdenes "titulo servitii Ecclesiae". Además los mismos alumnos cuando salen del colegio reciben algunas facultades especiales "ad quinquennium". Aquellos sin embargo, que no dependen de Propaganda solamente las pueden ejercitar "de consensu Ordinarii loci" (27). Todos las reciben directamente de Propaganda cuando dejan el Colegio. Los alumnos orientales deben pedirlas a la S. C. Oriental.

En el juramento de misión ha tenido su origen el título de misión. Mientras en los siglos pasados se perfeccionaban las normas jurídicas en torno al juramento de servir a las misiones, se ha ido creando un nuevo título de ordenación, cual es el título de misión, concedido a los que prestaban el juramento de misión.

El título de misión sale a relucir en el canon 981, párrafo 1.º; todavía hoy se exige que el clérigo emita primero el juramento de ir a misiones según la fórmula establecida por la instrucción de Propaganda del 27 de abril de 1871. De este juramento habla también el canon 542, número 1, el cual prohibe el ingreso en religión a los clérigos que han emitido el juramento de servir a las misiones.

Así como antiguamente el juramento y el título de misión estaban unidos íntimamente por derecho extraordinario, así también hoy lo están por derecho ordinario, y tienen el objeto de desarrollar cada vez más las vocaciones para el clero indígena secular.

En el año 1893 León XIII fundó el Pontificio Seminario de Kandy y se estableció en las reglas que los alumnos debían emitir el juramento alejandrino según la fórmula del año 1660, en el cual está la obligación de enviar a Roma la relación de las actividades sacerdotales. Ultimamente, Propaganda, por decreto del año 1940 ha abolido para aquellos alumnos la obligación que decimos, y de la fórmula se eliminó el inciso correspondiente.

A continuación de la erección de la S. C. Oriental todos los colegios orientales de Roma pasaron a la jurisdicción de ésta, la cual conservó el juramento según la fórmula modificada por la S. C. Consistorial. Los alumnos de rito oriental que por razones de estudio viven en Roma, al final del primer año de su permanencia en la Ciudad Eterna deben emitir otro juramento especial por el que se obligan a conservar el celibato eclesiástico en el sacerdocio. Damos aquí su fórmula.

"Ego infrascriptus, in Pontificio Collegio..., alumnus, declaro me plenam habere cognitionem praescriptionum Sacrae Congregationis pro Ecclesia Orientali quae ad alumnos ritus orientalis, in Pontificiis Collegiis Romanis commorantes, referuntur.

"Ideo libere et absque ulla restrictione accepto et suscipio supradictas praescriptiones Sacrae Congregationis, praesertim quae coelibatum ecclesiasticum respiciunt, ad quem in sacerdotio, observandum me adstrictum esse profiteor etiam si, in patriam quacumque de causa reversus, ibi ad sacros ordines admittar.

"Datum Romae, in Pontificio Collegio... die..."

El juramento alejandrino, después casi de tres siglos, no ha perdido ninguna de su importancia, porque Propaganda está constreñida hoy también a recordar a los misioneros en gran parte religiosos, la obligación de in-

---

(26) *Sylloge P. F.*, n. 216 bis: la fórmula no ha sido estampada con exactitud. Esta fórmula la usan también los alumnos de Propaganda en el Colegio Brignole Sale de Génova.

(27) *Sylloge P. F.*, nn. 221, 222.

crementar el clero indígena secular. Hace algunos años se pidió la abolición del juramento, pero la respuesta fué negativa. También se leen las siguientes prescripciones en las normas dictadas para los seminarios regionales confiados a institutos religiosos: "Alumni Seminarii, qui in vocatione ecclesiastica perseverant, nequibunt vel in cursu studiorum vel ante triennium completum a suo sacerdotio in aliquod religiosum Institutum introire, absque peculiari licentia proprii Ordinarii et Sanctae Sedis, firmis manentibus, quae statuuntur, can. 981 § 1.º et 542 C. I. C." (28).

No se trata aquí del juramento alejandrino. Sin embargo Propaganda ha querido con este artículo manifestar una vez más su pensamiento por lo que se refiere a la formación de los clérigos en los Seminarios. Estos deben servir para educar al clero secular y no pueden transformarse en escuelas preparatorias de Institutos Religiosos. Hemos hablado ya de la importancia del juramento en cuestión, que en cierta manera está por encima de los mismos votos religiosos. Por eso, no debe parecer extraño el que Propaganda insista en la observancia estricta de las prescripciones ya seculares. En el pasado han influído poderosamente en el desarrollo del clero indígena secular y han permitido la formación de muchas diócesis que con la "Sapienti consilio" han pasado, hace años, al régimen del derecho común. Su benéfico influjo no ha disminuído en la actualidad. Ellas constituyen un derecho particular, esto es, forman parte del derecho misional el cual encuentra su razón en las especiales condiciones del trabajo misionero. Muchas disposiciones de Alejandro VII no tienen ya razón de ser en nuestros tiempos, pero la prohibición de entrar en cualquier Instituto Religioso es defendida aún hoy por las mismas razones que antes. Los tres siglos transcurridos no han cambiado nada al respecto el problema del clero indígena, de una manera especial el secular, es aún hoy día uno de los más urgentes y por eso el juramento alejandrino, tanto en el período actual como en el porvenir de las Misiones, será ciertamente uno de los medios más eficaces para convertir en consoladora realidad las enseñanzas pontificias sobre este punto.

¿Son necesarios los misioneros extranjeros? — *Esta es una pregunta que sorprenderá a muchos después de haber hablado tanto sobre la vocación misionera. Sin embargo el interrogante subsiste con tal que sea entendido en el sentido que pronto indicaremos.*

La obra de la fundación de la Iglesia en un territorio que ha de conquistarse para Cristo, supone el envío de misioneros. Sin embargo hoy les está impedida muchas veces la entrada a los misioneros extranjeros en ciertos territorios, o al menos les es muy difícil. Se retarda o a veces se rechaza sin rodeos el visado del pasaporte. Los pretextos aducidos por varios Gobiernos para justificar su modo de obrar, pueden parecer que están en armonía con los principios de independencia, reivindicados hoy por todos los Estados.

No queremos aquí juzgar las intenciones de los Gobiernos, pero con tales criterios la obra de la Propagación de la fe se obstaculiza enormemente, en especial en aquellos países donde el clero indígena es todavía muy poco numeroso en relación con el número de fieles por convertir.

Ciertamente el clero secular y religioso indígena y muchas religiosas del País asegurarían el desarrollo de la Iglesia en todos los territorios de misión, y por este motivo la táctica de propaganda y los documentos pontificios no se cansan de inculcar su formación. Pero, ¿cómo es posible tener un numeroso ejército de sacerdotes, religiosos y religiosas indígenas, si no se forman muchas familias cristianas, que puedan ofrecer sus propios hijos e

(28) *Sylloge P. F.*, n. 183.

hijas al servicio del Señor? Para formar muchas familias cristianas es necesario convertir a las personas, y ¿cómo se puede obtener la conversión de ellas si no hay quien les anuncie el Evangelio?

Los misioneros extranjeros, por tanto, son todavía necesarios; lo serán todavía por muchos y aun muchísimos años. La obra de la evangelización de nuevos pueblos no se acabará en pocas decenas de años. La transformación de viejas culturas, faltas del espíritu divino que las vivifique, podrá acaecer solamente a través de un lento proceso en el correr de los siglos.

Los apóstoles iniciaron la evangelización de Europa en el primer siglo de nuestra Era; a principios del IV siglo la Religión Católica venía a ser la religión oficial. Viene después la invasión de los bárbaros y más tarde nuestros misioneros tuvieron que marchar a los pueblos de la Europa septentrional, muchas veces protegidos por la espada de algún Rey. La evangelización completa de aquellas regiones se efectuó solamente después del año mil. Tenemos pues más de mil años para convertir la Europa que no estaba tan poblada como la India y la China...

En nuestros días estamos hechos a las velocidades suspersónicas y querríamos que la conversión del mundo se efectuase a marchas forzadas. Este es el santo deseo que debe arder en nuestro corazón cuando pedimos al Señor que apresure el advenimiento de su Reino de paz y amor en medio de todos los hombres. Pero la mies es mucha todavía y los obreros todavía son pocos.

Pidamos al Señor que todos los Institutos religiosos de hombres y mujeres y todas las diócesis sientan la necesidad de nuevos misioneros y sean cada vez más numerosos los pregoneros del Evangelio que partan a llevar la luz a todas las partes y dilatar el Reino de Jesucristo.

IV

Estudio psicológico de la Vocación Misionera

P. Fidel Casado, O. E. S. A.

De la Casa de Estudios de la Provincia agustiniana de León

Antes de dar comienzo a esta lección creo absolutamente necesario fijar un poco la terminología para no exponernos a equívocos lamentables.

No se trata aquí de vocación misionera en un sentido *jurídico;* en este sentido es evidente que consiste en una designación del individuo por parte de la autoridad jerárquica para predicar la verdad evangélica e implantar la Iglesia allí donde todavía no ha sido constituida.

No se trata tampoco de la vocación misionera en ese aspecto subjetivo que se refiere a las cualidades necesarias para obviar las dificultades especiales de las tierras de misión.

Nos referimos a la vocación misionera en ese otro aspecto subjetivo que hace que el misionero en el sentido jurídico lo sea también en el sentido evangélico, en el sentido del Cristo que vino a la tierra «ut salvetur mundus per Ipsum» (1).

I) LA VOCACION MISIONERA EN SUS LINEAS FUNDAMENTALES Y GENERALES SEGUN EL MODELO, CRISTO

El Dr. López Ibor, con la maestría que le caracteriza y de la que todos hemos podido ser testigos al escuchar la Lección 2.ª, nos habló de las bases psicológicas de la acción proselitista aplicables al proselitismo misionero. Insistió en lo que podíamos llamar forma natural de la actividad misionera sin olvidar hacer alusión a una *verdad de vida y en la vida* que tanto influjo desarrolla en la acción proselitista. Ahora bien, puesto que según los filósofos, la naturaleza es principio de operaciones, y el hombre no es misionero por lo que es hombre en su esencia metafísica, de ahí la necesidad de considerar ese segundo punto en la psicología de la vocación misionera; me refiero a la consideración de esa naturaleza que está como sobreañadida y sin la cual es inútil pensar en un misionero, no según el Código, sino según Dios.

Me es muy grato entrar en materia con la siguiente observación: En la carta con la que el Rdo. P. César —Secretario de esta Semana Misionera— me hacía el honor de la invitación, se dirigía a mí con estas palabras: «Muy estimado hermano en Cristo-Misionero», con la particularidad de que estas dos palabras: Cristo-Misionero, venían escritas con letras mayúsculas. Para mí fueron una revelación respecto a la idea-base a desarrollar en este tema; y si no, decidme: ¿dónde encontraremos una psicología más perfecta de la vocación misionera sino en la contemplación de Aquél que fué y continúa siendo el Misionero por excelencia, Cristo Jesús? La razón es evidente: toda otra vocación misionera en tanto será genuina en cuanto se acomode en sus líneas fundamentales y esenciales al modelo que es Cristo. Si en algo el sacerdote, que más o menos formalmente hablando es y será siempre el principal misionero, ha de ser un «alter Christus», deberá serlo en lo que constituye su especialidad que es la especialidad de las almas; al sacerdocio encomendó el Señor la misión de predicar el Evangelio a toda criatura. De otra manera no podría librarse de ser tildado de pastor que se apacienta a sí mismo en vez de alimentar a sus ovejas.

---

(1) Juan, III, 17.

Pero ¿quién osará penetrar en la intimidad del divino misionero? Tarea difícil de llevar a cabo si es verdad aquello de que solamente el espíritu del hombre puede conocer lo que es el mismo hombre. No, pues, la descarnada y fría exposición de un filósofo, sino la descripción fogosa de un San Pablo, la inflamada caridad de un San Agustín, San Francisco Javier o San Francisco de Sales, y aun la infantil y genuina pluma de la pura esposa de Jesucristo, Teresita, serían necesarias para analizar el espíritu de la vocación misionera en su Modelo. Por mi parte creo debemos contentarnos con acercarnos al Evangelio para descubrir en el, trazada a grandes rasgos, la semblanza del Cristo Misionero.

a) **En sus orígenes es una vocación.**

En sus líneas generales y según el N. Testamento, la vocación del Modelo de misioneros comienza siendo precisamente eso: una *vocación*, una llamada, una elección, una disposición providencial de Dios sobre Cristo; en una palabra, la voluntad del Padre en orden a la salvación del hombre. San Pablo en la Ep. a los Romanos (2) nos dice: «Christus praedestinatus est Filius Dei.» Sabemos por otra parte que esta predestinación del Cristo es esencialmente misionera, ya que «non misit Deus Filium suum in mundum ut iudicet mundum, sed ut *salvetur* mundus per Ipsum» (3). Y es el mismo San Pablo el que, adaptando el Salmo 139, nos dice que «el hacer la voluntad del Padre» es lo que hace efectiva la entrada de Cristo en el mundo: «Superius dicens: quia hostias et oblationes et holocautomata pro peccato noluisti nec placita sunt tibi quae secundum legem offeruntur, tunc dixi: *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam*» (4). De hecho, en toda la vida de Cristo resalta, como razón última de su actividad, esa voluntad: «In his quae Patris mei sunt oportet me esse» (5), responderá a los doce años cuando se le pide cuenta de una obra completamente misional (sin duda, las interrogaciones y respuestas dadas por Jesús irradiaron destellos de luz divina sobre la inteligencia de los Doctores). Cuando Jesús, en otra ocasión, después de una larga jornada, se sienta fatigado junto al pozo de Jacob, al serle ofrecido por sus discípulos el alimento corporal les da una respuesta que es índice de las preocupaciones de su Corazón, y precisamente cuando tiene delante un alma que salvar: «Mi comida, les dice, es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra» (6). Es la voluntad del Padre, que equivalía a la salvación de las almas, lo que le hace aceptar la Pasión a pesar de la repugnancia de su voluntad humana, y sólo cuando se ha efectuado la Redención de los hombres en la Cruz, pronuncia Jesús el «Consummatum est», dando a entender que la única razón de su existencia terrena quedaba cumplida.

Ahí tenemos, pues, un primer elemento extrínseco de la vocación misionera: la *llamada por parte de Dios*. Elemento extrínseco, decimos, pero no exclusivamente, ya que, teniendo como término la criatura, ha de constituir en ella un algo que será como germen divino (no se entienda la palabra en su sentido formal) a desarrollar. Es una de tantas gracias del Señor.

b) **En su realidad es una forma psicológica: un SITIO —el celo del amor—.**

Si nos adentramos ahora en el constitutivo, metafísico si se quiere, de la vocación misionera en lo que tiene de subjetivo tal como aparece en Cristo, descubriremos en ella lo que podríamos denominar su formalidad específica; nos encontramos con que no se puede concebir una vocación misionera sin contar con un elemento fundamental y esencial que da forma, vida y expresión al elemento material que llamaríamos actividad externa del misionero; sería cuestión de hablar aquí de una *forma psicológica*. Esta forma psicológica la tenemos significada con

(2) *Rom.*, I, 1.
(3) Juan, III, 17.
(4) *Hebr.*, X, 8-9
(5) Lc., II, 49.
(6) Juan, IV, 34.

toda propiedad en el Modelo divino por aquella palabra salida de los labios de Cristo moribundo: *SITIO*. Para comprender bien toda la extensión de su contenido hay que atender a una doble significación de dicha palabra. Debemos considerarla en primer lugar como expresión de la gran realidad de su existencia, o sea de aquella sed de almas que constituyó el tormento de su vida humano-divina; podemos, además, ver en ella una indicación de la forma que había de especificar en adelante la actividad misionera verdaderamente tal. Esto segundo es evidentísimo. Cristo no se ocupa sino de las ovejas de la casa de Israel, confiando la evangelización de las demás a sus seguidores; después de El experimentamos que, de hecho, las disposiciones de la divina Providencia en el curso de los siglos son una confirmación de este pensamiento: si bien la Redención se efectuó sin contar con los hombres, su aplicación, en cambio, no se llevará a cabo sino a base de una actividad viva y perenne dentro de la Iglesia, a base de un ardiente celo por la salvación de las almas. Que sea cierto lo primero, es decir, que el *Sitio* haya constituído como la forma divina del alma humana de Jesús, está clarísimo en el Evangelio. Mucho nos dice aquel «Dame de beber» del Maestro a la Samaritana (7): sabemos cómo terminó el episodio. En la gran oración sacerdotal hace Jesús alusión al «opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam» (8): dar a conocer al Padre sobre la tierra. El Divino Maestro lleva a cabo su misión manifestando el nombre del Padre a los hombres: «Ego te clarificavi super terram... manifestavi nomen tuum hominibus quos dedisti mihi de mundo... Cum essem cum eis ego servabam eos in nomine tuo. Quos dedisti mihi custodivi» etc., (9), expresiones todas que nos revelan la única preocupación del divino Misionero. Hecho esto, nada le quedaba por hacer y se dispone a morir. De lo profundo del Corazón de Jesús salieron también aquellas palabras: ¡Con un bautismo he de ser bautizado, y cómo ansío su realización!

c) Disposición psicofísica de triple renuncia.

Esta forma psicológiea esencial y fundamental de que hemos hablado, se prolonga en una disposición que viene a ser como una propiedad consecutiva que perfecciona (por lo que lleva consigo de positivo = virtudes), integrándola, la eseneia física del misionero; la denominamos *disposición psicofísica* de triple renuncia: renuncia a la voz de la sangre, renuncia a los afectos, aun los más puros, del corazón en bien de las almas y, finalmente, renuncia a las propias eomodidades hasta la aceptación de la misma muerte si preciso fuera.

¡La voz de la sangre! Podemos imaginarnos la violencia que tuvo que hacerse el corazón sensibilísimo de Jesús al herir aquel otro eorazón tan sensible también de su bendita Madre. Ella y San José, que tanto le amaban, estaban muy lejos de merecer aquel sufrimiento que durante tres días iba a causarles Jesús eon su separación. Los derechos que sobre El tenían exigen una explicación acerca de su eomportamiento. Pero los designios del Padre eran otros, y así Jesús pasa por encima de aquella queja: «Fili, quid fecisti nobis sic?», y de aquel profundo «dolentes quaerebamus te» (10). Con respeto, pero con una entereza que nos admira y se nos hace un poco extraña, Jesús les responde: «¿Por qué me buseabais? ¿Acaso no sabíais que tengo que dejaros para ocuparme en las cosas que son de mi Padre?» (11).

¡Los afectos del corazón! Jesús renuneia a los afeetos del eorazón, o al menos a su manifestación, cuando entra de por medio la salvación de las almas o la manifestación de la gloria del Padre: Reehaza a Pedro como a tentador cuando quiere impedirle su pasión; no le importa que unos euantos discípulos le abandonen —et iam non eum Ipso ambulabant (12)— al oír la proposición del misterio eucarístico; y sobre todo, aquella otra escena al reeibir la noticia de la muerte de Lázaro: la misiva de las hermanas de Lázaro es perentoria y dirigida al eorazón. Mira Jesús, le dicen, aquel *a quien amas* está enfermo» (13). Y el Evangelista intereala luego unas líneas que dicen mucho

(7) Juan, IV, 7.
(8) Juan, XVII, 4.
(9) *Ibid.*
(10) Lc., II, 48.
(11) *Ib.*, 49.
(12) Juan, VI, 67.
(13) *Ib.*, XI, 3.

a nuestro propósito: «Amaba Jesús a Marta, a su hermana María y a Lázaro» (14); sin embargo, se queda un par de días más, permitiendo que de momento aquellas personas tan queridas se llevasen un buen disgusto. ¡Qué ocasión tan tentadora para dejar a un lado la conciencia por no disgustar a unas amigas tan íntimas! Y téngase en cuenta que Jesús pudo haber obtenido de otra manera —le sobraban medios para ello— aquella manifestación de su gloria.

¡Las comodidades! ¿Quién no ha leído con emoción aquel pasaje del Evangelio donde se dice que Jesús se sentó *fatigado* junto al pozo de Jacob? Las raposas tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza. Durante la noche se retira a la soledad a hacer oración. Soporta pacientemente el rencor y el odio de aquellos fariseos que aprovechaban cualquier coyuntura para calumniarle. Presiente en su espíritu la crueldad pavorosa de una pasión tan horrenda que le hace exclamar: si es posible, pase de mí este cáliz. Acepta finalmente la crucifixión porque no se ha de hacer su voluntad sino la de su Padre; en una palabra, porque tiene que cumplir su vocación misionera.

II) LA VOCACION MISIONERA EN SU REALIZACION

A) Vida de espíritu misionero durante el tiempo de preparación

A semejanza del divino Misionero, la actividad de los que han de continuar su obra entre los hombres es también efecto de una predilección. Así lo fué, por no citar otros ejemplos, la del Apóstol de los Gentiles. Insiste San Pablo en advertírnoslo en sus Epístolas: «Segregatus in Evangelium Dei» (15); «apostolus per voluntatem Dei» (16); «non ab hominibus sed per Iesum Christum» (17); «secundum imperium Iesu Christi» (18). Hablando de la vocación misionera hay que pensar en aquel «in verbo tuo laxabo rete» (19) de San Pedro. Se trata de una providencia especial por parte de Dios a fin de que no falten obreros que recojan la mies: no olvidemos el «ut mittat operarios in messem suam» (20). Esto mismo insinúa S. S. Pío XII en la Encic. *Evangelii praecones:* «Ante todo, nos dice, se ha de considerar que aquel que por una *inspiración* divina siente ser llamado a enseñar las verdades del Evangelio en las alejadas regiones de misión, está designado a un oficio absolutamente grande y sublime.» Cómo se origine en concreto y en cada caso esa vocación en el alma del joven que por primera vez se siente inclinado a entregarse a las almas, no interesa a nuestro punto de vista. Sobre esto puede verse en *Espiritualidad Misionera* un artículo del R. P. José Lecuona Labandibar sobre Espiritualidad Misionera en el aspirante y en el Apóstol. En nuestro caso el problema queda simplificado pues la suponemos. No obstante podemos dejar sentado como un principio lo siguiente: Todo aquel que es llamado al sacerdocio o se siente inclinado a entrar en una Orden o Congregación misionera, es llamado al apostolado, es enviado a cultivar una parte de la viña del Padre de familias, es enviado a misionar en el ambiente en que ha de encontrarse en el futuro. Podríamos llamar a esto una vocación en germen que ha de ir creciendo y desarrollándose poco a poco so pena de encontrarnos al final con el sacerdote que no misiona, que no es apóstol, que no es «alter Christus» ni entre los infieles ni para con los mismos fieles. Y aquí es donde da comienzo la obra humana indispensable de ordinario para que la obra divina prospere. El «hacerse el misionero» debe llevarse a cabo durante la carrera sacerdotal, o si se trata de personas no destinadas al sacerdocio, durante el tiempo de su formación religiosa con miras a las misiones. ¿Cómo?

---

(14) *Ib.*, XI, 5.
(15) *Rom.*, I, 1.
(16) I *Cor.*, I, 1; *Efes.*, I, 1; *Col.*, I, 1; II *Tim.*, I, 1.
(17) *Gal.*, I, 1.
(18) I *Tim.*, I, 1.
(19) Lc., V, 5.
(20) Mt., IX, 38.

a) **Conocimiento del problema.**

El desarrollo del germen de la vocación que más tarde informará el alma del misionero, hay que adquirirlo. Si se ajustan a la verdad aquellos adagios ya famosos: «nihil volitum quin praecognitum» e «ignoti nulla cupido», es lógico que se empiece por tener un conocimiento del problema misional. Ahora bien, ¿cuáles son los elementos esenciales del problema misional, cuya consideración ha de ir formando la conciencia misionera del futuro apóstol? Creo puedan reducirse a tres: Pasión de Cristo como precio de las almas; sobreabundancia de mies y deficiencia de obreros. Sobre todo hoy en día, a la vez que una filosofía comunista va arrancando toda fe del alma de las juventudes de una manera sistemáticamente científica y diabólica, es necesario que los jóvenes que se preparan para ser otros Cristos se vayan haciendo a la idea de que la sangre del Hombre-Dios, derramada como precio para rescate de las almas, está clamando con más fuerza que la de Abel contra el sacerdote que prácticamente llega a desentenderse de esa inquietud e impaciencia divinas y que en San Pablo se tradujeron en aquel ¡ay de mí si no evangelizare!; sin ellas el sacerdocio sería un verdadero absurdo. Es nesecario también que esta idea vaya creando en los jóvenes la «conciencia de la responsabilidad que se contrae al sentirse llamado» (21). Urge el que sea una idea fija, que constituya una inquietud en los que se preparan para el sacerdocio, este pensamiento: la aplicación de la Redención no se hará sino mediante el sacerdocio; o lo que es igual: cada uno de los sacerdotes o es cooperador con Cristo en la salvación de las almas, o, de lo contrario, puede hacerse responsable ipso facto de la condenación de muchas de ellas. Y esto aun en el mejor de los casos, o sea, aun en el supuesto de que se comporte negativamente en su ministerio no haciendo algo positivo contra dicha cooperación. Esta idea de la propia responsabilidad, que debe dar comienzo a la fecundación del germen de la vocación misionera puesta por Dios en las almas de nuestros jóvenes, exige inmediatamente el conocimiento de los otros dos elementos que integran el problema.

¿A quién debe hacerse extensivo con mi cooperación ese rescate pagado por Cristo? Si grande es nuestra responsabilidad considerada a la luz que arroja el pensamiento del primer elemento del problema, dicha responsabilidad se agiganta al asimilarnos la idea de la *sobreabundancia de mies*. Jesucristo dejó dicho que la mies es mucha, y su Vicario, a veinte siglos de distancia, nos habla de las «innumerables gentes que hay que conducir al redil» y de la «multitud inmensa que asciende al millar de millones» sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Si a esto añadimos la *insignificancia del número de obreros* —veinticinco o treinta mil misioneros para mil millones— el problema en su conjunto es desalentador.

Estas ideas harán crecer poco a poco en el alma del aspirante a continuar la obra de Cristo esa forma psicológica básica y esencial para toda vocación misionera. Dicha forma deberá traducirse en dos elementos psicológicos, uno intelectual, y otro de índole afectiva. El primero equivale a una concepción especial del mundo: la *visión apostólica del mundo*. El P. César Vaca, en su pequeño pero enjundioso librito *Haz meditación*, señala como características de esta visión apostólica del mundo las siguientes: 1) identificación de los valores supremos de la vida con los que se refieren a la gloria de Dios en cuanto conocido y amado por los hombres; 2) identificación de esa gloria de Dios en la tierra «con la expansión y triunfo de la Iglesia, con la práctica individual y social de la doctrina de Jesucristo, con el reinado de la moral en las costumbres, de la justicia en los negocios, de la paz entre las clases sociales y de la obediencia y de la honradez en la vida pública» (22). El segundo elemento de ese *Sitio*, que va moldeando el alma del futuro misionero y que pertenece a la voluntad, quedaría a su vez muy bien integrado por los cuatro amores que el P. Pío María de Mondreganes nos señala en su artículo *Espiritualidad misionera en el estado religioso:* «Amor de agradecimiento *a Dios* trino y uno que nos regaló la fe; *amor a Jesucristo*, el misionero por esencia de la Humanidad; *amor a la Iglesia* continuadora de la

---

(21) Vaca, C., *Haz meditación*, 2.ª ed., p. 364.
(22) *O. c.*, p. 368.

misión de Cristo»: —amor este que, como dice Pío XII, debe ser activo y diligente si verdaderamente tomamos a pecho la salvación de la universal familia humana rescatada por la sangre Divina (23)—; finalmente «*acendrado amor a las almas*», puesto que «el llamamiento de Dios ha sido para cooperar a su gloria y a la salvación de las mismas, y esta es la gracia que pone la vocación en el centro del alma» (24). En una palabra, amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo (25), que es lo que edifica la Ciudad de Dios. Estos amores harán al misionero «selecto en la virtud, sobresaliente por la inocencia de vida, por el fuego de la devoción y por el deseo de la salvación de las almas», condiciones exigidas por Pío XI en la *Rerum Ecclesiae*.

b) Medios en la formación del ideal misionero.

Ante todo conste que no se ha de pretender tan sólo señalar tipos humanos de misioneros que puedan servir de modelos a los demás; la meta es la formación del ideal misionero personal, de cada uno en concreto. No olvidemos que ese ideal es necesario para que actúe como fuerza directiva o como objetivo que se ha de conseguir, siendo, por lo mismo, un gran valor y comunicando un sentido a la vida misionera.

¿Cómo, pues, hemos de llegar al conocimiento del problema y a hacer efectivo el crecimiento de ese germen divino de la vocación misionera? En primer lugar, creo sea de suma importancia para esto orientar a este fin ese medio que está al alcance de todos por lo mismo que es obligatorio: el gran medio de la meditación. ¿Es esto difícil? No lo parece; en su mayor parte el objeto de nuestra meditación durante la carrera al sacerdocio ha de ser precisamente la vida pública de Cristo, su Pasión, el valor de las almas, las virtudes con que hemos de perfeccionarnos: elementos todos que casi sin pretenderlo nos llevarán a nuestro propósito, ya que nuestra propia perfección está íntimamente ligada a la finalidad de la vocación. Así comprendemos sin dificultad cómo la vocación misionera «deba ser algo que brote espontáneamente de la naturaleza misma del estado religioso como una consecuencia del espíritu genuinamente evangélico... no siendo otra cosa que la del mismo Cristo que penetra, vivifica y anima la vida de la persona que voluntariamente abrazó seguirle» (26). Siendo toda vida grande la realización de un ideal, o al menos un movimiento esforzado hacia ese ideal, es también indudable que el ideal misionero brota de un sentido de emulación y de imitación. De ahí que para incrementar ese *Sitio* de los futuros apóstoles sea necesario una abundante información misional mediante revistas, conferencias, círculos de estudios, que mantengan viva la inquietud de un espíritu decidido a entregarse a Cristo, y que contrarresten el influjo que el espíritu de la sensualidad ha de oponer continuamente a todos estos esfuerzos. Las vidas de los grandes misioneros han de ser puestas en manos de los jóvenes precisamente con la mira de *despertar* en ellos el ideal. Basta conocer un poco el corazón humano para darse cuenta de que el joven que lee la vida de un San Francisco Javier, por ej., y la aprueba allá en las profundidades de su corazón, siente brotar el deseo de imitarle dentro de sus posibilidades. Un influjo tan decisivo como el de los libros ejercen sobre las almas de los jóvenes los ideales misioneros hechos realidad en aquellos que han encanecido en las tierras de misión, y que de ordinario unen a su experiencia otras influencias de simpatía, bondad, admiración, etc.

Elemento de suma importancia es el director espiritual, y esto por múltiples razones. Hay personas para las que el cultivo de los ideales misioneros lleva consigo un contraste entre el ideal y la realidad que termina creando en ellas un complejo de inferioridad. El director espiritual está encargado de hacer ver que el papel de los ideales es limitado, y que su valor depende de la fuerza con que nos lleva a ejecutar obras grandes o heroicas de virtud de formación y estudio, de preparación para un apostolado eficaz y entusiasta. El director ha de cuidar de que los jóvenes no se desalienten porque no pueden ser un San Francisco Javier, porque en su santa ambición no pueden alcanzar

(23) *Mystici Corporis Christi*. AAS. 1943.
(24) Vaca, C., *o. c.*, p. 368.
(25) *De Civ. Dei*.
(26) Mondreganes, P.; *O. c.*

las cimas de sus ideales heroicos o heroicistas, porque no les sonríe el éxito, porque tienen que contentarse con cumplir con su deber humildemente en cada caso. Bueno es ser ambiciosos espiritualmente, y sin esa ambición apenas podrá acometerse empresa digna de consideración, pero hay que precaverse contra una transformación de la ambición en «heroicismo». Esto último no pasa de ser un sentimentalismo de lo heroico tanto más peligroso y perjudicial cuanto más imposible resultase su práctica.

Junto a la dirección espiritual hay que interesarse también por la formación de un ambiente misionero. Es de suyo evidente que la educación tiene en la formación del ideal misionero una importancia primaria. Si esto ocurre en los demás órdenes, no había de ser una excepción el orden de la vocación misionera. Interesa hacer constar que actos de propaganda, de estudio y de formación como esta Semana Misional de Burgos calan muy hondo en la conciencia de los que intervienen o las presencian, y son muy necesarias para promover y fomentar ese espíritu misionero genuino que en algunas épocas de la Historia fué para los españoles una razón de existir y de obrar. Si tenemos que reconocer nuestras deficiencias en este punto, debemos aplaudir de corazón a los que trabajan por una restauración misional.

Con estos medios bien centrados y dirigidos podremos obtener lo que San Pablo pedía para los suyos: «Comprender con todos los Santos cuál es la anchura, la longura y la profundidad; conocer también la caridad de Cristo que supera el conocimiento humano» y que se extiende a todos y cada uno de los hombres (27).

c) Poner manos a la obra.

No basta tener un conocimiento exacto del problema, ni tampoco haber creado en el alma del joven un estado afectivo con resultados a largo plazo en un día lejano, cuando el sacerdote se encuentre ya en el campo de su apostolado. Si este conocimiento del problema y los cuatro amores a que hemos aludido son genuinos, deben darnos fruto inmediato. Es decir, el apóstol y misionero del mañana debe serlo a su manera durante su carrera hacia el sacerdocio; de lo contrario está muy expuesto a no llegar a serlo nunca. Benedicto XV en la *Maximum illud* lo supone como un hecho: «Los que abandonan su patria y sus seres queridos, nos dice, por la propagación de la fe, *están animados y prontos a sufrir de buen grado toda clase de trabajos y fatigas* con tal de ganar muchas almas para Cristo.» ¿Quién osará esperar el mandato del superior para adquirir en un momento esa prontitud de ánimo que le haga apto para sufrir de buen grado tantas penalidades? Así, pues, una vez en posesión y bien penetrados de ese «gran concepto de la excelsa vocación» que exige Benedicto XV en todos aquellos que han de ser ministros del evangelio, es necesario comenzar por donde debemos según el mandato de Cristo: *Orate*.

Es la vida de oración con un doble objetivo desde el punto de vista misionero: *a*) para que se cumpla el deseo del Señor de enviar obreros a su viña. ¿Quién puede dar a esa oración que pide Cristo como condición para enviar obreros a la viña la confianza y perseverancia necesarias en toda oración sino aquellos que han llegado a conseguir con la meditación el «gran concepto de la excelsa vocación misionera»? Pío XI nos dice que más contribuyen al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano los que asiduamente se dedican a la oración que los que trabajan en el campo del Señor, condicionando a esas oraciones el fruto del trabajo de los obreros evangélicos (AAS. 1924, XVI, 385). Y en la *Rerum Ecclesiae:* «Deseamos que... de todas las casas y conventos de Religiosas suba a lo alto todos los días la oración y baje sobre tantos hombres desgraciados y la numerosa raza de gentiles la misericordia de Dios» (AAS. 1926, XVIII, 69). *b*) Un segundo objetivo de esta vida de oración ha de ser la adquisición de las virtudes necesarias al futuro misionero. De nuevo Benedicto XV: «Mas al que se dispone convenientemente para el cargo del apostolado le es indispensable antes que todo una cualidad de la mayor importancia y de la que ya hemos hecho mención, es a saber, la santidad de vida... Sea, pues..., ejemplarmente humilde, obediente y casto; sea especialmente piadoso y dado de lleno a la oración santa y a la unión continua con Dios» *(Maximum illud)*. De esta manera la meditación hará cargo al joven levita de la responsabilidad que le co-

---

(27) *Efes.*, III, 16-19.

rresponde en el apostolado, y la oración le conseguirá las virtudes que harán efectivos, ya desde ahora, los cuatro amores que han de integrar la forma psicológica de su vocación misionera, de su *Sitio*, de su celo del amor.

Dijimos en la primera parte que esa forma psicológica iba acompañada en el Modelo divino por una consecuencia o propiedad esencial que denominamos disposición psicofísica de triple renuncia. Lo mismo ha de suceder en el obrero evangélico. Pero también aquí hay que contribuir a su arraigamiento y desarrollo, pues bien pudiera suceder que la falta o la pérdida de esta disposición diera al traste con el *sitio* malogrando la vocación misionera. Quizá no haya tanto peligro por esta parte sobre todo tratándose de religiosos, ya que la vida conventual facilita esa triple renuncia; de ahí que se deba insistir más en lo positivo que a su vez distraerá al joven del objeto de esas renuncias. Me refiero a la *preparación intelectual* intensa del futuro apóstol. Sin duda no tendrá tiempo ni para respirar el joven que se dedique asiduamente al estudio, dada la sobreabundancia de materias en la carrera eclesiástica. No olvidemos tampoco la recomendación de la *Evangelii praecones:* «Es necesario además que los misioneros, mientras están en la patria, atiendan a una formación completa en el campo de la virtud y de las ciencias eclesiásticas, pero también aprendan aquellos conocimientos de orden técnico y cultural que puedan serles mayormente útiles en las misiones. Es preciso que conozcan las lenguas, especialmente las que sobre el terreno les serán necesarias; que se dediquen en sentido científico a las cosas tocantes a la medicina, la agricultura, la etnografía, la historia, la geografía y las ciencias afines.» Sería, pues, un error pensar que en el campo misional le sobra al misionero la ciencia bastándole la virtud, sobre todo teniendo en cuenta que no siempre llegará a encontrarse en circunstancias favorables para poder ampliar sus conocimientos. San Francisco de Sales decía que el misionero debe ser «un vaso de ciencia, un barril de prudencia y un océano de paciencia». Si nos atenemos a las palabras: vaso, barril y océano, no parece que para el Santo fuese tan necesaria la ciencia como las otras dos; concedido, pero sin duda exigía que ese vaso estuviera bien lleno según la capacidad de cada uno.

Aparte de esto, es decir, además de constituir la vida de estudio una preparación para el ministerio de las almas, es también un entrenamiento en lo que se refiere a la renuncia a las comodidades. Es una mortificación, un sacrificio, una penitencia continuados, que, unidos a la observancia regular o del reglamento de un seminario, constituyen una inmolación diaria muy agradable a Dios y muy provechosa para las misiones. Esta inmolación propia, esta renuncia a sí mismo preservará del contagio, fortificará y acrecentará esa inquietud por las almas en el período de preparación. En el cap. V de la *Historia de un alma* leemos algo que se relaciona con esta renuncia a las propias comodidades y gustos como condición psicofísica de la vocación misionera. Allí nos narra Sta. Teresita las lágrimas que le costó la renuncia que tuvo que hacer —a la edad de doce años— a las alegrías de la infancia ante las sorpresas puestas en sus zapatitos en el día de Navidad, y añade: «Parodiando a los Apóstoles, podía yo repetir: *El Señor hízome pescador de hombres... cuando entró la caridad en mi corazón con la virtud de olvidarme siempre de mi misma,* y desde entonces soy feliz.» Sabemos que la actividad misionera de la que es patrona de las misiones sin salir jamás de su convento, se redujo a lágrimas, ayunos y penitencias ofrecidas por la conversión de las almas. San Juan de la Cruz nos dice que el más pequeño impulso de amor puro es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas. Sin duda hemos de aspirar a que la vida de los futuros apóstoles se enfoque totalmente en dirección a las almas a salvar. En una palabra, es necesario que el futuro sacerdote misionero adquiera, mediante la oración y la preparación, una «conciencia misional» porque eso será lo que le constituya hombre perfecto en su ambiente. Del P. Abilio Gallego, mártir de su ideal misionero en China y protomártir de las misiones agustinianas en aquellas tierras, escribía su hermano de hábito el P. Bruno Ibeas: «Ilusión absorbente de su juventud y realización gozosa de su edad madura, ser «enviado» o misionero equivalía para él a ser hombre y cumplir en la tierra la misión de hombre» (28). Esta sed de almas del misionero en formación es nota vibrante en el diario íntimo de su vida de estudiante. «Cada día, dejó escrito, se me hace la patria más amable, porque poco a poco

(28) Cerezal, A., *El mártir del Tungting* — Prólogo.

la voy conociendo más...; por eso os pido que no venza este amor que en mí siento renacer pujante al otro amor que en mí es ya viejo y es más santo y más heroico y que debe romper todos los lazos que puedan unirme a la sangre, a la cuna y cielo donde Dios me dió la vida para perderla donde El quiera y unirme eternamente a El con los lazos de purísima y estrechísima amistad» (29). Y un poco más adelante:

> «A mis queridísimos amigos cuya suerte envidio, cuyos pasos guíe Dios en la *región de mis ensueños*... les pido otra nueva gracia y es: que rueguen al que tiene en sus manos los corazones de los hombres para que trasplante el mío a la tierra donde los vuestros van a florecer y a dar frutos de bendición» (30).

Al oír la invasión y despojo de la misión de Yochow exclamaba:

> «Pobres cristianos y misioneros. Dadles Dios y Padre nuestro alientos y auxilios para que no desfallezcan y a Vos resulte gloria. ¡Cuándo tendré la dicha de regenerar con las aguas del bautismo a una de esas pobres criaturas abandonadas! Yo os pido, divino Padre de familias, que llevéis a ese campo tan extenso y tan desierto muchos y muy buenos operarios que le hagan fructificar tanto que llenen las trojes del cielo» ...«¡Qué cosas he sentido hoy! Quisiera escribirlos y saludar por ellos a esa tierra bendita donde quizá (y yo os pido con toda mi alma) me quepa la dicha de derramar mi sangre por quien en la Cruz la derramó por mí» (31).

Ofrecerse. — El fruto inmediato del desarrollo del germen de la vocación misionera, llevado a cabo durante los años de la carrera eclesiástica, debe ser una *disposición habitual*, una prontitud de ánimo manifiesta a los superiores a fin de que éstos en el momento oportuno puedan confiadamente poner al servicio de la Iglesia los obreros evangélicos de que tanto necesita. Bien puede suceder que la vocación misionera haya penetrado con tal fuerza que se deje sentir en el alma aquel «quem mittam? et quis ibit nobis»? (32) del Pastor divino. Es entonces la hora del ofrecimiento generoso e incondicional, del «ecce ego, mitte me», principio de tantas empresas apostólicas. En la vida del P. Abilio antes citada leemos:

> « Pasadas las fiestas del cantamisa comenzó para el P. Abilio una temporada de creciente ansiedad: Los Superiores no respondían a sus reiteradas súplicas, autorizándole para ir a China... Una tarde le fué entregado un oficio del Superior Provincial mandándole en virtud de Santa Obediencia se trasladara en calidad de misionero a China. Estaba *satisfechísimo y emocionado*» (33).

Así debería comenzar siempre la actividad misionera del que en su vida de preparación sacerdotal fué asimilando —hasta convertir en sustancia del propio yo— el celo por la salvación de las almas.

B) En el campo misional

a) La entrega total.

El negocio de la salvación de las almas en tierras de infieles es una empresa que, aun siendo temporal en la vida de un misionero, exige de suyo una entrega total equivalente a la triple renuncia. De «abandono de la patria y de los seres queridos» nos habla Benedicto XV en la *Maximum illud;* como «consagración a Dios de la vida para que el reino de Dios se extienda hasta los últimos confines de la tierra», la entiende Pio XII en la *Evangelii praecones*. Así suele entenderlo también el misionero que ha logrado reproducir en su alma la semblanza del divino Modelo. ¿Es esto pedir mucho? En las últimas líneas del Diario del P. Abi-

(29) *Ibid.*, c. XII, p. 108.
(30) *Ibidem.*
(31) *Ibidem.*, p. 110.
(32) *Is.* 6, 8.
(33) *O. c.*, p. 117.

lio leemos esta despedida: «¡Adiós!, todos, seres queridos, cara familia, patria adorada... Tenemos un Dios, una fe, un cielo... Nos volveremos a unir cuando Dios quiera, o mejor: nunca nos separaremos porque siempre os llevaré en el corazón». El, que tanto amaba a los suyos, había hecho de su corazón un altar donde los sacrificaría sin destruirlos, transformándolos en almas ganadas para Cristo. Comenzó ese sacrificio en el momento de la partida con estos emocionantes versos hechos realidad: «España, Adiós, patria mía, — Recibe mi último eco. — Adiós, tierras españolas. — Adiós, españoles cielos. — Adiós, hijos de mi patria — los grandes y los pequeños; — Adiós, hijos de mi madre, — recibid mi último beso.» De propósito he dicho que este sacrificio ha de ser, y en nuestro caso lo fué, una transformación y no una muerte. ¡Quién sabe si en momentos difíciles estos seres queridos, bien entendido su afecto, pueden ser un acicate para la actividad del misionero! Para el que aquí hemos citado sin duda lo fueron, y por ellos también ejercía su apostolado. Quiso que en su tumba se escribiesen estos dos versos: «Por la Iglesia y por España — aquí yace un misionero.»

b) **En las horas amargas.**

Grandes consuelos tiene el misionero que ve fructificar su obra al abrirse paso la luz del Evangelio en medio de las tinieblas de la infidelidad, pero es evidente que las horas de la desolación constituirán en muchas ocasiones su pan de cada día. No le faltarán molestias del clima, enfermedades, incomprensiones e ingratitudes de los hombres, en una palabra, «toda clase de trabajos y fatigas», como dice la *Maximum illud.* Entonces más que nunca se echará de ver cuán necesario ha sido el que el *SITIO*, la sed de almas, el celo del amor haya informado de tal manera el alma del misionero que en esos momentos difíciles venga a ser para él como una segunda naturaleza. Participará entonces de la naturaleza del Cristo misionero, y de esa intimidad cuasi divina brotarán obras provechosas para las almas aun de en medio de la adversidad. Este es el secreto del triunfo de una vocación misionera en acción. Oigamos de nuevo a Benedicto XV:

> «Sea el misionero ejemplarmente humilde, obediente y casto; sea especialmente piadoso y dado de lleno a la oración santa y a la unión continua con Dios, negociando constantemente ante su divino acatamiento la salvación de las almas. Porque cuanto más íntima fuese su unión con Dios, tanto mayores gracias y auxilios recibirá... Con el auxilio de estas virtudes se remueven todos los obstáculos, y es fácil y llano a la verdad el acceso al corazón de los hombres, porque no hay voluntad tan obstinada que les pueda resistir. Por eso el misionero que, a semejanza de Jesucristo, arde en caridad, viendo, aun en los paganos más abyectos, a hijos de Dios, redimidos con el mismo precio de la divina sangre, no se irrita por su rudeza, ni se asombra por su perversidad de costumbres, no los desprecia o mira con desdén, no los trata con aspereza o severidad, sino procura atraerlos con todas las dulzuras de la benignidad cristiana para llevarlos algún día al abrazo de Jesucristo... ¿qué dificultades, qué fatigas o peligrosas contingencias podrán apartar de su empeño a este enviado de Jesucristo? Ninguna, ciertamente; porque, agradecidísimo a Dios que le eligió para misión tan excelsa, cuanto de adverso y difícil de tolerar pueda ocurrirle, los trabajos, las afrentas, las privaciones, el hambre, la muerte misma, aunque cruel, todo está dispuesto a sufrirlo, generoso y magnánimo, con tal de librar aunque no sea más que un alma de las fauces del infierno.»

No me resisto a trasladar a estas páginas un párrafo que el citado P. Abilio nos dejó escrito en alabanza del Breviario —el amigo del alma— el mantenedor juntamente con Cristo de la llama de la vocación misionera en las horas de desaliento y desilusión:

> «El es el inspirador de mis dulces alegrías, y el testigo y consolador de mis tristezas. Cuando voy por los caminos tras ovejas descarriadas, me alienta con el ejemplo del Buen Pastor y del Hijo Pródigo, y me habla de la fiesta con que en el cielo celebran los ángeles nuestros pequeños triun-

fos; cuando rendido de cansancio me siento junto a la fuente cristalina, bajo el árbol umbroso, me trae a la memoria al fatigado Jesús junto al pozo de la samaritana; cuando subo a contemplar maravillas desde el peñasco de la cumbre, pone en mis labios las bendiciones del cántico de los tres niños; cuando huyo de mis perseguidores mendigando un rincón en casa ajena, me habla del fugitivo David y del Hijo del hombre que dió blando nido a las avecillas y no tenía donde reclinar su cabeza; cuando a puertas cerradas, pienso en mi alma y en mi Dios, me pone ante los ojos las negruras de mi espíritu junto a los resplandores de la divina Luz; cuando mi corazón quiere sentir bellezas y mi garganta modular canciones, me hace pensar en la Reina de las hermosuras, la Virgen María, mi Reina y Madre; cuando quiero respirar auras de cielo, me recuerda el ejemplo de los Santos y aquellas sus palabras caldeadas con el fervor de sus pechos, perfumadas con el aliento de su boca; cuando, en fin, quiero hablar con un ángel, hablo con él, con el breviario, mi inseparable amigo del alma» (34).

c) La triple renuncia en el campo del apostolado.

S. S. el Papa Pío XII quiere que se complete esa renuncia con la aceptación —como patria nueva del misionero desde el punto de vista del sentimiento— de aquella tierra que va a ser evangelizada, dando de lado a exclusivismos nacionalistas, corporativos, territoriales y jurisdiccionales:

«Debe considerar como una segunda patria y amar con el debido amor a aquella región a la que se apresta a llevar la luz del evangelio, y por eso no tiene que buscar compensaciones terrenas ni aquello que dice relación a su nación o a su instituto religioso, sino principalmente a la salvación de las almas. Ciertamente debe amar a la propia Congregación con amor intenso, pero con ardor todavia más grande a la Iglesia, recordando que nada podrá ayudar a su Congregación si está en contraste con el bien de la Iglesia» *(Evangelii praecones).*

Insiste el S. Padre en que lo único que debe interesar al Misionero ha de ser el que los pueblos paganos asimilen las ideas cristianas, adaptándose el misionero a otras civilizaciones y no pretendiendo hacerles entrar por la civilización propia con perjuicio del evangelio. Es decir, el misionero es ante todo apóstol de la verdad, y todo lo demás ha de subordinarlo a la verdad del Evangelio.

«El misionero es apóstol de Jesucristo. No tiene el oficio de trasplantar la civilización específicamente europea a las tierras de misión, sino de hacer que aquellos pueblos que acaso se enorgullecen de culturas milenarias estén prontos y aptos para acoger y asimilarse los elementos de vida y de costumbres cristianas que tan fácil y naturalmente concuerdan con toda sana civilización y confieren a ésta la plena capacidad y la fuerza de asegurar y garantizar la dignidad y feliciadad humanas» *(Evangelii praecones).*

Finalmente el desarrollo de la causa misional puede llegar a exigir la coronación de todas estas renuncias con la renuncia final, la renuncia a la propia vida. Así sucedió en los primeros tiempos del cristianismo y así está ocurriendo hoy. Ya lo predijo Jesucristo, condicionando el producir mucho fruto a la muerte del grano de trigo (35). «La vocación misionera comporta con frecuencia la dignidad del martirio» *(Evangelii praecones)*, y no es posible que el misionero, que ha informado su vida con el *SITIO* de Cristo y ama verdaderamente a la Iglesia, carezca de una disposición y prontitud de ánimo para dar la vida por Aquel que hizo consistir la prueba máxima del amor en dar la vida por el amado (36).

---

(34) Cerezal, A., *o. c.*, p. 177.
(35) Juan, XII, 24-25.
(36) Juan, XV, 13.

V

Proselitismo y Acción Misional

José López Ibor
Catedrático de la Universidad Central-Madrid

La uniformidad de gustos y de estilos de vida del hombre actual, apenas ha sido lograda en otras épocas de la historia. El Imperio Romano dejó su huella en todos los confines del mundo antiguo, pero las diferencias, en los modos de vivir, en las distintas zonas del limes, se mantuvieron. En cambio, sin que exista hoy un poder político de las dimensiones relativas del de entonces, la uniformidad de las gentes y los pueblos se va logrando, a pasos más vivos de lo que fuera deseable. Y no es eso lo más sorprendente, sino que la uniformidad se ha conseguido, más aún en lo que el hombre desea, que en lo que tiene. Preguntad a un chino de Shangai, a un habitante de la 3.ª Avenida o a uno de Vallecas sobre lo que desean y veréis cuán coincidentes son las respuestas.

Y cuando uno se pregunta por la razón de esa uniformidad, inmediatamente piensa en la poderosa influencia que tienen el cine, la radio, la televisión, la prensa moderna, etc., sobre la mente del hombre. A la vista de estos resultados, al parecer evidentes, se llega con facilidad a creer en el ilimitado poder de la propaganda.

Por si esto fuera poco, ha habido, en lo que va de siglo, grandes movimientos políticos, en cuya génesis y desarrollo la propaganda ha jugado un papel decisivo. La vida colectiva tiende a ser multitudinaria y el hombre deja con facilidad ahogar su individualidad en el océano de la masa.

Contando con la certeza de estas premisas, inevitablemente llegamos a la siguiente conclusión: si tal fuerza tienen los métodos modernos de propaganda, que un camisero de Chicago puede imponer en todo el mundo el color preferido de las camisas ¿por qué no utilizar esa «prodigiosa máquina», en servicio de las causas nobles y verdaderas? Estamos, al formularnos esta pregunta, ante una de las disyuntivas cruciales que se le plantean al pensador católico de nuestros días, la de su actitud ante la técnica.

La técnica es la secreción mágica con que nos encandila la civilización moderna. La técnica ha logrado, donde triunfa, disminuir el dolor que el trabajo y la enfermedad producen al género humano, aumentar las posibilidades de que se alimenten mayor número de hombres, difundir los conocimientos científicos, etc., etc. Su carrera es tan veloz y prodigiosa, que apenas es posible seguirla. Echad una ojeada al mapa de la medicina actual: en cualquiera de sus sectores los avances se logran con velocidad vertiginosa. El progreso en años, y, a veces, en meses, equivale a lo que pudo hacerse en siglos anteriores.

El deseo, pues, de arrimar el ascua de la técnica a nuestro propio hogar

es tentador. Pero ¿no convendría que, a propósito de la propaganda, nos hiciésemos unas cuantas reflexiones sinceras e imparciales? Quienes de ustedes hayan vivido en España, o fuera de ella, algunas épocas de agitación política, habrán visto la facilidad con que los llamados oradores de izquierdas enardecían las masas. No era una cuestión de habilidad. Las llamadas «derechas» contaban con oradores tan vibrantes como las «izquierdas» y hasta podían ofrecerse el lujo de mostrar, de vez en cuando, algún energúmeno excepcional. Recuerdo que, en aquellos azarosos tiempos, y hablando de estos temas, decía Ramiro de Maeztu, con su voz abismal y profética: «¡Nos hacen falta energúmenos!»

Ni con un energúmeno de más, ni con cien kilovatios de incremento en la estación de radio, la propaganda ha sido, en manos de las derechas, —no me refiero ahora sólo a España— tan eficaz como en manos de las izquierdas. No me gustaría plantear el problema en términos de izquierdas y derechas, que tienen un cierto regusto político trasnochado, pero lo hago en honor a la simplicidad y claridad de la argumentación. Aparte de que, descargadas esas palabras de algún equipaje político reciente, quizás expresen en el fondo actitudes eternas del hombre; tan eternas como la presencia en su cuerpo de una mano derecha y otra izquierda. Pero dejemos este tema para otra ocasión y sigamos con la dinámica de la propaganda.

¿No será necesario formularlo con una mayor complicación, que esté más próxima a la verdad? La propaganda ha creado la mentalidad moderna; pero ¿no será a su vez hija de la mentalidad moderna? ¿No se influenciarán recíprocamente? Por mi parte creo que esta influencia recíproca, aparte de evidente, está preñada de enseñanzas.

La época moderna es la época de la ciencia. La brillantez de las conquistas de las ciencias físicas y naturales, la claridad de sus razonamientos hacen suponer que el hombre moderno es, por ello mismo, accesible al mismo tipo de dialéctica que ha servido para lograr la fisión del átomo. Así se habla del racionalismo moderno, como si el hombre moderno navegase sólo en la atmósfera impoluta de la pura razón. Nada más lejos de ello. En cualquier situación humana nos encontraremos siempre, en tanto humana, con una paradoja. Y también aquí nos topamos con parecidos hallazgos.

La gente se mueve, ahora y siempre, más por creencias que por razones. En otras parte he llamado la atención sobre algunas paradojas del mundo moderno. He aquí una, a guisa de ejemplo: Gran parte de la humanidad se mueve, con suavidad o violencia, en un mundo de ideas políticas que proceden de Marx. No se crea que esto compete sólo a los partidos extremos. En partidos más «céntricos», aún en colectividades que parecen organizadas sobre polos distintos, ha penetrado esa mentalidad como una constante histórica del tiempo en que vivimos. Sin embargo, la filosofía vigente en la actualidad, aún en zonas no religiosas, no es el hegelianismo de izquierda del cual surgió el marxismo. La historia económica de los últimos cincuenta años no ha confirmado ninguna de las tesis de Marx. El país más supercapitalista de toda la historia es el que está más lejos del marxismo; y, sin embargo, el subsuelo histórico de los tiempos presentes está impregnado, quiérase o no, de esa mentalidad. Nos impresionan los fenómenos multitudinarios como si fuesen fuentes de energía y de verdad. La gente, la mayoría, la magia de la cantidad y del número nos dominan. Así, poco a poco, el hombre va despersonalizándose, convirtiéndose en ese ser anónimo a quien todo se le da digerido, desde las vitaminas al artículo de fondo del periódico y las diversiones del domingo. Se considera un pecado so-

cial pertenecer a una minoría, sin saber que, a la postre, las minorías son las que han de tener el timón en las manos, so pena de que la sociedad se desintegre en el caos.

Me llamó la atención en una visita a uno de los países más grandes y poderosos de Europa saber que en todas las escuelas del país a la misma hora y el mismo día se les explicaba la misma lección y casi con las mismas palabras. Y ese país es uno de los que más se enorgullecen del respeto al individuo. Los policías por la calle no llevan pistola, pero los niños llevan, en cambio, uniforme intelectual.

El hecho es, pues, que el hombre moderno se mueve como el del Renacimiento y el del Medioevo, arrastrado por la corriente subterránea de sus creencias. Una muy vigorosa por ejemplo es la creencia en el progreso indefinido que le lleva a esperar toda la felicidad futura como fluencia de los progresos de la técnica. La técnica de la propaganda es, a su vez hija de una determinada mentalidad y creadora de la misma. En eso radica su poder casi demoníaco.

El hombre vive apoyado en un sistema de creencias. Lo que ha ocurrido en los tiempos modernos es que las creencias se han secularizado, pero no por ello dejan de ser creencias. En última instancia toda ciencia arranca de un acto inicial de creencia. Tales creencias se conmueven en las grandes crisis vitales de la humanidad o del individuo; entonces es cuando surgen valores nuevos; son épocas de grandes conversiones colectivas o individuales de signo positivo o negativo.

La propaganda moderna necesita actuar para tener éxito sobre un hombre despersonalizado o caído en trance de despersonalización. Pensemos un momento en lo que es el hombre en sí y en lo que significa su viaje terreno. En un instante determinado un alma se une a un cuerpo y se constituye una persona humana; pero he ahí el hecho maravilloso. La humanidad lleva miles de años peregrinando por la costra de la tierra. En este mismo instante están naciendo multitud de seres. Y, sin embargo, no hay dos seres iguales. Parece extraño que con tan escasos ingredientes se haya logrado tal maravilla. La singularidad de cada hombre es uno de los misterios más extraños y portentosos que nos es dado contemplar. Nietzsche, con esa genial facilidad que tenía para el sarcasmo, dijo una vez que bastaba unas horas de subir a un monte para que se anulasen las diferencias que existían entre un bribón y un santo. ¡Cruel afirmación! Es verdad que la reducción del hombre a la vida instintiva tiende a nivelar las diferencias personales: la fatiga, el hambre y cualquier otro instinto desmandado que reduzca al hombre a su desnudez de «homo natura» destruye la diferenciación esencial de los seres humanos que se establece en el plano personal. Pero su acción nunca llega a esa anulación tan completa. Aún en las circunstancias más extremas del hambre, de la enfermedad, de la muerte misma aparecen las diferencias individuales. Rilke clamaba contra la muerte anónima en los hospitales, reducido el ser a un número de una cama, de una ciudad multitudinaria y numerada, como es un hospital moderno. Pero el número y el anonimato existen sólo para la miopía y frialdad del que no quiere ver más. En cualquier trance una persona se mantiene tal. Os habla un psiquiatra, es corriente creer y así es en apariencia que las enfermedades mentales anulan las diferencias personales porque destruyen los soportes de la inteligencia y de la voluntad; pero lo cierto es que aun en el ser más demenciado se descubre siempre cuando se sabe mirar la llama de la persona, llama macilenta, insegura y velada, pero persistente y que no dejará de arder hasta el momento de la muerte. Como en un niño recién

nacido, que más parece bicho que ser humano, vemos ya en su pupilas y en sus movimientos los primeros balbuceos de su ecuación personal.

Eso que destruyen la enfermedad y la tiranía de los instintos es lo que desmantela en otra forma y grado la civilización moderna en el gigantesco troquel de uniformidad a que nos tiene sometidos. Uniformidad cuya más fuerte raíz es precisamente la creencia en la misma como fuente de bienestar, derivado a su vez de la idea del progreso indefinido.

Estas y otras muchas razones de las que no puedo ocuparme por no cansaros, son las que invalidan las técnicas modernas en cuanto técnicas de propaganda si se quiere aplicar a la difusión de la verdad religiosa. Así resulta claro, por qué las multitudes actuales son más sensibles al impacto oratorio de un energúmeno de izquierda que al de uno de derechas.

Eso no quiere decir que se renuncie a ella. La verdad debe apelar y buscar cualquier medio *lícito* para darse a conocer. Y, en cualquier caso, hemos de confiar en el propio poder difusor de la verdad misma. Lo único que hay que evitar es el pensar facilitón que busca el éxito para la verdad *sólo* o, preferentemente, a través de la pantalla de la televisión.

Conviene además que insistamos en los peligros de la propaganda multitudinaria. En todos los tiempos han existido oleadas de exaltación colectiva, de tipo religioso o político. Nunca se podrán comprender estos fenómenos si no se tiene una idea clara de la estructura psicológica del hombre. Desde el punto de vista psíquico, podemos distinguir en él dos estratos fundamentales. Uno inferior, hondo, oscuro, donde anidan y florecen los instintos y los sentimientos y otro superior, lúcido, diferenciado, que le concede su carácter de persona, montado sobre la luz de la inteligencia y el agudo puñal de la acción voluntaria. En la psicología moderna, a partir del psicoanálisis, es frecuente calificar al primero de «ello». El «ello» constituye los suburbios de la personalidad, el yo, su ciudadela. El yo debe ser una instancia vigilante. En cuanto se pierde su acción vigil comienza la danza caliginosa de los instintos, los suburbios invaden el centro de la ciudad.

El yo es lo que diferencia, el «ello» es lo que analogiza. Los hombres se parecen entre sí por sus instintos y por sus afectos; se diferencias por sus calidades netamente personales. El «ello» es el cosmos, el mundo físico interiorizado. De la dinámica que se establece entre suburbios y centro resulta la vida de la personalidad, la cual no es, por consiguiente, sino el desarrollo histórico-individual de la persona. Pero la vida es por un lado fluctuación y cambio; y por otro no puede vivirse como tal vida humana aislada, como una cumbre encrespada, salvo excepciones. También las cumbres necesitan apoyarse sobre las lomas de las cordilleras.

Existe una forma de contacto superior a través de la más pura vida del espíritu; pero existen contactos más inferiores a través de los instintos y de los afectos. Su inferioridad no les quita importancia, sino todo lo contrario, ya que, en la vida cotidiana, instintos y afectos se integran y aun la dominan en buena parte.

Es más fácil penetrar en un ser a través del plano afectivo, que a través del plano de la razón. Aquél ofrece una permeabilidad especial, incluso algo más que permeabilidad, una ansia de contacto, que no es tan vigente en el plano racional, menos dinámico y de arquitectura más contemplativa. Amistad, amor, odio y toda la variada escala de los sentimientos son vías de penetración en nuestros semejantes.

Es más, toda la vida sentimental tiene algo de atmosférica. Con frecuencia decimos de un paisaje que es triste o alegre. La lluvia entristece —no siempre, hay a quien euforiza— y la luminosidad de un día soleado exalta el

ánimo. Si esto ocurre así es por la imbricación que se establece entre los estados de ánimo o vida sentimental y las circunstancias que nos rodean.

Es evidente que mayor importancia que las circunstancias físicas tienen las circunstancias personales: La vida afectiva es especialmente comunicación; «quiero ver caras alegres» dice alguien alguna vez para combatir su propia melancolía. Los sentimientos se contagian más que las infecciones. De este contagio afectivo surgen las explosiones multitudinarias; pero el hecho es aún más complejo, porque no es que una persona o núcleo de personas difunda su estado de ánimo a los circunstantes, sino que a su vez vuelven a recibir la emoción de ellos, como en un circuito de encendido mutuo. Ved qué ocurre en una asamblea político: el orador caldea el ambiente, pero el ambiente también le caldea a él. Se establece así una marea anímica colectiva que crece, impalpablemente, y a veces peligrosamente, incluso contra la voluntad del que la determinó.

Tales estados de ánimo pueden provocarse de muchas maneras: por ejemplo, por la técnica del rumor y de la creación de zonas de inquietud. Buena parte de los humanos viven casi más de su fantasía que de su realidad. La noche está poblada de sueños, pero el día también lo está: deseos, temores, presagios, toda la eterna inquietud humana está siempre brotando al exterior en esta forma. Todo ello crea una atmósfera neblinosa que un hecho cualquiera es capaz de hacer cristalizar en forma determinada. En ese estado de tensión colectiva alguien dice que una monja ha intentado envenenar a un niño con un caramelo y se queman las iglesias de la ciudad; o una persona en la expectación de lo que ha de venir grita «milagro» y la multitud se prosterna creyendo en la realidad de un falso milagro.

En tal estado multitudinario la niebla cubre y borra los contornos más propios y ariscos de la personalidad. Todo contagio o imitación supone, en principio, una despersonalización. De ahí su tremendo peligro; por eso la multitud es móvil y cambiante como las olas del mar y peligrosos sus movimientos como los incendios de un bosque.

Repito aquí lo que dije a propósito de la técnica: no es que la influencia colectiva multitudinaria sea en sí desdeñable, sino que hay que tener visión clara y no juzgar de una situación sólo por esos espasmos colectivos. Sobre ellos puede asentar una labor honda, eficaz y maravillosa; pero el que se queda en el primer plano ha sembrado a voleo y no se ha preocupado de cultivar después el campo.

Un estado de ánimo colectivo puede predisponer a muchas gentes a una conversión política o religiosa; pero la conversión ha de estar afianzada, después, por un proceso de profundización en la personalidad, de suerte que cristalice en aquel ser un nuevo hombre, una nueva vida.

Estamos en un Congreso misional, y la sola existencia del mismo nos sitúa ante un enfoque peculiar de la cuestión del proselitismo. «Id a predicar la verdad», dijo el Señor. El que «misiona» lo hace en primer término en virtud de su testimonio personal. La verdad no necesita apelar a una confirmación plebiscitaria, ni mucho menos al beneficio material que pueda traer. La verdad se apoya en sí misma y envía un mensaje personal a través del misionero, cuya sola vida la atestigua mejor que un razonamiento matemático. Porque no se trata de una verdad científico-natural, sino de una verdad de vida. La vida del hombre no se entiende más que a través de sí mismo. Reflexionemos un momento sobre lo que ha ocurrido con la filosofía moderna. El verdadero problema filosófico ha sido siempre el de averiguar la verdad sobre el ser del hombre. Después de apelar a la razón o a los instintos, ha tenido que realizar la versión sobre el hecho mismo del existir

para llegar a una verdad más profunda sobre sí mismo. Y así ha visto que el hombre es constitutivamente un ser ansioso de verdades trascendentes; por eso todo lo que sea reducir, anonimizar la vida humana es falsearla.

El primer paso del misionero es, pues, establecer un contacto personal. ¡Qué problema tan difícil cuando tanta diferencia parece irremisiblemente separar a esos dos hombres, uno procedente del mundo occidental y el «otro», asentado sobre una lengua y una mentalidad tan distintas! Los médicos actuales hemos aprendido a conceder el valor debido al «contacto personal». Los médicos de todos los tiempos lo han practicado, como un saber experiencial no formulado. El médico actual tiene la pretensión de elevar ese saber al plano científico; por eso se preocupa tanto de la psicología de sus enfermos. El médico de Bismarck contaba que su acción sobre la salud del Canciller dependía, en buena parte, de que comía todos los días con él. Así aprendía a conocerle y a influir en su salud de un modo más profundo que mediante la simple administración de unas gotas. ¡Cuán diferente esa «mentalidad» de la que está implantando la socialización de la Medicina! Pero dejemos ahora ese triste cantar.

Lo cierto es que el problema del contacto es primario en la vida humana y, por consiguiente, en la labor misional. Bien conocida es la frecuencia con que el misionero tiene que apelar a pequeñas maniobras, aun médicas o paramédicas para facilitar aquel contacto. Pero para establecer contacto lo más importante es conocer la mentalidad del otro ser.

Limitémonos, por vía de ejemplo, a una de las posibles situaciones misionales: lo que tiene lugar frente a los pueblos llamados primitivos. En los últimos años la psicología ha hecho grandes progresos en el conocimiento de la mentalidad primitiva, si bien aún quedan grandes zonas llenas de incógnitas. En nuestra situación de criaturas del siglo XX apenas podemos medir la profundidad del abismo que nos separa.

La característica radical del hombre es la de vivir en su mundo. La filosofía existencial habla del estar-en-el-mundo. Quiere esto decir que el hombre no existe sino envuelto en su circunstancia, que no le está sólo dada, sino que además está creada por él. El hombre moderno vive en un mundo poblado de objetos. La diferencia entre objeto y sujeto es ya hija de una perspectiva. El primitivo, como el niño y muchas veces el enfermo mental, no están situados frente al mundo, sino envueltos en él. Su perimundo es como la atmósfera, tan contiguo que llega a penetrar en su interior como el oxígeno del aire arriba a nuestra sangre a través de los pulmones. Levy-Bruhl empleó el término de *participación*, que formula plásticamennte esa situación del primitivo, aunque haya sido criticado por otras escuelas etnológicas. Las cosas no existen ahí, en una suprema indiferencia, sino que se hallan siempre allegadas al hombre.

La relación lógica que se establece entre el hombre y el mundo, en nosotros, se substituye por una relación mágica en el primitivo. El hombre moderno toma distancia frente al mundo para conocerlo y dominarlo mejor. En el principio de la ciencia moderna existe el afán de dominio. En cambio, el primitivo actúa sobre el mundo de un modo más inmediato y mágico, Las relaciones con las cosas son menos objetivas y más íntimas. La imagen del enemigo es el enemigo mismo. Clavar su flecha en ella equivale a clavarla en su ser mismo. Es otro tipo de relación causal de la cual vemos tantos ejemplos en los niños y en los enfermos. Tal mundo no nos es ajeno, puesto que florece a la menor ocasión.

En el mismo instante en que el hombre se da cuenta de que existe, ex-

perimenta la cruel experiencia de la escisión y del aislamiento. Se adivina abismalmente distinto del mundo que le rodea. Existencia significa ex-centricidad, distinción, secesión. La experiencia de esa soledad primordial le angustia y por ello siente un impulso irrevocable a reintegrarse en el mundo, a fundirse con lo que le rodea. La dialéctica de esa fusión constituye su propia historia. En el primitivo la función de la *conciencia mística* es la de operar esa reinstalación en el mundo. Por eso Thurnwald habla del «pensamiento cómodo» del primitivo. «Comodidad» es una palabra demasiado neutra para designar esa experiencia esencial, disolutora de la angustia.

El mito, pues, hace posible la vida. Aun los mitos más crueles, más inhumanos, como los de las tribus canibalísticas de Africa, tienen como misión esencial liberar al hombre del terror primitivo que siente en la experiencia primaria del vivir. El mito crea una auténtica realidad. Es cierto que desde el punto de vista psicológico el pensamiento mítico tiene las mismas raíces que el del ensueño; pero el ensueño mítico es, para el primitivo, algo tan real como el delirio para el enfermo mental.

De esta situación mítica deriva la forma especial de religiosidad del primitivo y las bases de su organización social. Los ritos no son más que los mitos de acción. El pensamiento mítico defiende al primitivo de su angustia radical; por eso en su mundo se halla todo previsto. Su historia es cíclica y cerrada, basada en el principio de repetición. Raras veces pensamos en la genial originalidad que aporta al mundo la concepción de la historia como despliegue lineal. En la idea cristiana, la historia del mundo empieza en un instante determinado y tiene su momento crucial en la venida del Señor. Para el primitivo tal pensamiento es inaccesible, le produciría un verdadero terror. Toda la fuerza de su mundo mítico tiende a convertir en habitual lo extraordinario; la magia no es, como para el hombre de la calle, lo extraño, sino la relación natural entre las cosas. Gautier cuenta en «Noeurs et coutumes des musulmans» que los servicios de propaganda de Bonaparte en Egipto, pensando en cómo deslumbrar a los musulmanes, imaginaron un día lanzar un globo montgolfier. Los cronistas árabes de la época nos han transmitido el relato de la impresión que hicieron, que fué prácticamente nula. Los demonios extranjeros, pensaban, imaginan lanzar contra el cielo una especie de monstruo que bien pronto cayó lamentablemente. Es decir, el pensamiento mítico neutralizó rápidamente lo que el hecho podía tener de extraordinario y amenazador.

Los mitos prescriben tipos de conducta eficaces para todas las manifestaciones de la vida. En la navegación, el comandante se convierte en héroe que tiene que repetir exactamente los ritos señalados por sus antepasados. Así se asegura el éxito de la navegación. En determinados pueblos los hombres salen a pasear en el crepúsculo para atraer la noche. El mito forma, pues, modelos de conducta perfectos que hay que repetir. *Mediante el «principio de repetición» el primitivo se defiende contra la peligrosa novedad del momento venidero, como mediante el «principio de participación» se defiende contra el peligroso alejamiento y objetivación del mundo.*

La labor proselitista del misionero ofrece en la actualidad peculiaridades que le distinguen de la ejercida por el de otras épocas. También el mundo primitivo está en un período de transformación. Mejor podríamos hablar ahora de mundo pagano, porque frente a una religión ecuménica como la nuestra, se halla poblado de multitud de creencias locales tradicionales. *Pagus* quiere decir país, cantón, y *paganus* es paisano, pagano. Los taifas religiosos frente a la ecumenicidad.

Ahora bien, también para el mundo pagano podríamos decir que las dimensiones se han achicado. Las dimensiones geográficas se mantienen, pero la posibilidad de violarlas se ha acrecido. Un misionero tardaba antes meses en ponerse en contacto con su tierra de misión. Ahora puede hacerlo en días y hasta en horas. La civilización occidental, en cuanto técnica, está penetrando cada día más en los secretos escondites del continente negro. Apenas es necesario hablar del amarillo, entregado hoy casi totalmente a la dinámica belicosa del mundo occidental. De esta manera se conmueven los cimientos mismos de los pequeños taifas de la paganía.

Lo cual ofrece desde el punto de vista de la labor misional su aspecto positivo y negativo. Positivo, en tanto vence una dificultad bien conocida de los misioneros. El primitivo vive ensamblado en el orden social de su pueblo, que preside toda su vida desde el nacimiento hasta la muerte. Los mitos en los cuales ha crecido forman su propia vida. La conversión individual le priva del apoyo de su organización social. Aun cuando conviva con los demás, aun cuando le respeten y no le persigan queda desposeído de esa función protectora y conservadora que tiene atribuída la comunidad social en la cual vive. De ahí la frecuencia con que se pierden muchos conversos, cuando la acción misional no puede mantenerles por dificultades materiales, unidos en la comunidad de la nueva Iglesia.

Pues bien, el contacto con la civilización occidental secularizada, el contacto con la técnica moderna, inicia y fecunda el proceso de desintegración de las comunidades primitivas. Si tal proceso es aprovechado por la labor misional puede resultar un bien; pero si lo que hace es quebrar el entramado religioso del primitivo sin substituirlo por otro le hace un daño. En esa diáspora de los pueblos primitivos se desarrollan formas curiosas de sincretismo religioso, de las cuales se ven muchos ejemplos actualmente en Africa, tales como la United African Church, en Nigeria, que tolera la poligamia, o la fundada por el llamado profeta Garrick Braid en Nigeria.

El mundo moderno se halla en buena coyuntura para una gran labor misional. Es cierto que el mundo occidental ha sufrido un gran proceso de secularización. Negarlo sería negar la evidencia. Pero este hecho también se observa en el mundo oriental. Ha habido un enfriamiento de la religiosidad de carácter planetario; antes he aludido a las crisis que se inician, incluso en los sectores más escondidos del corazón de Africa o de la isla más lejana de Oceanía.

La razón histórica del fenómeno es clara y evidente. La obra del hombre ha querido suplir la obra de Dios. En el medioevo, el hombre veía la presencia de la divinidad en el piar de los pájaros, en el rumor de los bosques y ¡cómo no! en el palpitar del corazón humano. Después ha descubierto que el piar de los pájaros y el rumor del bosque y el palpitar del corazón humano son el resultado de ondas, átomos y electrones bailando una danza regulada como un paso de minué. Pero se avecina el momento en que la danza está amenazada con perder su ritmo suave de minueto mozartiano, para emprender un baile infernal de átomos que destruyen. La bondad natural del hombre abandonado a sí mismo ha resultado un mito peligroso. De nuevo el hombre se siente invadido por una angustia primaria y esencial, por el «timor anticus» como el que sintió Adán tras de haber comido del árbol del bien y del mal. La vida humana ha perdido su seguridad, ha aumentado su coeficiente de inseguridad aunque el hombre luche estadísticamente para demostrar lo contrario. La medicina ha hecho grandes progresos, la vida humana se ha alargado en veinte años, pero jamás

el hombre ha tenido tanto miedo a las enfermedades y a la muerte; *porque el temor a la muerte es peor que la muerte misma.*

Por eso busca su asidero en ciertas creencias inverosímiles. En cualquier parte surge como un hecho milagroso un predicador de una verdad nueva, que muchas veces no es sino un franco delirio patológico. Y sin embargo, las gentes acuden y creen en la Christian Science, obra de una histérica que todavía tiene adeptos. En cualquier ciudad europea pueden verse locales excelentes y gentes que acuden a ellos. Y como ellos los adventistas del VII día y tantas extravagantes formas de satisfacer la necesidad de creer.

Porque esta es la verdad capital: el hombre necesita creer en algo con la misma necesidad radical e insobornable con que su cuerpo necesita de agua para no morir de sed. El espíritu humano tiene sed de absoluto, de trascendencia. Si no accede a la gran Verdad Revelada se contenta con una forma de creencia mítica, llámese como se quiera. La creencia le da como al primitivo su forma de seguridad espiritual que le ayuda a soportar el carácter itinerante de su vida. El mundo está sediento de verdad religiosa. Los campos están abiertos. Hay que empezar la sementera, aquí y allá, sin límite de meridianos ni paralelos. Que la amplitud comunicativa del planeta, coronado con las ráfagas de los aviones sirva para difundir con mayor vigor y energía la Verdad Revelada.

Todos los días, a propósito de cualquier suceso leemos o encontramos lamentaciones sobre la disparidad entre el progreso técnico del mundo y su progreso moral. Y es que no es tan fácil perfeccionar los hombres como las máquinas. La fuente de la perfección humana se halla en la imitación de los grandes ejemplos. Nuestra religión ofrece el ejemplo vivo de Dios hecho hombre. La ejemplaridad en el mundo moderno está siendo demasiado sometida al criterio de la eficacia. Yo creo en el valor del ejemplo puro, en el valor de las conductas por lo que significan y no por lo que rinden. La existencia en un mundo como el nuestro de hombres que ponen la vida al servicio de un ideal tan excelso como el de misionar, demuestra hasta qué punto es imperecedera la avidez humana por lo trascendente.

El misionero actúa en dos frentes. En la misión por lo que hace; en el otro, que podríamos llamar «retaguardia», por lo que significa. Y en ambos, por ser ejemplo vivo de la vida del espíritu, que nunca anula ninguna fatiga, ningún sufrimiento, ningún desamparo, ni siquiera el de la lejanía. Puesto que, cuanto más lejanos y solos se hallan, más cerca están del Corazón del Señor.

VI

Cualidades que más ayudan al misionero a ejercer fructuosamente el apostolado

RVDO. P. VEREMUNDO PARDO, C. M.

Prefecto general de la Federación de JJ. MM. de la Milagrosa. Madrid

Conexión: No es cosa fácil presentarse en esta magna Asamblea Misionológica detrás de Profesores tan eminentes especialistas, como Mons. Paventi y el Excmo. Dr. J. J. López Ibor. Unicamente traigo a esta cátedra de Misiones amor a la Iglesia Misionera, que lucha amorosamente por «encarnarse» en todos los pueblos, y en ella, a todos los Misioneros y Misioneras, sean saerdotes, religiosos o seglares, como denodados ejecutores de esta Misión de amor. Una cosa alienta mi lógica timidez, y es que ellos —los Misioneros— van a ser los Profesores titulares y en propiedad de esta lección, y yo solamente su humilde auxiliar. Ello es debido al

Modo nuevo de enseñar introducido felizmente en estas acreditadas Semanas intensivas de Orientación misionera. *El procedimiento de encuestas y experiencias* entre Misioneros y formadores de vocaciones misioneras, autoriza estas explicaciones, y facilita en parte nuestra labor. Nosotros haremos el marco y el soporte del cuadro maravillosamente pintado por ellos. Al fin y al cabo hemos de usar el adagio «Peritis in arte credendum» que en este caso tiene mayor verdad, por juntarse en las respuestas el conocimiento doctrinal con el experimental.

Después de todo, es una forma bien práctica de orientación y proselitismo en la retaguardia misionera a la que miran también estas lecciones, parecidas a las cartas de San Francisco Javier «Apóstol y despertador de Apóstoles», como le llamara el Cardenal Laurenti. También estas encuestas y experiencias gritan en las Universidades y centros de Cultura «en las vidas de aquellos que no se afanan en ser útiles a los demás con su ciencia» (1).

Antecedentes de este modo de tratar los problemas misioneros, les tenemos en las famosas Semanas de Lovaina, de las que fué alma el llorado P. Charles. Y el infatigable P. Tragella también siguió este método en algunas de sus obras misionológicas, v. gr.: «La santa Follia de la Vocazione Missionaria» (Milán, 1923) con magníficos resultados. Muy cerca de nuestros días, una asamblea sobre el discernimiento de vocaciones religiosas (París, julio de 1949) trabajó sobre encuestas anónimas (2).

EL TEMA de esta tercera lección: «Cualidades que más ayudan al Misionero a ejercer fructuosamente su apostolado» se ha de situar entre el terreno jurídico, del que con tanta competencia disertó Mons. Paventi y el psicológico del que acaba de tratar tan magistralmente el Profesor López Ibor; pero pertenecen de lleno al campo de la Teología. Nos movemos en el área de la Gracia a la que coopera la naturaleza humana con las cualidades depositadas en germen de vocación misionera por el Espíritu de Dios. Nada añadiré al aspecto canónico de la vocación misionera, sino que *ésta tercera lección se refiere a la vocación en acto de cultivo y ejercicio.*

«LA VOCACION y VIDA MISIONERA», para nuestro propósito la definimos: «La voluntad deliberada y persistente, bajo la acción de la Gracia, consolidada

(1) Monumenta xaveriana, t. 1.º, pág. 302.
(2) Le Discernement des Vocations de Religieuses. Les éditions du Cerf. París, 1950.

por las cualidades o aptitudes necesarias innatas o adquiridas, de consagrar la vida a la implantación de la Iglesia en los países donde no se haya perfectamente establecido, siendo el sujeto llamado, enviado o al menos aprobado por el legítimo Superior.» Sobre esta definición provisional va a girar la lección y tal vez las demás de la Samana (3).

1. *Que el fin específico de las Misiones entre infieles sea implantar la Iglesia*, o según oí en un Congreso de Vocaciones, celebrado en París el 15 de julio de este año, «*encarnarse la Iglesia*» a semejanza del Verbo hecho hombre, hoy no creo sea objeto de discusión, después de las terminantes afirmaciones de Pío XI en Rerum Ecclesiae: «*Quorum quaesumus sacrae Missiones pertinent, nisi ut in tanta inmensitate locorum Ecclesia Christi instituatur et stabiliatur*» (4), reiteradas por Pío XII en la «Evangelii Praecones».

Pero de esta verdad se deduce claramente que las cualidades principales y específicas de la vocación y vida Misioneras han de ser las que más contribuyan a este fin de las Misiones como veremos más tarde.

2. *La Obra Misionera pertenece a todo el Cuerpo Místico de Cristo.* Otra afirmación que no es difícil probar. Toda la Iglesia es solidariamente responsable del mandato terminante de Jesucristo, si bien se dan grados en esta responsabilidad ante Dios. Reside primariamente en el Papa y en los Obispos en comunión con el Pontífice. El Emmo. Cardenal Celso Constantini razona esta obligación para el Papa, los Obispos, las Comunidades religiosas, los sacerdotes y los simples fieles en un documentado artículo de la «Enciclopedia del Sacerdozio» (5). No insisto en este aspecto, por no ser el objeto directo de esta lección, pero sí quiero corroborar esta aserción con unas palabras luminosas, escritas hace tres siglos por San Vicente de Paúl: «¿No debemos nosotros trabajar por la propagación de la Iglesia? Sin duda que sí. Entonces, ¿en quién residirá el *poder de enviar ad gentes?* Es preciso que resida en el Papa. Si, pues, el Romano Pontífice tiene el derecho de enviarnos, a nosotros corresponde la obligación de ir; de otro modo sería vano su poder» (6). Indudablemente, la contribución vital o personal es la forma más perfecta de cumplir el testamento misionero de Jesús.

3. *La Vocación Misionera no puede ser una cosa rara ni excepcional*, lo mismo en la llamada, que en el número, que en las cualidades, si bien pide un nivel medio en las cualidades positivas generales, y más alto en las específicas de la vida Misionera.

Sobre esta cuestión han existido con frecuencia exageraciones en los libros de propaganda Misionera, y se hace preciso centrar bien el problema.

a) Se dice que la vocación Misionera es una cosa heroica, que exige cualidades de cuerpo y alma, de naturaleza y gracia que no entran en el lote ordinario. No se niega que hace falta una notable generosidad para llevar la vida Misionera, mas no pide por esencia esas cuaidades extraordinarias. De lo contrario, o se queda la obra misionera de la Iglesia sin cumplir en cada época, o hemos de obligar al Espíritu Santo a realizar milagros de continuo. La Vocación Misionera responde a una necesidad normal de la Iglesia.

b) Para otros, la Vocación y vida Misioneras, consisten en un espíritu de conquista y de iniciativa individuales, unidos a un temperamento soñador y ardiente. Si se extreman estas cualidades se puede llevar el camino de la utopía y de la independencia de las legítimas autoridades que dirigen por su mismo cargo la marcha de las Misiones. Por otra parte, hay muchas obras en las Misiones que piden caracteres tranquilos y sedentarios, como la imprescindible del clero indígena y la contemplativa, por ejemplo.

---

(3) La Vocation missionaire. P. Anoge M. E. P. edic. ad usum privatum; y Della Vocazione Missionaria. P. Silvestro Volta. Roma, 1947.

(4) AAS, 1926, t. XVIII, págs. 65 y ss.

(5) L. c. págs. 1389-1395.

(6) Colec. «Saint Vicente de Paul, t. III, págs. 153-55. Cf. PP. Herrera-Pardo. San Vicente de Paúl, B. A. C. (63) pág. 881.

El llamamiento divino ordinario, aunque por caminos diversos, responde, o mejor, coincide con un mínimo de aptitudes que hacen el candidato provechoso, supuesto el desarrollo voluntario de las mismas con la gracia de Dios.

No se puede aplicar la medida de las vocaciones extraordinaria a toda vocación misionera.

4. *Si bien existe una marcada diferencia entre la vocación sacerdotal, la religiosa y la de soltería por virtud, y la vocación y vida Misioneras*, sin embargo, *a*) las virtudes y vida religiosas favorecen grandemente la actuación fructífera misionera, *b*) los ministerios y características sacerdotales son directamente adaptables a la Obra Misionera, y *c*) la virginidad y ascética seglar facilitan el trabajo en países de Misiones.

Cada una de estas afirmaciones requiere una pequeña explicación en relación con el tema que nos ocupa de las cualidades positivas misioneras.

a) No todos admiten, la diferencia específica de vocaciones, y por ello no la quiero poner aquí, para buscar un punto de coincidencia (7). Hoy podemos admitir gozosamente que la vocación y vida Misioneras se dan en la Iglesia, dentro de los tres estados, como sucedió en las mejores épocas (de la Iglesia). Por lo mismo que estos tres estados aportan sus virtudes y aptitudes positivas a esa otra vida apostólica. Me parece que a «todo el que trabaja en tierras de Misión para establecer en firme la Iglesia, le debemos considerar como Misionero, si bien en grado diferente según su actuación».

b) *La Vocación Religiosa*, con sus múltiples variantes, favorece la Vocación y Vida Misioneras. Es un hecho histórico patente a todos y está entrañado en la misma esencia de la Profesión de perfección y de vida común de Obediencia. El despojo espiritual de todo hasta de la vida, la vida teológica a que elevan los votos particularmente el de castidad y obediencia, el principio básico de la vida de Comunidad, la sumisión por motivos sobrenaturales, le dan al religioso un marcado matiz de Testigo auténtico de Cristo y de su Iglesia, y le orientan con suma facilidad al apostolado, aun el más difícil y heroico (8).

c) *El ministerio sacerdotal* es el más directamente misionero, o sea, ordenado a «plantar o encarnar» la Iglesia, en su magisterio y en la gracia. En la Asamblea de la Unión Misional del Clero celebrada en este local en 1946 quise probar que el sacerdocio católico era esencialmente misionero, al menos en su función de sacrificio y de oración, y que sólo por la limitación humana, se dividía el sacerdocio en dos, el que extendía e implantaba la Iglesia y el que conservaba e intensificaba esa vida de la gracia en las almas. Ambas vocaciones suponen y exigen la llamada aprobación de la Jerarquía eclesiástica (9).

Las características de la ascética sacerdotal juntamente con su ministerio directamente social son directamente adaptables a la obra Misional, y así ha sucedido desde el principio de la Iglesia con el sacerdocio de los Religiosos y en los tiempos modernos principalmente con las Sociedades de sacerdotes seculares Misioneros, entre las cuales se cuenta la de los PP. Paúles desde 1633, pasando por la de las Misiones Extranjeras de París hasta llegar por ahora al Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras (10).

d) *Asistimos hoy al renacimiento del apostolado misionero seglar*, que aporta a la obra misionera las virtudes del cristiano seglar, «la ascética del hombre de la calle» como se ha dicho, en dos formas, la vida virginal y la matrimonial. Las cualidades inherentes a estos dos estados cristianos entran en tierras de misiones para completar la forma de vida cristiana en el nuevo seguidor de Cristo.

---

(7) Volta. Della Vocazione Missionaria, págs. 28 y ss.

(8) Consúltese sobre esta materia: M. Maggiolo, O. P.: La Vocazione Religiosa secondo S. Tomaso. Roma, 1924; Marchetti, S. J.: «Vocazione sacerdotale e vocazione religiosa» en «Seminarium», enero, 1950, págs. 77 y ss. S. Volta Ob. cit. págs. 38 y ss. y Le Discerniment des Vocations de Religieuses, págs. 13 a 19.

(9) Cf. Rerum Eclesiae AAS. l. c. pág. 68, y alocución de Pío XI al II Congreso de la Unión Misional del Clero en Roma el 13 de noviembre, 1936 (en Enciclopedia del Sacerdozio, pág. 1400).

(10) Celso Constantini en «Apostolato Missionario», y Marchetti, l. c. 80.

Del conjunto de estas caracteristicas sacamos el cuadro de aptitudes comunes y especiales para las diversas actividades misioneras, a las que habremos de agregar las especificas de la vocación y obra misioneras.

Es de advertir que en la vida misionera hay una cantidad grande de variantes en las funciones, y consiguientemente, en las cualidades requeridas en los candidatos. El Misionero de vida activa y primera linea dentro de la demarcación misional, necesita aptitudes diversas del contemplativo —que tanta falta hace en tierras de Misión—, ni el que está en un Seminario ha de ser del mismo temperamento y cultura que aquel otro que se halla trabajando entre tribus primitivas. Por lo que, si bien traeremos un cuadro de aptitudes naturales y sobrenaturales, dentro de él, se admite una escala de variaciones notables, que han de apreciar los encargados de discernir las vocaciones, y sobre todo, los Superiores en la distribución de cargos y ministerios. De este modo, y supuesto un nivel medio, se pueden aprovechar en las Misiones mucho mayor número de candidatos.

Para formar este esquema de «aptitudes», los tratadistas de estas materias en el capitulo imprescindible de «la idoneidad», o como dicen otros «vocación pasiva», hacen unos catálogos de cualidades buenas y malas, para la vida sacerdotal, religiosa o misionera, con algunas explicaciones más o menos oportunas (11).

En tanta variedad, hemos elegido para esta lección un cuadro, o mejor, baremo editado en Quebec, y reproducido por la revista «Vocations Sacerdotales et Religieuses» (12). Nos parece el más completo, ordenado, cientifico y moderno. Está hecho con el fin de valorar las aptitudes de los aspirantes a cualquiera de estas vocaciones, y para ayudar a los Directores en la delicada obra de la discriminación de vocaciones y la formación de los seleccionados. Con este baremo a la vista, el Director y el Candidato ven los puntos débiles que reforzar, y las cualidades más necesarias para trabajar con denuedo en su consecución y en la eliminación de lo que se llama en el cuadro el polo negativo hasta llegar así al polo positivo y máxima de aptitudes.

Una deficiencia notamos en este cuadro de aptitudes, y es la de que no habla directamente de la cualidad o cualidades especificas del Misionero, ya que si bien las caracteristicas son comunes con las otras vocaciones, requiere algo propio o peculiar esta vocación y vida misionera. Como un complemento añadiremos al final algunas consideraciones sobre este punto importantisimo.

ADVERTENCIAS

1.ª Con el fin de que el juicio sea lo más exacto posible, se ha de examinar y anotar cada una de las cualidades con ponderación, y sin parcialidad en contra o en favor del candidato.

2.ª Se han de llenar los cuadros con el número correspondiente; 5, 4, 3, 2, 1, 0, sabiendo que el 5 es excelente; el 4, bueno; el 3, regular; el 2, pobre; el 1, malo; lo que constituye el polo negativo, como el 5 es el positivo; el 0 es para indicar cuando no se tienen datos suficientes de jucio sobre aquella cualidad.

3.ª Este Baremo se ha de llenar por separado y en copia distinta, por el médico, director y candidato sin mutuo acuerdo. Después, han de examinar juntos los resultados de los dos o tres baremos, buscando el término medio.

4.ª No dar valor absoluto a este baremo, sino como orientación para discernir y educar las vocaciones.

---

(11) El autor clásico y fecundo P. J. Delbrel, S. J. en «Ai-je la Vocation?», París, 1923, págs. 87 a 221. Le Discernement. c. V. Marín Larrayoz: «La Vocación sacerdotal, según la doctrina del Beato Juan de Avila», págs. 52 a 73; etc.

(12) Julio 1955, págs. 144 a 152.

BAREMO PARA JUZGAR DE LAS APTITUDES HACIA EL SACERDOCIO Y VIDA RELIGIOSA, MISIONEROS

Nombre del candidato: Profesión: Fecha:
Nombre del Director: Ocupación:

(Este documento es estrictamente confidencial.)

APTITUDES NATURALES

I. — SALUD

	Polo positivo	5 4 3 2 1 0		Polo negativo
1.	Estado general	5 4 3 2 1 0	......	
2.	Resistencia a la fatiga ...	— — — — — —	......	Fatigabilidad.
3.	Integridad física	— — — — — —	......	Enfermedades, deformidades.
4.	Organos sensitivos	— — — — — —	......	
	a) Vista	— — — — — —	......	Deficiencias diversas (presbicia, miopía, astigmatismo).
	b) Oído	— — — — — —	......	Deficiencias diversas (sordera parcial).
5.	Sistema nervioso	— — — — — —	......	
6.	Hábitos de higiene	— — — — — —	......	
	a) Alimentación sana ...	— — — — — —	......	Glotonería.
	b) Sueño suficiente, reposado	— — — — — —	......	Sueño difícil.
	c) Limpieza	— — — — — —	......	Desaliñado, negligente en el vestido.

II. — INTELIGENCIA

	Polo positivo	5 4 3 2 1 0		Polo negativo
1.	Inteligencia general	— — — — — —	......	Talento general mediocre.
	a) Facilidad para las materias especulativas	— — — — — —	......	Dificultad para las materias especulativas.
	b) Facilidad para las materias prácticas ..	— — — — — —	......	Dificultad para las materias prácticas.
2.	Capacidad de éxito en los estudios Teológicos	— — — — — —	......	Incapacidad de éxito en los estudios teológicos.
3.	Nivel de cultura	— — — — — —	......	
	a) Literario	— — — — — —	......	
	b) Histórico	— — — — — —	......	
	c) Estético (bellas artes, música)	— — — — — —	......	
	d) Filosófico	— — — — — —	......	
	e) Científico	— — — — — —	......	
4.	Curiosidad intelectual ...	— — — — — —	......	Apatía, indiferencia.

III. — JUICIO

	Polo positivo	5 4 3 2 1 0		Polo negativo
1.	Teórico, recto y seguro ...	— — — — — —	......	Juicio falso e (o) incoherente, prejuicios.
	a) Saber discernir lo verdadero de lo falso	— — — — — —	......	
	b) Saber pesar las ideas y las teorías	— — — — — —	......	

2. Práctico, recto y seguro	Juicios irreflexivos.
b) Saber apreciar los acontecimientos y las personas	Prejuicios y juicios superficiales (temerario)
b) Saber reflexionar antes de obrar	Juicio caprichoso y precipitado.
c) Prudencia habitual en la conducta	Experiencias comprometedoras.

IV. — Temperamento

1. Herencia sana	Herencia viciada, v. gr.: alcoholismo, demencia.
2. Equilibrio constitucional	Tendencia a trastornos psíquicos; ansiedad, obsesión.
3. Dominio natural de las pasiones (gozo, amor, cólera)	Pasiones violentas, difíciles de controlar.

V. — Caracter

1) *Afectividad:*

a) Estabilidad emotiva:

1. Sensibilidad equilibrada	Hipersensibilidad o insensibilidad (frialdad, impasibilidad).
2. Emotividad controlada	Emotividad desordenada (ímpetus de gozo, rabia, entusiasmo).
3. Confianza en sí	Sentimiento de inferioridad.
4. Control de extroversión (tendencia a exteriorizarse, obrar) ..	Extroversión exagerada (dispersión, ligereza).
5. Control de introversión (tendencia a entrar dentro de sí mismo, aislarse)	Introversión exagerada.

b) Voluntad personal:

1. Energía, firmeza	Cobardía, debilidad de voluntad.
2. Espíritu de iniciativa	Espíritu indolente, gregario.
3. Espíritu de decisión.	Espíritu vacilante, indeciso.
4. Docilidad natural, espíritu de conciliación	Espíritu de contradicción, racionalista; obstinación.

c) Seriedad:

1. Gravedad bien aquilatada	Ligereza exagerada, humor a destiempo.
2. Ponderación y medida	Exageración, extravagancia.
3. Sentido de responsabilidad	Descuidado y atolondrado.

2) *Sociabilidad:*

a) Altruísmo o solidaridad:

1. Tendencia a interesarse por los demás.	— — — — — —	......	Indiferencia respecto a los demás.
2. Tendencia a entregarse	— — — — — —	......	Egoísmo, lleno de sus propios intereses.
3. Comprensión para con los demás	— — — — — —	......	Severidad, fariseísmo.
4. Rectitud, franqueza, lealtad en la vida social	— — — — — —	......	Adulación, disimulación, chismorrería.
5. Desinterés	— — — — — —	......	Utilitarismo, ambición.

b) Contactos sociales:

1. Carácter abierto	— — — — — —	......	Actitud enigmática, cerrada.
2. Facilidad en expresarse (conversación, etcétera)	— — — — — —	......	Timidez, laconismo, sequedad.
3. Capacidad para persuadir, etc.	— — — — — —	......	Dificultad en dar valor a su punto de vista.
4. Discreción, respecto a confidencias, secretos	— — — — — —	......	Indiscreción habitual, manía de denunciar.
5. Mesura en el lenguaje	— — — — — —	......	Prolijidad, exceso en palabras.
6. Facilidad de adaptación a la sociedad.	— — — — — —	......	Reacciones antisociales.
7. Capacidad de colaboración (compañerismo)	— — — — — —	......	Individualismo.
8. Finura y tacto	— — — — — —	......	Vulgaridad, ostentación, rudeza.
9. Etiqueta, educación, urbanidad	— — — — — —	......	Rusticidad, amaneramiento, afectación.

APTITUDES SOBRENATURALES

I. — Virtudes teologales

1. *Fe*

Polo positivo			Polo Negativo
a) Profunda (confiada, activa inspiradora de toda la vida)	5 4 3 2 1 0	......	Superficial (apenas enraizada en el alma, pasiva, de poca influencia).
b) Sólida (que da seguridad en la duda)	— — — — — —	......	Débil (sujeta a dudas frecuentes).
c) Iluminada (por una buena formación religiosa y apologética) ...	— — — — — —	......	Obscura (formación deficiente).

d) Ortodoxa (dócil a todas las enseñanzas de la Iglesia	— — — — — —	Tendencia frecuente a sostener opiniones personales en materia de Dogma y Moral.

2. *Esperanza*

a) Calma ante la salvación eterna	— — — — — —	Inquietud continuada de no alcanzar su salvación.
b) Confianza en Dios	— — — — — —	Temor pesimista de Dios.

3. *Caridad*

a) Amor de Dios (Estima y conservación habitual del estado de gracia)	— — — — — —	Indiferencia práctica ante Dios y su gracia.
b) Amor de sí mismo (adquisición de los bienes sobrenaturales y deseos de perfección)	— — — — — —	Negligencia habitual en su perfección sobrenatural.
c) Amor del prójimo (solidaridad sobrenatural, bondad y deseo de hacer el bien)	— — — — — —	Egoísmo; amor únicamente natural e interesado.

II. — Virtudes morales

1. *Prudencia*

a) Conducta reflexiva, conforme a los hechos y a las experiencias personales en la vida cristiana	— — — — — —	Conducta irreflexiva y temeraria de la vida cristiana.
b) Docilidad a las enseñanzas de la Iglesia ...	— — — — — —	Espíritu descontento, libertino, independiente del Magisterio de la Iglesia.
c) Conciencia bien formada (ni escrupulosa, ni muy laxa), delicada ...	— — — — — —	Conciencia mal formada (escrupulosa o muy laxa).

2. *Justicia*

a) Piedad sólida, o predisposición seria a la piedad	— — — — — —	Piedad volátil y sin garantías suficientes.
b) Espíritu de oración	— — — — — —	Sensiblería; disgusto constante en la oración.
c) Participación en la vida litúrgica de la Iglesia	— — — — — —	Indiferencia a los actos del culto.
d) Obediencia	— — — — — —	Desobediencia; insubordinación.
e) Honradez (respeto a los derechos del prójimo).	— — — — — —	Descortesía.
f) Veracidad, franqueza ..	— — — — — —	Disimulación, embuste, mentiras y calumnias.

3. *Fortaleza*

a) Magnanimidad (facilidad de perdonar, misericordia)	— — — — — —	Rencoroso, duro de corazón, intransigente.
b) Prudencia cristiana (capacidad de aceptar generosamente los reveses y las dificultades ..	— — — — — —	Impaciencia, desconcierto en las situaciones difíciles.
c) Perseverancia habitual en la práctica de la virtud	— — — — — —	Inconstancia habitual.

4. *Templanza*

a) Abstinencia y sobriedad	— — — — — —	Gula y embriaguez.
b) Castidad	— — — — — —	
1. Pureza consciente, y refleja	— — — — — —	Pureza instintiva, efecto de la ignorancia del vicio opuesto.
2. Pureza militante y triunfante: vencedor en las tentaciones	— — — — — —	Impurzea; caídas frecuentes; debilidad ante las tentaciones.
3. Pruebas de firmeza de carácter: diligencia en levantarse si ha tenido caídas, o en general, buena voluntad en conservarse puro ...	— — — — — —	Flojedad de carácter, o sea, experimentar poco malestar en el estado de pecado, aclimatarse a él; salir de él de vez en cuando por confesiones tibias.
4. Huída de las ocasiones	— — — — — —	Búsqueda de ocasiones.
c) Humildad	— — — — — —	Orgullo, ambición terrenal, vanidad.
d) Abnegación; despego de los bienes de la tierra (honores, riquezas, bienes naturales)	— — — — — —	Apego a los bienes de la tierra.

III. — Orientacion general de la vida interior

1. Fervor Práctica habitualmente generosa de las virtudes cristianas	— — — — — —	Tibieza; falta habitual de generosidad en la práctica de las virtudes cristianas.
2. Horror del pecado mortal	— — — — — —	Complacencia en el pecado mortal.
3. Espíritu de sacrificio y mortificación	— — — — — —	Búsqueda de lo fácil; satisfacción de todos sus caprichos.

4. Sentido sobrenatural, (amar el mundo de las realidades divinas: Dios, Cristo, la Virgen, el Cuerpo Místico, la oración, Sacramentos, Misa)	— — — — — —	Poco interés y respeto por las cosas de Dios; espíritu profano.
5. Sentido de la Iglesia	— — — — — —	
a) Orgullo consciente de ser un joven católico	— — — — — —	Indiferencia.
b) Deseo de intensificar el esplendor de la Iglesia (apostolado, Misiones, etc)	— — — — — —	Apatía ante el apostolado.

VOLUNTAD DE LLEGAR A SER SACERDOTE O RELIGIOSO

I. — Voluntad personal

1. Deseo serio, maduro, fundado en la convicción de que el sacerdote encuentra sus aptitudes personales y los planes de Dios	— — — — — —	Deseo poco analizado, basado en los sentimientos, o proveniente de ilusiones respecto de sí mismo o del llamamiento divino (iluminaciones repentinas).
2. Decisión libre (independiente de toda coacción)	— — — — — —	Obediencia a influencias extrañas aun muy respetables (parientes, Director Espiritual); o decisión impuesta; o miedo de desagradar.
3. Sentimiento profundo de permanecer libre en rehusar o aceptar el sacerdocio, cualquiera que sean las aptitudes personales.	— — — — — —	Convicción (recibida o no de alguno), de que hay obligación estricta en conciencia de hacerse sacerdote desde que reconoce la llamada.
4. Aceptación sin violencia de los sacrificios que esta vocación exige y exigirá cada vez más	— — — — — —	Aceptación resignada, pasiva, de lo inevitable.

II. — Voluntad ilustrada

1. Decisión ilustrada por la razón y las luces ordinarias de la gracia, lo cual presupone	— — — — — —	Decisión incierta, dudosa, más o menos ciega, que procede de la:

a) Conocimiento de la naturaleza y de los fines del sacerdocio o estado religioso ……………… ……… — — — — — — ……	Ignorancia o semiconocimiento de lo que es el sacerdocio y la Religión.
b) Conocimiento de las obligaciones principales (celibato, Breviario) ………… — — — — — — ……	Ignorancia o semiconocimiento de las obligaciones sacerdotales.
c) Conocimiento de las actividades ordinarias del ministerio sacerdotal … — — — — — — ……	Observación muy superficial de las actividades del sacerdote.
d) Conocimiento de los «pro» y de los «contra» en su caso personal …………… — — — — — — ……	Ausencia de autocrítica; ninguna visión de ciertos obstáculos personales posibles.
2. Convicción de que la vocación no es un derecho personal …………………… — — — — — — ……	Deseo pertinaz, porfiado, persuadido de que uno tiene derecho al sacerdocio desde que juzga que tiene las aptitudes.
3. Docilidad razonable al Director Espiritual o al Obispo …………………… — — — — — — ……	Testarudez y obstinación.
4. Persuasión de que no tiene obligación grave de seguir «su vocación», aun en el caso de un llamamiento claro y formal … — — — — — — ……	Certeza de que la repulsa de «su vocación» puede constituir un pecado mortal o llegar a ser una causa de condenación.
5. Persuasión de que resistir a un llamamiento claro y formal, lleva consigo un peligro de atraso espiritual ………………… — — — — — — ……	Convicción contraria.

III. — Intención recta

1. Voluntad de ser sacerdote, fundada en motivos sobrenaturales; entrega a Dios, a la Iglesia, a las almas ……………………… — — — — — — ……	Deseo de ser sacerdote, sobre todo por miedo de no salvarse tan fácilmente. Búsqueda de ciertas ventajas naturales: consideración social, facilidades intelectuales y materiales; o huída de las responsabilidades del matrimonio; o evitar una elección ardua de alguna carrera laica, etcétera.

2.	Intenciones purificadas (si habiendo tenido en otro tiempo intereses terrenos, han sido por fin sublimados por lo sobrenatural)	— — — — — —	Intenciones persistentes demasiado naturales; corazón lleno de deseos humanos, aun nobles (desempeñar un papel social, agradar a los parientes).
3	Voluntad perseverante, no excluyendo toda duda o doblegamiento; pero a pesar de todo la voluntad cada vez más firme a través de los obstáculos ..	— — — — — —	Voluntad vacilante, sin afianzamiento progresivo; ninguna prueba de carácter.

IV. — Cualidades especificas del misionero

1.	Caridad paternal	— — — — — —	Amor propio e indiferencia.
2.	Espíritu de sacrificio	— — — — — —	Afán de vida cómoda.
3.	Adaptación al pueblo misionado	— — — — — —	Superioridad, nacionalismo.

BREVES ANOTACIONES AL BAREMO DE APTITUDES

Respecto de la salud, se puede decir, que por lo menos la vida Misionera excluye al «enfermo profesional», como se llamó en el Congreso sobre la Vocación del mes de julio, en París, a aquel sujeto, que se decide a tener como primera preocupación su salud. Correspondiendo a los diversos climas y ministerios, ha de ser la escala de salud pedida, si bien es caso muy frecuente —admitiendo una providencia especial— que personas muy débiles han trabajado muchos años en tierras difíciles. Hoy, al llegar los medios sanitarios a casi todas las regiones del mundo y el relativo confort, la vida media del Misionero ha pasado de 37 años a cerca de los 60, lo cual quiere decir que en general no se requiere una salud a toda prueba, resistente a toda fatiga, clima y privación, que era antes la primera condición del Misionero.

La inteligencia en su doble función especulativa y práctica, también admite una escala móvil en relación al nivel cultural de los misionandos, como ya lo advertía San Francisco Javier, y a la función que dentro de la Misión se le asigne. Formar Sacerdotes o Maestros, o a los Universitarios no es lo mismo que enseñar los rudimentos de la Religión a tribus inferiores. No se exagere ni en pro ni en contra de la ciencia la sabia advertencia de Pío XI al inaugurar la Exposición Vaticana el 21 de diciembre de 1924: «No son suficientes los heroismos y los sacrificios del Misionero...., se necesita la ayuda de la ciencia que venga a iluminar...» Si es relativamente cierto, como dice Santiago Leclercq, que a principios de este siglo no se cuidaba la especialización del Misionero y sólo se le pedía entusiasmo y voluntad de sacrificio (13), hoy se cuida con predilección en general esta preparación intelectual. No sé si todavía es lo específica y adaptada al campo de operaciones que debiera ser. Tal vez merezcan más atención las cualidades que en el cuadro vienen con los títulos de juicio práctico, temperamento, carácter y sociabilidad; mas como esto tiene un carácter marcadamente psicológico se lo remitimos a la ponencia correspondiente.

---

(13) Vie du Père Lébbe. 1955. Casterman, pág. 46.

Sobre las aptitudes morales y teologales, las más importantes y decisivas ciertamente, poco tenemos que añadir a lo indicado en el cuadro-baremo tan explícito y completo. Nunca se insistirá lo suficiente en el candidato a Misionero sobre el cultivo intenso y constante de la vida interior, con marcado carácter teológico (de fe, esperanza y caridad), de la cual redunde la vida moral y el esfuerzo por reformar el carácter, temperamento, hábitos, etc., en aquello que se opone o perjudica la obra de Dios y de la Iglesia en él y en los misionandos. Con grande satisfacción pude apreciar esta orientación sobrenatural en el citado congreso de la Vocación.

El último apartado del cuadro sobre la rectitud de intención en la Vocación y la libertad, es de suyo lo suficiente claro para que pida anotaciones, pero es como «la conciencia refleja», si vale la frase, de la Vocación divina; y eso que podíamos llamar «la psicología de la vocación» se ha de hacer muy consciente en el aspirante a Misionero, con sus diversos aspectos y modalidades. Recomiendo un estudio bien fundado del P. Pelletier, O. P. sobre la «Estructura de la Vocación sacerdotal» que se puede aplicar casi totalmente a la misionera (14), el cual se completa con otro muy documentado y lleno de ponderación sobre la libertad en la vocación, del P. Valentini, S. J. en la misma revista (15).

APTITUD ESPECIFICAMENTE MISIONERA

Si bien, dispersas en el cuadro, se encuentran alusiones al amor de la Iglesia y el sentir y trabajar con ella, no se insiste en lo que es típico de la vocación y vida Misioneras. Recordemos que el *fin específico de la Iglesia en cuanto Misionera es «encarnarse» en los pueblos*, es ejercitar su poder maternal para con las Naciones, lo mismo que lo hace en cada individuo en la vida sacramental, etc... Esta nueva generación dolorosa de la Iglesia es indiscutiblemente una obra de amor materno a todos los pueblos sin excepción.

Por lo mismo, la cualidad específica de la Vocación y vida Misioneras ha de ser: una paternidad fecunda en unión con la Madre Iglesia, que para dar la nueva vida a los pueblos, se adapta a ellos y muere para sí y sus conveniencias. En esta fórmula se encierra lo distintivo del Misionero, y a producir este tipo de Misionero se ordenan todas las demás cualidades comunes o particulares de que hemos hablado hasta ahora. «*Sólo los Místicos prácticos pueden cambiar el mundo e implantar la Iglesia como Obra de Amòr y de Salvación*», así decía el P. Pouget, C. M. en el diálogo con Bergson (16).

De esta Caridad paternal fecunda se desprende con sobrenatural espontaneidad el sacrificio de sí mismo (a semejanza de Cristo en la Cruz), en la medida que sea necesario o conveniente para dar esta nueva vida a los pueblos. No hace falta bajar al detalle, ya que una lógica divina lo saca suavemente a la práctica.

Como una modalidad, y principalísima de esta paternidad y de este sacrificio considero la cualidad misionera por antonomasia: *La adaptación* a todo lo de los pueblos que se misionan, en lo que no sea pecado «per omnia pro similitudine absque peccato» (17) como Jesucristo. No superioridad de hombre blanco, que tanto ha retardado el momento de la conversión de los pueblos. Aparte de que ésta superioridad podría deslumbrar hace 40 años; desde unos años, el mundo se ha hecho justamente anticolonialista, y el europeo ha de cambiar psicológicamente y prácticamente si quiere seguir trabajando en armonía con todos los pueblos. Hace falta una solidaridad de caridad, como la pregonó Benedicto XV en su Encíclica Maximum illud frente al nacionalismo reinante. Sobre esto dijo el P. Lebbe su palabra que entonces sonó «*como estridente canto de chicharra*», pero la Iglesia y el tiempo le han dado la razón. Un examen a fondo sobre las Misiones en China nos darían buenas lecciones (18).

---

(14) «Vocations Sacerdotales et Religieuses», enero 1955.
(15) Abril, 1955, págs. 86 a 94.
(16) J. Chevalier: Bergson et le Père Pouget. París, Plon, 1954, pág. 27.
(17) Epist. a los Hebreos, 4, 15.
(18) Véase sobre esta cuestión P. Silvestro Volta, obra c. pág. 43 y Mons. Ancel. Vocation Religieuse et Vocation au Mariage. París, págs. 11 a 15.

Sobre los tipos psicológicos en orden al examen y seguimiento de la Vocación, no diremos sino esta advertencia, que es muy de tener en cuenta para la interpretación del Baremo. No reacciona lo mismo al llamamiento de Dios el niño o el joven de tipo armónico que el «desarmonizado» y «discontinuo». Ni sirve para la misma función el «endógeno» que el «extravertido», ni tiene la misma facilidad el llamado «recalcitrante» o «voluntarioso» que el «impulsivo». Todo esto nos dirá la Psicología aplicada a la Vocación (19).

En la Vocación, como en todo lo humano, se entrecruzan la Psicología y la Teología, hecho que se ha de tener en cuenta para discriminar la Vocación y su historia en cada persona. «Así, el sentido de Dios y el de la limitación humana marchan juntos en el nacimiento y maduración de las Vocaciones. Pero como no somos ángeles es preciso tener en cuenta la orientación espiritual profunda y el plan psíquico y simplemente humano de estas cualidades que estudiamos.»

No hay que exagerar, por el contrario, el papel del psicólogo o del psicoanálisis, como es moda hoy, calificada por persona bien documentada, como «estúpida, primaria, malhechora y frecuentemente mórbida» (20). No le podemos pedir al «test», ni al especialista que determine la Vocación, ni que llegue al centro íntimo de la persona y sus procesos sobrenaturales. Llegará a darnos los materiales de un temperamento, los rasgos de un carácter, las consecuencias visibles de una herencia, etc.

Hay que dejar a Dios y a sus ministros, los Sacerdotes, los Superiores y el Prelado que juzguen, aprueben y formen con el auxilio de la Gracia esa vocación. Era esta la última parte de definición provisional de Vocación Misionera, que no podemos nunca olvidar ni en la teoría ni en la práctica. «No creo que la naturaleza humana sea muy reformable —afirmaba Bergson—, pues a medida que avanzo en la vida, llego a un pesimismo sobre la humanidad cuyo fondo es interés, vanidad, envidia que engendra los odios y las guerras; pero esta humanidad ha sido doblegada por el Cristianismo y él solamente la puede salvar y reformar deteniendo la obra destructiva del mal» (21). Sin ser tan pesimistas como este filósofo, es justo que reconozcamos paladinamente este influjo decisivo del Cristianismo en todo.

Ya hemos puesto el marco sencillo y el soporte más firme para el cuadro de las Vocaciones Misioneras en sus cualidades positivas. Ahora oigamos con sumo respeto primeramente las respuestas a las encuestas, que hemos ordenado, en cuanto ha sido posible, según el cuadro-baremo anterior y distribuído en forma sintética (con la ayuda de los entusiastas estudiosos de Misiones, mis queridos Hermanos Teólogos Paúles, que entre las rocas de Cuenca, se dedican a estas cosas tan importantes).

Del conjunto de ellas se forma un juicio práctico, sólido sobre lo que más ayuda o perjudica en la Obra sagrada de las Misiones.

Examinadas las respuestas que llegaron a tiempo, podemos hacer este resumen de cualidades positivas «que dan más eficacia en su labor misionera». En este aspecto lo considera preferentemente la lección tercera; si bien, la mente de los que responden a las encuestas, se nota en muchos casos que miran también a la santificación del Misionero o de la Misionera, en el ejercicio de la vocación misionera, cosa que no se consigue sólo con el acto heroico de la entrega a la Obra primera de la Iglesia.

La salud: En general la piden buena; alguno con el detalle curioso de «buen estómago»; pero bastantes afirman que no es esencial al Misionero, porque, enfermo, sirve de admiración y acicate. «Hasta los enfermos no graves crónicos sirven para el apostolado misionero, dada la multitud de ministerios que se da en el campo misional.» Lo cual viene a confirmar la doctrina hoy corriente que hemos expuesto en esta lección.

---

(19) Cf. Pelletier, l. c. págs. 34 y ss.
(20) Fray A. Plé, O. P. Discernement... pág. 117.
(21) En J. Chevalier. Bergson et le Père Pouget, pág. 29.

Del temperamento, la mayoría de los que responden desean para el Misionero lo que llamaban los antiguos «el equilibrio de humores», o como dicen hoy, «temperamento armónico». Destacan varios, la alegría y el optimismo a toda prueba, y la sana alegría, fruto de una salud moral fuerte. Otros piden el llamado temperamento sanguíneo, que con el nervioso, dicen es el más activo. Hay uno que dice «Supuesta la virtud, todo temperamento es bueno pero el ecuánime tiene mucho terreno andado». Cierto que la sólida virtud puede dominar «políticamente» el temperamento, pero no es lo mismo tener en suerte un natural que otro. Otra respuesta encierra el ideal de temperamento y carácter misionero en esta frase: «Labiis lenem insidentem risum», o sea, la simpatía sabia que es el fruto del amor verdadero.

Entendimiento. Como norma general, exigen al Misionero una cultura superior al pueblo misionado, sin creerse por eso superior a él. También es común pedir el conocimiento lo más perfecto posible de la lengua del país. Acertadamente se pide al candidato conocer bien el derecho misional, historia y geografía del pueblo con su etnografía.

En el orden de inteligencia práctica, es muy conveniente el espíritu de observación «continua», y cierta aptitud para las ciencias aplicadas; y en las Misioneras, las ciencias sanitarias y educativas.

Voluntad-carácter: Las cualidades volitivas, que más se repiten en las encuestas son: «ser fiel al ideal misionero», emprendedor y paciente. «Muchas toneladas de paciencia y más de buen humor», dice con gracia un P. de la misión de Cuttack.

Adaptación y sociabilidad, juntamente con un carácter abierto e interés por todo lo del país misionado visto con anchura de inteligencia y corazón, constituyen según los Misioneros, Superiores y súbditos, el carácter del Misionero o Misionera, si quiere ser bien visto y trabajar útilmente. Hay una respuesta que causa un poco de extrañeza: «Aparecer como superior, pues como tal es tenido por los nativos.» No es fácil compaginar esto con el espíritu evangélico; mas para dulcificar la expresión se añade, «siendo respetuoso con sus costumbres y usos». Tal vez no sea suficiente esto.

Vida Teológica: «Gran Caridad», «Caridad hasta el sacrificio», «Caridad en todos los aspectos». «Amor a Xto. y a sus almas.» «Caridad y unión con Dios», «Caridad como divisa», «desprendimiento de sí mismo, de su familia y de su patria como fruto del amor a Dios y al prójimo» son las frases que más he visto repetidas, con grande satisfacción, pues veo en ello que la virtud característica del Misionero, es lo que decimos *Caridad paternal.*

La *Fe* iluminada, intrépida y firme es también virtud primaria misionera.

Virtudes morales: En el amplio catálogo de aptitudes en este campo se lleva el 92 por ciento de las respuestas la *amabilidad afable y paciente y comprensiva* con todas las miserias de los misionandos. Se requiere también la pobreza auténtica vivida, como ejemplo evangélico. Y como virtudes de comunidad y trabajo en equipo, bajo Superiores, *la obediencia humilde...*

Vida interior: Es consolador leer el 96 por ciento de las respuestas, abogando por la vida de oración como elemento sustancial del Misionero. «Oración, oración, oración y siempre oración» repite significativamente un consultado de autoridad. Vida interior, intensa, continua, que defienda de los peligros continuos, que *«anime la vida apostólica»*, es el gran medio por el que claman los Misioneros ya en acción. No se dejan llevar de la superficialidad y agitación que domina a veces el apostolado de aquí.

Este es el resumen somero de las respuestas, que han llegado a nuestras manos. Expuestas en un cuadro sinóptico y completadas por las últimas respuestas formarían el programa práctico de las aptitudes del Misionero activo.

Hemos reforzado estas respuestas de personas que actualmente están entregadas a la causa misional en primera o segunda línea, con unas experiencias muy autorizadas de tres grandes Misioneros, experiencias en sí mismos, y su autorizada opinión sobre las cualidades que más aprovechan para trabajar en Misiones. El Santo Misionero navarro Francisco Javier, presentado por otro Santo

devotísimo de las Misiones entre infieles, San Vicente de Paúl. El Beato Justino de Jacobis, C. M. heroico y sabio Misionero de Abisinia, admirado por el Cardenal Masaia, y el Misionero que rompe moldes viejos y abre camino a un método interesantísimo, el P. Lebbe, muy discutido si queréis, pero cuyas ideas centrales no son discutibles.

Epílogo: Cerramos esta sencilla lección con estas frases de Santo Tomás: «Dios nunca abandonará a su Iglesia, sin ministros suficientes para las necesidades de los pueblos, si son promovidos los dignos y rechazados los indignos» (22).

CUALIDADES DEL MISIONERO SEGUN SAN FRANCISCO JAVIER

I. — APTITUDES NATURALES

A) Salud

Las cualidades corporales son, indudablemente, parte integrante de un Misionero apto e idóneo Y Javier, que sabe mucho de experiencias misioneras en todos los terrenos, señala con acierto universal las diversas cualidades físicas que deben adornar al Apóstol de todos los tiempos.

1. El Misionero ha de ser hombre capaz de sobrellevar toda clase de trabajos: «digo que sean para muchos trabajos corporales, porque estas partes son muy trabajosas» * (L. pág. 27.)

Y da la razón: escaso y deficiente alimento, «son los mantenimientos corporales pocos»; son las fatigas ministeriales incontables; han de «verse en continuos peligros de muerte». Por tanto, «han de ser sanos y no enfermos». (L. pág. 27.)

2. Exige en el Apóstol «grandes disposiciones y recias complexiones», para soportar los climas más opuestos: las tibias costas de la India, como las heladas regiones del Japón. «Naturalezas preparadas para los grandes fríos.» (L. pág. 28.)

3. Prefiere para las Misiones aquellos «que son criados en fríos y trabajos» como los mejor dispuestos físicamente para el Apostolado en tierras de Oriente. (L. pág. 28.)

4) Negativamente, excluye del campo misional a los enfermos: «no sean dolientes». (L. pág. 28.)

5. En cuanto a la edad, la norma de Javier es clara: ni viejos ni jóvenes, sino hombres hechos y maduros. «Porque no es para viejos, por cuanto carecen de las fuerzas corporales, ni para mozos, porque carecen de la experiencia, dado que tengan fuerzas corporales.» (L. pág. 29.)

B) Entendimiento

1. Diversas cualidades intelectuales según las distintas culturas. (L. 30.)
2. Mayor preparación en ambientes civilizados que en islas salvajes. (L. 30.)

a) ... «para andar entre infieles no tienen necesidad de letras» (L. 30.)

b) Pero sí «mucha virtud que les acompañe». (L. pág. 30.)

c) No exige al Misionero gran preparación científica como vemos en países de bajo nivel cultural: «que envíen a Coimbra (para marchar de allí a las Indias) los que allí no tienen talento o letras para predicar». (L. pág. 30.)

d) Los predicadores sean «hombres de gran vida, aunque no tengan muchas letras, porque en estas partes poco miran a las letras y mucho a la vida». (L. pág. 31.)

e) Pero en países de avanzada cultura es necesaria una preparación competente: «y os ayudaría mucho estar bien ejercitados en artes y sofisterías para confundir a los bonzos y cogerlos en contradicción». (L. pág. 31.)

Y afirmando lo mismo: «y las personas que a estas partes han de venir es necesario... que tengan letras, así para predicar, como para confesar y responder en Japón y en China a las muchas preguntas, que los pobres gentiles les harán, que nunca acaban de preguntar» **. (Mor. 71-6.)

f) *Alaba el aprendizaje de la lengua indígena:* «... el cual sabe hablar y escribir malabar, que hace más fruto que otros dos, por saber la lengua, al cual los cristianos de la tierra aman cosa de espanto, y le dan grande crédito por las predicaciones y pláticas que en su lengua les hace». (Mor. 41-12.)

---

(22) Suplemento S. Th. q. 36 a 4. ad 1.

* La Vocación Misionera, según las cartas de San Francisco Javier (citamos de esta obrita y ponemos L. *Martín Larrayoz*, su autor).

** *Moreno*, Cartas y avisos espirituales de San Francisco Javier. Cádiz, 1944.

Y lo mismo: «si vinieren algunos extranjeros que no saben hablar portugués, es necesario que aprendan a hablarlo, porque de otra manera no podrán encontrar quién les entienda». (Mor. 28-3.)

g) Vislumbra el Santo el gran papel de los Misioneros educadores: «Esta cuenta os doy para que desde ahí proveáis quién se ocupe acá en sólo enseñar gramática, que tendrá mucha ocupación.» (Mor. 11-5.)

C) Temperamento-Caracter

Se nota a través de todos los avisos del Santo cómo recomienda:

1. *La afabilidad:* «Trataréis a todos con un rostro alegre, no pesado ni ceñudo, porque si os vieren ceñudo y triste, muchos por miedo se dejarán de aprovechar de éstos; por tanto, sed afable y benigno.» (Mor. 92-21.)

2. *El hacerse amar:* «Mucho os vuelvo a encomendar que trabajéis por haceros amar por dondequiera que anduviereis o estuviereis, haciendo a todos buenas obras, y usando palabras de amor siempre; porque así haceis mucho más fruto en las almas.» (Mor. 91-22.)

3. *La hermandad:* «Ruégoos mucho que entre vosotros —los Misioneros— haya un verdadero amor, no dejando nacer amarguras de ánimo. Convertid parte de los deseos de padecer por Cristo... venciendo en vosotros todas las repugnancias que no dejen crecer este amor.» (Mor. 55-60.)

4. *Entrega desinteresada:* «Habeos con ellos (los indios de la Pesquería) como buen Padre con malos hijos, y no os canséis ni desistáis del bien que les hacéis por más males que en ellos veáis, pues el Señor Dios a quien ellos y nosotros ofendemos, no cesa de hacernos a todos merced y beneficios; y pudiéndolos matar no los mata, ni los deja desamparados de lo necesario.» (Mor. 21-1.)

5. *Ser juiciosos y prudentes:* «Los que han de andar entre infieles... sean de buenos juicios.» (Mor. 41-3.)

«En vuestras predicaciones tened cuidado de que nunca prediquéis cosas dudosas o dificultades de doctores, sino cosas muy claras y doctrina de moral.» (Mor. 92-9.)

«Toda vuestra conversación será de cosas de Dios... porque si vosotros no hablareis con ellos, de otras cosas, ellos tampoco hablarán con vosotros de ellas, u os dejarán y no os ocuparán el tiempo que habéis menester para las de vuestro oficio.» (Mor. 91-19.)

6. *Decisión al estilo de Javier:* «Domine, ecce adsum, quid me vis facere?: Mitte me quo vis et si expedit, etiam ad indos.» (L. pág. 16.)

7. Que el Misionero sea hombre de *gran ánimo y osadía:* «Dios Nuestro Señor, conociendo El claramente nuestra indignidad para ser instrumentos suyos, quiso darnos osadía, para no temer manifestar su santo nombre en tierra ajena y a rey extraño.» (Mor. 73-4.)

«Mostrad muy grande ánimo contra el enemigo.» (Mor. 55-7.)

8. *Carácter inflexible y duro:* «Con esa gente haced siempre cuanto pudiereis para llevarla siempre con mucha paciencia; y cuando no quisieren por las buenas, usad de la obra de misericordia que dice: «Castigarás a quien ha menester de castigo.» (Mor. 17-3.)

9. *Adaptación:* según los diversos estados de los misionados: «Cuando hubiereis de negociar cosas espirituales con alguna persona particular, y platicar de cosas de Dios y de su alma, tened esta prudencia en hablar, que veáis si la tal persona está atenta, distraída, o es con propósitos contrarios a su salvación.» (Mor. 92-31.)

II. — APTITUDES SOBRENATURALES

A) Virtudes teologales

1. *Caridad y amor de Dios:*

a) Toda la vida del Misionero en la mente de San Francisco Javier debe estar impregnada del amor de Dios: «Pues vivir sin gustar a Dios no es vida, sino continua muerte.» (Mor. 55-26.)

b) Recomienda caridad con sus hermanos de apostolado: «Encomiéndoos mucho la caridad y amistad y amor con todos los hermanos..., de manera que ellos conozcan en vosotros que los amáis, y el poco amador de discordias vea la caridad que entre vosotros hay con todos.» (Mor. 48-7.)

c) El amor sobrenaturaliza todo: «Y porque sé cuánto ayuda ésto, el hacerse las cosas con caridad y amor, os recomiendo que guardéis muy bien este aviso.» (Mor. 68-7.)

d) Javier sólo obra por amor: «Por sólo su amor vinimos a estas partes, como El bien lo sabe, pues le son manifiestos todos nuestros corazones e intenciones y pobres deseos, que son de librar las almas que hace más de 1500 años que están bajo el cautiverio de Lucifer.» (Mor. 55-52.)

2. *Esperanza y confianza en Dios:* Toda la esperanza del Apóstol estriba en su confianza en Dios:

a) Porque es el remedio contra todos sus enemigos: «Hombres tales, viéndose en tribulaciones tales que jamás se vieron, ni el demonio, ni las tempestades, ni las gentes malas, ni otra criatura las puede empecer, por la confianza que en Dios tienen.» (Mor. 55-22.)

b) Por el abandono en que se han de encontrar debe ser la única: «Esta tierra es toda de idólatras y enemigos de Cristo y no tenemos en quien confiar ni esperar sino en Dios.» (Mor. 55-42.)

c) Porque aleja del Misionero todo temor: «No hay cosas que tema, confiando en El, sino solamente en ofenderle.» (Mor. 55-23.)

d) Porque sostiene al Apóstol frente a los deberes más duros: «...Mas una sola cosa nos da ánimos y fuerzas, y es que el mismo Señor se ha dignado poner en nosotros la mucha confianza que tenemos.» (Mor. 73-3.)

e) Porque esta confianza filial en Dios Padre es fuente de mucha «consolación interior».

f) Debe ser absoluta y sobre todo apego terreno: «Mucha diferencia hay del que confía en Dios tomando todo lo necesario, al que confía en Dios sin tener ninguna cosa, privándose de lo necesario pudiéndolo tener por más imitar a Cristo.» (Mor. 51-14.)

g) Podemos cerrar este importante tema de la doctrina de San Francisco Javier con estas palabras: «En tierras de infieles las criaturas nos fuerzan y ayudan a no descuidar de poner toda nuestra fe, esperanza y confianza en su divina bondad.» (Mor. 55-42.)

B) Virtudes morales

1. *Castidad:*

a) Exige el apostolado en el Misionero una preparación suficiente y completa: «A falta de no ser muy ejercitados los que para acá mandasteis los despedí.» (L. pág. 32.)

b) Virtud «muy probada» en el futuro Apóstol, pues se ha de encontrar con una vida de cruda realidad de carne y paganismo. (L. pág. 31.)

c) La posesión de esta virtud en el Apóstol debe ser en alto grado.

«Es necesaria mucha castidad, por las muchas ocasiones que hay de pecar.» (L. 33.)

d) Es necesaria en todos los climas, helados y cálidos, porque «los peligros de caer en flaqueza eran muy grandes». (L. 33.)

e) La edad madura la más apropiada.

2. *La humildad:*

a) Necesaria en la formación del Misionero: «Disponéos a buscar mucha humildad interior de la cual tendréis mayor necesidad de lo que pensáis.» (L. 33.)

b) Es imprescindible en el futuro Misionero: «Que muchos se perdieron por mengua de humildad.» (Mor. 97-8.)

c) Es el medio por excelencia para hacer fruto en la predicación: «No dudéis que cuando deis a ver vuestra humildad y le fuere manifiesta a la gente, todo lo que pidiereis para el servicio de Dios y la salvación de las almas os será otorgado.» (Mor. 75-4.)

d) La desconfianza en el propio poder, saber u opinión apareja «para todas las grandes adversidades, así espirituales, como corporales que puedan venir, pues Dios levanta y esfuerza a los humildes». (Mor. 55-22.)

f) Sólo el Apóstol fundado en ella vence al mundo: «...Juzgad, el peligro que correréis cuando os manifestéis al mundo, el cual todo está fundado en maldad, cómo lo resistiréis si no os hiciéreis muy humildes.» (Mor. 55-29.)

3. *La paciencia:* «Sabed sobrellevar sus flaquezas con mucha paciencia, teniendo en cuenta que aunque ahora no sean tan buenos como vos deseáis, en algún tiempo lo serán, y si no consegís de ellos todo lo que queréis, contentaos con conseguir lo que podáis, que así hago yo.» (Mor. 21-1.)

4. *Mortificación:* Corre parejas con la humildad en el sentir de Javier.

a) Aquellos que «tuvieren mucha humildad y mortificación pueden hacer mucho servicio a Dios Nuestro Señor en la conversión de los infieles.» (L. 33.)

Funda en ella el fruto de un Misionero: «Porque de personas sin experiencia de persecuciones, no se puede confiar cosa grande.» (Mor. 71-10.)

b) En el ejercicio de un buen Apostolado «requiere muchos años de mortificación y de experiencia». (L. 34.)

c) El hombre que mortifica sus desordenadas pasiones, es el único preparado para curar las del prójimo:..., «los que en sí sienten mucho sus pasiones y con diligencia las curan bien, sentirán las de sus prójimos curándolas con caridad». (Mor. 55-37.)

d) Requiere hombres bien preparados: «Sobre todo, os ruego, que mandéis personas probadas en el mundo, que hayan pasado persecuciones en él... con victoria, porque de personas sin experiencia...»

5. *Obediencia:*

a) La exige la formación del Misionero: «Cada uno trabaje mucho por aprovechar a sí mismo primero donde por obediencia se halla, confiando que cuando fuere tiempo, que os mande por obediencia a las partes donde El más fuere servido.» (Mor. 55-28.)

b) La conducta tajante de Javier implica la posesión íntegra de esta virtud: «Y si alguno no obedeciere lo despidáis luego.» (L. 34.)

c) Es para él la obediencia exponente y síntesis de las demás virtudes. (L. 34.)

d) Aleja de la Misión a los desobedientes «aunque tengan muy buenas partes y cualidades». (Mor. 70-4.)

e) Recogiendo todo el acervo de virtudes de un Misionero lo resumimos en estas palabras de Javier: «Para los que han de andar entre infieles convirtiéndoles, son necesarias muchas virtudes: obediencia, humildad, perseverancia, paciencia, amor del prójimo y mucha castidad.» (L. 32.)

C) Vida interior

1. Va implícita en esta frase rotunda: «Más vale que sean pocos y virtuosos que muchos e inútiles.» (L. pág. 26.)
2. La exige el Santo para vencer todas las pruebas: «Cuando un hombre carece de ejercitarse, meditar, contemplar mentalmente, rezar, y lo que es más, no tomar al Señor, ni decir Misa... creed que han de ser bien probados.» (Mor. 64-5.)
3. En los momentos de indecisión enseña el Santo acudir confiadamente a la oración como el mejor medio para acertar con la voluntad divina. (Mor. 28-1.)
4. Una intensa vida interior siempre se trasluce al exterior en buenos frutos: «Porque los buenos entre los malos con su vida y obras siempre predican más que los que predican en los púlpitos, pues más es obrar que hablar.» (Mor. 57-2.)
5. «Sobre todo vivid teniendo más cuenta con vuestra conciencia que con las ajenas, porque quien para sí no es bueno, ¿cómo lo será para los demás?» (Mor. 92-8.)
6. Recomienda la oración asidua: «Todos los dias meditaréis una hora la vida de Cristo Nuestro Señor.» (Mor. 93-2.)
7. La robustez de la vida interior superará hasta la misma muerte: «Y por esta causa y razón han de participar de fuerzas espirituales.» (Mor. 25-2.)

CUALIDADES DEL MISIONERO SEGUN SAN VICENTE DE PAUL

A) Naturales

1. *Salud:* «El uno se excusa por falta de salud» afirma el S. al elegir un sujeto entre los sacerdotes de las conferencias (Herrera-Pardo. Vida de S. V. P. B. A. C. pág. 883). Sin embargo uno de los mejores Misioneros de Berbería, el P. Juan Le Vacher, tenía ulceradas las piernas (pág. 210).

2. *Entendimiento:* Se reduce a trazar el modo le la *enseñanza*. Camina sobre su experiencia «con un joven de ese país (Madagascar)» (pág. 887). Esta ha de ser con «estampas»; así se les graba mejor la doctrina. Los «razonamientos tomados de la naturaleza... descubrirles las huellas que la corrupción de la naturaleza... había borrado. Con la meditación pueden ellos acomodar las luces que Dios les dé» (pág. 886), pues «el mejor libro será la oración» (pág. 887). Se les ha de explicar «las debilidades de la naturaleza por los desórdenes que ellos condenan abandonándose al espíritu de Dios que habla en esas ocasiones» (pág. 887).

3. *Carácter-Voluntad:* Han de ser «decididos» (pág. 881) y de «celo intrépido y audaz» como el P. J. Le Vacher (pág. 211). Por eso no eligió a ninguno de los sacerdotes de las conferencias que se le excusaron «por su condición» o por «el estado de sus negocios» (pág. 883).

La *sencillez* en todo: San Vicente no cree que «si el Obispo no anda *in magnis*... le tendrán en menos, no tendrá la autoridad que pretende su Santidad», pues a seguido responde: «supla con la virtud esa falta de boato» (pág. 884).

El Misionero ha de ser *hostia* (pág. 885).

En los continuos elogios que va haciendo de sus Misioneros de Madagascar y Berbería deja ver las cualidades del Misionero:

a) «Palabras llenas de *dulzura*, la *afabilidad* (Cf. pág. 886 y 888), de las maneras, el interés que se tomaba por ellos» afirma del P. Guerín (pág. 208) y del joven Noel su «heroica *bondad*» (pág. 213).

b) «*Discreción* en el celo» aconseja al P. F. Le Vacher a quien el Santo calificó de «hombre de fuego y *trabajador* perpetuo», digno hermano del V. mártir Juan Le Vacher (págs. 214-15).

c) En toda una larga carta habla San Vicente al P. Felipe Le Vacher de la «*moderación* en los trabajos» y «suavidad en los medios» y de que «la *demasiada prisa* echa a perder las buenas obras». Es doctrina netamente vicenciana; el hacer las cosas «buena y sencillamente» llevado a Misiones» (pág. 214).

«La mayor de las calamidades es no tener *compañeros*» dice el P. Bourdaise a San Vicente (pág. 222). «Tal vez tengan que separarse, *deberán* verse lo más frecuentemente posible para consolarse y animarse mutuamente» escribe San Vicente acerca de la vida de *comunidad* a sus hijos de Madagascar (pág. 885).

B) Sobrenaturales

1. *Virtudes teologales.* El Misionero «necesita una *fe* tan grande como la de Abrahán y la *caridad* de un San Pablo» dice al P. Nacquart (pág. 885) y contempla estas virtudes en sus hijos Misioneros: «La caridad con los demás» del P. Guerin (págs. 208-9). La vida apostólica debe ser un «martirio por amor de Dios».

«*El celo* no es bueno sino en cuanto que es discreto», escribe al P. F. Le Vacher (pág. 214).

2. *Morales.* Cree S. V. que «hay peligro de ambicionar las prelacías», pero la *humildad apostólica* hará desaparecer este peligro (págs. 884-5). «*Humilde*, caritativo, afable, celoso» (pág. 888).

La *prudencia* les hará volver con suavidad las cosas a su punto; esto dice de la liturgia, pero puede ser ampliado (pág. 885).

Pureza. Señala una pésima costumbre de los maridos indígenas (es llevar sus propias mujeres a los europeos para tener hijos de ellos). «La gracia infalible de su vocación le librará de estos peligros» es el remedio que dicta.

Ve estas cualidades en el P. Guerin. Así le llama «alma pura, despegada del mundo, y entregada al servicio de Dios y del prójimo (pág. 210) y del P. Gondrée: «Humilde, virtuoso, cordial, lleno de celo» (pág. 220).

3. *Vida interior.* Dice del P. Lamberto Aux Conteaux que es Santo: es el elegido para Persia (pág. 882).

N. B. *Enjuiciamiento:* La acción de los Misioneros de Argel y Túnez sobre todo se caracteriza por el *ejercicio de la caridad* con los esclavos y apestados, la intensificación de la *vida cristiana* en los baños y el interés por los *sacerdotes cautivos* de los que hicieron sus cooperadores.

COMO VE SAN VICENTE LAS CUALIDADES DEL MISIONERO EN SAN FRANCISCO JAVIER

I

San Vicente ve en San Francisco Javier al *modelo del Misionero:* por eso envía a sus Misioneros de Madagascar —al P. Nacquart— la vida y cartas de San Francisco (S. V. P. III, c. 1020, p. 284; Saint Vincent de Paul, Edición Coste. París, a 23-25). *XIV volúmenes* de cartas, conferencias y documentos). Y el P. Etienne cifra toda su gloria en que el que ha sido elegido para una tan alta empresa sea otro S. Francisco Javier y que tenga la dicha de imitar su conducta (VIII, c. 3216, pág. 467). Así este Misionero se siente movido a imitar la «sencillez de los que han escrito lo que Dios ha hecho en ellos y por ellos... como noto lo ha hecho el gran S. Francisco Javier en sus admirables epístolas, reconociendo que estoy obligado a caminar sobre sus pasos, por considerar que él ha sido mi predecesor, pues tenía un extremado deseo de venir a esta isla» (III, c. 1179, pág. 546). Estos Misioneros hacen en común la lectura en las cartas de San Francisco tomando nota de lo que pudieran ellos poner en práctica (L. cit. pág. 551) pues confiesan que obran así durante la navegación «para tratar de moldearse conforme a él, habiéndole recibido de V. por patrón y modelo». (VIII c. 3296, pág. 485). El Padre Etienne le llama dos veces «Apóstol de nuestro siglo» (VIII, l. c. págs. 481 y 507).

En qué le podrán imitar. ¿Cuáles son esas cualidades que le hacen su modelo y patrón?

II

A) Cualidades naturales

1. *Entendimiento.* El P. Nicolás Etienne confiesa que la lengua es «especial y bastante difícil», por eso recomienda que aprendan los Misioneros el portugués, pues tam-

bién lo hablan los negros y es lo que «el gran San Francisco Javier recomendaba mucho en sus cartas», (VIII, c. 3296, págs. 560-7).

Para los hijos de San Vicente, como para San Francisco Javier, los doctores de las Universidades no hacen más que «perder el tiempo en las academias, mientras tantos pobres infieles petunt panem et non est qui frangat eis» (III, c. 1179, pág. 576), pues se necesitan muchos sacerdotes para instruir y conservar el fruto.

Cuando San Vicente le pidió al P. Nacquart las cualidades necesarias a los Misioneros que fueran destinados a Madagascar, le respondió: «diré solamente mi parecer, que son necesarias las cualidades que requería San Francisco Javier: personas que brillen más en virtud que en ciencia. La *ciencia necesaria* es la que Dios da a los santos» (III, l. c. pág. 586). Señalan una excepción: Si han de tener cuidado de los franceses pues entonces el Misionero debe ser «potens in opere et in sermone» para desarraigar los vicios (l. pág. 587).

2. *Carácter-voluntad. Adaptación:* «El gran Apóstol de nuestro siglo San Francisco Javier me ha dejado un ejemplo apoyado en las palabras de San Pablo que se hacía todo a todos para ganar todos a Jesucristo; pues no pudiendo visitar a un rey japonés por estar (San Francisco) mal vestido y sin séquito, se vistió de los mejores vestidos del país y se hizo acompañar de los portugueses y por este medio habló con el rey, y convirtióle si no me engaño y obtuvo de él lo que quiso» (VIII, l. c. págs. 490-1), refiere el P. N. Etienne.

Al P. Nacquart le señala que «tenga cuidado no echar a perder los negocios de Dios», pues el llevarlos a cabo con excesiva precipitación causa eso. Que sepa: «dejar pasar el tiempo conveniente y saber esperar» (III, c. 1020, pág. 280). Además el Misionero ha de procurarse el apoyo de la autoridad pues a San Francisco Javier le «ha ayudado mucho» (III, c. 1179, pág. 582).

B) Sobrenaturales

1. *Virtudes teologales:* Durante su viaje eligieron algunos hospitales donde con permiso de los Padres de la caridad pudieron emplearse «a imitación de San Francisco Javier que nos habéis dado por modelo en nuestro viaje» (III, c. 1179, pág. 546). Sobre esta imitación volveremos a tratar en el epígrafe de virtudes morales. El alma ardiente del P. Etienne escribía al Santo Fundador: «No puedo menos de gritar contra esos doctores que tienen más capacidad que *caridad*, más ciencia que *conciencia*, el que dejan perder todos los días únicamente por su culpa tantas almas que se convertirían si ellos vinieran a socorrerlas» (VIII, c. 3296, pág. 481). El P. Nacquart dice que «San Francisco Javier ha hecho mucho por su virtud y su *celo*» (III, c. 1179, pág. 582).

2. *Virtudes Morales:* Dice San Vicente al P. Carlos Nacquart antes de partir para Madagascar: «Lo primero que tendrá V. que hacer es *lo que hizo* el gran San Francisco Javier, a saber: servir y edificar a los que vayan en las naves que le conduzcan; organizar en los barcos, si se puede, rezos en común; tener mucho cuidado de los indispuestos y molestarse siempre para que los demás no sufran; contribuir a *hacer feliz* la travesía que dura cuatro o cinco meses, ya con sus oraciones, ya también con la práctica de todas las virtudes, como lo harán los marineros con sus trabajos y su destreza; y con relación a esos señores mostrarles siempre gran respeto; siendo no obstante fiel a Dios sin descuidar nunca sus intereses, ni traicionar a su conciencia por ninguna consideración, sino teniendo gran cuidado de no echar a perder los negocios de Dios por llevarlos a cabo con excesiva precipitación; dejar pasar el tiempo conveniente y saber esperar. (III, c. 1020, pág. 280; Cf. Herrera-Pardo: S. V. P. pág. 886).

Además de la fe de Abrahán y caridad de San Pablo le dice al mismo Misionero: «El celo, la paciencia, la afabilidad, la pobreza, la solicitud, la prudencia, la integridad de costumbres y un gran deseo de consumirse enteramente por Dios le son tan necesarios como al Gran San Francisco Javier» (l. c. págs. 279 y 885).

3. *Vida interior:* En el barco hemos visto cómo se debían preocupar por avivar la vida cristiana de la tripulación. Afirman claramente, siguiendo en esto la visión javierina de San Vicente, el *predominio de la virtud* sobre todo: No solamente con sus palabras, sino con su ejemplo, el Misionero como San Francisco Javier puede hacer mucho por su virtud y celo. Al cual efecto ha contribuido el apoyo y distribución de las cosas necesarias por parte de la autoridad (III, c. 1179, pág. 582). Por esto requería San Francisco personas que brillasen *más en virtud* que en ciencia (III l. c. 586). Y es que para los hijos como para el Santo Fundador el «mejor libro es la oración» (Herrera-Pardo: Vida... pág. 887).

Y con mucha psicología señala San Francisco Javier un gran motivo de ser el Misionero hombre de vida interior: así lo escribe el P. Etienne a San Vicente: «Recuerdo que San Francisco Javier pedía personas de *virtud extraordinaria para esto* (para vivir solo)» (III, c. 1179, pág. 588; Cf. Herrera-Pardo, pág. 221).

CUALIDADES DEL BEATO JUSTINO DE JACOBIS, C. M.

Consúltese para conocer la íntima vivencia de la Vocación Misionera del Beato Justino de Jacobis la obra del P. José Herrera, C. M. *Hacia las Tierras del Negus* y el *Abuna Yacob*, que son la vida bellamente escrita del Beato.

Somaticas

Salud. — Ha de soportar en Abisinia los viajes a pie, el calor, el dormir «sobre una rubia piel de vaca». El P. De Jacobis no abandonó en Misiones la mortificación corporal: la disciplina y el cilicio.

Temperamento. — Su temperamento era afectuoso y férvido. Inquieto, vivaz y decidido, con bravura de caballero y ánimo sensible, aventurero ya desde pequeño. Su afecto le llevó a emplear la *vía del corazón* en el trato con los paganos.

Intelectuales

Entendimiento. — Durante su carrera habló mucho de su insuficiencia, por lo que temía no ser admitido a los santos votos y pidió le dejasen ser Hermano coadjutor. El confiesa que ha pasado su vida «en la lectura continua de todo género de libros». La facilidad con que aprendió *las lenguas* de Abisinia, compila y corrige el Diccionario de Lundorf, traduce el Catecismo de Belarmino, anota la versión etiópica del Formulario de la fe de Urbano VIII e informa a Roma sobre la liturgia etiópica demuestran su talento que sobrepasa la medianía.

Su oratoria es afectuosa (Conf. Panc, pág. 303). Se propuso imitar a San Agustín, Francisco de Sales y Bossuet «los controversistas más apropiados para convencer y convertir».

Opinión de los indígenas. — «Cuando nos encontramos en contacto con una raza inferior somos presa de un *sentimiento de superioridad* (Mons. Labrador) que lleva fatalmente hacia el desprecio del prójimo, y a maneras arrogantes y autoritarias.» El se hizo *siervo de los siervos* de los abisinios. Es la conclusión sacada de su cronista.

El procuró «una visión sobrenatural que vence las repugnancias y tolera la ingratitud». El abisinio que vive bajo dominación extranjera sólo conoce la fuerza bruta, no razona, desprecia al blanco; por eso la vía del corazón.

El P. De Jacobis dijo: «Con que sólo acceda el Sup. General (a su partida) Abisinia será mi *nueva y querida patria.*»

Método de apostolado. — Eramos tres padres (Sapeto, Montuori y Jacobis) y decidimos *separarnos*. Pero nos aconsejaron la *vida de comunidad:* «Conocéis el adagio: vae soli! Es necesario vivir en comunidad cuanto sea posible» y así procuró el B. en Guala. Antes de separarnos trazamos este programa:

El Misionero debe procurarse la ayuda de los blancos, sabios, exploradores, comerciantes, etc. Uno de ellos Schimper le fué providencial. Lo mismo con las autoridades que imponga la Nación protectora o imperial.

Su ejemplo de vida intachable era expiada por los monjes abisinios y por los sabios extranjeros protestantes.

Volitivas

Carácter-voluntad. — *La meditación le hizo reflexivo* que mesuraba su *vivacidad* temperamental. De pequeño le llamaban el viejecito por su amable seriedad. Conservó su *energía* desde pequeño. Creía en la voluntad: Se retrató cuando escribió: «No son los libros quienes forman a los santos, sino la *perseverancia* en el bien y nada más.»

Vivió de un *sobrenatural optimismo* «que es la enfermedad común de todas las almas que viven y se espacian en Dios (v. g. su viaje a Roma).

No rehusaba nada a nadie.

En los momentos de *desaliento* al sentir «quebrarse por su base todo su programa ensayaba el *tema mariano*, pues, «los infieles conocen más a María que a Jesús.

En su adaptación llegó a vestir, comer, viajar, dormir como los abisinios, e incluso se adaptó en los regalos al estilo abisinio y fué mal interpretado.

Virtudes teologales

La fe. — Presidía y dirigía toda su concepción del pagano «visión sobrenatural» y la *Caridad*, porque el hombre es imagen de Dios. En esto es hijo fiel de San Vicente. *Amor a sus compañeros* de apostolado por motivos sobrenaturales: Vocación, sacerdocio, ministerio. En sus cartas sólo hablaba bien de ellos. Amaba y se hacía amar: esto convirtió al Dr. Schimper.

Id. Morales: La condescendencia, la pureza que impedía entrar en su casa a las mujeres. Temió la responsabilidad de la Misión, pero luego reaccionó con su energía y *prudencia reflexiva*. En su vida privada era intachable; esto fué ocasión también de la conversión de sus dos grandes discípulos: Tecla-Haimanot y Beato Ghebra Miguel, C. M.

Pero sobre todo su *obediencia* y sumisión a los superiores, y su *humildad*. El encargo de fundar la Misión era personal; no lo aceptó hasta obtener licencia de los superiores. Procuró cumplir todas las órdenes del Sup. General, cuyas palabras aguardaba con ansiedad; no se desdeñaba servir a la mesa en Guala. Proyectaba el dogma del pecado original sobre los mismos abisinios para así ver cuántos males acarrea el pecado del orgullo, «el peor de los males». *Mortificación:* ofrecía la caballería a su acompañante, temía por su piel de vaca que usaba para dormir cuando iba de camino al pensar que Xto. murió sobre la Cruz desnuda. Soportó la mitad superior de su cuerpo hinchada y doliente y no se olvidó de su cilicio. Su vida es una delicada pureza, seria piedad y pronta obediencia.

Vida interior: Toda ella se orienta hacia la *Eucaristía* la *Pasión* y la *Virgen:* el pan, el libro y la madre: Amor a la Eucaristía: su Misa duraba una hora, en ella se transformaba. *Meditación* sobre la Pasión a que le acostumbró desde pequeño su madre y *cariño* para la Virgen de la Medalla Milagrosa. (Existe el documento por el que pidió al Papa Pío IX la definición y en él habla de la Milagrosa).

Ya desde sus primeros trabajos apostólicos supo armonizar la acción con la contemplación; llevaba a Dios y le era fácil comunicarle.

EL PADRE LEBBE, HOMBRE INTERIOR

Fe y renuncia: En los retiros sacerdotales que predicaba, pronunciaba un sermón vibrante sobre la fe donde comentaba el texto «Justus ex fide vivit».

Esta fe engendraba en él una confianza en la divina providencia sin límites y una seguridad absoluta en Dios que le ayudaría siempre.

Desde el punto de vista natural, reportamos muy pocos beneficios a los Chinos; pero desde el punto de vista de la fe les traemos a Cristo y su Gracia.

De este espíritu de fe se desprenden en su vida interior tres ideas que resumen todo el espíritu del P. Lebbe.

A) «Inmolacion total» (de sí).

a) *Teóricamente:* L'immolation total de soi sans sien se reserver, rien, rien, rien. Mourir totalement a soi *pour vivre le Christ*. Le chemin de la perfection —car il n'y est q'un— c'est le renoncement et l'amour.

En su monasterio de las Bienaventuranzas escribió: Ta-Tao-Wo! ¡Abajo mi yo!

b) *Prácticamente:* Se somete al reglamento de sus frailes: a los 50 años, acostumbrado a su aposento particular comienza a vivir en común.

El trabajo en el frío invierno: «Je me souviens que lorsqu'il venait a la mission, dans ma chambre chauffe, il me disait: «Ah la belle invention que les poêles».

Se impone el sacrificio de dejar de fumar. (Había adquirido el hábito en China como medio de penetración).

B) Amor verdadero (y sobrenatural a Dios y al prójimo).

Aimer ses frères vraiment, non pas seulement les aimer, mais les aimer *vraiment* c'est tout-à-fait autre chose... une chose que ne peut se faire qu'après la realisation energique de l'immolation total».

«On soigne les malades pour les guérir, si plus tard on les baptise tant mieux; mais on les soigne pour les guérir et non pour les baptiser.»

Había compuesto como San Pablo en primera Corintios 13, un canto a la caridad que ejecutaban sus monjes.

Respecto a los pobres: «Mettons nous en peau des braves gens.»

«Qu'apelle-t-on vraie charité? en toutes choses, en tout temps, *d'abord* les autres, et puis soi-mêmes.»

Para crear la atmósfera de caridad en el monasterio: *Colaboración* a una gran empresa: *salvar* a China del paganismo y hacer vivir a Cristo en China.

C) Alegria constante: «Etre toujours content, être toujours gai: non pas être simplement gai ou content, mais l'être toujours tous les jours, a toute heure du jour c'est l'atmosfere necessaire à la conservation de l'immolation total et du vrai amour jusqu'à la mort.»

La alegría producto de la pobreza: niega la sepultura a un monje que tenía dinero en su poder.

La alegría producto de la mortificación espiritual, corporal.

Humildad: Desde pequeño había recibido de su padre «el culto a la lealtad». Se llamó «Tché eng (sinceridad, verdad) (aunque luego cambió de nombre: Leyumin Yuan = «la chicharra que canta a lo lejos»).

«Lo que nos falta es la sinceridad con nosotros mismos que hace que trabajemos en todo nada más que para Dios sin buscarnos a nosotros mismos.» «La humildad es la verdad.»

Obediencia: Quiso ser misionero, se conforma con estudiar en Roma. Fué enviado al sur cuando en Tiensin había logrado muchos trabajos. Su intención, trabajar entre intelectuales, se le envía a Hojei tierra agrícola.

Celo: En una obra no temer jamás: faire gricer la machine. «Una vida sin dificultades ¿valdría la pena de ser vivida? En su testamento: «Un courage indomptable sans faiblesse» «por ayudar a la China yo aceptaría voluntariamente ser barrendero de sus calles».

D) «Forma adquirida (del misionero, P. Lébbe).

Entendimiento: Principio fundamental: Para convertir un alma no es suficiente saber que no es cristiana; hace falta sobre todo conocer sus aspiraciones y deseos; discernir lo que ellos buscan de legítimo y apoyarse en ello para conquistar el alma entera. («Les aspirations des étudiants chinois eu Europe» cit. por Levaux, pág. 152.)

Esta reforma o, si se quiere este método, tendría su espíritu. Se gloría de poseer resueltamente el espíritu de Xto. y de su Evangelio... Se vendría a este pueblo con amor, un amor que no ocultaría su rostro, un amor lleno de respeto. Este amor no sería difícil, pues los misioneros que aman la tarea de abrir el camino nuevo serían todos unos enamorados de la China. No les costaría por lo tanto despojarse del aparato exterior, el ceremonial y la apariencia de seres superiores, de engendros de una raza elegida, porque ellos tendrían como dogma la igualdad de razas. («Essai sans titre» págs. 59 y 61.)

Obediencia: a las direcciones de Roma (Propaganda Fide) cuidadosamente conocidas; conocimiento de metodologías misioneras antiguas: San Remigio, San Martín en Francia San Agustín en Inglaterra, San Bonifacio en Alemania. E incluso conocimiento de la literatura moderna sobre el país misionado. Bergson. «Hace falta pensar como hombre de acción y obrar como hombre de estudio.» (Levaux.)

Acomodación: El contaba como una ventaja suya sobre los otros misioneros «haber vivido mucho más que los otros misioneros mezclado con todas las clases de la sociedad pagana». (Levaux.)

Tradición de la Iglesia: «La vocación del P. Lébbe fué ser un instrumento de la providencia para acelerar una de las principales etapas de la fundación de la Iglesia en mi país.

Los puntos de vista del P. Lébbe no presentan nada extraordinario. Se limitan a concretizar el programa de los apóstoles y de los padres de la Iglesia en la evangelización de Europa, para aplicarlo a la China.

En la época de las misiones modernas se había creído oportuno emplear un método diferente que, según la palabra de Mons. Constantini «parecía más perfecto» pero que cada siglo los más clarividentes militantes del Evangelio se habían empeñado en corregir.

La Santa Sede había permanecido fiel al espíritu tradicional del antiguo método, y no cesaba de proponer y preparar la vuelta a él, en el momento mismo en que hacía falta defenedr la libertad apostólica contra los mil lazos tendidos por la política internacional europea.

En el círculo de su actividad el P. Lébbe fué un obrero de la libertad del catolicismo; para defender esta libertad él desplegó un ánimo heroico; tuvo la alegría de ver el comienzo de las realizaciones que sus antecesores no habían podido obtener. Este resultado fué en China una novedad totalmente extraordinaria.» (Celestino Lou. Hommage au Revedend Père Lébbe cit. por Levaux pág. 441.)

---

*Sobre el discutido e interesantísimo P. Lébbe léase con prudencia la obra de Jacques Leclercque *Vie du Père Lébbe 1955*, y la ya clásica de Sesaux. En la «Eglise Vivante», profunda revista misional, han aparecido diversos estudios de este misionero de China, que hoy está de actualidad palpitante.

VII

Defectos y fallos más notables del Misionero

P. Eliseo Quintana Robredo

Director Espiritual del Seminario de Misiones del IEME.

DATOS PREVIOS

A) Ningún problema más vital, cuando se trata de las misiones, que la vocación misionera. Un misionero santo y una misionera santa son la clave de las misiones. Estudiar la vocación en su origen, desarrollo y rendimiento, es trabajar en firme y laborar seriamente por las misiones.

B) En este trabajo nos concretamos a los fallos o defectos del misionero, tal como se presentan hoy en la vida práctica. Labor ciertamente ingrata, y a primera vista desalentadora y de aguafiestas; pero cuando se trata de orientar la vida práctica, hemos de tener la valentía y sinceridad de enfrentarnos aun con nuestros propios pecados.

C) Estudiaremos el problema únicamente a la luz de la encuesta; nada de diquisiciones teóricas o de estudio; ni siquiera echaremos mano de la historia o la experiencia; hablarán solamente las respuestas, dadas por todos aquellos que están interesados en el problema de la vocación.

D) Quienes opinan son principalmente: los Superiores Eclesiásticos de los misioneros, que tienen que gobernar a diario misioneros y misioneras, y llevar en su cabeza y corazón toda la vida de las misiones; los Superiores Regulares, que entienden de la vida interna y espíritu en las casas y súbditos, según los ideales de la vocación; los mismos misioneros y misioneras, que en su interior hacen la experiencia completa de la vida misionera; y hasta los mismos aspirantes, que se preparan en las casas de formación, según el espíritu de Dios se les manifiesta en su alma.

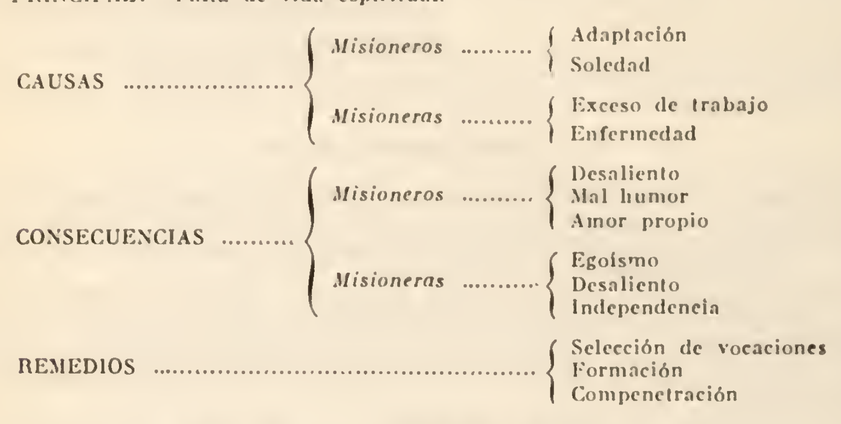
E) Para entender bien las respuestas hay que tener en cuenta el mundo interior del misionero, que se desenvuelve vitalmente en cuatro etapas principales. — 1. Formación: cuando el aspirante o la novicia captan ansiosamente ideales, y los viven fervorosamente; un poco ingenua e inocentemente, separados del mundo quizá en muchos casos demasiado a cal y canto; su juicio vale más como divino, testimonio de la gracia, que como humano. — 2. Adaptación: cuando el misionero o la misionera llegan a las misiones, luna de miel, y comienzan a abrir los ojos a la realidad de lo humano; como el adolescente que llega a la pubertad y se encuentra por primera vez consigo mismo y con la sociedad, experimentando una psicología totalmente nueva; en su testimonio puede haber la intuición genial de un alma virgen, pero no busquemos la experiencia de los años. — 3. Crisis: de esto solamente están enterados los que han pasado por ello; en la etapa última de adaptación sacuden al alma del misionero tres crisis muy fuertes —el naturalismo pagano que se enfrenta con lo sobrenatural cristiano—: la crisis de la fe, que creció con nosotros en posesión tranquila, y ahora se encuentra sin ambiente; la crisis de la castidad, cuando la fuerza vital presiona fuertemente desde fuera y desde dentro; y la crisis de la vocación, ¿no se tratará de idealismos o quijotismos ilusorios? ¡Uno ve tantas cosas en derredor! — 4. Estabilización: muy pocos en carrera decidida hacia la santidad, empujados por los trabajos y sufrimientos de la vida misionera; algunos fracasados y atollados en alguna de las crisis; bastantes

heridos en el ala siguen una vida vulgar; la mayoría llevan una vida digna, y encarnan el ideal que el pueblo cristiano tiene del misionero.

F) El trabajo consiste únicamente en resumir y coordenar las distintas respuestas; así los diversos pareceres se iluminan mutuamente y se depuran. Y lo que el trabajo pudiera perder en universalización y principios, lo ganará indudablemente en fuerza vital.

* * *

Los fallos principales del misionero y de la misionera, a la luz de la encuesta, podemos resumirlos en el siguiente esquema:


MAL PRINCIPAL: Falta de vida espiritual.

CAUSAS: *Misioneros*: Adaptación, Soledad. *Misioneras*: Exceso de trabajo, Enfermedad.

CONSECUENCIAS: *Misioneros*: Desaliento, Mal humor, Amor propio. *Misioneras*: Egoísmo, Desaliento, Independencia.

REMEDIOS: Selección de vocaciones, Formación, Compenetración.

MAL PRINCIPAL: Falta de vida espiritual

En algunas respuestas tal vez se trata de una visión demasiado simplista de las cosas; creyendo que en el apostolado todo es cuestión de vida interior, y que sea ésta la panacea universal que resuelva todos los problemas; la Iglesia no piensa así, y nunca ha creído que hay ecuación perfecta entre vida interior y apostolado; y ¿por qué esta falta de vida interior en hombres y mujeres que, por razón de su vocación, se entregaron tan perfectamente a Dios en los años de su formación? A cualquiera se le alcanza que, si entendiéramos con rigor las respuestas, se trataría de un problema delicadísimo. Con misioneros y misioneras anémicos, ¿a dónde vamos? ¿Si a las almas no les llevamos la vida interior, entonces qué les vamos a llevar? Con todo ahí están las respuestas, que acusan ciertamente un mal grave.

Para los misioneros hablan los Vicarios y Prefectos Apostólicos, los Superiores Regulares de las misiones, y los Superiores Generales de los Institutos misioneros. Para las misioneras las Superioras locales de las casas de misión, y los Vicarios y Prefectos Apostólicos:

MISIONEROS

VICARIOS, ETC. — ¿Qué puntos flacos se acusan más en el misionero? (I - C).

1. El punto flaco que más se acentúa en la vida del misionero es la debilidad de la vida espiritual. La falta de salud y los inconvenientes del carácter se suplen con facilidad, y la gracia hace fecunda la enfermedad, y diviniza el temple de la persona; pero la carencia de vida espiritual no se suple con nada (2).
2. El punto más flaco que se nota en el misionero, a mi juicio, es la falta de piedad y de sacrificio, o sea mortificación. Por ocuparse demasiado en la vida de acción, se descuida de la vida interior, base fundamental de las bendiciones del cielo sobre sus trabajos (3).
3. El que más resalta y perjudica al misionero y a su obra es la languidez de la vida espiritual. Si la sal perdiendo su virtud se vuelve insípida, ¿con qué se salará? (4).

4. Falta de vida espiritual, disciplina, abnegación (13).
5. La falta de espíritu sobrenatural es la que puede hacer flaquear la eficacia misionera (18).
6. La pregunta es muy general y muy difícil de responder. Quizá el misionero está dispuesto a flaquear más en la vida espiritual (19).
7. Los puntos flacos vienen del carácter y de la vida espiritual (22).

SUPERIORES REGULARES: ¿Cuáles son los mayores peligros para la virtud del misionero? (II - B).

1. El espíritu de independencia y consiguiente desunión con los demás; y descuido en la vida espiritual (3).

SUPERIORES GENERALES: ¿Cuáles son los tropiezos más frecuentes que dificultan la santificación del misionero y su obra apostólica? (IV - C).

1. El clima. La falta de constancia en la oración mental y en la mortificación, y la consiguiente pérdida del espíritu apostólico (4).

MISIONERAS

SUPERIORA LOCAL: ¿Cuáles son los mayores peligros que suele tener una misionera? (VIII - F).

1. El enfriarse en la vida de regularidad y el crearse un espíritu independiente (3).
2. El que se enfríe en su primer fervor, o contraiga tepidez espiritual (14).
3. El cansancio espiritual, desaliento, naturalismo inconsciente, mal clima, nutrición insuficiente, depresión y enfermedades nerviosas, y espíritu mundano (15).
4. La pérdida del espíritu religioso por entregarse a una actividad a veces exagerada, descuidando la vida espiritual (1).
5. La pérdida del espíritu religioso, el trato excesivo con los seglares, y la falta de espíritu de sumisión y obediencia (16).

VICARIOS, ETC. — ¿Cuáles son los mayores peligros para la misionera en ese territorio? (VII - E).

1. El mayor peligro aquí, como en cualquier parte, es la falta de vida interior, y el trato con los seglares (7).

CAUSAS DEL MAL PARA EL MISIONERO

A dos podemos reducir las causas de esta anemia espiritual, según las respuestas de la encuesta: un trabajo de adaptación inútil, que desorienta amargamente al misionero; y la soledad en que ha de vivir, careciendo de la ayuda preciosa de un compañero y del ambiente.

1. **Adaptación:** Es uno de los problemas más delicados que tiene que resolver el misionero, el de la adaptación; para hacer la Iglesia indígena en todas partes; como Jesús se encarnó y nos divinizó a todos, así él ha de encarnar en los pueblos que evangeliza y divinizarlos. Aquí nos interesa únicamente su problema personal. La encuesta denuncia un fallo, que podemos y debemos corregir; porque es la causa de esas amarguras inútiles del misionero que minan su vida espiritual. Las revistas y hojas de propaganda misional han creado en el pueblo cristiano una falsa conciencia misionera, a base de exotismos, poesía, sentimentalismo fácil, y cosas raras; del misionero y la misionera hacen seres de aventura y leyenda, semihéroes o semidioses; y de los pueblos infieles menores de edad, que no tienen nada bueno, y en todo son dignos de compasión y lástima; allí lo sobrenatural se encuentra por todos los rincones, lo natural no cuenta, como si el misionero y la misionera se fugaran a su propia carne. Cualquiera puede adivinar de antemano el coscorrón mayúsculo que han de llevarse el misionero y la misionera que lleguen

a las misiones con estas teorías, aunque solamente actuaran en el fondo de la subconsciencia. Sobre este terreno falso se levanta la formación, y después vienen las amarguras para rectificar.

De esta experiencia nos hablan los mismos misioneros:

MISIONEROS

¿Ve la vida misionera ahora lo mismo que cuando llegó a la Misión, que cuando estaba en la casa de formación, que cuando se sintió llmado a las misiones? (III - C).

1. No, sino de muy distinta manera; y esto a pesar de que me la había imaginado ya menos poética de lo que me la habían pintado (1).
2. Las misiones desde dentro se ven completamente distintas que desde fuera. El cambio comienza a notarse desde el mismo momento en que se decide uno a ser misionero, y llega a madurar con la experiencia de los años en el campo de apostolado. Creo que el fenómeno es debido al falso concepto que se forma uno a través de la prensa misionera. Un misionero experimentado se ríe de la mitad de las cosas que se escriben y se publican sobre misiones. Unas por demasiado especulativas, abstractas o poéticas; otras por demasiado pueriles y trasnochadas, y otras por demasiado interesadas y humanas. El problema misionero es más vivo y sangrante; más humano y más divino (2).
3. No, gracias a Dios. Tengo ya más seso que entonces. Y con todo, al fin de la jornada, añora uno reencarnarse aquellos tan píos, tan santos, tan fervorosos sentimientos de cuando se sintió llamado. Entonces con y por inocencia, y ahora por ciencia arrepentida (3).
4. He de confesar que padecí un error no pequeño. Creía al venir que con sólo llegar y comenzar a predicar a los gentiles, estos se convencerían, se bautizarían muchos, y de estos casi todos serían buenos cristianos. Ahora veo que la labor es lenta y abnegada, y se necesita una entrega total al Señor para llevarla a cabo (4).
5. Yo veo ahora la vida misionera como el torero ve su arte desde la enfermería. He pasado por ella durante doce años. Para mí la vida misionera ha ganado en sublimidad. Es como el destierro... monótona, solitaria, arisca unas veces dulce otras, pero arrebatadora. La vida misionera bien llevada sigue teniendo para mi categoría de martirio Cuando llegué a la misión me parecía un mundo de cuento de hadas. Después de pasar por ella he cambiado de parecer. La vida misionera era considerada por mí en mi casa de formación como el culmen de la perfección. Ahora no aseguraría eso, y hasta diría, si no fuera muy fuerte, que es más peligrosa y resbaladiza que otras vidas sacerdotales más normales y resguardadas. El mayor peligro que tiene la vida misionera es el exceso de actividad, y de ahí la disminución de actividad —digo de piedad—. Antes consideraba santos totalmente a los misioneros. Ahora, después de haber visto aquello y esto, no afirmo nada, hay santos en todas partes (5).
6. No. Ahora después de dieciocho años de trabajo en ella, veo todos sus enormes problemas, dificultades, aciertos y desaciertos. El panorama que contemplo ahora es muy distinto a aquel otro, que gocé cuando era recién llegado. Mi visión presente del campo misionero es enteramente distinta de la que tenía en la casa de formación. De estudiante no se comprenderá jamás lo que es la vida misionera. Aquellas ansias misioneras, aquellos ideales, aquellos conocimientos eran idílicos y bastante románticos, a pesar de que ya barruntaba y preveía lo que iba a sufrir en las misiones (7).
7. La veo más normal, natural y humana; antes, debido a una propaganda misional algo ficticia, la suponía más heroica y fantástica, con mayores peligros y sacrificios; aunque estos son continuos y de peso, que hacen de la vida del misionero un mártir en muchos sentidos, no revisten el carácter heroico que muchas revistas y relatos misionales dicen. Los casos extraordinarios que pasan, y que son los únicos que se cuentan, no forman la trama ordinaria del vivir, siendo la vida ordinaria más vulgar y casera (8).

8. No la veo lo mismo, porque la psicología del negro no es lo que se cree en Europa (9).
9. Sí, sí; aunque con menos romanticismo.
10. Entiendo y aprecio más la vida ordinaria del misionero que cuando llegué a la misión; entonces presentía las dificultades; y apenas muy débilmente las satisfacciones de la vida misionera; la experiencia da una idea precisa de aquellas, y una vivencia insustituíble de las segundas (14).

¿Concibe las misiones ahora lo mismo que los propagandistas y bienhechores? (III - D).

1. Cada uno tiene su mentalidad. El propagandista es un gran bienhechor de las misiones; el primero de los bienhechores. Pero vive de prestado, de los libros, de la estadística, de la anécdota, de las cartas de la visita del misionero; y va aumentando su caudal superficialmente. No se enriquece al vivo con experiencias personales. El misionero siente las misiones al vivo, con toda su realidad y fuerza; pero en un área muy restringida y limitada, que es su campo de operaciones (2).
2. Los puntos flacos que más se acusan en el misionero, son: debilidad la práctica. Sin embargo, puedo asegurar que los mismos misioneros podemos aprender mucho de ellos. Son, al fin y al cabo, técnicos (10).
3. No. Media un abismo entre la mente misionera de un propagandista o bienhechor y la de un misionero. Sin embargo, a pesar de estas imperfecciones, el Espíritu Santo actúa, y nosotros los misioneros recogemos sus frutos (13).

2. **Soledad:** Es el enemigo número uno del misionero. Puede ser una gran oportunidad para encontrar a Dios y para vivir intensa y apostólicamente el Cuerpo Místico, unidos en lo más recóndito del espíritu con la Iglesia de retaguardia. Sin embargo, en la lucha diaria por el vivir, representa un peligro gravísimo; por el ambiente que ahoga, y la pérdida de contacto con los compañeros. De ahí que la Iglesia ha levantado dos muros de defensa, que son dos obras maestras en el mundo de las misiones: que todo misionero pertenezca a una comunidad —Religión o Instituto—, que haga efectiva la vida en común con todas sus ventajas, la Iglesia no quiere misioneros sueltos; y que los misioneros tengan, además del Superior Eclesiástico —Vicario o Prefecto Apostólico—, un Superior Regular que se cuide únicamente de todas sus necesidades espirituales y materiales. A esto hay que añadir la falta de asistencia espiritual, que el sacerdote experimenta en las misiones; de ahí el interés que manifiesta la Iglesia por darles facilidades para su Confesión semanal y Dirección espiritual.

Sobre este punto tan delicado tenemos las respuestas de los Vicarios y Prefectos Apostólicos, y las de los Superiores Generales de Religiones e Institutos; que hablan aleccionados por su experiencia y gobierno:

VICARIOS, ETC.: ¿Qué puntos flacos se acusan más en el misionero? (I - C).

1. El clima de la misión es muy malsano, muy húmedo y ardiente, todos los días llueve; las distancias perjudican la vida espiritual del misionero, pues se dificulta la confesión (1).
2. Los propagandistas son hombres enterados. Más en la teoría que en que impide resistir el clima tropical; los caracteres impresionables y los que se desalientan fácilmente; la falta de asistencia personal como ayuda a la vida sacerdotal y religiosa —debido a la frecuente soledad— especialmente en lo que se refiere a la confesión semanal y a la dirección espiritual. Esta dificultad procede del necesario aislamiento y consecuente soledad que en casos determinados viene a encontrarse el misionero (21).
3. Los peligros con que se enfrenta la virtud del misionero son más o menos los del sacerdote de cualquier otro lugar; pero si queremos destacar algunos más propios de las misiones me atrevería a señalar la soledad y el desaliento, que son los mayores peligros (11).

SUPERIORES GENERALES: ¿Cuáles son los tropiezos más frecuentes que dificultan la santificación del misionero, y su obra apostólica? (IV - C).

1. La soledad en que a veces se ve obligado a trabajar, o el pequeño círculo de compañeros con que siempre tiene que tratarse. Esto crea casi una imposibilidad de dirección espiritual para los jóvenes (1).
2. La soledad «psicológica y apostólica» respecto a sus compañeros.— Falta de oración misionera. Falta de orden... Falta de Jerarquía de valores (2).

CAUSAS DEL MAL PARA LA MISIONERA

También podemos reducir a dos las causas del debilitamiento y pérdida de la vida interior en la misionera: el exceso de trabajo, que le dificulta el cumplimiento de su Regla, camino infalible de santidad; y la enfermedad de su sexo débil, que llega a quebrar su ánimo y su espíritu.

1. **Exceso de trabajo:** La mujer por naturaleza es hacendosa y trabajadora, abnegada y sacrificada; y la misionera al ver tanta necesidad se echa al trabajo con todo el ímpetu de su generosidad; mide las cosas por lo que ven sus ojos y lo que le dicta su corazón. Hay tanto que hacer en las misiones... hay que hacerlo todo. Y la misionera no duda en cargarse de trabajo, que un día puede llevarse, pero al fin un día tras otro termina por abrumarla. No tiene tiempo para guardar su Regla, y éste es su fallo más grave; porque antes que misionera es religiosa, y si no es como religiosa la Iglesia no la quiere como misionera; y para ser religiosa no hay más que un camino, la guarda de su Regla. Aquí precisamente está su única defensa; y aquí también está todo su poder. Y no nos cansaremos de repetirlo, este es el gran fallo de la misionera, y la raíz de todos sus males, que no guarda su Regla por exceso de trabajo; este es el caballo de Troya que arruina su vida misionera.

Sobre esto tenemos el testimonio de los Vicarios y Prefectos Apostólicos, que velan sobre sus actividades misioneras; y de las Superioras locales de las casas, que son testigos al detalle de su vida interna:

VICARIOS, ETC.: ¿Por qué puede perder la misionera el primitivo fervor con que llegó a la misión? (VII - F).

1. La misionera puede perder el primitivo fervor con que llegó a la misión por la escasez de medios espirituales, y el exceso de trabajo material (3).
2. Se pierde el fervor y viene el desaliento, cuando no se ve progreso en el trabajo, cuando se esperan resultados inmediatos, las dificultades lingüísticas, una aparente carencia del aprecio de sus esfuerzos; el excesivo trabajo, y el no aprovecharse debidamente de los recursos espirituales; la formación de grupitos en las pequeñas comunidades ponen en peligro la práctica de la caridad... (5).
3. En algunos casos quizá el exceso de trabajo que impide o estorba la fidelidad a los ejercicios de piedad y ahoga la vida espiritual (7).
4. Probablemente el peligro de darse excesivamente a los trabajos exteriores de obras de celo y caridad puede distraerlas y apartarlas de la vida interior.

SUPERIORA LOCAL: ¿Cuáles son los peligros mayores que suele tener una misionera? (VIII - F).

1. El mucho desgaste espiritual con el consiguiente peligro de que la vida de la misionera sea fecunda en obras y escasa en méritos ante Dios, el agotamiento intelectual y físico por el excesivo trabajo (2).
2. Darse demasiado a sus actividades misioneras con perjuicio de perder su espíritu religioso, debido al continuo trato que se ve obligada a tener con las personas de fuera (10).
3. En el orden espiritual, la rutina que conduce con facilidad a la tibieza. En el orden moral los peligros dependen del medio ambiente y

demás circunstancias que la rodean. En el orden material, son múltiples, dado el extenso radio de acción de la vida misionera (13).

4. El mayor peligro moral es el desánimo causado por la fatiga, la rutina o la enfermedad (21).

2. **Enfermedad:** En las misiones fácilmente quiebra la salud de la misionera, aunque la tenga buena, por la debilidad de su sexo y las dificultades en que tiene que desenvolverse su vida; pero cuando peligra más es si acusa alguna anormalidad —aunque ésta sea pequeña— o su sistema nervioso es de constitución débil. La anemia mina fácilmente sus resistencias. El primero que se resiente es el carácter; la conducta se altera, y la vida de relación se enturbia. La misma naturaleza, sometida a una sobrecarga o sobretensión, reclama lo suyo, tiende a desquitarse; y se necesita una virtud nada común para ahogar todo esto en un mar de caridad. Aquí andamos rondando los linderos de la responsabilidad, la confianza, la buena voluntad, la sinceridad, la buena intención; y se ve cuánto puede influir todo ello en la simple vida moral, y sobre todo en la vida interior, donde se necesita paz y gozo espiritual.

Nos dicen su parecer los Vicarios y Prefectos Apostólicos, las Superioras locales y las Superioras Generales:

VICARIOS, ETC.: ¿Cuáles son los mayores peligros para la misionera en ese territorio? (VII - E).

1. Los mayores peligros, la pérdida de la salud si se descuida, y el verse entre gentes de nivel tan bajo de vida y con tanta ignorancia (1).
2. Para la salud, el clima tropical. Para el espíritu, la disipación (2).
3. Físicos: calor, enfermedades, como tuberculosis y anemia. Espirituales: desánimo y aparente fracaso, ingratitud de la gente, un complejo de superioridad con relación a las gentes evangelizadas, carencia de armonía en las pequeñas comunidades (6).

SUPERIORA LOCAL: ¿Cuáles son los mayores peligros que suele tener una misionera? (VIII - F).

1. Vida sensual de los paganos, y de los no paganos. Alimentación deficiente por lo rutinaria (12).
2. Los mayores peligros que suele tener una misionera son de orden físico, debido a las dificultades de comunicaciones, a la inclemencia tropical, a la falta de recursos y buena alimentación, lo cual debilita el organismo y expone a las enfermedades (19).

SUPERIORA GENERAL: ¿A qué religiosas se debe disuadir de ir a las misiones? (XI - F).

1. A las de carácter nervioso, que no sean bien equilibradas. A las que no tengan suficiente virtud, sobre todo humildad, obediencia y abnegación (2).
2. Aquellas Hermanas que tienen dificultades físicas y cuyo carácter y temperamento carecen del conveniente equilibrio y estabilidad, y la conveniente fortaleza para la vida misionera (5).

CONSECUENCIAS EN EL MISIONERO

Los defectos más comunes en el misionero como consecuencia de este fallo de vida interior son el desaliento, el mal humor, y el amor propio: el desaliento al tener que sufrir y trabajar tanto, en medio de fracasos y desilusiones; el mal humor, agriado interiormente, como consecuencia del malestar espiritual; y el amor propio, por una falsa postura de superioridad ante los misionados.

1. **Desaliento:** En las respuestas se ve una diferencia bien clara entre países tropicales y no tropicales, entre pueblos incultos y pueblos adelantados. Es común el desaliento entre misioneros del trópico y misioneros de pueblos incultos; no así en los otros. De donde la raíz principal del desaliento son los trabajos y sufrimientos sostenidos de la vida misionera. Y en los casos de desaliento todos seña-

lan como causa las ilusiones que se trajeron a las misiones; y como remedio poner el espíritu sobrenatural. Por ahí podemos sacar en consecuencia el complejo tan peligroso que se formará cuando se junten las tres cosas: ir a las misiones con ideas falsas de lo que ellas son, carecer de espíritu y reservas sobrenaturales, y tener que roer un hueso duro, enfrentarse con prosa descarnada en la vida. Los momentos más peligrosos serán los de los fracasos —según sus ideas preconcebidas—, y los del caer de las ilusiones, nacidas y alimentadas por sensiblerías y literatura barata.

De esto nos hablan, como expertos en la materia, los Vicarios y Prefectos Apostólicos:

VICARIOS, ETC.: ¿Es muy frecuente el desaliento entre los misioneros, y qué remedio tiene? (1 - F).

1. Es muy frecuente, y podríamos decir universal el desaliento de los misioneros al contacto de la vida real. Aquello de las conversiones en masa o el ver a un pecador que se convierte por cada Avemaría que se reza, y otras lindezas por el estilo de que gozaron algunos afortunados, nos hace lamentar al ver que nosotros no conseguimos los mismos efectos, poniendo las mismas causas, y el desaliento se apodera de nuestro corazón. El remedio está en el buen uso de las reservas espirituales que trae de su centro d formación, y reaccionar a tiempo para no perecer en las misiones, donde pensaba salvar a tantas almas (2).
2. No es muy frecuente y mucho menos si por desaliento se entiende el total abandono de la empresa misionera. Sí, por cierto, menudean los casos de desaliento, que pudiéramos llamar fugaces, cuando a los esfuerzos, o más bien, a las ilusiones preconcebidas, sobre todo en principiantes, no corresponden los éxitos soñados. El remedio está en obrar con espíriu de fe (4).
3. Creo que es muy frecuente que el misionero novel, al ponerse en contacto con la realidad de la vida misionera; al ver que las almas no vienen a él como se había imaginado, etc.; sufra tentaciones de desaliento. Por lo común, si tiene una regular formación y espíritu apostólico, el misionero reacciona; se aficiona a su misión; se siente feliz en su campo de trabajo: aunque a veces sea la cosecha escasa, lenta, futura. El remedio será una buena formación misionera; no llevar a la misión ideas falsas, sino verdaderas, sobre el apostolado de infieles (8).
4. Sí, es frecuente. Proviene unas veces de cierta desilusión nacida del contraste entre la falsa idea poética, irreal, de la vida misionera, y la prosa de la realidad. Otras, quizá las más, de la esterilidad aparente de sus afanes; el escaso fruto cosechado que no corresponde a sus deseos, a sus oraciones, y a sus esfuerzos. Su remedio está en la vida de unión con Jesucristo, en la vida de fe, de esperanza y de caridad. Aparte de esto en la lectura de tantos misioneros ocultos que han sembrado entre lágrimas sin fruto, al parecer (10).
5. El mayor enemigo del misionero es el desaliento... El remedio sólo Dios con espíritu de fe, esperanza y de amor por medio de María, la intercesora de todas las gracias, Reina y Madre de los misioneros (16).
6. El desaliento entre los misioneros es bastante frecuente, debido al desamparo y a la distancia, a la falta de comunicaciones, a los escasos medios económicos, al aislamiento y la soledad, a la escasa correspondencia a sus labores. Los remedios principales para este desaliento son: la visita alentadora de los Superiores Eclesiásticos y Religiosos; el recurso a los Superiores; el avivar los ideales que le llevaron a la vida misionera; la vuelta, cuando sea posible y necesario, a la vida regular de comunidad, sobre todo con ocasión de Ejercicios Espirituales, y para períodos de descanso (19).

2. **Mal humor:** Pocas cosas hay más opuestas al apostolado misionero; porque el mensaje evangélico es un mensaje de paz y felicidad, a fondo. Si el misionero no disfruta de esa paz y de esa felicidad a fondo, mejor es que se quede en casa; y si estando en las misiones perdió esa esencia, hará poco fruto. Es teoría

de San Francisco Javier que el misionero necesita estar siempre en consolación espiirtual. Se pierde esta consolación espiritual y se agria el espíritu: por enfermedades corporales —sobre todo las que aplanan al alma, causan desaliento y lo vuelven todo oscuro— tan frecuentes en el misionero; por fracasos en el apostolado, que es el «pan nuestro de cada día» en el misionero; por haber solucionado mal alguna de las crisis a que antes hemos aludido. Pero en el fondo de todo esto encontramos un malestar espiritual, que nos hace tropezar con nosotros mismos y con los demás; y hasta las mismas cosas nos causan mal humor.

De esto nos hablan muy bien los Superiores, que lo ven todos los días con sus propios ojos. Y los mismos aspirantes, cuando nos descubren las inclinaciones de su espíritu:

VICARIOS, ETC.: ¿Qué cualidades favorecen más el apostolado del misionero, y cuáles le restan eficacia? (I - A).

1. Les choca el misionero serio y poco comunicativo.
2. Los defectos que le restan eficacia son: la ira e impaciencia (14).

Todos los Superiores de común acuerdo dicen que el mejor misionero es el sencillo, expansivo, alegre, amable, suave, paciente, optimista, jovial; en una palabra, el que rebosa caridad por todos los poros.

ASPIRANTES: ¿Cuál es la virtud que el Señor le pide que cultive más? (VI - E).

Caridad	18	Pureza	2
Unión con Dios	7	Optimismo	2
Abnegación	5	Reflexión	1
Humildad	3		
Obediencia	2	*Total*	40

3 **Amor propio:** Cuando falta la vida interior, falta la visión sobrenatural del apostolado; y todo se ve con miras humanas, no hay más perspectiva que la del yo. Entonces el apostolado se convierte en una conquista y en una imposición de lo nuestro, como podíamos hacer con un programa político; lo bueno es lo nuestro, y nos presentamos con aires de superioridad y orgullo. Y se nos pegan como la lapa las alabanzas que nos tributan como misioneros; nos lo creemos fácilmente; y a veces lo cotizamos en conferencias y revistas; y nos gusta hacernos los interesantes cuando hablamos o escribimos. Las consecuencias más funestas son las de allá, al actuar como misioneros; desde el simple representar el papel —como si se tratara de una comedia— hasta el molestar a los misionados, hiriendo sus sentimientos más delicados.

Son observaciones de los Superiores Eclesiásticos:

VICARIOS, ETC.: ¿Qué cualidades restan eficacia al apostolado del misionero? (I - A).

1. El alarde de superioridad, manifestado en hechos y dichos; el trato a los nativos como de raza inferior, y hacer odiosas comparaciones de las cosas de la propia patria con la del país que misiona, exaltando las ventajas de las primeras (6).
2. El amor propio, confianza en sí y en sus medios, falta de formación, pesimismo (8).

CONSECUENCIAS EN LA MISIONERA

Cuando a la misionera le falta la vida interior fácilmente da: en el egoísmo, tan típico del temperamento femenino; en el desaliento, desorientada en su mundo interno; y en la independencia, con relación a la vida de comunidad.

1. **Egoísmo:** Apreciada por los nativos, y colmada de atenciones por los blancos —por su mensaje de caridad, que se le escapa de sus manos virginales entre sonrisas castas— si no tiene mucha vida interior, fácilmente se cree señora y reina, y más fácilmente cuanto menos experiencia tiene de los cumplidos mundanos. Por otra parte, precisamente por razón de los trabajos y sufrimientos de la vida misio-

nera —en ella más sensibles por la debilidad de su sexo—, la naturaleza reclama ciertas comodidades y atenciones, que vienen a reforzar la mirada hacia sí misma. El mismo no encontrar ambiente —el de fondo— viene a reforzar el repliegue sobre si misma. Así termina por arruinarse su mejor virtud misionera, la caridad.

La Superiora General y las Superioras locales, las misioneras y las novicias nos dan luz en la materia:

SUPERIORA GENERAL: ¿A qué religiosas se debe disuadir de ir a las misiones? XI - F).

1. Tengo muy poca experiencia, pero creo que la que no sabe olvidarse de sí misma, y darse sin escatimar nada por la salvación de las almas, es mejor que no vaya (1).

SUPERIORA LOCAL: ¿Qué cosas no quiere ver en sus misioneras? (VIII - B).

1. No quiero ver en mis misioneras el egoísmo, la falta de mortificación, el sentimentalismo y la independencia. No quiero ver susceptibilidades, prejuicios y faltas de caridad por las diferencias de razas. No quisiera ver en las misioneras las manifestaciones del amor propio, y la falta de suavidad y condescendencia en el trato (4).
2. El egoísmo: falta de cooperación, no dar de sí lo que se puede; echar la carga a las demás alegando que no se es capaz de más (5).
3. Cierto infantilismo espiritual o humano. Una tendencia egocéntrica con todas sus consecuencias. Una mentalidad prefabricada sobre los indígenas, los medios de apostolado, etc. (11).
4. El egoísmo considerado en todos sus aspectos (23).
5. No quiero ver en las misioneras ni el egoísmo ni el espíritu mundano (15).

MISIONERAS

¿Cuál virtud juzga ser la más necesaria para la misionera? (IX - D).

Caridad	19	Obediencia	1
Unión con Dios	12	Alegría	1
Paciencia	10		——
Abnegación	2	*Total*	47
Fe	2		

NOVICIAS: ¿Qué es lo que más aliento y ánimo le da para ser misionera? (XII - F)

Amor a Jesucristo	60 %
Amor a las almas	35 %
Voluntad divina	5 %

2. Desaliento: Es muy distinto del desaliento del misionero. Este se refiere al apostolado; el de la misionera afecta su mundo interno; es más bien una desmoralización o una desintegración de su personalidad, una pérdida de ideales e ilusiones, un quedarse sin norte ni brújula, un anulamiento de resortes y fuerzas vitales. Y es una pena muy grande que se pierda todo el espíritu de abnegación y sacrificio que Dios depositó en el corazón de una misionera, toda su capacidad de trabajo callado y constante, todo ese tesoro de caridad y espíritu sobrenatural con que Dios la enriqueció. El exceso de trabajo, la enfermedad, la falta de asistencia espiritual, la pérdida de vida de comunidad, el roce constante con las personas del mundo, el enfrascarse en mil cuidados terrenos —con razón o sin ella—, el descuido de la observancia de la Regla, son las causas principales de esta ruina; hacen que en un principio lleve una vida espiritual agobiada, después raquítica, más tarde puramente exterior, y al fin prácticamente nula. Y la religiosa, si no es religiosa, no es nada. Y las gentes únicamente la estiman como religiosa, ángel en carne humana, la caridad y bondad de Dios personificada; al perder esto le retiran su aprecio y confianza. Y desalentada por dentro y por fuera, se arruina su mundo interior, se desmoraliza y se desintegra.

3. **Independencia:** Otra consecuencia grave de la pérdida de la vida interior en la misionera es la ruina de la vida de comunidad; y tanto más sensible cuanto que ella es la única defensa y todo el valer de la misionera. Se aflojan las dos virtudes clave de esta vida, la caridad fraterna y la obediencia; y por ese portillo abierto penetran todos los males. Por vivir entre seglares, y rozar continuamente con ellos, llega a pensar como ellos inspirada por el amor propio y sus conveniencias personales —la independencia de juicio y voluntad es la quintaesencia del espíritu mundano— lo contrario del espíritu religioso. Por fuerza la misionera ha de ir desarrollando el espíritu de iniciativa, para solucionar a diario las necesidades más primarias de la vida y el apostolado; fácilmente se acostumbra a mandar; se forja su mundo, y como tiene que enseñar y gobernar —en grande o en pequeño— va adquiriendo sin darse cuenta un aire de suficiencia e independencia, tanto más peligroso cuanto menos talento tenga y más ayuna esté de vida interior sólida. Si estos males se hacen viejos, ¿quién la somete después a disciplina? Y no digamos nada si otros complejos vienen a reforzar este espíritu. Es este mal de misioneras viejas, ya curtidas en el apostolado.

REMEDIOS

La experiencia misma dicta los remedios a estos fallos y males de misioneros y misioneras. Y ellos mismos, contestando a la encuesta como especialistas en la materia, nos dicen cómo anhelan las futuras vocaciones. Resumiendo sus respuestas, pueden reducirse a tres los remedios más elementales: selección de vocaciones, mirando únicamente a la vida futura; formación sólida de las mismas, según las exigencias de la vida práctica; y una vez en las misiones, unión y compenetración asegurada por la vida en común.

1. **Selección de vocaciones:** No todos los muchachos ni todas las muchachas sirven para las misiones, ni por lo tanto pueden tener verdadera vocación de Dios. En lo que depende del juicio humano, el único punto de orientación en la selección y acierto con la verdadera vocación, ha de ser la vida futura; ver al misionero o la misionera actuando sobre el terreno, y juzgar con sentido común si el candidato sirve o no para eso. Cada temperamento, y hasta cada físico, viene a cuajar a la hora de la madurez en un modo de ser y actuar bien concreto, y la mayor parte de las veces bien previsible. Veamos si entre las dos cosas hay ecuación perfecta; y así tendremos una vocación segura o no. Pero que sea segura. No se puede embarcar a nadie en una aventura tan seria y fuerte si no es con seguridad absoluta. Aquí no valen dudas ni pruebas. Se necesita seguridad absoluta.

Nos hablan los mismos misioneros:

MISIONEROS

¿Qué consejo daría V. a los que se dedican a reclutar vocaciones miisoneras? (III - B).

1. Que no se apelara tanto a la parte poética, dramática y aventurera del ideal misional, sino al fondo de completa renuncia que este ideal exige (1).
2. Si se trata de niños, que se fijen mucho en la familia, si es sólidamente cristiana; y en el equilibrio de su temperamento. Si se trata de chicas, para ser misioneras, lo primero que sean completamente normales, lo segundo que no hayan tenido conflictos psíquicos fuertes; y lo tercero, que sean trabajadoras y caritativas. Si se trata de chicos, para Hermanos Coadjutores o Catequistas, que tengan muy desarrollado el espíritu de iniciativa y el sentido de responsabilidad en la actividad a que se dedican; y que quieran verdaderamente servir a la Iglesia. Si se trata de Seminaristas, que ahonden bien en motivos sobrenaturales, y que den el paso completamente libres. Y para todos, que jamás miren la vida misionera como una colocación. Y lo que Dios no permita, como un último refugio (2).
3. Que escojan niños sanos física y moralmente, sin ninguna tara hereditaria, que tarde o temprano se manifiestan con evidente perjuicio

de su ministerio. Yo no escogería a niños de familias que viven en la miseria (8).

4. Que se fijen mucho más en el carácter que en la inteligencia. Un buen carácter es un verdadero poder que atrae, que se impone y que triunfa de todas las dificultades; mientras que aun los mejor dotados de otras cualidades fracasan con un carácter malo (11).

5. Que insistieran en el carácter abierto y en las aspiraciones de universalidad de los aspirantes (16).

2. Formación: Una vez la vocación segura, con todas las garantías que pueden ofrecer las cosas humanas más cuidadas, hay que prepararla y formarla, con la misma seguridad y garantías que la hemos seleccionado. Mirando únicamente a la vida práctica. No se puede jugar con el fuego; y tanto en lo humano como en lo divino jugamos con cosas elementales, primarias y verdaderamente fundamentales. Y hemos de dejar hablar únicamente a la vida. Las respuestas de los misioneros nos hacen entrever horas amargas vividas en carne propia, por defecto de formación. Hay que enfocar la formación como la desearíamos para nosotros mismos, si conociéramos bien lo que nos espera, y pudiéramos hacer cuanto quisiéramos; como se la desearíamos a un tercero, a quien mucho amamos y de quien esperamos grandes cosas en bien de la Iglesia y de las almas. El misionero ha de ser hombre eminentemente práctico, y de sentido común; y así hay que orientar su formación.

Dicen los misioneros:

MISIONEROS

Si ahora le fuese dado comenzar su formación, ¿cómo la llevaría a cabo? (III - A).

1. Insistiendo más en la vida interior y en la austeridad de vida, por una parte, y por otra en una mejor preparación cultural y lingüística (1).

2. Cultivaría desde mis primeros años con esmero exquisito todas las virtudes sociales; especialísimamente la caridad. Desde el principio de la carrera me fijaría únicamente en lo práctico —prescindiendo de la ciencia por la ciencia o el arte por el arte—. Lo que sirviera más directamente para mi formación espiritual, para enseñar y hacer vivir a los demás la vida divina, para glorificar en todas partes a Dios. Procuraría el mayor contacto posible con el Evangelio, con Jesucristo y con los hombres; que son las fuentes vivas de la formación. Durante el curso procuraría ajustarme lo más perfectamente posible al plan de estudios, y durante las vacaciones enterarme lo mejor que pudiera de todo lo que pasa en el ancho mundo (2).

3. Procuraría en lo espiritual un fundamento mayor en la virtud de la humildad apostólica —en el convencimiento de la propia incapacidad para toda obra de apostolado—; y de la confianza sin límites en la bondad de Dios, principalmente en orden al apostolado. En lo intelectual, enfocaría los grandes problemas teológicos y filosóficos a las misiones. Intensificaría el estudio de los autores filosóficos modernos, principalmente de los heterodoxos —sus sistemas y refutación—. Hubiera puesto mucho más interés desde joven en el estudio de las lenguas (4)

4. Si ahora me fuese dado comenzar mi formación, no cambiaría fundamentalmente el plan de las materias que nos hacen estudiar. Pero haría un buen acopio de ejemplos y comparaciones y estudiaría todos los métodos de pedagogía catequística; estudiaría mecánica para saber arreglar mi bicicleta y mi automóvil, sin necesidad de tener que aprenderlo ahora cuando tan precioso es el tiempo. Estudiaría medicina y sobre todo psiquiatría; aprendería carpintería y horticultura. Estudiaría los problemas sociales y la manera cómo los resuelven en otros países de misión. Pero sobre todo, sobre todo, me tomaría por virtud práctica la amabilidad, mi consigna la sonrisa; y siempre por encima de todo la paciencia de Job, para poder hacer frente sin tragar bilis tantas cosas como se presentan, que amargan el carácter e infructifican la labor misionera (5).

5. Poniéndome bajo la dirección de un misionero que por largos años haya estado en territorio de misiones (9).
6. Si se pusieran a mi disposición los mismos medios que antes, la llevaría a cabo de la misma manera poco más o menos. Pero «a posteriori» pediría al Señor con intensidad que esos medios se hiciesen más aptos (13).

¿Qué consejo daría a un seminarista que se está formando para ir a las misiones? (III - F).

1. Que se empapen bien en el espíritu del Evangelio, y que se esfuercen cuanto puedan por llegar a ser muy humanos (2).
2. Que se entregue sin reservas al Señor. Que trabaje con empeño en una sólida formación sacerdotal. Y que venga a misiones con deseos de sacrificar su vida por amor a Cristo; y dispuesto a que el Señor permita que el número de almas que salve sean en apariencias pocas (4).
3. Infinitos. Pero si llegara a intimar con alguno le diría que se haga un santo de cuerpo entero. Resistencia física y moral para llevar cuanto le ocurra en la misión. Muchas toneladas de paciencia, y más toneladas de buen humor, es todo lo que debe acaparar. Sin estas reservas, perecería miserablemente bajo el peso cotidiano de la vida misionera (7).
4. Uno sólo. Que el fruto de su trabajo depende de su fidelidad y constancia en la meditación diaria. No omitirla nunca, por ningún motivo; que he visto misioneros de cualidades excepcionales, trabajadores incansables, que no lograban nada. Y he visto misioneros sin esa fortuna de cualidades favorables que lograron cambiar el rostro de la misma cristiandad que no caminaba con los otros (9).
5. Déjese de sueños. Viva una realidad —la misionera— con todas sus exigencias. Aprenda a ser sincero con Jesús y sus Superiores. En los hombres vea la huella de Dios, aunque cueste descubrirla entre tanta inmundicia. Sea paciente y no deje de sonreir, porque Dios es bueno; aunque los hombres seamos malos en nuestra limitación (12).
6. Encendido amor a Dios y a las almas, obediencia ciega, y gran optimismo por la fructificación no siempre inmediata pero segurísima de sus esfuerzos (13).

3. **Compenetración:** La unión fraterna con los compañeros de apostolado es el mejor remedio para todos los males. Más ven cuatro ojos que dos, y más veinte que cuatro. Un buen amigo es el mejor muro de defensa; y cuando la amistad está respaldada por una profesión religiosa o por un juramento, es la mejor, porque está Dios por medio. El secreto de la vida misionera está en esta compenetración; lo mismo para el misionero que para la misionera. En la misionera esto es más fácil de lograrlo, por necesidad ha de vivir en comunidad; y para el misionero es el eterno rompecabezas en todas partes; las fórmulas han de ser muy flexibles para adaptarlas a las circunstancias.

Los Superiores máximos, Vicarios y Prefectos Apostólicos, Superiores Generales, nos hablan de la materia.

VICARIOS, ETC.: ¿En dónde está el secreto dal compañerismo, obediencia y celo apostólico del misionero? (I - E).

1. En escribirse con frecuencia, manifestarse sus labores, visitarse las más veces que sea posible, y comunicarse íntimamente como verdaderos hermanos todas sus empresas (1).
2. El secreto del compañerismo hay que colocarle en el amor fraternal humilde y desinteresado, que suele reinar en las misiones. Precisamente por ser los únicos confidenciales —espiritual, social y económicamente— esos lazos de amor fraterno entre los colaterales o Superiores más próximos, excitan el celo y mantienen la obediencia. Por eso los caracteres raros por instinto o por naturaleza, son los más perjudiciales, porque no se consigue el convencerlos de sus rarezas, que nacen de su amor propio o «tenacidad» (7).

3. El secreto del compañerismo se cifra en la caridad, espíritu de fe, voluntad de servicio, y en dar participación al compañero en todo, sin aislarlo en las conversaciones, consultas, actos públicos, oficios, sermones, etc., en buscarlo y estar con él en cuanto se pueda (14).

SUPERIORES GENERALES: ¿Cuáles serían las relaciones ideales de unos misioneros con otros? (IV - F).

1. Teóricamente: cooperación leal y metódica con el fin de implantar la Iglesia en toda la región. Concretamente: A) reuniones semanales fraternas; B) reuniones mensuales. En primer lugar de orden espiritual, en segundo lugar de orden apostólico —discusiones, examen de la situación, cambio de impresiones, coordenación de trabajo (2).
2. Relaciones ideales entre los misioneros: día de retiro cada mes, cuando es posible; influye en fomentar buenas relaciones, dando tiempo y oportunidad para discusión de problemas misionales, obsequiándoles con una buena comida y poner un horario conveniente para los tiempos del retiro. Alguna hoja mensual comunicando los hechos salientes de la misión contribuirá eficazmente también a estas armónicas relaciones. Son muy convenientes también las visitas amistosas del Superior a los misioneros, quienes se sienten así más vinculados a la misión. Contribuyen también eficazmente a estrechar estas relaciones entre Superiores y súbditos, algún regalo de los primeros a los segundos, como de libros, etc., con ocasión de Navidades. Fomentar la asistencia en determinadas circunstancias a otros centros de la misión (4).

Estos juicios tan concretos de los misioneros, y tan dispersos por el mundo, pudiera creer alguno que tienen un valor muy relativo; y más sabiendo que el panorama que abarca cada misionero es muy limitado. No tiene la visión de conjunto y el poder universalizador de un especialista teórico en cuestiones misionales. Sea. Pero siempre será verdad que el verdadero especialista en la vocación misionera es el que ha hecho en sí mismo la experiencia completa; y para él no se trata de una serie de verdades mejor o peor hilvanadas por la lógica, sino de una serie de vivencias, en las cuales ha de beber la misma lógica, si quiere valer algo. Y siempre que tratemos de problemas y soluciones prácticas habremos de acudir a él. De ahí el valor que tienen estas opiniones, aunque son tan concretas, y a veces al parecer tan superficiales, cuando tratamos de despertar, orientar, cultivar y aprovechar las vocaciones misioneras.

VIII

Influjo de los Dogmas en el cultivo de la Vocación Misionera

RVDMO. MONS. ANGEL SAGARMINAGA
Director Nacional de la Organización Misional Pontificia.

INTRODUCCION

I. Cultivo

La vocación misionera necesita cultivo. Como las plantas que necesitan: *a*) clima, ambiente, tempero, (natural o artificial); *b*) terreno apropiado, preparado, defendido; *c*) riego natural o artificial (recuérdense algunas regiones de España); *d*) defensa (los viveros, los invernaderos...), la nieve, las plantas, los parásitos, las sorpresas meteorológicas...

II. Medios de cultivo

Los Dogmas: 1.° *Todos ellos:* en sí, esencialmente misioneros. No sólo universales, sino universalistas; no sólo con fuerza y eficacia de unión, sino de unión unificadora. Los dogmas unen el alma a Dios, no para gozar de El sino para darle gloria. En la vida, es decir, según sean aplicados a ella. Dependen de la aplicación, es decir del hombre, es decir de nosotros.

2.° *Algunos de ellos:* los que mayor influjo *pueden* ejercer (por su fuerza universalista); *suelen* ejercer (por su mayor contacto y más acertada aplicación); *ejercen,* en una palabra que se ha de entender como expresión de principio o de historia.

3.° *Por la íntima vivencia:* es necesario: *a*) el conocimiento de los dogmas (teoría); *b*) la fe (adauge fidem Domine); *c*) la vida (el vivirlos). En la vocación misionera es conveniente que esta vivencia no sólo sea intensa, sino también íntima. Quizás más hacia dentro que hacia fuera.

III. Carácter de este trabajo

No es resultado de una encuesta. No mira a los Misioneros tanto cuanto a los dogmas. Tiene, sin embargo, la experiencia del Misionero su parte en él.

I. El tema

Lo misional ofrece a lo misionero fundamentos, espíritus, ambiente, facilidades. Por eso al estudio y a la propaganda misionales ha seguido el aumento y la revalorización de las vocaciones misioneras. Los sacerdotes propagandistas en una diócesis determinada, no pudieron menos de crear

un ambiente de vocación misionera. De ellos salieron bastantes para las Misiones ingresando antes en alguna Orden Religiosa o en el Instituto Nacional de San Francisco Javier. Lo mismo ha sucedido con las colectoras de las Obras Misionales Pontificias en algunas Parroquias. El hecho de una Parroquia de la Diócesis de Pamplona. El libro de la Organización Misional Pontificia de esta Parroquia dice unas cuantas veces, refiriéndose a que la colectora se ha dado de baja, la siguiente razón: Se ha ido misionera. Los seglares que nos han sorprendido con sus deseos de marcharse a las Misiones, son una prueba más. Y hasta las vocaciones misioneras condicionales (condición de no quedarse aquí sino marcharse a las Misiones), aunque desencauzadas, constituyen también una prueba eficiente. La encuesta del Padre Irala y la de la Madre Inés de Bérriz, nos dan a conocer la eficacia de la propaganda misional, de los dogmas cristianos, en el cultivo de la realización de las vocaciones misioneras.

II. La Santísima Trinidad

En el deseo de fijarme determinadamente en algunos dogmas ofrezco éste como fundamental y primario que puede influir eficazmente en el cultivo de las vocaciones misioneras.

Dogma que se ha de creer, pero también se ha de proyectar a la vida del hombre. No es sólo sublime (sobre toda posibilidad humana); sino que también es accesible al mismo tiempo. Aun a los más humildes en el saber y en el entender. Contiene lección y al mismo tiempo fuerza para todos los cristianos. Al fin y al cabo el hombre fué creado por Dios a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad.

Dios es uno, pero no está en soledad. La comunicación total del Padre al Hijo y del Padre y el Hijo al Espíritu Santo, constituye su vida, su felicidad, su satisfacción. Reflexiones sobre la vida y la comunicación.

Dios quiere comunicarse al hombre por amor. La Creación de todas las cosas, la del hombre, una sola finalidad, Dios, es decir, su gloria, que ha de ser aceptada «afectivamente» por la voluntad libre del hombre.

Una única voluntad de Dios con relación a los hombres: «que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad». Fijémonos en la palabra «todos», que no puede nunca olvidarse en el apostolado cristiano, ni aun en aquel que se dirige primariamente a la santificación individual de cada una de las almas. Sólo en la cooperación a esta única voluntad de Dios, encontrará el alma la posesión divina. En los dogmas cristianos esa es la consigna: todo para todos. Todo, hasta lo singular, lo individual, lo específico. Sentido de la Creación de todas y cada una de las actividades de Dios para con los hombres en relación con este principio fundamental de la vida y del apostolado cristiano. La Santísima Trinidad, cifra, expresión, raíz, fundamento, realización del universalismo misionero. Por eso, cuando el pecado hizo trizas los planes de Dios y separó de El al hombre dirigiéndolo en sentido contrario, la única voluntad de Dios con relación a los hombres, poniendo en juego todo su amor infinito, decretó la Redención.

Reflexiones: En contacto con este dogma de la Santísima Trinidad, no podemos menos de sentirnos universalistas, misioneros. Por su fuerza y eficacia, este dogma había de lanzar más misioneros a las Misiones que todas las anécdotas sentimentales. Este dogma vivido íntimamente y con constancia, se trasforma en una verdadera catapulta de misioneros hacia todas las partes del globo. Meditado y vivido este dogma, se ve naturalísimo que el único programa que Cristo dió a los Apóstoles para la salvación de todo el mundo fué «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio...» Ahí es nada,

además, sentirse prolongación, auxiliar, misionero de la única voluntad de Dios viviendo el dogma de la Santísima Trinidad. Este dogma influye siempre por su propia fuerza y fecundidad indudablemente en las vocaciones misioneras. Influye por sí. Quizás no tanto por reflexión del que ha de ser o es misionero; ni tanto tampoco por la intervención del que ha de cultivar las vocaciones misioneras; porque ni el uno ni el otro piensan excesivamente en él. Sin embargo el primer consejo dogmático que la Iglesia pone a consideración de sus hijos cuando se supone que estos llegan a la mayoría de edad en la Octava de «Pentecostés», es ese, el de la Santísima Trinidad, fundamento de toda la vida cristiana, de todo el apostolado cristiano. Y el consejo moral que al mismo tiempo les da la Iglesia a todos sus hijos, contenido en el último Evangelio del día de la Octava de la fiesta de Pentecostés, tiene mucha y muy honda relación con este dogma de la Santísima Trinidad. (Sed misericordiosos..., dad y se os dará...) Tener siempre presente el dogma de la Santísima Trinidad en el apostolado cristiano, es acudir a la raíz, al manantial en busca de las armas más eficaces para luchar, *a*) en la única lucha que existe en el mundo contra Satanás; *b*) inutilizando la única arma de éste, el *yo; c*) con la única arma que Dios pone en nuestras manos, el *nosotros*, infinitamente vivido en la vida de la Santísima Trinidad. Buen elemento de cultivo de la vocación misionera. Añadid a ésta la siguiente consideración: el misionero, con su ejemplo, arrastra a otros haciéndoles vivir el dogma de la Santísima Trinidad y cooperar al universalismo de la única voluntad de Dios. El Misionero, en este caso, se presenta a las almas con mayor claridad y sobre todo con mayor emoción y eficacia quizás que los demás apóstoles.

III. La Redención

Otro de los dogmas esencial y totalmente misioneros. Quiso Dios reparar lo que el hombre había destrozado y poner así los medios de realizar la única voluntad suya divina. Es indudable que este dogma actúa más que el anterior en la vocación misionera. Porque se acercan a él más las almas y porque los directores de las vocaciones misioneras lo presentan con contornos más precisos, con emoción más intensa, apuntando consecuencias prácticas. Este dogma influye en las vocaciones misioneras en todos sus aspectos.

1.° *Jesús: (Profetizado y realizado.)* Rezuma universalismo misionero. Ocioso el intentar demostrarlo. Unas ligeras indicaciones: a) *su limitación voluntaria;* b) *sus enseñanzas;* c) *su vida;* d) *su oración sacerdotal;* e) *su entrega* (se dió todo...). Os recomiendo muchísimo la lectura de San Pablo (Rom. I, 5; III, 22-24; V, 6-11 y 18; II Cor. V, 14-15...) Pro omnibus mortuus est Christus y San Agustín: fussus est saccus et manavit pretium orbis terrarum.

2.° *Cristo:* De *Jesús,* personal a *Cristo* cabeza. La limitación en lo infinito pero con la colaboración de todos. De la personalidad (individuo) a la universalidad.

3.° *La Iglesia:* Perpetuidad del Sacrificio y del Sacerdocio de Cristo. La colaboración, por voluntad de Dios, necesaria. Cuerpo Místico de Jesucristo. Unidad y Catolicidad, cauce de la fecundidad del apostolado cristiano. La vida del Cuerpo Místico, la de sus miembros: los Sacramentos. Exigencia esencial, necesidad vital, angustiosas ansias misioneras... Es curioso observar que Jesús después de su Resurrección, no tenía por qué preocuparse de lo que El había de hacer. El había hecho todo, consummatum est; ahora toda su actividad por voluntad suya, estaba condicionada a la cooperación de la Iglesia. Por eso le importó tanto el organizarla, el darle las orientaciones precisas, el entregarle un programa determinado..., es decir tenía

que preocuparse de lo que la Iglesia había de hacer. Por eso la Iglesia nuestra Madre, ya en la Dominica II después de Resurrección, nos recuerda el «Vobis relinquens exemplum».

4.° *La Eucaristía:* Cifra y expresión de las ansias de glorificación universal de Dios Nuestro Señor; y al mismo tiempo medio de realizar esas ansias. Alimento de nutrición divina para la Iglesia y para cada uno de los cristianos. Fortaleza en las persecuciones lo mismo intelectuales que sangrientas.

5.° *La Virgen María:* Madre mía porque es Madre de Cristo, no sólo de Jesús, sino de la Iglesia con su Cristo Cabeza y Cristo Miembros, es decir, Madre de todos. Su maternidad le exige hijos, todos los hijos, con la misma exigencia amorosa que a su Hijo Divino, que a la Santísima Trinidad. Pero Ella nada puede sin su Hijo, sin sus hijos. Omniptencia suplicante. ¿A quién se lo pide? ¡A Cristo!, ¡a la Iglesia!, ¡ a los miembros de la Iglesia!, ¡a los que Ella ha cultivado la vocación misionera con esta finalidad! La devoción a la Virgen María, la de verdad, tiene un fundamento lleno de realidad y de emoción: llenar, satisfacer las entrañas maternales de la Virgen Santísima, vacías, mientras haya tantísimos hijos que andan lejos de Ella.

IV. El cultivo

Con lo dicho os basta para concretar qué clase de cultivo ha de tener la vocación misionera por medio de los dogmas cristianos, especialmente por aquellos que tienen una mayor influencia. Tengamos, sin embargo, en cuenta, que la influencia de algunos dogmas depende, no tanto de la que ellos pueden ejercer en las almas con relación a las vocaciones misioneras, cuanto por lo que los directores de las vocaciones misioneras acerquen esos dogmas a las almas, pero tales cuales ellos son, sin recortes, sin limitaciones, que los desnaturalizan y sobre todo los esterilizan.

IX

Cultivo espiritual de la Vocación Misionera

(VIRTUDES Y DONES.—VIDA DE PIEDAD)

R. P. Dr. Olegario Domínguez, O. M. I.
Profesor del Escolasticado de Alarcón. Madrid

Dentro de esta Semana dedicada al estudio de la vocación misionera, hay un lugar para el tema del cultivo de la vocación. Siendo ésta una forma profundamente enraizada en la psicología —ya natural, ya sobrenatural— del hombre, y siendo, por tanto, susceptible de aumento y expansión, lo mismo que de mengua y encogimiento, era justo y natural tratar de su cultivo.

La vocación es un regalo de Dios. Pero no un regalo que se nos da ya del todo elaborado, como se nos pudiera dar un reloj o imponer una cruz, sino un regalo de naturaleza vital, como un esqueje divino que se nos planta en el corazón y ha de crecer y florecer con el jugo mismo de nuestras entrañas. La vocación misionera exige cultivo para lograr su plena granazón, su desarrollo perfecto. Cultivo en todos los elementos —fisiológicos y psicológicos, intelectuales y morales— que la integran.

Evidentemente, la parte más importante de ese cultivo es la que se refiere al aspecto espiritual y sobrenatural. Dos ponencias de nuestro programa se han reservado, con buen acuerdo, al estudio de este punto.

Monseñor Sagarmínaga ha expuesto —con la lucidez y la vigorosa convicción que le caracterizan— cómo se fragua la conciencia misionera con la íntima vivencia de los dogmas. Como los dogmas son la luz y el alimento y la fuente de toda la vida interior, tienen que serlo también de la vida interior del misionero. Ahora nos toca fijarnos en las derivaciones morales y ascéticas de aquellos dogmas: en las virtudes y en la piedad que la conciencia misionera implica, en los elementos de vida espiritual que especialmente han de desarrollarse en el alma llamada para que su vocación alcance la plena florescencia.

Suponemos ya una vocación. El director de conciencia, después de sopesar ante Dios un conjunto de aptitudes, anhelos y tendencias, ha concluido: «Tienes vocación para las Misiones. Entra en este Seminario o en ese Instituto misionero.» Se trata de ver qué formación espiritual hay que dar a quien ha recibido esa llamada, cómo se ha de desenvolver su vida interior, en qué sentido se ha de orientar, qué elementos, qué virtudes se han de desarrollar con preferencia para que el alma responda plenamente, adecuadamente, a los designios de Quien la llamara. Se trata, en otras palabras, de determinar cuál ha de ser la educación espiritual específica que se ha de dar a los futuros heraldos de la fe y plantadores de la Iglesia.

Tema de máximo interés, fácil es comprenderlo. Tema también muy difícil y delicado. Se trata de exponer los principios según los cuales se han de forjar las almas apostólicas, esas almas que poseen una personalidad tan rica y de tanto relieve en el organismo divino de la Iglesia (1).

---

(1) Sabido es que —según la doctrina común, que es la de Santo Tomás— la forma más perfecta de vida es la «apostólica», que consiste en recibir por la contemplación y comunicar por el ministerio activo. Cf. II, II, q. 188, a. 6. — Tal forma de vida correspondió a los apóstoles, y corresponde en general a los Obispos y a los predicadores evan-

«Si es algo grande formar cristianos, dice el P. Manna (2), empeño mucho más sublime es el de plasmar apóstoles». Empeño, sí, sublime y transcendente, el de formar apóstoles, el de avivar hasta el máximum la llama redentora prendida por Cristo en el corazón de los hombres encargados de llevar su Mensaje de salvación. Y tarea delicada y transcendente también la de señalar los principios que han de regir esa formación espiritual del misionero.

Para llevar a cabo esta tarea no puedo contar con mis pobres caudales de saber ni de experiencia. Sólo me atrevo a desarrollar el tema apoyándome en experiencias y autoridades de misioneros o misionólogos reconocidos (3), no poniendo de mi parte sino algunas sencillas deducciones de teología espiritual y la exposición sistemática de la doctrina.

La exposición tendrá dos partes. En la primera, más fundamental y de principios, trataremos de describir la fisonomía espiritual del misionero fijándonos en los rasgos más salientes y característicos de su vida interior, con lo cual tendremos la norma a que se ha de ajustar la formación y el cultivo de las vocaciones misioneras. En la segunda parte, de índole más particular, veremos cómo la piedad cristiana en sus principales manifestaciones nos ofrece magníficos elementos para el cultivo de la vida espiritual misionera.

Dado el carácter sintético que hemos de dar a la exposición, forzoso nos será prescindir de algunos desarrollos sugestivos y de muchos detalles de aplicación concreta. Nos mantendremos en las alturas de los principios —de los *porqués*—, sin bajar al terreno de lo práctico-práctico —de los *cómos*— que es terreno sujeto a mil variaciones y en el que caben muchas consideraciones diversas. También quiero advertir que, al tratar de vocaciones misioneras, en este trabajo me referiré directamente sólo a las que lo son en un sentido primordial y pleno, es decir, a las vocaciones sacerdotales misioneras. Para las demás vocaciones de religiosos o seglares valdrán los mismos principios, aplicados por extensión y analogía.

PARTE I: LA VIDA INTERIOR DEL ASPIRANTE MISIONERO. VIRTUDES SOBRENATURALES Y DONES

1. Vida interior en general

Una verdad axiomática de la ascética cristiana es que la vida interior, el espíritu de oración, la comunicación vital con Dios es algo esencial e imprescindible en la carrera de todo hombre virtuoso y en toda actividad apostólica. Tanto los autores clásicos como los modernos, que viven en un mundo apresurado y febril, insisten con vigor en la afirmación de este principio: la vida interior es *«el alma de todo apostolado»* (4). Lo que quiere decir que todo apóstol auténtico ha de ser ante todo un «hombre de oración», un «hombre interior».

---

gélicos. Y podemos decir que de modo especial corresponde a los Misioneros, por cuanto su actividad se asemeja más a la de los mismos apóstoles.

(2) *Virtù apostoliche*, p. 16.

(3) Nos hemos servido, en particular, de estas obras: San Francisco Javier, *Cartas y avisos espirituales...*, edición del P. Fernando María Moreno, S. I. 2.ª edic., Madrid, Sapientia, 1952; Hugon, S. I., *Une carrière. Le missionnaire*, París, Spes, 1925; — P. Manna, *Virtù apostoliche*, Milán, P. I. M. E., 1944; — Charles, *Los «dossiers» de la acción misionera*, Bilbao, 1954 (dos. 47 y 48). — Pueden citarse además, sobre este tema: Aupiais, *Le missionnaire*, París, 1938; — Champagne, en *Introduction au problème des Missions*, Ottawa, 1934, 171-190; — Marquez, *Ven y sígueme...*, México, 1948; — Silvestri-Pamplona, *Ite... Lo que debe saber un Misionero*, Pamplona, 1929; — Tragella, *La «Santa follia» della vocazione missionaria*, Milán, 1930; — Vanzin, *La vocazione missionaria*, Roma, 1940; — Idem, *Come nasce un Missionario*, Parma, 1943.

(4) Tal es el título de la preciosa obra del cisterciense Dom J. B. Chautard (Versión castellana, 6.ª edic., San Sebastián, Edit. Pax, 1941). Con vigor y unción expone las mismas ideas un monje anónimo italiano en las obras tan divulgadas *Manete in dilectione mea* y *Oportet Illum regnare*.

Magníficamente daba expresión a ese principio tradicional José María Pemán cuando ponía en boca de San Ignacio estas palabras de despedida a Javier:

A grandes empresas vas
y no hay peligro más cierto
que éste, de que, arrebatado
por el afán del suçeso,
se te derrame por fuera
lo que debes guardar dentro.

La vida interior importa
más que los actos externos.
No hay obra que valga nada
si no es del amor reflejo.
La rosa quiere cogollo
donde se agarren sus pétalos... (5)

Los motivos por los que se insiste en que toda actividad apostólica haya de cimentarse en una robusta vida interior son principalmente dos: uno, por parte del apóstol; otro, por parte del mismo apostolado. Por parte del apóstol, la carencia de vida interior deja el alma indefensa en medio de los mil vaivenes que en el ministerio activo se experimentan: una actividad desbordante y febril que no se alimenta en el remanso sereno de la intimidad con Dios pronto deja el corazón extenuado, cansado, triste y sin resortes para la lucha; y, como se vive entre peligros, y el corazón debilitado ofrece buena presa a la tentación, se corre fácilmente el riesgo del naufragio interior. Y tanto más fácilmente cuanto más amplio es el campo de la actividad y más ardimiento se pone en ella. «Quo amplior atque diffusior actio sacerdotis curati, eo periculosior et exitiosior, nisi spiritu contemplationis fulciatur» —decía el Cardenal Fisher (6). Que estos peligros no son ilusorios lo saben cuantos ejercen ministerio pastoral y dirigen obras apostólicas. Y razón sobrada tienen los autores espirituales en sus toques de atención. El apostolado es un peligro para el alma sin interioridad, sin contacto familiar con Dios. El mismo San Pablo temía por su propia salvación en medio de su celosa labor por la extensión del Evangelio: «ne postquam aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar» (7). ¿No es justo que teman cuantos se lanzan a la liza apostólica sin los pertrechos más necesarios?

Pero, dejando a un lado ese peligro personal del apóstol, otro peligro se nos presenta: el de la ineficacia del apostolado. Peligro terrible que fácilmente es el que más conmueve a las almas entusiastas y ardientes, por lo cual conviene proponerlo con viveza a los jóvenes que se preparan al ministerio activo. Una actividad sin jugo interior está destinada al fracaso y a la esterilidad: «Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis» (8). En cambio, el obrero apostólico hecho a la intimidad con Cristo y alimentado con los efluvios de su divino Corazón, ese hará una labor fecunda: «Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere» (9). Y ¡qué tremenda perspectiva la de una vida derrochada en continuo movimiento y zarandeo sin utilidad ni fruto para las almas que uno deseaba salvar! Vienen a la mente las punzantes palabras de San Agustín: «Magnae vires et cursus celerrimus, (sed) praeter viam» (10). Desde el momento en que Cristo quiso asociarnos a su obra redentora en calidad de instrumentos de su acción, supeditó la eficacia y fecundidad de nuestra labor, no a nuestras obras externas, sino al grado de dependencia interior y de amor con que obremos. Por eso pudo escribir un sacerdote de nuestros días: «Nuestro sacerdocio será lo que sea nuestra vida interior. Y, por tanto, nuestro apostolado, nuestra fecundidad, nuestra aportación al «quehacer redentor» de Jesucristo se verán determinados y mesurados por la vida interior que nos une —instrumentos al agente principal— con el Dios Santificador. Aunque al movernos y al hablar mucho se nos ocurra muchas veces lo contrario, y aun alguien alguna vez lo repita en voz alta. No nos engañemos a nosotros mismos: o ser apóstol equivale a ser santo o pugnar since-

(5) *El divino impaciente*, acto I.
(6) *Opusc. de Vit. contempl.* (citado por Dom Chautard, o. c., 116).
(7) I Cor. IX, 27.
(8) Ioan. XV, 4.
(9) Ioan. XV, 5.
(10) *In Psalm. XXXI*, 4 (ML, 36, 259).

ramente por serlo, o nuestro apostolado es algo muy distinto de la Redención de Jesucristo, que deberíamos aplicar y extender» (11).

Estas observaciones valen en general para todo apostolado, para todo ministerio activo encauzado a la salvación de las almas. Por tanto valen también para el apostolado misionero. Pero no hay que decir simplemente que *valen también*, sino que *valen sobre todo*, con fuerza peculiar y con carácter de mayor urgencia en el campo misional. Y es que los dos peligros a que hemos aludido —el del apóstol mismo y el del apostolado— revisten una índole especial y de mayor trascendencia en nuestro caso.

Entre los llamados a la vida misionera fácilmente se encuentran jóvenes entusiastas y generosos, dotados de gran emotividad y actividad, y, por lo mismo, llevados a la extraversión. No se nos puede ocultar el peligro que corren esas almas, cuando su celo y sus ardores no se alimentan en la hoguera de una profunda vida interior, viviendo por necesidad en ambientes paganos y a menudo tropezando con mil dificultades imprevistas, sin tener a mano siempre los consejos de un amigo, la ayuda de un director.

San Francisco Javier insiste casi machaconamente en que los misioneros que se le envíen sean hombres interiores y muy probados. Habla a sus compañeros de Goa de «ciertos fervores que se acaban antes de llegar a la India. Y los que llegan a ella —dice—, entrando en las adversidades, andando entre infieles, si no tienen muchas raíces, apáganse los fervores; y estando en la India viven con deseos de Portugal... Ved —concluye— en qué paran los fervores que salen antes de tiempo, cómo son peligrosos cuando no son bien fundados» (12). A los que han de ir al Japón les pone delante que «han de ser muy despreciados; no han de tener lugar para meditar y contemplar; no han de decir misa» etcétera, y que «el demonio tiene altos modos de tentar en semejantes casos», por lo que «han de ser bien probados» (13).

Oigamos ahora las palabras tremendas que un gran Fundador dirigía a sus misioneros: «Es preciso adquirir esta firme persuasión. Para un apóstol no hay otra elección que ésta: o la santidad completa, al menos de deseo, trabajando para alcanzarla, o la perversión más absoluta». Quien así habla es el Cardenal Lavigerie (14). O santidad, nutrida en el remanso de la comunión vital con Cristo, o perversión: la disyuntiva es lancinante.

Otro apóstol moderno —el P. Manna—, hablando de los misioneros noveles, dice: «¡Cuánto peligro corren de ser atropellados por ese ardor, demasiado natural y humano a menudo, que puede arrastrarles a un estado de gran disipación, acrecida y alimentada por grandes novedades de lugares y de cosas...»! (15).

He aquí unos motivos que proponer a la meditación atenta del misionero en formación. Pero hay otros, aún más profundos, que brotan de la esencia misma de la vocación misionera en su sentido teológico. El Misionero, en efecto, es un heraldo de la fe, un plantador de la Iglesia. Y esto quiere decir que su acción propia es en el orden del apostolado lo que es poner las bases en una construcción, lo que es plantar en un cultivo, lo que es engendrar en el orden biológico. *Cimentar, plantar, engendrar* son las metáforas con que San Pablo designa su labor de pregonero de la fe, de introductor de Cristo, en oposición al ministerio ordinario, menos trascendental, de los sobreedificadores, regadores y educadores (16).

Ahora bien, si en todo ministerio apostólico (al contrario de lo que sucede en la administración de los sacramentos, que ejercen su eficacia *ex opere operato*) influye mucho la virtud y santidad del ministro (17), en esta labor básica y primordial de *echar los cimientos de la fe* se exige la santidad del obrero evangélico por un título mucho más capital. Y es que el misionero es portador del *primer testimonio de Cristo*, es la representación y encarnación de la Iglesia que por su medio se planta, es el instrumento de que Cristo se sirve para hacer su aparición primera y oficial entre los Gentiles. En él y por él entra el Evangelio: en él y por él entra la Iglesia: en él y por él entra Cristo.

---

(11) A. Morta, *Vida interior y dirección espiritual del sacerdote*, Bilbao, edic. Desclée de Brouwer, 1955, 85-86.

(12) *Cartas y avisos*..., carta 55, nn. 35-36.

(13) *Cartas y avisos*..., carta 63, nn. 4-5. — Cf. carta 71, n. 9.

(14) Citado por Chautard, *El alma*..., p. 100.

(15) *Virtú apostoliche*, p. 211.

(16) I Cor. III, 6 y 10; IV, 15. — Cf. los comentarios del Angélico.

(17) «In praedicatione Evangelii multum operatur sapientia et virtus praedicantis»: Santo Tomás, *In I Cor.*, I, lec. 2. — Cf. *In Rom.*, II, lec. 3 y *S. Theol.*, III, q. 67, a. 2 ad 1. — Por eso los Apóstoles se reservaron para sí el ministerio de la predicación, que es el principal, el más noble y útil, no en sí mismo (pues mayor es en dignidad el ministerio sacramental) sino por las dotes personales que supone.

Por eso es preciso que el Evangelio se refleje limpiamente en su vida, y que la Iglesia manifieste en él los esplendores de su santidad, y que Cristo se haya apoderado de los resortes íntimos de su alma. Todo lo cual supone un contacto y una comunión continua de vida entre Cristo y su misionero. No puede irradiar y reflejar a Cristo, no puede ser su testigo eficaz quien no se alimenta continuamente de su Luz y de su Vida. «Homo Dei sit oportet qui Deum praedicat», dice Benedicto XV; y agrega: «Maxime apud infideles, qui sensu potius quam rationibus ducuntur, multo plus proficitur fidem exemplis praedicando quam verbis» (18). No sólo hay que predicar a Cristo, hay que hacerlo sentir encarnado en la propia vida, hay que hacer palpable «su benignidad y su humanidad» (19).

Propóngase a los jóvenes candidatos este ideal grandioso. Y cláveseles bien honda en las entrañas, como aguijón lancinante, la persuasión de que la eficacia de su futuro apostolado correrá parejas con el grado de unión con Dios que posean, y de que sin esta unión serán ante el mundo pagano antorchas extintas, y sal desaborida, y bronces sonantes cuyos tañidos no llegan a los corazones. Acostúmbreselos a buscar en el hontanar —en el Corazón de Cristo— el agua con que quieren fecundar la tierra. Recuérdeseles el ejemplo de todos los santos misioneros, como el de un Javier, que pasaba noches enteras ante el Tabernáculo. Con ello se procurará la disposición más fundamental y necesaria para asegurar el pleno desarrollo de la vocación. Entonces y sólo entonces —cuando los apóstoles estén bien radicados en Cristo— podrán mirar sin miedo las actividades intensas, las dificultades sin cuento, el contacto continuo con las miserias de las almas: todo eso servirá, como aceite, para encender más cada día la llama de su vida interior, llevándola hasta el grado supremo de la irradiación y la eficacia apostólica (20).

Tenemos, pues, en la vida interior, el elemento primordial para el cultivo de la vocación misionera. El misionero ha de ser un «hombre de Dios» ante todo, un hombre que lleva impregnado de Cristo todo su ser para rezumar a Cristo en toda su actividad.

Pero con esto no hemos indicado sino un aspecto vago y general de la fisonomía íntima del misionero. Vamos ahora a fijarnos en detalle en los rasgos más característicos de esa fisonomía, o sea en las virtudes sobrenaturales que deben distinguir al heraldo de Cristo.

La psicología espiritual del apóstol es tan rica y compleja que, para exponerla adecuadamente, tendríamos que recorrer una interminable lista de dotes y virtudes. Para nuestro cometido vamos a considerar sólo las virtudes teologales y las morales que nos parecen más salientes.

2. Virtudes teologales

a) «El misionero —dice el P. Manna— es por excelencia el hombre de la fe: nace de la fe, vive de la fe, por la fe trabaja, sufre y muere con gusto... Sin la fe el misionero no se explica, no existe; y si existe, no es el verdadero misionero de Jesucristo» (21).

El hombre de la fe: muy bien dicho. Todo justo «vive de la fe», siendo ella la luz de su camino, la norma orientadora de toda su actuación sobrenatural. Pero en el misionero la fe opera con un grado excepcional de vivacidad e intensidad.

---

(18) *Maximum illud*, AAS, 1919, p. 449. — Más abajo dice: «...sit praecipue pius sanctaeque orationi ac perpetuae cum Deo coniunctioni deditus, sedulo apud Eum causam agens animarum. Quanto enim fuerit Deo coniunctior, tanto plus ei divinae gratiae et adiumenti impertietur» (p. 449-450).

(19) Cf. Tit. III, 4.

(20) Cf. sobre el espíritu de oración: Hugon, *Une carrière*, 15-18; Manna, *Virtù apostoliche*, 44-53; 189-221. — Un autor moderno describe asi al apóstol ideal de hoy: «Y así, empapado de Dios, contemplativo en la acción y activo en la contemplación, rico con el factor divino que le movía como fiel instrumento, su vida y su apostolado eran los de mil apóstoles juntos...» Roig Gironella, *Valor humanodivino del hombre*, Barcelona (1954), p. 125.

(21) *Virtù apostoliche*, 44-45.

En él la fe no es como la luz serena de una lámpara: es como la llamarada voraz que busca expansión. Es una fe que rompe hacia fuera, una fe que se propaga como por un instinto incoercible de reproducción. El misionero auténtico lo es porque ha mirado las verdades divinas con unos ojos tan hondos que todo su ser ha quedado estremecido. Y lo que vieron sus ojos y fermentó en sus entrañas no puede menos de salir, convertido en ardiente pregón, a sus labios. «Non possumus quae audivimus et vidimus non loqui» (22), respondían los Apóstoles, sacudidos por esa fuerte convicción de la fe. Y San Pablo, animado por el mismo espíritu, exclamaba: «Creemos, y por esto hablamos» (23). En toda alma apostólica la fe pone convicciones recias y tajantes, y con ellas la necesidad de predicar y propagar, el dinamismo proselitista.

Además la fe del misionero ha de tener un matiz de especial claridad y transparencia. Dejamos dicho que el misionero, como introductor de Cristo, debía encarnar en su propio ser a Cristo lo más vivamente posible. Ahora bien, Cristo es la Palabra en que Dios se nos hace sensible, es el resplandor y la imagen de la luz divina. Por tanto, el misionero también debe reflejar en su rostro y en su vida la lumbre de Dios; y en sus ojos iluminados las almas han de presentir fulgores de eternidad. Es San Pablo quien nos da esa concepción grandiosa del ministerio apostólico: «Mas nosotros... reverberando como espejos la gloria del Señor, nos vamos transfigurando en la misma imagen.» «Porque Dios, que dijo: del seno de las tinieblas fulgurará la luz, es quien la hizo fulgurar en nuestros corazones, para que irradiásemos el conocimiento de la gloria de Dios, que reverbera en la faz de Cristo Jesús» (24). Lo que comenta así el P. Bover: «La gloria esplendorosa de Dios era inaccesible a los ojos mortales; pero reverbera en el rostro de Cristo, imagen de Dios, y se hizo accesible. Estos divinos fulgores los concentró el Señor en el corazón de los Apóstoles como en foco potente que irradiase en todos sentidos aquella luz soberana, que proviene como de fuente original de la misma divinidad» (25).

Ahí tenemos las dos características de la fe del misionero: fe dinámica y conquistadora, fe luminosa y radiante. Esas dos cualidades hay que nutrir en el alma de los jóvenes candidatos. Para ello ha de servir la teología. No una teología superficial y árida, sino una teología honda y sentida, vivificada y fecundada por el ejercicio de la meditación. Con la teología y la meditación asidua el alma se irá iluminando con nuevos resplandores y sintiendo el escozor de nuevas exigencias; irá cayendo de sus ojos el polvo de los intereses terrenos que a veces se entremezclan insidiosamente con los sagrados de la vocación; irán ganando relieve los motivos sobrenaturales. Y el misionero caminará por el mundo «como viendo al Invisible», y será grande, será intrépido, será sublime: no habrá heroísmo superior a sus fuerzas (26).

b) Sobre esa fe robusta brotará una esperanza inquebrantable. El misionero es también *el hombre de la esperanza.* También esta virtud tiene en él matices peculiares.

La esperanza es condición esencial de una iglesia de peregrinos. El peregrino vive de tensión y de deseos, vive también de confianza, una confianza serena que le hace avanzar por la vida con el corazón anclado en la Roca de Dios. Y esa tensión, y esos anhelos, y esa confianza que integran la esperanza cristiana tienen en el misionero un relieve grandioso.

Tensión, anhelo, hambre del Reino de Dios, esfuerzo y lucha gallarda para lograr, cambiando la faz del mundo, la plenitud del Cristo total ¿no es eso lo que hace correr por el orbe a unos hombres llenos de «divina impaciencia», con el pregón de Cristo en los labios y una oleada de brío juvenil en el corazón? Van a plantar la Iglesia, y saben que esto es una empresa difícil (bonum arduum), y precisamente por ello sienten que el corazón se les agranda y se les levantan los

(22) Act. IV, 20.
(23) II Cor., IV, 13.
(24) II Cor., III, 18 y IV, 6 (versión de Bover).
(25) *Las epístolas de San Pablo,* 2.ª ed., Barcelona, 1950, p. 203.
(26) Cf. Manna, *Virtú apost...,* 44.

ánimos (erectio animi). Todos los comienzos son penosos y difíciles. Pero los comienzos del Reino de Dios son casi siempre una tarea heroica. Jesús mandaba a sus Apóstoles como ovejas en medio de lobos, sin ningún apoyo humano, y les prenunciaba odios y persecuciones. Y toda la historia de las Misiones no es sino la relación de una lucha gigantesca, de un choque sangriento de las vanguardias de Cristo contra las del imperio de Satanás. La descripción que nos hace San Pablo de sus tribulaciones nos espanta. Nos asombran los viajes y peripecias de Javier. Nos pasman los heroísmos que ha costado y está costando la implantación de la Iglesia en las regiones polares... Todo eso es fruto de un gran aliento, de una inmensa «erección de ánimo», de una recia esperanza.

Pero ese aspecto de tensión y de lucha se conjuga íntimamente con el de confianza, que es el más típico de la segunda virtud teologal (27). La psicología espiritual del misionero combativo y animoso reclama el apoyo de una honda y dulce seguridad interior. El misionero es un hombre que se fía de Dios. Un hombre que se siente implicado y empeñado en la tarea de plantar el Reino de Dios, y que sabe que en esa tarea Dios no le puede dejar solo, porque El es precisamente el primer interesado (28). Por eso, en medio de sus luchas y de sus agobiantes preocupaciones vive interiormente sereno. Por eso los fracasos no le quiebran. Por eso echa muchas veces la red fiado solamente de la palabra del Maestro. Por eso espera, «contra toda esperanza» humana, que su labor de siembra dolorosa jamás quedará sin fruto, aunque sus ojos no lo vean. Esta confianza heroica y audaz se rezumaba de toda la persona de Javier. No hay peligros que encojan o detengan sus determinaciones, porque el mayor peligro, el único que le atemoriza, es «dejar de esperar y confiar en la misericordia de Dios» (29). Estando en las inhóspitas islas del Moro, cercado de riesgos por todas partes, llora de consolación y dice: «Mejor sería llamarlas islas de esperar en Dios que no islas del Moro» (30). *Tierra de esperar en Dios:* ¿podríamos designar de una manera más propia la tierra de misiones, donde se están echando, entre lágrimas, las semillas divinas de la fe?

Para cultivar la vocación hay, pues, que fomentar en el corazón del futuro misionero una esperanza animosa y confiada. Para ello servirá el ejercitarse en aceptar con buen ánimo las obligaciones más difíciles, y el desprenderse de la confianza en las propias fuerzas y medios, lo cual es requisito indispensable para poderse apoyar en el brazo de Dios (31).

c) Sobre la *caridad* habría mucho que decir. Afortunadamente se ha dedicado a esa virtud una lección entera de la Semana. Por lo que vamos a fijarnos sólo en algunos rasgos más salientes de la caridad apostólica.

Siempre ha sido la caridad la raíz y el motor principal de la actuación apostólica, el alma que la vivifica y el aroma que la impregna. Sin un intenso amor

---

(27) No están concordes los teólogos al determinar el constitutivo formal de la esperanza. Unos lo ponen en el deseo, otros en la confianza, otros en ambos elementos a la par. Según SANTO TOMÁS, la confianza en el auxilio todopoderoso de Dios es, si no el único, el principal constitutivo formal. Cf. I, II, q. 40, a. 1 y *De Spe*, a. 1.

(28) «Una de las cosas que nos da mucha consolación y esperanza muy crecida, que Dios nuestro Señor nos ha de hacer merced, es un entero conocimiento que de nosotros tenemos, que todas las cosas necesarias para un oficio de manifestar la fe de Jesucristo, vemos que nos faltan; y siendo así que lo que hacemos sólo es por servir a Dios Nuestro Señor, crécenos siempre esperanza y confianza, que Dios Nuestro Señor para su servicio y gloria nos ha de dar abundantísimamente en su tiempo todo lo necesario»: JAVIER, *Cartas*, 9, n. 4. — Cf. 51, n. 11.

(29) *Cartas*, 84, n. 4; cf. ib., n. 3-6 y carta 46, n. 2; «todos los otros miedos, peligros y trabajos tengo en nada».

(30) *Cartas*, 34, n. 4. — Un resumen de la doctrina del santo sobre la confianza nos lo da el P. Moreno en la Introducción a las Cartas, pp. XXIV-XXIX.

(31) JAVIER dice, hablando de la confianza que han de tener los misioneros para hacer frente a los peligros que les aguardan: «Aunque toda fe, esperanza y confianza sea don de Dios, dala el Señor a quien le place; pero comúnmente a aquellos que se esfuerzan venciéndose a sí mismos, tomando medios para eso»: *Cartas*, 51, n. 13. — Cf. 55, n. 21-24: «disponeos a buscar mucha humildad, persiguiéndoos a vosotros mismos... y de aquí creceréis en mayor fe, esperanza y confianza..., pues de la desconfianza propia nace la confianza en Dios, que es la verdadera» (ib. n. 21).

sobrenatural a Dios y a las almas —sus imágenes— el trabajo misionero es inexplicable.

El apostolado no es sino la manifestación activa del amor de benevolencia que debemos a Nuestro Señor: es el deseo ferviente de que «sea santificado su nombre» y de que «llegue su Reino», deseo convertido en resorte de proselitismo conquistador: «Magnificate Dominum mecum: et extollamus nomen eius simul» (32). Dos maneras hay de vivir ese amor de benevolencia: una que consiste en la efusión íntima del alma ante su Señor (amor del contemplativo); otra que arrastra al alma a las obras de celo para hacer que en realidad alaben al Señor todas las criaturas y obtengan así su fin y su felicidad. Este último es el amor del apóstol. SANTO TOMÁS nota que San Pedro fué elegido para el primado «porque amaba más a Cristo en sus miembros» (33), o sea porque su caridad, nutrida en el remanso de la contemplación, rebosaba al exterior sobre los miembros de Cristo, con una orientación marcadamente social y redentora. Este era el amor de Cristo que constreñía al Apóstol Pablo (34), y le hacía vivir en ansias de inmolarse por los hombres, a semejanza del Redentor (35). SAN AGUSTÍN nos muestra la grandeza y el riesgo de la caridad apostólica en una deliciosa página de sus comentarios a San Juan: la Iglesia teme mancillar los pies al ir a abrir a Cristo la puerta de los corazones: teme andar sobre el polvo de la tierra. Pero el Amado —la cabeza cubierta de rocío— viene a llamarla y a sacarla de sus dulzuras: — Ábreme, esposa mía, que no puedo entrar si tú no me abres, ábreme, prédícame... (36). El varón apostólico es el que siente en sus entrañas el aguijón de esa llamada del Redentor místicamente identificado con las almas por las cuales se entregará: es el que percibe los hondos clamores del Cristo peregrinante por la tierra, y se consagra a servirle, aunque para ello haya de renunciar a las delicias del coloquio sosegado y exponerse a mancillar los pies con el polvo de algún afecto terreno (37).

Esta caridad apostólica tiene que ser honda y sincera. No consiste en gestos exteriores —aunque en ellos se manifieste—, ni en actitudes forzadas: no puede convertirse en mero recurso o habilidad para echar el anzuelo a las almas. Es un amor auténticamente sentido, que se alimenta en las llamas del Corazón Redentor de Cristo —fornax ardens charitatis— y que hace al apóstol revestirse de las ternuras y delicadezas, de la benignidad y humanidad, de la mansedumbre, comprensión y condescendencia del mismo Cristo. El misionero, por quien Cristo hace su aparición en alguna parte de sus dominios, ha de ir marcado con ese sello inconfundible: «benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei» (38). Como Jesús, amará con pasión a todas las almas, y comprenderá y compadecerá sus flaquezas. Como Jesús, usará con ellas un tacto exquisito, y se abajará, sin fingimiento, hasta ellas, y se acomodará a la índole y manera de ser de ellas. «Meminerint... Evangelii praecones —dice Pío XI— haud secus sibi ad indigenas accedendum, ac Divinus Magister cum populo in terris se gessit» (39).

El espíritu de adaptación, tan característico de los grandes misioneros (Pablo, Javier, Nobili, Lavigerie...), no es sino una manifestación de la caridad apos-

(32) P. 33, 3. — SAN AGUSTÍN lo comenta hermosamente (ML, 36, 311).

(33) *In Ioan.* XXI, lec. 5, 2 y lec. 3, 1: «Plus dilexit Christum in membris».

(34) II Cor., V, 14.

(35) Phil. I, 23-24. — Cf. Luc., XII, 50.

(36) *In Ioan. XIII*, tr. 57 (ML, 35, 1789-1792).

(37) Cf. SANTO TOMÁS, II, II, q. 182, a. 2: «Potest tamen contingere quod aliquis in operibus vitae activae plus meretur quam alius in operibus vitae contemplativae: puta si propter abundantiam divini amoris, ut eius voluntas impleatur propter ipsius gloriam, interdum sustinet a dulcedine divinae contemplationis ad tempus separari...»

(38) Tit. III, 4.

(39) *Rerum Ecclesiae*, AAS, 1926, p. 80. — Cf. BENEDICTO XV, *Maximum illud*, AAS, 1919 p. 450: «Audiat autem Apostolum sic hortantem: INDUITE VOS ERGO SICUT ELECTI DEI VISCERA MISERICORDIAE, BENIGNITATEM, HUMILITATEM... Ergo Missionarius qui quidem ad similitudinem Iesu Domini flagret caritate cum vel perditissimos ethnicorum numeret inter filios Dei..., non eorum vel inhumanitate irritatur, vel morum perversitate percellitur, non eos despicit aut fastidit, non acerbe atque dure tractat, verum omnibus christianae benignitatis officiis studet allicere, ut ad complexum Christi, Pastoris Boni, aliquando perducat».

tólica. Una manifestación y una contraseña de su autenticidad. En el programa de todo misionero que ama sinceramente a las almas campea radiante la norma del Apóstol: «hacerse todo a todos para ganarlos a todos para Cristo» (40).

Tal es la caridad que hay que cultivar en el corazón del candidato-misionero: una caridad hecha de entrega total, de adaptación, de comprensión y de ternura. Fácilmente se ve lo inmenso de la tarea: esa caridad no irá apoderándose del corazón sino en la medida en que éste se vaya despojando de su amor propio con sucesivas amputaciones dolorosas. Para lograrlo, me parece que el medio más excelente y rápido es fomentar un contacto asiduo de estudio y de afecto con el Corazón de Jesús, fuente de todo apostolado. En ese Corazón «que tanto ha amado a los hombres», y que es «el sagrario de las divinas larguezas» de donde manan «torrentes de misericordia y de gracia», es donde ha de beber el misionero un amor generoso hasta el sacrificio y delicado hasta la ternura propia del amor intuitivo de las madres (41).

3. Virtudes morales

a) Entre las virtudes morales, la que más sobresale sin duda en la figura clásica del misionero es *la fortaleza,* esa virtud que enardece al alma para correr tras del bien difícil, sin detenerse ni siquiera ante el máximo peligro de la vida.

Uno de los efectos más sorprendentes que obró el Espíritu en los Apóstoles el día de Pentecostés fué el ímpetu y el arrojo con que se lanzaron a la tarea «imposible» de conquistar el mundo; aquella santa audacia con que presentaron el Mensaje de un crucificado a hombres hostiles, orgullosos, engreídos; aquel resistir gallardo a todas las amenazas y abrazar fatigas y tribulaciones, y aquel gozarse en las contumelias por Cristo.

Desde aquellos primeros plantadores de la Iglesia —que la plantaron con su sangre, como dice la Liturgia— todos los misioneros que han dejado en las avanzadas del Reino de Dios las huellas de su personalidad, han sido hombres de corazón valiente y esforzado. Y tales han de ser, para estar a la altura de su vocación, todos los heraldos de Cristo. Les es necesaria la fortaleza en todas sus formas: fortaleza para acometer y para resistir (aggredi et sustinere); magnanimidad para emprender cosas grandes; paciencia y longanimidad para sufrir con ánimo: constancia y aguante, para no rendirse al cansancio y al desaliento.

Las dificultades y peligros no serán los mismos en todas partes; las renuncias exigidas a la naturaleza y las incomodidades han disminuído notablemente con los avances de la civilización; las ocasiones de martirio no existen en la mayor parte de las tierras de misión... Pero es y será siempre una empresa difícil y una obra de valientes el echar los cimientos de la Iglesia en un mundo no creyente, el dar testimonio de un Dios crucificado a hombres voluptuosos y soberbios, el sembrar esa simiente del Evangelio que dondequiera conmueve los espíritus y es para muchos piedra de escándalo y blanco de persecución encarnizada... El misionero podrá padecer más o menos a causa del clima, de la alimentación, de la soledad, de la pobreza, pero siempre tendrá que erguirse contra la resistencia de los corazones, siempre tendrá que estar alerta para la lucha, dispuesto a atacar posiciones difíciles y a resistir impávido los embates del adversario. «¿Qué dificultad o qué molestia, o qué peligro —se pregunta Benedicto XV— podrá detener en su obra a ese legado de Jesucristo? Nada, en verdad. Pues lleno de gratitud hacia Dios que le destinó a tan alta misión, abraza con magnanimidad todas las dificultades y asperezas que se presentan, los trabajos y contumelias, la indigencia, el hambre y hasta una muerte cruel, con tal de arrancar siquiera un alma de las fauces del infierno» (42).

---

(40) I Cor., IX, 19-22. — Cf. Charles, *Dossiers...*, n. 48; Manna *Virtú apost...*, pp. 82-84.

(41) Es San Pablo quien compara su actitud apostólica con la de las madres: Gal. IV, 19-20; I Thes., II, 7-8.

(42) *Maximum illud*, AAS, 1919, 450. — Javier insiste sin cesar en que los misioneros que se le envíen vayan bien apercibidos para toda clase de dificultades, persecuciones y peligros. Han de «tener mucho espíritu» (Carta 62, 1); «han de ser bien probados» (ib. 5); hombres «para muchos y grandes trabajos» (Carta 71, 5); «que tengan mucha experiencia de trabajos» (ib. 6); «Padres muy ejercitados y probados en el mundo» (Carta 73, 4).

Los espíritus encogidos y pusilánimes, aquellos que —como dice graciosamente Santa Teresa— no son de los «que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar», y que «en su sosiego allegaran almas al Señor, mas no poniéndose en peligros» (45), no son para misioneros. No lo son tampoco las almas que no saben llevar en sí la mortificación de Cristo, ni las que fácilmente se dejan vencer por el cansancio o el desaliento.

Quien se prepara para ser heraldo de Cristo ha de ir templando su corazón en la fragua del renunciamiento cotidiano y de la generosidad, hasta adquirir la intrepidez, la valentía y la resistencia de los héroes. Ha de tener en cuenta que la mayor dificultad y el mayor sufrimiento de su futuro apostolado no serán las fatigas apostólicas, ni las jornadas en que la mies copiosa deja rendidos los brazos. «No, el sufrimiento que abruma al misionero y le hace a veces repetir el «taedet vitae» de San Pablo y de San Francisco Javier, no es el que procede de la sobreabundancia de la mies en sazón, es el que proviene de las dificultades y demoras requeridas para hacer de un hijo de Satán y de un esclavo del mundo, un hijo de Dios y un elegido del cielo» (44). He ahí el cáliz más amargo del misionero. El cáliz que, según parece, tuvo que apurar el apóstol Santiago para plantar la Iglesia en nuestro suelo. El cáliz que apuró un Grollier —apellidado, por su celo, el Javier de las regiones polares—, quien al cabo de más de diez años de arriesgadas aventuras cayó en la brecha sin haber logrado bautizar más que algún niño moribundo. El cáliz que tocó al Obispo Turquetil en los años de ruda y angustiosa espera que le costó la conversión de los primeros esquimales.

Esta fortaleza apostólica —que, además de intrepidez en el acometer, es paciencia y aguante— tiene que alimentarse de abnegación y de amor a la cruz. De ahí que para cultivarla tenga grandísima importancia la fidelidad al deber cotidiano, con todas las renuncias y vencimientos que supone (45).

Resultado y manifestación espontánea de esa fortaleza en el apóstol suele ser un espíritu de optimismo radiante, de alegría juvenil, de buen humor. En la estampa clásica del misionero nunca falta esta nota, aunque diversamente matizada, según los temperamentos. La razón fundamental de tal optimismo es la conciencia de la propia entrega a la obra de la redención, y de la participación en los dolores salvadores de Cristo. Así San Pablo rebosaba de gozo en toda tribulación (46); y San Francisco Javier, al proyectar su ida al Japón, escribía al P. Ignacio: «Nunca podría acabar de decir cuánta consolación interior siento en hacer este viaje por ser de muchos y grandes peligros de muerte, de grandes tempestades, de vientos, de bajos y de muchos ladrones...» (47). He aquí una de las paradojas del cristianismo. «No hay clase de personas más auténticamente alegres que los misioneros» (48), los misioneros que precisamente abrazan la vida más dura y difícil.

Las otras virtudes que descuellan en el misionero son, sobre todo, la prudencia, la religión, la castidad, la mansedumbre y afabilidad, la obediencia y la humildad. Hemos de contentarnos con indicaciones muy breves.

b) *La prudencia*, virtud rectora de todas nuestras acciones, tiene capital importancia en el ejercicio de todo apostolado, por la exquisita delicadeza que exige el manejo de las almas, y por las graves consecuencias que lleva consigo. En las misiones es mayor la trascendencia y la necesidad de esa virtud, por ser más delicada y difícil la tarea de sembrar el Evangelio, que la de cultivarlo después: se requiere más sagacidad e industria para echar los cimientos de la Iglesia, que para construir sobre ellos; y la desmaña o el error en lo primero es mucho más nocivo que en lo segundo. Además el misionero se encuentra por lo regular con problemas espinosos de adaptación y con casos imprevistos que ha de resolver

---

(43) *Conceptos del amor de Dios*, 3.ª ed. (P. Silverio), Burgos, 1939, c. 2., pp. 28-29.

(44) Becker, *Le Père Gonnet*, p. 149 (Citado por Hugon, *Une carrière*, p. 8).

(45) Cf. Manna, *Virtú apostoliche*, c. X (Spìrito di sacrificio), p. 265-297.

(46) II Cor. VII, 4.

(47) Carta 41, 10. — Cf. 34, 4.

(48) Manna, *Virtú apost.*, 296: «Irse misionero es ir a sufrir; pero ir a sufrir en misión es ir al verdadero gozo. ¿Cómo se explica esto? La explicación... buscadla en la infinita bondad y generosidad del sacratísimo Corazón de Jesús. Todos los santos, y los hombres apostólicos en particular, lo han experimentado y lo experimentan de continuo...» — El P. Plus aduce esta hermosa cita de Mons. Retord, Obispo de Tonkin: «Aunque estuvierais tristes como un buho, os obligaría a reiros por lo menos diez veces al día; pues ni la persecución que durante veinte años ha pesado sobre mi cabeza, ni la buena media docena de enfermedades que me han asaltado terriblemente, ni la vejez... me han hecho perder un ápice de mi antigua alegría; canto siempre y bien fuerte, toda clase de canciones... en chino, en annamita, en latín y en francés...» (*Sembrad alegría*, pp. 169-170).

extremando su industria, su cautela y su tacto. Es preciso, pues, cultivar con gran esmero en los futuros apóstoles esta virtud de la prudencia, sobre todo en los aspectos de sagacidad o prontitud de espíritu para resolver por sí mismos casos urgentes, de perspicacia para descubrir las secretas entradas de los corazones, de circunspección y sensatez para juzgar rectamente y adaptarse a las circunstancias, sin dejarse llevar de la precipitación, del prejuicio o del capricho. No hay que confundir con la prudencia sobrenatural la llamada prudencia de la carne, ni esas mañas o astucias de que alardean a veces personas embrollonas y poco delicadas.

c) Entre las virtudes anejas a la cardinal de la justicia, el Misionero ha de cultivar sobre todo *la religión*. A la religión pertenece formal y directamente el anunciar el Reino de Dios y plantar la Iglesia (49); y la misma misión formalmente considerada es una verdadera consagración de ciertas personas para extender el culto divino en la tierra. Por eso el Misionero auténtico aparece siempre ante los infieles como un hombre al servicio de Dios, como «el hombre de Dios», «el hombre de la oración». Legado de Dios para anunciar su mensaje a las almas y para extender en ellas su divino reinado, el apóstol ha de nutrir en su corazón un gran espíritu de devoción, poniéndose con prontitud de ánimo y con plena disponibilidad de todo su ser al servicio de Aquel que le envió (50). Expresión perfecta de esa devoción son aquellas palabras del Salmo que hizo suyas el divino Misionero al entrar en el mundo: «Heme aquí... Cumplir tu voluntad, Señor, es mi deleite, y dentro de mi corazón está tu ley» (51).

d) A tal disponibilidad del ser en las manos de Dios, hay que añadir la plena sumisión a los representantes de Dios. El misionero no recibe su misión directamente del Señor, sino a través de la Iglesia. Por lo cual, si no quiere destruir la misma esencia de su ministerio, ha de vivir en *la obediencia*, inmolando y sacrificando ante Dios lo más noble y sagrado de su persona: la voluntad. Javier nada recomendaba tanto a sus misioneros como la obediencia, unida a la humildad. Tan necesaria cree aquella virtud que manda expulsar de la Compañía a los insumisos, sin tener en cuenta las «muchas buenas partes y cualidades» que tuvieran (52). El mismo nos dejó luminosos ejemplos de obediencia, como cuando abandonó su fructuosa y prometedora labor entre los macuas para ir a otra misión que le confiaba el Vicario General (53). El P. Manna no duda en llamar a la obediencia la «virtud reina» del misionero (54), que ha de resplandecer en él más que el mismo celo y la fortaleza. «En tanto serán —dice— verdaderos misioneros, en cuanto sean, como Jesucristo, verdaderamente obedientes» (55). He aquí, pues, una virtud que necesita esmerado cultivo en los jóvenes candidatos. Propóngaseles a menudo este sacrificio de la propia voluntad como el más noble y generoso de cuantos la vocación apostólica exige, y persuádaseles de que ese renunciamiento, lejos de achicar la personalidad, la dilata y aumenta sus energías, y además es condición necesaria para una labor misionera fecunda y fructuosa.

e) Junto a la obediencia, hay que poner *la humildad*, que cohibe el desordenado apetito de la propia excelencia y, vaciando y desprendiendo al hombre de las preocupaciones —tan hondas y tan insidiosas— del propio «yo», le coloca en plena actitud de servicio y entrega. El hombre humilde es el único que

---

(49) Santo Tomás dice que anunciar el reino de Dios «pertenece a la religión» (II, II, q. 101, a. 4, obj. 2); y pone entre las cosas sagradas que el sacerdote administra, en virtud de su función propia, la palabra divina *(Opusc. Contra impugn. Dei cultum...*, III, 45).

(50) Cf. II, II, q. 82, aa. 1 y 2.

(51) Ps. 39, 8-9. — Cf. Hebr., X, 5-7.

(52) Carta 70, 4.

(53) Carta 23, 1.

(54) *Virtù apost.*, 152: «...en esta época especialmente la idea del misionero se asocia más fácilmente a la de hombre celoso y valiente... Debe, sí, tener celo, ánimo veloroso e invicto... hasta el heroísmo; con todo su *virtud reina* no es el celo, ni el valor, ni el heroísmo. Sólo será buen misionero... si es obediente».

(55) *Virtù apost.*, 185.

puede ponerse entero, como instrumento manejable y dócil, a disposición de Cristo y al servicio de su Evangelio. «El apóstol —ha dicho GUARDINI— es el portador de un mensaje sin ninguna importancia personal. En él lo que importa es el mensaje» (56). Por eso, para que el mensaje luzca en toda su pureza y esplendor, sin adulteraciones y sin sombras, el mensajero ha de desposeerse y desaparecer. No habla en su propio nombre, no anuncia «su» Evangelio, no va en busca de sus propios intereses. Como Juan, el Precursor, debe empequeñecerse cuando Cristo llega a las almas, para que Cristo y sólo Cristo crezca. Si en su actuación buscara el propio medro, negándose a ser la mera «transparencia de Dios» (57), su obra apostólica se vería comprometida, esterilizada. «Dios siente horror por la idolatría. Cuando ve que la actividad de su apóstol carece de esa impersonalidad que su gloria exige a sus criaturas, a veces deja el campo libre a las causas segundas y el edificio no tarda en venirse abajo» (58). ¿No ha sido precisamente la falta de humildad lo que ha destruido en no pocos corazones apostólicos la llama del catolicismo, suscitando rivalidades, envidias y desavenencias, y deteniendo así el avance del Reino de Dios? ¿Y no tenía razón Javier al insistir con santa machaconería en que los misioneros se ejercitaran continuamente en la humildad? (59). Nunca trabajarán demasiado los futuros apóstoles en la adquisición de esta virtud que es liberación del alma y llave de los tesoros de la gracia.

f) Si la obediencia y la humildad dan al alma soltura y libertad para la acción apostólica, hay otra virtud que, desnudando el corazón de afectos humanos, lo libera en alto grado. Es *la castidad*. Por ser virtud difícil y poco «humana», da al misionero un ascendiente y un atractivo singular sobre los infieles. Ella es como la gema preciosa que más refulge en la corona del apóstol: es como la más clara manifestación e irradiación de lo divino. De ahí su gran poder conquistador. Hay que cultivarla, pues, con esmero en el corazón de los futuros evangelizadores, teniendo en cuenta además que en tierras de misión los peligros y tentaciones son, por lo regular, más graves que en otras partes (60).

g) Otra virtud moral en que ha de distinguirse el misionero es *la mansedumbre*, virtud cristiana y virtud apostólica de la que Cristo mismo se nos propuso como supremo dechado. En su complejidad abarca, además del dominio de sí mismo, la tolerancia de las flaquezas del prójimo, la dulzura y la benevolencia. En este sentido viene a ser una derivación de la caridad, la cual, según San Pablo, «es sufrida, es benigna..., no tiene celos, no se exaspera, no toma a cuenta el mal» (61). Esta mansedumbre y benignidad será en los Misioneros como «el buen olor de Cristo» que atrae los corazones y abre sus entradas íntimas mejor que todas las elocuencias.

Podríamos continuar la lista. Mas la figura vigorosa y descollante del misionero de Cristo aparece ya perfilada. Hemos ido recorriendo los rasgos más salientes de su fisonomía espiritual, y tenemos ante nosotros la estampa de un misionero ideal. «Inspicite —diremos a los candidatos y a sus formadores— inspicite et facite secundum exemplar»... Empeño grandioso y difícil al mismo tiempo, el de llevar a su coronamiento una vocación misionera. Hay que ir cultivando a la par un brasero de celo desbordante y un remanso de interioridad profunda; las audacias de un espíritu emprendedor y la perfecta y serena sumisión de la obediencia; el temple recio del conquistador y la dulzura de la madre; la firmeza inquebrantable en los principios y la elasticidad en las maneras; la prudencia de la serpiente y la sencillez y mansedumbre de la paloma...

---

(56) *Le Seigneur*, Paris, 1945, I, p. 80 (Cit. por MORTA, *Vida interior...*, p. 40).

(57) Expresión de CHAUTARD, *El alma de todo apost...*, 164.

(58) CHAUTARD, *El alma...*, 129.

(59) Cf. *Cartas y avisos espir...*, índice ascético, palabra HUMILDAD. Véanse, sobre todo, los avisos al P. Gaspar Barceo (97).

(60) Cf. JAVIER, *Cartas*, carta 41 al P. Ignacio, n. 3: «Para los que han de andar entre estos infieles... (es necesaria) mucha castidad, por las muchas ocasiones que hay para pecar.»

(61) I Cor., XIII, 4-5.

Así cultivó Jesús a sus Doce. ¡Quién hubiera podido asistir a aquel curso de «capacitación» apostólica!

4. Dones del Espíritu Santo

Incompleta quedaría nuestra exposición si no dijéramos siquiera una palabra de los Dones que vienen a dar cima y remate a las virtudes infusas, confiriendo a sus operaciones una modalidad divina o sobrehumana. «Los dones son ciertas perfecciones que disponen al hombre para seguir dócilmente la inspiración divina» (62). Sin el instinto y moción del Espíritu Santo las virtudes no actúan con toda perfección debida: son sólo virtudes al modo humano (63).

Los Dones se nos infunden todos con la gracia, al dársenos el mismo Espíritu Santo. Pero pueden y deben desarrollarse con nuestra cooperación. Para que logren su desarrollo normal la primera condición es la práctica de las virtudes morales, pues mal puede esperar ser gobernado por las mociones divinas quien no sigue las normas de la razón y la prudencia cristiana ni trabaja por domeñar sus pasiones (64).

Todos los Dones, por la divina ductibilidad que confieren al alma, tienen una función muy importante en la vida cristiana. Y todos ejercen un influjo especial en la formación interna del Misionero. ¿No se atribuye justamente al Espíritu Santo la expansión vital de la Iglesia en el mundo? ¿No fué el mismo Espíritu quien encendió en el seno de la Iglesia naciente aquel impulso irresistible de apostolado la mañana de Pentecostés? En la misión del Paráclito tiene su clave toda la obra misional de la Iglesia. Esta obra, comenzada con una explosión de vida y de fuego, ha continuado luego de manera más callada y ordinaria: pero el motor es siempre el mismo. El mismo Espíritu Santo, que, con la labor silenciosa de sus dones prosigue la empresa inaugurada ruidosamente entre carismas. Entre los Dones, los más característicos del alma misionera parecen ser el de consejo, el de fortaleza y el de piedad. Diremos una palabra de cada uno (65).

a) *El don de consejo* da al alma el juzgar pronta y seguramente, como por un instinto o intuición sobrenatural, lo que conviene hacer, sobre todo en los casos difíciles. A todo apóstol, a todo director de almas, a todo misionero en especial, se le pueden presentar casos repentinos e imprevistos, que no pueden resolverse con el trabajo lento y laborioso de la virtud de la prudencia y que exigen solución instantánea. Entonces es menester que el Espíritu hable al corazón, dándole el instinto certero de lo que hay que obrar. Este don de consejo ayudará al misionero a conciliar las exigencias del apostolado con la vida interior, la fortaleza con la dulzura, la prudencia con la sencillez. Le hará interpretar a la luz de la fe las situaciones particulares de los pueblos que ha de convertir, dándole el tino para adaptar la enseñanza del Evangelio a la mentalidad peculiar de ellos, y para descubrir en las almas todos los secretos recursos y disposiciones propicias, e inspirándole en la elección de los medios más oportunos para el establecimiento de la fe. Mucho importa, pues, fomentar este Don en los misioneros. Para ello es preciso nutrir en el alma una humildad profunda con el conocimiento de la propia inutilidad e ignorancia, y atender en silencio al Maestro interior, resguardándose de los ruidos de fuera. Al alma dócil y sumisa el Espíritu no le niega sus luces.

b) Como el don de consejo perfecciona la prudencia, así *el de piedad* da acabamiento y remate a la religión, excitando en la voluntad un afecto filial hacia Dios y un sentimiento de tierna fraternidad para con todos los hijos de

---

(62) SANTO TOMÁS, I, II, q. 68, a. 2.

(63) Cf. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana, Madrid*, B. A. C., 1954, n. 83, pp. 156-162.

(64) Cf. TANQUEREY, *Compendio de Teología ascética y mística*, París, 1930, n. 1315.

(65) Cf. sobre esos Dones: SANTO TOMÁS, II, II, q. 52; q. 121, y q. 139. — TANQUEREY, *Comp. de Teol. ascet.*, nn. 1321-1324; 1325-1329; y 1330-1334. — ROYO MARÍN, *Teología de la perfección*, nn. 279-284; 304-309, y 336-341.

Dios. Dios ya no se presenta sólo como Dueño supremo, sino ante todo como Padre amoroso. Y el alma, llena de ternura verdaderamente filial, se echa con inefable confianza y abandono en el regazo de ese Padre que está en los cielos. Y para ella se transforman todas las criaturas —todas le recuerdan la bondad y ternura de su Dios—, pero, sobre todo, los hombres, que vienen a ser miembros de la misma familia divina. Este don es especialmente necesario a las almas consagradas. Y el misionero es una de ellas: se ha entregado en pleno al servicio de Dios y precisamente a la labor más fundamental, que es echar las bases de la Religión en el mundo. Movido por el don de piedad, el heraldo de la fe se abandona totalmente en las manos del Señor, sin temer otra cosa que ofenderle (66), y sin ambicionar más que glorificarle y procurar que todos los hombres se reconazcan hijos de Dios y todos juntos santifiquen el nombre del Padre celestial. Este don es el que movía a San Pablo a afligirse con los afligidos y a alegrarse con los que reían y a hacerse todo para todos (67), y el que ponía en sus entrañas aquella paternal ternura que le hacía decir: «Filioli mei quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis» (68). Para imitar su ejemplo, el misionero cultivará con esmero en su alma el espíritu de adopción y de abandono filial, así como el espíritu de fraternidad universal.

c) Otro don característico —tal vez el más característico— del misionero es el *don de fortaleza*, que robustece el alma para practicar alegre e intrépidamente toda clase de acciones heroicas, con inquebrantable confianza en medio de los mayores riesgos. Ya vimos lo necesaria que era la virtud de la fortaleza al pregonero de la fe. Mas esa virtud no excluye toda vacilación ni todo temor, y con frecuencia no sería capaz de obrar con la decisión rápida y segura que requieren los trances apremiantes en que el apóstol se puede encontrar. Y a esto viene el don: a hacer al alma intrépida ante todo peligro. Recordemos la valentía de los Apóstoles después de Pentecostés, valentía sellada con el testimonio generoso de la sangre: «Accipietis virtutem... Sipiritus Sancti... et eritis mihi testes...» (69). Recordemos a Javier desafiando fatigas, molestias, peligros mortales, y experimentando en ellos inefables consolaciones (70). Pensemos en el heroísmo sobrehumano de tantos misioneros: héroes del frío o del calor, héroes de la soledad, héroes de las largas esperas y de los aparentes fracasos... Héroes de lo grande y de lo pequeño: así son los heraldos de Cristo, abroquelados por el don de la fortaleza. Para cultivar este don es medio muy excelente el acostumbrarse al exacto cumplimiento del deber, pasando por encima de todas las repugnancias, y el abrazarse valientemente con las cruces de cada día.

Vemos, pues, cómo la actuación de los dones da el último perfil —perfil divino— a la fisonomía espiritual del misionero. He ahí la imagen deslumbrante del alma apostólica, tal como la forman los esfuerzos de la virtud y las emociones —suaves y fuertes— del Espíritu. Cultivar la vocación misionera será ir desarrollando esas virtudes y dones hasta su pleno florecimiento, hasta lograr un retrato lo más acabado posible del misionero ideal. ¿Cómo se operará ese desarrollo concretamente? Aunque no pretendemos entrar en el orden de la práctica, si vamos a hacer unas sucintas indicaciones sobre los recursos que para el cultivo de la vocación nos ofrecen las manifestaciones ordinarias de la piedad cristiana y sacerdotal.

PARTE II: LA PIEDAD CRISTIANA Y EL CULTIVO DE LA VOCACION MISIONERA

La piedad cristiana tiene diversos matices y manifestaciones, según que se fije la atención especialmente en uno o en otro elemento o misterio del cristianismo. De esas manifestaciones en que florece la vida normal de piedad, vamos a considerar algunas, las más fundamentales y universales, para ver cómo pueden

(66) Cf. JAVIER. *Cartas*... 55, 23: «no hay cosa que teman, confiando en El, sino solamente de ofenderlo». — 72, 5, etc.
(67) Cf. I Cor., IX, 19-22.
(68) Gal. IV, 19.
(69) Act. I, 8.
(70) Cf. Cartas 31, 4-5; 34, 4; 41, 10; 46, 2; 51, 9-13; 84, 3-6.

servir al fomento y desarrollo de la vocación misionera. No podemos dar más que unas someras indicaciones, mas ellas bastarán para demostrar lo enraizado que está el elemento misional en la vida cristiana y en sus manifestaciones más características, y lo práctico que será, por tanto, aprovecharse de la devoción para nutrir el espíritu misionero.

1. La piedad litúrgica

Es la piedad oficial de la Santa Madre Iglesia, y, por lo mismo, la piedad fundamental de todo cristiano. La Iglesia, vivificada y gobernada por el Espíritu de Cristo, posee el instinto divino que le sugiere la manera más eficaz y perfecta de honrar a Dios. Su culto y su oración es el mismo culto y oración de Cristo Cabeza que se prolonga en sus miembros. Es la mediación del Gran Sacerdote que continúa, por medio de sus representantes en la tierra, todos los oficios de religión que la humanidad debe a Dios.

Un cristiano que asiste activamente a las funciones litúrgicas, se asocia en una honda comunión de espíritu y de vida, al culto perfecto con que la Iglesia honra a Dios. Por lo tanto, participa de las intenciones y sentires de ella, entrando, por decirlo así en los movimientos de su corazón. Si, además de cristiano, es sacerdote, él mismo representa y personifica a toda la Iglesia, siendo —según la expresión de San Bernardino de Siena— «totius Ecclesiae os» (71). Y no sólo representante de la Iglesia, sino instrumento y prolongación del mismo Cristo, «alter Christus». Ahora bien, quien de veras se une al fluir misterioso de la religión que brota del corazón de la Iglesia y del Corazón de Cristo, y, sobre todo, quien se siente representante y ministro de ambos, no podrá menos de verse arrollado por un torrente de catolicidad y de universalismo apostólico. ¿Cuál es, en efecto, la primordial preocupación de la Iglesia respecto al culto divino? ¿Cuáles sus anhelos más hondos? ¿Cuáles los intereses principales del Divino Mediador?... «Que sea santificado el nombre de Dios y que su Reino llegue»: ésas son siempre las primeras peticiones que florecen en el corazón y en los labios de la Iglesia orante. Que la Redención llegue a todas las almas para que Dios tenga un altar y un trono en cada una: ése es el deseo más ardiente de Aquel que bajó al mundo «propter nos homines et propter nostram salutem», y vertió su sangre para rescate de toda la humanidad. En una palabra, la mediación religiosa de Cristo y de su Esposa, la Iglesia, consiste en dar gloria a Dios mediante la liberación y santificación de los hombres, mediante la aplicación universal de aquella Redención copiosa operada en el Calvario. En esa perspectiva nos coloca siempre la liturgia de la Iglesia: perspectiva de redención y de universalismo.

Centro de la liturgia y de la religión cristiana es *el Santo Sacrificio de la Misa*, que es substancialmente el mismo sacrificio redentor del Calvario, con todo su valor infinito y con toda su proyección universal. Allí, sobre el altar, está Cristo entregándose —Sacerdote y Víctima— por la salud del mundo, «pro nostra et totius mundi salute». Allí está glorificando al Padre en nombre de toda la humanidad y atrayendo sobre ella todas las gracias de Dios. Allí está irradiando de su Corazón traspasado los tesoros infinitos de las divinas larguezas, distribuyendo los torrentes de su «copiosa redención» por todo el universo de las almas.

Por eso asistir a la Misa, y, sobre todo celebrarla, es entrar en el centro del universalismo redentor, es sumergirse en «el hontanar de la catolicidad» (72). Un poderoso impulso de apostolado brota del altar y remueve las almas de quienes con verdadera piedad se acercan. Y con el impulso apostólico, la divina lección sobre el sentido y el valor redentor de la inmolación y el sacrificio. Quien tome parte religiosamente en la Misa, quien viva su admirable liturgia y haga de ella el centro de su vida, beberá a raudales el espíritu misionero de Cristo, como lo bebían aquellos fieles primeros para los cuales ser cristiano equivalía a ser testigo y apóstol del Crucificado.

La liturgia de la Misa tiene su prolongación en *el Oficio Divino:* Oración hecha en el nombre de Cristo y según las intenciones de Cristo, que continúa ofreciendo al Padre

---

(71) Serm. XX (Cit. por Chautard, *El alma de todo apost...*, 253. — El mismo A. cita las palabras de Guillermo de París: «Sacerdos personam induit Ecclesiae, verba illius gerit, vocem assumit»; y las de San Pedro Damián: «Sacerdos Ecclesia tota est et eius vices gerit», ib. 254).

(72) I. Giordani, en su libro *Cattolicità*, Brescia, 1946, —libro editado en castellano por Luis de Caralt, Barcelona, 1953— tiene un capítulo hermoso dedicado a la Misa: «La fuente de la unversalidad» (239-250).

el infinito precio de su Sangre redentora, es oración de proyección ecuménica, oración eminentemente misionera. Las oraciones litúrgicas «son —nos dice Pío XII— de un modo peculiar "la voz de Cristo", quien "ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza» (73). Y de igual modo son siempre "la voz de la Iglesia", la cual expresa los anhelos y deseos de todos los fieles...» (74). Rezar con Cristo y con la Iglesia es dilatar las perspectivas del alma, es fundir nuestra feble voz humana en la potente salmodia divina del Mediador, y ayudarle a cantar el himno del universalismo: «Laudate Dominum omnes gentes»... «Rex magnus super omnem terram»... «Tota terra adoret te et cantet tibi».

Si la oración de la Iglesia nos educa apostólicamente por el hecho de hacernos entrar en comunión con los anhelos redentores de Cristo, también ejerce esa educación mediante la disposición externa de sus plegarias y ritos. Su admirable *ciclo litúrgico*, que gira todo alrededor del «Misterio de Cristo» —de Cristo Redentor y Cabeza del universo— es por sí mismo una escuela de celo y de catolicismo. Crea en torno de nuestras almas una atmósfera de espiritualidad impregnada de esencias «soteriológicas». Nos hace sentirnos miembros de Jesús y responsables de la difusión de sus gracias. El tiempo de Navidad nos presenta la misión del Verbo, que se hizo uno de nosotros para ser mediador y sacerdote de toda la humanidad. En Pasión y Pascua se nos pone delante la culminación de la obra redentora por la oblación del Gran Sacrificio. En Pentecostés vemos la misión y la actuación del Espíritu vivificando y moviendo a la Iglesia para que en ella y por ella Cristo alcance su mística plenitud. Un bullir de afanes redentores se nos presenta de todos lados. Y se nos invita y se nos mueve a participar en ellos, pues se nos hace sentir nuestro ser de miembros, nuestra gracia de redimidos, que es al propio tiempo gracia de «corredentores»...

Basta, pues, seguir con atención y cariño el espíritu de la Liturgia para descubrir doquiera las hondas preocupaciones de esta Iglesia que suspira por lograr su desarrollo completo. Y nada será tan a propósito para nutrir una vocación misionera como el contacto vivo y profundo con el sentir íntimo de la Iglesia hecho patente en la Liturgia. Las dos notas fundamentales del alma misionera —caridad universal y espíritu de sacrificio— alcanzan espléndido relieve en la oración pública de la Iglesia, oración que es la prolongación del «Sitio» de Jesús, y en el culto litúrgico, que gravita en torno al Calvario (75).

2. La piedad eucarística

Cristo, fuente de toda nuestra vida divina, se quedó con su Iglesia para ser su alimento, el Pan celestial que la sostuviera en la vida, la robusteciera para las luchas y la hiciera crecer hasta dar su talla plena. La Eucaristía es —como decía ayer Monseñor SAGARMÍNAGA— «cifra y expresión de las ansias de glorificación universal que tiene Cristo»; pues allí está Cristo ofreciendo al Padre el homenaje de adoración de toda la humanidad, allí está sediento de que de todos los rincones del orbe se alce al cielo el perfume de la única oblación inmaculada. Y ese Cristo sacramentado viene a ser el jugo y la savia que nutre las almas, el jugo y la savia que corre por las venas de la Iglesia y abrasa continuamente sus entrañas en afanes de crecimiento y de fecundidad. La Sangre redentora de Cristo, «la sangre derramada POR MUCHOS para remisión de los pecados» (76), cae sobre el corazón de la Iglesia —y de cada fiel que comulga— como un ascua divina prendiendo sagrados anhelos y exigencias: los anhelos y exigencias de un Cristo rebosante de Vida y de un Cristo que para lograr su plenitud quiso tener necesidad de los hombres.

---

(73) SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Psalm LXXXV*, n. 1 (ML, 37, 1081).

(74) *Menti nostrae*, AAS, 1950, 670.

(75) Dice DOM CHAUTARD: «A la palabra "*Sitio*", que dirigiste al mundo al morir, y que repites en el Altar, en el Tabernáculo y hasta en el seno de tu gloria, debe responder en toda alma... *un deseo vivo de consagrarse a sus hermanos; una sed ardiente de la salvación de todos los hombres, y un gran celo en favorecer las vocaciones...*» (*El alma...*, 274). — Sobre la idea misionera en la Liturgia se pueden consultar: ALFONZO, en *Teologia e missioni*, Roma, 1943, 231-243; — *Sacerdote e Missionario*, Roma, 1948, 85-96; PÍO M. DE MONDREGANES, *Manual de misionología*, 3.ª ed., Madrid, 1951, 101-112.

(76) Mat. XXVI, 28.

Es, pues, la Eucaristía fuente de universalismo y de afanes misioneros. Pero es además una escuela magnífica y una forja sin par de virtudes apostólicas. Escuela de celo ardoroso, y de abnegación, sacrificio y entrega total a las almas es ese Jesús del Sagrario que nos brinda su Corazón «horno ardiente de caridad», y «víctima de los pecados del mundo». Y forja de fortaleza, de generosidad y de alegría es ese Manjar de elegidos, substancioso, confortador, lleno de suavidad y de deleite. El Crisostomo veía a los cristianos volver del Sagrado Convite «como leones echando fuego y causando terror al diablo» (77). Y San Alberto Magno habla de la gran audacia que enciende en nosotros la Sangre generosa del Redentor: «ille enim Sanguis, valde nos facit audaces» (78). ¡Cuántas audacias apostólicas y cuántos heroísmos misioneros ha suscitado, alimentado y sostenido el Pan de la Eucaristía! (79). Si todos los fieles necesitamos buscar en Jesús-Hostia la fuerza para los combates de la vida, nadie con tanta razón como el misionero, que se prepara para derrumbar el reino de Satanás, puede exclamar ante el Sacramento: «Bella premunt hostilia, da robur, fer auxilium».

La piedad eucarística es, pues, un recurso de insospechables alcances en la formación de temples misioneros. Recurso «ontológico», necesario para nutrir y restaurar las energías apostólicas; recurso «psicológico» también, pues en la Eucaristía hallará el Misionero un Amigo dulcísimo y cercano, que muchas veces será su único compañero, su único sostén y consuelo.

3. La piedad mariana

La devoción mariana tiene su fundamento teológico en la doctrina de la doble maternidad de María. Madre por aceptación voluntaria de Cristo, de un Cristo Redentor de toda la humanidad, Ella queda implicada en el cometido redentor de su Hijo: Madre de un Cristo-Cabeza, Ella lo es, a la par, de todos los miembros de Cristo, de tal forma que toda la vida sobrenatural que hay en nosotros es a un tiempo *cristiana*, por venirnos de Cristo, y *mariana*, porque depende también del influjo materno de María y nos viene de su Corazón inmaculado. Ella es Corredentora del mundo, y lo es —aunque proporcional y subordinadamente— en la misma extensión en que Cristo es Redentor: es decir, no hay alma a la que no llegue su influjo, ni gracia que en Ella no tenga su origen.

De esta verdad que está siendo cada dia más esclarecida por la Teologia, se derivan dos consecuencias importantes para nuestra vida espiritual y apostólica. La primera es que, siendo María la «Madre universal», «Madre santísima de todos los miembros de Cristo» (80), nuestro amor filial para con Ella no puede ser auténtico si no excita en nosotros el empeño de «llenar de hijos su regazo» —como D. Angel nos decía—, si no nos mueve a prestarle ayuda para dar a su maternidad toda la expansión universal que reclama. Y la otra consecuencia es que nuestra vida sobrenatural, por ser una vida que nos viene del Corazón de la Corredentora, nos ha de configurar con Ella, haciéndonos «corredentores» con Ella, alcanzando todo el despliegue *católico* que exige el dinamismo interno de la Gracia que fluye del Calvario. Por donde se ve que la auténtica devoción mariana corre parejas con el espíritu apostólico y misionero.

---

(77) «Tamquam leones, ignem spirantes et diabolo terribiles» (*Homil.* 46 in Ioan., c. 3, MG, 32, 261).

(78) *De Euchar.*, dist. III, tr. II, c. 2, n. 2 (cit. en *Oportet illum regnare*, traducción española de A. Oñate, México, 1948, p. 166).

(79) En la biografía de un santo Obispo de las misiones polares —Mons. Grandin, O. M. I.— se lee esta deliciosa anécdota: hallándose en audiencia con Pío IX, solicitaba permiso para tener el Santísimo sin luz y para llevarlo consigo en sus largos viajes apostólicos, por no poder celebrar. El Papa creyó deber negar dicha gracia. Mons. Grandin, emocionado, dice: —Santidad, si nos quita a Nuestro Señor ¿qué será de nosotros? Pío IX comprende y accede, diciendo: —¡Mi querido obispo, en su vida llena de Sacrificio y de privación tiene V. tanta necesidad de Nuestro Señor!... (Jonquet, *Mgr. Grandin*, Montreal, 1903, p. 185-186).

(80) Pío XII, *Mystici Corporis*, AAS, 35, 248. — Cf. Pío XI, *Rerum Ecclesiae* AAS, 18, 83: «cum homines universos in Calvaria habuerit materno animo commendatos, non minus eos fovet ac diligit, qui se fuisse a Christo Iesu redemptor ignorant, quam qui ipsius redemptionis fruuntur feliciter».

Todos los privilegios marianos se refieren como a su centro a la Redención. Por lo tanto, todos tienen ese sentido universalista. Fijémonos, por ejemplo, en el dogma tan dulce de la Inmaculada Concepción. Si María apareció en el mundo llena de luz, de encantos y de gracia, fué para darnos el Redentor, fué, en definitiva, «propter nos homines et propter nostram salutem». Si nació pisando con su planta purísima a la Serpiente, fué, sí, porque en unión con su Hijo divino la había de aplastar en el Calvario, pero fué también porque en sus otros hijos Ella había de continuar hasta el fin de los siglos su victoria... Sólo entonces, cuando haya triunfado el Cristo total, será completa la victoria de la Inmaculada.

Estas verdades nutren y deleitan el alma del misionero. Le enseñan que María es Reina de las Misiones y Reina también de los Apóstoles; le hacen ver la obra misional como un actuar y prolongar en el mundo la función maternal de María, como una continuación de la lucha entablada entre la Princesa de la luz y el Príncipe de las tinieblas. Y esas perspecivas espléndidas y deliciosas pondrán en su corazón de apóstol algo de aquel instinto de ternura y comprensión maternal y algo de aquel celo animoso y combativo que puede admirar en el Corazón de su Madre y Señora (81).

La piedad mariana se manifiesta en devociones particulares. La más extendida entre los fieles —la tan popular y tan teológica del Santo Rosario— está cargada de hondo sentido misionero. El Rosario nos trae al recuerdo de una manera viva, la presencia de María en todos los misterios de la Redención, nos pone en contacto con las ansias maternales de la Virgen Corredentora, y nos hace pensar en tantos hijos lejanos que no conocen el calor de su regazo, ni el atractivo fascinador de su ser lleno de gracia. No podemos hablar con una madre sin hablarle de sus hijos, sin interesarnos por los más infortunados de ellos, pues son los que más preocupan y angustian sus entrañas. Tampoco podemos conversar familiarmente con María sin acordarnos de sus hijos infieles, sin compartir con Ella el dolor de las ausencias que se notan en el Hogar...

En la devoción a María tienen, por tanto, un recurso eficacísimo para su formación misionera cuantos se preparan para ser heraldos de Jesús en el mundo infiel. María, ideal espléndido de fortaleza y de ternura, de pureza y de celo: María en cuyo corazón se moldeó el Corazón del Divino Misionero, será siempre la celestial modeladora de almas apostólicas.

4. La piedad josefina

También la devoción a San José, el humilde y oscuro colaborador del Verbo Encarnado y de María, es muy propia para el cultivo de la vocación misionera.

Aquel desvelo y abnegación, aquel cariño encendido que el obrero de Nazaret ponía en el servicio de Jesús-Niño, viviendo sólo para El, trabajando y sudando para atender a su alimentación y desarrollo, no se terminaba en la persona física de Jesús, sino que se extendía a todo el Cristo místico. Por la misión privilegiada que le cupo al frente de la Sagrada Familia, José, con su modesta pero eficaz actuación, intervenía de una manera singular en el plan de la Redención del mundo. Para la realización de ese plan él sustentaba con su trabajo y atendía con amorosa vigilancia al Salvador y a la Corredentora. A eso iba encaminada totalmente su labor de padre legal y de esposo. Con justicia, pues, le invocamos como Patrono y «Protector de la Santa Iglesia».

En San José tienen un perfecto dechado los misioneros, esas almas que se consagran a procurar el crecimiento místico del «hijo del carpintero» a través del tiempo y del espacio. En él podrán aprender la preocupación tensa y constante por los intereses de Jesús, la entrega absoluta de toda la actividad y de la misma persona para los fines de la Redención, la amorosa identificación de sentimientos y anhelos con los de Cristo, todo ello perfumado de humildad, sencillez y pureza. Y a él podrán recurrir confiados en medio de los peligros y dificultades, pues quien «libró al Niño Jesús de inminente peligro de la vida» está siempre velando

---

(81) Sobre las relaciones entre la obra misional y la Virgen se puede consultar: OMAECHEVARRÍA, *Reina de las Misiones*, Bilbao, 1951; MONDREGANES, *Manual de Misionología, Madrid*, 1951, 149-161; — «*Reina de las Misiones*», extraordinario de «El Siglo de las Misiones», noviembre-diciembre 1954. — Con ocasión del Año Santo Mariano se escribieron muchos artículos sobre el tema en varias revistas nacionales (*Illuminare*, *Misiones Franciscanas*, etc.) y extranjeras.

con paternal solicitud por los ministros del Evangelio, dispuesto a hacerles triunfar de todos los obstáculos que se oponen al crecimiento universal de Cristo.

5. La piedad eclesiástica

No quedaría completa esta breve exposición sobre el cultivo espiritual de la vocación misionera si no aludiéramos a una forma de devoción que va adquiriendo gran relieve en la espiritualidad moderna, y que es fundamental en la vida interior de todo cristiano, pero mucho más en la de todo sacerdote, y sobre todo en la del misionero. Tal es la devoción eclesiástica, que consiste en un amor apasionado y entusiasta, tierno y filial a la Santa Madre de nuestras almas, y en una docilidad y sumisión completa a sus enseñanzas, a sus mandatos y a sus mismos deseos y sentimientos. Amar a la Iglesia y sentir con la Iglesia, impregnarse de espíritu eclesiástico ¿no es esto una disposición excelente —y necesaria por otra parte— para la formación del misionero, que va a ser el representante de la Iglesia en las regiones de infieles, y el portador y plantador de la misma Iglesia?

El espíritu de devoción a la Iglesia le hará fundir sus anhelos y aspiraciones con los del «dulce Cristo en la tierra»; le hará participar de sus inquietudes universales, como participa el buen hijo en las preocupaciones de sus padres; y, por tanto, le ensanchará el corazón, haciéndole ver su propia limitada acción apostólica en la perspectiva de una empresa mundial, gigantesca. En una palabra, el espíritu eclesiástico dará al misionero su auténtica dimensión católica, liberándole de los egoísmos y particularismos que pueden minar la obra del apostolado.

Además ese espíritu dispondrá al apóstol para el sacrificio perfecto, nutriendo en él una adhesión incondicional a las consignas de la Jerarquía, y una dependencia y sumisión y entrega absolutas. Quien nutra en su corazón esa devoción filial a la Madre Iglesia, sabrá entregarse con entera y confiada disponibilidad, sabrá sacrificarse por Ella, estará persuadido de que seguirla es seguir a Cristo, y no vacilará en renunciar por Ella a sus propias miras y hasta a sus propios juicios. Y así la Iglesia irá con él dondequiera, irá encarnada en él, y en él encontrará un instrumento eficaz de difusión y prolificación, una vivencia luminosa del amor maternal que a Ella le hierve en las entrañas.

Las ligeras indicaciones que llevamos hechas se podrían completar con la consideración de otros aspectos de la piedad cristiana. Pero lo expuesto es suficiente para demostrar hasta qué punto fomenten el espíritu misionero las manifestaciones más ordinarias de la piedad cristiana. No podía ser de otro modo, ya que lo cristiano es inconcebible sin lo misional. En la piedad, pues, tenemos un recurso excelente para la formación misionera: tenemos el nutrimento jugoso y el tempero adecuado para el desarrollo lozano de esa planta divina que es la vocación al apostolado de las misiones.

CONCLUSION

Era nuestro propósito poner ante los ojos de los misioneros en ciernes y de sus formadores espirituales los principales trazos de la fisonomía sobrenatural del auténtico misionero de Cristo, así como indicarles algunos medios generales con que lograr la progresiva realización de dicho ideal, o sea el cultivo de la vocación.

¿Lo hemos llevado a cabo? Después de ir recorriendo las diversas virtudes y dones que caracterizan al heraldo ideal del Evangelio, nos queda la impresión de que el diseño es muy imperfecto y muy débiles sus trazos. Por lo menos, habremos dejado asentada la idea de que la personalidad espiritual del misionero es de una riqueza inmensa y de un relieve grandioso, que se resiste al análisis y a la descripción. Prolongación y encarnación de Cristo misionero —de aquel Jesús que nos «fué enviado para evangelizar a los pobres»— el vocero del Evangelio ha de ser hombre de espíritu ardiente y de corazón abnegado, hombre de santas audacias y de entera sumisión de voluntad, hombre para la guerra y para la paz, para la dureza y para la ternura, hombre «católico» por la proyección de su mirada —«para ganarlos a todos»— y por la profundidad de su entrega —«me he hecho todo para todos»—...

Para forjar hombres de ese temple hemos visto los recursos que ofrece la vida de piedad cristiana. Pero faltaría explicar más en detalle cómo actuar en los

jóvenes para obtener el progresivo desarrollo de la personalidad misionera. Por eso la pregunta: ¿cómo formar misioneros? queda sin respuesta plena y adecuada. No podemos entrar en el terreno de la práctica porque allí las situaciones son infinitas. Hay que atender a la psicología de los individuos y a sus inclinaciones temperamentales, para inhibir unas tendencias y fortalecer otras. Hay que atender también a la diversidad de los campos misionales: en unas misiones será necesaria una fortaleza heroica, en otras excepcional prudencia, en otras una mansedumbre a toda prueba.

Lo que ante todo importa es que los futuros misioneros y sus formadores lleven bien clavada en el alma la práctica convicción de que es preciso tender con todas las energías del alma a la realización del misionero ideal, del misionero santo, del misionero-encarnación de Jesús, por medio del cual Jesús aparezca en su esplendor y su gracia a los pueblos infieles. A Monseñor Builes cuando fundaba el Instituto de Misiones de Yarumal, le decía Pío XI: «Hágame misioneros santos o no me haga nada.» Sin santidad, sin virtud profunda, nunca está un hombre a la altura de la vocación misionera.

Obra trascendental y hermosísima la de formar esas almas apostólicas. Mas no pensemos que es obra reservada a los directores de seminarios o institutos misioneros. Todos nosotros estamos empeñados en la alta tarea. Cuando pedimos a Dios que «envíe operarios a su mies», pidámosle que salgan promociones de estos operarios auténticos, de estos hombres forjados y moldeados en el Corazón del Redentor y encendidos por su divino Espíritu... Y en ellos y por ellos el mundo oirá «a Cristo que predica a Cristo».

X

Lugar de la caridad en la Teología misionera

LA CARIDAD QUE PROMUEVE E INFORMA LAS OBRAS APOSTOLICAS EN LAS MISIONES, CONSTITUYE LA FACETA MAS ACUSADA DEL APOSTOLADO MISIONERO EN LOS TIEMPOS MODERNOS

R. P. Dr. Antonio Brásio, S. Sp.
De la Redacción de "Portugal em Africa".
Lisboa

Este es el tema de la novena lección de la Semana Intensiva de orientación misionera. Caridad promotora, caridad informativa, caridad característica del apostolado misionero moderno. Un mundo de problemas de misionologia doctrinal y pastoral, enunciadas en tres adjetivos inocentes: promotora, informativa, característica.

Diríase que la redacción de este tema enuncia y sugestiona simultáneamente una tesis defendida y debatida con rigor en estos últimos veinticinco años entre catedráticos y tratadistas: la tesis del fin específico, definidor y propio de la Acción misionera de la Iglesia. La tesis «oculta» en el enunciado me parece exigir la respuesta a esta pregunta: ¿Qué lugar exacto ocupa la caridad en la teología misionera? ¿Es apenas un incentivo, un dinamismo subjetivo, alma y fruto de un ideal de conquista, o será mucho más: esa llama divina, el propio fundamento constitutivo de la acción misionera de la Iglesia? Con otras palabras: ¿será verdad que la caridad, si bien tan frecuentemente invocada por las Encíclicas pontificias, por los tratadistas tradicionales, por los propios misioneros, nada tiene que ver con la dogmática misional, sino que interviene a lo sumo como motivo puramente subjetivo? (1).

El enunciado de mi tesis es ya, en sus propios términos, una toma de posición: caridad *promotora,* caridad *informativa,* caridad *característica* del apostolado misionero. Ahora bien, promover, informar, caracterizar, no es algo puramente subjetivo, sino que son tres verbos específicamente activos, que manifiestan irremediablemente la existencia de una fuerza latente e íntima de la que se puede decir, con rigor filosófico: *operari sequitur ab esse;* axioma que San Gregorio tradujo con un realismo teológico admirable: *Probatio dilectionis, exhibitio est operis* (2). El amor se prueba y manifiesta por la acción.

Antes de abordar el tema de la caridad en la actividad misionera de la Iglesia parece conveniente y tal vez necesario, esclarecer y asentar algunos principios básicos, de doctrina común y corriente entre misionólogos. «Para conocer el concepto de misión que en la actualidad está vigente en la Iglesia, sólo los documentos eclesiásticos actualmente vigentes, nos interesan directamente...», escribe el P. André Seumois (3). Los documentos eclesiásticos vigentes me parecen bastante claros y según ellos ordenaré los principios de esta cuestión básica de la misionología.

---

(1) Encontrándose actualmente el autor de este artículo en los archivos de Roma dedicado a trabajos de investigación, no ha podido compulsar las citas y por ello desistimos de ponerlas aqui.

I. — FINALIDAD ESPECIFICA DE LA ACCION MISIONERA

Según un criterio *mere extrinsecum*, tanto para la constitución «Sapienti Consilio» de 1908, como para el Código de Derecho Canónico, es tierra de misión toda la región «*Ubi hierarchia nondum constituta, status missionis perseverat*» (4). El elemento especificativo según el código, es la organización o no organización de la sagrada Jerarquía. Aun este criterio no es absoluto ni universal, en el pensamiento expreso del mismo Código, pues, tierras hay que, a pesar de la Constitución de la Sagrada Jerarquía, deben prácticamente considerarse tierras de misión, en virtud de una cierta imperfección de su evolución *(inchoatum aliquod)* (5). Este «*inchoatum aliquod*» se refiere, en el aspecto material, a la carencia de iglesias y desde el punto de vista espiritual, a la falta del clero indígena suficiente. Por eso el misionólogo alemán P. Schwager, SVD, determina con mayor exactitud el texto del derecho. Según él, la tierra de misión aquella «*in qua hierarchia* indígena *nondum est introducta*». Es el caso de las provincias ultramarinas de Portugal, de Africa del Sur, del Africa Occidental y Oriental Británica, y no tardará, el del Africa Occidental Francesa. Pertenecer o no, administrativamente, a Propaganda Fide no es criterio distintivo suficiente para que determinado territorio sea o no considerado tierra de misión.

El criterio distintivo de tierra de misión debe determinarse, no por accidentes de carácter disciplinar o administrativo, sino por la Constitución específica que en ella descubre la Teología (6). El P. T. Grentrup al determinar el concepto científico de tierra de misión escribe, con su claridad habitual: «Est ea in qua religio catholica, licet populo iam insideat, in statu nascentis adhuc perseverans ad existentiam perfectam nondum pervenit» (7). Y sirviéndose de una feliz analogía, el celebrado autor continúa: «Ecclesia in terra missionum nondum constituta, sed in statu impubertatis versatur.»

Procuran los misionólogos establecer el criterio por el cual se puede saber *cuándo y cómo* la misión pasa de la «juventud» a la edad «adulta», o sea cuándo se debe tener por terminado el trabajo de evangelización de carácter misionero.

Grentrup responde categóricamente: «*Tunc quando nova illa Ecclesia ita existit et operatur, sicut caeterae ecclesiae particulares.*» Por tanto cuando la Iglesia alcance en China, en las Indias, en Africa, etc., la misma subsistencia y organización que tiene en Italia, en España, en Portugal, etc., ha llegado el momento de no considerar ni llamar a China, etc., *tierra de misión*. Pero, en concreto, qué «quid» deben adquirir en su evolución lentamente como la vida las tierras de misión para conseguir el «statum perfectum», la edad «adulta»?

La Iglesia no es un ente de razón, sino un cuerpo vivo, orgánico, cuyos miembros son *individuos* dotados de razón y libertad. La religión católica puede considerarse organizada, y consolidada en una determinada región, en el momento exacto en que se puede afirmar con verdad que los «medios ordinarios» de santificación se encuentran de tal modo establecidos y estabilizados, que por sí son suficientes para la salvación de su pueblo.

Pero estos individuos, como «miembros» que son de un cuerpo vivo, forman una «entidad social». Importa por tanto, que el pueblo cristiano constituya por sus propias fuerzas la Iglesia «in se subsistens», sin otra dependencia que no sea la de la Santa Sede. Para alcanzar este escalón se requiere y basta *essentialiter*, que el pueblo cristiano haya alcanzado aquel desarrollo y estructura que le pongan en disposiciones de producir su propio clero desde el sacerdocio al episcopado.

Efectivamente, la carencia de esta virtualidad espiritual es nota ineludible de que la vida religiosa y moral no llegó aún a su plena madurez.

Esto mismo dice luminosamente a los Superiores de las Ordenes y Congregaciones misioneras la S. C. de Propaganda en su decreto del 20 de mayo de 1923. «Solamente entonces se puede decir que está fundada la Iglesia en una región, cuando ella se gobierna allí por sí misma, con iglesias propias, con clero propio nativo, con medios propios, en una palabra, cuando no dependa más que de sí misma» (8).

A los Presidentes de las OO. MM. PP. decía Pío XII, en el 24 de junio de 1944:

«El fin grande de las misiones consiste en establecer la Iglesia en nuevas tierras y

hacerle echar hondas raíces, de modo que pueda un día vivir y desarrollarse sin la ayuda de las Obras Misionales. La obra de las misiones no tiene el fin en sí misma: tiende plenamente al otro fin y se termina cuando lo consigue» (9). Al inaugurar el 2 de junio de 1948, el Colegio de San Pedro en el Janículo, el Santo Padre declaraba expresamente: «Sacrae Missiones (...) iam multis in locis feliciter excreverunt fereque illud attingere propositum quod earum proprium est, Ecclesiam videlicet in novis terris constabiliendi, ita ut, radicibus ibi alte defixis, ipsa per se, sine exterorum sacerdotum adminiculis, prospere vivat libereque explicetur» (10).

En su carta al Cardenal Prefecto de Propaganda, del 9 de agosto de 1950, refiriéndose a las palabras anteriormente citadas, el Santo Padre escribió: «Aperte declaravimus praeclarissimun esse finem expeditionum Sacrarum, Ecclesiam im locis infidelium firmiter constituere, adeo ut radices altius agendo, per se ipsa vivere et efflorescere queat sine missionalium operum adiumento, quod proinde, cum suimetipsius ibi ratio desit, cessare debet» (11).

Finalmente en la Encíclica «Evangelii Praecones» del 2 de junio de 1951, Pío XII escribió esta definición preciosa: «Como ya todos saben, estas sagradas expediciones tienen como fin el hacer brillar con mayor esplendor la verdad cristiana en los nuevos países, y formar nuevos cristianos. Sin embargo es de todo punto necesario que aspiren como a suprema meta —lo que deben tener siempre ante sus ojos— a consolidar la Iglesia cristiana sobre bases firmes en otros pueblos, preocupándose por dotarla de propia jerarquía escogida entre los miembros del clero indígena» (12).

Pío XI preguntaba (pregunta que encierra evidentemente una respuesta profunda): «¿Cuál es el fin de las misiones sino fundar e implantar la Iglesia en estas inmensas regiones?» Desde la Rerum Ecclesiae de 1926, hasta la gran encíclica misionera de Pío XII, la teología misionera, en un trabajo intenso de aquilatamiento de conceptos —trabajo que se ve en los documentos oficiales de la curia Romana y en los estudios de los misioneros— la teología misionera llegó a esta definición que me parece sustancialmente inmutable: El fin último y específico de la acción misionera es el establecimiento o implantación de la Iglesia visible y jerárquica, en tierras de infieles, de manera estable y definitiva. Schmidlin, Charles, Grentrup, Perbal, Lange, De Lubac, Seumois, Monseñor Paventi, Mondreganes, etc..., quedarán señalados en la historia del concepto y definición científica de la finalidad propia y específica de la acción misionera de la Iglesia.

Al comenzar el capítulo tercero de su excelente «Chiesa Missionaria», Mons. Paventi, escribe estas clarísimas palabras: Prima di tutto è necessario distinguere tra fine o scopo e motivo di un'azione. Il fine è ciò a cui tende l'azione e che è primo nel' intenzione ed ultimo nell'esecuzione. Il motivo è il principio, che giustifica l'azione. I filosofi lo chiamano oggetto formale «quo»".

Sobre el primer problema... *satis prata biberunt.* La terminología de los documentos oficiales no deja lugar a dudas: fundare, stabilire, constabilire, firmiter constituere, solide stabilire, instituere, son verbos suficientemente activos. Mas importa (para venir específicamente al tema de esta lección) distinguir. Pero distinguir o especificar no es excluir.

II. — EL FUNDAMENTO DE LA ACCION MISIONERA

El motivo o el principio que justifica la acción misionera, que el P. Omaechevarría, quiere que se llame el «fundamento constitutivo» de esa misma actividad, o sea el fundamento teológico del que brota el dinamismo de la Iglesia a la conquista del mundo, es la «catolicidad» (13).

No se trata aquí de *justificar* la fuerza expansiva, el dinamismo procreador, la vitalidad prolífica de la Iglesia por la acción misionera. No se trata de saber si la Iglesia tiene el *derecho* de propagarse reproduciéndose vitalmente como los peces del mar o los pájaros del cielo, como nunca nadie pensó en justificar o poner en duda el derecho que los ojos tienen de ver: la naturaleza no se justifica, se constata y se explica. La Iglesia, siendo católica por naturaleza es misionera por naturaleza y es por medio de la acción misionera como efectúa o reduce al acto aquella potencialidad o fuerza reproductiva y vital que es elemento imprescindible y necesario de su propio ser y que el P. Schultes, O. P. resumió en esta frase feliz: «Vis activa et expansiva qua Ecclesia tendit ad propagationem suam usque ad extremos limites terrae» (14). Aquel «euntes, docete omnes gentes», más que un mandato de predicación del Verbo, tiene relaciones misteriosas con el mandato expreso en el Génesis; «Crescite et multiplicamini et replete terram» (15).

La Catolicidad es —dice con feliz acierto el P. Omaechevarría—: «El empuje biológico que la lleva a propagarse (yo diría a reproducirse maternalmente) por todas las regiones habitadas del planeta»; es aún en la palabra autorizada y lapidaria del R. P. Zameza: «esa fecundidad desbordante, cargada de gérmenes de vitalidad expansiva», simbolizada por el viento y las lenguas de fuego del Cenáculo (16).

Importa ver aún más concretamente nuestro tema, e inquirir cuál sea la finalidad específica *próxima* a la catolicidad de la Iglesia: es fundarla, establecerla, plantarla, o es convertir las almas? Nos inclinamos resueltamente por la conversión de las almas. La finalidad específica, *próxima, inmediata* de la catolicidad es bautizar, esto es, incorporar a los fieles en su propio gremio, «in aedificationem corporis Christi» (17). La finalidad específica *próxima, inmediata* de la catolicidad, consiste en arrancar de las canteras de la gentilidad las piedras y en prepararlas para edificar esa construcción gigantesca, que tiene los fundamentos en la tierra y la cúpula en el cielo. ¿Y de dónde o de quién recibe la Iglesia ese impulso, esa inquietud, esa insatisfacción, esa ansia de conquista, ese deseo indomable de «instaurare omnia in Christo», «usque ad ultimum terrae», «usque ad consummationem saeculi»? Del precepto de Cristo: *euntes, docete, baptizate omnes gentes?* ¿De la angustia maternal que le causa la pérdida de tantas almas? ¿De la penuria espiritual y material de pueblos enteros «sentados a la sombra de la muerte»? (18).

Sí, de eso y de algo más: de la Caridad que la inflama, de la Caridad que es su propia alma; de la Caridad que es su propia vida, alma y vida que la impele, que la impulsa, que la transporta, que la urge a la acción. Es propio de la *naturaleza* de la catolicidad, comunicarse, extenderse, reproducirse, como es propio de la naturaleza de los ojos ver, del corazón latir, de la lengua hablar. Pero la naturaleza, principio efectivo y pasivo de la acción, rico de potencialidad, necesita de un agente que le ponga en movimiento, necesita de condicionalismo propio, sin el cual queda estático, inoperante. Es éste el papel de la Caridad con relación a la fuerza vital y expansiva de la catolicidad de la Iglesia.

Tengo por absolutamente exacto, dentro de la teología misionera, afirmar que la Caridad promueve, la Caridad informa, la Caridad constituye la faceta más evidente y característica del apostolado misionero moderno, como el de todos los tiempos. No necesitamos recurrir a la escuela romántica de Chateaubriand, vigorosamente procesada por el malogrado Padre Charles; no necesitamos acudir a las lágrimas y a la miseria incurable de las poblaciones gentiles que evangelizamos: la Caridad es por sí misma «imperativo» más que suficiente para lanzar a los Apóstoles de Cristo a la conquista del mundo. Ella *promueve* porque es alma; ella *informa* porque es vida; ella *caracteriza* porque es, en expresión exacta de Lacordaire, una virtud «reservada» del *Cristianismo*, marcando con sello blanco todas sus obras, tornándolas inconfundibles y haciéndolas distintas de las obras similares del laicismo o de la filantropía; en una palabra exclusivamente cristiana —obras de Amor.

III. — EL ALMA DE TODO APOSTOLADO

La vocación de evangelizar gentiles es don divino: «Mihi *data est gratia haec*, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi» (19). Los misioneros de Cristo, «dispensatores mysteriorum Dei», «tanquam morti destinatos», «spectaculum mundo, angelis et hominibus», «stulti propter Christum», son generalmente impelidos o imperados en su vocación, por la misma íntima fuerza que lanzó a los primeros apóstoles a la conquista del mundo romano, que San Pablo concretizó y reveló en una palabra sola: *Charitas Christi urget nos* (20): la Caridad de Cristo nos lanza, nos impulsa. No se me pregunte el por qué de la razón de esta fuerza incontenida, de esta irradiación, de este fuego que quema e ilumina. Es propio de su naturaleza, de su mismo ser y esencia operar, comunicarse, iluminar, irradiar... Es propio de la misma naturaleza constitutiva de la catolicidad extenderse, reproducirse. Pero esta apetencia ingénita, esta *po-*

tentia rei quae naturaliter propendet in suum bonum et finem, como dicen los filósofos, tiene que ser actualizada, pasar de principio remoto de operación que es, a realizadora de la voluntad expresa de Dios, el Divino Maestro. Este es, el papel específico y propio de la caridad apostólica.

Según Santo Tomás, sin caridad primeramente, virtud ninguna moral sobrenatural puede existir (21); como reina que es, «impera» a todas las virtudes: *extendit se ad actus totius humanae vitae per modum imperii* (22). Manda, dice Santo Tomás, como el maestro de obras al peón, como el general al simple soldado. La caridad es reina e impera porque entra en la definición de toda virtud: *ponitur in definitione omnis virtutis quia dependent ab ea aliqualiter omnes virtutes* (23). Es reina e impera; porque es *madre* de toda virtud: *mater est, quia ex apetitu finis ultimi concipit actus aliarum virtutum, imperando ipsos* (24).

Es reina e impera, porque es la *forma* y *raíz* de todas las virtudes, según la palabra inspirada *in charitate radicati et fundati* (25). Es reina e impera porque es para todas ellas *sustento* y ama: *comparatur fundamento et radici, in quantum ex ea sustentantur et nutriuntur omnes aliae virtutes* (26). Es reina e impera porque es la *causa motiva* de todas las virtudes: *inquantum habet ultimum finem pro objecto, movet alias virtutes ad operandum* (27). Virtud *ninguna* posee tanta inclinación para su acto propio como la caridad: *nulla virtus habet tantam inclinationem ad suum actum, sicut charitas; nec aliqua ita delectabiliter operatur. Ita etiam charitas, qua formaliter diligimus proximum, est quaedam participatio divinae charitatis* (28).

La actualización de la apetencia ingénita de la catolicidad de la Iglesia es papel de la caridad apostólica que Santo Tomás llama explícitamente, un motor: *charitas ad alias omnes virtutes comparatur (...) ut motor. Quod motor sit omnium aliarum virtutum* (29). Santo Tomás afirma, con su incomparable autoridad teológica: *actus est principaliter illius virtutis, ad cujus finem ordinatur* (30). Las otras virtudes pueden mandar o no; la caridad, impera siempre, al menos virtualmente. «En aquel que posee la caridad no puede haber ningún acto de virtud que no sea imperado por la caridad», enseña el Doctor Angélico (31). San Agustín, dice también, con su habitual altura de pensamiento: «*Ubi caritas est, quid est quod possit deesse? Ubi autem non est, quod possit prodesse?*» (32).

Podemos, por tanto, concluir con el R. P. Perbal, que la caridad invade el dominio de todas las virtudes, impera sus operaciones para tornarlas meritorias y algunas veces toma el lugar de ellas para actuar sola (33). Es, para mí, inadmisible pretender relegar la caridad en el apostolado misionero a un papel secundario de imperativo meramente subjetivo. Como escribe Perbal, se mire por donde se mire el problema, téngase a la vista a Dios, a la Iglesia, la caridad *tiene que intervenir siempre*, para elevar, ennoblecer, reforzar y enriquecer el apostolado misionero. (Ibídem.)

En aquel precioso momento en que la caridad fué infundida por el Espíritu Santo en el corazón del cristiano, del simple bautizado, esta alma no pudo soportar que le pongan límites o fronteras al amor conquistador. Ama con el corazón de Cristo. Se transforma en un incendio que sólo se sentirá satisfecho cuando tuviere abrasado el mundo entero: ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur? (34).

Así es el corazón del simple bautizado... ¿Y qué diré del corazón sacerdotal, que debe latir en unísono con el Corazón del Maestro, según la recomendación de San Pablo? *Hoc sentite (...) quod et in Christo Jesu* (35). El 13 de noviembre de 1936, Pío XI dice a los congresistas del II Congreso Internacional de la U. M. C.: «Nuestro sacerdocio no está al margen del de Cristo, es precisamente su continuación. El sacerdocio de Cristo es un sacerdocio esencialmente misionero. En la Iglesia hay un único sacerdocio, esencialmente misionero.» Y Pío XI concluye: «Si, por consiguiente, a nuestro sacerdocio falta el celo misionero y la benéfica actividad para tornarlo práctico y eficaz, le falta una cosa esencial.» Esto es, sacerdocio sin celo misionero, no es sacerdocio de Cristo, pues el sacerdocio al que falta algo esencial, es sacerdocio gravemente mutilado. Decir de un católico o de un sacerdote que él es *también* misionero, es decir dos veces la misma cosa, escribe y dice Mons. Lavarenne, para concluir: y no es uno verdaderamente católico ni padre, si no es misionero.

No puedo resistir, en este momento y en este lugar, al placer de traduciros el mensaje misionero del Padre Carlos de Foucauld a los sacerdotes. Helo aquí:

Hermanos en Jesucristo: Vosotros que participáis conmigo en el sacerdocio

del Padre Eterno, tendréis por cierto, vuestras vocaciones especiales y vuestras ocupaciones distintas. Mas, porque sois Padres, es necesario, también, con toda evidencia y estricta obligación, que seáis misioneros. Nuestro Sacerdocio, como el de Cristo, del cual participamos, no tiene límites de duración; de la misma manera, tampoco tiene limites en el espacio. Escribimos estas palabras, tal vez, en nuestros «momentos» de ordenación y de primera Misa: «Padre para la eternidad»; del mismo modo podríamos haber escrito: «Padre para todo el universo». ¡Ah! si nos figuramos que sólo nos bastaria, para desempeñar nuestra tarea, amar a nuestra Iglesia parroquial, visitar a nuestros enfermos, dar catecismo a nuestros niños, promover las obras innumerables de apostolado moderno, o también, corregir exactamente los ejercicios de nuestros alumnos, distribuirles en abundancia el alimento fuerte de la ciencia profana y el alimento más indispensable de la vida cristiana, y después de eso, ¡Dios mío! dar a la Obra de la Propaganda de la Fe nuestros 10 francos de cotización, o aún más, 26, para comprar barato el derecho de indulgenciar más abundantemente los rosarios; si juzgamos que nos bastaría inscribir con exactitud y transmitir al obispado las sumas que celadoras piadosas nos traen a fines de año —si imaginamos cumplir de esta manera nuestro deber misionero; ¡hermanos en Jesucristo, nos engañaremos! *Nous nous sommes trompés!*

Pero sobre todo, sobre todo si acontece que poco a poco nuestro horizonte se estrecha; si, a fuerza de preocuparnos con las necesidades de la defensa y de la conquista religiosa interior, olvidamos las de la expansión de la Iglesia, si, asustados por los sacrificios que es necesario pedir a los católicos de Francia para el dinero del culto o para la enseñanza libre, pensamos, en voz baja, que las Obras Pontificias son unas aborrecidas singulares, y que debian, en todo caso, pasar después de las otras; si mostramos algún mal humor en que el hijo de nuestro sacerdocio, preparado con tanto amor, para el seminario diocesano, se orientase para las misiones, y si le hacemos amonestaciones y le reprendemos por eso —¡hermanos en Jesucristo, nos hemos engañado! *Nous nous sommes trompés!* (36).

La tragedia de los sacerdotes aludidos, ¡y son tántos Señor! ¿no será la explicación de la trágica situación del mundo infiel con relación a la Iglesia? ¿No seremos nosotros, acaso, de ese número? No es uno verdaderamente Padre, si no es simultáneamente, donde quiera que trabajemos, misionero, en el sentido específico y propio de la palabra, de la idea canónica y teológica que encierra. ¡Gran tema, tema fecundo de meditación sacerdotal misionera...!

IV. — EXEMPLUM DEDI VOBIS... NEQUE APOSTOLUS MAIOR EST EO QUI MISIT ILLUM (37) NON EST DISCIPULIS SUPER MAGISTRUM (38)

Cum dilexisset... in finem dilexit, (39). *Ut ita et vos faciatis* (v. 15). Habiendo amado... amó hasta el fin del amor. Para que vosotros hagáis de la misma manera. No está el discípulo sobre el Maestro; no es mayor el misionero que Aquél que le envió. Si se le pidiese, debe como el Maestro, dar la vida por su rebaño, en un gesto de donación heroica. *Exemplum dedi vobis...* ¡Y cuántos han hecho esto...! El Padre Damián de Veuster en Molokai, el Padre Wintz en la Guinea francesa, y tantos y tantos, se dejan comer de la lepra para poder decir con verdad a sus catecúmenos: ¡nosotros, los leprosos! Caridad divina, caridad .. misionera!

En 1555 partían de Portugal para las Indias Orientales un grupo de 12 misioneros de la Compañía de Jesús. La pequeña y frágil nave en que viajaban, naufragaba miserablemente en la costa mozambicana; pero doscientas personas quedaron allí sin abrigo ni alimento, en el más completo desamparo esperando la muerte. Entre los misioneros iban los PP. Pascual y González de Cuenca. Dejemos hablar al documento: «Dejaran de sí ejemplo y santa memoria porque dando la nave en un arenal (...) metiéndose algunos en el esquife, convidaron a los padres a que fuesen con ellos, mas movidos de caridad quisieran quedar allí en medio del mar para confesar y consolar los demás que allí quedaban y acabaron santamente en aquel naufragio» (40).

Esto es, habiendo podido salvarse, rehusaron terminantemente abandonar, en aquella costa inhospitalaria, a tantos de sus hermanos en los brazos implacables de la muerte,

sin la consolación suprema de su ministerio divino. Y cuando el Gobernador de la India, conocida en Goa la tremenda catástrofe, mandó la nave de salvación encontraron los marineros portugueses más de 200 cadáveres, abrazados los unos a los otros en el último adiós y entre ellos los dos heroicos misioneros, desfigurados ya por las aves de rapiña y por los animales de la selva. Caridad divina, caridad... misionera.

Más cerca de nosotros, el 2 de diciembre de 1924, el P. León Dufay, misionero del Espíritu Santo de la isla Mauricia, embarcaba, cargado de fiebre, para la Reunión, a bordo de *La Cigale*. Había a bordo 35 pasajeros, entre los cuales, tres eran religiosos, un Hermano de las Escuelas Cristianas, 17 chinos y 8 indios musulmanes; el resto del personal estaba compuesto de 22 hombres, y media docena de negros, a las órdenes de un capitán negro también.

La carga constaba de 1.500 barriles de petróleo y gasolina. El 8 de diciembre llegaba a la casa madre, en París, este lacónico telegrama: «P. Dufay, yendo Reunión, muerto heroicamente, 3 diciembre, con 12 pasajeros, dando absolución, cediendo lugar chalupa.» ¿Qué pasaría exactamente? Apenas esto: A las 11,30 de la noche, una explosión diabólica, producida en la bodega del navío, llevaba por los aires la cubierta, un gran bote y una docena de chinos que dormían al relente. Las llamas subían a unos quince metros. Era cerca de media noche cuando el capitán, mandó que se lanzasen los botes al mar. En seguida ardía toda la maquinaria.

Todos abandonaron el navío... ¿todos? Todos no; el P. Dufay y otras quince personas que no tenían sitio, permanecieron en el navío. Sin embargo, en su calidad de enfermo, el P. fué obligado a tomar el lugar a que tenía derecho. Pero, cuando se apartaba ya de aquel brasero, viendo que a bordo quedaban algunas mujeres y algunos chinos paganos, instó, suplicó, para que nuevamente le embarcasen en el barco condenado. Los tiburones acechaban ávidamente la presa. A las ocho de la tarde del 3 de diciembre, el navío empezaba a hundirse... Después de haber instruído a aquellos cristianos, el Padre se retira a la popa. Los que escaparon de aquel tremendo desastre, guardan aún la visión pavorosa, dantesca, de aquel P. dominando las angustias de su alma, recitando tranquilamente su rosario: «Santa María, Madre de Dios, rogad por mí, rogad por nosotros todos, ahora, que es la hora de nuestra muerte.» Esta es caridad divina, esta es... caridad misionera.

El amor es la más convincente de las apologéticas. Ya los paganos de la Roma antigua exclamaban, no pudiendo contenerse de maravillados: ¡Ved cómo ellos, los discípulos del Crucificado, se aman unos a otros! Es por el amor cómo los cristianos se conocen unos a otros, por lo que se prueba, y prueban al mundo, que son discípulos del divino Maestro. ¡Esta es la dialéctica del Evangelio!

V. — CARIDAD Y VOCACION MISIONERA

En la XX encuesta, dirigida por el Secretariado de estas Semanas Misionológicas a los Superiores y superioras de casas de formación, sobre la vocación misionera y la virtud de la caridad, se hacen preguntas como éstas: «¿Es posible alimentar la vocación misionera sin el ejercicio habitual de la caridad?» El Director del Seminario de misiones de Viana do Castelo (Curso filosófico), de los Padres del Espíritu Santo, responde categóricamente: «No creo posible alimentar la vocación misionera sin el ejercicio habitual de la caridad. La vocación misionera, en su realización, es una donación absoluta a las almas más abandonadas. La falta de esta disposición, que se puede identificar con la práctica habitual de la caridad, iría contra el propio sentido de la vocación.»

Las misioneras de Nuestra Señora de Africa (Hermanas Blancas), responden con el Cardenal Lavigerie: «Quien no ama, no tiene celo; el celo es la perfección del amor»; «un misionero sin celo es un monstruo».

El Papa San Gregorio llegó hasta afirmar: «Qui caritatem erga alterum non habet, praedicationis officium, suscipere nullatenus debet» (41). Otra pregunta: «¿Cómo es interpretada por los demás compañeros, la ausencia de esta virtud en un candidato a la vocación misionera?» El Director del Filosofado de Viana do Castelo, responde con exactitud: «Como señal de carencia de vocación misionera.» Otra respuesta: «Como falta de espíritu misionero.» «¿Qué diríamos de una vocación misionera que no siente ya desde la Casa de formación el estímulo de la caridad espiritual en favor de los paganos?», se pregunta en el número 4. Respuesta de Viana do Castelo: «De una vocación misionera que no siente desde las Casas de Formación, la caridad espiritual por los paganos, podríamos decir: *a*) ¿tendrá de hecho, vocación misionera?; *b*) en caso afirmativo, o le falta la conciencia

plena del sentido de su vocación, o un elemento esencial a realizar para poder ser buen misionero.» Las Hermanas Blancas opinan: «Una vocación misionera que ya en los años de formación no siente el estímulo de la caridad espiritual en favor de los paganos, es una vocación falsa. Un alma que no sintiese cierta caridad por las almas, estaría en el error, al pretender una formación exclusivamente dedicada al apostolado.»

En cuanto a los obstáculos mayores que se oponen a la caridad y que pueden llegar hasta la pérdida de vocación imposible con imposibilidad física se nos señalan: el egoismo espritual, la pobreza de espíritu, el exclusivismo nacionalista que nos volvería ineptos para comprender a los otros, tanto a los miembros de la Comunidad como a los infieles; la tendencia al romanticismo; el deseo de una vida de aventuras...

Parece claro que la vocación misionera específicamente, tiene que ser, por definición, específicamente informada, caracterizada, por la Caridad Sobrenatural. Los fines, especifican los medios, nos enseñan los maestros del pensamiento. La finalidad propia y específica de la acción misionera consiste, esencialmente, en la fundación del Reino de Dios en la tierra (in omnes gentes) y en la conversión y salvación de las almas (sin lo cual el establecimiento del Reino de Dios es imposible), finalidad esencial y específicamente espiritual, sobrenatural, divina. Sin caridad, por tanto, la vocación misionera es: una contradición en los propios términos; una vocación falsa; una vocación sin espíritu; una vocación sin conciencia plena, o sea, semi-inconsciente.

Expuesta esta cuestión, abordemos la encuesta XXI, o sea la vocación misionera *in actu*, es decir, las obras de caridad material y espiritual en tierras de misión.

VI. — EL MISIONERO Y EL APOSTOLADO DE LA CARIDAD

¿Qué importancia se da en las misiones a las Instituciones y Obras de caridad? ¿Hacia quiénes están orientadas las Instituciones de Caridad? ¿Cómo juzgan e interpretan los paganos las obras e Instituciones católicas de caridad ¿Favorecen por igual a católicos y paganos, dichas Instituciones? ¿En esas Instituciones se registran muchas conversiones al catolicismo?

No se trata aquí de exponer el papel de la caridad como agente o actualizante de la apetencia expansiva de la catolicidad de la Iglesia —trabajo que hicimos ya— sino, de llegar a sus resultados concretos, pasando del terreno filosófico y teológico al campo experimental. Es en el campo experimental —también en este caso— donde los principios dan razón de su fuerza. Toda la ley se resume y compendia en el amor, dice el Papa San Gregorio: *Omne mandatum de sola dilectione est.* ¿Por qué?, pregunta el Santo Pontífice. Y responde: *Quia quid praecipitur, in sola caritate solidatur* (42). Y tras la conocida comparación: «Ut enim multi arboris rami ex una radice prodeunt: sic multae virtutes ex una caritate generantur. Nec habet aliquid viriditatis ramus boni operis si non manet in radice caritatis. (Hom. 27 in Evang.) Son muchos y variados los preceptos de Cristo, diversificados por la diversidad de las Obras apostólicas en tierras de misión, pero no hay obra sola que no se inspire fundamentalmente en la caridad: *in sola caritate solidatur.*

Spectaculum sumus mundo... El espectáculo de la concretización social del catolicismo en obras de beneficencia, es la corroboración práctica de la evangelización misionera. La «interpretación» dada a la creación de escuelas, colegios, internados, orfanatrofios, casas de protección, hospitales, asilos para la vejez o inválidos, leproserías, dispensarios, farmacias, etc., por las misiones católicas, no es en todas partes ni siempre la misma. En países influenciados por el comunismo, concretamente en China, fácilmente se descubre «segunda intención», atribuyéndoles, como afirma D. Gerardo Herrero Garrote, «fines ocultos, para engañar». A este particular, escribe el mismo prelado: «la Santa infancia pasó por críticas e incertidumbres de lo más terrible que se puede imaginar». Y esta obra es, según otro Obispo de China, D. Teodoro Labrador, O. P., «la Obra de caridad por excelencia de la Iglesia de China». «Esta obra, es cierto —continúa el prelado de Foochow— ha consumido muchas limosnas, muchos ahorros y muchos sacrificios; pero el fruto

sacado por ella es sin duda el más sazonado, seguro y abundante, ya que han sido millones de almas las que por ella han ido a ocupar los tronos del cielo.»

Reconoce el Arzobispo de Foochow que los protestantes «desde sus comienzos» dirigieron sus esfuerzos, con mucha clarividencia, hacia las obras de caridad y enseñanza, sirviendo de ejemplo y estímulo a las misiones católicas. También en este caso los hijos del siglo fueron más «listos» que los hijos de la luz. Es verdad que iban más bien provistos de medios económicos y materiales...

Las obras de caridad, como la propia virtud que es su alma, no tiene patria ni credo. Tampoco se preocupan de la proveniencia de los auxilios materiales que les prestan. Las organizaciones internacionales, sin alma católica, como la UNRRA, la IRO, etc., fueron especialmente realizadas haciendo ganar el tiempo perdido, habiéndose asistido a un florecimiento extraordinario de nuevos dispensarios, hospitales, laboratorios, a la modernización y racionalización de las Santas Infancias, asilos, dispensarios, hospitales, oficinas, escuelas, etc., hasta que sucedió lo peor: vino la ola roja del Comunismo a segar en flor nuestras esperanzas y porvenir.

Si la propaganda religiosa fué mal acogida en China, las obras de caridad misioneras fueron recibidas con los brazos abiertos, por su utilidad material, a la que todos son particularmente sensibles. Escribe el Arzobispo de Foochow: «Cuando los primeros misioneros que lograron introducirse en China fueron presentados ante los tribunales para dar cuenta de su venida, respondieron que venían a predicar y a enseñar la religión de Dios y el Evangelio de Jesucristo. Esta respuesta fué una piedra de escándalo para aquellos literatos chinos, que se creían ellos en posesión de todo el saber humano... Pero cuando yo hice público mi proyecto de construir un hospital en mi misión primera de Funing, hasta los mismos gentiles acogieron la idea con agrado y hasta con entusiasmo y luego vinieron a ofrecerme terrenos y toda clase de facilidades para la obra... La mismo me sucedió siempre que emprendí la tarea de abrir nuevas escuelas y colegios.»

Aun, con respecto a la Santa infancia, no hay unanimidad de pareceres. Unos la apoyan y enaltecen. Otros la miran «torvis oculis». No todos los niños que podrían ser acogidos, son apreciados y mueren... ¿Cuál es la razón profunda de esta desconfianza y de esta guerra sorda? La da el mismo Arzobispo, D. Teodoro Labrador: «Para muchos chinos, esta obra es una condenación paladina y ruidosa de su cultura intelectual y de su estado social. Que vengan "extranjeros" a recoger lo que ellos tiran, a estimar lo que ellos desestiman, es un bofetón público a su modo de apreciar las cosas... Esto es algo humillante para ellos.» «Y lo más admirable es, que este mismo modo de pensar y de juzgar, se halla también aun entre algunos cristianos y aun sacerdotes chinos. Algunas veces oí a algunos sacerdotes (chinos) decir: ¡qué lástima de arroz que comían las niñas de la Santa Infancia y de dinero que se gasta con ellas. Cuánto mejor, sería, dárselo a obras de mayor lustre exterior para la Iglesia, v. gr. para Universidades y Colegios!»

Para el paganismo, sobre todo para el paganismo que ha evolucionado, como el chino, las obras de caridad de las misiones católicas son obras de puro «desinterés» y filantropía. La caridad cristiana —escribe su Excia. Mons. Arámburu, S. J., obispo de Wuhu— es *verbum absconditum* para los paganos.

Si la caridad es concepto «escondido» para el «animalis homo» que nada entiende de las cosas del Espíritu, es de ver que las conversiones operadas por las obras de caridad, son relativamente poco numerosas. Tratándose de asilos de ancianos, casi todos acaban por ser bautizados. Tratándose de hospitales o de dispensarios, las conversiones son pocas; respecto de los asilos de ancianos, tratándose de ellos, se puede suprimir ese *casi* en la hora de la muerte.

Evidentemente que China —de donde nos vienen estos testimonios elocuentes— no es patrón universal. Aún es un verdadero «test», para Asia. En las misiones africanas es más profundo y hace efectos incomparablemente más brillantes el apostolado de las obras de misericordia corporales y espirituales. Mons. John Reddington, Obispo de Nigeria, escribe: «Con la ayuda de Dios debemos todas las conversiones —unas 3.000 cada año— a las obras sociales y de caridad que nuestros misioneros realizan; ellas son el mejor atractivo para los paganos venir a la Iglesia, asistir al catecismo y aun después para perseverar en la fe.»

La caridad, traducida en obras, no hace ni tiene acepción de personas; si al-

guna existe, dicen de Venezuela, es a favor de los paganos. Muchas veces —sobre todo en el mundo musulmán— hablo especialmente de la misión de los Padres de Verona en Porto —Sudán— las obras de educación y asistencia no ejercen influencia proselitista práctica sobre los educandos; sirven, con todo, para tornar aceptable y hasta simpática, la presencia de la Iglesia entre ellos.

No quiero dejar pasar esta ocasión para mostrar que las misiones portuguesas, tan mal conocidas en todas las partes, por ignorancia sistemática o por falta de propaganda, merecen, con toda justicia y no como quienes reciben un favor, traer aquí el testimonio de su trabajo. Es un eror muy extendido —por sistema o no, poco importa— que ellas no merezcan atención. No se sabe, tampoco, de su existencia. En un libro, no hace mucho tiempo publicado, en Asís —*Cristo en el mundo*— ni Portugal ni las misiones suyas de Ultramar, merecen justa referencia. Para los organizadores de esta obra panorámica de la acción de la Iglesia en el Orbe, Portugal y las misiones católicas de su Ultramar, son casi un... ¡gran cero! ¿Por qué? Se constata un hecho absolutamente injustificable, como vamos a ver.

La provincia de Angola, con una archidiócesis y tres obispados —brevemente— contaba en 1953, 82 misiones, 30 parroquias, 1.042.000 católicos, 138.633 catecúmenos, 121 seminaristas mayores, 471 seminaristas menores, 40 sacerdotes nativos, 88 religiosas nativas, 8.695 escuelas de catequesis, 8.934 catequistas profesores, 309.722 alumnos y alumnas; en sus dispensarios fueron hechos, en el referido año, 1.098.340 curas; administrados 66.138 bautismos, etc.

Al contrario de lo que pudiera parecer, de frente a determinados *silencios*, los misioneros capuchinos, los Padres Seculares, los Padres Benedictinos, los Padres de La Salette y sobre todo, los 228 misioneros del Espíritu Santo, así como las Hermanas de San José de Cluny, las Hermanas Doroteas, las Benedictinas, las Franciscanas Misioneras de María, las Hermanas de Santa Teresa, las Hermanas del Santísimo Salvador, etc., no han estado y no están de brazos cruzados, como injusta e injustificadamente se muestra en determinadas estadísticas sobre el movimiento general de las misiones católicas en el mundo. Esos números que ahí quedan, me fueron dados por las Secretarías episcopales de las cuatro diócesis de Angola. Son números oficiales.

El referido volumen, al hablar de Mozambique, se refiere a un Mozambique de hace 15 años, con una Prelatura *nullius apenas*... El Mozambique de 1953 tenía una Archidiócesis en Lourenço Marques, cuyo Prelado es Cardenal de la Santa Iglesia, y dos obispados, uno en Nampula y otro en Beira. Hoy cuenta cuatro, con la creación reciente del obispado de Quelimane.

Podría parecer que los jesuítas, los capuchinos, los Frailes Menores, los Padres Blancos, los Padres de la Consolata, los Padres de Verona, los Lazariztas, los Sacramentinos, los Monfortinos, los Padres de Cucujaes, los Padres de Clero Secular, etc., han estado por allí de brazos cruzados, de brazos caídos, en una desgraciada inactividad... Podría parecer que las Hermanas de San José de Cluny, las Franciscanas de Nuestra Señora de las Victorias, las Hospitaleiras portuguesas, las Hermanas del Corazón de María, las Hermanas de la Caridad, las Hermanas de la Consolata, las Hermanas del Amor de Dios, las Franciscanas Misioneras de María, las Franciscanas de Calais, etc., han estado por allí veraneando, sólo veraneando...

La verdad, es muy otra; la verdad y la justicia que se debe a quien efectivamente trabaja, hasta el agotamiento físico. Las 113 misiones y 22 parroquias, los 131.612 catecúmenos, los 1.686 catequistas, los 316.398 católicos, los 31.218 bautismos hechos en 1953, los 213.253 alumnos de sus escuelas rurales, los 46.372 alumnos de sus escuelas elementales, sus 2.029.103 curas hechas en el mismo año, etc., etc., parecen exigir otra cosa: un trabajo insano, heroico, de todos los días, ingratamente olvidado o a propósito ignorado... Los números que ahí quedan, como los de Angola, merecen toda la confianza, la confianza que se puede y debe tener en las Curias episcopales...

Y no vamos ahora, pues sería largo, a hablar de Timor, de Macao, de Goa, Santo Tomé, de la Guinea, de Cabo Verde, cuya propia existencia parece ser ignorada en las vulgares visiones panorámicas misioneras que por ahí se publican en revistas y periódicos. También allí está operante el alma apostólica de la Iglesia; también arde por allí el hachón incendiario del Amor. Reconozcámoslo. Seamos justos. No seamos ingratos...

VII. — CONCLUSION

Exemplum dedi vobis: Como el Apóstol de las Gentes, «segregatus in Evangelium Dei» (43), el misionero católico tiene trazado su programa de acción en el mismo Evangelio que predica. Veámoslo aquí en palabras breves:

Euntes praedicate, dicentes: appropinquavit regnum caelorum. Infirmos curate, leprosos mundate. daemones ejicite: gratis accepistis, gratis date. Estote prudentes sicut serpentes. Cavete ab hominibus. Ad praesides et ad reges ducemini propter me, in testimonium illis, et gentibus. Eritis odio omnibus propter nomen meum. Sufficit discipulo, ut sit sicut magister ejus. Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere. Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus...

Estaba todo previsto por tanto cuando el misionero oyó en silencio la voz que le llamaba, voz misteriosa, voz divina: *ego elegi vos ut eatis*. Estaba todo previsto cuando el joven aspirante a la vida heroica de conquistador pacífico del mundo, valerosamente respondió: *Adsum! Domine, quid me vis facere?* (Act. 9, 6). En aquel decidido *adsum*, está compendiada toda la vida apostólica de la Iglesia. Es la entrega total y sin reservas del voluntario que determinó tomar el hachón ardiente del Amor, e ir con él en la mano a encender en fuego el mundo. Es de estos incendiarios de quien depende su salvación. Para terminar —es urgente terminar— no os parece, ahora, una verdadera tautología el enunciado de mi tesis: La caridad promueve e informa las obras apostólicas en las Misiones? ¿No os parece, ahora, algo superfluo afirmar que la caridad constituye la faceta más acusada del apostolado en los tiempos modernos?

XI

Los párrocos, confesores, capellanes y superiores de Colegios y el fomento de las Vocaciones Misioneras

DR. JOAQUÍN MARÍA GOIBURU

Secretario Nacional de la U. M. C. y Director de «Illuminare»

Las flores que hoy crecen lozanas en el jardín, fueron ayer extraídas del semillero. Allí, entre tierra suave y mantillosa se depositó un día la simiente minúscula. Con riego frecuente, temperatura suave y defendida del viento y de la lluvia por amplias cristaleras, germinó la semilla y se convirtió en débiles raíces y tierno tallo.

Cuando la planta se asegura, lozana y erguida, llega la hora de trasplantarla al jardín.

Con esta comparación queda entendido y delimitado el campo que abarca mi trabajo. Otros conferenciantes, más sabios y experimentados que yo, han tratado de la vocación misionera como planta florida dentro del jardín de los Institutos Misioneros o, ya fructífera, en el campo más abierto de las Misiones de infieles.

Mi cometido se refiere a considerar la vocación misionera en su germen, atendida por los cuidados del párroco o del director espiritual del colegio, del seminario o del convento donde aquélla se desarrolla.

Problema importantísimo es este, porque de él depende la vida o la muerte de las Misiones. Si cegar las mismas fuentes de la vida es un crimen espantoso contra la misma paternidad y contra la sociedad, matar el germen o descuidar el inicio de las vocaciones misioneras es una responsabilidad tremenda para los pastores de los fieles y los guías de la infancia y juventud, que pone en peligro el porvenir mismo de la Iglesia católica.

Diversas encuestas nos ayudarán en este trabajo.

Encuestas sobre el origen y desarrollo de 179 vocaciones misioneras, pertenecientes a toda clase de Institutos y de Misiones, principalmente españolas. Encuestas sobre problemas relacionados con el origen, encauzamiento y dificultades de la vocación misionera, realizadas entre párrocos, confesores, directores espirituales, rectores de Seminarios, superiores de Casas de Formación religiosa y de Colegios, consiliarios de asociaciones, propagandistas y directores experimentados de espíritu, a cada uno de los cuales se han dirigido encuestas especiales conforme a su oficio, y que suman un total de 65 consultados.

Como tema eminentemente práctico, procuraremos sintetizar la doctrina para dar más cabida a las lecciones de la experiencia. Y como dispongo de poco tiempo, en vez de referirme a cada uno de los cargos de párroco, confesor, etcétera, por separado, trataremos de todos en conjunto a no ser que la claridad o el interés específico aconsejare otra cosa.

* * *

1) **Presupuestos fundamentales.** — Todos los párrocos y demás guías de la juventud, para entender el problema vocacional misionero, *deben conocer la naturaleza y finalidad de la obra misionera de la Iglesia.* Si no saben distinguir

a un misionero de un simple sacerdote ¿cómo podrán orientar convenientemente las vocaciones misioneras.

El confusionismo de ideas acerca de la naturaleza y del por qué de las Misiones está retrasando enormemente la solución debida al problema vocacionista misionero.

Hace unos años, en una de estas Semanas Misionológicas, se alzó valientemente una voz autorizada, como pocas, la del P. Charles:

Por confundir lamentablemente las Misiones propiamente dichas donde hay que implantar la Iglesia, con las Misiones entendidas como necesidades de la Iglesia ya implantada, «*he conocido un buen número de vocaciones misionales que han fracasado y que cada día siguen fracasando*». ¿Para qué quieres ir tan lejos —dice el párroco o el confesor al joven que le declara sentir vocación a las Misiones— si aquí tienes tantas almas que salvar...? «*Con tales pláticas, quiero afirmarlo por experiencia, se han matado no pocas vocaciones de misioneros.*» Quien así aconseja «*hace el papel del diablo*». Estas palabras del citado Padre en la misma conferencia —conformes en todo con la doctrina de Pío XII en la «Evangelii Praecones» —quisiera verlas escritas en todos los despachos parroquiales y en todos los confesonarios.

«*Salvar almas es una obra muy excelente. Pero plantar la Iglesia no se puede hacer sino en los países donde no está todavía plantada. Dos tareas específicamente diferentes... Hasta el fin de los siglos, tendremos que salvar a todas las almas del mundo; pero podemos prever dentro de un plazo limitado la terminación de la obra misional.*»

Y un segundo principio fundamental:

2) **Que conozcan la doctrina y hagan suyas las normas de la Iglesia sobre las vocaciones misioneras:**

Yo las resumiría así:

a) Hoy más que nunca se necesitan con urgencia vocaciones misioneras de sacerdotes, de religiosas, de hermanos y de seglares.

b) Las vocaciones misioneras no son una pérdida para sus diócesis de origen, antes una real ganancia, porque «*por cada sacerdote que salga misionero*» el Señor «suscitará dentro —dice Benedicto XV— *muchos o útiles sacerdotes*» o «*los suplirá* —añade Pío XI—, *con mayor abundancia de gracias para la diócesis*».

c) El fomento de las vocaciones misioneras —afirma Benedicto XV— constituye «*la más exquisita prueba de afecto que podemos dar a la Iglesia*».

3) Otra afirmación o realidad con la cual hay que contar para que el párroco o director de conciencia enjuicie debidamente el problema de que tratamos:

Son muchos hoy a los que el Señor llama a este apostolado. — Ello es conforme a la divina economía de la gracia: a mayores necesidades, más abundancia de remedios. Pero experimentalmente —conforme a las encuestas efectuadas— podemos probarlo:

Dice un experimentado director de almas y visitador de millares de religiosas de España: «*Por una acción especialísima del Espíritu Santo en las almas que sienten la vocación sacerdotal y sobre todo religiosa, se nota un atractivo especialísimo a las Misiones. La mayoría de las vocaciones actuales tienen este marcado matiz.*»

Y añade un experimentado confesor: «*Gran parte de las vocaciones sacerdotales y religiosas de hoy arrancan del amor y entusiasmo por las Misiones.*»

Y a tan alto grado ha llegado esta preferencia, especialmente en la juventud femenina, que una Provincial de un Instituto de Enseñanza y Caridad, me decía: «*Nos vemos obligadas a pedir a Propaganda Fide una Misión, porque cuantas jóvenes quieren ser religiosas nos preguntan: ¿Tienen Vds. misiones? Y al decirles que no, se nos van todas... Si así seguimos nos quedamos sin vocaciones.*»

En las dos encuestas dirigidas a los Sres. Rectores y Directores Espirituales respectivamente, de Seminarios Mayores han contestado los de 17 diócesis:

Burgos, Zaragoza, Ciudad Real, Valencia, Badajoz, Tarazona, Pamplona, Sevilla, Vich, Zamora, Astorga, Granada, Túy, Barcelona, Palma de Mallorca, Lé-

rida y Albacete, esparcidos por toda la rosa de los vientos del mapa de España.

Pues bien: En tres de estos Seminarios (creo conveniente citarlos, pues mucho esto les honra: los de Valencia, Ciudad Real y Vich) el 20 % de sus alumnos han expuesto a sus superiores el deseo de ser misioneros. Si a ellos juntamos los que aspiran a ayudar a las Iglesias ya constituidas de Hispano-América, es decir, a las Misiones en su sentido más general, la cosecha de vocaciones misioneras se presenta ubérrima y augura un espléndido porvenir cuando se cubran los huecos de las diócesis españolas, diezmadas por la furia roja.

En los otros Seminarios, que han enviado contestaciones a las encuestas, baja un poco la proporción de los aspirantes a Misiones Extranjeras: 8 %, 4 %, 2 %, 1.50 %, etc. Solamente un Seminario manifiesta no haber tenido, en estos ultimos años, una sola vocación misionera.

Otros en vez de dar el tanto por ciento presentan números totales, como el de Pamplona, que, en los cuatro años últimos, ha dado 31 misioneros: 20 para Institutos Misioneros y 11 para América.

Ya no se trata de simples aspirantes a misioneros sino de vocaciones realizadas o en vías de realización.

Otro gran principio:

4) **El párroco, confesor o consiliario, no son sólo testigos, sino actores en el desarrollo y nacimiento de la vocación misionera.**

Algunos dejan este cuidado al Misionero que aprovecha su paso por la patria para hacer propaganda misional o al propagandista diocesano que visita de tarde en tarde las parroquias o los colegios. No; éstos pueden ayudar, pero nunca suplir en esta honrosa misión a los que por su propio cargo permanecen en contacto constante con la infancia y juventud. Ellos, solamente ellos, conocen los caracteres y aptitudes de cada uno, pudiendo a veces pensar: *«Si Dios llamara a este o a aquél, ¡qué buenos misioneros serían!»*

Todos sabemos —y lo han indicado ya en esta misma tribuna voces autorizadas—, que en la elección del Obispo o del Superior del Instituto reside la esencia de la vocación misionera; pero todos también admiten, cada día más abiertamente, y lo afirman los documentos, que hay una particular providencia de Dios que escoge, destina, dota y guía al candidato al apostolado misionero.

Para esta llamada oficial de Dios, precedente a la oficial de la Jerarquía, se vale ordinariamente de diversos medios humanos, especialmente de aquellos que están ligados al conocimiento del problema misionero. Para amar a las Misiones y entregarse a ellas, es preciso antes conocerlas. Más aún —lo ha dicho Pío XII—: *«La Obra de las Misiones tiene de por sí tal poder de atracción que no puede conocerse sin amarse de veras.»*

LA INSTRUCCION MISIONAL PRIMER PASO EN LA VOCACION MISIONERA

Aquí tienen los párrocos y directores de la juventud y de la infancia el medio general mejor de promover las vocaciones misioneras: dar a conocer el problema de las Misiones, la inmensidad de la tarea a realizar, el escaso número de operarios, el heroísmo del misionero o de la misionera, el deber de ayudarles no sólo en el orden espiritual de la oración y el sacrificio, sino en el más eficaz de la cooperación directa personal.

Todos los párrocos consultados coinciden en que, por lo general, se habla poco de las Misiones y cuando se habla se toca preferentemente su aspecto económico.

A la pregunta por qué no se entregan más jóvenes al servicio de las Misiones responden:

—Porque no se les cultiva para eso.

—Prejuicios sin deshacer, ignorancia sobre la vida del misionero y de los países de misiones.

—Quizás porque no se les presente con auténtica seriedad lo que es la Iglesia.

—Que no se cansen los dirigentes de las OO. MM. PP., que no dejen en paz a ninguno de los rectores de vida del catolicismo español, pues fácilmente se olvidan de hablar de las Misiones.

—Porque no se les orienta en este sentido.

—Porque no se les ha planteado el problema de las vocaciones misioneras de forma que les haga ver la realidad desde el púlpito, confesonario, reuniones, revistas, etc.

—No están familiarizados con las Misiones. Las tienen como a tierras lejanas e inaccesibles... La insistencia de hacer resaltar el heroísmo del misionero, pero con idea de sacar mayor ayuda económica.

—Indispensable que el cura conozca y viva el problema misionero. «Es fácil dejar el paquete de propaganda a un lado y mandar al Secretario X pesetas del cepillo de las ánimas» (lo han visto mis ojos).

Se puede formular la siguiente ecuación:

A mayores conocimientos de las Misiones, más abundancia de vocaciones misioneras. Añadamos que es fácil preparar los caminos de la vocación misionera entre los niños y las jóvenes y no difícil entre los muchachos.

Entre los niños, por doble razón:

Porque sienten propensión innata hacia los héroes y porque son, por instinto, imitativos.

A los niños no les atraen los caracteres de vida sedentaria o estática, sino de intensa acción: el guerrero, el explorador, el luchador audaz, el héroe. (Bien lo saben los editores de revistas para niños y muchachos.)

¿Y quién lleva la palma del heroísmo sino el misionero? Audacia, fortaleza, desprendimiento, magnanimidad; estas virtudes, auténticamente misioneras, deslumbran a nuestros chicos...

Y como los niños son, además, naturalmente imitativos, es fácil comprender que quieran marchar a las Misiones cuando se enfrentan con la figura de los grandes misioneros, como un Javier o un Fray Junípero Serra o un P. Damián.

LA FIGURA DEL MISIONERO

A las diversas encuestas que hemos realizado entre 179 misioneros, misioneras y aspirantes de ambos sexos a Institutos de Misiones, responden algunos señalando una sola cosa o un solo hecho como origen de su vocación, otros hacen constar dos o más motivos. Adviértase que al hablar del origen no me refiero —es evidente— a la causa eficiente de la vocación. Pues bien: doce de los consultados confiesan que la vida de los grandes misioneros ha sido el determinante humano de su vocación a las Misiones.

Se cita nominalmente a San Francisco Javier, al P. Lievens, P. Abilio Gallego y al Beato Teófano Venard. Uno se determinó a ser misionero, viendo una estampa del Patrono de las Misiones, bautizando infieles.

Otros cuatro confiesan que nació su vocación viendo despedirse a los misioneros y siete por un contacto oral o escrito con algún misionero o misionera.

EL ATRACTIVO DEL SACRIFICIO

Entre los jóvenes, ellos y ellas, surge, muchas veces, el atractivo y la vocación a las Misiones por lo que estas tienen de duro, de difícil, de entrega total.

Diez y seis consultados lo afirman de sí mismos.

Un experimentado Rector de un Seminario afirma que la vida misionera atrae a sus seminaristas «*porque en ella se realiza la entrega total a Jesucristo*» y otro afirma: «*la entrega incondicional en manos de la Iglesia*».

Y un venerable párroco, hablando de las facilidades que quisiera de los Institutos Misioneros para ayudarle en la orientación hacia ellos de las vocaciones misioneras contesta: «*Sería de esperar toda clase de facilidades, menos una: la de presentar fácil la obra misionera.*»

Un Director Nacional de Congregaciones: «*Lo duro de las Misiones es lo que gusta a nuestros jóvenes.*»

Otro Director de juventudes: «*Cuando hay vocación misionera no asusta la vida dura, la buscan.*»

En la estupenda alocución que dirigió el Papa Pío XII a los feligreses de

San Sabas de Roma, les dijo, entre otras cosas: «... *Pensamos en estos momentos, especialmente, en los queridos jóvenes, que con demasiada frecuencia están inertes porque nadie hace brillar en sus ojos el ideal de una lucha por la defensa y la conquista.*

... Sería un error el resignarse con la mediocridad: no todos han aprendido todavía a proponer a nuestros militantes las metas que quizás les llenarían de entusiasmo. Debe pretenderse de ellos todo, o, por lo menos, muchísimo, en la certeza de que frecuentemente se da más fácilmente mucho que poco.»

Antes que Pío XII dijera esto, un venerable anciano estampó esta magnífica frase en una de sus cartas: «*Os escribo a vosotros jóvenes, porque sois fuertes.*» Aquel anciano recordaba, al decir esto, su juventud, cuando asistió en la cima de una colina a la muerte de un Crucificado; se llamaba el Apóstol San Juan.

De la encuesta general a Misioneros y Misioneras y aspirantes sobre el origen de su vocación, 16 consultados afirman que abrazaron la vocación porque suponían mayor generosidad en el renunciamiento y en la entrega.

Un aspirante: «*Leí en Id, la muerte de un misionero joven y el Señor suscitó en mí el deseo de ofrecerme como sustituto.*»

Otra misionera: que se decidió a los 20 años: «*Después de una Comunión fervorosa se me grabó en el alma la frase de René Bazin en un libro sobre el P. Foucauld* refiriéndose a las Hermanas Blancas: «*Jamás vuelven atrás después de haber entrado.*»

Una Misionera de Africa: «*Tras una larga y dolorosa búsqueda de la verdad, el deseo de entregarme a Dios ha sido simultáneo con la iluminación de la fe. Me ha parecido normal el deseo de dejarlo todo, mi país en particular, para llevar el reino de Dios a los más alejados y desheredados de la humanidad. Ahora soy misionera del Islam.*»

Ahora surge el problema: ¿De qué medios se valdrán los guías de la infancia y juventud para difundir en las almas de los muchachos el conocimiento y amor a las Misiones? La encuesta que hemos realizado entre los misioneros y aspirantes a misioneros nos suministran aleccionadores datos, supuesto el principio de que lo que a unos sirve de provecho a otros también suele aprovechar.

LAS LECTURAS MISIONALES

Cincuenta y dos, nada menos, señalan las lecturas como el principal o uno de los principales motivos de su vocación. 16 especifican que fueron las revistas u hojas misionales. Se lleva la palma entre ellas la hoja diocesana «Javier Infantil» con 5 vocaciones. Once manifiestan que fueron las vidas de los grandes misioneros. A lo dicho antes sobre esto debemos añadir que de entre ellas tres señalan «La historia de un alma» de Santa Teresita del Niño Jesús, y otras tres la del mártir agustino P. Abilio Gallegó. Cuatro citan las relaciones y cartas de misioneros y dos las obras del P. Llorente.

Dos sintieron el primer llamamiento a las Misiones leyendo novelas misionales (P. Testore).

EL AMBIENTE MISIONAL Y LA PROPAGANDA

Veintinueve afirman que fué el ambiente y fervor misional de su colegio, noviciado, seminario o convento el que los determinó a ser misioneros.

En el ambiente familiar, impregnado de amor a las Misiones han encontrado 11 su vocación misionera. Si hay madres que se oponen, hay otras, en cambio, que piden a Dios la gracia de un hijo misionero. Aún más. Una actual misionera nos dice: «*deber su vocación a su madre, que ante otra hija religiosa misionera enferma, imposibilitada de partir a las Misiones, le dice: ¿No quisieras ir tú en su lugar?*»

Para veinticinco fueron las conferencias de los misioneros a su propaganda. Uno de entre ellos sintió la vocación en las clases de misionología, clases que *muchos*, la referencia es del protagonista, *llaman «tostones»*.

LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Dieciséis oyeron la llamada en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

Una misionera del Japón escribe: *«En unos Ejercicios Espirituales sentí el deseo de dar a Dios cuanto más pudiera y pensé en la vida misionera. Influyó también el Padre que los dió, gran entusiasta de las Misiones.»*

...¡ Quién pudiera convencer a los directores de Ejercicios del bien inmenso que reportarían a la Iglesia misionera si no olvidaran el tema misional en las meditaciones y pláticas de estos días...!

Es Pío XI, en la «Mens Nostra» quien señala la relación íntima entre los E. E. y las Misiones: *«En estos tiempos de inmensas necesidades para las almas, cuando las lejanas tierras de las Misiones «blanquean para la siega» y reclaman cada vez más numerosos operarios... Nos... vemos y saludamos en los Ejercicios Espirituales los providenciales cenáculos donde los corazones generosos... no solamente conocerán claramente el valor inestimable de las almas y se encenderán en deseos de salvarlas... sino que además se formarán y adiestrarán en el ardor, las industrias, los trabajos, y las esforzadas empresas del apostolado cristiano.»*

LA ORGANIZACION MISIONAL PONTIFICIA

Veinte hallaron la vocación, merced a la Organización Misional Pontificia: Obras Misionales Pontificias y asociaciones complementarias. Para cinco de entre ellos fué la ocasión saliente el Día del Domund. Seis la encontraron en la Cruzada Misional del Estudiante. Una actual Misionera del Japón, licenciada en Filosofía y Letras, dice deber su vocación a la sección universitaria de aquélla.

A éstas pueden añadirse otras cinco vocaciones, para cuatro de las cuales fué la hora decisiva la celebración de Cursillos Misionales y para una un desfile de la Santa Infancia. En uno de dichos Cursillos, alude una misionera, como factor determinante de su vocación a una conferencia de Mons. Angel Sagarmínaga sobre la fecundidad de la maternidad espiritual.

Es evidente la perentoria necesidad —fundamentalísima por otra parte— de la Organización Misional Pontificia para que la parroquia produzca no esporádicamente, sino con continuidad, vocaciones misioneras. Un párroco de la diócesis de Solsona afirma como el mejor remedio para que la parroquia sea madre fecunda de vocaciones misioneras: *«que la parroquia, comenzando por los sacerdotes, viva la inquietud misionera de Cristo. Para ello es totalmente necesaria la organización misional de la Parroquia...»*

LA ORACION VOCACIONISTA

El orar por las Misiones ha sido siempre vínculo normal de las vocaciones misioneras. Párroco o Director que acostumbra a sus niños o jóvenes a rezar por las Misiones, verá surgir vocaciones misioneras.

«... Es de esperar que en las tiernas almas de estos niños que, al despertar el primer brote de la caridad, se han acostumbrado a orar por la eterna salvación de los infieles, se podrán insinuar con el favor de Dios, deseos de apostolado, y si estos deseos se fomentan cuidadosamente, darán quizás, con el tiempo, obreros no indignos del oficio de apóstoles.

»... Es preciso organizar días especiales de las vocaciones misioneras, con horas de adoración y sermones apropiados; y esto, cada año, en todas las parroquias, en los colegios o casas de educación de la juventud, en los seminarios...

»Procuren todos en estos días, acercarse a la Sagrada Mesa y más especialmente alimentarse la juventud con el pan de los fuertes, el trigo de los escogidos. Para muchos será aquél, tal vez, el momento bendito y dichoso en que el Señor les haga escuchar su divino llamamiento.» (Pío XII Saeculo Exeunte.)

Un Rector de Seminario propone en la contestación a la encuesta, que para

fomentar las vocaciones misioneras «*podía hacerse, mensualmente, en el seminario una Hora Santa ante el Santísimo con esa precisa intención.*» Magnífica idea.

Siete confiesan que su vocación se debe principalmente a un impulso interior, que ellos recibieron como una gracia especial del Señor, sin recordar el atractivo de elementos humanos.

CINE Y PROYECCIONES

En la pantalla cinematográfica vislumbraron nueve su futuro destino misionero.

Seis de estas vocaciones se deben a las proyecciones fijas y tres al cine sonoro. Entre las películas determinantes se citan dos «La vida de Santa Teresita» y «La Mies es mucha».

Algunos desprecian las proyecciones fijas como si su época hubiera ya pasado para sustituirlas por el cine sonoro. «Haec opportet facere et illa non omittere.»

LA PREDICACION

Los sermones, pláticas y catequesis movieron a siete a elegir la vida misionera.

EL CELO MISIONAL DEL PARROCO O DIRECTOR

Cinco recuerdan agradecidas que fué su párroco quien con su celo misional, los movió a este estado.

Y otros cinco afirman que si hoy son misioneros se lo deben a su Director Espiritual.

Ante estos sinceros testimonios no puede uno menos de preguntarse: ¿Si hubiera más párrocos y directores espirituales con semejante celo por las Misiones, no sería mucho mayor el número de aspirantes al apostolado entre los infieles?

OTRAS CAUSAS

Otros deben su vocación misionera a causas más o menos peregrinas, más o menos lógicas, pero siempre providenciales.

Para consuelo de los músicos, uno manifiesta que fué un cántico misional el origen de su vocación (no en balde afirma San Agustín que el que canta bien reza dos veces). Este la sintió leyendo las Obras de San Agustín. Aquella joven se decidió ante la muerte de una amiga a los 21 años. Otra, ansiando independencia, se revelaba contra el matrimonio, donde vive la mujer sujeta al hombre. Ese niño aprendió el camino de las Misiones en la pobre escuelita de una aldea, donde su maestro les hablaba con amor de los pobres paganitos que no conocen a Jesús.

LOS ENEMIGOS DE LA VOCACION MISIONERA

Sabemos ya cómo se promueven las vocaciones misioneras. Pero no termina aquí la labor del Sacerdote. Como a la planta en el semillero hay que defender las vocaciones de los peligros que las circundan. ¡Y cuántos peligros acechan la vocación misionera!

En las encuestas a párrocos, confesores, directores espirituales y superiores de centros estudiantiles, veintiuno destacan que el enemigo peor de las vocaciones, es la familia, son los padres, con su egoísmo sentimental la madre y su interés económico el padre. Un párroco escribe con sinceridad un tanto rústica, que ha oído decir a algunos padres: «*si fuese para cura sí, porque pueden ganar pesetas, pero para fraile y misionero no, porque no mandan nada a casa*».

Cinco señalan como gran peligro el materialismo de la vida que nos circunda, la vida fácil y mundana tan opuesta al clima de sacrificio que rodea a la vocación misionera.

Para cuatro son gran obstáculo la falta de ayuda económica, pues los posibles candidatos no pueden sufragarse sus primeros estudios en los centros de formación o Escuelas Apostólicas.

Siete afirman que es la ignorancia o desorientación sobre las Misiones en los sacerdotes lo que perjudica grandemente a las vocaciones que nacieron un día bajo el signo misionero.

Para otros las dificultades residen en el mismo candidato: la postura de reserva que al sentir la vocación algunos adoptan; la falta de resolución para romper los lazos familiares. Hay regiones en España donde el amor a la tierra obstaculiza de manera notabilísima las vocaciones misioneras. Durante un Cursillo para seminaristas de 5 seminarios de una región de España, se hizo una encuesta entre los cincuenta reunidos... La dificultad mayor para ser misionero —apuntaban la mayoría— es el alejarse para siempre de su tierra. Es verdad que salen de dicha región todos los años millares de emigrantes; pero todos con la ilusión de volver algún día con algún dinero, comprarse un pedazo de tierra y una casa y descansar en el cementerio de la aldea donde reposan sus abuelos...

El reparo de otros consiste en la creencia exagerada de que los misioneros deben ser hombres superdotados, en los posibles peligros espirituales de las Misiones, y en el difícil problema de la pureza...

LO QUE RECLAMAN LOS CONSULTADOS

¿Qué piden los consultados para mejor orientar y dirigir las vocaciones misioneras? *A la Organización Misional Pontificia:* mayor preocupación en el problema vocacionista.

A los Institutos Misioneros: no hablar sólo de sus Misiones, de su casa, de sus misioneros, de sus necesidades. Hablar más de las ansias misioneras de Jesucristo, de la catolicidad de la Iglesia. Más contacto personal de los misioneros y propagandistas con la infancia y la juventud de parroquias, seminarios y colegios.

A las Revistas Misionales: menos afán de recoger limosnas y más alto criterio sobrenatural con la inclusión permanente de una revista de orientación vocacionista.

* * *

Unas palabras antes de terminar: Todos los presentes o sois sacerdotes o esperáis serlo en día no lejano. Todos lleváis en el fondo de vuestras almas un anhelo misionero de extender la Iglesia de Cristo por el mundo pagano, implantándola donde todavía no lo está... Algunos de vosotros realizaréis esa labor personalmente. ¡Felices de vosotros...! Pero la mayoría quedarán en la Patria, por designios de Dios y por exigencia de la Iglesia. Vuestras manos sacerdotales no bautizarán ni absolverán a los pueblos paganos; pero hasta allí puede llegar la fecundidad de vuestro sacerdocio, si sabéis ofreceros al Señor, con la mejor ilusión de vuestra vida, para que os elija en España como instrumentos providenciales de muchas vocaciones misioneras.

XII

La Vocación misionera bosquejada en la vida y escritos de San Francisco Javier

MARCELINO ZALBA, S. J.
Profesor de Teología Moral del Colegio Máximo de los PP. Jesuítas de Oña

El Santo que, según testimonio de Benedicto XIV, "mereció ser llamado unánimemente por los cristianos todos del mundo universo el apóstol de la nueva gentilidad" (1) era acreedor a la distinción hecha con él por los organizadores de esta semana.

"La vocación misionera bosquejada en la vida y escritos de San Francisco Javier" es, en efecto, tema no ya oportuno y ocasional, sino imperioso e indispensable para una de las lecciones de este curso intensivo. Ella sola hubiera brindado materia más que suficiente para toda la lección. Pero en el temario quedaba por destacar un punto acaso más práctico y no menos importante, el de "los deberes que impone" la vocación misionera. Y la Junta organizadora optó por juntar en una lección entrambos temas, en sí mismos independientes. Insisto en notarlo, interpretando su mente. Se trata, por tanto, de exponer la vocación misionera cual se perfila en la vida y escritos de San Francisco Javier, por una parte; y por otra, de precisar, en cuanto sea posible, los deberes que impone la vocación misionera en general, aprovechando, si a mano viene, para ello lo que pueda sugerirnos a este respecto el tema primero.

PRIMERA PARTE

EN QUE CONSISTE LA VOCACION MISIONERA

Ignoro si alguien ha considerado los elementos constitutivos de la vocación misionera sin tener en cuenta la doctrina general sobre la vocación al estado sacerdotal o religioso.

De todos modos, lo que haya de decirse sobre ella, como caso particular, está determinado por lo que se afirme de estas otras clases de vocación, acerca de las cuales poseemos doctrina concreta y abundante.

El tema no es sino un aspecto particular del problema general discutido en algunas épocas, como la nuestra, entre autores ascéticos y directores de conciencia, más que entre canonistas y moralistas. Por eso nuestras reflexiones y los documentos y pruebas que aduciremos, tratarán casi exclusivamente de la vocación sacerdotal. Pero en su contenido está virtualmente la respuesta a la pregunta sobre la vocación misionera.

Hasta fines del siglo XVIII fué casi unánime la doctrina de los moralistas y escritores ascéticos sobre la existencia de una vocación divina *al sacerdocio o a la vida religiosa, y lo mismo se diría al apostolado misionero, distinta de la*

---

(1) MX II, 736. Citamos con estas iniciales las cartas de San Francisco Javier y los documentos relativos al Santo que en *Monumenta historica Societatis Iesu* constituyen los *Monumenta Xaveriana*.

vocación eclesiástica, *consistente en la llamada y aprobación del Obispo y del Superior religioso, que tanto como vocación complementaria podía ser ratificación de la vocación divina.*

Bien sabido es lo que en este punto significan los Ejercicios espirituales de San Ignacio, encaminados de primera intención a "buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima" (n. 1). En ellos supone el Santo, en perfecto acuerdo con toda la tradición, que puede existir una vocación divina, un plan y, en consecuencia, una invitación o llamamiento por parte de Dios a cada hombre para un estado o forma de vida particular, que se manifiesta de una de dos maneras: primera, "Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; así como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor" (n. 175). Segunda, "se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones y por experiencia de discreción de varios espíritus" (n. 176). Estos dos "tiempos para hacer buena y sana elección" suponen indudablemente que Dios no está pasivo y como expectante hasta que el hombre se resuelva por el estado sacerdotal o religioso, sino que lo prepara influyendo con sus mociones interiores, para que se decida en el sentido que se le manifiesta en ese actuar de Dios en el alma. Con otras palabras, estos dos tiempos de elección responden mejor a la tesis que supone en el decreto divino previo una elección del candidato antecedentemente *a la libre elección prevista en éste.*

En cambio el tercer tiempo que pone San Ignacio, cuando "deseando (salvar el alma) elige por medio una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia" (n. 177), podría hacer suponer que el autor de los Ejercicios admite casos de vocación ratificada por Dios consiguientemente *a la libre elección razonable del candidato, que El aprueba y acompaña con sus gracias.*

En los tres casos se podrá hablar de vocación divina. Pero en el tercero sólo cabe pensar en ratificación *por parte de Dios. En los dos primeros más bien habrá de admitirse la* predestinación *por su parte; mas sin deducir necesariamente que, quien no siga la vocación presentada por Dios, quedará por siempre como desencajado y fuera de lugar en el plan del Creador. Dios pudo invitarle a tal forma de vida sin imponerle obligación. Y, por consiguiente, estar dispuesto a suministrarle gracias más que suficientes en otros estados que quiera elegir libremente el sujeto, desatendiendo aquella invitación divina, la cual pudo no ser precepto, sino un consejo cuyo descuido no implique transgresión de la voluntad de Dios.*

* * *

En la segunda mitad del siglo XVII se definió más y más la tendencia a considerar el atractivo interior *como la principal señal en el discernimiento de las vocaciones. Después de los españoles Palomeque y Villavicencio (2), se manifestaron claramente en este sentido, entre otros, los Sulpicianos Godeau y Olier. Según ellos, el llamamiento al sacerdocio consistiría en una suave y gustosa inclinación al mismo. Otros autores, sin referirse a la atracción interna en particular, hablaron del* don divino *que preexiste antes de la elección del Obispo. Así el Doctor de la Sorbona Habert y el Dominico P. Concina, los dos que, según San Alfonso, "fuse et egregie signanter scripserunt de hoc puncto" (3). Entrambos suponen que existen indicios claros de vocación divina en ciertos sujetos, y los Obispos tienen que aplicarse a descubrirlos. San Alfonso los aprueba de lleno. Y aún es más categórico: "Certum est sine vocatione divina nemini licere Ecclesiae ministeriis exercendis semet interponere" (4).*

En su Theologia moralis *se expresa así: "Quam necessaria sit huiusmodi vocatio (divina) patet ex SS. Patribus et ex ipsis sacris Scripturis et praesertim ex*

(2) Respectivamente en: *De clericorum instituto* (Venecia 1616) y *De formando theologiae studio* (Amberes 1565). Véase M. LARRAYOZ, *La vocación misionera según las cartas de San Francisco Xavier* (Pamplona 1949) pp. 12-13.

(3) *Theologia moralis* l. 6, tr. 5, n. 802.

(4) Citado por A. GEMELLI, *La vocazione*, Enciclopedia del sacerdozio p. 14.

illo divi Pauli... Qui autem sine vocatione ex talibus signis explorata in sacrum ministerium se intrudit, non potest quidem a gravi praesumptione excusari" (5).

Paralelamente a esta corriente del pensamiento católico es menester registrar otra, aún más exagerada, de escritores jansenizantes que, bajo el influjo de ideas predestinacionistas, tendían a identificar vocación al sacerdocio con predestinación exclusiva para él. Un misticismo morboso y quietista les llevó a considerar el atractivo interno como lo fundamental de una vocación. En vez de emplear el raciocinio que, como acción humana derivada de una fuente corrompida, juzgaban defectuoso, pensaron exclusivamente en considerar y seguir la moción divina de la gracia y las llamadas del Espíritu Santo.

* * *

A principios del siglo XX apuntó, principalmente en Francia, una reacción contra lo exagerado del atractivo interno como elemento principal e indispensable de la vocación. Brancherau con su libro De la vocation sacerdotale *(París 1896) inició el saludable movimiento, que culminó en la obra del Canónigo Lahitton* La vocation sacerdotale *(París 1906).*

Como suele suceder en las controversias, la reacción fué un poco excesiva, y Lahitton llegó a decir en un principio que "la llamada de los ministros legítimos de la Iglesia constituye esencialmente la vocación divina y la trasmite al sujeto"; que "la llamada no presupone vocación en el llamado; que es ella misma la que la crea". Posteriormente reconoció que "bien puede llamarse vocación interna, sin falsear la verdadera doctrina, lo que en realidad es una designación providencial, una autorización o una excitación a presentarse a la elección y a la vocación de la autoridad eclesiástica".

La manera de hablar de Lahitton, tal vez más que su pensamiento íntimo, suscitó numerosas contrarréplicas. Una entre muchas fué el libro del dominico P. Hurtaud, que insistió en la realidad de una vocación divina, y en que las disposiciones que fundan el juicio de idoneidad son también vocación bajo diverso aspecto.

Sometida la discusión al fallo de Roma, la Comisión Cardenalicia (Pompili, Bisletti, Van Rossum) dió al canónigo la razón en lo que él pretendía ante todo: descartar el llamamiento interior como elemento necesario y principal de toda vocación sacerdotal genuina. Al hacerlo así la Comisión cardenalicia, aprobó implícitamente lo mejor del pensamiento de Lahitton, que, para mayor abundamiento, explicitó con estas palabras: El libro La vocation sacerdotale, *"en cuanto afirma que... la condición a la cual se debe atender por parte del ordenado, y que se llama vocación sacerdotal, no consiste, por lo menos necesariamente y de ley ordinaria, en cierta aspiración interna por parte del sujeto, o sea en invitaciones del Espíritu Santo a entrar en el sacerdocio, es digna de toda aprobación".*

Pero la existencia de una auténtica vocación divina, anterior e independiente del llamamiento del Obispo, que ni cuanto al nombre, ni menos en cuanto a la realidad negaba Lahitton en definitiva, más bien que eludirse se reconoce positivamente en el fallo cardenalicio. Se supone, en efecto, que anteriormente a la llamada del Obispo, y como fundamento para ella, existen en el candidato, como constitutivos de la vocación sacerdotal, una intención recta y una aptitud que consiste en aquellos dones de naturaleza y de gracia, en aquella ejemplaridad de vida y suficiencia de doctrina, que hacen concebir a los Jerarcas de la Iglesia fundadas esperanzas sobre el sujeto que eligen. Y en todo esto hay una intervención de Dios, sea antecedente o consiguiente a la previsión que tiene de la libre elección que haga el candidato.

Lo que se niega es el atractivo interior como prerrequisito necesario o existente por norma general; y aun esto, sin duda no en cuanto pudiera ser sinónimo de elección de la voluntad que, bajo la acción de la gracia, delibera sobre datos y experiencias y opta por el sacerdocio en vista de las razones, sino en cuanto se lo identifique con un impulso del Espíritu Santo, independientemente de la actuación del candidato. El Espíritu Santo obra siempre en la vocación, pero

(5) L. 6, tr. 5, nn. 802, 803.

no precisamente en forma de impulso interior, como el que llevó a Jesús al desierto.

Ni el c. 968, § 1 sobre la vocación clerical, ni el 538 sobre la religiosa excluyen un llamamiento divino previo al eclesiástico. Esto, que se puede demostrar en el mismo Código con cánones como el 1353 y 1357, § 2, que hablan de fomentar en los jóvenes de mejor índole los gérmenes de vocación divina, ha quedado muy manifiesto en la manera de hablar de los últimos Pontífices. Repetidas veces se han pronunciado suponiendo esa vocación divina en el candidato que se presenta para el sacerdocio. Pío XI no quería que se abrieran las puertas del seminario a aquéllos que "no muestran ninguna propensión de la voluntad hacia el sacerdocio". La Instrucción de la Sda. Congregación de Sacramentos de 1930 supone repetidas veces que en los aspirantes preexiste o falta la vocación divina independientemente del obispo, cuyo deber es estudiarla maduramente. Y esto mismo se evidencia en la declaración jurada de los candidatos, cuando solicitan las órdenes: "Yo N. N. testifico que solicito espontáneamente las órdenes... ya que experimento y siento que es en verdad Dios el que me llama" (6). Pío XII, en la Exhortación Menti nostrae (20, IX, 1950) supone o afirma con insistencia que la vocación viene directamente de Dios.

En qué consiste tal vocación no dicen estos documentos. En su comentario Sacerdos alter Christus, el Cardenal Iorio la hace coincidir en el orden de la ejecución divina con la idoneidad plena para el sacerdocio. Acaso pudiera invocar a su favor, entre otros, al propio San Alfonso, quien enumera la ciencia congrua, la honestidad de vida y la recta intención como las señales de aquella vocación divina cuya necesidad ha ponderado para el aspirante hasta gravarlo en caso contrario con pecado mortal. Sin embargo, pudieran pensar otros que la recta intención es aquella inclinación habitual y deliberada hacia el sacerdocio, que complete la vocación divina y sea su elemento o indicio más elocuente, sobreañadido a la idoneidad. El atractivo interno y la invitación del Espíritu Santo ya no puede sostenerse como señal necesaria de vocación.

* * *

Con relación a la vocación divina para el apostolado, y más en concreto para las misiones, podemos citar tres testimonios pontificios. Benedicto XV dice en dos pasajes de la Encíclica Maximum illud a los Obispos, que harán algo muy digno de encomio "si fomentan con interés en el clero y en el seminario diocesano las semillas de apostolado que algunos acaso muestren que tienen en sí", y antes se refiere a la necesidad de instruir y formar bien "a los que Dios llame" para la empresa de misiones (7).

Pío XI pondera cómo en la práctica de los Ejercicios espirituales "se percibe no raras veces en el interior la voz de Dios que llama... al ejercicio pleno del apostolado" (8).

Pío XII, finalmente, escribiendo al episcopado español después de la guerra, le consolaba con la esperanza de que "el mismo Señor de la mies os enviará jóvenes que... resulten operarios excelentes de su viña devastada, conforme a los deseos de Jesucristo y de su Santa Iglesia" (9).

SEGUNDA PARTE

LA VOCACION MISIONERA EN S. F. XAVIER

A. — ¿VOCACION-ATRACTIVO?

La vocación misionera del Apóstol de las Indias pudiera parecer indicada por Dios mediante esa atracción, que no cabe negar como hecho real en muchos casos,

(6) Acta Apostolicae Sedis 23 (1931) 127.
(7) Acta Apostolicae Sedis 11 (1919) 452. 448.
(8) Ibíd. 21 (1929) 701.
(9) Ibíd.

sino como exigencia elemental para la verdad de cualquier llamamiento de esa índole. Recordemos lo que refiere Laínez sobre sus sueños de llevar a cuestas un indio o negro de Etiopía, y Jerónimo Domenech, sobre su conversación frecuente y muy complacida sobre las cosas de la India y de la conversión de aquella gran gentilidad a nuestra santa fe, como que le daba el alma que había él de hacer esta jornada (10).

Pero hay razones para dudar de que así fuese. De haber considerado los sueños como llamamiento divino, y no como mero pronóstico de lo que la obediencia le había de encomendar, no se explica fácilmente que no apoyara más el designio de Dios, exponiéndoselo a San Ignacio para que éste acertara mejor en sus disposiciones sobre el apóstol. Lo cual no parece que hiciera, sino que procedió pasivamente.

Y se confirma esta impresión, observando la conducta posterior de Javier en actos parecidos. Pensando, por ejemplo, en la expedición, arriesgada y gloriosa, a las Islas del Moro, Japón y China, siente mociones interiores que pudieran ser la vocación a una empresa particular dentro del apostolado; y sin embargo en la hora de la resolución no parece que se guía por ellas ni las atiende, sino que se resuelve por razones propias del tercer tiempo de elección, "cuando el ánima... usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente" (11).

Más aún; respecto de la vocación atractivo, se revela en extremo sobrio, casi con prevenciones. Esto, que es evidente en él cuando entra en juego la obediencia al Superior frente a las mociones incompatibles del súbdito, que en tal caso juzga "tentaciones y turbaciones que el demonio les trae contra el oficio" (12), aparece con igual claridad como postura general del Santo. Y en cuanto al gusto y voluntad de ser gobernados en acuerdo con sus personales sentimientos interiores, he aquí este párrafo altamente significativo: "Vivo también con mucho temor que Lucifer, usando de sus muchos engaños, transfigurándose en ángel de luz, dé turbación a algunos de vosotros, representándoos las muchas mercedes que Dios nuestro Señor os tiene hechas... induciendo algunas flacas esperanzas para os sacar del (Colegio) antes de tiempo..." (13).

A pesar de estas reservas hemos de reconocer en sinceridad y verdad que en Javier, fiel discípulo de Loyola, la elección por mociones del segundo tiempo de los Ejercicios tuvo buena parte en ocasiones solemnes de su vida. He aquí el desarrollo de su resolución de ir al Japón: "Paréceme, por lo que voy sintiendo dentro en mi alma, que yo o alguno de la Compañía, antes de dos años iremos al Japón" (14). "Aun no he resuelto si yo, con otro u otros dos partiré dentro de año y medio para el Japón, o si enviaré otros dos de la Compañía. Me inclino más bien a partir personalmente" (15). "Después que Dios nuestro Señor quiso darme a sentir dentro de mi alma ser El servido de ir a Japón... paréceme que, si lo dejara de hacer, fuera peor que los infieles de Japón" (16). Y conocidos son sus arranques de valentía ante las trabas para expediciones como las de Malaca, para la cual "con grande consolción interior sentí y conocí su santísima voluntad", e islas del Moro, que "Dios me dió a entender en mi alma"; protestando que, "si no hubiera este año barcos portugueses para Malaca, me iría en algún navío de moros o gentiles" y que, "si no saliera este año de esta costa para el Moro ningún navío, y partiese tan sólo un catamarán, me iría en él confiadamente, puesta toda mi confianza en Dios" (17).

En conclusión de todo esto, creemos que en la vida y escritos de San Francisco Xavier el atractivo y la interior moción ayudan frecuentemente como factor

---

(10) MX II, 832.

(11) *Ejercicios de San Ignacio* n. 177.

(12) MX I, 589; SW II, 197, n. 34. Con las iniciales SW citamos la segunda edición de las cartas de San Francisco Javier, preparada por los Padres Jorge Schurhammer y José Wicki (Roma 1944, 1945).

(13) MX I, 587; SW II, 196.

(14) MX I, 435; SW I, 392.

(15) MX I, 449; SW I, 399, n. 4.

(16) MX I, 554; SW I, 148, n. 8.

(17) MX I, 384; SW I, 293.

precioso para discernir el llamamiento divino, pero que no se requieren como elemento sustantivo para la verdad de la vocación apostólica, ni pueden, aunque existan, computarse como signo auténtico de vocación verdadera.

B. — EL ELEMENTO DIVINO Y ECLESIASTICO EN LA VOCACION Y SOBRE LA VOCACION DE XAVIER

Javier tuvo y sintió sin duda la vocación divina, no sólo en cuanto que fué objeto de singular rectitud de intención e idoneidad para el apostolado, sino también en manifestaciones nada sospechosas y bastante claras por parte de Dios. Lo hemos indicado ya y no hay por qué insistir en lo evidente.

Por lo que hace particularmente a la vocación misionera, reconoce de modo expreso la invitación interna y especial de Dios, como aparece v. gr. en lo que escribe a los jesuítas de Roma hablando de los letrados de la Sorbona: "Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, mucho se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales, para conocer y sentir dentro de sus almas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: "Domine, ecce adsum, quid me vis facere? Mitte me quo vis et si expedit, etiam ad indos" (18).

Pero para Javier no hay vocación completa, si al elemento divino no se añade el llamamiento canónico por la voz del Superior eclesiástico competente. Refiriéndose a cierto sujeto, Andrés Garvallo, manda rotundamente: "No consintáis de ninguna manera, porque yo así lo ordeno, que tome órdenes ni de evangelio ni de misa, en la India, aunque el Señor Obispo fuese este año en Cochín... y al Señor Obispo diréis de mi parte que le pido mucho por favor, que no le dé órdenes ni de Evangelio ni de Misa" (19).

C. — CUALIDADES QUE EXIGE LA VOCACION MISIONERA

Expuestas estas ideas que nos ofrecen los escritos de Xavier sobre la vocación divina y el doble elemento, rectitud de intención y aptitud en que por lo menos se manifiesta, especificaremos sumariamente lo que exige el Santo en los misioneros.

1) Rectitud de intención, *en primer lugar. Javier no condenaba, sin duda, los motivos naturales honestos como complementarios de los sobrenaturales, pero ponía la fuerza decisiva para la vocación en éstos. "Si allá (en Roma) hubiese algunas personas muy deseosas de servir a Dios nuestro Señor, mucho fruto se seguiría que mandaseis algunos a Portugal; porque de Portugal... vendrán para la India" (20).*

Personalmente se movía siempre con la más subida intención de glorificar a Dios y unirse al sacrificio redentor de Jesucristo. Dos testimonios entre mil. Camino de la India escribía: "A nosotros alguna consolación nos es, y no pequeña, ser nuestros deseos mucho diferentes de todo favor humano, sino sólo propter Deum; porque los trabajos [de la navegación por la peste que se extendió en la nave] eran de tal calidad, que yo no me atreviera solo un día por todo el mundo" (21). Y al final de su carrera: "Vamos [a China] con la ayuda de Dios, Antonio, Cristóbal y yo. Rogad mucho a Dios por nosotros, porque corremos muy grandísimos riesgos de ser cautivos; pero consolámonos en considerar que mucho mejor es ser cautivos por solo amor de Dios, que ser libres por huir los trabajos de la cruz" (22).

2) Aptitud. *La aptitud para la vida de misionero, que según la idea de Javier y su realización personal consiste en un conjunto bastante definido de cualidades, presupone una diligente selección, que eventualmente deberá ser subsanada por una oportuna eliminación de los que siempre fueron o con el tiempo se hicieron ineptos.*

---

(18) MX I, 285; SW I, 166-167.
(19) MX I, 249, SW I, 92, n. 4.
(20) MX I, 248; SW I, 92, n. 3.
(21) MX I, 248; SW I, 92, n. 3.
(22) MX I, 800-801; SW II, 512, n. 9.

Huelga hacer consideraciones sobre la aptitud de Javier mismo; y sólo nos queda indicar lo que siente y ordena sobre aptitud y selección.

a) Sujetos aptos y probados. *Repetidas veces exige que lo sean. "Mas os encomiendo mucho, por amor y servicio de Dios nuestro Señor, dice a Simón Rodríguez, que cuando ordenareis mandar algunos de los de la Compañía, que no son predicadores, para estas partes de la India para convertir infieles, que sean personas de* mucha probación *en la Compañía y de muchas experiencias, de manera que hayan alcanzado muchas victorias por espacio de algunos años" (23). "Grande servicio a Dios nuestro Señor se harla dice en otra carta, si los Padres de misa que a estas partes han de venir fuesen mucho probados, porque de estos tiene necesidad esta tierra." "No envíen acá Padres que allá no hagan falta" (24) coincidiendo con San Ignacio en el cuidado por evitar la turba multa, que sería la peste en la Compañía, encarece en un país donde tan escasos eran los obreros evangélicos: "En especial os vuelvo a recomendar que recibáis muy pocos en la Compañía, y que los que son recibidos pasen por muchas experiencias; porque me temo que algunos hay que recibidos en la Compañía, que sería mejor* despedirlos *de ella, como yo he hecho con Alvaro Ferreira, al cual si fuera ahí no lo recibáis en el colegio" (25).*

Intransigencia sorprendente la que le lleva a dimitir de la Compañía al único compañero escogido para la China, porque no ve en él temple heroico y suficiente intrepidez, aunque por lo demás posea buenas cualidades por las que se le puede recomendar a otros Institutos.

En aplicación consecuente de su criterio de siempre instruye así: "Mirad que no recibáis persona en la Compañía que no tenga algunas cualidades para ayudar, así en el Colegio como mandándola fuera; y los que están dentro, ya recibidos. si viereis que no tienen partes y virtudes para ayudar a la Compañía, a esos tales los despediréis" (26).
Ahora bien, Misionero inútil podía ser uno según el criterio javeriano por múltiples causas. "Guardaos de recibir jamás personas de poca habilidad, juicio y razón; personas flacas y para poco, o que por necesidad temporal se meten más que por devoción" (27).
Identificados maravillosamente su pensamiento y dirección con los de San Ignacio, atribuía singular valor a la docilidad en manos de los Superiores. "Si alguno no obedeciere *a esta provisión que os dejo, advertía al P. Barceo que dejó como rector en Goa... os mando en virtud de santa obediencia que lo despidáis luego de la Compañía, aunque tuviere muchas partes buenas y cualidades, pues le faltan las mejores que son la humildad y la obediencia" (28). Y terminaba la carta volviendo sobre el mismo tema: "Si alguno se quisiere excusar de obedecer, a ese tal despediréis de la Compañía."*

Es natural que los tropiezos escandalosos *los juzgara Javier incompatibles con la vocación misionera en la Compañía. He aquí una norma de gobierno para el P. Gaspar Barceo, que dejó en Goa como vicario suyo al salir para China: "En virtud de Santa obediencia os encomiendo y mando, que si algún lego o sacerdote hace algún pecado público escandaloso, que a ese tal luego lo despidáis y no lo recibáis por ruegos de nadie... aunque os lo ruegue el Virrey y toda la India junta con él" (29). Nada habíe de contar en tales casos que semejantes sujetos tuvieran "muchas partes buenas y cualidades".*

Prefería, por lo tanto, pocos «Padres idóneos para este ministerio», *que muchos ineptos dentro y fuera de casa. Tal es sin duda el sentido de la frase a San Ignacio: "También me parece dar parte a vuestra santa Caridad que los que de la Compañía han de venir para estar en la India, fuesen personas escogidas por los colegios de España y Coimbra, aunque no fuesen más de dos cada año, y estos fuesen tales cuales la India los requiere, suficientes en perfección y después para predicar y confesar." Entre sus últimas normas para el rector de Goa figuraba ésta: "De nuevo os ordeno... no carguéis a la Compañía de gente inepta... Más vale que sean pocos y virtuosos, que muchos e inútiles" (30).*

---

(23) MX I, 456; SW I, 419, n. 1.
(24) MX I, 809; SW II, 521, n. 8.
(25) MX I, 809; SW II, 521, n. 8.
(26) MX I, 754; SW II, 441, n. 9.
(27) MX I, 914; SW II, 416, n. 5.
(28) SW II, 337, n. 3.
(29) SW II, 504, n. 4.
(30) SW II, 290 n. 14.

b) Cualidades físicas. *Aunque las menos importantes, son indispensables para el misionero en cierto grado. Javier, "joven de buena salud y singular hermosura" según Turselino que recoge el testimonio del Dr. Navarro (31), "bueno y sano" como lo describe Simón Rodríguez" (32), "uno de los mayores saltadores" en los deportes de la isla de Paris según testimonio de González de Cámara (33), conservó su robustez cántabra en medio de tantos trabajos apostólicos. Aunque se lo recibamos con cierta reserva, porque le pueden traicionar el celo y el corazón, he aquí su propio testimonio en el año último de su vida: "Yo estoy ya lleno de canas, pero en cuanto a las fuerzas corporales paréceme que nunca tuve más de las que ahora tengo" (34).*

Javier excluye del campo misional a los enfermos. Quiere que los enviados "no sean dolientes, porque los trabajos de la India requieren también fuerzas corporales, aunque sean más necesarias las espirituales" (35). Los que vayan al Japón "han de pasar grandes fríos en extremo...; [y así] allende de tener mucho espíritu, es necesario que tengan grandes disposiciones y recias complexiones" (36).

He aquí una de sus primeras advertencias a Europa al respecto, que data de 1545, antes de que experimentara los fuertes contrastes de climas *que le sugirieron las indicaciones que acabamos de referir: "Digo que sean para muchos trabajos corporales, porque estas partes son muy trabajosas, por causas de las grandes calmas y muchas partes faltas de buenas aguas; son los mantenimientos corporales, pocos, y son sólo, sin haber otros, arroz, pescado y gallinas, sin haber pan ni vino ni otras cosas de que en esas tierras hay mucha abundancia. Han de ser sanos y no enfermos para poder llevar los continuos trabajos de bautizar, enseñar, andar de lugar en lugar bautizando los niños que nacen y favoreciendo a los cristianos en sus persecuciones de los infieles. Y también Dios nuestro Señor les hará merced a los que vinieren a estas partes en verse en peligros de muerte" (37).*

Con singular predilección miraba desde este punto de vista a los flamencos y alemanes, *pidiéndolos en repetidas ocasiones a San Ignacio (38) y a Simón Rodríguez: "Teniendo en cuenta los grandes fríos que allá hacen, paréceme que algunos Padres flamencos y alemanes de la Compañía, que hace muchos años que están por Italia y por otras partes, ya ejercitados y experimentados, serían buenos para el Japón y la China" (39).*

c) Edad. *Estos sujetos, sanos y resistentes, no debían ser ni viejos ni excesivamente jóvenes, sino hombres hechos. Tal vez el ideal se acercaba para Javier a lo que él mismo había sido. "Por tanto mucho habéis de mirar en las personas que habéis de mandar al Japón, porque no es para viejos, por cuanto carecen de las fuerzas corporales, ni para muy mozos, porque carecen de la experiencia, dado que tengan fuerzas corporales" (40).*

Hoy, cuando ya están organizadas casas de formación en misiones, es, sin duda, más ventajoso el envío de jóvenes que sobre el terreno se aclimaten, se adapten a las costumbres, penetren en la mentalidad. adquieran la cultura de los pueblos que luego han de evangelizar. Los provectos no tuvieron entonces ni tienen ahora la suficiente flexibilidad para acomodarse. Ni él entró en los chinos ni los chinos entraron en él, se dijo de un excelente sujeto que había ido muy maduro a las misiones y no logro, con toda su buena voluntad comprender el talante de los pueblos que tenía que evangelizar.

ch) Aprendizaje del idioma. *En relación no necesaria pero bastante frecuente con la edad suele estar el aprendizaje de los idiomas requeridos para la evangelización. Javier, favorecido frecuentemente con carismas en este punto, experimentó con todo lo suficiente esta dificultad para tenerla en cuenta. Misionero de vanguardia había de resignarse a chapurrear los variados idiomas de la India; y nos cuesta persuadirnos de que pudiera decir sin gran optimismo de que "ya comenzamos a gustar" la lengua japonesa "en cuarenta días que nos dimos a aprenderla". Pero quería que los misioneros de asiento* dominaran el instrumento

(31) Véase MX I, 914. 916; SW II, 401, n. 2; 416, n. 5; 418, n. 12.
(32) Vita S. Francisci Xaverii l. 1, c. 1.
(33) MX I, 227; SW I, 61 n. 3.
(34) Mon Ign. ser 4 t. I, 304.
(35) MX I, 456; SW I, 419 n. 1.
(36) MX I, 698; SW II, 298, n. 1.
(37) MX I, 363; SW I, 258-259, n. 2.
(38) MX I, 727; SW II, 349 n. 10.
(39) *Loc. cit.*
(40) MX I, 700; SW II, 300, n. 6.

de su predicación; y siguiendo su dirección llegó el P. Enríquez a componer una gramática y un diccionario tamul, al P. Beira se le creería malayo y japonés al H. Juan Fernández, el compañero del apóstol en su viaje al Japón.

d) Adaptación. *Resistencia física y una edad discreta en que no se hayan estereotipado todavía las ideas y las actitudes son requisitos indispensables en lo humano para mantener la adaptabilidad, esa gran cualidad del hombre y del misionero especialmente. Javier la tuvo en gran estima y la realizó a veces con heroísmo, esforzándose en hacerse todo a todos.*

Comenzando por lo más externo, "traía el vestido pobre y limpio, y la ropa suelta, sin manteo ni otro algún vestido; porque este era el modo de vestir de los sacerdotes pobres de la India... Era muy afable para con los de fuera, alegre y familiar para con los de casa, especialmente para con aquellos que entendía ser humildes y sencillos... Era hombre de poco comer; aunque para evitar la singularidad, estando con otros comía de todo lo que le ponían" (41).

Por Valignani sabemos cómo en Malaca, conociendo la corrupción de costumbres y negocios ilícitos de los portugueses se iba "muchas veces a donde ellos estaban jugando, mostrando que holgaba con ellos y con sus juegos, de suerte que cuando veía que se retiraban por su respeto, los convidaba con mucha alegría a holgar... pues eran soldados y no habían de vivir como frailes... Y así mismo ahora se convidaba con uno, ahora con otro... alabando mucho los guisados y platos... y trataba con ellos con tanta familiaridad como si fuera entre soldados un soldado y un mercader entre mercaderes... Y con esta facilidad de tratar, y con los sermones... y con las continuas confesiones, hizo en Malaca en tres o cuatro meses que allí estuvo notabilísimo provecho" (42).

De su empeño en adaptarse es pequeñísimo pero significativo indicio esto que escribe a San Ignacio sobre el Japón: "Dícenme que se escandalizarán de nosotros si nos vieren comer carne o pescado... Vamos determinados a comer continuamente de dieta antes de dar escándalo a ninguno..." (43).

No hemos de pensar, sin embargo que al adaptarse cediera demasiado: "La conversación que tendréis con los portugueses, instruía a sus súbditos será de cosas de Dios, hablándoles de la muerte y del día del juicio y de las penas del infierno y del purgatorio; y para esto amonestándoles a que se confiesen y comulguen y vivan en la guarda de los diez mandamientos de Dios. Hablándoles de estas cosas no os impedirán las de vuestro oficio; y los que os conversaren será de cosas espirituales u os dejarán" (44).

e) Cualidades intelectuales. *Hasta su expedición del Japón se contentaba Javier con medianías intelectuales. Concentrado el apostolado de la India en las clases inferiores informaba en 1545 a San Ignacio que los misioneros por enviar "para andar entre infieles no tienen necesidad de letras" (45). Y a Rodríguez, tres años más tarde, que "a cualquiera de estas partes pueden ir personas que, aunque no tengan muchas letras, si tuvieren mucha virtud que les acompañe, pueden hacer mucho servicio a Dios nuestro Señor" (46).*

Aunque refiriéndose a lo moral *tenía dicho que los que no vallan para la Compañía en Europa menos vallan en la India en punto a capacidad intelectual mantenía aún en 1549, tras una experiencia de ocho años, "que envíen... algunos sacerdotes de mucha mortificación y de mucha experiencia, los que allá no tienen talento o letras para predicar o hacer allá colegios" (47). En lo mismo insistía, razonándolo, unos meses más tarde: "Aunque los predicadores que acá mandareis no tengan muchas letras, sean por amor de Nuestro Señor hombres de gran virtud, porque en estas partes poco miran a las letras y mucho a la vida" (48).*

Acaso influía en él para este criterio todavía otra razón, que derivaba de su sentimiento religioso, concretamente de su fe y confianza en Dios. *"Muchas veces pensé, escribía a San Ignacio que los muy letrados de nuestra Compañía... han de sentir mal de nosotros... pareciéndoles que será tentar a Dios acometer peligros tan evidentes..." Mas el santo apóstol razona: "No recelamos de vernos con los letrados de aquellas partes, porque quien no conoce a Dios ni a Jesucristo ¿qué puede saber? Y los que no desean sino la gloria de Dios y la manifestación de Jesucristo ¿qué pueden recelar?" (49).*

(41) MX II, 882
(42) MX I, 68-69.
(43) MX I, 549; SW II, 151, n. 15.
(44) MX I, 852; SW I, 431, n. 13.
(45) MX I, 364; SW I, 259, n. 2.
(46) MX I, 457; SW I, 420, n. 2.
(47) MX I, 496; SW II, 41-42, n. 7.
(48) MX I, 564; SW II, 155, n. 2.
(49) MX I, 548, 547; SW I, 150, n. 13; 148, n. 9.

Y refiriéndose a la misma empresa del Japón se manifestaba así respecto de su propia preparación para ella: "Vivimos con mucha esperanza que [Dios nuestro Señor] nos hará esta merced, por cuanto nosotros desconfiamos del todo de nuestras fuerzas, poniendo toda nuestra esperanza en Cristo nuestro Señor y la Sacratísima Virgen su Madre..." (50). Y en carta a Rodríguez definiendo su postura general a este propósito: "Una de las cosas que nos da mucha consolación y esperanza muy crecida de que Dios nos ha de hacer merced es un entero conocimiento que de nosotros tenemos, de que todas las cosas necesarias para el oficio de manifestar la fe de Jesús nos faltan. Y siendo así que lo que hacemos sólo es por servir a Dios nuestro Señor, para su servicio y gloria, esperamos que nos ha de dar abundantísimamente en su tiempo todo lo necesario" (51).

Tal vez se explica por esta estima de lo sobrenatural y por las condiciones culturales de aquella época *y de aquellos países el casi desdén de las cualidades intelectuales que mostró Javier aun al correr de los años: "Muchos despiden allá en los colegios, escribía a Rodríguez, que serían mejores para poblar los de acá, que no tomar acá en la India personas que no saben más que leer y escribir" (52).*

Con todo, después de su experiencia del Japón, *reconoce que a los que hayan de misionar allí "les ayudaría mucho estar bien ejercitados en artes y sofistería, para saber confundir a los bonzos que sustentan las universidades en las disputas, y tomarlos en contradicción" (53). En nuestros días, cambiadas las circunstancias, probablemente daría mucho mayor parte a la capacidad y preparación intelectual y cultural.*

f) Cualidades morales. *Sería interesante detenerse una vez más en el paralelo entre el ideal y la realidad apostólica de San Pablo y de San Francisco Javier, dos prototipos y dos teóricos a la vez de vocación apostólica en diversas épocas. La falta de tiempo nos obliga a limitar nuestra consideración a cuatro o cinco virtudes más importantes en el apóstol, según la vida y la doctrina de Javier.*

g) Unión con Dios. *Nunca es más eficaz el pregonero del evangelio que cuando habla ex plenitudine contemplationis, contemplata aliis tradendo. Con el divino modelo delante, notémoslo con el debido respeto, Javier, absorbido por el día en las tareas exteriores, arrebataba al sueño el tiempo necesario para llenarse de la vida divina que había de comunicar a las almas.*

Un hermano dió testimonio de haberle visto en los viajes marítimos "estar en oración desde una hora después de media noche hasta que era de día". Los que le conocieron y observaron personalmente nos dejaron muchos testimonios como éste: "Y pasando tantos trabajos de día, muchas veces gastaba también parte de la noche en oración. Aunque bien se puede decir de él que estaba siempre en oración de día y de noche, porque siempre se ocupaba en obrar y tratar de cosas del servicio de Dios, como también porque continuamente levantaba a él su corazón con suspiros y oraciones jaculatorias a propósito de lo que se trataba. Por lo cual era tan grande la comunicación y consuelo que de Dios recibía, que muchas veces le oyeron decir: ¡Señor, no más! ¡Señor, no me déis tantas consolaciones!" (54).

Escribiendo en 1555 al P. Mirón testificaba el P. Quadros: "La devoción que tenía con Dios entre tan continuo trabajo me espanta mucho. Andaba por el Japón rezando por los caminos, e iba tan embebido en Dios, que sin advertirlo se apartaba del camino, y rompía las calzas y se lastimaba las piernas y no sentía nada... Contáronme quienes vivieron con él en la misma casa que no durmiendo más que tres o cuatro horas cada noche decía comúnmente en sueños: oh buen Jesús, oh mi Creador y Señor y otras palabras de esta manera. Aquí en casa se iba a velar toda la noche en oración en un corillo desde donde se veía el Santísimo Sacramento; y si tomaba algún sueño lo hacía de cualquier modo en el suelo" (55).

h) Celo. *El misionero debe estar dispuesto a realizar el impendar et superimpendar del Apóstol de las Gentes, y debe estimar la caridad en el doble sentido de vida de gracia en el alma y ejercicio del apostolado para llevar la gracia a las almas.*

Javier tuvo todo esto en grado eminente. Se debía a las almas, esforzándose en "disponerse y determinarse a perder la vida por Dios, ofreciéndose a casos peligrosos en

(50) MX I, 595; SW II, 205, n. 49.
(51) MX I, 248-249; SW I, 92, n. 4.
(52) MX I, 700; SW II, 300, n. 7.
(53) MX I, 698; SW II. 298, n. 2.
(54) Véase MX II, 227, 821. 950, etc.
(55) MX II, 950.

que probablemente parece que se perderá la vida" (56). Es curiosa la coincidencia con San Pablo en confiar tan poco en sí mismo, que deja traslucir repetidas veces el temor de perder la gracia. Y como la estima tanto, le es fácil excitar en sí el celo para procurársela a los que ve privados de ella sintiendo la obligación y necesidad "de perder la vida corporal por socorrer a la espiritual de los prójimos, ofrecido a todo peligro de muerte" (57).

Va a la Pesquería, y porque él no se entendía con ellos "por la diferencia de la lengua, viéndolos en tanta necesidad, reventaba su corazón con el deseo de decirles lo que la lengua no le permitía". Se le ofrece la expedición japonesa y ante el espanto de sus devotos y amigos por querer él hacer un viaje "de muchos peligros de tempestades, de bajíos y de ladrones", dice que "yo más me espanto de ellos, de ver la poca fe que tienen, pues Dios nuestro Señor tiene mando y poder sobre todas estas cosas; y como todo esté a su obediencia, de ninguna cosa tengo miedo sino de El solamente, que me dé algún castigo por ser negligente en su servicio e inhábil e inútil para acrecentar el nombre de Jesucristo" (58).

Ver la desolación espiritual de los países de misión es el mayor tormento para su alma inflamada en celo apostólico. "Os confieso, escribe a Mansilla en 1544, que a las veces me causa tedio el vivir y me parece mejor morir por favorecer nuestra santa fe y ley, que vivir viendo tantas ofensas de Dios cuantas cada día se ven sin poderlas remediar; y por no verlas ni oírlas, deseé irme a la tierra del Preste Juan, donde tanto servicio se puede hacer a nuestro Señor..." (59).

Ingenuamente declara dentro de la más sublime caridad paulina: "Creo que los que gustan de la Cruz de Cristo nuestro Señor descansan viniendo en estos trabajos y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos. Qué muerte es tan grande vivir dejando a Jesucristo, después de haberlo conocido, por seguir propias opiniones o aficiones. No hay trabajo igual a éste. Y, por el contrario, qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer buscando non quae nostra sunt sed quae Iesu Christi" (60).

i) Diversas virtudes apostólicas. *Por fijarnos sumariamente en algunas, aludamos a su* castidad, humildad, mortificación y obediencia.

El joven lleno de simpatía que en los escaños de la clase lo mismo que en los deportes y tertulias estudiantiles supo conservar en medio de los peligros, que llegaron a ser muy grandes, un cuerpo incorrupto regido por un alma incontaminada, tanto se esmeró en el cuidado de esta virtud delicada que aun en sueños rechazaba con energía las ilusiones que aun de lejos se la pudieran mancillar, como consta por su confidencia al P. Simón Rodríguez (61).

Entre las virtudes del candidato a misionero de las Indias requería "mucha castidad, *por las muchas ocasiones que hay de pecar" (62). Estas ocasiones las favorecía el clima de la India, pero brotaban también entre los hielos del Japón, en una sociedad tan correcta en las formas exteriores como corrompida en su moralidad. Javier avisaba que "los peligros de caer en flaquezas son muy grandes" (63), como para disuadir el envío de misioneros demasiado jóvenes.*

Al repetir insistentemente en sus cartas a Portugal y Roma que no mandaran sino sujetos muy probados y experimentados, debía de pensar particularmente en esta virtud, aunque lo indicara veladamente: "A falta de no ser allá muy ejercitados los que para acá mandasteis ahora hace tres años, los despedí. Porque como salen de ese santo Colegio de Coimbra con muchos fervores, sin tener experiencia andando mucho tiempo fuera, dando gran ejemplo de sí y edificación al pueblo, hállanse acá nuevos y síguense cosas que, andando en medio del pueblo, es necesario despedirlos" (64).

Los testimonios de Javier a favor de la gran trilogía de virtudes misioneras pasivas, humildad, mortificación y obediencia, son muy numerosos y elocuentes. He aquí algunas manifestaciones del santo, con las que acabaremos esta exposición.

---

(56) MX I, 75.
(57) MX I, 75.
(58) MX I, 47.
(59) MX I, 348; v. 350; SW I, 242, n. 3.
(60) MX I, 258-259; SW I, 127, n. 15.
(61) Mon. Ign., Ser. 4, t. I, 571.
(62) MX I, 474; SW II, 6, n. 3.
(63) MX I, 671; SW II, 290, n. 14.
(64) MX I, 725; SW II, 347-348, n. 6.

La humildad *interior es una virtud "de la cual, escribe a sus súbditos desde el Japón, en todas partes, y más en estas tendréis mayor necesidad de lo que pensáis". Por tanto, "disponeos a buscar mucha humildad, persiguiéndoos a vosotros mismos en las cosas donde sentís y deberíais sentir repugnancia" (65). Personalmente pide con gran frecuencia oraciones "pues conocéis y sabéis de cuán bajo metal somos"; suele confiar en el favor de Dios por cuanto tiene "un entero conocimiento... de que todas las cosas necesarias para el oficio de manifestar la fe de Jesucristo vemos que nos falta" (66); y fracasos humanos, como el de la expedición a China los atribuye a sus pecados, "que por ellos no se ha querido servir [Dios] de nuestra embajada de la China; a eso, y no a otra cosa, hemos de atribuir la culpa de todo" (67).*

Mortificación *de muchos años se requiere, según el Santo, para el oficio de misionero (68). El la practicó en mil formas. Hemos aludido ya a su sobriedad en la comida; la preparación de su bagage para la India consistió en Roma en "remendar ciertos calzones viejos y no sé qué sotanilla" según atestigua Ribadeneira; en Portugal "deseando los oficiales proveerlo muy bastantemente, conforme al orden y deseo de S. A., por más que instaron, no pudieron alcanzar de él que tomase otra cosa, sino unos libros que en la India le serían necesarios, y algún pobre vestido del que [se] sirviera en la mar". Por dar aposento a los enfermos, nos dice un testigo que "gran parte de este viaje había tenido por cama una amarra enrollada o maroma, y por cabecera una áncora de galeón" (69) Alguien escribió sobre él a Roma desde la India: "Digo a V. R. cómo anda descalzo y con una vestecilla muy rota y con una caperucilla de tela prieta... Hate [un rey] dado una gran suma de dinero que ha dado a los pobres así en vestidos como en mantenimiento" (70). El resultado de esta austeridad y espíritu de sacrificio no buscando otra cosa que la salud de las almas era la conversión de pueblos y reinos enteros.*

En cuanto a la obediencia *es uno de los casos de admirable coincidencia entre el Fundador de la Compañía y su primer Superior de la India. En aras a la integridad de esta virtud sacrificó diversos sujetos, expulsándolos de la Orden sin contemplaciones, porque reconociendo en ellos otras dotes valiosas veía que les fallaba la principal de ser obedientes, persuadido de que "los tales desobedientes habían de servir en la Compañía más para daño que para provecho" (71). Con genuina doctrina ignaciana decía a sus súbditos tuvieran "por cierto para sí que en ninguna otra parte [se] puede servir a Dios como donde por obediencia se halla, confiando en Dios que dará a sentir a vuestro Superior cuando fuere tiempo que os mande por obediencia a las partes donde él fuere más servido". Exhortando a su primer compañero de la India a obedecer al Superior constituído razonaba así: "Y creedme hermano mío, Micer Paulo, que es cosa muy segura para continuadamente acertar, desear siempre ser mandado sin contradecir al que os manda. Y por el contrario, es cosa muy peligrosa hacer la propia voluntad contra lo que es mandado. Y aunque acertareis en hacer lo contrario de lo que os manden, creedme, hermano mío, Micer Paulo, que mayor que el acierto será el engaño" (72). La última orden que dejó al Superior que dejaba en la India al partir para la China decía así: "Y si alguno no obedeciere esta provisión que os dejo... lo despidáis luego de la Compañía" (73).*

Estos nos parecen los rasgos más salientes de la vocación misionera, tal como se dibuja en la vida y en los escritos de San Francisco Javier.

TERCERA PARTE

LA OBLIGATORIEDAD DE LA VOCACION

a) *Si la vocación sacerdotal consistiera* en el llamamiento del Obispo, *y nada más, es obvio que* no *existiría* normalmente *obligación bajo pecado de seguirla.*

La Iglesia puede, es verdad, dar a sus súbditos leyes que les obliguen a ciertas prestaciones necesarias o conocimientos para el bien común. Entre ellas podría

(65) MX I, 583; SW II, 191, nn. 20-21.
(66) MX I, 248; SW I, 92, n. 4.
(67) MX I, 761.
(68) MX I, 490; SW II, 42, n. 7.
(69) MX II, 840.
(70) Epist. mixtae I, 231.
(71) MX I, 721; SW II, 337, n. 4.
(72) MX I, 420; SE I, 343 n. 4.
(73) MX I, 722; SE II, 338-339, n. 6.

contarse la de imponer el sacerdocio a sujetos escogidos, cuando no hubiera suficientes ofrecimientos espontáneos para el cuidado espiritual de las almas. Pero bien se ve por la historia y por todo el criterio de la Iglesia que esta imposición no ha tenido lugar ni lo tendrá nunca.

Si la vocación sacerdotal consistiera en la llamada del Obispo, ciertamente no obligaría bajo pecado de hecho, *aunque pudiera obligar de derecho. Manifiestamente la Iglesia quiere que se escoja el estado sacerdotal sin coacción ninguna por parte de nadie. En el Antiguo Testamento, cuando el sacerdocio no llevaba consigo restricciones grandes de los derechos humanos, había una tribu consagrada obligatoriamente a él. En el Nuevo Testamento Jesucristo y la Iglesia quieren el ofrecimiento voluntario.*

* * *

Pero no hay nadie, probablemente, que no admita la existencia de una vocación divina *en los aspirantes al sacerdocio, a la vida religiosa, a las misiones. Con un encadenamiento especial de gracias actuales y con singular ordenación de su Providencia, llama Dios mismo, a unos más claramente a otros menos, a esas formas de vida apostólica. En tal supuesto de vocación divina, se pregunta: ¿obliga o no bajo pecado esa vocación? El que la desoiga a ciencia y conciencia ¿comete por el mero hecho alguna falta moral?*

* * *

b) *Cuando Dios comunica al alma el deseo de una forma de vida apostólica por intervención singular y de una manera que ya no es invitación sino* llamamiento taxativo, *como fué el caso manifiesto de San Pablo y de San Mateo, y el menos manifiesto, pero no tan raro, de otros, como San Luis Gonzaga o Carlos de Foucault, no tenemos dificultad en admitir que el seguimiento de esa llamada es* obligatorio *bajo pecado. Algo semejante habría de decirse cuando la Iglesia manifestara claramente su voluntad de ordenar a uno para el ministerio sacerdotal; y en ese sentido entendemos a los SS. Padres, cuando se ocupan del caso de Draconcio, quien, elegido Obispo, pretendió sustraerse a la elección (74).*

Sólo que entonces no se trata de escoger libremente entre dos extremos libres, *aunque uno más conforme que el otro al beneplácito divino; sino de entrar, en vista de la voluntad del Señor, por el único camino que El determina, de suerte que una actitud contraria implique auténtica rebeldía. No es ese el caso ordinario, sino el que responde al segundo o tercer tiempo de elección ignaciana, en los que Dios no se presenta así al alma, sino simplemente invitándola y dejándole después a ella la resolución, aunque El insinúe preferencias que no son imposiciones.*

c) *También hemos de conceder que la falta de correspondencia* positiva *a una vocación libremente escogida,* pero obligatoria *después en virtud del compromiso contraído, v. gr. por la emisión de los votos perpetuos en un Instituto religioso, supone culpa moral. Así, por ejemplo, cuando un religioso apostata de la Religión, o procede de tal manera en ella que se merece la dimisión, es indudable que peca por infidelidad a la vocación en que se comprometió. Y del mismo modo el clérigo* in sacris *que se hace indigno de continuar en el estado que abrazó libremente. Uno y otro pueden temer, además, seriamente por su salvación; pero no tanto por el hecho de la infidelidad a la vocación, cuanto porque no habiendo cumplido sus deberes fundamentales al disponer de medios abundantes deben temer el desperdicio de los que normalmente van a ser más escasos. Con todo: aún entonces, si oran como es debido, la oración será en sus manos llave para abrirse el cielo, porque también para este caso vale la doctrina general de San Alfonso: quien ora se salva.*

d) *Si admitiéramos en este problema el concepto* jansenista, *que identifica vocación presentada al aspirante con predestinación para ella exclusivamente por parte de Dios, de modo que no seguirla sea ponerse en un estado contrario*

---

(74) V., por ejemplo, SAN ATANASIO, *Epistola 1 ad Dracontium* (MG 25, 523-534).

al que Dios tenía escogido, situarse fuera del camino que estaba predeterminado, sería difícil responder que el desoír la vocación no constituye pecado en sí mismo.

Pero entonces no se trataría de vocación-invitación en la que Dios está como a la espectativa, sino de vocación-sugerencia de plan ya formado, que el llamado de esa suerte contraría sin razón, arrostrando todas las consecuencias funestas de su temeridad.

Por lo menos habrá pecado per accidens; *es decir, si no por el hecho abstracto de no seguir la invitación divina, que no se presenta como orden taxativa, sí por lo que implica ese no seguirla; ya casualmente, porque haya perdido la vocación por abandono de la oración y mortificación, ya en el momento mismo, por el motivo desordenado que le hace insumiso; aun independientemente de la disminución de gracias y aumento de riesgo que debiera evitar estrictamente en buena caridad para consigo mismo. Notemos de pasada que varios moralistas, San Alfonso entre ellos, exageraron el riesgo de no seguir la vocación, y en consecuencia la obligación de atenderla.*

* * *

Pero tampoco comparte el pensamiento católico ese concepto jansenista de vocación. Y por tanto el problema de la pecaminosidad no se resuelve tampoco por este camino relativamente sencillo.

Admitiendo una vocación divina especial que, sobre el llamamiento general a la perfección evangélica dirigido a todos los hombres, haga entender a éste o aquél en particular que a Dios le agradaría verlo sacerdote, o religioso, o misionero, ¿está ese tal obligado estrictamente a seguir bajo pecado su vocación bajo reato de culpa?

A esta pregunta respondieron algunos autores, a partir del siglo XVII, no sólo afirmativamente, sino, además, de una manera exagerada, suponiendo pecado mortal en la negativa, ya que no seguir una vocación divina claramente conocida es exponerse a peligro próximo de condenación.

Así sobre todo el Dr. L. Habert de la Sorbona, que influyó en San Alfonso, y a través de éste en no pocos ascetas y moralistas. He aquí su raciocinio: "En sus inescrutables decretos asigna Dios a cada uno un solo estado y le traza un camino único para dirigirlo a la meta suprema de la salvación eterna. Con una gracia que llamamos vocación llama a cada uno al camino que le ha decretado y en él le hace encontrar ayudas abundantes y eficaces, por medio de las cuales superará fácilmente todo obstáculo, vencerá toda dificultad, se salvará y se santificará. En cambio, el desgraciado que no siga la llamada divina y se escoja un estado diverso del señalado para él por el Cielo, se encontrará de por vida fuera del camina, en condiciones no queridas por Dios, el cual le negará por eso sus bendiciones y sus gracias eficaces para conseguir la salvación. El que no corresponde a la vocación se priva de tales gracias, no resistirá a las tentaciones y por lo mismo incurrirá en la condenación eterna. El que voluntariamente se expone a tal peligro comete por el mero hecho pecado grave" (75).

Con semejante concepto de vocación, tan jansenizante, no es extraña sino necesaria la imputación de pecado mortal al hecho de no seguir el llamamiento divino. No tanto rechazamos la consecuencia, que es de rigor hipotéticamente, sino las premisas en que se funda. En ese orden hipotético ya había expuesto acertadamente lo mismo Lessio, cuando escribió que es pecado desestimar la invitación de Dios a una forma o estado de vida cuyo abandono se considera como próxima y gravemente peligroso para la eterna salvación. Ya que tenemos el deber absoluto de salvarnos, estamos obligados a conjurar todo riesgo próximo que lo amenace. Y mientras uno crea vinculada casi necesariamente su salvación a determinado género de vida, tendrá que escoger ese de su parte.

Pero negamos sencillamente que sea esa la hipótesis que responde a la realidad de una vocación brindada por Dios a los hombres.

---

(75) D. L. Habert, *Theologia dogmatica et moralis* t. 7, p. 3, p. 445-54 (Venecia 1741).

A. — A FAVOR DE LA OBLIGATORIEDAD

En nuestro siglo, excluída la evidente exageración que supone el atribuir peligro próximo de eterna condenación a semejante descuido del llamamiento divino, los autores que encuentran pecado venial en la imperfección positiva, y algunos más, han sentado, con buena lógica, esta proposición: "El descuido de la vocación específica, por la que uno se siente llamado en particular al sacerdocio o a la vida religiosa de la manera corriente, implica por sí mismo pecado venial, precisamente porque y en cuanto desatiende la invitación de Dios suficientemente conocida." Que pueda haber, además, pecado per accidens *por la temeridad y riesgo de perdición que eventualmente se presenten con claridad en la repulsa de semejante invitación, ya queda dicho que no puede negarse.*

a) *Esta posición severa arguye estableciendo diferencia entre los consejos tomados* en abstracto, *como recomendación general a lo mejor, y los consejos dirigidos en concreto a una persona. Estos han de considerarse en relación inseparable con las circunstancias del sujeto y con el dictamen que sobre el conjunto formule la conciencia. Ahora bien, "la conciencia, razona el Redentorista Wünschel, no se pregunta si el objeto del acto, tomado en abstracto es de precepto o de consejo, y ni siquiera atiende a las teorías de los teólogos sobre la cuestión de la imperfección. Juzga y emite su dictamen según las exigencias del momento y la actual inspiración de la gracia". "Atención, viene a decir la conciencia, según él; es el momento de dar a Dios el culto debido, de demostrar al Padre tu respeto, de hacer limosna a este pobre, porque este acto de religión, este obsequio filial, esta misericordia fraterna, están perfectamente proporcionadas a tu condición, a tus fuerzas, a las gracias que te han sido concedidas." Así la conciencia es "mi mentor interno, testimonio verdadero e incorruptible, que hace resonar la voz de Dios. Por eso habla con voz* imperativa; *y si descuido su dictamen, peco" (76)*

Con manifiesta exageración continúa observando este autor: "querer restringir los deberes a lo que es objeto de precepto formal, reduciría la vida moral a un minimum, *y este* minimum *no se podría realizar sin sofocar casi continuamente la voz de la conciencia y extinguir las inspiraciones del Espíritu Santo." Digo que ésta es una exageración manifiesta, porque todos sabemos qué extraordinaria perfección argüiría un hombre que cumpliera todos sus deberes estrictos sin ningún pecado venial deliberado, y cuántos actos de virtud positiva implicaría semejante proceder.*

Pero respondiendo en un plan más científico al reparo diremos que la conciencia no es legislador ni regla de los actos humanos, sino en cuanto a su vez está ella misma regulada por la ley; que Dios, al invitar en concreto, indica que no le defrauda la elección de otras posibilidades; que también ellas responden a la gloria que exige de nosotros, y que se conforma con nuestra elección menos generosa, pero no rebelde.

Por consiguiente, cuando se presenta a la conciencia un consejo divino que no es ley, sino recomendación *que deja en libertad, la conciencia, como buen mentor, lo refleja sin obligatoriedad estricta, y por lo mismo no arguye de pecado su descuido.*

b) *No importa tampoco que la vocación se presente y sea como un* regalo, *un don que ofrece el Señor, una gracia actual. Hay dones divinos que indiscutiblemente es obligatorio aceptarlos. Tal es, por ejemplo, el don de la fe. Pero entonces concurre con el don un* deber estricto *de servirse de él en orden a un fin necesario. En el ejemplo mencionado, es sabido que sin la fe es imposible complacer a Dios y salvarse.*

Pero hay otros dones que se presentan como optables *y no necesarios. Estos no consta que no pueden desatenderse sin renunciar por eso a la perfección. La posibilidad de hacer lo mejor, no implica deber de ello. En otro supuesto la no obligatoriedad de las reglas religiosas, impuesta en la actual disciplina de la Iglesia, no tendría sentido. No falta al religioso la gracia actual para cumplirlas, siempre que no esté excusado o dispensado; sin embargo la trasgresión, en sí misma, no es pecado.*

c) *Desatender la vocación claramente conocida es, dicen en tercer lugar,* abandonar el camino *que Dios tenía preparado para llevarle a uno al cielo, con*

---

(76) *L'obligo di corrispondere alla vocazione sacerdotale,* en Enciclopedia del sacerdozio, pp. 70-71.

todas las ayudas pertinentes, y entrar temerariamente por otra vía en la cual le faltarán las gracias necesarias.

Este reparo no puede sostenerse hoy fácilmente. La aprobación expresa del libro de Lahitton, en cuanto sostiene que en el ordenando basta intención recta unida a la aptitud comprobada para cumplir debidamente los deberes sacerdotales, demuestra que no es verdadera esa concepción de un único camino abierto en el plan de Dios ante la elección humana. Podría haberse escogido otro sin temeridad ni oposición a la voluntad de Dios. ¿Por qué ha de negar el Señor las gracias abundantes de su economía ordinaria al que eligió lo que se le propuso como elegible *más o menos razonablemente, pero sin temeridad?*

d) *Vocación, añaden, es sí invitación y es consejo. Pero invitación y consejo* del Padre providente y amante *que sabe lo que nos conviene y nos lo propone. No escucharle cuando se dirige así a cada uno en particular, es, si no un desacato como se ha pretendido más arriba, al menos una falta de caridad consigo mismo, privándose radicalmente de un cúmulo de gracias que Dios tenía preparadas para el camino aconsejado, y que no se aplicarán en el escogido.*

El razonamiento deja entender que el Creador no concederá abundantes gracias en otra forma de vida. Esto se supone arbitrariamente, puesto que no está ofendido *con su creatura. Pero, además, aunque uno deje de lado un estado de perfección con los medios en él consagrados, mientras esté dispuesto a vivir en cualquier forma de vida según el espíritu de los consejos evangélicos y a practicarlos cuando las circunstancias se los impongan como obligatorios, v. gr. la castidad perfecta en el estado de viudez, permanece acreedor a las gracias divinas, y de esta suerte atiende más que suficientemente a su bien espiritual y a su futura gloria. Aun sin ese plan de perfección positiva, con la sola resolución de evitar todo pecado venial deliberado, satisfaría uno sobradamente a su deber de caridad para con la propia alma y a la exigencia de progreso que algunos invocan; y para esto es indudable que había de contar con la gracia divina a pesar de no haber atendido la vocación a la vida perfecta. Añádase que la caridad para consigo mismo en las cosas no necesarias, aun en el orden espiritual, no parece obligar a costa de sacrificios muy costosos. Y téngase además, en cuenta que el argumento que criticamos alcanzaría a todos los hombres, aun a los llamados por Dios sólo en general a la perfección, puesto que el deber de caridad lo tienen todos para consigo del mismo modo.*

e) *Se ha dicho también que el bien menor, relativamente a un sujeto en particular,* es malo; *que su elección concreta, conocida como bien menor, no es referible al fin de la caridad, que no es acto dirigido por la prudencia.*

Pero téngase en cuenta que la desatención del mayor bien y la elección del menor no son dos actos distintos, sino uno solo que, siendo menos bueno, es sin embargo positivamente bueno; y, por lo tanto, agradable a Dios, meritorio y ordenado al fin de la caridad, ya que no la excluye positivamente en un grado mayor, sino que la deja de perseguir negativamente, sin menosprecio ni siquiera virtual, con pura preterición. Del mismo modo, aunque es pecado obrar contra o al margen de la prudencia, hay que tener presente que esto no sucede sino cuando el hombre se aparta de las reglas divinas con las cuales se rectifica la razón de la prudencia (77). Y en el caso presente ni se va contra la prudencia, ni se procede imprudentemente al margen de sus reglas, a no ser que entre el desprecio de lo más perfecto.

* * *

Estas son, tal vez, las principales consideraciones que encontramos en los partidarios de la vocación obligatoria bajo pecado.

Como es natural, buscan en las fuentes dogmáticas el apoyo de su postura, si ya no piensan que la han adoptado precisamente en fuerza de los datos que presentan esas fuentes.

---

(77) V. Sto. Thomas, *Summa Theologica* 2-2, q. 53 a. 1.

Del Magisterio vivo *poco pueden aducir.* Pío XI *habla de las lágrimas tardías, acaso de duración eterna, con que padres e hijos lloran a veces la elección de un camino determinado; pero además de decirlo, refiriéndose precisamente al sacerdocio, piensa en la intromisión injusta por parte de los padres en la vocación de sus hijos y en la temeridad grave de éstos al comprometerse a cargos que no tienen garantías de soportar y que de hecho les hacen sucumbir (78).* Pío XII *se refiere al crimen gravísimo de lesa religión y lesa patria que cometen los que arrancan del corazón de sus hijos la semilla de la vocación sacerdotal (79). Pero tampoco él lo deriva de la frustración del plan divino, sino del abuso que hacen de la autoridad, con graves consecuencias para el bien particular y común. Por lo demás los documentos eclesiásticos que en el Magisterio y en la liturgia hablan de la libertad existente hasta el subdiaconado y de la táctica de eliminar a tiempo con criterio tuciorista a los que no den garantías seguras, lo mismo en el clericato que en los noviciados y durante tiempo de votos temporales de las Religiones, no favorecen la posición favorable a la obligatoriedad de la vocación.*

En cuanto a la Sagrada Escritura, *la sentencia que nos ocupa no tanto invoca textos en su apoyo, cuanto se interesa en desvirtuar los de la parte contraria.*

La tradición patrística *habla sí de la correspondencia a la llamada de Dios; apremiando a ella, ensalzando los ejemplos de prontitud y fidelidad que admiramos en apóstoles y santos, reprobando las moratorias, excusas y negativas disfrazadas que se le oponen; condena también la conducta de quienes hacen malograr una vocación; relata las consecuencias funestas que de ahí se siguen. Pero todo ello ¿quiere decir que sea obligatorio atender a la vocación? Porque, por otra parte, es también indudable que afirman la libertad de la vocación en cuanto que no hay ley divina ni humana que la imponga. Y sabido es que más de un Santo Padre se escondió para evadirse de las responsabilidades del sacerdocio a que Dios le invitaba por la voz popular.*

B. — EN CONTRA DE LA OBLIGATORIEDAD

Se trata, lo repetiremos una vez más, de la falta de correspondencia negativa *a la vocación, consistente en sentirse invitado, no mandado, por Dios para entrar por un camino determinado; y, sin menosprecio del beneplácito divino diverso del que pueda haber en el hecho de no atenderlo, se determina el invitado a seguir otra ruta, ya que la indicada por Dios ve que no se le intima como obligatoria.*

Los reparos que hemos ido poniendo a la sentencia afirmativa habrán indicado que nos sonríe más la contradictoria, que niega la obligatoriedad inmediata de la vocación. Y esto tanto en el orden especulativo, analizando la naturaleza del consejo y consultando las fuentes dogmáticas, como en el práctico, mirando a lo que impone o aconseja la dirección de las almas.

No se niega que Dios puede imponer *la vida apostólica a determinadas personas. Menguado concepto de su soberanía argüiría quien esbozara así la cuestión. Supuesta la posibilidad, se pregunta por el hecho eventual. Y no en casos particulares, que generalmente admitimos haberse verificado en la historia, sino en* general, *por el mero hecho de presentársele a uno claramente recomendada una vocación, incluso mediante ilustraciones del entendimiento e indudables mociones de la voluntad, a la manera descrita por San Ignacio en el segundo tiempo de elección.*

a) *La respuesta negativa, lo acabamos de decir, se funda principalmente en la* índole del consejo. *Cuando Dios manifiesta su voluntad preceptiva, emplea fórmulas que no dejan lugar a duda: honra al padre y a la madre; no matarás, etc. En cambio, cuando propone no la perfección, que en una u otra forma quiere para todos, sino* determinadas maneras *de ella, en el sacerdocio, en la vida religiosa por ejemplo, procede aconsejando: si quieres ser perfecto, y dejando a la consideración y capacidad de cada uno: quien pueda comprenderlo que lo comprenda. Entonces simplemente sugiere.*

Y el consentimiento tiene como característica y diferencia del precepto, *según la clásica distinción de Santo Tomás, que "el precepto implica necesidad, mientras que el consejo queda a opción de aquel a quien se da" (80).*

Por lo tanto, el consejo significa en sí mismo, y antecedentemente a la deliberación del aconsejado, libertad moral *para aceptarlo o rechazarlo sin ofensa del aconsejante que no quiso imponer su voluntad. En nuestro caso concreto sugeriría el Señor: Si quieres acceder a mi indicación, harás lo mejor. Pero si quieres limitarte a lo mandado, aunque no harás lo mejor, obrarás lo bueno y no me ofenderás. Porque en realidad no contrariarás una voluntad prefijada en mí, puesto que sólo te la presenté como invitación que*

---

(78) *Acta Apostolicae Sedis* 28 (1936) 48-49.
(79) *Ibid.* (1942) 269-274.
(80) *Summa theologica* 1-2 q. 108, a. 8.

te deja libre para cualquiera de los extremos, teniendo en todo caso mi aprobación más o menos complacida.

No es "una libertad capciosa y punible, como se ha dicho, con la repulsa de gracias congruas, sino una libertad verdadera" la que deja el Señor a los que invita (81). Ciertamente la falta de correspondencia a su invitación hará que disminuya el raudal de gracias que hubieran recompensado la generosidad. Pero tampoco debe olvidarse que una vocación como la sacerdotal, religiosa o misionera, supone responsabilidades y peligros especiales que, sin aquellas gracias especiales, dejarían al llamado en peores condiciones de cumplir los nuevos deberes contraídos, que al que no corresponde al llamamiento.

En su discurso al Congreso de Religiosos (8, XII, 1950), respondiendo a los que piensan que lo mejor en el servicio divino es aflojar las riendas de la libertad todo lo permisible, para tener que sacrificarla constantemente con nuevas renuncias por amor del Señor, dijo textualmente Pío XII: "Si bien se considera, esto es desconocer la naturaleza del consejo evangélico y falsear hasta cierto punto su significación genuina. A nadie le urge la obligación de imponerse el consejo evangélico de la perfecta obediencia... a nadie, lo repetimos; ni a los particulares ni a las sociedades... [*Pero*] *si alguien es empujado por la invitación de la voz de Dios, con indicios ciertos, a la cumbre de la perfección evangélica..., propóngasele la* libre *inmolación de la libertad tal como lo pide el voto de obediencia..." (82). Aquí vemos afirmada la libertad del sujeto para seguir no sólo la invitación en abstracto, sino también la que se le dirige a él en concreto en forma clara.*

b) *Otra razón apunta el Cardenal Iorio en acuerdo con Santo Tomás. Este había observado la necesidad de que "los preceptos de la Nueva Ley se entienden dados respecto de las cosas* necesarias *para conseguir el fin de la bienaventuranza eterna; mientras que los consejos deben versar sobre las cosas mediante las cuales se puede conseguir ese fin* mejor *y con más expedición" (83). El Cardenal, sin referirse a esta idea, nota que en cuanto consejos no pueden ser obligatorios, ya que sirven para obtener la perfección como medios no indispensables, por no ser los únicos: "aunque todos estemos obligados a la perfección, como se la puede obtener por otros medios, Dios nos invita a los consejos evangélicos, pero no nos obliga" (84).*

c) *Añade brevemente el mismo Iorio un tercer motivo para la libertad de la vocación sacerdotal: "El sacramento del orden mira al bien común o social, no al bien individual del sujeto; por lo cual no hay ninguna necesidad, ni de medio ni de precepto, que obligue de suyo a los candidatos a abrazarlo."*

* * *

La Sgda. Escritura *favorece la no obligación.* A un joven *que, por propia iniciativa, pregunta sobre medios concretos para tender a la perfección, le responde Jesucristo que,* si quiere *escoger un estado de perfección, practique determinados consejos. Lo que luego añadió en vista de la irresolución del joven no fué, según los comentadores una condenación del rico, que había guardado los mandamientos, hasta merecer el cariño de Jesucristo, y podía continuar guardándolos del mismo modo, sino de las riquezas falaces, que fácilmente ahogan los deseos de lo mejor.*

Hablando del matrimonio y del celibato dice San Pablo formalmente que, para mantenerse fiel a la doctrina de Jesucristo, no puede menos de decir que el celibato no cae bajo precepto, sino que es cuestión de consejo, aun respecto de cada uno en particular. De tal modo que el padre a cuyo consejo se remita una muchacha, y consiguientemente la muchacha misma, aunque haría mejor optando por la consagración de su virginidad a Dios, no hace mal sino menos bien, positivamente bien, cuando opta por el matrimonio.

Otros pasajes invocados con igual propósito tienen análoga respuesta. Si Jesucristo dice que "ninguno que ha puesto su mano en el arado y mira atrás es apto para el Reino de Dios" (Lc. 9, 62), pretende significar que quien se quiera dedicar al apostolado no puede dividirse *entre ese empeño y otros cuidados. En el mismo sentido hay que "dejar que los muertos entierren a sus muertos" (Mt. 8, 22). Por lo demás, de referir a la vocación estos textos, significarían, a lo sumo, que quien ha empeñado ya su palabra y se ha ligado con un vínculo no puede desatarlo unilateral y arbitrariamente sin faltar; lo cual es exacto.*

---

(81) VERMERSCH, *De religiosis*, I, 127.
(82) *Acta Apostolicae Sedis* 43 (1951) 31.
(83) *Summa theologica* 1-2, q. 108, a. 8.
(84) *Sacerdos alter Christus.* 44 (Roma 1933).

Algo parecido se ha de observar respecto al amor preferente al padre o a la madre, que hace indigno de Jesucristo (Mt. 10, 37), porque en ello hay una renuncia y menosprecio gravemente ofensivo contra el Señor. Pero desatender la vocación no es renunciar ni posponer a Jesucristo, sino permanecer en su Compañía en uno de los puestos que el mismo Señor aprueba, aunque por su parte tuviera una preferencia superior.

* * *

Los Santos Padres, *hablando sobre todo de la virginidad, establecieron clarísimamente la libertad moral en que se encuentra cada cual para escoger lo mejor o quedarse con lo bueno. "Lo bueno, dice uno cualquiera de ellos, en este caso San Ambrosio, no se puede omitir; lo mejor se deja a la elección libre; por eso no se impone sino que se aconseja... Se debe permitir que todos midan sus propias fuerzas, de modo que puedan tomar sus decisiones no constreñidos moralmente por un precepto, sino movidos por una gracia más copiosa" (85).*

Y si algunas veces afirman que el abandono de los consejos es pecaminoso, que las bodas, por ejemplo, del que había profesado virginidad son peores que el adulterio (86), es porque el abandono arbitrario de un voto o de un compromiso no sucede efectivamente sin pecado; y, además, porque tienen la idea de que un voto solemne de castidad en la vida religiosa no se puede dispensar, trasmitiendo esta idea errónea a los teólogos medievales, incluído Santo Tomás.

Cuando los clérigos acólitos *suben al presbiterio habiendo manifestado su intención de recibir el subdiaconado, la Iglesia les invita por última vez a reflexionar atentamente sobre las responsabilidades que voluntariamente solicitan (ultro appetitis); no sólo en cuanto que nadie puede forzarles lícitamente a ellas, contraviniendo su libertad jurídica, como se ha dicho, sino también en cuanto nadie les puede restringir o coartar su plena libertad moral, puesto que entonces "todavía os está permitido, les advierte el Obispo, pasar a los propósitos seculares a vuestro talante". "En cambio después, añade recitando las palabras rituales de la ordenación, amplius non licebit, ya no tendréis opción de hacerlo" sin faltar a un compromiso bilateral, que por añadidura interesa al bien público y que sólo podrá deshacerse en contados casos por benevolencia maternal de la Iglesia con la debilidad humana.*

* * *

Consultando a la razón *nos parece más verosímil, casi lo único razonable, el afirmar que la vocación divina al apostolado por sí misma, en cuanto mera invitación, todo lo clara que se pretenda, no implica pecado ni reato ninguno por el cual Dios le privará en lo sucesivo de gracias congruentes para su salvación y perfección.*

Sin duda que según la Providencia ordinaria no tendrá tan abundantes gracias y tan eficaz asistencia en el estado que escoja desatendiendo la invitación del Señor. Pero como no se ha separado de él ni le ha disgustado positivamente; como continúa siguiéndole sin deserción aunque no en vanguardia como lo hubiera complacido más; como no ha procedido mal, con falta moral, sino menos bien, con imperfección positiva, no ha contraído reato ninguno propiamente dicho. Ya no es acreedor a dones especialmente abundantes por parte de Dios, pero nada hay en él que merezca una merma de los favores corrientes que se otorgan a las almas en la economía ordinaria de la gracia.

Hemos mencionado la imperfección positiva. No podemos detenernos a discutir este nuevo aspecto de la cuestión, si, admitiendo como admitimos, que la repulsa de la vocación es una imperfección positiva, no afirmamos por el mismo hecho que existe en ello culpa venial. Sabido es que hace un par de decenios se discutía vivamente esta cuestión, sin concretarla a nuestro problema. Y que la solución que se le dió en abstracto no fué entonces ni es ahora uniforme. Por buenas razones que aprobamos, gran número de moralistas rechazan la necesidad de admitir pecado venial en toda imperfección positiva.

* * *

---

(85) *De viduis*, cap. 12 n. 72. (ML 16, 256).
(86) V. S. Agustín, *De bono viduitatis* cap. 9-10, n. 12-13. (ML 40, 438).

Consultando el sentido práctico y la dirección pastoral *creemos que se llega al mismo resultado. Lo prudente ante una castidad perfecta que vacila y da tropezones es aconsejar el matrimonio y no el celibato perpetuo. Al seminarista o novicio que no se siente francamente con fuerzas para subir al altar o emitir los votos le decimos con toda resolución, según las normas de la Iglesia, que se retire decididamente. Y así otros criterios parecidos, universalmente aceptados.*

Pues bien, si la vocación fuera obligatoria, si no se la pudiera desoir sin pecado, si fueran tan graves como se pretende las consecuencias de situarse fuera del Estado al que Dios invite, la Iglesia no podría aprobar y menos imponer, como lo hace, criterios según los cuales se deben eliminar de los estados más perfectos cualesquiera sujetos que no ofrezcan plena garantía, exponiéndose sin escrúpulo a frustrar más de una vocación real por insuficientemente comprobada.

Téngase también presente que, si hubiera obligación de seguir las invitaciones concretas de Dios a lo mejor, tendríamos que sentirnos obligados a todo lo menos imperfecto que se nos presente claramente como posible en cada circunstancia particular, ya que habríamos de considerar como gracia actual e invitación divina la luz que tuviésemos sobre ello. Prácticamente habríamos de vivir en la condición de quien ha hecho aquel voto de hacer lo mejor que en Santa Teresa admira la Iglesia como maxime arduum. Y fácilmente se comprende a cuántas angustias y escrúpulos daría lugar semejante criterio.

XIII

Tres misionólogos frente a la Vocación Misionera: José de Acosta, Tomás de Jesús y D. de Gubernatis

Fr. Pedro de Anasagasti, O. F. M.
Doctor en Misionología

De los tres notables misionólogos, objeto de este estudio, tan sólo uno —Gubernatis— se situó expresamente frente al problema de la vocación misionera, pretendiendo captar su esencia para transmitirla a la posteridad. Los otros dos fueron laboriosos buscadores de oro, que hurgaron pacienzudamente en los predios de la Patrística y de las Decretales para describir un campo espiritual en el que se suponía la existencia de la vocación misionera. Por este motivo, nuestro estudio difícilmente podrá ofrecer una directa definición de la esencia y de las cualidades de la vocación misionera. Mas los elementos dispersos en las obras de estos tres eminentes teóricos misionales nos revelarán no poco de la naturaleza, de la sublimidad y de las características de la verdadera vocación misionera.

Quizás no la definirán, porque no lo pretendieron, pero la sabrán retratar en el mosaico de sus diversas consideraciones, de tipo piadoso y experimental, como dirigidas a individuos inquetados por la llamada de predilección al apostolado entre infieles.

José de Acosta es el misionero y misionólogo ignaciano, que marida prodigiosamente la erudición misional con la experiencia misionera. Agil en la captación de la actualidad de los problemas misionales de la bisoña América; proclive, por su endiosado corazón, a la comprensión del alma del indio americano, brizado desde su cuna en la hamaca de los más repugnantes vicios contra la naturaleza; genuino erudito, familiarizado con los más sabrosos textos de la Patrística; atildado escritor que resuda sinceridad, celo e ironía; enjundioso expositor, que sacrifica afeites literarios y pruritos filosóficos a la claridad y a la fácil comprensión. Su libro áureo "De Procuranda Indorum Salute", bien dirigido por el seguro gobernalle de las Actas del II Concilio de Lima, del I Congreso Provincial de la Compañía en el Perú y de la sesuda exposición de los escasos misionólogos precedentes, es un cardiograma de las Indias Occidentales a finales del siglo XVI, con el curioso diástole de sus virtudes naturales y el sístole de sus macabros vicios (1).

Tomás de Jesús es el fervoroso carmelita misionero de retaguardia, que trata de ayudar eficazmente a la conversión del mundo infiel mediante su libro "De procuranda salute omnium gentium", impreso en 1613. Es el escritor ecléctico que no aspira al Parnaso literario, sino que confiesa ser un sencillo sintetizador de libros y de documentos. Pero a la síntesis une Tomás de Jesús sus requiebros con tinta del corazón, sus invitaciones a la más urgente y noble tarea, cual es la vocación misionera; sus consejos pa-

---

(1) Para un conocimiento exacto de la eminente personalidad de José de Acosta es imprescindible el estudio de la tesis doctoral de Lopetegui (León) S. I.: *El Padre José de Acosta, S. I., y las Misiones*. Madrid, 1942. La doctrina misionológica principal de Acosta se contiene en su libro *De procuranda Indorum salute*, del que tenemos una edición moderna «Ediciones España Misionera». Madrid, 1952. Citaremos esta edición, como más asequible al lector, que quiera estudiar más extensamente su doctrina. Está precedida, la edición, de un valioso prólogo y de curiosas notas del P. Francisco Mateos, S. I., quien es, asimismo, autor de la traducción del latín. Nació en Medina del Campo en 1540, murió en Salamanca en 1600. Su citada obra fué editada en Salamanca, en 1588.

ternales, con sabor de misticismo, para los privilegios que llevan el retrato de Cristo a los infieles; la cadena áurea de la smás valiosas autoridades patrísticas, cuyas citas vivificadoras no se atreve a glosar. Escribe para quienes traten de embarcarse en la nave apostólica de las Indias, de Marruecos, de Israel o de Rusia Blanca; es decir, para quienes busquen un contacto con los que viven a espaldas de Cristo, "aberrantium a Deo" (2).

Domingo de Gubernatis es el sesudo analista franciscano que, a la nublada luz de Turín, bien ensamblado en su sillón frailero y entre recitaciones de los Salmos de David, escribe, con ensueños de impecable historiador, la magna gesta de los hijos del Serafín de Asís a través de los cuatro siglos de su existencia y en sus apostólicos periplos por mares conocidos y allende del temible finis terrae *de los fantásticos mapas medievales. Ambicioso es el título de su obra: "Orbis Seraphicus", y ambiciosa su ansia de inmortalidad terrena, al aspirar a escribir los 35 gruesos volúmenes de su proyectada monumental obra, que se rebajaron a cinco por exigencias de la Hermana Muerte, que le regaló el sexto volumen, exactamente dos siglos más tarde, en 1886. Versado en la dogmática, su retrato de la vocación misionera se adentra en la exposición doctrinal, de sólidos principios, que adoba con la frecuente y atinada citación de la Sagrada Escritura, primaria fuente doctrinal de su escrito (3).*

Acosta, en su inevitable ajetreo de misionero que tropieza con mil obstáculos raciales, rituales y jurídicos que trasuda la conquista espiritual de las Indias Occidentales, y Tomás de Jesús, en su laboriosa propaganda para la constitución de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, palpan la existencia y la sublimidad de la vocación misionera, cuyo misterioso contenido no intenta desmadejar. Pero nos dejan, en sus libros, elementos dispersos que trataremos de coadunar en un cuerpo de doctrina.

Por la brevedad exigida a este estudio, insinuaremos tan sólo las más curiosas y valiosas ideas misionales de tres de los más eminentes teóricos misionales del siglo XVII. No dudo que pueden regalarnos un breviario misionológico, en el que destaquen la enseñanza, la utilidad y el impulso espiritual.

I. EXISTENCIA Y SUBLIMIDAD DE LA VOCACION MISIONERA

1. — Motivos de sublimidad de la vocación misionera.

Antes de ingresar en el misterio de la vocación misionera, Gubernatis, con acento de profeta dantesco que conoce el secreto que ha de divulgar, clama, señalándonos la grandeza y las indeclinables exigencias del apóstol entre infieles:

"Noverint missionarii se supremi Regis esse Legatos ad Gentes, et de poenis contra infidos Legatos exerceri solitis attenta cogitatione pertimescant" (4).

La vocación misionera no puede ser un escape romántico, ni siquiera

---

(2) Tomás de Jesús nació en Baeza el año 1564 y murió en Roma, en 1627. Fecundo escritor de libros sobre teología mística, trabajó incansablemente para la fundación de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Escribió el libro misional: *De procuranda salute omnium gentium*, publicada en 1613, para el que se sirvió abundantemente del libro citado del P. Acosta. Para nuestro estudio nos servimos de la edición del Padre Tomás de Jesús Pammolli, de Roma, 1940, que transcribe solamente los cuatro primeros libros de los doce totales; en los cuatro primeros trata de los problemas fundamentales de la misionología, estudiando en los siguientes las características de los paganos, cismáticos e infieles, y señalando los métodos característicos para la evangelización de cada grupo.

(3) Domingo de Gubernatis nació en Sospitello (Italia), y murió en Turín en 1690. Con Waddingo, es el más notable historiador franciscano. Su libro fundamental «Orbis Seraphicus» consta de 6 volúmenes, los cinco primeros fueron publicados en Roma y Lión (1682-1689), y el VI en 1886. Después de historiar —en los cuatro primeros volúmenes— las gestas de los franciscanos, estudia en los dos últimos la historia de sus misiones entre infieles. Para nuestro trabajo nos servimos del volumen V, en el que publica la introducción doctrinal a la historia franciscana misional.

(4) GUBERNATIS. *Orbis Seraphicus*, V, 22.

la ejecución de un deseo piadoso. El misionero es un Legado del Rey supremo; luego, elegido por él para esa especial misión, de portar su mensaje redentor, sin personales interpretaciones. El Legado es un cuerpo que representa otra alma: la de quien le envió.

Gubernatis recuerda la trascendental responsabilidad del misionero, por que enseñaba la experiencia de la conquista espiritual de las Indias Occidentales que se habían colado, como misioneros, clérigos indisciplinados y ambiciosos junto a religiosos inobedientes y ansiosos de libertad y de aventuras. Solamente el legítimo temor de asumir —contra la divina voluntad— una embajada noble y difícil, podría detener este alud de clérigos alucinados por el resplandor de una vocación mecida en los quiméricos brazos de la fantasía.

Mas, en la misma proporción de la responsabilidad, está la sublimidad de la vocación misionera. Tomás de Jesús probará esta prestancia de la vocación misionera, fundamentándola en cuatro trascendentales pilares:

"ex ipsius animae rationalis nobilitate ac praestantia,
tum ex doctrina et exemplo Christi et aliorum Sanctorum,
tum etiam inter alia praecipue ex virtutum omnium influxu in hoc opere,
ac denique ex eminentia et praestantia inter alia opera" (5).

Son cuatro virtualidades que subliman la profesión apostólica entre infieles, y constituyen a la vocación misionera en la más noble y fecunda de las tareas humanas. Examinémoslas brevemente:

a) el ejemplo de Cristo *que promulgó la excelencia de la labor misionera en su doctrina universalista de la Redención; en su labor personal de buscar afanosamente las ovejas perdidas, aun abandonando temporalmente las que figuraban en su redil como seguras, ejemplo que culmina en el envío a un mundo, sin fronteras etnológicas ni barreras políticas, de los Doce, de sus cinfidentes, de los continuadores de su obra, a quienes repite febrilmente su testamento: "Id y enseñad a todos los pueblos de la tierra" (6).*

Cristo no halló, en su aljaba de las posibilidades divinas, la flecha de una misión más urgente ni más esperanzadora: solamente por cumplirla "no aborreció el seno de una Virgen", ni el desprecio, ni el abandono, ni la calumnia, ni la muerte. Tanto monta en la balanza de Cristo la vocación misionera (7).

b) Al ejemplo de Cristo y de los Santos, argumento vivo y decisivo, une Tomás de Jesús el de la nobleza del alma racional.

El alucinante microcosmos humano, taller de maravillas fisiológicas y psicológicas, es el colmo de las maravillas creadas, si se examinan sus vivencias internas y sus posibilidades sobrenaturales.

---

(5) Tomas a Jesu. *De procuranda salute omnium gentium*, 9.

(6) Escribe Tomás de Jesús: «At non solum Christus Dominus hoc generali praecepto contentus est, ne forte Christiani, qui ad omne ignaviae genus propensius inclinamur, dilectionem hanc intra Ecclesiae tantum terminos exhibendam existimaremus; sed infidelium curam maxime Ecclesiae commendavit... Deinde, si ad Christi Domini Salvatoris nostri exemplum, ad ejus formam et exemplar omnes Christianorum actiones, omnia studia et exercitationes sunt dirigenda, maxime elucet in omni ejus vita, operatione et doctrina hic animarum zelus, quo ejus viscera transfigenda praedixerunt Prophetae. Quanta vero fuerint in Christo Domino caritatis indicia, quanta erga proximorum salutem curandam sollicitudo, nemo est qui digne possit explicare: zelo animarum ita exarsit, ut coarctaretur, ut ipse ait, donec baptismo sanguinis pro earum salute ablutus, seipsum Patri hostiam viventem immolaret; passionem et mortem probrosissimam obivit sponte libensque et gaudens sustinuit quod optavit ardenter, ut opprobria exprobrantium Deo in ipsum reciderent omnia, fieretque unus pro omnium gloria opprobrium hominum et abjectio plebis. Quam vero constanter in amore ingratissimae et pessimae plebis perseveraverit, quam ardenter nec amatus, et capitalisimo odio habitus ab inimicis, civibus et popularibus suis, inimicos ipse dilexerit, quam facilis ad ignoscendum fuerit suismet hostibus et interfectoribus immanissimis, efferatissime testatur vel una ejus oratio illa, Pater dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt». O. c., 25-27.

(7) Cristo, modelo y legislador de la vocación misionera, ha sido objeto de diversos estudios en esta misma Semana, por lo que no insistimos en punto tan esencial.

"Ante los ojos de Dios es más lamentable la pérdida de un alma, que vaga en el desierto espiritual y no llega a ser reducida con los más costosos trabajos ni con su misma muerte, que la ruina misma de todos los Reinos del mundo. Y si todo el Universo, con sus indudables grandezas, no puede compararse en valor con una sola alma, ¡qué sentiremos a la contemplación de tantos miles de almas que, privadas de la luz evangélica, se precipitan en la perdición eterna! Con motivo se lamentó Jesús cuando, en la predicación de la parábola de la semilla, constató que tres cuartas partes de la semilla, eran lanzadas a la heredad del demonio" (8).

Es algo así como, si en un riquísimo palacio, hubiese un salón en sombras. Semeja, en su tenebrosidad, una lóbrega bodega. Pero una mano pulsa la llave y se enciende la iluminación. Ahora pueden admirarse los caros tapices, los artísticos cuadros, los raros muebles, los valiosos vasos, el caprichoso artesonado. Existía esa maravilla, pero era prácticamente nula, inexistente hasta que la luz la creó a los ojos de los visitantes. Este salón es el alma racional; está en una opaca oscuridad que no anula, pero impide su lucimiento. La mano del misionero gira la llave de la luz evangélica; se ilumina el interior del alma racional, reviven sus valiosos tesoros y lucen sus costosos adornos. Se ha obrado el milagro de una nueva creación: fué la luz divina de la gracia la que embelleció el salón, pero no sin la mediación de la mano del misionero. ¿Puede dudarse de la sublimidad de su dignidad sin igual?

Causa espanto el contemplar, convertidos en lodazales, vasos artísticos, modelados para contener la incontenible majestad de Dios, la esencia divina, la virtualidad activa de la Santísima Trinidad. Rescatar tan valiosos búcaros para restituirles la primitiva sublimidad es una labor sobre toda ponderación; es la nata de las ocupaciones humanas.

"Así como entre las operaciones divinas en el mundo es la más perfecta la salvación de las almas; asimismo, entre los oficios que el hombre puede cumplir para la gloria de Dios, ninguno puede equipararse al de Misionero Apostólico; es el más divino entre los divinos oficios el de cooperar con Dios en la salvación de las almas, con aquella caridad que, para conseguirla, se va entre infieles, sin achicarse ante tantos y tan grandes obstáculos y ante la muerte violenta; no puede haber mayor caridad que ésta" (9).

Al par que la dignidad de este ministerio, emerge la obligación que, en medidas diversas según los oficios y las posibilidades, afecta a todo cristiano (10). Mayor desgracia es la pérdida de un alma que la espantosa ruina de todos los Reinos del mundo. Y, ¿podremos contemplar impertérritos la ruina de millares de almas? Con jeremíacos acentos, concluye Tomás de Jesús: "Animas innumeras infernus deglutit, et nemo miserorum vicem dolet!" ¡Innumerables almas se precipitan en la tenebrosa fosa del infierno, y no hay quien se compadezca de su desgraciada suerte! (11).

---

(8) «Neque vero in oculis Domini omnium bonorum temporalium ac regnorum eversionem tanti esse, quanti unius animae amissio sit, quae in deserto errare sinatur, nec omni conatu omniumque bonorum ac vitae ipsius dispendio ad ovile revocetur. Quod si unius animae pretio universus orbis comparari nequit, ac ex alia parte in tot animarum millia... oculos convertamus, quae luce evangelica destituta in aeternum pereunt; ita ut et merito Christus cum clamore valido lamentatus sit, quando seminis parabolam praedicavit, in qua ex quatuor divini seminis partibus tres in daemonum praedam cedere vidit». O. c., 23.

(9) ... «sicut inter omnia, quae Deus in mundo operatur, est salus animarum, earumque redemptio longe supereminet, ita prae ceteris, quae homo pro Dei gloria valeat assumere, nihil apostolicae missioni potest adaequari; omnium quippe divinorum divinissimum est, Deo cooperari ad salutem animarum; ea potissimum charitate, quae pro illa inter infideles procuranda, tot, et tanta vitae incommoda, et mortem ipsam obire non formidet: maiorem autem hac charitatem nemo habet». GUBERNATIS, o. c., 16.

(10) «Cum enim viri pii et religiosi tot millibus opem ferre possint, quomodo in utramque aurem dormientes torpescere possunt in salute proximorum procuranda? Profecto non videntur sententiae Jesu Christi Salvatoris nostri subscribere, qui proximos ab interitu sempiterno, cum possint, et ex fraterna caritate teneantur, non vindicant.» THOMAS A JESU, o. c., 13.

(11) ... «cum inter universas mortalium calamitates ignoratio Christi primum locum obtineat, his, qui pro carneis oculis catholicae fidei lumine utuntur, nullum omnino miseriae genus luctuosius videri debet, quam inmensa hominum a Christo aberrantium ac innumerabilium parvulorum multitudo, qui evangelico carentes pane, sempiterna morte damnantur» THOMAS A JESU, o. c., 9-10.

c) La tercera cualidad que acredita la vocación misionera es que por ella se ejercitan las más valiosas y meritorias virtudes.

Es una escuela de santidad, porque el celo de Dios y la dificultad de regiones inhóspitas y de personas de idiosincrasia opuesta, obligan a poner en juego potencias, sentidos y energías físicas en un continuo esfuerzo ascético, sin el fácil aplauso de las masas cristianas y bordeando la posibilidad de un lento padecer.

El misionero penetra, de ordinario, en un mundo misterioso, donde la tentación es más exótica y larvada; se desase de un ambiente que le regalaba seguridad moral y física, en el que los peligros y las virtudes estaban señalados con luminosos semáforos; se enfrenta con la soledad, quien se bañaba en la serenidad de una noble amistad; se aleja de las fuentes espirituales —la confesión fácil y la dirección espiritual— en las que se abrevaba su alma proclive al pecado; se carea con una ideología que, más sugerente a los sentidos, forma hombres naturalmente honestos y que le seduce por las libertades de las sirenas opuestas al Evangelio; tropieza con la dificultad de amoldarse a la lengua, a las maneras, a las costumbres —frecuentemente, repugnantes— del pueblo que evangeliza; se le exige el ensamblamiento en un clima y en una ambientación no pocas veces opuestos a su natural; se requiere el sacrificio de su salud, el esfuerzo desorbitado, la cárcel, la persecución violenta, la fuga desalentadora, la muerte misma.

Aun cuando no surgieren en su camino ni los leones ni los antropófagos, la adaptación interior a la vida misional provoca —las más de las veces— una reacción violenta, que exige el ejercicio de las más nobles virtudes. Por ello, la vocación misionera es una exigencia muy difícil y muy preñada de responsabilidad, y, al mismo tiempo, la más excelente escuela y ocasión de virtudes (12).

d) El cuarto pilar sobre el que se asienta la vocación misionera es el ejercicio más eminente de la reina de las virtudes: la caridad. *Porque la vida misionera ejerce su acción en los sujetos más alejados de nuestro ambiente y de nuestro cariño (13); porque la misma labor apostólica puede producir fáciles frutos en las almas convertidas, mientras se muestra estéril en el apostolado entre infieles; porque la persecución, la incomprensión, la muerte violenta, son frecuentemente la correspondencia a la labor misional, mientras el aplauso, la fama comercial, el aprecio y el agasajo premian, aun en este mundo, los afanes del sacerdote entre fieles, es por lo que la vocación misionera exige un desinterés humano y una caridad excepcionales.*

Acosta, a la contemplación de masas paganas, inconvertidas al Evangelio, puntualiza:

> *"Ni veo yo o temo otras dificultades que la mucha falta de operarios fieles y prudentes en Cristo, y la mucha abundancia de mercenarios, que buscan sus intereses más que los intereses de Dios. Si, pues, el Señor se dignare enviar a su mies obreros incorruptibles, que traten dignamente la palabra de la verdad, que los vean estos infieles buscarlos a ellos, no a sus cosas (Ph. 2, 25; Tim. 1, 8); que atesoren con amor para sus hijos, y estén siempre pronto para darse a sí mismos por la salvación de las almas; que tengan tanto amor a sus hijos espirituales, que no sólo les den la palabra de Dios, sino sus mismas entrañas (I Thes. 2, 8); que aprobados por Dios hablen de manera que no busquen aplacer a los hombres, sino a Dios que aprueba los corazones; que sus palabras no tengan especie de adulación, ni den pie a la avaricia; finalmente, que busquen muy de veras la gloria de Dios y no la suya; entonces atarán abundantes gavillas en la era del Señor,*

---

(12) En el tercer apartado de este estudio, trataremos ampliamente de las virtudes fundamentales en el misionero. Gubernatis las sintetiza acertadamente: «Proculdubio tenetur Missionarius ad vitae documenta solerter attendere, quae in Evangelio praescribuntur Apostolis, atque discipulis ad Missionem destinatis, et quae Apostoli nos docuerunt suo exemplo; ut pacifici, modesti, patientes in tribulationibus, et angustiis, omnimoda exemplaritate, atque mansuetudine infideles ad audiendum Dei verbum attrahere primo, deinde audientes ad credendum esse vera, quae praedicantur, inducere valeant. Sit non iracundus, sed patiens in angustiis et persecutionibus; castitatis cultor praecipuus; sit veridicus, sit modestus; orationis amicus; responsum mortis habeat in semetipso; at prae omnibus omnino caveat ne directe, vel indirecte, in modico, vel in multo ad aurum corradendum, aut divitias congregandas propendere videatur; non ad aurum sed ad animas intendat...» O. c., 16.

(13) Tomás de Jesús trata de la sublimidad de la vocación misionera, que gana para el misionero la admiración de cuantos le conocen, y que hace poner en juego las más preclaras y difíciles virtudes: «ex quo genere cum sine ulla controversia sit fervens in proximos caritas (maxime vero in infideles, qui quanto a nobis remotiores, tanto necesse est ut caritatis flamma sit major) non est dubitandum quin praeseferat dignitatem ac splendorem maximum». O. c., 15.

entonces se acabará la esterilidad y cosecharán mies abundantísima, y la almacenarán para la vida eterna" (14).

2. — La vocación misionera es obra de Dios

Ni la humana habilidad, ni la palanca poderosa del dinero, ni la decisiva protección de las armas, ni la irresistible atracción personal del misionero pueden algo en esta siembra. Sencillamente, porque la vocación misionera y su actuación son obras de Dios.

En consecuencia, no podemos servirnos ni de táctica ni de experiencias humanas para captar la virtualidad misionera ni para medir su eficacia. El Legado de Dios debe realizar su misión entre infieles en nombre y con la virtud de quien le envió; su labor no es la de convertir, sino la de laborar la tierra, la de preparar la sementera, la de arrojar la semilla; con ello, ha cumplido su deber, tanto si fecundan óptimas gavillas como si el yermo se aterca en su esterilidad.

El misionero es un simple instrumento, al que no puede exigírsele ni el calor fecundante del sol ni la vida en capullo de la semilla.

> *"¿Cuál es el papel del hombre en la conversión de los otros hombres? Sencillamente el de que son empleados por Dios como libres instrumentos, como se usa la pluma para escribir y la sierra para cortar maderos. Y así como el instrumento, si pretende moverse y trabajar solo, no puede producir su obra; si por el contrario, se deja manejar por un artífice prudente, realiza maravillas; del mismo modo el hombre que se une a Dios con la oración continua, con la integridad de vida, y con el vínculo de la caridad, y se dejare manejar por Dios, obrará cuanto le plazca" (15).*

Señalemos las dos características subrayadas por Tomás de Jesús: a) el misionero es un simple instrumento, que necesita absolutamente de una mano, sin la cual es estéril; b) es un instrumento libre, que no se impone a la Iglesia misionera por sus méritos humanos o por su santidad, sino que posee tan excelente oficio por pura condescendencia divina.

Cuyas consecuencias son: 1.ª) que ninguno puede llegar a Cristo si no le llamase el Padre, según testimonio de Jesús: "Ninguno viene a Mí si no le atrajese mi Padre" (Joan. 6, 44); 2.ª) que en tanto será más aficaz el instrumento, el misionero, en cuanto se adapte mejor a la mano divina, y más dócilmente se deje manejar por ella:

> *"Suele Dios servirse, para sus más trascedentales negocios, de hombres que tratan de abnegarse a sí mismos, y por su mediación realiza sus em-*

---

(14) Acosta: *De procuranda Indorum Salute.* 116. Tomas de Jesus subraya la dificultad de la obra misional: «Crescit etiam meritum ac hujus functionis praemium ex nimia difficultate, quam ex natura sua praesefert haec infidelium cultura: dubitari enim nequit quin sensibus ipsis primo aspectu acerba, aspera et dura repraesentetur, sed ex hac acerbitate et dificultate crescit ipsa meriti et praemii corona. Illud tamen experientia compertum est, quod quid est dificultatis, ita molliri et temperari a Deo, ut appareat quatenus valet ad meritum, non appareat quantum attinet ad laborem. Qua in re utrumque Deus conjunxit, ut res quidem gravissima maximeque ardua ita a Deo conditur et mitigatur, ut eadem sit suavissima et jucundissima.» O. c., 53.

(15) «Quid ergo faciunt homines in aliorum hominum conversione? Hoc unum, quod a Deo tanquam instrumenta libera adhibentur, sicut calamus solet ad scribendum, serra ad secandum. Quare sicut instrumentum, si se ipsum movere velit, nihil efficiet; si vero, cum artifice conjunctum, ab eo moveatur, omnia efficiet; sic homo in his divinis et supernaturalibus operibus tantum praestabit, quantum cum Deo oratione continua, integritate vitae, strictissimoque caritatis vinculo fuerit conjunctus, ab ipsoque motus.» Thomas a Jesu, *o. c.*, 240-241.

presas más rápida y eficazmente, que en mucho tiempo con aquellos que se tienen por más valiosos ante sí mismos y ante el mundo" (16).

Labor de Dios y labor ardua *es la vocación misionera. Cuando tiene de sublime y de honroso, tiene de difícil y de desinteresado para el misionero. Lo expresa bellamente Acosta:*

"Dicen que es muy difícil la verdadera y sincera conversión de los indios a nuestra santa fe. Lo es en verdad; no lo negamos. Pero conviene pensar con atención que siempre fué la predicación de la fe muy difícil, y la fructificación del evangelio laboriosa. Pues callando los impedimentos antecedentes y consiguientes a la palabra de Dios, que hacían que no fuese recibida, o que una vez recibida no fructificase, la misma doctrina cristiana en sí encierra un monte de dificultad. Porque contiene enseñanzas que superan la humana comprensión, y no las demuestra; exije costumbres por completo ajenas de codicia y vanagloria, y manda cortar de raíz los vicios que son congénitos a la naturaleza, y con el uso están profundamente arraigados; promete premios que no se ven y manda menospreciar y hollar los bienes que se ven; transporta el sentido humano a lo que es sobre todo sentido, y manda que los hombres hagan vida de ángeles. Pues, ¿quién juzgará cosa fácil transformar las bestias irracionales en espíritus celestiales, y eso, colaborando la misma voluntad a quien se hace violencia? En verdad que de Dios sólo es esta obra, no de hombre o de cualquier otra criatura; El quiere su propia obra, y dice el Apóstol: "Don es de Dios, no esfuerzo vuestro, para que nadie se glorie" (17).

3. — Objeto humano de la vocación misionera

La vocación misionera es obra divina, más exige la mediación de los hombres, y se realiza entre los hombres que constituyen su objeto específico.

Propuso Dios, en los abismos insondables de su justicia y de su amor, que la conversión del mundo infiel se realizara con los ineptos instrumentos de los hombres. No inquiramos el motivo. Apoyémonos sobre la realidad de un hecho, como el enfermo que adopta con plena confianza una medicina, cuya composición ignora, pero que sabe es de una indudable eficacia.

El hecho cierto, y cientamente incomprensible, es que Dios no se sirviera de sus alados ángeles para llevar fácilmente la virtualidad vivificante del Evangelio a los pueblos más difíciles, a cada alma pagana. Lo efectúa por medio de los hombres, cuyas alas están tan gravadas con mil rémoras inevitables a su condición.

De ahí nace el sujeto activo: *el* misionero, *y el* sujeto pasivo: *el* evangelizado.

---

(16) «Solet enim Deus per instrumenta apta, hoc est homines qui sibi ipsis abnegandis enixius studeant, ut in magnis fidei negotiis, ac per eos brevi tempore saepe efficacius agit finemque attingit, quam diuturno tempore per plerosque alios homines, qui sibi vel mundo melius aliis sapere videntur» Thomas a Jesu. O. c., 170.

De ahí emerge la conclusión de que el misionero se ha de lanzar a la labor misional, como si nada de útil poseyera en su persona, dispuesto a que la palabra de Dios sea escuchada y fructificada primeramente en la humildad de su espíritu, para repartir su fecundidad a las almas. Porque, ¿qué importa el que una pluma esté engastada en piedras preciosas, bañada en platino y con el marchamo de la más acreditada fábrica productora, si ha de permanecer ociosa sobre el pupitre a falta de una mano que la maneje diestramente? Idénticamente, ¿qué suponen las mejores cualidades psicológicas, humanas y culturales de un misionero, si, empeñado el apóstol en trabajar por su propia cuenta y por propia virtud, desdeña la mano divina, la única que sabe manejarle diestramente?

(17) Acosta. O. c., 64-65.

A) Sujeto activo

La obra misionera, que es la vitalidad desbordante de la Iglesia buscando, en tierras paganas, un cauce para su inundación fecundante, es obligación y labor colectiva de la Iglesia.

Tomás de Jesús estudia separadamente los sujetos activos de la vocación misionera. Son:

a) el Romano Pontífice, *cuya obligación misionera se basa en dos premisas: su oficio de Supreso Pastor de la Iglesia, a quien han sido encomendadas todas las almas, y su cargo de Sucesor de San Pedro en el apostolado. Bajo el Símbolo del Anillo de Pedro, teje esta bellísima exposición:*

> *"El anillo del Pescador es lo mismo que el anillo del sucesor de San Pedro en el apostolado y en la pesca de todas las almas del universo. Adorna la mano derecha de los Pontífices en el día de la dispensación o reparto, ya que la Iglesia lo concedió al elevarle a tan suprema dignidad para que tuviese continuamente presente su deber. El anillo es el símbolo del recuerdo del deber, y con este anillo la Iglesia, en nombre de Cristo, avisa en todo momento al Pontífice y Sucesor de San Pedro que el oficio apostólico consiste en extender continuamente las redes y procurar la salvación de todos los pueblos; para que esta obligación se imprima indeleblemente en la mente del Romano Pontífice, apostumbra la Iglesia sellar todas sus Bulas con el anillo del Pescador" (18).*

El Romano Pontífice es el eterno pescador, que extiende sus redes en el mar del mundo. Es un deber ineludible y persistente, que grava sus hombros, y que lo ha de ejercer con cuantos medios y con cuantas personas hallare disponibles.

b) Precisamente, para ayuda eficaz del Romano Pontífice surge el segundo sujeto activo: *el* sacerdote. *Conocida es la actitud de Tomás de Jesús en la polémica respecto a la excelencia del sacerdote religioso sobre el diocesano en la labor misionera. No es cuestión de capilla; es, más bien, la constatación de que la labor misionera se debe realizar bajo una obediencia inmediata y en el ejercicio de los màs heroicos consejos evangélicos. La misma Sagrada Congregación de Propaganda Fide exige que los sacerdotes diocesanos que aspiren a la labor misionera en vanguardia se adhieran a los Seminarios de Misiones, para ellos creados, ad instar Ordinum religiosarum (19).*

c) La potestad civil *debe interesarse activamente en la evangelización*

---

(18) «Annulus itaque piscatoris idem sonat quod annulus successoris Petri in Apostolatu et piscatione universi orbis animarum. Ornatur, inquam, dextera Pontificum in die dispensationis cum Ecclesia hoc annulo, ut ad summum istum dignitatis gradum evecti, hoc altissimum et apostolicum munus prae oculis semper versarent. Annulus enim memoriae symbolum est, atque ita hoc annulo Ecclesia Christi nomine Pontificem ut Petri Apostoli successorem commonefacit apostolici muneris esse retia tendere, omniumque gentium salutem procurare; atque ut hujus obligationis recordatio semper Pontificum mentibus sit quam firmissime impressa, Ecclesiae usu receptum est omnes Bullas annulo piscatoris sigillare.» O. c., 71-72.

(19) Para Gubernatis, *misionero* (missus) solamente puede ser el sacerdote, con otro nombre *apóstol.* He ahí su argumentación: «Ita Dominus Iesus Christus, qui se missum a Patre pro mundi salute confiteri non erubuit, illos duodecim viros quos primario ad annuntiandam in universo Mundo salutem misit, Apostolos antonomastice nominavit; caeteros vero in adiutorium eis designatos, non Apostolos, sed discipuli titulo generaliter insignitos legimus in Evangelio, et ab Ecclesia. Missus ergo, et Apostolus sunt synonima, cum Apostolus nihil aliud a misso significet; unde duodecim sanctos praelectos a dannuntiandum hominibus Evangelium, Apostolos per excellentiam dicimus.» O. c., 9.

de los infieles que demoran en su territorio o que se someten, por cualquier motivo, a su jurisdicción (20).

d) En un bellísimo capítulo, que liba las mieles de los Santos Padres sobre la participación activa de los cristianos seglares en la evangelización, demuestra con textos áureos que «ad omnes Christianos *spectat proximorum etiam infidelium saluti consulere» (21).*

B) Sujeto pasivo

Para Tomás de Jesús y Gubernatis, el sujeto pasivo de la vocación misionera son todos los hombres que están apartados de Cristo. Le conozcan o no. La moderna polémica respecto a si se deben comprender entre infieles —luego evangelizandos por los misioneros— *a los protestantes y judíos, es una sutileza jurídica que no conocieron los misionólogos del siglo XVII, que aún no habían delimitado las fronteras de la Misionología. Para ellos —dedicados a incitar a la vocación misionera más que a sutilizar sobre el concepto— significaba tanto el ganar para el redil de Cristo nuevas ovejas como el devolver a su aprisco las extraviadas.*

Conviene hacer hincapie en esta actitud unánime de los antiguos misionólogos sobre el sujeto pasivo de la vocación misionera. Entendían ellos por misión el destino a laborar entre los que están alejados de Cristo, aun cuando hayan conocido a Cristo y profesen parcialmente su doctrina. Los protestantes no son infieles, porque profesan la fe en Cristo y Le aman y sirven a su modo; pero ¿quién dijo que la misión es buscar solamente infieles en sentido estricto? ¿No nos enseña, acaso, la Teología que es también infiel aquel que acepta todos los dogmas excepto uno solo? Este es el razonamiento implícito de nuestros añejos misionólogos, que indica cómo fué formándose el concepto de misión de lo genérico hasta lo específico, desde fines del siglo XVI hasta un siglo más tarde, que se define su sentido actual.

Gubernatis señala, bajo el epígrafe de "infidelium sive convertendorum", los siguientes ocho grupos: Ateos, Idólatras o Gentiles, Filósofos naturales, Políticos (que sacrifican la religión en aras de la Política), Mahometanos, Indios, Herejes y Cismáticos, y Malos Católicos, que demuestran con sus pésimos vicios, escandalosos y consuetudinarios, que no temen a Dios (22). Señala las características religiosas de cada grupo, y los mé-

---

(20) «Maxime vero omnes christiani principes tenentur, sive ecclesiastici sive saeculares sint, quorumcumque infidelium, qui ad ipsos quoquo modo pertineant, curam in spiritualibus gerere ac praedicatores mittere, a quibus ad verae fidei agnitionem perducantur; potissimum autem cura haec exercenda est circa infideles, qui in eorum terris Christianis commiscentur» THOMAS A JESU, o. c., 93.

ACOSTA impone al misionero la obligación de enseñar a los soldados de las guarniciones en tierras de infieles a que «aunque son soldados, deben cumplir en alguna manera el oficio de apóstoles». O. c., 203.

(21) GUBERNATIS, tras de negar el oficio estricto de *misionero* a la mujer, continúa: «Nec tamen ideo inferre licet, universaliter omnem virum etiam Laicum esse regulariter officii huius Apostolici legitimum Ministrum; etsi namque Laicus aliquis legatur ex speciali Dei inspiratione, vel etiam ex Episcopi, sive Papae delegatione tantum munus obiisse; tamen cum hoc sit proprissime munus Ecclesiasticum, ac doctrinas Ecclesiasticas supponat, solis Ecclesiasticis Sacerdotibus, sive Diaconis est regulariter imponendum.» O. c., 13-14. Volvemos a recordar que Gubernatis trata del misionero en sentido estricto (con facultad de predicar y de administrar los Sacramentos a los infieles). Admite también colaboradores en la obra misional, a los que, en vez de misioneros o apóstoles, llama discípulos del Señor. Véase nota 19.

(22) «Infidelium sive Convertendorum genera in octo praecipuas Classes repartiri posse cum Doctoribus Polemicis, sive de Sanctae Fidei controversiis agentibus esse crediderim. Prima erit *Athaeorum*, qui nullum esse Deum, affirmant, in quibus comprehenduntur qui animae negant immortalitatem. Secunda Classis est *Idololatrorum*, sive Paganorum, atque Gentilium, qui Deos sibi pro libito confingunt, et opera manuum suarum adorant. Tertia est *Philosophorum*, qui Deum unum esse cognoscunt, sed ad eius cognitionem atque consecutionem, exclusa quaecumque revelatione, sive adiutorio supernaturali, solas naturae vires sufficere contendunt. Quarta est *Politicorum*, qui Deum esse ore

todos peculiares que se han de emplear en su conversión (23).

Algo análogo presenta Tomás de Jesús, en los libros VI y siguientes de su obra "De procuranda salute omnium Gentium" (24).

Acosta, en su libro "De procurando Indorum salute", se refiere solamente a los Indios americanos. Pero formula una doctrina genérica sobre el llamamiento a la fe de los más alejados pueblos. Dice:

> *"No hay género de hombres, por abyecto y animal que sea, ajeno a la salud del Evangelio, pues a nadie llama Dios que no le de el entendimiento y la gracia necesaria para obtener aquello a que lo llama. Y aunque es cierto que son muchos los llamados y pocos los escogidos, sin embargo, ninguno es llamado y rechazado, sino el que tuvo en poco oír al que le llamaba" (25).*

Acosta sale al paso de diversos teólogos e historiadores que opinaban la inferioridad de algunas razas americanas, a las que consideraban de más baja condición, e incapaces de practicar el Evangelio, por lo que estaba nnaturalmente excluídas de la labor misionera. Con un atrevimiento notable en aquella época y en semejante ambiente, Acosta teje una bella apología de los más degradados pueblos, demostrando su celo, su prudencia y su fe en el porvenir. Confiesa que no todos los pueblo srecibirán con idéntica presteza la observancia del Evangelio, ni que a todos podrá exigírseles la misma medida de conocimiento. Un sabio puede captar más rápida y exhaustivamente el contenido de la salud; estará obligado, en consecuencia, a una pronta recepción del bautismo y a una observancia más completa de sus dogmas. Mas sabios e ignorantes podrán llegar a tiempo al banquete nupcial al que fueron invitados.

> *"Unos pueden venir veloces a caballo, como dotados de ingenio ágil y pronto, otros gloriosos en cuadrigas, o prepotentes en carros; pero los más tardos y de condición ruin tendrán también quien los traiga. Si no les cae bien el caballo podrán venir en mulos; si no hay cuadrigas, no faltarán carretas donde subir; a fin de que no solamente los griegos sabios, sino también los bárbaros ignorantes se congreguen en la casa del Señor de*

---

confitentes, Dei tamen fidem, et cultum soli Politicae servilem efficiunt. Quinta est *Mahumetanorum*, qui Deum unum colere praetendentes, nullo tamen vero cultu eum prosequuntur, et contra divinas doctrinas ad carnis spurcitias impie convertuntur. Sexta est *Iudaeorum*, qui Deum legitimo cultu aliquando coluerunt, sed figuras in lege veteri praesignatas negant in evangelica adimpletas, atque proinde Iesum Christum Dei Filium in lege promissum iam pro nobis crucifixum adorare pertinaciter recusant. Septima est omnium simul *Haereticorum*, atque *Schysmaticorum*, qui Deum verum, et Dominum Iesum Christum adorare profitentes, variis tamen erroribus seducti, unicam Dei Ecclesiam, a qua sola possunt emendari, renuunt pertinaciter, audire. Octava, et ultima erit *malorum Catholicorum*, qui licet Deum non abnegent, nec eius Ecclesiam, pessimis tamen vitiis, maxime scandalosis, atque consuetudinariis in aliorum etiam perniciem, Deum non timere, quodammodo indirecte demonstrant.» O. C., 16-17. Este último género comprende, no a toda suerte de cristianos inobservantes, sino a los que, por su mala conducta pública son causa de una negación implícita de la doctrina que dicen defender

«Octavo, ultimo loco se offerunt mali Christiani, saltem publici, consuetudinarii, atque scandalosi, per quos nomen Domini blasphematur, pusilli scandalizantur, et Infideles argumentum assumunt, illa non credendi, quae a Catholicis praedicatoribus proponuntur, dum illa vident a suis professoribus impune conculcari.» O. c., 20.

(23) Gubernatis, o. c., 16-20.

(24) En el prólogo de la edición que usamos, se señala que, en la obra completa, Tomas de Jesus dedica los libros VI-XI, a las peculiaridades de cada grupo y a los métodos a usar en la conversión de los cismáticos, herejes, judíos, mahometanos y gentiles.

(25) Acosta, o. c., 80. En otro lugar, cita varias razas americanas degradadas, de las que se afirmaba que eran incapaces de conversión. Continúa: «Tales se refiere que son los innumerables que pueblan las islas de Salomón y el continente próximo. A todos estos que apenas son hombres, o son hombres a medias, conviene enseñarles que aprendan a ser hombres e instruirles como a niños. Y si atrayéndolos con halagos se dejan voluntariamente enseñar, mejor sería; mas si se resisten, no por eso hay que abandonarlos, sino que si se rebelan contra su bien y salvación, y se enfurecen contra los médicos y maestros, hay que contenerlos con fuerza y poder convenientes, y obligarles a que dejen la selva y se reúnan en poblados y, aun contra su voluntad en cierto modo, hacerles fuerza para que entren en el reino de los cielos.» O. C., 48.

Jerusalén, es a saber, en la Iglesia de Cristo; y para que todos entiendan que también en ellos se complace Dios, se elegirá para sí de entre ellos sacerdotes y levitas" (26).

II. NOCION Y NATURALEZA DE MISION

Gubernatis estudia a fondo e intencionadamente el concepto de misión. *Es, quizás, el suyo el primer ensayo filosófico del concepto actual de misión.*

Los Frailes Menores, que inundaron el mundo pagano, actuaron por un ideal trascendente: la vocación misionera. A fin de que se comprenda en su justa medida la historia misional franciscana (que describe minuciosamente en dos apretados volúmenes) Gubernatis la hace preceder de una introducción, en la que se detiene morosamente en la esencia y condiciones de la vida misional, regalándonos una curiosa síntesis del concepto de misión. Pudiera ser que el deseo de historiar la actividad franciscana fuera de las naciones cristianas, provocase una ampliación del concepto de misión en cuanto se refiere al sujeto pasivo, ya antes indicado.

Perfila, primeramente, el concepto de misión eclesiástica en general:

> *"Processio alicuius activi, sive operativi ab aliquo principio ad aliquem terminum, vel ad aliquam operationem de novo iuxta intentum a mittente praescriptum; ita ut ibi esse, vel operari de novo incipiat, quam ibi antea esset, vel operaretur"* (27).

Siguiendo las normas de este genérico concepto de misión, *podemos distinguir las diversas especies de misiones divino-humanas:*

1) Misión increada, *que se realiza tan sólo en la vida mutua de las personas de la Santísima Trinidad.*

Divídese en dos especies:

a) visible: *la manifestación, por la Encarnación, del Verbo Humanado y la acción visible, en Pentecostés, del Espíritu Santo.*

b) invisible: *la acción externa (ad extra) de la Santísima Trinidad, por medio del Espíritu Santo, cuando es enviado al alma que adquiere la adopción divina por la gracia* (28).

2) Misión creada, *es la que encuadran todos los demás géneros de misión divino-eclesiásticas, y que se realizan por mediación de las criaturas. Se subdivide en:*

a) angélica: *la que realizan los Angeles, mensajeros de Dios, para utilidad de la Iglesia y de las almas.*

b) humana: *la misión realizada por los hombres, enviados por el Superior legítimo eclesiástico a un oficio o legación particular, según cuya naturaleza puede ser la misión.*

c) espiritual

d) civil

Todas estas divisiones del concepto de misión tienen como base la persona *que realiza el oficio.*

---

(26) ACOSTA, o. c., 81.

(27) GUBERNATIS, o. c., 1.

(28) La *misión visible* se realiza en el Hijo y en el Espíritu Santo. «E contra missus non diceretur Pater aeternus in mundum, licet in mundo ad aliquid opus novum appareret, quia cum non habeat, a quo emanet, nec habere potest, a quo mitti dicatur» GUBERNATIS, o. c., 1.

Si, en cambio, consideramos el modo *del envío, podemos distinguir las especies siguientes:*

1) Misión inmediata extraordinaria «*est a solo Deo, penes quem est omnimoda potestas de persona modo extraordinario ad bonum populi destinata*». *Aduce los ejemplos de Moisés destinado para la misión extraordinaria de liberar al pueblo de Dios de la opresión de Faraón, así como la misión de Pablo a los gentiles, de un modo diverso de la misión de los restantes Apóstoles.*

2) Misión inmediata ordinaria «*est a solo Deo secundum leges a divina sua providentia praefixas*». *Cita los ejemplos de Pedro, destinado a Jefe de la Iglesia; y de los Apóstoles enviados de un modo continuo a la salvación de los infieles.*

3) Misión mediata extraordinaria «*est deputatio Ministri Ecclesiastici modo extraordinario ab habente potestatem ad bonum, et salutem animarum*». *Puede ser enviado un sacerdote cualquiera a la jurisdicción de un Obispo para realizar una labor impuesta por el Romano Pontífice, sin que se sujete al Obispo.*

4) Misión mediata ordinaria «*est a Deo per eius Ministros legitimos, nempe per Romanum Pontificem, per Episcopos, aliosque Levitici Ordinis, penes quos est potestas, subditos suos ad aliorum salutem intra suos limites deputandi, quia, successione non interrupta, pertinet ad ipsos commissi sibi Gregis spirituale guberníum*» *(29).*

De los antedichos conceptos de misión eclesiástica, nos interesa —en el aspecto misional— la misión ordinaria mediata, *que Gubernatis define:*

> *"quod sit legitima deputatio Ministri novi testamenti ab eo, qui Hierarchicam habet potestatem electi, vocati, atque canonice ordinati in opus ministerii missi ad consummationem Sanctorum in aedificationem Corporis Christi, donec omnes occurramus in unitatem Fidei, et agnitionis Filii Dei" (30).*

Detengámonos, brevemente, en el análisis de sus elementos:

1) Subjectum a quo: *la persona que en la Iglesia goza de potestad jerárquica: el Romano Pontífice en toda la Iglesia; los Obispos y Prelados equiparados, en los límites de su jurisdicción; los Prelados religiosos, en los territorios de Misión a ellos encomendados. Gubernatis hace notar que, desde el año 1622, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide controla la misión de los apóstoles a sus territorios.*

2) Subjectum quem: *un Ministro del Nuevo Testamento, que haya sido* a) *elegido,* b) *llamado,* c) *canónicamente ordenado, y* d) *enviado, para tal misión. Fácilmente se comprende que Gubernati define al misionero propiamente dicho, con la potestad de predicar públicamente el Evangelio mediante la autoridad de la Iglesia, y de administrar los Sacramentos y de plantar la Iglesia. Esta labor ha estado, en la historia de la Iglesia, reservada a los sacerdotes y diáconos. Y solamente este sujeto es el enviado (missus) por Cristo para su labor redentora. Lo que no excluye que se sir-*

---

(29) Gubernatis, o. c., 2. «Auctoritas missi a mittente dependere non dubitatur. Missio etenim, et mittentem, et missum ex aequo connotando, legitimam missi a legitimo Superiore deputationem importat; quia super non subditum, aut extra spheram suae activitatis non est, qui manum possit extendere... secundo, quia non ut Dei minister sed ut ambitionis suae servus officium usurpans, Deo non cooperante, in poenam temeritatis, quem praetendit, non reportabit a labore proventum: *Quomodo enim praedicabunt nisi mittantur?* unde confusus in fine suspirabit: *Per totam noctem laborantes nihil caepimus.* Gubernatis, o. c., 10-11.

(30) Gubernatis, o. c., 2.

va de colaboradores de toda condición, a los que —sólo por atribución y extensión puede llamarse misioneros, como lo ha consagrado actualmente la práctica ordinaria, y lo señala el mismo Gubernatis (31).

3) Objectum missionis: *ejercer un ministerio «in consummationem Sanctorum in aedificationem Corporis Christi». El misionero debe tratar de lograr dos objetivos inmediatos:*

a) la consumación de los santos, *la divinización de las almas, mediante la regeneración de sus espíritus, y la adhesión a Dios en la más perfecta y genuina caridad;*

b) edificación del Cuerpo de Cristo, *con el establecimiento y plantación de la Iglesia, haciendo posible que el Cuerpo Místico de Cristo se edifique, se construya como un edificio social, dándole miembros vivos, desarrollando los diversos oficios de la Jerarquía eclesiástica, de tal modo que el Cuerpo Místico actúe en sus más diversas modalidades santificadoras, benéficas y culturales.*

El misionero ha de tratar de que la Iglesia no se edifique sólo externamente, sino y principalmente en su interior, logrando la eminente santidad de sus miembros, no contentos con la observancia de sus preceptos, sino también con la práctica de los consejos evangélicos. De este modo, la edificación del Cuerpo de Cristo será plena, aun cuando quede siempre como un ideal imposible de realizarlo plenamente en este mundo, pues su consumación es obra de la gloria.

4) Finis supremus missionis: *«donec occurramus in unitatem Fidei, et agnitionis Filii Dei». El fin sublime de la Misión católica entre infieles es lograr la unidad de la fe de todos los mortales, mediante el conocimiento teórico de Jesucristo y la vivencia espiritual de su conocimiento. Mientras tanto, la Iglesia ha de ser misionera con la ilusión perenne de destronar las barreras de Judíos y Mahometanos, Protestantes y Paganos. «Hasta que todos logremos la unidad de la Fe y el conocimiento de Jesucristo.» Conocimiento y reconocimiento de Cristo, en una total adhesión a sus enseñanzas y en una amorosa sumisión a la dirección y al amor de Dios.*

Conviene insistir en la obsesión de Gubernatis de la existencia de un auténtico Jerarca que envíe *al misionero. Este ha de probar su legítima misión por las letras patentes, mientras a los enviados extraordinarios demuestra Dios su legitimidad con los milagros. Aun cuando no sea necesario probar externamente la legítima misión, para que ella sea fecunda mediante te irrigación de la gracia divina, es necesario que exista de hecho el envío jerárquico, so pena de que Dios retire su actuación tan imprescindible en el misionero. No hay duda de que Gubernatis trata de probar la existencia de una verdadera vocación misionera, que se prueba externamente en la elección y envío del apóstol por su Superior jerárquico.*

Con los elementos que ha adelantado, perfila Gubernatis el retrato del misionero:

> *"Officium ergo Missionarii est Evangelium, Fidemque Infidelibus annuntiare; illisque iuxta facultates a mittente sibi concessas, sancta Sacramenta ministrare, ut in formula missis ab ipso Jesu Christo praescripta, cavetur expresse: "Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos ...docentes eos servare omnia, quaecumque mandavi vobis." Nec enim alius est Missionum finis, quam oves illas quae extra Ecclesiae ovile vagantur errantes, ad Ecclesiam ipsam sub uno Pastore reducere; atque per viam salutis ad aeternae vitae portum deducere..." (32).*

Los dos elementos —el divino y el humano— se deslindan convenientemente en esta definición, al especificar Gubernatis la labor del misionero y el fin de las misiones. El misionero ha de predicar (con todas sus diversas

---

(31) Véase nota 19.
(32) Gubernatis, o. c., 10.

posibilidades y métodos) el Evangelio y tender al alcance de los infieles los medios de salvación. Pero aún hay un abismo para la realidad de la conversión, un abismo que solamente puede trasponer Dios, con la gracia de la vocación cristiana concedida al infiel, y que sólo por ella llegará el pagano a formar parte del redil de Cristo, y sólo por la divina llamada al cristianismo arribará al puerto de la vida eterna, por el camino de la salvación, *que es la Iglesia.*

III. CUALIDADES DEL MISIONERO CATOLICO

Los tres misionólogos, cuya doctrina estudiamos, dedican un extraordinario interés a la exposición de las cualidades necesarias al misionero. La experiencia personal y el estudio de los informes llegados de países de infieles (desde los Itinerarios *del siglo XIII hasta* los Memoriales *del siglo XVII) les manifestaban que pululaban en el campo misional obreros espirituales desencajados, sin vocación, privados de las más elementales cualidades apostólicas, engañados por el fuego fatuo de una querencia que no llegaba a vocación, encandilados por el oropel de una rápida conversión en masa de los infieles.*

Son páginas de antología las numerosas de Acosta, Tomás de Jesús y Gubernatis, sabrosas por su perspicacia psicológica, admirables por su conocimiento de las debilidades humanas, luminosas por su viabilidad, sublimes por su amor hacia el infiel. Nos vemos obligados, en gracia a la brevedad, a podar los más risueños capullos de este jardín pastoral, condenándonos a presentar este ramillete disperso, sin su subyugadora fragancia.

Gubernatis encasilla las cualidades del misionero en tres especies, división que seguiremos para dar mayor orden y claridad a la teoría considerable de elementos misioneros. Dentro de esa división, señalaremos las ideas más características sobre las diversas cualidades en cada uno de los tres misionólogos (33).

> *"Possunt autem haec ipsa maioris claritatis gratia optime sic dividi, ut alia dicatur in Apostolico Missionario requisita naturalia, alia moralia, alia supernaturalia.*
>
> *Prima sexum virilem importat, aetatem provectam, sive virilem, atque notitiam idiomatum illius Regionis, ad quam est destinandus, et doctrinam sufficientem...*
>
> *Inter moralia Missionario necessaria: prudentia, fortitudo, iustitia, temperantia...*
>
> *Supernaturalia requiruntur in missionario; ut nempe sit baptizatus (non tantum Cathecumenus), confirmatus; ordinatus Sacerdos, vel saltem Diaconus de lege ordinaria .. Praecipue vero requiruntur in Missionario Fides, Spes et Charitas in Deum, et proximum Theologicae, ut secure tot, tantisque, quae nec imaginatione comprehendi possunt ortae incommodis, angustiis, laboribus, necessitatibus, persecutionibus, immo et morti pro Christo, et proximi salute valeat occurrere" (34).*

---

(33) Varias lecciones de la VIII Semana de Orientación Misionera han sido especialmente dedicadas al estudio destallado de las cualidades de los misioneros, en la Sagrada Escritura establecidas o en los Romanos Pontífices o en la autoridad de los misioneros mismos. Por este motivo, entre las preciosas indicaciones de los tres misionólogos sobre las condiciones del misionero, señalaremos tan sólo algunas peculiaridades que, ya por su originalidad ya por su actualidad, merecen conocerse como citas valiosas. Pero siempre se ha de tener en cuenta que Acosta, Tomás de Jesús y Gubernatis escribieron sus sus ilbros en época muy diversa de la nuestra, tanto en las condiciones externas de la actuación misionera, como en el conocimiento práctico del mundo misional, tan variado y extenso.

(34) GUBERNATIS, o. c., 13-15.

A) Condiciones naturales.

a) Sexo viril. *Habla Gubernatis tan solo de los misioneros, a quienes ha llamado, en otra parte, apóstoles, es decir, quienes poseen la potestad de predicar y de administrar el bautismo y otros Sacramentos. Sigue el dicho de San Pablo (a quien cita): «Docere autem mulieres non permitto...» (I Tim. 2), aun cuando no convenza su argumento de que Cristo no eligió al sexo femenino para la labor apostólica, puesto que las mujeres (sexu fragiliori) no fueran expuestas a tan extremadamente difícil labor (tantum tamque periculosum munus).*

No excluye, porque no plantea, la existencia de misioneros seglares, ni de misioneras, que son auxiliares de la labor sacerdotal misionera.

b) Edad madura, *que no supone tanto el número de años cuanto acumulación de juicio, de experiencia humana, de suficiente desarrollo físico, de dominio pasional, cualidades que de ordinario exigen un venerable margen de años. «Potest tamen ex speciali Dei dono iuvenis esse senibus prudentior, et aptior ad Missiones, ut Daniel adolescens infatuatos senes de multiplici malitia convicit» (35).*

c) Conocimiento del idioma del país a evangelizar. *La penetración en el alma del infiel no puede realizarse sino mediante la iluminación mental que impulse a una llamarada cordial. Ambas requieren la magia de la palabra, que es el corazón al descubierto. Además, la principal labor del misionero es la de la enseñanza del dogma católico, que exige claridad de conceptos y diáfana exposición.*

Recuerda Gubernatis que los mismos Apóstoles, indudablemente elegidos por Jesús, no salieron a predicar sino después que el Espíritu Santo les procuró el don de lenguas, sin el que hubieran logrado un fruto escasísimo. Y Acosta demuestra imperativamente esta necesidad: «Por lo cual no mandó Cristo a los Apóstoles a enseñar a las gentes antes de que hablasen lenguas por don del Espíritu Santo, porque la fe, sin la cual nadie puede ser salvo, es por el oído, y el oído por la palabra de Dios. Pende, pues, la salud de las gentes de la palabra de Dios, la cual no puede llegar a los oídos humanos si no es por palabra de hombres, y quien no las entiende, nunca percibirá la fuerza de la palabra de Dios... La fe no la puede enseñar y predicar el que no sabe la lengua; el sacramento de la penitencia tampoco lo puede administrar el que no entiende lo que el indio confiesa, ni el indio le entiende a él lo que le manda; y el que no puede instruir en la fe ni ayudar en la penitencia a las ovejas que le están confiadas tome el nombre de pastor, cualquiera ve que no puede ser sin grave crimen e injuria» (36). Y no se invoque la mediación del intérprete, pues éste no puede intervenir en la confesión, ni capta frecuentemente el sentido de la alocución del misionero, o enfría su sentido por su estado de ánimo. «Uno de estos [misioneros eminentes en la lengua índica] a quien Dios diera una lengua elocuente, que sepa sustentar con la palabra al cansado y recibir al

---

(35) Gubernatis, o. c., 14. «Aetas provecta sive virilis exemplo Christi fuit demonstrata, qui non nisi trigesimo suae aetatis anno praedicationis initium assumpsisse legitur; ut nimirum disceremus, prudentiam in excellenti hoc munere requiri, quae regulariter nisi per annorum experientiam non acquiritur, ut docuit Aristoteles, et ante dixerat Iob: *In multo tempore prudentia.*»

(36) Acosta, o. c., 351-352. Véanse también pp. 347; 359-360. Tomás de Jesús, o. c., 292-297, inspiradas en Acosta. Gubernatis, o. c., 14.

flaco en la fe, será de más precio que cien vulgares catequistas, puesto que con un solo sermón hará más que muchos de ellos en cien años» (37).

d) Ciencia suficiente. *Gubernatis puntualiza: Marchamos a realizar la labor más ardua: tropezamos con las cavilaciones de los Herejes, con los espúreos fundamentos doctrinales de los Cismáticos, con los errores de los Paganos; es nuestro deber argüir, confutar, decapitar, con el Verbo de la verdad, los abusos de la vida humana; este programa nos está señalado en las Escrituras, donde se nos indica que debemos sudar en todas esas labores quienes hemos sido elegidos para tan alta dignidad: ut potens sit exhortari in doctrina sana et eos, qui contradicunt, argüere» (38).*

Bien claramente expresa Gubernatis que la suficiencia de conocimientos ha de ser relativa al estado cultural de los que se han de evangelizar y al género de errores contra los que se ha de luchar, lo que manifiesta que se exige una preparación especial para cada territorio o región.

En lo que se refiere a la extensión de la ciencia necesaria, Acosta es de la opinión de que a la mayoría de los misioneros basta una "medianía de doctrina", lo que, aun hoy, es perfectamente aplicable para muchas de las misiones católicas, que se desarrollan entre pueblos analfabetos o de poca cultura. "En la predicación de los indios hay mucho trabajo y poco lugar de vanidad; porque no se han de esperar las alabanzas y el aplauso popular, ni tampoco es preciso excitar el gusto demasiado delicado con exquisitos manjares, sino que el pan que a nosotros nos sobra y de la abundancia se hace vil, en cualquier forma y cantidad que se dé, ofrece espléndido banquete a los hambrientos. Así que el oficio de maestro que en otras partes es peligroso y temible, entre las gentes bárbaras es fructuoso y seguro, puesto que no busca el favor de los hombres sino que espera el galardón de Dios a cambio de lo que se hace por sus pequeñuelos" (39).

A la ciencia general teológica hay que unir la ciencia experimental del ambiente, de las costumbres y de los ritos, de la idiosincrasia del pueblo evangelizado. "Nada grande hará el sacerdote del Señor en beneficio de la salud de los indios sin tener noticia familiar de los hombres y las cosas, la cual no llegará a adquirirla si no se fija de asiento. Así, pues, tenemos en mucho esta ciencia en el párroco de indios; la otra ciencia teológica elaborada no la menospreciamos" (40).

B) Condiciones morales

Son las que nacen del equilibrio humano del misionero, fecundado por la oportunidad y el tempero de la gracia del Espíritu Santo. Señalemos las más importantes:

---

(37) Acosta, o. c., 359.

(38) Gubernatis, o. c., 12. «Alios docere non potest, qui, quod absque errore docere debet, non edidicit. Nec est, quod in contrarium ab Apostolorum exemplo velimus argumentari, quia nempe non sapientes huius saeculi, non doctos Philosophos, sed rudes, et idiotas Piscatores in Christianae Fidei Magistros Christus assumpsit, fuit enim illa missio immediate a Deo, qui Discipulis in Emmaus euntibus in momento temporis intellectum aperuit, ut intelligerent Scripturas; qui temporis decursu in docendo non indiget; quia per Spiritum Sanctum ipsos ineffabilia Dei mysteria edocuit, alta cum promissione: *Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis;* quibus asseveranter edixit: *Spiritus Sanctus ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia;* ita ut omnis Mundi Philosophia muta, et ignorans eorum fuerit in conspectu.» O. c., 11. Acosta señala esta necesidad, indicando que debe haber en Indias unos cuantos buenos teólogos (aun cuando no exija una ciencia eminente a cada uno de los misioneros): 1) para desarraigar más fácilmente los errores propios de cada región; 2) porque los negocios son nuevos, diversos de los de Europa, y exigen teólogos que sepan opinar dignamente sobre ellos; 3) porque la distancia con las autoridades y teólogos europeos alarga demasiado la respuesta, y porque, desconociendo el ambiente, no saben discernir la solución. O. c., 371-373. Thomas a Jesu, o. c., 289-291. Gubernatis, o. c., 14, expone las materias más principales que debe conocer el misionero para ejercer debidamente su apostolado.

(39) Acosta: o. c., 367-370.

(40) Acosta: o. c., 370.

a) la prudencia. *Necesaria en toda actividad humana, y que es una magistral adaptación a las circunstancias peculiares de personas, de ambiente y de los acontecimientos. En el misionero se exige la prudencia especial, la evangélica, que olvida los medros humanos y personales, en atención al triunfo de la causa de Dios.* Estote prudentes sicut serpentes *es un mandato de Cristo a sus Apóstoles, con el que excluye el demasiado ingenuo, el excesivamente confiado, al bobalicón, de una tarea que puede herir susceptibilidades naturales, degradar la doctrina divina y hacer odiar al mensajero de la paz, Cristo Jesús (41).*

Prudencia *en evitar tanto el optimismo como el pesimismo extralimitados. Escribe el juicioso Acosta: «Acerca de la salvación de los indios y propagación de la fe, creen los que están lejos y juzgan las cosas a medida de su deseo, que es asunto fácil y honroso, y de oir que en tan breve tiempo han entrado al redil de Cristo pueblos innumerables difundidos por el Nuevo Mundo se prometen a si mismos una mies copiosa y abundante, y sin mucho trabajo en este nuevo campo. Y así sucede que los que vienen a él a trabajar ya están pensando en las espigas y los graneros, cuando habian de preocuparse del arado y de la siembra. Al contrario, los que por expediencia ven y tratan las cosas de cerca encuentran tantas y tales dificultades que la mayor parte, por la rudeza del trabajo, llegan a punto de desesperación, y sostienen sin vacilar que los sudores son muchos y prolongados y el fruto ninguno o muy corto. A mí, si es que me es dado sentir algo mejor y más provechoso, me parece que ambas opiniones necesitan ser corregidas y moderadas» (42).*

Prudencia *en el contacto con los infieles, acomodándose «naturae et captui eorum quos convertere nitantur» (43).* Prudencia *en acomodarse a las costumbres de los infieles con moderación y tino para captar su benevolencia (44).* Prudencia *en no tratar de extirpar violenta y rápidamente las ancestrales costumbres y los ritos de los paganos, disueltos en su propia sangre y adheridos herméticamente a su pensamiento. Saber tolerar gradualmente cuanto no puede desaparecer de un tajo, y recordar continuamente que la mudanza de un hombre es obra de la razón y del corazón, no del látigo ni del falso temor a las penas infernales (45).*

---

(41) Gubernatis: o. c., 15.

(42) Acosta: o. c., 51.

(43) Acosta: o. c., 51. Thomas a Jesu: o. c., 238.

(44) «Praeterea magnae prudentiae est, in animarum conversione tractanda, accommodare se naturae et captui eorum quos convertere nitantur, illisque in omnibus quae essentialiter non repugnant aeternae saluti in principio secundare, ne propter accidentale aliquod amittant essentiale: qui enim vehementer emungit, elicit sanguinem.» Thomas a Jesu: o. c., 258. Acosta desea que el misionero sepa usar la mansedumbre mezclada con la severidad, pues ésta es, frecuentemente, el único modo de obtener fruto, demostrando que la aplicación del castigo es más exigencia de la disciplina que de la ira; siendo bondadosos en el tribunal de la penitencia, a fin de no alejar de ella a los penitentes, y mostrándose más como padre que como juez. Acosta: o. c., 409-411; 403-407. Thomas a Jesu: o. c., 256-262.

(45) «Muy difícil es dejar la naturaleza y las costumbres inveteradas, y transformarse adquiriendo hábitos nuevos y no agradables al gusto y al sentido... En muchas cosas hubo de condescender la Iglesia católica con los judíos convertidos hasta que se desnudasen de Moisés y se vistiesen de Cristo... Escribe Gregorio Papa a Agustín, primer obispo de los ingleses, que los usos patrios gentílicos poco a poco debía enmendarlos, y tolerarlos entre tanto con paciencia, porque no se puede extirpar fácilmente... No hay, pues, que desanimarse ni levantar el grito al cielo, porque todavía los indios bautizados conservan muchos resabios de su antigua fiereza y superstición y vida bestial, sobre todo siendo sus ingenios rudos y no siendo nuestra diligencia comparable con el trabajo de los antiguos. Las costumbres poco a poco se van cambiando en mejores. La fe cristiana lleva consigo una gran abnegación de todo humano afecto y sentido... Sírvanos de ejem-

b) La fortaleza. *Una labor tan ardua, tan desinteresada, tan heroica, tan espiritual, requiere un vencimiento excepcional de las voces de la propia naturaleza.*

Explica Gubernatis: «Es muy necesaria la fortaleza para empeñarse en las labores más arduas, para sufrir las angustias, las necesidades, las calamidades, las persecuciones y toda suerte de molestias anejas, aun la misma muerte, si necesaria fuere... Amad a vuestros enemigos: si alguno te hiere en una mejilla, preséntale también la otra; luego no han de ser enviados a misiones los iracundos, los comodones, los pendencieros, los afeminados y semejantes, ya que se multiplica el peligro de perderse a sí mismos y a los otros» (46).

En rápidos y certeros rasgos, nos la enseña Tomás de Jesús: "Es necesaria la fortaleza, porque, aparte la lucha interna para domeñar la carne, trátase de resistir a los propios deseos, desechando también las comodidades de la vida presente, y realizar otros vencimientos que exigen un ánimo fuerte e invencible. También hay otras acciones que pueden reputarse por prestantísimas, como son el continuo peligro del martirio, y la convivencia entre hombres de costumbres feroces...» (47).

c) Justicia. *Nota sutilmente Tomás de Jesús que la labor misional se fundamenta en la justicia, que es dar a cada uno lo que le corresponde: a Dios los suyo, y a las almas el fruto de la redención, que le es debido tras que Cristo lo ganó en la Cruz. "Nam si de justitia disseram, cum huius officium sit unicuique quod suum est tribuere, ac in primis reddere quae Dei sunt Deo et quae proximi proximo, in hoc uno fere tota haec animarum functio perficitur" (48).*

La justicia se ha de manifestar en el respeto a la persona y a la propiedad ajena. Tomás de Jesús propugna un modo de evangelizar enteramente apostólico, sin violencia de armas; Acosta también la defiende teóricamente, pero admite que, en circunstancias difíciles como las de América en su tiempo, pudiera emplearse el auxilio de las tropas, aunque ambos misionólogos nieguen que pueda declarárseles la guerra sin más motivo que el de rechazar la religión católica (49).

---

plo y consuelo el Señor de todos, que aguantó por cuarenta años y aun por más de cuatrocientos a aquel pueblo ingrato de durísima cerviz y de costumbres tan rebeldes, al cual, sin embargo, podía fácilmente borrar de la faz de la tierra; mas quiso atraerlo con grandes beneficios para que la paciencia y misericordia de Dios fuese más grande que la malicia de los hombres» ACOSTA: o. c., 93. THOMAS A JESU: o. c., 259-260. GUBERNATIS señala, con oportunidad, que es un signo de prudencia, el que los misioneros consigan entre sí la unidad de comprensión, de métodos y de cariño. «Praecipua vero, et accuratissima diligentia, pacem, concordiam, atque sinceram charitatem ad invicem custodiant; ex minimis enim contentionum initiis ortae sunt ex aliqua opinionum varietate, aut in modo docendi discrepantia simultates, quae postea (qui velit ingenio cedere, rarus erit) honoris titulo mordicus defensae gravissima degenerarunt in dissidia, non sine maximo fidelium et in fidelium scandalo, Missionumque atque propagationis Fidei praejudicio.» O. c., 20.

(46) GUBERNATIS: o. c., 15. ACOSTA: o. c., 85-87.

(47) THOMAS A JESU: o. c., 43-45. GUBERNATIS, siguiendo la pauta del espíritu de su Padre Francisco de Asís, exige al misionero la generosa disposición al martirio: «responsum mortis». O. c., 13.

(48) THOMAS A JESU: o. c., 44. GUBERNATIS aplica el sentido de la justicia a las autoridades civiles y militares: «Noverit ergo Missionarius distinguere, quando cum humilitate obedire Principi debeat etiam Infideli, et quando iniusto illius praecepto Dei causam anteponere.» O. c., 15.

(49) «Siendo, pues, voluntario y libre a cada uno obedecer el evangelio, y no pudiendo ser violenta la fe en otro que el diablo, claramente se ve que a los infieles no hay que arrastrarlos por la fuerza, sino conducirlos con dulzura y benevolencia... De suerte que los que espontáneamente se entregan al Evangelio son los que de verdad entran en él.

d) Templanza. *De ella, como virtud sobrenatural, hablaremos en el siguiente apartado. Pero conviene señalar con Gubernatis que la templanza es necesaria tanto en lo espiritual como en lo material. Estamos acostumbrados a aplicar la templanza a la comida y bebida, al uso de ropas suaves, de cómodos medios de locomoción... La templanza de espíritu consiste en no arrogarse el fruto que Dios puede conceder a una disputa del misionero, a una labor catequística, a su facundia en la predicación. Se ha de evitar este engolosinamiento de sí mismo, plaga que puede ser más funesta que la destemplanza material (50).*

C) Cualidades sobrenaturales

Se resumen en la santidad, *que no es una sola virtud, sino el perfecto maridaje de todas las virtudes. Al hablar de las cualidades necesarias en el misionero, Acosta, Tomás de Jesús y Gubernatis enumeran todas las virtudes y cualidades positivas posibles. Efectivamente, todas son muy útiles al misionero, algunas necesarias, otras imprescindibles. Pero hemos de comprender que los tres misionólogos tratan de perfilar el retrato del misionero perfecto, tan deseable cuanto difícilmente realizable, y un misionero de su tiempo, cuando no se habían organizado las misiones católicas con el rigor jurídico y la vigilancia jerárquica actuales.*

En una emotiva apología de la santidad misionera, *escribe Tomás de Jesús:*

> *"Conviene que, quienes sean enviados a las naciones infieles a ejercer una embajada por Cristo, resplandezcan de tal manera en la santidad que, aun cuando callen sus lenguas, representen dignamente la pureza de la religión cristiana. Porque nada hay más eficaz para destruir los errores y los vicios que la santidad de una vida irreprochable; la cual, siendo, por su naturaleza, divina, ilumina todas las mentes con su resplandor y doma todo orgullo. La elocuencia misma se diluye, y ni los mismos milagros son una prueba definitiva, pues pueden ser realizados actos maravillosos por intervención del demonio. Solamente la santidad no puede ser disimulada, pues la misma simulación de la santidad es realzable virtud. La santidad verdadera conquistó la más ilustre de las partes del mundo, y condujo a los campamentos de la verdadera religión a los más poderosos reyes, atraídos por la fuerza de la cristiana mansedumbre. Por lo que los ministros del*

---

los que conciben la fe en el corazón y la confiesan con la boca, y permanecen constantes, y son todo de Dios, sin claudicar sirviendo en parte a Dios y en parte a Baal, y no cristianos de nombre y de apariencia; mas en realidad, infieles. Porque esa es la consecuencia de arrancar la fe por la fuerza contra su naturaleza y contra la voluntad de Dios.» O. c., 110-111. Admite que, en algunos casos, es imprescindible el que el misionero sea ayudado y acompañado por presidios de soldados, así como que los cristianos tienen derecho natural de ingresar en las regiones de los bárbaros para ayudarles y enseñarles la fe. Acosta: o. c., 185-197. Sin embargo, no admite que pueda declarárseles la guerra por el simple hecho de que no quieran admitir la predicación del Evangelio. O. c., 141-141.

Tomás de Jesús no es del parecer de Acosta, y rechaza toda intervención de la fuerza armada en la evangelización. «Ac denique innumerae aliae barbarorum regiones per praedicatores sancti Evangelii, humanis praesidiis prorsus destitutos, ad fidem humanitatemque ac vitae civilis rationem sunt perductae. Si vero his nationibus Indorum aliarumque nostri saeculi barbarorum perfidiam ac mores feritatemque comparemus, longe sunt illis inferiores; quare in illis ad fidem convertendis non videtur recedendum ab antiqua apostolicaque missionum forma; sed, rejectis humanis praesidiis, in uno Deo spes tota casto corde erit collocanda.» O. c., 186-194. Gubernatis precisa: «Illud item advertant, ne procurent, ut infideles ad Fidem per vim, bella, vel aliud rigoris genus compellantur...» O. c., 20.

(50) Gubernatis: o. c., 15.

Evangelio han de armarse de esta santidad con preferencia a otras armas..." (51).

La falta de santidad en el misionero infecciona su apostolado, como si un gusano penetrase en cada uno de sus frutos y los pudriese antes de su madurez. Se podrá disimular externamente la falta de santidad delante de los infieles, pero no se podrá echar a andar, sin ella, a la máquina de la fecundidad espiritual, que se alimenta preferentemente de la santidad divina injertada en el misionero.

Acosta lo señala perspicazmente:

> *"Los pecados de los que gobiernan de tal manera provocan la ira divina, que no sólo cesa de dar sus beneficios, sino que acelera la venganza. Por lo cual severamente y con verdad atemoriza Gregorio a los malos superiores diciendo: '¿Con qué entrañas toma ante Dios el lugar de intercesor quien sabe que no es familiar a su gracia por los méritos de su vida? O, ¿cómo pide perdón para otros quien no sabe si tiene él aplacado al justo juez? Mucho es de temer que quien pretende aplacar la ira, no la merezca él mismo por sus culpas; pues bien sabemos todos que cuando es enviado como intercesor quien no es grato al ofendido, antes enciende más su ira' (S. Gregorio). Siendo esto verdad es muy de temer que los cortos progresos que la fe ha hecho entre los indios, y aunque no haya penetrado todavía en muchos, no se deba por justo castigo a nuestros vicios y falta de merecimientos. Porque cuanto más ajenos son los indios a Dios y más alejados de la luz celestial, tanto es menester que los méritos del sacerdote y padre sean más insignes, para que lo que a ellos les falta lo supla él ante Dios, padre de todos" (52).*

Con una vital experiencia de la vida misionera de las Indias Occidentales, especialmente del Perú, señala Acosta seis peligros que rodean la santidad del misionero, y que frecuentemente la anegan totalmente:

I. La soledad.

> *"Gran defensa es de la virtud la compañía de los buenos; porque el compañero incita con su ejemplo, alivia con su palabra, instruye con su consejo, ayuda con sus oraciones, contiene con su autoridad... Mas entre nuestros ministros del Evangelio, ¡qué soledad tan temerosa! De la cual poco a poco sin sentir nace la desidia, después la licencia, pues se peca sin testigo, sin temor de represión o castigo; finalmente, después de la caída, es tardío y difícil el arrepentimiento por carecer de médico. De ahí el criar callo y costumbre en el mal, y el olvido de todo bien, y perder la esperanza de enmendar la vida..." (53).*

Ninguno de nuestros tres autores estudia el tormento psicológico de la soledad, del abandono, de la exclusión social, señalado por muchos misioneros como la más pesada cruz de su apostolado.

---

(51) Thomas a Jesu: o. c., 239-240; 169-170. Acosta se expresa tajantemente: «Nunca es más necesaria y a nadie hay que exigir tanto esa excelencia como a los que toman sobre sí el cuidado de predicar la palabra de Dios y ganar las almas de los infieles, y más si son indios, entre los cuales las ayudas que ha de tener son muy pocas, y los impedimentos, muchos; y cuanto mayor es la empresa, mayor es el peligro que corre de perderse a sí y a los demás... Mas nosotros pensamos de otra manera, y en contra del apóstol decimos; ¿para esto quién no hay que sirva?, ¿quién no basta para doctrinero de indios, aunque no tenga letras y sea de costumbres perdidas? No es maravilla que donde tanto se menosprecia la sementera se coseche muy poco o ningún fruto. Yo, ciertamente, hace tiempo que estoy firmemente persuadido que la escasez de mies espiritual en las Indias se debe a vicio de los operarios, no a esterilidad de la tierra.» O. c., 327-329. Gubernatis: o. c., 12.

(52) Acosta: o. c., 377-378.

(53) Acosta: o. c., 379-380.

II. La lujuria.

No es que la lujuria sea virtud entre los no misioneros ni que persona alguna normal pueda verse libre de los tentáculos de sus vehementes tentaciones, sino que en algunos paises infieles su tentación sea de una vehemencia insospechable y de una despreocupación social que se transforma en una fácil incitación.

> *"El abismo de la impureza no tiene límites, porque no hay temor de los hombres, y la lascivia y procacidad de las indias es terrible, y todo pudor desconocido; la ocasión frecuentísima, sin que sea preciso buscarla, que ella misma se ofrece... Escribió cierto Santo (San Juan Climaco) que Dios había dado pudor a la mujer, no sea que si faltase pereciese toda carne; mas en las mujeres barbaras falta tanto el pudor que en esta parte no se diferencian de las hembras de los animales, y aun diferenciándose de ellas en el pudor las superan en lascivia..." (54).*

En consecuencia, ataca vivamente la costumbre de cohabitar con mujeres, por necesidades de servidumbre, recomendando a los misioneros que reciban como servidores a hombres honestos, que si no pudiesen ser hallados, solamente entonces pueda recurrirse al servicio de las hembras, pero «tomenlas enhorabuena viejas, de aquellas de quienes se dice que no dan ya fuego ni humo» (55).

III. Espíritu de tiranía.

> *"Existe otra tentación grave que no se puede vencer sin gran fortaleza de alma, y es la de dominar y mandar a los indios, a los cuales es tan connatural y usada la sumisión, y tan corta la osadía para oponerse, que dan alas al que los rige, para que, cuanto se le ocurra, ponga al punto por obra. Hay muchos que abusan de la sumisión de los súbditos, que los mandan con aspereza, y ordenan a su capricho cuanto se les antoja, bueno o malo; a los cuales describe el apóstol como operarios que devoran, que arrebatan, que se engríen, que hieren en la cara, que no sirven a Dios sino a su vientre. Los cuales están tan prendados del mando que no toleran la ayuda de otros, aunque sean de vida aprobada y sana doctrina y ejercitados en la obra del Señor" (56).*

IV. Codicia:

Señala Acosta la sutileza de la tentación de disimular las injusticias de los potentes señores en favor del misionero, así como las oportunidades de medrar, gravando a los pobres indígenas con contribuciones inexplicables, merced a la inexperiencia de muchos indígenas y al dominio moral que el misionero ejerce sobre los patanes (57).

---

(54) Acosta: o. c., 381-383.

(55) Acosta: o. c., 383.

(56) Acosta: o. c., 382.

(57) Acosta: o. c., 382. Tomás de Jesús glosa la necesidad de las virtudes de la castidad y del desprendimiento de los bienes de la tierra: «Denique his duobus, continentia, inquam, et pecuniae contemptu, ita debet esse praeditus Christi minister, ut nec de ipso suspicio tingi possit. Multa quidem alia Apostolis crimina objecta ab adversariis fidei Chrysostomus dicit; ceterum cupiditatis aut impudicitiae etiam ab inimicis et mendacibus nunquam fuisse incusatos, quod in his omnes, vellent nollent, testimonium veritati dare cogerentur: id quod in Christo Rege nostro advertere est, cum tamen invidissime ac iniquissime oppugnaretur ac proscinderetur ab impiis.» O. c., 267.

V. Usura.

«De suerte que las parroquias de indios más apetecidas, y con mayor ambición y precio obtenidas, son las que aunque producen menos renta dan más ocasión de negociar» (58).

VI. Juego.

El celo de Acosta se lanza impetuoso a una descripción sin medias tintas, para exigir una violenta reacción contra el juego en los sacerdotes de alma noble. No sería la mayoría de los misioneros de la clase así retratada por Acosta, pero todos estaban expuestos a tan atractiva sirena.

> *"Pues, ¿qué diré del vicio del juego? También a éste lo condenan gravísimamente los sagrados cánones; pero en vano, por lo que se refiere a las Indias. Se pone la mesa de juego; día y noche corren los dados, y los jugadores, como buitres sobre el cadáver, acuden de todas partes, y si tardan los buscan. Es clásico jugar en la casa del cura. Todos los estipendios de un año van a veces en una sola puesta. Muchos se excusan con la soledad y desocupación, los cuales, si emplean un cuarto de hora en confesar a un enfermo o en instruir a un catecúmeno ignorante, les parece demasiado e intolerable. Pasándose la noche en vela dicen misa muy entrado el día, y eso a prisa, que será milagro no confundan las sagradas páginas con cartas de naipes. No digo estas cosas por gana de zaherir y con maledicencia, sino que me fuerza la necesidad de llorar nuestra suerte, que estamos hechos fábula y ludibrio de nuestros vecinos. Otros tienen por lo más honesto del mundo darse a la caza o a la cetrería, y más gastan en perros que en dar a los pobres; tienen las cuadras llenas de caballos, crían con gran diligencia los halcones, llevan tras sí tropas de indios y más frecuentan las cumbres de las sierras que las iglesias" (59).*

La santidad, con cuyo concepto se comprenden todas las cualidades sobrenaturales exigidas a un misionero, incluye fundamentalmente las virtudes teologales. Tanto Acosta, como Tomás de Jesús y Gubernatis las consideran básicas en la formación y actuación de los misioneros. Sobre todo, el fervoroso Tomás de Jesús explana los fundamentos teológicos de la vocación misionera, basándolos en estas virtudes nobilísimas.

1. Fe. *Tomás de Jesús exige fe, y fe excelente para cumplir con la vocación misionera, que supone un rompimiento heroico con el pasado, con la patria y el ambiente social, tan amados, para enfrentarse con la laboriosa realidad de la siembra misional, pasando por los mil peligros que en aquella época suponía el traslado a los países de misión (60).*

---

(58) Acosta: oc. c., 384-385.

(59) Acosta: o. c., 385.

(60) «Apertum est missionum studium non posse non solum sine fide, sed sine magna et excellenti fide; nam quisquis hoc facit, ut propter verba labiorum Domini ea quae habet, quae videt et quae diligit, pro his quae non videt, deserat, et praesentia pro futuris, nempe patriam, fratrum carnalium, consaguineorum, parentum, amicorum, divitiarum caeterarumque commoditatum omnium emolumenta commutet, ac ingrediatur vias duras, sine dubio ad maximum et altissimum fidei gradum pervenit. Magna est deinde fidei firmitas et admiranda, quae hominem non solum intrepidum, sed alacrem reddit ad quaelibet tormenta quamvis immanissima, cruciatus etiam acerbissimos, ad omne denique ignominiosae mortis genus pro ejusdem fidei confessione obeunda. Ac denique heroicae atque apostolicae fidei gradus est, pro eadem fide inter gentes propaganda barbaras efferatasque gentes vel cum aperto capitis discrimine adire, atque contemptis oceani fluctibus, piratarum latrociniis, et incommodis aliis fere infinitae navigationis usque ad ultimas mundi oras pro ejusdem fidei dilatatione penetrare, ac demum pro eadem fide sincera integraque conservanda, qualem Christus et Apostoli tradiderunt, eaque sarta tectaque ab omni periculo et labe haereticorum tuenda, quodvis vitae discrimen subire.» Thomas a Jesu: o. c., 41-42.

2. Esperanza, *que supone la certísima confianza en la consecución de la vida eterna para el misionero y los evangelizados; el confiar en los auxilios extraordinarios de Dios cuando estamos privados de todo auxilio humano; el despreciar los peligros más inminentes cuando lo exige la salud de las almas, seguros de que Dios puede convertir en favores los mismos riesgos (61).*

3. Caridad. *La obra misional tiene como sólido fundamento la reina de las virtudes cristianas, ya que es ella que mueve a la Iglesia y al misionero a una labor ardua, opuesta a todo egoísmo en eras de un amor divino (62). A ejemplo de Cristo, el apóstol debe procurar estar dispuesto a sufrir los más agudos tormentos por el amor de las almas, y para conseguirlo, debe procurar que los infieles hallen un lugar de preferencia en su cariño, para que la compasión de su estado inquiete al apóstol y le incite a la más difícil de las labores (63).*

Sólidamente afianzado el misionero en estas virtudes teologales, se ha de ejercitar en las que son consecuencia y fruto de las mismas, entre las que han de destacar en el misionero:

4. La confianza en Dios. *Entregado a los caminos del mundo, entre gente sin fe y sin pundonor, sin una humana despensa que asegure la quietud del gusano del hambre, ni una muleta piadosa donde apoyarse para salir incólume de tantos peligros; con la visión de un campo misional yermo, con la constatación de una correspondencia de odios a una siembra de amor y bondades, el misionero debe conquistar el abandono en la bondad de Dios, la plena confianza en Aquel que puede librarle de todo mal y saturar su alma de legítimos consuelos. Es la virtud fundamental en la misionología peculiar de San Francisco de Asís (que recuerda Gubernatis), quien, al enviar a los suyos por el mundo, les daba esta preciosa reliquia afectiva: «Jacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet» Deja al Señor todo tu afán, y El te sustentará.*

Quizás la desesperanza, el temor, la inquietud, constituyan el más temible enemigo del misionero, cuya voluntad heroica puede quebrar en una sucesión de acontecimientos adversos. Señala Acosta:

> *"Solamente decimos ahora que ni la aspereza de los lugares, ni el impedimento de los caminos, ni la mala habitación de los indios debe retraer al siervo de Jesucristo de su buen propósito. Ciertamente los trabajos y su-*

(61) Thomas a Jesu: o. c., 42.

(62) Tomas de Jesus habla de la excelencia del martirio, como cúspide de la caridad. «...haec tamen perfectio, tyranno deficiente, non deficit; nam et incommoditates corporis animique cruciatus assidui non unum tantum martyrium sed plura in hac functione inveniuntur; neque in solo martyrii desiderio caritatis resplendet amplitudo, sed et quotidiana hujus functionis exercitia omnia nihil aliud spectant, nisi ut hunc Dei amorem assiduis incrementis provehant. Ab hoc fonte caritatis erga Deum in proximos amor emanat, quo salutem proximorum non solum precibus et desideriis promovent, qui juvandis infidelibus vacant, sed omnia hujus functionis studia in hunc finem diriguntur, ut opera ipsa declarant, quae non tantum ad propriam sed aliorum utilitatem referuntur.» O. c., 43. En otro lugar, con encendidas expresiones, declara el subido grado de caridad hacia los infieles que debe animar a todo misionero: O. c., 246; así como las cualidades externas y los frutos de esta caridad: O. c., 248-249.

(63) «Non vulgaris divinae caritatis modus, sed caritas ultra modum exquiritur, ut qui de missionibus cogitant, animis apostolicis mundum amplectantur universum... Et quidem cum in eo caritatis lex posita sit, ut aeternae felicitatis consortium iis, qui ejus participes fieri possunt, efficaciter optemus, salus universorum hominum impensissime a Christi ministris cupienda et votis ardentissimis efflagitanda est... Cum vero ad caritatis mensuram de proximorum interitu maeror et dolor accrescant, funestissimum tot hominum interitum lacrimis prosequantur; et ad maturandam eorum, qui nondum interiere, salutem celerrimis desideriis et poenis ultro susceptis indefesse contendant.» Thomas a Jesu: o. c., 246.

frimientos de los que caminan por mar y por tierra son muchos y graves. Mas, ¿quién podía prometerse otra cosa, si no está falto de juicio, cuando dejada la patria y los amigos y conocidos, como otro Abraham, emprendió esta peregrinación? ¿O es que salió sin saber a dónde iba? 'Yo, dice el Señor, seré tu galardón grande sobre manera.' Este es el trabajo apostólico, ésta su gloria. Y, sin embargo, el que envió a los suyos sin saco ni alforjas y sin dinero, les pregunta si les había faltado algo. Nunca da la Divina Providencia prueba más cierta ni dulce de sí que, cuando fiados en ella, nos vamos a vivir en morada incierta y con medios de vida inseguros" (64).

5. Paciencia. *Todo el mundo vive de la esperanza, desde el pescador que alarga su caña hasta la golondrina que confía en cazar su alimento. En cambio, ¡cuántas veces la siembra del misionero se corona trágicamente con la presunta esterilidad externa!*

¡Cuán oportuno es, aquí, el ejemplo de Cristo! Acosta lo comprueba: Cristo pudo convertir a todo el mundo con un solo sermón; sin embargo, tuvo que predicar muchos sermones, y ni así se convirtieron los hombres, sino que le agradecieron sus faenas clavándole en una cruz.

"Por ventura ¿no dirás que en vano se gastó tanta fuerza y se consumió tanta fortaleza, si lo contemplas crucificado en la casa de los que le amaban, abandonado en parte de los suyos y en parte traicionado, y atormentado con insaciable crueldad por sus enemigos, herido y puesto en la cruz? Mas, ¿cómo razona el sapientísimo Maestro? 'Mi juicio —dice— está delante del Señor, y mi recompensa con mi Dios', como si dijera: no me cuido más de los hombres, no atiendo a su gratitud, sino sólo miro a Dios; sé la rectitud de su juicio; mi obra a El la consagro, mi esperanza en El la coloco, por su gracia todo lo hago y padezco gustoso, juzgando los gastos por ahorro. En esto deberíamos parar mientes todos los que hacemos la obra de Dios y deseamos ser tenidos por operarios fieles y verdaderos. No hacemos nuestro negocio sino el de Dios; tomemos nosotros con prontitud todo el cuidado de la obra, y dejemos a Dios el fruto" (65).

Para inyectar legítimo optimismo al misionero, Tomás de Jesús (extrayendo de Possevino) señala las siguientes consignas:

a) *Toda semilla, como todo comienzo, es mínimo. No debe asustar la pequeñez de la persona y de sus medios.* b) *Todo asunto arduo requiere tiempo para su madurez.* c) *El agente necesita un sujeto pasivo bien dispuesto; hay que prepararlo con paciencia.* d) *La conversión de las almas y el establecimiento de la Iglesia requirieron siempre sudores, trabajos, injurias, hasta el derramamiento de sangre.* e) *No hay mal alguno, excepto el pecado. Todos los desastres pueden llevar a Dios.* f) *Es labor de ángeles encauzar una sola alma.* g) *Noé tardó cien años en preparar el arca; en ella se salvaron poquísimos, pero de esos poquísimos se regeneró el mundo.* h) *La conversión es obra de Dios; debemos aprender a aguardar que suene su hora.* i) *También los Apóstoles y Santos misioneros siguieron el camino de la cruz, de la persecución y de la incertidumbre de su labor.* j) *Quienes prefieren conservar la salud para emplearla durante más tiempo en el apostolado, evitando los sufrimientos y las angustias que Dios les envía, olvidan que los Apóstoles estuvieron —desde el primer día— dispuestos a dar generosamente su sangre.*

---

(64) Acosta: o. c., 99-100. Thomas a Jesu: o. c., 42-43.

(65) Acosta: o. c., 65-66. Añade en otro lugar: «Aunque no sé quién puede tener justa queja si gana con su industria y trabajo pocas almas, y aun con una sola que ganase, cuando el Señor de la gloria por una sola alma no habría rehusado padecer cuanto padeció... Quede ahora solamente asentado que, aunque hubiera poco fruto en el negocio de las almas, no por eso deberían menos emplear su diligencia y alientos los fieles operarios de Jesucristo, cuando en tanto grado ejercitan la caridad con El, y nada se disminuye del propio galardón.» O. c., 71.

Es un precioso Decálogo del misionero de todos los tiempos (66), que ha de comprender que no está en la habilidad y estrategia humanas, sino en la virtud del Espíritu Santo, el secreto de la conversión del mundo infiel a Cristo.

6. La humildad. *La labor misionera es obra de Dios. Luego se ha de realizar con verdadera humildad, considerándose el misionero como simple representante, y atribuyendo a Dios la gracia de las conversiones. Humildad, sobre todo, en el uso de las artes y cualidades humanas, que pueden ser muy valiosas, pero que no son los elementos más eficaces en la obra de la conversión, por lo que no se ha poner toda nuestra confianza ni en las extraordinarias dotes del misionero ni en la riqueza de medios humanos (67).*

Podríamos escoger preciosas citas sobre otras virtudes características, como la beneficencia *(68), el* espíritu de oración *(69), la* fortaleza *(70),* el celo en la enseñanza de la doctrina de Cristo *(71); todas las cuales pueden sintetizarse en*

7) el buen ejemplo, *en el que insisten machaconamente los tres autores, como en un elemento sin el que es imposible una fecunda labor del misionero.*

---

(66) Thomas a Jesu: o. c., 268-273; 184.

(67) Gubernatis: «Sed generaliter in omnibus est cavendum Missionario prae caeteris, ne humanis, sive mundanis utatur mediis, et artibus in suo exercendo ministerio: nec enim Christus aut Apostoli artificiis huius modi, curiosis artibus, astrologia, secretorum notitia, donis, servitutibus, ostentationibus usi sunt in praedicatione, sed divino freti auxilio Gentibus evangelizarunt. Honesto tamen obsequio civili, arte aliqua liberali, aut aliquo speciali dono iuvare Missionis prosperitatem atque facilitatem, non ausim condemnare: quia nec in sacra scriptura talia legimus esse damnata; sint tamen ita sale condita, ut neque vere sit, nec esse videatur in iis collocata nostra fiducia, sed omne adiutorium, et spes sit in nomine Domini, qui potens est, de lapidibus suscitare Filios Abrahae; et novit quos elegerit; quos gratia sua, non humano artificio debeat attrahere...» O. c., 20.

(68) Thomas a Jesu: «Nihil aeque juvat ad barbarorum fidem benevolentiamque conciliandam, quam erga ipsos beneficentia... Quare ejus studium in conversione infidelium inter alia sit operari bonum ad omnes, neque pigeat Evangelii ministrum aegrotos visitare, xenio aliquo recreare, famelicum cibario saltem, pane pascere, nudum operire, pauperem, cui nos est adjutor, a divitum calumniis et potentia eripere, pro afflictis principem magistratumve convenire, caelibes matrimonio honeste quaesito collocare, rem familiarem consilio augere, morientibus sedulo et benigne astare, sepulturam curare, eos qui quaeruntur ad mortem eripere, lites et dissidia componere, omni denique officii genere cumulate prosequi: siquidem certissime sciat Christo christianaeque religioni honorem maximum ad spiritualem fratrum salutem viam apertam, sibi praemium copiosum parari...» O. c., 250-252. Acosta: o. c., 397-301.

(69) Acosta abunda en bellísimos conceptos sobre la necesidad de la oración en el misionero: «Estas dos operaciones de dirigir a Dios la oración y a los hombres la palabra definen el ministerio apostólico, y quien las separe no podrá conseguir la salvación de sus prójimos, como si quisiese navegar el ancho mar y no desplegase las velas, o desplegándolas no soltase las áncoras o las amarras de la nave. Quien quiera, pues, trabajar fructuosamente en la viña de las Indias, nunca deje el estudio de la oración, y ofreciéndose a sí mismo en continuo sacrificio con lágrimas, gemidos, frecuentes vigilias y maceraciones de este miserable cuerpo, hágase a Dios propicio, a fin de que el Evangelio crezca y fructifique en toda la tierra.» O. c., 390-391; 387-389. Tomás de Jesús: o. c., 43-44.

(70) Gubernatis: o. c., 15.

(71) Acosta trata, en diversos lugares, de la importancia de la catequesis y de la predicación, así como de la constancia que en estos ejercicios se ha de tener, pues la semilla no puede florecer inmediatamente. Por lo que «es necesario de todas maneras que en enseñarles, reprenderles, exhortarles, confirmarles, defenderles y llevarles en brazos no falte ni por un instante la diligencia de la nodriza; es decir, que los padres y maestros espirituales perseveren inmobles entre ellos. Así lograremos que, a pequeños principios, se sigan grandes crecimientos, y no lo contrario, que muchas veces lloramos, que los felices principios y alegres promesas, por la torpe desidia, vengan a tener desastroso fin.» O. c., 487. Véanse, también, 411-414; 415-418.

En una de las numerosas exposiciones de esta necesidad, Acosta escribe esta inspiradísima página:

"Dé... la mayor importancia al buen ejemplo de integridad de vida e inocencia, mostrándose paciente, benigno, humilde, benéfico, continente, manso, y, sobre todo, encendido de amor y caridad a Cristo y a sus hermanos. Nuestros discursos tal vez no tos entienden bien los bárbaros; pero los ejemplos de virtud en todas partes hablan con claridad, y son entendidos perfectamente, y son muy poderosos para persuadir. Ponga particular cuidado en mostrar a los bárbaros confianza y sincera benevolencia, y una como providencia paternal de ellos. Nada gana tanto la confianza de los corazones como la beneficencia, y quien quiera que otro le escuche, hágale buenas obras. Por lo cual manda Cristo a los apóstoles, cuando los envía a predicar, que curen los enfermos, limpien los leprosos, arrojen a los demonios y den gratis lo que gratis recibieron; como si quisiera dar a entender que el camino más seguro para atraer a los hombres al evangelio es la bondad y la beneficencia. Vean los infieles, vean los catecúmenos, vean los neófitos en él un padre y protector; interceda por ellos muchas veces ante el capitán y la justicia; defiéndalos de las injurias de los soldados, provea a su pobreza aún con la propia mendicidad. Si hay que imponer algún castigo, no lo haga por sí mismo. Atesore más bien como padre para sus hijos, y no sólo dé sus cosas, sino entréguese a sí mismo con gusto por su salvación, a pesar de que amándolos él más, sea menos amado de ellos. Y no busque lo que den, sino el fruto de las almas. No se puede decir cuán eficaz sea para persuadir la caridad y las entrañas dignas de un apóstol" (72).

Precioso resumen de la personalidad del auténtico misionero. Quien considere que es un simple instrumento en las manos de Dios, y que debe dejarse manejar por El, ya ha recorrido un buen trecho en el camino de la santidad misionera; lo restante lo hará El mismo que le envía y tiene en sus manos los tesoros que necesita su Legado, a quien no puede negar nada de cuanto necesite para su labor perfecta, so pena de ridiculizar su propia embajada.

En la mochila de todo misionero deberían escribirse estas palabras de Gubernatis:

"Recibida la ordinaria y mediata Misión, según la regla de la Iglesia infalible, misión confirmada por la legítima autoridad, perseverando en la santa humildad, desconfiando absolutamente de nuestras fuerzas, confiando plenamente en la assitencia especial de Dios y enriquecidos con el mérito de la santa obediencia, sean elegidos los Misioneros Apostóticos para la empresa a la que Dios les llamó; en estas condiciones será absolutamente cierto que Dios dará a sus misioneros su Verbo con plenitud de frutos" (73).

---

(72) ACOSTA: o. c., 206-207; 393-395. TOMÁS DE JESÚS dedica el cap. IX, del libro IV, parte II, a este mismo tema, adobándolo con curiosas citaciones y valiosos ejemplos. O. c., 282-288. En la página 239, exclama: «Nunc vero cum raro fiant prodigia, quibus evangelicae voces confirmentur (neque vero illis opus est, ut jam diximus), quid restat ad plenam Evangelii praedicationem, nisi integritas ac vitae puritas? Hoc unum a ministris munus postulat apostolicum, hoc praerequirit animarum salus, hoc mysteria fidei nostrae credibilia certaque esse hominibus quantumvis barbaris facile demonstratur.»

(73) GUBERNATIS: o. c., 3.

XIV

Perfiles de la Vocación Misionera según el Beato Ramón Lull *

Excmo. Sr. Dr. D. Adolfo Muñoz Alonso

Catedrático de la Universidad de Valencia y director de la revista filosófica «CRISIS»

Muchos caminos anduvo Ramón Lull y muchos mares le conocieron, pero más leguas suman los pasos que dió por los pasillos de su alma. A veces la anécdota de los caminos y de los mares nos hace perder las rutas interiores que recorren los santos, olvidándonos de que el apóstol y de manera particular el misionero, responde a una voz escuchada en todos los rincones del alma. Es erróneo —a lo menos, a mí se me antoja ahora— el figurarse al misionero como a un hombre que se sale de sí para adentrarse en selvas y mares ignotos; el misionero es el hombre que de tanto estar y vivir dentro de sí mismo no puede resistir la voz de Dios hermoseador de su alma y arde en ansias de comunicar su amor.

Ramón Lull es misionero de amor. Ya sé que a otros santos misioneros, que quizá a todos, se puede aplicar con verdad la frase. Pero en Ramón Lull cobra su plena significación expresiva. Entre todos las posibles formas de entrega a Dios, Ramón Lull escogió la misionera y no encontró otra salida al amor que transfigurar la orden de Cristo de enseñar a todas las gentes. En Ramón Lull cobra fuerza histórica la frase profética que declara hermosos a los pies que evangelizan la paz y el bien.

El servicio mejor y mayor que puede alguien prestar a Cristo —copio literalmente a Lull— es dar su vida y alma por su amor y su honor, en la tarea de convertir a su culto y servidumbre a los sarracenos, cuya multitud circunda a los cristianos. No exagero en favor del texto luliano si digo que todas las frases y palabras están medidas. Lo que Fr. Luis de León hacía en obsequio de la belleza del lenguaje, Lull lo consigue en honra de su fervor apostólico. Habla del servicio mejor y mayor, de dar vida y alma, de hacerlo por amor y honor de Cristo. Y asigna a su vocación una decisión resuelta y concreta: convertir a los sarracenos al culto y servidumbre. Y explica la razón de esta preferencia: porque la multitud de los sarracenos circunda a los cristianos.

En la trabazón ideológica del texto se descubre la precisa vocación misionera. No cabe ya una irresolución, puesto que el amor ha encontrado camino para su difusión: el amor y la honra que deben a Cristo los infieles; y ha hallado una dimensión exigente: los cristianos circundados por ellos, con evidente temor de que sea el infiel el que apague la fe de los que la poseen. Me interesa sobremanera —aun a riesgo de parecer enfadoso— resaltar esta segunda particularidad, característica del espíritu misionero. El misionero Ramón Lull sabe que en su apostolado no sólo va a llevar en la antorcha la luz de Cristo para iluminar

---

* NOTA DE LA REDACCION. — El trabajo que insertamos aquí no es más que un extracto de la luminosa conferencia pronunciada por el Catedrático Sr. Muñoz Alonso en la clausura de la VIII Semana Misional que arrancó tantos aplausos de los semanistas. En la imposibilidad de recoger el texto íntegro como era nuestro deseo, insertamos aquí este detallado extracto que repasado por su esclarecido autor ha merecido su plena conformidad y aprobación.

tinieblas, sino que está convencido de que las tinieblas esconden un poder de extensión intensivo; que no son sólo una muralla para la fe, sino un ejército de sombras. Lull no entiende cómo un enamoramiento de Dios no lleve consigo el procurar que sea conocido por todo el mundo. Por eso Lull es el misionero del amor a lo divino, ya que ha convertido el amor en caridad, entregando el sosiego a la irrequietud, la paz al ardimiento, y poniendo alas desplegadas al corazón, forzando a la inteligencia a que abra luces nuevas en el corazón y en el anhelo.

Lull tiene una confianza incondicional en Dios viviente. Esta fórmula del "Dios vivo" de tan maravilloso eco en la Iglesia primitiva. Es curioso y aleccionador esta entrega doctrinal y vital al esclarecimiento del misterio de la Santísima Trinidad que se advierte en los escritos de Ramón Lull. El hombre concreto y práctico que es Lull no desvanece sus anhelos en vaguedades, sino que cree con fe viva en la realidad viviente de la Santísima Trinidad. Leer a Ramón Lull entendiéndole en su profundidad mística y teológica, no es empresa fácil. Nos le han desvirtuado las argucias escolásticas, al entregar sus genuflexiones a un libre cambio de silogismos. A Lull, o se le lee de rodillas, y con el alma desnuda de equipaje, para emprender con él el vuelo de mares y montañas, o hay que cerrar las páginas y callar, declarándonos vencidos ante su generosidad. Venir diciéndonos que racionaliza los misterios, por ejemplo, es desconocer las razones de amor de sus expresiones; algo así como pretender apagar la luz y el calor para descubrir su secreto, cuando en realidad el secreto del calor y de la luz, del amor, se atesora en su fuego iluminante y contagioso de esplendores.

Pero Ramón Lull no tentó a Dios, una vez escuchada definitivamente la voz resolviéndola en fe y amor. El que anduvo en tentativas de amores, cuando descubrió el amor no cedió a tentación alguna. Y para no tentar a Dios se armó con todas las armas para la conquista, pasándolas por el fuego y el yunque. Sus estudios tienen todos una intencionalidad apostólica sobrenatural. En la ordenación de sus estudios y doctrinas cuenta siempre con la eficacia como si dijéramos "ex opere operato" de la verdad evangélica, pero no olvida que la fe entra por el oído armoniosa o torpemente, según que esa armonioso o torpe el labio que la comunica y las manos que la derraman; y tiene muy en cuenta la disposición subjetiva y el condicionamiento objetivo de tiempo y lugar de los infieles a los que se dirige.

La preparación a que Ramón Lull dedica sus horas y sus años responde a este convencimiento, que puede servirnos como meditación en un seminario de formación misionera. Ramón Lull opera de manera admirable. Tiene muy presente el condicionamiento del infiel, y su mundo, pero él antes ha renunciado para sí a ese condicionamiento y a ese mundo. Vende lo que tiene para seguir verdaderamente la voz del Maestro, y lo hace sin tristezas, y se desliga de sus familiares, con honestidad y con resuelto tirón, y cambia los juicios del mundo por los juicios de Dios. Esta actitud de Ramón Lull es uno de los más claros perfiles, porque en ella se aprecia la comprensión del prójimo sin que esta comprensión la reserve para sí mismo. Quizá, por ello, otro de los rasgos misioneros de Lull sea su ilimitada confianza, su no descorazonamiento a pesar de las adversidades que le rompen las carnes. Que Goethe, ya septuagenario, quisiera aprender una nueva lengua para saborear un poema en su aliento original, es admirable; que Sócrates ensayara un nuevo son de flauta cuando la muerte le subía de los pies a la cabeza, no deja de ser emotivo; pero que un hombre, con el alma fuera ya del cuerpo entre la sangre de las heridas, y con los latidos goteándole fiebres y muerte se empeñe en armar un leño para dar testimonio viviente de fe y amor hacia el prójimo, sobresalta cualquier frontera de admiración, para entrar en el reino de lo heroicamente santo, de lo santamente misionero.

Y es que, para Ramón Lull, misión y ardor de martirio con sinónimos. Ya lo son para la gramática —lo sé— pero en Ramón Lull adquiere esta sinonimia un más alto valor apostólico. No se trata de una frase estampillada, sino de un real derramamiento de sangre. Ramón Lull que con tanto primor y tan equilibrada geometría dibujó sus figuras, es el hombre que vive menos las figuras,

convirtiéndolas en alma del alma, en efectiva realidad. No creo que me salgo mucho del mundo intelectual y sugerentemente inspirado del Beato mallorquín si me atrevo a decir que para él el símbolo de misionero es Cristo crucificado, el amor puesto en cruz, clavado y en sangre. Y que esta imagen es la que, como símbolo perfecto y el más idóneo, representa el ideal misionero.

Parece a una mirada superficial como si Ramón Lull concibiera la obra misionera como un ideal a caballo y espuelas, en fragor de milicia. Puede que algunos de sus libros, muchas de sus frases, no pocas de sus actitudes y consejos se presten a esta interpretación. Pero a quien leyere despacio no le será arduo advertir cómo para Lull, en ortodoxia de procedimiento evangélico, primero es la fuerza de la palabra, después la conversión y, si acaso y preciso fuera, la milicia. Para no imputar al Beato iluminado un ardor belicista, conviene no olvidar el siglo en que desarrolla su actividad. Por otra parte —y lamento que el tiempo no me permita entretenerme en este aspecto del tema— la conversión por pueblos conquistados es una realidad histórica de eficacia comprobada, porque si la gracia de la fe opera uno por uno, el acceso a ella puede realizarse en una disposición social muy digna de tenerse en cuenta. Aun hoy, precisamente hoy, esta misión por conversiones nacionales se presenta como eficacísima. Y hablando para españoles que recuerdan su historia, cualquier detención en el tema sería ociosa.

Lull se siente animado por dos grandes anhelos: escribir un libro fundamental clave y fundar un monasterio de misioneros. El libro fundamental clave se basa en la convicción de que lo que falta en el mundo es un ordenamiento intelectual de las razones objetivas para preparar a la fe; y el seminario de misioneros está ideado bajo la impresión de que la labor misionera no es empresa de solo entusiasmo individual, sino de preparación disciplinada y formativa. Cuando Juan XXI aprueba la fundación en 1276, Lull respira hondo; y el monasterio de Miramar es para él un motivo de peregrinaciones y súplicas a Honorio IV, a Nicolás IV, a Celestino V, a Bonifacio VIII en apoyo de la multiplicación de su obra en todo el mundo. En el empeño que Lull pone en su obra fundacional se descubre no sólo el anhelo de perpetuar una labor, sino también la seguridad de que la empresa misionera es consustancial a la Iglesia de Dios. Que no nos digan que el concepto de misión se esclarece en el siglo XVI. Con ser esto verdad, quizá convenga aclarar que ese concepto esclarecido en el siglo XVI, había sido encarnado por Lull en el XIII.

Ramón Lull que tanto aprecio y entusiasmo puso en su obra intelectual, se entrega a la misión por "manera de amor" a la que subordina la misión por "manera de saber". La dialéctica interna luliana entre el saber para enseñar, y el amar para que crean, es una dialéctica original y prodigiosa. Para él el entendimiento no sirve sólo para entender, sino que es el ojo de la voluntad. Cuando el entendimiento ilumina y declara con grandeza —traduzco a la letra— se siente obligada la voluntad a amar o a odiar con grandeza en la misma medida. La frase es de Lull, pero la fuente es agustiniana. En Lull no es la voluntad, como pudiera creerse, la que rompe los diques para el amor, sino el entendimiento. En el Arte de Contemplación *lo dice expresamente, y en* Doctrina pueril *lo encontramos reiteradamente. Lull entrega al entendimiento las llaves de la voluntad y de la eficacia, no porque sea un intelectualista, tampoco porque confíe o lo fíe todo del poder de la razón, sino porque, agustinianamente, sabe que la Verdad interior que en el hombre mora y a todo hombre asiste, actúa cuando se despierta en el hombre la claridad o el deseo. Lull cifra todo su fervor misionero en que el entendimiento de los infieles reciba una semilla de verdad, asegurando —me atrevo a añadir— que fecundará al contacto vigilante de la presencia de Dios en el alma de todo hombre que viene a este mundo. Todo el empeño de Lull está puesto en que los musulmanes escuchen verdades sobre la Verdad, que perciban reflejos de luz de la Luz. Que la Verdad y la Luz harán su labor con eficacia divina, si se da un mínimo de aceptación libre. Y este aspecto doctrinal de la doctrina expositiva de Lull conviene que se tenga en cuenta, porque es el que manifiesta la necesidad del misionero, a la vez que descubre su insuficiencia humana. Necesario, pero no suficiente, es el misionero y su voz. Y esta frase*

podría servir, bien meditada y entendida, como lema misionero de Lull. Porque es necesario el misionero es imprescindible y es sagrado suscitar vocaciones; porque no es suficiente, resulta obra divina su labor.

Ramón Lull por las circunstancias personales que le adornan, y por todo el anecdotario religioso, literario y político que registra su vida tan brillantemente evocada por Lorenzo Riber, y del que yo prescindo ahora, aparece en nuestro tiempo como el misionero moderno de inapreciable actualidad. Frente a los que creen que el ideal de Ramón Lull fué servido con método e inspiración medievales superados ya, séame permitido decir que su adivinación es sorprendente. En Lull se encuentran las bases de una institucionalidad ultrapolítica, en el seno mismo de la Iglesia Jerárquica, con el cometido específico de expandir la catolicidad. Dicho en palabras sin clave: En Lull se adivina una anticipación misionera de la Acción Católica. Una profundización en el tema —si el Señor nos da paz y tiempo lo abordaremos otro día— nos traería la sorpresa de que Ramón Lull representa el ejemplar de católico que tiende a organizar una "acción católica" como misión, en la que los miembros mejor dotados intelectual y moralmente sean misioneros. Y en Lull —y sé que no exagero— alienta una unificación de los pueblos en la Catolicidad, precisamente en la Catolicidad, sin tocar las condiciones políticas de cada reino cristiano. Eso que andan buscando desalados, y no siempre con buena voluntad cristiana, los actuales Estados europeos.

El optimismo de Ramón Lull, gozo auténticamente misionero, es contagioso. Cree en la buena fe de los infieles, y no les priva de libertad. Pero esa libertad se resuelve en gracia eficaz si se vigoriza la voluntad para poder determinarse por el bien y la verdad. Ramón Lull considera la empresa misionera como expansión vital y vitalizadora de la Iglesia, como epifanía. Yo me atrevería —si se me concede— terminar con una alegoría. Para Ramón Lull los misioneros son los Reyes Magos que, habiendo adorado a Cristo, no retornan tranquilamente a sus países, sino que circundan el mundo partiendo de Belén, sin pasar por Herodes, para derramar la luz de la estrella que les condujo, abriendo los ojos de los infieles. Es decir, la Epifanía en adoración y evangelización con aristocracia de espíritu.

XV

Nuestras Diócesis y las Vocaciones Misioneras

MONS. JAVIER PAVENTI

Consejero de Estudio de la S. C. de Propaganda Fide. Roma

El deber misional de nuestras diócesis

En la barroca belleza de la Plaza de España en Roma se levantan el palacio borrominiano de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y el de la Embajada de España ante la Santa Sede. Pocos metros separan un edificio del otro, y sin embargo durante dos buenos siglos, sobre todo al principio, en la soledad casi desolada de aquel extremo de la ciudad, ellos han sido la expresión de un antagonismo de fuerzas, fundamentalmente encaminadas a la consecución de un mismo fin: la conversión de los infieles.

Los dos sistemas de organización misional, si bien por muchas razones estaban en contraste, se basaban en el apoyo de los gobiernos de los Estados ibéricos, y en la generosa colaboración de los Institutos religiosos. Después de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas la ayuda de los gobiernos europeos fué muy deficiente y la propaganda misional debió hacer llamamiento directamente al pueblo cristiano, que en los siglos anteriores había permanecido ajeno al movimiento de conquista espiritual de los nuevos pueblos. Los viejos y los nuevos Institutos misioneros siguieron siendo los anillos de enlace entre el mundo fiel y el mundo infiel, cooperando a reeducar los cristianos en el ideal misionero. De hecho en la primera mitad del siglo pasado empezaron a surgir muchas obras, que reconocidas por la autoridad oficial o privada, se proponían como fin avivar entre los fieles la conciencia del deber misional, de modo que todos los fieles sintiesen la obligación de participar en la conversión de los infieles. Por muchos siglos los fieles de nuestras Iglesias, que cuentan con una historia de larga y gloriosa civilización cristiana, han estado ausentes del campo apostólico de las Misiones y las han ignorado casi por completo. Durante muchos siglos han permanecido inertes, hasta ignorantes de haber sido sustituídos en la obra de evangelización por los misioneros religiosos, creyendo haber cumplido todo su deber con admirar el heroísmo y los triunfos de tantos hombres, que se sacrificaban por la gran causa.

Es verdad que desde hace ya varios decenios se intenta despertar al pueblo cristiano de la apatía y de la inercia, en que estaba sumido. La organización de las Obras Misionales Pontificias, sostenida eficazmente por la Unión Misional del Clero, tiene precisamente esta finalidad; no obstante, la gran masa del pueblo cristiano de nuestras iglesias no está todavía plenamente convencida de su deber misional.

¿Por qué motivos? Son múltiples los motivos y entre estos podemos enumerar ciertamente la delibitación del sentimiento religioso en muchos fieles y también la gran falta de propaganda misional en las retaguardias. Si el interés por las Misiones fuese más sentido, podría dar de nuevo a los fieles el sentido del verdadero hijo de la Iglesia, que se preocupa no sólo de su conservación sino también de su difusión.

Hoy nos lamentamos de que los fieles no están convencidos de su deber misional, y que por esto no se ayuda a las Misiones en la medida necesaria. Faltan los misioneros, faltan los medios para una obra, que cada día se hace más extensa. La masa de los fieles tiene su culpa, pero nosotros, que participamos del sacerdocio católico, o nos preparamos a subir al altar, tenemos tal vez una culpabilidad mucho mayor, porque son mayores nuestras responsabilidades. Después a los pastores de almas incumben deberes y responsabilidades todavía más graves.

Lo afirma Benedicto XV, al principio de su carta apostólica "Maximum illud" de 1919: "La grande y sublime misión, que Nuestro Señor Jesucristo, al momento de volver al Padre, confió a sus discípulos con aquellas palabras: «Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura», (Marcos, 16, 15) no debía terminarse con la muerte de los Apóstoles, sino durar a través de sus sucesores hasta el fin de los tiempos, esto es, mientras hubiese hombres que salvar con el magisterio de la verdad."

Por tanto, los Obispos, como legítimos sucesores de los Apóstoles, con la ayuda del Clero y de sus fieles, son los naturales continuadores y ejecutores del más grave encargo, que Nuestro Señor confió a los Apóstoles y en ellos a toda la Iglesia. Como los primeros Apóstoles, con San Pedro a la cabeza, iniciaron la evangelización del mundo, así sus sucesores, bajo la guía del Sumo Pontífice, deberán continuarla y llevarla a término.

Juntamente con los Obispos deben colaborar en la obra de la difusión de la Iglesia todos los sacerdotes y fieles de cada una de nuestras diócesis: a esta conclusión nos llevan los fundamentos del deber misional, hoy bien determinados en el campo teórico, pero no siempre sentidos en la práctica.

Las regiones más abatidas espiritualmente

También los números tienen una elocuencia extraordinaria. La obra de evangelización del mundo ha comenzado hace cerca de dos mil años; ¿cuál es la situación numérica de los pueblos cristianos con relación a la de los infieles?

Consideramos la población mundial según las estadísticas de 1953:

Asia	1.300.324.000	53 %
Europa	591.173 500	24 %
América	336.327.400	13 %
Africa	197.229.000	8 %
Oceanía	14.292.450	5 %
Total	2.439.346.350	

Siguiendo el porcentaje de los católicos en relación con la población mundial desafortunadamente no se puede conservar el mismo orden. He aquí las estadísticas de los católicos:

Europa	230.910.100	49 %
América	189.986.756	40 %
Asia	31.090.400	6,5 %
Africa	17.442.470	3,6 %
Oceanía	2.664.200	0,6 %
Total	472.093.926	

La comparación de las dos estadísticas puede ser objeto de meditación para tantos sacerdotes y tal vez para aquellos Obispos que no ponen demasiada atención en el problema misional. Asia que tiene más de la mitad del género humano, el 53 %, y ocupa el primer puesto en la primera escala de gradación, tiene sólo un 6,5 % de católicos, que la pone en tercer puesto en la segunda escala. Africa y Oceanía conservan el mismo puesto en ambas escalas, pero el índice de porcentajes baja en Africa del 8 al 3,6 % y en Oceanía del 5 al 0,6 %. Los antedichos sacerdotes y Obispos, que todos los días en el "Padre Nuestro" repiten la invocación: "Vénganos tu reino", deben pensar que bajo aquellas cifras se esconden millones y millones de almas, cuyo número supera en mucho la población de las propias parroquias o diócesis.

La proporción de los católicos en cada continente con respecto a la población del mismo es:

56 % en América, el continente más católico,
39 % en Europa,
20 % en Oceania,
8,5 % en Africa,
2,3 % en Asia.

Pasamos por alto América y Europa; vamos a considerar los tres continentes, que constituyen casi exclusivamente el campo misional.

El alto porcentaje que alcanza Oceania es debido en gran parte a las Islas Filipinas, en que muchos son catól·os porque han sido bautizados, pero la Iglesia necesita todavía de la ayuda externa. Las demás zonas de Oceanía dan porcentajes muy bajos.

El tanto del 8,5 % del Africa debe considerarse en relación con la situación, que presentan las zonas de aquel vasto continente, en que el Islamismo del norte presiona por infiltrarse siempre más en las regiones centrales y meridionales y su obra de penetración no ha sido hasta ahora contenida.

El continente asiático nos da el ínfimo porcentaje de católicos, mientras en él vive el 53 % de la población mundial. Aquí la proporción entre el número de católicos y el de los demás habitantes no considera sólo las cifras, de por sí ya tan elocuentes, sino también la calidad de los elementos, vistos con respecto a las tradiciones locales. La India, la Indochina, la China y el Japón tienen una civilización antiquisima, y poseen un pensamiento filosófico y religioso, que ha penetrado en todas las manifestaciones de la vida de sus respectivos habitantes, y constituye un patrimonio, que quieren defender contra toda posible influencia extranjera, y hasta difundirlo más allá de los propios confines.

Veamos ahora cuáles son las previsiones para el futuro que nos sugieren el aumento de la población y el número de las conversiones.

Las estadísticas nos dicen que el número de nacimientos supera en 75.000 unidades cada día al de defunciones y por tanto la población mundial cada año aumenta en 28 millones, igual a la población de España. Asia tiene la máxima natalidad, después vienen Africa, América, Oceania y por último Europa, donde es inferior en un 25 % a la de Asia.

He aquí el número de nacimientos registrados cada año en los distintos continentes:

en Europa	11 820 000
en Asia	58 500 000
en Africa	7.326 000
en América	10.784 000
en Oceanía	392.000
Total	88.822.000

Quitemos el superavit de natalidad anual, que son 28 millones, y tendremos un total de mortalidad de 60.8 millones es decir el 62 %.

Las estadísticas nos dicen que en 13 años, esto es de 1937 a 1950, Europa sin contar a Rusia, ha disminuido en 6 millones; Rusia sola ha aumentado 30 millones; Africa ha aumentado 40 millones; las dos Américas han aumentado 60 millones; Asia sin contar a Rusia ha tenido un aumento de 162 millones. Africa y Asia, que en su gran mayoría son paganas, crecen más que todos los demás continentes, mientras Europa, que da el mayor número de misioneros, va disminuyendo.

Ahora nos preguntamos ¿cómo están distribuídos los 28 millones de aumento de la población mundial desde el punto de vista religioso? ¿Cuántos de estos nuevos hijos de Adán son católicos, protestantes, ortodoxos o infieles?

Por los nacimientos cada año:

los	471	millones de	católicos	aumentarán en	5.4	millones.
»	250	»	protestantes	»	2.8	»
»	200	»	ortodoxos	»	2.2	»
»	1.519	»	infieles	»	17,3	»
	2.440	»		»	28	»

La primera constatación dolorosa es que los nacimientos entre católicos, protestantes y ortodoxos no supera a los de los infieles. Pero están las conver-

siones, se dirá. Estas pueden calcularse en un millón, que si se quiere, puede ser duplicado, dada la dificultad de controlarlas con exactitud. El aumento anual de católicos será por tanto de 7 millones frente a 15 millones de infieles.

En 5 años los 35 millones de nuevos católicos se encontrarán frente a 75 millones de infieles; pasados 50 años, suponiendo siempre un aumento anual de 7 millones para los católicos y 15 para los infieles, tendremos 350 millones de católicos contra 750 de infieles. Según este cálculo dentro de 50 años habrá:

821 millones de católicos y 2.269 de infieles.
Los infieles del 31 % habrían subido al 35 %.

Otra reflexión amarga: el número de los católicos proporcionalmente va siempre disminuyendo, mientras el de los infieles va siempre en aumento.

Medite cada seminarista, sacerdote u Obispo sobre las consecuencias de un tal desequilibrio extendido tal vez a todos los campos de la vida humana. ¿Llegará quizás un día en que los hombres ya no sientan ningún influjo de la palabra de Jesús y de su Iglesia? ¿Acaso en el futuro la civilización cristiana será ahogada por las civilizaciones paganas, como en siglos pasados la organización del Imperio Romano cedió ante la avalancha de los bárbaros? Ciertamente las puertas del infierno no prevalecerán, pero nosotros no debemos trabajar sólo por evitar un retroceso de la Iglesia: nuestro deber es trabajar por la completa victoria de la Iglesia sobre todos los pueblos.

Visiones apocalipticas, dirá alguno; sueños quiméricos, comentará otro. El futuro está en las manos de Dios, que dispone las cosas del mundo con poder y sabiduría. Podrán darse factores, que tal vez han de facilitar la difusión de la Iglesia. Así lo esperamos.

¿Pero quién podrá prever el futuro? Esto hay de cierto: los pueblos de Asia y Africa no sólo disponen de un fuerte potencial humano, sino que poseen fuentes riquísimas de materias primas. Hoy ocupan el centro de las competiciones internacionales. La vieja Europa, que antes podía mandar a su gusto en aquellos continentes, hoy al igual que América debe condescender en pactos y compromisos y vigilar por no llegar a ser tal vez satélite de los futuros dominadores del mundo.

Fuerzas insuficientes

¿Con qué fuerzas hemos intentado nosotros los católicos afrontar la evangelización de esta inmensa población del género humano?

Detendremos nuestra consideración sólo sobre los sacerdotes misioneros. Según las estadísticas publicadas en "Le Missioni Cattoliche" del 1950, en los territorios dependientes de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, en 1949, los sacerdotes misioneros eran 26.840, distribuídos así:

15.701 extranjeros
11.139 nacionales.

Este ejército misionero tan escaso debe atender a la asistencia espiritual de 28 millones o más de bautizados y de casi 3 millones de catecúmenos, y también ocuparse de la conversión de los infieles, que supera en mucho el millar y medio de millón.

Las cifras son verdaderamente demasiado pequeñas hasta casi irrisorias si se piensa que España para una población de 28 millones tiene poco más de 30.000 sacerdotes y en Italia para cerca de 48 millones de habitantes trabajan 60 mil sacerdotes. Esta triste constatación indica que los países ya cristianos y que no dependen de Propaganda no han contribuído suficientemente en personal para una obra tan urgente.

Veamos ahora a qué nacionalidades pertenecen los sacerdotes misioneros. Tendremos presentes las estadísticas publicadas recientemente por el Reverendo P. Lujo Schorer, que está al frente del oficio estadístico de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Según los últimos datos, el 30 de junio de 1953 los sacerdotes en los territorios de Propaganda eran 24.974 provenientes de to-

dos los continentes. La disminución de misioneros en Asia depende de la expulsión de los mismos de China. He aquí el esquema estadístico:

Sacerdotes que trabajan en	PROVENIENTES DE					Total
	Europa	Asia	Oceanía	América	Africa	
Africa	7.471	9	2	492	1.443	9.417
Asia	3.056	4.864	59	512	3	8.524
Oceanía	2.312	30	2.587	152	—	5.081
América	1.112	1	1	638	—	1.752
Europa	200	—	—	—	—	200
Total	14.151	4.904	2 649	1.824	1.446	24.974

Para nuestro objeto interesa conocer la aportación de las diversas diócesis de Europa y de América para medir el entusiasmo misional de los propios católicos. Los demás territorios son campos de misión. Es de notar, sin embargo, que los números presentados no dan una información completa sobre la contribución de las diócesis a la difusión de la Iglesia. Algunas naciones, como Francia, Bélgica y Países Bajos, esto es Holanda, envían preferentemente sus sacerdotes a los territorios de Propaganda, donde los respectivos gobiernos tienen extensas colonias y les facilitan la entrada. En cambio Italia y España por ejemplo envían muchos sacerdotes a los territorios de América latina y por tanto no pueden figurar en las estadísticas presentadas. A pesar de esto las estadísticas son exponente de una situación, que ciertamente no corresponde a la ardua empresa de la evangelización de una masa, que supera el millar y medio de millón.

Los misioneros europeos que trabajan en territorios de Propaganda apenas son 14.151, distribuídos así por naciones de origen:

Proveniencia	CAMPOS DE ACTIVIDAD EN					Total
	Asia (2)	Africa	América	Oceanía	uropa (1)	
Francia	942	1.986	284	171	12	3.395
Bélgica	352	1.794	53	81	9	2.289
Holanda	167	1.011	143	846	62	2.229
Irlanda	179	885	87	847	3	2.001
Italia	618	546	105	60	3	1.332
Alemania	221	376	94	115	41	847
España	333	134	248	64	—	779
Inglaterra	71	341	68	50	10	540
Suiza	63	275	5	16	3	362
Austria	6	36	16	19	8	85
Polonia	20	27	3	12	8	70
Luxemburgo	13	35	—	1	—	49
Malta	31	5	—	8	—	44
Checoslovaquia	9	9	2	14	2	36
Hungría	13	3	1	7	1	25
Suecia	—	1	—	—	14	15
Yugoslavia	10	3	1	1	—	15
Dinamarca	2	1	—	—	11	14
Noruega	—	—	—	—	11	11
Lituania	4	—	1	—	—	5
Portugal	—	3	1	—	—	4
Grecia	1	—	—	—	—	1
Finlandia	—	—	—	—	1	1
Islandia	—	—	—	—	1	1
Rumanía	1	—	—	—	—	1
Total	3.056	7.471	1.112	2 312	200	14.151

(1) No comprendidos los Balkanes.
(2) No comprendidas la China comunista y la Corea del Norte.

Detengámonos en las naciones europeas, cuya población es en gran mayoría católica: Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Alemania, España, Austria, Irlanda. Inglaterra, Suiza: éstas dan la casi totalidad de los misioneros. Italia da 1.332 y España 779. Repito que estas cifras no revelan la aportación dada por estas dos naciones a la difusión de la Iglesia, pero se puede estar ciertos de que agregando a las cifras indicadas el número de sacerdotes enviados a otras partes, podrán tal vez ser duplicadas o triplicadas. Pero ¿podemos decir que Italia y España con 4 mil ó 6 mil misioneros hayan cumplido plenamente su deber de apostolado? ¡Un número tan pequeño de soldados, enviados por una población católica de cerca de 74 millones!

Consideremos ahora los sacerdotes misioneros de origen americano en los territorios de Propaganda.

Procedencia	CAMPOS DE ACTIVIDAD EN				Total
	América	Asia	Africa	Oceanía	
Estados Unidos	187	329	173	140	829
Canadá	197	193	312	7	709
Colombia	84	5	—	1	90
Méjico	51	—	—	—	51
Ecuador	27	—	—	—	27
Argentina	—	8	3	2	13
Chile	12	—	—	—	12
Brasil	—	6	3	2	11
Venezuela	6	1	—	—	7
Costa Rica	5	—	—	—	5
Paraguay	5	—	—	—	5
Uruguay	5	—	—	—	5
Perú	3	—	—	—	3
Haití	1	—	—	—	1
Jamaica	—	—	1	—	1
Criollos	55	—	—	—	55
Total	638	5'2	492	152	1.824

Detendremos nuestra atención sobre las cifras de los misioneros dados por los Estados Unidos de América y del Canadá. Los 30 millones de católicos de los Estados Unidos de América han dado 829 misioneros, y los 6 millones y medio de católicos canadienses han enviado 709 misioneros: en total 1.538 misioneros. También estas cifras nos sugieren la misma reflexión hecha al considerar la aportación misionera de Italia y España; es más, el juicio expresado puede extenderse a toda la Iglesia de derecho común, la cual está muy lejos del pleno cumplimiento de su deber misional.

Es verdad que en el siglo pasado y en el presente la labor misionera ha experimentado un gran desarrollo y la Iglesia ha conseguido echar las bases de su primera organización en muchísimos territorios de Africa, Asia y Oceanía. Pero los resultados obtenidos, aunque relevantes con respecto a la situación de la primera mitad del siglo pasado, representan muy pequeñas conquistas en el inmenso campo que hay que ocupar.

A la escasez de personal podemos añadir la escasez de medios materiales. El futuro, por tanto, se presenta lleno de incógnitas; hasta nos podrá poner ante una situación que casi amenaza ruinas para la Iglesia en los territorios de Africa, Asia y Oceanía.

Jesús nos ha asegurado que su Iglesia no desaparecerá jamás sobre la tierra. Toca a nosotros colaborar a su obra redentora del género humano y preparar el día, en que su Cruz brille en toda su luz en el cielo y en los corazones de los africanos, asiáticos y oceánicos.

Mucho se ha hecho por la conversión de los pueblos; pero queda mucho más por hacer en el futuro.

Movilización de toda la Iglesia

La necesidad primera y esencial del apostolado son los obreros, a quienes se debería confiar una parte de los territorios aún por cultivar de tantas misiones, excesivamente extensas.

Respondemos en seguida a una observación que alguno podría adelantar. Más que sacerdotes extranjeros serían necesarios sacerdotes indígenas. Aprobamos plenamente esta observación, pero ¿cómo se pueden tener muchos sacerdotes indígenas, si no se forman las familias católicas? Para formarlas son necesarios todavía los misioneros extranjeros.

Ahora ¿quién debe dar estos obreros? Deben salir de las antiguas diócesis de los países católicos, cuyos fieles desde el primero hasta el último, deben darse cuenta de la situación de modo que todos se sientan movilizados para una causa tan santa y tan bella. Se necesita organizar toda la Iglesia en orden a las misiones, según el grito lanzado por Pío XI: "Todos los fieles por todos los infieles", esto es, toda la Iglesia por la conversión de todo el mundo.

La propaganda misional, que después de la primera guerra mundial ha sido organizada según formas y normas bien precisas, ha contribuido eficazmente a despertar de nuevo en muchos católicos el sentido del deber misional. Pero queda mucho todavía por hacer, ya que muchos de los fieles y varios también de los sacerdotes están casi indiferentes ante el problema misional. Con bastante frecuencia las Direcciones nacionales de misiones encuentran incomprensiones y dificultades en organizar la actividad misional en las diócesis, en las parroquias, en los colegios y otros sectores de la vida. No falta quien se excusa con el pretexto de que hay problemas de Apostolado más urgentes que la obra de la propagación de la fe y se limita a la propia diócesis o parroquia.

Hoy la masa del pueblo cristiano no siente el problema misional en toda su gravedad y urgencia. Los más buenos creen haber satisfecho este deber dando una oferta más o menos generosa en ocasión del Día del DOMUND.

Esta situación no debe imputarse al pueblo fiel, sino más bien al Clero, que con demasiada frecuencia cree haber cumplido todos sus deberes sacerdotales con despachar las varias incumbencias de que está encargado. En el deber misional piensa en las horas perdidas de la propia vida.

Nadie puede negar que desde hace siglos la conversión del mundo, en vez de ser considerada como un categórico mandato de Jesucristo a los Apóstoles y a sus sucesores, se ha convertido en la preocupación, en el trabajo casi exclusivo de libres escuadras de generosos voluntarios, que las Ordenes y los Institutos pueden ofrecer para la inmensa tarea. Muchos sacerdotes han olvidado que la difusión de la Iglesia era y sigue siendo el deber de toda la Jerarquía eclesiástica y de todos los fieles.

En los siglos pasados y hoy ha sido y es providencial la aportación de los Institutos misioneros a la propagación de la fe en el mundo, pero esta ayuda ha sido y se muestra cada día más desproporcionada a la formidable labor, que generosamente y con inauditos sacrificios intentan afrontar. Nosotros en cambio debemos desear que toda la Iglesia católica entre en la lucha más decididamente y con fuerzas mas directas.

La empresa podrá parecer imposible, pero la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo, posee energías inexhauribles como las gracias de la Redención.

Es necesario sólo que el mandato de Jesús y de su Vicario en la tierra de ir a predicar a todos los pueblos la buena nueva, sea escuchado y llevado a la práctica por los Obispos, sacerdotes y fieles de nuestras diócesis.

El deber de la Jerarquía Eclesiástica

Omitimos el ilustrar los fundamentos teológicos del deber misional de los Obispos y sacerdotes, para limitarnos sólo a considerar las enseñanzas pontificias en esta materia. Procuraré extructar un resumen, que podrá servir de meditación a los miembros de la Jerarquía Eclesiástica.

En la Carta Apostólica "Maximum illud" del 30 de noviembre de 1919 Benedicto XV habla así del deber misional de la Jerarquía: «La grande y sublime tarea, que Nuestro Señor Jesucristo en el momento de volver al Padre, confió a sus discípulos con aquellas palabras: "Id por todo el mundo y predicad

el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16, 15), no debía terminarse con la muerte de los Apóstoles, sino durar, por medio de sus sucesores, hasta el fin de los tiempos, esto es, mientras hubiese hombres que salvar con el magisterio de la verdad.»

Nuestros Obispos, legítimos sucesores de los Apóstoles, son los naturales continuadores y ejecutores de la grande y sublime misión, que Nuestro Señor confió a los Apóstoles y por tanto a toda la Iglesia. Esta obra debe ser promovida y dirigida por el Sumo Pontífice, la Suprema Autoridad, pero no puede ser realizada por él solo y es necesaria la colaboración de los Obispos y con ellos de los sacerdotes y fieles. Como la conservación de la Fe, así su propagación por derecho divino ha sido confiada a los Obispos.

A lo largo de la misma carta apostólica hablando el Papa de los medios para ayudar a las misiones recomienda las vocaciones al Apostolado: "En segundo lugar es necesario remediar la escasez de misioneros. Esta, si ya se dejaba sentir antes de la guerra, después se ha hecho mucho más sensible, de modo que muchas parcelas de la viña del Señor carecen de cultivadores. Nos, por tanto, llamamos a vuestra diligencia, Venerables hermanos; y vosotros haréis cosa digna de vuestro amor por la religión, si fomentáis en el Clero y en los alumnos del santuario la vocación a las misiones extranjeras, apenas se manifieste en alguno. No os dejéis engañar por alguna falsa apariencia de bien o de apreciaciones humanas, temiendo que sea quitado a vuestra diócesis cuanto habéis dado a las misiones. En lugar de un misionero, que vosotros dejáis partir, el Señor puede bien suscitar más sacerdotes, que cuidarán de la eterna salvación de vuestra grey."

Pío XI en el Motu propio "Romanorum Pontificum" del 3 de mayo de 1922, aludiendo a la Institución de Propaganda Fide, recuerda las palabras de los Hechos de los Apóstoles, según las cuales "el primer deber del oficio pastoral es la propagación de la fe cristiana".

En la Encíclica "Rerum Ecclesiae" de 28 de febrero de 1926 el mismo Sumo Pontífice dice: "Para mejor excitar a la acción el ardor encendido en el pueblo cristiano en favor de las misiones, dirigimos a vosotros, Venerables Hermanos, nuestra llamada implorando la ayuda de vuestra laboriosidad, la cual, si ciertamente en otras empresas fué conveniente y necesario que vosotros la empleaseis, la dignidad de vuestro oficio y también vuestro afecto filial por Nos, no os permiten dejar de emplearla en esta obra con todo celo y diligencia. Cierto, que por nuestra parte, mientras la divina Providencia nos mantenga en vida, este deber de nuestro oficio apostólico nos tendrá en continua solicitud, porque, al pensar con frecuencia que los paganos son todavía cerca de un millar de millón, no encuentra descanso nuestro espíritu y nos parece sentir que nos intiman al oído: "Grita, no te des reposo, levanta tu voz como una trompeta" (Is. 58, 1)...

"... Si ningún fiel puede eximirse de tal deber (misional), ¿podrá tal vez eximirse el Clero, que, por admirable elección y vocación, participa del sacerdocio y del Apostolado de Jesucristo Nuestro Señor? ¿Podréis eximiros vosotros, Venerables Hermanos, que, señalados con la plenitud del sacerdocio, estáis divinamente constituídos pastores, cada uno en su porción, del Clero y del pueblo cristiano? Verdad es que leemos que Jesucristo ha mandado, no sólo a Pedro, cuya cátedra Nos ocupamos, sino a todos los Apóstoles, cuyos sucesores sois vosotros: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura.» Aquí se muestra que a Nos pertenece el cuidado de la propagación de la fe, pero de forma que vosotros debéis participar con Nos en tal empresa y ayudarnos, en cuanto os lo permite el cumplimiento de vuestro oficio particular. No tengáis, pues, reparo, Venerables Hermanos, en seguir voluntariosamente nuestras paternales exhortaciones, sabiendo que un día Dios os pedirá estrecha cuenta de un asunto tan importante."

Después habla el Papa de la necesidad de nuevos misioneros y recuerda los daños acarreados por la primera guerra mundial y añade: "Sea que se miren las enormes extensiones de terreno, no abiertas aún a la civilización cristiana, o el inmenso número de los que todavía están privados de los beneficios de la Redención, o la necesidad o las dificultades, por las que los misioneros, a causa

de su escaso número, se sienten entorpecidos o detenidos, es necesario que los Obispos y todos los católicos se esfuercen concordemente por que el número de los sagrados mensajeros crezca y se multiplique. Por esto, si en cada una de vuestras diócesis hay jóvenes, clérigos o sacerdotes, que dan señal de estar llamados por Dios a tan sublime apostolado, en vez de impedirlos en algún modo, debéis con el favor y la autoridad vuestra, secundar sus propensiones y deseos. Os será lícito sin duda poner a prueba desapasionadamente los espíritus para ver si son de Dios; pero una vez convencidos de el saludabilísimo propósito que ha nacido y se va madurando por inspiración de Dios, ni la escasez del Clero ni necesidad alguna de la diócesis os debe desanimar o detener en dar el consentimiento; porque los de vuestra región, teniendo, por así decirlo, a mano los medios de salvación, están mucho menos distantes de la salud, que lo están los infieles, sobre todo aquellos que aún permanecen en la ferocidad o barbarie. Así pues, cuando se os ofrezca la ocasión de un hecho semejante, afrontad de buena gana, por amor de Cristo y de las almas, la pérdida de alguno del Clero, si es que pérdida puede llamarse; ya que si os priváis de algún coadjutor y compañero de vuestras fatigas, el divino Fundador de la Iglesia ciertamente suplirá o derramando más abundantes gracias sobre vuestra diócesis o suscitando nuevas vocaciones al sagrado ministerio."

Termina su Encíclica Pío XI con esta llamada: "Ya no queda otra cosa sino exhortaros de nuevo, Venerables Hermanos, a cuantos en el mundo católico participáis con Nos de los cuidados y alegrías del oficio pastoral, a venir en socorro de las misiones, con las industrias y medios que os hemos indicado, para que como animadas de un nuevo vigor, rindan en el futuro un fruto más abundante."

No había sido menos explícito León XIII, que en su Encíclica "Sancta Dei Civitas" de 1880, dirigiéndose a los Obispos, escribía: "A vosotros, pues, Venerables Hermanos, llamados a participar de nuestros cuidados, os exhortamos insistentemente a que vengáis en nuestra ayuda, al promover con toda diligencia y fervor las misiones apostólicas." En 1902, escribiendo a los Obispos reunidos en el Concilio de Manila, los exhortaba a que "donde en sus territorios hubiese todavía gentes dadas al culto de los ídolos, pusiesen gran empeño en convertirlos por medio de sus sacerdotes". Esta prescripción ha sido sancionada y esclarecida en el Código de Derecho Canónico, canon 1350.

Ni son infrecuentes llamamientos de este tenor en los documentos de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, que ya en 1662 escribía: "Los Obispos y Prelados deben tener parte grandísima en obra tan apostólica (esto es la obra de las misiones), habiendo ellos sucedido propiamente a los Apóstoles." (Collectanea S. C. D. P. F., Roma 1907, n. 2, p. 2.)

El Sumo Pontífice Pío XII ha repetido las mismas enseñanzas en sus Encíclicas y en otros documentos, en que se recomienda que el clero y el pueblo fiel se interesen siempre más por las misiones, que se están convirtiendo casi en el problema vital del catolicismo. Los esfuerzos por intensificar el movimiento misional en los Seminarios entra de lleno en esta línea programática, porque están destinados a formar en los futuros sacerdotes una conciencia misional cada día más profundamente sentida.

Todas las diócesis deben ser misioneras

Esta cadena áurea recoge citas, que si bien atañen directamente a los Obispos, están dirigidas a todas las diócesis de la Iglesia, ya establecidas, para que éstas por medio de sus pastores se sientan verdaderamente misioneras.

La organización como la actividad del ministerio en la Iglesia es prevalentemente jerárquica y por tanto la propaganda misional si no viene promovida, sostenida y defendida por el Obispo no conseguirá nunca su plena eficacia. En cada diócesis no faltan entre los sacerdotes y fieles, individuos animados de verdadero celo apostólico y dispuestos a una actividad continua e intensa. Si en el momento oportuno el Obispo les da un reconocimiento manifiesto y según las normas establecidas por la Santa Sede organiza en su diócesis las diversas iniciativas en favor de las misiones, muy pronto estas obras se desarrollarán por

todas partes en las parroquias, en los colegios y en las familias. Los fieles aprenderán a conocer las necesidades y exigencias de las misiones y a preocuparse, como conocen y se preocupan de la propia parroquia.

Una formación misional de este modo debe tener en todo un carácter universal, es decir, no debe estar restringida a misiones particulares, sino abrazar todo el inmenso territorio en que está por predicar el Santo Evangelio.

Recuérdese que desde hace siglos la Iglesia lucha por la conquista del mundo para Cristo en dos frentes cada vez más aproximados: el frente interno y el externo. Es semejante la situación de todas las naciones de la tierra.

Hoy existen dos bloques, que bajo banderas diversas reúnen a los pueblos marchando hacia el dominio universal. Los responsables de las dos estrategias buscan consolidar siempre más las retaguardias y por medio de las acostumbradas relaciones diplomáticas establecen pactos y convenciones a fin de unir con vínculos más estrechos y firmes los pueblos, que militan bajo las respectivas banderas. Para la defensa contra el bloque adversario y para la eventual victoria sobre él, se preparan lenta y tenazmente los planes de defensa y de conquista. Según criterios diversos todas las energías, físicas y humanas, han sido puestas al servicio de la lucha, que se desarrolla en los dos frentes: interno y externo. El profesor de Universidad y el obrero, los hombres de negocios y de la calle, las personalidades políticas y los simples ciudadanos, todos participan en la defensa y preparan las múltiples armas para la conquista futura. La prensa diaria y periódica, la radio, la televisión, cualquier otro medio propagandístico sirven para tener vivo en los ánimos de todos, aun de los más soñolientos, aquel espíritu de movilización universal, por el cual hoy en los salones, en los cafés, por las calles, en las oficinas, se habla y se discute de los medios mejores para encaminar la lucha por senderos de victoria. Los hechos de crónica, que de uno u otro modo pueden influir en el desarrollo de las relaciones nacionales o internacionales son seguidos y estudiados a la luz de sus posibles repercusiones en el futuro de la situación mundial.

Nunca como hoy los problemas de una nación se han mostrado íntimamente ligados y dependientes de los problemas internacionales. Las barreras marcadas por los océanos y las cadenas de montañas no constituyen ya factores de división y de seguridad, sino más bien fuentes de codicia y medios de agresión. Los pueblos se sienten unidos por la defensa de su civilización y la defienden para conservar su unidad.

¿Y en la Iglesia han llegado los fieles a una sensibilidad tal por los problemas del catolicismo? Parece que no, porque muchos no saben librarse todavía de algunas ideas, que les tienen atados a la propia parroquia, diócesis o nación. Sus pensamientos y sentimientos no van más allá de sus cortos horizontes y según mi modesta opinión, abusan de la gran libertad que en muchos campos de la actividad eclesiástica está consentida.

Ideas claras y directrices seguras

¡Cuántos recuerdan las palabras pronunciadas por Pío XI con ocasión del tercer centenario de la fundación de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide!: "Escuche el mundo nuestra llamada y todos vengan en socorro de las almas, que Cristo ha redimido y que todavía siguen perdidas en el error y la barbarie. Nadie será tan mezquino que no se deje atraer por las magníficas promesas de este momento solemne: la participación de los más altos méritos a que puede el hombre aspirar, los méritos de una inmensa obra de apostolado divino, los méritos de tantos mártires de verdad y de la caridad, los méritos de una beneficencia, que ni Dios mismo puede hacerla mayor, porque es la beneficencia de la fe y de la salvación en la sangre del Redentor. Que nadie deje pasar en vano el momento solemne de tantas esperanzas para una mayor difusión de la gracia reparadora."

"El que una sola alma se pierda por nuestra tardanza, por nuestra falta de generosidad, el que un solo misionero tenga que detenerse porque le faltan aquellos medios, que nosotros podemos haberle rehusado, es una alta responsabilidad en la que tal vez con demasiada frecuencia no hemos pensado en el curso de nuestra vida..."

"Por la fe que hemos recibido de Dios cooperemos a dar la fe a otras almas. Por los tesoros de gracias de que Dios nos ha colmado, cooperemos con todas las fuerzas a llevar estos tesoros lo más lejos posible, al mayor número de criaturas de Dios."

Los Sumos Pontífices y la Sagrada Congregación de Propaganda Fide al invitar a los Obispos y fieles a formar un frente único y compacto para la causa de la propagación de la fe han dado normas y directrices muy claras para impedir un inútil derroche de preciosas energías. Desgraciadamente la deficiente formación de extensísimos estrados de la sociedad de los fieles se siente entorpecida por la confusión de ideas sobre el modo de colaborar al buen éxito del apostolado entre infieles.

En primer lugar todos los Obispos y sacerdotes deberían poner gran empeño en hacer propaganda misional entre los jóvenes y en medio de las familias cristianas para suscitar los gérmenes de la vocación misionera. No se preocupen demasiado de las exigencias de la propia diócesis, aun después de un huracán destructor como el provocado por la reciente revolución española. Piensen que el Señor con sus gracias sabe recompensar todo acto de caridad, de generosidad y de confianza en su Providencia.

Para aquellos santos Obispos y sacerdotes que se mostrasen reacios en promover las vocaciones misioneras o impidiesen su desarrollo en algún caso, me permito recordar que en el futuro proceso de su beatificación o canonización, el llamado Abogado del diablo o mejor Procurador de la fe, tendrá un vasto campo de objeciones para impugnar su heroicidad en el ejercicio de la virtud teologal de la esperanza. Todos saben de sobra que las diócesis más generosas en vocaciones misioneras abundan también en Clero local.

Algunos Obispos y sacerdotes no se han limitado a abrir las puertas de sus seminarios a la propaganda misional, ni se han alarmado por la marcha de uno o más seminaristas para las misiones; han hecho más: han querido fundar Congregaciones o Institutos misioneros. Tenemos ejemplos en Italia donde el Seminario de Misiones Extranjeras de Milán fué fundado por los Obispos lombardos; la Pía Sociedad de San Francisco Javier en Parma fué erigida por el Siervo de Dios Monseñor Conforti, Obispo del lugar. El Episcopado ha fundado recientemente un seminario misional en Yarumal, Colombia; y otro en México. En fin, aquí en Burgos tenemos un ejemplo tan elocuente: junto al Seminario diocesano se va desarrollando el Instituto Español de San Francisco Javier, bajo la guía del mismo Arzobispo, que, confiado en la Divina Providencia, tiene certeza de encontrar vocaciones también para su seminario diocesano.

Las iniciativas del género no pueden ser muy numerosas porque suponen hombres de una santidad no común y de una prudencia en el gobierno tal de poder organizar y regir un Instituto de vida religiosa o casi religiosa. Pero no es necesario que cada diócesis tenga su Instituto misionero; más bien esta idea es utópica; ni es posible que las varias provincias eclesiásticas se preocupen de instituirlos.

Sobre este punto séame permitido recordar la carta de Propaganda al Obispo de Lieja, en la que se decía claramente que para ir a misiones se requiere una plena formación espiritual e intelectual, la cual se puede obtener en un Instituto Misionero bien organizado y responsable de sus miembros. El documento citado inculca, que los fieles de todas las diócesis sean educados en el ideal misionero de modo que puedan dar numerosas vocaciones a los diversos Institutos, que trabajan en las misiones. Esta es la primera meta que hay que conseguir con la cooperación de cuantos aman a las misiones.

En primer lugar es necesario crear el clima y ambiente favorables para poder tener vocaciones. Obispos y sacerdotes deben buscar el iluminar y caldear el ambiente de sus diócesis o parroquias con oportunas y encendidas pastorales y sermones para hacer conocer y para recordar el deber misional; hagan ver la grandeza, la belleza, la necesidad, la urgencia, el mérito del Apostolado, y remuevan su fe y sus corazones explicando los grandes motivos de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, de la obligación de sus diócesis y parroquias, sobre las cuales el Señor, siempre generoso, haría descender la abundancia de sus gra-

cias. Debe continuarse esta propaganda ordenada y constantemente en los boletines diocesanos, en los diarios católicos de los diversos lugares y con todos los demás medios, y las vocaciones serán más numerosas. En cambio el movimiento en favor de las misiones está reducido casi exclusivamente a las direcciones misionales, nacionales y diocesanas, a las que con demasiada frecuencia se les obstaculiza y estorba.

Cuando una diócesis, una provincia eclesiástica, una región ha conseguido un clima tan encendido por las misiones, ¿se debe pensar en seguida en erigir un nuevo Instituto misionero? No es fácil responder con una simple afirmación o negación, porque la erección de un nuevo Instituto depende de muchos factores, algunos de los cuales tienen su fundamento en la inspiración divina en almas dotadas de especiales cualidades.

Restrinjamos nuestras consideraciones al campo misional y examinemos la conveniencia o sin más la necesidad de erigir un nuevo Instituto exclusivamente destinado a las misiones.

El Instituto en cuestión podrá ser o una Congregación religiosa con votos o simplemente una Sociedad sin votos. Esto último consigue más fácilmente satisfacer a aquellos sacerdotes que no se sienten llamados a abrazar el estado religioso y quieren continuar perteneciendo al Clero Secular.

La idea de fundar una nueva Congregación religiosa misionera no suscita muchos comentarios y discusiones entre el Clero secular; además antes de comenzar a actuar debe ser examinada en comparación con las demás numerosas Congregaciones religiosas y Ordenes regulares que más o menos se ocupan de las misiones y envían sus miembros a los territorios de infieles. Todos saben que la lista de Congregaciones y Ordenes Religiosas del género es sumamente larga. ¿Conviene agregar nuevos números o bien dar mayor potencia a los que ya existen? En los casos concretos dejamos la respuesta a las Sagradas Congregaciones interesadas.

Pasemos ahora a considerar el proyecto de erigir un nuevo Instituto misionero bajo la forma jurídica de una Sociedad sin votos.

Al presente ya hay 13 y todos dependen de la S. C. de Propaganda Fide. Están distribuídos diversamente en algunas naciones de Europa y América. El primer Instituto de esta clase es la Sociedad para Misiones Extranjeras nacida en Paris en 1660. En Italia en 1850 fué erigido el Seminario de San Ambrosio y San Carlos, que pasó a ser Pontificio al ser fusionado con el Seminario de San Pedro y San Pablo de Roma. En 1856 nació en Lión la Sociedad de las Misiones Africanas y en 1868 en Argel la Sociedad de los Padres Blancos: estos dos Institutos, a diferencia del de París que es para las Misiones de Asia Oriental, se ocupan sólo del Apostolado en Africa. Hay además un Instituto Misionero en Inglaterra (1866), en Suiza (1896) en España (1899), en los Estados Unidos de América (1911), en Irlanda (1917), dos en el Canadá de los cuales uno para los miembros de lengua inglesa (1918) y el otro para los franceses (1921), otro en Colombia (1939), y el último en México (1949).

Como es fácil notar en cada nación existe un solo Instituto Misionero, a excepción de Francia, en que la Sociedad de París fué fundada a fines del siglo 17 y los otros dos en el siglo pasado; pero con fines bien diversos y determinados. La presencia de dos Institutos en el Canadá depende de los grupos lingüísticos que integran la población católica.

En esta forma ha querido Propaganda dar a los sacerdotes seculares de las sobredichas naciones la posibilidad de participar en la Propagación de la fe al lado de los misioneros religiosos.

Alguien podria decir: ¿Es conveniente erigir un nuevo Instituto Misionero en una nación que ya tiene su Instituto Misionero?

Deliberadamente quiero considerar el caso propuesto sin alguna referencia a una situación determinada. Trasladémonos a una de las naciones del planeta Marte y por tanto habitada por los famosos y tal vez peligrosos marcianos. Allí existe desde hace años un Instituto Misionero que después de los primeros años de tentativas e indecisiones ha empezado a desarrollarse de una manera muy consoladora, tanto que sus miembros trabajan en varios campos de misión. Sin embargo, no obtiene la simpatía de todos

por causas que dependen de motivos de sentimentalismo, de tradicionalismo local, de regionalismo, y otros factores que se sienten y anidan en el ánimo de alguno pero que no se quieren manifestar: son los llamados factores imponderables de la vida, que explican tantas situaciones de contraste. Pero ¡ay de aquel que tenga el atrevimiento, la imprudencia o el descaro de descubrirse! ¡Podría incurrir en las iras de los marcianos!

En una situación tal antes de empezar a moverse por fundar un nuevo Instituto, invitarla a los buenos marcianos a meditar los siguientes puntos, que en la tierra se han manifestado siempre muy útiles al juzgar de la oportunidad de fundar un nuevo Instituto o Congregación religiosa:

A) ¿La gloria de Dios y el bien de las almas exige la nueva fundación?

B) ¿El nuevo Instituto se propone un fin diverso de aquel que ya existe? Si el nuevo Instituto no presenta un fin diverso, surgiría no para aumentar las fuerzas misioneras de la nación, sino para ponerlas en contraste recíproco: surgiría contra el Instituto ya existente con gastos inútiles de medios y personal, que en colaboración con las fuerzas y medios del viejo Instituto podrían conseguir metas más avanzadas.

C) ¿Existen en la nación casas de otros Institutos Misioneros, venidos del extranjero para reclutar vocaciones? En caso afirmativo los buenos marcianos, promotores de un nuevo Instituto, deberán ser más cautos para no hacer difícil la vida y desarrollo de los diversos Institutos.

Aún se podría objetar: el Espíritu Santo, como dice S. Juan, Ubi vult spirat", y por tanto si uno se sintiese inspirado a fundar un nuevo Instituto debe ser secundado en la hermosa empresa. Nadie niega el principio, pero en la práctica también entre los marcianos bajo el oropel de la inspiración divina o de un aparatoso misticismo se puede esconder un resentimiento, un ánimo descontento e insatisfecho, un espíritu inquieto y por tanto inepto para una empresa, que debe basarse en el respeto a las Jerarquías supremas y en el sacrificio de la propia personalidad para hacer que resplandezca por encima de todo la verdadera gloria de Dios y el bien de la Iglesia.

Conclusión

Ya es tiempo de amainar velas para no cansaros excesivamente.

En estos años y en los futuros la Iglesia lucha y luchará su gran batalla por triunfar del paganismo. Esta es su misión. Como Cuerpo Místico de Jesucristo tiende a crecer siempre y a extenderse y a multiplicarse en todo el mundo.

Las diócesis, miembros del Cuerpo Místico de Cristo, deben favorecer su desarrollo y crecimiento, enviando sus propios hijos a los campos de trabajo apostólico. Demostrarían así ser miembros vitales y ricos de una profunda espiritualidad. Las demás diócesis, que se eximiesen de esta obligación o fuesen incapaces de cumplirla, darían muestras de ser miembros estériles por decadencia o por insuficiencia de madurez. ¿Cuál es el juicio de Jesús sobre estos miembros estériles? Es ciertamente el del vástago separado de la vid y arrojado al fuego.

XVI

Deber que tenemos de fomentar las Vocaciones Misioneras *

Excmo. Mons. Hildebrando Antoniutti,
Nuncio Apostólico

Circunstancias especiales no me permiten, como hubiera sido mi deseo encontrarme entre vosotros para la Clausura de esta Semana Misional.

Mas no por esto he querido privarme del placer de pasar al menos algunas horas con vosotros para manifestaros la complacencia de la Santa Sede, para traeros los augurios y la bendición del Santo Padre.

Y esta mi intervención, en el curso de esta semana, me ha procurado la satisfacción de constatar la intensidad de vuestros esfuerzos y vuestro ardiente deseo de trabajar para acrecentar siempre más el número de los operarios evangélicos en el inmenso campo de las misiones: «Rogate Dominum messis ut mittat operarios in messem suam».

El interesante y seductor argumento de la vocación misionera, que vosotros estudiáis durante el curso de esta semana, bajo la guía de insignes maestros y con la presidencia del ilustre y celosísimo Arzobispo de esta histórica archidiócesis, no debe ser solamente argumento de discusiones, sino sobre todo de meditación, de oración y de decisión.

Dios habla en lo recóndito de los corazones y su voz se deja sentir misteriosamente o por medio de elementos humanos.

Pío XI en la Encíclica «Mens Nostra» del 20 de diciembre de 1929 escribe: «La voz misteriosa de Dios es, por ejemplo, aquel deseo sobrenatural de una vida pura y santa, de una unión con Dios, de servir a su altar. Esta voz es, evidentemente, un don de la gracia: nosotros no podemos conocer ordinariamente que esta voz interior sea obra de la gracia, pero nosotros podemos llegar a conocerlo por los efectos morales que la misma opera». Por eso, la respuesta debe ser pronta, generosa: «Loquere, Domine, quia audit servus tuus».

Y puesto que Dios da a cada uno la gracia correspondiente al oficio que deba cumplir, pone en el alma de aquel que quiere para su servicio un atractivo especial, una luz interior a la que acompaña una paz del corazón, una humilde alegría, una disposición para el sacrificio. Este es el modo más corriente del llamamiento divino.

Muy frecuentemente, quien es llamado al servicio de Dios debe afrontar repetidas veces diversos obstáculos, no sólo de orden espiritual, sino también de orden externo, ocasionados por personas imprudentes que se empeñan en hacerles desistir, por compañeros incautos, y también, quizás, por sacerdotes inexpertos.

Pero no es éste el argumento que de un modo específico se trata en esta semana. Teniendo como fin el apostolado misionero en la Iglesia, vosotros recordáis, con razón, que su ministerio es doble: ministerio de conservación y ministerio de conquista.

La vocación a la que hacemos referencia es para el ministerio de conservación del patrimonio de la Iglesia, de su doctrina, de sus tradiciones, de su moral. Este ministerio puede parecer que no tenga dificultades excepcionales. Mas, cuesta siempre sacrificios y requiere una generosidad amplia e inteligente y una entrega completa de sí mismo porque la conservación del dogma y de la moral encuentra enemigos poderosos, adversarios astutos, opositores insidiosos, que obligan a la Iglesia a permanecer siem-

* Alocución pronunciada en una de las sesiones públicas de estudio en la VIII Semana Misional de 1955.

pre dispuesta en orden de batalla. «Como me han perseguido a Mí, así os perseguirán», ha dicho Cristo, «porque el discípulo no puede ser superior al maestro».

Pero está el otro ministerio: el de la difusión del Reino de Dios, el de la conquista del mundo que todavía no conoce la verdad del Evangelio. En este ministerio se realiza el mandato de Nuestro Señor: «Id y predicad a todas las gentes.» En estas palabras hay una orden, una dirección, una enseñanza.

Y si grande y noble es la vocación de aquel que se consagra al servicio de las almas para conservarlas en la gracia de Dios, bastante más grande y noble es la vocación de aquel que es llamado a abandonar cuanto más querido hay sobre la tierra, para ponerse a la disposición de la Iglesia en donde pueda hacerla conocer y difundirla entre aquellos que todavía viven en la ignorancia de la luz del Evangelio y de la caridad que Cristo ha traído sobre la tierra.

La correspondencia por tanto a la vocación misionera es más meritoria, y cuantos la aceptan con amor y fidelidad merecen la gratitud de la Iglesia, que saluda en ellos a los verdaderos constructores del Cuerpo Místico de Cristo en la dilatación de su Reino.

En efecto, ¿por qué trabaja el apóstol misionero? Para explicar el misterio de Cristo, para llevar la vida de Cristo, para establecer el Reino de Dios. Misterio, vida, reino son los tres términos usados para significar la idéntica realidad del inmenso don de Dios, que quiere la salud del mundo.

Misterio lo llama San Pablo, iniciando ya bajo el influjo de la inspiración un verdadero y profundo sentido teológico de la naturaleza del campo adonde son llamadas las almas elegidas para formar el Cuerpo Místico de Cristo. Vida lo llama San Juan, que penetra en la interioridad para descubrir allí el alma y el corazón latente del Señor. Reino lo habían llamado los profetas y lo repiten los Sinópticos. El Señor adaptándose a la inteligencia de los sencillos, sube por encima del reino de los sentidos, trasciende el reino de la inteligencia natural, llega al reino de Dios «Regnum Dei intra vos est».

Ahora bien, estas expresiones: Reino, vida y misterio significan una pertenencia a Cristo, regeneración en El, unidad misteriosa entre El y nosotros: nos hablan de un Cristo viviente en su Iglesia: Cristo conocido y Cristo ignorado, Cristo amado y Cristo perseguido.

El Cristo desconocido y el Cristo perseguido constituye el objeto del Apostolado misionero que quiere hacerlo conocer y hacerlo amar, para extender su reino sobre la tierra, como extensión, crecimiento y perfeccionamiento del Cuerpo Místico.

La extensión y el crecimiento se realizan a través de la unión de los nuevos miembros en el cuerpo o también por la unión y vivificación de los miembros arrancados por el cisma que se reintegran por la gracia.

Para cumplir esta obra es preciso desarrollar un apostolado especial. Pero ¿quién hace apostolado? El Apóstol. El es un instrumento conjunto con Cristo para el apostolado.

De aquí brota toda la belleza y la grandeza del apostolado misionero, ya que la Iglesia es ante todo Misionera. Si renunciase a la conquista, estaría condenada a la muerte. Una Iglesia que no sintiese la necesidad de extender a otros los frutos de la gracia que la misma ha recibido, sino que se contenta quedándose con las posiciones adquiridas, sería una Iglesia que no realizaría el mandato del Señor y se prepararía ella misma la esterilidad que le haría perecer.

La obligación de trabajar por la dilatación del Reino de Dios incumbe a todos; desde el Romano Pontífice hasta el último de los fieles. El Papa es el primer misionero en cuanto que dogmática y canónicamente es el primero y más alto representante del derecho y del deber impuesto por Dios de la difusión de la fe. A los Prelados que están en las avanzadas de la Iglesia incumbe después el deber de propagar la fe; y en ellos, más que en ningún otro, ha puesto la Iglesia la esperanza de la divulgación del Cristianismo.

Es el sacerdote quien inmediatamente, en cualquier cargo y lugar, tiene el deber de ser misionero. Debe serlo de corazón y en cuanto sea posible, con la acción. La mismísima esencia y dignidad del sacerdocio, lleva consigo la obligación de trabajar y de cooperar a la propagación de la fe en todo el mundo, puesto que el sacerdocio ha sido instituído con el fin de ayudar a los Obispos en tan sublime ministerio. El sacerdote, en virtud de la ordenación es el continuador de la misión de Jesucristo. Debe, por tanto, difundir su doctrina y distribuir sus gracias. Con tal fin, es necesario que tenga un celo ardiente por la salvación de todas las almas redimidas por la sangre de Cristo, ni puede haber ningún eclesiástico que no sienta interés y amor por las Misiones, medio ordinario de establecer la Iglesia y aplicar los frutos de la redención.

No es necesario que yo amplíe estas consideraciones a los miembros de los Institutos religiosos, que de un modo especial están destinados a la obra de la propagación de la fe.

Para cumplir esta obra esencial del Cris-

tianismo se requieren operarios: muchos y santos operarios.

Se debe hablar muchas veces de las misiones en las parroquias, para inculcar en los fieles el santo orgullo de hacer brotar, crecer y ensalzar la vocación entre las jóvenes con una educación cristiana, con una vida ejemplar, con una santa emulación por el bien.

El alma fuerte de un padre que hace del cumplimiento de la ley de Cristo el centro de la vida: la dulce alma de una madre que desea descendencia para consagrarla a Dios, ofrecen ya al Señor sus hijos. El ejemplo de la vida edificante de los padres hace germinar en el alma de los hijos como en terreno fértil el deseo de grandes cosas y del ofrecimiento de sí mismo a Dios.

Este deseo de generosidad se va precisando con el tiempo. Un día el niño pedirá el privilegio de ayudar a la Santa Misa. La vocación radica muchas veces en este momento, humilde semilla que germinará y florecerá por poco que se la cultive. El muchacho hará el sacrificio de levantarse pronto y su piedad en el altar es uno de los espectáculos más conmovedores. El comienza a parecerse a Juan, a quien Cristo desde lo alto de la Cruz, por un secreto de su amor, ha preferido a tantos otros, y lo ha confiado a su Madre. ¡Cuántas veces, después de haber sonado la campanilla que invita a todos los asistentes a arrodillarse devotamente en el momento de la Consagración, elevando y volviendo su mirada hacia la Hostia Santa, ha sentido la voz misteriosa, llamada del Divino Maestro: «Ven y sígueme»!

Y la niña que sigue la Santa Misa en su banco, ¿cuántas veces no ha sentido ella misma, durante el Santo Sacrificio, la llamada de su consagración al Señor? Quizás ella ha pensado, delante de la renovación del Sacrificio de la Cruz, meditando la Pasión del Señor, que sobre el Calvario, en donde Cristo moría por las almas, se encontraba un solo hombre de pie junto a tres mujeres; y quizás ella ha comprendido, con una intuición iluminada por la gracia, que cuando se trata de sacrificio, de amor, de entrega total, la mujer pone en ello una diligencia, una intensidad y una fidelidad que sobrepasa, y con mucho, a cuanto saben hacer los hombres.

Estos son los caminos secretos en los que se deja conocer la voz del Señor. Y los padres deben con igual generosidad poner a sus hijos a la disposición de la Iglesia, para el Sacerdocio, para el Apostolado, para todos los oficios indispensables en la difusión del Reino de Dios.

Cuánto debe la Iglesia a los misioneros seglares que se dedican a la enseñanza y a los trabajos manuales; cuánto debe a las religiosas de tan diversos apostolados: maestras, enfermeras, almas consagradas a la adoración, a la austeridad del claustro, mujeres heroicas que participan de las fatigas de los apóstoles y consiguen las más amplias bendiciones sobre sus campos de trabajo.

Quisiera recordar aquí completas las estupendas palabras con que Pío XI, en la Encíclica «Rerum Ecclesiae», invitaba al Episcopado a trabajar con él en la Santa Cruzada para vocaciones misioneras. «Si en vuestra diócesis —decía el Papa— jóvenes, clérigos y sacerdotes creen ser llamados por Dios hacia el apostolado misionero, lejos de oponerles cualquier obstáculo, reforzad sus disposiciones y su celo con vuestra benevolencia y vuestra autoridad. Sin duda vosotros podréis investigar con toda imparcialidad si el espíritu que les anima viene de Dios: mas si vosotros juzgáis que esta vocación tiene su origen en Dios y se ha desarrollado bajo su influencia, no os dejéis influenciar ni por el número limitado de vuestros sacerdotes ni por las necesidades de vuestras diócesis: que ninguna consideración os desaliente ni impida dar vuestro consentimiento. Vuestros fieles tienen, efectivamente, a pedir de boca, por decirlo así, los instrumentos de la gracia: se encuentran mucho menos lejos de la salud que los paganos, sobre todo de aquellos que, todavía yacen en la barbarie de la selva. Sobrellevando con generoso corazón la pérdida de uno de vuestros sacerdotes, vosotros haréis el sacrificio por Dios y por las almas. Mas, ¿se trata realmente de pérdidas? Al colaborador que vosotros perdéis suplirá el Divino Fundador de la Iglesia derramando una efusión más abundante de su gracia sobre vuestras diócesis y suscitando nuevas vocaciones para el santo ministerio.»

Inspirado en el ideal de esta advertencia pontificia, que es la advertencia repetida por el Vicario de Cristo en todos los tiempos, hay un hecho conmovedor que ocurrió hace un siglo en las lejanas, áridas y difíciles misiones del Gran Norte Canadiense. El primer Obispo del Oeste de aquel inmenso país, Mons. Provencher, que estaba organizando la Iglesia en las dilatadas llanuras del Manitoba, viéndose falto de sacerdotes, quiso reclamar a tres misioneros que trabajaban entre los indios del Norte. Los tres jóvenes misioneros al recibir la llamada del Obispo, quedaron consternados pensando que habían de abandonar un campo de trabajo que ofrecía las mejores esperanzas. Se recogieron ante el Sagrario, y después escribieron al Obispo la siguiente carta:

«Vuestra llamada nos aflige, pero no nos descorazona. Sabemos que Vos amáis nuestras misiones, y nosotros no podemos resignarnos a la idea de abandonar nuestros queridos neófitos y catecúmenos. Esperamos

que siempre Os sea posible abastecernos de un poco de pan y vino para el Santo Sacrificio. Además de esta fuente de consuelo y de fuerza, no os pedimos más que una cosa: el permiso para continuar nuestras misiones. Los peces de los lagos bastarán para nuestra subsistencia y las pieles de los animales para vestirnos. Por favor, no nos llaméis.»

Los tres misioneros quedaron en sus puestos y fundaron las primeras misiones en las heladas tierras del Norte, mientras otros sacerdotes fueron a reforzar el grupo de los operarios que organizaban la Iglesia de San Bonifacio de Manitoba.

Aquellos tres misioneros debían ilustrar más tarde la Iglesia del Canadá con su virtud y su celo y llegar a ser tres grandes obispos del País: Monseñor Laflèche, Obispo de Trois-Rivières; Mgr. Taché, Arzobispo de San Bonifacio y Mgr. Faraud, Vicario Apostólico de Athabasca.

Que todas las diócesis hagan algún sacrificio por las misiones, ellas mismas serán abundantemente bendecidas con numerosas vocaciones que formarán la riqueza de vuestra Iglesia, el tesoro de vuestras diócesis, la esperanza de las misiones.

XVII

La Vocación Misionera en sus íntimas vivencias

LAS VOCACIONES MISIONERAS FEMENINAS A LA LUZ DE LAS VALIOSAS EXPERIENCIAS DE SUPERIORAS DE INSTITUTOS Y CASAS DE FORMACION, DE LAS MISIONERAS Y NOVICIAS

Rvdo. P. Veremundo Pardo, C. M.
Prefecto General de la Federación de JJ. MM. de la Milagrosa. Madrid

Segunda parte de una ponencia

Decíamos el año pasado en estas acreditadísimas Semanas Misionales, que en el tema de la vocación misionera, nosotros los de segunda línea, no podíamos hacer otra cosa que trazar el cuadro o marcar las líneas doctrinales de una cosa tan sagrada como la Vocación misionera en activo. Ellos y ellas, nuestros conscientes y valerosos misioneros, habían de ser los verdaderos Profesores en esta difícil asignatura misional. Por esta razón, mi modesta intervención en esta segunda parte de la ponencia del año pasado «Cualidades positivas que más favorecen al Misionero en el ejercicio de su apostolado» ha de consistir en presentar sencillamente al público los resultados sorprendentes de las encuestas hechas a Varios Institutos Misioneros.

Doctrina y vivencia de la Vocación Misionera

Con verdadero acierto, el autor del programa dice que aquí se trata de la vocación en sus íntimas vivencias. «No vamos a practicar una disquisición de esta palabra y su realidad "La vivencia" de que tanto se usa y también se abusa de ella; pero si debemos anticipar algunas anotaciones, antes de servir algo de las vivencias misioneras que las personas preguntadas nos han manifestado.

La vocación, como tantas cosas, se puede estudiar desde fuera, en un aspecto puramente doctrinal, que es como la luz fija a la vera del camino de la vida.

Desde dentro, y por los mismos misioneros que están viviendo la vocación, este es otro aspecto muy interesante, que debe conocer la retaguardia del ejército Misionero, para que tenga una visión completa de este vital problema.

En este aspecto de vivencia, la vocación es «una decisión que lleva consigo la elección más importante de todas, pues fija una vida toda, en un estado definitivo y sella todos los actos humanos y sobrenaturales con la imagen viviente de la Religión y de la Caridad Misionera».

Es la fórmula general de la consagración vital de San Pablo: «Vivid, muertos al pecado, para Dios en Cristo», aplicada personalmente: «Cumplo en mí lo que resta a la Pasión de Cristo en pro de su Cuerpo que es la Iglesia» y con vivencia más íntima y transformante: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.»

Aquí tenemos la fuente inexhausta de la vida vocacional de un Misionero o Misionera.

Un nuevo estilo de vida, establecido por Jesucristo y seguido por sus auténticos testigos en tierras de infieles: *«No he venido a ser obsequiado, sino a servir.» «Me sacrifico por ellos para que se santifiquen en la verdad.»* Es un modo

de vivir ardiente totalitario o absorbente y conquistador, que surge de la incorporación voluntaria total a Cristo y a su Iglesia.

Vivencia íntima de la vocación: Si es plena y palpitante abraza a todo el hombre. Por eso mismo, en las respuestas a la encuesta es difícil determinar la frontera entre la parte sensible y la voluntaria. Las tangencias del alma y del cuerpo no se pueden precisar. Puede haber, por ejemplo, atractivo voluntario a un aspecto de la vida misionera, y, una repugnancia sensible simultánea, que a su vez influye en la determinación de la voluntad.

De aquí la necesidad de la prudencia en discernir la vocación, y, en nuestro caso, en interpretar los datos de las encuestas para sacar una lección misionera.

Dentro de esta vivencia íntima de la vocación misionera, que es el gran hecho psicológico y sobrenatural, hemos de distinguir y apreciar mejor las facetas masculina y femenina de vivirla, y en consecuencia las respuestas dadas por ellas y ellos. Más aún, no es el mismo el modo de reaccionar y responder en el que tiene cargo de superioridad en la misión, que el que está de simple obrero en la viña del Señor, ni del que la vive como un ideal más o menos soñado pero todavía no alcanzado.

Así lo distingue sabiamente el programa de la Semana y a él nos ajustamos en nuestra interpretación de datos. A la primera ponencia se le asigna «*La vivencia femenina de la vocación*». Reconozco que tal vez hubiera sido mejor que interpretara esta respuesta una mujer, pues resulta dificultoso al hombre adentrarse en la verdadera psicología femenina, aun la sobrenaturalizada por la gracia de la vocación. Las diferencias de visión —más intuitiva y cordial en la mujer, más cerebral y reflexiva en el hombre— se acusan en estas respuestas a cada paso. Solamente me tranquiliza el saber que mi oficio aquí es presentarles a ustedes lo que las misioneras han dicho.

Tal vez diga alguna que las respuestas a las encuestas enviadas no serán del todo sinceras, o serán muy interesadas, por tratarse de cosas muy íntimas y porque son manifestaciones de personas «santamente chifladas» por un ideal.

La primera parte de la dificultad, se resuelve por la autenticidad de vida misionera realizada o anhelada, y también, porque ellas sabían desde un principio que lo que escribían no saldría a la luz con sus nombres y apellidos.

En la segunda dificultad, evidentemente se trata de un santo interés, pero que no ciega, sino que sublima la visión de las cosas, las cuales no sólo interesan a los misioneros y misioneras, sino a todo el resto de la Iglesia, en primera o segunda línea de combate. Hay que crear en todos los ambientes, lo que se llama en pedagogía «Centros de intereses», aquí en concreto de intereses misionales que muevan la actividad ordinaria y extraordinaria de los cristianos y para eso van a servir las magníficas respuestas a las cuestiones propuestas a las Misioneras.

El orden y diferenciación de las mismas, puede establecerse siguiendo el cuadro o baremo de cualidades positivas y negativas de la misionera, o siguiendo las cuestiones propuestas y su interpretación global vivida, por las Superioras y Misioneras, o por las aspirantes en santa ilusión.

El año pasado, en la primera parte de esta ponencia presentamos ante los Semanistas este cuadro de cualidades, su graduación en orden a la vocación misionera y las respuestas clasificadas de los misioneros por orden de virtudes. Este año seguimos el orden del programa para dar a las encuestas una visión de conjunto en la palpitante realidad que describen los actores del drama misional que es el de la Iglesia en su función de roturar terrenos incultos con lágrimas fecundas.

Si se aprecian opiniones diversas y aun encontradas sobre un mismo asunto no debe extrañar, pues se trata de trata de vivencias, y no de dogmas definidos. La misma piedad, siendo idéntica esencialmente —relación filial a Dios Padre— qué matices tiene en los distintos hombres o mujeres que la practican.

Por consiguiente el valor de estas respuestas es relativo, no sólo al número de las que responden en un sentido o en otro sino por su situación en la vida misional, su cargo de responsabilidad, su matiz psicológico y moral que es lo que el ponente no puede interpretar por falta de datos concretos. Más que oficio de ponente es éste de cicerone, como me escribía el bueno del Padre Olegario Domínguez, que va mostrando las

bellezas de un museo; pero que allí parecen un tanto muertas, ya que se hallan separadas de la vivencia del pintor.

De aquí sacamos en conclusión, que *nada puede suplir a la lectura directa y con ojos claros de las respuestas admirables que han dado misioneros y misioneras a nuestras audaces y meticulosas preguntas.*

El sacar el tanto por ciento de respuestas en un sentido u otro y clasificarlas por orden de materias es labor mecánica fácil a cualquiera incipiente Academia. El tomar de las encuestas lo que pudiéramos llamar «*Las constantes misionológicas*», que influyen en mal o en bien para la vida misionera, esta es labor interesante y no fácil, por falta de datos suficientes. Solamente una orientación o trayectoria, que sirva para los de aquí y los de vanguardia, puede ser de momento el fruto de este primer trabajo por vía de encuesta.

Como no es posible desarrollar ante ustedes toda la densa madeja de cuestiones misionales planteadas en las encuestas dirigidas a misioneras, explicaremos brevemente las aportaciones de las Superioras locales en países de misión y las de misioneras en activo Al fin estas son las vivencias misioneras propiamente dichas.

Las Superioras locales de misión nos escriben sobre la vida de la misionera. Han respondido y se han publicado en edición privada respuestas de 2 Superioras de Misión. Once de misiones en América, seis de Africa y nueve de Asia y Oceanía. No todas las Congregaciones son exclusivamente misioneras, y algunos territorios incluídos en la encuesta no son de Misiones en el más estricto sentido de esta palabra.

Las cuestiones propuestas a estas Superioras forman un cuadro bastante completo de lo que es la vida misionera, con las cualidades que pide, los defectos que rechaza, las actividades que ejercita, las dificultades y peligros que encuentra en concreto la misionera en su actividad diaria de romper el terreno para sembrar la Iglesia, al lado del misionero sacerdote.

La tónica de las afirmaciones estampadas por estas Superioras locales es de una sinceridad y delicadeza admirables. Aun sintetizando su pensamiento, mejor dicho, su vivencia misionera, se aprecia en sus expresiones un ansia de perfección para las misioneras de que cuidan y una delicadeza de matices que es muy difícil de superar en la pluma de los misionólogos no misioneros.

A) **¿Qué cualidades juzga más importantes en una misionera?**, era la primera búsqueda de los autores de la encuesta. A esta pregunta general y densa de contenido la han cabido en suerte bellísimas respuestas, del conjunto de las cuales se formaría el tipo ideal de religiosa misionera, en sus cualidades positivas generales y específicamente misioneras.

En el orden ascético. Con relación al infiel que tiene siempre delante de sus ojos y corazón maternales la misionera, necesita principalmente las virtudes de «celo ardiente», «paciencia y abnegación sin límites», «grande amabilidad y cortesía», «espíritu alegre y optimista», «ecuanimidad y afabilidad para atraer las almas y llevarlas a Dios», «Amor maternal a los indígenas». (No podía faltar este matiz tan esencial a la maternidad sobrenatural y virginal de la misionera.) «Una bondad incansable», «paciencia, mucha paciencia» repiten sin cesar las Superioras. Saben las miserias del indígena que quieren convertir a Cristo, y que «la paciencia lleva a la perfección de la obra», como dice el apóstol San Pablo.

La adaptación, virtud esencialmente apostólica y misionera se requiere para la misionera en todos los tonos: «Adaptabilidad y abnegación alegre —escribe maravillosamente el número cuatro—; pero reduciéndola a una idea: «que la auténtica caridad es comprensiva, olvidada de sí misma».

«*El espíritu católico* —frente a un patriotismo de vía estrecha— que le permita colaborar con las Hermanas de todas las nacionalidades, elevarse por encima de los intereses de su patria y por encima de los trastornos políticos y sociales que agitan a la mayor parte de los territorios de misión», aconseja sabiamente el citado número 11, siguiendo las huellas de su fundador, y mirando a la vida fraterna de la Comunidad, que es el clima indispensable para trabajar en equipo. Todos los misioneros y misionólogos escarmentados suscribirían estas acertadas sugerencias.

En el ramillete de virtudes humanas más pequeñas, entran «un buen carácter, juicio recto, anchura de corazón, un buen equilibrio nervioso», con lo que se entra en el interesantísimo problema de la psicología de las virtudes tan cultivado hoy en Alemania por Guardini, Schmaus, etc.

Hasta en el orden técnico y profesional, se han dado cuenta las actuales Superioras Religiosas de Misión «que hace falta una amplia formación intelectual especialmente en el campo de la enseñanza —afirma el número 3— y señala certeramente la medicina, la catequética, el estudio de religiones, en especial el protestantismo». Se dan cuenta perfecta de que no es suficiente la buena voluntad y el ideal misionero.

Hablan de la salud, y en general piden «salud robusta y juventud, que facilite la adaptación y el aprendizaje de lenguas y oficios. El número 8 señala la táctica misionera de llevar jóvenes que caminen junto a las experimentadas, ya que la juventud se adapta mejor al clima y costumbres y comprenden mejor la psicología de los misionados».

En este sencillo esbozo de un cuadro de cualidades se habrán dado cuenta de que estas Superioras saben mucho de vida misionera, y que parecen doctoradas en cátedra de Psicología pedagógica y Social. Cuando se haya de aconsejar a una joven o elegirla para misionera, estará muy bien aplicar el baremo teórico matizado por esas sabias lecciones de experiencia misionera.

B) **¿Qué cosas no quisiera ver en sus Misioneras?**, es la segunda cuestión propuesta a las Superioras locales, o sea, el reverso de la medalla anterior. El defecto que con extraña unanimidad quieren desterrar de la misión es *el egoísmo*. De las 26 respuestas, casi todas coinciden en esto. Realmente es el vicio capital, opuesto radicalmente al catolicismo maternal y sacrificado que ha de ser el distintivo específico de la Misionera. «El egoísmo, la falta de cooperación, *no dar de sí lo que se pueda, echar la carga a los demás alegando que no se es capaz de más*», comenta acertadamente el número 5 por todas.

«*La falta de adaptación*, interior en la vida de comunidad, y exterior con los misionados.» «Hacer chacota de sus costumbres», se dice con razón, no está bien visto. Se nota la maravillosa adaptación misional en estas mujeres entregadas al servicio de la Iglesia Misionera.

Es realmente curioso e interesante, que después de estos defectos, el que más se proscriba sea el *pesimismo, el espíritu triste, el descontento, la excentricidad, la intolerancia*. «No quieren ver en la misionera, el desaliento» y la razón que alega el número 8 es fuerte. *El pesimismo en una misionera*, dice graciosamente, es pésimo; sólo ve dificultades insuperables. Por muy buena preparación que tenga dará poco rendimiento, le faltará la alegría, la bondad, sus labios no tienen esa sonrisa misionera que tanto atrae a los paganos. Son observaciones muy atinadas, ya que el pesimismo fatal no es cristiano, pues la Iglesia es indefectible. Sólo levanta este defecto sepulcros a la esperanza, como dijo Mella.

Lógicamente, y es de admirar la consecuencia en sus respuestas, las Superioras locales, rechazan todos los defectos opuestos al cuadro de virtudes que han señalado. Falta de vida interior, de celo, de preparación doctrinal, de sentido práctico, la excesiva actividad con detrimento de la vida interior, etc.

Aplicando esta escala al cuadro nos daría desde el cinco de la perfección de cualidades al cero y aun al cinco negativo. Cosa esta que debe aplicar seriamente el Director Espiritual de cada alma que desee ser misionera y ella misma se la debe poner como norma de su vida misionera en ciernes o en granazón

Las letras *C. E. F. de esta encuesta tratan de los impedimentos en la vida misionera*, de los peligros y enfermedades más corrientes en el país. En conjunto las dificultades aparecen como una montaña insuperable de la actividad misionera; pero vistas con el espíritu auténtico de Misionera y la plena confianza en el Señor, como lo manifiestan las Superioras, es el capítulo más bello del heroísmo femenino en la empresa divina de las Misiones.

Enfermedades. Después de un catálogo que impresionaría al especialista en dolencias tropicales o coloniales en general: «Anemia, agotamiento, paludismo, enfermedades de la piel (fungos), llagas en los pies, malaria, debilidad general en el organismo, falta de vitaminas en los alimentos, anemia tropical intestinal, etc., surge este comentario del número 8 que es un poema: «La que más conozco es la malaria, que hace verdaderos estragos en el organismo y de ella se originan infinidad de enfermedades del hígado, bazo, anemias, etc. Muchas religiosas misioneras *somos víctimas de esta enfermedad* que gota a gota nos roba la sangre, que un día soñamos derramar toda al golpe del verdugo por la salvación del mundo infiel.» Esto no se comenta, se admira en silencio.

Por si acaso el pesimismo sanitario quisiera penetrar en las filas misioneras, las Superioras añaden que ya han cambiado mucho las circunstancias y que la medicina y la farmacia de última hora también llegan a las misiones, pero sobre todo *la medicina de Dios* que, confiesan, hace maravillas en la salud. Buen capítulo este para los especialistas en los cursillos médicos, misioneros.

Nosotros que somos legos en la materia, pasamos adelante orando por el vigor físico y moral de estas heroínas.

Peligros mayores para la misionera. Aunque dicen que la mujer es tímida, no lo manifiesta en estas respuestas y nos resulta edificantísimo que no encuentren sino un peligro: *la pérdida del espíritu religioso y vida interior por exceso de actividad, por la convivencia con el sensualismo pagano, etc.* En general, dicen que como viven en comunidad y vienen con ideal de santidad, se superan estos peligros. De los demás obstáculos apenas si señalan: el desequilibrio nervioso, la rutina, el desánimo y el espíritu humano. Resaltan brillantemente esta verdad; *que trabajar en equipo bajo una autoridad maternal, firme y amable,* impide casi todos los peligros.

¿Qué es lo que más le cuesta en la adaptación? Es la última pregunta de esta serie. El tema de la *adaptación* constituye una santa obsesión en los organizadores de las encuestas, y vuelve de continuo en ellas, ya que es vital en la vida misionera.

Aquí es donde se nota más variedad de opiniones en las Superioras Misioneras; pero podemos señalar que no dan importancia mayor a las dificultades del clima, usos, alimentos, etc., lo que desde aquí nos parece cosa tan fuerte. Es otra nota preciosa de la auténtica vocación misionera. Pero lo que realmente les cuesta y no se acostumbran es «el choque de este mundo pagano lleno de miserias, con el modo de vida de nuestra Comunidad es lo que más nos asusta». «A lo que no nos acostumbramos fácilmente es a las maneras selváticas.» «Quisiéramos ver a las gentes más comprensivas a nuestros desvelos por su bien espiritual y material, más fáciles a la conversión...»

En estas frases espigadas de las encuestas se puede notar que las Religiosas anhelan con santa impaciencia la adaptación de los indígenas a sus ideales de vida cristiana. Este será el fin de un largo camino de abnegación.

El número cuatro de las corresponsales resume así el pensamiento de todas sobre este aspecto: «La adaptación depende de las personas. En general, se puede decir que el clima afecta a todas, pero se lleva bien con la gracia de Dios. En cuanto al trato con las gentes, se salvan muchas dificultades si la Misionera posee suavidad de trato, delicadeza de maneras y buen carácter.»

¿Qué actividades apostólicas desempeña la Misionera? Los Misionólogos distinguen dos clases de actividades: Unas directamente misioneras o de plantación de la Iglesia, y otras indirectamente misioneras para crear el ambiente y clima cultural, sanitario, social, etc., que favorezca esta implantación. Cierto que la Misionera no actúa en el primer sentido de modo ordinario.

En la práctica, las dos actividades forman un todo orgánico al servicio del compuesto visible e invisible, que es la Iglesia.

Enumerar solamente las actividades y la cifra de las mismas por parte de las Misioneras, nos llevaría muy lejos, y no es objeto de esta ponencia. Es la floración fecunda de la Caridad cristiana en maravillosa diversidad.

Lo único que se debe destacar, y así lo hacen en las respuestas, es *la admirable adaptación de las actividades a las necesidades materiales y espirituales de los*

pueblos misionados; y la máxima intensidad dada a las escasas fuerzas con que en general cuentan las Misiones y sus Comunidades Religiosas.

Ya tenemos en resumen un cuadro de las vivencias íntimas de la vocación misionera, vista por las Superioras de Misión, con su experiencia y autoridad.

Nos falta desarrollar las vivencias de las simples Misioneras, pero no es posible seguirlas en detalle en sus respuestas. Son muchas. Han escrito 38 Comunidades, sin poder precisar el número de las personas que intervienen. Como proceden en general de los mismos países y Comunidades, coinciden en casi todo. Tal vez, su vivencia es un poco más íntima todavía. Es encantadora la sencillez de estas respuestas, que parecen confesiones en la presencia de Dios de las gracias que El derrama en sus Misioneras

Sólo damos un resumen de las respuestas a las preguntas más características:

Las preguntas formuladas son éstas: ¿Cómo y con qué medios despertó su vocación misionera? ¿Ve ahora la vida misionera lo mismo que al llegar a la misión, que cuando estaba en el Noviciado o comenzó a sentir la vocación? ¿Si ahora comenzase su formación misionera, qué haría? ¿Cuál es la virtud mejor en la misionera? ¿Qué es lo que más le cuesta y más le gusta de la vida misionera?

Las respuestas a estas preguntas son espontáneas y de ellas se derivan provechosas enseñanzas.

Algunas responden así: 1.ª *¿Cómo y con qué medios despertó su vocación misionera?* (Los números entre paréntesis indican el de orden de las encuestas.)

1. Por el ambiente misional del Colegio (IX - A - 30).

2. Por el ambiente piadoso y misional de la familia y otras veces por el ejemplo de un hermano misionero (IX - A - 20).

3. Ambiente entusiasta de la parroquia en favor de las misiones y de las OO. MM. PP. (IX - A - 8).

4. Por las lecturas, conferencias y trabajos de propaganda misional (cine, proyecciones, revistas) (IX - A - 4 - 5 - 6 - 7 - 9 - 15 - 17 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 26 - 29 - 31).

5. La explicación entusiasta y clara de la Doctrina del Cuerpo Místico (IX - A - 2 - 4).

6. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, en particular la meditación de las dos banderas (IX - A - 6 - 22).

7. La personalidad irresistible del Cardenal Lavigerie.

8. El contacto con los infieles y sus necesidades de orden espiritual y material (IX - A - 7).

9. Por una llamada íntima de Dios para amarle mejor y servirle con absoluta entrega en las misiones (IX - A - 15 - 17 - 16 - 13 - 27 - 28 - 32).

2.ª *¿Ve ahora la vida misionera lo mismo que al llegar a la misión, que cuando estaba en el noviciado o comenzó a sentir la vocación?*

1. No. La ve mas dura. Porque en el noviciado por medio de revistas, cine y otra clase de propaganda, le dieron sólo una visión ideal, sugestiva, muy distinta de la realidad (IX - B - 4 - 5 - 6 - 13 - 16 - 22 - 23).

2. No. La ve con más hondura y valoración en lo espiritual (IX - B - 6 - 7 - 13 - 17 - 30 - 31).

3. En cuanto a la esencia, la vida de misión es tal cual la soñé. La realidad añade algunas enseñanzas de orden ascético y sobrenatural, en que no pensaba antes (IX - B - 8 - 10).

4. Sí. La ve con la misma dureza que se la había imaginado y con la misma valoración sobrenatural, gracias a la buena formación, tenida durante el noviciado (IX - B - 10 - 11 - 12).

5. Sí. Y más apetecible que en los primeros años de vocación, a causa de las enseñanzas y consuelos espirituales que la acompañan (IX - B - 5 - 4 - 8 - 7 - 5 - 6 - 8 - 9 - 12).

6. No. En cuanto medio de santificación (IX - B - 6).

7. No. En cuanto al resultado: conversiones, extensión del reino de Xto.

8. Sí, en el aspecto apostólico. No, en el aspecto material, muy superior al imaginado. (Se refiere a un territorio en concreto muy progresista) (IX - B - 9 - 5 - 2).

9. No. Cree que desde que llegó a la misión, no ha continuado ésta con el ritmo que debia, debido a métodos anticuados y cobardia en el uso de otros más audaces (IX - B - 19).

En esta pregunta se le propone a la misionera una doble vivencia: a) una retrospectiva. ¿Cómo la vió cuando la soñó? b) Una actual, ¿cómo la ve y cómo la vive ahora? y ¿qué relación hay?

Hay muchas opiniones diferentes en las respuestas, lógicas, ya que unas hablan a base de la cosa sensible y otras a base del ideal mantenido en el que esas dificultades materiales ya estaban previstas.

Conclusión para nosotros: Considero pecado grave el engañar sobre lo que sea la misión a los aspirantes. Recuerdo las charlas del P. Noguero y otros que nos pintaron las dificultades y nos enseñaron a soportarlas por amor a Dios.

3.ª *¿Qué virtud es más necesaria?* Hay gran concordancia con las Superioras: «Espíritu interior y el catolicismo en la actuación.»

4.ª *¿Qué es lo que más le gusta?* Se corresponde con la hecha a las Superioras, más discreta, en dificultades y obstáculos. Gran unanimidad: La vida misionera, con el sacrificio.

¿Qué es lo que más le cuesta? El choque entre la psicología femenina y el modo de ser de los misionados. (Por eso antes la mujer no fué a misiones.)

¿Cuál es la obra principal de la misionera en país de misiones? Distinguen dos actividades: la docente y la sanitaria. Pero ambos aspectos teñidos de un tinte misionológico y cientifico.

El misionológico porque todas lo llevan en sus venas y el científico porque es necesario, dados los avances de la técnica.

Las mismas novicias responden a su encuesta, con una santa ingenuidad y movidas de un santo ideal misionero, que es para bendecir al Señor de la Mies. Se comprueba leyendo estas respuestas, que el Espíritu Santo inspira en esta hora crucial de las Misiones a muchas almas la vocación Misionera y no sólo para la primera línea, sino para formar misionalmente a todos los cristianos. Cuántas de estas fervorosas novicias no verán la tierra de Misión; mas en fuerza de su vocación misionera, lo serán en los Colegios, Hospitales, parroquias, etc., donde hace mucha falta esta clase de almas.

La tónica de las respuestas se confunde con las que acabamos de resumir de las Misioneras. Hay matices muy interesantes, que el lector podrá apreciar personalmente en la lectura de las encuestas. Solamente daremos una como modelo, que resume el sentir de los centenares de novicias que en Comunidades totalmente o parcialmente Misioneras suspiran por las Misiones y viven misioneramente.

ENCUESTA SOBRE LA VOCACION MISIONERA

1. ¿Qué te movió a ser Misionera?
2. ¿Qué te movió a ser Misionera de Cristo Jesús?
3. ¿Qué es lo que más te ha costado dejar?
4. ¿Qué Misión dentro de la obediencia a la que estás dispuesta te atraría más?
5. ¿Por qué?
6. ¿Qué hacías antes de entrar por las Misiones?
7. ¿Qué propondrías tú que hicieran las buenas jóvenes y señoras?
8. ¿Crees que pueden darse verdadera A. C. y Asociaciones católicas sin que reine en ellas verdadero espíritu misionero?

RESPUESTAS

1. Las tres preguntas de San Ignacio: qué he hecho, qué hago y qué haré por Cristo, que me vinieron al pensamiento yendo un dia por la calle, y al sentir interiormente un vacío grande de todo; y decidí misiones por ser lo más grande y el mayor sacrificio

y al mismo tiempo para llevar a Dios a esas almas que necesariamente tienen que sentir gran vacío sin El y sin la Virgen.

2. El espíritu misionero del Instituto y en segundo término, el noviciado en Javier.

3. La libertad o mejor independencia y el mundo con las comodidades, honores, vanidades, etc., etc...

4. Alaska y Oceanía.

5. Porque me parecen: a) misiones olvidadas del mundo (y también en Alaska y Oceanía hay almas que salvar) y al mismo tiempo los misioneros que van allí son poco conocidos y también son olvidados de la gente; b) porque esto mismo facilita más mayor unión con Dios; c) en estas misiones tiene que haber mucha alegría y optimismo.

6. Nada

7. a) Enterarse bien de lo que son las Misiones en sí, de lo que son para Dios, y de lo que deberían ser para todos los hombres y una vez que conocieran todo esto que propagaran estos conocimientos, haciendo que se interese la gente por medio de libros, revistas, comunicaciones epistolares directas con los misioneros, organizando festivales, fomentando películas de misiones, ofreciendo un día por semana todo por las Misiones, etcétera.

8. No, si realmente es Acción «Católica» y Acciones «Católicas», no pueden prescindir del *verdadero* espíritu misionero.

Nuestros hermanos los Misioneros y Misioneras nos han hablado elocuentemente, refiriendo sus experiencias y vivencias Misioneras de una vida consagrada a la Obra Máxima de la Iglesia. La lección se desprende ella sola: Doquiera el Señor nos ponga, nuestra vida ha de ser Misionera, como miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, que debemos procurar para nosotros y para los demás llegar en la vida cristiana «a la edad de plenitud en Cristo».

XVIII

Semblanza y móviles de la Vocación Misionera a la luz de las Encuestas

R. P. Dr. Olegario Dominguez, OMI.
Profesor del Escolasticado de Pozuelo de Alarcón. Madrid.

INTRODUCCION

Suelen quejarse —y no sin razón muchas veces— los Misioneros de las «teorías» que con gran aplomo formulan los Misionólogos, como se quejan de las fantasías no siempre oportunas ni con fundamento in re de propagandistas y publicistas misionales.

Para no dar pie a tal queja, he aquí que las Semanas Misionales de Burgos, ya prestigiosas por sus aportaciones doctrinales, han querido abrirse paso por las vías de la encuesta científica, recogiendo numerosas y preciosísimas experiencias de Misioneros y de Superiores de Misión.

El año pasado se trató aquí de la vocación misionera, y sobre ella recayeron varias disertaciones doctrinales y teológicas. Este año me tocaría recoger los datos que sobre esa vocación ofrecen las encuestas y, partiendo únicamente de esos datos, establecer los trazos fundamentales y característicos de la vocación misionera y describir sus móviles íntimos.

La tarea es muy grata... y muy ingrata también. Grato, gratísimo se le hace al alma el ponerse en contacto con esos testimonios cargados de contenido vital y de espléndidas riquezas interiores. Pero no es tan grato ni tan fácil someter a análisis rigurosos toda esa vida, y reducir a una unidad orgánica tanta exuberancia de materiales con matices personales tan variados.

Todo trabajo basado sobre encuestas es peligroso. Para que pudiera ser justo, perfecto, plenamente científico, deberíamos poseer, además de las respuestas materiales, un conocimiento bastante aproximado del valor de cada testimonio. De otro modo se corre el riesgo de apreciar más el elemento cuantitativo que el cualitativo y formal, lo que nos daría una idea falsa o puramente parcial de la realidad. No «vale» lo mismo la afirmación de un Superior de Misión que la de un sencillo Misionero; ni la de un misionero recién llegado, que la de un veterano; ni la de un misionero en tierras que se abren fácilmente a la semilla evangélica, que la del que trabaja en regiones duras y hostiles; sin contar otras diferencias de temperamento, formación, etc.

El fruto de una encuesta bien hecha es sólo darnos unas constantes psicológicas que sean verdaderamente «*representativas*» del pensamiento de una colectividad. Por eso su valor aumenta con el número de personas consultadas, y también con la diversidad de índole, posición y circunstancias de esas personas.

En ese aspecto las respuestas que se nos han puesto en mano creemos tienen gran peso y valor representativo, por el número, calidad y diversidad de sus autores. Son estos *28* Superiores de Misión, *17* Misioneros, *4* Superiores Generales, 7 Directores de Casas de Formación y *41* Aspirantes Misioneros de 8 Centros distintos; y sobre Misioneras: *15* Superiores de Misión; *25* Superioras, 32 Misioneras de 22

Misiones; 6 Superioras de Noviciados Misioneros, 6 Superioras Generales y 42 Novicias misioneras pertenecientes a 7 centros.

Tenemos, por tanto, copiosa y variada mies de testimonios, en la que se reflejan los más diversos gustos, temperamentos y preocupaciones, en los que están representadas todas las partes del mundo y toda la gama de la vida misionera.

¿Podremos sacar del estudio de esos datos, de esos testimonios, como un *común denominador*, los rasgos característicos de la vocación misionera y de sus móviles?

Eso es lo que pretendemos con este breve trabajo.

SEMBLANZA DE LA VOCACION MISIONERA

Como punto de partida, y sin prejuzgar la cuestión de la naturaleza de la vocación misionera, tomamos el concepto «vocación» en el sentido teológico general, en cuanto comprende como elementos esenciales, o a lo menos integrantes, unas aptitudes naturales y sobrenaturales, unas aspiraciones o tendencias que, con más o menos fuerza, con mayor o menor repercusión en lo sensible, impulsan al alma y la solicitan a la acción misionera, y la acción sobrenatural de la gracia —implicada o no— en esas aspiraciones y atractivos.

Veremos, pues, a la luz de las respuestas recogidas, esos diversos factores de la vocación misionera: aptitudes —aspiraciones o atractivos— llamada interna de la gracia. El capítulo más largo lo forma el primer elemento —fundamental— de la aptitud, porque abarca todos los campos de lo humano: las dotes naturales de orden físico, intelectual y moral y las sobrenaturales.

LA VOCACION COMO APTITUD

a) En lo físico: Salud, robustez...

Sabida es la importancia que se concedió hasta ahora al elemento salud. Se consideraba indispensable para el heraldo del Evangelio una salud más que mediana y robustez de fuerzas.

Hoy, a juzgar por las respuestas obtenidas, no se hace mucho hincapié en ese factor. Son pocas en general, las referencias a la salud y menos las que la señalan como esencial, al tratarse de las cosas que favorecen el apostolado misionero y de los impedimentos que lo detienen o de los puntos flacos que más se acusan en el Misionero.

La impresión general que resulta es que, debido a los adelantos materiales de muchos territorios misionales, y a los progresos de la higiene y la medicina, la salud deja de ser un problema, fuera de algunas misiones excepcionalmente duras; cualquier elemento que cuenta con salud suficiente para ser admitido en un Instituto de vida activa entre nosotros puede contarse como apto para las misiones.

De entre los 25 Ordinarios de Misión sólo 5 ó 6 se refieren expresamente a la *buena salud y robutez física* como factor importante del apostolado misionero, y uno de ellos insiste diciendo: «es esencial salud fuerte y robusta». Varios se contentan con exigir que los sujetos no sean demasiado débiles o delicados. Alguno pide que tenga buen estómago; otro, que puedan soportar los climas tropicales. Pero unos cuantos manifiestan expresamente que aun sin buena salud —con una salud corriente o incluso algo menos— se puede hacer buena labor.

He aquí algunos testimonios significativos:

—«Las enfermedades crónicas no graves, no impiden el apostolado; en muchos casos lo dignifican y han hecho prodigios en el campo apostólico.»

—«La salud no es esencial ciertamente al misionero. El carácter de ella puede ser aun útil en el orden sobrenatural. El mismo ejemplo del misionero enfermo que, aun sin salir, sufre con paciencia y trabaja sin desalentarse, es un motivo de admiración para los incrédulos y de acicate para los flacos.»

—«La salud es necesaria; pero hay puestos en las misiones en los que sin una salud robusta el misionero puede cosechar copiosos frutos y brillantes triunfos.»

—«Salud ordinaria es suficiente.»

—«La salud no importa tanto en la generalidad de los territorios misionales...; sin embargo conviene que uno sea fuerte... con buenas disposiciones... algunos misioneros de salud endeble hacen maravillas.»

Un punto de salud hay en cuya necesidad insisten a una, tratándose sobre todo de Misioneras, Superiores de Misión y Superiores religiosos. formadores y Maestras de novicias: es el equilibrio del sistema nervioso, cuya falta entraña graves consecuencias para el carácter y para la vida espiritual.

Dentro del mismo orden de aptitudes físicas cabría señalar, además de la salud, *la edad*, a la que se refieren algunos testimonios, señalando lo importante que es que vayan a misiones personas jóvenes por la especial dificultad que llevan consigo los años para la adaptación y para la asimilación de las lenguas indígenas. (IX c 12.)

b) **La aptitud en el orden psicológico.** (Intelectual y moral.)

Entre los factores psicológicos de la vocación, hablemos primero de las disposiciones *intelectuales*. Acerca de las dotes y formación intelectual, no hay mucho que notar. Todos exigen «suficiencia» de formación. La dificultad estará, en señalar concretamente un criterio de suficiencia.

No hay acuerdo en la valoración relativa del factor inteligencia.

Para unos es muy importante la «superioridad intelectual» y el prestigio en ese orden. Mientras otro manifiesta así su pensar: «Ni genios ni tontos: lo mejor es una medianía.» (III b V.)

No es difícil ver que ambas posiciones responden a distintas situaciones en el campo misional. Recordemos que el mismo Javier que, para misionar en India, se contentaba con hombres de escaso alcance, en tratándose del Japón estimaba en mucho el talento y el prestigio intelectual. Es obvio también distinguir entre los que van a ser jefes de Misión o van a tener un cometido directamente cultural, y los que se van a emplear en menesteres más ordinarios.

Más que el grado intelectual mismo preocupan ciertas disposiciones mentales y la posesión de ciertos conocimientos necesarios o muy convenientes para una eficaz expansión del Reino de Dios.

Entre las disposiciones del entendimiento se señalan como dotes del verdadero misionero, las más características y necesarias, las siguientes:

1. *La amplitud de miras* o criterio abierto y comprensivo. para ver lo bueno que hay en los demás. Es importantísimo esto, pues la falta de adaptación a circunstancias y personas tiene casi siempre su raíz en «cierto cerrilismo» intelectual, que es causa de que se pretenda imponer absurdamente a los indígenas unos criterios que no están hechos para ellos. La asimilación que todos a una voz exigen en el Misionero presupone, pues, absolutamente una mente abierta.

2. *El juicio recto y equilibrado* que evite imprudencias, precipitaciones y rarezas que pueden ocasionar graves fracasos en la obra de Dios. La prudencia y el buen sentido, que en todas partes tiene tanta aplicación, son mucho más necesarios en Misiones, por la mayor trascendencia que revisten allí los errores de una persona.

3. Como matiz especial del espíritu del Misionero varios testimonios señalan también *«el sentido práctico»*. (VIII b 6.) «Los Misioneros —dice un Superior— deben ser hombres prácticos en todo» (1.ª 23). Es natural, tratándose de apostolado, y de apostolado en el sentido más pleno y en las condiciones de ordinario más difíciles.

4. Por fin, algunos exigen que tengan *facilidad para las lenguas*, cosa imprescindible en ciertos territorios donde hay que aprender varios idiomas o dialectos.

Esto en cuanto a las disposiciones innatas de la mente. Por lo que respecta al cultivo de la inteligencia y a los conocimientos adquiridos, he aquí lo que se desprende de los cuestionarios:

1. En general se insiste mucho en una *formación intelectual completa*.

Se nota —lo mismo en las respuestas de Superiores de Misión, que en las de los Misioneros y Misioneras— una honda preocupación por estar a la altura que exige

el ritmo cultural de nuestra época. «El Misionero de hoy —afirma uno de ellos— necesita una cultura general enorme y sobre todo una formación en materia religiosa sin baches» (III c 10).

La formación completa del Misionero abarca conocimientos generales y una cultura específicamente misionera.

2. Entre los conocimientos generales se insiste en una sólida y profunda *formación teológica* y religiosa, como base de apostolado fecundo y de intensa vida espiritual y también para facilitar la comprensión de muchos problemas que presenta la cultura y la situación actual del mundo.

Nótese que son las Misioneras mismas, y no pocas, quienes echan de menos esa seria formación teológica.

3. También se señala (como el testimonio ya citado) la necesidad de una *cultura general*, vasta, en lo literario y en lo informativo.

Los rápidos intercambios de elementos culturales son un signo de los tiempos que no tiene excepción en muchos países misionados. Un Misionero dice que si le fuera dado comenzar su formación, después de dar al curso del Seminario la importancia debida, «procuraría durante las vacaciones enterarse lo mejor que pudiera de lo que pasa en el ancho mundo». (III 2.) Y otro afirma que, «intensificaría el estudio de los autores filosóficos modernos, principalmente los heterodoxos (sus sistemas y refutación)» (III a 4).

4. Pasando a la cultura específicamente misionera, se siente preocupación —en Misioneros y Misioneras— por el *conocimiento de la Misionologia*, por la teologia y la ascética misional, como preparación profesional básica, y como elemento necesario para mantener los alientos del alma en medio de las dificultades. Muchas desilusiones y fracasos de Misioneros provienen de que no han comprendido la verdadera naturaleza de la vocación y de la actividad misionera. A esta formación misionológica hay que referir también el enfoque misional de los grandes problemas teológicos y filosóficos que echa de menos un misionero (III a 4).

5. Como es natural esperar, fuera de esa formación que podríamos llamar fundamental, insisten muchísimo tanto los Superiores de Misión como los mismos Misioneros en la necesidad de poseer bien la *lengua del país* y de conocer a fondo su cultura y su historia.

Es un requisito para llevar a cabo la adaptación. A este propósito me parece significativa la respuesta que da una Misionera a esta pregunta. Si ahora tuviera que comenzar su formación misionera ¿qué haría?

Dice así: «Empezar por estudiar el país, la gente, sus costumbres, su filosofia, desprenderse de su manera occidental de ver y de juzgar, captar todo lo que pueda favorecer la implantación del cristianismo y el desarrollo de la vida intelectual y moral» (IX c 20). Y un Superior General señala como uno de los tropiezos más frecuentes para el Misionero el conocimiento inadecuado de la lengua y las costumbres.

6. Por fin, se insiste en la adquisición de una serie de *conocimientos prácticos*, ya técnicos, ya domésticos: desde la psicologia y pedagogia, a la medicina y psiquiatría, de la mecánica al arte de cocinar, de la arquitectura al cultivo del campo. Son numerosos los Misioneros y Misioneras que de volver a comenzar su formación, dicen que se darían mucho más a procurar esos conocimientos prácticos. Y sus testimonios vienen a coincidir magnificamente con la doctrina de la «Evangelii praecones» que enseña la necesidad de que el misionero salga ya de su patria formado, no sólo en las virtudes cristianas y en los estudios eclesiásticos, sino también especializado «en aquellos conocimientos y aquellas artes que habrán de serles después de utilidad suma «como son, además de las lenguas, los conocimientos teóricos y prácticos» referentes a medicina, agricultura, etnografia, histoia, geografia y otros (Ev. Praec. n.º 27).

Resumiendo, pues, lo referente a las disposiciones de orden intelectual o cognoscitivo del misionero, podemos decir que el tipo ideal del Misionero, según los testimonios a que nos referimos, es el de un hombre inteligente y practico, con juicio sereno y recto y con amplitud de criterios, dotado de sólida formación teo-

lógica, de vasta cultura general y de competencia profesional que abarca el dominio de los principios de Misionología, del idioma, y de ciertos conocimientos de orden práctico que pueden variar según las regiones y según el personal auxiliar con que cuente la Misión.

Pasemos ya al estudio —más interesante y más complejo también— de los *factores morales* que han de formar la personalidad del Misionero. Entran en este concepto los elementos temperamentales y el conjunto de dotes y cualidades humanas.

De las virtudes sobrenaturales trataremos aparte.

Sobre los *temperamentos* versa una de las preguntas del cuestionario enviado a los Superiores de Misión. — «¿Qué temperamentos juzga Vd. más a propósito para la vida misionera»?

Después de leer las 29 respuestas enviadas, nuestra curiosidad queda muy poco satisfecha y un tanto desconcertada con la variedad de las opiniones manifestadas. Uno de los consultados nos da en parte la clave de esta notable divergencia de pareceres diciendo: «Esta pregunta préstase a ser respondida bajo el influjo del propio temperamento» (1 b 4).

Fuera de ese factor personal, hay otros determinantes más objetivos como son la diversidad de climas y de trabajos en las diversas regiones; y también creemos que la misma vaguedad de conceptos sobre la naturaleza de los varios temperamentos, entra no poco en esa diversidad de sentires. Por eso muchos en vez de señalar alguno de los tipos clásicos temperamentales, prefieren indicar las cualidades naturales que desean ver en el Misionero y hablan de «caracteres suaves y comprensivos», de «temperamentos alegres», entusiastas, prácticos, activos, etc.

Las respuestas en que se da mayor coincidencia (5 de las 29) es que «cualquier temperamento es bueno para misiones», a condición de poseer suficiente virtud y santidad para dominar las tendencias excesivas y para calmar las lagunas naturales. Igualmente todos los temperamentos, si no van dominados, dificultan la obra misional.

Por lo demás, los Superiores parecen pronunciarse mayormente por los temperamentos suaves, serenos y equilibrados. Y es que los espíritus violentos y arrebatados pueden exponer grandemente el resultado de la acción apostólica. Refiriéndose en concreto a los tipos temperamentales, dos muestran preferencia por los linfáticos, cinco por los sanguíneos, tres por los nerviosos, tres por los biliosos... Uno nota —con mucho sentido— que «las misiones estarán mejor servidas por sujetos con mezcla de temperamentos como se encuentran en un grupo de misioneros que trabajan juntos por la causa común en una diócesis, Vicariato o Prefectura» (IV a 3).

Más que esas referencias a tipos temperamentales (que se prestan a tanta imprecisión) nos interesa fijarnos en las cualidades y dotes que forman la fisonomía moral humana del Misionero. Vamos, pues, a destacar de entre esa magnífica floración que nos ofrecen los cuestionarios, los rasgos que se señalan como más fundamentales y característicos del *carácter* del Misionero. Podríamos tal vez, distinguir entre las cualidades innatas y las virtudes adquiridas o desarrolladas por la educación, pero, por simplificar, tratemos en conjunto de esas disposiciones o *virtudes humanas*.

Lo primero que salta a la vista leyendo y releyendo las numerosas respuestas, es la gran insistencia que se pone en ese factor del carácter en su aspecto «humano». En esto puede tener su influjo la corriente del pensamiento moderno que va en contra de ciertas deformaciones de una ascética demasiado angélica y deshumanizada. Las respuestas tanto de Superiores y Superioras, como de Misioneros y Misioneras, nos hacen sentir cuánto importa en la vida apostólica las virtudes y cualidades naturales, que vienen a ser como el soporte humano, al que se amolda vivificándolo y elevándolo, la virtud sobrenatural. Así no es extraño oír a los Superiores de Misión colocar decididamente entre los puntos flacos que más se acusan en el Misionero la falta de carácter o de buen carácter, con mayor insistencia incluso que la falta de vida sobrenatural. Y ¿cuáles son las cualidades o dotes que deben integrar el «carácter» del Misionero? — Aquí, más que en los otros puntos, aparece en los testimonios una exuberancia tal de requisitos humanos, que uno se cree perdido en medio de la selva... Sin embargo, contemplando el espléndido panorama una y otra vez, se van descubriendo algunas dominantes que nos dan la clave para interpretar el conjunto.

Las disposiciones reinas del carácter del Misionero son las que podríamos llamar «*virtudes sociales*»; toda esa falange de aptitudes humanas que capacitan al hombre para actuar entre sus semejantes, elevándolos y beneficiándoles, y que son como la disposición connatural para el ejercicio de la virtud teologal de la caridad.

En esto son luminosísimos los testimonios. Se busca en el Misionero sobre todo *«don de gentes»* con todo ese brillante cortejo que forman la *simpatía*, la *bondad*, la *amabilidad*, la *naturalidad y sencillez*, el *entusiasmo*, el *optimismo*, la *jovialidad*, el carácter abierto, sincero y alegre, complaciente, tolerante, comunicativo... No terminaríamos de enumerar los matices que de una u otra forma se refieren a esa disposición fundamental que podríamos llamar *«buen carácter»*, o *«buen corazón»*, en el que se encierran todas las cualidades que hacen a una persona grata, y le dan ascendiente sobre los corazones de los demás.

Tal disposición, en un determinado grado, por lo menos, es juzgada *esencial* al Misionero. Los caracteres secos, adustos, hoscos, pesimistas, avinagrados, cerrados, tercos, rudos y descorteses impiden la eficacia de la acción misionera, lo mismo que los violentos e impetuosos y los intolerantes. Un Superior General nota que hay que disuadir de ir a Misiones «a los que tienen dificultad de convivir con otros», a los «demasiado retraídos, reservados y taciturnos» (IV b 4).

Llama la atención el número de referencias que se hacen a la *alegría* de parte de Superiores, Misioneros y Misioneras: Me parece que en conjunto es la palabra que más veces se lee. Recojamos tan sólo dos testimonios que nos hablan muy claro de su importancia capital: Dice un Misionero a los que se dedican a reclutar vocaciones misioneras: «Han de ser los aspirantes alegres. La alegría puédese casi decir que es consubstancial al Misionero de infieles. Si es misántropo y melancólico, además de ser un continuo martirio para él, que al fin abandonaría la vida misionera, lo sería sobre todo para sus compañeros de misiones y encomendados, que no podrían aguantar y entorpecería e inutilizaría gran parte de su obra misionera» (III b 6). Y un Superior de Misión: «También es muy buen temperamento para la viña del Señor, el alegre y templado, el que todo lo ve bien y con buenos ojos; el que se apura y todo lo ve nublado que deje de trabajar entre infieles y que se vuelva o no salga de Europa. Rostro alegre es el que mejor cuadra para esta clase de trabajos. Ir siempre llorando hace que los demás se amedrenten y acobarden y no quieran completar su conversión entregándose al Señor. Los llorones y tristones que no vengan a las Misiones» (I b 5).

Entre los impedimentos de la acción apostólica en el Misionero es el pesimismo el que con más uniformidad se señala.

Decíamos que las dotes naturales del Misionero podrían resumirse en lo que se llama un *hombre de buen corazón:* Esto quiere decir que no solamente tenga gran capacidad de amar y de sentir, sino que la manifieste de manera que atraiga y gane las simpatías y el cariño de los demás. Por eso exigen muchos testimonios dulzura — suavidad — tolerancia — flexibilidad — el saber ver y apreciar el lado bueno de las personas y cosas, todas esas cualidades que son como partes integrantes de gran virtud misionera que algunos mencionan explícitamente, y muchos otros suponen, sin nombrarla: *la adaptabilidad*.

Fuera de esa disposición esencial de la *bondad del corazón*, pero en función de esa misma bondad, se exigen en el temple humano del Misionero gran *capacidad de sacrificio y espíritu de fortaleza*.

La fortaleza del Misionero supone *prontitud de ánimo para el sacrificio*, y esto más que para las situaciones muy difíciles, que se presentan raramente, para las muchas privaciones cuotidianas que lleva consigo su vida y las laxitudes a que se ve expuesto supone además *constancia inquebrantable* para resistir a las pruebas, y sobre todo a la gran prueba que es no ver el fruto de sus trabajos (el mayor tormento de muchos Misioneros). Y supone una dosis enorme de *paciencia*. Los Superiores de Misión encarecen muchísimo esta cualidad. Hablan de «paciencia suma», «paciencia a toda prueba», «paciencia angélica», «paciencia a toneladas». Las Superioras de Misión juzgan entre las disposiciones más necesarias para la Misionera «una paciencia y abnegación sin límites», «muchísima paciencia» (VIII a). Pero son las Misioneras mismas las que nos dan el más significativo y luminoso testimonio. Interrogadas sobre la virtud más necesaria para la Misionera, de 32, 23, responden que la paciencia, ya sola, ya acompañada de alguna otra virtud. Una dice así: «La virtud más necesaria en una Misionera la paciencia, porque la ha de practicar a todas horas y en todo momento con los grandes y pequeños» (IX d 11). Otra: «La paciencia es indispensable de todo punto, ya que estas son

gentes como nadie puede pensar, y hace falta con ellas paciencia y paciencia» (11 d 4).

Otra cualidad que estiman en mucho sobre todo los Superiores de Misión es la *buena voluntad*, la *sumisión de espíritu* y la *disponibilidad* para todo trabajo como también el *espíritu de iniciativa*, audaz y emprendedor. Ambas cualidades unidas aseguran la buena marcha de la Misión, porque con ellas se obtiene la colaboración de Superiores y súbditos para el máximo rendimiento.

Estas indicadas son las cualidades humanas más sobresalientes en la figura del Misionero que nos ofren las encuestas. Otras muchas se insinúan pero se reducen fácilmente a estas o son de poco relieve en el conjunto. Por ejemplo hay quienes señalan el *orden y método* la *sinceridad*, la inclinación y gusto por el *trabajo manual*.

Finalmente, como contraindicaciones claras de vocación misionera en lo humano, se asignan, además del mal carácter, al que ya nos hemos referido, la insumisión y rigidez de juicio, y una castidad no bien segura. Se hace notar que los peligros son mayores en muchas regiones por el clima y por la soledad.

Tal es —según los documentos— tal ha de ser el Misionero: un hombre de gran corazón y de temple de acero: hombre hecho para las conquistas pacíficas de las almas, y para las luchas por el reino de Dios. Un hombre en quien se aúnen del modo más íntimo el arrojo, la decisión y la iniciativa con la plena sumisión de espíritu, y disponibilidad de todo su ser en manos de sus Superiores, de la Iglesia en último análisis. Un carácter de gran sensibilidad y ternura y de gran actividad y energía, pero en quien la ternura se hermana con la entereza y la actividad con la paciencia y la dulzura.

Sobre ese carácter humano vendrán a instalarse —encumbrándolo y divinizándolo— las virtudes apostólicas sobrenaturales. Intentemos ahora, dar a la luz de las encuestas, el retrato espiritual del Misionero.

c) La aptitud en el orden espiritual: Virtudes sobrenaturales.

Tratándose como se trata de una vocación sobrenatural —el Misionero va a ser un legado y un testigo de Cristo entre los infieles—, a priori hay que esperar que todos concedan la máxima importancia al factor gracia y a las virtudes que de ella provienen.

Superiores y súbditos, Misioneros y Misioneras, como en un verdadero plebiscito, se manifiestan hondamente persuadidos de esa verdad axiomática y proclaman a una lo imprescindible que es para el apostolado misionero la *vida interior* con todo el cortejo de disposiciones sobrenaturales, que ponen al alma bajo el influjo de la acción divina.

Un Superior de Misión expresa así su convicción: «Siendo la vida misionera la continuación de la Misión de los apóstoles en el mundo, el Misionero debe ser "otro Cristo" y cuanto más se aproxima en su vida interior... o disminuye los lazos de gracia... (Así aumenta o) disminuye la gracia de sus labores» (I a 2). Y otro, interrogado sobre las cualidades que más favorecen al apostolado del Misionero dice únicamente: «Le favorecen más cuantas contribuyan a unir con Dios al Misionero haciéndole vivir una vida sobrenatural y le restan eficacia cuantas cosas le hagan vivir una vida natural y humana» (I a 18).

Una *vida interior sólida e intensa*, es juzgada unánimemente como base insubstituible de la actividad misionera. Con ella se pueden suplir bastantes deficiencias naturales. A ella no hay cualidad ninguna que la supla. Como esa vida interior necesita para nutrirse una corriente continua de oración y unión con Dios, y para defenderse, una muralla de *recogimiento;* y como, por otra parte, esa oración continua y ese recogimiento se ven fácilmente acotados por una actividad exterior a veces excesiva y con frecuencia tentadora, son numerosas las alusiones que exigen una intensificación y fortificación de la vida espiritual, de la actividad interior del alma, y que hacen notar los peligros del activismo irreflexivo y estéril. El arte difícil de la formación espiritual del Misionero consistirá en saber conjugar ambos elementos — actividad — interioridad — en la síntesis más perfecta. «Resulta el tipo ideal —dice un Superior General— para las Misiones aquel que teniendo una vida interior intensa, aprenda a vivirla sin

detrimento de la actividad de las Misiones. Y da mejor resultado aquel que siendo de inferiores capacidades y pocas iniciativas, tiene, sin embargo, mucha vida interior» (4 a 1).

En esa vida interior se halla el secreto del celo apostólico del misionero y de su santidad característica y de sus victorias contra el desaliento y el cansancio. Así lo hacen notar la mayoría de los Superiores de Misión, descendiendo algunos a detalles más concretos, por ejemplo a la oración diaria. Y en el defecto de esa vida interior, ocasionado por el *exceso de actividad*, ven muchos el mayor peligro para el Misionero y la Misionera, y la dificultad más grave, el punto flaco que más se acusa en los heraldos del Evangelio. «Solamente la vida interior muy sincera salva al Misionero.» De los mil peligros que le acechan (IV c 1). Solamente una oración y unión con Dios continua pueden formar en el alma del Misionero ese divino remanso de energías de que se ha de alimentar constantemente su acción apostólica.

Esa vida interior tendrá distintas tonalidades en cada alma y diversas manifestaciones en la piedad. Las devociones más comunes en los Misioneros son la devoción a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen.

Pero pasemos ya al estudio más particular de las *virtudes sobrenaturales:* en primer lugar hay que notar el puesto destacadísimo que se da, sobre todas, a la caridad. La caridad en su doble vertiente hacia Dios y hacia el prójimo y en sus múltiples facetas (compasión y mansedumbre, comprensión y paciencia, ternura y afabilidad, adaptación, celo por las almas), impregna con su luz y con su aroma toda la obra misional. Ella está en su principio, pues, como veremos, es la gran inspiradora de las vocaciones misioneras; ella constituye su fin; y ella dirige todos sus pasos y da razón de todos los sacrificios que lleva consigo la implantación del reino de Dios.

Del bloque de respuestas que se me han puesto en las manos se desprende con toda claridad que la nota más característica del Misionero es *la caridad*, junta con el sacrificio y abnegación, o mejor dicho una *caridad* sacrificada, una caridad que llega hasta el sacrificio y la renuncia perfecta del *yo*. Caridad y sacrificio han sido siempre los trazos de más relieve en la fisonomía espiritual del Misionero. La estampa clásica no se ve, pues, modificada en lo substancial, pero sí adquiere matices circunstanciales nuevos.

Antes los sacrificios exigidos por la caridad misionera eran sobre todo de orden físico; hoy se insiste más en el sacrificio psicológico que supone la perfecta adaptación de mentalidad; se insiste en ese despojarse doloroso de opiniones y maneras de ser y de pensar, de orgullos nacionales, de costumbres más cultas; se insiste en el conocer y estimar la psicología y costumbres de los indígenas y el amar a estos como a compatriotas; en la «identificación total de mente y corazón con las gentes del país que (se) evangeliza» (II c 2).

De la caridad misionera en cuanto entrega a Cristo y a las almas hablaremos algo después. Ahora notemos tan sólo que si la caridad es la gran inspiradora y activadora del trabajo apostólico, el *egoísmo*, en todas sus manifestaciones, es el gran obstáculo que se yergue frente a ese trabajo y destruye su eficacia. Egoísmo claro o larvado bajo apariencias de firmeza de criterio frente a los criterios de los indígenas, por ejemplo de nacionalismo, de despreocupación por conocer, amoldarse a culturas que se pretenden inferiores, de falta de cooperación con los compañeros. Todas estas cosas perjudican a la obra misional.

Después de la caridad y junto a ella hay que poner *la fe. El espíritu de fe* tiene, en los testimonios un relieve muy considerable.

En primer lugar ese espíritu se considera necesario para comprender —para darse cuenta perfecta— de la misma vocación misionera, y por tanto para poderla vivir conscientemente y plenamente. Dice así un Vicario apostólico refiriéndose a las cualidades que más favorecen al apostolado misionero: «Para el infrascrito, la primera y más necesaria cualidad de que debe estar revestido el Misionero... es el que se halle posesionado de lo alto y elevado que es su ministerio. Ir a las misiones entre infieles solamente porque así se lo manda la obediencia y trabajar en las mismas como se trabajaría en cualquier otro empleo, sin ningún ideal, sin otras aspiraciones que salir del paso y orillar la obediencia que así se lo ha impuesto es desvirtuar totalmente ministerio tan sublime como es el que tienen o entrañan las misiones y dejarlo medio infructífero. Para que este ministerio rinda cuanto del mismo espera y quiere la Iglesia... hay que sentir sublimemente la idea apostólica y ministerial que entrañan las misiones» (I a 5).

Ese espíritu de fe es también muy importante —así lo expresan muchos testimonios de Misioneros y aspirantes— en el nacimiento de la vocación, para que los

atractivos del mundo o los apegos legítimos a la familia no ahoguen la santa semilla en los corazones. Pero se insiste sobre todo en su necesidad ya en el ejercicio mismo de la misión para saber ver siempre a Dios en las almas —como dice una Misionera— y a las almas en Dios, o con los ojos de Dios. Eso evitaría muchas desviaciones en el apostolado y también desilusiones y muchísimos desalientos, sobre todo cuando uno nota lo poco que vale humanamente su labor. Una de las purificaciones más frecuentes que Dios Nuestro Señor envía o permite para el Misionero es la de hacerle palpar la inutilidad de su obra, y la de echar por tierra sus sueños ambiciosos de ver a las almas doblegarse a su voz. Entonces la fe tiene un papel muy importante: el de rehacer los ideales y las ilusiones misioneras sobre otra base más sólida: la renuncia a las satisfacciones personales en la contemplación de la propia inutilidad en la certeza de que haciendo la obra de Dios, El —de quien en fin de cuentas pende todo— hará germinar cuándo y dónde le plazca la semilla que sus Ministros echan en la arada.

Precisamente por esa misión orientadora y salvadora de la fe, varios Misioneros y Misioneras manifiestan que, de serles dado recomenzar su formación insistirían en la adquisición de una fe sólida y profunda, y reclamarían —para hacer esa fe más ilustrada— una competente formación teológica que les diera el auténtico *sentido* de la acción misionera.

Junto a esa fe honda e ilustrada, y basada en ella, ha de surgir en el alma del misionero otra fuerza, sin la que se estrellaría contra los mil obstáculos de su camino: es la confianza en Dios y en su divina Providencia. «Sin ella —dice un Superior de Misión— el Misionero será instrumento inútil en la vida del apostolado. Sembrar el Evangelio en el campo infiel sin mirar al Cielo y esperar del mismo la ayuda para esta siembra, es el fracaso más seguro» (p. 8).

El Misionero tipo es, pues, un hombre que vive hondamente y de un modo muy peculiar de las tres virtudes teologales. Vive de fe, pues su obra más que ninguna otra se realiza en oposición a los criterios mundanos y naturales. Vive de confianza, pues si se entrega a una labor tan ardua y tan llena de incertidumbres, peligros y fracasos humanos, es en brazos de la Providencia amorosa de Dios y vive de amor, sobre todo que informa, matiza y envuelve toda su actividad.

Entre las *virtudes morales* que más unánimemente se piden al misionero, sobresalen estas cuatro: fortaleza, (con sus derivaciones, *constancia* y *paciencia) mansedumbre, humildad* y *obediencia.*

De la *fortaleza* y la *paciencia* tratamos antes al hablar de las disposiciones naturales. Ahora notemos tan sólo que aquellas aptitudes humanas han de adquirir su complemento natural para realizar la vocación misionera: pues, por sí sola, la virtud humana se quebraría ante dificultades que por su magnitud o por su persistencia reclaman un auténtico heroísmo. La vocación misionera lleva muchas veces ya en su primer paso ese heroísmo. La dificultad mayor que se opone a la realización de la vocación para gran parte de los misioneros. y para más del 50 % de las misioneras, es la oposición de la familia y la oposición del propio corazón a esa separación dolorosa. La inmensa mayoría de las vocaciones fracasadas lo ha sido por esa causa, según afirman muchas aspirantes misioneras de otras muchachas que han conocido. Hay que ver lo que significa —sobre todo para corazones femeninos— el dar ese paso, para darse cuenta de la gran fortaleza no humana que supone.

La *mansedumbre* y la bondad se puede contar como una simple faceta de la caridad para con el prójimo; y ya hemos hablado de ella en el plano humano entre las que llamábamos *virtudes sociales.*

Refirámonos, pues, a las otras dos virtudes —que sólo lo son de verdad en lo sobrenatural—: la *humildad* y la obediencia:

Varios testimonios se refieren a lo que daña e impide la obra apostólica el orgullo, el espíritu insumiso e independiente, la indisciplina y todas las manifestaciones de la falta de humildad, ya sea para con los Superiores (no aceptando sus órdenes y criterios), ya para con los compañeros (negando colaboración), ya para con los mismos misionados (alardeando de superioridad con ellos, mostrándose intolerante. etc.).

Por eso los Superiores de Misión piden a una hombres dóciles y humildes, que se puedan y quieran amoldar a los indígenas, y que acepten la disección de quienes tienen mando y experiencia. El amor al prójimo, la gran virtud misionera de la adaptación no son posibles donde no hay auténtica humildad. Por eso uno de los Superiores exige en el Misionero una «dosis sobrehumana de humildad». Y una Superiora General dice que hay que disuadir de ir a Misiones a la religiosa que no tenga suficiente humildad y obediencia. En esa humildad y obediencia encuentran muchos Misioneros la clave de la eficacia de su apostolado y el secreto de la propia santificación.

Con estas *dotes sobrenaturales* (a las que habría que añadir otras complementarias, la figura del Misionero adquiere su verdadero relieve, su auténtico valor en el campo de la Iglesia. Tal vez no es ya para nosotros aquel aguerrido abanderado de Cristo que entreveíamos en los sueños románticos de la adolescencia, luchando con fieras, convirtiendo multitudes con sólo el acento convencido de su voz y con el resplandor de su mirada ardiente... Pero su verdadera figura se ha agigantado ante nuestros ojos de creyentes: es el portador del mensaje de Cristo que de ordinario no tiene brillo seductor para las almas; es el pregonero que tiene que clamar en el desierto desde el pedestal de su propia conocida inutilidad; es el luchador que ha de arremeter más que contra las fieras de la selva, contra los instintos y tendencias que en su corazón se opongan en cada momento al sacrificio pleno y entero de sí mismo que reclama su condición de pregonero de la fe. Sus armas no son sables ni fusiles: son fe y confianza inquebrantable, caridad arrolladora, fortaleza de alma y paciencia a toda prueba, plena entrega y disponibilidad del ser entero en manos de aquel que un día puso en él amorosamente sus ojos.

Y ahora veamos qué nos dicen las encuestas sobre el otro elemento vocacional: La Vocación en su aspecto de tendencia y atractivo.

En primer lugar nos podríamos preguntar, teniendo en cuenta las grandes discusiones ocasionadas por ese elemento del *atractivo* en la vocación. ¿Se da necesariamente ese factor en la vocación misionera? Creo que las respuestas no nos proporcionan suficientes datos para responder. Pues si es cierto que hay algunos Misioneros y Misioneras que manifiestan haber ido a las Misiones sencillamente *por obediencia*, sin atractivo *antecedente*, no es claro que en la aceptación misma de esa obediencia no hayan sentido un atractivo divino más o menos expreso. Lo cierto es que en la inmensa mayoría de los casos el atractivo ha tenido un papel importante. Y que un Superior juzga como criterio cierto de vocación el gusto particular por cuanto se refiere a Misiones. No digo ya el atractivo *sensible*, sino el atractivo espiritual, compatible con desgarrones, y profundos, en el corazón. Y como ese atractivo espiritual viene a coincidir *con la intención* o el *querer* (sino que el atractivo se ve de parte del objeto y el querer de parte del sujeto), creo que se puede tomar como elemento esencial de la vocación; y *así vamos a tratar por junto de la vocación como atractivo y de los móviles* que precisamente hacen la atracción de la llamada de Dios a la vida misionera.

¿CUALES SON LOS MOVILES DE LA VOCACION MISIONERA?

Lo primero que debemos hacer es distinguir entre los móviles ocasionales y los móviles verdaderamente causales.

A la pregunta. ¿Cómo se despertó su vocación? La mayoría responden que leyendo libros o revistas misioneras, escuchando conferencias, viendo films, haciendo unos ejercicios, viendo el ejemplo de un compañero o compañera... Eso es una ocasión, una circunstancia de la cual Dios se ha servido para introducir en el alma el aguijón de su llamada: Pero una cosa es el timbrazo de llamada y otra el acento dulce del Señor que está a las puertas del corazón.

En cuanto a los móviles ocasionales, no creo de interés tratar de ellos. Sólo se me ocurre hacer una reflexión práctica. Y es que como Dios es tan «humano» en su obrar con los hombres, la propaganda misional —revistas, charlas, proyecciones, cine— es de una importancia más trascendental de lo que muchas veces pensamos.

Vamos a lo más sugestivo del tema: a sorprender, por decirlo así, el coloquio decisivo entre el Señor de la mies y el alma en la que ha puesto sus ojos.

¿Cuáles son los móviles íntimos que determinan el «*sí*» del Misionero? —Nos van a responder, sobre todo, los aspirantes a Misioneros y Misioneras— que conservan más reciente el acento de la llamada del Maestro. Se les han presentado estos cuestionarios:

A ellos. — ¿Cómo se despertó su vocación?

—¿Qué dificultades ha tenido que vencer para realizarla?

—La propaganda que ha leído ¿en qué sentido le ha ayudado, estimulado o estorbado?

—¿Por qué se ha decidido a dar el paso definitivo de su vocación misionera?...

A ellas. — ¿Cómo se inició su vocación?

—Dificultades mayores que tuvo que vencer para realizarla.

—¿Qué es lo que más aliento y ánimo le da para ser Misionera?

Las contestaciones encierran verdaderos tesoros, que es difícil encuadrar en una síntesis doctrinal precisa.

Recogiendo las ideas fundamentales que predominan en el conjunto de esas contestaciones, podríamos, me parece, sacar esta conclusión general: la vocación misionera es el fruto de una intensa y viva caridad — manifestada en una o varias de estas cuatro proyecciones:

1.ª En el deseo de *dar a Dios la mayor gloria posible* (haciendo que los hombres le conozcan y sientan su paternidad).

2.ª En el afán de *saciar la sed redentora de Cristo* y de entregarse del todo a El.

3.ª En la preocupación de *salvar las almas* viendo el número inmenso de infieles fuera del camino de salud.

4.ª En el anhelo de *seguir a Cristo más de cerca,* santificándose en la renuncia más completa.

En esos cuatro móviles, no distintos adecuadamente, sino complementarios unos de otros, se halla la clave de la vocación misionera y su fondo más íntimo. Una caridad profunda y activa que enciende el alma en llamas apostólicas. El fuego de esas llamas tiene un matiz distinto en cada persona, como también tiene distinta intensidad, pero siempre tiene que ser grande para abrasar muchas fibras que se resisten, y para lograr ese *temple de apóstol* que admiramos en todo auténtico Misionero.

Digamos unas palabras de cada uno de esos cuatro móviles de la caridad misionera.

a) **Buscar la gloria de Dios:** Este móvil que es el más teológico de todos, no es el que predomina en la mayor parte de los Misioneros. Varios aspirantes se refieren a él implícitamente diciendo que se han entregado por «*cumplir la voluntad de Dios*» (nueve aspirantes masculinos — ocho novicias) pero hay otros que hablan de «colaborar mejor al adveniat regnum tuum», de agradar más a Dios; y entre las novicias dos se sienten impulsadas por el deseo de que los hombres sientan la paternidad divina; y ocho por la gloria que las almas van a dar a Dios. Dice así una: «Lo que más aliento me da para ser misionera es el que las almas conozcan y amen al verdadero Dios que llegó hasta dar la vida por salvarnos; en glorificarle en la salvación de los infieles.»

b) **Cooperar en la obra redentora de Cristo.** — Cristo Redentor (Amor encarnado y sacrificado). Viene a ser el gran reclamo de las vocaciones misioneras.

Cristo *mi* Redentor — excitando mi gratitud.

Cristo Redentor del mundo — encendiendo en mí la fe apasionada de almas — llamándome a ser su corredentor.

Este amor encendido a Cristo tiene expresiones bellísimas como esta: «Quiero corresponder a los infinitos beneficios del Buen Jesús, ganándole muchas almas. Pero almas nuevas. Porque si Jesucristo por mí, *yo* por *El.*»

«Me han impulsado motivos de mayor entrega a Cristo y sacrificio por *El.*»

«Siempre me ayuda mucho pensar en Cristo como mi Jefe de la dos Banderas de San Ignacio. No mi Jefe que vive en un sitio inaccesible; sino un jefe amigo que me anima a ir adelante en la empresa hasta el fin.»

El aspecto de «corredención — tan teológico — tan sabroso para las almas interiores — es el que más aparece en las Novicias (de las 42 Novicias consultadas 15 aluden a ese motivo) Ser corredentora con Cristo — poder cooperar a la redención de Cristo.

«Pensar que puedo hacer algo por Cristo — hacer eficaz la redención para las almas.»

«Saciar la sed de Jesús, dándole almas.» — «Pensar cuánto ha sufrido el Señor con las almas.» «Hacer más gloriosa la Pasión de nuestro amabilísimo Redentor, salvando muchas almas.» «Ver que Jesús ha dado su sangre y su vida por la salvación de todas las almas y cuántas son las que aún quedan sin aprovecharse.» — «Cooperar a la Redención cumpliendo en mí lo que falta a la Pasión de Cristo.»

c) Salvar almas. — Como es evidente, no es un móvil distinto de los anteriores: la gloria de Dios y la Redención de Cristo se obtienen sólo en y por la *salvación de las almas*. Pero hay en la consideración misma de las almas un motivo especial de «conmiseración», de compasión, que en muchos Misioneros parece predominar.

Muchos, en efecto, manifiestan haber abrazado esa vocación pensando en la desgracia de los millones de hombres que están fuera del camino de la salvación.

«Mi principal resolución ha sido tomada a la vista de tantos millones de almas que gimen en las tinieblas del paganismo, a las cuales tal vez pudiera salvar.» — «Pensad (dice una novicia) en las muchas almas que no conocen a Jesucristo y a la Santísima Virgen.» En términos parecidos hablan nueve aspirantes misioneros y 17 aspirantes misioneras.

d) **Buscar mi mayor perfección con la entrega más perfecta.**

Fuera de esos motivos externos (Dios, Cristo, las almas) hay un motivo interior de gran fuerza para no pocas almas intrépidas y generosas: el santificarse mejor siguiendo a Cristo por el camino de lo más difícil, con la renuncia más total a las cosas de la tierra. Oigamos algunas expresiones cargadas de hondo valor humano y divino:

«Por atraerme lo arduo de ese Sacrificio.»

«Por darme cuenta que la vida misionera por su dureza y su vida más abnegada me llevaría a la unión con Cristo y por tanto a cumplir en la Iglesia el puesto de más rendimiento.»

«Porque es el modo de llegar a mi perfección en Cristo.»

«Seguir a Cristo lo más semejante a *El*.» — «Lo más cerca posible.»

«Porque quería entregarme totalmente a Cristo y mediante *El* a los demás y vi el prototipo de esta entrega en la vida misionera.»

«Porque me ha parecido el camino mejor para santificarme y santificar.»

«Mi perfección, ya que siendo misionera podré imitar más a Jesucristo sufriendo pobrezas, humillación y desprecio.»

«El pensar que la vocación misionera supone mayor entrega.»

«La vida de abnegación y sacrificio...»

¡Qué lejos nos sentimos, al oír exponer estos móviles de todas aquellas cosas que suelen arrastrar a los hombres a las elecciones que se imponen en la vida...! Nótese que, contra las deformaciones idealizantes y pseudopiadosas de cierta propaganda son los mismos aspirantes los que reaccionan, manifestando que quieren se les hable de las dificultades reales y concretas, pues eso, lejos de apartarlos les encenderá el ánimo (cf).

Fuera de los cuatro móviles aludidos hay otros más particulares:

Hay quienes eligen ese camino en espera del martirio; otros por mejor expiar sus pecados; otros por hacerse dignos de las promesas de Jesús a quienes lo dejan todo.

Pero creo que los cuatro dichos predominan con mucho.

Alguien pudiera preguntar si esos móviles son verdaderamente válidos para la elección de la vida misionera.

¿No parecen ser los móviles genéricos de todo apostolado?

Sin duda que toda obra apostólica se puede emprender por esos móviles indicados. Pero esos móviles tienen en el Misionero una como orientación especial que le impulsa no a salvar las almas en general, sino a salvar a las almas más abandonadas que no conocen a Dios; no a cooperar a Cristo en general, sino a cooperar en la obra del crecimiento de su Cuerpo místico... Estas cosas no se indican a veces expresamente en los testimonios, pero siempre van implicadas en ellos.

Hay que notar además que hay por encima de esos móviles y actuando por medio de ellos, la acción sobrenatural de la gracia que arrastra suave y fuertemente los corazones indicándoles el modo cómo cada cual se santificará mejor, salvará las almas, cooperará mejor a la Redención y dará más gloria a Dios.

CONCLUSION

Y aquí termino, después de haber intentado dar la semblanza de la vocación misionera. Siento —y lo digo con pesar sincero— que al tratar con mis torpes manos materiales tan delicados y preciosos, no he logrado ni con mucho presentarlos en su auténtico valor.

Creo, sin embargo, haber contribuído un poco a poner más en luz la fisonomía auténtica del Misionero de Cristo. Son los mismos Misioneros quienes nos han dado los elementos de ese retrato. Después de oír sus expresivas palabras, uno no tiene ya la impresión de hallarse ante bellas teorías platónicas, sino ante realidades vivas y concretas.

Y se nos ocurre preguntar. ¿Qué cuadro es más hermoso? ¿Aquél cuadro idealista y vago que nos presentan a veces las propagandas, o este cuadro realista que con luces y sombras bien señaladas, nos ofrecen los Misioneros de carne y hueso?

Sin duda es más grandioso, más auténticamente bello este segundo. Los mismos Misioneros y Misioneras confiesan que a veces al llegar a la Misión han sufrido desencantos que han derrocado muchos castillos de poesía y romanticismo. Sin embargo, sobre esas ruinas viene a alzarse un concepto de la vida misionera más real y humano y mucho más noble y sublime. Oigamos unos testimonios: Dice un Misionero: «Para mí la vida misionera ha ganado en sublimidad... monótona, solitaria, arisca unas veces, y dulce otras, pero (siempre) arrebatadora.»

Y algunas Misioneras se expresan así: «La forma de apostolado no es la que veía en mis sueños apostólicos... Amo mi vocación, amo la vida misionera cada vez más, soy tan feliz como lo soñé, no me cambiaría por nadie...» «Veo la vida misionera mucho más hermosa que en mi noviciado y que al llegar. Ahora tengo un aprecio hondo, serio y más real.» «Cada día me parece más hermosa y más digna de ser vivida.» «La veo ahora mucho más bella que al principio. La realidad ha sobrepasado el sueño a pesar de que después de 25 años de apostolado cierto entusiasmo juvenil hubiera desaparecido.»

El cuadro real, pues, es más bello que el cuadro soñado. Ahí está la vida misionera en su lucha y en su grandeza... En esa lucha y en esa grandeza que hacen de la obra misional un argumento inequívoco no sólo de la catolicidad, sino también de la santidad heroica de la Iglesia...

Las encuestas nos manifiestan cuánto pueden las ideas del Evangelio y de la teología para suscitar y formar vocaciones misioneras. Y esta es la labor que me parece que Cristo nos pide, al mostrarnos la semblanza de la vocación y sus móviles: Que sembremos teología en las almas.

Y El recogerá nuevos heraldos de su mensaje, nuevos espejos para reverberar su luz en todo el mundo.

XIX

Cómo fomentar en la Parroquia las Vocaciones Misioneras

M. I. Sr. Dr. D. Casimiro Sanchez Aliseda
Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

Aun a costa de tratar las cosas demasiado *ab ovo*, me parece necesario fijar unas cuantas nociones sobre *vocación*.

Vocación etimológicamente corresponde a «llamada» de parte de Dios, y en su concepto genérico es «la acción por la cual la divina Providencia dirige a cada hombre al estado que debe ocupar en el mundo».

La vocación sacerdotal es la llamada al sacerdocio y al apostolado. Expresamente se lo dice Cristo a sus apóstoles: «Non vos me elegistis sed ego elegi vos» (Jo. 15, 16). Y San Pablo dice: «Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron» (Hbr. 5, 4).

Y efectivamente, a través de las páginas evangélicas vamos viendo cómo llama el Señor a los suyos.

Generalmente es una palabra escueta y persuasiva. «Venid en pos de mí —dice a Simón y a Andrés después de la pesca milagrosa— y haré que vosotros seáis pescadores de hombres.» La misma invitación repite al poco rato a los hijos del Zebedeo que estaban allí cerca con una barca con los jornaleros componiendo sus redes. Y la contestación es inmediata. «Ellos dejándolo todo le siguieron.» Lo mismo dijo Jesús a Felipe, que era de Bethsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro, y lo mismo a Mateo, cuando se hallaba sentado en su oficina de alcabalero en la aduana de Cafarnaum.

Sin embargo, también sabemos de otro caso en que Cristo, prendado de las buenas cualidades de un joven, que había guardado los mandamientos desde su niñez, le dirigió la invitación que a tantos había arrastrado a dejar todas las cosas. Y este joven, no tuvo fuerzas para seguirle, «porque era muy rico».

Hoy, empero, Cristo no expresa su llamada de una manera tan clara. El no ha dicho con palabras de sonido físico a cada sacerdote o a cada religiosa, «Ven, sígueme». Tampoco derriba ahora, como a Saulo camino de Damasco. Ni usa tampoco de ministerio de ángeles, como lo hizo en el Antiguo Testamento, con Abraham, Jacob y los profetas para manifestar sus designios. Como dice muy graciosamente un folleto de PPC, Dios no tiene establecido un angélico Cuerpo de Correos, que nos traigan misivas de lo alto donde expresamente se manifieste la voluntad divina sobre nuestra personal vocación.

Tan respetuoso es Dios con la libertad humana, que sugiere, insinúa, pone en el alma divinas inquietudes, pero no fuerza el castillo interior. De ahí que la *vocación religiosa o sacerdotal* sea propiamente una *elección de estado* pues es el alma la que tiene que decidirse. Y aquí viene la importancia del sacerdote en este punto. Al alma se la puede ayudar, es más, se la puede suavemente animar y empujar.

CONCEPTO DE VOCACION

Esta llamada de Dios hoy podemos decir que es «un conjunto de gracias que, suave, pero firmemente, van empujando al alma a la entrega al ideal religioso o sacerdotal».

Pierde bastante de poesía y sentimentalismo la vocación cuando se la considera así, pero lo gana en firmeza y seguridad. Ya no es Dios quien por sí o por medio de sus ángeles nos manifiesta nuestra misión. Esto lo deja para que lo disciernan aquellos que son sus representantes. De esta manera la Santa Sede, en tiempos de San Pío X, pudo alabar la obra del canónigo Lahitton «La vocation sacerdotale», que la hacía consistir precisamente en la recta intención junto con la idoneidad, esto es, el conjunto de dones de naturaleza y gracia, perfeccionados con una vida santa y con una doctrina suficiente, que hagan concebir fundadas esperanzas de que el sujeto habrá de cumplir santamente sus deberes sacerdotales.

Sobre esta vocación inicial, en el caso del sacerdote, vendrá la vocación canónica, digamos así, que consiste en la llamada que hace el Obispo para ordenar de sacerdote.

Se comprende por qué San Juan Bosco podía decir que la mayoría de los niños llevan en su alma el germen de la vocación. Y es que Dios no procede como el rey absoluto que da órdenes sino como el buen jardinero que siembra una semilla. Esa semilla que puede fructificar en tantas almas generosas si encuentra el clima apropiado para desarrollarse.

La vocación religiosa, sacerdotal o misional es por tanto obra de cooperación del alma a la gracia divina.

La labor del párroco, de los padres, de los profesores, es labor de pastoral, disponer convenientemente las cosas para que la gracia no encuentre obstáculo y rinda copiosamente el ciento por uno.

LA DOCTRINA DE PIO XII

Nuestro actual pontífice, en la exhortación al clero, «Menti nostrae» (23 de septiembre de 1950) expone normas prácticas sobre el reclutamiento de las vocaciones sacerdotales, que tienen plena aplicación a las vocaciones misionales.

Recuerda en primer lugar la eficacia de la oración en este punto, porque así lo proclamó el mismo divino Salvador «Rogad al Señor de la mies», etc.

Advierte que hay que preparar los ánimos de los «llamados», para que oigan precisamente dentro de su conciencia la invitación del Espíritu Santo. A esto pueden contribuir en gran manera

los padres cristianos,
los párrocos,
los ministros del sacramento de la penitencia,
los superiores de los seminarios,
todos los sacerdotes,
todos los fieles
que lleven en su corazón el incremento de la Iglesia
y el atender a sus necesidades (núm. 76).

De donde se echa de ver que el problema de las vocaciones atañe a todos. Precisamente, refiriéndose a los padres, en una encíclica posterior, en la Sacra Virginitas (25 marzo 1954), dice palabras más graves:

Exhortamos encarecidamente,
a los padres y madres de familia,
para que, voluntariamente,
consientan en ofrecer para el servicio de Dios
aquellos de sus hijos que se sientan llamados por El...
Que piensen en el gran honor que recae sobre ellos
por un hijo sacerdote
o una hija que consagra su virginidad al Esposo divino».

Al plantearse este problema en su parroquia el sacerdote sepa que no ha de trabajar ni resolverlo solo. Conjuntamente tienen que ayudarle los propios padres, los directores espirituales, los superiores (en este caso de las casas misionales), los sacerdotes en general y todos los fieles. ¿Cómo interesarles? ¿Cómo hacerles partícipes de esta preocupación? Ecco il problema. Más adelante lo abordaremos.

M E D I O S

El mismo Pío XII especifica los procedimientos que han de emplearse en la campaña vocacionista, que son los siguientes: *a*) predicación, *b*) sobre todo en la catequesis popular, o sea, el catecismo de adultos. (¿En cuántos programas de esta predicación catequética —me pregunto— se toma en consideración la vocación misional?); *c*) en las conversaciones privadas, sobre todo deshaciendo prejuicios y falsas opiniones contra el sacerdocio; *d*) exponiendo su excelsa dignidad, su belleza, etc.; *e*) los padres habrán de orar para que salga al menos una vocación entre sus hijos; *f*) todos los cristianos habrán de ayudar a los que se sientan llamados al ministerio sagrado.

SOBRE TODO LOS SACERDOTES

Como medio de dar gracias a Dios por el don de su sacerdocio, dice Pío XII que son los sacerdotes los llamados a buscar y fomentar las vocaciones. Y el medio más eficaz sea en primer término el excelente ejemplo de una vida sacerdotal.

¿Dónde hallar vocaciones? En las escuelas y liceos y entre los jóvenes que colaboran en el apostolado. Estas vocaciones tardías son sumamente apreciadas por el Papa.

CRISIS DE VOCACIONES

En general, se habla de crisis de vocaciones religiosas y sacerdotales. Quizás no sea del todo cierta la afirmación.

Hay que tener en cuenta que hoy las vocaciones son muy depuradas, que las razones familiares o de conveniencia humana influyen muy poco, que la gente no se mete en los conventos o se ordena de sacerdote para tener cubierto un riesgo o asegurarse un porvenir.

En otras épocas de mayor religiosidad era considerado un mal calamitoso para la Iglesia la plétora de personal excesivo que ingresaba en el sacerdocio o en las Ordenes religiosas.

No olvidemos la escasa o nula preparación para el sacerdocio, por ausencia de seminarios, no creados o funcionando mal. Que en muchos conventos ingresaba casi automáticamente el excedente femenino soltero, porque todavía la mujer no se había abierto camino en la vida, ni había adquirido el derecho al trabajo y a la independencia económica que hoy posee.

Precisamente esta nueva situación de la mujer la ha abierto campos insospechados para el apostolado, la caridad y la acción misionera. En proporciones mayores que los varones actúan ellas en los campos de la beneficencia, de la enseñanza y del apostolado.

Voy a leer unas estadísticas de la revista francesa «La Vie catholique illustrée» que nos hablan de más de un millón y medio —entre sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas— de almas consagradas a Dios.

La Iglesia católica en 1955, según «La Vie catholique illustrée».

(No comprendida Rusia y ciertas diócesis de países satélites.)

Iglesias	416.466
Parroquias	177.027
Sacerdotes diocesanos	257.763
Seminaristas	65.328
Religiosos (sacerdotes)	119.445
Total de religiosos	210.248
Religiosas	950.865

Tiene enorme poesía dicho número, cuando se piensa que cada vocación ha sido un triunfo de la gracia, una lucha entre Dios y el mundo, entre la abnegación y la comodidad, entre las aspiraciones nobles del espíritu y nuestra parte rastrera y baja. Y ha vencido lo mejor.

Por tanto, yo me reafirmo en que no hay crisis de vocaciones, lo que hay con frecuencia es mal planteamiento del problema de las vocaciones.

LA PARROQUIA, RICA CANTERA, CAMPO FECUNDO, AMBIENTE PROPICIO.

El título anterior desmiente dicha crisis de vocaciones. Ahora, que la rica cantera requiere ser explotada, el campo fecundo, cultivado y el ambiente propicio, aprovechado.

¿Por qué unas parroquias dan vocaciones y otras no? Por lo general depende casi exclusivamente del sacerdote. Aparte de que hay parroquias más ricas, más fecundas, más propicias, pero con frecuencia es cuestión de alguien que se preocupe explotar el filón. ¿No conocemos todos el caso de pueblos donde nunca salió una vocación ni para el seminario ni para el instituto religioso, y al año de estar el sacerdote celoso ha cambiado totalmente el panorama? Sencillamente, como en la lira de Bécquer, en las almas hay escondidas potencialidades enormes que requieren la mano experta que sepa descubrirlas y ponerlas en acción.

¿Por qué hablar precisamente de la parroquia? Hablamos precisamente de la parroquia porque en parroquias está dividida la Iglesia; porque la mayoria de los sacerdotes se dedican al ministerio parroquial, porque todos pertenecemos, al menos teóricamente, a las parroquias. No excluyo las iglesias de religiosos; mucho menos excluyo los colegios católicos, masculinos y femeninos, o las organizaciones católicas, como Congregaciones Marianas, Acción Católica, Juventudes, Patronatos, Hermandades obreras... ¡Cuántas vocaciones no han surgido de tales centros, de tales agrupaciones! En España, por ejemplo, era un fenómeno desconocido el de las vocaciones tardías al sacerdocio secular. Mas después de nuestra guerra civil son muchos los jóvenes y adultos que han ingresado en los seminarios, de las filas de las juventudes de Acción Católica. El apostolado, el contacto con el sacerdote secular, el aprecio de éste, etc., han hecho surgir el milagro. ¡Cuántas enseñanzas no se desprenden del mismo y cuántas aplicaciones no pueden hacerse, por ejemplo, a las vocaciones misionales! Sencillamente, es cuestión de aprovechar el ambiente propicio. ¿Mas cómo se crea éste?

LA PARROQUIA VIVA

En mi libro «El sacerdote y la acción pastoral» tengo un capítulo dedicado a las «etapas y metas de la acción pastoral». La meta primera que pone ante su consideración todo sacerdote dedicado a la cura de almas, es el conseguir que éstas «tengan vida», esa vida divina, que es la gracia santificante, que Cristo vino a traer a los hombres.

La segunda meta es más ambiciosa: las almas habrán de tener no solamente vida, sino «vida abundante».

En las parroquias en que un grupo selecto tiene esta abundancia de vida, naturalmente, como lógica consecuencia, surgen las vocaciones religiosas, sacerdotales y misionales.

En la clasificación que hago de estas almas, señalo las siguientes características, como etapas de su desarrollo espiritual: a) dirección espiritual, b) instrucción sólida, c) piedad eucarística, d) devoción mariana, e) espiritualidad litúrgica, f) espíritu ecuménico y g) preocupación sacerdotal.

Las tres últimas notas podemos decir que son misionales.

Toda la Liturgia está empapada de misionalismo. La oración oficial de la Iglesia es misionera porque su objeto es dar gloria a Dios y alcanzar la gracia a las almas. La Liturgia rebasa todos los localismos y piensa en las necesidades universales. Como San Fructuoso de Tarragona, al ser martirizado, no está pendiente tanto de las cosas pequeñas y menudas, cuanto de la Iglesia universal, que se extiende de Oriente a Occidente.

La Liturgia es amplia y generosa, como oración oficial de la Iglesia que se extiende en círculos concéntricos hasta abarcar no sólo a los cristianos que rodean el altar del sacrificio sino a todos los «fieles, vivos y difuntos».

Ese «vivere cum Ecclesia», que proclama la Liturgia, hace que el cristiano sienta todos los problemas del catolicismo rebasando los ámbitos locales y transcendiendo mucho más allá de la propia parroquia o del campo de actividades personales. Así se engendra el espíritu ecuménico, por encima de las fronteras de la región o de la nación. Las misiones, el Oriente cristiano, las cristiandades tras el telón de acero, los riesgos del catolicismo en esta o aquella parte de la tierra, los avances y las conversiones... son motivo de gozo o de congoja para las almas nobles y generosas que abundan hoy en nuestras parroquias.

Y todavía hay que añadir la «preocupación sacerdotal». Para estas almas el sacerdote, el apostolado, los ministerios, no le son indiferentes. Aun cuando no puedan prestar su colaboración directa por las circunstancias peculiares en que se hallen. Desde Santa Teresita —alma misionera y sacerdotal— son legión las personas que sienten con los sacerdotes, que oran por ellos, que se sacrifican por su santificación. Ya se comprende la eficacia de tal actitud en orden al apostolado.

Las tres notas apuntadas son consecuencia de los dogmas del Cuerpo Místico y de la Comunión de los Santos, mejor comprendidos y vividos en nuestros días.

HACIA EL APOSTOLADO Y LA PERFECCION

La meta natural de estas almas selectas, que todo pastor ha de cultivar en su parroquia, es el apostolado. Y no de un apostolado cualquiera sino de ese apostolado organizado, que es la Acción Católica.

Mas ni aun el apostolado bastará a algunas de entre las mejores. Todavía anhelarán a mayor perfección. Es el momento en que despuntan las vocaciones religiosas, fruto maduro de la parroquia pletórica de vida divina. Es el instante dichoso en que Jesús cruza entre la muchedumbre anónima de los fieles, se fija detenidamente en alguno de ellos, y se le insinúa dulcemente: «Si quieres... puedes seguirme.»

Cuando el Seminario, las Congregaciones y los Institutos religiosos comienzan a nutrirse con feligreses de la propia parroquia, puede asegurarse que ésta no sólo tiene vida sino que la tiene abundante.

CULTIVO DE LAS VOCACIONES

Quizás mis oyentes piensen que no estoy desarrollando el tema, puesto que éste trata de la «parroquia y el fomento de las vocaciones misioneras» y yo estoy hablando de la vocación en general.

La vocación misionera no siempre surge en la parroquia misma. Lo que interesa es fomentar vocaciones, que de estas vocaciones nacerán después muchas vocaciones específicamente misioneras. ¿Acaso el Seminario Español de Misiones Extranjeras no se nutre preferentemente de vocaciones que previamente no fueron misioneras, sino que maduraron en los Seminarios diocesanos? ¿No dedican hoy las grandes Ordenes y Congregaciones religiosas un buen número de sus miembros a las misiones vivas, y esto tanto en los Institutos femeninos como en los masculinos? Así ocurrirá que muchas vocaciones terminarán lógicamente en las misiones sin que en los comienzos pensase el sujeto en ellas.

Con esto quiero expresar una actitud mental, que hemos de ser amplios y generosos, pues Dios a menudo concede lo que queremos precisamente cuando no lo buscamos de modo inmediato. Así considero lamentable el fijar cupos de ingreso en nuestros Seminarios diocesanos, alegando como razón que están cubiertas las necesidades de las parroquias... ¿Y dónde nos dejamos el resto de España, con evidente escasez de clero? ¿Y América? ¿Y las misiones? ¿Y las múltiples y cada vez mayores tareas de la Iglesia universal? Esos Seminarios han de ser el pantano que acoja todas las aguas vocacionales y luego las distribuya con un criterio prudencial, orientándolas hacia los diversos campos eclesiásticos, que son, desde luego, más que las parroquias de la diócesis.

LO MISIONAL, COMO ESTIMULO

A pesar de todo lo que acabo de decir, creo que lo misional es uno de los mejores resortes para despertar vocaciones religiosas o sacerdotales, aunque luego no terminen en las mismas misiones.

Conforme al viejo símil de nuestros autores de espiritualidad, que conviene apuntar por encima del blanco para dar en él, es un buen recurso estimular a las almas a lo noble y a lo heroico, cualidades que cuadran ampliamente a lo misional.

Los seminarios, las casas religiosas, los mismos conventos de clausura conocen bien el valor estimulante de las misiones. Lo mismo digo de las parroquias. Apoyándome en aquellas tres cualidades a que antes me referí, digo que el germen misional ha sido el inicio de muchas vocaciones, la ocasión de que se ha valido la Providencia para despertar en muchas almas sus ansias de generosidad.

Y esto comenzando por las Obras Misionales Pontificias. Quizás la que en este punto encierre más interés sea la «Santa Infancia», tan propicia a despertar en la niñez impulsos transcendentes.

LA ENCUESTA

Hemos llegado al momento de estudiar la encuesta número 13, que iba dirigida a los Párrocos. En ella se ha procurado abarcar el tema de la vocación misionera en relación con la parroquia.

Se hicieron 500 hojitas que se enviaron a diferentes parroquias de todas las regiones de España. Han contestado dos docenas de párrocos.

Hay que tener en cuenta que los españoles somos muy reacios a contestar encuestas o a llenar formularios. Por tanto no puede tomarse únicamente a desinterés por el tema.

Sin embargo, aun los que contestan, más de la mitad dicen expresamente al referirse a la primera pregunta: «¿Se ha planteado usted el problema de las vocaciones misioneras en su parroquia?», que *no*.

No creo que sea descorazonadora la respuesta; es más bien fruto de un ambiente. De manera sistemática, racional, no nos lo hemos planteado todavía.

No olvidemos que en nuestros días no se dejan las cosas a la improvisación. Los campos se cultivan inteligentemente para que den las cosechas apetecidas. Hasta los inventos, a partir de Edisson, han tomado una ruta de sistematización y las grandes firmas imponen a sus equipos de técnicos la resolución de problemas determinados, el hallazgo de nuevas materias, etc., y el éxito suele coronar la empresa.

Referente a las vocaciones tenemos el ejemplo alentador de nuestros Seminarios. El día del Seminario, la propaganda sistemática, la predicación, las campañas y revistas, han visto llenarse las aulas de nuestros colegios clericales y también cubrirse los presupuestos de gastos, merced a la aportación generosa de los fieles.

El fruto de la propaganda, que cuando se hace con sentido sobrenatural, se llama «apostolado».

Los sacerdotes, los párrocos, hemos de proponernos como una obligación más, la recluta de vocaciones misionales. Ya indiqué antes que primero hace falta un ambiente favorable, que existe en toda parroquia donde haya un grupo de almas selectas, con anhelos de perfección espiritual.

Luego habrá de venir la labor específicamente misional. Este clima misional ha ganado muchísimo entre nosotros. Merced al Domund, a las revistas, a los secretariados diocesanos de misiones, que en general son bastante eficientes, hay en las parroquias ambiente misional, y al cura se le da casi todo hecho.

Así lo reconocen los sacerdotes que contestan a la encuesta. El clima misional general es bueno. Quizás deficiente en el punto concreto de las vocaciones.

Las vocaciones requieren sectores mucho más concretos y determinados.

Bien sobrecargadas de cosas y de iniciativas están ya las parroquias para tupir más sus agendas. Sin embargo, creo que es de todo punto necesario preocuparse de las vocaciones misioneras de modo concreto.

Hay que proclamar que es una idea estupenda la del día «Pro clero secular misionero», que fomenta desde hace unos años campañas de oraciones y sacrificios por el fomento de las vocaciones misioneras.

Dentro de esta misma línea se halla el «Día anual por el Seminario de Misiones Extranjeras», que comenzó a celebrarse en 1946 en el Seminario conciliar de Murcia y hoy está prácticamente extendido a todos los seminarios españoles, lo que produce una corriente de simpatía y también de vocaciones hacia este centro misionero del clero secular español.

Algunas Ordenes religiosas, los Carmelitas, por ejemplo, celebran también el día de las vocaciones misioneras carmelitas... Debe haber otras iniciativas más particulares, que no conozco...

EL DIA DE LA VOCACION MISIONAL

Creo que se impone la creación del «Día de la vocación misionera», distinto del Domund, que es para la obra de la propagación de la fe y ha de tener un carácter publicitario enorme y masivo, que llegue a la calle. Distinto del Día de la Santa Infancia y del Clero indígena, que se concreta a esas determinadas obras misionales pontificias y a sus necesidades.

El «Día de la vocación misional» se habría de celebrar o el 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier, o el mejor tal vez, el 3 de octubre, festividad de Santa Teresa del Niño Jesús. No se pediría absolutamente ninguna limosna. Se centraría la celebración en oraciones y propaganda vocacionista, haciendo ver la grandeza y sublimidad de la vocación misionera. Buen lema a la misma podría ser la célebre consigna del Cardenal Lavigerie, que tanto entusiasmo despertó en el siglo pasado.

El «Día de las vocaciones misioneras», sería como el Domund de las vocaciones, masculinas y femeninas, de vida activa y de vida contemplativa, de sacerdotes y de hermanos.

Llamo la atención de los «hermanos». En los pueblos y aun en las ciudades existen almas generosas a quienes las circunstancias de la vida dejaron orilladas sin llegar a cuajar su vocación, ya por falta de cultivo, ya por otras causas. Hoy el hermano es utilísimo en las misiones, donde tantísimas tareas pueden encomendársele. Jóvenes y adultos que carecen de estudios y tienen miedo de emprenderlos para aspirar al sacerdocio, verían llena su vida en algún Instituto misionero que saciaría perfectamente sus ansias de entrega.

El «Día de las vocaciones misioneras» despertaría en algunas personas este ideal; sembraría ideas seguras sobre la vocación; advertiría a los padres que no deben ser egoístas, pues con frecuencia permiten que el hijo vaya al seminario, porque lo consideran un porvenir para él y para los familiares, pero se oponen a entregas más absolutas. Precisamente este egoísmo de los padres va señalado en una respuesta en la encuesta como fracaso de una vocación misional claramente definida.

El esquema del «Día de las vocaciones misioneras» podría ser el siguiente: Misa pidiendo por las intenciones del día. Por la tarde, función eucarística con preces por dichas vocaciones y plática oportuna. Si los medios de la parroquia lo permiten, un acto en el salón parroquial exaltando las vocaciones misioneras.

Hay que hacer intervenir a los elementos selectos de la parroquia solamente, pues no es propaganda para masas; pero no deben olvidarse las escuelas y colegios, que deben acudir al acto vespertino, de la iglesia y el salón. Bien se comprende que los alumnos de dichos centros son campo fecundo y cantera apropiada para las vocaciones.

Siempre en este día y en otros dedicados a la exaltación misional no debería olvidarse la propaganda de las revistas misionales, hoy por hoy el medio más constante y eficaz de difusión de las ideas misionales.

Por cierto que en las contestaciones alguien observa la conveniencia de UN TBO misional. Con ello se da por supuesto que los Anales de la Santa Infancia, de

periodicidad extremada, no basta. Puedo informar que en la Dirección nacional de las Obras misionales pontificias se acaricia la idea de una revista infantil ilustrada dedicada a las misiones, o por lo menos de una sección misional permanente en cierta publicación infantil que se proyecta.

VOCACIONES MISIONERAS EN LA PARROQUIA.

Es la segunda pregunta de la encuesta. Media docena contestan afirmativamente. Hermosa en extremo es la respuesta de don Julio Díaz del Cerio, párroco de Villava (Pamplona):

> «Constantemente están saliendo vocaciones misioneras de esta parroquia, siendo hoy más de 50 los jóvenes de ambos sexos los que se preparan en los distintos Institutos para la Obra de las Misiones. Ha sido muy distinto el origen de las diferentes vocaciones, desde la del niño que oyó hablar en la catequesis de las misiones y se le metió la idea en el alma, hasta la de la persona mayor que, en vista de sus pecados, determinó hacer algo que contrarrestara su vida inútil o perjudicial en el terreno espiritual.
>
> Unas veces ha sido una especie de contagio que se apodera de las parroquias, y hace que quieran ir todas donde va una, y así mi parroquia lleva unos años en los que la mayoría de las vocaciones de religiosas son para misioneras.
>
> Otras veces ha sido la labor de la dirección espiritual que en este terreno juega un papel transcendental. Desde luego para el cultivo y desarrollo de la labor misionera se precisa la labor del director espiritual, y un servidor en el confesonario es donde más ha influido en las vocaciones.
>
> Otras veces ha sido una predicación y muy pocas veces unos ejercicios espirituales, a no ser de rechazo, al volver de ellos con voluntad de deshacer entuertos, y proponerles la acción misionera.
>
> En la parroquia tenemos una hoja parroquial llamada «Redil», en la que hacemos figurar en sección de honor a los misioneros y misioneras, y ello contribuye al resurgir de las vocaciones. Además por este medio la parroquia tiene contacto con los distintos misioneros.
>
> Creo que los que han salido del campo parroquial para trabajar en las misiones podían tener muchísimo más influjo con su correspondencia con las amistades que dejaron en la parroquia y con sus propios familiares.»

Comprendo que el caso del párroco de Villava es más bien excepción. ¡Una parroquia con 50 vocaciones misioneras! Otro cura, también navarro, nos dice que de Valtierra hay actualmente 8 misioneros esparcidos por el mundo. Tres o cuatro más, entre los responsores, dicen con satisfacción que de sus parroquias han salido una o dos vocaciones.

Bien, tengamos en cuenta que a la encuesta contestaron dos docenas escasas de párrocos. Por el Norte, sobre todo, habrá parroquias émulas de Villava, y otras en que puedan señalar varios de sus hijos trabajando en el campo misional.

Precisamente en el Norte de España —Norte entendido ampliamente, parte del reino de León, Castilla la Vieja, Galicia, Asturias, Vascongadas y Navarra— florecen las vocaciones generosamente. Y muchas van directamente a las misiones. La recluta se hace a veces casi a toque de pregón. El Padre director de la escuela apostólica recorre varios pueblos y se lleva consigo a no pequeño número de niños. Cosa posible en parroquias de honda solera cristiana y donde existe un tradición de reclutar vocaciones por este procedimiento. Yo no lo discuto, simplemente lo admiro. Y me aseguro en la frase de don Bosco, de que la mayoría de los niños tienen vocación inicial para el sacerdocio.

> «Mi parroquia —dice el Cura de Valtierra (Navarra)— tiene sus puertas abiertas de par en par a todos los Religiosos de las distintas Ordenes y Congregaciones que hacen su visita en busca de vocaciones. Con estas visi-

tas, que todos los años se repiten indefectiblemente, el problema, cuyo planteamiento sería inevitable sin ellas, queda resuelto de antemano. Ofrecida espontáneamente nuestra cantera de vocaciones, considero que las casas religiosas se encargan debidamente de seguir adelante el camino de los elegidos.»

Referente al influjo y al contacto posterior de las vocaciones misioneras con los que quedaron en la parroquia, se lamentan los curas de que no sea demasiado eficaz, por culpa de los que salieron. Me parece que en este caso tal vez haya que revisar algunas ideas de los directores de escuelas apostólicas, noviciados, colegios de misioneros, etc. Pueden hacer mucho bien los que se fueron a los que se quedaron. Y, señores, todo es apostolado. Todo será cuestión de saber superar lo que pueda haber de exceso o disipación en la correspondencia epistolar, que siendo como es controlada por el superior, nunca será peligro.

¿SE PLANTEA BIEN EL PROBLEMA MISIONAL?

Es la tercera pregunta. ¿Se plantea bien el problema misional en los ejercicios espirituales, en la dirección espiritual...? En general, las contestaciones se lamentan de que no, o al menos que se habla poco. Hay que admitir, sin embargo, que la dirección espiritual, los ejercicios espirituales y la Acción Católica, llevaron muchas vocaciones a las misiones. Por lo cual no hay una posible contestación unánime.

Creo que en los Ejercicios espirituales, sobre todo a tandas de personas con problema vocacional (jóvenes, seminarios, colegios, etc.), debe plantearse el problema misional, o al menos no soslayarse, siendo los ejercicios ignacianos ocasión más que propicia para suscitar inquietudes y despertar generosidades «oblaciones de mayor estima y momento».

En la literatura ascética —si no es la específicamente misional—, el tema no aparece tratado expresamente. Tendrá que renovarse en esto como en otros aspectos.

El mal creo yo que estriba en que por lo general el problema misional no se plantea con seriedad. Y eso que ha habido progreso, sobre todo a partir de la fundación de las Facultades de Misionología.

El auge de las misiones católicas coincidió con la era de las exploraciones geográficas del pasado siglo, contemporáneas del movimiento romántico.

Ello dió un tinte pintoresco a los misioneros, al menos a los misioneros que nos presentaban muchas revistas misionales, mitad héroes, mitad seres improvisados, que emprendían aventuras por Dios y rescataban chinitos o negritos con sellos y papel de plata.

Quizá todavía perdura en algunas imaginaciones este tipo misional, y hasta sale a relucir en charlas y pláticas, porque el tópico es fácil.

Se ha ganado mucho, porque hoy el movimiento misional hunde sus raíces en la Sagrada Escritura y en la Teología. Las mismas misiones no pueden dejarse a la buena voluntad de los particulares y la Sagrada Congregación de Propaganda Fide lleva un control riguroso que se manifiesta en las decisiones y metódica legislación que con frecuencia salta a las páginas del Acta Apostolicae Sedis.

Se ha progresado mucho en la parte alta, pero no ha llegado a convertirse siempre en realidad en la actuación de los sacerdotes cuando abordan el problema misionero. Será labor todavía de años, pero es ya consolador que exista la preocupación, aunque todavía el problema no esté resuelto.

¿POR QUE NO HAY MAS VOCACIONES?

La cuarta interrogación. ¿Cuál será la causa de que entre la juventud española no florezcan más vocaciones misioneras?, es difícil, tanto que ella sola podía justificar una ponencia. Además, por ser pregunta muy genérica y poco concreta, se presta a las contestaciones vagas, como ha ocurrido. Uno de los sacerdotes dice:

«¿Será la culpa mía, será de mis jóvenes? ¡Dios lo sabe!» El mismo, en esta especie de soliloquio a que se somete, termina diciendo una gran verdad. «Las vocaciones surgen proporcionalmente al número de almas buenas que aún quedan, no de la masa informe de feligreses.» (Valtierra.)

Otro sacerdote contesta, también oportunamente: «La causa de escasas vocaciones en lo humano puede ser la falta de ambientación en los medios rurales, donde no hay ni propaganda ni Institutos misioneros. Aparte el conocimiento vago, el egoísmo de los padres y familiares, dispuestos a cortar tajantemente toda floración misionera...» (Estercuel.) Esta dificultad de los padres la apunta algún otro (Villanueva de Huerva).

La falta de ambiente heroico es asimismo un motivo de escasez de vocaciones misionales. A raíz de nuestra Cruzada, con el clima valiente que se creó, florecieron numerosas vocaciones que hoy están rindiendo buenos frutos. Por lo que a España respecta el carecer de colonias es también otro obstáculo a las vocaciones misionales. Siempre las colonias son una prolongación de la Madre Patria, con la cual a la vez se conservan lazos de afecto y comunicación, y orienta hacia ellas muchas vocaciones.

Quizás —como el Papa quiere— deba ser América nuestro gran campo misional. Sin el más mínimo interés colonialista, es lógico; sino con la obligación moral de seguir ayudando a países que son de nuestra misma estirpe. Yo creo que el aliciente de América debería movilizar o mejor electrizar nuestras casas de formación religiosa, nuestros Seminarios, nuestros noviciados... La situación de paz religiosa de que gozamos puede enervar el espíritu y algún síntoma se advierte entre las juventudes clericales y religiosas.

LA PROPAGANDA MISIONAL

La quinta pregunta se refiere a si la propaganda misional (prensa, cine, radio, predicación, cursillos...) crean el ambiente misional debido. Las contestaciones suelen ser afirmativas. Y tienen toda la razón. Quienes hoy dirigen en España la propaganda misional merecen todos nuestros plácemes y agradecimientos. Son personas impuestísimas, dedicadas totalmente a tan grandiosa obra, y que han penetrado profundamente en las masas. Ejemplo, el Domund, tan popular... No creo que en otras naciones se haya llegado a mayores éxitos... A este clima se deberán muchísimas vocaciones, no puede dudarse. El esfuerzo de los promotores de las campañas, de los directores de las revistas, de los organizadores de las conferencias y de los cursos debe hallar eco en todos los sacerdotes, en las organizaciones católicas, etc., para que los frutos sean ubérrimos, ya que la sementera es tan copiosa.

¿QUE AYUDA DESEARIA USTED RECIBIR?

Referente a los Institutos misioneros, aquellas parroquias que han dado misioneros, todas piden más comunicación con ellos, epistolar y aun de presencia, por el bien tan grande que para las vocaciones ambas cosas reportan.

Creo que los Institutos misioneros no se han preocupado de organizar sistemáticamente estas visitas de las parroquias, en donde los sacerdotes les habían de recibir con los brazos abiertos, y cuyos resultados vocacionales, en tierra tan predispuesta como la nuestra, serían siempre de buen rendimiento.

En el mismo coche de su recorrido, o mejor una furgoneta, deberían llevar una pequeña exposición ambulante, una máquina de cine, objetos típicos de las misiones vivas, etc., que pudieran ser expuestos en media hora en cualquier local y dieran color y autenticidad a la conferencia que se pronunciase. Alguién sugiere que fuesen misioneros nativos —recuérdese el buen éxito de los sacerdotes negros de nuestra Guinea, o de los sacerdotes chinos conferenciantes...— todo esto es aprovechable y de excelentes resultados.

Acerca de la propaganda misional, ya hemos hablado. Quizás le falte a lo vocacional misionero mejor literatura. Se ha sabido explotar bien la parte de las necesidades económicas, no tanto la de las vocaciones, sin duda por ir para selectos, pero sería conveniente tener a punto folletos, hojas, etc., que expliquen y desarro-

llen bien la sublimidad de la vocación misionera. De lo mejor que en este punto he visto son las tiras gráficas que un tiempo publicó ID como propaganda de la vocación de «hermano coadjutor» para las misiones. Algo así echo de ver en las numerosas revistas misionales.

También nos falta el sistema de los Estados Unidos, en que se anuncian las Ordenes y Congregaciones religiosas en los periódicos católicos y piden vocaciones, indicando las cualidades que se requieren. ¿Por qué no se puede hacer entre nosotros? ¿Hay que dejarlo todo a la obra del Espíritu Santo o a la labor callada de la dirección espiritual? Ambas cosas son imprescindibles, pero el anuncio podría ser el despertar de una vocación o al menos su planteamiento.

De los misioneros ya hemos hablado hace un momento al englobarlos en los Institutos. ¿Qué ayuda puede esperarse del ambiente católico en general? Contesta muy bien el Cura de Valtierra (Navarra):

«Del ambiente católico en general, se requiere más fe, más agradecimiento a Dios por el beneficio de la fe, y más caridad unida al sacrificio. Más oración y más aportación económica, excluido el carácter de pura limosna.»

GRATIA DEI MECUM

La vocación es uno de los más profundos misterios. ¿Por qué Dios a unos llama y a otros no? Nunca lo sabremos del todo. Pero es también una obra de cooperación. Ya hemos visto que hay santo que asegura que en todas las almas hay el germen latente de una vocación. Sublime misión la de «preparar los caminos al Señor», la de predisponer el terreno para que la semilla germine, la de echar la red que tal vez venga rebosante de peces...

Dios no llama hoy directamente, se vale por lo general del ministerio de los sacerdotes para suscitar las vocaciones. Sublime labor la de cooperar con Dios en esta tarea. Y gozo grande de saber que puede prolongarse nuestra misión a través de otros que sigan laborando por el reino de los cielos.

XX

Los Colegios Religiosos de Enseñanza Media y el fomento de las Vocaciones Misioneras

MONSEÑOR ANGEL SAGARMINAGA

Director Nac. de las OO. MM. PP. Madrid.

Me presento a vosotros como relator y comentarista. Se trata de las contestaciones que los Directores y Directoras de Colegios Religiosos de Enseñanza Media y los Consiliarios de Juventudes han dado a las dos Encuestas relacionadas con el fomento de vocaciones misioneras. Me detendré bastante con la primera encuesta y serán brevísimos los comentarios a la segunda, por lo que vosotros mismos veréis.

A los Directores y Directoras de Colegios Religiosos de Enseñanza Media, se les preguntó lo siguiente:

a) ¿Cuántas vocaciones misioneras han salido en los diez últimos años de su Colegio?

b) ¿Cuál cree V. el medio más eficaz de despertar vocaciones misioneras?

c) ¿En qué curso están las almas más dispuestas para despertar y secundar su vocación?

d) ¿Qué ayuda desearía V. recibir para el fomento y orientación de estas vocaciones, ya de los Institutos Misioneros, ya de los propagandistas de Misiones?

e) ¿Qué efectos causa una vocación misionera ante los demás alumnos del Colegio?

f) ¿Juzga V. que puede ser muy útil la labor del confesor y capellán en este aspecto?

Diecisiete han sido las contestaciones a esta encuesta. Una de ellas no sabemos de quién ni de dónde ha venido.

Vamos por orden relatando las contestaciones a cada una de las preguntas y haciendo después unas cuantas reflexiones sobre cada una de ellas.

A) ¿CUANTAS VOCACIONES MISIONERAS HAN SALIDO EN LOS DIEZ ULTIMOS AÑOS DE SU COLEGIO?

Cinco contestaciones se refieren a vocaciones religiosas, no a vocaciones misioneras. De éstas, a una le es difícil determinar si el ideal es netamente misionero.

Una contestación dice que es difícil contestar; suele ser vocación religiosa con deseos de Misiones.

Dos contestaciones, expresan que se trata de vocaciones específicamente misioneras.

Siete de ellas contestan sencillamente a la pregunta, sin que podamos asegurar si tratan de vocaciones misioneras o de vocaciones religiosas.

Una nos dice que ninguna vocación han tenido ellos en el Colegio, aunque después añade que entraron dos, pero aún están en el Noviciado.

Una dice que ninguna vocación, porque no es aquella tierra de vocaciones.

CONSIDERACIONES

1.° **«Son pocas las vocaciones misioneras.»** — *Uno de nuestros comunicantes dice que "suelen ser vocaciones religiosas con deseos de Misiones". En mis tiempos de confesor o de director espiritual, tropecé con muchas vocaciones de esta clase. Es decir, que no eran vocaciones misioneras, sino que se hacían tales en el Noviciado, o después de la profesión Es éste un detalle interesante. Pero aun las vocaciones misioneras o que las almas presentaban como tales, no amaban tanto su vocación, cuanto el poder ir a las Misiones. Su vocación misionera era condicional: ir a las Misiones. Hasta querían emitir los votos condicionales. Además tuve noticias de muchos casos parecidos. El hecho que se alargó por más de un lustro, me hizo pensar mucho y me obligó a examinar nuestra propaganda misional. — ¿Cómo —me dije a mí mismo—, pensamiento de generosidad universalista puede producir frutos de egoismo? Y el fruto de mi preocupación se plasmó en esta fórmula: No basta la catolicidad doctrinal ni la catolicidad vida; es necesaria además la catolicidad cooperación. Es necesario no sólo el ambiente misionero, sino el misionero universalista. Lo que no se consigue proyectando nuestra inteligencia a una parte de las Misiones, ni sólo a todas, sino a la verdad misionera con todas sus consecuencias.*

Y me empeñé en organizar no sólo la colecta de oraciones, de sufrimientos, de vencimientos y de dinero; sino también, y mucho mejor que ella, la instrucción misional y el conocimiento real de las Misiones.

Aun sin tener en cuenta estas contestaciones a la encuesta, me atrevo a asegurar que las vocaciones misioneras en España no están aún en proporción de la propaganda misional realizada por tantas asociaciones, obras, organizaciones y movimientos y con tan buena voluntad y con intención tan pura.

El problema se merece estudio profundo, discusión serena y sobre todo, sinceridad sin remilgos religioso-sociales. El aumento y la calidad de las vocaciones misioneras que en gran parte dependen de la propaganda misional (ayer se vió esto tan claro), nos exigen todo *sacrificio.*

2.° **Son pocos también los educadores que viven la inquietud misionera exigida por la vocación de que tratamos.** — *(Explicar el sentido.)*

¡Diecisiete contestaciones! Falta de visión de la Iglesia y de la jerarquía de sus necesidades, y sobra de contemplación de lo que a nosotros nos interesa de ella. Y en una época en que deberíamos no negar nada. Nos parece mejor dedicarnos a lo nuestro sin mirar a lo de los demás. Lo mismo que sucede en las diversas asignaturas y con los profesores de un Seminario.

A esto hemos de añadir el vértigo de nuestra vida apostólica. Un detalle que ayer era insignificante, produce hoy toda una biblioteca de especialidad que siempre es importantísima y necesaria. El resultado es que no tenemos unidad, y sin unidad es imposible la catolicidad que de ella procede y a ella va cargada de desunidas que une. No juguemos al apostolado que exige, si es cristiano, esencialmente la unidad unificadora, único resorte eficaz para todos nuestros trabajos apostólicos. No achiquemos la omnipotente catolicidad de la Iglesia con los límites de nuestra limitación material. Redimámosla con nuestro espíritu que añora divinidad, omnipotencia, infinitud, que están en nuestras manos. Porque vendrán sobre nuestro universalismo.

Faltaba una pregunta en la encuesta. — ¿Qué hace ese Colegio para que se susciten, se desarrollen y se realicen las vocaciones misioneras? No basta que trabaje una sola persona si el "Colegio" no le secunda. Luchar, a veces, con dificultades insuperables para que un recurso de apostolado cristiano, *un Colegio, conserve y desarrolle la unidad y la catolicidad entre sus escolares, es verdaderamente incomprensible.*

Se ve que la preocupación de bastantes de nuestros comunicantes, es más bien la vocación religiosa que la vocación misionera. Los estudios, la exigencia del

éxito en las notas del Colegio (cosa fundamental para que viva pujante) la formación integral de los alumnos en estos tiempos de desorientación general, la necesidad de vocaciones que nutran el respectivo Instituto y la de constituir grupos de apostolado para las exigencias de nuestros problemas religiosos y morales, la de las agrupaciones de exalumnos, no os permiten dirigir suficientemente nuestra atención a la Unidad y a la Catolicidad. Como si fuera posible aquello sin esto. Todos nos encastillamos en lo nuestro, empeñados en conseguir con división frutos de unidad. Nada extraño que las papeleras de nuestros despachos reciban preguntas importantísimas para nosotros sin haberlas echado una mirada siquiera superficial, cuanto menos nuestra atención y estudio.

B) ¿CUAL CREE VD. ES EL MEDIO MAS EFICAZ DE DESPERTAR VOCACIONES MISIONERAS?

Hay bastante unidad en las contestaciones a esta pregunta. Las resumo en tres grupos.

1.° **Vida intelectual.** — *Formación de la conciencia misionera: conocimiento de las Misiones; — del problema misionero; — conocimiento misionológico; — con conceptos teológicos; — conocimiento de la alteza de la misión, de la necesidad de operarios, de la ignorancia religiosa en las Misiones y de la vida heroica del Misionero. Este conocimiento se ha de conseguir por medio del estudio, de las lecturas, de las conferencias, de las veladas de los círculos de estudio, de las películas, del trato con los Misioneros (visitas, conferencias, cartas, revistas...), de la propaganda bien dirigida...*

2.° **Vida apostólica.** — *Por medio del apostolado en los suburbios, de la catequesis, del apostolado misional; haciéndoles participar en actos misionales y tomar parte en la vida misional.*

3.° **Vida afectiva.** — *a) Piedad: Intensa vida espiritual; conocimiento de Cristo, unión con la vida de Cristo Redentor; — devoción al Sagrado Corazón y a la Eucaristía; — excitar los deseos de vivir en gracia; — proyectar sacrificios al problema misional; — ofrecer los frutos de la unión con Cristo y de toda la vida de cada uno para la Iglesia; — acostumbrarnos a la vida de austeridad, fomentándola con conferencias, reuniones... La idea de sacrificio inculcada en ellos.*

b) Amor: al prójimo; — al misionero; — a la Iglesia. Contacto con los misioneros, con las Misiones acercándolos a ellas y haciendo que las Misiones estén siempre muy cerca de la vida de los alumnos.

Consideraciones: *Los hombres se unen por las cumbres, por su inteligencia, por su espíritu. De las regiones de las ideas han de descender las orientaciones y normas para la práctica de la vida. Qué bien esa casi unanimidad de nuestros comunicantes en la formación de la conciencia misionera. Es decir, en el conocimiento completo de los dogmas cristianos, de todos y de cada uno, que son esencial y principalmente misioneros. Todos ellos descansan en la única voluntad de Dios para con los hombres: Que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad.*

Entre los dogmas, los que más influyen en realidad para suscitar, mantener y desarrollar la vocación misionera, son los dogmas relacionados con Dios (los tratamos muy poco), con Cristo, con la Iglesia, con las Virtudes Teologales y Cardinales, con los Dones del Espíritu Santo... ¡Conocimiento teológico, misionológico! Y todos esos dogmas se han de estudiar no sólo por lo que tienen para mí santificación y salvación sino animados por los dos esencialmente necesarios en todos y en cada uno de los dogmas, la unidad y la catolicidad. Conviene subrayar que el conocimiento ha de ser no sólo de los dogmas sino también de las Misiones; pero sin remilgos, tales y como son, integralmente, sin que nuestro conocimiento se detenga en la parte que a nosotros nos parece agradable para cazar ino-

centes. Y este conocimiento ha de influir directa o indirectamente en la vida integral propia de los escolares. Los dogmas se creen para vivirlos.

Las contestaciones añaden también que el ejercicio de la vida apostólica, aun la no misional, ayuda y mucho para fomentar las vocaciones misioneras.

Cualquier apostolado, si es de verdad *(en sus motivos, en su espíritu y en su finalidad) y sin* egoismos, *tiene que crear por necesidad muchos misioneros.*

Muy propio para despertar y mantener la vocación misionera en el apostolado de los suburbios (tengo varios casos), quizás por cierta semejanza. Es un apostolado que, sin medios necesarios humanos, consigue un fin; une mucho a Dios por la misma dificultad de realizarlo; y es natural que no pocos salgan con el deseo de abrazar el mundo entero. La unión con Dios ha lanzado muchos misioneros a las Misiones.

En cuanto al apostolado específicamente (también a él se refieren algunas contestaciones), ¿quién no conoce que en él se forman verdaderos misioneros? Son muchísimos los casos. Uno: El de aquel sacerdote que en el libro de la Organización Misional de su Parroquia (Obras Misionales Pontificias) tiene la satisfacción de cerrar bastantes páginas con esta o parecida frase: "Se fué misionera."

Nos falta el tercero de los puntos en que he dividido las contestaciones a la segunda pregunta. Me refiero a la vida afectiva. Permitidme que os lea de nuevo lo que consigné en la relación.

C) ¿EN QUE CURSO ESTAN LAS ALMAS MAS DISPUESTAS PARA DESPERTAR Y SECUNDAR SU VOCACION?

Según las contestaciones, en ingreso y en cada uno de los cursos de Bachillerato. Vamos a ver algunas de ellas para comprender su pensamiento: 1.º y 2.º Curso; pero se deciden en el 6.º, después de un compás de espera. Desde 3.º, según otras. Pero muchas de estas vocaciones se esfuman para renacer, y éstas que renacen, perseveran. 4.º y 5.º Cursos parecen los mejores a otros de nuestros comunicantes, porque creen que en esos Cursos no son infantiles y por otra parte no están despiertos al mundo. Hay quien dice que en los cuatro primeros Cursos están menos picardeados y más inocentes. A alguno le parece que en los tres primeros Cursos se puede suscitar y mantener la vocación con más facilidad, pero con más eficacia en los últimos. Uno de nuestros comunicantes asegura que "sin duda" en 4.º y 5.º

En cuanto a los años de los escolares para despertar la vocación parece a unos desde los 12 a los 15 años, y para secundarla desde los 15 a los 17. Algunos piensan que cuando mayores es más difícil porque están decididos para carreras y son menos generosos. Los veo como empeñados en que sean misioneros.

Consideraciones: *Habéis visto que no se ponen de acuerdo nuestros comunicantes. Según ellos en todos los cursos se puede suscitar la vocación misionera en los estudiantes. Sin embargo creo yo que unos se fijan más bien en la formación del ambiente de vocación misionera.*

En tal ambiente, sobre todo y si es suficientemente denso, no hay duda que desde 1.º de Bachillerato se excitarán vocaciones que luego con el tiempo irán seleccionándose. Con el tiempo y con el conocimiento del carácter, de las aptitudes y de las exigencias de cada uno de los estudiantes. Me parece que todos estarían de acuerdo, que la vocación misionera se decidirá del 4.º al 6.º Curso, como asegura ese último al que nos referíamos en la relación. (Aquí lo de arriba.)

D) ¿QUE AYUDA DESEARIA VD. RECIBIR PARA EL FOMENTO Y ORIENTACION DE ESTAS VOCACIONES, YA DE LOS INSTITUTOS MISIONEROS, YA DE LOS PROPAGASDISTAS MISIONALES?

Esta pregunta se relaciona íntimamente con la segunda de la encuesta que comentamos. Dos, no contestan a ella. Dos, dicen que no necesitan ayuda porque la tienen organizada por medio de Días Misionales, proyecciones, bautizos y confe-

rencias, o por la gran comunicación con las Misiones. Los otros trece contestán según lo han hecho en la segunda pregunta (B).

Resumiendo: visita y cartas de misioneros; conocimiento de lo que es la vida misionera (idea exacta); proyecciones, revistas, películas que den idea exacta de la vida misionera. Lo que ayude al estudio, pero eso para chicos. Medios atrayentes. Cuartillas y octavillas sobre la vocación misionera (anécdotas, historias, sacrificios). Ambiente favorable desterrando prejuicios tristísimos tan en boga en la juventud; propaganda de la "Sacra Virginitas" del Papa Pío XII y de su discurso a las Superioras de Institutos Religiosos del 13 de octubre de 1952.

Consideraciones: *Es una pena que antes de esta pregunta no se incluyera aquella que he indicado en mi comentario a la primera: — ¿Qué hacen Vds. en ese Colegio para que se susciten, se desarrollen y se realicen las vocaciones misioneras? Estoy seguro que en el momento de redactar este cuestionario no se me hubiera ocurrido formularla. Como que hace justamente tres días que caí en la cuenta de ello.*

La pregunta, según queda consignado, está relacionada con la segunda: — ¿Cuál cree Vd. que es el medio más eficaz de despertar vocaciones misioneras?

Las contestaciones, pues, a esta pregunta, dependen de la que cada comunicante contestó entonces. Sin embargo, estas contestaciones no están a la altura de aquellas. Parece que se fijan solamente en los medios para conseguir la conciencia, el apostolado y el amor misionero.

Hay una contestación que supone una lucha constante para defender la vocación religiosa de los prejuicios y de los ataques que la ponen en ridículo ante los colegiales. Merece la pena de que la copiemos: "La principal ayuda para el aumento y aprecio de las vocaciones femeninas habría de ser el crear un ambiente favorable, desterrando los prejuicios sobre el "meterse monja"; las presuntas equivalencias entre misionera seglar y "solteras", o las frases hechas de tan mal gusto como "echar el gancho", etc. Difundir lo más posible las enseñanzas de S. S. en "Sacra Virginitas" y en el discurso "A las Superioras de Ordenes y Congregaciones Religiosas del 13 de octubre de 1952". Así contesta una de nuestros comunicantes.

No está mal que lo sepan los propagandistas de los Institutos Misioneros; aunque esto, ciertamente, es más bien propio de los respectivos Colegios. Nunca faltan imprudentes que hacen realidad, muy triste por cierto, de esos prejuicios y de esas frases hechas de tan mal gusto. En las contestaciones a la 6.ª pregunta, desarrollaremos, quizás, este punto.

E) ¿QUE EFECTOS ACUSA UNA VOCACION MISIONERA ANTE LOS DEMAS ALUMNOS DEL COLEGIO?

Una de las cartas no contesta a esta pregunta. Otra lo ignora, porque no es tierra de vocaciones donde ella vive. Otra dice que buena impresión; pero hay que desvanecer con la propaganda aquellos prejuicios y frases hechas de mal gusto a que nos referíamos en la pregunta anterior. Otra, por fin, contesta que "más y menos": en los desaprensivos, crítica acerva, pero con disimulada admiración. En los piadosos, envidia. Los otros trece contestan en resumen unos y otros lo siguiente; simpatía, santa envidia (¡capaces de llegar a tanto!) — respeto, gran entusiasmo, — emulación, — heroísmo, — sacude apatía... No puedo menos de aducir aquí una de las contestaciones: "En algunas de envidia santa, en otras de indiferencia, en todas de algo sublime y de heroísmo."

Consideraciones: *Reflexionemos sobre estas contestaciones: "Santa envidia"; — "¡capaces de llegar a tanto!"; — "algo sublime y de heroísmo"; — "heroísmo"... Unas impresiones así ¿no cerrarán la puerta a la realización y hasta la idea de posibilidad de la vocación misionera? Si tan alto la ponemos, nos cuidaremos mucho de poner los medios para conseguir, con la gracia de Dios la actitud que nos exige la vocación misionera. Los sentimientos de humildad, que tanta parte*

tienen en las vocaciones misioneras, podrian transformarse en dificultades insuperables para conseguirla. Sobre un fundamento de imposibilidad o poco menos, nadie lucha por encauzar su genio dominándolo, ni por mantenerse en gracia, ni por una pureza exquisita, ni por un hábito de constante comunicación con Dios... La posibilidad y hasta la probabilidad de vocación misionera, nos deberia servir no sólo para conseguir misioneros, sino también para santificar las almas haciéndolas austeras, penitentes, puras, piadosas en verdad. Así sería más denso y más sano el ambiente para las vocaciones misioneras.

"Ya lo ves, hijo mio, tienes tales y tales cualidades para ser misionero. Sólo te faltan las tres que sabes. Anda, lucha y serás misionero. Tantos como faltan... ¡Tantos como espera y ansia Dios! Esa es tu limosna a las Misiones, tu lucha, tu oración... Lo demás, ¡segurísimo! lo pondrá Dios. — ¿No ves que los necesita? Y ¡qué misionero de verdad!"

"Señor, ya sé que yo no puedo ser Misionero, porque siempre tengo malas notas, pero si Tú lo quieres...; aqui estoy. ¿Por qué no me das esa gracia?" Esta oración fué repetida muchas veces (desde luego que con expresión más vasca aún, por un niño que yo conocia). Y el que no tenia virtud suficiente para sacar unas notas aceptables, ni para cuidar de una hermanita suya de pocos meses; pudo con toda la sublimidad de la vocación misionera, de su realización y... "ainda mais", es Padre de Misioneros.

No lo voy a apuntar con mi dedo, porque "eso feo es" como decimos los vascos. Si llega a fijarse en el heroismo, en la sublimidad, en la responsabilidad, en su dignidad insuficiente, etc., etc.; entonces no sólo no intentaria ser Misionero, ni se atreveria a acercarse a comulgar ni a ponerse en comunicación con Dios.

¡Ay!, ¡sentimientos de debilidad y de indignidad!

¡Cuántas alas de águila habéis cortado! "Por ti, no; ya que eso te parece imposible"; ¡por las Misiones! has de luchar en el campo de tu castidad. "¡A las dos! decia yo a dos personas, que creian imposible la castidad. ¡El vicio les dominó! Me hicieron caso: Bueno, hicieron caso a las llamadas de Dios conseguidas por almas buenas. Consiguieron ser castas, y hoy una es Misionera con todo el peso de esa cruz y con toda la satisfacción de su fecundidad insospechada. ¡Con lo torturada que fué su vida! La otra es religiosa; la obediencia no le ha permitido realizar su vocación misionera en las Misiones, pero sí en la formación de misioneras en los noviciados de su Instituto. Por todas estas consideraciones me gustan más en relación con la vocación misionera las expresiones que indican los sentimientos de "simpatía, gran entusiasmo, emulación, sacude apatías..."

Los que escribís, tomad nota: Hay que acercar a los jóvenes la vocación misionera, tal cual ella es. Sin empeñarnos en cazar incautos, en que todos aun los que no tienen vocación, sean Misioneros. Tal cual ella es la vocación misionera con su cruz y... ¡con las gracias y fecundidades divinas!

F) ¿JUZGA VD. QUE PUEDE SER MUY UTIL LA LABOR DEL CONFESOR Y CAPELLAN EN ESTE ASPECTO?

Las diecisiete contestaciones están de acuerdo en que es muy útil. Sus expresiones son así: utilísima; necesaria; eficaz y lo más acertado; la principal despues de la gracia de Dios; fuera de duda: sumamente útil; nadie mejor que él ve las interioridades de las almas no debe limitarse a absolver; en muchos casos se pierden vocaciones por falta de orientación, aconsejándoles que hará más bien quedándose en el mundo.. Pero también ponen sus limitaciones: 1.ª) La utilidad será proporcionada, no al cargo, sino a la persona; 2.ª) De acuerdo con la inclinación del niño y no tratando torcer la vocación religiosa por falso celo; 3.ª) En colaboración con el Colegio, unión que da eficacia; 4.ª) Si es sabio, celoso, piadoso y ejemplar, con ascendiente y buena dosis de confianza; 5.ª) Debe tener alma misionera; 6.ª) Si los profesores tienen celo en la explicación del catecismo; 7.ª) Pero más los profesores; 8.ª) Si consigue superar los prejuicios del apartado D) porque además tendrá mas autoridad que las profesoras, a las cuales se tiene por parciales.

Consideraciones: *La pregunta me parece importantísima y con materiales para toda una lección muy aleccionadora y necesaria. Me limito a formular unos cuantos pensamientos:*

Creo que la pregunta considera al Confesor o Capellán desde el punto de vista de su sacerdocio. Le supone... eso, sacerdote; secular o regular, pero sacerdote. — ¿Que no todos los sacerdotes, sean seculares o regulares, son prudentes, sabios, santos, misioneros, bien formados? La pregunta se sitúa sobre todo ello, más arriba. No se va a preguntar si será útil la labor de un Confesor o un Capellán no digno.

Lo humano en el sacerdote vale mucho. Como que Dios suele obrar sobre lo humano. Pero cuando la incapacidad de lo humano no es culpable y se transforma en generosidad humilde, Dios suele suplir. Lo debemos tener en cuenta. Un Cura de Ars, un San José de Cupertino, son una realidad espléndida —secular y regular— a pesar de su aparente incapacidad, desde el punto de vista puramente humano. También lo son otros que a su incapacidad humana no han podido sumar tan alta santidad, pero si obran apostólicamente y muy unidos a Dios. Esto no quiere decir que despreciemos la cooperación de la perfección humana. Tampoco significa que hayamos de despreciar la inutilidad de los apóstoles, especialmente la de algunos, sobre todo con relación a la empresa que habían de realizar.

Tratamos de la vocación misionera que exige, sobre todo, vida de fe. Es muy natural que nosotros procedamos en ella y con ella. Luego nada de lo que en las contestaciones viene, puede suponer una desvalorización del sacerdocio como tal. Ni tampoco puede aludir a una tergiversación de los términos. No queremos decir que el sacerdote ha de estar sometido a los Directores de Colegios; pero sí que el Capellán o Confesor y el Colegio han de realizar su apostolado, unidos en todo, pero especialmente en lo que atañe a la vocación.

¡Semanistas queridos, seamos apóstoles y afrontemos la situación real. Revisemos cada uno su actuación apostólica y la de aquellos que con él trabajan!

Son pocas, muy pocas, las vocaciones misioneras; son pocos los educadores que viven la inquietud misionera, que, por otra parte, la necesitan para su apostolado especifico; son pocos los Centros de A. C. que sostienen y desarrollan conscientemente y con plan preparado el ambiente de vocaciones misioneras y no misioneras

Aun son demasiados los que contraponen el espíritu de su trabajo apostólico al espiritu universalista del trabajo misionero en las Misiones entre infieles, como si pudiera vivir aquél sin la influencia constante de éste; como si éste no constituyera la finalidad y el recurso más eficaz de aquél. Nos movemos en un plano de división, de compartimentos. La Catolicidad, sin embargo, (único conducto para que la vitalidad infinita de la Iglesia llegue a las almas TODAS) no es divisible y es precisamente unión.

No hay la suficiente visión de "Iglesia" en nuestro trabajo sacerdotal. Parece que "prácticamente" nos olvidamos de que nosotros no podemos conseguir nada, como no sea siendo y haciendo "iglesia". Gratia Dei per Christum Dominum nostrum. Y este "Christus Dominus noster" no es "Jesús Persona", ni siquiera el Verbo, sino "Cristo Cabeza" unido necesariamente a "Cristo-Cuerpo", constituyendo el "Christus Totus" o lo que da lo mismo, "Iglesia".

En el correr de nuestro apostolado nos encontramos excesivamente con el YO y lo malo es que lo asociamos a nuestra tarea apostólica Y el YO es ¡la única arma de Satanás!! Hemos de esgrimir el "NOSOTROS", única arma de Cristo, de la Iglesia; pero no para satisfacernos con su manejo, sino para conseguir que ese "NOSOTROS" al que pertenecemos y por el que y para el que se nos ha dado únicamente el ser cristianos, ese "NOSOTROS" con esa tendencia universalista esencial, sea universal en realidad, es decir, incorpore cada día más almas a su propio universalismo.

Atendamos a las vocaciones misioneras; de lo contrario Dios podrá responder a nuestras súplicas y a nuestros trabajos apostólico-misioneros con aquéllas o parecidas palabras que no pueden menos de confundirnos: "Sin vocaciones misioneras, ¿para qué recoger limosnas y oraciones?"

XXI

La caridad en las Obras de Apostolado y en la formación de las Vocaciones Misioneras

P. JOSE LECUONA LABANDIBAR

Rector del Seminario de Misiones del IEME

Con frecuencia designamos al misionero con el apelativo de «conquistador»: diríamos que el concepto sintoniza muy bien con la ardorosa psicologia del joven y con el ambiente de lucha que hoy vive el mundo. Pero al ahondar en la esencia de esta vocación, que es la caridad, nos persuadimos en seguida de que el misionero ha de entregarse y en cierta manera ser conquistado él primero en sus afectos y energías por el pueblo que evangeliza, para así ganar a éste y llevarlo a Nuestro Señor Jesucristo.

Jesús mismo, el gran misionero del Padre, «amó a la Iglesia y se entregó por Ella» (1). El apóstol de las gentes, modelo de misioneros, nos descubre las disposiciones de su alma: «Yo de muy buena gana daré y aun me entregaré a mi mismo por vuestras almas, aunque amándoos más, sea menos querido de vosotros» (2): «impendam et superimpendar». La implantación de la Iglesia en nuevos pueblos y razas es tarea que exige dedicación total del misionero, sin reservarse nada para sí, a ejemplo de Jesús: «seipsum tradidit pro ea».

Permitidme, queridos semanistas, precisar desde ahora cómo entendemos aquí la caridad del misionero: ello puede interesar a cuantos se hallan en el deber de orientar las almas en punto a vocación misionera.

I. — LA CARIDAD DEL MISIONERO

No le seria suficiente un grado ordinario de caridad, que se limita a no molestar, sufrir con paciencia los defectos del prójimo y socorrerle alguna vez en sus necesidades mayores. En el misionero ha de brillar una caridad eminente: vivir el gozo íntimo de hacer todo el bien posible al infiel, al catecúmeno, al neófito, y en primer lugar a sus hermanos, los misioneros. Hacer todo ese bien, *inmolándose* (perdiendo de lo suyo: comodidades, fortuna, afectos de familia, diócesis, patria, salud, aun el honor y la vida, si llega el caso): «impendam et superimpendar», «hasta formar a Cristo en ellos» (3). Sólo así podrá el apóstol superar las dificultades de adaptación y hacerse «todo para todos, para salvar a todos» (4).

Su objeto

La caridad es la esencia misma de santidad y alma de todo apostolado. Para alcanzar la perfección que le exige su ministerio y hacer eficaz su labor de evangelización, el misionero ha de vivir inflamado en amor sobrenatural. O de lo contrario, será infiel a su vocación.

NOTA. — Las referencias a la encuesta van incluídas en el texto, designando el cuestionario con números romanos, la pregunta correspondiente con su letra mayúscula y la respuesta con el número marginal que lleva en la edición provisional.

(1) Ef. 5, 25.
(2) 2 Cor. 12, 15.
(3) Gál. 4, 19.
(4) 1 Cor. 9, 22.

Entre los prójimos, objeto de su amor, ocuparán lugar de preferencia sus hermanos de apostolado, los misioneros. S. S. Benedicto XV lo recomendaba vivamente a los superiores de Misión en la «Maximum Illud» (5). Y el gran P. Manna ha dedicado páginas bellísimas a este punto de innegable transcendencia en la vida misionera, pues también allí puede verificarse la sentencia divina «Omne regnum in seipsum divisum desolabitur» (6). Y hay que evitarlo a todo trance. «Para nosotros especialmente —dice el experimentado misionero— el mutuo amor es una necesidad, porque la benevolencia engendra en nosotros y en nuestros hermanos aquel estado de satisfacción que es condición indispensable para hacer cosas grandes por Dios. El que se halla descontento, desconfiado... no es capaz de arrojo y generosidad» (7). Y añade en tono de amargura: «¡Cuántas vocaciones se inutilizan, cuántos misioneros han rendido mucho menos de lo que habrían podido por la causa de Dios y de las almas, solamente porque no hallaron corazones benévolos que, particularmente en algunos momentos críticos de la vida, los comprendieran, guiasen y les infundieran valor y entusiasmo!» (8). «Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma» (9).

Y amar a los misionados. El lenguaje de la caridad es asequible a todos: civilizados y no civilizados son atraídos a la Fe mejor con la bondad del corazón que por el prestigio de la autoridad o de la elocuencia. La bondad, mansedumbre y paciencia del misionero conducen las almas a la verdadera Iglesia en un espacio de tiempo más o menos largo, pero siempre con seguridad y eficacia.

Amor apostólico

Pero no basta amarlos de todo corazón, como anota sabiamente el P. Charles. Dice el agudo misionólogo que «para ganar el afecto de cualquiera no es suficiente verlo tal como es (visión poco simpática); hay que verle tal como él se ve», es decir, se debe captar la idea que de sí mismo se ha formado el pueblo, la familia o el individuo, para nuestro caso, el infiel y los nuevos cristianos. Unicamente a sí se dará la necesaria comprensión para un amor, que ha de ser no de sola compasión, que ofende al orgulloso, ni de sola admiración y complacencia, que paraliza actividades, sino *amor apostólico*, que une en sí la compasión por lo que no tiene el infiel y debe recibir de la Iglesia, con la admiración por lo que tiene el infiel y puede dar a la Iglesia: amor dinámico y fuerte, que abraza la triste indigencia presente con la firme ilusión de un glorioso porvenir (10).

Este amor apostólico es objeto de calurosa recomendación en las cartas de San Francisco Javier: «Ruégoos mucho que con esa gente, digo con los principales, y después con todo el pueblo, os hayáis con mucho amor; porque si el pueblo os ama, y está bien con vos, mucho servicio haréis a Dios. Saber aliviar sus flaquezas con mucha paciencia, pensando que si ahora no son buenos, que algún tiempo lo serán» (11).

Necesidad

Su S. Benedicto XV, hablando de la santidad de vida necesaria a cualquier apóstol, decía: «De una manera especial tiene esto aplicación tratándose de quien ha de vivir entre gentiles, que se guían más por los sentidos que por la razón y para quienes el ejemplo de vida, en punto a convertirlos a la Fe, es más elocuente que las palabras» (12). La observación del Pontífice hace perfectamente a nuestro caso. Portador de un mensaje divino, que es más vida que doctrina, el misionero

---

(5) Maximum Illud, Bilbao, 1941, n. 11.
(6) Luc. 11, 17.
(7) Virtú apostoliche, P. I. M. E., Milano, 1955, p. 82.
(8) Ibídem, p. 92.
(9) Prov. 18, 19.
(10) Los «Dossiers» de la Acción Misionera, Bilbao, 1954, 48.
(11) Cartas y escritos, BAC, 1953, doc. 23, n. 2. Cfr. doc. 24, 64, 120.
(12) Max. Illud, n. 45.

deberá presentarse como un ejemplar vivo de la caridad, que es la esencia y compendio de ese mensaje sobrenatural. Más hoy, cuando el fracaso de muchos sistemas y creencias ha hecho escépticos y desconfiados los pueblos.

El tema en la encuesta

El año pasado el Rvdo. P. Antonio Brásio nos presentó aquí un vigoroso estudio doctrinal sobre la caridad como inspiración y energía motriz de la vocación misionera. Se refirió también al ejercicio de la misma virtud en los misiones de nuestros tiempos, según se refleja en la encuesta llevada a cabo por el Instituto Español de Misiones Extranjeras en colaboración con la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias.

El tema señalado en el programa para esta hora nos invita a ahondar más en los resultados de la misma encuesta y poner de relieve la importancia de la reina de las virtudes en el apostolado misionero y, por consiguiente, en la formación del mismo apóstol. Para ello se nos dan como fuentes las experiencias de los Superiores de Misión y de los Directores de las Casas de Formación, que ampliaremos con algunas otras muy aleccionadoras en esta materia.

II. — EN LAS OBRAS DE APOSTOLADO

En la Encíclica «Maximum Illud» leemos que para el misionero es aquel consejo de San Pablo: «Revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de modestia, de paciencia» (13). «Con el auxilio de estas virtudes —añade el Pontífice— caerán todos los estorbos y quedará llana y patente a la Verdad la entrada en los corazones de los hombres; porque no hay voluntad tan contumaz que pueda resistirles fácilmente» (14). Ampliando este mismo pensamiento, escribe S. S. Pío XII en la «Evangelii Praecones»: «Con especial agrado nos complacemos aquí en recomendar aquellas obras benéficas que tiendan a remediar toda clase de enfermedades, dolencias y necesidades. Nos referimos a los sanatorios, hospitales, leproserías, dispensarios, asilos de ancianos y niños y casas de maternidad. Estas obras que nos parecen las flores más bellas del vergel en que trabajan los sembradores de la palabra evangélica, nos ponen como delante de los ojos la silueta del Divino Redentor, que «pasó haciendo el bien y sanando a todos» (15).

Que los misioneros han sido fieles a estas consignas pontificias, ya antes inculcadas por la S. Congregación de Propaganda Fide (16), lo demuestra esa espléndida y universal floración de obras de beneficencia en todas las misiones. De ella nos hablarán ahora valiosas experiencias de 25 Ordinarios de Misión desde la India, China, siete países hispanoamericanos, Nigeria, Camerún Británico, Rhodesia y Guinea Española.

Importancia de las obras de caridad

A la primera pregunta: «¿Qué importancia se da en las Misiones a las instituciones y obras de caridad?», nos responden todos a coro: «Importancia grandísima; y procuramos desarrollarlas con el mayor empeño en la medida de nuestras posibilidades» (XXI, A). Y añaden que si tuvieran mayor número disponible de misioneras y fondos abundantes, «las ocuparían en hospitales, en más escuelas, orfanatos, colegios, internados; les encomendaría el curso de corte y bordado para las jóvenes de la Misión, asilos para ancianos, refugios para mujeres, unidades de enseñanza ambulantes», etc., (VII, B) Hasta dónde llega este vivísimo anhelo de ampliar las obras de caridad vemos en las respuestas que dan a la siguiente pregunta: «¿Qué número de misioneras tiene y cuál desaría tener?» —«Tengo 10 religiosas y desearia siquiera 30 más»; «tengo 8, desearía tener 50»; «actualmente hay en el vicariato 37; desearía por lo menos 25 más»; «192 hermanas en las Misión

(13) Colos. 3, 12.
(14) Max. Illud, n. 48.
(15) Evangelii Praecones, Bibl. «ID», 1952, n. 67.
(16) Sylloge n. 224, 20.

necesitaríamos 100 más»; «tengo un centenar de siete Institutos y quisiera tener siquiera el doble, y con sus títulos respectivos para todas»; «siete, y debieran ser 27». Y así los demás por el mismo estilo.

Los mismos Prelados nos explican las razones de esa gran importancia. Copiamos algunas. De Nigeria: «Porque... los razonamientos de orden teórico en favor del Cristianismo tienen escasa importancia en el orden proselitista entre los paganos. El camino para ganarles los corazones y las almas es el de las obras buenas de caridad y misericordia, hechas por amor de Dios y por el bien de los demás.» De Colombia: «Sin la caridad en las instituciones y la caridad organizada nada se haría en este territorio, donde las gentes todo lo esperan del misionero.» De la India: «Las obras e instituciones de caridad ofrecen al mundo no cristiano la prueba más espléndida de la caridad de la Iglesia de Cristo de una manera concreta y ostensible. Constituye la base sólida de nuestro trabajo apostólico.» Los demás Ordinarios consultados se expresan en términos muy parecidos. Y uno de ellos recuerda que «los Padres Blancos que Mons. Lavigerie mandó a las tribus mauritanas para que las convirtieran al Señor, habían recibido de aquel gran apóstol esta consigna: «En cien años no prediquéis el Evangelio; contentáos con ejercer la caridad allá donde vayáis» (XXI, A, 1, 11, 13, 23).

«¿Favorecen por igual a católicos y paganos dichas Instituciones de caridad en la misión?» Como esto depende mucho de las circunstancias, exceptuando la Obra de la Santa Infancia que, por sus bases, debe ser exclusivamente para hijos de padres paganos, en cuanto a las demás obras de caridad, la gran mayoría de los Prelados que participan en la encuesta responden que en tales instituciones se favorece por igual a católicos y paganos; tres de ellos dan preferencia a los paganos; tres a los cristianos; y cuatro distinguen así: los orfanatrofios, Jardines de la infancia, Casas de Socorro, escuelas, talleres y asilos se destinan con preferencia a los católicos; hospitales y dispensarios para todos.

Eficacia

Ya en los documentos pontificios como en los testimonios que hemos aducido de Prelados misioneros se da por descontada la eficacia de las obras e instituciones de caridad para ganar las almas a la Fe verdadera. Hemos oído antes a S. S. Benedicto XV afirmar que «con el auxilio de estas virtudes (compasión, benignidad, modestia y paciencia) caerán todos los estorbos y quedará llana y patente a la Verdad la entrada en los corazones de los hombres; porque no hay voluntad tan contumaz, que pueda resistirles fácilmente» (17).

Las experiencias recogidas en la encuesta nos permiten puntualizar esa eficacia, según las circunstancias de diferentes regiones.

Desde luego, los niños abandonados que con el bautismo y la educación cristiana son hechos miembros de la Iglesia representan un haber riquísimo de la caridad (XXI, E, 1). «Esta Obra (de la Santa Infancia) —nos dice un señor Obispo— es cierto, ha consumido muchas limosnas, muchos ahorros y muchos sacrificios; pero el fruto sacado por ella es sin duda el más sazonado, seguro y abundante, ya que han sido millones de almas las que por ella han ido a llenar los tronos del cielo por esas almas inocentes con sus coronas ante el altar del Cordero» (XXI, A, 16).

Mas por lo que a adultos se refiere, los Superiores de Misión, respondiendo a la pregunta: «¿Cómo juzgan e interpretan los paganos las obras e instituciones católicas de caridad?», nos dicen que en general —copio sus palabras— «los paganos se sienten atraídos a nuestra santa Fe, cuando ellos ven que los misioneros están sinceramente interesados en fomentar el bien de sus cuerpos y la salvación de sus almas; con frecuencia son atraídos al principio por el egoísmo... y solamente después de algún tiempo llegan a comprender los deberes que implica el pertenecer a nuestra Fe» (XXI, C, 1). «El trabajo de los Padres y Hermanos es muy apreciado por los paganos, musulmanes y cristianos no católicos: indirectamente atraen muchos a la Fe.» «En cuanto son capaces, aprecian y agradecen en extremo sus beneficios» (Ibídem, C, 1, 3, 5). Y de este mismo tono son los demás testimonios, casi todos. Hay excepciones.

(17) Max. Illud, 48.

Recelos

«En un principio —observa un Prelado— dudan de los fines que pretenden tales instituciones y hasta las otras religiones lo critican, suponiendo que "se hace con fines ocultos para engañar". Pero cuando tratan de cerca con los promotores o cooperadores, ya se cumple el dicho evangélico: "Por sus obras los conoceréis." La Santa Infancia pasó por el cedazo de la crítica e incertidumbre de lo más terrible que se pueda imaginar.» Esto mismo se ve confirmado por otro dignísimo Prelado: «Respecto de la Santa Infancia no siempre se halla unidad de pareceres. Unos admiran la obra y la apoyan y la enaltecen. Otros en cambio la miran "torvis oculis", y no todas las niñas que eran condenadas a una muerte prematura eran entregadas a la Obra de la Santa Infancia, aun cuando tuvieran medios fáciles de hacerlo y conocieran la Obra. Se puede buscar la razón. Para muchos chinos esta Obra es una condenación paladina y ruidosa de su cultura intelectual y de su estado social. Que vengan «extranjeros» a recoger lo que ellos tiran, a estimar lo que ellos desestiman es un bofetón público a su modo de apreciar las cosas y a su estado social, establecido y sancionado por todos sus sabios y todos sus antecesores. No quieren recibir lecciones de extranjeros: esto es algo humillante para ellos. Y lo más admirable es que este mismo modo de pensar y de juzgar se halla también entre algunos cristianos y aun sacerdotes chinos. Cuando empezaron los comunistas su campaña bien planeada contra la Santa Infancia, algunos sacerdotes chinos quisieron desde el primer ataque capitular y entregarse con todas sus armas. Pero qué ejemplo de heroicidad dieron entonces *todas* las niñas de la Santa Infancia, saliendo al encuentro de todos los ataques y exponiéndose a todos los peligros, aun morales y materiales en medio del abandono general en que se les dejaba... Algunas veces oí a algunos sacerdotes decir: qué lástima de arroz que comían las niñas de la Santa Infancia y dinero que se gasta con ellas. Cuánto mejor sería dárselo a obras de mayor lustre exterior para la Iglesia, v. gr. para Universidades y Colegios.»

En términos más generales se expresa otro Superior: «Algunos no católicos miran con cierta sospecha nuestras obras y las interpretan como métodos encubiertos de proselitismo.» Y esto pasa no sólo en China: «Muchas veces en la India ven en ellas (obras de caridad) un medio injusto de conseguir conversiones por medios materiales. Algunos jefes alaban las instituciones caritativas de los misioneros, pero a la vez ponen obstáculos en su camino.» Y de una misión hispanoamericana es la siguiente respuesta: «Los de nuestro territorio (miran las obras de caridad) con una indiferencia glacial, hasta el extremo de que no paran mientes ni se fijan en semejantes instituciones, las cuales pasan por regla general inadvertidas para la mayor parte de nuestros habitantes, incluso para los católicos, cuánto más para los paganos.» Una última pincelada oscura en este cuadro, no ciertamente muy halagüeño, nos pondrá un Superior de misión africana: «Estas cosas les hacen muy poca mella: las admiran, pero no se entusiasman por las mismas, ni se mueven a socorrer y ayudar al desvalido que en las mismas se halla acogido... Me atrevería a decir que casi las exigen y reclaman de los misioneros, viendo mal que no se ejercite de esta suerte la caridad con sus hermanos o semejantes. De esto, empero, a admirar el heroísmo que en algunas de las mismas se halla, como por ejemplo en las leproserías, etc., hay tanta distancia que no han llegado todavía nuestros indígenas a estas delicadezas...» (XXI, C, 11, 16, 12, 13, 24 y 25).

Ya en siglos anteriores experimentaron esta amarga desilusión los misioneros que evangelizaban China. Uno de los Ordinarios de Misión deja anotada en la encuesta: «Hemos de hacer observar un hecho que los misioneros quisieran dejar consignado (se refiere a los del siglo 17): esto es: que llegaron a observar el poco fruto espiritual que obtenían con estas obras de caridad entre los gentiles. Estos acudían a que les curaran las dolencias del cuerpo, pero luego se iban sin cuidarse la cura de sus almas, que era a donde iban enderezados los cuidados de los misioneros sobre todo» (XXI, A, 16).

Esterilidad aparente.

Sin gran esfuerzo se entiende que en estas regiones, donde las obras de caridad son recibidas con indiferencia, prevenciones u hostilidad manifiesta, su eficacia espiritual se verá impedida o retardada notablemente. Así, a la pregunta: «¿Se registran muchas conversiones al Catolicismo en esas instituciones de caridad?», uno de los Prelados misioneros consultados responde desde Africa: «Iba a decir que ninguna o alguna que otra nada más... Durante los 38 años que llevo en este territorio no

me consta de ninguna que se haya convertido al Catolicismo por haber visto y admirado la caridad en las instituciones..., siendo lo malo que han de pasar todavía muchos años...» (XXI, E, 22).

También de Africa nos dice otro Superior: «No hay conversiones directas en dichos establecimientos.» Tres de Hispanoamérica responden: «Muy pocas conversiones»; «El primitivismo en que viven no permite hablar de conversiones en el sentido corriente, sino que es obra de formación lenta en los internados indígenas, desde niño hasta llegar a mayores y se casan cristianamente entre sí en la misma Misión que los formó.» Respuestas procedentes de China distinguen así: «Si se trata de hospitales o de simples dispensarios, las conversiones se dan, pero no son muchas. Tratándose de asilos de ancianos, casi todos acaban por bautizarse, y se puede suprimir ese "casi" en la hora de la muerte.» «Las escuelas de hospitales generalmente están muy bien acreditadas y privan mucho en la opinión del pueblo. En ellas o con ocasión de ellas, se dan más o menos conversiones, pero no creo que sea en grandes contingentes. Creo sean más abundantes y efectivas en los Centros de estudios superiores.» «En las clases bajas las obras caritativas pueden ejercer alguna influencia en la conversión; por el contrario en los colegios dedicados a la educación de los hijos de las clases altas apenas si alguna o ninguna conversión. Sin embargo son muy necesarias y útiles y ganan simpatía y buena voluntad» (XXI, E, 2, 6, 15, 4, 16, 17, 11).

Consoladora fecundidad

Hay circunstancias que presionan en alto grado y favorecen al impulso sobrenatural de la gracia: «Cuando la época de fugitivos de guerra, se daban más conversiones, porque se les proporcionaba domicilio con el fin de que pudieran oír la prédica o leyeran folletos de propaganda.» «Los hospitales registran muchas conversiones en tiempos de epidemias. En otros tiempos, pocas.»

Algunos que conceden ser muchas las conversiones alcanzadas en las instituciones de caridad, dudan de que sean sinceras. «Los que se convierten, se convierten por las obras de caridad, sea por la caridad, por interés propio o por ambas cosas a la vez.» «Las conversiones que se registran en las instituciones de caridad son muchas, pero es mi opinión que dichas conversiones no deben de ser muy sólidas y es preciso someterlas a pruebas más patentes de sinceridad y perseverancia» (XXI, E, 10, 1, 12, 18).

Sólo una tercera parte de los Superiores consultados tienen considerable número de conversiones en sus obras de caridad. Copio algunos testimonios: De Africa: «Con la ayuda de Dios debemos todas las conversiones —unas 3.000 cada año— a las obras sociales y de caridad que nuestros misioneros realizan» (XXI, D, 1). Otro de Hispanoamérica: «Casi se puede decir que cuantos paganos se acercan a ellas se convierten.» Uno de la India: «En estas instituciones se registran conversiones, siendo medio eficaz para influir y atraer a los paganos.» Y, por fin, uno más de Hispanoamérica: «Debido a las obras de caridad practicadas con los isleños, registramos con frecuencia muchos casos de conversión al Catolicismo» (XXI, E, 8, 13, 19).

Viene muy de propósito recordar aquí a los pacientes semanistas que me escuchan los maravillosos resultados que las obras de caridad alcanzaron durante la última guerra chino-japonesa.

Al estallar el conflicto, S. E. Mons. Zanin, Delegado Apostólico, proponía a todos los misioneros el siguiente programa: 1) Orar sin cesar; 2) Trabajar sin descanso en socorrer a los desgraciados, y 3) Sacrificarnos, reduciendo al mínimum nuestros gastos. El plan fué cumplido generosamente por todos: Jerarquía, misioneros, religiosas y fieles. Pues bien, en todas las regiones de China, al acercarse el peligro, las muchedumbres buscaban refugio en la Misión Católica con preferencia a otros centros que estaban protegidos con pabellón extranjero. Copio de una carta escrita en el terreno mismo de los sucesos el 5 de octubre de 1938: «Estamos hechos a ver gentes que corren al Tienchutang (Misión católica) como a puerto de refugio, unos trayendo sus muebles y vestidos, otros llevando al misionero sus documentos de propiedad, éstos sus alhajas de oro que se guardan de generación en generación, aquéllos los ahorros de su vida... Y todo ello, sin un resguardo o recibo escrito del Padre... Y son paganos los depositantes en su ma-

yoría... Hasta abogados del Yamen (Mandarín) y procuradores de negocios o notables, muy duchos en el trato de gentes. Es un plebiscito en favor de nuestra santa Madre la Iglesia.» Famosa se hizo entonces la Zona Jacquinot, en Shanghai, donde el insigne jesuíta de tal nombre atendía a 200.000 refugiados; y por el mismo estilo las demás misiones a todo lo ancho y largo de la República.

Los pueblos paganos correspondieron con infinidad de «pienes» —inscripciones artísticas de agradecimiento— a los misioneros. En Pikiakiao se reunieron los principales con el alcalde y el comandante militar y todos se comprometieron a traer cada uno por lo menos tres familias a la religión católica; varios dieron inmediatamente su nombre como catecúmenos. «Todos se hacen lenguas de lo buena que es nuestra religión, y no hay uno que hable mal de Ella.» En Yuntsao, antes de muy escasas esperanzas para la Iglesia, se despertó un gran movimiento hacia el Catolicismo. Una sencilla mujer de Shanghai decía, y como ella muchísimos pueblos: «Quiero conocer una religión que enseña a ser tan bueno con los que sufren» (18).

Resumiendo: En pocas regiones se acusa una *eficacia inmediata* de las obras de caridad para decidir por sí mismas las conversiones. Pero, indefectiblemente, crean en todas partes una atmósfera de simpatía hacia la Iglesia Católica, deshaciendo con su fuego sobrenatural los hielos de indiferencias y prevenciones. Esta acción, a plazo más o menos largo según las circunstancias, es firme y segura. Lo dicen a coro todos los Prelados misioneros que hablan en la encuesta. Y a la luz de estas experiencias, valoramos mejor las palabras del Pontífice reinante: «Sin duda alguna, estas insignes instituciones de caridad gozan de extraordinaria eficacia para predisponer favorablemente los ánimos de los paganos, y los atraen a confesar la fe y a abrazar los preceptos cristianos» (19).

III. — EN LA FORMACION DEL MISIONERO

Con miras a esa futura vida de ardiente caridad habrá de orientarse necesariamente la formación del seminarista, sacerdote o religioso, que se siente llamado por Dios a trabajar en las avanzadas de la Iglesia misionera. Hablamos aquí no sólo de quienes ya se preparan en Casas de Formación especial para ir a misiones extranjeras; sino de todos los que en el colegio, noviciado, seminario diocesano, en la Acción Católica, en las Congregaciones Marianas, o sacerdotes ya en actividad, etcétera, todos los que se sienten problablemente llamados por Dios al apostolado misionero. Desde los primeros albores de la vocación, y sin esperar la hora de la entrega definitiva, debe cuidarse con el mayor esmero la propia formación, orientada hacia las Misiones, y en todas las etapas de esa formación arrojarán mucha luz las experiencias de la encuesta que ahora vamos a presentar.

Directores de Casas de Formación, pertenecientes a siete Ordenes e Institutos misioneros, responden ahora a nuestra pregunta: «¿Qué virtudes juzga más necesarias para el misionero?» Con gran énfasis y todos a una dicen: «Caridad, caridad, caridad»; «amor encendido a Jesucristo y a las almas». «Caridad y prudencia»; «caridad y virtudes de relación»; «caridad, obediencia y optimismo» (V, E).

Y al enfocar esta misma necesidad fundamental desde otro ángulo con la pregunta: «¿Cuáles son los puntos claves en los que se manifiesta con toda certeza una vocación misionera?», se ratifica diciendo: Puntos claves donde se manifiesta una vocación misionera son: «Querer salvar almas y sufrir por ellas por amor a Jesucristo»; «Deseo de llevar almas a Dios con particular gusto por todo cuanto a misiones se refiere»; «El don de entrega leal de sí mismo sin reserva alguna, acompañado de un buen juicio, de constancia y de espíritu de adaptación»; «Fuerte y duradera impresión del estado lastimoso del paganismo... Gran deseo de servir a la Iglesia donde Ella más lo necesite»; «Aptitud, virtud sólida y sana, amor apostólico» (V, F).

También los directores espirituales, que asisten al drama íntimo de conciencia, motivado por cada nueva vocación, nos atestiguan que el impulso más poderoso

(18) Siglo de las Misiones, 1939, p. 37 s.
(19) Evangelii Praecones, n. 58.

que anima al seminarista a seguir esta vocación suele ser: «El amor a Cristo y a las almas»; «Vehemente anhelo de salvar muchas almas de infieles»; «La necesidad grande en que se encuentran los infieles»; «Entrega incondicional en manos de la Iglesia para trabajar donde más apremia la evangelización»; «Darse a lo Javier» (XVIII, D). Gran amor a Dios, que quiere la salvación de todos; gran amor a la Iglesia, que debe arraigar bien en cada pueblo y cultura para realizar en ellos con eficacia su misión salvadora; gran amor a los infieles, que necesitan primeramente se establezca entre ellos la Iglesia visible con vida indígena suficiente para asegurar allí su permanencia.

Superioras de noviciados de siete Congregaciones diferentes, que responden a un cuestionario especial sobre la vocación misionera y la virtud de la caridad, abundan en estos mismos conceptos. Una de ellas afirma categóricamente: «Creo que el anteponer en los candidatos a la vocación misionera las aptitudes naturales y otras virtudes de índole contemplativa a la caridad práctica es el mayor error que se puede cometer en las Casas de Formación» (XX, A, 4).

Por su parte, los compañeros del aspirante a misionero —que suelen conocerlo mejor que nadie— interpretan siempre la ausencia de esta virtud como síntoma clarísimo de falta de vocación misionera, «espejismo, espíritu de aventura, deseo de cambio...» (XX, C).

Ejercicio habitual

«No es posible —se nos dice— alimentar la vocación misionera sin el ejercicio habitual de la caridad.» «Temporalmente, sí —precisa alguien—; permanentemente, no, si es verdadera vocación misionera. Podría darse una vida aparentemente apostólica por espíritu de filantropía o de aventura» (XX, B). La verdadera vocación al apostolado misionero germina y se desarrolla al calor vivificante de la caridad, cuando ésta es sincera y se traduce en hechos. En este punto conviene disipar una vana «ilusión que descuidaría el ejercicio inmediato y positivo de la caridad en el contacto actual y diario para soñar con ocasiones remotas y problemáticas» (XX, C, 2). Los grandes planes de abnegación y sacrificio en la vida futura de misiones, si no van garantizados con el ejercicio diario y actual de la virtud, no pasarán de vanas fantasías, que mañana se convertirán en manantial fecundo de sufrimientos para la propia víctima, inadaptada siempre, y en todas partes, para sus hermanos en el apostolado y aun para los feligreses y paganos.

¿Cómo habrá de ser este ejercicio habitual y diario de la caridad en el aspirante a misionero? Entre las respuestas que ha merecido el cuestionario XX, hay una que expone toda la idea clara y perfecta: «La caridad heroica de una constante donación, cual ha de ser la del misionero, no se improvisa. Desde los primeros años de su vida religiosa ha de *nutrirse* con el contacto directo y diario de Cristo (oración, sagrario y Evangelio), que llene e ilumine su vida; y ha de *ejercitarse* en abnegación, sacrificio, disciplina, servicio, que vayan dando flexibilidad y temple a su carácter» (XX, B, 2). Me vais a permitir, queridos semanistas, subrayar algunos conceptos enunciados en esta luminosa respuesta, que nos da una de las claves más seguras para distinguir las vocaciones auténticas de los sueños de aventura.

«La caridad heroica de una constante donación, cual ha de ser la del misionero, no se improvisa.» Si ha de ser enteramente fiel a los designios divinos, el misionero ha de vivir en permanente donación. Comienza dando sus cosas, personas y lugares queridos, para luego darse por entero: su tiempo, sus gustos y preferencias, hasta su preparación cultural y capacidad intelectual, sacrificando, como quien dice, su personalidad, la cual ciertamente disminuye no poco al sumergirse en un ambiente social y mentalidad colectiva, para él extraños y misteriosos, al menos durante largo tiempo: un verdadero enterrarse en el surco para que otros vengan a recoger el fruto: «si mortuum fuerit, multum fructum affert» (20) (VI, B, 22). Y esto, claro está, no se improvisa.

Si desde el principio de su formación, desde que siente la probable llamada del Dueño de la Mies, no procura ensayarse en esa donación total y sincera, traicionará los planes y designios del Señor. Tanto cuanto se haya reservado para sí mismo.

«Nutrirse con el contacto directo y diario de Cristo...; ejercitarse en... abnegación, disciplina, servicio...; Entregarse a El, y por El al prójimo: desde luego, al prójimo infiel y a los cristianos aún débiles en la fe, por quienes ya desde hoy ora y se sacrifica. No se concibe de otra manera esta vocación (XX, D). Pero hay algo más.

---

(20) Jo. 12, 25.

Cuando el aspirante a misionero oye hablar de amor al prójimo, vuela rápido en su imaginación a los campos de su futuro apostolado, y —cuando menos al principio— sólo ve allí paganos, sus queridos neófitos y catecúmenos, olvidándose del principal: su prójimo número uno, que es su hermano misionero, a quien debe amar, hemos dicho, y hacer feliz antes que a los indígenas, si se quiere hacer algo sólido y provechoso en la dura brega de implantar la Iglesia visible. Pues bien; por esta misma inconsciencia y desconocimiento de la realidad misionera, se fuga con facilidad del presente que ahora vive en el colegio, noviciado o seminario, importándole menos los intereses y el bienestar de la comunidad. Es ilusión fatal. Sólo pueden esperarse fecundas vocaciones misioneras en sujetos que guardan su puesto de hoy con gran espíritu de solidaridad, es decir, cumplen los deberes de su estado, animados por un vivo afán de hacer el bien y servir a todos, superiores, condiscípulos o inferiores, y aun a los sirvientes de la Casa o familia, llegando a cifrar en esto sus delicias. O que, al menos, se esfuerzan por acercarse a tan bello ideal.

Los obstáculos

Siendo esto así, «los obstáculos que se oponen a la caridad en el período de formación... pueden hacer perder la misma vocación». Con esas textuales palabras nos advierten los superiores consultados. Y señalan como obstáculos mayores y más peligrosos: «La falta de caridad del ambiente en que vive»; «El egoísmo en todas sus modalidades: individualismo personal y comunitario»; «La tendencia a juzgar peyorativamente los actos de los demás»; «La dureza de juicio»; «La pobreza de espíritu y exclusivismo nacionalista que nos harían ineptos para comprender a los otros, ya pueden ser los miembros de la comunidad, como los infieles»; «Deseo de una vida de aventuras... sin sentir el anhelo sobrenatural de procurar la gloria de Dios» (XX, E)

Testimonio del propio misionero

En confirmación de cuanto nos han dicho hasta aquí los Directores de Seminarios y Noviciados sobre la importancia básica del amor sobrenatural en la formación del auténtico misionero, y para cerrar esta apología viva de la caridad, aduciremos el testimonio del propio misionero. Su mirada retrospectiva hacia los años, ya lejanos quizá, de formación, iluminada ahora por una larga experiencia, tiene, sin duda, un extraordinario valor pedagógico.

Preguntados, pues, los misioneros: «Si ahora le fuese dado comenzar su formación, ¿cómo la llevaría a cabo?», responden que, si bien darían mayor importancia a algunos idiomas, ciencias, artes (mecánica, medicina, música y aun la cocina), en la formación espiritual que recibieron a base de intensa caridad, sólo desearían aprovechar mejor aquella orientación dada por los Superiores. «Cultivaría desde mis primeros años con esmero exquisito todas las virtudes sociales, especialísimamente la caridad.» Y uno más nos dice: «Sobre todo me tomaría por virtud de práctica la amabilidad: mi consigna la sonrisa, y siempre por encima de todo la paciencia de Job, para poder hacer frente sin tragar bilis a tantas cosas como se presentan que amargan el carácter y hacen infructuosa la labor misionera» (III, A, 2, 5).

CONCLUSION

Jesús ansía abrasar todo el mundo con el fuego divino que ha traído del cielo; y para tamaña empresa quiere enviar al humilde misionero, no con una antorcha en las manos, sino inflamado todo él en la llama viva de caridad, a encender en cada tribu, lengua y raza una hoguera inextinguible de amor, que es la Iglesia, siempre universal e indígena en todas partes: Reino de vida, de amor y de paz. Este es el plan amoroso de Jesús. Secundarlo con vivo empeño es deber de todo buen cristiano, y más del sacerdote, que participa de los poderes y anhelos del Divino Redentor.

XXII

Los Secretariados Diocesanos de Misiones y las Procuras Misionales y el Fomento de las Vocaciones Misioneras

DR. JOAQUIN MARÍA GOIBURU
Secretario Nacional de la U. M. C. y Director de «Illuminare»

Entre los elementos esenciales de la Organización Misional Pontificia figuran los *Secretariados Diocesanos de Misiones.*

Oficio de los mismos es movilizar la Diócesis entera en favor de las Misiones por el cauce de las Obras Misionales Pontificias.

Sus propagandistas deben recorrer con método y constancia todos los pueblos y parroquias para hacer llegar a todos los fieles la inquietud misionera, facilitarles el conocimiento del grave y urgente problema misional e inducirles a la cooperación espiritual y económica en pro de dicho apostolado.

Faltarían a su deber si no procuraran con todas veras promover en favor de este apostolado un poderoso y continuo movimiento de oración.

Faltarian igualmente a su obligación si descuidaran la labor de inscribir a los fieles en las Obras Misionales, contentándose tan sólo con la celebración esporádica de las Jornadas Anuales en favor de dichas Obras.

Pero faltarían al cometido principal de su misión si no cuidasen de fomentar con toda seriedad y decisión las vocaciones al Apostolado Misionero de la Iglesia en su cuádruple acepción de sacerdotes, hermanos coadjutores, religiosas y seglares misioneros.

Guardadas las debidas proporciones y cambiando un poco los términos, podemos aplicar la misma doctrina a los *Propagandistas de los Institutos Misioneros.*

«*Sólo los misioneros* —escribe el P. Manna—, *un mayor número de Misioneros santos y valerosos, resolverán el problema grave y urgente de la propagación del Reino de Dios; y por esto, quien quiera hacer verdadera propaganda, nada debe estimar más interesante para la gloria de Dios, nada más útil para la Iglesia y nada más indispensable para las almas, como favorecer las vocaciones misioneras. Este deber constituye la parte más noble, más preciosa y delicada de toda propaganda en favor de las Misiones.*»

Propaganda misional que a la larga no deriva en vocaciones misioneras, proporciona sólidos indicios para sospechar que está mal planteada. Es preciso revisar sus métodos, examinar sisu esterilidad es debida a la aridez natural del campo en que se trabaja o más bien a la ineptitud de los medios que se emplean.

DIFICULTADES QUE ENCUENTRAN LOS PROPAGANDISTAS

Y entramos en el campo de las dificultades que surgen al paso de la propaganda vocacionista ,realizada por los Secretariados Diocesanos de Misiones o por los Encargados de rocuras Misionales. Conviene conocer los obstáculos para acertar mejor con los remedios.

Unas dificultades se refieren a los mismos sujetos que realizan la propaganda. Otros pertenecen al campo donde ésta se realiza.

A) **La falta de tiempo:** Algunas contestaciones a la encuesta verificada incluyen entre las dificultades que se oponen al fomento de las vosaciones misioneras la faita de tiempo en los Propagandistas.

Esta falta de tiempo ha podido ser obstáculo cuando por la merma sufrida por nuestro Clero en la sangrienta persecución que segó tantas vidas sacerdotales, hubo que encomendar a personas recargadas ya de múltiples e importantes ministerios la propapagnda y organización misional diocesana.

Hoy, gracias a Dios, este grave inconveneinte se va obviando, merced a la abundancia de nuevas vocaciones sacerdotales y religiosas, que va permitiendo a los Prelados y Superiores encargar a un sacerdote exclusiva principalmente del movimiento misional en la Diócesis o en la Provincia religiosa.

Esta falta de tiempo quiere decir más bien que el sacerdote o religioso encargado del quehacer misional, atareados por su labor de organización, propaganda y recaudación, no puede atender al fomento de vocaciones misioneras diremos lo mismo que dejamos sentado al principio: Hay que revisar esa acción misional. Hay que establecer una jerarquia de valores en la ordenación de la propaganda y no descuidar lo que debe constituir la principal preocupación. Para ello no es necesario redoblar la labor y multiplicar las iniciativas; sino aprovechar lo que se hace ya en el campo de la piedad, de la formación, en las actividades normales que supone la propaganda para inyectar en todas ellas la inquietud vocacionista.

B) **Falta de ambiente:** Mientras unos afirman que la propaganda vocacionista misionera es siempre bien acogida, otros se quejan de la frialdad del ambiente que encuentran para ella.

Es verdad que hay regiones en nuestra patria donde la tradición religiosa favorece mucho la propaganda en favor de las vocaciones sacerdotales, religiosas o misioneras. Pero también es cierto que donde falta ese ambiente puede hacerse un poco más de lo que se hae para qu aquél exista.

¡Cosa singular! Donde más se quejan e nlas dificultades para la labor en pro de las vocaciones misioneras es donde la vitalidad de los Secretariados de Misiones permanece en su punto más bajo. No se recorre la Diócesis, no se predica frecuentemente de Misiones, no se procura la formación misional del Clero y de los fieles. No existe, en una pjalabra, una verdadera conciencia misionera. No nos extrañemos, por tanto, de la falta de ambiente para nuestra propaganda vocacionista misionera, pues la vocación supone de por sí, como toda planta delicada, un clima propicio y un terreno debidamente preparado.

Nunca deben odvidar los Propagandistas que el ideal misionero —son conceptos de Benedicto XV y Pío XI— es atractivo de por sí, y está dotado de tan honda simpatía que no puede presentarse debidamente a los fieles, sin que éstos lo comprendan y lo amen.

Las estadísticas anuales de la recaudación de las Obras Misionales Pontificias pueden engañarnos a este respecto.

Hoy Diócesis que, merced a su pujanza económica y a la propaganda desbordante de unos pocos días, especialmente con ocasión del Domund, pueden presentar una brillante rendición de cuentas; pero donde el ideai misionero no ha calado todavía las conciencias. ¿Dónde está la estadística de sus misioneros o de sus aspirantes a este suplime apostolado?

El amor verdadero a la patria, en tiempo de prueba, se manifiesta no principalmente con la contribución de dinero, de ropas, o alimentos, para los soldados del frente; sino con el ofrecimiento de la propia sangre para derramarla generosamente por aquélla.

Mucho se ha avanzado en España en estos últimos tiempos en cuanto a favorecer las Misiones extranjeras. Pero falta aún no poco para que la masa fervorosa de nuestros católicos, de nuestras familias cristianas llegue a formarse la conciencia integralmente misionera.

C) **El desconocimiento de los Institutos Misioneros:** Esta dificultad sale al paso en aquellas Diócesis, sobre todo, donde no existen Casas pertenecientes a

Institutos Misioneros, o por donde no pasan, sino de tarde en tarde, los Propagandistas religiosos.

Es lógico que la falta de contacto con los representantes de los Institutos Misioneros, constituya prácticamente una no pequeña dificultad para el brote normal de las vocaciones misioneras.

D) **Sacerdotes que no entienden el problema:** Con dejos de honda amargura se quejan varios propagandistas de haber encontrado dificultades donde menos las podían esperar: En los propios sacerdotes.

Sí, es verdad. Todos sabemos que existen sacerdotes de ambos cleros ,que ven con desconfianza y aun con cierta animosidad las vocaciones misioneras. ¿Cómo juzgar, por ejemplo, a un sacerdote que un domingo en plena misa de doce, en una gran ciudad de España, donde el Prelado cumple con verdadera ejemplaridad las consignas misioneras del Vicario de Cristo, se atreviese a decir estas palabras —la referencia es de un caballero que me las transmitió profundamente escandalizado—:

«Hay algunos que afirman que es preciso enviar misioneros a la India, a Indochina, al Japón... Y yo afirmo y sostengo, y repito que mientras tengamos aquí necesidades que remediar y suburbios que evangelizar, no se puede permitir la salida de más sacerdotes a tierras lejanas.»

Y no es uno, ni son solamente dos los que así piensan y hablan sin rebozo oponiéndose abiertamente al Magisterio de la Iglesia, clara y terminantemente manifestado por lo que a este punto se refiere, por el Papa cBnedicto XV —¡hace ya 37 años!— en su «*Maximum Illud*», por Pío XI en la «*Rerum Eclesiae*» de 1926 y por Pío XII en la «*Evangeliii Praecones*» de 1951.

Esa postura intelectual, además de se r totalmente contrarna a la doctrina misionera pontificia, implica oposición formal al dogma de la catolicidad y a la universalidad del sacedocio.

¿Cómo el pueblo católico va a interesarse por las vocaciones misioneras, si hay mentalidades sacerdotales que así discurren todavía?

Ya en 1909 el P. Manna, encendido en santo celo exclamaba: «*Sí, es cierto, aquí también se puede hacer mucho bien; pero repitámoslo: y entre los infieles, ¿quién lo va a hacer? ¿Quién propagará la fe? ¿Los protestantes? ¿Acaso será verdad que el corazón de los protestantes será más ancho que el nuestro? ¿Que su caridad es más universal?*»

Como obstáculo en algunas diócesis señala un propagandista religioso «*el temor de los superiores de que se les marchen los mejores muchachos a las Misiones.*»

A otros les objetaban: «*Si privamos de clero a las Diócesis de aquí, estas se volverán muy pronto peores que los países de Misiones.*»

Seminario ha habido en España donde por un alumno de gramática que quería ser misionero, tuvo que pagar un Instituto Religioso 4.000 pesetas para que lo dejaran salir.

¡Cuánto desconocimiento —pues no se puede achacar a mala voluntad— supone todo esto de la doctrina sustentada por los Romanos Pontífices!

E) **Falso concepto de las Misiones y de los misioneros:** Desde esta misma tribuna expuso magistralmente el P. Charles, S. J., cómo el falso concepto de las Misiones ha frustrado en flor muchas vocaciones misioneras. Dificultad ésta que, bajo diversas formas, queda apuntada también en las contestaciones a la encuesta.

Cuando el aspirante misionero apunta con timidez a su direitor espiritual su idea de ser misionero porque siente deseos de salvar las almas de tierras lejaans, respóndele aquél: «*Si quieres salvar almas, ¿para qué tan lejos? las puedes salvar también aquí y quizás en mayor número.*» Y aquel germen de vocación misionera que el Espíritu Santo sembró en un corazón infantil, queda esterilizado al soplo abrasador de aquella respuesta fatal.

¿Y quien habla de salvar así las almas, puede también hablar de la Acción Católica ,de la Acción Social?... Apostolados esto s que pueden muy bien sustituir al de las Misiones e nel cual pensó, en un principio, el presunto misionero.

—Otra falsa ilusión es la de crer qu basta con trabajar en favor de las Misiones. «*Algunos* —contetsa un misionero— *insisten mucho en la colaboración de todos en favor de las Misiones. Muchísimos se conforman con la simple co-*

laboración de oraciones, sacrificios y limosnas y concluyen que ya somos todos misioneros, que se trabaja mucho por las Misiones, que hay muchos cristianos. Esta mentalidad impide ver el aspecto más esencial de la colaboración misionera: el orientar, estimular y ayudar a los jóvenes para que se animen y decidan a hacerse misioneros.»

—Desorientan asimismo a los aspirantes a Misiones al desenfoque conque a veces se presenta la figura del misionera, pecando unas veces por exceso y otras por defecto. Para unos el misionero es un héroe, siempre en peligro de la vida, debatiéndose contra el clima riguroso, contra las fieras, atacado siempre por los enemigos de la fe. Un joven que no tenga temperamento excepcional y robustez física extraordinaria, no podrá sentirse llamado a empresa arriesgada.

—Por el contrario han despojado otros a la figura del misionero de la aureola de heroísmo bajo la cual era conocido en otros tiempos y que atraía la admiración de todos. La vida del Misionero es poco más o menos como la de un sacerdote de por aquí ,de un párroco de los suburbios o de un pueblecito colgado en la montaña. Un joven de altos ideales, que siente en el corazón el deseo de sacrificarse hasta la inmolación, ya no encuentra pábulo para su ambición en la vida misionera, ya no la admira, no la ama, no se entrega a ella.

Otro peligro para las vocaciones —y real en no pocos casos— proviene de cómo presentan ciertos propagandistas los progresos de su Misión, exponiendo sólo los triunfos obtenidos y ocultando los fracasos o el dificultoso desarrollo de la evangelización. Esto origina una falsa ilusión en algunos lectores u oyentes, los cuales, quedan, sí, gratamente admirados y sobrecogidos por las victorias alcanzadas, y piensan para sus adentros que ya que la cosa marcha tan bien ¿en qué puede aprovechar su ofrecimiento personal?

Cuando el P. Jollain, S J., visitaba la Exposición Misionera del Vaticano, el año 1925, se encontró con un niño de 12 años muy vivaracho e inteligente.

A la pregunta del Padre, si quiere ser Misionero, contesta con mucha seriedad, que si lo ha pensado; pero que reflexionando mejor, después de haber visitado la Exposición Misional, ha calculado que dentro de unos 20 años, cuando sea ya hombre, con tantas Misiones y misioneros, el mundo se habrá convertido y así no habrá trabajo para él.

Algo así sucedió en la primera Edad Media con los cristianos de Europa. El creer falsamente que el mundo terminada en el Mediterráneo, en España y en las Islas Británicas y el contemplarlo ya cristiano, apagó el entusiasmo misionero, tan vivo en los primeros siglos de la Iglesia, cuando había aún muchos pueblos que evangelizar.

LA OPOSICION DE LAS FAMILIAS CRISTIANAS

Hay regiones en nuestra Patria donde la falta de tradición vocacionista religiosa, el sentodo excesivamente práctico de la vida, o el apego sentimental al terruño se oponen al desarrollo normal de las vocaciones misioneras; vocaciones que exigen de los padres y hermanos un concepto más exacto y elevado de los derechos supremos de Dios sobre los individuos en la orientación de sus vidas y de las exigencias imperiosas de la Iglesia en la hora presente en relación con el apostolado misionero.

A los Propagandistas toca preparar los ánimos de los familiares para que sepan responder como lo hizo el padre de Teofano Venard, cuando sus amigos trataban de consolarle de la decisión de su hijo de partir para las Misiones: *«No, si yo no me opongo. ¿Cómo me voy a oponer? ¿Cómo se cumplirá la profecía de Nuestro Señor, de que su Evangelio será anunciado por todo el mundo, si los padres de familia prohibimos a nuestros hijos abrazar la vocación misionera?*

Hay que educar a las madres, para que rueguen todos los días a Dios a fin de que les conceda un hijo misionero. Hay que enseñar a los padres a juzgar no como a un doloroso deber a cumplir, sino como un altísimo honor que agradecer a Dios, el acceder a la vocación misionera de sus hijos.

LA FALTA DE AYUDA ECONOMICA

Un Procurador de Misiones se queja —y no sin motivo— que en alguna Diócesis usan de una especie de discriminación respecto a la distribución de las vocaciones. Los niños jovencitos de familias relativamente acomodadas, esos van al Seminario. Los demás son ofrendados a las Escuelas Apostólicas, donde nada se paga o muy poco; olvidándose de que el camino a seguir lo ha de marcar el interesado. Si hay que darle algún consejo u orientación debe tenerse en cuenta m6s que sus condiciones económicas, sus deseos y sus aptitudes.

Es preciso deshacer la falsa idea de que para ser misionero es más que suficiente una mediana capacidad. No conocen los tales consejeros el altísimo concepto qu edel misionero se han forjado los tres últimos Pontífices según lo exponen en sus inmortales Encíclicas.

MEDIOS DIRECTOS PARA UNA EFICAZ PROPAGANDA VOCACIONISTA

Expuestos ya —tomándolas de las contestaciones a la encuesta— las dificultades que para la propaganda vocacionista encuentran los encargados de los Secretariados Diocesanos y de las Procuras, vengamos a los medios prácticos que deben poner en acción para hacer aquella más eficaz.

No voy a hablar de los medios de acción indirecta, pues me alargaría demasiado y todos los pueden suponer: Todo aquello que de una u otra manera ayuda a formar la conciencia misionera integral del pueblo católico, todo ello puede considerarse como medio indirecto, que, practicado con método y constancia, promoverá a la larga una verdadera floración de vocaciones misioneras: Predicación, dirección espiritual, conferencias con proyecciones, prensa, cine, radio, teatro, cánticos, desfiles, exposiciones, etc.

Voy a fijarme más bien en los *medios directos,* en aquellos que tienen por objeto propio e inmediato el fomento de las vocaciones misioneras.

Una afirmación vaya por delante: No bastan ni pueden bastar al Secretariado de Misiones, lo mismo que a todo propagandista misional de un Instituto, los medios indirectos de propaganda vocacionista.

Es menester flamear paladinamente, sin miedo y con decisión en la propaganda misional, el tema vocacionista.

DIA DE LAS VOCACIONES MISIONERAS

¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

Los últimos Pontífices no cesan de recomendar con verdadero encarecimiento el fomento de las vocaciones misioneras. «*Deben aunarse los esfuerzos de los Obispos y de todos los católicos para que se ausente y multiplique el número de los Misioneros.*» (*Pío XI - Rerum Eclesiae.*) Se sobreentiende que el Papa habla de esfuerzos continuos, como es continua la necesndad del aumento de las vocaciones misioneras.

«*Sabed que será la más exquisita prueba de afecto que daréis a la Iglesia si os esmeráis en fomentar la semilla de la vocación misionera*» (*Benedicto XV - Maximum Illud.*) El cultivo de una planta exige una labor constante.

Pío XII concreta un poco m6s. El también desea que constantemente nos esforcemos por el aumento de las vocaciones misioneras. Pero además, «*es preciso organizar días especiales de las vocaciones misioneras, con horas de adoración y sermones apropiados; y estos cada año, en todas las parroquias, en los colegios, casas de formación de la juventud, en el Seminario* (*Soeculo exeunte octavo.*)

En España se ha señalado el día 3 de Diciembre, festividad de San Francisco Javier, como Jornada de las Vocaciones Misioneras en general. Hay Institutos que celeban, además, el día de sus propias vocaciones en otras fechas del año.

He aquí un magnífico medio que debe centrar el interés más grande de todo verdadero propagandista misional: *La Jornada de las Vocaciones Misioneras.*

Tiene en contra esta fecha del 3 de Diciembre que suede ser día laborable. Pero podemos en ese día hacer llegar a un buen número de almas el conocimiento de este problema y recabar su colaboración para resolverlo.

Tengo en mis manos un «Dossier» sobre la preparación de esta Jornada en el último año, perteneciente a un ejemplar Secretariado Diocesano de España: el de Madrid.

Por él se pueden apreciar las grandes posibilidades que se ofrecen a un diligente propagandista para promover la celebración de esta Jornada.

El plan de propaganda comprende:

1) Los anuncios en el boletín del Obispado.

2) Las circulares para sacerdotes y religiosos y religiosas sin exceptuar una sola persona o centro.

3) Las tres publicaciones periódicas del Secretariado, dirigidas a los sacerdotes, fieles, adultos y niños, orientadas especialmente hacia este día. La enviada a los sacerdotes contenía un magnífico material de predicación y oración.

4) Los carteles, distribuidose a todas las sacristías, templos y centros religiosos. Impresos varios, como una meditación ad hoc, distribuída a los sacerdotes y religiosos. Un ramillete espiritual (que dió por resultado cerca de dos millones y medio de actos) y volantes de adhesión.

Es evidente que una acción conjunta de los Secretariados Diocesanos de Misiones, promovida desde el Centro Nacional, adquiriría proporciones mucho más amplias que las actuales. ¿Y por qué no concurrir también a este esfuerzo los Propagandistas de todos los Institutos Misioneros?

Si todos colaboran ejemplarmente en el Domund ¿por qué no también en esta Jornada? Su colaboración a ella nada habia de restar, por otra parte, a sus propias campañas en las fechas respectivas.

ORACIONES PUBLICAS Y FRECUENTES

Pero es evidente que para un problema trascendental y permanente, como es el de las vocaciones misioneras, no basta con un Día anual de oraciones, de comuniones, de predicación, de sacrificios... Hay que pensar con seriedad en una oración más frecuente, pública y privada en pro de dichas vocaciones. Es lo que aconseja Pío XI en la «Rerum Ecclesiae» con tanto encarecimiento y que en muy ocas diócesis y templos se cumle: «*En primer lugar procurar de palabra y por escrito introducir entre vuestros fieles y hacer que crezca la santa costumbre de "rogar al Señor de la mies" que envíe obreros a su campo y pedir para los infieles los auxilios de la luz y gracias celestiales.*

Reparad que he dicho la "costumbre y uso constante" y duradero de orar; porque, como todos vemos, ésta ha de lograr e influir necesariamente con la misericordia divina, mucho más que las plegarias aisladas o encargadas sólo de cuando en cuando.»

...«*Por esto hariais una coca muy conforme con nuestros deseos y en armonia con el pensamiento y los sentimientos del pueblos fiel si mandáseis que en las catedrales y en los demás templos se añadiese al Rosario de la Virgen y a otras preces semejantes y después de ellas, alguna oración en favor de las Misiones y de la conversión de los gentiles.*»

...«*Invítese y exhórtese con calor a esto mismo, Venerables Hermanos, principalmente a los niños y a las Vírgenes consagradas a Dios.*»

El florecimiento actual de vocaciones sacerdotales en nuestra patria es sin duda ,en gran parte, fruto re la oración promovida por la Obra del Fomento de las Vocaciones Sacerdotales. ¿No se podía añadir a esa plegaria por los sacerdotes —siguiendo las indicaciones pontificias— alguna petición especial en favor de los misioneros? Así los asociados a la Obra del Fomento de Vocaciones Sacerdotales pedirían todos los das por los aspirentes a misioneros y los asociados a las Obras Misionales Pontificias y particulares, harían también suya la oración que mira más bien hacia el Seminario y los sacerdotes diocesanos.

LA ORACION DE LOS ENFERMOS MISIONEROS

Todos sabemos que la oración aureolada por el dolor tiene un poder especial de intercesión. Pues bien, los doscientos asociados a la Unión de Enfermos Misioneros que en España se acercan ya a la cifra de 60.000, dirigen de un modo especial las plegarias y sus sufrimiento diarios hacia la conversión de los infieles, santificación d elos misioneros y al aumento de las vocaciones misioneras.

Todas las mañana son invitados a hacer este hermoso ofrecimiento al Señor: *¡Oh Cristo Jesús!, que me habéis llabado a participar de vuestra Cruz, crucificándome por la enfermedad y la invalidez; yo os ofrezco hoy mis sufrimientos, las penas de mi vida de enfermo y os suplico las unáis a las que padecisteis en vuestra Pasión y a las que tuvo que sufrir vuestra Madre Dolorosa. Dignaos ofrecérselas a vuestro Padre Celestial por la santificación de los Misioneros, la multiplicación de las vocacones apostólicas y la conversión de los infetes. ¡Oh, buen Maestro! Haced que yo llegue a sufrr con alegría por vuestra mayor gloria, dadme la suficiente generosidad y todo et amor necesario para sufrir la prueba; y cuando el sufrimiento sea más pesado y más dolorosas las crisis, haced, oh Jesús, que pueda responderos con un "hágase tu voluntad", gozoso y amante.»*

Fomentar, por tanto, la Unión de Enfermos Misioneros y su anual Jornada de Pentecostés, es procurar directamente, y de la manera más eficaz, el aumento de las vocaciones misioneras.

EL TEMA VOCACIONISTA EN LAS REUNIONES SACERDOTALES

Dice Pío XI en la Rerum Ecclesiae: «*Todos los sacerdotes prediquen al pueble en favor de las Misiones cuanto y donde puedan; y procuren a su vez, en días y reuniones prefijadas, se trate de las Misiones en común y fructuosamente.*»

Para que los sacerdotes sientan el proselitismo misional vocacionista y lo extiendan al pueblo cristiano es preciso que los propagandistas misionales de ambos cleros siembren esta inquietud y lleven al conocimiento de este deber a las reuniones sacerdotales.

¿Por qué no hablar sobre este tema en los Congresos diocesanos que cada dos años han de celebrarse en cada diócesis donde está la Unión Misional implantada? ¿No consta, acaso, en los Estatutos de la Pía Unión como uno de sus principales fines: «*fomentar en las familias cristianas las vocaciones misioneras ya para el sacerdocio, ya para el oficio de auxiliares de ambos sexos para las Misiones?*»

Y ¿cómo enfrentarse decididamente con el tema vocacionista si no se ha realizado un estudio serio sobre este problema?

Puede y debe tratarse de este tema en los Retiros Sacerdotales, pueden aprovecharse los Ejercicios al Clero para hablar claramente sobre este asunto. Más aún: Puede recomendarse a los Directores de Ejercicios, para sacerdotes o para fieles que no olviden este tema.

«*Creo yo* —contesta el Director Diocesano de Misiones de Granada— *que sería un medio preciosos y sin igual (al menos yo lo utitizo siempre con fruto), et dar a los ejercicios de San Ignacio su carácter misional. Es una pena que no se les saca el partido misional que encierran.*»

Hay que llevar al convencimiento íntimo del Clero que *es una injusticia* contra los derechos de la Iglesia, no sólo el impedir de alguna manera las vocaciones misioneras, sino el no hablar abierta y frecuentemente en favor de ellas. Que es una ignorancia imperdonable —después de tan claras enseñanzas pontificias— el confundir las necesidades de aquí con las Misiones de ellí; ya que aquí está la Iglesia establecida y las Misiones de allí son Misiones, porque todavía no lo está; y el oficio de plantar la Iglesia, distingue al Misionero del sacerdote de aquí, como es distnto el oficio del que planta un árbol y el que corta la madera en el bosque o el del carpintero que con ella fabrica un mueble. Que tal actitud de animosidad, de indiferencia o de confusionismo acerca del problema vocacionista misionero daña en pri-

mer término al sacerdote que la sustenta y a la obra pastoral que realiza. Porque si es verdadera la aseveración de Pío II: *«Aseguramos solemnemente a todos los ministros de la Iglesia... que la colaboración prestada por el pueblo cristiano para la salvación de los infieles produce frutos excelentes de renovación de la fe y que tantos mayores progresos realiza la piedad, cuanto más crece el interés por las misiones.»* También es verdadera la enunciación contraria, es decir: que tanto más decae la fe cuanto m6s disminuye la cooperación a las Misiones y que tanto más se debilita la pedad cuando más se debilita el interés por ellas.

La gravedad y urgencia del problema vocacionista ha llegado a tal punto que es deber de los propaganditas misionales poner coto a actitudes y expresiones antivocacionistas, como la arriba registrada, que tanto escándalo producen en los fieles fervorosos y que en definitiva tanto perjuicio causan al nacimiento y desarrollo normal de las vocaciones misioneras.

EN LOS CENTROS DE ENSEÑANZA

Sobre la labor a desarrollar en el Seminario os hablará más autorizadamente que yo mi ilustre amigo el Excmo. Sr. Obispo-Coadjutor de Cádiz. Sobre los colegios de segunda enseñanza os ha dirigido su elocuente palabra, avalorada por una enorme experiencia, nuestro querido Director Nacional.

Unicamente quiero recalcar que es precisamente en los Seminarios y en los Centros de segunda enseñanza, donde los propagandistas han de realizar preferentemente su más constante e inteligent campaña vocacionista.

Los propagandista misionales deben suplir en los colegios y escuelas de Religiosos la inexplicable omisión en que recaen no pocos Directores Espirituales y Superiores. Al hablar de los caminos a elegir en el problema de la vocación juvenil; no dejan, es cierto, de enumerar los del estado sacerdotal y religioso. Es muy furte en la Diócesis la campaña pro-Seminario para que descuiden el primero; y es mucho el interés del propio Instituto para que olviden el segundo.

Pero ¡al!, por desgracia, nada suele hablarse a los muchachos o muchachas, de manera especifica de la vocación al apostolado misionero.

LA PRESENCIA DEL MISIONERO

Gran parte de las contestaciones a la encuesta coincide en apreciar como instrumento magnífico de propaganda vocacionista la actuación personal del Misionero. Dándose cuenta de esta realidad los Institutos Misioneros ya no encargan de sus Procuras a religiosos que no han estado en las Misiones, sino a misioneros auténticos, con barba si es posible. Procuras que antes, en manos de un religioso, por demás celoso y bueno, pero sin la aureola y experiencia del apostolado lejano, languidecian a ojos vistas, han adquirido vuelos insospechados en manos de un misionero nombrado para dirigirla.

«Yo pediría a las Procuras de los Institutos Misioneros, primeramente una ayuda negativa.» Es decir, una ausencia de partidismos, visiones estrechas, egoísmo en su propaganda.

En segundo lugar, tener conocimiento de su paso por la Diócesis, para aprovecharlo, y crear una cooperación entre los misioneros y propagandistas de los Institutos y el Secretariado. aPra así visitar con ellos, el Seminario, los colegios, etc.

Así salimos todos beneficiados; Ellos, pues les podemos ayudar, orientar, acompañar, etc.; y nosotros, pues es un magnífico medio de propaganda.

Magnífico ejemplo de este proceder es el de los PP. Blancos, en sus viajes de propaganda por la Diócesis.» (Respuesta del Director Diocesano de Misiones de Cádiz.)

«Los Secretariados deberían recibir todas las revistas y publicaciones misioneras de todos los Institutos misioneros. ¡Esta sería una buena ayuda! Creo que necesariamente tenemos que sintonizar más los Secretariados y los diversos Institutos. Generalmente tenemos un poco de miedo a las propagandas "exclusivistas", y creo que si presentáramos más a menudo a la Iglesia Misional trabajando por medio de sus Misioneros, se haría mucha más labor. Otras veces nos damos cuenta que aquel miedo es solamente un prejuicio, pues en esa Diócesis han venido misioneros de propa-

ganda, que lo han hecho a las mil maravillas, En resumen: un más íntimo conocimiento y una más estrecha unión. Insisto en que las revistas y publicaciones constituirían, a mi parecer, una ayuda inigualable.» (Director Diocesano de Misiones de Albacete.)

CONTACTO ESTRECHO Y FRECUENTE DE LOS SECRETARIADOS Y LOS INSTITUTOS MISIONEROS

«Considero de gran beneficio a la empresa misionera de la Iglesia, la comunicación estrecha y frecuente, entre los Institutos Misioneros y las Obras oficiales de cooperación misional. Esta comunicación nos proporcionaría, en primer lugar, el conocmiento de los que son, lo que hacen, dónde están, cuáles son las obras y cuáles los trabajos y dificultades de estos Institutos y; en segundo lugar, con el conocimiento vendría el mayor aprecio de las obras y de las personas.» «Conocerse más, para amarse más.» (Director diocesano de Misiones de Tuy.)

Sí, es menester un contacto más estrecho entre los propagandistas religiosos y los encargados de la Organización Misional Pontificia. Es ya magnífica la ayuda que reciben las OO. MM. PP. de los Institutos religiosos con ocasión de las Jornadas anuales misionales ,especialmente del DOMUND, pero es de desear que esta colaboración se perpetúe a través de todo el año.

Así lo hacen algunas diócesis de Italia, como en Milán, Bergamo, Brescia y Trento, por ejemplo, donde sacerdotes religiosos recorren en nombre del Secretariado diocesanos de Misiones en los días festivos las parroquias celebrando actos extraordinarios de propaganda misiones en favor de las Obras Misionales Pontificias. El Secretariado les concede un tanto por ciento de la recaudación obtenida en estos días misionales extraordinarios, en beneficio de sus Obras o Misiones particulares.

LITERATURA VOCACIONISTA

Es eficacísimo el ejemplo vivo, personal, del Misionero para despertar vocaciones misioneras —no lo olviden los Propagandistas diocesanos—; pero también es muy eficaz, con la ventaja de estar siempre a mano, la literatura especialmente dirigida.

«Una constante experiencia —escribe el P. Manna— *lo está demostrando y lo confirman con gusto más del 90 % de nuestros misioneros.»*

Al citar al P. Manna no puede menos de recordar y recomendar a todos los propagandistas su aúreo libro *«Los obreros son pocos»*, escrito en el año 1909 y del cual se han hecho diversas traducciones a las lenguas más importantes del mundo.

«Probado por el Señor —se lee en su prólogo— *con una forzosa retirada de mi querida Misión, me preguntaba, cómo emplear bien el tiempo que mi enfermedad me retenía aquí, lejos del campo del trabajo.*

Cierto día, leyendo aquello de los Hechos de los Apóstoles en su capítulo IX, *me fijé en aquellas palabras del Señor a Ananías: «—Levántate, ve y busca en casa de Judas, a una de Tarso que se llama Saulo, que está en oración...»*

Súbitamente me asaltó la idea: Yo por ahora no puedo ser un Pablo... ¿Por qué no hago de Ananías, ante algunos jóvenes destinados por Dios; y escogidos como Vasos de elección y que tal vez como aquel, están esperando una sola palabra de estímulo, de aliento para decidirse a abrazar su gran vocación de llevar el Nombre de Jesús ante los Gentiles...?

Y si tus palabras —me decía— no valen nada para mover los ánimos, valdrán al menos la de tantos héroes de la Fe, la de tantos celosos Obispos que pueden referir...

Por eso, estas páginas quieren llegar a algún joven que está como Saulo preguntándole a Dios: «—Señor, ¿qué quieres que yo haga?»; y entregarle el mensaje de Ananías: «Hermano Saulo, me ha mandado el Señor Jesús que se te apareció en el camino cuando venías, para que tú vayas, lleno del Espíritu Santo...»

Folletos como *«Voluntarios»* del P. José Julio Martínez, S. J., bien orientados, hacen y seguirán haciendo muchísimo bien entre nuestros chicos y jóvenes.

«La Novela de un misionero», traducida por *«El Siglo de las Misiones»*, es otra obra que el propogandistas debiera recomendar a todos los colegios católicos, pues toca directamente y con gra nemoción y maestría el prablema de la vocación misionera y de las dificultades de todo orden que tiene que remontar al aspirante a ese apostolado.

Réplica femenina de esta novela es el boceto dramático de Ignacio Villanueva *«Jornadas de Amor»*; que tendrá algún defecto técnico —no lo dudo— pero es de mucho mayor verdad y fuerza que la mayoría de las piezas teatrales misioneras que corren por los escenarios de colegios femeninos.

Las vidas de los grandes misioneros, comenzando por la de San Francisco Javier, son asimismo magnífica literatura de propaganda vocacionista.

En cuanto al terreno cinematográfico ojalá se cumpla pronto el voto formulado por el encargado de la Procura de la Misión del Japón, de los Jesuitas de Sevilla, en su contestación a la encuesta:

«Quizás una mejor organización de todos los que trabajamos en este aspecto para producir e importar del extranjero más y mejores "films" misionales, pudiera ser una abundante fuente de vocaciones misioneras.»

UNA GUIA PRACTICA DE VOCACIONES MISIONERAS

«Estimo que sería muy útil —sugiere en su respuesta el Director Diocesano de Misiones de Granada— *una guía práctica de las vocaciones misioneras. Yo quisiera encontrar en esa guía práctica, primeramente unas normas sencillas y prácticas para conocer una buena vocació de Misiones. Si es posible, que sí lo es, hasta con ejemplos.*

En segundo lugar, una relación detallada de los diversos Institutos Misioneros (principalmente de España, como es natural) de enseñanza, beneficencia, contemplación, ministerial, etc.; co el mayor número de detalles prácticos, ocupaciones, noviciado, aptitudes, edad, etc.; hasta, si es posible, el número de calcetines que hay que llevar y la pensión que hay que pagar de entrada... Esto nos facilitaría enormemente el encuadramiento de cada vocación que surge. Ahora hay que andar pidiendo a cada Instituto un Reglamento, esperar que eescriban y eso cuando sabe uno a donde dirigirse. Es muy práctica la lista que viene en el libro del Dr. Goiburu "Parroquia y Misiones", aunque la encuentro corta y poco detallada.»

La lectura de esta respuesta me da ocasión para sugerir una propuesta, que será, el mismo tiempo, el punto final de este sencillo comentario.

Todos estamos conformes en que hasta ahora hemos hechos muy poco en España por acometer de frente, con método y constancia, el problema vocacionista misionero.

Diversas circunstancias invervienen ahora en nuestro favor. Se nota en el ambiente apostólico español un deseo sincero de mayor entendimiento, de mejor comprensión, de un más amplio espíritu de colaboración entre ambos cleros. Por lo que atañe a la actividad formativa misional, es de hace varios años, la cooperación, eficacísima y cordial de destacados religiosos a la labor desplegada por la Dirección Nacional de Misiones.

También en los ambientes diocesanos son cad aaño más frecuentes los contactos entre los religiosos propagandistas y los Secretariados Diocesanos de Misiones.

En los últimos tiempos, como consigna de cada DOMUND, extensiva a todas las actividades misionales del año respectivo, se ha puesto un lema, en torno al cual gira ideológicamente la propaganda dirigida desde el entro Nacional de la Organización Misional Pontificia. La "esperanza" fué la consigna misional para el año pasado. La fe lo es para el presente. El Mundo Mejor lo será para el año venidero.

Pues bien: Yo propondría que el año 1958, girase toda propaganda misional en torno al lema de las Vocacioness Misioneras... Estoy seguro que los Institutos Misioneros han de orientar hacia él toda su propaganda misional por medio de sus revistas, de sus conferencias, de su predicación, de sus asambleas y congresos.

Más aún: atendiendo los ruegos de diversos centros misionales diocesanos, me atrevo a sugerir que el Centro Nacional, en íntima colaboración con los Ins-

titutos Misioneros de ambos sexos, edite dos folletos bien concebidos y ejecutados, sobre la vocación del misionero y de la misionera, resectivamente.

El primero llevaría un complemento dedicado al Hermano Coadjutor, y ambos un apéndice con la lista, lo más detallada posible, de todos los Institutos Misioneros, juntamente con las condiciones que exigen para su ingreso en ellos.

Tenemos por delante todo el año 1957 para preparar dicha campaña vocacionista misionera.

La unión del Centro Nacional con los Superiores de los Institutos Misioneros, de los Secretariados Diocesanos con las Procuras religiosas, de los fieles asociados a las Obras Misionales Pontificias co nlos encuadrados en las Organizaciones particulares, conseguiría frutos insosechados.

La grandeza de los objetivos a conseguir bien merece un esfuerzo acorde, serio y constante.

No podemos consentir por más tiempo la injusticia distributiva que supone el que de 380 mil sacerdotes existentes, solamente 25.000 actúen en el inmenso mundo de las Misiones, y de que de millón y medio de religiosas únicamente 65.000 dediquen sus afanes a las tres quintas partes de la Humanidad.

Directores Diocesanos de Misiones, compañeros nuestros, celosísimos un día e nel trabajo de cooperación misional, abrumados por esta terrible desproporción y deseosos de contribuir más personalmente a implantar la Iglesia donde aún no lo está, cambiaron sus instrumentos de propaganda por el bordón del misionero... Ahí tenéis al misionero de Yamaguchi, P. Domenzaín, Director un día en Pamplona; ahí está en la India el P. Teodoro Campos, jesuíta como el anterior, antiguo director diocesano de Burgo de Osma; por las selvas amazónicas avanza, machete en mano, don Casimiro Saralegui, hasta ayer Director Diocesano de Pamplona, y hoy misionero de barba hirsuta, al servicio de la Prefectura Apostólica de Leticia confiada a los Padres Capuchinos.

Su ejemplo nos señala una orientación, constituye para nosotros un eficaz estímulo.

Es necesario que cada Centro misional, diocesano o religioso, se convierta en nervio y motivo de una intensa campaña vocacionista.

Busquemos oraciones con afán, en favor de las Misiones. Recabemos abundantes limonsnas para ellas, pero con mayor interés, como la preocupación máxima de nuestra actividad proagandística, procuermos el momento de las vocaciones misioneras.

XXIII

Fomento de las Vocaciones Misioneras en los Seminarios Diocesanos

EXCMO. MONS. ANTONIO AÑOVEROS
Obispo Coadjutor de Cádiz

Me propongo acomodar en lo posible mi lección al estilo explicativo de una tesis teológica.

Expondré primero los términos de la proposición para presentar a continuación la concreción del tema, errores, las pruebas y por último los corolarios o modos de desarrollar en la práctica los postulados de la verdad, asunto de nuestra lección.

Comprende, pues, una primera parte teórica y encierra la segunda lo que pudiéramos definir como vivencia del tema. Pensé en relegar los aspectos teóricos al plano de lo conocido y supuesto, pero meditando más despacio, caí en la cuenta de que se prestaba a muchas divagaciones el desorrollo exclusivo de la práctica. Principios claros darán como resultado normas y preceptos evidentes, que nos proporcionarán la seguridad de caminar con paso firme por la ruta iluminada de la teología y de las enseñanzas pontificias.

I. — TERMINOS DE LA PROPOSICION

a) Entiendo por Superiores del Seminario los sacerdotes encargados de la disciplina, desde el Rector a los hoy llamados Superiores subalternos o Superiores de Comunidad.

Inspirados en el canon 1369 y en el Reglamento disciplinar y plan de estudios, publicado en 1941 para los Seminarios de España por la Comisión Episcopal de Seminarios y laudatoriamente aprobado por la Santa Sede, los Reglamentos de distintos seminarios señalan entre otras obligaciones del Rector y, textualmente, como una de las principales, la de reunir semanalmente a los alumnos para darles instrucciones y exhortaciones muy bien preparadas, en forma familiar y persuasiva, cual un padre a sus hijos, sobre los defectos que vaya notando en la marcha del Seminario, etc., y explicándoles en qué consiste el verdadero espíritu eclesiástico, aprovechando como dice la C. E. S. toda oportunidad para inducir en ellos un ánimo viril y apostólico y sin perder nunca de vista que su cargo es para formar en los jóvenes la inteligencia, el corazón y el carácter. ¿Quién no ve en estas someras indicaciones una evidente orientación misional? "Inducir en ellos un ánimo viril y apostólico."

La reciedumbre de la vida misionera, el vasto campo de dilatación de la Iglesia a través de las misiones, el espíritu y afán enardecido y sacrificado de conquista que rezuma la historia de las misiones ¿no son poderosos acicates para la formación de ese carácter viril y apostólico, a un mismo tiempo fuerte y paternal, justo y comprensivo, que se desea para el sacerdote de verdadero espíritu eclesiástico?

¿Y qué decir de los subalternos?

Ellos están puestos por la Iglesia para ayudar al Rector en el régimen general de la casa y cooperar a que se observen puntualmente sus disposiciones y orientaciones. Por su trato asiduo y frecuente con los seminaristas son los conocedores de los mismos, los más indicados para inculcarles el verdadero espíritu sacerdotal y de conquista y encender en sus almas el celo apostólico, basado en la propia abnegación, desprendimiento y amor sacrificado por las almas más necesitadas, despojándoles de todas las miserias humanas y terrenas.

En su deseo de lograr estas metas en los jóvenes levitas, ¿cuánto les puede servir la Teología, la hagiografía misionera, los ejemplos arriesgados de los grandes misioneros, el desprendimiento humano que lleva consigo su decisión vocacionista?

Merece capítulo aparte la figura del Director Espiritual; él es el alma de la vida de formación; el artista que labra a fuerza de paciencia, de ciencia, de santidad, de amor y de energía la personalidad del sacerdote ideal. Desgraciado el Director Espiritual que se conformara con una mediocridad. Para él casi no cuentan las cualidades negativas del candidato, sino las virtudes positivas que deben esmaltar la vida y las obras de un apóstol y de un santo. Más bajo que esto ni puede ni debe pensar. De ahí que su oficio sea sugerir constantemente a los seminaristas en sus pláticas, en sus conversaciones privadas y en toda su gestión el espíritu de fe, encaminándoles a pensar, hablar y obrar con miras sobrenaturales; acostumbrándoles a la vida de obediencia, de penitencia y de oración; enseñándoles los medios de vencer las pasiones y los modos de ejercitarse en la práctica de aquellas virtudes más propiamente sacerdotales y que con singular belleza las señala Pío XII en la "Menti Nostrae": Vida cristocéntrica, humildad, desconfianza en sí mismo, inmolación de la voluntad, obediencia, castidad, despego de los bienes terrenos.

¡Qué tesoro para este extraordinario y singular forjador los postulados y consecuencias de un sincero ideal misionero!

De modo parecido se puede hablar en lo concerniente a los confesores.

b) "Pueden prestar valiosa ayuda para fomentar y orientar las vocaciones misioneras."

Diría mejor que deben *prestar. Como demostraremos a continuación se trata más bien de una obligación que de un consejo.*

Me abstengo de explicar el concepto de vocación misionera por suponerlo claramente definido en el transcurso de las lecciones precedentes.

II. — CONCRECION DEL TEMA

El planteamiento de la supuesta tesis sería así: "Los Superiores, Directores Espirituales y Confesores deben fomentar y orientar las vocaciones misioneras en los Seminarios Diocesanos."

Errores. — *a)* Los superiores individualistas *que consideran la vocación misionera de un seminarista como una pérdida para el Seminario.*

b) Los minimizantes. *Para éstos la Iglesia católica comienza y termina en los estrechos límites de una Diócesis. Viven agobiados por el terrible problema de la falta de sacerdotes y para nada se acuerdan en la práctica de la expansión misionera de la Iglesia. Son los que tácitamente repiten con el vulgo: Bastantes misiones tenemos aquí.*

c) Los que con evasivas e indirectas desalientan a los seminaristas que les piden consejo sobre su vocación misionera.

d) Los misionales *que se tranquilizan en su conciencia católica promoviendo y alentando el espíritu misional, pero no misionero, del Seminario.*

e) Los del primer binario misionero, *que piensan en una floración de vocaciones para las misiones cuando se halle saturada la propia diócesis.*

III. — PRUEBA DE LA TESIS

Escritura. — *En virtud del mandato universal de Cristo. "A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolas a guardar todo lo que os he mandado. Y yo estaré con vosotros continuamente hasta la consumación de los siglos."*

Así termina el Evangelio de San Mateo.

No me voy a entretener en una exégesis detallada del texto. Basta decir que es un mandato imperativo y en virtud de su potestad total, omnipotente; un mandato universal en todos sus aspectos.

Id, sin fronteras, a todas partes. Enseñad: sin limitación alguna, a todas las gentes. Enseñad todo lo que os he enseñado, todo lo que de mí habéis aprendido: Doctrina, Sacramentos, deberes, virtudes. Que nadie quede excluído del mensaje de Cristo. Que se anuncie y se predique el mensaje íntegro.

Ahora bien; este mandato cláusula fundamental de! testamento de Jesucristo es para todos los discípulos de Jesucristo, especialmente para todos los consagrados.

Si este precepto divino no se fomenta entre los llamados a ser "alter Cristus" ¿quiénes van a hacerse eco con mayor obligación de estas palabras salvadoras?

Este id, enseñad, bautizad universalista, misionero es entitativo a una verdadera vocación sacerdotal. Este id, enseñad, bautizad, acicate de toda vocación misionera, es la credencial para todo formador de una auténtica vocación al sacerdocio.

Dios quiere que todos los hombres se salven.

Leemos en San Pablo: "Esto es bueno y grato a los ojos de Dios nuestro Salvador que quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 3-4).

Esto es: Dios, como dicen los teólogos quiere con voluntad antecedente la salvación de todos los hombres.

De hecho ¿se salvarán todos los hombres?

"Dios, se lee en el Eclesiastés (15, 14), hizo al hombre desde el principio y le dejó en manos de su albedrío." En razón de esta libertad, el hombre puede oponer a esa voluntad salvadora de Dios una serie de indisposiciones voluntarias que frustran, por lo que hace a los infieles adultos, los auxilios, por lo menos remotos, para la salvación, que el Señor confiere a todos los hombres.

Según esta doctrina común en teología, ningún infiel dejará de recibir de Dios esos auxilios necesarios y suficientes.

¿Dónde encontrar para el infiel la clave de su libre cooperación a los auxilios divinos? ¿Dónde el peligro de sus indisposiciones voluntarias? En el cumplimiento de la ley natural.

¡Difícil cumplimiento aun para los inundados de las gracias redentoras! ¿Qué decir de los pobres infieles? La justicia y la caridad llaman a las puertas de todo corazón cristiano. Tremenda injusticia y grave falta de caridad constituiría oponerse o negar la ayuda necesaria a quien se siente llamado por Dios para tamaña empresa.

El Magisterio de la Iglesia. — *Decía Su Santidad Benedicto XV en la carta apostólica "Maximum illud", dirigiéndose a los Obispos como superiores natos de los seminarios:*

"Sabed que será la más exquisita prueba de afecto que daréis respecto de la Iglesia, si os esmeráis en fomentar la semilla de vocación misionera, que tal vez empiece a germinar en los corazones de vuestros sacerdotes y seminaristas. No os dejéis engañar de ciertas apariencias de bien, ni de meros motivos humanos

so pretexto de que los sujetos que consagréis a las misiones serán una pérdida para vuestras Diócesis."

Y Pío XI en la "Rerum Ecclesiae" insistía con tono si cabe enérgico. Hablando a los Obispos de la sagrada obligación de propagar la fe, de la cual —dice el Papa— "Dios os exigirá algún día estrecha cuenta" les exhorta con estas palabras: "Por tanto si en vuestra Diócesis hubiere jóvenes o clérigos o sacerdotes que les parezca sentirse llamados a este apostolado excelentísimo, lejos de oponeros, secundad con vuestra benevolencia y autoridad sus propósitos y deseos. Podréis con ánimo imparcial probar en efecto si su espíritu viene de Dios; una vez sin embargo, que os afirmareis en que ha inspirado y hecho madurar tan saludable propósito, no os desaliente ni haga aplazar vuestro consentimiento la escasez de clero, ni la necesidad de la diócesis, pues vuestros feligreses, que tienen a la mano por decirlo así los instrumentos de su salvación están mucho mejor atendidos, que los gentites... Cuando esta ocasión llegue, de buen grado, por el amor de Cristo y de las almas, aceptad la pérdida, si pérdida puede llamarse, de alguno de vuestros sacerdotes; pues aquel a quien perdiereis como coadjutor y compañero de vuestros trabajos, el divino Fundador de la Iglesia suplirá sus veces o derramará más abundantes gracias sobre la diócesis o suscitará nuevos aspirantes al sacerdocio."

Por último presentamos la súplica ardiente de Pío XII en la "Evangelii Praecones", citando la carta dirigida el 9 de agosto al Cardenal Pedro Fumasoni Biondi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide: "Todos los fieles perseveren en el propósito de sostener a las misiones, multipliquen sus iniciativas en favor de éstas, eleven incesantemente a Dios fervorosas plegarias, presten ayuda a cuantos son llamados al apostolado misionero. Procúrenles los medios necesarios según sus posibilidades."

Estas palabras que nos dejan entrever el corazón profundamente misionero del Pontífice reinante, sirven aún más, por su actualidad, para confirmar nuestra tesis, pues, si como dice el Papa, "todos deben prestar ayuda a cuantos son llamados al apostolado misionero" ¿cuánto más aquellos que por el puesto que ocupan son forjadores de sacerdotes y en no pocas ocasiones de vocaciones misioneras resultado lógico del sacerdocio?

Argumentos de razón. — *1. El sacerdote es el ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios. Es así que a un seminarista restringido en su vocación misionera se le formaria para ser ministro de un Cristo parcial, y un dispensador de los misterios de Cristo, pero no a los más necesitados como son los infieles. Luego el joven seminarista debe ser orientado y favorecido en su vocación misionera.*

2. El Superior del Seminario que fomenta y orienta una vocación misionera vive con toda su fuerza y sentido providencial el deseo universalista y católico de Jesucristo. Lo contrario es una falta contra la Providencia de Dios, contra su conciencia sacerdotal y contra las enseñanzas y preceptos de la Iglesia.

3. Fomentar las vocaciones misioneras es uno de los medios más eficaces para la formación de un clero abnegado, dispuesto a todos los sacrificios, generoso de ideales, etc...

Ahora bien, los Superiores del Seminario son los destinados por Dios para formar sacerdotes con estas características. Luego deben utilizar este medio eficacísimo de formación sacerdotal.

4. Razones de conveniencia actual.

Se advierte en un buen número de seminaristas y sacerdotes jóvenes las características de un individualismo exagerado, manifestado en la constante supercrítica, insubordinación solapada, desprecio de la obediencia ignaciana, cultivo excesivo de vocaciones especializadas. El ideal misionero con toda su gama de principios, ejemplos y consecuencias pletóricas de generosidad en el amor a la voluntad de Dios y por ende a la obediencia, constituirá el dique potente para tamañas desviaciones.

5. Padecemos una crisis de apoyo en lo sobrenatural. A veces se estima más un sacerdocio de realizaciones sociales que de amor a los ministerios, vehículos entitativos de la gracia. Se hace preciso avivar la fe en lo sobrenatural. ¡Qué altísimo ejemplo a este respecto el del Superior que con fe ciega en la Providencia sin cuidarse de lo que precisa de un modo inmediato, favorece en sus seminaristas la vocación misionera!

V. — MEDIOS A UTILIZAR POR LOS SUPERIORES, DIRECTORES ESPIRITUALES Y CONFESORES PARA FOMENTAR Y ORIENTAR LAS VOCACIONES MISIONERAS EN LOS SEMINARIOS DIOCESANOS

Ante todo que dichos Superiores, etc., tengan una sólida formación misional; conocimientos suficientes sobre las misiones e Institutos Misioneros y principios claros sobre la vocación misionera; que vivan la convicción profunda de que el fomentar las vocaciones misioneras es un mandato expreso de la Iglesia y una bendición del cielo para la propia diócesis y para el Seminario.

a) Cátedra de Misionología o enfoque misionero por parte de los profesores, de las tesis de teología más apropiadas. Al explicar los tratados de Ecclesia, Christo Legato, de Verbo Incarnato, de Redemptione, de Mariología, etc., encontrarán ocasiones múltiples para asentar con visión universalista los postulados esenciales de un ideal misionero.

b) Gracias a Dios funcionan hoy en casi todos los seminarios de España Academias de Misiones. Propongo que a ser posible, dichas Academias sean dirigidas, no tanto por los mismos seminaristas, cuanto por el Secretariado de Misiones o Director Espiritual del Seminario. Ruego a la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias que cultive con esmero y máximo interés este espléndido vivero de propaganda misional y vocacionista.

Acaso unos programas orientadores para estas academias, una revista con puntos de estudio, breves reseñas del movimiento misional y misionero, pequeñas biografías, cartas de seminaristas en misiones, etc.

c) Lo mismo en los actos colectivos de comunidad que en la intimidad de la dirección espiritual o del confesonario, fomentar la lectura espiritual misionera, a base de libros formativos como "Los obreros son pocos" o "La conversión del mundo infiel" del P. Manna, "Voluntarios" J. J. Martínez; colección de héroes misioneros, vida del P. Lievens, P. Foucauld, P. Loudel, Card. Lavigerie, P. Damián P. Veuster, San Francisco Javier, etc., revistas misionales.

d) Intervención prudente y moderada de los seminaristas en la preparación y realización de las grandes jornadas misionales: Domund, Día del clero indígena, Día de la Santa Infancia, Jornada de los Enfermos Misioneros, celebración solemne en el Seminario del Día del Domund, con Academias extraordinarias, actos de piedad misional, películas o proyecciones, colecta, tesoro espiritual.

e) Organizar en el Seminario el Día mensual de misiones, un Domingo de cada mes con Sabatina, Rosario, meditación y acto eucarístico de carácter misional, amén de alguna conferencia extraordinaria a ser posible ilustrada con proyecciones.

f) Que el Seminario favorezca la estrecha relación con los seminaristas que salieron para Institutos Misioneros, manteniendo correspondencia con ellos, ayudándoles en todo lo que sea posible.

g) Biblioteca misional con sus libros y revistas de fácil acceso para los seminaristas salvando la disciplina del Seminario.

h) Orientación universalista de la vida sacerdotal presentando en toda su grandeza y verdad el tremendo contraste en orden a la salvación de los pueblos infieles y cristianos, por el gran número de los que no conocen a Cristo y la penuria de misioneros. Que en el Extremo Oriente el porcentaje de los bautizados oscila entre el 0,07 por ciento y el 3 por ciento. Que la Iglesia en España dispone de 30.657 entre sacerdotes diocesanos y sacerdotes religiosos, para sus 30 mi-

llones de habitantes, mientras que la Iglesia en el Extremo Oriente, para el cuidado espiritual de sus 950 millones de paganos, contaba el año 1952 con 11.000 sacerdotes extranjeros e indígenas.

i) Presentar a los seminaristas la obra de las misiones, no como una colección de héroes de leyenda, sino más bien insistiendo en la renuncia y sacrificio que lleva consigo la realización de la vocación misionera.

j) Dignos de alabanza son los Seminarios que adoptan otros similares en países de misión para llevarles fecundidad de vida con el riego abundante de oraciones, sacrificios y limosnas, y aun vocaciones ofrecidas en su favor. La prudencia de los superiores medirá la conveniencia de un intercambio epistolar entre los seminaristas de ambos seminarios. Se debe tener muy en cuenta las diferencias de costumbres y aun de mentalidad e idiosincrasia.

Termino con la conocida anécdota de Pío XI.

Poco antes de morir, recordaba al Capítulo General de una Congregación Religiosa, cómo en cierta ocasión, siendo él Nuncio en Varsovia, se le presentó el P. Provincial de una Congregación, lamentándose del descenso alarmante de vocaciones que padecían.

—Pida una Misión a Propaganda Fide y Dios le bendecirá, respondióle el Nuncio.

Pidieron a Roma la Misión y les fué concedida.

Pasados los años el mismo P. Provincial, arrodillado ante Pío XI le daba las gracias por su acertado consejo. Desde que funcionaba la misión, las vocaciones habían aumentado de modo extraordinario.

XXIV

El Clero Secular extranjero en la historia de las Misiones

MONS. JAVIER PAVENTI

Consejero de Estudio de la S. C. de Propaganda Fide. Roma

Dos exigencias del apostolado misionero

El 20 de febrero de 1951 la Sagrada Congregación de Propaganda Fide escribió una carta al Obispo de Lieja, en la que se decía claramente que los sacerdotes seculares pueden ir a misiones entrando en los Institutos Misioneros sin votos, o incardinándose en una de las diócesis o cuasi-diócesis de misiones.

He aquí el texto de la citada carta (1):

Roma, 20 de febrero de 1951. Prot. N.º 717/51. Excelencia Reverendísima:

La Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios ha transmitido poco ha a este Sagrado Dicasterio la carta, que V. E. Rvdma. había dirigido al Santo Padre, sobre la conveniencia de hacer también un llamamiento a las diócesis europeas para que contribuyan al envío de personal misionero al Japón.

Sobre este asunto me apresuro a manifestarle lo siguiente:

1.º Hace tiempo que esta Sagrada Congregación viene preocupándose del envío de personal misionero abundante al Japón, y a tal efecto se ha dirigido a numerosos Institutos misioneros pidiéndoles que aumenten sus operarios evangélicos en aquellas tierras, y ha permitido también que algunos sacerdotes australianos pudieran trasladarse allí durante un período de tiempo determinado. Pero esta última medida se tomó como algo excepcional, y por razones bien conocidas en este Sagrado Dicasterio.

2.º Ni pasa por alto la contribución y ayuda que pueden prestar las diócesis europeas y americanas. Es este un problema que Propaganda tiene ya resuelto hace muchísimos años, siguiendo en ello criterios que la experiencia ha demostrado ser eficacísimos para conseguir sus fines. En efecto, a fines del siglo diecisiete, alentó la fundación del Seminario de Misiones Extranjeras de París, que durante más de dos siglos ha representado casi exclusivamente en las misiones al clero secular europeo. Durante el siglo pasado, especialmente en Francia, Italia y España, y a principios de éste en otras varias naciones, han nacido distintos Institutos misioneros sin votos y Propaganda ha atendido a su desarrollo con un cuidado particular. Actualmente tales Institutos son trece, diseminados por distintos países, y a quienes hay que agregar alguna obra similar, nacida recientemente en Bélgica, que está todavía en sus comienzos.

3.º Propaganda ha erigido y fomentado el desenvolvimiento de estos Institutos para orientar y regular todos los movimientos misioneros que han surgido en el pasado y surgen en la actualidad en muchas diócesis. Pues las constituciones que les da, conservan plenamente para sus miembros el carácter de sacerdotes seculares, y la organización que les impone no tiene más fin que asegurar a los futuros misioneros una formación conveniente, que no pueden recibir en sus propias dió-

(1) Vide «El Siglo de las Misiones». Agosto, 1951, pág. 316 y ss.

cesis, y garantizar la continuidad de la obra con el envío periódico de nuevos misioneros. Estas dos grandes ventajas, que la experiencia ya secular de Propaganda cree esenciales para el apostolado misionero futuro, que ha de desarrollarse en medio de países tan alejados y distintos, no pueden obtenerse con el envío de sacerdotes diocesanos, porque están de ordinario a merced de situaciones contingentes, y todo esto lo confirma el hecho de que tales sacerdotes, que por lo demás han de contarse entre los mejores de la diócesis, pretenden un compromiso misionero de pocos años, no teniendo en cuenta que la preparación para un apostolado fructífero en las misiones, especialmente en el Japón, lleva consigo un entrenamiento inmediato de varios años.

4.° Esta praxis de Propaganda no se opone, por lo demás, a los movimientos misioneros diocesanos; al contrario, en ellos pone sus mejores esperanzas, porque las mismas diócesis han de despertar y fomentar numerosas vocaciones misioneras, ya de sacerdotes, ya de colaboradores, bien para los Institutos misioneros seculares bien para todas las demás Congregaciones misioneras. Con todo, queda en pie el principio de que toda la labor misionera ha de encauzarse a la formación del clero indígena, que ha de constituir la base de la nueva Iglesia misionera.

Al expresar mi gratitud por el celo que ha demostrado en favor de la causa misionera, le ruego acepte los sentimientos de mi más profundo respeto, profesándome.

De V. E. Rvdma. devotísimo en el Señor,

PEDRO CARD. FUMASONI BIONDI, *Pref.*

† CELSO CONSTANTINI, *Secretario*

Propaganda se apoyaba en su praxis y además después de haber dicho que el trabajo del apostolado exige preparación y sacrificio, afirmaba que fuera de los Institutos religiosos o misioneros no se puede dar a los futuros heraldos del Evangelio una formación adecuada y garantizar la continuidad de la obra con el envío periódico de nuevos misioneros.

La carta citada no apagó todas las discusiones sobre la cuestión de las llamadas «diócesis misioneras» y algunos dijeron que las pocas experiencias del pasado no podían ser suficientes para negar una prueba nueva hecha con fuerzas nuevas y criterios modernos.

Las razones jurídicas y las exigencias del Apostolado expuestas en defensa de la praxis de Propaganda no han parecido a muchos adversarios demasiado convincentes. No hay por qué maravillarse, porque el problema es tan variado y complejo que presenta una cantidad de aspectos que da pie fácilmente a réplicas y a distinciones. Por esto se ha creído conveniente deshojar un poco las páginas de la historia para poner en evidencia que cuando ha actuado en el campo de las Misiones el Clero Secular han sido satisfechas plenamente las dos exigencias del apostolado con perjuicio de la obra misionera.

Nuestro estudio no tiene por fin enumerar todos los casos, en que ha intervenido el clero secular extranjero en la difusión del Evangelio; sino sólo los más salientes para documentar históricamente la carta escrita por Propaganda al Obispo de Lieja.

La colaboración del clero secular extranjero en la predicación del Evangelio presenta dos fases distintas según los tiempos. En la edad antigua tuvo manifestaciones bien diversas de las que presenta en la edad moderna y contemporánea. Quien conoce, aunque sólo sea superficialmente, la historia de la difusión de la Iglesia, se da cuenta de las características del desarrollo de las organizaciones eclesiásticas en los varios continentes.

Reflexiones de carácter general

En los tres primeros siglos los Apóstoles fueron los primeros continuadores de la obra misionera de Jesucristo. A ellos sucedieron los Obispos, sacerdotes, diáconos y también algunos cristianos, llamados apóstoles, profetas o doctores, los cuales adornados de dones carismáticos recorrían los pueblos predicando el Evange-

lio. La obra de estos misioneros ambulantes fué pronto absorbida por la Jerarquía de la Iglesia, que se sentía toda misionera.

Los historiadores hacen resaltar que la difusión del Evangelio se realizó sin ruido. Tertuliano y Cipriano refiriéndose ciertamente a particulares de la evangelización de Africa desconocidos para nosotros, concibieron la propagación del cristianismo como una genealogía de Iglesia, como una generación de Iglesias filiales de la Iglesia Madre; el multiplicarse del Evangelio fué una multiplicación de Iglesias, semejante a una prolificación de células.

Todo ello fué obra del Clero secular y de todos los cristianos por medio de la predicación y de la difusión de la doctrina evangélica y por medio de los luminosos ejemplos, que brillaban en los individuos y en las comunidades cristianas.

Desde el siglo cuarto en adelante el desarrollo del monacato dió una prevalencia siempre mayor, hasta hacerse pronto exclusiva, a los monjes en la expansión de la Iglesia, especialmente en los países de Europa septentrional y oriental. Su apostolado se ejerció de dos modos: trabajando por la conversión y cristianización del propio país, o bien abandonando la propia tierra para llevar más lejos los destellos y la sombra protectora de la cruz. Su labor era colectiva, porque era realizada por familias monásticas enteras: las misiones de los monjes romanos en Inglaterra, de los monjes irlandeses en la Europa continental, de los monjes anglosajones en Alemania. Juntamente con el Evangelio los monasterios llevaban los beneficios de la civilización cristiana en el orden social, económico, cultural y artístico. Las grandes abadías, que la historia recuerda, fueron centros de vida espiritual, escuelas de celosos misioneros y faros de ciencia.

En los siglos trece y catorce los dominicos y franciscanos fueron los únicos protagonistas de aquella epopeya misionera, que la historia recuerda, entre los musulmanes y mongoles. En el seno de las dos citadas órdenes surgieron distintas «Societates peregrinantium pro Christo», que recogían los voluntarios prontos a marchar para países lejanos. También el despertar misionero en el campo cultural se debe a ellos. Con el período de los descubrimientos empieza una intensa obra de evangelización, en la que toman parte casi exclusivamente los religiosos. Las grandes órdenes existentes y los jesuítas formaron los heraldos, que llevaron la cruz a América, Asia y a las Islas Filipinas. Especialmente en la América española y en las Islas Filipinas, donde el Gobierno de Madrid emprendió una vasta colonización con elementos de la madre patria, no faltó la ayuda de sacerdotes del Clero Secular, quienes sin embargo, no se dedicaron de ordinario al apostolado entre infieles, sino que se ocuparon más bien de la asistencia espiritual de los propios connacionales.

Una de las notas características de la evangelización llevada a cabo por España en aquellas tierras fué precisamente el trasplantar allí la vida espiritual de la madre patria con la grandiosidad de los edificios sagrados, la solemnidad del culto y la organización de Cabildos diocesanos y de párrocos inamovibles. En estos cuadros hallaron puesto y fácil ocupación los sacerdotes seculares. Si se hubiese conservado una organización más simple, como la de las misiones futuras, sin tantas complicaciones, se hubiera tenido a disposición un mayor número de misioneros con ventajas duraderas para el futuro de la Iglesia Americana.

En los territorios misioneros bajo Patronato portugués la ayuda del Clero secular no fué tan importante.

Hacia fines del siglo 17 las posesiones españolas y portuguesas de América tuvieron que sufrir la concurrencia primero por parte de Inglaterra, Dinamarca y Holanda y luego por parte de Francia. Especialmente en la región insular y en alguna zona costera España y Portugal se vieron obligadas a sacrificar partecitas de su inmenso imperio colonial.

Propaganda se sintió obligada a proveer con urgencia a la asistencia espiritual de territorios lejanos sin tener a su disposición los misioneros necesarios.

Por esto tuvo que recurrir a medidas de emergencia, confiando algún territorio de América a diócesis o cuasidiócesis de Europa o bien soportando situaciones inciertas como la del Seminario Colonial del Espíritu Santo en París. Téngase en cuenta además que la legislación canónica sobre las congregaciones religiosas era

en muchos puntos imprecisa y confusa, y Propaganda no siempre estaba en grado de escoger el camino más apropiado. Se aventuraba en territorios con la santa solicitud de remediar de cualquier modo situaciones casi desesperadas.

Después de la revolución francesa, Propaganda se dió a reorganizar su imperio espiritual y a medida que se desarrollaban los nuevos Institutos Misioneros y los antiguos recobraban vida y vigor, consiguió determinar mejor tantos elementos jurídicos y proveer de personal las misiones según criterios bien definidos.

A este punto es instructiva la evolución del Seminario Colonial de París como son muy indicativas las fases en que se han desenvuelto las Constituciones del Seminario de Misiones Extranjeras de París.

El clero secular extranjero en algunas misiones

Pasemos ahora a considerar algunos casos de colaboración directa en el Apostolado por parte del Clero secular extranjero.

No pretendemos agotar la materia. Fijaremos nuestra atención aquí y allá, escogiendo lo más saliente.

A) EN AMERICA

En 1686 los españoles cedieron a los ingleses la isla Jamaica que espiritualmente fué confiada al Vicario Apostólico de Londres. De modo semejante se proveyó para Trinidad después de 1802. El 11 de marzo de 1804 fueron puestas bajo la jurisdicción del Arzobispo de Baltimore las islas, entonces danesas, de Santa Cruz, Santo Tomás y la isla de San Eustaquio, de los holandeses y las demás islas adyacentes a América, no confiadas a algún Vicario Apostólico u otro Ordinario.

La Guayana holandesa o Surinam es otro caso típico de aquel período. Los dos primeros misioneros franciscanos llegaron allí en 1683, seguidos por un hermano en religión. La misión quedó interrumpida desde 1686 hasta el 1786, año en que fueron destinados para allí los sacerdotes Alberto van Doornik y Adriano Kerstens, de conformidad con el decreto de 28 de noviembre de 1785, por el que dicha misión fué incorporada a las de las Provincias Federadas e incluida bajo la dependencia del Nuncio Apostólico en Bruselas. Pero los sacerdotes indicados tuvieron que abandonar el Surinam en 1793, al ser cerrada po rel gobierno local la capilla de la misión.

Con decreto de 22 de noviembre de 1817 fueron destinados para aquel lugar los sacerdotes Pablo Antonio Wermekers y Ludovico van der Horts, el primero de ellos con las facultades de Prefecto Apostólico, que poco después fueron extendidas a toda la costa de América meridional desde el Surinam al Brasil para los lugares no sujetos a otro Ordinario (Decreto 26 de julio de 1818) y a la isla de Curaçao (Audiencia Pontificia del 9 de diciembre de 1821). Después de varias vicisitudes en 1865 la misión fué encomendada a los Redentoristas. quienes todavía trabajan allí.

Otro ejemplo nos lo proporciona Curaçao, donde después del 1732 acudieron algunos sacerdotes seculares españoles, irlandeses y holandeses. Pero también aquí, superado el período de transición originado por las nuevas circunstancias políticas, Propaganda en 1842 confió la misión a los dominicos (2).

B) AFRICA

1. Loango

En abril de 1763 Pedro de Belgade, joven sacerdote francés escribió a Propaganda que como marinero había visitado durante 29 meses la costa de Loango y que a la vista de tantos paganos sin sacerdotes había sentido deseos de ser sacerdote. Ya ordenado pedía ser enviado como misionero a Loango, si no se hallase incluído en el territorio confiado a los capuchinos. Otros tres compañeros estaban dispuestos a acompañarlo.

Propaganda, el 17 de junio de 1765, les concedió las facultades solicitadas y De Belgade fué nombrado Prefecto Apostólico de Loango «ad septennium». El año siguiente partieron y el virrey los acogió con benevolencia: escogieron como residencia Kibotta.

---

(2) Véase: Guida delle Missioni cattoliche, Roma 1934, pp. 290-291, p. 295, pp. 316-317; Archivio S. C. D. P. F., Acta S. C. D. P. F, año 1918, vol. 181, ff. 42-53.

Durante un año se alimentaron sólo de manioca y algunas alubias, conseguidas de un capitán francés. No podían comprar la manioca suficiente porque los negros no aceptaban el dinero y los misioneros no habían llevado objetos para el cambio. Por esto debían hacerlo todo por sí mismos, ya que no podían pagar ni aun a los obreros. Después de 5 meses murió el primer misionero. Pronto se dieron cuenta sorprendidos de que ninguno de los negros hablaba francés y ninguno podía enseñarles la lengua local. Después de un año eran todavía incapaces de hablar con el pueblo: no habían aprendido ni una sola palabra. La razón era bien simple: tenían que trabajar continuamente, no comían lo suficiente y cayeron enfermos.

Hacia fines del año se dirigieron a Lubu, centro de comercio con Francia, donde casi todos los negros entendían el francés. Allí se restablecieron un poco y pudieron ejercer algún apostolado. A los negros gustaba mucho oír hablar de Dios y de las demás verdades de la fe, pero ninguno se hacía bautizar. Desalentados, el segundo misionero después de 6 meses volvió a Francia y el Prefecto Apostólico permaneció todavía otro mes en Lubu para esperar otros misioneros de refuerzo y los víveres necesarios.

Viendo que no llegaba nada, De Belgade, para huir de la muerte por fiebre o por hambre, se marchó a Santo Domingo con el fin de obtener dinero con que poder preparar otra expedición misionera. Apenas se fué llegaron los otros misioneros que se esperaban. Éstos querían volverse inmediatamente, pero un capitán francés les dió una carta de un negro de Kokongo, cristiano, educado en Francia. Les invitaba a ir a su territorio, porque muchos querían convertirse. Partieron y llegaron a Banze-Melinde, llamada por los indígenas Kinguelé. Allí encontraron algunos católicos venidos del Congo o convertidos en Francia, que les ayudaron en el estudio de la lengua y para establecerse decorosamente. Uno de ellos Descourviéres compuso una pequeña gramática y un diccionario de la lengua local.

Hasta el 1770 no hubo conversiones entre otras razones porque los misioneros manifestaron una falta total de adaptación y por tanto de una adecuada preparación misionera. Agréguese a esto que Descourviéres estaba casi siempre con fiebre y el otro no sabía ni una palabra de la lengua local. Pasados unos doce meses en aquella última residencia Descourviéres marchó a Santo Domingo para tratar con el Prefecto De Belgade y el otro compañero se volvió a Francia.

Entretanto llegó otro misionero y al no encontrar en el lugar ninguno de los anteriores, transcurridos dos meses, se volvió a Francia.

De Belgade envió a Roma como procurador suyo a Descourviéres para preparar una verdadera expedición misionera. Propaganda le dió cartas de recomendación para Francia y pudo recoger los fondos necesarios. Fundaron en 1773 en Cinq Mars cerca de Tours una casa para recoger jóvenes deseosos de ir a la misión. La nueva expedición salió el 7 de marzo del mismo año compuesta por 6 sacerdotes y 7 seglares artesanos. No teniendo el dinero suficiente para comprar los víveres necesarios para un año partieron con pocas provisiones y así al llegar les quedaban solamente 4 ó 5 libras de galletas, 20 libras de arroz y dos barriles de vino de misa. El 4 de agosto de 1773 murió un carpintero y el 25 del mismo mes un sacerdote. Un capitán les dió arroz y galletas y así cada uno tenía 6 onzas de galletas y 3 de arroz. El Rey les concedió la facultad de escoger un buen puesto para la misión y después de haber explorado el país y consultado con los comerciantes franceses escogieron Kilonga cerca del puerto comercial francés. El Rey les dejó algunos obreros para la construcción de la casa. Les pagaban con cuchillos, hachas y otros objetos. El 18 de septiembre de 1773 la casa estaba terminada. Solamente dos pudieron ir a habitarla porque los demás se hallaban enfermos a 15 kilómetros de distancia. El 4 de octubre murió el practicante, y el 7 de ese mes el sastre y un tercero abandonó la misión. El número se había reducido a 5 sacerdotes y 2 seglares. En marzo de 1774 el Rey les dió un siervo de 12 a 14 años y les prometió otro más. Hasta este momento ninguno había comenzado el estudio de la lengua local porque siempre estaban enfermos. Belgade por enfermedad volvió a Francia y le sucedió Descourviéres. En diciembre de 1774 llegó otro sacerdote, pero el 28 de abril de 1775 se fueron otros dos. La misión terminó el 30 de diciembre de 1775 por la muerte de otros dos misioneros y por la enfermedad del resto. En el decenio indicado llegaron a la misión 18 misioneros y no obtuvieron ninguna conversión; es evidente la falta de preparación misionera. Descourviéres el 5 de noviembre de 1776 ingrsó en el Seminario de París y fué como procurador de su seminario a Macao. El Procurador que había permanecido en la casa de Cinq Mars en 1773 había ya entrado en los Lazaristas para ser misionero en Madagascar.

Finalmente recuerdo el caso curioso de las Islas Mauritius y Reunion, cuyos misioneros lazaristas dependían del Arzobispo de París, nombrado por Benedicto XIV delegado de la Santa Sede para tales misiones. Esta situación duró hasta el 1819 (3).

2. Fernando Poo

En 1833 Mons. Juan England, obispo de Charleston en los Estados Unidos de América envió una memoria al Secretario de la S. C. de Propaganda Fide para que no fuesen abandonados los negros, que provenientes de América, iban formando la Liberia. Propaganda quiso que la cuestión fuese examinada por el Concilio Provincial de Baltimore, que debía reunirse en octubre del mismo año. Los Padres decidieron que el cuidado de los negros de Liberia fuese encomendado a los jesuítas. Pero el Prepósito General de la Compañía de Jesús por falta de personal no pudo aceptar tal encargo.

Se llamó a otras puertas. Por medio del Internuncio de París, Mons. Garibaldi se dirigió entonces a un Obispo de Francia, Mons. Huines, para que se hiciese cargo de aquellas tierras abandonadas; pero no se interrumpieron las negociaciones con los Obispos de Charleston, Filadelfia y Nueva York. Estos aceptaron la invitación y en diciembre de 1841 enviaron a las costas del Africa Occidental dos sacerdotes y un *catequista*, cuyos nombres son: D. Eduardo Barron, antiguo Vicario General de Filadelfia, D. Juan Kelly, misionero de Nueva York, y el señor Dionisio Randar o Pandar.

Después de un viaje de 34 días llegaron a Monrovia. Inspeccionado el ambiente, Monseñor Barron fué a Lión para encontrar más personal y después a Roma. Allí fué elegido primer Vicario Apostólico de la Guinea Superior, y recibida la consagración episcopal obtuvo que cuatro capuchinos y un seglar le acompañasen a Africa. Por retrasarse excesivamente la marcha los capuchinos retiraron su oferta y entonces Mons. Barron se dirigió de nuevo a los sacerdotes de Lión, pertenecientes a la Congregación del Abad Libermann. La muerte redujo el número de misioneros y finalmente Mons. Barron volvió a Roma y se retiró a América.

Omitimos contar las demás vicisitudes de la misión, y pasamos a ver la Congregación General, tenida en Propaganda el 27 de marzo de 1854, en la que entre otros puntos se examinaron los siguientes:

... «5. Si se debe y cómo se debe proceder para el establecimiento de una misión española en Fernando Poo.

6. Si las nuevas misiones que resultarán de la división deben confiarse todas a corporaciones religiosas...»

Las respuestas aprobadas por el Papa el 2 de abril de 1854 fueron las siguientes:

«Ad V. Affirmative et ad Eminentissimun Praefectum cum Secretario.
Ad VI. Affirmative, non tamen privative.»

Antes de la erección de la Prefectura Apostólica de Fernando Poo llegaron allí con una expedición española el 25 de diciembre de 1846 los dos primeros sacerdotes españoles en plan misionero. Eran D. Jerónimo María Usera y Alarcón y D. Juan del Cerro, capuchino exclaustrado. A los pocos meses por falta de salud D. Jerónimo volvió a España y poco más tarde dejó también la isla D. Juan. En 1854 llegó allá un tal D. José Rafael de Vargas, del cual no se sabe casi nada.

El 28 de abril de 1851 escribió desde Madrid al Cardenal Prefecto de Propaganda el sacerdote D. Manuel Inocencio Velázquez para ser enviado a fundar una misión católica en Fernando Poo. Propaganda le respondió el 7 de junio de 1851 en los siguientes términos: «Cum agatur de re gravis momenti necesse est ut de ipsa agas prius cum Ordinario cuius iurisdictioni subsunt loca illa... qui deinde re mature perpensa ad Sacram Congregationem referat, itaque quod in Domino visum fuerit expedire suo tempore videbitur.» (Cartas y Decretos de la S. C., año 1851, vol. 340, ff. 412-413.)
Sus sueños se desvanecieron de repente.

---

(3) N. Kowalsky Stand der katholischen Missionen um das Jahr 1765 an Hand der übersicht des Propagadansekretärs Stefano Borgia aus dem Jahre 1773. Parte IV. Africa en: Nouvell revue de science missionnaire, 1956, pp. 257.

La relación de Esteban Borgia, sobre la cual ha escrito un extenso y bien documentado comentario el P. Kowalsky, se halla en el Archivo de la S. C. de Propaganda Fide: Miscellanea Missioni, Tomo. XII: Notizie e Luoghi di Missioni.)

En la Audiencia Pontificia de 27 de marzo de 1854 el Secretario de Propaganda después de haber lamentado el que la invitación hecha a las Ordenes religiosas para obtener misioneros para Fernando Poo no había sido escuchada por falta de personal, comunicaba que se había presentado en la Curia el sacerdote D. Miguel Martínez y Sanz, de la diócesis de Toledo, que pedía ser enviado con algunos compañeros a fundar una misión en Fernando Poo. Propaganda acogió la petición y el 10 de octubre de 1855 ergía la Prefectura Apostólica de Fernando Poo, nombrando Prefecto Apostólico al mismo D. Miguel Martínez y Sanz, que se hallaba en Roma.

Había nacido en Zaragoza el 25 de noviembre de 1811, ordenado sacerdote en 1835, obtuvo el título de Misionero Apostólico en marzo de 1846, capellán de honor de la Reina Isabel II el 15 de octubre de 1853, fundador de la Congregación de las Siervas de María-Ministras de los enfermos en 1851.

Al volver de Roma se detuvo 3 días en Marsella, después pasó a Londres y el 27 de octubre de 1855 estaba de nuevo en Madrid para los últimos preparativos de marcha. La expedición misionera estaba integrada por 40 personas entre hombres y mujeres: 5 sacerdotes, un diácono, 8 catequistas, 12 religiosas Siervas de María y obreros especializados. Todos llegaron a Fernando Poo el 14 de abril de 1856. La propaganda inglesa había predispuesto a los indígenas contra los españoles. De hecho los misioneros protestantes habían hecho creer a los indígenas que los españoles venían para hacerlos esclavos.

D. Miguel Martínez y Sanz empezó en seguida la visita de los diversos territorios de la Prefectura para proceder a la mejor distribución del personal. El 3 de junio de 1856 partieron para Annobón D. Emeterio de Soria y otro sacerdote con 5 religiosas y otras 6 personas. El 26 del mismo mes volvieron a España los primeros enfermos en el vapor «Niger» y el 7 de julio fueron a Corisco los sacerdotes D. Juan Mora y D. Joaquín Plá con el diácono D. José Agramunt y dos catequistas.

D. Miguel tenía un plan muy amplio y muy pronto empezó a levantar capillas, escuelas y a bautizar; pero cuando estaba en lo mejor quedó solo, pues partieron todos los misioneros asignados a Annobón y Corisco. ¿Qué había sucedido? Nos lo dice D. Juan Fontán y Lobé que asegura haber tomado los datos de los Archivos de la Colonia:

«La labor espiritual en Corisco cesó por un episodio muy significativo. Cuando con más ahinco trabajaban para el afianzamiento de la misión les hicieron creer los misioneros franceses del Gabón que ya habían regresado a España los que habían quedado en Fernando Poo. Y como había entre ellos varios enfermos se decidieron a levantar el campo, aceptando el buque que generosamente les ofreciera el Obispo y el Comandante del Gabón.»

Cuando después los fondos de la misión estaban para acabarse, D. Miguel recibió una orden real en que se decía: «debiendo tomarse medidas de grande interés para el porvenir de aquellas islas, Su Majestad creía indispensable su presencia en la Corte». El mismo D. Miguel con carta de 20 de diciembre de 1856 desde Santa Cruz de Tenerife escribió a Propaganda para comunicar las razones de su regreso a España añadiendo que dejaba a D. Ambrosio Roda al frente de la misión. Llegó a España el 23 de febrero de 1857 con la intención de volver a la misión, pero en mayo del mismo año envió a Propaganda la renuncia al cargo de Prefecto Apostólico. También D. Ambrosio Roda no tardó en volver a la patria en mayo de 1857.

El 28 de julio de 1857 la misión de Fernando Poo fué encomendada a los jesuitas y más tarde pasó a los Claretianos, que todavía trabajan allí (4).

C) EN INDONESIA

Los primeros misioneros que llegaron a Indonesia después que en Holanda fué concedida la libertad religiosa a los católicos, fueron los sacerdotes seculares Santiago Nelissen y Lamberto Prinsen. Nelissen el 8 de mayo de 1807 fué nombrado Prefecto Apostólico, dependiente, sin embargo, de la misión holandesa en la Patria.

---

(4) Bibliografía: P. Lecalle, C. M. F., «La Prefectura Apostólica de Fernando Poo de 1855 a 1882, Roma 1954, (tesis doctoral defendida en el Ateneo de Propaganda).

En 1808 llegaron a Batavia, hoy Djakarta, en la isla de Java y allí permanecieron. En diciembre del mismo año Prinsen pasó a Semarang para fundar una segunda estación. En 1810 llegaron otros dos misioneros y fué abierta en Soerabaja la tercera estación.

El trabajo de los misioneros se limitaba a la asistencia de los católicos europeos, que vivían en varios lugares de Java. Las primeras iglesias fueron erigidas el año 1822 en Soerabaja, el 1824 en Semarang y el 1829 en Batavia. En 1817 murió el P. Nelissen y le sucedió el P. Prinsen. La Prefectura en 1827 fué declarada independiente. En 1830 el Prefecto Apostólico Prinsen volvió a la patria y le sucedió el P. Enrique Scholten, que fué Prefecto del 1831 al 1842.

Los misioneros recibían una subvención del erario público, pero el gobernador civil en compensación pretendía inmiscuirse en la vida de la misión y consideraba los misioneros como oficiales civiles, con el derecho de nombrarlos y substituirlos a placer. Su libertad de acción estaba muy limitada y podían trabajar muy poco entre los indígenas. Además a los misioneros católicos no se permitía ejercer el ministerio donde ya hubiesen sido precedidos por los protestantes. Desde 1834 fué permitido al Prefecto Apostólico visitar de vez en cuando a los católicos de Celebes y Amboin, pero con la prohibición de fundar allí estaciones misioneras.

Por lo demás el número de misioneros, casi todos del Clero secular, era muy escaso. También el P. Scholten hubo de volver a la patria y le sucedió el P. Humberto Santiago Kartenstraat como Viceprefecto desde el 1842 al 1845. A raíz de las negociaciones entre la Santa Sede y el Gobierno holandés, la S. C. de Propaganda Fide el 20 de noviembre de 1842 pudo erigir el Vicariato Apostólico de Batavia. Fué nombrado Vicario Apostólico el P. Santiago Grooff, anteriormente misionero en el Surinam, que fué consagrado en 1844 y llegó a Batavia en 1845. En aquel mismo año se levantó una gran controversia entre Mons. Grooff y el gobernador que no quería reconocer dos párrocos nombrados por el Ordinario. Se hizo necesaria una nueva Convención entre la Santa Sede y el Gobierno holandés (1847); Mons. Grooff tuvo que abandonar Batavia y fué nombrado Visitador Apostólico en el Surinam donde murió en 1852. Para Batavia fué nombrado el P. Pedro María Vranken, que era decano de Sittard, en calidad de Coadjutor con derecho a sucesión. Consagrado Obispo, en diciembre de 1847 partió para Batavia con dos sacerdotes.

Con el Concordato de 1847 y el Decreto del Gobierno holandés de 1854 la posición de la misión fué mejor determinada. Sin embargo se conservaron algunas restricciones. Por ejemplo los misioneros para ir a Indonesia necesitaban el permiso del Gobierno holandés y así al menos una parte de ellos recibía alguna subvención.

Bajo la administración de Mons. Vranken (1848-1871) las estaciones misioneras, que hasta entonces habían permanecido siempre tres, subieron a 8, de las que 5 estaban en Java, una en Sumatra, otra en Banka y la otra en Flores. El número de católicos que en 1849 eran 5.670 subió a 25.000 en 1872, de los cuales unos 13.000 indígenas y el resto europeos; de estos unos 4.000 eran soldados.

En 1856 llegaron allí las Ursulinas, que fueron las primeras en fundar escuelas en Batavia y Soerabaja. En 1862 la Congregación de San Luis fundó allí su primera residencia.

En 1859, como el Vicario Apostólico no conseguía tener el número suficiente de sacerdotes del Clero Secular, fué permitido a los jesuítas el ir a aquella misión, en la cual permanecieron solos hasta 1902. Ya desde el 1872 ocuparon 5 de las 8 estaciones existentes. A Mons. Vranken sucedió Mons. Adam Claessens del Clero Secular, que rigió la misión hasta 1893, año en que le sucedió el P. Walterus Santiago Staal, S. I. Mientras la actividad de los jesuitas se desarrollaba más y más, el número de sacerdotes seculares se reducía casi a cero. Tanto que en 1902 los jesuítas pidieron ayuda a otros Institutos misioneros (5).

---

(5) Bibliografía: Arn. I. H. Van der Velden, De Roomsch-Katholieke Missie in Nederlandsch Oost-Indië. Nijmegen 1908.

Las Misiones confiadas al Seminario Colonial del Espíritu Santo

Hacia fines del siglo 17 Francia empezó sus conquistas coloniales en América, en Asia y más tarde también en Africa. Los misioneros estuvieron también presentes para asegurar la asistencia espiritual a los colonos franceses y para propagar la fe entre los indígenas. Y muy pronto surgió en Francia una institución particular con el fin de enviar sacerdotes a los territorios de ultramar, que es el Seminario Colonial, que todavía existe en París.

La erección de aquel Seminario está íntimamente asociada a la fundación de la Congregación del Espíritu Santo. El Padre José Janin en su libro: «Le Clergé colonial de 1815 a 1850», París — Toulouse 1936, pp. 31-52, trata exhaustivamente la cuestión, cuyas líneas generales referiremos aquí para nuestra instrucción.

La Congregación del Espíritu Santo fué fundada en 1703 por un joven estudiante bretón, Claudio Poullard des Places, que quiso recoger estudiantes pobres para permitirles completar los estudios. Así nació el Seminario del Espíritu Santo con el fin de proveer de sacerdotes las parroquias pobres. Pero muy pronto se dejó de enviar sacerdotes a las parroquias pobres, y, dejadas las parroquias de Francia, todos fueron reservados para las parroquias de las posesiones de ultramar. La Congregación del Espíritu Santo tuvo su origen de la asociación de los Directores del Seminario, también ella fundada por Claudio Poullard des Places antes de morir.

El Seminario de los estudiantes pobres vino a ser así, insensiblemente el Seminario Colonial. En 1734 el Seminario envió muchos de sus alumnos al Canadá. La diócesis de Quebec durante 38 años a partir de 1731 fué abastecida con solo sacerdotes del Seminario Colonial.

Antes del 1765 la Congregación no había recibido el encargo de ninguna misión. Desde aquel año le fueron encomendadas muchas misiones, a las que enviaba sacerdotes del Seminario Colonial que no eran miembros de la Congregación, y que a pesar de esto eran llamados «espiritanos». De entre los sacerdotes del Seminario era nombrado el Prefecto Apostólico. Les encontramos en todas las colonias francesas de América y Africa.

Por causa de la revolución francesa el Seminario tuvo que cerrar sus puertas y dispersar sus alumnos. La Congregación fué suprimida el 18 de agosto de 1792 y, confiscados sus bienes, los directores tuvieron que dispersarse igualmente. Fué restablecida por Decreto Imperial el 23 de marzo de 1805, que fué más tarde confirmado el 3 de febrero de 1816 por Luis XVIII. La nueva aprobación fué concedida sólo con vista a las misiones coloniales. La Congregación estaba encargada oficialmente de proveer por sí misma todo el Clero colonial, que en 1845 podía considerarse restablecido.

Los Superiores del Seminario ocuparon una posición muy importante y muy delicada: muy importante por el influjo notable que indirectamente ejercieron en todas las colonias; muy delicada porque nunca fué claramente definida, por lo cual sufrieron y encontraron muchas dificultades. El oficio del Superior del Seminario no se limitaba a preparar el clero joven colonial, sino que buscaba también sacerdotes en las diócesis francesas y los enviaba más o menos bajo su responsabilidad. Por todos era considerado como una especie de Superior General del clero colonial, aunque no lo era de hecho. Sobre ellos tenía solamente una cierta autoridad moral. En las colonias no tenía ninguna jurisdicción, ni sobre los sacerdotes, que, al no pertenecer a ninguna Congregación, tenían como superior el Prefecto Apostólico local.

Aquí estaba el defecto de una situación incierta y confusa. Por su autoridad moral el Superior del Seminario enviaba con frecuencia a los sacerdotes avisos y aun reprensiones; pero más que como verdadero Superior hablaba como un padre. Su intervención no siempre era bien acogida y especialmente los Prefectos Apostólicos no toleraban observaciones en cuanto a su administración. Y no obstante, en medio de tanta incerteza, los sacerdotes recurrían siempre a su antiguo Superior, especialmente cuando tenían necesidad de comprar algún objeto en los almacenes de París o de pedir un favor a Roma o al Gobierno francés. No aceptaban los avisos, pero pedían los servicios útiles. ¡Singular contradicción, que por lo demás es perfectamente humana! Y el buen Superior de París procuraba contentarlos a todos, aceptando reclamaciones y quejas por los inevitables retrasos o errores.

En una palabra el Superior del Seminario de París era considerado por el Clero colonial como un verdadero Superior cuando les venía bien y no aceptaban su intervención cuando no les convenía.

El Gobierno francés lo consideraba como un verdadero Superior de las misiones coloniales y no hacía nada sin su parecer. Le comunicaban las observaciones secretas enviadas sobre la administración del Clero. Ningún sacerdote era inscrito en la lista colonial sin el aviso favorable del Superior del Seminario. Para el nombramiento de los Prefectos el Gobierno lo consideraba como un delegado de Propaganda. El Superior presentaba los candidatos, que eran siempre aceptados, salvo rarísimos casos, y en nombre de Propaganda daba los poderes espirituales al candidato escogido por él. El Ministro lo nombraba para los efectos civiles.

Es fácil hacer un confronte con la posición del Clero secular bajo el Patronato español en la América centro-meridional.

¿Pero el Superior era considerado por Porpaganda como delegado suyo? ¿Cuál era su posición canónica? No es fácil la respuesta. Por una parte ciertamente era más que un simple director, que no tuviese nada que ver con los alumnos que ya hubiesen acabado. Por otra parte tampoco era el Superior de cuantos ya habían terminado en el Seminario. Era algo indefinible y de aquí provenía la dificultad de la situación. El era el delegado de Propaganda pero sólo para el nombramiento, y después de éste los individuos quedaban totalmente fuera de su autoridad. Los nombramientos dependían casi exclusivamente del Superior del Seminario, al cual Propaganda enviaba las hojas en blanco. El escogía el candidato, lo presentaba al Gobierno francés y después comunicaba el nombre a Propaganda para que fuese escrito en los registros.

Así pues, ¿cómo consideraba Propaganda la situación del Superior del Seminario con respecto a todo el Clero colonial? También aquí hallamos la misma incerteza y confusión. Es considerado como moralmente responsable, pues se le escriben cartas de censura y de elogios. Se le trata como a un Superior de una sociedad, que se extendía por todas las colonias. Pero sólo oficiosamente sin poderes canónicos precisos.

Considérese atentamente el texto de la carta enviada por Propaganda al Superior del Seminario el 26 de septiembre de 1841: «Cum enim Superior istius Seminarii a Sacra Congregatione in partem suae sollicitudinis pro missionibus coloniarum vocetur; maxime opportune videtur ut ipse pro sua prudentia missionarios moneat qui minus recte sese gerunt, de missionum rebus (cum) Praefectis ac missionariis ipsis agat, reditumque culpabilium curet» (6).

Estas palabras expresan bien la situación. Nada preciso u oficial: es simplemente oportuno que él intervenga. ¿En nombre de qué autoridad? Evidentemente de la de Propaganda pues no podía tener otra, pero sin un documento auténtico, por lo cual nunca faltaron los inconvenientes. Sin embargo siempre reinó la más estrecha unión entre Propaganda y el Seminario, y los reproches de una parte y las quejas de la otra nunca llegaron a alterar la recíproca cordialidad.

En una carta del 15 de diciembre de 1827 el Cardenal Prefecto de Propaganda por medio del Superior del Seminario concede a los Prefectos Apostólicos el indulto de conceder facultades: «non solum sacerdotibus suae congregationis... sed exteris etiam sacerdotibus, quos probitate et scientia satis praestare (Praefecti) intelligerent» (7).

El término «congregación» es claro y no está para indicar una Orden religiosa ni una sociedad religiosa propiamente dicha; sino significa que Propaganda pensaba que el Clero colonial formaba un todo bajo la autoridad de un Superior central. Pocos años después el P. Libermann, habiendo ido a tratar varios asuntos con Propaganda, oyó decir que el Superior del Espíritu Santo no había tenido nunca poderes fuera de su Seminario y escribió al P. Levavasseur el 25 de enero de 1847: «Se me ha dicho en Propaganda y se le ha repetido a M. Monnet que es

(6) (Lettere e Decreti della S. C. e Biglietti de Mons. Segretario, Parte II, a. 1841, vol. 326, ff. 1121 v-1122.)

(7) (Lettere e Decretti della S. C. e Biglietti di Mons. Segretario, a. 1827, vol. 208, f. 714.)

Viceprefecto, y se le ha escrito a M. Legay personalmente, que los Superiores del Espíritu Santo no tienen ningún poder en las colonias. Están encargados del Seminario y nada más.» A pesar de esto se escribía al Superior como al Superior General de las Misiones coloniales, quien sin embargo deseaba tener un título canónico, que le permitiese obrar con autoridad sobre el Clero colonial. La necesidad de poner fin a una situación insostenible abrió el camino a la cuestión de confiar las misiones coloniales a la misma Congregación religiosa, aprobada por el Arzobispo de París el 2 de enero de 1734 y por Propaganda el 7 de febrero de 1824. La cuestión se hacía más urgente por el hecho de que muchos sacerdotes del Seminario pertenecían plenamente a la Congregación.

Los Superiores de Paris presentaron varios proyectos, de los que se encuentran huellas en los archivos de las colonias, de Propaganda y en los de la Congregación del Espíritu Santo. Especialmente el P. Fourdinier fué un promotor incansable de la transformación de la obra del Espíritu Santo. Ya antes de él se quería reunir todo el Clero colonial en una verdadera Congregación religiosa, sirviéndose de la que ya existía, es decir de la Congregación del Espíritu Santo, reconocida por el Gobierno y aprobada por la Santa Sede. Fourdinier en cambio proponía una sociedad de sacerdotes seculares por el estilo del Seminario de Misiones Extranjeras de Paris o de los Lazaristas. Buscaba sobre todo el que hubiese una autoridad central, estable e indiscutida. El Clero colonial debía entrar en masa en la Congregación del Espíritu Santo. Con este fin Fourdinier propuso cambios y reglamentos nuevos. Por ejemplo preveía un tiempo de prueba para los sacerdotes provenientes de las diócesis. Anteriormente Propaganda había querido un tiempo de prueba que durase un año. Pero Fourdinier no valoró la utilidad de este año de prueba y pensó en un verdadero noviciado, del que los sacerdotes sandrían sin votos, sí, pero con una obligación precisa y con una depedencia formal del Superior. Esta era una idea nueva. Además Fourdinier quería evitar el aislamiento de los sacerdotes en los puestos de misión y proponía que estuviesen juntos al menos dos.

Entre tanto los inconvenientes arriba indicados, entre ellos la falta de una dirección central, dotada de autoridad sobre el Clero colonial, hicieron pensar en la posibilidad de quitar a la Congregación del Espíritu Santo la dirección de las misiones coloniales para pasarla a los Lazaristas o a los Maristas o a los Picpusianos o a la reciente Congregación del Sagrado Corazón de María.

Después de la muerte de Fourdinier sus ideas fueron reasumidas por su sucesor el P. Leguay, que cometió dos grandes errores: pretender una jurisdicción sobre todos los superiores eclesiásticos de las colonias y pensar en un ingreso en masa de todo el clero colonial en la propuesta Congregación. Para salir de toda incerteza intervino directamente Propaganda

En 1848 el P. Leguay había presentado un amplio proyecto de reforma de la Congregación, que sólo en parte fué aprobado por Propaganda en la Congregación Plenaria de 21 de febrero de 1848 (Acta S. C. D. P. F., a. 1848, vol. 111 fff. 51-90). Pero poco después vino la fusión con la Congregación del Sagrado Corazón de María, convirtiéndose en una verdadera Congregación religiosa. El Clero colonial permaneció en los cargos que ocupaba pero sin relación de dependencia con el Seminario de París (8).

Los Institutos misioneros sin votos

El tema de nuestra conversación nos lleva necesariamente a hablar de los Institutos misioneros sin votos. Aquí no se pretende exponer la historia y el desarrollo de cada uno de ellos, sino sólo poner en evidencia algunas características de su organización anterior y posterior al Código de Derecho Canónico.

Fijaremos nuestra atención especialmente en la Sociedad para Misiones Extranjeras de Paris y en el Instituto de Misiones Extranjeras de Milán. La primera fué fundada en 1658 con el nombre de Seminario y el segundo en 1850. Durante dos siglos el Seminario de París fué el único Instituto misionero de sacerdotes secula-

---

(8) Bibl.: J. Rennard, Histoire religieuse des Antilles françaises dès origines à 1914 d'après des documents inèdits, Paris 1954.

Mauricio de Lavigne Sainte Suzanne, La Martinique au premier siècle de la Colonisation (1635-1742), Nantes, 1935.

res que trabajaban en territorios de misión. Pero conservó siempre inalterado su espíritu, que fué heredado por el Instituto de Milán, realizado a deseo de los Obispos de la Lombardía, para que sus propios sacerdotes diocesanos participasen directamente en la obra de la evangelización de los pueblos infieles.

Como base de las dos Instituciones hallamos el mismo criterio. En París, en Saronno y después en Milán debía haber un Seminario para el reclutamiento y formación de los futuros misioneros y por tanto se excluía cualquier otra obra que hubiese reclamado personal. Los misioneros debían ir todos a misión. No se concebía que uno se hubiese podido quedar en la patria.

Los sacerdotes permanecían incardinados en su propia diócesis y a este respecto transcribo algunas líneas escritas por el P. Tragella en el primer volumen de su obra: «Le Missioni Estere di Milano», Milán 1950, pp. 67-68. Son muy interesantes y parecen las ideas mismas de los que creen estar en la vanguardia de las llamadas diócesis misioneras: «Ellos (los Obispos) tenían tan alta estima del apostolado entre infieles, que se consideraban honradísimos en que algunos de sus sacerdotes tomasen parte en él; y, queriendo por esto demostrar su admiración y su agrado, se ofrecían a considerarlos siempre como pertenecientes a su diócesis y a contar los años que hubiesen pasado en misión (en caso de que por justos motivos se viesen obligados al retorno) como años pasados al servicio de la propia diócesis.» ¡Esto idealmente está muy bien!

Pero lo curioso es que esta idea parece que fué presentada por el Obispo de Mantua, Mons. Corti, milanés y muy amigo de nuestros primeros misioneros. Pero le fué sugerida por su secretario aquel D. Juan Avignoni, que desgraciadamente después no dejará un buen nombre, debido a su «liberalismo», del que más adelante tendremos ocasión de hablar, pero que en esta circunstancia particular (y es un placer dar este testimonio en su favor) se mostró verdaderamente inteligente y benemérito del Seminario de Misiones.

Cuando Marinoni estaba preparando la carta que iba a ser dirigida a los Obispos lombardos, y envió el borrador a Taglioretti, para que la corrigiese, le hablaba entre otras cosas de esta idea del Obispo de Mantua, pero atribuía su origen a su secretario: «Avignoni —le decía— ha tomado gran interés por nuestra obra y me ha sugerido que estaría bien obtener una declaración de los Obispos: que los años pasados por los misioneros en servicio de las misiones, cuando vuelven por justa causa y con el asentimiento de sus superiores, les sean contados como años de ministerio pasados en la diócesis, de modo que el Obispo pueda proveerlos de cualquier puesto sin carga para nuestra casa.»

¿Debo consignarlo en la carta?, preguntaba después Marinoni al amigo, el cual debió responder que sí, pues de hecho este punto es el objeto de la última petición hecha a la Conferencia de los Obispos, donde, explicada probablemente y defendida por Mons. Corti, fué aprobada «por aclamación».

Los sentimientos de aquellos buenos y celosos Obispos eran sinceros y en los pocos casos de retorno de algún misionero se mantuvieron fieles a cuanto habían prometido, recibiéndolo en la diócesis.

Aquí es necesario poner en evidencia otra característica del Seminario de París y del de Milán. Aunque los misioneros permanecían incardinados en la propia diócesis se consagraban para siempre a la obra misionera. Los reglamentos de París consideraban una agregación a la misión y consiguientemente al Instituto después de 3 años de permanencia en un Vicariato o Prefectura. Nadie concebía la posibilidad de volver a la patria por motivos dependientes de la voluntad del misionero. La eventualidad de la vuelta de cualquier misionero era más bien considerada como una verdadera desgracia, que hubiera causado grave daño al Seminario. Se admitía el regreso sólo por razones justas o consideradas como tales por el Ordinario de misión o el Superior de París o Milán.

Repito que el regreso de los misioneros a Europa era rarísimo, entre otras razones por la dificultad de los viajes y en muchas casos se aconsejaba más bien el cambio de misión. Y este era también el sentir de los misioneros, que una vez en la misión no pensaban ni remotamente en volver a la patria. Ninguno concebía un compromiso temporal de 5 ó 10 años. Por tanto se puede afirmar que si los misioneros «de iure» perma-

necían incardinados en la propia diócesis, «de facto» se consideraban y podían ser considerados como excardinados de su diócesis de origen.

Esta observación nos lleva a poner en relieve otra característica, especialmente del Seminario de París, que en un principio no tenía un verdadero y propio Superior General. Los verdaderos Superiores del Seminario eran los Vicarios Apostólicos de misiones, y Propaganda en el siglo pasado después de muchas intervenciones obtuvo que al Superior del Seminario de París le fuese reconocida la autoridad de un verdadero Superior General. Así se empezó la reforma de las Constituciones de aquel Seminario y juntamente la del de Milán.

La reforma fué lenta debido a la resistencia de algunas personas llenas de santo celo, pero no siempre dotados del justo sentido práctico reclamado por las exigencias de la vida; y debido también a que, como ya se ha dicho, las normas jurídicas no estaban bien determinadas. Esta característica viene confirmada por el hecho de que los cánones del Derecho Canónico, en lo que toca la ordenación de los religiosos sacerdotes con votos simples, contienen normas incompletas. A pesar de esto la codificación trajo en general una precisión mayor en los conceptos, que fueron después mejor elaborados en los años siguientes, y en la práctica suscitaron una actividad diversa con respecto a los sacerdotes misioneros, incardinados todavía en las propias diocesis.

Hacia fines del siglo pasado y principios del nuestro surgieron nuevos Institutos misioneros de sacerdotes seculares. En Italia fueron el Instituto Misionero de la Consolata de Turín, el de Parma, las tentativas de Mons. Comboni en Verona; y en Francia el Instituto de los Padres Blancos y el de las Misiones Africanas de Lión. El crecido número de Institutos hizo más urgente la clarificación de algunos pun tos fundamentales de los reglamentos —viejos y nuevos— seguidos por los diversos Institutos. Además la negación de algún Obispo a aceptar un misionero vuelto a la patria obligó tanto a los Institutos mismos como a Propaganda a una transformación de los reglamentos o a un cambio parcial de los mismos.

Y de hecho algún Instituto como los de Turín, Parma y Verona se transformaron en Congregaciones religiosas y para los demás Institutos fué establecida la norma según la cual los miembros de los Institutos misioneros sin votos deben emitir un juramento de servir de por vida a las misiones y en virtud de dicho juramento quedan excardinados de la propia diócesis e incardinados en el Instituto.

La historia recuerda también otro ejemplo de colaboración del Clero secular extranjero en las misiones. Nos lo dan los sacerdotes irlandeses, que acompañaron a los Estados Unidos de América, al Canadá, a Australia, y a Nueva Zelanda a los propios connacionales perseguidos por los protestantes ingleses. Allí se incardinaron en las diócesis locales y trabajaron con gran fruto. Aun después de la persecución muchos sacerdotes irlandeses continuaron yendo a los países indicados y siempre se incarnaron en las diócesis del lugar. Propaganda nunca ha obstaculizado la afluencia de sacerdotes irlandeses a los territorios de habla inglesa. Prueba de ello es el Decreto de 1952 con el que Propaganda, mientras prohibe a todo sacerdote secular extranjero ir a Australia o Nueva Zelanda, exceptúa de esta norma a los irlandeses.

En varias circunstancias el clero secular irlandés ha demostrado saberse adaptar a las exigencias de las misiones, siguiendo las normas de Propaganda. Y así han nacido la Sociedad de San Columbano para las misiones de China en 1918 y la Sociedad de San Patricio, cuyos miembros no emiten votos.

Creo útil recordar aquí el origen y desarrollo de la Sociedad de San Patricio. En 1920 Mons. Shanahan, Vicario Apostólico de la Nigeria del Sur, invitó a algunos sacerdotes seculares irlandeses, que habían terminado o estaban a punto de terminar en el Seminario nacional de Maynooth, a trabajar en su misión. Estaba convencido que su trabajo en el territorio duraría hasta su regreso a la respectiva diócesis a la que cada uno permanecía incardinado. Sin embargo en la misión seguían las reglas de los Padres del Espíritu Santo, a los cuales estaba confiado el Vicariato.

Pronto los buenos sacerdotes se percataron de que era necesario formar una organización para asegurar la iniciativa. En 1926 los sacerdotes de Maynooth en Nigeria eran unos 10 y un año después 5 ó 6 de ellos, en una reunión tenida con el

Vicario Apostólico, a propuesta del P. Patricio José Whitney, se mostraron dispuestos a fundar una sociedad misionera. En 1929 Mons. Hinsley, Delegado Apostólico, visitó el Vicariato y se dió cuenta de la urgente necesidad de misioneros. Algunos de los antedichos sacerdotes le insistieron en la necesidad de fundar la deseada Sociedad, que fué constituída canónicamente en la diócesis de Kildare (Irlanda). Hoy todavía es de derecho diocesano y sus miembros son incardinados en la Sociedad misma.

Conclusión

La amplitud de las investigaciones históricas me daría materia para un desarrollo mayor del tema escogido. Pero pienso que los hechos aducidos constituyen de por sí un suficiente comentario a la carta de Propaganda al Obispo de Lieja.

No obstante agrego una observeción. La cuestión de las llamadas diócesis misioneras debe ser considerada también con respecto a la situación, que se va madurando en casi todas las misiones. La Santa Sede con ritmo, casi acelerado, va confiando las diócesis y cuasi-diócesis al clero nativo y por consiguiente el clero extranjero deberá trabajar bajo la dependencia de los Ordinarios indígenas. Por tanto es inútil pretender que una diócesis o cuasi-diócesis misionera sea confiada a una diócesis europea. Piénsese más bien en la nueva forma de colaboración representada por la Región misionera y se saquen las debidas consecuencias. Los Ordinarios indígenas tienen necesidad de sacerdotes bien preparados, bien organizados, prontos a seguir las directivas establecidas, sin ninguna pretensión de individualismos, sin el deseo de poder dejar el puesto más o menos a placer.

Para los que no tienen ni madera ni apariencia de profeta parecen, pues, extrañas las previsiones de cuantos sueñan que el mundo misionero cambiará de cara el día en que sean confiadas a las diócesis de nuestros países las misiones entre infieles. Dejemos que el futuro haga verdaderas semejantes previsiones.

En tanto que esto llega, tal vez es más prudente escuchar las lecciones del pasado y como humildes discípulos sentarnos en la escuela de la historia, evitando el dejarnos impresionar por los vaticinios oratorios, que con demasiada frecuencia son verdaderos artificios literarios y no el eco de una inspiración del cielo. Tal vez sea más necesario profundizar nuestro conocimiento de las misiones católicas para poder hablar con verdadera competencia e indicar los medios para ayudarles de manera eficaz. Muchos han olvidado que es más fácil hablar de un tema que no se conoce que el hablar de un tema que se conoce a fondo. ¿Quién no sabe que los frecuentadores de salones o cafés han resuelto ya todos los problemas sociales, económicos, políticos, incluso los del cáncer y la bomba atómica?

Aquí, en cambio, nos hallamos en un ambiente que debe tenernos bien lejos de profecías ligeras y de juicios superficiales. La seriedad de estos cursos de Misionología nos obliga a estudiar los problemas de las misiones según las normas del método científico.

Nuestra documentación histórica, ilustrada convenientemente con otros elementos suministrados por el Derecho Canónico y la Metodología Misional, quiere ser una invitación a profundizar siempre más el problema discutido. No cerremos nuestra inteligencia como en una fortaleza para limitarnos a solos los datos de la experiencia pasada, sino mantengámosla siempre abierta mirando el futuro para aprender las enseñanzas y valorarlas no con el entusiasmo del orador, sino con el preciso balance del estudioso.

XXV

San Ignacio de Loyola, fundador de una Orden Misionera

EXCMO. MONS. LUCIANO PEREZ PLATERO
Arzobispo de Burgos, Superior General del IEME

Epoca de los centenarios podría titularse con razón el siglo presente, según las prisas con que acuden, en tiramira inacabable, a recibir nuestro aplauso acontecimientos los más diversos que hace cien, o hace doscientos o trescientos años, presenció el sol desde la altura, y celebridades más o menos auténticas que florecieron por el mismo tiempo y fatigaron la Historia con sus afanes y con sus nombres.

Y es lo más triste que ni los acontecimientos conmemorados fueron muchas veces de transcendencia emergente para la ordenación de la vida humana, sino que la desorganizaron en sus bases sacándola de sus cauces, ni las celebridades agasajadas se distinguieron con frecuencia como abanderados de la suprema trilogía, Verdad, Bondad, Belleza, antes bien actuaron como confalonieros de ideologías destructoras o marcadamente heterodoxas. Palmas inmaculadas ante obras y personajes maculados semejan en ocasiones nuestros aplausos, y nuestros cantos loas al barro, porque fué removido quizás con bielda de oro.

Afortunadamente hay también celebridades merecedoras de inmarcesibles lauros; hay acontecimientos faustísimos dignos de perenne recordación; hay centenarios esclarecidos, predicamentales, esplendorosos, de los cuales sería ingratitud y desdoro zafarse de puntillas y hacerse afuera dejándolos pasar sin comentario y en olvido. Tal, sin disputa, el que a lo largo de todo este año viene todavía celebrándose con entusiasmo sin precedente, de Norte a Sur y de Levante a Poniente, en toda España: el centenario del mejor de los guipuzcoanos, del héroe de Pamplona, del gentil hombre del Duque de Nájera y fiel servidor del César Carlos, del gran vasco, del gran castellano, del gran español, florón inigualable y timbre sin par para su alcurnia, para su linaje, para su Patria, para la Humanidad, para la Iglesia..., el centenario de Ignacio de Loyola.

Con sumo gusto y como deber inexcusable el Instituto Español de Misiones Extranjeras de Burgos se asocia de todo corazón al homenaje que España entera le tributa, y le dedicó la última Semana Misional para exaltación de su figura egregia y enseñanza y ejemplo de los futuros misioneros.

* * *

Pocos Santos en la edad moderna han dejado sentir tanto su influencia como él en la vida cristiana y eclesiástica. De su herencia vivimos en gran parte: de sus Ejercicios, de su magisterio, de las irradiaciones de su genio renovador. A él acuden aun los hombres sin fe, el mundo profano, para captar sus orientaciones incluso en cometidos de índole temporal, y sobre todo para asentar en su referencia y en su dictamen, como en roca firme, las bases de una ascética genuinamente cristiana y cristocéntrica y trasuntar las directrices de su peculiar espiritualidad, aunque a veces desenfocando su pensamiento e incomprendiendo su doctrina, pero siempre recogiendo su autoridad indubitable.

* * *

¡Qué alma tan prócer, qué hombre tan grande Ignacio de Loyola! Grande por su carácter, grande por sus virtudes, grande por sus empresas, grande por su obra magna, la Compañía de Jesús. ¡Cuánto miró llorando al cielo, y cuánto lloró mirando a la tierra!

Si me fuera dado para mi propósito concentrar en esta brevísima prolusión, como en un espejo ustorio, todos los rayos y característicos lineamentos que de sí mismo nos dejó él mismo en su autorizada biografía, lo haría sin vacilar, seguro de que su luz pondría en claro su fisonomía interna, multicolor y polifacética, nos le mostraría en su verdadera y excelsa talla, y corregiría prejuicios infundados y errores de bulto, hijos de la incomprensión y de la ignorancia.

Porque sucede a veces que acostumbrados a mirar al Santo compuesto con arreos militares, como adelantado de la gloria de Dios, como paladín de la contrarreforma, como cabeza organizadora, como padre de apóstoles, nos olvidamos de penetrar en lo más íntimo y profundo de su espíritu y hacernos cargo de su sentido humano y de las humanas y hermosas dotes de corazón que tanto enamoran en un hombre, y nos le imaginamos cauteloso, frío, taciturno, como si no fuera otra cosa que un genio de la acción, un gobernante, un estratega con toda el alma en tensión y los cinco sentidos abiertos para percibir las necesidades de la Iglesia, los avances de sus hijos y los movimientos que se dibujan en todos los frentes de combate.

Y no es así. Ignacio era el hombre de intimidad más rica, de más abundancia de alma, humanísimo, efusivo hasta el extremo con los suyos, apacible, cordialmente afectuoso, propenso como pocos a la expansión psicológica y a las íntimas confidencias, y un conversador de marca, discretísimo, comedido, jovial, dotado de maravillosa gracia de hablar con sencillez, con modestia, con aristocrática distinción que, junto con su esmerada cortesanía y con el esmalte sobrenatural de la virtud, labraron en su hechura un tipo de santa caballerosidad nada común en la hagiología, y producían en los oyentes un encanto, una fascinación, de la que no se libraban ni los Papas, ni los Embajadores de los Príncipes, ni las damas romanas más encopetadas.

Dejemos a sus biógrafos la tarea de depurar esta faceta de su retrato. De grado renunciamos a esclarecerla, para enfocarle por nuestra parte desde otro ángulo y esbozar siquiera otro aspecto, otro de sus valores eminentes que le diferencian y le caracterizan de lleno y es para nosotros, en nuestros estudios semanísticos, más interesante y atañente: Su misionerismo.

* * *

XXVI

La IX Semana ofrendada al gran Pontífice Misionero, S. S. Pío XII

EXCMO. MONS. HILDEBRANDO ANTONIUTTI
Nuncio Apostólico en España

Habéis dedicado a Su Santidad el Papa esta Semana, con un recuerdo agradecido y filial, como homenaje al Augusto Pontífice en su octogésimo aniversario. En el coro universal con que la católica España ha honrado al Papa en esta extraordinaria ocasión, no podía faltar la voz de las Misiones españolas que reconocen en Pío XII un gran Pontífice Misionero.

Ya en los albores de su Pontificado, fiel continuador de la obra evangelizadora de los Papas de todos los tiempos y precisamente en su primera Encíclica, traza de manera admirable, las directrices a que deben sujetarse las misiones y lo confirma en términos claros en diversas circunstancias.

«El misionero, dice el Papa, es el apóstol, el enviado de Jesucristo; no tiene el oficio de trasplantar la civilización específicamente europea a las tierras de misión, sino lograr que aquellos pueblos que poseen, tal vez, una cultura milenaria, sean capaces de recoger y asimilar los elementos de vida y costumbres cristianas que fácil y naturalmente caben en una sana civilización y le confieren la plena capacidad y fuerza de asegurar y garantizar la dignidad y la felicidad humana. Los católicos indígenas deben ser, con toda verdad, miembros de la familia de Dios y ciudadanos de su Reino, sin dejar, por ello, de ser ciudadanos también de su patria terrena. (AAS, 1944, p. 220).

Este programa que Pío XII repite en múltiples ocasiones, viene a expresarlo en forma solemne en la Elcíclica «Evangelii Praecones» que se incorpora al número de las grandes Encíclicas orientadoras de la evangelización de los pueblos, inculcando un sabio criterio de adaptación para implantar la Iglesia conforme a sus tradiciones seculares, desvinculándola de las indebidas interferencias de las potestades terrenas.

Entre los actos misionales más sobresalientes de su Pontificado, deben recordarse: la consagración de los doce Obispos de misión en el año 1939; la erección de la Jerarquía Eclesiástica en muchos lugares de Asia, Africa y Europa Septentrional; la Exposición de Arte Misional de 1950 y la Encíclica «Evangelii Praecones», precedida y seguida de numerosas intervenciones para orientar a los dirigentes y operarios evangélicos, para confortarles en las tribulaciones, defenderles contra los perseguidores, asistirles en las necesidades y animarles en sus dificultades.

Se cuenta que un misionero, expulsado de China, recibido recientemente en audiencia especial por el Papa, rogó al Vicario de Cristo le permitiera besarle, para testimoniarle con aquel ósculo, el hondo reconocimiento de sus cohermanos y de sus fieles. El Papa se inclinó sobre aquel misionero que llevaba en su corazón el recuerdo de un campo apostólico perdido y dejaba vislumbrar en sus ojos el ansia y el dolor por las injurias inferidas a la Iglesia, y estrechándole entre sus brazos, el Papa dió un beso al misionero, símbolo del reconocimiento y del amor de la Iglesia a sus soldados heridos.

Con aquel gesto, el Papa abrazaba a todos los que sufren, trabajan y ruegan por las Misiones. Os abrazaba a vosotros también misioneros, sacerdotes y fieles que tenéis el ansia vehemente de trabajar por

* Alocución pronunciada en la solemne sesión de clausura de la IX Semana en Agosto de 1956.

Cristo y de difundir el Evangelio en aquellas tierras que aún yacen en el error y las tinieblas.

Al gran Pontífice habéis renovado en este día la más filial adhesión, el férvido homenaje y la promesa de trabajar según sus directrices, Y yo, en su nombre, os doy las gracias más rendidas.

EL SEMINARIO DE MISIONES DE BURGOS DEBE SER, COMO EL CORAZON MISIONERO DE ESPAÑA

Las Semanas de orientación misionera se celebran en Burgos, sede del Seminario Nacional para las Misiones Extranjeras. Sería un error creer que ellas interesan, tan sólo a esta Archidiócesis; ellas interesan a toda la Iglesia de España. En realidad el Seminario de las Misiones de Burgos no es obra perteneciente tan solamente a esta ilustre Archidiócesis que puede gloriarse de tenerlo como una de las más felices y fecundas realizaciones de su historia milenaria; este Seminario es, y debe ser, como el corazón misionero de todas las Diócesis de España: es una Institución erigida como respuesta a una llamada del Papa que, a todos, inculca la idea de rogar, contribuir y laborar por la difusión del Evangelio en todos los continentes del Mundo.

Casi todas las naciones católicas tienen hoy su seminario nacional para las Misiones. Es un deber y una necesidad.

Es un deber porque el católico no puede estar satisfecho por haber conservado la fe en una sociedad donde todo le habla del tesoro de la Religión que profesa; el católico tiene la grave obligación de cooperar para hacer llegar a cuantos ignoran el Evangelio el don de la gracia y de la verdad cristiana. El Seminario para las Misiones Extranjeras es, además, una necesidad, porque la fe no se conserva viva, ni la práctica religiosa es intensa, en una Iglesia que no siente la pasión por las misiones y no coopera activamente a la difusión del Evangelio.

España, tierra misionera por excelencia, debe estar en la vanguardia del mundo católico aún en el campo de las misiones. Oímos frecuentemente hablar que España resistió durante ocho siglos la invasión sarracena; que impidió la penetración del protestantismo; que ha dado a la Iglesia todo un nuevo continente; que ha superado victoriosamente la reciente agresión abierta de los enemigos de Dios, enarbolando siempre la Cruz como una bandera de victora. Son éstas las glorias más refulgentes de España. Pero esta cruz, símbolo de las verdaderas grandezas de España, debe ser plantada en otras partes del mundo. Y es ésta, precisamente, la misión confiada a los Institutos Misioneros y al Seminario de las Misiones Extranjeras de Burgos, dependiente de la Sagrada Congregación de Propaganda Fde, Dicasterio que dirige a los soldados de Cristo por los caminos más recónditos de la humanidad, en tierras inexploradas, entre hombres que esperan la Redención de Cristo.

Esta Semana es, como las que la han precedido, una afirmación de toda la Iglesia de España, que sin descuidar la obra de la preservación de la fe en los territorios donde ésta languidece da nuevo y vigoroso impulso a la propagación de esa misma fe en territorios estrictamente misioneros.

LA COMPAÑIA DE JESUS EFICIENTE ORGANISMO MISIONERO

Esta Semana Misionera ha tenido además una importancia especial porque ha encuadrado sus estudios y consideraciones bajo la luz de las enseñanzas de San Ignacio de Loyola ,en este cuarto centenario de su muerte.

La vasta y compleja obra de San Ignacio verdadero reformador de la Iglesia en una época de profunda crisis para la cristiandad, había de tener una base sólidamente religiosa y espiritual, cimentada en una admirable obediencia a los preceptos de Dios y a las directrices del Papa. En esta escuela se forman los miembros de la Compañía de Jesús, soldados del Papa, defensores de la verdad, propagadores de la fe, guardianes de la cultura, educadores de la juventud.

Esta circunstancia invita a recordar una genial creación que se verifica en la Compañía fundada por San Ignacio: el cuarto voto que sus miembros emiten poniéndose a la completa disposición del Papa para lograr la expansión de la Iglesia en el mundo. Y es precisamente este cuarto voto el que hace de la Compañía, ante todo, un sólido y eficiente organismo misionero. Este es el hecho que deseamos recordar.

Mientras las naciones de Europa se abrían nuevos caminos en el Nuevo Mundo y la Sede de Pedro era traicionada y abandonada en el viejo mundo San Ignacio, caballero del más puro de los ideales, ofrece al Sumo Pontífice todos sus súbditos como un ejército ordenado en orden de batalla, prometiendo total entrega y fidelidad indiscutible.

Cuando un nacionalismo peligroso dividía los publos y fomentaba los egoísmos, San Ignacio envía a través del mundo unos hombres dotados de espíritu católico y de una caridad sin límites.

Lo dice claramente en sus Constituciones: «Nuestra vocación consiste en transitar por diversos lugares y vivir en cualquier parte del mundo donde haya espe-

ranza de servir mejor a Dios y de trabajar más por la salvación de las almas.»

Este programa ha sido realizado prácticamente por el mismo San Ignacio demostrando así la orientación misionera de la Compañía al enviar desde los primeros tiempos a las tierras de misión sus mejores hijos no como agentes de pequeñas patrias terrenas, sino como apóstoles de la Iglesia universal; no como artífices de empresas colonizadoras sino servidores del Evangelio que aprenderán las lenguas indígenas, que se despojarán de sus propios hábitos y costumbres extranjeros que se identificarán con el pueblo evangelizado, que llamarán «sus delicias» a sus hijos espirituales y llegarán a ser chinos en China, japoneses en el Japón e indios en India.

San Ignacio, soldado y caudillo a las órdenes de «su divina Majestad» expone en términos diáfanos y demuestra con ejemplos luminosos lo que es la vocación a este estado singular de heraldos de la palabra de Dios y de soldados misioneros de Cristo.

La vocación o llamamiento divino, cuaja en los Ejercicios espirituales, los cuales son el camino seguro de orientación. Quien los inicia debe tener el deseo firme y ardiente de hallar a Dios. Otro juzgará de las cualidades que el ejercitante posee para servirle, ya en el campo misional, ya en cualquier otro lugar. Mas la búsqueda de Dios debe ser la primera aspiración y la más íntima para servirle y seguirle como a Capitán con humildad de espíritu y rectitud de intención. La vocación será la respuesta a esta búsqueda.

A un discípulo que preguntaba a Ignacio el camino más seguro de la perfección, le respondía: «Pide a Dios que te conceda la gracia de sufrir mucho por su amor; este favor incluye otros muchos.» Es el programa del misionero que debe entregarse y consagrar su vida en obediencia y amor por el bien de los demás.

No debemos olvidar que, para cumplir las obligaciones de la vocación religiosa, no basta preocuparse sólo de la salvación de la propia alma; vocación significa celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas que Cristo ha rescatado con su sangre.

La vocación divina es siempre pura, clara y sin mezcla de deseos humanos y de desordenados afectos. Ella impulsa a conseguir la doctrina, no para satisfacción personal, sino para iluminar las inteligencias; fortalece el espíritu para consolidar la voluntad de los oyentes; inflama de verdadero amor cristiano, no por razones egoístas, sino para hermanar a los hombres. Y, sobre todo, insiste San Ignacio es necesario poseer prudencia y buen juicio.

Dotados de estas cualidades los misioneros, infatigables propagadores de la fe, «recubiertos con la coraza de la verdad y armados con la espada de la palabra de Dios» deben lanzarse sobre los caminos del mundo para anunciar la Buena Nueva con la generosidad sencilla y ardiente de los primeros apóstoles, aun en las más misteriosas regiones, tanto en los pueblos de viejas y gloriosas civilizaciones, como en las tribus bárbaras, para crear la unidad de los espíritus en el vínculo de la fe.

Siguiendo las huellas de San Francisco Javier, Patrono de vuestro Instituto, gloria de la Iglesia y honor de España, los misioneros llevarán a los infieles la luz admirable de la verdad con la predicación del Evangelio, con su celo ardiente, con su virtud ejemplar, con penitencia heroica, con fortaleza inflexible si es necesario hasta el martirio.

* * *

La IX Semana Misionera de Burgos, se cierra con esta consoladora perspectiva en la luz de las enseñanzas de San Ignacio, cuya Compañía ha conquistado para la Iglesia vastas regiones en las antiguas e históricas naciones del Oriente, entre los esclavos de Africa en medio de los Indios de América, en las selvas del Canadá y en los hielos de Alaska.

Esta Semana, que ha estudiado los caminos de la Providencia en la vocación o llamada al servicio de la Iglesia militante, ha reconocido en las directivas pontificias indicadas por aquel que representa al «Señor de la mies», la norma segura para orientar la labor misionera a fin de que ésta sea fecunda y fructuosa para el bien de las almas y para la edificación del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

Que el Señor confirme vuestros propósitos «ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis».

XXVII

La oración y las Vocaciones Misioneras *

M. R. P. Dom Bernardo Sanchez
Prior de la Cartuja de Miraflores

Bienvenido seáis a esta vuestra casa, excelentísimo y reverendísimo señor, excelentísimos señores, dignas autoridades, monseñores, señores, todos seáis bienvenidos y que el cielo derrame abundantes luces sobre vosotros y bendiga vuestros trabajos en en bien del crecimiento del Seminario de Misiones y de la empresa de la conquista del mundo para Cristo.

Un augurio feliz de estas bendiciones del cielo es, no lo dudo, la Santa Misa que acabamos de celebrar, tan sencilla, tan emotiva. Allí, ante el Cordero Inmaculado que se inmola constantemente en nuestros altares, hemos pedido todos, de corazón, con todo el fervor del alma, un fin único: que se haga un solo rebaño bajo un solo pastor; que el Señor envíe operarios a su mies. Y el que este año celebren también aquí la inauguración de esta Semana, (dignación que no pagaremos nunca ni la agradeceremos bastante, excelentísimo señor) es para mí personalmente un motivo de íntima satisfacción; para la Cartuja un honor, y para todos un símbolo; un motivo de íntima satisfacción para mí, porque veo plasmado en las más magníficas realidades, y cada vez más magníficas, debido a las altas dotes y al celo siempre creciente de nuestro excelentísimo Prelado, en una magnífica realidad este gran Seminario de Misiones que yo viera nacer un día allá en mis años mozos, cuando me formaba en vuestro Seminario diocesano para el sacerdocio y lo veo ahora extenderse como árbol gigantesco que tiende ya sus brazos, sus ramas, con sus hijos misioneros y apóstoles, por varias de las partes del Mundo.

No puedo menos de recordar con íntima emoción por mi parte aquellas últimas horas de una tarde del 7 de Marzo, Fiesta de Santo Tomás, cuando entre entusiasmos fervorosos de cientos de seminaristas, ante la complacencia de las autoridades burgalesas, tuve el honor y la dicha y el gozo íntimo de poner en manos de nuestro Excelentísimo y Eminentísimo Sr. Cardenal Benlloch, entonces Arzobispo de Burgos, veinticinco mil pesetas en títulos de la Deuda, que era la aportación de los Seminarios a la creación de una beca, podíamos decir, de la primera beca del Instituto de Misiones naciente entonces y bien pienso para mí, que las oraciones y la labor apostólica de los misioneros que se han ido formando ayudados por aquélla beca, me han valido a mí este crecimiento del fervor misionero que puedo decirlo con sinceridad; amo al Seminario porque aprendí a amarlo desde que el Seminario de misiones naciera y al verlo hoy pujante, no puedo menos de manifestar mi íntima satisfacción, porque estas jornadas brillantes me recuerdan aquellos humildes días, y, tengo derecho a expresar ante vosotros mi emoción de seminarista burgalés que desde entonces amó al Seminario de Misiones y que hoy se goza en sus triunfos y en sus glorias.

Si al celebrarse esta sesión de apertura, aquí en vuestra casa, en vuestra Cartuja, es para mí un motivo de íntima satisfacción, es, decía, para la Cartuja un honor. Un honor porque con este acto, se publica y se afianza más nuestra participación en estas jornadas misioneras; con estos actos se nos suma a las labores de la Semana. Con estos actos, como que se vincula en gran parte a nuestra colaboración la eficacia de esta Asamblea.

Para todos este acto ha de ser un símbolo. Un símbolo porque al inaugurarse aquí estas Jornadas Misioneras, presupone en los organizadores de este acto, una convicción profunda de esta verdad: de que el apostolado ha de buscar su vida y su savia en la vida de oración. Un símbolo porque nos dice que la Cartuja tiene un valor real, una importancia positiva en el mundo de las misiones; y ¿de dónde la viene a la Cartuja esa importancia, este valor en el campo misional? La viene de que la Cartuja, como Orden contemplativa, es para el mundo que hayamos de cristianizar el Moisés que en la alto de la montaña tiene constantemente sus brazos elevados al cielo en súplica por la conversión de la humanidad.

(*) Alocución pronunciada en la Sesión inaugural de la IX Semana, celebrada en la Cartuja, Agosto 1956.

Es, porque la Cartuja ha sabido huir del espíritu del mundo donde tan difícil es la oración, y ha sabido buscarse la soledad, el retiro, el silencio, ha sabido buscar climas de altura para desde ella, con más facilidad, con los brazos en cruz, poder abarcar mejor al mundo entero. Porque, sí señores, el cartujo, el contemplativo, no tiene un campo limitado de acción o de misión; el mundo entero se abre a su celo; la oración del cartujo llega a los últimos rincones de Africa y Oceanía y si un dia se secara en los labios del cartujo, del contemplativo, la oración, y si un día los brazos del contemplativo, desanimados, se abatieran a tierra, aquel día, bien sabemos, habría muerto la eficacia del apostolado de la acción.

Hoy se habla mucho, quizás con exceso, que es la hora de la acción, y quizá fuera mejor que habláramos de que es la hora de activar, si podemos hablar así, por la acción; pero no es menos cierto que el apostolado se vivifica únicamente por la oración. No hablemos, pues, de horas de oración de manera absorbente y exclusiva; no hablemos de hora de acción, como si hubiera pasado la hora de la oración; porque hoy como ayer y como siempre, la oración será siempre la clave, será el alma de de todo apostolado. Para mí tienen más importancia que la misma predicación del Salvador, aquellas actitudes de Cristo en la oración, actitud del Huerto, la del Calvario, la del Cenáculo, con los brazos levantados en alto.

Cierto que vivimos horas de acción, pero ¿qué es la acción? Pudiéramos pediros conceptos la acción es actividad y la actividad es tanto más perfecta cuanto más perfecto es el ser que activa. Miremos a Dios Nuestro Señor como modelo de actividad y veremos que Dios es inmutable: Eterno contemplativo, siendo acto purísimo es también inmediatamente activo. Si miramos la vida de Cristo, es vida de constante oración; ayer se confundirían con la historia de Cristo y hoy habríamos de decir que la oración es la historia de las Ordenes contemplativas, porque, por las Ordenes contempaltivas existe la oración como estado, como Institución, como fuerza permanente. No hablemos de que la hora de la oración ha pasado, no hablemos de manera exclusiva de la hora de la acción.

Un día en la Cámara inglesa se discutía un decreto que afectaba a los intereses y a las libertades de Irlanda. El asunto de la libertad de Irlanda estaba a punto de perder su maduración. Sus defensores comprendieron que hacía falta una intervención enérgica, valiente, decidida, eficaz. Pero el gran defensor de las libertades de Irlanda, el único que tal vez de manera decisiva podía influir en aquella Cámara, no estaba en aquella Cámara entonces, no estaba en su estrado, lo buscaron afanosos y, al fin apareció allá, en un rincón apartado de una sala contigua; estaba solo y estaba acariciando, suave y lentamente cada una de las cuentas de su Rosario. Mientras sus labios rezaban avemarías. Y cuando sus partidarios le acucian y le arguyen para que vaya a la Cámara para intervenir en el debate, dejadme —dice— dejadme acabar este rosario, que yo bien sé que así hago más por la causa de Irlanda que con los discursos que pudiera pronunciar.

Acucian los momentos, el problema de la conquista del mundo para Cristo no admite demora, y tal vez alguien ha llegado a pensar que es necesario enrolar a todos en esa empresa de la conquista del mundo de manera activa, tal vez, alguien pudo pensar que hasta los contemplativos debieran ir por este camino; dejad a los contemplativos acabar su Rosario, dejad a los contemplativos desgranar una a una las cuentas de su rosario, de su silencio, de su retiro, de sus sacrificios, de sus vigilias, de sus ayunos, de su oración, porque bien saben ellos y bien sabe el mundo entero que más hacen así por la conquista del mundo que pudieran hacer con su labor actuosa o exterior.

Y termino ya, Excmo. Sr., termino porque todos ardemos en ansias de escuchar ya la palabra del Excelentísimo Prelado, que encierra siempre en su fondo, doctrina de valor, y en su forma, elegancia exterior.

Pero, antes de terminar, quiero precisar claramente la posición de la Cartuja en esta Semana Intensiva de Orientación Misionera. Todos sabéis que nosotros, los cartujos, no podemos acompañaros en vuestras reuniones; todos sabéis que nosotros no podemos, no sabríamos tampoco, tomar parte activa ni con nuestras palabras ni con nuestra pluma en vuestras decisiones, en vuestros estudios, en vuestros trabajos. Pero quede bien claro desde ahora que aquí, en nuestro silencio, estamos con vosotros, con todo el bagaje de nuestros sacrificios y nuestras oraciones. Quede bien claro, excelentísimo señor, que compartimos con vos vuestros afanes, que son los afanes del Seminario de Misiones, que son los afanes de Burgos misionero, que son los afanes de la España católica, que son los afanes de la Iglesia Universal.

Conste, pues, que la Cartuja y los cartujos están por España y por Burgos misionero; que los cartujos y la Cartuja están por el Seminario de Misiones y, la Cartuja y los cartujos están con vos, señor, que habéis querido honrarnos con esa delicadeza de abrir una vez más aquí en nuestro recinto, estas Jornadas, asociándonos así a la primera fila de los que, de corazón y con entusiasmo, comparten con vos, vuestros entusiasmos misioneros.

XXVIII

El fundador Villota, Apóstol de las Vocaciones Misioneras

Excmo. Mons. Luciano Perez Platero
Arzobispo de Burgos, Superior General del IEME

El 22 de noviembre de 1956 se celebró el Cincuentenario de la muerte del Fundador Villota. Efemérides de tanto relieve para los anales del IEME y aun de la Historia Misional de España, no puede pasar en silencio. Bien merece, pues, que paremos en ella nuestras mientes y la dediquemos, a modo de aleccionadora glosa, este brevísimo comentario.

En el programa de la IX Semana Intensiva de Orientación Misionera se le reserva un puesto de honor: una de las conferencias está dedicada a poner en clara luz los relieves misioneros de Villota y el eficaz influjo que, al correr de los últimos lustros, ha ejercido a través de su Obra en el espléndido resurgir misional de España. No es nuestro intento ahora desflorar tema tan sugestivo y fascinador de una parte y tan fecundo y enjundioso de otra. Nos vamos a fijar más bien en el providencial instrumento que Dios suscitó para la realización de una empresa que, en el decurso de los años, pondría al descubierto con deslumbrantes destellos los sublimes ideales misioneros y patrióticos que anidaban en el corazón del Fundador.

«Sacerdote de santa memoria» (1), «hombre de gran corazón caldeado en las más sublimes aspiraciones de Jesucristo» (2), «en la historia misional moderna de España, hombre cuyo valor y significación misionera se ha destacado estos días de repente como una revelación ante los ojos de su misma Patria...» (3), «corazón grande y asimilador de las sanas orientaciones de la moderna vida cristiana y alma nobilísima» (4), «gloria nacional» (5), «varón culto y poseedor de varias lenguas europeas, alma pletórica de espíritu apostólico y corazón nutrido en todos los grandes problemas católicos que en su época agitaban el mundo cristiano» (6), «su vida sacerdotal pura como las cristalinas aguas del riente arroyo y esmaltada de méritos y ejemplos admirables de abnegación, sacrificio, caridad y ardiente celo por las almas» (7), «hombre concentrado y austero que pasó por el mundo fijas las miradas en Dios a quien procuraba agradar con una conducta irreprochable» (8), «gloria imperecedera del clero secular» (9), «ornamento excelso de la Iglesia» (10), «gala perdurable de España Misionera» (11), «homo Dei, hombre de Dios» (12), todos estos elogiosos epítetos y otros más que sería prolijo transcribir, se han escrito para destacar como se merece la figura gigantesca del Fundador Villota.

—¿Cómo preparó Dios Nuestro Señor, en los inescrutables designios de su amorosa providencia, al que había de escoger como instrumento para realizar en nuestra Patria la Institución Misionera del Clero secular al servicio de la Iglesia misionera?

Gerardo Villota y Urroz, nace de padres cristianísimos en Santoña, Santander, el 3 de octubre de 1839. Formado sólidamente en las ciencias ecle-

siásticas desde 1849 al 1863 en los Seminarios de Burgos, Santander, Valladolid y Toledo, recibe el Presbiterado en Monte Corbán, Santander, el 21 de diciembre de 1864. Tras haber practicado el ministerio parroquial en Torrelavega, es nombrado profesor de Teología en el Seminario de Monte Corbán en 1866.

Precisamente durante los años de su magisterio de Teología en Corbán, los Padres del Concilio Vaticano elaboraron cuidadosamente varios esquemas de postulados misioneros que ciertamente habrían merecido la clamorosa aprobación de los 774 Padres asistentes a tan memorable Asamblea Ecuménica, de no haber sido indefinidamente suspendidas las sesiones conciliares a causa de la guerra: He aquí uno de ellos:

«Mientras se celebrará este General Concilio Vaticano, se calculan en el mundo alrededor de 1.200.000.000 de habitantes, de los cuales 800.000.000 aún yacen miserablemente sumidos en las sombras de la infidelidad; 70.000.000 están separados de la Iglesia por el cisma griego: 90.000.000 pertenecen a diversas sectas protestantes y 200.000.000 son católicos, buenos y malos. Entre los cuales si se preguntase cuántos son incrédulos e indiferentes, sólo se daría una respuesta: facilius esse plangi quam numerari: más fácil sería llorarlos que contarlos» (13). «Claro como la luz del sol aparece por tanto que es ahora incumbencia de la Iglesia dedicarse con un nuevo y ardentísimo celo a tan importante labor como es la de la propagación de la fe, haciendo llamamiento a nuevos operarios, y ordenando y estableciendo medios y normas de evangelización» (14).

Con tan apostólicos postulados sintonizan perfectamente las ansias misioneras de Villota expresadas en estas significativas palabras:

«Sucede que saliendo de nuestra España, luego nos encontramos con naciones que han perdido la fe de Cristo: Suiza, Holanda, Alemania, Suecia, Noruega, Inglaterra y Rusia. Y andando más, damos con reinos que no conocen la fe de Cristo: La India, la China, el Africa y la Oceanía. Ante espectáculo tan triste, se enardece el celo del cristiano que con mayor vehemencia repite: «Venga a nos tu Reino» (15).

«Dios mío, exclama en otra ocasión haciendo suyas las palabras del gran misionero M. Roy, ¡cuántos pueblos viven todavía fuera de la verdad! En Europa esto se olvida, y se escribe que desde Constantino el universo es cristiano. ¿Y qué decir de tantos millones de hombres segados en diecinueve siglos por la muerte sin que supieran una letra del Evangelio? No no; el universo no es cristiano. ¿Qué son doscientos millones de convertidos, si quedan ochocientos millones sin convertir? Pero en el Evangelio existe un mandato: el de anunciar a toda criatura que Dios le ha enviado un Salvador y que tiene abierto el Cielo. Esto es precepto, no es un consejo: la propagación de la fe, por tanto, no es en la Iglesia una obra de supererogación» (16).

Gerardo Villota vive su sacerdocio impregnado de las mismas inquietudes misioneras que alientan en el corazón de Cristo Redentor y que palpitan en el corazón maternal de la Santa Madre Iglesia Jerárquica, continuadora de la misión salvadora de Jesús en el mundo. Y si se consagra de lleno al estudio y a su cátedra hasta 1870, y luego se dedica por entero al ministerio parroquial en la Iglesia de Santa Lucía, en Santander, nunca se olvida del mundo misionero, de las vanguardias de apostolado de la Iglesia, de las pobres almas que yacen en sombras de ignorancia y tinieblas de muerte. Trabaja incansable por conservar incólume el dogma y la moral cristiana en la porción del pueblo que ha sido confiado a su celo; pero nunca deja de ayudar con la oración, el sacrificio y la limosna a la empresa evangelizadora de la Iglesia.

Su contacto con españoles venidos de América que arribaron al puerto de Santander y el trato íntimo y confidencial con muchos de los cubanos traídos a España después de la guerra secesionista de 1868, le permitieron tener un conocimiento claro del angustioso problema de escasez de sacerdotes que sufría toda la América Española (17). De otra parte en sus frecuentes viajes a diversos países de Europa durante los meses de verano, se hizo cargo perfecto de la situación exacta de la Iglesia en estas nacio-

nes (18). Con su lectura asidua de los "Anales de la Propagación de la Fe" seguía paso a paso y con apasionante interés el movimiento misionero en diversos Continentes (19). Este mismo fervor misional le movió a protestar vivamente en carta dirigida al Director de los Anales de la Propagación de la Fe en Lyon, por la mala redacción castellana de la revista y el poco fruto que por ello podría producir en los lectores españoles:

«Estoy viendo con dolor lo mal traducidos que nos vienen los Anales de la Propagación de la Fe. Salen plagados de galicismos: pero de galicismos tan grandes que ofenden el gusto de los menos literatos. Además, las hermosas narraciones de los misioneros, hechas frecuentemente con exquisita literatura, son a veces no sólo deslustradas sino hasta poco inteligibles» (20).

Y años después, lamentándose de que no existiera un mapa bien hecho, en que se destacaran en colores las regiones habitadas por tribus de indios, se dirigía en carta a los salesianos con estas palabras:

«Como ustedes trabajan en América y la conocen tan perfectamente, teniendo a su cargo gran número de Misiones entre infieles, ¿no podría hacerse por ustedes un mapa de toda la América Latina, en el cual se señalasen debidamente los terrenos habitados por infieles en cada república y los puntos en que residen los misioneros dedicados a convertirlos, y las congregaciones a cuyo cargo corren las Misiones?» (21).

Desde 1875 a 1883 pasa en León al lado del Excmo. Prelado, Monseñor Saturnino Fernández de Castro, como Secretario Canciller (22). En julio de este mismo año, es nombrado Canciller Secretario del Arzobispado de Burgos por su nuevo Prelado Mons. Fernández de Castro, trasladado por la Santa Sede del Obispado de León a la Archidiócesis de Burgos. En octubre de 1884 es nombrado canónigo de la Santa Iglesia Catedral Burgense. ¿Cómo se manifiesta su celo por las almas y su ardor misionero en esta época?

Colabora activamente con el Excmo. Sr. Arzobispo para establecer en la Archidiócesis la Obra de la Propagación de la Fe (23). Trabaja como Celador de algunos coros de la Obra, la promueve eficazmente desde la Secretaría de Cámara formando la Junta Diocesana (24), enviando periódicamente los paquetes de los Anales de la Propagación de la Fe a los Arciprestazgos (25) y estimulando la colecta misional en especie que habrían de recoger los celadores pasando por las eras en tiempo de la recolección (26). Cuando en 1886 se le exoneraba del cargo de la Cancillería a la muerte del Excmo. Prelado (27), intensifica su apostolado en favor de las almas, especialmente en la dirección espiritual de sacerdotes, formación de grupos selectos de Madres Cristianas e Hijas de María, y fomentando por todos los medios las obras de caridad entre los necesitados y particularmente entre personas vergonzantes (28).

1886-1896: *Es éste el decenio de plenitud y madurez de planes para la realización del más sublime ideal, meta de todas sus aspiraciones: — ¿cómo ayudar con más eficacia a la Iglesia Misionera en el cumplimiento del divino mandato "Id y enseñad a todas las gentes" y en la realización de los redentores anhelos de Jesús. "Venga a nos tu Reino"?*

En sus viajes al extranjero adquiere noticia exacta de las grandes instituciones misioneras de París y Lyón, y luego del Seminario de Milán en Italia. Y ¿por qué España no había de tener también su gran Seminario de Misiones y figurar en vanguardia con una lucida representación de su abnegado Clero secular? Hace tiempo que viene acariciando su plan: erigir un Colegio Eclesiástico, base de un Seminario de Misiones. Pero teme que la muerte le pueda sobrevenir antes de ver cumplido tan seductor proyecto,

y se asegura contra inesperadas contingencias con esta cláusula de su testamento otorgado ante Notario el 21 de septiembre, festividad del após- tol San Mateo, de 1896:

«Declaro heredero al Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos que es o fuere, pasando a él todos mis bienes, para que los emplee en la instalación de un Colegio Eclesiástico de Ultramar que podría llegar con el favor de Dios a ser base de uno de Misiones Extranjeras o entre infieles... y si a mi muerte estuviese ya instalado, le lego el edificio y fondos para que continúe y funcione» (29).

Como se ve por estas terminantes palabras, ya estaba por entonces bien perfilado el proyecto. Su obra necesitará un fuerte soporte en que apoyarse: éste no será otro que la Jerarquía de la Iglesia. No importa que encuentre incomprensiones y una atmósfera más que fría: su confianza en la Jerarquía es firme e inquebrantable hasta morir. Y Dios nunca confunde al que confía en El o en su Santa Iglesia Jerárquica. El tiempo se encargará de demostrarlo.

Desde entonces el Canónigo Villota comienza a dar los primeros pasos. En octubre de 1897, funda las dos primeras Becas para seminaristas teólogos, españoles o lusitanos, que acepten el compromiso de ejercer los sagrados ministerios en Diócesis de América que estuvieran muy necesitadas de Clero. En 1898, funda otras dos Becas, con análogas condiciones. Los cuatro alumnos becados cursan Teología en la entonces prestigiosa Universidad Pontificia de Burgos. En octubre de 1899, funda definitivamente el Colegio Eclesiástico de Ultramar y Propaganda Fide que comienza a funcionar en aquel mismo Curso en un edificio adaptado a este fin y comprado por el Fundador en la histórica calle de Fernán González (30).

Su sueño dorado comienza a convertirse ya en venturosa realidad. Sus ojos se fijan en los dilatados campos de América, a donde enviará a sus sacerdotes, y en los lejanos territorios de Misión a donde irán destinados los alumnos de la sección de Propaganda Fide.

A los sacerdotes enviados a América, les aconseja

«que a poder ser, prefieran y soliciten de los Señores Obispos americanos aquellas parroquias en cuya jurisdicción se hallen aún tribus de indios o al menos limiten con ellos, excitándoles al mismo tiempo, a que emulando a los heroicos misioneros españoles del siglo XVI, no perdonen sacrificio alguno hasta aprender con alguna perfección y llegar a dominar la lengua indígena de los indios, para que de esta manera les sea más fácil convertirlos a la Iglesia de Jesucristo» (31).

El 22 de noviembre de 1906 entregaba plácidamente su alma a Dios.

«Era preciso para que Dios fecundara su Obra, que al borde mismo de su sepulcro, ofreciera al Señor el doble sacrificio de ver sin apenas arrimo humano su Obra y envueltos en una atmósfera fría y asfixiante sus más acariciados ensueños» (32).

Efectivamente; Dios velaba por su Obra. Su Santidad el Papa Benedicto XV la hace suya el 30 de abril de 1919 en carta pontificia dirigida al entonces preconizado Arzobispo de Burgos, Dr. D. Juan Benlloch y Vivó, y la recomienda con el mayor interés al episcopado, clero y fieles de España (33).

Desde entonces cada año que pasa es un jalón ascensional en el desenvolvimiento de la Institución Misionera. En 1923 marchaban sus primeros misioneros al hoy floreciente Vicariato Apostólico del San Jorge en Colombia. Los años turbulentos de la República y los disturbios de la guerra civil, pusieron a prueba la solidez de los cimientos de esta Obra que lleva el sello de Dios.

El decenio 1946-1956, es la etapa más luminosa de esta Institución. Se inician bajo los mejores auspicios las obras del nuevo edificio para Semi-

nario de Misiones que queda inaugurado solemnemente el 31 de Julio de 1950.

Pero antes la Santa Sede confía nuevos campos de Misión a sus misioneros: En 1949 se dirigen los primeros misioneros expedicionarios al dilatado territorio en Africa Meridional, Rhodesia del Sur, que hoy constituye la Prefectura Apostólica de Wankie, confiada al IEME. En 1952 otro grupo de misioneros se dirige a la nueva Misión de Marugame, en la Isla de Shikoku, Japón. En 1954 se instalan otros misioneros del IEME en la Misión de Tete, Mozambique. Ese mismo año nuevos misioneros del IEME toman posesión de la Administración Apostólica del Petén, Guatemala, y en 1955 emprenden viaje aeronáutico los que han de hacerse cargo de la Vicaría Foránea del Chamí, al sur de Colombia.

Con la apertura de nuevos campos de apostolado corre parejas la organización interna definitiva del Instituto. En noviembre de 1949, son aprobadas las nuevas Constituciones Pontificias. En 1953 quedan académicamente organizados los Cursos de la Facultad de Teología, y en 1956 los de Filosofía en el Seminario del Instituto. Hoy, más de un centenar de misioneros vinculados al IEME con Juramento perpetuo, se consagran al apostolado, al servicio de la Iglesia Misionera en diversos Continentes. Y otro centenar de alumnos y profesores ocupan la Casa Central del Instituto atendiendo a la ardua tarea de la formación eclesiástica y misionera, siguiendo en un todo las líneas directrices y sapientísimas consignas de la S. Congregación de Propaganda Fide.

La virtualidad latente en aquella diminuta semilla de Villota va mostrando su extraordinaria vitalidad y lozanía a los ojos atónitos de España, al ser sucesivamente transformado el antiguo Colegio de Ultramar y Propaganda Fide primero en el Seminario Nacional de Misiones Extranjeras el 3 de diciembre de 1920, y más tarde, el 18 de junio de 1947, en el actual Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, encuadrado en el marco jurídico de las nuevas Constituciones Pontificias, muy similares a las que rigen en los grandes Seminarios de Misiones de París, Milán, Mill-Hill en Londres, etc. La generosa cooperación del episcopado, clero y fieles de España la hará crecer de día en día más y más hasta realizarse perfectamente el anhelo del Papa Benedicto XV "ut grandem crescat in arborem" (34).

A los cincuenta años de su muerte, la figura del Fundador Villota proyectada en su Institución Misionera, se agiganta de manera extraordinaria; y su alma iluminada con el esplendor de los más sublimes ideales misioneros, surge como refulgente luz en el horizonte del futuro misional de España.

---

(1) AAS, XI, p. 267. — (2) *Las Misiones Extranjeras.* Pastoral del CARDENAL BENLLOCH. Burgos, 1920, p. 219. — (3) *El Siglo de las Misiones,* 1919, p. 462. — (4) Loc. cit. (5) *Temple de Apóstol.* Biblioteca ID. Burgos, 1947, p. 19. — (6) *El Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos,* Pastoral de MONS. LUCIANO PEREZ PLATERO, Septiembre, 1946, Burgos, p. 11. — (7) *Temple de Apóstol,* Biblioteca ID... Burgos, 1947, p. 16. — (8) Loc. cit. p. 19. — (9) Loc. cit. p. 7. — (10) Loc. cit. 7 y ss. — (11) Loc. cit. — (12) Loc. cit. p. 8. — (13) *El Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos,* 1946, páginas 25-26. — (14) Loc. cit. — (15) *Temple de Apóstol,* Biblioteca ID... 1947, Burgos, página 12. — (16) Loc cit. p. 122. — (17) Loc. cit. p. 243. — (18) Loc. cit. p. 109 y ss. — (19) Loc. cit. p. 113 y ss. — (20) Loc. cit. 114 y ss. — (21) Loc. cit. 264 y ss. — (22) Loc. cit. pp. 71-72. — (23) Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Burgos, diciembre 1884. — (24) Loc. cit. — (25) Loc. cit. Vide enero, 1885. — (26) Loc. cit. Vide agosto, 1885. — (27) *Temple de Apóstol,* Biblioteca ID... Burgos, 1947, p. 85. — (28) *El Siglo de las Misiones,* 1919, p. 463 y ss. — (29) *Temple de Apóstol,* Bibloteca ID... Burgos, 1947, p. 182. (30) Loc. cit. p. 156. — (31) Loc. cit. p. 188. — (32) *El Siglo de las Misiones,* 1919, página, 465. — (33) AAS, XI, p. 267. — (34) Loc. cit.

XXIX

El alma de las Vocaciones Misioneras

P. Antonio Maria Abella
Ex-Prior de la Cartuja de Miraflores

El silencio es el discurso propio del cartujo. Y siendo esta la primera vez que asisto a tan importante asamblea, no puedo negarme a la amable y reiterada invitación que me ha sido hecha.

¡Bienvenidos seáis a la Cartuja de Miraflores, celosos misioneros y amantes del movimiento misional!

Cartuja y Misiones: Conceptos antitéticos para los espíritus superficiales. Conceptos que se completan y hermanan entre sí, para los espíritus adentrados en las cosas divinas.

Así lo ha entendido nuestro dignísimo Sr. Arzobispo, Superior General del Instituto de Misiones Extranjeras, al enmarcar la solemne inauguración de estas jornadas en este Monasterio Cartujano.

Lo que es el alma para el cuerpo, es el espíritu de la cartuja para el misionero. El cuerpo sin alma carece de vida, se convierte en cadáver...; la misión sin vida interior, sin íntima unión con Dios, esencia de la vida cartujana, es obra completamente muerta. Un misionero debe ser llama ardiente que enciende cuanto encuentra a su paso con el fuego del amor de Dios, que purifica todas las cosas y abrasa los espíritus y corazones... Y sólo puede ser tal, el que vive unido a Cristo. San Alfonso María de Ligorio recomendaba ardorosamente a sus hijos que fuesen «cartujos en el corazón, apóstoles en la acción».

La gran revista italiana «Aurora», recoge un hecho que es una lección viva de cuanto venimos diciendo: «En un cruce de caminos había una de tantas ermitas como abundan en Italia, en la que se veneraba un devoto crucifijo. Al pasar por allí un exaltado comunista se acerca y, como por juego sacrílego, rompió los brazos de la imagen. Al advertirlo semanas después una piadosa persona, inspirada sin duda por su ángel bueno, puso a los pies del crucifijo un cartelito con la siguiente inscripción: ¡Detente, caminante: mira a tu Dios; no tiene más brazos que los tuyos para establecer su reinado en el mundo!

Síntesis estupenda de lo que debe ser el misionero. Cristo no tiene otros brazos para difundir su reino. Misteriosa economía de la Providencia, ser deudora al hombre, al Misionero, de la aplicación de los méritos de su Pasión.

Observemos atentamente: Los brazos separados del cuerpo son inútiles... La fuerza les viene de la Cabeza... Si el Misionero no está íntimamente unido a Cristo, hará obra más o menos importante en el orden humano, según sus dotes naturales; pero la obra divina quedará frustrada.

¿Por qué, preguntaba un hombre de acción, por qué doce Apóstoles llevaron el mundo pagano a Cristo, y hoy millares de millares de apóstoles no consiguen impedir que el mundo cristiano vuelva al paganismo?

¡Si al menos supiéramos conservar las posiciones conquistadas...!

La razón la da el santo sacerdote Calabria, muerto hace poco:

En nuestro apostolado hay mucho de humano y poco de sobrenatural.

Elisa Rovaseda, Dirigente Nacional de la Juventud Femenina de la Acción Católica italiana, se consagró a Dios en la vida contemplativa. Pueden imaginarse los comentarios de los activos... Ella ha dejado escrito: «Temo que los "buenos" dándose a trabajar en el campo social... descuidan el sobrenatural.

De aquí nació en mi espíritu la necesidad impelente de darme a la vida de oración. . Por temperamento me siento llevada a trabajar para la extensión del reino de Cristo, reino de paz, de caridad, de justicia... Siento, empero, la necesidad de recogimiento, de vida interior, de contemplación... Estaba convencida que así obtendría con más eficacia lo que tanto deseaba que todos los

llamados a la vida de apostolado cumplieran los designios de Dios...»

S. E. nuestro amado Sr. Arzobispo al inaugurar la Semana misional en la Cartuja, prácticamente exhorta a cuantos se interesan por el trascendental problema de las Misiones a orientar la obra apostólica de forma que tenga profundas raíces en la intimidad con Dios. Es la respuesta indirecta a los amantes de la acción por la acción.

Es como decir: Marta y María se completan. Cada una es parte del todo. María es la principal... Cuando María y Marta se unen en un corazón, nace el perfecto Misionero, el Apóstol integral.

Al aplauso incondicional que merece S. E. Revma. debo añadir mis plácemes a las dignas Autoridades que le hacen corona: su presencia atestigua la importancia y trascendencia de la Semana Misional que hoy se inicia; su presencia nos recuerda que ningún buen español puede desinteresarse de un problema que está en el ápice de las glorias españolas. España, con su hermana Portugal son las dos naciones eminentemente misioneras. Recordad la historia, olvidad si queréis la historia, mirad sólo el mapa mundi y veréis que sólo en las naciones en que ellas pusieron el pie, nació de su huella la Cruz; donde España enarboló su bandera, a su lado puso la Cruz; son las naciones que se glorían de ser católicas, apostólicas, romanas...

Es consolador el resurgir misionero de España... A ella, como semillero de divinas grandezas, vuelven los ojos cuantos ansían el advenimiento del Reino de Cristo... Después del Congreso Eucarístico de Barcelona, uno de los Obispos de Suiza escribía a uno de los Religiosos de mi comunidad en Italia: «El Congreso Eucarístico de Barcelona ha sido para nosotros una revelación; nos ha mostrado que la Iglesia cuenta con grandes reservas espirituales...» Otro de la América dijo: «Hemos ido a España a sumergirnos en un mar de espiritualidad... España para ser grande debe ser, lo que es, netamente vanguardia de la Iglesia en este momento uno de los más críticos de la Historia.» Eso explica que los enemigos de Dios en su odio, identifiquen el Vaticano con España: Me aseguraron en Roma que uno de los corifeos del mundo ateo decía: «Al triunfar nuestros ideales, la primera bomba caerá sobre el Vaticano, la segunda sobre España.»

No podía hacer mayor elogio de nuestra grandeza fundamentada en nuestra fe.

Burgos debe sentirse orgullosa de tener en su seno al Seminario de Misiones y contemplar a sus misioneros que trabajan denodadamente en las vanguardias de la Iglesia en lejanos campos de tres diversos continentes.

Hoy hace falta multiplicar los ejércitos misioneros de la Iglesia, ya para conquistar nuevas almas, pueblos y razas para el Evangelio, ya también para reconquistar muchas de las posiciones perdidas y tornarlas a la fe de Jesucristo. La Virgen Santísima se digne bendecir los trabajos de vuestra Semana y haga florecer en todos los corazones el amor al sublime ideal misionero. Que Ella encienda el fuego sagrado del celo misionero en los espíritus de la juventud pura y generosa, para que sean muchos en número y esforzados en el valor, y se alisten bajo la bandera del Gran Rey, ofreciendo sus pies y sus brazos a Cristo para recorrer de nuevo las rutas del mundo y acercar a los ciegos al que es la verdadera luz. (1).

---

(1) Interesantes apartes del discurso pronunciado por el Revdmo. Prior de Miraflores en la sesión inaugural de solemne apertura de la VIII Semana Misional de Burgos, celebrada en la Sala Capitular del histórico Cenobio Cartujano.

Indice analítico de materias

Págs.

PRIMERA PARTE

ENCUESTAS Y RESPUESTAS

Págs.

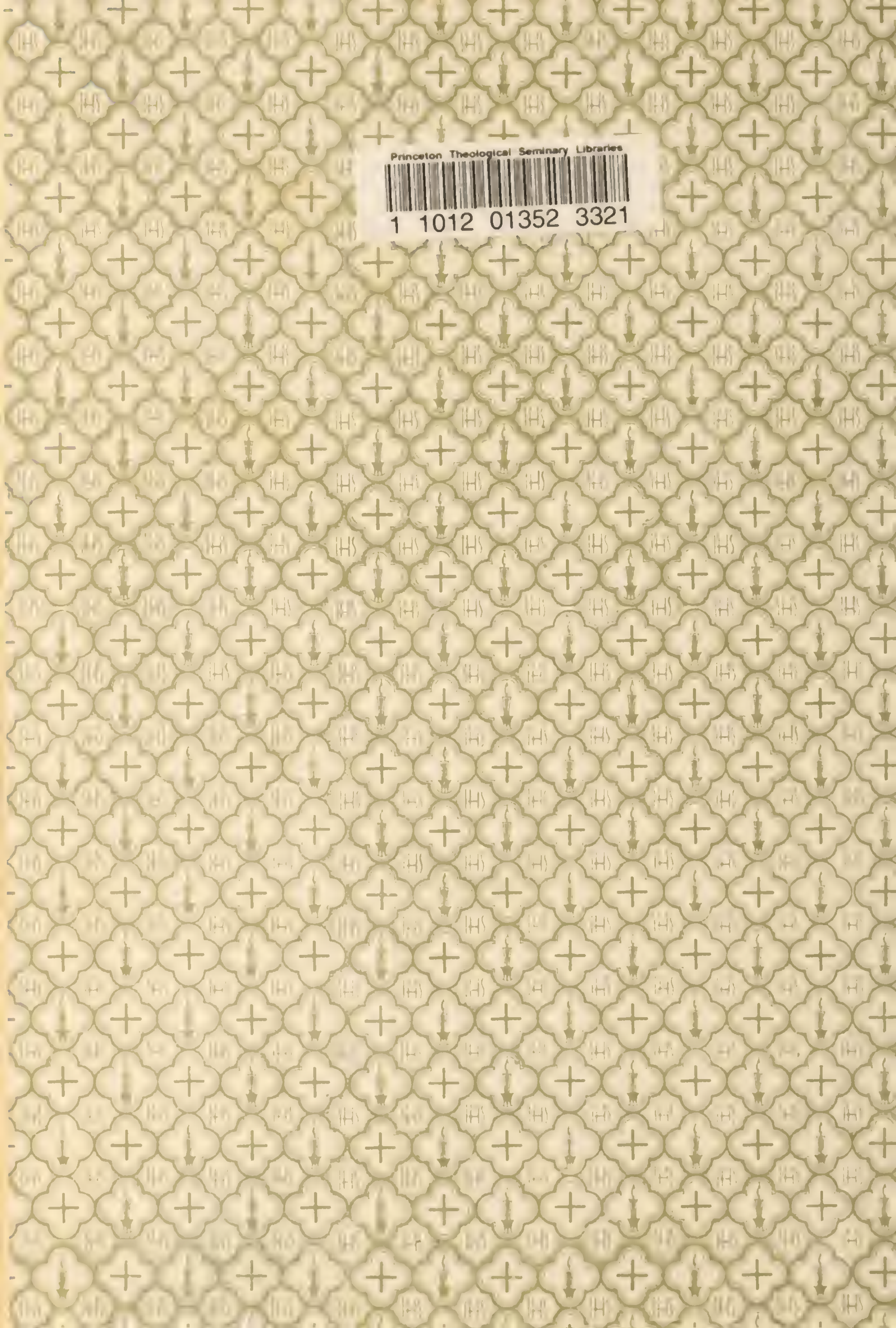
Págs.

Págs

SEGUNDA PARTE

Indice alfabético de materias

N. B. — *Las citas referentes a la Primera parte, pp. 1-218, llevan doble signo: n. indicando el número de la contestación en la Encuesta y p. la página en que va consignada.*


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01352 3321



